James Clavell

Tai-Pan



Son pocos los hombres que ven cómo sus sueños se convierten en realidad. Uno de ellos fue el oficial Dirk Struan, escocés, que llegó en 1841 a la turbulenta ciudad de Hong Kong a bordo del buque insignia inglés.

Él había soñado una ciudad inhóspita, exótica y violenta, a caballo entre Oriente y Occidente; y con el tiempo se convirtió en el Tai-pan, el jefe supremo de un imperio de opio y de barcos, de crímenes y de traiciones, de luchas políticas y de contrabando.

Esta novela, dotada de una enorme fuerza narrativa, tiene por escenario el mayor puerto del mundo y muestra el feroz combate de las sectas rivales, la lucha por el poder entre las bellas y peligrosas mujeres de la isla; el conflicto, en fin, de la sed de poder de Dirk Struan, que no vacilaba en utilizar como peones el futuro de Oriente y Occidente.



James Clavell

Tai-Pan

Saga asiática - 02

ePUB r1.1
betatron 27.12.13

Título original: *Tai-Pan*
James Clavell, 1966
Traducción: Fernando Corriplo
Diseño de portada: rimmer

Editor digital: betatron
ePub base r1.0



A Tai-Tai, a Holly y a Michaela

NOTA DEL AUTOR

Deseo expresar mi agradecimiento al pueblo de Hong-Kong, que me ha proporcionado tanto de su tiempo y de sus conocimientos, y me permitió estudiar su presente y su pasado.

Este, desde luego, no es un libro histórico, sino una novela. Sus personajes son hombres y mujeres creados por la imaginación del autor, y no se ha pretendido hacer alusión a persona alguna o entidad comercial que exista o haya existido en Hong-Kong.

LIBRO PRIMERO

Dirk Struan subió al alcázar del Vengeance, buque insignia de Su Majestad, y se acercó a la borda. El navío de línea, de setenta y cuatro cañones, se hallaba anclado a media milla de la isla, y le rodeaban los demás barcos de la flota, los transportes de la fuerza expedicionaria, y los buques mercantes y los clípers cargados de opio de los mercaderes.

Era el amanecer de un día grisáceo y gélido: el martes 26 de enero de 1841.

Mientras Struan cruzaba la cubierta principal, echó una mirada a tierra y sintió que le invadía la emoción.

La guerra contra China se había desarrollado según sus planes, y la victoria llegó de acuerdo con sus previsiones. El precio de esa victoria, la isla que estaba al alcance de su vista, era algo que había codiciado durante veinte años. Y ahora se disponía a desembarcar en ella para formalizar su toma de posesión, a fin de que ese trozo de tierra china se convirtiese en un florón más de la corona de Su Británica Majestad, la reina Victoria.

La isla de Hong-Kong, treinta millas cuadradas de montaña rocosa, situada en la parte oriental de la desembocadura del gran río Si-Kiang, al sur de China, y a un millar de metros de tierra firme. Terreno inhóspito, árido y deshabitado, con excepción de un diminuto poblado de pescadores situado en la costa sur de la isla, la cual se hallaba justamente en el camino de los colosales ciclones que se producían anualmente en el Pacífico. Hong-Kong estaba limitada al Este y al Oeste por peligrosos bajíos y arrecifes, y, en conjunto, resultaba un trozo de terreno inservible para el mandarín —nombre que se daba al representante del emperador de China—, en cuya provincia se encontraba situada.

Pero Hong-Kong disponía del mayor puerto de la tierra, y era el primer peldaño para el acceso de Struan a China.

—¡Atención, ahí! —ordenó el joven oficial de guardia a un infante de

Marina de roja casaca—. ¡Que traigan la lancha del señor Struan a la escala del alcázar!

—¡Si, señor! —dijo el soldado, que se inclinó sobre la borda y repitió la orden en vos alta.

—Sólo será un momento, señor —manifestó el oficial, tratando de disimular la inquietud que le producía la presencia del magnate del comercio, cuya personalidad era ya legendaria en los mares de China.

—No hay prisa, muchacho —contestó Struan, un hombre gigantesco, con el rostro curtido por mil tormentas marinas.

Struan vestía una levita azul con botones de plata, y sus ajustados calzones blancos estaban introducidos con cierto descuido en las botas de mar. Iba armado como de costumbre, con un puñal en el cinto, cerca de la espalda, y con otro en la bota derecha. Tenia cuarenta y tres años, era pelirrojo, y sus ojos de color verde esmeralda.

—Es un día apacible —dijo.

—Sí, señor.

Struan descendió por la pasarela, se colocó en la proa del bote y sonrió a su hermanastro Robb, algo más joven que él, que ya estaba sentado en el centro de la pequeña embarcación.

—Vamos con retraso —declaró éste, devolviéndole la sonrisa.

—Así es. Su Excelencia y el almirante estaban muy comunicativos.

Struan echó un vistazo a la isla durante unos instantes, y luego hizo una seña al contramaestre.

—¡Larga! ¡A tierra, señor McKay! —exclamó.

—¡A la orden, señor!

—Por fin, ¿eh, Tai-Pan? —dijo Robb.

«Tai-Pan» significa en chino «Jefe Supremo». En una compañía, un ejército o una flota, sólo hay un hombre al que se designa así: aquel que detenta el poder efectivo.

—Por fin —dijo Struan.

Era Tai-Pan, de la Noble Casa.

CAPITULO PRIMERO

—Es una inmundicia de isla —dijo Brock, mirando en torno suyo por la playa, y hacia las montañas—. Tenemos toda China al alcance de nuestras manos, y lo único que conseguimos es este islote desierto.

Brock se hallaba en la orilla con dos de sus compañeros, que, como él, comerciaban con productos de China.

Los acompañaban otros mercaderes y oficiales de la fuerza expedicionaria. Todos ellos esperaban al oficial de la Armada Real para que diera comienzo la ceremonia. Una guardia de honor de veinte infantes de Marina formaban dos filas perfectas junto al mástil de la bandera, poniendo con sus casacas rojas una nota de color en el monótono contorno. Algo más allá se encontraba el grupo de marineros que acababan de plantar el mástil sobre el pedregoso suelo.

—Al sonar ocho campanadas era el momento convenido para izar la bandera —dijo Brock, con la voz ronca por la impaciencia—. Ya ha pasado una hora. ¿Qué demonios causa esta demora?

—Mala cosa es maldecir en martes, señor Brock —afirmó Jeff Cooper, un americano de Boston, delgado y de nariz aguileña, que vestía una levita negra y se tocaba con una chistera que llevaba sobre la cabeza—. ¡Muy mala cosa!

El amigo de Cooper, Wilf Tillman, se irguió un tanto al oír el punzante tono de la voz nasal del otro. Tillman era rechoncho, de rudo aspecto, y procedía de Alabama.

—Y yo le digo que todo esto es mala cosa —aseguró Brock—. Sí, un maldito asunto.

—Quizá no sea así, señor —dijo Tillman—. El futuro del comercio con China se halla aquí, sea bueno o mal asunto.

Brock miró al joven con gesto desdeñoso y contestó:

—Hong-Kong no tiene futuro. Lo que necesitamos son puertos establecidos

en la costa de China. ¿Es que no lo sabe, por todos los cielos?

—El puerto de la isla es el mejor de estos mares —intervino Cooper—. Hay mucho espacio para carenar y reabastecer a todos nuestros buques. También sobra sitio para construir viviendas y almacenes. Y no hay intromisión de los chinos, hasta el momento.

—Una colonia debe tener tierra cultivable y campesinos, señor Cooper. Algo que le proporcione ingresos —replicó Brock, con creciente impaciencia—. Puedo recorrer toda la isla en su compañía, si gusta, y no encontraremos campos, ni ríos, ni terrenos de pastoreo. Por lo tanto, no habrá carne ni hortalizas. Todo lo que necesitemos tendrá que llegar por mar. Mire esta costa. Hasta el pescado parece estar podrido. ¿Y quién va a pagar para mantener Hong-Kong, eh? ¡Nosotros y nuestro comercio, por todos los cielos!

—¿De modo que esa era la clase de colonia que usted deseaba, señor Brock? Yo creí que el Imperio Británico —Cooper escupió diestramente a barlovento— tenía ya demasiadas de esas colonias.

La mano de Brock se posó rápidamente sobre la empuñadura de su cuchillo.

—¿Escupe para aclarar la garganta o para ofender al Imperio? —inquirió Brock.

Este era un hombre de unos cincuenta años, corpulento, tuerto, tan duro e impenetrable como el hierro con que había cambalacheado de joven en Liverpool, y tan fuerte y peligroso como los navíos mercantes de combate en los que huyó, y sobre los que a la postre vino a mandar, como jefe de la firma Brock e Hijos. Vestía con riqueza, y la empuñadura de su cuchillo estaba enjoyada. Su barba era entrecana, lo mismo que su cabello.

—Hace un día bastante frío, señor Brock —intervino con rapidez Tillman, irritado en su fuero interno ante la falta de tacto de su amigo.

Brock no era un hombre con el que pudiera jugarse, y mucho menos mostrar hacia él una abierta enemistad.

—Verdad que el viento es helado, ¿eh, Jeff? —agregó Tillman.

Cooper asintió brevemente con la cabeza, pero no apartó la mirada de Brock. Carecía de puñal, pero tenia un derringer [1] en el bolsillo. Cooper era de la misma estatura que Brock, y aunque más delgado, no temía a nadie.

—Voy a darle un buen consejo, señor Cooper —dijo Brock—. Será mejor que no escupa después de decir «Imperio Británico». Hay muchos que no se

detendrán a pensarlo demasiado.

—Gracias, señor Brock, procuraré recordarlo —contestó Cooper, con toda soltura—. Y yo, a mi vez, le daré otro consejo: Trae mala suerte maldecir en martes.

Brock se contuvo a duras penas. Estaba seguro de que al fin aplastaría a Cooper, a Tillman y a la compañía de ambos, la más importante de los mercaderes americanos. Ahora, en cambio, les necesitaba como aliados contra Dirk y Robb Struan. Brock maldijo a los hados. Estos, que para los chinos eran una mezcla de suerte, desgracia, Dios y demonio, todo junto, habían hecho de Struan y compañía la casa más importante de Asia. Tan rica y poderosa era su empresa, que los demás traficantes la designaban con cierto temor y envidia «la Noble Casa». Noble porque era la primera en riqueza, en poderío, en el comercio, en el número de sus clípers; pero sobre todo, debido a que Dirk Struan era Tai-Pan, el Tai-Pan entre los demás tai-pan de Asia. Y los hados ya habían hecho perder a Brock un ojo diecisiete años antes, el mismo año en que Struan fundó su imperio marítimo.

Ocurrió frente a la isla Chu-Shan. Esta se halla al sur del enorme puerto de Shanghai, cerca de la desembocadura del caudaloso río Yangtsé. Brock logró capear el monzón con un considerable cargamento de opio, y Dirk Struan le seguía algunos días más atrás, también con opio. Brock llegó a Chu-Shan el primero, vendió su cargamento y volvió al mar, lleno de contento al pensar que Struan tendría que ir más al Norte, a buscar otros puertos, lo que entrañaba nuevos riesgos. Brock se dirigió hacia el Sur, al puerto de Macao, donde tenía su base, con los cofres llenos de oro y un fuerte viento de popa. Entonces se desató un violento temporal que barrió los mares de China. Los chinos llaman a estas tormentas tai-fung, o Vientos Supremos. Los mercaderes las llaman tifones y son aterradoras.

El tifón zarandeó implacablemente el navío de Brock. Éste quedó aprisionado por los mástiles, y los cabos que se desplomaban sobre cubierta. Sus hombres consiguieron librarle, pero antes el cáncamo de un grillete le había destrozado el ojo izquierdo. Brock se levantó, sin embargo, y ayudó a los marineros a liberar el barco del lastre de jarcias y palos que amenazaban con enviarle al fondo. Casi por milagro, el buque recuperó la estabilidad. Luego, Brock vertió brandy en la sangrante cuenca del ojo. Aún ahora se estremecía,

recordando el dolor que sintió.

Penosamente llegó Brock a puerto, bastante después de que fuera dado por perdido, y con su hermoso clíper de tres mástiles convertido en un casco desmantelado, desprovisto de aparejos, mástiles y cañones. Cuando Brock pudo reponer la arboladura, los cañones, la pólvora, las municiones y los hombres, así como comprar otro cargamento de opio, todos los beneficios del viaje anterior se habían desvanecido.

Struan capeó el mismo temporal en una pequeña lorcha, embarcación con casco chino y aparejo inglés, que se empleaba para el contrabando costero con buen tiempo. Las condiciones del navío le permitieron llegar a salvo, y elegante e indemne, como de costumbre, Struan se hallaba en el puente de su nave, preparado para recibir a Brock, con sus singulares ojos verdes mirándole burlonamente.

«Dirk y los malditos hados», pensó Brock. Ellos permitieron que Struan convirtiese aquella lorcha en una flota de clípers y de centenares de lorchas más; en numerosos almacenes y dinero contante y sonante, para gastar; en su maldita Noble Casa. También los hados habían llevado a Brock e Hijos a un condenado segundo lugar. El segundo. Y, por último, fueron ellos los que enviaron al pusilánime plenipotenciario, el condenado honorable Longstaff, al que aguantaban desde hacía años.

La compra de la isla era el golpe final. ¡Al demonio con Hong-Kong y con Struan!

—De no haber sido por el plan de Struan, nunca hubieran ganado la guerra con tanta facilidad —dijo Cooper.

La guerra comenzó en Cantón dos años antes, cuando el emperador de China, decidido a reprimir las actividades de los europeos, trató de eliminar el contrabando de opio, que era esencial para les comerciantes británicos. El virrey chino Ling cercó la zona extranjera de Cantón con sus tropas y exigió todo el opio que pudiera conseguirse como rescate de las vidas de los traficantes ingleses asediados. Al fin se enviaron veinte mil cajas de opio, que fueron inmediatamente destruidas, y se consintió que los británicos se retirasen a Macao. Pero los ingleses no tomaban a la ligera ninguna injerencia contra su comercio o sus compatriotas, y ahora hacía seis meses que una fuerza expedicionaria británica había llegado al Oriente, quedando al mando de

Longstaff, el capitán superintendente del Comercio.

Pero fue Struan quien concibió la idea de dejar de lado Cantón, donde se iniciara el conflicto, para enviar las tropas al Norte, a Chu-Shan. Tomar la isla iba a resultar sencillo, manifestó Struan, ya que los chinos no estaban preparados para enfrentarse con los ejércitos ni con las flotas de los europeos. Dejando una pequeña fuerza de vigilancia en Chu-Shan y algunos navíos para bloquear el Yangtsé, las tropas expedicionarias podrían navegar hacia el Norte, hasta la desembocadura del río Pei-Ho, de amenazar Pekín, la capital de China, que se hallaba a un centenar de millas corriente arriba.

Struan se dio cuenta de que una amenaza tan directa obligaría al emperador a firmar la paz inmediatamente.

Era un plan magnífico, y se desarrolló a la perfección. La fuerza expedicionaria había llegado a Oriente en el anterior mes de junio, y en julio, Chu-Shan ya estaba en poder de los ingleses. En agosto fondeó la flota en el río Pei-Ho. Dos semanas más tarde, el soberano envió un representante para tratar de negociar la paz, con lo que, por vez primera en la Historia, un emperador chino reconocía oficialmente a una nación europea. Así concluyó la guerra, sin que se produjeran sensibles pérdidas de vidas por ninguna de ambas partes.

—Longstaff fue muy inteligente al seguir ese plan —manifestó Cooper.

—Cualquier mercader hubiera sabido dominar perfectamente a los chinos —aseguró Brock, con voz áspera, al tiempo que se echaba hacia atrás la chistera y se ajustaba el parche que le cubría la cuenca del ojo—. ¿Por qué, entonces, Longstaff y Struan consintieron en retirarse a Cantón, eh? Cualquier imbécil sabe que «negociar» significa para los chinos ganar tiempo. Debimos haber permanecido en Pei-Ho hasta que hubiese sido firmada la paz. Pero no, regresamos con la flota, y durante los últimos seis meses hemos estado esperando a que esos cachazudos se decidieran a empuñar la pluma. —Brock lanzó un salivazo—. Una estupidez, una verdadera estupidez. Y toda esa pérdida de tiempo y de dinero, por culpa de esta condenada isla. Chu-Shan es lo que debimos retener. Esa isla sí que valía la pena.

Chu-Shan tenía treinta y dos kilómetros de largo por dieciséis de ancho, y su terreno era fértil, con buen puerto y una gran ciudad, Tinghai.

—Allí hay espacio suficiente para vivir —prosiguió diciendo Brock—, y desde la isla, tres o cuatro fragatas podrían vigilar con toda facilidad el río

Yangtsé. ¡Allí es donde debimos establecernos, por todos los cielos!

—Aún están ustedes en poder de Chu-Shan, señor Brock.

—Sí, pero ello depende de un tratado por firmar, y eso es lo mismo que si no fuera nuestra —aseguró Brock, agitando su puño al viento, el cual cada vez era más frío.

—Tal vez debiera decir eso a Longstaff —dijo Cooper—. El suele dejarse aconsejar.

—No por mí, bien lo sabe usted. Pero le digo que cuando el Parlamento se entere del tratado, se armará una buena; puede estar seguro.

Cooper encendió un cigarro y dijo:

—En eso estoy de acuerdo con usted, señor Brock. No deja de ser un documento sorprendente, en esta época en que todas las potencias europeas están ansiosas por hacerse con nuevos territorios que incrementen su poderío.

—¿Acaso no ocurre lo mismo con Estados Unidos? —inquirió Brock, endureciendo el gesto—. ¿Qué me dicen de sus indios? ¿Y de la compra de Luisiana, y la de Florida a España? Ahora tienen puestos los ojos en Méjico y en el territorio ruso de Alaska. Las últimas noticias señalan que incluso tratan de robarnos el Canadá. ¿Qué dicen a eso, eh?

—Canadá es tierra americana, no inglesa. No pensamos ir a la guerra por culpa de Canadá, sino que ese país se unirá a nosotros por voluntad propia —replicó Cooper, tratando de ocultar su preocupación.

Acarició se pensativamente las largas patillas y luego se ajustó bien la levita para protegerse del helado viento. Se daba cuenta de que una guerra contra el Imperio Británico resultaría desastrosa en esos momentos, y llevaría a la ruina a la casa Cooper-Tillman. ¡Malditas guerras! De todos modos, Cooper comprendía que Estados Unidos no iría a la lucha por Méjico ni por Canadá, a menos que pactase con ellos.

—No habrá guerra —dijo Tillman, tratando de tranquilizar a Cooper.

Suspiró y pensó lo a gusto que estaría en Alabama en aquellos momentos. Allí, un hombre podía considerarse un caballero —pensó Tillman—. No tenía que lidiar con los malditos ingleses día tras día, con individuos blasfemos y mal hablados como Brock, con sujetos endiablados como Struan, ni con jóvenes impetuosos como Jefferson Cooper, su socio principal, el cual creía que Boston era el centro de la tierra.

—De todos modos, para bien o para mal, la guerra aquí ha terminado.

—Acuérdese de lo que le digo, señor Tillman —aseguró Brock—. Este condenado tratado no beneficiará a nadie, ni a ellos ni a nosotros. Es necesario que retengamos Chu-Shan y los puertos establecidos en la costa de China. La lucha se reanudará dentro de pocas semanas. En junio, cuando el tiempo y el viento sean favorables, la flota tendrá que zarpar de nuevo a Pei-Ho.

Y, en tal caso, ¿cómo nos procuraremos el té y las sedas, eh? El año pasado casi no hubo comercio a causa del conflicto. El anterior, el tráfico fue nulo, y encima nos quitaron todo el opio en pago del rescate. Sólo yo tuve que poner ocho mil cajas, lo que me costó dos millones de taels de plata.

—Ese dinero no se ha perdido —aseguró Tillman—. Longstaff ordenó que entregáramos el opio para salvar nuestras vidas. Nos retribuyó con un documento del Gobierno británico. Y, además, hay una cláusula en el tratado por el que deberán ser entregados seis millones de taels de plata.

Brock rió sarcásticamente.

—¿Piensa usted que el Parlamento hará honor a los documentos que extienda Longstaff? Vamos, cualquier Gobierno será derrocado en cuanto pida dinero para pagar nuestro opio, Y respecto a los seis millones, eso será sólo para pagar los gastos de guerra. Conozco el Parlamento mejor que ustedes, y les aseguro que pueden despedirse del medio millón de taels que perdieron. De modo, que si se reanuda la guerra este año, todos iremos a la bancarrota. Ustedes, yo, y los demás tratantes. Hasta la mismísima y condenada Noble Casa.

Brock extrajo su reloj del bolsillo. La ceremonia tenía que haber comenzado hacía más de una hora. Pensó que estaban desperdiciando lamentablemente el tiempo.

Pero eso no le ocurriría ya a Brock e Hijos, ¡por todos los cielos! Dirk Struan se vio favorecido durante diecisiete años por los hados, y ya era hora de que cambiase la situación.

Durante un momento, Brock se complació pensando en su segundo hijo, Morgan, el cual administraba firmemente y con destreza los intereses de la familia en Inglaterra. Se preguntó si Morgan habría tenido éxito en su empresa de minar la influencia de Struan en el Parlamento y en los círculos bancarios.

«Te vamos a aplastar, Dirk —pensó Brock—. Y a Hong-Kong, al mismo tiempo que a ti».

—¿A qué demonios se debe este retraso? ——inquirió Brock, acercándose a un oficial de la Marina que paseaba sin cesar junto a la formación de infantes, y abandonando por un momento a los dos jóvenes mercaderes.

Tillman aprovechó la ocasión para decir a Cooper: —¿Qué te pasa, Jeff? Bien sabes que Brock tiene razón en lo de Hong-Kong. Harías bien en no irritarle.

Cooper sonrió y sus delgados labios se alargaron.

—Veo siempre a Brock tan seguro de sí mismo, que esta vez no pude evitarlo.

—Pues como tenga razón en lo de que perdemos el medio millón de taels, estamos arruinados.

—Sí, pero Struan perderá diez veces esa suma, si no hay pago. Por lo tanto, él lo conseguirá, pierde cuidado, y nosotros tendremos nuestro dinero —dijo Cooper, el cual miró a Brock y añadió—: ¿Crees que él sabe algo acerca de nuestro trato con Struan?

Tillman se encogió de hombros, y replicó:

—No lo sé; pero Brock, sin duda, tiene razón en lo del tratado. Es una estupidez, y nos costará bastante dinero.

Durante los tres últimos meses, Cooper-Tillman habían estado actuando como agentes secretos de la Noble Casa. Los navíos de guerra británicos bloquearon Cantón y el Si-Kiang, y se prohibió a los mercaderes ingleses que ejerciesen su comercio. Longstaff, aconsejado por Struan, tomó esa medida para obligar a los chinos a firmar la paz, ya que sabía que los almacenes de Cantón rebosaban de té y sedas. Pero como Estados Unidos no habían declarado la guerra a China, los buques americanos podían atravesar libremente el bloqueo, y reírse en las barbas de los navíos de guerra. De este modo, Cooper-Tillman compraron cuatro millones de libras de té a Chen-tse Jin Arn —Jin-qua, que era su sobrenombre—, el más rico de todos los mercaderes chinos, y lo enviaron a Manila, con destino a los comerciantes españoles, según afirmaron. El funcionario local español, mediante una fuerte suma, extendió las correspondientes licencias de importación y exportación, y el té fue trasladado inmediatamente a las bodegas de los clípers de Struan y enviado a Inglaterra. El pago que recibió Jin-qua fue un cargamento de opio, que entregó en secreto Struan en un lugar determinado de la costa china.

«Un plan perfecto —pensó Cooper—. Apto para ganar dinero en el comercio que más conviene. Pero habríamos hecho una verdadera fortuna si nuestros barcos hubieran podido llevar el té directamente a Inglaterra. Sin embargo, las condenadas Actas Británicas de Navegación prohiben comerciar con los puertos ingleses a todo buque que no sea de esa nacionalidad. Malditos sean; tienen acaparado el mundo».

—¡Jeff! —exclamó Tillman.

Cooper siguió la mirada de su socio, y por un momento no se dio cuenta de lo que Tillman quería que viera en el puerto, ahora atestado de embarcaciones. Al instante divisó una lancha que se destacaba del buque insignia, y sobre ella vio al alto y pelirrojo escocés cuyo poderío le permitía cambiar las decisiones del Parlamento y poner en pie de guerra a la nación más poderosa del mundo.

—Sería demasiado hermoso que Struan se cayese al agua, ¿«verdad? —comentó Tillman.

Cooper lanzó una carcajada y contestó: —Da lo mismo, Wilf. De todos modos, el mar no se atrevería a ahogarle.

—Quién sabe, Jeff. Puede que alguna vez cambien definitivamente las cosas.

Dirk Struan se mantenía en la proa del bote, compensando el balanceo de las olas. Aunque llegaba tarde a la ceremonia, no dio prisa alguna a sus remeros. Sabía muy bien que nada empezaría hasta que él hubiera llegado.

La lancha se hallaba a unos trescientos metros de la orilla, cuando el contramaestre gritó:

—¡Avante, va bien así!

Su grito se confundió con el rumor que producía el monzón del nordeste. A lo lejos, el viento parecía cobrar fuerza y empujaba con rapidez los cúmulos por encima de la isla, hacia la extensión libre del océano.

El puerto se hallaba repleto de navíos, en su mayoría británicos, aunque también había algunos americanos y portugueses, todos los cuales eran mercantes. Antes de la guerra, estos buques mercantes habrían fondeado en Macao, el diminuto establecimiento comercial portugués, que se hallaba en un promontorio de la tierra firme, a unas cuarenta millas al sudoeste, más allá de la amplia desembocadura del Si-Kiang. También fondeaban ante la pequeña isla de

Whampoa, situada trece millas al sur de Cantón. Eso era lo que las leyes chinas consentían acercarse a Cantón a los buques europeos. Por decreto imperial, todo el comercio con Europa quedaba limitado a esta ciudad. Se decía que más de un millón de chinos vivían dentro de sus murallas, pero ningún europeo tenía certeza de ello, ya que jamás uno de ellos paseó por sus calles.

Desde épocas remotas, los chinos tenían severas leyes que prohibían la entrada de los europeos en su país. La rigidez de estas leyes y la carencia de libertad para que los europeos pudieran viajar por donde desearan y hacer el comercio que más les conviniera, habían sido las causas de la guerra.

Al pasar el bote de Struan ante un barco mercante, algunos niños que había en el puente agitaron los brazos, saludando al corpulento escocés, y éste les devolvió el saludo. Struan pensó que para los chiquillos sería muy grato disponer al fin de un hogar en tierra. Cuando comenzó la contienda, todos los ciudadanos británicos fueron evacuados a los barcos ingleses, para mayor seguridad. Había en esas condiciones unos ciento cincuenta hombres, sesenta mujeres y ochenta niños. Algunas de las familias llevaban a bordo de uno u otro barco casi un año.

Rodeando los mercantes se hallaban los navíos de guerra de la expedición militar británica. Eran buques de línea de setenta y cuatro, cuarenta y cuatro y veintidós cañones, así como bergantines y fragatas, cuyo conjunto componía una pequeña parte de la flota más poderosa que el mundo había conocido. Igualmente se encontraban anclados numerosos transportes de tropas, con unos cuatro mil soldados entre británicos e hindúes, los cuales a su vez integraban una porción del ejército más fuerte de la tierra. Y entre esos buques podían admirarse los hermosos clípers de mástiles inclinados, que eran los navíos más rápidos que se construyeran hasta el momento.

Struan experimentó una repentina excitación al observar la isla, con su cumbre dominante que se remontaba unos seiscientos metros sobre el nivel del mar. Nunca había pisado la isla, y a pesar de eso, conocía más de ella que cualquier otro hombre. Tiempo atrás había jurado no desembarcar en Hong-Kong hasta que ésta se hallase en poder de Inglaterra, lo cual no le impidió enviar a estudiarla a sus capitanes y a su hermano Robb. Ahora conocía cada uno de sus arrecifes, de sus caletas, promontorios y eminencias, y sabía perfectamente dónde iba a construir los almacenes, la Gran Casa y la carretera.

Se volvió entonces a contemplar su clíper, el China Cloud, de veintidós

cañones. Todos los clípers de la compañía de Struan recibían el nombre de «Cloud» [2], en honor de su madre, una Mac Cloud, la cual había muerto unos años antes. Los marineros se hallaban pintando y lavando el buque, de por sí inmaculado. Estaban examinando los cañones y probando los aparejos, y la Union Jack [3] ondeaba orgullosa en la popa, mientras el gallardete de la compañía lo hacía en el mástil de mesana.

La bandera de la Noble Casa presentaba el rojo león real de Escocia enfrentado al dragón imperial verde de China. Dicha enseña ondeaba en 20 clípers armados que cruzaban todos los océanos del mundo, así como un centenar de rápidas lorchas, también provistas de armamento, las cuales se dedicaban al contrabando de opio en las costas chinas. Igualmente se hallaban en tres grandes buques almacenes, enormes cascos desmantelados que servían de depósito flotante y se hallaban anclados en el puerto de Hong-Kong. Por último, la bandera de la Noble Casa ondeaba sobre el Resting Cloud, el gran buque que servía de sede a la Compañía. El navío se hallaba anclado casi siempre, y tenía fuertes cámaras acorazadas para el oro, oficinas y lujosas alcobas y comedores.

«Es un magnífico estandarte», pensó Struan, lleno de orgullo. El primer navío que enarboló esa bandera fue una lorcha pirata cargada de opio, de la que se apoderó Struan por la fuerza. Los piratas y los corsarios infestaban las costas, y las autoridades chinas y portuguesas ofrecían recompensas a quienes capturasen a dichos forajidos. Cuando fue prohibido el contrabando de opio, o cuando éste escaseó, Struan se dedicó a recorrer los mares de China. El dinero que ganaba con los piratas lo invertía después en opio.

«Maldito opio», pensó Struan. Sin embargo, sabía muy bien que toda su vida se hallaba inexorablemente ligada a ese estupefaciente, y que sin él no habrían subsistido ni la Noble Casa ni el Imperio Británico.

El origen de todo se remontaba al año 1699, cuando el primer barco inglés comenzó a traficar pacíficamente con China y trajo de vuelta al país numerosas piezas de seda y una hierba desconocida e incomparable llamada té, que sólo en China se producía en abundancia y a bajo precio. Como pago, el emperador chino sólo admitía barras de plata. Esta conducta persistió durante muchos años. Al cabo de cincuenta años, el té se convirtió en una de las bebidas más difundidas del mundo occidental, especialmente en Gran Bretaña, la nación más mercantil de la tierra. Durante setenta años, el té fue la principal fuente de

impuestos del Gobierno británico. Sin embargo, al cabo de un siglo, la salida de plata hacia China dejó exhausto el tesoro de Inglaterra, y el comercio del té se convirtió en una catástrofe para la economía nacional.

Al cumplirse un siglo de iniciadas las transacciones con China, la Compañía Británica de las Indias Orientales, gigantesca empresa, en parte privada y en parte pública, que poseía por decreto del Parlamento un monopolio total sobre el comercio indio y del Lejano Oriente, ofreció toda clase de mercaderías, desde prendas de algodón y telares hasta armas de fuego y barcos, en un desesperado esfuerzo por remplazar el pago en barras de plata. Pero los emperadores siguieron negándose obstinadamente. Consideraban que China se bastaba a sí misma, y desdeñaban a los «bárbaros», como llamaban a todos los que no eran chinos, al tiempo que tenían a las demás naciones del mundo como una especie de Estados vasallos de China. Por fin, treinta años antes, un buque mercante inglés, el Vagrant Star, ascendió con un cargamento secreto por el Si-Kiang, hasta anclar frente a la isla de Whampoa. Su carga era opio, que en Bengala británica se producía en abundancia y a bajo costo. Por más que se conociera en China desde hacía siglos, el opio procedía en su mayor parte del contrabando, y sólo lo consumían las personas opulentas y en la provincia de Yunnan, donde abundaba la amapola. La Compañía de las Indias Orientales había dado permiso clandestinamente al capitán del Vagrant Star para que ofreciese opio, pero aceptando unicamente plata como pago. El Gremio Chino de Mercaderes, que por imperial decreto monopolizaba todo el comercio con Occidente, compró la carga y la vendió en secreto con gran provecho. El capitán del Vagrant Star entregó las barras de plata a los funcionarios de la Compañía en Cantón, recibió su comisión en billetes ingleses y regresó rápidamente a Calcuta para cargar más opio.

Struan recordaba perfectamente al Vagrant Star, ya que había sido ayudante de camarero a bordo del buque. En él se hizo hombre, y también en él conoció Asia. Juró entonces aniquilar algún día a Tyler Brock, el cual era en aquella época tercer piloto del Vagrant Star.

Struan tenía doce años, y Brock dieciocho, aunque era ya muy fornido. Brock cogió ojeriza al muchacho desde el primer momento, y se complacía en encontrar faltas a todo cuanto hacía, para luego castigarle con medias raciones de comida, guardias extraordinarias en mal tiempo, y vejándole siempre que

hallaba ocasión. El menor error significaba para Struan verse amarrado a las jarcias y ser azotado con el «gato de nueve colas», es decir, con el látigo.

Dos años permaneció Struan en el Vagrant Star, hasta que una noche, el navío abordó un arrecife en el estrecho de Malaca y se hundió. Struan consiguió llegar nadando a la costa, y luego se trasladó a Singapur. Se enteró allí de que Brock también había sobrevivido, lo cual le llenó de contento. Deseaba vengarse, a su modo y a su debido tiempo.

Struan embarcó en otro buque. Por aquel entonces, la Compañía de las Indias Orientales había otorgado ya en secreto licencias a numerosos capitanes independientes, a los que seguía proporcionando opio de Bengala a ventajoso precio, con destino a China. La Compañía comenzó a obtener grandes ganancias, y adquirió cantidades ingentes de plata en barras. El Gremio Chino de Mercaderes, así como los mandarines, se hicieron los desentendidos respecto a aquel tráfico ilícito, pues también ellos obtenían notables beneficios, con la ventaja de que éstos no se hallaban sujetos al impuesto imperial.

El opio se convirtió de este modo en un artículo de importación corriente —aunque subrepticia— en China, y la Compañía monopolizó rápidamente el suministro del estupefaciente fuera de la provincia de Yunnan y del Imperio Otomano. Veinte años después, la plata cambiada por el opio igualaba a la que se perdía por la compra de té y de sedas. Hasta que, por fin, el comercio se equilibró.

En aquella época, Struan tenía veinte años y era ya capitán de un buque propio, con el que se dedicaba a la «carrera» del opio. Brock era su rival más importante, y la competencia entre ambos era implacable. Al cabo de seis años, Struan y Brock dominaban entre los dos la mayor parte del tráfico de opio.

Los contrabandistas de opio fueron conocidos con la denominación de «traficantes de China». Eran individuos intrépidos, curtidos, por lo general capitanes propietarios que operaban por cuenta propia. De nacionalidad inglesa, escocesa, y en menos proporción norteamericana, llevaban sus diminutos barcos por aguas y peligros desconocidos, y así se ganaban la vida. Iban al mar a comerciar pacíficamente, a obtener ingresos, pero no a conquistar. No obstante, si se encontraban con el enemigo, sus naves se convertían en buques de guerra. Si no luchaban con arrojo, sus barcos desaparecían y, como consecuencia, no tardaban en quedar arruinados.

Los traficantes de China no dejaron de darse cuenta de que mientras ellos corrían con todos los riesgos, la Compañía de las Indias Orientales sólo obtenía beneficios. Por otra parte, se les excluía del pingüe y legítimo comercio del té y la seda. Así, pues, aunque siguieron compitiendo con fiereza, comenzaron a urdir planes colectivamente, persuadidos por Struan, para acabar con el monopolio de la Compañía. De no existir este monopolio, los traficantes podrían transformar el opio en plata y la plata en té, que transportarían hasta Inglaterra, vendiéndolo luego directamente a los mercados de todo el mundo. De este modo, los traficantes de China podrían controlar el comercio mundial del té, y sus beneficios serían inmensos.

El Parlamento se convirtió en el campo de batalla para sus maniobras de agitación. Dicho organismo había asignado el monopolio a la Compañía dos siglos antes, y sólo él podía retirárselo. Por consiguiente, los traficantes de China actuaron esforzadamente, comprando votos, apoyando a los parlamentarios que creían en el libre comercio, y escribiendo a los periódicos y a los miembros del Gobierno. Estaban decididos a lograr su propósito, y, al aumentar su riqueza, aumentaba paralelamente su poderío. Los traficantes de China eran tenaces e indomables, como sólo los hombres del mar podían serlo.

La Compañía, irritada, se enfrentó con los insurgentes y se negó a atenuar el férreo monopolio. Pero necesitaba de manera imperiosa a los traficantes de China, los cuales le suministraban la plata con la que podían comprar el té. En consecuencia, la Compañía se dispuso a luchar cautelosamente en el Parlamento. También este organismo se hallaba igualmente comprometido. Criticaban los parlamentarios la venta de opio, pero no podían prescindir de los ingresos que proporcionaba al Imperio. El Parlamento trató de complacer a los traficantes de China y a la Compañía, y no satisfizo a ninguno de los dos.

Entonces, la Compañía de las Indias Orientales decidió escarmentar a los traficantes retirando las licencias de contrabando de opio a Struan y Brock, sus principales adversarios, a fin de arruinarlos. Brock retuvo su barco, y Struan perdió el suyo. El primero se asoció en secreto con otro traficante de China y siguió conspirando, mientras que Struan se convirtió en un comerciante clandestino de opio, p a r a lo cual cayó con su tripulación sobre una guarida de piratas situada al sur de Macao, apoderándose de la lorcha más veloz. Continuó apresando navíos piratas y haciendo cada vez más dinero. En unión de otros

traficantes de China, siguió actuando con gran osadía, comprando siempre mayor número de votos y hostigando al Parlamento, hasta que éste se mostró a la eliminación de la Compañía. Ya con anterioridad, el Parlamento inglés había promulgado un acta por la cual se anulaba el monopolio comercial de la Compañía en Asia y se instituía el libre comercio. No obstante, se permitió que la Compañía conservase el derecho exclusivo de traficar con la India británica, así como el monopolio sobre el opio. El Parlamento lamentaba la venta de opio, con el que, en el fondo, tampoco simpatizaban los traficantes de China, pero todos sabían que, sin dicho estupefaciente, se rompería el equilibrio comercial, y que el Imperio se hundiría. Era un asunto de vital importancia para el tráfico mundial.

Al ser promulgada la libertad de negociación, Struan y Brock se convirtieron en potentados del comercio. Sus respectivas flotas armadas aumentaron considerablemente, pero la rivalidad entre ambos se fue haciendo cada vez más enconada.

Con el fin de llenar el vacío político que quedara en Asia cuando se liberó la contratación y se anuló la concesión de la Compañía, el Gobierno británico nombró a un diplomático, el honorable William Longstaff, como capitán superintendente del Comercio, con el fin de proteger los intereses de la Corona. Estos requerían una expansión incesante del volumen comercial, a fin de obtener siempre mayores impuestos, y exigían igualmente la exclusión permanente de las demás potencias europeas sobre el tráfico. Longstaff se hizo responsable de la seguridad del comercio y de los subditos británicos, pero su mandato no estaba delimitado claramente, y no recibió poderes reales para poner en práctica un plan de acción.

«Pobrecillo Willie —pensó Struan, sin malicia—. A pesar de las pacientes explicaciones que le he dado en estos últimos ocho años, Su Excelencia, el capitán superintendente del Comercio, aún sigue sin ver un palmo más allá de sus narices».

Struan miró hacia la playa. En aquel momento, el sol ascendía tras las montañas y sus rayos alumbraron a los hombres allí reunidos, tanto amigos como enemigos, pero todos rivales. Entonces se volvió hacia Robb, y con su peculiar acento escocés, que no habían logrado borrar los muchos años que llevaba fuera de su país, manifestó:

—¿No te parece que forman un lucido comité de recepción?

Robb Struan rió sordamente y ladeó su chistera aún más de lo que estaba.

—Más bien me parece que están deseando que nos ahoguemos, Dirk.

Robb tenía treinta y tres años; de cabello oscuro, barba afeitada, nariz fina, ojos profundamente sumidos, usaba espesas patillas. Vestía traje negro con chaleco verde, una camisa blanca escarolada, y corbata también blanca. Los botones de su camisa y los gemelos estaban hechos de rubíes.

—¡Válgame el cielo! ¿No es aquél el capitán Glessing? —inquirió Robb, mientras observaba a los hombres reunidos en la playa.

—Así es —contestó Struan—. Me pareció que sería el más adecuado para leer la proclama.

—¿Qué dijo Longstaff cuando se lo sugeriste?

—Dijo: «Me parece bien, Dirk; muy bien, si usted lo cree aconsejable.» —Struan hizo un gesto jocoso y añadió—: Creo que hemos recorrido mucho camino desde que comenzamos, ¡por todos los cielos!

—Tú lo has recorrido, Dirk. Ya estaba todo hecho cuando yo llegué aquí.

—Pero tú eres el cerebro, Robb, mientras que yo sólo soy el músculo.

—Sí, Tai-Pan, eres el músculo.

Robb sabía muy bien que su hermanastro era Tai-Pan, de Struan y Compañía, y que, en Asia, Dirk Struan era «el Tai-Pan» por antonomasia.

—Hermoso día para izar por vez primera la bandera, ¿no crees?

—En efecto.

Robb contempló a su hermano, cuando éste le volvió la espalda para mirar de nuevo hacia la playa. De pie en la proa de la embarcación, Struan parecía un coloso; mayor aún que las montañas que había al fondo, y tan recio como ellas.

«Me gustaría ser como él», pensó Robb.

Este había ido una sola vez a hacer contrabando de opio, desde que llegara a Oriente. Su barco fue atacado por piratas y Robb quedó aterrado. Aún sentía vergüenza, aun cuando Struan le había dicho: «Eso no tiene nada de particular, muchacho. La primera batalla siempre es la peor.» Mas Robb sabía que no era un luchador nato, un valiente. Servía a su hermanastro de otras formas: comprando para él té, sedas y opio; otorgando empréstitos y administrando el dinero. Se hallaba al corriente de los modernos y complicados procedimientos del comercio y las finanzas internacionales, y se cuidaba de todo lo que pudiera garantizar el

buen funcionamiento de la Compañía.

«Sí, todo eso está muy bien —se dijo a sí mismo Robb—; pero sin Dirk no eres nada».

Struan seguía examinando a los hombres que había en la playa. La lancha se encontraba aún a unos doscientos metros, pero podía ver sus rostros perfectamente. La mayoría de ellos miraban hacia la embarcación que se aproximaba, y Struan rióse para sus adentros.

«Así es —se dijo—. Henos aquí, todos reunidos en este día trascendental».

El oficial naval, capitán Glessing, esperaba pacientemente a que diese comienzo la ceremonia. Tenía veintiséis años, era capitán de un buque de línea e hijo de un vicealmirante, y, por lo tanto, la Armada Real estaba arraigada profundamente en su espíritu. Miró a lo lejos, hacia el Este, y vio que por el horizonte el cielo se iba cargando de nubes amenazadoras.

No tardaría en haber tormenta, pensó Glessing, aspirando profundamente el viento.' Observó luego con orgullo su navío, una fragata de veintidós cañones. Aquélla era una ocasión trascendental en su vida. No todos los días se tenía la suerte de tomar posesión de tierras en nombre de la reina, y el hecho de leer la proclama era también un raro privilegio. Había en la flota varios capitanes más antiguos que él, pero Glessing se daba cuenta de que le habían elegido por ser el que llevaba más tiempo en aquellas aguas, así como por darse la circunstancia de que su barco, el H. M. S. [4] Mermaid, estuvo dedicado totalmente a las campañas de Asia. En realidad no era una campaña propiamente dicha, pensó con desdén Glessing, sino más bien una serie de incidentes que podían haber quedado resueltos dos años antes, de haber tenido Longstaff un poco más de coraje. «Sin duda, todo se habría arreglado —se dijo Glessing— con que me hubieran dejado acercar con mi fragata hasta las puertas de Cantón. Maldita sea, hubiese hundido toda la flota de juncos de guerra, y el camino habría quedado libre. Luego hubiese bombardeado Cantón y tomado preso al condenado virrey Ling, para colgarle en seguida de una verga».

Glessing, irritado, dio una patada en la arena.

«No es que me importe mucho que los paganos nos quitaran el maldito opio —siguió pensando Glessing—. De buena gana impediría el contrabando del

estupefaciente. Lo que más me duele es el insulto a nuestra bandera. ¡Unos subditos ingleses canjeados por opio! Longstaff debió haberme dado libertad de acción. Pero no, en lugar de ello se retiró mansamente, evacuó todos sus hombres a la flota mercante, y me ató las manos. ¡A mí, condenación, que tuve que proteger a todos los buques mercantes! ¡Maldito Longstaff y maldito Struan, que le lleva de la nariz!

»Bien, de todos modos, tienes suerte al estar aquí. Es la única guerra que hay en el Imperio, por el momento. Al menos, es el único conflicto marítimo. Los otros son meros episodios: unas escaramuzas con los paganos hindúes —por Dios, si hasta veneran a las vacas, queman a sus viudas y se posternan ante los ídolos—, y otras en el Afganistán. Y, además, es un orgullo ser miembro de la mayor flota del mundo. ¡Gracias a Dios, he nacido inglés!»

De pronto, Glessing se dio cuenta de que Brock se aproximaba a él, y le alegró advertir que se interponía en su camino un hombre bajo, grueso, carente casi de cuello y de unos treinta y cinco años, cuyo voluminoso vientre desbordaba sus pantalones. Era Morley Skinner, propietario del Oriental Times, el periódico más importante de todo el Oriente. Glessing no dejaba de leer ningún número, y le parecía que estaba bien escrito. Era de gran importancia disponer de un buen periódico, pensó. Era importante que las campañas guerreras quedasen debidamente registradas, para mayor gloria de Inglaterra. Pero aparte de eso, Skinner era un individuo repugnante, igual que todos los demás. Bueno, no todos. Había que exceptuar al viejo Aristóteles Quance.

El joven capitán dirigió la mirada hacia el feo hombrecillo que aparecía solo sobre un talud que dominaba la playa, sentado en un banquillo y frente a un caballete, evidentemente pintando el paisaje. Glessing sonrió al recordar los gratos momentos que había pasado en Macao en compañía del pintor.

Aparte de Quance, Glessing no simpatizaba más que con Horacio Sinclair. Este era de su misma edad, y ambos habían tenido ocasión de conocerse muy bien en los dos años que llevaban en Oriente. Horacio era el ayudante de Longstaff, y hacía de intérprete y de secretario del superintendente. Se trataba del único inglés que por aquellas tierras era capaz de hablar y escribir en chino con toda fluidez, por lo que resultaba de mucha utilidad.

Glessing siguió inspeccionando la playa, y comprobó con disgusto que Horacio se hallaba junto a la orilla, hablando con Wolfgang Mauss, un misionero

austríaco al que despreciaba. El reverendo Mauss, y Horacio eran los dos únicos europeos de todo el Oriente que hablaban y escribían en chino correctamente. El austríaco era un hombre corpulento, de barba muy poblada; un sacerdote renegado que hacía de intérprete de Struan, y que a la vez era contrabandista de opio. Llevaba un par de pistolas al cinto, y las colas de su levita estaban arrugadas y raídas. Tenía la nariz roja y bulbosa, y su cabellera era entrecana e hirsuta, lo mismo que su barba. Los pocos dientes que le quedaban estaban rotos y amarillentos, y sus ojos resaltaban en el ordinario conjunto de su rostro. El contraste resultaba evidente al compararle con Horacio, pensó Glessing. Horacio era rubio, frágil y atildado como Nelson, por quien le pusieron el nombre a causa de Trafalgar y del tío suyo que allí perdiera la vida.

Hablando con ellos estaba un joven mestizo eurasiático, alto y delgado, al que Glessing conocía sólo de vista. Era Gordon Chen, el hijo bastardo de Struan.

«Por todos los cielos —pensó Glessing—; ¿cómo puede un inglés hacer ostentación de ese modo de un hijo bastardo? Y, para colmo, el de Struan viste como los condenados paganos, con larga túnica, y tiene una repugnante coleta que le cuelga por la espalda. ¡Cielos!, si no fuera por sus ojos azules y su piel clara, nadie diría que tiene una sola gota de sangre europea. Pero, ¿por qué no se cortará el pelo como un hombre de verdad? ¡Bah, es algo deplorable! Y en cuanto a Mauss, ese condenado sí que es una mala compañía. Mala para Horacio y mala para su hermana, la dulce Mary. Bueno, he ahí una joven que vale realmente la pena. Y, sin duda, haría una excelente esposa».

Glessing comenzó a pasear de nuevo. Era la primera vez que había considerado realmente la posibilidad de casarse con Mary.

«¿Y por qué no? —pensó Glessing—. La conoces desde hace dos años. Es de lo mejor que hay en Macao. Lleva la casa de los Sinclair impecablemente, y trata a su hermano a cuerpo de rey. La comida es la mejor que puede probarse en la ciudad, y sabe manejar la servidumbre a la perfección. Toca el clavecín como una virtuosa, y canta como un ángel, por Jove. Y, por si fuera poco, es evidente que le gustas, ya que no deja de pedirte que vayas a cenar a su casa cada vez que tú y Horacio os encontráis en Macao. Entonces, ¿por qué no considerarla como una posible esposa? Sin embargo, Mary nunca ha estado en Inglaterra; pasó toda su vida entre paganos, no tiene dote y es huérfana. Pero eso no importa. El reverendo Sinclair, su padre, fue respetado en toda Asia, mientras estuvo en

vida; Mary es hermosa y acaba de cumplir veinte años. Mis perspectivas son excelentes. Gano quinientas libras al año, y con el tiempo heredaré la casa y las tierras familiares. ¡Por todos los cielos!, creo que ella es lo más adecuado para mí. Podremos casarnos en el templo inglés de Macao y alquilar una casa hasta que termine esta misión mía, para regresar luego a la patria. Sí, cuando sea el momento oportuno, diré a su hermano: "Mira, Horacio, viejo amigo, hay algo de lo que quiero hablarte…"»

—¿A qué se deberá esta demora, capitán Glessing? —oyóse decir a Brock, cuya ruda voz interrumpió el ensueño del joven capitán—. El momento de izar la bandera era al sonar ocho campanadas, y ya ha pasado una hora desde entonces.

Glessing se volvió bruscamente. Sólo estaba acostumbrado a que le hablasen con tono destemplado de los vicealmirantes para arriba.

—Izaremos la bandera, señor Brock, cuando ocurran una de estas dos cosas: cuando Su Excelencia venga a tierra, o bien si disparan un cañonazo como señal convenida desde el buque insignia. ¿Está claro?

—Me pregunto cuándo va a ocurrir eso.

—Creo que ustedes aún no están representados en su totalidad.

—¿Se refiere a que falta Struan?

—Desde luego. ¿Acaso él no es Tai-Pan, de la Noble Casa? —dijo Glessing deliberadamente, sabiendo que irritaría a Brock—. Le sugiero que se arme de paciencia. En realidad, nadie les ordenó a ustedes, los mercachifles, que presenciaran el acto.

Brock enrojeció visiblemente.

—Será mejor que aprenda la diferencia que hay entre un mercachifle y un traficante —replicó, al tiempo que escupía una porción del tabaco que masticaba casi a los pies de Glessing, cuyas relucientes botas quedaron ligeramente manchadas—. Vaya, le pido disculpas —añadió Brock, con burlona humildad, y, dando media vuelta, se alejó.

Glessing tenía el rostro blanco de ira. De no haber sido por las disculpas que había pedido Brock, le habría retado a duelo. Todos ellos eran despreciable gentuza de la peor clase, pensó desdeñosamente.

—Perdón, señor —dijo un sargento de Marina, saludando—. Hacen una señal desde el buque insignia.

Glessing dirigió la mirada contra el viento, que arreciaba cada vez más. La

señal era: «Todos los capitanes deberán estar a bordo al sonar cuatro campanadas».

Glessing sostuvo la noche anterior una entrevista privada con el almirante y con Longstaff. El almirante afirmó que el contrabando de opio era la causa de todos los desórdenes en Asia. «Condenación —dijo—. Esos insensatos traficantes no tienen un ápice de decencia. Sólo piensan en el dinero. Prohibiendo el comercio de opio dejaremos de tener complicaciones con los malditos paganos y con los malditos traficantes. Ordénelo, señor, y la Armada pondrá en vigor su orden.» Longstaff terminó por acceder a la sugerencia del almirante.

«Creo que la orden será anunciada hoy —pensó Glessing, conteniendo a duras penas su satisfacción—. Magnífico, y llega esto en el momento más oportuno. Me pregunto si Longstaff habrá comunicado ya la decisión a Struan».

Observó Glessing la lancha que se acercaba ya a la orilla, Struan le fascinaba, produciendo en él a la vez un sentimiento de admiración y de temor. Era el marino que había recorrido con sus buques todos los océanos de la tierra, y que supo levantar la Noble Casa por encima de las demás Compañías y flotas mercantes. Aunque era diferente a Robb, pensó Glessing, también simpatizaba con éste.

El joven sintió un escalofrío. Tal vez era cierto lo que decían los marinos que navegaban por las costas de China, de que Struan adoraba en secreto al diablo, y que, a cambio, éste le había proporcionado el poder y otros dones. ¿Cómo, si no, podía un hombre de su edad parecer tan joven y fuerte, conservando todos sus dientes, su cabello y los reflejos de un muchacho, cuando la mayoría de los individuos de su tiempo estaban gastados, y algunos próximos a la muerte? Sin duda, los chinos sentían terror por Struan. «El demonio de ojos verdes», le habían motejado, y las autoridades pusieron precio a su cabeza. Lo cierto es que todos los europeos tenían la cabeza a precio, pero la de Tai-Pan valía nada menos que cien mil taels de plata. Muerto, eso sí, ya que nadie se atrevía a enfrentarse con él vivo.

Glessing, irritado, dio algunas patadas en el suelo para desentumecer los pies. Se sentía incómodo con su uniforme de gala plagado de alamares. ¡Maldita demora! Maldita la isla, y su puerto, y el despilfarro de barcos y de hombres. Glessing recordó que su padre solía decirle: «Mala gente, los civiles. Lo único

que les preocupa es el dinero y el poder. No tienen ningún sentido del honor. Ten mucho cuidado, hijo, cuando haya un civil a cargo del mando, y acuérdate de que hasta el mismo Nelson se ponía el anteojo marino sobre el ojo tuerto cuando había un idiota mandando.» ¿Cómo podía ser tan imbécil un hombre como Longstaff? Era de buena familia, bien instruido, y su padre fue diplomático ante la corte de España.

«¿Por qué habrá sugerido Struan a Longstaff que detuviese la guerra? Sin duda conseguimos un puerto donde pueden fondear todas las flotas del mundo; pero, ¿qué más logramos, aparte de eso?» Glessing examinó los navíos que se hallaban anclados en las proximidades. Estaba el China Cloud, el barco de veintidós cañones de Struan; el White Witch, con el mismo número de cañones y orgullo de la flota de Brock; el Princess of Alabama, bergantín de veinte cañones, de la Compañía Cooper-Tillman. Todos eran unos hermosos buques, con los que valdría la pena combatir. Sabía que, en caso de batalla, estaba en condiciones de hundir al barco americano. Brock ya sería más duro de pelar; y en cuanto a Struan…

Pensó Glessing en la posibilidad de un combate en el mar con Struan. Entonces se dio cuenta de lo mucho que le temía, y ese temor le irritó. El rencor le hizo convencerse aún más de que los traficantes no eran otra cosa que piratas, y pensó que, en cuanto recibiera la orden oficial, mandaría una flotilla para hacerlos volar a todos en pedazos.

Aristóteles Quance estaba sentado con aire taciturno ante un cuadro a medio pintar. Era un hombre muy pequeño, de cabello entrecano y que vestía con increíble atildamiento. Todas sus prendas eran de última moda: ajustados calzones de color gris, medias blancas de seda, chaleco de raso pardo, levita negra, cuello alto y corbata con un alfiler de perla. Por sus venas corría, casi a partes iguales, sangre irlandesa e inglesa, y a sus cincuenta y ocho años era el europeo de más edad en el Lejano Oriente.

Quitóse Quance las gafas de montura de oro y comenzó a limpiárselas con un inmaculado pañuelo de encaje francés.

«Me apena ver este día —pensó—. Condenado Dirk Struan; de no ser por él no habría Hong-Kong.» Se daba cuenta de que estaba siendo testigo del fin de

una época. Hong-Kong terminaría por destruir a Macao, ya que le robaría todo el comercio. Sin duda, los tai-pan ingleses y norteamericanos trasladarían la sede de sus casas a la nueva colonia. Allí edificarían sus mansiones y allí se quedarían a vivir. Luego vendrían los portugueses y los chinos que vivían del comercio con los ingleses.

«Pues yo nunca viviré aquí —se dijo Quance—. Vendré algunas veces a pintar, pero Macao será siempre mi hogar».

Macao fue su lugar de residencia desde hacía más de treinta años. Era el único de los europeos que consideraba una tierra de Oriente como su propia patria. De los europeos, sólo se quedaban en aquellas tierras los que morían. Y aun entonces, si su fortuna se lo permitía en vida, disponían en su testamento que sus restos fueran trasladados «a la patria».

«Me enterrarán en Macao, gracias a Dios —pensó—, donde tan buenos momentos he pasado, igual que los demás. Pero todo eso se ha terminado, gracias al consentimiento del necio emperador de China, que de este modo acaba con una población que con tantas ilusiones fue erigida hace cien años. ¡Y con lo bien que todo marchaba! Pero ahora nace Hong-Kong, y el poderío de Inglaterra está comprometido en la nueva colonia».

—Bien —dijo en voz alta, involuntariamente—. El emperador sabrá recoger lo que ha sembrado.

—¿Por qué tan disgustado, señor Quance?

El pintor se colocó las gafas y miró al que le hablaba. Morley Skinner se encontraba al pie del talud.

—No estoy disgustado, joven, sino entristecido. Los artistas tenemos el derecho, o más bien la obligación, de sentirnos tristes de vez en cuando.

Quance quitó la tela del caballete y colocó en su lugar un cartón en blanco.

—Estoy de acuerdo con usted en ese punto —manifestó Skinned, trepando por el talud, con sus ojos castaño claro llenos de animación—. Sólo deseaba preguntarle su opinión acerca de este día trascendental. Voy a disponer una edición especial, y sin unas pocas palabras del decano de nuestros ciudadanos, la edición quedaría incompleta.

—Me parece adecuado, señor Skinner. Puede usted decir, por ejemplo: «El señor Aristóteles Quance, nuestro famoso pintor aficionado a la buena vida e inestimable amigo, declinó hacer declaración alguna, ya que estaba en trance de

crear otra de sus obras maestras».

Quance tomó una pizca de rapé y aspiró con energía. Luego, con el pañuelo, se quitó los restos del polvillo que le había caído en la levita y en la corbata.

—Le deseo que tenga un buen día caballero —añadió Quance a continuación, enfrascándose de nuevo en su trabajo—. Está usted estorbando a la Inmortalidad.

—Bueno, me doy perfecta cuenta de lo que siente —aseguró Skinner, con gesto comprensivo—. Sé que ahora está usted lo mismo que yo cuando tengo algo importante que escribir.

Sin añadir más, Skinner dio media vuelta y se alejó del lado de Quance. Este desconfiaba de Skinner, lo mismo que casi todos los demás. Y es que nadie que tuviera un secreto en su pasado podía confiar en un periodista, y casi todos los europeos que allí se hallaban tenían algo que ocultar. Skinner se complacía resucitando el pasado de los que le rodeaban.

El pasado. Quance pensó en su mujer y se estremeció involuntariamente. ¿Cómo pudo ser tan necio como para creer que aquella arpía irlandesa podía resultar una buena compañera? Por suerte, ella ya estaba de vuelta en su páramo irlandés, y, en lo sucesivo, no iba a amargarle más la vida.

«Sí, las mujeres son la causa de la mayor parte de las tribulaciones que sufrimos los hombres. Bueno, no todas las mujeres. Entre estas últimas hay que contar a la pequeña María Tang. ¡He ahí una estupenda gacela, si las hay! Es lo mejor que he visto en materia de mestizas descendientes de portuguesas y chinos».

Quance comprendió entonces que, aunque era testigo del fin de una era, también presenciaba el nacimiento de otra. Ahora tendría que observar nuevos hechos, pintar nuevos rostros y nuevos barcos, y dar testimonio con sus pinceles del nacimiento de una ciudad. Habría otras muchachas para galantear, y más traseros que pellizcar.

—¿Yo triste? —exclamó Quance—. ¡Nunca! ¡Vamos, Aristóteles, a trabajar!

Los que estaban en la playa oyeron la exclamación de Quance y sonrieron significativamente. El pintor gozaba de las simpatías generales, y su compañía era muy apreciada. Poco importaba que fuera aficionado a hablar consigo

mismo.

—La jornada no estaría completa sin la presencia del bueno de Aristóteles —dijo Horacio Sinclair, sonriendo.

—En efecto —contestó Wolfgang Mauss, rascándose la barba—. Pero es tan feo, que hace daño mirarle.

—El señor Quance es un gran artista —intervino Gordon Chen—. Por lo tanto, es bonito.

Mauss se volvió y miró al eurasiático.

—Llámale apuesto o hermoso, si tienes valor, pero no bonito. ¿Para eso te he enseñado a expresarte correctamente todos estos años, hein? Pero ni es eso, ni es un gran artista. Su estilo será excelente, pero aunque sea amigo mío, no puedo decir que tenga la inspiración de los grandes maestros.

Horacio observó que Gordon Chen palidecía ligeramente, y se compadeció del pobre mestizo. No era de un mundo ni del otro. Trataba desesperadamente de ser inglés, y sin embargo, usaba la túnica y la coleta de los chinos. Y todos sabían que era hijo de Tai-Pan y de una ramera china, aunque nadie hablara de ello abiertamente, ni siquiera su padre.

—Pues yo creo que las pinturas del señor Quance son realmente maravillosas —dijo Horacio, con tono conciliador—. Igual que él mismo. Es extraño que todo el mundo le quiera, y que, sin embargo, mi padre le despreciase.

—¡Ah, su padre! —dijo Mauss—. Ese era un asunto entre los hombres. Sustentaba los más altos principios cristianos, no como nosotros, que no somos más que pobres pecadores. Que en paz descanse su alma.

«No, que arda eternamente en los infiernos», pensó Horacio.

El reverendo Sinclair había sido uno de los primeros misioneros ingleses que se asentaron en Macao, unos treinta años antes. Colaboró en la traducción de la Biblia al chino y fue maestro en la escuela y la Misión que él mismo fundara. Durante toda su vida fue considerado como un ciudadano sobresaliente —excepto por Tai-Pan y los suyos—, y cuando murió, hacía siete años, le enterraron como a un santo.

Horacio hubiera perdonado a su padre por acelerar el fin de su madre, por la tiránica educación y los estrechos principios que le inculcara, por su fanática veneración a un Dios aterrador, por su obsesivo celo misionero, e incluso por los golpes que le propinaba con frecuencia. Pero aun después de tanto tiempo de

ocurrida su muerte, no podía perdonarle las palizas que había dado a Mary y las feroces maldiciones que lanzaba contra Tai-Pan.

Este halló un día a la niña, cuando, aterrada, se había fugado de su casa. Mary sólo contaba entonces seis años, y Tai-Pan la consoló y la llevó de nuevo junto a su padre, advirtiendo a éste que si volvía a pegarle le echaría a golpes del pulpito y le llevaría dándole latigazos por las calles de Macao. A partir de entonces, Horacio veneró a Tai-Pan. Cesaron los golpes, pero hubo otros castigos para la pobre Mary.

Al recordar a Mary, Horacio se sintió contento y dirigió la mirada hacia el buque almirante, donde tenían su residencia temporal. Sabía que Mary también estaría mirando hacia la playa, y que como él, estaba contando los días que les faltaban para volver otra vez a Macao.

Este se hallaba a sólo cuarenta millas al sur, pero parecía estar mucho más lejos. Horacio pasó los veintiséis años de su vida en Macao, con excepción de algún tiempo que estuvo estudiando en Inglaterra. Horacio odió siempre el colegio, tanto en Inglaterra como en Macao, y también le disgustó profundamente la enseñanza que en privado le diera su padre. Contrastaba en eso con Gordon Chen, que fue el primer niño eurasiático aceptado en la escuela de Macao. Gordon Chen fue un magnífico estudiante, motivo de orgullo para el reverendo Sinclair. Pero Horacio no le envidiaba, pues Gordon Chen vivía siempre atormentado por Mauss. Por cada golpe que él, Horacio, recibía de su padre, Gordon Chen recibía tres de Mauss. También Mauss era misionero, y enseñó inglés, latín e Historia.

Horacio vio que Mauss y Gordon Chen miraban de nuevo con atención al bote de remos. Se preguntó por qué Mauss había sido tan intransigente con el chiquillo en la escuela. Tal vez se debía a que Mauss odiaba a Tai-Pan, el padre de Gordon Chen. Tai-Pan buscó a Mauss el puesto de intérprete en los viajes de contrabando de opio a la costa. A cambio de ello permitía a Wolfgang que repartiera Biblias en chino y que adoctrinase a los paganos allí donde el buque se detenía, pero eso sólo cuando había quedado completado el tráfico de opio.

Sin duda, Wolfgang se despreciaba a sí mismo por hipócrita, al formar parte de aquella partida de contrabandistas, y por mucho que se disculpara asegurando que el fin justifica los medios.

Sí, Wolígang era un hombre extraño, pensó Horacio. Recordó que el

reverendo se había trasladado a Chu-Shan el año anterior, cuando la localidad fue ocupada.

Con la aprobación de Tai-Pan, Longstaff nombró a Mauss magistrado interino para que aplicase las leyes británicas. Contra toda costumbre, Mauss prohibió que en Chu-Shan se saqueara o cometiera cualquier otra tropelía, y sometió luego a cada uno de los que se habían dedicado al pillaje a un juicio equitativo, fueran ingleses, chinos o indios, y los condenó a morir en la horca, utilizando siempre la misma fórmula: «Gott in Himmel, perdona a este pobre pecador. Que le cuelguen.» No tardó en cesar el pillaje.

Como Mauss era dado a recapitular hechos del pasado, entre sentencia y sentencia Horacio pudo enterarse de que el reverendo había estado casado tres veces, siempre con muchachas inglesas. Las dos primeras murieron a causa de la gripe, y la actual se hallaba en bastante mal estado de salud. Se enteró también de que si bien Mauss era un esposo ejemplar, se había sentido tentado por las casas de lenocinio y las bodegas de buen vino de Macao; que Mauss aprendió el chino de los paganos en Singapur, donde le enviaron de joven como misionero; que llevaba viviendo veinte años en Asia, de los cuarenta que tenía, sin haber regresado nunca a su patria; que usaba pistolas porque, como dijo: «Nunca se sabe, Horacio, cuando uno de estos demonios paganos puede intentar matarte o robarte»; que consideraba grandes pecadores a todos los hombres, y a él por encima de los demás, y que su mayor anhelo en esta vida consistía en llegar a convertir a los paganos, haciendo de China una nación cristiana.

—¿Qué te ocurre? —dijo alguien, interrumpiendo los pensamientos de Horacio.

Este vio a Mauss, que le observaba atentamente, y contestó con rapidez:

—Nada de particular. Sólo estaba… pensando.

Mauss se rascó la barba con gesto dubitativo y dijo lentamente:

—También yo lo he hecho. Este es un día para reflexionar, ¿hein? Lo cierto es que en Asia ya nada volverá a ser como antes.

—Eso creo. ¿Va usted a marcharse de Macao? ¿Piensa construir aquí su casa?

—Sí. Resultará grato tener tierra propia fuera de la injerencia de los papistas. A mi mujer le va a gustar mucho. En cuanto a mí, la verdad es que mi corazón está allí.

Mauss señaló con gesto de añoranza hacia la tierra firme, hacia China, y Horacio se preguntó por qué ese país resultaría tan fascinador para todo el mundo.

«Me gustaría ser rico —pensó Horacio—. No tanto como Tai-Pan o Brock, pero sí lo suficiente como para levantar una hermosa mansión donde recibir visitas y dar fiestas, y para enviar a Mary a un magnífico viaje por toda Europa».

Horacio estaba satisfecho con el cargo de intérprete y de secretario privado de Su Excelencia, pero necesitaba ganar más dinero. En el mundo era indispensable disponer de abundante dinero, pensó; así podría comprar a Mary joyas y vestidos de baile. De todos modos, le complacía aún más no tener que ganarse el pan del mismo modo que los traficantes. Estos debían mostrarse implacables, despiadados, y su vida era excesivamente azarosa. Muchos había que hoy se consideraban ricos, y que al cabo de un mes podían estar arruinados. Un solo barco perdido, y la opulencia podía desvanecerse instantáneamente. Hasta la Noble Casa recibía en ocasiones los embates de la suerte. Ahora, por ejemplo, el navío Scarlet Cloud llevaba un mes de retraso en su itinerario. Tal vez su malparado casco estuviera siendo objeto de reparaciones en alguna ignorada isla situada en camino a la Tierra de Van Diemen, a dos mil millas de distancia. Aunque lo más probable era que yaciera en el fondo del mar, con un cargamento de opio por valor de medio millón de guineas en sus bodegas.

Por otra parte, había que tener en cuenta las malas jugadas que debían hacer los traficantes a los demás, incluso a los amigos, con el fin de sobrevivir, y no digamos ya si se deseaba prosperar. Aquello era terrible. Vio Horacio que Gordon Chen miraba atentamente a la lancha de Struan, y se preguntó en qué estaría pensando el eurasiático.

«Debe de ser tremendo el haber nacido mestizo —se dijo—. Apostaría a que él odia a Tai-Pan, aunque aparente lo contrario. Yo diría…»

Gordon Chen pensaba en el opio y lo bendecía p a r a sus adentros. Sin opio no hubiera existido Hong-Kong, y la nueva colonia, se dijo lleno de gozo, proporcionaba la ocasión más fantástica para hacer fortuna. De no haber habido opio, no habría existido el comercio con China, y en este caso Tai-Pan nunca hubiera comprado a su madre en un burdel, y él, Gordon Chen, no habría llegado

a nacer. El opio sirvió para pagar la casa que su padre había regalado a su madre años antes, en Macao. El opio servía para comprar alimentos y vestidos a la familia, y permitió que él tuviera tutores ingleses y chinos, de manera que ahora podía ser considerado como el joven más instruido de todo Oriente. El mestizo miró a Horacio Sinclair, que observaba en torno suyo por la playa, con el ceño fruncido. Sintió que le envidiaba por haber sido enviado a estudiar a Inglatera. El, en cambio, nunca había estado en la patria.

Pero Gordon Chen se libró de aquel pensamiento pesimista. La patria estaría a su alcance más tarde, se dijo gozoso. Dentro de pocos años.

Volvióse a mirar la lancha. Gordon Chen veneraba a Tai-Pan. Nunca había llamado «padre» a Struan, y éste tampoco le llamó jamás «hijo». En realidad, sólo le habló veinte o treinta veces en toda su vida. Pero trató de que Struan se sintiera orgulloso de él, y en su interior le llamó siempre «padre». De nuevo volvió a bendecirle por haber comprado su madre a Chen Sheng, como tercera esposa. «He tenido una suerte inmensa», pensó. Chen Sheng era comprador de la Noble Casa, y llegó a ser casi un padre para Gordon Chen. El comprador era un agente chino que se encargaba de las compras y las ventas por cuenta de un establecimiento extranjero. Toda mercancía, fuera cual fuese, debía pasar por las manos del comprador. Este recargaba un porcentaje en concepto de beneficio personal, con lo que sus ganancias dependían del éxito comercial de la firma para la que trabajaba. Pero si la empresa contraía deudas, éstas recaían sobre el comprador, debido a lo cual, él mismo debía actuar con extremada cautela en todas sus transacciones.

«¡Ah, si yo fuera tan rico como Chen Sheng!», se dijo Gordon Chen. Pero mejor aún sería tener la fortuna de Jin-qua, el primo de Chen Sheng. El mestizo sonrió para sus adentros, pensando divertido en las dificultades que tenían los ingleses con los nombres chinos. El verdadero nombre de Jin-qua era Chen-tse Jin Arn, pero hasta el mismo Tai-Pan, que le conocía desde hacía casi treinta años, era incapaz de pronunciar bien su nombre. Por consiguíente, Tai-Pan comenzó mucho tiempo antes a llamarle «Jin». El «qua» era una deformación de la palabra china que significaba «señor». Gordon Chen sabía que a los chinos no les molestaban los apodos, sino que, por el contrario, les hacían gracia, pensando que sólo se trataba de una muestra más de la falta de refinamiento de los «bárbaros» europeos. Recordaba que una vez, siendo niño, había espiado a

Chen-tse Jin Arn y a Chen Sheng cuando estaban fumando opio encerrados en una estancia. Les oyó reír al hablar de Su Excelencia, comentando que los mandarines de Cantón habían dado a Longstaff el mote de «pene odioso», haciendo un juego de palabras con la pronunciación china de su nombre, y que dicho apodo, en caracteres chinos, fue utilizado en las cartas que dirigió a Su Excelencia durante más de un año, hasta que Mauss se lo dijo a Longstaff, poniendo fin a la diversión.

Gordon Chen observó entonces a Mauss. Le respetaba por haber sido con él un maestro riguroso, y le agradecía que le hubiera convertido en el mejor estudiante del colegio. Pero al mismo tiempo le despreciaba por su crueldad y por lo mezquino que era. Siempre gustó a Gordon Chen asistir a la escuela misionera y aprender cuanto podía, junto con los demás alumnos. Pero un día descubrió que no era como ellos. Delante de sus compañeros, Mauss dijo que él era un bastardo, un hijo ilegítimo, y que era mestizo. Gordon Chen huyó corriendo a su casa, lleno de espanto. Entonces observó a su madre atentamente, y la despreció por ser de raza china.

Ella le dijo, mientras procuraba calmar su pena, que también tenía sus ventajas poseer sangre china, ya que ésta era la raza más pura que había en la tierra. Fue entonces cuando supo que Tai-Pan era su padre.

—Pero, entonces, ¿por qué vivimos aquí? ¿Por qué llamo padre a Chen Sheng?

—Los «bárbaros» no tienen más que una sola esposa, y no se casan con las chinas, hijo mío —le dijo Kai-sung.

—¿Cómo es eso?

—Así son sus costumbres. Bastante necias, pero no podemos cambiarlas.

—Siento odio hacia Tai-Pan. ¡Sí, le odio!

La madre de Gordon Chen le abofeteó con todas sus fuerzas, cuando nunca le había pegado anteriormente.

—Ponte de rodillas y pide perdón —dijo ella, llena de ira—. Tai-Pan es tu padre. El te dio la vida, y es mi dios. El me compró y luego me otorgó un favor vendiéndome a Chen Sheng como esposa. ¿Por qué iba Chen Sheng a tomar como esposa una mujer con un hijo impuro de dos años, cuando podía disponer de innumerables muchachas vírgenes, si no era porque Tai-Pan lo quería? ¿Y por qué iba éste a hacer eso, si no fuera porque nos amaba? ¿Crees que Chen Sheng

me habría tratado tan bien como lo hace, incluso después de haberme hecho anciana, de no ser gracias al favor que nos dispensa Tai-Pan? ¿Por qué, en fin, te trata Chen Sheng como a un hijo, a ti, necio desagradecido, si no fuese por Tai-Pan? Anda, ve al templo y ruega pidiendo perdón. Tai-Pan te dio la vida y por ello debes amarle, honrarle y bendecirle, como yo lo hago. Y si vuelves a repetir lo que has dicho hace un momento, no te hablaré más en toda mi vida.

Gordon Chen sonrió. ¡Cuánta razón había tenido su madre, y qué estúpido demostró ser en aquella ocasión! Pero aún más estúpidos eran los mandarines y el maldito emperador, que trataban de impedir la venta de opio. Cualquier mentecato sabía que sin eso no habría plata para comprar té y sedas.

En una ocasión Gordon Chen preguntó a su madre en qué forma se obtenía el opio, pero ésta no supo contestarle, lo mismo que los demás que había en la casa. Al día siguiente interrogó a Mauss al respecto, el cual le dijo que el opio era el jugo de las cápsulas de amapola.

—El productor de opio hace un ligero corte en la cápsula, de la cual fluye un líquido blanco, ¿hein? —le explicó Mauss—. El líquido se endurece en el tallo pocas horas después, y cambia de blanco a castaño oscuro. Luego se raspa el jugo endurecido y se practica una nueva incisión, para obtener más. El producto se deposita hasta formar una pelota de unos cuatro kilos de peso, por lo general. El mejor opio procede de Bengala y de la India, ¿hein? Y también de Malwa. ¿Dónde está Malwa, muchacho?

—¡En la India portuguesa, señor! —Era portuguesa, pero ahora pertenece a la Compañía de las Indias Orientales, que se apoderó de ella para completar su monopolio mundial sobre el opio, arruinando con ello a los trancantes de opio de aquí, de Macao. Ese es un error muy grave, muchacho, de modo que trae el látigo, ¿hein?

Desde aquel día, Gordon Chen recordó con disgusto el opio. Ahora, en cambio, le bendecía y le agradecía lo que había hecho por su padre y por Hong-Kong. Es a colonia iba a ser rica, muy rica.

—Muchas fortunas van a hacerse aquí —dijo Gordon Chen, acercándose a Horacio.

—Sí, algunos traficantes prosperarán —contestó el aludido, con aire ausente, observando la lancha—. Pero no serán muchos. Ese comercio es uno de los más endiablados que hay.

—Siempre pensando en el dinero, Gordon, ¿hein? —intervino Mauss, con voz ruda—. Debes convencerte de que el dinero no tiene importancia, muchacho. Es mejor que pienses en tu alma inmortal y en su salvación.

—Desde luego, señor —dijo Gordon Chen, pensando, divertido, en la mojigatería de aquel hombre.

—Tai-Pan semeja un poderoso príncipe que llega a tomar posesión de nuevas tierras —dijo Horacio, como hablando consigo mismo.

Mauss miró a su vez y dijo:

—Es verdad que lo parece, ¿hein?

La lancha llegó adonde rompían las olas.

—¡Arriba los remos! —gritó el contramaestre, y los marineros dejaron que la embarcación se deslizase por su propio impulso sobre las rompientes.

Struan esperó un instante y luego saltó desde la proa. En el momento en que sus botas hicieron contacto con la arena mojada, tuvo el presentimiento de que aquella isla iba a significar su muerte.

—¡Dulce nombre de Cristo! —murmuró.

Robb estaba a su lado y vio la repentina palidez que se extendía por el rostro de su hermanastro.

—¿Qué sucede, Dirk?

—Nada —replicó Struan, con forzada sonrisa—. No es nada, muchacho.

Se sacudió algunas gotas de agua que habían salpicado su casaca, y echó a andar por la playa, hacia donde estaba el mástil.

«Por todos los cielos —pensó Struan—. He luchado y me he esforzado durante años para conseguirte, isla, y ahora quieres ser la causa de mi desgracia, ¿no es eso? No, por Dios».

Robb observó a su hermano y vio que cojeaba. Se daba cuenta de que debía dolerle el pie, y pensó cómo sería el dolor que sentía. Ocurrió en el único viaje de contrabando en que intervino Robb. Al verle inerme, paralizado por el miedo, Struan arremetió contra un grupo de piratas que le rodeaban, y una bala de mosquete le llevó el tobillo externo y los dos dedos más pequeños. Cuando concluyó la batalla, el cirujano del buque cauterizó a Struan la herida vertiendo pez derretida en ella. Robb recordaba aún el dolor que producía la carne

quemada.

«De no haber sido por mi culpa, eso nunca habría ocurrido», pensó Robb, súbitamente entristecido, y mientras seguía a Struan playa arriba.

—Buenos días, caballeros —dijo Struan al llegar junto al grupo de traficantes—. Hermoso día, por todos los cielos.

—Hace bastante frío, Dirk —dijo Brock—. Y me parece muy propio de ti el haber llegado con semejante retraso.

—Llegué con anticipación. Su Excelencia aún está a bordo, y no se ha disparado el cañonazo convenido.

—Ya ha pasado una hora y media del plazo convenido. Sin duda así lo habéis convenido tú y ese lacayo pusilánime de Longstaff; podría jurarlo.

—Le agradecería, señor Brock, que no hable de Su Excelencia en tales términos —dijo el capitán Glessing, conteniéndose a duras penas.

—Y yo le agradeceré que se guarde sus consejos. No estoy en la Armada, y por lo tanto no me encuentro bajo su mando —contestó Brock, sin vacilar—. Es mejor que piense en la guerra en que usted no combate.

La diestra de Glessing se cerró sobre la empuñadura de su espada.

—Nunca creí que llegara el día en que la Marina Real se dedicaría a proteger a contrabandistas y a piratas. Eso es lo que es usted.

El capitán miró a Struan y a los demás, y añadió:

—Es lo que son todos, ustedes.

Del grupo de traficantes se alzó un murmullo, al que puso fun Struan con una risa sarcástica.

—Su Excelencia no está de acuerdo con usted, capitán.

—El Parlamento ha dictado sus leyes, como el Acta de Navegación, por ejemplo. Una de esas actas dice: «Todo buque armado que carezca de licencia, puede ser tomado como presa por cualquier navío de la Marina de Guerra.» ¿Tiene licencia su flota?

—En estas aguas abundan los piratas, como usted sabe, capitán Glessing —dijo Struan, despreocupadamente—. Llevamos armas para protegernos; sólo para eso.

—El opio está prohibido por la ley. ¿Cuántos millares de cajas han introducido en China, en contra de las leyes de este país, y de las de la Humanidad? ¿Tres millares? ¿Veinte millares?

—Lo que estamos haciendo aquí es algo que conocen muy bien todos los tribunales de Inglaterra.

—Su comercio constituye una deshonra para nuestra bandera.

—Esté agradecido a ese comercio, pues sin él Inglaterra carecería de té y de sedas, y quedaría en la más triste de las miserias.

—En eso tienes toda la razón, Dirk —manifestó Rock, quien, dirigiéndose a Glessing, añadió—: Debe meterse en la cabeza que sin traficantes no existiría el Imperio Británico; que sin impuestos no habría con qué comprar navíos de guerra, ni pólvora, ni cañones.

Luego, Brock miró el impecable uniforme de Glessing, sus ajustados calzones blancos, su galoneada casaca y su espléndido tricornio, y agregó aún: —Ni habría dinero para comprar llamativos entorchados a los capitanes.

Algunos marineros dejaron escapar una risita apenas perceptible.

—Debe agradecer al cielo que exista la Marina Real. Sin ella se acabaría el comercio por mar —replicó Glessing.

En ese momento retumbó un cañonazo desde el buque insignia, y Glessing se dirigió inmediatamente hacia los soldados que formaban al pie del mástil.

—¡Presenten armas! —exclamó, y a continuación extrajo el documento de la toma de posesión. Un repentino silencio se hizo entre los presentes, y cuando notó que se había disipado un poco su ira, Glessing comenzó a leer—: «Orden de Su Excelencia, el honorable William Longstaff, capitán superintendente de Su Británica Majestad, reina Victoria. De acuerdo con el documento conocido con el nombre de Tratado de Chuenpi, firmado el 20 de enero de este año de Nuestro Señor, por Su Excelencia, en nombre del Gobierno de Su Majestad, y por Su Excelencia Ti-sen, plenipotenciario de Su Majestad Tao Kuang, emperador de China, yo, el capitán Glessing, de la Marina Real, tomo en este momento posesión de la isla de Hong-Kong en beneficio de Su Británica Majestad y de sus herederos, a perpetuidad y sin menoscabo alguno de la cesión, en este día, 26 de enero del año 1841, de Nuestro Señor. El territorio de esta isla es desde ahora territorio inglés. ¡Dios salve a la reina!»

La Union Jack ascendió rápidamente a lo más alto del mástil, y la guardia de honor disparó una salva. Al momento contestaron los cañones de todos los barcos que había en el puerto, y el aire se cargó de olor a pólvora. El grupo que estaba en la playa vitoreó con entusiasmo a la reina.

«Ya está hecho —pensó Struan—. Ahora estamos comprometidos, y podemos empezar a trabajar».

Struan se separó del grupo y se acercó a la orilla. Por vez primera volvió la espalda a la isla y echó una mirada al gran puerto natural y a tierra firme, a la costa de China, que se divisaba un millar de metros más allá.

La península por la que se prolongaba la tierra firme era baja, con nueve colinas achaparradas, y se proyectaba hacia el puerto, que la rodeaba en parte. Se denominaba península de Kau-lung —Kowloon, como lo pronunciaban los traficantes ingleses—, o de los Nueve Dragones. Al norte de ella se extendía el territorio sin límites y desconocido de China.

Struan había leído los libros que escribieron los tres europeos que viajaron por China y pudieron regresar. Marco Polo estuvo cerca de seiscientos años antes, y dos sacerdotes católicos entraron en Pekín hacía aproximadamente dos siglos. Sin embargo, los libros no resultaban muy reveladores. Durante los últimos doscientos años no se permitió a los europeos la entrada en China. En una ocasión, e ilegalmente, Struan penetró en territorio chino algo más de kilómetro y medio, en las proximidades de Swatow, cuando traficaba con opio. Struan sólo iba acompañado de su primer piloto, y terminó por regresar a la costa. Los chinos se mostraron hostiles, pero no fue su actitud lo que le disuadió, sino el increíble número de habitantes y la enorme extensión del territorio que se extendía ante él.

«Ira del cielo —pensó Struan—. ¿Qué es lo que sabemos de la nación más antigua y poblada de la tierra? Nada. No sabemos absolutamente nada».

—¿Va a venir Longstaff a tierra? —inquirió Robb, uniéndose a su hermano.

—No, muchacho. Su Excelencia tiene cosas más importantes que hacer.

—¿Qué, por ejemplo?

—Leer y redactar despachos, y cambiar impresiones con el almirante.

—¿Se trata de algún asunto especial?

—Tiene la intención de poner fuera de la ley el tráfico de opio.

Robb lanzó una carcajada.

—No; no estoy bromeando —aseguró Struan—. Por eso quería verme, junto con el almirante. Deseaba que yo le aconsejara sobre el momento de dar la orden correspondiente. El almirante asegura que la Armada no tendrá dificultad alguna para poner en vigor la nueva orden.

—¡Cielos! ¿Es que Longstaff se ha vuelto loco?

—Nada de eso —aseguró Struan, encendiendo parsimoniosamente un cigarro—. Le dije que diera la orden al sonar las próximas cuatro campanadas.

—¡Eso es una locura! —estalló Robb.

—Al contrario, es algo muy conveniente. La Marina no pondrá en vigor la orden hasta pasada una semana, «a fin de dar a los traficantes el tiempo necesario para disponer de sus existencias».

—Mas, ¿qué haremos después? Sin opio nos hundimos. El comercio con China desaparecerá, igual que nosotros.

—¿De cuánto dinero disponemos, Robb?

El aludido miró en torno suyo, para asegurarse de que no les escuchaban, y bajó la voz cuanto pudo.

—Tenemos un millón cien mil libras esterlinas en nuestro Banco de Inglaterra —dijo—. Luego está la plata depositada en Escocia; cien mil libras, también en plata, aquí. Nos deben tres millones del opio de los rescates. En el Scarlet Cloud hay opio por valor de doscientas mil guineas, al precio actual del mercado. También…

—Desecha al Scarlet Cloud; se ha perdido.

—Todavía hay esperanzas, Dirk. Debemos esperar otro mes. Como decía, hay unas cien mil guineas en 50 opio en los buques almacenes. Sin embargo, debemos cerca de novecientas mil guineas en letras a la vista.

—¿Cuánto pueden representar los gastos de los próximos seis meses?

—Aproximadamente, cien mil guineas, para salarios y manutención de los barcos.

Struan pensó unos instantes.

—Mañana cundirá el pánico entre los traficantes —dijo—. Ninguno de ellos, con la posible excepción de Brock, puede vender su opio en una semana. De modo que es mejor despachar todo el opio que tenemos almacenado. Creo que…

—Longstaff tiene que cambiar la orden —dijo Robb, lleno de ansiedad—. Es necesario que lo haga. De lo contrario, arruinará la Tesorería, y…

—¿Puedes escucharme un momento? Cuando el pánico se produzca mañana, toma cada tael de que disponemos, y los que puedas conseguir, y compra opio. Deberás comprar a diez centavos el opio que valga un dólar.

—No podremos vender todo el nuestro en una semana, y menos aún el de los

demás.

Struan dio unos golpecitos a su cigarro para hacer caer la ceniza. Luego dijo:

—Un día antes de que la orden entre en vigor, Longstaff la cancelará.

—No comprendo.

—Es un modo de salvar las apariencias, Robb. Cuando el almirante se hubo marchado, expliqué a Longstaff que prohibir el tráfico de opio significaría destruir todo el comercio. Advertí que podía cancelar en el momento oportuno la orden, con lo que el almirante, que tiene muy buenas intenciones, pero que no entiende nada de comercio, no se daría cuenta de la maniobra. De modo que sólo había que dar la orden y luego anularla. Le dije que sería lo más conveniente, y con ello, tanto él como el almirante, conservarían sus respectivos puestos. Longstaff se mostró plenamente de acuerdo, y me pidió que mantuviera en secreto el asunto.

El rostro de Robb se iluminó al momento.

—¡Ah, Tai-Pan, eres el más grande de todos los hombres! Pero, ¿cómo tendremos la seguridad de que Longstaff llegará a anular esa orden?

Struan dijo que tenía en el bolsillo un decreto firmado, con fecha correspondiente a seis días más tarde, por el que se anulaba la orden. Longstaff se lo entregó, diciendo: «Tenga, Dirk, cójalo ahora, para que me pueda olvidar de eso. ¡Condenación, estoy agobiado con todo este papeleo! ¡Ah!, y será mejor que mantenga el asunto en secreto hasta el momento oportuno».

—Qué muchacho —añadió Struan—, ¿no te parece conveniente anular la orden?

—Me parece más que conveniente —aseguró Robb, que se contuvo para no abrazar a su hermano, lleno de alegría—. Si nadie lo sabe hasta dentro de seis días, haremos una considerable fortuna.

—En efecto.

Struan dejó vagar su mirada por el puerto. Lo había descubierto hacía algo más de veinte años, cuando un tifón le arrastró de su ruta y le llevó hasta las cercanías de la costa. Las monstruosas rompientes le hicieron arrojar las anclas de respeto, pero los embates del mar rompieron las cadenas, y Struan se dio cuenta de que el navío estaba perdido. Cuando el buque iba a estrellarse, cambió de dirección, posiblemente debido a alguna corriente, y se internó por un estrecho canal no registrado en las cartas de navegación, de unos trescientos

metros de anchura, que el extremo oriental de la isla de Hong-Kong formaba con tierra firme. Así llegó Struan al puerto interior, y a sus serenas aguas.

El mismo tifón destruyó la mayor parte de los buques mercantes que había en Macao, y hundió miles y miles de juncos por todo el litoral, pero Struan y las demás embarcaciones que se albergaban en Hong-Kong resistieron el temporal perfectamente. Cuando amainó la tormenta, Struan navegó en torno a la isla, para observar su contorno. Conservó todos los datos en su memoria, y así comenzó a madurar en secreto su plan.

«Ahora que eres nuestra, ya puedo dejarte —pensó Struan, con creciente entusiasmo—. Ahora, a por el Parlamento».

Durante varios años, Struan había pensado que la única forma de proteger realmente la Noble Casa y la colonia con que soñaba, era yendo a Londres. La verdadera sede del poder del mundo se hallaba en el Parlamento. Como miembro del mismo, y apoyándose en el poderío que le proporcionaba la enorme riqueza de la Noble Casa, podría dominar la política exterior del Asia, del mismo modo que había dominado a Longstaff.

«Sí, así ha de ser —pensó Struan—. Unos miles de libras esterlinas servirán para colocarte en el Parlamento. Basta ya de trabajar por intermedio de otros. Ahora serás tú mismo quien actúe. Al fin, muchacho. Pocos años más y la reina te nombrará caballero. Luego entrarás a formar parte del Gobierno. Después… después, ¡por todos los cielos!, dirigirás la marcha del Imperio en Asia, de modo que éste y la Noble Casa duren mil años».

Robb le estaba observando. Sabía que su hermano le había olvidado, pero eso no le preocupaba. Le gustaba mirar a su hermano cuando él se hallaba pensativo.

Entonces el rostro de Tai-Pan perdía su dureza habitual, sus ojos se hacían más dulces, y Robb se sentía más cerca de él y más confiado a su lado. Por fin, Struan rompió el silencio.

—Dentro de seis meses tú deberás ser el nuevo Tai-Pan —manifestó.

—No, aún no estoy preparado —dijo Robb, y sintió que su estómago se contraía, a causa del pánico.

—Sí, lo estás. Sólo en el Parlamento podré defender nuestros intereses y los de Hong-Kong.

—Desde luego —confirmó Robb, bajando la voz—, pero eso podrás hacerlo

en el futuro, dentro de dos o tres años. Hay demasiado que hacer ahora aquí.

—Te digo que puedes hacerlo.

—No.

—Sí, puedes, Robb. Incluso Sarah sabe que eres capaz de conseguirlo.

Robb miró hacia el Resting Cloud, el barco almacén de la Noble Casa, donde su mujer y sus hijos vivían temporalmente. Se daba cuenta de que Sarah era demasiado ambiciosa para él.

—No quiero hacerlo aún. Tenemos bastante tiempo por delante —aseguró.

Struan pensó en el curso del tiempo. No lamentaba los años que había pasado en Oriente, lejos de la patria, lejos de Ronalda, su mujer, y de Culum, Ian, Lechie y Winifreda, sus hijos. Le habría gustado tenerlos junto a él, pero Ronalda sentía aversión por el Oriente. Se casaron en Escocia, cuando él tenía veinte años y ella dieciséis, e inmediatamente salieron hacia Macao. Pero ella mostró su disgusto en el viaje, y luego en Macao. El primer hijo de ambos murió al nacer, y el segundo, Culum, nació enfermizo al año siguiente. Entonces, Struan envió a su familia a la patria. Cada tres o cuatro años, Struan iba a verles. Pasaba un par de meses con ellos en Glasgow, y luego regresaba a Oriente, ya que tenía mucho que hacer, pues quería levantar la Noble Casa.

«No lamento ni uno solo de los días que he pasado aquí —se dijo Struan—. Ni un solo día. El hombre verdadero debe salir por el mundo, si desea llegar a ser algo. ¿No es ése el objeto de la vida? Aunque Ronalda sea una magnífica muchacha y yo quiera a mis hijos, el hombre debe hacer lo que se propone. ¿Para qué he nacido, si no? Si el jefe de los Struan no se hubiera apoderado de todas las tierras del clan, echándonos fuera y acotando las propiedades, sin duda ahora sería yo un insignificante agricultor, como mi padre. Y gracias con que hubiera sido agricultor. En lugar de ello, el jefe del clan nos envió a un hediondo suburbio de Glasgow, y al quedarse con todas las tierras se convirtió en el earl de Struan [5], tras haber desintegrado el clan. En Glasgow casi nos moríamos de hambre, y entonces resolví embarcar. Los hados me protegieron, y ahora nuestra familia vive con desahogo, y soy el jefe de la Noble Casa».

Struan estaba ahora resuelto a arruinar al earl de Struan con todo el poder de que dispusiera, y a comprar parte de las tierras del antiguo clan. No tenía nada de qué lamentarse. Había hallado a China, y China le entregó lo que no pudo darle su propia patria. Y no sólo le dio riqueza, ya que la riqueza por sí sola es

repugnante, sino un fin en el que emplear su dinero. Struan se sentía en deuda con China. Se daba cuenta de que, por más que volviera a Inglaterra, para convertirse en miembro del Parlamento y más tarde del Gobierno; de que por más que lograse sus propósitos de arruinar al earl de Struan, y consolidase a Hong-Kong como preciado florón de la Corona británica, llegaría un día en que tendría que regresar a Oriente. Y es que su verdadero propósito, el que había conservado como el más impenetrable de los secretos, tardaría bastantes años en realizarse.

«Nunca ' hay tiempo suficiente para todo —pensó Struan, y miró la alta montaña que dominaba la isla—. La llamaremos El Pico».

De nuevo tuvo la extraña sensación de que la isla le odiaba y deseaba su destrucción. Notó un sentimiento de odio condensado a su alrededor, y se preguntó: «¿Por qué?»

—Dentro de seis meses tú mandarás la Noble Casa —se oyó decir a sí mismo, con voz ronca.

«No puedo. Yo solo no puedo». Un tai-pan siempre está solo. Esa es la gloria y la servidumbre del título.

Por encima del hombro de Robb, Struan vio que el contramaestre se aproximaba a ellos.

—¿Qué sucede, señor McKay? —inquirió.

—Perdón, señor. ¿Da usted su permiso para celebrarlo? —preguntó McKay, un hombre rechoncho, con el pelo trenzado por atrás en una pequeña coleta, que llevaba alquitranada, al uso de los marineros.

—Sí. Doble ración para todos. Luego disponga las cosas como le ordené.

—Sí, señor. A la orden —contestó McKay, y se marchó rápidamente.

Struan volvió a mirar a Robb, el cual tuvo la impresión de que los ojos verdes de su hermano despedían vivos destellos.

—Al concluir el año enviaré aquí a Clum, el cual, para entonces, ya habrá terminado en la Universidad. Ian y Lechie embarcarán más tarde, y seguirán a Culum. Por esas fechas tu hijo, Roddy, tendrá también la edad adecuada. Por fortuna, tenemos hijos suficientes para que nos sucedan. Ve preparando a tu sucesor. El Tai-Pan debe tener en todo momento alguien capaz de asumir sus funciones.

Struan volvió la espalda hacia la montaña y agregó:

—Quedan seis meses.

Luego dio media vuelta y se alejó.

Robb le vio marcharse y sintió una ráfaga de odio. Sintió odio hacia su hermano, hacia sí mismo y hacia la isla. Sabía que iba a fracasar como Tai-Pan.

—¿Un brindis con nosotros, caballero? —dijo Struan al grupo de traficantes—. Brindemos por nuestro nuevo hogar. Ahí hay brandy, ron, cerveza, ginebra, whisky y champaña.

Struan señaló su lancha, de donde los marineros estaban descargando barrilillos y disponiéndolos sobre algunas mesas. Otros avanzaban tambaleándose bajo el peso de grandes trozos de carne asada y fría, o cargaban con jamones, pollos, lechones y brazadas de panes. Descargaron luego escudillas llenas de repollo con jamón, grandes cantidades de plátanos de Cantón, pasteles de frutas, e incluso jarros con hielo, el cual habían traído los clípers y las lorchas desde las frías regiones del Norte.

—Aquí hay un buen desayuno para los que tengan apetito —añadió Struan.

Se oyeron unos vítores en señal de aprobación, y los traficantes se aproximaron a las mesas. Cuando todos estuvieron provistos de su correspondiente vaso o jarro, Struan alzó su vaso.

—Vamos a brindar, señores.

—Voy a beber contigo, pero no por este condenado trozo de roca —dijo Brock, levantando su jarro de cerveza—. O mejor dicho, sí, voy a beber también por este islote, al que voy a dar un nombre: «El desatino de Struan».

—Este desatino es suficiente para Struan y para los demás traficantes de China. Pero si basta para Struan y para Brock, eso ya es otro asunto —— contestó Struan.

—Yo te lo diré en pocas palabras, Dirk, viejo amigo: toda China no sería suficiente para los dos.

Brock apuró sin respirar el contenido de su jarro y arrojó el recipiente sobre la arena. Luego se volvió y se dirigió hacia su lancha. Algunos de los traficantes le siguieron.

—Por mi vida, qué pésimos modales —afirmó Quance, que se había unido al grupo y que no tardó en lanzar una carcajada—. ¡Ea, vamos, Tai-Pan, ese

brindis! El señor Quance tiene una sed insaciable.

——Disculpe, señor Struan —manifestó Horacio Sinclair—. Antes del brindis, ¿no le parece oportuno que agradezcamos a Dios las mercedes que nos ha dispensado al poder llegar a este día?

—Claro, muchacho. He sido un necio al descuidar eso. ¿Quieres dirigir la plegaria?

—El reverendo Mauss está aquí, señor.

Struan vaciló, cogido de improviso. Observó al joven, que le miraba con cierta expresión jocosa, y luego dijo en voz alta:

—Reverendo Mauss, ¿dónde está usted? Tenga la bondad de decir alguna oración.

Mauss se dirigió al centro del grupo y depositó su vaso vacío sobre la mesa, procurando hacerlo con cierto disimulo, como si le disgustase que los demás supieran que él también bebía. Se quitó el sombrero, y todos los demás hicieron lo propio, quedando con las cabezas descubiertas bajo los embates del helado viento.

Ahora reinaba una extraña calma en la playa. Struan miró colina arriba, hacia un punto donde había pensado erigir la iglesia. Ya le parecía ver el templo, y la ciudad a sus pies, y los muelles, los almacenes, las residencias y los jardines. También estaría la Gran Mansión, donde los Tai-Pan residirían a través de las generaciones. Habría otras casas de menor importancia para los allegados a los Tai-Pan, y también para sus amantes. Pensó en la suya, T'chung Jen May-May. Struan había comprado a May-May cinco años antes, cuando sólo tenía quince años y aún era virgen.

«¡Aeey yah! —exclamó interiormente Struan, empleando una de las interjecciones cantonesas que indicaban gozo o cólera, felicidad o disgusto, según la forma en que fuese dicha—. Si existe una gatita salvaje, sin duda es May-May».

—Señor nuestro de los vientos y de las olas, de la belleza y del amor; Señor de los raudos navíos, de la Estrella Polar y del ansiado regreso; Dios y Padre de Cristo niño, míranos y apiádate de nosotros —dijo Mauss, con los ojos cerrados, alzando las manos al cielo. Tenía una voz cálida y el sentimiento de su plegaria trascendía en torno suyo—. Somos hijos de hombres, y nuestros padres nos cuidaron con el mismo afán con que tú cuidaste a tu bien amado Hijo. Pero los

pecadores se multiplican sobre la tierra. Miramos la hermosura de una flor y no somos capaces de descubrirte en ella; soportamos los vendavales, y no comprendemos tu poder; sondeamos los abismos marinos y no nos damos cuenta de tu grandeza; acariciamos la tierra y no te sentimos; bebemos y comemos y no te saboreamos. Mas en todo ello estás tú presente. Tú eres la vida y la muerte, el éxito y el fracaso; tú eres Dios, y nosotros sólo hombres…

Mauss hizo una pausa, con el rostro contraído por la emoción y el arrepentimiento.

«¡Señor, perdona mis pecados! —pensó, con desesperación—. Permite que expíe mis debilidades convirtiendo a los paganos. Deja que sea un mártir por tu santa causa. Haz que vuelva a ser el que fui una vez…» Pero Wolfgang Mauss se dio cuenta de que ya no podía volver atrás. Desde el momento en que había comenzado-a servir a Struan, la paz interior le abandonó y las exigencias terrenales se apoderaron de él.

«Sin duda, ¡oh, Señor!, hice lo que debía. Tal vez no había otro medio para entrar en China.» Abrió los ojos Mauss y miró a su alrededor con expresión de desamparo.

—Lo siento —dijo—. No puedo hallar las palabras; esas grandes palabras que os hagan conocer al Señor como yo una vez le conocí. No creo que mis palabras signifique ya mucho. Perdonadme. Oh, Señor, bendice esta isla. Amén.

Struan llenó un gran vaso de whisky y se lo entregó a Mauss, al tiempo que decía:

—Creo que lo ha dicho muy bien. Y ahora, un brindis, caballeros. ¡Por la reina!

Bebieron todos, y cuando los vasos hubieron quedado vacíos, Struan ordenó que los volvieran a llenar.

—Con su permiso, capitán Glessing —añadió Struan—, desearía ofrecer un vaso a sus hombres, y a usted, desde luego. Hay que brindar por la posesión más reciente de la reina. Ha pasado usted a la Historia en este día.

Volvióse Struan hacia los traficantes y dijo:

—Tenemos que honrar el nombre del capitán. Propongo que llamemos a esta playa Glessing Point.

Se dejó oír un murmullo de aprobación entre los allí reunidos.

—El dar nombre a las islas y accidentes geográficos es prerrogativa de los

comandantes —dijo Glessing.

—Se lo sugeriré a Su Excelencia.

Glessing inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y ordenó, con acento tajante, al sargento:

—Los marineros un vaso, atención de Struan y compañía. Los infantes de Marina, nada. Que descansen.

A pesar del desagrado que sentía hacia Struan, Glessing no dejó de agradecerle el hecho de que mientras existiera la colonia de Hong-Kong, su nombre sería siempre recordado. Y es que Struan nunca prometía nada en vano.

Hubo un brindis por Hong-Kong, al que siguieron tres vítores. Luego, Struan hizo una seña al gaitero, y la tonada del clan de Struan se dejó oír por toda la playa.

Robb no bebía. Struan, con un vaso de brandy en la mano, del que tomaba de vez en cuando algunos sorbos, fue desplazándose entre los allí reunidos, saludando a unos de palabra y a otros con un simple movimiento de cabeza.

—¿No bebes, Gordon?

—No, gracias, señor Struan —contestó Gordon Chen, inclinándose a la usanza china, muy orgulloso de haber sido tenido en cuenta.

—¿Qué tal van tus cosas?

—Muy bien, señor.

«El muchacho se está convirtiendo en un espléndido joven —pensó Struan —. ¿Qué edad tendrá ahora? Creo que diecinueve años. El tiempo vuela».

Struan recordó con afecto a Kai-sung, la madre del muchacho. Fue su primera amante y la más hermosa de todas. ¡Aeey yah! Ella le había enseñado mucho acerca del amor.

—¿Cómo está tu madre? —inquirió.

—Perfectamente —contestó Gordon Chen, sonriendo—. Nunca deja de pedirme que rece por el bienestar de usted. Todos los meses quema en su honor una vara a los hados, en el templo.

Struan se preguntó qué aspecto tendría ella. Hacía diecisiete años que no la veía, pero aún recordaba su rostro con toda claridad.

—Dale un afectuoso recuerdo de mi parte.

—Es un gran honor el que usted le dispensa, señor Struan.

—Che Sheng me dice que trabajas duro y que le resultas de gran utilidad.

—Creo que es demasiado benévolo conmigo, señor.

«Chen Seng —pensó Struan—. Es un viejo ladrón; pero, ¡por todos los cielos!, nos hundiríamos sin él».

—Bien, creo que no podías tener mejor maestro que Chen Sheng —aseguró Struan—. En los meses que se avecinan tendremos muchísimo que hacer.

—Espero ser útil a la Noble Casa, señor.

Struan tuvo la impresión de que su hijo deseaba decirle algo más, pero se limitó a saludarle inclinando la cabeza, y siguió adelante. Estaba seguro de que Gordon Chen se lo diría cuando llegase el momento oportuno.

Gordon Chen se inclinó, y poco después dirigióse hacia una de las mesas, dándose cuenta de que le miraban, pero sin que le importase demasiado. Sabía que mientras Struan fuese el Tai-Pan, se hallaba seguro.

Los traficantes y los marineros que había en torno a las mesas arrancaron con las manos buenos trozos de pollo y de lechón, y se pusieron a comer glotonamente, con la grasa chorreándoles por la barbilla.

«¡Qué hatajo de bárbaros! —pensó Gordon Chen, y agradeció a los hados que hubiese sido criado como chino y no como un europeo—. Sí, mi suerte ha sido muy grande».

Los hados le habían proporcionado un maestro chino, que le enseñaba en secreto desde hacía pocos años. No habló a nadie de este maestro, ni siquiera a su madre.

De él aprendió que los reverendos Sinclair y Mauss no le habían enseñado toda la verdad. Aprendió cosas de Buda, del pasado de China y de la forma en que debía agradecerse el don de la vida, y emplearlo en beneficio de la patria china. El año anterior, su maestro le había introducido en la más poderosa y clandestina de las sociedades secretas chinas, la secta de Hung Mun Tong. Esta había llegado a extenderse por todo el territorio chino, y sus miembros estaban comprometidos por los más sagrados juramentos de sangre y hermandad, con el fin de derrocar a los odiados manchúes, a la dinastía extranjera de los Ch'ing, que gobernaba en China.

Durante dos siglos y con diversos nombres y disfraces, la sociedad había fomentado la rebelión. Se produjeron insurrecciones por todo el Imperio chino, desde el Tíbet hasta Formosa y desde Mongolia a Indochina. Allí donde había hambre u opresión, los miembros del Hung Mun convencían a los campesinos

para que se levantasen contra los Ch'ing y contra sus mandarines. Pero hasta el momento todas las insurrecciones importantes habían fracasado. La sociedad secreta, sin embargo, logró sobrevivir.

Gordon Chen se sintió muy honrado, porque él, que sólo era chino en parte, hubiera sido considerado apto para integrar las filas de los Hung Mun. ¡Muerte a los Ch'ing! Bendijo a los hados por haberle permitido nacer en aquella época y en aquel lugar de China, pues se daba cuenta de que se acercaba el momento de la rebelión general en todo el país.

Bendecía también a Tai-Pan por haber proporcionado a los Hung Mun una base de valor incalculable: Hong-Kong. Al menos allí la sociedad tendría un refugio seguro, desde donde podrían actuar sin temor a la bárbara represión de los Ch'ing. A partir de Hong-Kong irían sondeando el territorio continental, y acosando a las gentes del emperador hasta que llegase el Gran Día.

«Con la ayuda de los hados —pensó Gordon Chen—, con su ayuda, podré emplear el poderío de la Noble Casa para el bien de nuestra causa».

—¡Eh, fuera de aquí, sucio pagano!

Gordon Chen miró al que así le hablaba, lleno de asombro. Vio a un marinero rechoncho y bajo, que le observaba con gesto belicoso. Tenía asida una pata de lechón, a la que de vez en cuando daba un mordisco.

—¿No me oyes? ¡Fuera de aquí, o te retuerzo esa asquerosa coleta alrededor del cogote! —añadió.

El contramaestre McKay se aproximó rápidamente y echó a un lado al marinero.

—Ata esa lengua, Ramsey, condenado —dijo el marino, y añadió, dirigiéndose a Gordon Chen—: No ha querido ofenderle, señor Chen, se lo aseguro.

—Desde luego, señor McKay, gracias.

—¿Quiere comer algo?

Sin esperar una respuesta, McKay cortó un buen trozo de pollo con su cuchillo y se lo ofreció a Gordon Chen. Este separó el ala, que estaba medio arrancada, y, asustado por la rudeza del contramaestre, dijo:

—De nuevo se lo agradezco.

—¿Eso es todo lo que va a comer?

—Sí, es la parte más delicada del pollo —aseguró Chen, inclinándose—.

Gracias, señor McKay.

Este se acercó de nuevo al marinero que había insultado a Gordon Chen, y le dijo en voz baja:

—¿Puede saberse qué te ocurre, amigo?

—Eso es lo que digo yo. ¿Acaso es una ramera china para que le trates con tanto cariño, McKay?

—Baja la voz, maldito. A ese chino hay que dejarle en paz. Si quieres molestar a algún pagano, tienes muchos otros a tu disposición. Pero a él no, por todos los santos. Es el hijo bastardo de Tai-Pan. ¿Comprendes ahora?

—Entonces, ¿por qué no usa un signo distintivo de su sangre, o bien no se corta la coleta?

—No lo sé, ni me interesa. Eso no es asunto nuestro —contestó el contramaestre.

Struan estaba observando un sampán que se hallaba anclado ante la playa. Era una embarcación pequeña, como todas las de su clase, con una endeble cabina hecha con unos palos y un entramado de bambú. El pescador y su familia eran Hoklos, gentes que pasaban toda la vida en su embarcación, y que sólo en muy contadas ocasiones iban a tierra. Struan contó cuatro adultos y ocho niños en el sampán. Algunas de las criaturas estaban atadas al barco por una soga que les rodeaba la cintura. Esos eran sin duda los varones. A las niñas no se las ataba, pues carecían de valor.

—¿Cuándo cree usted que podremos volver a Macao, señor Struan?

Volvióse éste y sonrió a Horacio, que era quien le había hablado.

—Creo que será mañana, muchacho. Pero supongo que Su Excelencia te necesitará durante su entrevista con Ti-sen. Tendrás varios documentos para traducir.

—¿Cuándo será la entrevista?

—Dentro de tres días, según tengo entendido.

—Si zarpa algún buque para Macao, ¿tendrá usted inconveniente en buscar pasaje para mi hermana? La pobre Mary se encuentra a bordo desde hace dos meses.

—Lo haré con mucho gusto.

Struan se preguntó qué haría Horacio cuando supiera la verdad acerca de su hermana Mary. El lo descubrió todo tres años antes…

Se hallaba Struan en una atestada plaza de Macao, donde se celebraba un mercado, cuando de pronto un chino le colocó un papel en una mano y se alejó apresuradamente. Se trataba de una nota escrita en caracteres chinos. Struan enseñó el papel a Mauss, el cual le dijo:

—Es la dirección de una casa, señor Struan. Luego hay un mensaje que dice: «El Tai-Pan de la Noble Casa recibirá informes especiales que le resultarán de gran interés. Venga en secreto a la entrada lateral de la casa, a la Hora del Mono».

—¿Cuál es la Hora del Mono?

—Las tres de la tarde.

—¿Dónde está la casa?

Wolfgang se lo dijo y agregó:

—Le aconsejo que no vaya. Se trata de una trampa, ¿hein? Recuerde que dan cien mil taels por su cabeza.

—La casa no está en el barrio chino —contestó Struan—. Y dudo de que vayan a tenderme una trampa a plena luz del día. Venga usted con una escolta. Si no he vuelto una hora después, vayan a buscarme allí mismo.

Struan se dirigió al lugar de la cita y dejó a Wolfgang Mauss y a los marineros de la escolta en las proximidades de la casa, por si les necesitaba. La casa se hallaba en una calle tranquila y arbolada. Struan entró por la puerta lateral de un paredón y se halló en un gran patio. Le esperaba una criada china, pulcramente ataviada con una túnica y pantalones negros. La mujer hizo una reverencia y una seña para que la siguiera en silencio. Cruzaron el patio, subieron por una pequeña escalera de la mansión, hasta llegar a una estancia. Struan siguió cautelosamente a la criada, preparado para lo imprevisto.

La habitación estaba lujosamente amueblada, y de las paredes colgaban ricos tapices. Los muebles eran robustos, de teca china, y en el ambiente notaba un singular aroma, parecido al del incienso. Había una ventana que daba al patio, el cual era de grandes dimensiones y estaba plantado, como un jardín.

La mujer se acercó al extremo de un muro lateral y, con todo cuidado, desplazó un trozo del maderamen de la pared. En ésta apareció un agujero, por el que ella se puso a mirar. Luego, la oriental hizo una seña a Struan para que

hiciera lo mismo. Struan sabía que una vieja trampa china consistía en hacer mirar a un enemigo por el agujero de una pared, al otro lado de la cual estaba otra persona con una aguja, dispuesta para atravesarle el ojo. Por consiguiente, se mantuvo a varios centímetros del agujero, pero aun así, pudo ver perfectamente la habitación contigua. Se trataba de una alcoba. En ella estaba Wang Chu, el mandarín principal de Macao, roncando desnudo sobre una cama. A su lado yacía Mary. La muchacha aparecía con los brazos cruzados bajo la cabeza, contemplando el techo.

Struan miró lleno de espanto. Poco después, Mary hizo despertar a Wang Chu con sus caricias, y comenzó a hablar con él y a reírse. Struan no imaginaba que ella sabía hablar en chino, y eso que la conocía mejor que nadie, con excepción de su hermano Horacio. Mary hizo sonar una campanilla y al momento entró una criada, que comenzó a ayudar al mandarín a vestirse. El chino no podía hacerlo por sí solo, ya que sus uñas tenían diez centímetros de largo y estaban adornadas con unas cubiertas enjoyadas. Struan se apartó de la pared, lleno de repugnancia.

Desde el patio llegaron en ese momento una serie de voces, y Struan miró con precaución por la ventana. Los guardias de Wang se estaban reuniendo abajo, seguramente para cortarle la retirada. La mujer le hizo una señal para que no se inquietase y que esperase allí mismo. Le sirvió té y luego se inclinó y abandonó la habitación.

Media hora más tarde, los soldados salieron del patio, y, por encima del muro, Struan los vio formar en la calle, rodeando un palanquín. Llegó en seguida Wang Chu, al que ayudaron a subir a la silla de mano, y luego el cortejo se alejó.

—Hola, Tai-Pan.

Volvióse rápidamente Struan, al tiempo que empuñaba su cuchillo. Mary se hallaba en el umbral de una puerta que estaba disimulada en la pared. Llevaba puesta una delgada bata que transparentaba su cuerpo desnudo. Tenía el cabello largo y rubio, ojos azules y un hoyuelo en la barbilla. Sus piernas eran largas, estrecha la cintura y pequeños y firmes los senos. Un valioso trozo de jade tallado pendía de una cadena de oro que rodeaba su cuello, Mary observaba a Struan con una sonrisa burlona.

—Puedes guardar tu cuchillo, Tai-Pan. No corres ningún peligro —aseguró ella, con voz serena, aunque sarcástica.

—Deberían azotarte con un látigo —dijo Struan.

—Sé muy bien lo que es eso. ¿No te acuerdas?

Mary señaló con la mano la alcoba y añadió:

—Pasa, estaremos mejor aquí.

Se encaminó entonces hacia un mueble y vertió brandy en dos vasos. Luego dijo con la misma sonrisa irónica:

—¿Acaso no has estado nunca en el dormitorio de una muchacha?

—Querrás decir en el dormitorio dé una ramera.

—Somos iguales, Tai-Pan —dijo ella, entregándole un vaso, que él aceptó—. Los dos preferimos a los chinos como compañeros de lecho.

—¡Por mi vida, condenada mujerzuela! Tú…

—No seas hipócrita, que es un papel que no te va bien —le interrumpió Mary—. Estás casado, tienes hijos y, sin embargo, te acuestas con varias mujeres. Mujeres chinas. Lo sé desde hace bastante tiempo, pues me tomé el trabajo de averiguarlo.

—Es imposible que tú seas Mary Sinclair —dijo Struan, como hablando consigo mismo.

—No es imposible. En todo caso será sorprendente —aseguró ella, tomando un sorbo de brandy, sin inmutarse—. Te mandé a buscar porque quería que me vieras tal como soy.

—¿Para qué?

—Primero debes despedir a tus hombres.

—¿Cómo sabes que vine acompañado?

—Eres muy cauteloso, como yo. Nunca hubieras venido sin una escolta —respondió ella, y en sus ojos volvió a aparecer una mirada burlona.

—¿Qué pretendes?

—Ya lo verás. Dime ahora el tiempo que les dijiste que esperasen.

—Una hora.

—Necesitamos más tiempo. Diles que se vayan —manifestó Mary, riendo—. Yo esperaré.

—Está bien, pero ponte algo más de ropa.

Struan salió de la casa, llegó adonde Mauss estaba esperando y le dijo que prolongase el plazo a dos horas más, después de transcurridas las cuales debían ir a buscarle. Le habló de las puertas secretas, pero no dijo nada acerca de Mary.

Cuando regresó, la muchacha se hallaba tendida sobre la cama.

—Cierra la puerta, por favor, Tai-Pan —dijo ella.

—Te dije que te vistieras.

—Y yo te digo que cierres la puerta.

Lleno de ira, Struan la cerró de un portazo. Mary se entreabrió la fina bata y dejó al descubierto su cuerpo desnudo.

—¿No me encuentras atractiva?

—No; me repugnas.

—Pues tú no me repugnas, Tai-Pan. Eres el único hombre al que admiro de verdad.

—Debiera verte Horacio en este momento.

—¡Ah, Horacio! —dijo ella, enigmáticamente—. ¿Cuánto tiempo has ordenado a tus hombres que esperen esta vez?

—Dos horas.

—Les hablaste de los misterios de esta casa, pero no les contaste nada de mí. ¿Me equivoco?

—¿Por qué estás tan segura?

—Te conozco, Tai-Pan. Por eso te confío mi secreto.

Mary jugueteó un poco con el vaso de brandy y, sin levantar la vista, añadió:

—¿Habíamos terminado cuando miraste por el agujero de la pared?

—¡Ira del cielo! Será mejor que…

—Ten paciencia, Tai-Pan —dijo ella—. Contesta: ¿habíamos terminado?

—Creo…, creo que sí —tartamudeó Struan.

—Me alegro. Bueno, me alegro y lo siento a la vez.

Quería estar segura.

—¿De qué?

—Quería tener la certeza de que tú comprobabas que Wang Chu es mi amante.

—¿Cuál es la razón de eso?

—Porque tengo unos informes que te pueden resultar útiles. Tú nunca me creerías, de no haber visto con tus propios ojos que me acuesto con el mandarín.

—Dime cuáles son esos informes.

—Tengo innumerables datos que pueden serte útiles, Tai-Pan, ya que también son numerosos mis amantes. Chen Sheng viene a veces, igual que

muchos mandarines de Cantón. El viejo Jin-qua lo hizo una vez.

Los ojos de Mary se empañaron ligeramente y parecieron cambiar de color.

—No les contrarío nunca —prosiguió diciendo—. Les atrae el color de mi piel y de mi cabello, y yo hago lo posible por complacerles. También ellos me complacen. No tengo más remedio que decirte estas cosas, Tai-Pan. Estoy tratando de pagarte la deuda que contraje contigo, ¿no recuerdas?

—¿Qué deuda?

—Gracias a ti, mi padre dejó de pegarme. Pero eso ocurrió tal vez demasiado tarde, aunque no por culpa tuya.

Mary se levantó del lecho, se colocó una bata más consistente y añadió:

—Pero no quiero molestarte más. Por favor, escúchame y luego obra como mejor te parezca.

—¿Qué tienes que decirme?

—El emperador ha nombrado un nuevo virrey en Cantón. Es el virrey Ling, que trae con él un edicto para acabar con el contrabando de opio. Llegará dentro de dos semanas, y una semana después ordenará cercar el establecimiento de Cantón. No se dejará salir a ningún europeo, hasta que todo el opio haya sido entregado.

Struan lanzó una carcajada desdeñosa.

—No lo creo —afirmó.

—Si obligan a entregar el opio y éste es destruido, aquel que tenga cargamentos de opio fuera de Cantón logrará hacer una enorme fortuna —aseguró Mary—. Puedes enviar un barco a Calcuta con órdenes de que compren todo el opio que sea posible, dos meses después de la llegada del buque a Calcuta. Si mis informes son falsos, tendrás tiempo para anular la compra. De lo contrario, dispondrás pronto del cargamento.

—¿Fue Wang quien te dijo todo eso?

—Claro que no. Sólo me dijo lo del virrey; lo demás fue idea mía. Sólo deseaba pagar la deuda que tenía contigo.

—No me debes nada.

—Entonces es que nunca te azotaron.

—¿Por qué no enviaste a alguien para que me dijera todo eso? ¿Por qué me has hecho venir aquí? ¿Para que contemplara este… este horror?

—Quise decírtelo yo misma. Deseaba que alguien más supiera lo que soy.

Eres el único hombre en quien confío —dijo ella, con una inesperada muestra de ingenuidad.

—Estás loca. Deberías estar encerrada.

—¿Porque me gusta acostarme con los chinos?

—¡Por mi vida! ¿Pero es que no te das cuenta de lo que eres?

—Sí, una vergüenza para Inglaterra —aseguró Mary, y su rostro adoptó una expresión colérica, que la hizo parecer una mujer de edad—. Vosotros, los hombres, hacéis lo que os place; pero a nosotras eso mismo nos está prohibido. Dime cómo podría yo acostarme con un europeo. Pocas horas más tarde lo sabría toda la colonia. De este modo, en cambio, nadie sale perjudicado.

—¿Por qué lo haces?

—Deberías conocer mejor las leyes de la vida, Tai-Pan.

La mujer necesita al hombre, del mismo modo que éste a la mujer. ¿Y por qué iba a considerarme satisfecha con un solo hombre?

—¿Desde cuándo sucede esto?

—Desde los catorce años… No, no te espantes. ¿Qué edad tenía May-May cuando la compraste?

—Eso es distinto.

—Siempre es distinto para los hombres —declaró la muchacha, al tiempo que se sentaba ante un tocador y comenzaba a empolvarse el rostro—. Debes saber además que Brock está negociando en secreto con los españoles, en Manila, acerca de las cosechas de azúcar. Ha ofrecido a Carlos de Silvera el diez por ciento por el monopolio.

Struan se sintió dominado por la furia.

—Si Brock tiene éxito en esa maniobra, conseguirá dominar todo el mercado filipino —afirmó—. ¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijo su comprador, Sze-tsin.

—¿Es otro de tus… clientes?

—En efecto.

—¿Hay algo más que desees decirme?

—Puedes conseguir cien mil taels de plata con el informe que acabo de darte.

—¿Has terminado?

—Sí.

Struan se puso en pie, y ella le miró curiosamente.

Luego le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Decírselo a tu hermano. Es mejor que te envíen a Inglaterra cuanto antes.

—Déjame vivir mi vida, Tai-Pan. Me complace lo que soy, y nunca cambiaré. Ningún europeo, y muy pocos chinos, saben que hablo cantones y mandarín, con excepción de Horacio y de ti ahora. Es en este momento cuando me conoces de verdad. Yo te prometo que te seré de gran utilidad.

—En Inglaterra estarás en tu patria.

—Mi patria es Asia —aseguró Mary, y sus ojos parecieron dulcificarse—. Por favor, no procures cambiarme; pero sigue tratándome como siempre, con afecto y delicadeza.

—Tú ya no eres la misma. ¿Crees que puedo pensar eso, después de lo que he visto?

—En realidad, todos los seres humanos tenemos dos personalidades. Esta que acabas de descubrir es una de las mías. La otra, la dulce y virginal muchacha que asiste a la iglesia, toca el clavicordio y canta mientras cose; ésa también soy yo. No sé por qué sucede así, pero es lo cierto. Tú eres Tai-Pan, un demonio contrabandista, brutal y fornicador y, al mismo tiempo, un príncipe magnánimo, esposo ejemplar y hombre bondadoso. ¿Cuál de los dos eres en verdad?

—Está bien; no se lo diré a Horacio. Pero tienes que regresar a Inglaterra; yo te daré el dinero.

—Tengo dinero suficiente para un pasaje, Tai-Pan.

No olvides que recibo regalos. Esta casa es mía, lo mismo que la de al lado. Pero me iré cuando lo juzgue oportuno. Por favor, déjame que sea lo que soy, pues nada me cambiará. Una vez me ayudaste, y creo que no valió de nada. Igual sería yo actuando en secreto que públicamente, de modo que, ¿por qué causar dolor a los demás? ¿Para qué tiene que enterarse Horacio?

Struan contempló a Mary y comprendió que la muchacha era totalmente sincera.

—¿Sabes el peligro que corres?

—Lo sé.

—No parece importarte mucho.

—El peligro es la sal de la vida, Tai-Pan —dijo ella, con un brillo especial en sus ojos azules—. Sólo una cosa lamento, al haberte traído aquí, y es que ahora

ya nunca podré ser tu mujer. Siempre tuve deseos de serlo.

Struan dejó a Mary abandonada a su suerte, como ella quería. La muchacha tenía derecho a vivir del modo que más le complaciera, y exponerla a la vergüenza de la comunidad, de nada habría valido, a no ser para atormentar y destruir a su hermano, que tanto cariño le profesaba.

El beneficio que proporcionó a Struan el informe de Mary fue enorme. Gracias a él, la Noble Casa tuvo en sus manos, durante un año, el monopolio casi total del comercio del opio. Además, los datos de Mary acerca de Brock resultaron ser ciertos, y se pudo contener a éste antes de que llevara a cabo sus planes. Struan abrió una cuenta bancaria en Inglaterra a nombre de Mary, y en ella depositó su porcentaje de los beneficios. Ella se lo agradeció, pero nunca pareció interesarse por aquel dinero. De vez en cuando, Mary le suministraba más informes, pero jamás se decidió a contarle en qué forma había iniciado aquella doble vida.

«Por todos los cielos —pensó Struan—. Nunca terminaré de entender a la gente».

Ahora, en la playa de Hong-Kong, Struan se preguntaba qué actitud adoptaría Horacio cuando terminara por enterarse de la vida que llevaba su hermana. Resultaba imposible para Mary mantener en secreto su segunda vida por mucho tiempo. Seguramente no tardaría en cometer algún error que la descubriría.

—Es una pena —dijo Struan, en voz baja—. Una verdadera pena.

—¿Decía usted, señor Struan? —inquirió Horacio, que seguía a su lado.

—No, nada. Era algo sin importancia.

—¿Tiene usted un barco que salga hoy o mañana?

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Le había preguntado antes si habrá algún buque para Macao hoy o mañana —contestó sonriendo Horacio—. Es para que vaya en él mi hermana Mary.

—¡Ah, sí, Mary! —dijo Struan, volviendo del todo a la realidad—. Sí, es probable que zarpe uno mañana. Ya te lo haré saber, muchacho.

Struan avanzó entre los traficantes y se acercó a Robb, el cual se hallaba junto a una de las mesas, mirando al mar.

—¿Qué vendrá después, señor Struan? —preguntó Skinner, en voz alta.

—¿Eh?

—Ya tenemos la isla. ¿Cuál será el paso siguiente de la Noble Casa?

—Construir, desde luego. Los que primero construyan serán los primeros en obtener beneficios, señor Skinner —aseguró Struan, sonriendo afablemente, mientras seguía adelante.

Se preguntó qué pensarían los demás comerciantes y hasta su mismo hermano Robb si se enterasen de que él era el propietario del Oriental Times y de que Skinner no era más que un empleado suyo.

—¿No tienes apetito, Robb?

—Comeré más tarde, Dirk. Hay tiempo de sobra.

—¿Un poco de té?

—Gracias.

Cooper se acercó a ellos y levantó su vaso.

—¿Otro brindis por «el desatino de Struan»?

—De ser así, Jeff —replicó Struan—, todos ustedes se verían mezclados en mi desatino y se hundirían conmigo.

—En efecto —corroboró Robb—. Pero, por suerte, creo que mi hermano sabe muy bien lo que hace.

—Desde luego. La Noble Casa lo hace todo a la perfección. Es perfecto el whisky, el champaña y hasta la cristalería.

Cooper percutió en su copa con la uña del índice, y la nota que se escuchó fue clara y cristalina.

—Hermoso sonido —añadió.

—Es cristal fabricado en Birmingham. Acaban de descubrir un nuevo procedimiento de fabricación, y una de las factorías está lanzando al mercado un millar de copas a la semana. Al cabo de un año habrá una docena de fábricas. Struan hizo una pausa, y luego agregó:

—Puedo entregar en Boston el número de piezas que usted desee, a diez centavos de dólar por copa.

Cooper examinó el cristal más de cerca e hizo una contraoferta:

—A seis centavos le encargo diez mil piezas.

—Diez centavos. Brock le cobraría doce.

—Quince mil piezas a siete centavos.

—Hecho. Siempre que me garantice por escrito comprar a siete centavos treinta mil piezas todos los años y que sólo importará por mediación de Struan.

—De acuerdo. Si se compromete a llevar de vuelta un cargamento de algodón, desde Nueva Orleáns hasta Liverpool.

—¿Cuántas toneladas?

—Trescientas, en los términos acostumbrados.

—Hecho. Pero deberá usted actuar como agente nuestro en Cantón para el té de esta estación, si se hace necesario.

Cooper se puso en guardia al instante.

—Pero la guerra ha terminado. ¿Para qué necesita un agente en Cantón?

—Estamos haciendo un trato, ¿no es así?

La mente de Cooper estaba trabajando a pleno rendimiento. El Tratado de Chuenpi abrió las puertas de Cantón inmediatamente al comercio. Al día siguiente, todos se trasladarían de nuevo al establecimiento europeo de Cantón para instalarse allí otra vez en sus respectivos locales comerciales, hasta mayo, mes en que terminaba la temporada mercantil. Por consiguiente, el que la Noble Casa deseara tener un agente en Cantón era tan absurdo como que Estados Unidos quisiera tener un rey con corona.

—¿Es un trato o no, Jeff?

—Sí, claro. Pero, ¿acaso espera que estalle de nuevo la guerra?

—¡Ah, la vida está llena de problemas! ¿Cuánto tiempo tardará su nuevo barco en estar listo? —preguntó de improviso Struan.

Cooper entrecerró los ojos con gesto receloso.

—¿Cómo se ha enterado de eso? Nadie lo sabe fuera de nuestra Compañía.

Robb lanzó una carcajada, e intervino a su vez:

—Es parte de nuestro negocio el enterarnos, Jeff —afirmó—. Tal vez el navío resulte un competidor peligroso, si navega como Dirk cree que lo hace. En tal caso, quizá podamos comprárselo a ustedes.

—No estaría mal, para variar, que los ingleses comprasen barcos americanos —contestó Cooper, secamente.

—Bueno, no vamos a comprarlo, Jeff —aseguró Struan—. Tenemos una copia de los planos y podemos construir unos cuantos iguales en el mejor lugar, es decir, en Glasgow. Yo en su caso, Cooper, ordenaría inclinar los mástiles un poco más y añadiría algo más de la superficie a la vela mayor y a la de mesana. ¿Cómo piensan llamar al buque?

—Independence.

—Entonces llamaremos a los nuestros Independent Cloud.

—Les ganaremos de lejos en el mar. Ya los derrotamos dos veces en la guerra, y volveremos a derrotarlos de nuevo. Esta vez donde más les va a doler. Les arrebataremos el mercado.

—No tienen ninguna posibilidad —aseguró Struan, y al ver que Tillman se acercaba, dijo con severidad—: Nunca podrán tenerla cuando la mitad de su país se basa en la esclavitud.

—Eso cambiará con el tiempo. Pero recuerde que fueron los ingleses quienes comenzaron el asunto.

—¡Bah, el demonio lo empezó, ira del cielo!

«Sí, y los insensatos siguieron con ello ——pensó Cooper, recordando con pesadumbre las discusiones que había tenido con su socio Wilf Tillman, el cual era propietario de una plantación de esclavos y traficaba con ellos—. ¿Cómo podía estar Wilf tan ciego?»

—Hace ocho años estaba usted en ese comercio, según creo.

—Struan nunca se dedicó a comerciar con carne humana, ¡por todos los cielos! Y por Dios bendito que haré saltar en pedazos a todo buque que sorprenda en el mar dedicado a tan vergonzoso comercio, tanto si está en aguas británicas como si no lo está. En eso también damos la pauta al mundo. La esclavitud está fuera de la ley. Con la ayuda de Dios, tardamos hasta 1833 para decretarla, pero ya es un hecho.

—Bien, no voy a discutir eso. Pero usted, personalmente, puede utilizar su influencia para que nos dejen comprar el opio de la maldita Compañía de las Indias Orientales. ¿Por qué todo aquel que no sea traficante británico ha de verse excluido de las subastas? ¿Por qué tenemos que comprar opio turco, de calidad inferior, cuando en Bengala lo hay de sobra para todos nosotros?

—He hecho todo cuanto estuvo de mi parte para hundir a la Compañía, como bien lo sabe —aseguró Struan—. A usted le corresponde ahora moverse. Gaste un poco de dinero; mueva algunos resortes en Washington. Hable con el socio de su hermano. ¿No es senador por Alabama? ¿O acaso está demasiado ocupado comprando negros en los «mercados» de Mobile?

—Ya conoce mi opinión sobre eso —contestó Cooper—. Liberen las subastas de opio y comerciaremos con ustedes por toda la tierra. Tengo la impresión de que temen nuestra libre competencia. ¿Por qué otra razón

mantienen en vigor sus Actas de Navegación? ¿Por qué hacer una ley que sólo permite a los buques ingleses llevar mercancías a Inglaterra? ¿Qué derecho tienen a monopolizar de manera tan implacable el mayor mercado consumidor del mundo?

—Son barreras difíciles de romper.

—En algunos aspectos nosotros tenemos razón y ustedes se equivocan. Compitamos libremente. Que haya libertad en el comercio y en los mares. ¡Eso es lo justo!

—La casa de Struan está de acuerdo con usted en ese punto. ¿No lee los periódicos? Creo que no necesito decirle que compramos diez mil votos al año para apoyar a seis miembros que se pronunciarán por el comercio libre. Aún seguimos haciendo grandes esfuerzos en tal sentido.

—Nosotros no compramos votos.

—Cada uno tiene su propio sistema. Pero voy a decirle algo que usted tal vez ignore. Los ingleses no eran partidarios de las guerras americanas, como tampoco iban a favor de esos condenados reyes de la casa de Hannover. Ustedes no ganaron esa guerra, sino que fuimos nosotros quienes la perdimos, y de buena gana. ¿Por qué íbamos a querer pelear entre hermanos? Pero si el pueblo de las islas decide alguna vez guerrear en Estados Unidos, prepárense, porque entonces están perdidos.

—Creo que se impone un brindis —intervino Robb.

Los otros dos hombres dejaron de mirarse fieramente y vieron con asombro cómo Robb llenaba tres vasos.

—Dijiste que no volverías a beber, Robb —dijo Struan, con tono tajante.

—Brindaremos, en primer lugar, por Hong-Kong.

Robb les entregó los vasos. El whisky que contenían era de color castaño dorado, destilado exclusivamente para la Noble Casa en Loch Tannoch. Robb necesitaba un trago.

—Pero tú habías jurado…

—Lo sé. Sin embargo, da mala suerte brindar con agua, y este brindis es muy importante.

Robb alzó el vaso y añadió:

—Brindo por el futuro. Por los navíos Independence e Independent Cloud. Por la libertad en los mares. Por la libertad contra todos los tiranos.

Tomó Robb un sorbo y sintió que la bebida le quemaba la boca, aunque su cuerpo se estremecía a causa de la necesidad de beber. Luego escupió el líquido y vertió el resto sobre la arena de la playa.

—Si vuelvo a hacer eso, quítame el vaso de un golpe —dijo Robb a su hermano, y se alejó con paso vacilante.

—Eso requiere más fuerza de voluntad que la que yo tengo —manifestó Cooper.

—Robb debe de estar loco al tentar al demonio de esa forma —dijo Struan, a su vez.

Robb había comenzado a beber, hasta llegar al borde de la locura, unos seis años antes. El año anterior, Sarah había llegado a Macao procedente de Escocia, en compañía de los niños. Durante cierto tiempo todo marchó espléndidamente, pero un día Sarah se enteró de la existencia de la amante china que tenía Robb desde hacía varios años, Ming Soo, y de la hija de ambos.

Struan recordaba la cólera de Sarah y la angustia que dominó a Robb, y sintió piedad por ambos. Se dijo que debían haberse divorciado años antes, y maldijo la obligación que había establecida de obtener una ley del Parlamento para divorciarse. Con el tiempo, Sarah accedió a perdonar a Robb, pero impuso la condición de que él se desembarazase de su amante china —a la que Robb realmente quería— y de su hija. Aceptó Robb, aunque con gran dolor y despreciándose a sí mismo. En secreto, entregó a Ming Soo cuatro mil taels de plata e hizo que ella y su hija abandonaran Macao. Nunca volvió a saber de ellas. Sarah, por su parte, no olvidaba a la hermosa rival y a su niña, y en numerosas ocasiones removía la herida abierta en el espíritu de Robb, que sufría enormemente. Como consecuencia, Robb comenzó a darse a la bebida. Esta no tardó en dominarle, hasta hacer de él un guiñapo. Un día, Robb desapareció. Struan le buscó por todas partes, y al fin le halló en una de las hediondas tabernas de Macao. Le llevó a casa, y cuando recuperó la sobriedad le entregó una pistola.

—Pégate un tiro aquí mismo, o jura por Dios que no volverás a beber alcohol en toda tu vida. Te has envenenado, Robb. Has estado continuamente borracho durante casi un año. Recuerda que tienes hijos en que pensar. Los pobres están aterrados, y con razón. En cuanto a mí, estoy cansado de sacarte de los peores antros del puerto. En tu mano está la solución. ¡Vamos, Robb, adelante!

Struan obligó a su hermano a mirarse en un espejo.

Robb juró no beber nunca más, y Struan le envió al m a r durante un mes, con órdenes estrictas de que no le dieran licor alguno. Robb estuvo al borde de la muerte, pero con el tiempo se recuperó, y terminó por agradecer a Struan su rehabilitación. Volvió a vivir con Sarah, tratando de hacer las paces. Pero nunca hubo paz entre ellos, y tampoco amor.

«Pobre Robb —pensó Struan—. Y pobre Sarah… ES terrible vivir de ese modo, siendo marido y mujer».

—¿Qué habrá impulsado a Robbie a dejarse tentar de ese modo? —murmuró Struan.

—Creo que ha querido poner fin a una riña —dijo Cooper—. Lo cierto es que me encontraba encolerizado. Lo siento.

—No necesita disculparse, Jeef. Ha sido culpa mía —afirmó Struan—. Bien, no vamos a ser menos que el pobre Robb, ¿verdad? ¿Brindamos por lo que él propuso? ¡Sea, pues!

Bebieron en silencio. A su alrededor, los circunstantes comenzaban a alegrarse.

—¡Eh, Tai-Pan! ¡Y usted, despreciable colonial, vengan aquí! —exclamó Quance, que se hallaba sentado cerca del mástil. Agitó los brazos para llamarles la atención, y volvió a gritar—: ¡Rayos, vengan aquí! El pintor tomó una pizca de rapé, aspiró dos veces y se sacudió impaciente con su pañuelo de encajes.

Cuando los dos hombres llegaron a su lado, Quance miró a Struan por encima de sus gafas sin montura y dijo:

—Por Jove, ¿cómo puede un genio pintar con este tumulto a su alrededor?

—¿Ha probado usted el brandy, señor Quance? Tal vez eso le ayude.

—Lo he probado, amigo. Impecable, como los pechos de la señorita Tillman.

A continuación, Quance retiró la tela del caballete y la enseñó.

—¿Qué les parece?

—¿El qué? ¿La señorita Tillman?

—Vamos. Hablo del cuadro, condenación. ¿Cómo pueden pensar en cosas prosaicas, cuando están en presencia de una obra maestra?

Quance aspiró otro poco de rapé, tosió con fuerza y luego tomó un trago de su botellín de coñac Napoleón.

La pintura era una acuarela que reproducía la ceremonia de la toma de

posesión. Era un trabajo delicado, una fiel reproducción de lo que había sido la escena. Resultaba fácil identificar a Brock, a Mauss y a Glessing, éste con la proclama en las manos.

—Espléndido, señor Quance —dijo Struan.

—Cincuenta guineas —replicó inmediatamente el pintor.

—Le compré otro cuadro la semana pasada.

—Veinte guineas.

—Yo no aparezco en la pintura.

—Cincuenta guineas, y le hago aparecer leyendo la proclamación.

—No.

—Señor Cooper, aquí tiene una obra de arte. Es suya por veinte guineas.

—Con excepción de Tai-Pan y de Robb, yo soy quien tiene la mayor colección de pinturas de Quance en todo el Lejano Oriente.

—¡Condenación, señores, tengo que sacar dinero de algún sitio!

—Véndaselo a Brock —dijo Struan—. A él se le puede ver perfectamente.

—¡Al demonio con Brock! —dijo Quance, tomando un buen trago de coñac —. ¡Ya lo ha rechazado el muy cerdo! ¿Por qué habré tenido la debilidad de hacerle inmortal? ¡Bah! Enviaré mi cuadro a la Academia Real, y en su próximo barco, Tai-Pan.

—¿Quién va a pagar el flete y el seguro?

—Yo lo haré, descuide.

—¿Con qué?

Quance contempló la tela. Sabía que, aunque anciano, todavía podía seguir pintando, e incluso progresando. Su talento no experimentaba merma alguna.

—¿Con qué, señor Quance?

—Con dólares, taels, plata, ¡dinero! —aseguró Quance, agitando con impaciencia una mano.

—¿Tiene usted una nueva fuente de crédito, señor Quance?

El pintor no respondió, sino que siguió admirando su propia obra, tratando de engatusar a los posibles compradores.

—Vamos, Aristóteles, ¿quién es su nuevo cliente? —insistió Struan.

Quance volvió a iniciar el proceso de aspirar rapé y de sorber coñac. Luego miró a todas partes, con gesto de conspirador, y murmuró:

—Siéntense. Es un secreto.

Alzó de nuevo la pintura y añadió:

—¿Veinte guineas?

—Está bien —dijo Struan—. Las pago por el secreto y por el cuadro.

—¡Ah, es usted el príncipe de los mecenas, Tai-Pan! ¿Una pizca de rapé?

—¡Vamos, desembuche de una vez!

—Parece ser que hay cierta dama que se admira a sí misma cuando está ante el espejo. Sin ropas. Se me ha encargado que la pinte de esa forma.

—¡Santo cielo! ¿Quién es?

—Ustedes dos la conocen muy bien —dijo Quance, con un tono entre lastimoso y burlón—. Pero he jurado no revelar su nombre. No obstante, pintaré su parte posterior para la posteridad. Es algo soberbio. Yo… bueno, le dije que tenía que ver el resto para hacerme una composición de lugar, antes de comprometerme a pintar el cuadro.

Quance tomó otro sorbo, se besó los dedos, con gesto admirativo y añadió:

—¡Soberbio! ¡Perfecto, caballeros! ¿Y qué decir de sus senos?

—Vamos, usted puede decírnoslo. ¿Quién es?

—El primer deber del pintor de desnudos, como el del galanteador, es no revelar nunca el nombre de la dama. Pero estoy seguro de que cualquiera de ustedes daría un millar de guineas por saberlo.

Quance terminó su coñac con gesto pesaroso, y a continuación lanzó un sonoro eructo. Se sacudió ligeramente el traje con el pañuelo, cerró su caja de pinturas y recogió el caballete, dando muestras de estar profundamente complacido consigo mismo.

—Bien; por esta semana ya he trabajado bastante.

Iré a ver a su comprador, señor Struan, para que me entregue las treinta guineas.

—Veinte guineas —rectificó el aludido, con presteza.

—Un Quance, reproduciendo el día más importante en la historia de Oriente —dijo el pintor, con tono apesadumbrado—, y vendido a poco más de lo que vale un botellín de coñac Napoleón.

A pesar de sus palabras, Quance se encaminó hacia su lancha con paso vivaz, evidentemente satisfecho por la venta que acababa de realizar.

—Cielos, ¿quién puede ser ella? —dijo Cooper, al fin.

—Sin duda es Shevaun Tillman —replicó Struan, riendo quedamente—. Me

parece algo característico de esa muchacha.

—No lo creo. Es alocada, pero no tanto como para eso.

Cooper miró con inquietud hacia el buque almacén de Cooper-Tillman, donde se encontraba Shevaun Tillman. Esta era la sobrina de su socio, la cual había llegado a Asia el año anterior, procedente de Washington. En un solo año se había convertido en la sensación de la colonia. Tenía diecinueve años y era sumamente hermosa atrevida, pero ningún hombre la había conseguido, bien para el lecho o para el matrimonio. Todos los solteros europeos, incluyendo a Cooper, se le habían declarado, y a todos los rechazó, aunque no de forma definitiva. Parecía encantarle jugar con sus admiradores. Pero a Cooper eso no le importaba. Tenía la seguridad de que la muchacha sería su esposa. Sheuvan fue enviada al cuidado de Wilf Tillman por el padre de ella, que era senador por Alabama, en la esperanza de que entrase en relación con Cooper y de que ambos se casaran al fin, contribuyendo de ese modo a consolidar los negocios de las familias. Y lo cierto es que él se enamoró de la chica desde que la vio por vez primera.

—Anunciaremos vuestro compromiso inmediatamente —dijo Tillman, encantado, un año antes.

—No, Wilf, no hay prisa —replicó Cooper—. Déjala que se acostumbre a Asia y a mí. Cooper sonrió, pensando que bien valía la pena esperar por una muchacha como aquélla.

—Debe de haber sido una de las chicas de la señora Portheringhill —dijo a Struan.

—Sí, esas conejas serían capaces de cualquier cosa. —Desde luego; sin embargo, no las creo capaces de pagar a Aristóteles por un cuadro.

—La vieja Cara de Caballo lo haría. Es buena para los negocios.

—Tiene la mejor clientela de Asia. ¿Se la imagina dando dinero a Aristóteles? —dijo Cooper, acariciándose nerviosamente las patillas—. Tal vez éste nos esté haciendo objeto de alguna de sus bromas.

—Quance podrá bromear sobre cualquier cosa, pero nunca sobre pintura.

—¿Alguna de las portuguesas?

—Imposible. Si está casada, su marido le volaría la cabeza, y si es viuda, el asunto conmovería a toda la Iglesia católica; estoy seguro.

Las facciones de Struan, bronceadas por el sol del mar, se contrajeron en una

forzada sonrisa.

—Pondré en juego todo el poder de la Noble Casa para descubrirlo —manifestó—. Le apuesto veinte guineas a que yo lo averiguo primero.

—De acuerdo. Me quedo con el cuadro si llego a ganar.

—Condenación, le he tomado cariño, ahora que sé que Brock no pudo conseguirlo.

—El ganador hará que Aristóteles pinte al perdedor en el cuadro.

—Hecho —dijo Struan, y estrechó la mano de Cooper, cerrando la apuesta.

De improviso se escuchó un cañonazo y los dos hombres miraron hacia el mar. Un buque avanzaba por el canal oriental, a toda vela. Sus gavias y juanetes se hinchaban a sotavento, y su tensa jarcia vibraba a impulsos del vendaval. Era un clíper de inclinados mástiles, cuya proa se alzaba a intervalos regulares por encima de la espuma de las olas, mientras las gaviotas graznaban estrepitosamente, dándole la bienvenida.

Otra vez se dejó oír un cañonazo, y se vio una nubecilla blanca ascender desde un costado de la nave, mientras la Union Jack ondeaba a popa y el gallardete del león y el dragón lo hacía en el palo de mesana. Algunos de los que estaban en la playa dieron estentóreos vítores, ya que se habían apostado fuertes sumas sobre qué buque sería el primero en llegar a Inglaterra y en regresar aquel año.

—¡Señor McKay! —llamó Struan, pero el contramaestre ya se acercaba a él con unos gemelos.

—¡Tres días antes y una nueva marca de velocidad, señor! —dijo el contramaestre, dejando ver su desdentada boca al sonreír—. ¡Mire cómo vuela! ¡Le va a costar un barril de plata a Brock!

El navío era el Thunder Cloud, y ahora, que acababa de salir del canal, cobró velocidad.

Struan dirigió los binoculares hacia las banderas de señales. El mensaje decía: «Crisis sin solucionar. Nuevo tratado con el Imperio otomano contra Francia. Posible guerra». Luego, Struan observó el barco. Estaba bien pintado, con las jarcias en condiciones y la artillería preparada, y en una esquina de la gavia de trinquete había un trozo de tela negra, que indicaba en el código de Struan: «Importantes despachos a bordo».

Tendió Struan los gemelos a Cooper y dijo:

—¿Quiere echar un vistazo con esto? Se llaman binoculares; viene de «dos ojos». Es algo nuevo y se enfoca con esa ruedecilla central. Los mandé hacer especialmente.

—Gracias —replicó Cooper, al tiempo que enfocaba el artefacto, observando las banderas.

Se daba cuenta de que toda la flota estaría tratando de descifrar aquel mensaje. Las compañías gastaban mucho tiempo y dinero procurando descubrir el código de la Noble Casa, pero hasta el momento no parecían haberlo conseguido. Los gemelos tenían mayor alcance que el catalejo, y Cooper quedó satisfecho.

—¿Dónde podría conseguir un centenar de estos aparatos? —inquirió.

—Le costarán a cien guineas la pieza. Un año para la entrega.

«Lo tomas o lo dejas», pensó Cooper, con disgusto, reconociendo el tono de voz en que había sido dicho.

—Hecho —contestó.

En el buque izaron nuevas banderas de señales, y Cooper devolvió los gemelos a Struan. El segundo mensaje constaba de una sola palabra. «Cénit», también del código privado.

—Yo, en su lugar, me desharía del algodón almacenado —dijo Struan a Cooper—. Y a toda prisa.

—¿Por qué?

—Trato de hacerle un favor —replicó Struan, encogiéndose de hombros—. ¿Me disculpa?

Cooper vio cómo Struan se alejaba para reunirse con Robb, que se hallaba con el contramaestre.

«¿Qué dirán esas malditas banderas? —se preguntó Cooper—. ¿Qué habrá querido decir acerca de nuestro algodón? Sin duda lo sabríamos, de haber llegado el condenado buque correo».

Pero aquello era lo que hacía que el comercio fuera interesante. Se compraba y se vendía, conociendo por lo general la situación de un mercado de hacía cuatro meses, y con destino a otro mercado a cuatro meses vista. Un error y podía quedar uno contemplando los muros de la prisión de Deudas, desde dentro. Una operación afortunada y podía retirarse del comercio, sin necesidad de regresar más a Oriente. Cooper sintió que sus entrañas se retorcían al pensar en

Oriente. Este se hallaba profundamente arraigado en él, y había llegado a ser algo más que un simple medio de ganarse la vida.

El capitán Glessing, en compañía de Horacio, estaba observando al Thunder Cloud con evidente envidia, y también con impaciencia. Era una presa que habría valido la pena de tomar, ya que siendo el primer buque que regresaba aquel año de Inglaterra y de Calcuta, llevaría las bodegas atestadas de opio. Glessing se preguntó qué querrían decir las banderas y por qué habría aquella tela negra en la gavia de mesana.

—Hermoso barco —dijo Horacio.

—Sí, no lo niego.

—¿Aunque sea pirata? —inquirió Horacio, con ironía.

—Su cargamento y sus propietarios lo han hecho pirata, pero una nave es una nave, y ésa es una de las damas más espléndidas que he contemplado sobre las olas. Y hablando de damas, ¿no querrías traer a bordo a tu hermana esta noche a cenar? Me gustaría enseñaros el buque.

—Es una atención por tu parte, George. Acepto, desde luego, y supongo que Mary se mostrará igualmente encantada. Creo que nunca estuvo en una fragata.

«Tal vez esta noche tenga ocasión de saber lo que piensa Mary de mí», se dijo Glessing.

—Enviaré una lancha a buscaros al dar las tres campanadas de la última guardia. ¿De acuerdo?

—Será mejor cuando suenen las ocho campanadas —dijo Horacio a su amigo para demostrarle que él también estaba al corriente del horario de a bordo.

—Perfectamente —convino Glessing—. La señorita Sinclair será la primera dama a la que invite a bordo de mi barco.

«¿Es posible que Glessing tenga un interés algo más que pasajero por Mary? —pensó Horacio—. Desde luego. En realidad, la invitación va destinada a ella, y no a mí. ¡Vaya, un muchacho audaz! Es demasiado optimista al pensar que Mary va a acceder, o que yo consentiré en que se case tan pronto».

Se oyó el ruido producido por un mosquete al caer sobre los guijarros de la playa, y los dos jóvenes miraron en dirección adonde uno de los infantes de Marina estaba tendido sobre la arena, desvanecido.

—¿Puede saberse qué le ocurre? —inquirió Glessing, con disgusto.

—No lo sé, señor —dijo el sargento, que había, vuelto boca arriba al soldado —. Es Norden. Le he notado algo raro desde hace un tiempo. Tal vez tenga las fiebres.

—Bien, déjelo donde está. ¡Agrúpense los marineros!

¡Infantes, a los botes! Sargento, cuando estén a bordo, vuelva a buscar a éste.

—¡A la orden, señor!

El sargento recogió el mosquete de Norden; se lo entregó a otro infante, y el grupo emprendió la marcha hacia las lanchas.

Poco después, Norden, que sólo había fingido su des mayo, se deslizó hacia un montículo rocoso y se escondió detrás.

«¡Oh, Señor, protégeme hasta que pueda ver al Tai-Pan! —suplicó, lleno de angustia—. Nunca volveré a tener una ocasión como ésta. Ampárame, Señor, antes de que vuelvan por mí».

Brock se hallaba inmóvil sobre el puente de su barco, con el catalejo apuntando hacia las banderas del navío que llegaba. En secreto había logrado hacerse con el código de Struan, lo que le permitía descifrar los mensajes de sus buques.

«Pero, ¿qué es eso de "Cénit"? —se preguntó—. ¿Qué demonios quiere decir? Por otra parte, no me explico que sea tan importante lo del tratado con el Imperio otomano, como para comunicarlo mediante banderas, en lugar de esperar a que Struan esté a bordo. Tal vez sospechen que yo conozco el código, y hayan dado un mensaje falso, lo que estaría indicado por la palabra Cénit. Las crisis y las guerras aumentan el precio del té y de la seda. Y también el del algodón. Sería aconsejable comprar todo lo que haya, siempre que el mensaje sea cierto, y no una trampa de Struan. ¿Dónde demonios estará el Gray Witch? No había razón para que le dejasen atrás. ¡Maldito Gorth! Esto me ha costado mil guineas».

Gorth, el hijo mayor de Brock, era el capitán del Gray Witch.

«Sí, un hijo del que cualquiera puede sentirse orgulloso —siguió pensando Brock—. Es tan alto como yo, e igual de fuerte y de rudo. Es tan buen marino como el mejor que haya cruzado los mares. Sí, va a ser tu sucesor, y en uno o dos años será el Tai-Pan de tu casa».

Brock elevó una plegaria silenciosa para que Dios protegiera a su hijo, y a continuación volvió a maldecirle por dejar que llegara primero el Thunder Cloud.

Luego enfocó el anteojo sobre la playa, donde Struan se hallaba junto a Robb, y lamentó no poder escuchar lo que ambos estaban diciendo.

—Disculpe, señor Brock.

Este se volvió y halló a su lado a Nagrek Trumb, el capitán del White Witch, un nativo de la isla de Man, alto y enjuto, con grandes manos y rostro atezado.

—Diga, Nagrek.

—Se corren algunos rumores por la flota. No me siento inclinado a darles crédito, pero nunca se sabe… Aseguran que la Armada tiene poderes para detener el contrabando de opio. De ser así, seríamos considerados como piratas.

Brock lanzó una sarcástica carcajada.

—Lo veo muy difícil —afirmó.

—También yo me reí al principio, señor Brock. Hasta que me enteré de que la orden sería dada al sonar las cuatro campanadas, y hasta saber que por consejo de Struan, Longstaff nos dará seis días para vender todo el opio que tengamos almacenado.

—¿Está usted seguro?

Brock escasamente había comenzado a pensar en la asombrosa noticia, cuando le llamó la atención un ruido que llegaba desde la cubierta inferior. Poco después, Elisa Brock cruzaba con paso enérgico el puente. Era una mujer corpulenta, con gruesos brazos y el vigor de un hombre, que llevaba el pelo entrecano formando un moño. La acompañaban sus dos hijas, Elizabeth y Tess.

—Buenos días, Brock —dijo la mujer, plantándose en medio del puente, con los brazos cruzados sobre su amplio busto—. Hace un día espléndido, ¿verdad?

—Hola, cariño. Buenos días, Tess y Lilibet —dijo Brock, dejando traslucir la adoración que sentía por sus hijas.

Elizabeth tenía seis años y era de cabello castaño. Corrió hacia Brock, se echó en sus brazos y, cuando éste la levantó, le abrazó estrechamente, lo que hizo reír con grandes carcajadas al rudo traficante.

—Hemos estado con la señora Blair —dijo Elisa—. Lo ha pasado muy mal.

—¿Perderá el niño?

—No, gracias a Dios —dijo la mujer. Y observando al capitán del White

Witch, dijo—: Hola, Nagrek.

—Buenos días, señora —dijo éste, apartando la mirada de Tess, que se hallaba junto a la borda mirando hacia la isla.

Tess Brock tenía dieciséis años. Era alta, bien formada y con la cintura estrecha. Tenía facciones acusadas que le restaban belleza, pero su rostro era fuerte, y la vitalidad que traslucía hacía atractiva a la muchacha, y muy deseable.

—Iremos a comer algo —dijo Elisa, al notar la forma en que Nagrek había mirado a Tess.

Ya iba siendo hora de que Tess contrajera matrimonio, pero no con Nagrek Trumb, por Dios.

—Ven abajo, Tess. Y tú también, Lilibet —añadió la mujer.

—Llévame, mamá, llévame —pidió la pequeña, tendiendo los brazos hacia su madre.

—Usa tus piernas, que ya eres grande —dijo la madre.

Pero, no obstante, cogió a su hija con un brazo y se la llevó con ella. Tess las siguió después de sonreír a su padre y de saludar con una circunspecta inclinación de cabeza a Nagrek.

—¿Está seguro de lo que me dice acerca de Struan y Longstaff?

—Sí, señor —dijo Nagrek, que se volvió hacia Broock, tratando de olvidar a la muchacha—. Una guinea de oro en las manos de un hombre le hace crecer las orejas. Tengo un confidente en el buque insignia.

—Struan no consentiré eso. Se hundiría junto con todos nosotros.

—Bien, eso decían esta mañana.

—¿Dijeron algo más, Nagrek?

—Es todo lo que escuchó mi confidente.

—Entonces será una falsa alarma. Alguna de las condenadas añagazas de Struan.

—Sí, pero, ¿qué vamos a hacer?

Brock comenzó a estudiar las posibilidades, y después de un momento de reflexión, dijo:

—Mande un aviso a nuestras lorchas para que lleven todo el opio a la costa. Mientras tanto, envíe una bolsita con veinte guineas a nuestro confidente en el China Cloud. Dígale que hay veinte guineas más para él si averigua lo que hay detrás de todo esto. Pero actúe con cuidado, no vayamos a perder al hombre que

tenemos en el barco de Struan.

—Sí, como Struan le descubra, nos enviará su lengua.

—Unida a su cabeza. Pero apostaría cincuenta guineas a que Struan tiene también un confidente en nuestro barco.

—Cien guineas a que no —contestó Nagrek—. Todos los hombres del barco son dignos de confianza.

—Si se equivoca será mejor que no sorprenda vivo al culpable.

—¿Por qué habrán izado «Cénit»? —inquirió Robb—. Ya saben que vamos a ir a bordo en seguida.

—Yo no puedo ir —afirmó Struan.

(«Cénit» significaba «Armador debe subir a bordo urgentemente».) A continuación miró, con el ceño fruncido, al Thunder Cloud, mientras el contramaestre se mantenía cerca, esperando pacientemente.

—Tú irás al barco, Robb —añadió Struan—. Saludarás en mi nombre a Isaac y le dirás que venga a tierra en seguida. Es mejor que nos veamos ahí, en el valle.

—¿Por qué?

—A bordo hay demasiadas orejas escuchando. Tal vez sea algo muy importante —dijo Struan. Y dirigiéndose al contramaestre, exclamó—: ¡Señor McKay!

—¡A la orden, señor! —dijo el aludido, avanzando hasta colocarse junto a Struan.

—Lleve al señor Robb al Thunder Cloud. Luego vaya a mi barco y tráigame una tienda de campaña, mis efectos personales y una cama. Me quedará aquí esta noche.

—Sí, señor.

El contramaestre vaciló, como si tuviera algo más que decir, y al fin manifestó:

—Le pido perdón, señor. Hay un muchacho llamado Ramsey a bordo del Mermaid, de la Armada. Los Ramsey son parientes de los McKay. El primer oficial ha tomado una ojeriza al pobre muchacho y ayer hizo que le dieran treinta azotes. Le sorprendió una patrulla de reclutamiento, en Glasgow.

—¿Y bien?

—He pensado un buen sitio para esconderle a bordo —dijo McKay, en voz baja.

—¿Está loco, McKay? No admitimos desertores de la Armada en nuestros barcos. Si llegara a saberse perderíamos el buque, y con razón.

—Pensó que usted podría comprar la licencia, puesto que es amigo del capitán Glessing —dijo McKay—. Tengo algún dinero, que estoy dispuesto a entregar, señor. Ramsey es un buen muchacho y nos servirá de mucho a bordo.

—Lo pensaré, McKay.

—Gracias, señor.

El contramaestre se llevó la mano a la frente, dio media vuelta y se alejó rápidamente.

—Si tú fueras Tai-Pan, ¿qué harías en este caso, Robb? —inquirió Struan.

—Las gentes que actúan a la desesperada son siempre peligrosas y poco dignas de confianza —replicó Robb, en seguida—. Yo no ayudaría a ese Ramsey. Pero lo que haré será vigilar a McKay. Tal vez sea él el confidente de Brock. Yo le pondría a prueba y no me fiaría de sus palabras.

—¿De qué tienes miedo, Robb? —dijo Struan, mirándole sonriente.

—Ya lo sabrás dentro de un año —contestó Robb, y se marchó detrás del contramaestre, mientras se decía que de vez en cuando le gustaba odiar a su hermano, y así luego sentía mucho más afecto por él.

Struan quedóse pensando en Robb y en el futuro de la Noble Casa. Luego cogió una botella de brandy y se encaminó despacio, a lo largo del talud rocoso, en dirección al valle.

El grupo de traficantes había disminuido considerablemente, pues eran muchos los que preparaban sus lanchas para dirigirse a sus barcos. Otros, en cambio, seguían comiendo y bebiendo, y los había que, animados por la bebida, reían sin cesar y bailaban grotescamente, moviendo sin orden ni concierto las piernas y los brazos.

—¡Señor, escuche!

Struan se detuvo y observó al joven infante de Marina que estaba delante de él. Era Norden, el que se hiciera el desvanecido.

—¿Y bien?

—Necesito su ayuda, señor —dijo Norden, que tenía el rostro ceniciento.

—¿Ayuda para qué? —inquirió Struan, que no dejó de notar el arma que llevaba el infante a un costado, una bayoneta.

—Tengo el gálico, señor, la enfermedad de las mujeres. Usted puede ayudarme; puede hacer que me cure.

—No soy médico, chico —dijo Struan, serenamente-i Dime, ¿no tenías que estar ya en tu lancha?

—Usted tuvo la misma enfermedad, pero se curó.

Lo único que quiero es que me diga qué debo hacer para sanar. Haré lo que usted me diga, señor.

Norden tenía los labios convulsos y la voz estrangulada por la angustia.

—Yo nunca padecí esa enfermedad, muchacho —replicó Struan, mientras observaba al sargento, que se acercaba a ellos gritando algo que parecía un nombre—. Es mejor que vayas a la lancha; me parece que te están buscando.

—¡La cura! Dígame en qué consiste, señor. Tengo algún dinero —dijo el infante, y extrajo una bolsita de tela muy sucia y cuidadosamente atada—. Soy ahorrativo, señor; aquí tengo cinco chelines y cuatro peniques. Es todo lo que poseo. ¡Téngalo, es para usted, señor!

El muchacho tendía la bolsita a Struan, mientras el sudor le bañaba el rostro.

—Jamás tuve la enfermedad de las mujeres, y, por lo tanto, no pude curarme de ella —aseguró Struan.

El corazón se le partía al recordar su niñez cuando para él la riqueza era un puñado de chelines, y no los cientos de miles de taels de ahora. Recordó el hambre, el frío y el hacinamiento de su infancia. Podía olvidar sus propios sufrimientos, pero no los gritos de los que padecían a su alrededor.

—Haré lo que usted me diga, señor. Tenga, es mi dinero. No quiero nada gratis. Tenga, señor.

El sargento, que aún estaba lejos, volvió a gritar:

—¡Norden, recibirás cincuenta latigazos por romper filas!

—¿Te llamas Norden?

—Sí, señor. Bert Norden. Por favor, sólo quiero la cura… ¡Ayúdeme, en nombre del cielo, señor!

—¡Por todos los infiernos, Norden! ¡Ven aquí, condenado bastardo! —seguía gritando el sargento.

—Sé que le han curado los paganos, señor. Usted les compró el remedio.

¡Por favor!

—Te han contado una mentira, muchacho. No hay cura para eso. Vamos, vuelve a tu lancha. Es lo mejor que puedes hacer.

—¡Sí que hay cura! —gritó Norden, con los ojos desorbitados. Extrajo su bayoneta, diciendo—: ¡O me dice el secreto o le abro el vientre con esto!

El sargento vio el ademán del soldado, y echó a correr, lleno de espanto.

—¡Norden!

Unos pocos que aún quedaban en la playa se volvieron, llenos de alarma. Eran Cooper, Horacio y algunos otros. Todos echan a correr hacia donde estaba Struan.

Norden, con la boca cubierta de espuma, se lanzó contra Struan y lanzó una cuchillada con la bayoneta, 88 pero éste se hizo a un lado con rapidez, y el arma hendió el aire, inofensiva.

A Norden le pareció que se hallaba rodeado de gigantes malignos, todos con el mismo rostro, a los que era incapaz de tocar. De pronto, sus pulmones parecieron estallar y se vio lanzado de cara contra la arena. Se dio cuenta de que estaba agonizando, sin dolor, y luego se abatió sobre él la oscuridad.

El sargento volvió boca arriba el cuerpo de Norden y lo sacudió como un muñeco varias veces.

—¿Qué demonios pudo haberle pasado? —dijo el sargento, con el rostro congestionado por la ira—. ¿Se encuentra bien, señor Struan?

—Sí.

Cooper, Horacio y unos cuantos traficantes llegaron corriendo.

—¿Qué ocurre?

—El infeliz tenía la enfermedad de las mujeres —dijo Struan, señalando al caído.

—¡Cielos! —exclamó el sargento, lleno de repugnancia.

—Aléjese de él, Tai-Pan —dijo Cooper—. Si respira sus miasmas, enfermará usted también.

—Creía el insensato que yo había padecido la dolencia y que me había curado un remedio secreto. ¡Por el cielo, si tuviera ese remedio sería el hombre más rico de la tierra!

—Haré que llenen de grilletes a Norden, señor Struan —dijo el sargento—. Cuando lo sepa el capitán Glessing, el infante lamentará haber nacido.

—Lo único que necesita ahora es una pala —dijo Struan—. El muchacho ha muerto.

Durante unos instantes, reinó el silencio. Luego, Cooper dijo:

—El primer día y ya el primer muerto. Mal presagio.

—No dicen lo mismo los chinos —aseguró Horacio, que parecía hondamente afectado por la escena—. Según ellos, el espíritu del muerto cuidará de estos parajes.

—Buen presagio, o mal presagio, el chico ha dejado de existir —dijo Struan.

—¿Por qué un cadáver parece siempre tan indefenso? —murmuró Horacio, como hablando consigo mismo.

Nadie le contestó.

—Dios tenga piedad de su alma —dijo Struan.

Luego se dirigió hacia el Oeste, por la orilla, hasta el promontorio que descendiendo de la colina casi llegaba a tocar el mar. Mientras aspiraba el aire puro y se dejaba rociar por la tenue llovizna desprendida de las olas, Struan se sintió invadido por pensamientos agoreros.

«Mal presagio —se dijo—. Muy mal presagio».

Al acercarse al promontorio, su sensación de pesimismo se intensificó, y cuando al fin se encontró en el valle donde había decidido construir la ciudad, sintió por tercera vez la magnitud del odio que parecía gravitar a su alrededor.

—Santo Dios —dijo en voz alta—. ¿Qué me ocurre?

Hasta entonces nunca había experimentado un terror tan intenso. Procurando dominarse, Struan trepó hasta la loma donde pensaba edificar la Gran Mansión, y de pronto se dio cuenta de por qué la isla se mostraba hostil. Entonces lanzó una carcajada y dijo en voz alta:

—Si yo estuviera en tu lugar, isla, también sentiría odio. Lo que tú aborreces es mi proyecto, que desconoces; lo que pienso hacer de ti. Pues voy a decirte que el proyecto es excelente, ¿me oyes?, excelente. China necesita del mundo y el mundo necesita de China. Y tú eres la llave que puede abrir las puertas de China. Tú y yo lo sabemos perfectamente. Eso es lo que voy a hacer, y tú vas a ayudarme en mi empresa.

«Basta —dijo Struan, para sus adentros—. Estás obrando como un perturbado. Si, y los que te oigan aun pensarán que estás verdaderamente loco si saben que tus fines en esta isla no son únicamente enriquecerte con el comercio

y marcharte después, sino emplear la riqueza y el poder para poner a China al alcance del mundo, y en especial al alcance de la cultura y las leyes británicas, a fin de que un país pueda aprender del otro, y desarrollarse y beneficiarse ambos. En realidad, parece el sueño de un loco».

Pero Struan estaba seguro de que China tenía algo importante que ofrecer al mundo. No sabía exactamente qué era. Tal vez un día llegase a averiguarlo.

«Y nosotros tenemos algo que darte a cambio, isla —siguió pensando Struan —, si deseas aceptarlo. Tú ya eres suelo británico, para bien o para mal. Nosotros cuidaremos y haremos de ti el centro de Asia, que es el centro del mundo. Voy a comprometer a la Noble Casa en el plan. Si nos rechazas, nunca serás más de lo que eres ahora, una roca desértica y abandonada. Si nos aceptas, progresarás con nosotros. Pero, en cualquier caso, si la Noble Casa te volviera la espalda en lo sucesivo, estarás en tu derecho de destruirla, con mi beneplácito».

Cuando hubo llegado a la cima de la loma, Struan desenvainó su cuchillo y cortó dos largas ramas de un arbusto. Luego las ató entre sí, formando una rústica cruz, que clavó en el suelo. A continuación roció la madera con brandy y le prendió fuego. Los que desde los barcos observaron el humo y las llamas, enfocaron sus anteojos hacia tierra y vieron la cruz ardiente y al Tai-Pan a su lado. Muchos se estremecieron al pensar qué nuevo conjuro estaría realizando. Los escoceses sabían que una cruz se quemaba para convocar a los miembros de un clan, y a todos los clanes emparentados. Era una exhortación a unirse a la cruz para la batalla. Y la cruz ardiente sólo era alzada por el jefe del clan. Por ley antigua, una vez alzada la cruz en llamas, el clan se comprometía a defender su tierra hasta el último de sus hombres.

CAPITULO II

—Bien venido a bordo, Robb —dijo el capitán Isaac Perry—. ¿Un poco de té?

—Sí, gracias, Isaac —contestó Robb, tomando asiento en un mullido sillón de cuero, mientras aspiraba con agrado el aroma que impregnaba el camarote y aguardaba.

Nadie podía dar prisa a Perry, ni siquiera el Tai-Pan.

Perry vertió el té en un par de tazas de porcelana.

Era un hombre delgado, pero increíblemente fuerte. Su pelo tenía el color del cáñamo viejo, con hebras blancas y negras. La barba era entrecana y en su rostro se advertían numerosas cicatrices.

—¿Qué tal el viaje? —inquirió Robb.

—Excelente.

Robb se sentía dichoso, como siempre que se encontraba en el camarote principal de un barco. Aquél era amplio y estaba amueblado con excelente gusto. Los materiales, allí y en el resto de la nave, eran especialmente caoba, latón y cobre. Las velas eran de la mejor lona, y las jarcias parecían siempre nuevas. Perfecta era la artillería, en la cual se empleaba la mejor pólvora. Tai-Pan tenía por costumbre que en toda su flota los oficiales y los marineros estuvieran mejor alojados y alimentados que en las restantes compañías. Nunca faltaba un médico a bordo, y los tripulantes recibían un porcentaje de los beneficios. Estaba prohibido azotar a los marineros, y sólo había un castigo para la cobardía o el mal comportamiento de un hombre, fuera oficial o marinero: se le desembarcaba en el primer puerto y no se le volvía a conceder otra oportunidad. Por todo ello, los marinos se peleaban en los puertos cuando había alguna plaza en un barco de Struan, y, por tal razón, nunca se hallaba una litera vacía en sus navíos.

El Tai-Pan no olvidaba los primeros barcos en que iniciara su carrera, ni el

dolor de los latigazos. Tampoco olvidó a algunos hombres que le mandaron. Unos pocos de éstos murieron antes de que él volviera a verles. A los otros los arruinó. Sólo Brock quedaba incólume.

Robb no sabía por qué su hermano había perdonado a Brock. Se estremeció al pensar que, fuera cuál fuese la razón, llegaría un día en que las cuentas quedarían saldadas.

Perry añadió una cucharada de azúcar y otra de leche condensada. Entregó a Robb la taza y tomó asiento detrás de su escritorio de caoba, mientras miraba fijamente al hermano de Struan con sus ojos profundamente sumidos debajo de las espesas cejas. Por fin, inquirió:

—¿Está bien de salud el señor Struan?

—Como siempre. ¿Esperaba hallarle enfermo?

—No.

Se oyeron unos golpes en la puerta del camarote.

—¡Adelante!

Abrióse la puerta y Robb descubrió a un joven que se hallaba en el umbral.

—¡Culum, muchacho! ¿De dónde sales? —exclamó Robb, poniéndose en pie tan precipitadamente que volcó su taza de té.

—Traigo importantes despachos. Ya habréis visto la bandera «Cénit» —dijo Culum Struan, al tiempo que entraba en el camarote y cerraba la puerta a sus espaldas.

Robb le cogió afectuosamente por los hombros y le examinó, descubriendo la palidez y las mejillas hundidas del muchacho.

—¿Qué te ocurre, Culum? —inquirió, con tono preocupado.

—Ahora estoy mucho mejor, tío Robb —dijo Culum, con voz débil.

—¿Que estás mejor? ¿Qué quieres decir?

—La peste, la plaga de Bengala —contestó Culum.

Robb se volvió y encaróse con Perry.

—¿Tienen la peste a bordo? —preguntó—. Por todos los santos, ¿por qué, entonces, no han izado la bandera amarilla?

—No hay epidemia alguna a bordo. Hubo plaga en Escocia, hace unos meses —replicó Perry—. ¿Y el Scarlet Cloud? ¿Aún no ha llegado?

—Lleva cuatro semanas de retraso. No sabemos nada de él. ¿Qué ha sucedido?

—¿Se lo digo, Culum, o prefieres hacerlo tú?

—¿Dónde está mi padre? —preguntó el joven a Robb.

—En tierra. Te está esperando allí, en el valle. Pero, por amor de Dios, ¿qué ha ocurrido?

—La peste llegó a Glasgow en junio —dijo Culum, sombríamente—. Aseguran que llegó de nuevo por barco, desde Bengala esta vez. Primero se extendió por Sutherland, luego por Edimburgo, y a continuación llegó a Glasgow. Madre ha muerto, lo mismo que lan, Lechie y la abuela. Winifreda está tan débil que no durará mucho. El abuelo se encarga de cuidarla.

Culum hizo un gesto de impotencia y se sentó en el brazo de un sillón. Luego, agregó:

—También murieron tía Uthenia, su marido y los niños. Entre junio y setiembre fallecieron de diez a veinte mil personas. Luego, de pronto, la plaga desapareció por completo.

—¿Y Roddy? —inquirió Robb, lleno de angustia—. ¿Ha muerto también mi hijo?

—No, tío. Roddy se encuentra bien. No llegó a contraer la enfermedad.

—¿Estás seguro de eso, Culum? ¿Es verdad que mi hijo está a salvo?

—Puedes estar tranquilo. Le vi el día antes de partir.

Fueron muy pocos los que contrajeron la peste en la escuela.

—¡Gracias a Dios!

Robb se estremeció recordando la epidemia que había asolado a Europa diez años antes. Sólo en Inglaterra hubo cincuenta mil muertos y un millón en el resto de Europa. En Nueva York y Nueva Orleáns se contaron por miles las víctimas. Algunos dieron a esa plaga un nombre nuevo: el cólera.

—Entonces, ¿tu madre ha muerto? —dijo Robb, sin hacerse aún a la idea—. ¿Y también lan, Lechie y la abuela?

—Y tía Susan y Clair, Uthenia, Donald y el pequeño Stewart…

Se produjo un agobiante silencio. Al fin, Perry lo rompió con tono de inquietud:

—Cuando llegué a Glasgow, Culum estaba, mejor —dijo—. No supe qué hacer y me pareció conveniente traerlo a bordo. Zarpamos un mes después que lo hiciera el Scarlet Cloud.

—Hizo usted bien, Isaac —afirmó Robb, mientras pensaba en qué forma le

diría todo aquello a su hermano—. Será conveniente que vuelva a tierra. Tú quédate aquí, Culum. Te haremos una señal para que desembarques.

—No, Robb —dijo Culum, con firmeza—. Iré yo primero a tierra. Yo solo; será mejor. Tengo que ver a mi padre para contárselo todo. Culum se puso en pie y se dirigió lentamente hacia la puerta, mientras el barco se balanceaba con suavidad y se escuchaba el débil rumor de las olas al lamer el casco. El muchacho abrió la puerta y salió del camarote.

Luego pareció recordar algo y volvió a entrar en la estancia.

—Me llevaré los despachos —dijo, con voz apagada—. Mi padre querrá examinarlos.

Cuando la lancha se separó del costado del Thunder Cloud, Struan seguía en la cima de la loma donde pensaba edificar la Gran Mansión. En cuanto vio a su hijo mayor en la barca, su corazón se inundó de gozo.

—¡Culum! —gritó con todas sus fuerzas, desde el promontorio.

Se quitó rápidamente la levita y comenzó a agitarla en el aire, como un náufrago que viera un buque después de permanecer varios años solo en un islote.

—¡Culum! —volvió a exclamar.

Luego echó a correr cuesta abajo, hacia la playa, a través de las zarzas, sin tener en cuenta el sendero que conducía al villorrio de pescadores y a las guaridas de piratas que estaban en la parte sur de la isla. Struan se olvidó de todo, pensando únicamente en que estaba a punto de volver a abrazar a su querido hijo. Poco después llegó a la playa y siguió corriendo por la orilla.

Culum fue el primero de la embarcación que le vio, y exclamó:

—¡Hacia allí! ¡Poned proa hacia allí!

El contramaestre McKay movió la caña del timón.

—¡Fuerza, muchachos! —dijo, animando a sus hombres.

Todos ellos sabían ya lo que ocurría, e incluso el rumor se había extendido por toda la flota, y con él la angustia. En Sutherland y Glasgow vivían muchos familiares de aquellos hombres, y en Londres residían los del resto.

Poco después, Culum saltaba a la orilla y avanzaba chapoteando en dirección a su padre.

—¡Déjenme! —exclamó, cuando pretendieron ayudarle.

Struan corrió por las rompientes olas que lamían la arena de la playa. Vio brillar las lágrimas en el rostro del joven, y exclamó:

—¡Culum, muchacho!

Este se detuvo un instante, recuperando el aliento y abrumado por la alegría que manifestaba Struan. En seguida reanudó la carrera, y al fin se arrojó en los brazos de su padre. Todo el horror de los meses pasados surgió en un desahogo repentino, y Culum se encontró llorando inconteniblemente, aferrado a Struan, que le llevó a la playa, al tiempo que murmuraba:

—Vamos, vamos, chiquillo. Ten calma.

—Todos están muertos, padre. Mamá, Ian, Lechie, la abuela, los tíos… Sólo quedamos Winifreda y yo, y a estas horas, también ella debe de haber muerto.

Culum repitió una y otra vez los nombres de los desaparecidos, los cuales se clavaban como cuchillos en el alma de Struan.

Poco después, Culum, agotado, quedábase dormido en los brazos de su padre, que le acunó suavemente, como cuando el muchacho era pequeño. Culum durmió sin pesadillas, por vez primera desde que se declaró la epidemia, al sentirse seguro y protegido. Struan no se dio cuenta del paso del tiempo. Seguía con su hijo en brazos, mientras éste dormía, y en ocasiones hablaba con su mujer y sus hijos —Ronalda, Ian, Lechie y Winifreda—, como si todos ellos estuvieran sentados a su lado. Otras veces cantaba quedamente canciones de cuna que había oído a Ronalda, cuando ésta hacía dormir a los niños. A veces, un denso manto parecía cubrir su espíritu, y Struan quedaba como insensible, sin ver ni oír nada.

Al fin, Culum se despertó, con la paz reflejada en el semblante.

—Hola, padre —dijo.

—¿Ya te encuentras bien, muchacho?

—Sí, padre. Estoy bien —contestó Culum, poniéndose en pie.

Hacía frío en la playa, a la sombra de las rocas, pero el sol calentaba algo más lejos. Los barcos seguían quietos, retenidos por las anclas, y sólo las lanchas se movían de aquí para allá, entre ellos. Pero había menos naves que antes.

—¿Es allí donde vas a edificar la Gran Mansión? —preguntó Culum, señalando hacia la loma.

—Allí es. Viviremos en ese lugar desde el otoño a la primavera. El clima es benigno.

—¿Cómo se llama ese valle?

—No tiene nombre —contestó Struan, poniéndose en pie y estirando los miembros al sol para hacer desaparecer el dolor que le atenazaba los hombres y la espalda.

—Debiera tener nombre.

—La pequeña Karen, la hija menor de tu tío Robb, quiere llamarlo Valle Feliz. Tenemos que ser muy felices allí —dijo Struan, y luego su voz bajó de tono—: ¿Sufrieron mucho?

—Sí.

—¿Quieres contármelo?

—Prefiero no hacerlo ahora.

—¿Murió la pequeña Winifreda antes de que tú salieras hacia aquí?

—No, pero estaba muy débil. El médico dijo que estando tan débil… En verdad, el médico sólo se encogió de hombros y se marchó.

—¿Y el abuelo?

—La peste no le afectó. Se quedó al cuidado de Winifreda. Yo fui a casa de tía Uthenia, por si podía ayudar en algo, pero ya no pude hacer nada.

Struan miraba el mar sin verle. Al fin, dijo:

—¿Se lo has dicho a tío Robb?

—Sí, se lo dije.

—Será mejor que vuelva a bordo —manifestó Struan, al tiempo que recogía los despachos, que se hallaban semienterrados en la arena. Todos ellos estaban sin abrir. Los sacudió para quitarles la arena.

—Lo siento —dijo Culum—. Olvidé entregártelos.

—No, muchacho. Tú me los diste, fui yo quien no los abrió —aseguró, mientras observaba una lancha que llegaba a la orilla. Isaac Perry iba en la proa.

—Buenas tardes, señor Struan —saludó Perry—. Lamento mucho la pérdida que ha sufrido.

—Gracias. ¿Dónde está Robb?

Perry no contestó. En cambio, se volvió hacia la lancha y gritó a los marineros:

—¡Vamos, aprisa!

En medio de la confusión de su mente, Struan se preguntó por qué Perry le temía. No había razón alguna para temerle. Ninguna.

Los marineros llevaron a la playa una mesa, bancos, alimentos, té, brandy y ropas.

—¡Pronto, pronto! —repetía Perry, malhumorado—. Terminad de una vez y marchaos.

Los marineros concluyeron su tarea y se encaminaron al bote, contentos de poder alejarse de su irritable capitán.

Struan ayudó a Culum a ponerse ropas secas. Le colocó una camisa blanca, muy limpia, y al final un chaquetón de mucho abrigo. El muchacho se calzó unas botas impermeables y vio que su padre golpeaba ligeramente con un pie en la arena.

—¿Duele el pie, padre?

—No, muchacho.

—Acerca de Robb, señor —dijo Perry—, le diré que cuando Culum se hubo marchado, él cogió una botella.

Yo le dije que no bebiera, pero no quiso escucharme. Usted me había dado órdenes, de modo que tuve que golpearle. Cuando volvió en sí se hallaba perfectamente. Le llevó a bordo del China Cloud, donde su esposa se hizo cargo de él.

—Hizo muy bien, Isaac. Se lo agradezco.

Struan sirvió a Culum una buena comida, compuesta por buey guisado, pollo frío, patatas y bizcocho, y se sirvió a sí mismo un jarro de té caliente.

—Su Excelencia le envía su sentido pésame. Desea que, cuando lo juzgue usted conveniente, vaya a verle.

Struan se pasó una mano por el rostro y notó su barba crecida. Se preguntó por qué se sentiría siempre tan incómodo cuando no se afeitaba.

—Ahí está su navaja, señor —dijo Perry, señalando en dirección a una mesa más pequeña.

Se había dado cuenta de que Struan necesitaría arreglarse, y se anticipó a sus órdenes. Sabía que el Tai-Pan sentía una especie de obsesión respecto a su higiene personal.

—También tiene agua caliente —añadió Perry.

—Lo ha pensado todo, Perry; gracias.

Struan empapó una toalla en el agua tibia y se frotó el rostro y el cuello. Luego enjabonóse la barba y se afeitó hábilmente, sin necesidad de usar espejo.

Una vez afeitado, humedeció en el jarro del té un cepillito y se frotó enérgicamente los dientes.

«Debe de ser otra superstición que le han contagiado los paganos —pensó desdeñosamente Perry—. Los dientes se pudren y se caen con la edad y no se gana nada con limpiarlos».

Struan se enjuagó la boca con té, escupió el líquido y arrojó el resto sobre la arena. Luego lavó el jarro, lo llenó de nuevo con té y bebió largamente. Entre sus objetos de higiene había una botella de agua de Colonia. La destapó, vertió unas gotas en la mano y se dio un vigoroso masaje en el rostro. Luego tomó asiento, sintiéndose de nuevo confortado.

Vio entonces que Culum apenas si probaba la comida.

—Tienes que comer, Culum.

—No tengo apetito, padre.

—Come, de todos modos —manifestó Struan.

El viento levantó su pelo, largo y liso, de color dorado rojizo. Cogió entonces un cepillo y comenzó a pasárselo por el cabello.

—¿Está dispuesta mi tienda, Isaac?

—Sí, señor. Usted ya dio las órdenes pertinentes. Se encuentra sobre una loma, cerca del mástil de la bandera.

—Diga a Chen Sheng, en mi nombre, que vaya a Macao a comprar miel y huevos frescos. Y que compre también hierbas chinas para curar la destemplanza y recuperarse de la plaga de Bengala.

—Me encuentro muy bien, padre —protestó Culum, débilmente—. No necesito ninguno de esos brebajes de brujos paganos.

—No son brujos, como tú los llamas —replicó Struan—. Y son chinos y no paganos. Sus hierbas me salvaron en más de una ocasión. Recuerda que el Oriente no es como Europa.

—No necesitas preocuparte por mí, padre.

—Sí, el Oriente no es lugar indicado para los débiles.

—Isaac, ordene que zarpe el China Cloud para Macao, con Chen Sheng a bordo. Si no vuelve el barco en el tiempo mínimo, el capitán Orlov y los oficiales serán despedidos.

—Tal vez sería mejor que Culum fuera en el barco a Macao, señor Struan.

—No; él no se separará de mi lado hasta que se encuentre repuesto del todo.

—Le cuidarán muy bien en Macao. A bordo no hay…

—¡Ira del cielo, Isaac! ¿Quiere usted hacer lo que se le ordena? ¡Vamos a la lancha!

Perry callóse al momento, ante el tono enérgico de Struan, y en seguida siguió a éste y a su hijo. Struan tomó asiento en el centro de la barca, al lado de Culum, y Perry se colocó detrás.

—¡Al buque insignia! —ordenó Struan.

Maquinalmente, observó el balanceo de las naves y comprobó el olor del viento y la forma de las nubes para tratar de descubrir su mensaje. El mar se hallaba en calma, pero su experiencia le indicó que se avecinaba tormenta.

En camino hacia el navío insignia, Struan leyó los despachos. Se enteró de los beneficios obtenidos con el té el año anterior. Buena noticia. El viaje de Perry había resultado sumamente provechoso; perfectamente. Había una copia del conocimiento de embarque del Scarlet Cloud, que Perry había traído de Calcuta; malo: diez mil doscientas libras esterlinas de opio perdido. Gracias a Dios, el barco estaba asegurado, si bien ello no devolvería la vida a los hombres desaparecidos, ni el tiempo que se emplearía en construir otra nave. En cuanto al cargamento de opio, por ser éste contrabando, no podía asegurarse. Con ello se había perdido un año de beneficios. ¿Qué le habría sucedido al buque? ¿Tormenta o piratas? Seguramente tormenta, a no ser que hubiera caído en manos de algún corsario español, francés o incluso inglés, que infestaban aquellos mares. Por fin, Struan rompió el sello que cerraba el mensaje de su banquero: lo leyó, y en seguida estalló en un acceso de cólera.

—¿Qué sucede? —inquirió Culum, atemorizado.

—Nada, nada de importancia ——dijo Struan, procurando contenerse, lo que logró a duras penas.

Aparentó leer el siguiente despacho, pero su ira se traslucía fácilmente en su rostro. El mensaje decía:

> «Lamentamos informarle que, de improviso, se ha producido una retirada en masa de fondos, originada seguramente por rumores de rivales malintencionados. En consecuencia, no podemos mantener abiertas las puertas por más tiempo. La junta de directores ha aconsejado que paguemos seis peniques por libra. Tengo el honor de declararme, señor, su más

obediente servidor…»

«Y teníamos cerca de un millón de libras depositadas —pensó Struan—. Recibimos veinticinco mil libras por un millón, mientras que nuestras deudas alcanzan otro millón. Estamos en bancarrota. ¡Cielos! Y yo que había advertido a Rob que no colocara todo el dinero en un solo Banco… No, no era conveniente hacerlo, con la especulación que se está llevando a cabo en Inglaterra, y cuando un Banco puede emitir todo el papel que le viene en gana.» . Pero ese Banco era seguro, había afirmado Robb, y les convenía tener el dinero reunido para poseer mejores garantías. Robb siguió explicando los detalles de un complicado proceso financiero que comprendía bonos españoles, franceses y alemanes, así como bonos de la Deuda Nacional, que proporcionarían a Struan y compañía una posición bancaria muy sólida en los mercados internacionales y un gran poder de compra para el desarrollo de la flota que Struan deseaba, al tiempo que se lograban para la Noble Casa privilegios especiales en los lucrativos mercados de Alemania, Francia y España.

Struan aceptó, ya que no comprendía del todo las sutilezas financieras, pero confiaba en Robb. ¡Y ahora estaban arruinados, ira del cielo! Struan se hallaba demasiado afectado para intentar siquiera hallar una solución. Sólo fue capaz de pensar en las complejidades de la nueva época. Era un mundo complicado, en el que las cosas ocurrían a increíble velocidad.

Una nueva reina de Inglaterra, Victoria, se había convertido en el primer monarca querido por sus súbditos desde hacía muchos siglos. En cuanto a su esposo, Alberto, Struan no simpatizaba con él, ya que era un condenado extranjero de la casa Saxo-Coburgo. El Parlamento se había robustecido y cundían aires de progreso en Gran Bretaña. Reinaba la paz desde hacía veintiséis años y parecía no haber ningún conflicto armado inminente, hecho éste desconocido desde hacía siglos. El demoníaco Napoleón había muerto, por suerte, y Francia estaba convenientemente sujeta, dominando Gran Bretaña la situación. La esclavitud había sido colocada fuera de la ley ocho años antes. Se construían carreteras de peaje por calzada permanente e increíblemente lisa. Proliferaban las fábricas, la producción en masa, las siderurgias y las sociedades anónimas. En los últimos diez años se habían conseguido otros adelantos notables, como el franqueo de cartas a sólo un penique, la primera fuerza

policíaca del mundo, el «hipnotismo» —fuera lo que fuese—, y el martinete de vapor. El Parlamento, al fin, libróse de la influencia de unos pocos terratenientes aristócratas, con lo que por increíble que pareciese, todo inglés que fuera propietario de una casa con renta de sólo veinte libras esterlinas al año, podía votar e incluso llegar a ser primer ministro. Se producía también la asombrosa Revolución Industrial, y las riquezas comenzaban a difundirse por todas partes. Nuevas ideas sobre el Gobierno y la sociedad derribaban las barreras que se habían alzado a través de los siglos.

Y todo era nuevo, y británico. Y, por último, ¡la locomotora!

—He ahí un invento que conmoverá al mundo —murmuró Struan, hablando consigo mismo.

—¿Qué dices, padre? —inquirió Culum.

Struan volvió a la realidad.

—¿Eh? ¡Ah, sí! Estaba pensando en el primer viaje que hicimos por ferrocarril.

—¿Ha viajado en tren, señor? —inquirió McKay—. ¿Cómo es eso? ¿Cuándo ocurrió?

—Yo tenía doce años —dijo Culum—. Estuvimos en el viaje inaugural de la locomotora de Stephenson, la Rocket.

—No, muchacho. Entonces tenías sólo once años. Fue en 1830, hace otros once años, en el primer viaje del mundo por ferrocarril entre Manchester y Liverpool. Todo un día de viaje en diligencia lo hicimos en sólo hora y media.

De nuevo, Struan volvió a pensar en el sino de la Noble Casa. Recordó las instrucciones que había dado a Robb para que consiguiese todo el dinero que fuera posible, a fin de monopolizar el mercado del opio.

«Veamos: se pueden obtener cincuenta o cien mil libras esterlinas de eso. Pero, por desgracia, es sólo una gota de agua, comparado con lo que precisamos. ¡Pensar que nos deben tres millones por el opio entregado! Sí, pero no entraríamos en posesión de ellos hasta que no estuviera ratificado el tratado, dentro de seis a nueve meses, y debemos pagar las libranzas en tres meses».

«¿Cómo conseguir dinero? —siguió reflexionando Struan—. Nuestra situación es excelente, lo mismo que el crédito de que gozamos. Sólo hay algunos chacales ladrando a nuestro alrededor. Brock, por un lado, y Cooper-Tillman, por el otro. ¿Habrá sido Brock quien inició la maniobra contra nuestro

Banco, o bien su cachorro Morgan? Los Brock tienen poder y dinero suficiente para conseguirlo. Veamos, lo que necesito es dinero, o bien un crédito sumamente amplio, este último apoyado en metálico, no en papel…»

Struan sintió la mano de su hijo que le cogía por un brazo.

—¿Qué decías, muchacho? ¿Hablabas de la Rocket?

Culum se hallaba inquieto por la palidez que observaba en el rostro de su padre, y por el penetrante brillo de sus ojos.

—El buque insignia. Hemos llegado —dijo.

Ascendió Culum detrás de Struan a cubierta. El muchacho nunca había estado a bordo de un buque de guerra, y menos aún de una nave almirante. El H. M. S. Titán era uno de los navíos más poderosos que surcaban los mares. Era enorme, con sus setenta y cuatro cañones montados en tres puentes y sus tres grandes mástiles. Pero Culum no se mostró impresionado. No le importaban los barcos; en realidad podía decirse que odiaba el mar. Le espantaba la violencia y el peligro que coexistían en su inmensidad. Ni siquiera sabía nadar, y se preguntaba cómo su padre podría amar el océano.

«Son tantas las cosas que ignoro de mi padre… —pensó—, pero no es extraño. Sólo le he visto unas cuantas veces en toda mi vida. La última fue hace seis años. Mi padre no ha cambiado, pero yo sí. Ahora sé lo que voy a hacer de la vida».

Culum siguió a su padre hasta el puente principal de cañones. Era una cubierta de techo bajo en la que nadie los detuvo, mientras se encaminaban hacia la garita del guardia. El barco entero parecía oler a pólvora, alquitrán y cáñamo.

—¡Alto, señor! —dijo el infante de Marina a Struan, al tiempo que le apuntaba al pecho con el mosquete—. ¡Sargento de armas!

El aludido salid de la cabina con su resplandeciente casaca escarlata. Parecía tan duro como una bala de cañón, y tan redonda como una de éstas era su cabeza.

—Buenos días, señor Struan. Un momento, señor.

El sargento llamó con deferencia a la puerta de roble de un camarote cercano.

—¡Adelante! —dijo una voz, tras lo cual el suboficial entró en la estancia y cerró la puerta a sus espaldas.

Struan sacó un par de cigarros y ofreció uno a Culum.

Luego, le dijo:

—¿Fumas ya, muchacho?

—Sí, padre, gracias.

Encendió Struan el cigarro de su hijo y luego hizo lo mismo con el suyo. A continuación se inclinó para observar uno de los cañones de tres metros y medio de largo. Las balas se hallaban apiladas a un costado. Eran proyectiles de sesenta libras.

Un momento después se abrió la puerta del camarote y salió del mismo un hombre delgado, de pulcro aspecto. Era Longstaff. Tenía el pelo oscuro, rizado a la moda y con espesas patillas. Su frente era alta y oscuros sus ojos. El centinela presentó armas, y el sargento regresó a su cabina.

—¡Hola, Dirk, querido amigo! ¿Cómo está usted? Créame que siento sinceramente lo que le ha ocurrido a su familia —manifestó Longstaff, estrechando nerviosamente la mano de Struan. Luego ofreció su mano a Culum, y añadió, mientras sonreía—: Tú debes de ser Culum, ¿verdad? Soy William Longstaff. Es una lástima que llegues en semejantes circunstancias.

—Gracias, Excelencia —contestó Culum, realmente asombrado de que el capitán superintendente del Comercio pudiera ser tan joven.

—¿Le importa esperar un momento, Dirk? Estoy en una conferencia con el almirante y los capitanes. Terminaré dentro de unos minutos. Tengo mucho de que hablar con usted, si no tiene inconveniente.

—Ningún inconveniente; esperaré aquí.

Longstaff echó una mirada al reloj de bolsillo, que extrajo de su chaleco de brocado.

—¡Cielos, ya son casi las once! Nunca parece haber tiempo suficiente para todo. ¿Quieren bajar a la cámara?

—Gracias; estamos bien aquí.

—Como quieran —dijo Longstaff.

Y con ágiles pasos volvió a entrar en el camarote y cerró la puerta.

—Es muy joven para ser el plenipotenciario, ¿no es verdad, padre? —inquirió Culum.

—Hasta cierto punto. Tiene treinta y seis años. Los imperios siempre fueron construidos por los jóvenes, Culum. Y los pierden los viejos.

—Tampoco tiene aspecto de inglés. ¿Es de Gales?

—No, su madre era española. Una condesa española. Su padre fue diplomático en la corte de España y su familia estaba emparentada con los condes de Toth.

«Si no eres aristócrata —pensó Culum—, por muy inteligente que seas, nunca llegarás a nada. Nunca. A menos que venga una revolución».

—Las cosas no marchan bien en Inglaterra —afirmó Culum.

—¿Cómo es eso, Culum?

—Sí, los ricos son demasiado ricos, y los pobres demasiado pobres. La gente se apiña en las ciudades, en busca de trabajo. Hay más gente que empleos, y por eso los patronos pagan cada vez menos. Son muchos los que mueren de hambre. Los jefes del cartismo aún siguen en prisión.

—Algo muy acertado. Aunque mejor sería que ahorcasen o deportasen a esa partida de agitadores.

—¿No apruebas el movimiento cartista, padre? —inquirió Culum.

La Carta del Pueblo había sido redactada hacía menos de tres años y ya se había convertido en el símbolo de la libertad de todos los descontentos de Gran Bretaña. El cartismo pedía un voto para cada hombre, la anulación de los requisitos de propiedad para llegar a ser miembro del Parlamento, igualdad entre los distritos electorales, votación secreta, períodos anuales parlamentarios y sueldos para los componentes de las Cámaras.

—Apruebo la Carta como documento de justas demandas. Pero no al cartismo ni a sus dirigentes —dijo Struan—. Las ideas fundamentales expresadas en la Carta son acertadas, pero la forma en que los jefes del movimiento las llevan a la práctica, es totalmente errónea.

—No creo que sea un error trabajar por la reforma. El Parlamento debe sufrir algunos cambios.

—Bien está argumentar, discutir, cambiar impresiones, pero no incitar a la violencia y a la revolución. El Gobierno tiene razón al sofocar los levantamientos en Gales y ios Midlands. La insurrección no es el medio adecuado, muchacho. Oí decir que los cartistas no han escarmentado y que compran armas y celebran reuniones secretas. ¡Merecen que los aniquilen a todos, ira del cielo!

—No podrán aniquilar el cartismo. Tiene demasiados miembros, y todos están dispuestos a morir por su ideal.

—Entonces habrán muchas muertes, muchacho. Es mejor que esas gentes se armen de paciencia.

—No sabes cómo están ahora las Islas Británicas, padre… Hace mucho que faltas de allí. La paciencia no es una virtud propia de los que tienen el estómago vacío.

—También en China hay gentes con el estómago vacío, y en todo el mundo. Pero los desórdenes y la insurrección no son propios de un país como Inglaterra.

«No tardarán en serlo, si no hay pronto algunos cambios», pensó Culum, sombríamente. Glasgow era la sede de los cartistas escoceses, y él era el jefe de los estudiantes que en secreto se habían comprometido entre sí para trabajar —y morir, si era necesario— por la causa cartista.

La puerta del camarote se abrió de nuevo y el centinela se puso rígido, en actitud de firmes. Salió del camarote el almirante, un hombre robusto, con cara de pocos amigos, que se dirigió hacia el puente seguido de sus capitanes. La mayoría de éstos eran jóvenes, y sólo unos pocos tenían el pelo canoso. Todos vestían uniformes de mar, se tocaban con bicornios y portaban espadas. El capitán Glessing fue el último en salir. Al ver a Struan, se detuvo ante él.

—¿Permite que le exprese mis condolencias, señor Struan? Realmente, ha sido muy mala suerte.

—Así es —respondió Struan.

«¿Es mala suerte perder una buena esposa y tres hijos? —se preguntó Struan —. ¿O el demonio o los hados han intervenido en ello?».

—Hizo usted muy bien al dar muerte a aquel maldito infante de marina —dijo Glessing.

—Ni siquiera le toqué —respondió Struan.

—¿Cómo es eso? Creí que lo había hecho. No pude ver lo que ocurría desde donde me hallaba. De todos modos, no tiene mucha importancia.

—¿Le sepultaron en tierra?

—No. No quise contaminar la isla con esa clase de enfermedades. Y, hablando de otra cosa, ¿no le dice nada el nombre de Ramsey, señor Struan? —inquirió de improviso Glessing, abandonando su tono afable.

—Ramsey es un nombre bastante común —manifestó Struan, poniéndose en guardia.

—Cierto, pero los escoceses se unen entre sí. ¿Acaso no es ése el motivo de

su éxito en las empresas que llevan a cabo?

—En efecto, resulta difícil encontrar hoy gente en quien poder confiar —aseguró Struan, a su vez—. ¿Y a usted, le dice algo el nombre de Ramsey?

—Es el de un desertor de mi barco —manifestó Glessing—, el cual da la coincidencia de que es primo de su contramaestre, que se llama McKay, según creo.

—¿Y bien?

—Nada. Sólo le doy un informe. Como, sin duda debe de saber, cualquier barco mercante, armado o sin armar, que albergue desertores de la Armada, puede ser tomado como presa por la Marina Real —aseguró Glessing, sonriendo —. Pero son unos necios al desertar. ¿A dónde pueden ir, sino a otro barco?

—Claro, a ninguna parte.

Struan presintió que estaba atrapado. Tenía la seguridad de que Ramsey se hallaba a bordo de una de sus naves, en lo que probablemente estuviese complicado Brock, y tal vez el mismo Glessing.

—Vamos a investigar en toda la flota —dijo Glessing—. ¿Tiene usted inconveniente?

—Ninguno. Tenemos mucho cuidado con nuestros tripulantes.

—Es algo aconsejable. Considero que la Noble Casa debe tener preferencia, de modo que sus barcos serán examinados inmediatamente.

«En tal caso nada puedo hacer ya», se dijo Struan, y desechó el problema de su mente.

—Capitán, quiero que conozca a Culum, mi hijo mayor.

Culum, éste es el famoso capitán Glessing, que ganó la batalla de Chuenpi.

—Es un placer —dijo cortésmente Glessing, mientras estrechaba la mano del muchacho. Esta era blanda, de dedos largos y consistencia algo femenina.

«Un aprendiz de dandy», pensó Glessing observando la entallada levita de Culum, su alto cuello y la corbata de tono azul pálido que llevaba anudado a éste. Sin duda acababa de graduarse en alguna Universidad. Por otra parte, resultaba curioso estrechar la mano de alguien que había padecido la peste de Bengala, y que, sin embargo, sobrevivía. Se dijo que tal vez él mismo no habría escapado con vida.

—Bueno, Chuenpi no fue exactamente una batalla —dijo al fin Glessing.

—¿Dos pequeñas fragatas contra veinte juncos armados, no le parece una

batalla?

—Fue una simple escaramuza. Pudo ser una batalla… —«de no haber sido por ese maldito cobarde de Longstaff y por ti, condenado pirata», estuvo a punto de añadir Glessing.

—Los traficantes siempre hablamos de aquello como de una batalla, Culum. No entendemos la diferencia que hay entre una escaramuza y una batalla —aseguró irónicamente Struan—. Sólo somos pacíficos mercaderes. Sin embargo, creemos que la primera ocasión en que Inglaterra entró en combate por mar, con China, bien merece el calificativo de «batalla». Eso ocurrió hace un año, y nosotros fuimos los primeros en disparar.

—¿Qué otra cosa hubiera hecho usted, señor Struan? Era lo que correspondía desde el punto de vista táctico.

—Sí, claro.

—El capitán superintendente del Comercio está totalmente de acuerdo con mi proceder en aquella ocasión.

—Evidentemente. No podía hacerse otra cosa.

—¿Rememorando viejos combates, capitán Glessing? —inquirió Longstaff, el cual se hallaba en la puerta del camarote y había escuchado las últimas palabras.

—No, Excelencia; sólo poniendo en claro algunos aspectos. El señor Struan y yo no tenemos el mismo punto de vista respecto a Chuenpi.

—Es lógico. Pero si el señor Struan hubiera estado al mando de las naves en aquella oportunidad, sin duda habría tomado la misma decisión. En cambio, de haberse hallado en lugar del señor Struan, usted, Glessing, tal vez no hubiera atacado, esperando una coyuntura favorable.

Longstaff bostezó y jugueteó un momento con los dijes de la cadena de su reloj.

—¿Qué habrías hecho tú, Culum? —añadid luego.

—No lo sé, Excelencia. No estoy al corriente de las complicaciones que surgieron.

—Bien dicho. Es una frase poco comprometida —dijo riendo Longstaff—. ¿Quiere unirse a nosotros, capitán? ¿Le parece bien tomar un vaso de brandy?

—Gracias, señor, pero debo volver pronto a mi barco —aseguró Glessing, quien, tras saludar marcialmente, se alejó por el puente de cañones.

Longstaff hizo una seña a Struan para que le acompañase al salón de reuniones de la nave, que en esos momentos servía como alojamiento al capitán superintendente del Comercio. Era una estancia de aspecto castrense y funcional, aunque bastante amplia, y los grandes sillones de cuero, mesas de planos y armarios se hallaban todos firmemente sujetos al piso. El espléndido escritorio de roble tallado se encontraba en el semicírculo que componían los ventanales a popa de la nave.

El gran camarote olía a alquitrán, a tabaco y, como todo lo del barco, a pólvora.

—¡Camarero! —llamó Longstaff. Se abrió una puerta y el aludido contestó:

—Sí, señor.

—¿Ginebra, brandy, oporto? —preguntó Longstaff a sus invitados.

—Ginebra seca, por favor.

—También yo —dijo Culum.

—Yo tomaré oporto —manifestó Longstaff, mientras bostezaba de nuevo.

—Sí, señor —contestó el camarero, quien extrajo las botellas de un aparador que había en la misma cámara y vertió las bebidas en finos vasos de cristal.

—¿Es éste tu primer viaje al extranjero, Culum? —inquirió Longstaff.

—Sí, señor.

—No obstante, creo que estarás al corriente de los últimos acontecimientos ocurridos por estas tierras, ¿no es así?

—No, Excelencia. Mi padre escribe poco, y los periódicos en Inglaterra casi no mencionan a China.

—Bueno, no tardarán en hacerlo, ¿verdad, Dirk?

El camarero ofreció la bebida a Longstaff, y luego a sus invitados.

—Cuide de que no nos molesten —dijo Longstaff al camarero.

—Así lo haré, señor —contestó el aludido, y tras recoger las copas y las botellas, se marchó.

—Un brindis, señores —dijo Longstaff—. Por una grata estancia en estas tierras, Culum, y por un feliz regreso a la patria.

Bebieron los tres hombres, y a Culum y a su padre les pareció excelente la ginebra.

—Aquí se está haciendo historia, Culum, y nadie más capacitado para contártela que tu propio padre.

—Bueno, hay un antiguo adagio chino que dice: «La verdad posee diferentes rostros» —apostilló Struan.

—No comprendo —dijo el muchacho.

—Quiero decir que mi versión de los hechos no tiene que ser necesariamente la única o la verdadera.

Eso recordó a Struan que Ling, el virrey anterior, ahora caído en desgracia en Cantón debido a que su precipitación había provocado el conflicto con Inglaterra, posiblemente sería condenado a muerte.

—¿Sigue aún ese demonio de Ling en Cantón?

—Eso creo —contestó Longstaff—. Su Excelencia Ti-sen sonrió cuando se lo pregunté hará unos tres días, y contestó enigmáticamente: «El Bermellón es el Hijo del Cielo. ¿Cómo puede adivinar el hombre la voluntad de los cielos?». Al emperador chino le llaman el Hijo del Cielo —aclaró Longstaff, para que Culum comprendiera mejor—. Bermellón es otro de sus nombres, ya que siempre escribe con tinta de ese color.

—Extraño pueblo el chino, Culum. Muy extraño —dijo Struan—. Eso, por ejemplo. Sólo el emperador, entre trescientos millones de subditos, puede usar tinta de color rojo. Imagínate lo que sería si la reina Victoria dijera de pronto: «Desde este momento sólo yo puedo usar tinta roja». Con lo que nos gusta usarla en Inglaterra, cuarenta mil ingleses se verían privados de escribir de ese modo. Yo mismo no podría hacerlo.

—Y entonces todo traficante de China —aseguró Longstaff sarcásticamente — enviaría un barril de ese color, a pagar a su entrega, afirmando a Su Británica Majestad que podría proveer a la Corona a un precio determinado. ¡Ah, qué sería del mundo, si no existieran los comerciantes!

Se produjo un breve silencio, y Culum se preguntó por qué razón su padre habría dejado la alusión sin contestar debidamente. Seguro que no quiso dar importancia a aquel aristócrata, dispuesto siempre, como todos los suyos, a burlarse de los que no fueran de su clase. Bien, el cartismo liquidaría la aristocracia de una vez por todas.

—¿Deseaba usted hablarme, Will? —inquirió Struan, el cual estaba muerto de cansancio, y con su pie mutilado y la espalda sumamente doloridos.

—Sí. Han ocurrido algunos hechos desde… los dos últimos días. Culum, ¿te importaría dejarnos un momento? Deseo hablar a solas con tu padre.

—Comprendo, señor —dijo el muchacho, al tiempo que se ponía en pie.

—Creo que no hay necesidad de eso, Will —aseguró Struan—. Culum es ahora socio de Struan y Compañía. Un día gobernará la empresa como Tai-Pan. Puede usted confiar en él como en mí mismo.

«Nunca llegaré a eso. Tengo otros planes», pensó Culum, pero no dijo nada.

—Debo felicitarte, muchacho —manifestó Longstaff—. Ser socio de la firma de tu padre es un honor inmenso.

«No tanto, cuando se está en bancarrota», pensó Struan, que en seguida dijo en voz alta:

—Siéntate, Culum.

Longstaff comenzó a pasear por la habitación, y al fin manifestó:

—Se ha concertado una entrevista con el plenipotenciario chino para mañana, a fin de estudiar los detalles relativos al Tratado.

—¿Quién sugirió el momento y el lugar de la entrevista, él o usted?

—El.

—Será mejor que solicite usted un cambio. Elija otra hora y otro sitio.

—¿Por qué?

—Porque si usted accede a sus imposiciones, él y sus mandarines lo interpretarán como una manifestación de debilidad.

—Bien, de acuerdo, si lo cree conveniente. ¿Le parece adecuado pasado mañana, en Cantón?

—Sí. Lleve a Horacio y a Mauss. Yo iré con usted, si lo desea, pero deberemos llegar con cuatro horas de retraso.

—¡Cielos, Dirk! ¿Para qué semejante retraso? ¡Cuatro horas, nada menos!

—Es muy conveniente. Al actuar usted como un superior que no se preocupa de las formalidades, los colocará en una situación de desventaja —dijo Struan, y agregó, al tiempo que miraba a Culum—: Es conveniente tratar a los orientales de acuerdo con los procedimientos de Oriente. Los detalles adquieren aquí enorme importancia. Su Excelencia se halla en una posición extremadamente difícil en este país. Un solo error, y el resultado influirá en cincuenta años de futuro de la colonia.

—Sí, y además no cuento con ayuda alguna —aseguró Longstaff, sirviéndose otro vaso de oporto—. Yo me pregunto por qué no actuarán como gente civilizada. Aparte de tu padre, Culum, no hay nadie que entienda a estos

chinos. El Gobierno inglés no sabe los problemas con que tengo que enfrentarme. Estoy totalmente falto de ayuda. Ellos me dan instrucciones absurdas, y esperan que con sólo eso me arregle con gentes absurdas. Por mi vida, que me duele tener que llegar cuatro horas tarde, para demostrar que somos superiores, cuando todo el mundo sabe que lo somos.

Longstaff aspiró una pizca de rapé con gesto de profunda irritación.

—¿Cuándo va a iniciarse la venta de tierras, Will? —preguntó Struan.

—Bueno, no lo sé con certeza. Cuando el Gobierno apruebe el tratado. Hay tiempo por delante. Creo que será en septiembre.

—¿No recuerda lo que hablamos? Creí que estaba de acuerdo en comenzar a construir inmediatamente en Hong-Kong.

Longstaff trató de acordarse. Le parecía haber hablado de ello con Struan, pero no llegaba a precisar los detalles.

—Hay que tener en cuenta que la cesión de Hong-Kong no es oficial hasta que ambos Gobiernos aprueben el tratado. Es lo acostumbrado, ¿no le parece? —dijo Longstaff.

—Sí, pero éstas no son circunstancias normales. Cuanto antes comencemos a construir, tanto mejor. Eso mismo fue lo que usted dijo.

—De acuerdo, mas no sé si será aconsejable…

—Usted aseguró que todas estas tierras pertenecían a la reina —interrumpió Struan—. Y aseguró que mientras fuese usted el gobernador de Hong-Kong, todas las decisiones correrían por su cuenta, como plenipotenciario. Si lanza un decreto especial, todo saldrá como se había proyectado. Yo, en su lugar, iniciaría la venta de tierras el mes que viene. No olvide, Will, que necesitará obtener ingresos de su colonia. Al Gobierno le disgustan las posesiones que no se financian a sí mismas.

—Indudablemente. Sí, creo que debemos comenzar lo antes posible. El mes próximo podríamos iniciar las ventas. Veamos, ¿en qué condiciones habría que efectuarlas?

—Cesiones por novecientos noventa y nueve años, según los acostumbrados convenios de la Corona.

—Perfectamente —convino Longstaff, y luego hizo un gesto de desesperanza—. Como si no tuviera ya bastantes preocupaciones, ahora tengo que actuar como un condenado edil. ¿Cómo demonios se construye una colonia?

Habrá que pensar en el trazado de calles, en la instalación de alcantarillas, y sabe Dios cuántas cosas más. También necesitaremos una cárcel y un juzgado.

Longstaff se detuvo ante Culum y le preguntó:

—¿Tienes alguna instrucción de carácter legal, muchacho?

—No, señor. Sólo soy licenciado en artes.

—No importa. Necesitaré tener un secretario de la colonia, un ayudante general, un tesorero y qué sé yo cuántos funcionarios más. Dispondremos igualmente de una fuerza de policía, o algo por el estilo. ¿Te gustaría ser jefe de policía?

—No, señor —replicó Culum, procurando no demostrar el estremecimiento de disgusto que había experimentado.

—Bien, de todos modos, tengo la seguridad de que podrás encontrar un cargo a tu gusto. Necesitaré muchos ayudantes, pues no puedo hacerme cargo de todo. Piensa lo que más te gustaría hacer, y comunícamelo. Precisamos gente de confianza.

—¿Por qué no le nombra delegado de algún servicio? Sólo podrá estar con usted durante seis meses —dijo Struan.

—Excelente —contestó Longstaff, sonriendo a Struan—. Te nombro delegado secretario de la colonia. Veamos; puedes encargarte de la venta de tierras. Ese será tu primer cometido.

—Pero si no sé nada del comercio de terrenos, señor. Ignoro todo lo que…

—Sabes lo mismo que todo el mundo, y tu padre puede guiarte. Así, pues, eres… eres delegado secretario de la colonia. Ahora ya puedo olvidarme de ese problema. Tú te ocuparás de disponer lo necesario al respecto, y sólo me lo harás saber cuando sea necesario ratificarlo oficialmente. Tendrá que haber una subasta; creo que es lo procedente.

Longstaff llenó de nuevo su vaso y agregó:

—¡Ah!, a propósito, Dirk. He ordenado la evacuación de la isla de Chu-Shan.

Struan sintió que se le encogía el estómago.

—¿Por qué hizo eso, Will?

—Recibí una carta de Su Excelencia Ti-sen hace dos días, pidiéndome que lo hiciera como acto de buena voluntad.

—Debió haber esperado.

—Deseaba una respuesta inmediata, y no tuve ocasión de consultarle a usted.

—Una respuesta inmediata, para los chinos, significa que puede responderse en un plazo de un siglo. —«¡Ah!, Willie, ¿cuántas veces te lo habré dicho, pobre tonto?», pensó Struan.

Longstaff sintió la mirada de Struan, llena de reproche, replicó:

—Me envió una copia del tratado que iba a mandar al emperador, en el que deseaba incluir nuestro consentimiento a la evacuación. De todos modos, teníamos que retirarnos, ¿no le parece? Así lo habíamos planeado. Entonces, ¿qué más da hacerlo ahora que después?

—La oportunidad es una virtud esencial en este país. ¿Ha enviado ya esa orden?

—Sí, ayer salió. Ti-sen tuvo la gentileza de ofrecernos el correo montado imperial. Envié la orden por ese medio.

—No resulta acertado utilizar los servicios de ellos para mandar nuestras órdenes —dijo Struan, maldiciendo interiormente la nueva torpeza de Longstaff —. Eso contribuye a disminuir nuestro prestigio. Nada adelantaríamos con enviar un barco de guerra, pues cuando llegase a Chu-Shan, la evacuación ya habría concluido. Bueno, hecho está, y ya no hay remedio. Pero me parece desacertado. Los chinos sólo lo interpretarán como una debilidad.

—Yo, en cambio, considero que el acto de buena voluntad es una gran idea —dijo Longstaff, tratando de superar su nerviosidad—. Después de todo, conseguiremos lo que deseábamos. Cantón queda de nuevo abierta al comercio, nos compensan el opio destruido, y entramos en posesión de Hong-Kong. Todo marcha de acuerdo con el plan previsto. Por el contrario, la isla de Chu-Shan carece de importancia, y usted mismo dijo que la tomásemos como un recuerdo más. Hong-Kong, en cambio, es nuestro. Ti-sen aseguró que dentro del presente mes nombraría un mandarín para Hong-Kong, y…

—¿Qué ha dicho Ti-sen? —inquirió Struan, sin poder dar crédito a lo que oía.

—Que nombrarían un mandarín para Hong-Kong. ¿Qué tiene de particular?

«Ten calma —pensó Struan, haciendo un gran esfuerzo para no estallar—. La has venido teniendo hasta ahora. Al fin y al cabo, este incompetente es un instrumento que te favorece».

—Will, si hace usted eso, es igual que si les entregase Hong-Kong —

manifestó al fin Struan.

—De ningún modo, amigo. Hong-Kong es inglés. Los paganos estarán bajo nuestro Gobierno y nuestra bandera. Alguien tiene que hacerse cargo de los chinos, ¿no le parece? Creí conveniente que desarrollaran aparte sus actividades. Tendrán su aduana, sus edificios, y también…

—¿Qué dice, Will? —exclamó Struan, sin poder ya reprimirse—. ¿Ha consentido también en eso?

—No creo que tenga nada de malo, Dirk. En nada van a cambiar las cosas, a mi entender. Por el contrario, nos ahorra un sinnúmero de complicaciones. No tendremos que recurrir a Cantón, sino que lo haremos todo desde aquí.

Struan comenzó a pasear por la cámara, a fin de no lanzarse sobre Longstaff para estrangularlo allí mismo, y terminó sirviéndose un brandy. Por milésima vez se repitió que debía tener calma y que Longstaff podía valerle de mucho, precisamente por su incapacidad.

—Dígame, ¿ya ha acordado con Ti-sen que podría nombrar un mandarín en Hong-Kong?

—En realidad no he accedido oficialmente, pues ese punto no se especificaba en el tratado. Sólo le hice saber que su proposición me parecía una buena idea.

—¿Lo hizo usted por escrito?

—Sí, ayer mismo —replicó Longstaff, sorprendido ante la preocupación que Struan manifestaba—. ¿Pero acaso no es eso lo que nosotros pretendíamos? ¿No es mejor tratar con un mandarín que con todos esos endiablados mercaderes chinos?

—Desde luego. ¡Pero no en nuestra isla, ira del cielo! —replicó Struan, mientras para sus adentros pensaba en la estupidez de aquel aristócrata de cabeza hueca, que tanto estaba comprometiendo el resultado de sus esfuerzos—. Si aceptamos ese punto, acabaremos con Hong-Kong. Lo perderemos todo.

Longstaff se acarició pensativamente el lóbulo de una oreja, alarmado ante las palabras de Struan.

—¿Por qué, padre? —inquirió Culum.

—Porque así son los chinos.

—No entiendo.

—Ya lo sé, muchacho.

Con el fin de olvidar la pena que le causaba la pérdida de su familia, y de su

fortuna, que súbitamente parecía abrumar su espíritu, Struan decidió hacer un tremendo esfuerzo y explicar el hecho, tanto a Longstaff como a Culum.

—Es necesario tener en cuenta muchas cosas. En primer lugar, los chinos llaman a su país, desde hace cincuenta siglos, el Reino Intermedio, colocado entre los cielos, arriba, y la tierra, debajo. Por definición propia, el chino es un ser aparte, superior. Todos los demás, absolutamente todos, somos unos bárbaros para ellos, y como tales, no somos dignos de ser tenidos en cuenta. Consideran, por consiguiente, que, como única nación verdaderamente civilizada, tienen derecho a gobernar el mundo. Así, pues, entienden que la reina Victoria es una soberana bárbara que está obligada a pagarles un tributo. China carece de flota y de ejército, y podemos hacer lo que queramos con el país, pero, sin embargo, ellos creen que son la nación más civilizada y poderosa que existe, y es imposible quitárselo de la cabeza. ¿Has oído hablar de las Ocho Reglas?

Culum movió negativamente la cabeza.

—Pues bien, ésas fueron las ocho condiciones mediante las cuales el emperador de China accedió a comerciar con los bárbaros, hace ciento cincuenta años. Dichas reglas limitan todo el comercio de los «bárbaros» a Cantón. El té y la seda debían pagarse con plata, sin que hubiera crédito de ninguna clase, y quedando prohibido el contrabando. Se consintió a los «bárbaros» que construyesen almacenes y fábricas en un radio de un kilómetro, dentro de Cantón. Los «bárbaros» quedaron confinados por completo en ese reducto amurallado (el Establecimiento de Cantón), y aun así, sólo podían permanecer en él durante la temporada invernal de fletamiento, desde setiembre hasta marzo. A partir de este mes debían trasladarse a Macao. No se consentía absolutamente ninguna familia dentro del Establecimiento, ni tampoco la presencia de mujeres, ni el portar armas dentro del reducto. Estaba asimismo prohibido aprender el chino, hacer navegación por placer, utilizar palanquines y alternar con los chinos. Se prohibió también la presencia de buques de guerra en el estuario del río, y los barcos mercantes de los «bárbaros» debían anclar en Whampoa, trece millas río abajo, donde debía hacerse el transbordo de las mercancías y pagar los impuestos en plata. Todo negocio de los «bárbaros» debía llevarse a cabo por intermedio de un monopolio de diez mercaderes chinos llamados Co-hong, que eran los únicos que podían suministrar alimentos, criados, remeros y compradores. Y, por fin, para completar todo aquello, sólo los Co-hong podían

recibir de los «bárbaros» las peticiones y las quejas, siendo ellos a su vez los que las transmitirían a los mandarines.

»El único objeto de estas reglas era tenernos bien sujetos, mientras nos quitaban todo el dinero que podían. Además, es necesario tener en cuenta otra cosa, en relación con los chinos, y es que aman el dinero. Pero los impuestos abusivos que pagábamos sólo iban a beneficiar a la clase de los manchúes, y no a los chinos en general. Los manchúes consideran que nuestras ideas, el cristianismo, el Parlamento, el voto, y sobre todo la igualdad ante la ley, y el sistema de jurados en los juicios, son revolucionarias, peligrosas, infernales… No obstante, nunca desprecian nuestro dinero.

»Bajo el imperio de las Ocho Reglas nos hallábamos indefensos, nuestro comercio estaba firmemente controlado y podíamos ser manejados a voluntad. Aun así, conseguimos progresar en nuestros negocios y hacer fortuna.

Struan sonrió ligeramente, y prosiguió diciendo:

—Sí, algunos hicimos mucho dinero, y también lo hicieron ellos con nosotros. La mayor parte de las reglas dejaron de ser aplicadas a causa de la codicia de los funcionarios. Pero las más importantes, como la prohibición de buques de guerra; la de alojar familias en el recinto de Cantón; la de permanecer una vez terminada la temporada de comercio, y la de tener otro contacto oficial por conducto diferente al de los mercaderes Co-hong, todas esas reglas continuaron siendo cumplidas.

»Y como algo característicamente chino, se hizo responsable a los comerciantes Co-hong de nuestro comportamiento. Cualquier «complicación» que surgía era suficiente para que el emperador descargase su ira sobre dichos mercaderes. Estos se vieron tan implicados en la situación, que la mayoría fue a la bancarrota. Yo mismo poseo seiscientas libras de sus bonos, hoy totalmente carentes de valor, y Brock tiene otras tantas. Según la costumbre china, los Co-hong tienen que comprar su cargo al emperador, al que luego deberán hacer obsequios cada cierto tiempo, entre ellos cincuenta mil taels cada Co-hong en ocasión del cumpleaños del monarca.

»El superior inmediato de los Co-hong es el jefe de impuestos del emperador, al que llamamos el Hoppo. Este se encarga de obtener impuestos de los mandarines de Cantón, de los Co-hong y de todo el que tiene a mano. El Hoppo, como es lógico, también debe pagar a buen precio su cargo, ya que es el

principal traficante de opio, y, por consiguiente, obtiene beneficios fabulosos.

»En consecuencia, Will, si usted admite un mandarín en Hong-Kong, permitirá implícitamente la introducción de todo el sistema burocrático chino. El mandarín será un Hoppo, y cada uno de los chinos de la colonia quedará sujeto a él. Todos los comerciantes deberán pagarle onerosos tributos, y ellos se desquitarán haciéndonos pagar a nosotros precios excesivos. El Hoppo se encargará de aniquilar al que ose ayudarnos, y, en cambio, respaldará al que nos cause perjuicios. Y no pararán hasta expulsarnos de la isla.

—¿Por qué razón?

—Porque son chinos —manifestó Struan, al tiempo que se estiraba para aliviar el cansancio que sentía en los hombros. Luego se puso en pie, se encaminó hacia la mesa y se sirvió otro vaso de brandy.

«Me gustaría ser chino nada más durante una hora —pensó Struan—. Así podría engatusar a alguien y conseguir un millón de taels con facilidad. Veamos; voy a tratar de pensar como un chino. Eres el Tai-Pan de los bárbaros, su mandarín, con poder ilimitado. ¿Cuál es el mejor modo de utilizar tu poder? ¿Quién tiene un millón de taels que pueda proporcionártelos? ¿Cuáles son las personas que te deben favores?».

—En tal caso, Dirk, ¿qué podríamos hacer? —dijo Longstaff—. Ciertamente, creo que tiene usted razón.

—Lo más conveniente es que envíe inmediatamente a Ti-sen un despacho diciéndole, o mejor, ordenándole…

De pronto, el cansancio de Struan se desvaneció. Dejó de hablar repentinamente, pues ahora todo le parecía claro.

«Estúpido de mí —pensó—. Majadero y mentecato de mí. ¡Ti-sen! Ahí está la clave, la solución del problema.

Es un mandarín, y sólo tienes que actuar sobre él. En primer lugar, debería cancelar el acuerdo de Longstaff; y, en segundo, al cabo de una o dos semanas, podrás hacer una oferta secreta a Ti-sen, por la cual, a cambio de un millón de plata, te comprometes a hacer cambiar de opinión a Longstaff, accediendo a imponer un mandarín chino en Hong-Kong. Ti-sen aceptará de buen grado la oferta, ya que con ello conseguirá todo lo que le quitó la guerra. Podrá desquitarse del millón pagado, desangrando a los Co-hong, y éstos se dejarán extorsionar de mil amores, con tal de poder vendernos el té que, por otra parte,

nosotros estamos deseando comprar. El pobre Longstaff no tendrá problema alguno, y los demás trancantes no objetarán la presencia de un mandarín. De todos modos, no le llamaremos mandarín, sino que le asignaremos un nuevo nombre, menos imponente. Comisario de Comercio, podría ser su nombre. Los traficantes no se opondrán a la existencia de un comisario de Comercio chino, ya que contribuirá a allanar las transacciones y a simplificar los pagos en la aduana. Vamos a ver, ¿quién podría hacer la oferta secreta? Evidentemente, el indicado es Jin-qua. El más rico y astuto de los Co-hong, y también tu mayor proveedor, además de que le conoces desde hace veinte años. Sí, ése es el hombre indicado, sin la menor duda.

«Cierto es que de este modo la existencia de un mandarín garantizaría la supervivencia de la Noble Casa, pero con ello se vendría abajo Hong-Kong y el plan para su desarrollo —siguió pensando Struan—. Es un riesgo tremendo, pues ya sabes que la presencia de un mandarín implica la introducción de todo el sistema chino. Y no puedes dejar semejante herencia a Robb, a Culum ni a cualquiera de tus hijos. Mas, sin el millón de taels, la Noble Casa no logrará sobrevivir».

—¿Qué estaba diciendo, Dirk?

—Que ordene usted a Ti-sen, en nombre de la reina que se olvide de lo dicho respecto a nombrar un mandarín para Hong-Kong.

—Me parece muy acertado —aseguró Longstaff, tomando asiento ante el escritorio y cogiendo una pluma—. ¿Qué le parece oportuno que diga?

—Escriba esto: «A Ti-sen, en Cantón. Mensaje especial: Sólo Su Británica Majestad, la reina Victoria, tiene autoridad para nombrar funcionarios en la isla británica de Hong-Kong. No habrá en ella aduanas ni funcionarios chinos — Struan vaciló un momento y luego prosiguió dictando, dándose cuenta de que obraba acertadamente—. Los chinos que residan en la colonia de Hong-Kong, de Su Majestad, serán en adelante subditos británicos y quedarán sujetos a las leyes de Inglaterra».

—¡Pero es que esto excede de mis atribuciones! —exclamó Longstaff.

—No es la primera vez que un plenipotenciario se excede en su autoridad. Por esa razón el Gobierno los elige con tanto cuidado, Will, y por eso poseemos un imperio. Hastings, Raffles, Clive, Raleigh y Wellington así lo hicieron. Usted posee la autoridad del enviado plenipotenciario de Su Majestad para concertar

un tratado con China. ¿Y qué es lo que saben en nuestro país acerca de este otro? En cambio, usted actúa como un innovador, Will. Está dispuesto a aceptar una diminuta isla, árida y casi deshabitada, cuando la costumbre en el mundo es apoderarse de continentes, y cuando podría adueñarse de toda China, si lo quisiera. Pero usted es mucho más inteligente que todo eso.

Longstaff asintió con un movimiento de cabeza y chupó levemente la punta de la pluma. Luego dijo:

—Sí, pero ya he convenido en que los chinos de Hong-Kong quedarían sujetos a la ley china —manifestó Longstaff, mientras una gota de sudor le temblaba en la barbilla—. Esta sí que fue una cláusula especial del tratado, y…

—Ha cambiado usted de parecer, Will, del mismo modo que lo ha cambiado Ti-sen. Ya sabe que en ninguna cláusula se especifica el nombramiento de un mandarín.

—Se sobreentendió que lo habría.

—Yo no pensé eso, y usted no tuvo por qué pensarlo; Están tratando de engañarle, como con lo de Chu-Shan.

—Desde luego —afirmó Longstaff, satisfecho de que le hubieran convencido —. Tiene usted razón, Dirk. Si les dejamos sueltos volverán a las andadas. Es hora de que esos chinos sepan lo que es la verdadera justicia. Ni más ni menos. Ley y orden, eso es. Tiene toda la razón del mundo.

—Firme la carta como lo hace el emperador: «Teme mi decisión y obedece temblando». Luego firme con su título completo.

A continuación, Struan abrió la puerta del camarote y llamó:

—¡Sargento de armas!

—Sí, señor.

—Su Excelencia desea ver inmediatamente a su secretario, el señor Sinclair.

—A la orden, señor.

Longstaff terminó de escribir y releyó la carta.

—¿No le parece un poco violenta, Dirk? Creo que omitir los títulos de Ti-sen, y luego firmar como el emperador…

—Eso es precisamente lo que interesa. Además, deberá hacer que la publiquen en el periódico.

—Pero se trata de un documento privado.

—No; es un documento histórico, Will, del que usted podrá mostrarse

orgulloso y que le atraerá las simpatías del almirante. A propósito, ¿por qué parecía irritado cuando salió?

—Bah, lo de costumbre —dijo Longstaff, e imitó hábilmente la forma de hablar y los modales del almirante—: «Por todos los cielos, señor. Fuimos enviados aquí a luchar contra los paganos, y tras dos desembarcos sin resistencia alguna, usted hace un lamentable tratado que nos proporciona mucho menos de lo que el secretario de Asuntos Exteriores le había pedido que consiguiese. ¿Dónde están los puestos libres que debía obtener?». Por mi parte, Dirk, yo también opino, igual que los mercaderes y el almirante, que es un error no hacernos con algunos puertos francos. ¿Está seguro, Dirk, de que está acertado en eso? —Hong-Kong es mucho más importante, Will.

—Bien; si está seguro de ello, sea. El almirante también estaba encolerizado por algunas deserciones y por la demora en aplicar la orden contra el contrabando. Como es lógico, los traficantes han puesto el grito en el cielo.

—¿Dirigidos por Brock, tal vez?

—En efecto. Un individuo bastante grosero, por cierto.

Struan sintió de nuevo que se le encogía el corazón, e inquirió:

—¿Dijo usted a los traficantes que pensaba anular posteriormente la orden?

—No hice exactamente eso, pero les insinué que podría hacerlo.

—¿Y también se lo insinuó al almirante?

—En efecto. Se mostró sumamente irritado y afirmó que haría llegar su punto de vista al Almirantazgo —afirmó Longstaff, quien suspiró y luego bostezó largamente—. Por mi vida, Dirk, le aseguro que ese marino no tiene la menor idea de nuestros problemas. Le agradecería mucho a usted que le diese una explicación acerca de la forma en que funciona el comercio. Yo traté de hacerlo, pero no conseguí meterle nada en la cabeza.

«Y yo tampoco logro meter nada en la tuya, Willie —pensó Struan—. Si Robb ya ha comprado el opio, aún estaremos más hundidos que antes. Habremos naufragado definitivamente. Sólo nos salvaría el trato con el condenado mandarín que nos proporcionase un millón de taels».

—No sé lo que haría sin los consejos de tu padre, Culum —aseguró Longstaff, al tiempo que tomaba una pizca de rapé de su enjoyada cajita.

«Condenación —pensó—, soy un diplomático, no un mercachifle. Gobernador de Hong-Kong es el puesto que me conviene. Después, algo que

realmente valga la pena. Bengala, tal vez. Jamaica… Sí, ése es un buen destino. ¿El Canadá? No, es excesivamente frío. Cualquiera de los Estados de la India me servirían igualmente».

—Así es, Culum —añadió en voz alta—. El continente asiático es muy complicado. Aquí tenemos que bregar con puntos de vista diferentes y con dificultades imprevistas: los traficantes, la Corona, los misioneros, la Marina Real, el Ejército y los chinos, todos ellos en conflicto entre sí, frecuentemente. Y, por si esto fuera poco, los chinos están divididos en grupos que a su vez se hostigan entre ellos, como los mercaderes, los mandarines y los señores manchues. Supongo que sabrás que los gobernantes de China no son chinos.

—No, señor, lo ignoraba.

—Pues son manchues, es decir, gentes procedentes de Manchuria. Unos bárbaros que llegaron desde más al norte de la Gran Muralla. Según se afirma, llevan dominando el país desde hace unos doscientos años. Me hace gracia contarlo, pero los chinos aseguran que hay una gran muralla erigida por toda la frontera norte de China para proteger al país de las invasiones de las tribus bárbaras. Afirman que tiene unos tres mil kilómetros de largo, quince metros de altura y diez metros de ancho, por lo cual por ella podría desfilar la caballería de a ocho jinetes en fondo. Se dice que hay torres de vigilancia cada trescientos metros. Todo ello hecho de ladrillo y granito, hace unos dos mil años. ¡Bah, ridículo! Deben de pensar que somos unos crédulos.

—Sin embargo, yo creo en su existencia —dijo Struan.

—Vamos, vamos, Dirk —replicó Longstaff—. Hace dos mil años hubiera resultado imposible construir una fortificación de esa naturaleza.

—La leyenda asegura que un hombre de cada tres fue obligado a intervenir en la construcción de la muralla, Culum. Se erigió en diez años, y se afirma que murieron un millón de hombres, los cuales fueron enterrados al pie del mismo muro, a fin de que sus espíritus contribuyesen a salvaguardarlo.

—Si es tan colosal, padre —dijo Culum, sonriendo—, los manchúes nunca habrían podido atravesarla. Lo más probable es que no exista.

—Parece ser que los manchúes la atravesaron con artimañas. El general chino a cargo de la muralla se vendió al enemigo.

—Eso sí que es muy probable —aseguró Longstaff, con tono de disgusto—. Estos orientales carecen del sentido del honor. El general pensó que podría

usurpar el trono de China con la ayuda del enemigo. Pero los manchúes, una vez dentro del país, le dieron muerte. Eso es lo que se cuenta.

—Es un relato interesante, señor —afirmó Culum.

El rostro de Struan se endureció repentinamente. En seguida declaró:

—Harás bien en acostumbrarte a los relatos extraños. Piensa, sin embargo, Culum, que los chinos tienen una civilización creada hace cinco mil años. El papel, las prensas de imprimir, la seda, la pólvora y un millar de inventos se deben a ellos. Nuestra civilización, en cambio, es mucho más reciente.

Se oyeron unos golpes en la puerta, y entró Horacio.

—¿Deseaba verme, Excelencia? —inquirió.

—Sí, quiero que traduzcas inmediatamente al chino esta carta, y que la envíes por un correo especial. Deberán mandar también una copia a míster Skinner, para que la publique en su periódico.

—Sí, señor —dijo Horacio, y luego se volvió hacia Struan—. He sabido la terrible noticia, señor Struan, y créame que lo siendo de verdad.

—Gracias, muchacho. Este es mi hijo Culum. Te presento a Horacio Sinclair, Culum.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano efusivamente, sintiendo al momento que simpatizaban.

—Me llevará algún tiempo más redactarla con las frases cortesanas habituales, señor.

—Nada de eso. Su Excelencia desea que se envíe exactamente como está ahora —dijo Struan.

Horacio no pudo evitar una expresión de manifiesto asombro, y asintió lentamente.

—Sí… Sí, señor. Lo haré al momento —tartamudeó—. Pero creo que Ti-sen nunca aceptará la misiva, Excelencia.

Supondría para él un gran descrédito, estoy seguro de ello.

Longstaff montó en cólera.

—¿Descrédito? —exclamó—. No sé qué crédito nos puede merecer semejante pagano. Vamos, transmite al almirante mis saludos, y dile que mande la carta con un buque de guerra a Whampoa, con órdenes de llegarse inmediatamente a Cantón, si no le aceptan el mensaje.

—Sí, señor.

—Veremos si no la aceptan esos condenados paganos —dijo Longstaff, lleno de ira, una vez que Horacio se hubo marchado—. Son todos unos bárbaros, tanto los chinos como los manchues. Carecen de justicia, y su desdén por la humanidad es increíble. Venden a sus hijas, hermanas y hermanos. Algo que no puede concebirse. Culum recordó de pronto a su madre y sus hermanos, y la forma en que murieron. Los vómitos acuosos, las defecaciones; el hedor, los calambres y los ojos hundidos en las órbitas. Luego, los estertores, y al fin, la muerte. Pero después se producían espasmos musculares en el cadáver, y así Culum había podido ver a su madre retorciéndose en el lecho una hora después de muerta, hasta quedar rígida, con la boca y los ojos abiertos.

El miedo comenzó a atenazarle de nuevo, y Culum trató desesperadamente de pensar en otra cosa.

—Respecto a esa venta de tierras, señor —dijo con voz insegura—, primero habrá que medir los terrenos. ¿Quién va a encargarse de la tarea?

—Ya buscaremos a alguien, no te preocupes, muchacho —aseguró Longstaff.

—Glessing me parece la persona adecuada. Tiene experiencia en la confección de cartas geográficas —dijo Struan.

—Excelente idea. Hablaré de ello al almirante.

—Y creo que debería llamarse «Glessing Point» a la playa donde se izó por vez primera nuestra bandera.

Longstaff miró a Struan lleno de asombro.

—Creo que nunca llegaré a comprenderle, Dirk. No me explico que desee perpetuar en la isla el nombre de una persona por la que no siente ninguna simpatía.

«Los buenos enemigos son valiosos —pensó Struan—. Y yo sé en qué forma él puede resultarme útil. El capitán morirá, si es necesario, por defender el Glessing Point, que es lo mismo que decir Hong-Kong».

—Pensé que con ello se complacería a la Marina de Guerra. Eso es todo —dijo al fin Struan.

—Sí, también a mí me parece bien. Me alegro de que me lo haya propuesto.

—Bueno, creo que ya es tiempo de que regresemos a nuestro barco —manifestó Struan, el cual se hallaba sumamente cansado, y aún tenía muchas cosas que hacer.

Isaac Perry se encontraba en el puente del Thunder Cloud, observando a los infantes de Marina que rebuscaban entre las lonas, en el interior de las lanchas y por todos los rincones del buque. Odiaba a los oficiales navales, ya que en una ocasión tuvo que servir en la Marina.

—Repito que no hay desertores a bordo —aseguró.

—Desde luego —contestó el joven oficial sarcásticamente.

—Por favor, ordene a sus hombres que no provoquen semejante desorden. Tardaremos una guardia entera en dejar las cosas como estaban.

—Su barco constituirá una hermosa presa, capitán Perry. El barco y la carga —contestó el oficial.

Perry miró ceñudamente a McKay, que estaba junto a la pasarela, flanqueado por un par de soldados con armas, y pensó:

«Si has introducido a Ramsey a bordo eres hombre muerto, McKay».

—Lancha por la amura de babor —dijo el tercer piloto—. El armador llega a bordo.

Perry se dirigió al encuentro de Struan.

—Creen que tenemos un desertor a bordo, señor —explicó.

—Lo sé —declaró Struan, al tiempo que ponía el pie en el puente—. ¿Por qué está mi contramaestre bajo guardia? —inquirió luego al joven y arrogante oficial.

—Es sólo una precaución —contestó éste—. El contramaestre es pariente del desertor, y…

—¡Al demonio con las precauciones! McKay es totalmente inocente; hasta que ustedes puedan probar lo contrario, ¡ira del cielo! —rugió Struan—. Usted está aquí para investigar, no para molestar ni detener a mis hombres.

—No sé nada de esto, señor —exclamó McKay—. Ramsey no está a bordo. Palabra de honor. No está aquí.

—Quiera Dios que así sea —contestó amenazadoramente Struan—. Queda usted confinado en el barco hasta que yo ordene lo contrario. ¡Vaya abajo!

—Sí, señor —manifestó el contramaestre, y se marchó inmediatamente.

—¡Por todos los cielos, Isaac —siguió diciendo Struan—, creí que era usted el capitán de este barco! ¿Qué ley de la Marina permite detener a un hombre sin el correspondiente documento justificativo?

—Ninguna, señor —admitió Perry, que juzgó más oportuno contemporizar que discutir.

—¡Fuera de mi barco! ¡Queda usted despedido!

—Pero, señor… —dijo Perry, palideciendo.

—Deberá abandonar la nave al anochecer. Ven conmigo, Culum —manifestó Struan, al tiempo que comenzaba a descender hacia las entrañas del buque. Culum se encaró con su padre en el pasillo que llevaba hasta la cámara principal.

—Eso no está bien, padre —dijo—. El capitán Perry es el mejor de tus oficiales. Así lo has dicho tú mismo.

—Era el mejor, muchacho —rectificó Struan—. Pero no ha sabido obrar como correspondía, y además tiene miedo. Un hombre con miedo resulta peligroso; no lo quiero a mi lado.

—Aún no ha ocurrido nada irreparable.

—La primera ley de un capitán, a bordo de mis navíos, es proteger su buque. Luego, proteger a sus hombres, y por último, cuidar de sí mismo.

—Perry no cometió ningún error, hasta el momento.

—¡Permitió que detuviesen a McKay en contra de las leyes, ira del cielo! Un capitán tiene que saber algo más que la forma de dirigir el rumbo de un barco. Isaac debió haberse enfrentado con ese mequetrefe de oficial. Se dejó intimidar y no supo proteger a uno de sus hombres. La próxima vez podría cometer un error con el buque, y no puedo correr ese riesgo.

—Pero ha estado contigo durante muchos años. ¿Es que eso no tiene importancia?

—Una importancia secundaria. Durante mucho tiempo se ha portado bien, pero ahora desconfío de él, y eso basta —concluyó Struan, al tiempo que abría la puerta de la cámara y penetraba en ella. Sentado ante el escritorio se hallaba Robb, mirando a través de los ventanales de popa. Por el suelo se advertían diversas cajas, cofres, ropas de niños y juguetes. Sarah, la mujer de Robb, se hallaba encogida sobre uno de los divanes, dormitando. Era una mujer pequeña, que estaba encinta, y cuyo rostro, aun en sueños, aparecía cansado y marchito. Cuando Robb advirtió la presencia de Struan y Culum, trató de sonreír, sin conseguirlo.

—Hola, Dirk. ¿Qué tal, Culum? —dijo.

—Hola, Robb —contestó Struan, y al momento notó que su hermano parecía

haber envejecido diez años en dos días.

Sarah se despertó con un estremecimiento, y al ver a Struan y a su hijo, los saludó igualmente.

—¿Cómo te encuentras, tía Sarah? —respondió Culum.

—Cansada, muy cansada. Ya estoy aburrida de hallarme a bordo. ¿Queréis que os haga un poco de té?

—No, gracias.

Robb miró a Struan con gesto lleno de congoja.

—¿Qué podría yo decirte, Dirk? —manifestó.

—Nada, Robbie. Ellos han muerto, nosotros seguimos vivos, y eso es todo.

—¿De verdad que eso es todo, Dirk? —dijo Sarah, alisándose el cabello castaño y arreglándose el largo vestido verde, al tiempo que miraba a Struan con sus fríos ojos azules.

—Así es. ¿Querrías disculparnos un momento, Sarah?

Tengo que hablar con Robb.

—Sí, claro —dijo ella, y observó a su marido, despreciándole interiormente por su debilidad—. Pero debes saber que me marcho, Dirk. Dejamos el Oriente en buena hora. Ya lo he decidido. He dado a Struan y Compañía cinco años de mi vida y un hijo. Ahora es tiempo de marcharnos.

—Creo que será lo mejor, Sarah. El Oriente no es lugar para una familia, en los tiempos que corren. Dentro de un año, cuando se haya alzado la ciudad de Hong-Kong, entonces resultará grato vivir aquí.

—Para algunos, tal vez; pero no para nosotros. Ni Roddy, ni Karen, ni Noemi, ni Jamie, ni yo nos encontraremos a gusto. Nunca viviremos en Hong-Kong —aseguró Sarah, y, sin añadir más, salió de la habitación.

—¿Compraste ya el opio, Robb? —preguntó Struan.

—Sólo cierta cantidad. Gasté todo el dinero que teníamos en efectivo, unos cien mil taels; no lo sé exactamente. Pero los precios no bajaron demasiado.

«Así, pues, aún estamos peor de lo que yo creía», pensó Struan.

—¿Por qué le habrá ocurrido esto a nuestra familia? —manifestó Robb, con voz angustiada—. Es terrible, terrible. ¿Por qué justamente a toda nuestra familia?

—Los hados, una vez más.

—La suerte maldita —dijo Robb, mirando pensativamente al suelo. Luego

añadió—: Brock desea verte cuanto antes.

—¿Para qué?

—No lo dijo.

Struan tomó asiento y se quitó la bota del pie mutilado, mientras manifestaba:

—He hecho de Culum un nuevo socio.

—Magnífico —contestó Robb, pero su voz sonó apagada.

Aún seguía mirando hacia el suelo.

—Padre —intervino Culum—. Desearía hablarte acerca de ese asunto.

—Más tarde, muchacho. Robb, debes saber que ha surgido una grave complicación.

—Espera, tengo que decirte algo sin más tardanza —manifestó Robb, alzando la mirada del suelo—. Dirk, me marcho con mi mujer y los niños en el próximo barco.

—¿Qué dices?

—Jamás seré un Tai-Pan, ni me apetece serlo.

—¿Te marchas porque Culum se ha asociado a la firma?

—Creo que me conoces bien como para saber que no es ésa la causa. Podríamos discutir el motivo, pero en realidad no vale la pena. Lo cierto es que me marcho.

—¿Por qué razón?

—Las muertes en nuestra familia me han hecho pensar. Sí, Sarah tiene razón. La vida es demasiado corta para luchar y morir aquí. Deseo vivir en paz. En la vida hay cosas que cuentan más que el dinero. Me iré en el primer barco que zarpe.

—Pero, ¿por qué razón?

—Estoy cansado de todo esto. Muy cansado.

—¿No eres capaz de aguantar un poco, Robb? Sarah ha estado insistiendo de nuevo, ¿verdad?

—Sí, no tengo suficiente fortaleza de ánimo. Ella me habló, pero yo he decidido. Puedes comprar mi parte. Será lo mejor.

—No puedo hacerlo. Estamos en bancarrota —afirmó Struan, al tiempo que entregaba a su hermano la carta del banquero.

Robb leyó la misiva y su rostro pareció avejentarse aún más.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó al fin.

—Ya lo ves, Culum; tu asociación a la empresa no tiene ningún valor —dijo Struan, al tiempo que se calzaba de nuevo la bota y se ponía en pie—. Nuestro Banco ha cerrado sus puertas.

El aire de la cámara pareció adquirir mayor densidad.

—Tenemos cien mil libras en Escocia —dijo Robb—. Déjame la mitad y quédate tú con el resto.

—Esperaba una respuesta más generosa —aseguró Struan con todo levemente sarcástico.

Robb pegó un puñetazo en el escritorio y exclamó:

—¡No es culpa mía, si el Banco dio en quiebra!

—Claro. Pero yo no pido la mitad del dinero, cuando nuestra firma necesita hasta el último penique.

—Tú no lo necesitarás, pero yo sí.

—Con cincuenta mil libras no os arreglaréis tú y Sarah en los próximos cinco años.

—Tal vez sea así. Pero ese dinero no figura anotado en los libros de la Compañía, de modo que es nuestro. Yo tomaré la mitad. Es mi parte en un negocio que vale veinte veces más.

—Estamos en bancarrota, ¿no te das cuenta? ¡En bancarrota!

En ese momento se abrió la puerta de la cámara y entró una niña de corta edad y de cabello dorado. Llevaba en las manos una muñeca, y su carita mostraba un gesto de disgusto.

—Hola, papá. Hola, tío Dirk. Dime, tío, ¿soy fea?

Haciendo un esfuerzo, Struan apartó la mirada de su hermano Bobb.

—¿Qué dices, pequeña Karen?

—Pregunto que si soy fea.

—No, claro que no, Karen —dijo Struan, reaccionando y alzando a la niña en brazos—. Veamos, ¿quién ha dicho a la nena una cosa tan terrible?

—Estábamos jugando a la escuela en el Resting Cloud. Fue Lilibet.

—¿Lilibet Brock?

—No, no. Esa es mi mejor amiga. Fue otra Lilibet.

—Pues no hagas caso. Ve y dile a esa otra Lilibet que está muy mal decir esas cosas. Eres muy bonita.

—¡Ah, qué bien! —respondió la niña, sonriendo ampliamente y dando a Struan un apretado abrazo—. Papá me dice siempre que soy bonita, pero yo quería que tú me lo dijeras. Tú lo sabes todo. Gracias, tío Dirk. Me alegro de no ser fea.

Struan dejó en el suelo a la criatura, que salió corriendo de la estancia. Robb, abrumado, se dejó caer entretanto sobre un sillón. Por fin dijo:

—Malditos banqueros. Lo siento; ha sido culpa mía. Sólo yo soy el culpable.

—También yo lo siento.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Robb, tratando vanamente de encontrar alguna solución.

—No lo sé. ¿Por qué no hacemos esto, Robb? Quédate un par de meses. Mientras tanto, enviaremos a Sarah y a los niños en el primer barco que zarpe. Cuanto antes salgan, mejor; así no viajan durante la temporada de los tifones.

—Quizá pueda obtener un préstamo en alguna parte. Tenemos que pagar las letras a la vista. Si no, perderemos los barcos. Lo perderemos todo.

El pensamiento de Robb fluctuaba entre Sarah y los negocios. Trató de concentrarse en éstos, y añadió:

—Pero, ¿cómo lo lograremos en tan escaso tiempo? El buque correo llegó ayer. No había nada de importancia para nosotros. Tal vez otros ya conozcan lo ocurrido a nuestro Banco. Quizá por ese motivo quiera verte Brock.

—De todos modos, en cuanto él lo sepa va a aprovecharse a conciencia de nuestra situación. Eso siempre que no haya sido Brock quien inició la maniobra que hizo cerrar al Banco. No dudo de que, si puede, nos arruinará.

—¿Por qué?

—Porque sabe que yo haría lo mismo, si tuviera una ocasión similar.

Culum se preguntó a qué obedecería aquella salvaje competencia, y también sintió deseos de regresar a Inglaterra en el próximo barco. Pero vio a su padre tan agotado y a Robb con tan escasos ánimos, que prefirió decírselo al día siguiente.

—Necesito dormir un poco —dijo Struan—. Me voy a tierra. Tú y Sarah podéis volver al Resting Cloud.

Perry deberá abandonar el buque al anochecer. Le he despedido.

—¿Quién ocupará su lugar? —inquirió Robb.

—Aún no lo he decidido —dijo Struan, al tiempo que se dirigía hacia la

puerta—. Manda decir a Brock que le veré en tierra al ponerse el sol.

CAPITULO III

Struan no durmió durante mucho tiempo. La comida se hallaba sin tocar, sobre la mesa, cuando despertó. Miró a través de la puerta de la tienda de campaña, hacia los barcos anclados. Detrás se ponía el sol, mientras que una pálida luna aparecía en el horizonte, entre los cúmulos que cubrían buena parte del cielo. El viento presagiaba tormenta. En los oídos de Struan resonaba una y otra vez el nombre de Ti-sen.

«Ti-sen es el único que puede salvarte —pensó—. Sí, es cierto, pero ello significa traicionar a todo aquello en lo que crees y por lo que has trabajado toda tu vida».

McKay entró con un farol encendido y lo colocó sobre la mesa. La tienda era espaciosa y cómoda, y sobre los guijarros del suelo habían tendido varias alfombras.

—El bote de Brock se acerca a tierra, señor.

—Aléjese de aquí con los hombres a una distancia prudencial, McKay.

—Bien, señor.

—¿Se sabe algo de Ramsey?

—No, señor.

—¿Dónde se encuentra?

—No lo sé, señor.

Struan movió pensativamente la cabeza, y luego dijo:

—Mañana ponga en acción a nuestros espías para que investiguen el lugar donde se halla.

—Disculpe, señor, pero ya di esa orden. De todos modos, si está a bordo se deberá a una especie de sortilegio —manifestó McKay, tratando de encubrir su intensa preocupación—. Siento lo ocurrido con el capitán Perry, señor.

—Le doy quince días para que compruebe usted mismo que yo estaba en lo

cierto respecto a Perry. Quince días. De lo contrario quedará despedido, lo mismo que él.

—Sí, señor —dijo McKay, y sintió un retortijón en el estómago.

«¿Es que nunca vas a aprender a callar la boca, estúpido? », se dijo a sí mismo, maldiciéndose interiormente. Afuera se oyeron los recios pasos de Brock resonar sordamente en el suelo de arena y guijarros. El hombre se detuvo ante la puerta de Struan y dijo con su potente voz:

—¿Permiso para subir a bordo, Dirk?

—Adelante, Tyler.

Mientras McKay se alejaba, Brock se sentó ante la mesa y Struan le sirvió un gran vaso de brandy.

—Mala cosa, el que hayas perdido a tu familia. Lo sé por experiencia, ya que se me han muerto dos mujeres al dar a luz, y también los chiquillos. Mal asunto.

—Así es.

—Buena tienda —dijo Brock, observando el interior de la misma.

—¿Tienes apetito? —manifestó Struan, señalando la comida que había sobre la mesa.

—Claro que sí. Gracias, gracias.

Brock cogió un pollo, lo dividió en dos partes con las manos y empezó a dar bocados a la blanca carne. El traficante llevaba en el dedo meñique un anillo de oro con una esmeralda de gran tamaño. Al fin, comentó:

—Parece ser que los hados han abandonado a la Noble Casa.

—Yo no diría tanto.

—Brock lanzó una carcajada.

—Vamos, Dirk. Toda compañía debe tener un respaldo de plata para sostener su crédito. Hasta la Noble Casa lo necesita.

—En efecto.

—He empleado bastante tiempo y dinero en obtener informes acerca de tu situación.

Brock cogió la segunda mitad del pollo y se puso a devorarla con tanto apetito como lo hizo con la primera. Con la boca llena, añadió:

—Tienes un buen cocinero. Dile que puedo darle un empleo.

—Está contento conmigo.

—Sin dinero no hay quien trabaje para uno, compañero. Ya no tienes crédito,

ni cuenta en el Banco, ni barcos, ni nada de nada —afirmó Brock con aire convencido, mientras chupaba los huesecillos—. ¿Hay algo de champaña? La ocasión es especial para celebrarlo.

Struan abrió una botella y vertió parte del contenido en dos copas. Brock cogió la suya y la apuró de un trago.

—¡Ah, está en su punto, muchacho! Justo a la temperatura conveniente —dijo el hombrón, haciendo chasquear la lengua—. Veinticinco mil por un millón no es mucho, ¿verdad?

Struan no contestó. Tenía el rostro impasible.

—Son seis peniques por libra, según parece. Ayer recibí una carta por el buque correo. Supe que he perdido diez mil. Mala cosa, que los Bancos jueguen con el dinero de los clientes —dijo Brock, riendo sordamente—. Fui a ver a ese condenado periodista de Skinner. A él también le pareció el tuyo un mal asunto. Creo que va a escribir un artículo, con titulares en primera plana, además. Sabe hacer bien las cosas.

Brock se sirvió un trozo abundante de pastel de manzana y lo comió con verdadero deleite.

—¡Ah, a propósito! Sabrás que soy dueño de ochocientas mil libras en letras a la vista de Struan y Compañía. Las he ido comprando en los últimos seis meses. Las tienen mi hijo Morgan y nuestros agentes en Londres.

—Me parece una buena inversión, Tyler. Muy buena.

—Sí. A Skinner también le ha parecido lo mismo, Dirk. Le ha extrañado mucho tu mala suerte. Entre nosotros, le confesé que no cambiaría el nombre de tus barcos. Da mala suerte hacerlo. Pero eso sí, marcharán mejor bajo mi bandera.

—Primero tienes que conseguirlos.

—Dentro de treinta días serán míos, Dirk. Es entonces cuando vencen tus letras. No lograrás crédito en todo el Oriente. Estás acabado, muchacho.

—Tal vez hunda mis barcos antes de permitir que caigan en tus manos.

—No, eso no lo harás, Dirk. Te conozco muy bien. Otros tal vez lo harían, pero tú no. En eso los dos somos iguales. Los barcos son algo especial para nosotros, mejor aún que las muchachas.

Struan volvió a llenar las copas. Brock bebió de nuevo y lanzó un sonoro eructo.

—Vaya, perdóname. El champaña es la bebida apropiada para eructar, ¿no crees?

—¿Fuiste tú quien hizo cundir la alarma entre los clientes de mi Banco? —inquirió Struan.

—No. De haber tenido esa posibilidad, ya lo habría hecho mucho antes. Además, ni siquiera se me había ocurrido, aunque te diré que me parece una excelente idea.

—Ya me enteraré de si ha sido una sucia maniobra.

—Lo ha sido, muchacho.

—¿Quién fue?

—Morgan —dijo Brock—. Dejé el asunto en las manos de mi hijo, y parece que el cachorro ha sabido desenvolverse. ¡Ah, sí! Mi muchacho es único, y me siento muy orgulloso de él.

Brock rascóse con gesto complacido la barba y agregó:

—Así, pues, Dirk, has quebrado. Después de tantos años, ya ves, acabado por completo.

—En treinta días pueden suceder muchas cosas.

—Sí, claro. Ya he oído que tu hijo se hará cargo de la venta de terrenos.

—En efecto, pero será un asunto legal. Las tierras serán para el mejor postor. Nosotros no engañamos a la gente, como lo hacen otros, Tyler.

—¡Por vida de…! —rugió Brock—. ¿Estás insinuando que soy un tramposo?

—No hay nada más cierto —replicó Struan, igualmente colérico—. Haces trampas a todos y en todo momento, y eso es lo que te va a perder. En esa forma no puede conseguirse nada duradero.

—Yo no engaño ni más ni menos que los otros. El que tú seas un timorato con principios no quiere decir que los demás estemos equivocados en nuestro proceder. He llegado adonde estoy mediante argucias y manejando el látigo. No voy a cambiar ahora.

—Vives con el látigo en la mano, y morirás por causa de él.

—Bueno, ¿acaso deseas que arreglemos cuentas ahora mismo? ¿Tú y yo, a latigazos, o con puñales? ¡Vamos, por todos los infiernos! ¡No seas cobarde!

—Una vez te dije que te avisaría cuando llegara el momento. Un día iré a tu encuentro con un látigo; tal vez sea mañana, tal vez dentro de un mes, o de un año; pero, por lo más sagrado, llegará el momento en que iré a por ti y

arreglaremos hasta la última cuenta pendiente. Y aún te digo más: si acaso mueres antes de que llegue ese día, buscaré a Gorth y a Morgan y los arruinaré. Tenlo por seguro.

Brock extrajo su puñal con asombrosa celeridad.

—Quizá te corte el gaznate ahora mismo, compañero —dijo, con gesto amenazador.

Struan abrió parsimoniosamente una nueva botella, llenó otra vez las copas y dijo sin inmutarse:

—No te molestes. Bebe otra copa de champaña. Sacarás más provecho.

Brock lanzó una carcajada.

—¡Ah, Dirk, muchacho! Tú sí que eres un tipo extravagante —exclamó—. Estás hundido y aún sigues fanfarroneando. Pero no te engañes. Estás reventado. Tu Noble Casa se ha venido abajo, y, por si fuera poco, actúas como un cobarde.

—No, Tyler. Tú sabes bien que no soy un cobarde. Lo sabes perfectamente.

—¿Recuerdas la loma donde pensabas levantar tu gran mansión, eh? —inquirió Brock, con los ojos relucientes.

—Sí.

—Pues ya es mía, amigo. Estoy decidido a comprarla. Por mucho que tú ofrezcas, yo ofreceré más.

Struan sintió que la sangre le hervía en las venas, ya que se dio cuenta de que no tenía dinero para competir con Brock. A menos que hiciera el trato con Ti-sen, y que entregase prácticamente la isla de Hong-Kong.

—Sí, muchacho, será mía, lo mismo que toda esta condenada roca —aseguró Brock, vaciando de nuevo su copa y volviendo a eructar ruidosamente—. Cuando tu Compañía se venga abajo, te daré caza por estos mares hasta el fin.

Brock se puso en pie, extrajo su monedero y contó veinte guineas de oro. A continuación las arrojó al suelo de la tienda y dijo desdeñosamente:

—Ten, puedes ir comprándote un buen ataúd.

Luego cruzó la puerta y se alejó.

—Perdone, señor —dijo el contramaestre.

—Diga, McKay —contestó Struan, saliendo de su ensueño.

—El señor Culum está en tierra y desea verle.

Struan se estremeció al ver que la luna estaba ya alta en el cielo, y que la noche había cerrado por completo.

—Está bien, le veré.

—También vinieron otros, señor. Ese chino, Gordon Chen. La señorita Sinclair. Una pareja que no conozco. El viejo señor Quance. A todos les dije que les vería usted mañana. Espero haber hecho bien al dejar venir al señor Culum.

McKay vio las guineas de oro en el suelo, pero no dijo nada.

—Sí, McKay, has hecho bien. Que pase.

—¿Molesto, padre?

—No, muchacho, pasa y siéntate.

Al ver las monedas que había en el suelo, Culum se inclinó para recogerlas.

—¡No toques eso! Déjalo donde está.

—¿Por qué?

—Quiero que esas monedas sigan ahí, hasta que llegue el momento oportuno.

—Está bien —manifestó Culum, y tomó asiento—. Deseaba hablar contigo, padre.

—La verdad es que no me siento con ganas de conversar, Culum.

—¿Hablabas seriamente, cuando dijiste que me habías hecho tu socio?

—Desde luego.

—Pues bien. No deseo entrar en tu sociedad, ni siquiera quedarme en Oriente. Lo que quiero es volver a Inglaterra.

—Yo te conozco mejor que tú a ti mismo. Deja que pase algún tiempo y verás, muchacho.

—El tiempo no me hará cambiar.

—Aún eres joven, hijo, y tienes muchos años por delante. Ten un poco de paciencia conmigo y con China. ¿Te dijo Robb lo que había que hacer en relación con la venta de las tierras?

—Sí, padre, creo que podré hacerlo —dijo Culum, y añadió para sus adentros: «Necio de tío Robb. Si no hubiera tenido aquel arrebato… Condenado Banco, ha arruinado a todos, y en especial a mi pobre padre».

—No tendrás problema alguno mientras actúes correctamente. Ya sabes que la tierra se la lleva el mejor postor.

—Desde luego —contestó Culum, y miró de nuevo las monedas de oro—. ¿Por qué no quieres que las recoja?

—Son para comprar mi ataúd.

—No entiendo.

Struan contó a su hijo lo que había pasado con Brock, y agregó:

—Es mejor que le vayas conociendo, hijo. Anda siempre con cuidado, porque él irá siempre tras de ti como yo voy a por Gorth.

—Los hijos no tienen culpa de lo que hagan los padres.

—Gorth Brock salió calcado a su padre.

—¿No se nos pide acaso que perdonemos?

—Sí, muchacho, pero yo no puedo perdonar a los Brock. Son la última carroña de la tierra. Tienen alma de tiranos, y consideran que el látigo es la única solución para sus problemas. Sólo tienen una mira en este mundo: ganar dinero, y con él instalarse en el poder. En esto no dejan de tener razón. Sea uno rey, noble o hacendado, sin dinero no se es nadie.

—Entonces, para ti, las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo son erróneas, ¿verdad?

—No digo eso, muchacho. Pero es indudable que todos los hombres no somos santos. Algunos son felices obrando con humildad y sin ambiciones. Ya nacen resignados a ocupar siempre un papel secundario en todo. Eso no reza conmigo, ni con Brock. ¿Es ésa tu forma de pensar?

—No lo sé con exactitud.

—Cuando menos lo pienses te verás sometido a prueba. Entonces te darás cuenta de lo que sientes.

—¿Quieres decir que para ti el dinero lo es todo?

—Digo que, en nuestros tiempos, quedan muy pocos santos y que el poder y el dinero no son desdeñables, por todo lo que pueden proporcionarnos, aun cuando en sí mismos sean indignos.

—¿Tan importantes son el dinero y el poder?

—No se sabe lo importante que es el dinero hasta que se encuentra uno sin él.

—¿Y el poder?

—¿No sientes deseos de tener poder, muchacho?

—Creo que no, padre.

—Dices bien. Crees que no, pero no estás seguro. ¿Un poco de champaña?

—Sólo un poco.

—¿Has comido ya?

—Sí, gracias. Como decía, creo que aún no me conozco bien —dijo Culum.

—Ya es hora de remediar eso, y por ello me satisface que estés aquí, te lo aseguro.

—En realidad, ya nada importa que sea tu socio. La Compañía ha quebrado. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Aún nos quedan veintinueve días —dijo Struan—. E incluso, en el peor de los casos, volveremos a empezar de nuevo.

«No seas iluso —pensó Struan—. Si te hundes ahora nunca más volverás a levantarte».

—¿Piensas luchar sin tregua?

—¿Y qué otra cosa es la vida, muchacho?

—Espero que me permitas renunciar como socio, si no me satisface la actividad, o considero que no valgo para ello. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, siempre que no llegues a ser Tai-Pan. En tal caso no podrás abandonar tu puesto a menos que tuvieras un digno sucesor. Esa es la última tarea del Tai-Pan.

—Respecto a la deuda de la Compañía, ¿no es posible cobrar todo lo que a su vez nos deben los chinos, y pagar con ello a Brock?

—No bastaría —dijo Struan, y añadió para sus adentros—: «Estás acorralado. Decídete de una vez, o Ti-sen o nada».

—¿Y si recurriésemos a Su Excelencia? Quizá pudiera proporcionarnos un adelanto sobre el dinero del opio.

—Ese dinero pertenece a la Corona. Tal vez el Parlamento se decida a pagar, y tal vez no lo haga. En todo caso, la decisión tardaría un año, por lo menos.

—¿Estás seguro de que Brock te tiene en sus manos?

El rostro de Struan se ensombreció aún más.

—Ya te he dicho la caridad que puedo esperar de esa gente. Por otra parte, yo también le hubiera tirado esas veinte guineas, de haber estado él en la misma situación en que me encuentro, maldito sea él y sus cachorros endemoniados.

Culum se revolvió inquieto en su silla. Con el pie golpeó sin querer una de las monedas, que relumbró vivamente a la luz del farol. Después de un momento manifestó:

—Su Excelencia no es… Bueno, ¿no resulta algo simple?

—Está fuera de su ambiente, aquí, en Asia. Eso es todo. No es el hombre

adecuado para el cargo. Yo me sentiría perdido en las cortes europeas, y él, en cambio, no se desenvuelve aquí como plenipotenciario. Eso es lo que importa. Sí, cierto que es simple, pero cuídate de él. Cuídate de todo el mundo.

—¿Hace siempre lo que tú le dices?

Struan miró hacia el exterior de la tienda.

—La mayor parte de las veces acepta mis consejos, y siempre que yo sea el último en hablar con él.

Culum movió con el pie otra guinea, esta vez de intento.

—Tiene que haber alguna solución —dijo—. Alguien a quien puedas recurrir. Tienes que tener algún amigo.

Inexorablemente, la mente de Struan repetía una y otra vez el nombre de la única persona que podía librarle de la trampa en que se hallaba: Ti-sen.

«Brock se adueñará de tus barcos —pensó Struan, cerrando los puños con gesto de impotencia—. Y sin 'barcos estás perdido, lo mismo que tu Casa y tus proyectos para Hong-Kong. Cierto que puedes volver a comenzar, pero no te engañes a ti mismo. Jamás volverías a crear una flota como la que ahora tienes, y por otra parte, Brock no lo consentirá».

Struan sintió que le palpitaban las arterias del cuello. Tenía la garganta reseca, y el pie mutilado le dolía de nuevo intensamente.

«Por todos los cielos, no puedo. No puedo dejarme vencer. Jamás me rendiré. Ni ante Brock ni ante nadie».

—Mañana, cuando regrese el China Cloud, iré a Cantón. Vendrás conmigo —dijo al fin en voz alta Struan.

—¿Y la venta de tierras? ¿No tendría que ir preparando ese asunto?

—¡Al demonio con ello! Primero debemos salvar la Noble Casa. Ve a bordo del Resting Cloud. Partiremos en cuanto llegue el otro buque.

—Está bien —dijo Culum.

—Buenas noches, muchacho.

Las monedas atrajeron de nuevo la mirada de Culum, como hipnotizándole. El joven comenzó a recogerle otra vez.

—¡Te digo que las dejes ahí!

—No puedo —dijo Culum, con la frente perlada de sudor, y sintiendo como si las monedas le quemasen los dedos—. Tengo…, tengo que recogerlas.

—¿Por qué, ira del cielo?

—No lo sé. Las quiero… para mí —afirmó el joven, mientras introducía las guineas en el bolsillo—. Ahora son mías. Buenas noches, padre.

CAPITULO IV

Struan se hallaba cenando solo en el amplio comedor de sus oficinas en el Establecimiento de Cantón. El gran edificio de tres pisos había sido construido por la Compañía de las Indias Orientales hacía cuarenta años. Struan lo codició siempre como sede perfecta para la Noble Casa, y ocho años antes había terminado por comprarlo. El comedor estaba en el segundo piso, dando frente al río. Debajo de ese piso había una serie de despachos y almacenes, mientras que en el piso superior se encontraban los alojamientos del personal y las habitaciones del Tai-Pan, éstas cuidadosamente separadas de las demás. Existían patios, pasillos y alcobas de todas clases en aquel recinto. En el edificio vivían entre cuarenta y cincuenta empleados portugueses, unos quince empleados de otras nacionalidades europeas y un centenar de criados chinos, todos ellos varones, ya que las leyes de China no consentían que las mujeres fueran sirvientas.

Struan se recostó con aire colérico sobre el respaldo de su silla y encendió un cigarro. Un gran fuego ardía en la chimenea, calentando los fríos mármoles que recubrían las paredes y el piso de la estancia. La mesa tenía cabida para cuarenta invitados, y en las arañas de cristal ardían numerosos candelabros, cuya luz se reflejaba en los cubiertos de plata y la cristalería. Cuando hubo encendido el cigarro, Struan se puso en pie, encaminóse hacia la ventana y observó a los mercaderes que paseaban abajo, en el jardín. Más allá de éste se hallaba una plaza que limitaba por un lado con el Establecimiento y con un muelle del río por el otro. La plaza se hallaba, como de costumbre, rebosante de buhoneros chinos, de curiosos, compradores y vendedores, curanderos, escribientes, mendigos y perros. Fuera de sus establecimientos, los trancantes europeos sólo podían desenvolverse con relativa paz en lo que era conocido por Jardín Inglés. A los chinos que no fueran criados les estaba prohibido entrar en el jardín y en

los edificios de los traficantes. Había trece establecimientos en la gran terraza de columnas que flanqueaba el reducto de los europeos, y sólo dos estrechas calles: Hog Street y Oíd China Lane. Sólo Struan y Brock tenían sus empresas alojadas en edificios completos, mientras que los otros traficantes compartían los demás según el espacio que necesitaban, y pagando por lo general un alquiler a la Compañía de las Indias Orientales, que construyera el Establecimiento de Cantón un siglo antes.

Por el norte, el reducto estaba limitado por la Thirteen Factory Street. Las murallas de la ciudad de Cantón se hallaban a medio kilómetro de distancia, y entre dichas murallas y el Establecimiento había innumerables casuchas y chozas. El río se hallaba atestado con las inevitables poblaciones flotantes de las ciudades chinas, y por todos los lados parecía latir el activo pulso, el velado rumor de un enorme colmenar.

Hacia un lado del jardín vio Struan a Brock en animada conversación con Cooper y con Tillman. Se preguntó si los dos socios estarían explicando a Brock las complicaciones de las ventas de té y de opio por intermedio de las colonias españolas. «Buena suerte», en tal caso, pensó sin rencor, ya que para él en los negocios y en el amor todo estaba permitido.

—¿Dónde demonios estará Jin-qua? —dijo Struan en voz alta, pero hablando consigo mismo.

Durante veinticuatro días Struan había tratado de ver a Jin-qua, pero en cada una de las ocasiones el mensajero chino llegaba al Establecimiento con la misma respuesta: «El todavía no vuelve, señor. Usted espera. Mañana él vuelve a Cantón, señor, ya verá».

Culum estuvo diez dias en el Establecimiento con su padre. Al undécimo día llegó un mensaje urgente de Longstaff solicitando el regreso del muchacho a Hong-Kong. Necesitaba una ayuda en el asunto de la venta de tierras. Junto con el mensaje de Longstaff se recibió una carta de Robb. Este afirmaba que el artículo de Skinner en su periódico acerca de la bancarrota de Struan había provocado la consiguiente consternación entre los traficantes, la mayoría de los cuales enviaron mensajes urgentes a Inglaterra, con órdenes de distribuir su dinero entre varios Bancos. También decía Robb que los comerciantes esperaban a ver qué ocurría cuando se cumpliera el trigésimo día; que no podía esperarse crédito alguno de ellos, y que todas las sugerencias que hizo a los enemigos de

Brock resultaron infructuosas. Añadió que los oficiales de la Marina de Guerra montaron en cólera cuando se publicó el decreto de Longstaff respecto al contrabando de opio, y que el almirante despachó una fragata a Inglaterra solicitando del Gobierno que le permitiera actuar. Por último, Robb comunicaba que Chen Sheng, el comprador de la Noble Casa, se veía abrumado por los acreedores, que exigían el pago de pequeñas cuentas, cuando en otras circunstancias habrían esperado el plazo normal.

Struan comprendió que estaba perdido si no conseguía hablar con Jin-qua en los seis días que le quedaban, y se preguntó de nuevo si el chino se hallaría realmente fuera de Cantón, o si le estaría eludiendo.

«Es un viejo ladrón —pensó Struan—, pero nunca me ha evitado. Y en caso de que al fin le veas, ¿te animarás a hacer la oferta a ese demonio de Ti-sen?».

Se oyeron algunas voces irritadas al otro lado de la puerta y ésta se abrió al fin con violencia, dejando paso a una mujer hoklo de los botes, joven y desharrapada, y al criado, que trataba de impedir su entrada. La mujer se tocaba con el acostumbrado y enorme sombrero, y vestía unos ajados pantalones y blusa de color negro. Encima llevaba una chaqueta descolorida.

—No pude parar a esta ternera, mi amo. Pega fuerte, señor —dijo el criado en su jerga, tratando de contener a la chica. Los sirvientes chinos llamaban «vacas» a las mujeres. Por consiguiente, una mujer joven era para ellos una «ternera».

—¡Vamos, ternera, fuera de aquí! —exclamó Struan—. ¡Aprisa! ¿Me oyes?

—¿Deseas ternera, amo? Ternera muy buen gusto en la cama, verás. Dos dólares y arreglado —replicó la muchacha.

El criado logró sujetarla por los brazos, el gran sombrero cayó al suelo, y entonces Struan logró ver claramente la cara de la mujer, difícil de reconocer a causa del tizne que la cubría. Struan no pudo reprimir una carcajada. El sirviente le miró como si se hubiera vuelto loco y soltó a la muchacha.

—Sí, déjala —dijo Struan al criado, sin dejar de reír—. Esta ternera puede quedarse.

La chica se arregló los desastrados vestidos con airados gestos y lanzó un torrente de invectivas al sirviente, que se alejó estupefacto.

—La ternera muy contenta de verte, Tai-Pan —añadió luego, dirigiéndose a Struan.

—Y yo de verte a ti, May-May —contestó Struan, poniéndose serio de nuevo —. Pero, ¿qué demonios haces aquí, y para qué te has disfrazado de esa forma?

—La ternera pensó que tú gustarías jugar con ella en la cama, ¿verdad, señor?

—¡Por Dios, muchacha, que ahora estamos solos, deja ya de hablar así! No he perdido poco tiempo y dinero enseñándote el más puro inglés, para que ahora me vengas con eso —dijo Struan, y la atrajo hacia sí—. ¡Cielos, May-May, apestas a una legua de distancia!

—También tú apestarías, si vistieras estas ropas, te lo aseguro.

—Bien; pero contesta, ¿qué haces aquí, vestida de esa manera atroz?

—Suéltame, Tai-Pan —dijo ella, y, cuando Struan la hubo obedecido, se inclinó ceremoniosamente y añadió: —Vengo en secreto, y sumamente entristecida por la pérdida de tu Dama Suprema y de todos tus hijos, con excepción de uno —las lágrimas inundaron el rostro de la muchacha—. Lo siento. Lo siento mucho.

—Gracias, May-May. Pero eso ya no tiene remedio, y no hay lamentos ni lágrimas que puedan volverles a la vida —replicó Struan, acariciándole una mejilla, evidentemente conmovido por la pena que la muchacha demostraba.

—No conozco bien vuestras costumbres —dijo ella—. ¿Cómo debo hacer para vestirme de luto?

—Nada de luto, May-May. Ellos se fueron, y de nada valen los lutos y los llantos.

—He quemado incienso para que reencarnen felizmente.

—Te lo agradezco. Y ahora, dime de una vez por qué abandonaste Macao. Te dije que permanecieras allí.

—Primero me baño, luego me cambio de ropas y después hablamos. Mi ama de compañía, Ah Gip, está abajo. Ella me trae las ropas y todas mis cosas, pierde cuidado. ¿Dónde está el baño?

Struan tiró del cordón de la campanilla, y al momentó reapareció el criado, quien se quedó observando la escena con los ojos muy abiertos.

—La ternera va a usar mi baño. Puedes prepararle el agua.

May-May confirmó la orden hablando al sirviente con tono imperioso, y luego se dirigió hacia la habitación contigua. Su forma de andar, tan peculiar, nunca dejaba de conmover a Struan. Es que May-May tenía los pies vendados,

de sólo ocho centímetros de largo. Cuando Struan la compró, cinco años antes, le cortó los vendajes y se quedó horrorizado al ver la deformidad que las antiguas costumbres del país consideraban como un signo de belleza: los pies diminutos. Sólo una muchacha con pies vendados —pies de loto— podía ser esposa o concubina. Las que tenían pies normales eran campesinas, criadas, prostitutas de clases bajas, amas de compañía o trabajadoras de otros tipos, y todas eran despreciadas.

Los pies de May-May estaban atrofiados. Sin la rigidez del vendaje al que estaba acostumbrada, los dolores que experimentó la muchacha fueron atroces, por lo que Struan consintió que la volvieran a vendar de nuevo, y May-May comenzó a andar bien al cabo de un tiempo, aunque no sin algo de dolor. Los pies vendados sólo se hacían insensibles en la vejez.

Struan preguntó a la chica en aquella ocasión, teniendo a Gordon Chen como intérprete, en qué forma le habían hecho aquello. Ella explicó llena de orgullo, que su madre comenzó a vendarle los pies cuando tenía seis años.

—Mi madre —dijo la muchacha— ató con fuerza las vendas en torno a mis pies, alrededor del talón, curvando los cuatro dedos menores debajo de la planta y dejando libre el dedo pulgar. Las vendas tenían cinco centímetros de ancho y tres metros de largo, y estaban muy húmedas. Al secarse contraían aún más el pie y los dolores eran terribles. Con el paso de los años, el talón se va acercando a los dedos. Una vez por semana se retiran las vendas durante unos minutos, para lavar los pies. Después de algunos años, los dedos pequeños se atrofian por completo y son eliminados. Casi a los doce años ya podía andar bastante bien, pero mis pies no eran lo suficientemente pequeños. Entonces mi madre fue a ver a una mujer entendida en las artes del vendaje. El día en que cumplí doce años la mujer llegó a casa provista de un afilado cuchillo y de sus ungüentos. Hizo un profundo corte en el centro de la planta de cada uno de los pies, lo que permitió que éstos pudieran comprimirse aún más. Luego volvió a colocar los vendajes.

—¡Qué crueldad! Gordon Chen, pregúntale si pudo soportar los dolores —pidió Struan. Este recordaba aún la extrañeza de la muchacha conforme Gordon Chen iba traduciendo, y el agradable acento cantarín con que le contestó.

—Dice que cada par de pies vendados producen un mar de lágrimas. Pero que al fin las lágrimas y el dolor se olvidan. Ahora se muestra orgullosa de sus pies y le gusta que contemplen su pequeñez. Quiere que usted se los mida, señor

Struan.

—Ah, no. No haré semejante cosa.

—Por favor. Le dará una gran alegría. Sus pies son perfectos, para el gusto chino. Si no lo hace lo interpretará como un desaire y siempre estará avergonzada en su presencia.

—¿Por qué?

—Considera que usted mandó quitarle los vendajes porque creyó que ella le estaba engañando.

—¿Qué motivo iba yo a tener para eso?

—Es que es usted… Bueno, es que nunca ha conocido a un europeo antes de ahora. Por favor, señor, hágalo. Sus pies son su único orgullo, la compensación a los sufrimientos que ha padecido.

Así, pues, Struan midió los pies de May-May, y, al verlos tan pequeños, expresó una satisfacción que no sentía. Ella, a su vez, se inclinó tres veces ante él. A Struan le desagradaba ver a las gentes inclinándose, poniéndose de rodillas y tocando el suelo con la frente. Pero las antiquísimas costumbres exigían que el inferior tuviera esas muestras de deferencia con el superior, y nada podía evitarlo. Sabía que si protestaba, May-May se intimidaría profundamente.

—Pregúntale si le duelen ahora los pies.

—Siempre le duelen, señor. Pero le aseguro que su sufrimiento interior sería mucho más intenso si tuviera unos pies grandes, desagradables.

May-May dijo algo a Gordon Chen, y Struan reconoció la palabra fan-quai, que significaba extranjero o bárbaro.

—Desea saber en qué forma puede complacer a un hombre que no es chino —inquirió Gordon.

—Dile que no hay diferencias entre el fan-quai y los chinos.

—Sí, señor.

—Además, hazle saber que vas a enseñarle inglés inmediatamente, y que nadie se enterará de ello. Ante los demás seguirá hablando en chino, o en la jerga con que los ingleses nos entendemos con los criados, lo que también le enseñarás. Por último, Gordon, deberás proteger a esta muchacha con tu propia vida.

—¿Puedo entrar? —inquirió May-May, deteniéndose en el umbral e inclinándose ceremoniosamente.

—Adelante, por favor.

May-May obedeció. Tenía el semblante delicadamente ovalado, los ojos en forma de almendra y unas cejas perfectas. Después del baño exhalaba un perfume agradable, y su larga y flotante túnica era de seda bordada de la mejor calidad. Llevaba el cabello peinado hacia arriba y adornado con alfileres de jade. Era alta, para ser china, y su piel tenía una blancura tal que resultaba casi translúcida. La muchacha había nacido en la provincia de Suchow.

Aunque Struan la había comprado a Jin-qua, y ambos regatearon bastante hasta convenir el precio, Struan sabía que T'chun May-May era en realidad un regalo que el chino le hacía por los muchos favores que Struan le dispensara. Se enteró Struan de que Jin-qua pudo vender la muchacha a los hombres más ricos de China a un precio exorbitante, e incluso al emperador, por su peso en jade, en lugar de los modestos quince mil taels de plata que ambos acordaron al fin. En resumen, May-May era algo único, inapreciable.

Struan la besó tiernamente, se sentó con ella en un mullido diván, y, rodeándola con los brazos, le dijo:

—Y ahora cuéntame lo que ocurre.

—Primero, sabrás que vine disfrazada a causa del peligro. No sólo del que yo puedo correr, sino del que a ti te amenaza. Recuerda que aún tienes la cabeza puesta a precio.

—¿Dónde has dejado los niños?

—Con mi Vieja Hermana, desde luego.

Vieja Hermana era la forma en que May-May llamaba a la antigua amante de Struan, Kai-sung, según era costumbre, y aunque no había parentesco alguno entre ambas. Kai-sung era ahora la tercera esposa del comprador de Struan. Entre May-May y Kai-sung existía un profundo afecto, y Struan sabía que los niños estarían con esta última tan bien cuidados como con May-May.

—Perfectamente —dijo él—. ¿Cómo se encuentran?

—Duncan está algo caprichoso, de modo que tuve que pegarle en el trasero hasta que me dolió el brazo. Tiene el mal carácter que le proporciona su sangre

bárbara.

—Tal vez sea de tu sangre y no de la mía. ¿Y Kate?

—Le ha salido el segundo diente. Es buena señal el que eso ocurra antes de su segundo cumpleaños —dijo ella, y por un momento descansó en los brazos de Struan. Luego, agregó—: He leído el periódico. Ni ese hombre, Skinner, ni los hados te ayudan, ¿verdad? Me enteré de que al condenado de Brock le debes mucho dinero. ¿Es cierto?

—En parte. Pero si los hados no me ayudan, estamos arruinados. Se acabaron las sedas, los perfumes, las joyas y las mansiones —añrmó Struan, con pesar.

—¡Eeey yah! —exclamó May-May, con expresión de picardía—. No eres el único hombre que hay en China.

Struan le dio unas palmadas en el trasero, y ella hizo como que le amenazaba con sus largas uñas, pero él le sujetó con fuerza la muñeca.

—No vuelvas a decir eso —dijo Struan, y la besó apasionadamente.

—Ira del cielo —manifestó ella, tratando de recobrar el aliento—. Mira lo que has hecho de mi peinado. Esa condenada ramera que tengo por ama de compañía, Ah Gip, pasó una hora peinándome y en un momento he quedado igual que antes. May-May sabía que Struan la quería profundamente, y ahora, a los veinte años, se sentía, orgullosa de leer y escribir en chino e inglés y de hablar el cantones y el chino, así como el dialecto de su tierra natal, Suchow, y el mandarín, la lengua de Pekín y de la corte imperial. También aprendió mucho de lo que a Gordon Chen le enseñaran en el colegio. Este resultó ser un buen maestro, y entre los dos se estableció una corriente de fraterno afecto.

Se oyeron discretos golpes en la puerta.

—¿Algún europeo? —susurró ella.

—No, es sólo un criado. Tienen orden de anunciar a todo el que venga a verme —dijo Struan, y agregó en voz alta—: ¡Adelante!

El criado iba seguido por otros dos, y aunque procuraron no mirar hacia donde Struan y May-May se hallaban reclinados, su curiosidad era evidente, y remolonearon un poco mientras colocaban los platos con la comida china y los palillos. May-May los apabulló con un torrente de palabras en cantones, y los sirvientes se inclinaron nerviosamente y se marcharon en seguida.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Struan.

—Les advertí que si llegaban a decir a alguien que me encuentro aquí, yo misma les cortaría la lengua y las orejas y te convenceré luego para que les eches mal de ojo, los encadenes en uno de tus barcos más viejos y los hundas en el mar, junto con sus malditas mujeres, hijos, padres y otros apestosos parientes.

—¡Deja ya de maldecir, condenado demonio sanguinario! Y no hagas bromas con eso del mal de ojo.

—No es ninguna broma. Es lo que tú tienes, bárbaro infernal. Para todos menos para mí. Yo sé cómo debo manejarte.

—Estás poseída por el demonio, May-May —dijo él, sujetándole las manos y acabando con sus íntimas caricias—. Comamos mientras los alimentos están aún calientes, y ya me entenderé contigo más tarde.

Struan levantó en brazos a la muchacha y la llevó hasta la mesa.

Ella sirvió a Struan camarones fritos, carne de cerdo y setas cocidas en salsa de soja, nuez moscada, mostaza y miel. Luego se sirvió a sí misma.

—¡Ira del cielo, qué hambre tengo! —dijo May-May.

—¿Vas a dejar de jurar de una vez?

—Ahora tú te has olvidado de decir «ira del cielo», Tai-Pan —contestó ella, sonriendo, mientras comía con verdadero apetito.

Cogió Struan los palillos y se puso a comer, a su vez, con gran destreza. Encontró la comida exquisita. Había tardado mucho tiempo en acostumbrarse a la comida china y al uso de los palillos. Ningún europeo comía como los asiáticos. El mismo Struan prefirió al principio los consistentes alimentos ingleses, pero May-May le convenció de que ganaría en salud si comía como lo hacían los chinos.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Struan.

May-May eligió un camarón de gran tamaño, le quitó la cabeza con delicadeza y comenzó a extraerle la piel.

—Saqué pasaje en una lorcha. Para mayor seguridad me disfracé y pedí una plaza de bodega, de las más baratas. Me debes cincuenta taels.

—Págalo de tu dinero. Yo no te mandé que vinieras.

—Esta ternera saca dinero fácil, si quiere, señor. No lo olvides.

—Vamos, pórtate bien.

May-May rió gozosamente y entregó a Struan el camarón pelado, después de lo cual comenzó a pelar otro.

—Gracias, ya no quiero más —dijo él.

—Cómelos, te harán mucho bien. Te he dicho muchas veces que los camarones son buenos para la salud, y aumentan el vigor del hombre.

—¿Terminarás de una vez?

—Créelo. Es cierto —insistió ella, con toda seriedad—. Son de lo mejor que hay para la potencia del varón. Y eso es muy importante. Debes comprender que la esposa tiene que cuidar a su marido.

La muchacha se limpió delicadamente los dedos en la servilleta, y luego pinchó la cabeza de un camarón con un palillo.

—Condenación, May-May, ¿es que tienes también que comerte las cabezas?

—Ira del cielo, ¿acaso no sabes que ésa es la mejor parte? —replicó la muchacha, imitando a Struan y riéndose después hasta que se atragantó. El le dio unos golpes en la espalda, con suavidad, y May-May bebió luego abundante té.

—Eso te enseñará a no reírte cuando no debes —dijo él.

—De todos modos, la cabeza del camarón es la mejor parte, puedes estar seguro.

—Tal vez sea así, pero no me gusta su aspecto.

May-May comió en silencio durante unos instantes. Luego, preguntó:

—¿Van mal las cosas con Brock?

—Muy mal.

—Entonces la solución es muy sencilla: mata a Brock. Ahora es el momento.

—Esa podía ser una solución —contestó Struan, con tono levemente sarcástico.

—Ya sea esa u otra, tienes que encontrar una solución.

—¿Por qué estás tan segura?

—Imagino que no querrás perderme.

—¿Y por qué voy a perderte?

—No me gustan los segundos papeles. Yo pertenezco al Tai-Pan. No soy ninguna mujer de los botes, ni una ramera de Cantón. ¿Quieres té?

—Un poco.

—Beber té es bueno para la salud. Así no te pondrás gordo.

La muchacha vertió la infusión y ofreció a Struan la taza con un gesto amable. Luego, añadió:

—Me gustas cuando estás enfadado, Tai-Pan. Me gustas, pero no me

espantas. Sé que te causo tanto placer como el que tú me causas a mí. Pero no quiero hacer segundos papeles.

—Tal vez lo estés haciendo ahora, May-May.

—No, Tai-Pan, ahora no. Más tarde tal vez, pero no ahora. Estoy segura de ello.

Se inclinó hacia él y le besó intensamente, pero cuando Struan fue a abrazarla, ella se escabulló.

—Ah, veo que no debo hacerte comer tantos camarones —dijo riendo.

El le dio caza, y May-May le rodeó con los brazos el cuello y volvió a besarle.

—Me debes cincuenta taels —repitió.

—El demonio te lleve —comentó Struan, que la necesitaba tanto como ella a él.

—Besas muy bien —afirmó May-May—. Pero primero juguemos a los dados.

—No.

—Juguemos a los dados, y luego nos haremos el amor. Tenemos tiempo de sobra, pues voy a quedarme contigo. Vamos a un dólar el punto, ¿eh?

—No.

—Sí, a un dólar el punto. Si no, me va a dar dolor de cabeza y seguramente voy a echarme a dormir.

—Y yo seguramente no te dé el regalo de Año Nuevo que había pensado.

—¿Qué regalo?

—No tiene importancia.

—Por favor, Tai-Pan, no te molestaré más. ¿Qué regalo es ése?

—Bah, no importa.

—Vamos, dímelo, por favor. ¿Es un broche de jade? ¿Una pulsera de oro? ¿Un vestido de seda?

—¿No te duele la cabeza?

Ella le dio una palmada en la mejilla y en seguida le abrazó estrechamente.

—Con lo buena que soy para ti y lo malo que tú eres para mí… Está bien, hagámonos el amor.

—Así me gusta. Ahora que accediste, consiento en que juguemos a los dados. Jugaremos a mil dólares el punto.

—¡Mil dólares!

Eso era demasiado, pero al ver la expresión burlona en los ojos de Struan, ella replicó:

—Está bien, a mil dólares el punto, ira del cielo. Te dejaré sin un penique.

—¡Oh, no, ira del cielo, ganaré yo!

Pusiéronse a jugar a los dados y May-May maldecía, gritaba de gozo o lloraba, según iba cambiando su suerte. Al final, la muchacha había perdido dieciocho mil dólares.

—Condenación, estoy arruinada, Tai-Pan. Pobre de mí, que he perdido todos mis ahorros, mi casa, todo, todo… Juguemos una partida más. Tienes que darme ocasión de resarcirme.

—Hoy no. Mañana, y con la misma apuesta.

—Jamás volveré a jugar tan fuerte. Jamás, excepto mañana, para recuperar lo que he perdido.

Una vez que se hubieron amado, May-May abandonó el gran lecho de columnas y se dirigió hacia la chimenea. Una tetera de hierro siseaba suavemente sobre el soporte que había junto a las llamas. La muchacha se arrodilló y vertió un poco de agua caliente de la tetera en unas toallas limpias. Las llamas parecían bailar alrededor de su esbelto cuerpo. Tenía los pies calzados con unas diminutas zapatillas y por fuera de ellas se advertían las vendas, firmemente atadas al tobillo. Sus piernas eran largas y hermosas. Apartó con la mano su brillante cabellera de un negro azulado, que se derramaba sobre sus espaldas, y regresó al lecho.

Struan tendió la mano para que ella le entregase una de las toallas.

—No —dijo May-May—. Déjame a mí. Me gusta cumplir con mi obligación.

Cuando le hubo secado, May-May se lavó y luego se tendió pacíficamente al lado de Struan, bajo las sábanas. Un fuerte viento hacía oscilar las cortinas de damasco, y ondulaba las llamas en el hogar. Innumerables sombras danzaban en las paredes y en el alto techo de la estancia.

—Mira, ese es un dragón —dijo May-May, señalando una sombra alargada.

—No, es un barco de vela. ¿Tienes calor?

—Sí, como siempre que estoy junto a ti. Mira, ahí hay una pagoda.

—Es verdad —contestó Struan.

Y rodeó con su brazo el cuerpo de la muchacha, gozando de la uniforme tersura y de la tibieza de su piel.

—Ah Gip nos está haciendo té.

—Eso me parece muy bien. Tengo ganas de tomar té.

Cuando hubieron bebido la infusión, ambos se sintieron reconfortados y regresaron al lecho. Struan apagó la lámpara y en la semioscuridad volvieron a contemplar las sombras de nuevo.

—Vuestras costumbres os impiden tener más de una esposa, ¿no es cierto? —preguntó ella, al fin.

—Así es.

—Las costumbres chinas son más razonables. Tai-tai es más adecuado.

—¿Qué es eso, muchacha?

—«La superior entre las superiores». El marido es el más importante en la familia, desde luego, pero en la casa, la primera mujer es la superior entre las superiores. Así lo establecen las leyes chinas. Estas permiten varias esposas al marido, pero una sola Tai-tai.

La joven agitó su largo cabello para acomodar mejor la cabeza y añadió:

—¿Cuándo piensas volver a casarte? ¿Cuáles son vuestras costumbres al respecto?

—No creo que vuelva ya a casarme.

—Deberías hacerlo. Sí, con una escocesa o una inglesa, pero primero deberás casarte conmigo.

—Sí, tal vez lo haga —dijo Struan.

—Claro que vas a hacerlo. Yo soy ahora tu Tai-tai.

Se apretó May-May contra Struan, y al momento cayó en un sueño apacible.

Struan contempló largo rato las sombras del techo, y al fin quedóse también dormido.

Poco después del amanecer, Struan se despertó con una sensación de peligro. Extrajo su cuchillo de debajo de la almohada, se encaminó hacia la ventana y apartó la cortina. Observó asombrado que la plaza estaba desierta. Más allá, en el río, un extraño silencio parecía abrumar al pueblo flotante. Oyó entonces unos pasos sordos que se acercaban en dirección a la habitación. Struan miró a May-

May, que seguía durmiendo pacíñcamente. Con el puñal preparado se colocó contra la pared, al lado de la puerta, y esperó.

El ruido de pasos dejó de oírse. Luego golpearon suavemente en la puerta.

—Adelante —dijo Struan, tensando los músculos.

El criado entró sin hacer ruido en la habitación. Tenía aspecto de hallarse asustado, y cuando vio a Struan desnudo, con el cuchillo en la mano, su miedo se intensificó.

—Mi amo —dijo con voz temblorosa—. El amo de nariz ganchuda y el amo de pelo negro, abajo, en la puerta. Dicen rápido rápido verle.

—Di que yo rápido rápido bajo —contestó Struan.

Comenzó a vestirse con presteza. Dejó caer sin querer un cepillo, y May-May se despertó a medias.

—Es demasiado pronto para levantarse. Vuelve a la cama —dijo con voz soñolienta. Y encogiéndose entre las sábanas, volvió a quedarse dormida.

Struan abrió la puerta. Ah Gip se hallaba en cuclillas, en el pasillo, donde había dormido toda la noche. Struan había dejado de insistir para que se fuera a otra parte, ya que la mujer no cesaba de sonreír y de hacer movimientos afirmativos con la cabeza, al tiempo que replicaba: «Sí, mi amo», pero seguía siempre en el mismo lugar. Era una china baja y rechoncha, con una sonrisa que no parecía abandonar nunca su rostro redondo, picado de viruelas. Desde hacía tres años era la esclava personal de May-May. Struan pagó tres taels de plata por ella.

Hizo Struan una seña a la criada y dijo:

—La señorita duerme. Cuida esta habitación. ¿Entiendes?

—Entiendo, amo.

Corrió Struan escaleras ahajo. Cooper y Wolfgang Mauss le estaban esperando en el comedor. Mauss se hallaba examinando sombríamente sus pistolas.

—Siento molestarle, Tai-Pan —dijo Cooper—. Pero hay complicaciones.

—¿Que ocurre?

—Se ha corrido el rumor de que dos mil soldados manchúes selectos han entrado en Cantón anoche.

—¿Está seguro?

—No lo estoy; pero si eso ocurre, sin duda habrá conflictos —dijo Cooper.

—How-qua mandó a buscarme esta mañana —manifestó, a su vez, Mauss, con voz ronca.

—¿Dijo si había vuelto Jin-qua?

—No, Tai-Pan. Asegura que su padre aún está afuera.

A mi entender, no es así, ¿hein? How-qua parecía tener mucho miedo. Aseguró que esta mañana le habían despertado muy temprano. Le entregaron un edicto firmado por el emperador, en el que le informaban que todo comercio con nosotros debía cesar instantáneamente. Yo examiné el documento. Los sellos eran legítimos. Le aseguro que los Co-hong han puesto el grito en el cielo.

En ese instante se oyó un ruido de cascos de caballo en la plaza. Los tres hombres se precipitaron hacia la ventana y vieron llegar a una compañía de jinetes manchúes, los que después de detener sus cabalgaduras, desmontaron. Se trataba de hombres corpulentos, con armas pesadas: mosquetes, grandes arcos, espadas y lanzas con gallardetes. Algunos tenían barba. Pertenecían al cuerpo de los Abanderados, llamados así porque integraban las tropas imperiales y portaban banderas del emperador. No se admitía a los chinos en estos regimientos, que eran los cuerpos más selectos del ejército imperial.

—Bien, al menos tenemos la seguridad de que hay cuarenta o cincuenta en Cantón —dijo Struan.

—¿Y si fueran dos mil? —inquirió Cooper.

—Será mejor que nos preparemos a abandonar el Establecimiento.

—Los abanderados no presagian nada bueno —terció Mauss, el cual no deseaba dejar el Establecimiento. Quería seguir junto a sus chinos conversos, predicando para obtener nuevos adeptos, lo que le ocupaba todo el tiempo que no se dedicaba a ayudar a Struan.

—Malo, muy malo —añadió.

Mientras estudiaba las posibilidades, Struan tocó la campanilla. Se presentó el criado, al cual dijo:

—Mucha comida, pronto pronto. Café, té, huevos, carne… Rápido rápido.

—Los manchúes en la calle y lo único que se le ocurre es pedir el desayuno —comentó Cooper.

—De nada vale preocuparse con el estomago vacío —replicó Struan—. Es mejor tenerlo lleno, y ahora siento bastante apetito.

Mauss se echó a reir. Habia oído murmurar a los criados que la legendaria

amante de Struan había llegado en secreto. Por indicación del propio Tai-Pan, dos años antes Mauss enseño bajo cuerda a May-May la doctrina cristiana, y terminó por convertir a la muchacha. Pensó Mauss con orgullo que el Tai-Pan confiaba en el.

«Gracias al Tai-Pan, al menos se ha salvado un alma pagana, Señor —se dijo —. Gracias a el, otros se salvarán por tu divina intercesión».

—Lo del desayuno me parece una idea excelente —dijo Mauss de pronto, pensando en asuntos mas terrenales.

De pie junto a la ventana, Cooper observó a los traficantes que atravesaban el jardín con aire precavido, camino de sus oficinas. Los abanderados formaban ahora un grupo desordenado, y charlaban y reian despreocupadamente.

—Quizá ocurra lo que la vez pasada, en que los mandarines nos retuvieron como rehenes —dijo Cooper.

—No será lo mismo en esta ocasión. Si hacen algo, me temo que será sonado.

—¿Por qué?

—¿Qué motivo tiene el emperador para mandar abanderados a Cantón? Son hombres de pelea, no como el ejercito chino local.

Entraron algunos criados que comenzaron a poner la gran mesa, y luego trajeron las viandas. Habia pollo frio, huevos cocidos, carne estofada caliente, pasteles de carne y rebanadas de pan con mantequilla y mermelada.

Struan comió con apetito, lo mismo que Mauss. Cooper, en cambio, sólo probó unos bocados.

—Mi amo —dijo un criado.

—Dime.

—El amo de un solo ojo, abajo, en la puerta ¿puede?

—Puede.

Brock entró en el comedor. Iba acompañado de su hijo Gorth, y al trasponer la puerta saludó:

—Buenos días, señores. Hola, Dirk, muchacho.

—¿Queréis desayunar?

—Gracias, gracias, Dirk. Siempre eres muy atento.

—¿Has tenido buen viaje, Gorth?

—Así es, señor Struan.

Gorth era tan corpulento como su padre, curtido, con el rostro lleno de cicatrices y la nariz aplastada. Tenía el pelo y la barba alborotados.

—Pero la próxima vez cuente con que ganaré al Thunder cloud —añadió Gorth, convencido.

—La próxima vez, muchacho, serás tú quien capitanee el thunder cloud —corrigió Brock, riendo.

El rudo traficante se sentó a la mesa, y comenzó a atracarse de comida, según su costumbre.

—¿Quiere pasarme el estofado, señor Cooper? —inquirió, y agregó, señalando con el pulgar hacia la ventana—: esos malditos no presagian nada bueno.

—En efecto. ¿Qué te parece que harán, Brock? —inquirió Struan.

—Los Co-hong estarán desesperados. Creo que el comercio se ha acabado por el momento. Es la primera vez que veo a estos malditos abanderados.

—¿Será conveniente evacuar el Establecimiento?

—No, no quiero que me echen los chinos ni las tropas del emperador —manifestó Brock, sirviéndose más estofado—. Sin duda me retiraré, pero a su debido tiempo. Casi todos nosotros tenemos que ir a Hong-Kong para la venta de tierras, pero haríamos bien en convocar un consejo ahora mismo. ¿Tenéis armas aquí?

—No las suficientes.

—Nosotros disponemos de ellas. Hay bastantes para resistir un asedio. Las trajo Gorth. Este es el mejor lugar para defenderse, y casi puede decirse que es nuestro suelo —añadió Brock.

—¿De cuántos hombres dispones?

—De veinte. Son gente de Gorth, y cobrarán un centenar de taels por cabeza.

—Yo tengo treinta, contando los portugueses.

—Olvídate de los portugueses. Mejor lo haremos nosotros solos —afirmó Brock, limpiándose la boca y partiendo un trozo de pan, que untó con mantequilla y mermelada.

—Creo que no podrá defender el Establecimiento, Brock —dijo Cooper.

—Podemos defenderlo y lo haremos. No se preocupe por nosotros. Usted y los demás americanos están seguros. Los chinos no les harán nada, ya que vienen por nosotros.

—Así es —dijo Struan—, y te necesitaremos para guardar nuestro comercio, si nos marchamos.

—Esa es otra de las razones que me han traído aquí, Dirk. Deseaba hablar abiertamente acerca del comercio y de Cooper-Tillman. He hecho una proposición que ya ha sido aceptada.

—La proposición fue aceptada con la condición de que quede nula si Struan y compañía pueden llevar a cabo algún acuerdo antes del vencimiento de su plazo —dijo Cooper—. Le damos treinta días más, Struan.

—Gracias, Jeff. Es un acto generoso.

—Es una estupidez —intervino Brock—. Pero en realidad no me preocupa el tiempo. Yo también seré generoso, y voy a darte cinco días más, Dirk.

Volvióse Struan hacia Mauss y dijo:

—Vuelva con los Co-hong y averigüe lo que pueda. Lleve a uno de mis hombres y tenga cuidado.

—Para esto no necesito a nadie a mi lado —aseguró Mauss, el cual se puso en pie y, tras despedirse brevemente, se marchó.

—Tendremos la reunión abajo —dijo Struan.

—De acuerdo. Tal vez será mejor que todos los traficantes nos traslademos a este edificio. Dispondremos deespacio suficiente.

—Será conveniente que nos preparemos, aunque a lo mejor sólo se trata de una treta sin consecuencias.

—Vamos, Gorth. Nos reunimos dentro de una hora. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

Brock y Gorth se marcharon, y poco después, Cooper rompió el silencio.

—¿Qué fin tendrá todo esto?

—Creo que es una artimaña de Ti-sen para inquietarnos, y obligarnos a aceptar algunas imposiciones —aseguró Struan, el cual colocó una mano sobre un hombro de Cooper, con gesto amistoso—. Gracias por los treinta días de plazo. Nunca lo olvidaré.

—A Moisés le dieron cuarenta días. Pensé que treinta serían suficientes para usted, Dirk.

La conferencia fue ruidosa y violenta, y en ella, como de costumbre, dominaron

Brock y Struan. Todos los traficantes, con excepción de los americanos, se hallaban en el amplio salón que Struan usaba como despacho privado. Contra una pared se alineaban varios barrilillos de coñac, whisky, ron y cerveza. En la opuesta había un estante donde podían verse numerosos volúmenes y libros de comercio. De las paredes colgaban pinturas de Quance, en su mayoría paisajes de Macao, retratos y marinas. Las mesas estaban ocupadas por numerosos jarros, vasos y botellas de bebida. A un lado se advertían soportes con sables y mosquetes, barriles de pólvora y cajas de balas.

—Les aseguro que no ocurre nada —manifestó Masterson—. Los chinos nunca han atacado el Establecimiento. Sólo se han limitado a cercarlo; eso todo lo más.

Masterson era un hombre de rostro rojizo, gran papada y de unos treinta y cinco años de edad. Era jefe de la firma Masterson, Roach y Roach. Iba vestido como los demás traficantes, con una levita de color oscuro, llamativo chaleco y chistera.

—Sí, pero eso fue antes de que entrásemos en guerra con ellos y les ganásemos —dijo Struan, que estaba ya deseando que se marchasen los traficantes. Tenía puesto un pañuelo perfumado en la nariz para atenuar el desagradable olor que desprendían los cuerpos de aquellos rudos mercaderes.

—Yo les digo que, si quiero, puedo echar a esos cerdos de abanderados de la plaza ahora mismo —dijo Gorth, al tiempo que llenaba su jarro con cerveza.

—Lo haremos, si es necesario —aseguró Brock, y lanzó un salivazo en la escupidera de latón—. Bien; ya estoy cansado de discutir. ¿Aceptamos el plan de Dirk, o no lo aceptamos? —dijo, mirando inquisitivamente a los demás traficantes. Había cuarenta de ellos, todos ingleses y escoceses, con excepción de Eliksen, el danés, que representaba a una firma de Londres, y de Rumajee, un corpulento hindú ataviado con flotantes vestiduras. Los principales comerciantes, aparte de Struan y Brock, eran Mac Donald, Kerney y Maltby, de Glasgow, y Messer, Vivien, Tobe y Smith, de Londres. Todos ellos hombres rudos, curtidos, de algo más de treinta años.

—Preveo graves complicaciones, señores —aseguró Rumajee, mesándose sus grandes bigotes—. Aconsejo una retirada inmediata.

—Por mi vida, Rumajee, lo esencial del plan consiste en no retirarse —replidó ásperamente Roach—. Sólo deberá hacerse como último recurso. Yo

voto a favor del plan y estoy de acuerdo con el señor Brock en que ya hemos hablado bastante.

El plan de Struan era sencillo. Cada uno de los mercaderes esperaría en su propio edificio. Si comenzaban las violencias, a una señal de Struan todos se encaminarían hacia la casa de éste, disparando, si se hacía necesario.

—¿Retirarnos ante los paganos? ¡Nunca, por todos los cielos!

—¿Puedo hacer una sugerencia? —inquirió Eliksen, un individuo alto y rubio, de aspecto taciturno.

—Desde luego —replicó Struan, hablando por todos los demás.

—Tal vez uno de nosotros debiera ir a Whampoa para informar de lo que ocurre. Desde allí una lorcha rápida podría avisar a la flota anclada en Hong-Kong. Esto sería conveniente por si nos cercasen, como ocurrió anteriormente.

—Esa me parece una buena idea. ¿Quiere pasarme la botella de whisky, amigo? —dijo Vivien, un hombre delgado, pálido, que parecía estar constantemente borracho.

Al momento todos se pusieron a discutir acerca de la persona que debía ir voluntariamente a dar el aviso.

Por fin, Struan les calmó y dijo:

—La sugerencia partió del señor Eliksen. En tal caso, ¿por qué no dejarle ir a él?

Minutos más tarde, los traficantes bajaban en grupo al jardín y se quedaban contemplando a Struan y Brock, que acompañaban a Eliksen a través de la plaza, hasta una de las lorchas de Struan. Los abanderados se limitaron a mirarlos y a reírse con gusto fanfarrón.

Poco después, la ligera nave iniciaba la marcha corriente abajo.

—Quizá nunca volvamos a verle —manifestó Brock.

—Estoy seguro de que no le harán nada —replicó Struan—. De lo contrario, no habría permitido que se marchase.

Brock lanzó un gruñido.

—Para un extranjero no es mala persona —dijo éste, quien se despidió al momento y se marchó hacia sus oficinas. Poco después, los demás traficantes fueron haciéndolo a sus propios establecimientos.

Struan ordenó colocar una guardia armada en el jardín y vigilancia especial en la puerta trasera, que daba a Hog Street. Luego regresó a sus habitaciones.

May-May se había marchado junto con Ah Gip.

—¿Dónde está la señorita? —inquirió Struan al sirviente.

—No sé, amo. Ternera marchó sin yo verla.

Struan ordenó buscar por todo el edificio, pero la muchacha no se hallaba en la casa. Era casi como si nunca hubiera estado allí.

CAPITULO V

Struan se hallaba en el jardín. Faltaba poco para la media noche y se apreciaba una velada inquietud en el ambiente. Pensó que la mayor parte de los traficantes estarían durmiendo con las ropas puestas y con un arma al alcance de la mano. Miró a través de la puerta del jardín hacia los abanderados. Algunos dormían y otros charlaban en torno a una hoguera que habían encendido en la plaza. La noche era sumamente fría y no se apreciaba movimiento alguno en el río.

Struan se alejó de la puerta y comenzó a pasear pensativamente por el jardín. ¿Dónde estaría aquel demonio de May-May? Estaba seguro de que no habría abandonado el Establecimiento sin un motivo especial. Quizá se la habían llevado con algún engañó. Comprendió Struan que hasta el hombre más rico de China no hubiera vacilado en apoderarse de ella por la fuerza, si era necesario, una vez que la hubiera visto.

Una sombra se deslizó por encima de la pared lateral, y Struan desenvainó instantáneamente su cuchillo.

Se trataba de un chino, que le tendió con mano temblorosa un trozo de papel. Era un hombrecillo delgado, con los dientes rotos y el semblante amarillento por el abuso del opio. Impreso en el papel aparecía el sello de Jin-qua, que éste sólo usaba en los contratos y documentos especiales.

—Mi amo —dijo el chino, quedamente—. Tú me sigue, amo. Tú me sigue solo.

Struan vaciló. Resultaba sumamente arriesgado abandonar el Establecimiento y sus centinelas.

—No voy. Que venga aquí Jin-qua —replicó.

—El no puede. Tú me sigue, amo —insistió el chino, señalando el sello—. Jin-qua quiere verte. Pronto, pronto.

—Mañana —dijo Struan.

El chino movió negativamente la cabeza y declaró:

—Ahora, amo. Pronto pronto…

Struan comprendió que tal vez Jin-qua hubiera caído en manos enemigas, con lo que quizá estaban tendiéndole una trampa. Pero no podía enviar a Mauss o a cualquiera de sus hombres, ya que la entrevista debía ser totalmente secreta.

Observó de nuevo el papel a la luz del farol y tuvo la completa seguridad de que el sello era auténtico. Movió entonces la cabeza afirmativamente y dijo:

—Voy contigo.

El chino se dirigió al muro y trepó por encima de él. Struan le siguió dispuesto a repeler cualquier agresión.

Luego, el hombrecillo se deslizó a lo largo de la pared y torció hacia Hog Street. Por raro que pareciese, la calle se hallaba desierta. Sin embargo, Struan sabía que había muchos ojos contemplándole.

Hacia el fin de Hog Street, el chino se encaminó en dirección al Este. Poco después encontraron dos palanquines con cortinas, que parecían estar esperando. Los culíes de los palanquines parecían estar aterrados, y su miedo se intensificó al ver aparecer a Struan.

Este, a una indicación del chino, tomó asiento en un palanquín, y su acompañante lo hizo en el otro. Al momento los culíes levantaron las sillas de mano y avanzaron por la Thirteen Factory Street, hasta torcer hacia el sur por una calleja desierta, desconocida para Struan, el cual se maldijo interiormente por su estupidez, al tiempo que se mantenía alerta. Por fin los culíes se detuvieron en un callejón flanqueado por amplios muros y lleno de desperdicios. Se oía ladrar furiosamente a un perro.

El chino dio a los culíes unas monedas y éstos desaparecieron con sus sillas en la oscuridad. Luego, el hombrecillo golpeó en una puerta. Se abrió ésta y el chino se hizo a un lado para que entrara Struan. Este le indicó que entrase él primero, y cuando lo hubo hecho, penetró cautelosamente en un hediondo establo donde esperaba otro chino con un farol. El último personaje, sin decir una palabra, se encaminó hacia una puerta, que cruzó sin mirar atrás. Los otros dos hombres le siguieron a través de un amplio depósito, para subir luego una endeble escalerilla, llegando a otro almacén de parecidas dimensiones. Las ratas se refugiaban en la oscuridad, al paso del chino que portaba el farol.

Struan comprobó que se hallaban cerca del río, pues alcanzaba a oír el suave golpeteo del agua y el crujido de las estachas de las embarcaciones. Estaba con los músculos en tensión, dispuesto para la lucha. Llevaba el cuchillo en la manga derecha, con la mano cerrada sobre la empuñadura del arma.

El hombre de la linterna cruzó por una especie de pasadizo formado por cajones y cajas, y llegó hasta otra puerta semioculta. Golpeó en ella y la misma se abrió al instante.

—Hola, Tai-Pan —dijo Jin-qua, que era quien había abierto—. Mucho tiempo hace que no veo al Tai-Pan.

Struan penetró en la estancia. Era otro destartalado almacén, aunque de menores dimensiones, alumbrado por varias velas y atestado de embalajes y mohosas redes de pescar.

—Hola, Jin-qua —contestó Struan, suspirando aliviado—. Tienes razón, hace mucho que no nos vemos.

Jin-qua era un anciano de frágil aspecto. Tenía la piel como el pergamino y de su barbilla pendían unos suaves mechones de pelo grisáceo que le llegaban hasta el pecho. Vestía rica túnica de brocado y se tocaba con un bonete en el que relucían algunas gemas. Las largas uñas de sus dedos meñiques estaban protegidas por laminillas cubiertas de pedrería.

Jin-qua miró sonriente a Struan y, arrastrando sus chancletas, se dirigió hasta una esquina del almacén, donde tomó asiento ante una mesa en la que habían dispuesto té y algunos alimentos.

Sentóse Struan frente al chino y con la espalda contra la pared. Sonrió de nuevo Jin-qua, dejando al descubierto sus tres únicos dientes, todos recubiertos de oro.

El anciano habló en chino al hombre que había llevado a Struan hasta allí, el cual desapareció por otra puerta.

—¿Té?

—Bueno.

Jin-qua hizo una seña al criado del farol, el cual vertió el té y sirvió a Struan y a Jin-qua la comida.

Luego se colocó a un lado, en espera de las órdenes del anciano. Struan notó que el sirviente chino era un hombre robusto, que portaba al cinto un gran puñal.

—Usted come, Tai-Pan, por favor —manifestó entonces el viejo, señalando

la comida.

—Gracias, Jin-qua.

Struan comió unos pocos bocados, bebió su taza de té y esperó. Era necesario que Jin-qua iniciase la conversación el primero. Cuando hubo concluido de comer, Jin-qua dijo:

—¿Quería verme el Tai-Pan?

—Así es. ¿Hizo Jin-qua buenos negocios fuera de Cantón?

—Negocios van muy mal, cierto.

—¿Ha cesado el comercio?

—Ha cesado. Hoppo muy mal mandarín. Muchos muchos soldados. Yo paga grande impuesta por soldados. *¡Aeey yah!*

—Mala cosa —comentó Struan, tomando unos sorbos de té.

Pensó que había llegado el momento decisivo. Y ahora, que se hallaba enfrentado con la ocasión, se dio cuenta de que nunca sería capaz de vender la isla de Hong-Kong.

«¡Al demonio con el mandarín! —se dijo—. Mientras esté yo con vida, no habrá un maldito mandarín chino en Hong-Kong. Tendré que vérmelas con Brock. Pero un asesinato no solucionará el estado de mis finanzas. A todo esto, ¿dónde diablos estará May-May?».

—Yo escuché que Demonio de un Ojo, Brock, tiene al Tai-Pan por el pescuezo.

—Y yo oí que el Demonio Hoppo tiene a los Co-hong también por la garganta —contestó Struan, que se sentía mucho mejor después de haber decidido no hacer el trato.

—Cierto. Y mandarín Ti-sen mucha mucha cólera.

—¿Por qué razón?

—El amo «Pene Odioso» escribe y manda a él carta mala mala.

—¿Es verdad? —inquirió Struan.

—El amo «Pene Odioso» hace lo que el Tai-Pan dice ¿Cierto?

—Algunas veces.

—Asunto malo, cólera de Ti-san.

—También es malo cuando el amo Longstaff se irrita.

—*¡Aeey yah!* —comentó Jin-qua, y tomó con delicadeza un bocadillo, que masticó minuciosamente. Luego, añadió—: Año Nuevo chino pronto comienza.

Los Co-Hong tienen grandes deudas de años pasados. Los hados ayudan, si no hay deudas al comenzar el año. El Tai-Pan posee mucho papel de los Co-hong.

—No importa, puedo esperar —manifestó Struan, al que Jin-qua y los demás mercaderes Co-hong debían seiscientos mil taels.

—¿Puede esperar Demonio de un Ojo? —inquirió Jin-qua, tomando unos sorbos de té—. Oí que Dama Suprema del Tai-Pan y los niños han muerto. Malos hados. Lo siento.

—Cierto. Malos hados —contestó Struan.

—No importa. Tai-Pan es aún joven y tendrá nuevas terneras, como May-May. Oí que Tai-Pan tiene un solo ternero grande. ¿Cómo es eso? Tal vez, Tai-Pan necesite medicina.

—Si la necesitase, se la pediría a usted. Sé que Jin-qua tiene un nuevo ternero. ¿Cuántos son ahora? —inquirió Struan.

—Son diez más siete —afirmó el chino, inclinándose.

«¡Santo cielo! —pensó Struan—. Diecisiete hijos. Diecisiete varones, y tal vez el mismo número de hembras que Jin-qua no cuenta».

Inclinó Struan la cabeza y lanzó un silbido de admiración, a lo que Jin-qua respondió, riendo suavemente:

—¿Cuánto té desea este año el Tai-Pan?

—El tráfico está detenido. ¿Cómo comerciar?

Jin-qua guiñó un ojo y dijo:

—Yo puedo.

—Cuando desee té, yo se lo pediré. ¿De acuerdo? —manifestó Struan—. Ahora no puedo comprar.

Jin-qua dio una orden con tono perentorio al criado, el cual se acercó a una de las cajas de astroso aspecto y le quitó la tapa. Estaba llena de barras de plata.

Jin-qua señaló las cajas y dijo:

—Aquí hay cuarenta laks.

Un lak eran, aproximadamente, veinticinco mil libras esterlinas. Cuarenta laks, por consiguiente, constituían un millón de libras.

—Yo presto al Tai-Pan, tal vez —dijo Jin-qua, y sus ojillos se entrecerraron aún más—. Caro, muy caro. ¿Lo quiere el Tai-Pan? Yo se lo presto.

Struan trató de reprimir su indescriptible sorpresa. Se daba cuenta de que sería un préstamo extraordinariamente gravoso. Pero lo cierto era que Jin-qua

había arriesgado su vida y su posición para reunir aquel dinero. Sin duda tuvo que juntarlo secretamente, ya que, de haberlo sabido el Hoppo, se lo hubiera quitado y Jin-qua habría desaparecido. Por otra parte, de haber conocido los piratas y los bandoleros que vivían en Cantón o en sus proximidades, la existencia de una suma equivalente tan sólo a una centésima parte de lo que había allí, seguramente se habrían apoderado de ella por medios violentos, dando muerte a Jin-qua.

—Mucho dinero es ese —aseguró Struan—. El hombre que recibe un favor debe devolverlo.

—¿Compra este año el doble de té que el año pasado, Tai-Pan?

—Sí, lo compro.

—¿Vende este año el doble de opio, al mismo precio que el año pasado, Tai-Pan?

—Sí, lo vendo.

Struan debería vender gran cantidad de opio a un precio más bajo que el del momento, pero de todos modos obtendría beneficios. Quedaban por saber las otras condiciones que impondría el anciano. Struan rogó en silencio que Jin-qua no impusiera como condición el envío de un mandarín a Hong-Kong. Sin embargo, comprendió que mientras no hubiera mandarín en la isla, tampoco habría Co-hong, y sin éste no existiría el monopolio, con lo que Jin-qua y los demás mercaderes quedarían al margen del negocio.

—Sólo comprar a Jin-qua q a su hijo durante diez años, ¿puede? —propuso el anciano.

«Santo cielo —pensó Struan—. Si accedo a comprarles exclusivamente a ellos, nos exprimirán a su gusto».

—Puedo, si el precio del té y de la seda son iguales que el de los demás Co-hong.

—Así veinte años, y diez por ciento sobre precio del mercado.

—Al cinco por ciento, puedo —replicó Struan.

—Ocho.

—Cinco.

—Siete.

—Cinco.

—Siete.

—No puedo. No hay beneficio; es pedirme demasiado —manifestó Struan.

—*¡Aeey yah!* Mucho beneficio aún. ¡Siete!

—Diez años al seis por ciento y otros diez al cinco por ciento.

—Malo, muy malo —contestó Jin-qua, agitando con vehemencia sus frágiles manos—. Pago grandes intereses, mucho mucho. Diez años a seis, diez a cinco y otros diez a cinco.

Struan quedó sorprendido ante lo extenso del tratado propuesto y contestó:

—Para entonces tal vez ya no haya Jin-qua, ni hijo de Jin-qua.

—No importa. Muchos hijos, y muchos hijos de hijos.

—Los últimos diez años, al cuatro por ciento —ofreció de nuevo Struan.

—Cinco.

—Cuatro.

—Muy malo. Grandes intereses. Cinco —replicó el anciano.

Struan no tenía puesta la mirada en las cajas que contenían la plata, pero parecía sentir como si ésta le rodease por todas partes, hostigándole.

«No seas necio, acepta. Acepta cualquier cosa. Con eso lograrás salvarte», pensó.

—El mandarín Ti-sen quiere otro mandarín en Hong-Kong —manifestó de pronto Jin-qua—. ¿Por qué Tai-Pan dijo no?

—A Jin-qua no le complacen los mandarines. ¿Por qué habían de satisfacerme a mí? —replicó Struan, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

—Cuarenta laks, un mandarín. ¿Puede?

—No puedo.

—Fácil decir sí. ¿Por qué dice no?

—No —repitió Struan, impertérrito—. Con mandarín no puedo.

—Cuarenta laks, un mandarín. Barato.

—Ni por diez veces cuarenta laks. No puedo. Antes morir —dijo Struan, decidido a jugarse el todo por el todo—. Terminado. Por mis padres, terminado.

Struan se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

—¿Por qué se marcha el Tai-Pan?

—Con mandarín no hay dinero. ¿A qué hablar más?

Ante el asombro de Struan, Ji-qua echóse a reír y contestó:

—Ti-sen quiere el mandarín. Pero Jin-qua no presta el dinero de Ti-sen, sino

el de Jin-qua. Digo diez años más, cinco por ciento. ¿Puede?

—Puede —contestó Struan, al tiempo que volvía a sentarse, con la cabeza dándole vueltas.

—Cinco laks para comprar tierra de Jin-qua en Hong-Kong. ¿Puede? Si la isla significa el fin del Co-hong, ¿por qué Jin-qua quería comprar terrenos en ellas?, se preguntó Struan.

—¿Puede? —repitió el anciano.

—Puede.

—Cinco laks aparte, entonces.

Jin-qua abrió una cajita de té y extrajo de ella dos palillos de marfil de unos cinco centímetros de largo cada uno. El anciano introdujo los extremos de los palillos, que estaban profusamente tallados, en tinta sólida, y a continuación hizo unos trazos en una hoja de papel. Jin-qua entregó a Struan uno de los palillos, y metió el otro en la cajita de donde lo había extraído.

—Al hombre que entregue el palillo, Tai-Pan entrega las tierras y el dinero, ¿puede?

—Puede.

—El año próximo yo envío mi ternero a Hong-Kong.

Tai-Pan lo envía a la misma escuela que a su hijo a Londres. ¿Puede?

—Puede.

—Su ternero. Chen Sheng asegura que tiene una gran cabeza.

Era evidente que Struan debía hacer algo con Gordon Chen, según el parecer de Jin-qua. Pero, ¿cómo hacer que el joven encajase en las maquinaciones del viejo chino?

—Me parece que voy a proporcionar a Gordon un empleo mejor —añadió Struan.

—¿Mejor empleo? —inquirió el anciano, desdeñosamente—. Creo que el Tai-Pan debe prestar un lak al ternero Gordon para sus negocios.

Struan se dijo que Jin-qua estaba jugando con él como quería. Pero al menos ya estaba todo arreglado. Conseguiría el dinero sin que pusieran mandarín en Hong-Kong.

—Está bien, acepto.

Suspiró Jin-qua, y Struan pensó que el regateo había concluido. Pero se equivocó. Jin-qua introdujo una mano en su amplio bolsillo, extrajo de él varios

trozos de monedas y los colocó sobre la mesa. Se trataba de cuatro monedas que habían sido cortadas rústicamente por la mitad. Con una de sus enjoyadas uñas Jin-qua empujó sobre la mesa cada una de las cuatro mitades de las monedas hacia Struan, y luego manifestó:

—Lo último. Cuatro favores. Al hombre que entregue esto, el Tai-Pan le hace un favor.

—¿Qué favor?

Jin-qua se recostó en su silla y dijo:

—No sé, Tai-Pan. Son cuatro favores, en algún momento. Tal vez no en mi vida. Tal vez sí en la de mi hijo. Pero pido cuatro favores. Una moneda partida, un favor. ¿Puede?

El sudor cubrió la frente de Struan. Acceder a aquella; exigencia era invitar abiertamente al desastre. Pero si se negaba perdía el dinero.

«Colocas tu cabeza sobre el tajo —se dijo—. Pero conoces a Jin-qua desde hace veinte años. Siempre ha sido honrado contigo, y eso que es el hombre más astuto de Cantón. Durante veinte años te ha ayudado y te ha guiado, y los dos juntos habéis adquirido poder y riquezas. De modo que debes confiar en él. Pero no, no debes confiar en hombre alguno, y menos aún en Jin-qua. Si has prosperado con él, fue porque siempre tuviste los triunfos en la mano. Ahora él pide tus cuatro ases en la baraja de la vida y de la muerte».

Una vez más, Struan se sintió aterrado ante la sutileza y la diabólica astucia de la mente oriental; de su alcance, de su implacable fuerza. Pero Struan comprendió que ambos estaban apostando muy fuerte, y sin embargo, los dos confiaban en la honradez del otro, pues nada podía garantizar que las condiciones impuestas iban a cumplirse. El trato sólo se basaba en el honor personal, y Struan sabía que podía y debía, cumplirlo.

—Puedo —dijo al fin Struan, tendiendo la mano a Jin-qua—. Esta es mi costumbre. No la de los chinos. Estrecharse la mano.

Struan nunca había sellado un pacto con Jin-qua estrechando las manos, ya que los chinos consideraban bárbaro ese hábito.

—Los favores tal vez van contra la ley —manifestó Jin-qua—. ¿Eso piensa el Tai-Pan?

—No, yo soy su amigo. Pero no envíe Jin-qua o su hijo a nadie pidiendo malos favores.

Jin-qua cerró los ojos por un momento y pensó en los europeos y su bárbara conducta. Eran peludos, semejantes a monos. Tenían modales groseros y apestaban desde lejos. Carecían de cultura y de delicadeza, y hasta el más humilde de los culíes era infinitamente superior al mejor de ellos. Y lo que se refería a los hombres, se aplicaba mucho más aun a las mujeres.

Recordó Jin-qua la visita que hizo a la ramera inglesa de Macao, que hablaba el chino. Fue a verla más por curiosidad que por otra cosa, alentado por sus amigos, quienes le dijeron que sería una experiencia inolvidable, ya que no había refinamiento amoroso que la mujer no practicase. Jin-qua se estremeció al recordar las velludas axilas de la prostituta, la aspereza de su piel y su olor a transpiraciones mezclado con el del perfume barato. Y qué decir de lo que comían los bárbaros. Algo tremendo. Había asistido a muchas de sus cenas, y a lo largo de las mismas tuvo que soportar los incesantes juramentos y el aroma desagradable de la comida, que le obligaba a manifestar que carecía de apetito. Contempló entonces lleno de horror las enormes cantidades de carne medio cruda que los bárbaros engullían, llevándola a la boca con el mismo cuchillo, al tiempo que la grasa y la sangre les resbalaba por los labios y la barbilla. Todo eso mientras consumían insaciablemente bebidas alcohólicas, sin olvidar sus insípidas hortalizas y los duros e indigestos pasteles de frutas. Y lo peor era que todo lo ingerían en cantidades monstruosas, igual que los cerdos. O mejor, igual que sudorosos y glotones gargantúas. Inconcebible. No tenían cualidad alguna que les distinguiese, siguió pensando Jin-qua. Sólo se caracterizaban por la facilidad con que daban muerte a sus semejantes, lo que hacían con repulsiva ferocidad y sin refinamiento alguno. También eran insaciables cuando se trataba de ganar dinero. Al menos era un medio para que ellos, los chinos, se enriquecieran igualmente. Los bárbaros eran la encarnación del demonio. Lo eran todos, con excepción de aquel hombre, Dirk Struan.

En un tiempo él fue exactamente igual que los demás europeos. Hoy ya era en parte chino. Y por su mentalidad, lo que es sumamente importante, ya que ser chino es en gran medida una actitud mental. Ya era limpio y no apestaba. Pero aún seguía siendo un bárbaro asesino.

Lo importante es que había cambiado, y si era posible lograr que cambiase un bárbaro, ¿por qué no conseguir que muchos bárbaros se convirtieran en personas civilizadas?

«Tu plan es muy sabio», se dijo a sí mismo Jin-qua.

El viejo chino abrió los ojos y tendió delicadamente la mano a Struan, al tiempo que decía:

—Amigo.

Luego, Jin-qua hizo una seña al criado para que les sirviera más té.

—Hombres llevarán la plata a tu casa. Dos días. Por la noche y muy secreto —dijo el anciano-Hay mucho peligro. Mucho mucho.

—Bien. Entregaré un papel y el palillo, por la plata. Envíelo mañana.

—No. No mande papel ni palillo. Mejor palabra.

Struan asintió con un movimiento de cabeza. ¿Cómo iba a explicar luego a Culum que Jin-qua le entregaría un millón de libras en plata, imponiendo una serie de condiciones y sellando todo ello con un simple apretón de manos?

—Tres veces diez laks paga Jin-qua, por deudas de Co-hong. Con nuevo año no hay deudas. Buenos hados —declaró el chino orgullosamente.

—Así es. Buenos hados necesitamos.

—Mucho peligro, Tai-Pan.

—En efecto.

—Mucho mucho, gran peligro. Esperemos dos noches.

Struan recogió las cuatro medias monedas y dijo:

—Gracias, Chen-tse Jim Arn. Te lo agradezco mucho.

—No agradece, querido amigo Dirk Struan.

De pronto el hombre que había guiado a Struan hasta allí irrumpió en la estancia y habló a Jin-qua con tono excitado. Este se volvió hacia Struan, y, con el temor reflejado en el rostro, exclamó:

—¡Criados han marchado! ¡Todos fuera del Establecimiento! ¡Todos han huido!

CAPITULO VI

Struan tomó asiento en el palanquín y se dejó llevar suavemente mientras los culíes trotaban por las callejas silenciosas. El interior de la caja encortinada de la silla de mano se hallaba sucio, cubierto de manchas de sudor. De vez en cuando echaba una mirada por entre las cortinas para observar los lugares que iban atravesando. No podía ver el cielo, pero se daba cuenta de que no faltaba mucho para el alba. El viento traía un hedor a frutas podridas y a comidas condimentadas con especias, a lo que se mezclaba el olor de los sudorosos culíes.

Había convenido un plan con Jin-qua para trasladar toda la plata a Hong-Kong. Llevarían el metal en cestos hasta una lorcha armada, la cual mandaría Jin-qua dentro de dos noches, en secreto, hasta el muelle del Establecimiento, justamente al sonar las campanadas de medianoche. Si no podía atracar en el mismo muelle, la embarcación permanecería en las proximidades del extremo sur de éste, con un farol encendido en el mástil de proa y otro en la roda. Con el fin de poder identificar mejor la nave, Jin-qua dijo a Struan que la lorcha llevaría los ojos pintados de encarnado. Estas embarcaciones solían tener dos ojos tallados en la teca de la proa. Los ojos ayudaban a los hados y permitían que el espíritu del barco navegase libremente. Los chinos sabían que para una embarcación resultaban indispensables un par de ojos con los que pudiera ver su camino por los mares.

«Pero, ¿por qué Jin-qua me permite establecer la colonia de Hong-Kong? —se preguntó Struan—. Sin duda el anciano conoce lo importante que resulta la existencia de un mandarín en la isla. ¿Por qué además quiere que eduquen a su hijo en Londres? ¿Acaso el chino es tan clarividente como para darse cuenta de que al fin los destinos de China y de la Gran Bretaña terminarán por unirse?».

Oyó Struan ladrar muy cerca a los perros, y entre las cortinas pudo ver a un

par de animales que atacaban las piernas del culi delantero. El que portaba el farol delante del palanquín, retrocedió y, con habilidad, hostigó a los canes con su bastón de punta de hierro, lo que los hizo huir dando aullidos en la oscuridad. Luego, Struan advirtió un nutrido grupo de abanderados, que llegaban tal vez al centenar, situados en una esquina. Iban todos armados y portaban faroles. Algunos, al divisar el palanquín, comenzaron a dirigirse hacia él, pero los culíes torcieron rápidamente por una calleja lateral, con el alivio consiguiente de Struan.

«Ahora, todo lo que tienes que hacer, muchacho —pensó Struan—, es lograr que llegue a salvo esa plata a Hong-Kong. O bien a Whampoa, donde podrá ser transbordada al *China Cloud*. Hasta que no llegue ese momentó, no podrás considerarte a salvo».

El palanquín experimentó una sacudida cuando uno de los culíes cayó en un bache de los que en abundancia jalonaban el camino.

Struan volvió a acomodarse en el estrecho asiento, procurando no perder el hijo de sus pensamientos. Poco después reconocía los mástiles de las embarcaciones, que sobresalían detrás de las casuchas. La silla de mano torció por una esquina, en dirección al río, y, al fin, por encima de las techumbres, Struan distinguió una parte de los edificios del Establecimiento, con sus piedras refulgiendo tenuemente.

De pronto el palanquín se detuvo y fue depositado en el suelo con violencia. Struan apartó las cortinillas y saltó rápidamente al exterior, con el cuchillo desenvainado, al tiempo que tres cortas lanzas se incrustaban en las maderas de la silla de mano.

Los tres atacantes trataron desesperadamente de liberar sus armas, mientras Struan se lanzaba contra uno de ellos y le hundía en el costado su puñal. Luego se volvió rápidamente para enfrentarse con otro atacante, que se arrojó sobre él empuñando una hachuela de dos filos. El arma le alcanzó en el hombro, y Struan hizo un gesto de dolor, pero se echó a un lado al momento, aferró por un brazo al otro hombre, y ambos lucharon con el hacha en alto. Al fin, Struan consiguió desarmar a su oponente, y un instante después éste profirió un grito de dolor, al recibir en el cuerpo una lanza que iba destinada a Struan. Este retrocedió hasta la pared. El único atacante que quedaba le acorraló, jadeando y lanzando juramentos. Struan amagó un golpe y luego atacó con el hacha que había quitado

al segundo enemigo, pero erró el golpe. El oponente arrojó la lanza, que atravesó las vestiduras de Struan, el cual logró liberarse desgarrando sus ropas. En seguida Struan enterró su puñal en el vientre del otro hombre y retorció la hoja hasta la empuñadura.

De nuevo saltó Struan hacia atrás por encima de los cuerpos tendidos de sus enemigos, y se arrimó a la pared, esperando jadeante. Uno de los atacantes lanzaba débiles gemidos. Otro se hallaba inmóvil en el suelo, y el tercero se arrastraba apretándose el vientre con las manos.

Struan esperó unos instantes más, recuperando el aliento, y en seguida oyó el silbido de una flecha, que se estrelló en la pared, por encima de su cabeza. Recogiendo con toda rapidez una de las lanzas, Struan corrió desesperadamente hacia el Establecimiento. Oyó entonces rápidas pisadas a sus espaldas, y procuró aumentar su velocidad. Al volver la esquina pudo divisar la Thirteen Factory Street poco más adelante. Arrojó al suelo la lanza y avanzó describiendo zigzags por Hog Street hasta llegar a la plaza, donde el número de soldados había aumentado considerablemente. Antes de que los abanderados pudieran detenerle, Struan atravesó la plaza y se introdujo de un salto por la puerta del jardín. La culata de un mosquete le golpeó rudamente en el estómago.

—¡Ah, eres tú, Dirk! —dijo Brock—. ¿Dónde demonios te habías metido?

—Estuve fuera —contestó Struan, aspirando el aire con avidez—. Ira del cielo, he sido atacado por unos condenados bandidos.

—¿Es tuya esa sangre, o de ellos?

A la luz del farol, Struan desgarró su chaqueta y su camisa, dejando al descubierto la herida. El corte, que abarcaba todo el músculo del hombro, era limpio, aunque poco profundo.

—¡Bah, una picadura de mosquito! —comentó Brock, el cual cogió una botella de ron y la vertió sobre la herida. Sonrió mientras Struan se retorcía de dolor e inquirió—: ¿Cuántos eran?

—Tres.

—¿Y te has dejado herir por tres? Muchacho, te estás volviendo viejo —aseguró el traficante, al tiempo que vertía más ron, esta vez en un par de vasos.

Bebió Struan y se sintió reconfortado.

—Creí que estabas durmiendo —añadió Brock—. La puerta de tu cuarto se hallaba cerrada. ¿Dónde has pasado la noche?

—¿Qué ha sucedido aquí? —inquirió a su vez Struan, sin contestar la pregunta.

—Los sirvientes desaparecieron hará una hora. Pero estamos vigilando. Al menos medio centenar de armas te estaban cubriendo mientras cruzabas la plaza a la carrera.

—Entonces, ¿por qué me recibiste con un culatazo en el estómago, por todos los infiernos?

—Quería demostrarte que estamos alerta —aseguró Brock, tomando un trago de brandy.

—¿Sabe alguien la razón de la huida de los criados?

Brock se encaminó hacia la puerta. Los abanderados dormían en su mayor parte. Un mortecino amanecer despuntaba en el horizonte. Con el rostro repentinamente ensombrecido, Brock observó a los soldados y dijo:

—Esto toma un endemoniado cariz. Los malditos abanderados no hacen otra cosa que permanecer sentados, batiendo sus timbales de tiempo en tiempo. Me parece que sería mejor retirarnos, mientras aún estemos a tiempo.

—Estamos protegidos por algunos días.

—Tengo un mal presentimiento —aseguró Brock, moviendo negativamente la cabeza—. Algo anda mal, y es mejor que nos marchemos.

—No creo que sea nada grave, Brock —dijo Struan, desgarrando un trozo de camisa y limpiándose el sudor del rostro.

—Tal vez, pero he tenido ese presentimiento, y sé que cuando lo tengo es hora de marcharse —aseguró Brock, y señaló con el pulgar hacia los soldados—. Los hemos contado, y son ahora ciento cincuenta. How-qua dice que hay más de un millar dispersos por todo el Establecimiento.

—Yo he visto alrededor de doscientos, hacia el Este.

—¿Dónde has estado?

—Fuera.

Struan se sintió tentado de contar lo ocurrido, pero con ello no ganaría nada, ya que Brock haría todo lo posible porque la plata no llegara a su destino, y sin la plata, pensó Struan, estaba aniquilado.

—Había una muchacha por aquí cerca… —añadió Struan, con tono despreocupado.

—¡Al demonio con las muchachas! Eres capaz de haber marchado por culpa

de alguna muñeca, ¿no es cierto?

Brock se rascó pensativamente la barba, y a continuación agregó:

—Podemos irnos hacia el mediodía.

—No.

—Dije al mediodía.

—No.

—¿Qué es lo que te retiene aquí? —preguntó Brock, frunciendo el ceño.

—Si nos marchamos antes de que haya verdadero peligro, perderemos nuestro prestigio.

—Sí, me doy cuenta. No me gusta huir, pero algo me dice que es lo más aconsejable.

—Esperemos un par de días más.

Brock miró a su interlocutor con gesto receloso.

—Sabes muy bien que nunca me equivoqué cuando dije que debíamos huir. ¿Por qué razón ahora deseas quedarte? —preguntó.

—Se trata de otra de las artimañas de Ti-sen. Esta vez son erróneas tus suposiciones. Te sustituiré aquí dentro de una hora —dijo Struan, y dando media vuelta se alejó.

«¿En qué estará metido Dirk?», pensó Brock. Luego carraspeó con fuerza y escupió en el suelo, disgustado ante la sensación de peligro que parecía cerñirse sobre el Establecimiento en aquellas primeras horas del amanecer.

Struan ascendió rápidamente por la escalera de mármol hasta llegar a sus aposentos. Las paredes de las habitaciones estaban cubiertas de cuadros de Quance y de colgaduras chinas de seda. En los rellanos de la escalera había grandes dragones de teca y cofres de la misma madera. En el pasillo que comenzaba en el primer rellano colgaban varios cuadros representando embarcaciones y batallas navales, y sobre un pedestal se divisaba un modelo a escala del H. M. S. *Victory*.

Struan halló la puerta de su habitación cerrada por dentro.

—¡Abran ahí! —exclamó.

Se abrió en seguida la puerta, y Ah Gip le franqueó la entrada.

—¿Dónde demonios has estado, May-May? —preguntó Struan a la

muchacha, que permanecía en las sombras, cerca de la ventana.

May-May dijo algo a Ah Gip, y la sirvienta se retiró al momento. Struan corrió el cerrojo de la puerta y repitió: —¿Puede saberse dónde has estado?

Acercóse ella a la luz y Struan se sorprendió al advertir la palidez de la muchacha.

—Dime de una vez qué ocurre —dijo él.

—Corren tremendos rumores, Tai-Pan. Se dice que todos los bárbaros vais a ser pasados a cuchillo.

—Eso no es nada nuevo. ¿Dónde has estado?

—Lo de los abanderados es algo nuevo. Se afirma que Ti-sen ha caído en desgracia y que le han condenado a muerte.

—Absurdo. Es primo del emperador y, por sus riquezas, se le tiene como el segundo hombre de China.

—Aseguran que el emperador montó en cólera cuando supo que Ti-sen había hecho un tratado, y ordenó que torturasen públicamente a su primo.

—Me parece una locura —aseguró Struan, el cual se despojó de su chaqueta y de la camisa.

—Y a ti, ¿qué te ha pasado? —exclamó ella, al ver la herida.

—Me asaltaron unos bandidos.

—¿Has visto a Jin-qua?

Struan mostróse sorprendido.

—¿Cómo sabes lo de Jin-qua? —preguntó.

—He ido a presentar mis respetos a su Dama Suprema y a charlar con ella. Me dijo que él había regresado y que te mandó llamar enseguida.

Struan ignoraba que May-May conociera a la primera mujer de Jin-qua, pero sintió tal cólera que no dio importancia al hecho.

—¿Por qué demonios no me dijiste adonde ibas?

—Porque me lo habrías prohibido —replicó la muchacha—. Deseaba verla y también hacerme peinar y consultar a un astrólogo.

—¿Cómo?

—Hay una peluquera que atiende a la esposa de Jinqua y que trabaja magníficamente. Es famosa en todo Kuantung y cobra muy caro. El astrólogo dijo que los hados eran propicios, pero aconsejó precauciones en la construcción de casas.

—De modo que has arriesgado la vida para ir a ver a un hechicero y a que te peinen, ¿no es cierto?

—No debieras hablar así —replicó ella, fríamente—. Fue en la peluquería donde me enteré de los rumores.

Luego, May-May cogió la mano de Struan, la pasó por su pelo y añadió:

—Mira, está mucho más suave, ¿no es cierto?

—¡Ni lo sé, ni me importa! —replicó Struan, retirando la mano—. Ira del cielo, si vuelves a marcharte sin decirme adonde vas, te daré una azotaina que no podrás sentarte durante un mes entero.

—Trata de hacerlo, Tai-Pan, ira del cielo —dijo ella, mirándole con gesto desafiante.

Struan la cogió por las muñecas y, mientras ella se debatía, la llevó a rastras hasta el lecho, donde le levantó la falda y las enaguas y le dio algunos azotes hasta que le dolió la mano. Luego la echó sobre la cama. Nunca la había castigado hasta entonces, y la muchacha se levantó al instante y se lanzó sobre él, procurando arañarle el rostro con sus largas uñas. Una de las lámparas de mesa cayó al suelo haciéndose mil pedazos, mientras la pareja luchaba, hasta que Struan venció y volvió a propinar a la muchacha una buena azotaina. Revolvióse May-May, y con las uñas le arañó el rostro otra vez, escapando incólumes los ojos de Struan por pocos milímetros. El apartó esta vez la ropa interior y con la palma de la mano golpeó las nalgas desnudas de la muchacha. Como ella se escurriera, Struan la sujetó firmemente, pero en seguida May-May le clavó los dientes en el antebrazo. Lanzó una maldición Struan y la muchacha volvió a morderle con fiereza.

—¡Por todos los cielos, no volverás a morderme otra vez! —dijo él, apretando los dientes.

Ella siguió mordiendo con fuerza, pero Struan, intencionadamente, no retiró el brazo. El dolor le hacía saltar las lágrimas, pero se mantuvo firme, mientras con la otra mano seguía pegando a la muchacha en las nalgas, hasta dejarle la piel ardiendo. Al fin, May-May aflojó los dientes y soltó el antebrazo de Struan.

—Basta… Basta, por favor, basta… —dijo sollozando, mientras se reclinaba indefensa sobre la almohada.

Struan trató de recobrar el aliento.

—Ahora vas a decir que sientes haberte marchado sin mi permiso. ¡Vamos,

dilo!

Las congestionadas nalgas de May-May se tensaron, esperando un nuevo azote. Pero Struan no alzó la mano. Sabía que el temperamento de un animal de raza podía aplacarse, pero nunca ser dominado por completo.

—¡Vamos, cuento hasta tres!

—Sí, sí, lo siento. Me haces daño, me haces mucho daño… —dijo ella, llorando mansamente.

Se levantó él del lecho, colocó su antebrazo bajo la luz y examinó el mordiscó. Los dientes de May-May habían penetrado profundamente en la carne y la sangre escapaba por la herida.

—Ven aquí —dijo él, serenamente.

May-May no se movió, sino que siguió llorando.

Struan repitió la orden con voz tan autoritaria como un latigazo, por lo que May-May se levantó sobresaltada y se acercó a él, bajándose las ropas y con los ojos enrojecidos por el llanto.

Extendió Struan el antebrazo sobre la mesa, limpió la sangre con un pañuelo y vertió luego brandy sobre las mordeduras. A continuación encendió una cerilla y se la dio a ella.

—Quema las heridas, una por una —le ordenó.

—¡No!

—¡Quémalas! —repitió Struan—. La mordedura humana es tan ponzoñosa como la del perro rabioso. ¡Aprisa!

La operación exigió tres cerillas, y cada vez May-May lloraba un poco, espantada por el olor a carne quemada, si bien mantenía con firmeza la mano que sostenía la cerilla. Cuando el músculo rociado de brandy chisporroteaba bajo la llama, Struan hacía rechinar los dientes, pero no lanzaba un solo quejido. Cuando todo hubo concluido, Struan vertió más brandy sobre las ennegrecidas heridas, y May-May, mareada, se puso a vomitar en la taza de noche. Struan mojó luego una toalla en agua caliente y la pasó suavemente por la piel enrojecida de las nalgas de May-May. Después le lavó el rostro y le hizo tomar algunos sorbos de agua caliente para que se enjuagara la boca. La colocó luego sobre el lecho y allí la habría dejado de no haberse vuelto May-May, abrazándole. Lloró ella con dolor y ternura, y sus lágrimas de arrepentimiento le limpiaron el espíritu.

Struan permaneció acariciándola y consolándola hasta que ella se durmió. Después bajó al jardín y relevó a Brock de su guardia.

Al mediodía se celebró otra reunión. Muchos traficantes eran partidarios de marcharse inmediatamente, pero Struan hizo prevalecer su opinión y logró persuadirles para que esperasen hasta el día siguiente. Decidieron trasladarse al edificio de Struan, para mayor seguridad.

Los americanos, en cambio, siguieron en las oficinas de Cooper.

Cuando Struan regresó a sus habitaciones, May-May le recibió cariñosamente. Más tarde durmieron los dos, ya completamente apaciguados. En una ocasión, ambos se despertaron al mismo tiempo, y ella le besó, diciéndole con voz soñolienta:

—Tenías razón cuando me pegaste, Tai-Pan. Yo estaba equivocada. Pero procura no pegarme cuando no tengas razón, porque entonces te mataré mientras duermes.

Pocas horas después, la calma se interrumpió. Wolfgang Mauss golpeó en la puerta de Struan y exclamó:

—¡Tai-Pan! ¡Tai-Pan!

—¿Qué sucede?

—¡Rápido, abajo!

Al abrir la puerta, Struan oyó el confuso rumor de las turbas que irrumpían en la plaza.

CAPITULO VII

—¡Ya os lo advirtió mi padre, maldición! —dijo Gorth, volviéndose desde la ventana hacia los traficantes y apartándolos mientras avanzaba entre ellos.

—Han habido otros tumultos antes de ahora —dijo Struan—. Y sabemos perfectamente que son los mandarines quienes lo ordenan y controlan.

—Sí, pero ahora es distinto —dijo Brock.

—No hay por qué preocuparse. No ocurrirá nada —declaró de nuevo Struan.

Debajo, la plaza se hallaba atestada de chinos. Algunos portaban faroles y otros antorchas. Sólo unos pocos iban armados y todos lanzaban estentóreos gritos.

—Seguramente hay dos o tres mil amarillos —dijo Brock. Y dirigiéndose al reverendo, añadió—: ¡Eh, Wolfgang! ¿Qué gritan esos demonios paganos?

—Gritan: «¡Muerte a los bárbaros!».

—¡Maldita canalla! —apostrofó Roach, un hombrecillo con aspecto de gorrión, cuyo mosquete era más alto que él.

Mauss volvió a mirar a la muchedumbre, con el corazón latiéndole fuertemente y las sienes cubiertas de sudor. «¿Ha llegado la hora, Señor? ¿Es la hora del martirio? », pensó mientras observaba a las turbas.

—Iré a hablarles, a predicar entre ellos las enseñanzas de nuestra religión —dijo al fin Mauss, roncamente, deseando el sacrificio, pero espantado por lo que éste entrañaba.

—Estimable idea, señor Mauss —afirmó con plácido sarcasmo el indio Rumajee, mientras examinaba alternativamente a la turba y al reverendo—. Creo que están dispuestos a acogerle con gran simpatía.

Struan advirtió el sudor que bañaba el rostro de Mauss, intensamente pálido, y le cerró el camino cerca de la puerta, mientras decía:

—No, Mauss, no hará usted tal cosa.

—Ahora es el momento, Tai-Pan.

—No comprará usted su salvación de un modo tan fácil, reverendo —insistió Struan.

—¿Quién es usted para juzgarlo? —replicó Mauss, y trató de apartar a Struan, que se mantuvo firme.

—Yo afirmo que a la salvación sólo se llega por un camino muy largo y difícil —dijo suavemente Struan. Por dos veces había visto la misma predisposición en el reverendo. Fue siempre antes de entrar en batalla con los piratas y luego, cuando la lucha estaba en su apogeo, Mauss arrojó sus armas al suelo y avanzó hacia el enemigo con expresión de éxtasis, en busca de una muerte deliberada.

—La paz del Señor es… es difícil de hallar —tartamudeó Mauss, contento de que le detuvieran y culpándose interiormente por ese gozo—. Yo quería…

—Ya está bien, Mauss. Nos sabemos de sobra eso de la salvación del alma —afirmó Masterson, el cual juntó las manos y fingió una oración—. «Señor, líbranos de los paganos». Sí, en eso estamos de acuerdo, ¿verdad? Mauss se contuvo a duras penas. Ante Struan se sentía, una vez más, con el alma desnuda, pues éste había vuelto a sondear profundamente en su espíritu.

—Sí…, creo que… que tiene razón —tartamudeó el reverendo.

—Además, si le perdemos, ¿quién seguirá predicando a los paganos? —afirmó Struan, decidido a vigilar a Mauss, para evitar que cometiera una torpeza.

—Yo me pregunto qué valor tendría arrojar un valioso cristiano a los lobos —aseguró Masterson, sonándose las narices con los dedos—. Ese hatajo de truhanes merece ser azotado hasta la muerte, en lugar de recibir sermones. Estoy seguro de que se trata de un ataque real.

Vamos a tener que orar de verdad.

—Ahora Masterson se vuelve atrás-replicó Roach, desde el otro extremo de la estancia.

—¿Quién demonios te habla a ti? —inquirió Masterson, irritado—. Estaba hablando con el reverendo y con el Tai-Pan. Oiga, Mauss, creo que sería acertado que usted elevara una plegaria por nosotros. Al fin y al cabo, somos buenos cristianos, ¡por todos los cielos!

Mauss se secó el sudor de la frente.

«¡Oh, Señor Dios nuestro! —rezó para sus adentros—. Dame tu paz;

envíame discípulos y misioneros a fin de que pueda depositar en ellos mi carga. Y te bendigo por enviarme al Tai-Pan, que es mi conciencia y que cuida de mí».

—Gracias, Tai-Pan —añadió luego Mauss, humildemente.

La puerta se abrió de improviso y un nuevo grupo de traficantes irrumpid en la estancia. Todos iban armados y sus rostros expresaban gran alarma.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —inquirió uno.

—No lo sabemos —contestó Roach—. Reinaba la calma, y de pronto, empezó el alboroto.

—Apostaría la cabeza a que ya no volveremos nunca a ver al pobre Eliksem. El infeliz debe de tener a estas horas un buen tajo en la garganta —aseguró Masterson, empuñando con fuerza el mosquete—. Estoy seguro de que de esta noche no pasamos.

—Vamos, cállese, por favor —rogó Roach, bastante impresionado.

Gorth se encaminó hacia la puerta y dijo:

—Traeré a mis muchachos y mandaremos a esos amarillos al infierno.

—¡Alto! —exclamó Struan, con acento terminante—. Todavía no nos han hecho daño alguno. ¿Qué pretendes, Gorth? ¿Acaso te asustan unos pocos chinos vociferantes?

Gorth enrojeció intensamente y avanzó hacia Struan, pero Brock se interpuso en su camino.

—Vete abajo, hijo —ordenó—. Monta guardia en el jardín, y al primer chino que éntrenle vuelas la asquerosa cabeza.

A duras penas controló su cólera el irascible Gorth, que al fin abandonó el jardín. Cuando lo hubo hecho, todos volvieron a hablar atropelladamente.

—No está bien que irrites al muchacho, Dirk —dijo Brock, al tiempo que se servia un jarro de cerveza negra y se lo bebía ávidamente—. Bien pudo haberte dado una paliza.

—¡Quién sabe! De lo que no hay duda es de que necesita aprender mejores modales.

—Perdone, señor Struan —dijo Rumajee—. ¿Hay centinelas en la puerta trasera?

—Sí. Están tres de mis hombres. Son capaces de aguantar contra un ejército de esa chusma.

Se inició una discusión entre los trancantes, y, al fin, Roach dijo:

—Estoy de acuerdo con Gorth. Debemos abrirnos paso a la fuerza inmediatamente.

—Lo haremos, si es necesario —aseguró Struan.

—Desde luego —convino Brock—. Llevarlo a cabo en este mismo momento sería precipitar los acontecimientos. Esperemos en guardia hasta la noche. Tal vez para entonces se hayan marchado.

—¿Y si no lo hacen? ¿No será entonces demasiado tarde?

—No. Entonces correrá bien la sangre. Enviaré a tres de mis hombres a nuestra lorcha con orden de que la lleven al centro del río y disparen —manifestó Brock—. Allí hay un cañón con balas de cinco kilos.

Struan se echó a reír.

—Creo que el señor Brock bien merece un voto de confianza —manifestó.

—¡Por todos los santos, señor Brock, es usted un genio! —exclamó Masterson—. ¡Tres hurras por el señor Brock!

Los traficantes dieron los vivas correspondientes y Brock sonrió ampliamente.

—Gracias, gracias, muchachos —dijo—. Y ahora será mejor que nos echemos a dormir un poco. Hay quien vigila, y por el momento nos hallamos seguros.

—*¡Gott in Himmel!* —exclamó Mauss, señalando por la ventana, con los ojos muy abiertos—. ¡Miren eso!

Una larga procesión de chinos con faroles y timbales estaba llegando a la plaza desde Hong Street. Los precedían un grupo de abanderados con látigos, que abrían paso entre la muchedumbre. A la cabeza de la procesión iba un hombre que lucía una amplia faja sobre la túnica. Esta era lujosa, pero el individuo iba descalzo y sin sombrero, y de sus miembros colgaban gruesas cadenas, que le obligaban a avanzar trastabillando.

—¡Ira del cielo! —exclamó Struan—. ¡Ese es Ti-sen!

La procesión llegó al centro de la plaza y se detuvo allí. Integraban el desfile todos los mercaderes Co-hong, con excepción de Jin-qua. Sus sombreros aparecían sin los botones indicadores de su rango. Los mercaderes permanecieron inmóviles, evidentemente agobiados por el temor. La multitud comenzó a mofarse y a proferir insultos, hasta que el jefe de los abanderados, un soldado corpulento y de negra barba, golpeó un gran gong y la turba quedó en

silencio. A continuación penetró en la plaza un palanquín descubierto, al que escoltaban abanderados a caballo delante y detrás. Sentado en la silla de mano y vestido con la túnica gris y escarlata de ceremonias, se hallaba Hipia-kho, el Hoppo imperial. Este era un obeso mandarín manchú, casi carente de cuello, que llevaba en la mano el abanico imperial, símbolo de su cargo. El abanico era de marfil y tenia incrustaciones de jade.

Depositaron la silla del Hoppo en el centro de la plaza, y el jefe de los abanderados dio una orden. Todos los que estaban en la plaza hicieron tres profundas reverencias y permanecieron inmóviles.

El Hoppo desenrolló a continuación un pergamino, y a la luz de un farol que sostenía un soldado comenzó a leer en voz alta y aguda.

—¿Qué está diciendo? —inquirió Brock a Mauss.

—Miren, ahí tienen al viejo How-qua —dijo Masterson, riendo—. Está temblando.

—Por favor, cállese. No puedo oír bien, *¿hein?* —protestó Mauss, quien se acercó más a la ventana. Los demás permanecieron en silencio.

—Es un edicto del emperador —dijo rápidamente el reverendo—. «Y el traidor Ti-sen, nuestro antiguo primo, deberá ser encadenado y enviado a nuestra capital para dar cumplimiento a la pena de muerte…». No oigo ahora, *¿hein?* Un momento… «El lamentable tratado al que se dio el nombre de Convención de Chuenpi, que él firmó sin nuestro consentimiento, queda revocado. Se ordena a los bárbaros que abandonen nuestro reino, y Cantón y Hong-Kong, bajo pena de muerte inmediata…».

—No puedo creerlo —dijo Roach.

—¡Cállese de una vez! ¿Cómo, si no, va a oír Wolfgang?

Mauss siguió escuchando con toda atención la aguda parrafada del mandatario chino.

—Se nos ordena que nos vayamos —dijo—. Debemos pagar también una indemnización por los perjuicios que hemos causado. No habrá comercio sino bajo las Ocho Reglas, y se ordena a la reina Victoria que se presente vestida de luto en Cantón… Parece que se pone a precio nuestras cabezas. «Como muestra de nuestro imperial disgusto, el criminal Ti-sen será castigado públicamente y serán confiscadas todas sus propiedades. ¡Temed mi orden y obedeced temblando!».

El capitán de los soldados se acercó a Ti-sen, y con el látigo que empuñaba señaló hacia el suelo. Ti-sen, con el rostro intensamente pálido, se arrodilló. El capitán alzó el flagelo y lo descargó sobre las espaldas de Ti-sen una y otra vez. No se oía en la plaza otro ruido que el restallar de los latigazos. El condenado cayó boca abajo, y el soldado siguió propinándole fuertes azotes.

—No es posible —dijo Masterson—. Si hacen esto a Ti-sen, por todos los santos, nosotros estamos también sentenciados.

—¡Bobadas! Podemos tomar toda China en cuanto nos lo propongamos.

Brock rióse sordamente.

—¿Puede saberse qué es lo que le hace tanta gracia, *hein?* —preguntó Mauss, con impaciencia.

—Esto significa guerra de nuevo, y me alegro de ello. ¿Ves, muchacho? —dijo Brock, mirando burlonamente a Struan—. Ya te lo dije. Nada se gana con hacer tratados benignos con esta gentuza.

—Tengo la impresión de que es una maniobra —replicó Struan con calma, aunque interiormente se hallaba perplejo por lo que estaba presenciando—. Ti-sen es el hombre más rico de China. Seguramente el emperador ha hallado en él una cabeza de turco, y al tiempo que salva su prestigio, se apodera de las riquezas de Ti-sen.

—¡Al diablo tú y tus decisiones! —exclamó Brock, que ya no parecía estar divertido—. El caso es que, concluido el tratado, el comercio ha terminado, lo mismo que Hong-Kong. Y tú también has terminado.

—Te equivocas por completo, Tyler. Hong-Kong sólo acaba de nacer —aseguró Struan—. Aún pueden suceder muchas cosas.

—Sí, entre ellas, la guerra, por todos los infiernos.

—En tal caso, ¿dónde está la base para la flota? Macao es inservible, como siempre lo ha sido. Forma parte del continente, y los chinos pueden caer encima en cuanto quieran. No ocurre lo mismo con nuestra isla, sobre todo si la Armada la protege. Yo les aseguro que sin Hong-Kong estamos perdidos. Sin él no podremos lanzar otra campaña contra el Norte, ni proteger los puertos o establecimientos que fundemos en el futuro. ¿Me oyes, Tyler? Hong-Kong es la llave de China.

—Yo sé mucho acerca de islas fortificadas —replicó Brock, entre las voces de aprobación de los demás traficantes, que se mostraban de acuerdo con Struan

—. Hong-Kong no es la única isla de que disponemos. Chu-Shan es mejor.

—No puede protegerse a Chu-Shan del mismo modo que a Hong-Kong —afirmó Struan—. En esa isla árida y deshabitada, como tú la calificas, está nuestro futuro.

—¡Quién sabe! —dijo Brock, con tono de disgusto—. Ya veremos si es cierto. De todos modos, no serás tú quien disfrute de la isla. Yo me quedaré con la loma, porque tú ya no tienes nada que hacer allí.

—No estés tan seguro —replicó Struan, al tiempo que miraba de nuevo a la plaza.

El látigo seguía cayendo sobre las espaldas del condenado.

Struan compadeció a Ti-sen, que estaba sufriendo las consecuencias de una situación que no había creado. Ti-sen no solicitó el puesto de plenipotenciario, chino, sino que tuvo que aceptarlo por la fuerza. Había caído en la trampa de la época en que vivía, como el mismo Struan y como Longstaff, Brock y el Hoppo, que ya no podían retroceder, una vez que se había dado el primer paso. El resultado sería tan inexorable como lo era el látigo. Se iniciaría un ataque contra Cantón, como ya había ocurrido anteriormente. En primer lugar caerían los fuertes y las cercanías de la ciudad, y luego se amenazaría a ésta. No habría necesidad de capturarla, ya que Cantón pagaría un rescate antes que ser destruida. Luego, cuando llegase el verano, las fuerzas inglesas navegarían otra vez hasta las bocas del río Pei-Ho, y de nuevo, el emperador, atrapado, trataría de firmar la paz. El tratado seguiría en pie porque estaba bien concebido. Luego, con el correr de los años, los chinos abrirían poco a poco sus puertos voluntariamente, al ver lo mucho que los ingleses podían ofrecerles: justicia, libertad y el sentido de la propiedad.

«Los chinos, en general, desean lo mismo que nosotros —pensó Struan—. Juntos podemos trabajar en beneficio de todos, y tal vez les ayudemos a expulsar a los tiranos manchúes. Eso es lo que puede ocurrir si continúa en vigor el tratado. Tengamos paciencia; seguiremos el juego a los chinos según sus propias reglas y a su usanza, midiendo el tiempo no por días o años, sino por generaciones, si se hace necesario. Y siempre, desde luego, que podamos comerciar mientras esperamos. Sin el comercio, el mundo volverá a ser lo que fue siempre: un infierno donde sólo imperan el brazo más fuerte o la espada mejor templada. Los débiles nunca dominarán el mundo, cierto; pero al menos la

ley podrá protegerles para que subsistan como los demás seres».

Cuando Ti-sen hubo recibido un centenar de golpes, el capitán lo levantó del suelo. La sangre le corría por el rostro y el cuello, y su túnica aparecía en la espalda completamente ensangrentada. La turba profería injurias y se mofaba a gritos de él. Uno de los abanderados hizo sonar el gong, pero continuaron las vociferaciones. Los soldados arremetieron entonces contra la multitud, descargando mandobles y lanzadas. Se oyeron algunos lamentos y la turba retrocedió rápidamente, al tiempo que volvía a reinar el silencio.

El Hoppo, con ademán imperioso, señaló hacia el jardín. Levantaron su palanquín, y los abanderados le abrieron paso con sus látigos en dirección adonde se hallaban los traficantes.

—Vengan —dijo Struan a Mauss y Brock—. Los demás estén atentos, por si se inicia un ataque.

Struan se encaminó hacia el jardín, seguido de cerca por Brock y el reverendo.

—¿Estás mal de la cabeza? —inquirió Brock.

—Nada de eso.

Al llegar a la puerta del jardín, esperaron mientras los abanderados y el palanquín se acercaban. El Hoppo permaneció en su silla de mano y se dirigió a ellos con tono autoritario.

—Ordena que aceptemos una copia del edicto imperial, señor Struan —dijo Mauss.

—Dígale que no estamos ataviados con traje de ceremonia. Un acto tan importante debe ser realizado con el atuendo que exige tan alta ocasión.

El Hoppo escuchó y pareció quedar perplejo. Después de un momento de silencio, volvió a hablar.

—Está diciendo —tradujo Mauss—: «Los bárbaros no tienen ceremonial y son despreciables. Sin embargo, el Hijo del Cielo tiene clemencia con todos aquellos que le temen. Una delegación deberá venir a mi palacio a la Hora de la Serpiente».

—¿Qué hora es esa? —inquirió Brock.

—Las siete de la mañana —respondió Mauss.

—No vamos a caer en esa trampa como unos inocentes —dijo Brock—. Contéstele que se vaya al infierno.

—Un momento —intervino Struan—. De acuerdo con las Ocho Reglas, no se nos permite entrevistarnos directamente con el Hoppo, sino que debemos recibir los documentos por medio de los Co-hong aquí mismo, en el Establecimiento. La Hora de la Serpiente es demasiado pronto.

Struan miró al cielo, que comenzaba a clarear.

—¿Cuándo es las once de la noche? —inquirió.

—La Hora de la Rata —contestó Mauss.

—Entonces dígales que recibiremos aquí el documento, de manos de los Co-hong, «con la debida ceremonia», a la Hora de la Rata, mañana por la noche.

—Un plan muy astuto, Dirk —aseguró Brock—. Así tendremos tiempo de sobra para prepararles una buena matanza.

Mauss volvió a escuchar al Hoppo.

—Ahora dice —manifestó— que el Co-hong nos entregará el edicto a la Hora de la Serpiente, y que los bárbaros ingleses deberán abandonar el Establecimiento a la Hora de la Oveja, es decir, a la una de la tarde, hoy mismo.

—Dígale que la una de hoy no es plazo suficiente. Mejor será a la Hora de la Oveja mañana.

—Contesta ahora que deberemos evacuar el Establecimiento a las tres de la tarde de hoy, Hora del Mono, y que nuestras vidas quedan garantizadas hasta ese momento, en que podremos salir sin sufrir daño alguno.

—Dígale que a la Hora del Mono, pero mañana.

El Hoppo contestó a Mauss y luego dio una orden tajante.

Levantaron el palanquín y la comitiva volvió a desfilar de nuevo.

—Ha dicho que debemos marcharnos hoy a la Hora del Mono, las tres de la tarde.

—¡Maldito sea! —exclamó Struan, lleno de ira.

La procesión enfilaba hacia Hog Street. Uno de los abanderados empujó a Ti-sen detrás de la silla de mano del Hoppo, y como cayera al suelo, le azotó mientras la multitud seguía injuriándole. Los abanderados que quedaron en la plaza se dividieron en dos grupos. Uno se aproximó al edificio de Struan, cortando el paso hacia Hog Street, y el otro montó guardia hacia el Oeste. De esa forma, el edificio quedaba cercado.

—¿Por qué tratabas de alargar el plazo?

—Sabes muy bien que si el Hoppo concede un plazo prolongado, su vida

corre peligro, como ha ocurrido con Ti-sen. ¿Tanta importancia tiene que nos quedemos otra noche? De todos modos, la mayoría de nosotros nos vamos hoy para asistir a la venta de tierras en Hong-Kong.

«Ira del cielo —pensó Struan, reconociendo que Brock tenía razón—. ¿Cómo podría yo esperar por la plata?».

—Dime, ¿tenías alguna razón especial? —insistió de nuevo Brock.

—No, en absoluto —contestó Struan.

—Pues yo creo que debes de tener un motivo —manifestó el traficante, y volvió a entrar en el edificio.

Justamente a la Hora de la Serpiente, el cuerpo completo de los Co-hong llegó a la plaza, escoltado por cincuenta abanderados que percutían gongos y timbales.

Los centinelas que montaban guardia en la plaza les dejaron pasar y luego volvieron a interceptar el paso. De nuevo se notaba la ausencia de Jin-qua, pero su hijo How-qua, el principal de los mercaderes Co-hong, estaba allí. How-qua era un hombre de edad mediana, gordinflón, que siempre estaba sonriendo. Hoy, sin embargo, parecía hallarse sumamente atemorizado, y en su turbación casi dejó caer el enrollado pergamino del edicto imperial, que estaba atado con una cinta roja. Sus compañeros, los demás Co-hong, no parecían estar mucho más tranquilos.

Struan y Brock, vestidos con sus mejores galas, esperaron a la comitiva en el jardín. Struan se había afeitado cuidadosamente, y Brock se hizo recortar y peinar la barba. Ambos llevaban grandes flores en los ojales de las solapas, pues estaban persuadidos de que su aspecto podía influir en el curso de la ceremonia.

—Tienen razón —dijo Brock, y lanzó una risa destemplada—. Struan y yo recibiremos ese maldito edicto, y si no actuamos debidamente, "tal vez nos quemen como a ratas en la ratonera, sin concedernos siquiera el plazo estipulado.

La comitiva de los Co-hong se detuvo ante la puerta. Mauss la abrió y Struan y Brock traspusieron el umbral.

Los abanderados les miraron fieramente. Los dos traficantes británicos sabían muy bien la recompensa que se ofrecía por sus cabezas, pero no dieron muestras de estar atemorizados, pues habían ordenado que les cubrieran los otros comerciantes con sus fusiles desde las ventanas del edificio. También el cañón

de la lorcha de Brock, situada en medio del río, apuntaba hacia la plaza.

El capitán de los abanderados habló acaloradamente, haciendo ademanes con el látigo.

—Dice que vayamos a recoger el edicto —tradujo Mauss.

Struan se limitó a quitarse el sombrero y a extender la mano, después de lo cual siguió inmóvil en el mismo sitio.

—El Hoppo dijo que nos iban a entregar el edicto. Que cumplan la orden —contestó, con la mano extendida.

Mauss tradujo al chino, y tras un breve momento de indecisión, el capitán gritó algo a How-qua, quien avanzó apresuradamente y entregó a Struan el enrollado documento.

Inmediatamente, Struan, Brock y Mauss se quitaron de nuevo las chisteras y lanzaron un estentóreo grito:

—¡Dios salve a la Reina!

Al oír este grito, Gorth prendió una serie de cohetes que habían dispuesto en el jardín. Los Co-hong retrocedieron amedrentados, y los abanderados extrajeron sus arcos y flechas, pero Struan y Brock, con gesto solemne, permanecieron totalmente quietos, manteniendo sus sombreros en alto.

Los cohetes, al estallar, llenaron de humo el jardín.

Cuando cesaron las explosiones, ante el espanto de los Co-hong que entendían inglés, Mauss, Struan y Brock gritaron:

—¡Dios confunda a los malditos manchúes!

Desde el interior del edificio se oyeron tres vítores coreando las palabras de los tres traficantes.

El capitán de los abanderados avanzó con gesto amenazador y habló violentamente a Mauss.

—Pregunta qué significa todo esto, Tai-Pan.

—Contéstele lo que le he dicho.

Mauss, en un sonoro y perfecto mandarín, contestó:

—Esta es nuestra costumbre en las ocasiones solemnes. No todos los días se tiene la oportumdad de recibir un documento tan importante.

Struan, que conocía el odio de How-qua por los manchúes, le guiñó un ojo disimuladamente. El capitán lanzó una maldición y ordenó a los Co-hong que se retirasen. Obedecieron éstos, pero sintiéndose ya envalentonados.

Brock lanzó una carcajada estentórea y las risas se extendieron por todo el edificio, haciéndose eco en el otro extremo de la plaza, donde estaba el edificio de los americanos. En las ventanas de las oficinas de Struan apareció una bandera de Gran Bretaña, que alguien agitó gozosamente en el aire.

—Bueno, ahora más vale que nos preparemos para abandonar el lugar —dijo Brock—. De todos modos, lo hemos pasado espléndidamente.

Struan no contestó. Entregó el edicto a Mauss y le dijo:

—Haga una fiel traducción de cuanto se dice aquí, Wolfgang.

Después de esto, regresó a sus aposentos.

Ah Gip le abrió la puerta, inclinóse profundamente y regresó a la cocina. May-May estaba vestida, pero se hallaba tendida sobre la cama.

—¿Qué ocurre, May-May?

Ella le miró furiosamente, se volvió, levantó sus vestidos y dejó al descubierto las enrojecidas nalgas.

—¡Esto es lo que ocurre! —contestó ella, entre burlona y colérica—. Mira lo que has hecho, bárbaro bestial. Tengo que estar constantemente de pie o tendida boca abajo.

—Pues ponte como estés más cómoda —replicó Struan, sentándose con gesto preocupado en una silla.

May-May se bajó la ropa y saltó rápidamente de la cama, acercándose a él.

—¿Por qué no te ríes? Creí que la broma te iba a hacer gracia —dijo.

—Lo siento, chiquilla, pero tengo demasiadas preocupaciones.

Struan hizo una seña a Ah Gip, que había entrado en ese momento en la habitación, y le dijo:

—Tú vas afuera, Ah Gip, ¿oyes?

Cuando la criada hubo salido de la estancia, Struan cerró la puerta con llave. May-May se arrodilló junto al hogar y atizó el fuego con una vara.

—Tenemos que marcharnos a las tres —dijo Struan—. Tú dijiste que querías permanecer en el Establecimiento hasta mañana. ¿Cómo harías para quedarte?

—Me escondería —replicó ella—. Lo haría en… en una pequeña habitación del techo.

—¿En el desván?

—Eso es. ¿Acaso deseas permanecer aquí?

—¿Crees que buscarán en el edificio cuando todos se hayan ido?

—Me parece muy arriesgado quedarse, Tai-Pan.

—Pero dime, ¿te parece que los abanderados creerán que nos hemos marchado?

—Esos cerdos nunca son de fiar —contestó May-May, y lanzó un certero salivazo al fuego.

—¡Cuántas veces te he dicho que no escupas! —dijo, irritado, Struan.

—Y yo te he dicho otras tantas veces que es una costumbre china muy saludable, Tai-Pan. Si uno no escupe puede enfermar. Cuanto más fuerte se carraspea, más atemoriza uno al venenoso dios del escupitajo pernicioso.

—Eso es una estupidez, y el hábito no puede ser más repugnante.

—*¡Aeey yah!* —exclamó May-May, con impaciencia—. ¿Acaso ya no me entiendes ni siquiera cuando hablo en inglés? A veces me pregunto por qué me molesto en explicar nuestras sabias costumbres chinas a un bárbaro como tú. Pero dime, ¿por qué deseas que nos escondamos aquí? No puedes ignorar el peligro que corremos si no nos marchamos con los demás. Si los abanderados me descubren ya puedo prepararme. ¿Por qué escondernos?

Entonces, Struan contó a May-May lo de la plata de Jin-qua y la lorcha donde sería embarcado el metal precioso.

—Veo que tienes una gran confianza en mí, al contarme eso —replicó May-May, con seria expresión.

—Así es.

—¿Qué piensas ofrecer a Jin-qua, a cambio?

—Determinadas concesiones en los negocios.

—Desde luego; pero, ¿qué más?

—Sólo eso.

Se produjo un silencio.

—Jin-qua es un hombre inteligente. Estoy segura de que no lo haría sólo por un simple trato comercial —musitó ella—. Si yo fuera Jin-qua te pediría todo lo que fueras capaz de conceder. Absolutamente todo.

—¿Qué pedirías tú?

May-May contempló las llamas y se preguntó qué diría Struan si supiera que ella era nieta de Jin-qua, es decir, la segunda hija de la quinta esposa de How-qua. También pensó qué razón podía haber para que le hubieran prohibido decírselo a Struan, so pena de quedar borrada para siempre de las listas

ancestrales de la familia. Era extraño, se dijo, y experimentó un escalofrío al pensar que podían excluirla de esas listas, ya que eso significaba que no sólo ella, sino también sus descendientes quedarían privados de la mutua protección que constituía la fortaleza de la sociedad china. Esta era como una roca inconmovible, el único elemento que en cinco mil años de historia y civilización había demostrado ser realmente valioso.

Preguntóse igualmente May-May la razón por la que la habían entregado a Struan.

«Segunda hija de quinta madre —le dijo su padre cuando ella cumplió los quince años—. Mi ilustre padre te ha concedido un gran honor. Serás entregada al TaiPan de los bárbaros».

May-May quedó aterrada. Nunca había visto un bárbaro, y se lo imaginó con espantoso aspecto, sucio y con costumbres caníbales. Lloró entonces, suplicando piedad. Luego le enseñaron a Struan cuando éste se hallaba con Jin-qua. El gigantesco occidental la asustó, pero al menos pudo ver que no tenía aspecto repulsivo. De todos modos, aún hubiera preferido casarse con un chino.

Su padre, sin embargo, se mostró inconmovible, y sólo le dio una alternativa: «Obedece, o abandona esta casa para siempre», le dijo. Así, pues, tuvo que ir a la casa de Struan, en Macao, con instrucciones de complacerle en todo lo que él quisiera.

Hubo de aprender su bárbaro lenguaje y procuró enseñar a Struan costumbres chinas sin que él se diera cuenta.

Una vez al año, Jin-qua y su padre enviaban a alguien que tomaba nota de sus progresos y le daba noticias de la familia.

«Ciertamente, es muy extraño —siguió pensando May-May—. No fui enviada como espía, sino para ser la concubina de Struan, y estoy segura de que ni mi padre ni mi abuelo harían eso por un motivo trivial, más aún siendo yo de su misma sangre. ¿Acaso no he sido siempre la nieta favorita de Jin-qua?».

—Es demasiado dinero —dijo ella, por fin, evitando contestar la pregunta—. Tanto, que aterra pensar que esté todo depositado en un soló lugar. Es una gran tentación. Un pequeño golpe y diez o veinte generaciones de una familia quedarían enriquecidas.

«Qué tonta he sido al tener miedo del Tai-Pan. Es un hombre como los demás, y es mi señor —pensó la muchacha—. Sí, es muy hombre, y yo seré

pronto su Tai-tai para siempre».

Se inclinó ella profundamente y añadió:

—Es un gran honor que hayas confiado en mí. Siempre te encomendaré; a los hados, Tai-Pan. Me has proporcionado una gran alegría, pues cualquiera hubiera pensado en robar ese dinero, cualquiera. Y tú lo sabes, Tai-Pan.

—¿Cómo actuarías tú, para quedarte con la plata?

—Mandaría a Ah Gip al Hoppo —replicó May-May, y volvió a remover el fuego—. Por un cincuenta por ciento del dinero, él desobedecerá al emperador y te dejará permanecer aquí, en secreto, hasta que llegue la lorcha. Luego te permitirá subir, pero cuando estés en medio del río, mandará detener la nave y hará que te degüellen. Después él obrará por su cuenta; me quitará mi parte y me obligará a ser su concubina. ¡Sucio puerco! ¡Ni por todo el té de China lo haría! ¿Sabes que es casi impotente?

—¿Qué dices? —inquirió Struan, que estaba sumido en sus propios pensamientos.

—Todo el mundo lo sabe —manifestó ella, con gesto de convencimiento—. Tiene que acostarse con dos muchachas a la vez. Mientras una juega con él, la otra actúa. Además, también dicen que duerme con animales; patos, sobre todo, y que usa enormes postizos, porque es muy poca cosa.

—¡Haz el favor de no hablarme de esas porquerías!

—No son porquerías. Todo el mundo lo sabe —aseguró May-May, haciendo oscilar su hermosa cabellera negra—. No termino de entenderte, Tai-Pan. Te extrañan las cosas más corrientes. Hay muchas gentes que recurren a artificios para proporcionarse satisfacción o para aumentar su potencia. Ingieren comidas determinadas, e incluso medicinas. Si alguien es muy poca cosa, hará bien en tratar de aumentar de dimensiones, para poder así complacer más a su mujer. Pero ese cerdo no lo hace para causar placer, sino, al contrario, para provocar dolor.

—¡Basta, ira del cielo! ¡Cállate de una vez!

May-May le miró en silencio, y su ceño se frunció levemente.

—¿Son todos los europeos como tú, Tai-Pan? —inquirió—. ¿Acaso a ninguno le gusta hablar claramente de estos asuntos de hombres y mujeres?

—Hay ciertas cosas de las que es mejor no hablar, y eso es todo.

La muchacha movió negativamente la cabeza.

—Estás equivocado —aseguró—. Es muy conveniente hablar de ello. ¿De qué otra forma se puede aprender? El hombre es hombre, y la mujer es mujer. El uno tiene que aprender del otro. ¿Te disgusta acaso hablar de comida? ¿Por qué, entonces, tiene que disgustarte hablar de estas cosas, que son igualmente otro alimento para el cuerpo?

Los ojos de May-May contemplaron maliciosamente a Struan de arriba abajo. Luego, la muchacha añadió, imitando a los otros chinos:

—Sin embargo, el amo Tai-Pan gusta mucho mucho jugar. Juega mucho mucho, pero no habla, ¿cierto?

—¿Son todas las muchachas chinas como tú, May-May? —inquirió él, sin poder reprimir una sonrisa.

—Sí, la mayoría —contestó ella tranquilamente—. Son como yo, pero no tan buenas.

May-May terminó por lanzar una carcajada.

—Eres modesta —replicó Struan.

—Al demonio con esa clase de modestia. Yo soy sincera, Tai-Pan. Los chinos somos sinceros. ¿Por qué no había yo de apreciar mis cualidades? Tú también eres algo especial, y me gusta decírtelo. Sería estúpido no hacerlo.

La muchacha se puso en pie, abrió la puerta y susurró algo a Ah Gip. Esta se alejó arrastrando los pies por el pasillo, y May-May volvió a colocarse junto al fuego.

—¿A dónde la has enviado?

—A que nos busque un lugar para ocultarnos.

—De eso me encargaré yo.

—Ella lo hará mejor que tú. Primero comeremos, y luego decidiremos acerca de Brock.

—¿Qué tenemos que decidir sobre Brock?

—Estoy segura de que no dejará que te escondas y permanezcas tan tranquilo, ¿no crees?

—Ya he decidido lo que voy a hacer con él —aseguró Struan, sonriendo ampliamente—. Eres una muchacha singular, May-May, muy singular.

—¿Lo suficiente como para que me hagas tu Tai-tai, o tu Dama Suprema, de acuerdo con vuestras costumbres?

—Eso lo decidiré cuando haya llevado a cabo tres cosas.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, deberé tener a buen recaudo la plata en el *China Cloud*.

—¿Luego?

—La segunda es hacer de Hong-Kong un lugar totalmente seguro para nosotros.

—¿Y la última?

—Aún no lo sé muy bien. Deberás tener un poco de paciencia.

—Te ayudaré en las dos primeras tareas, pero no en la última. Si bien es cierto que soy china, y que los chinos somos muy pacientes, también es verdad que soy mujer.

—Así es —replicó él, tras unos instantes de silencio.

CAPITULO VIII

Struan se hallaba en su despacho privado de la planta baja, escribiendo una carta a Robb. Eran casi las dos de la tarde. En el exterior, los traficantes, junto con sus empleados, culíes y sirvientes, iban trasladando sus pertenencias desde los edificios que habían ocupado hasta sus lorchas. El Hoppo había retirado la orden que concernía a los criados, y éstos podían permanecer hasta la Hora del Mono —las tres de la tarde—, en que el Establecimiento debería quedar desocupado. Los abanderados seguían aún en la plaza, impidiendo el acceso al edificio de los norteamericanos.

Terminó Struan de escribir la misiva y la cerró con lacre, que selló con su anillo. Decía en la carta a Robb que no se preocupara, que regresaría con buenas nuevas a Hong-Kong. Para el caso de que sufriera un retraso, Struan aconsejaba a Robb que asistiera a la subasta de tierras, donde debería comprar los terrenos que ambos habían convenido. Sobre todo, le ordenó adquirir la loma a cualquier precio. Fuera cual fuese la apuesta de Brock, Robb debería ofrecer siempre un dólar más.

Por último, reclinóse Struan contra el respaldo de su asiento y se restregó los ojos, fatigados debido a la falta de sueño, y comenzó a recapitular de nuevo su plan, procurando hallar los puntos débiles del mismo. Como ocurría en todos los proyectos en que intervenían otras cosas, con sus posibles reacciones, aquél se hallaba un tanto basado en la suerte. Pero Struan confiaba en sus hados, que nunca le habían abandonado.

El gran reloj de pared, que perteneciera al abuelo de Struan, dio dos campanadas. Struan se puso en pie y se encaminó hacia donde los criados se hallaban cargando los enseres del edificio, vigilados por los empleados portugueses.

—Ya casi hemos terminado, señor Struan —dijo Manuel de Vargas, un

portugués ya maduro, de piel aceitunada, pelo canoso y grave continente. Llevaba once años en la Noble Casa y era el empleado principal. Antes de eso, Vargas había tenido su propia Compañía, con sede en Macao, pero fue incapaz de competir con los comerciantes británicos y americanos, y tuvo que buscar empleo.

Sin embargo, no les profesaba rencor. «Es la voluntad de Dios», dijo sin resentimiento en una ocasión, y junto con su mujer y sus hijos fue a la iglesia a dar gracias a la Virgen por sus bendiciones. Era, como la mayoría de los portugueses, fiel, calmoso y contentadizo.

—Vamos tan rápido como podemos, señor —agregó, con gesto cansino.

—¿Se encuentra usted bien, Vargas?

—Un poco cansado, señor, pero una vez que estemos asentados volveré a hallarme en condiciones —aseguró Vargas, moviendo la cabeza—. Es malo andar siempre trasladándose de aquí para allá.

Luego, señalando a un chino que pasaba tambaleándose bajo el peso de unos libros comerciales, añadió:

—Esos son los últimos libros, señor.

—Perfectamente.

—Es éste un día triste, muy triste, señor. Corren rumores desagradables, y también rumores absurdos.

—¿Qué clase de rumores?

—Dicen que van a exterminar la colonia de Macao y que nos arrojarán de Oriente de una vez por todas. En cambio, hay quien dice que volveremos dentro de un mes y que los negocios serán entonces mejores que nunca. Incluso se rumorea que hay cuarenta laks de plata en Cantón.

Struan logró mantener la sonrisa en su rostro.

—Creo que no hay tantos laks ni en toda la provincia de Kuantung —aseguró Struan.

—Desde luego. Es una tontería, pero resulta divertido oír decir esos disparates. Se dice que la plata fue reunida por los Co-hong como regalo para aplacar la ira del emperador.

—Una perfecta estupidez.

—Sin duda alguna. Nadie osaría reunir semejante suma en un mismo lugar. Todos los bandoleros que hay en China caerían encima como moscas sobre un

pastel, señor.

—Bien. Tenga esta carta y entréguela cuanto antes al señor Robta en persona —dijo Struan—. Luego vaya inmediatamente a Macao. Quiero que me busque trabajadores de la construcción para tenerlos en Hong-Kong dentro de dos semanas a partir de hoy. Necesito quinientos hombres.

—Sí, señor —manifestó Vargas, y para sus adentros pensó cuánto tiempo tendría que proseguir con la farsa. Todos sabían que la Noble Casa estaba arruinada. ¿Cómo iban a contratar quinientos hombres cuando no había dinero ni siquiera para comprar las tierras?—. Resultará difícil, señor —añadió.

—Tiene que tenerlos dispuestos para dentro de dos semanas, recuérdelo.

—No será sencillo hallar buenos trabajadores —insistió Vargas—. Todos los traficantes competirán por conseguir sus servicios, y, además, el edicto del emperador ha revocado el tratado. Tal vez no quieran ir a trabajar a Hong-Kong.

—Si se les ofrecen buenos jornales cambiarán de opinión. He dicho que deseo quinientos hombres, de los mejores. Pague el doble, si es necesario.

—Sí, señor.

—Si nosotros no tenemos dinero para pagarles —dijo Struan, sonriendo—, Brock se encargará de ellos con mil amores. No tiene por qué preocuparse.

—No me preocupan los trabajadores —aseguró Vargas—, sino la situación de la firma. No me gustaría que la Noble Casa dejase de existir.

—Lo sé. Me ha servido bien, Vargas, y se lo agradezco. Ahora llévese con usted a todos los empleados. Yo me voy con Mauss y mis hombres.

—¿Cierro yo la puerta principal, o lo hará usted, señor?

—Hágalo usted mismo, cuando todos los empleados se encuentren a bordo.

—Muy bien. Dios le acompañe, señor.

—Y a usted también, Vargas.

Struan cruzó la plaza. A su alrededor, los hombres se apresuraban a cargar los últimos efectos en las lorchas que se encontraban amarradas a lo largo del muelle.

A cierta distancia, también en el embarcadero, Struan vio a Brock y a Gorth que arrengaban en medio de denuestos a sus marineros y empleados. Algunos de los traficantes ya habían zarpado, y, desde una lorcha que enfilaba corriente abajo, un grupo de empleados saludó alegremente a los que aún permanecían en tierra.

Las gentes del río, que vivían en sus embarcaciones, observaban desde la orilla las maniobras de las lorchas y gritaban, ofreciendo sus sampánes para remolcar las naves de los traficantes hasta el centro de la corriente, ya que la dirección del viento haría difícil el desatraque de los muelles.

La lorcha de Struan tenía doce metros de eslora, poseía dos mástiles y era una nave bastante cómoda. Mauss ya se hallaba en la popa de la embarcación.

—Ya está todo dispuesto, Tai-Pan. Corre el rumor de que el Hoppo se ha apoderado de la mansión de Ti-sen. En ella había cincuenta laks en barras de plata.

—¿Y bien?

—Nada, Tai-Pan, *¿hein?* Es sólo un rumor —agregó Mauss, con gesto cansino—. Todos mis conversos han desaparecido como tragados por la tierra.

—Ya volverán, no se preocupe. Además, tendrá muchos chinos para adoctrinar en Hong-Kong —manifestó Struan, sintiendo compasión por Mauss.

—La isla es nuestra última esperanza, ¿no es cierto?

—Así es.

Struan se dirigió muelle arriba. Vio entonces un culi de alta estatura que salía del edificio de los americanos y se unía a la multitud que había en la plaza. Struan siguió al culi, y, al llegar junto a él, le dijo, imitando a los chinos:

—Oiga, ¿qué hace yanqui así vestido?

—Condenación, Tai-Pan —dijo Cooper, desde debajo de su enorme sombrero—. ¿Es tan malo mi disfraz?

—No es el disfraz, muchacho; es la estatura lo que le delata.

—Quería desearle, buena suerte. No sé si volveremos a vernos de nuevo. De todos modos, puede usted contar con los treinta días, como ya le dije.

—¿Cree que realmente servirán de algo?

—Eso lo sabremos seguramente dentro de un mes, ¿no le parece?

—Mientras tanto, compre ocho millones de libras de té para nosotros.

—¿Con qué, Tai-Pan?

—¿Con qué acostumbran ustedes a pagar el té? ¿Me lo puede decir?

—Sin duda somos sus agentes durante los treinta días próximos. Pero no puedo comprar para ustedes, si no dispongo de plata en barras.

—¿Ha vendido ya todo su algodón?

—Todavía no.

—Entonces es mejor que lo haga rápidamente, muchacho.

—¿Por qué?

—Tal vez se produzca una sorpresa.

—En ese caso perderemos el *Independence*.

—Eso sería una verdadera lástima, ¿no es cierto?

—Espero que usted llegue a un acuerdo con Brock, y pueda construir su *Independent Cloud*. Quiero darme el gusto de derrotarle con mi barco.

—Ya veremos, muchacho —dijo Struan, con expresión serena—. Y ahora prepárese a comprar rápido y en grandes cantidades. Ya le indicaré el momento oportuno.

—Ojalá se salve de ésta, Tai-Pan. Si usted desaparece, todos saldremos perdiendo.

—Quizá aún me tengan mucho tiempo a su lado.

—Una parte de mi espíritu de comerciante desea que usted se arruine. Más que nadie, es usted quien, desde hace mucho tiempo, retiene el mayor sector del mercado. Ya es hora de que llegue la libertad a los mares.

—¿Libertad para los barcos americanos?

—Y para todos los demás.

—Nosotros siempre dominaremos los océanos, muchacho. Tenemos que hacerlo. El de ustedes es un país agrícola. Nosotros somos comerciantes y necesitamos el mar.

—Llegará un día en que nuestro país dominará el mar.

—Tal vez entonces nosotros no tendremos necesidad de los mares, porque mandaremos en los cielos.

Cooper rióse sordamente.

—No se olvide de nuestra apuesta.

—Eso me recuerda que he recibido una carta de Aristóteles hace pocos días. Solicitaba un préstamo para ir tirando, porque la dama del encargo tiene que esperar hasta el verano, debido a que le salieron algunos granos en la piel. Tenemos tiempo de averiguar quién es la dama, y de trabar conocimiento con ella, incluso en el lecho.

—No será así, si se trata de Shevaun. En vez de sangre, tiene hielo en las venas.

—¿Le ha vuelto a decir que no, de nuevo?

—Sí. No deje de hablarle bien de mí, si se presenta la ocasión.

—¡Ah, no! No pienso mezclarme en esa clase de negocios.

Por encima del hombro de Cooper, Struan pudo ver a Brock y a Gorth, que se acercaban. Cooper se volvió, y, al verlos, dijo:

—Si los Brock no llegasen a Hong-Kong, usted dispondría del tiempo necesario, ¿no es así?

—¿Me está proponiendo un pequeño asesinato?

—Ese no sería un pequeño asesinato, Tai-Pan, sino uno a gran escala. Ah, buenas tardes, señor Brock.

—Ya imaginaba que era usted, Cooper —dijo Brock, con acento de satisfacción, y, dirigiéndose luego a Struan, añadió—: ¿Zarpas pronto, Dirk?

—Así es. Iré enseñando a Gorth mi popa todo el viaje, camino de Whampoa. Luego, con el *China Cloud* seguirá contemplándola hasta Hong-Kong, como de costumbre.

—La única popa que enseñará es la suya, dentro de cuatro días, cuando le arrojen a la Cárcel de Deudores, donde ya debería estar —dijo Gorth, visiblemente disgustado.

—Verás mi popa todo el camino hasta Hong-Kong, Gorth —insistió Struan —. No puedes hacer carreras conmigo. Como marino, ni siquiera eres capaz de dirigir un bote.

—Soy mucho mejor que usted, ¡por todos los infiernos!

—De no ser por tu padre, serías el hazmerreír de todos los marinos de Oriente.

—¡Por mi vida, grandísimo…!

—¡Cierra la boca! —gritó Brock. Sabía que a Struan le convenía ser insultado gravemente en público por Gorth, para así poder retarle a duelo—. ¿Por qué molestas al muchacho?

—Sólo estoy poniendo algunas cosas en claro, Tyler. Es mejor que le enseñes modales, además de un poco de artes marineras.

Brock procuró contenerse. Gorth aún no podía enfrentarse con Struan. Pero en un año o dos, cuando fuera más astuto, cambiarían las tornas.

—Hagamos una apuesta amistosa —dijo Brock—. Cien guineas a que mi muchacho te gana. Apuesto a que llega el primero al mástil de Hong-Kong.

—Veinte mil guineas de su dinero, y no del tuyo —replicó Struan, mirando

fijamente a Gorth.

—¿Cómo va a pagar? —replicó éste desdeñosamente, mientras Brock maldecía la estupidez de su hijo, que le impulsaba a aceptar semejante apuesta.

—Si apuesto es porque puedo pagar.

Struan se hallaba exteriormente sereno, pero en su interior sentíase lleno de gozo. ¡Habían tragado el anzuelo! Ahora, Gorth y Brock navegarían a toda vela hasta Hong-Kong. Veinte mil guineas era una suma respetable, pero insignificante al lado de los cuarenta laks de plata.

De ese modo, Brock quedaba eliminado como posible obstáculo. Sin embargo, era un juego peligroso. Llegó demasiado lejos con Gorth, y estuvo a punto de que corriera la sangre. Pero no le parecía excesivamente difícil dar muerte a Gorth.

—De nuevo le agradezco los treinta días —dijo Struan, colocando la mano en el hombro de Cooper. Luego, ambos se estrecharon la mano, y a continuación, Struan dijo a Gorth—: ¡Te recibiré en el mástil de Hong-Kong!

Se encaminó Struan hacia su lorcha, que estaba comenzando a largar algunas amarras, y, una vez en la cubierta de la embarcación, volvióse para saludar. Después, Struan desapareció hacia el puente inferior.

—Estaremos en contacto, ¿eh, señor Cooper? —dijo Brock, quien a su vez se dirigió con Gorth hacia su lorcha.

Una vez en la popa del barco, Brock empujó violentamente a Gorth contra la borda y exclamó:

—¡Rata asquerosa y estúpida! ¿Quieres que te corten la garganta de oreja a oreja? Si afrentas a un hombre en estas aguas, estás obligado a luchar, y él tiene perfecto derecho a matarte.

Brock dio una bofetada con el dorso de la mano a su hijo, cuya boca comenzó a sangrar.

—¡Te he dicho una y mil veces que tengas precaución con ese demonio! Si yo me cuido de él, con más razón tienes que hacerlo tú, ¡por todos los infiernos!

—Puedo muy bien matarle, padre. Soy capaz de hacerlo. —La próxima vez dejaré que él te mate a ti, imbécil. Y otra cosa: no te aproveches de la situación de un hombre. No le golpees cuando está caído. No son esas nuestras reglas.

—¡Al demonio con las reglas!

Brock volvió a abofetear a Gorth, y añadió:

—Los Brock respetan esas reglas, y luchan abiertamente. De hombre a hombre. Desobedéceme otra vez, y quedas fuera de la Compañía Brock e Hijos.

Gorth se limpió la sangre que le manaba de los labios, y con voz ronca, manifestó:

—¡No vuelvas a pegarme, padre!

Las venas del cuello de Brock se tensaron cuando se enfrentó con su hijo, como si fuera un enemigo. Pero no, un enemigo no. Sólo un hijo que había dejado de ser un muchacho. Un hijo, llegado el momento, se encaraba con el padre, como lo hacían todos los hijos. Brock comprendió que en caso de luchar ambos correría la sangre, y que el hijo sería expulsado del seno de la familia, si no ocurría otra desgracia mayor. Ninguno de los dos deseaba tal cosa, pero si la situación llegaba a tal extremo, padre e hijo sabían que se convertirían en enemigos mortales.

Brock se resentía contra su vástago porque le hacía sentir el paso de los años. Pero le quería porque veía en él al sucesor fuerte y valeroso.

—Será mejor que zarpemos rumbo a Hong-Kong —dijo al fin Brock.

—Sí —replicó roncamente su hijo, al tiempo que bajaba su guardia con esfuerzo—. Pero conviene que trates a ese condenado de Struan como merece, o la próxima vez actuaré a mi manera.

Luego, Gorth hizo una seña al contramaestre y dijo a voz en grito:

—¿Qué demonios estás esperando? ¡Larga las estachas de una vez, condenado! ¡Adelante!

Volvió Gorth a limpiarse la sangre y escupió por encima de la borda. Su corazón aún seguía latiendo aceleradamente, y parecía lamentar que no hubiera habido una tercera bofetada.

«Yo le hubiera enseñado a no pegarme, por Judas, lo mismo que voy a enseñarle algún día quién soy yo a ese hijo de perra de Struan», pensó Gorth, lleno de ira.

—¿Qué camino vamos a tomar, padre? —preguntó luego a Brock, ya que había diversas rutas para llegar a Cantón, cuyos alrededores estaban constituidos por numerosas islas e islotes.

—Arréglate solo. Traza tú mismo el rumbo —dijo Brock, y se dirigió hacia la regala de babor. Sentíase viejo y cansado. Recordó en ese momento a su padre, un fornido herrero que le enseñó a fuerza de golpes, hasta el día en que

cumplió los quince años. Incapaz de aguantar más, se revolvió entonces contra su padre, y cuando quiso darse cuenta, se hallaba junto a su cuerpo sin vida.

«Qué cerca estuve de eso otra vez, Señor —pensó Brock—. Me alegro de que no haya pasado nada, pues no querría perder a mi hijo».

—No te dejes ganar por Dirk Struan —dijo Brock, con voz en la que ya había desaparecido el rencor.

Gorth no contestó. Frotóse Brock la cuenca del ojo y volvió a colocarse el parche que la tapaba. Miró después hacia la lorcha de Struan, que estaba ya en el centro de la corriente. No se veía a Struan en el puente de la nave. Un sampán se acercó a la lorcha por la parte opuesta a la que se divisaba desde la embarcación de Brock. Un grupo de marineros de Struan estaban izando las velas, y cuando éstas se tensaron al viento, pudo verse al sampán, que se dirigía a tierra, hacia el lugar donde aún seguía amarrada la lorcha en la que debían embarcar Vargas y los demás empleados. Brock pensó que era raro que Struan permitiese a sus empleados rezagarse tanto. Sí, Dirk estaba actuando muy extrañamente desde hacía un tiempo.

Struan se hallaba oculto en la cabina del sampán. Cuando éste se aproximó a la popa de la lorcha de Vargas, Struan se echó sobre los ojos el sombrero de culi que llevaba puesto, y se envolvió aún más en la túnica que vestía. El propietario del sampán y su familia parecían no advertir su presencia a bordo. Les habían pagado bien para hacerse los desentendidos. El plan que habían trazado Struan y Mauss era el más adecuado, dadas las circunstancias. Struan ordenó a Mauss que se dirigiera cuanto antes al *China Cloud*, que estaba anclado frente a la isla de Whampoa, a unas trece millas de distancia. Desde allí debería enfilar por el corto canal del Norte, y ordenar al capitán Orlov que cargase todas las velas y se dirigiese hacia el extremo de la isla. Llegados a este punto, el *China Cloud* debería cambiar de rumbo y tomar por el canal del Sur, que conducía hacia Cantón. Struan advirtió que era de vital importancia que esta última maniobra no fuera vista por Brock. Entretanto, Struan esperarían a la lorcha portadora de la plata, y, luego, por canales tortuosos, se encaminaría hacia el extremo sur de la isla, donde tendría lugar el encuentro entre las dos naves, en las cercanías de la Pagoda de Mármol. Esta era un edificio de setenta metros de altura, fácilmente

visible desde las aguas costeras.

—¿Por qué hacer todo eso, Tai-Pan? —inquirió Mauss, que no estaba al corriente del préstamo hecho por Jinqua—. Es muy peligroso. ¿Por qué correr tales riesgos?

—Espere allí, Wolfgang, eso es todo —contestó Struan, sin dar más explicaciones.

Cuando el sampán llegó al muelle, Struan recogió algunos cestos que se había hecho preparar y se encaminó por entre la multitud hacia la puerta del jardín. Nadie pareció prestarle demasiada atención. Una vez dentro del edificio, tiró a un lado los cestos y dirigióse apresuradamente hacia la ventana del comedor, desde la cual se puso a observar atentamente entre los cortinajes.

Su lorcha ya estaba lejos. La de Brock se hallaba en el centro del canal, ganando terreno y con las velas hinchadas por la fuerte brisa. Gorth se hallaba en la popa, y Struan aún podía verle dirigiéndose con rudos ademanes a su tripulación. Brock estaba en la borda de babor, mirando a las aguas. Por su parte, Vargas acababa de dirigir a los empleados y en ese momento encaminábase de vuelta hacia el jardín.

Struan cruzó el comedor y subió las escaleras. Desde un rellano, Struan vio cómo Vargas hacía una breve comprobación en la planta baja y luego salía de nuevo del edificio. Oyó Struan girar la llave en la cerradura, y, sintiéndose más tranquilo, continuó subiendo hasta llegar al desván. Pasó cautelosamente por entre una serie de viejos cajones vacíos y se encaminó hacia la parte anterior de la buhardilla.

—Hola, Tai-Pan —dijo May-May, que aparecía vestida con sus espantosos pantalones de culi y la desastrada chaqueta, si bien ahora no llevaba el rostro embadurnado.

La muchacha estaba arrodillada sobre un cojín, detrás de unas cajas. Ah Gip se puso en pie, se inclinó y luego volvió a tomar asiento junto a un pequeño bulto de ropas y utensilios de cocina. May-May señaló a Struan otro cojinillo que había junto a ella, frente al tablero de juego.

—¿Empezamos a jugar? Las mismas apuestas, ¿te parece bien? —inquirió la muchacha.

—Un momento, May-May.

Había un tragaluz en el techo y otro en la pared delantera del edificio. Desde

allí, Struan podía ver con toda claridad la plaza, donde algunos traficantes disponían con sus empleados los últimos detalles para la marcha.

—¿Me reconociste? —preguntó Struan a May-May.

—Claro que sí. Yo siempre te reconocería. Pero creo que nadie más se habrá dado cuenta. Oye, ¿por qué abofeteó Gorth a su hijo?

—No sé que lo haya hecho.

—Pues sí, le pegó dos veces en el rostro. ¡Y qué bofetadas! Las dos nos reíamos hasta reventar. Espero que luchen entre sí hasta matarse; de ese modo no tendrás que pagarles nada. Aún sigo pensando que eres un tonto al no haber pagado a algún pirata para que les diera muerte.

Sentóse May-May sobre el cojín, pero en seguida lanzó un juramento, e, incorporándose, se colocó de nuevo de rodillas.

—¿Qué ocurre?

—El trasero. Todavía me duele.

—Lo tienes merecido.

—*¡Aeey yah!* Menos charla y vamos a jugar. Esta vez recuperaré todo el dinero. ¿Cuánto te debo, catorce mil?

—Lo sabes muy bien.

Struan tomó asiento en el cojinillo y cogió el cubilete.

—Jugaremos cuatro partidas y luego iremos a dormir. Será una larga noche —dijo él.

Agitó Struan el cubilete, arrojó los dados sobre el tablero y May-May lanzó una maldición.

—¡Qué suerte tienes! ¡Seis doble! ¡Seis doble! ¡Maldito seis doble!

Lanzó a su vez los dados la muchacha y volvió a maldecir.

—¡Condenado seis doble!

—Habla bajo o dejamos de jugar.

—Estamos seguros aquí, Tai-Pan. Vamos, juega. Mi suerte va a cambiar hoy.

—Ojalá sea para mejorar —dijo Struan—. Y que siga ayudándote mañana.

—*¡Aeey yah!* Nada de mañana, Tai-Pan. Hoy es lo que cuenta.

Lanzó May-May los dados, y esta vez sonrió.

—¡Queridos dados, cuánto os adoro! —añadió. Luego, la muchacha frunció el ceño y siguió diciendo—: Siempre me criticas que no me expreso correctamente. ¿Es correcto decir: «Os adoro»? ¿Qué significa realmente adorar?

—Es como amar.

—¿Y amar?

Refulgieron los ojos de Struan, el cual apuntó con el índice hacia la muchacha, y dijo:

—Ten en cuenta que no estoy con ganas de discutir.

Hecha la advertencia, Struan explicó lo que quería decir amar. Entonces se dieron cuenta de que en chino no había palabra alguna que expresara el concepto europeo del amor.

El gran reloj de pared dio once campanadas. Struan se irguió y, con gesto de cansancio, colocóse junto a su puesto de observación, al lado de la claraboya, May-May dormía hecha un ovillo, y Ah Gip yacía tendida sobre un bulto polvoriento. Pocas horas antes, Struan se había echado a dormir un momento, pero sus sueños fueron sumamente extraños y aparecían mezclados con la realidad. Se vio a bordo del *China Cloud*, aplastado bajo el peso de las barras de plata. Jin-qua entraba en el camarote y le liberaba de su situación, si bien se llevaba toda la plata y le dejaba a cambio un ataúd y veinte monedas de oro. De pronto se daba cuenta Struan de que no se hallaba en el barco, sino en la Gran Mansión de la loma de Hong-Kong. Winifreda le servía tres huevos para desayunar, y May-May, a su lado, le decía:

«Cielo santo, ¿cómo puedes comerte los hijos por nacer de la gallina?». El se volvía hacia la muchacha y se daba cuenta de que ella aparecía totalmente desnuda e increíblemente hermosa. Winifreda intervenía diciendo: «¿Era mamá tan hermosa?». «Sí, pero de un modo diferente», contestaba él. De pronto, Struan se despertó. El soñar con su familia le había entristecido.

«Tengo que regresar pronto a Gran Bretaña —se dijo—. Ni siquiera sé dónde están enterrados».

Desperezóse brevemente y observó el movimiento de las embarcaciones en el río. De nuevo comenzó a pensar, esta vez en Ronalda y en May-May.

«Son diferentes. Muy diferentes. A ambas las he amado por igual. Ronalda hubiera sido muy feliz en una hermosa mansión londinense, yendo en verano a Brighton o a Bath. Habría sido la perfecta anfitriona para las cenas y los bailes que ofreciéramos. Pero ahora estoy solo. ¿Llevaré conmigo a May-May cuando

vaya a Europa? Tal vez, pero no como esposa legítima, ya que ello haría que se alejaran de mí las personas que pueden resultarme útiles».

Struan volvió a la realidad y observó la plaza, que estaba desierta. Poco antes del anochecer, los abanderados se habían marchado, y ahora, sobre el empedrado, sólo brillaba la luz de la luna y oscilaban algunas sombras. Una sensación de soledad se apoderó de su espíritu. Sintió deseos de dormir.

«No puedes dormirte ahora —se dijo a sí mismo—. Por muy cansado que estés, no puedes dormirte».

Púsose en pie, se estiró largamente y volvió a sentarse.

En el reloj sonaron las once y cuarto, y luego, las once y media. Entonces decidió despertar a May-May y a la criada un cuarto de hora después. Se dijo que no había prisa. No quiso ponerse a pensar en lo que podría suceder si la lorcha de Jin-qua no llegaba. Con los dedos púsose a acariciar las cuatro medias monedas que tenía en el bolsillo y recordó los cuatro favores. ¿En qué consistirían? Ahora comprendía en parte los motivos del chino. A ello había contribuido el espectáculo de Ti-sen, caído en desgracia. Sin duda alguna habría guerra, y también sin la menor duda, los británicos la ganarían. Comenzaría de nuevo el comercio, pero ya no bajo las antiguas Ocho Reglas. En consecuencia, los Co-hong perderían su monopolio y cada comerciante actuaría por su cuenta. De ahí el convenio que Jin-qua estableció para treinta años. Con ello el chino consolidaba sus negocios durante ese prolongado plazo. Así hacían las cosas los orientales. No se preocupaban demasiado por los beneficios inmediatos, sino por los que se obtenían con el paso del tiempo.

«Sí, pero, ¿qué hay en verdad en la mente de Jinqua? —pensó Struan—. ¿Por qué desea comprar tierras en Hong-Kong? ¿Por qué razón quiere educar a su hijo en las costumbres de los «bárbaros»? Y ahora que ya te has comprometido, ¿cómo vas a hacer para cumplir tu palabra?».

Struan consideró una serie de posibilidades, y una vez tomada una decisión, se puso a pensar en otros problemas.

¿Qué hacer con Brock y Gorth? Durante un momento, en el muelle, estuvo a punto de irse a las manos con Gorth. Una sola palabra más y habría tenido que desafiarle abiertamente. El honor le hubiera impulsado a humillar al muchacho y a darle su merecido, dejándole quizá con un cuchillo en el vientre. A todo esto, ¿qué era de Culum? ¿Por qué no escribía? Lo mismo ocurría con Robb. ¿Qué

nuevo destino estaría cometiendo Longstaff?

El reloj volvió a sonar. Struan despertó a May-May, la cual bostezó y se estiró prolongadamente, como una gata. Ah Gip ya se había puesto en pie en el mismo momento en que Struan lo hizo, y se dedicaba a recoger los bultos.

—¿Ha llegado ya la lorcha? —inquirió May-May.

—No, pero podemos ir abajo y estar preparados.

May-May susurró algo a Ah Gip, la cual soltó el cabello de la muchacha y comenzó a cepillarlo vigorosamente.

Cerró May-May los ojos mientras la sometían a aquella operación. Luego, la criada trenzó el pelo de May-May, al uso de las mujeres hoklos, lo ató con un pequeño lazo rojo en el extremo y lo dejó caer libremente por la espalda de la muchacha.

May-May pasó las manos por el suelo lleno de polvo y se restregó la cara.

—Mira lo que hago por ti, Tai-Pan. Esta suciedad va a terminar con la tersura de mi cutis. Necesitaré muchas barras de plata para reparar el daño. ¿Cuántas te parece que serán suficientes, eh, Tai-Pan?

—¡Vete al infierno!

Struan avanzó delante y bajó las escaleras seguido por las mujeres hasta llegar al comedor. Acercóse a la ventana y vio que la plaza estaba desierta. En los sampánes que flotaban junto a la orilla brillaban algunos candiles de aceite. De vez en cuando ladraba un perro o se oían voces acaloradas en las callejas, que en seguida bajaban de tono. Otras veces eran gritos de júbilo, posiblemente de algunos jugadores de Mah-Jong a los que la suerte trataba bien. El humo se elevaba de algunas chimeneas. El estuario aparecía repleto de juncos, sampánes y lorchas. Todo, desde los ruidos hasta los olores y el aspecto de la ciudad, parecía a Struan perfectamente normal. Con excepción de la plaza, que estaba desierta, nadie hubiera dicho que la situación había variado respecto a unos días antes. Pero la solitaria plaza no les favorecía. Ahora tendría él que cruzarla con las dos mujeres, y a la luz de la luna podían ser descubiertos fácilmente.

Sonaron las doce campanadas de la medianoche. Struan siguió esperando, alerta.

Los minutos se prolongaban increíblemente, y después de una eternidad, el reloj señaló las doce y cuarto. Luego, las doce y media.

—Tal vez la lorcha se encuentre al sur —dijo May-May, reprimiendo un

bostezo.

—Quizá. Esperaremos otra media hora y luego lo comprobaremos.

Casi se había cumplido el plazo cuando divisaron dos luces de una lorcha que descendía corriente abajo. La embarcación aún se hallaba demasiado lejos para poder ver si llevaba en la proa los ojos pintados de rojo. Struan contuvo el aliento, sin poder reprimir del todo su emoción. La lorcha se deslizaba suavemente, pero con lentitud. Esto pareció a Struan una señal favorable, ya que las barras de plata deberían pesar varias toneladas.

Cuando la lorcha hubo traspuesto el extremo norte del Establecimiento, cambió de rumbo y se aproximó al muelle. Dos chinos saltaron a tierra cuando el barco estuvo junto al embarcadero, y amarraron las estachas. Struan suspiró profundamente cuando vio que uno de los dos hombres se dirigía a proa con un farol y lo colocaba allí, según lo convenido con Jin-qua.

Struan miró atentamente para ver si se divisaba alguna señal de peligro, pero no vio nada extraño. De todos modos, examinó sus pistolas y se las colocó al cinto.

—¡Pronto, seguidme! —dijo luego a las mujeres.

En silencio, Struan abrió la puerta del edificio y guió a las dos mujeres a través del jardín. Atravesaron la puerta del mismo y luego cruzaron la plaza. Struan sentíase como si todo Cantón les estuviera observando. Al llegar a la lorcha descubrió los ojos pintados de escarlata y reconoció en la popa al hombre que le había conducido hasta Jin-qua. Ayudó Struan a subir a bordo a May-May, y su criado lo hizo por sí sola, ágilmente.

—¿Por qué vienen dos terneras a bordo, señor? ¡No puede! ¡No puede! —exclamó el chino.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Struan.

—Wung, señor.

—Pues bien, estas son mis terneras, de modo que lárgate, Wung, y zarpemos cuanto antes.

El chino advirtió los pequeños pies de May-May, y sus ojos miraron con atención. No pudo ver el rostro de la muchacha, ya que ésta mantenía el sombrero de culi caído hacia adelante. A Struan no le gustó la vacilación que experimentó Wung, ni su modo de mirar a May-May.

—¡Zarpemos de una vez! —exclamó Struan, al tiempo que blandía el puño

amenazadoramente.

Wung dio una orden; se soltaron las amarras y un momento después, la lorcha se alejaba del muelle. Struan fue con May-May y Ah Gip hasta la cubierta inferior, pero en seguida regresó con ellas al puente y se encaminó hacia el camarote principal. Abrió la puerta y dentro de la estancia vio a cinco chinos. Les hizo una señal para que dejasen el camarote, a lo cual accedieron de mala gana. Al pasar junto a May-May, la miraron de arriba bajo y también parecieron reparar en los diminutos pies de la muchacha.

Con ser el mejor de la nave, el camarote era pequeño. Estaba dotado de cuatro literas, una rústica mesa y algunos bancos. Allí olía a cáñamo y a pescado podrido. Wung permanecía en la puerta, sin dejar de mirar a May-May.

—Yo hablé de ternera —dijo al fin—. No puede ser, señor, no puede ser.

Sin prestarle atención, Struan dijo a la muchacha:

—Cierra la puerta por dentro, May-May. Abre sólo cuando oigas mi voz, ¿entiendes?

—Sí, mi amo. Entiendo mucho mucho.

Struan salió del camarote y oyó correr el cerrojo al otro lado de la puerta. A continuación, Wung le llevó hasta las bodegas. Las cuarenta cajas que contenían las barras de plata se hallaban alineadas en dos filas, una a cada banda de la bodega, dejando un amplio pasadizo entre ellas.

—¿Qué hay en las cajas, Wung? —preguntó Struan al chino.

Este pareció extrañarse.

—¿Cómo pregunta? Hay lo que amo Jin-qua dijo que habría —replicó Wung.

—¿Cuántos hombres lo saben?

—Yo solo. Si otros saben… *¡Aeey yah!* —afirmó el chino, pasándose significativamente el índice por la garganta.

—Ve a la puerta —gruñó Struan, el cual eligió una caja al azar y levantó la tapa con una palanca. Dentro estaban las barras de plata. Retiró una de ellas y miró más bajo. Sintió Struan que le embargaba una emoción especial y volvió a colocar en su sitio la barra de plata, después de lo cual aseguró de nuevo la tapa de la caja.

—¿Qué dice de la ternera, señor? —insistió de nuevo el chino.

—He dicho que es mía y se acabó —afirmó Struan, asegurándose de que la

tapa había quedado bien sujeta.

—Comer, ¿puede? —preguntó en seguida Wung.

—Puede.

Struan ascendió a continuación a cubierta y comprobó el estado de las jarcias y el velamen. Un cañón para balas de dos kilos se hallaba en la proa, y otro igual estaba emplazado en la popa. Mandó el escocés a uno de los chinos que cargase ambos cañones y los dejase a punto para disparar, e hizo colocar cerca, en lugar protegido, un carrilillo de pólvora seca. Las balas ya se encontraban junto a las dos piezas artilleras. Seguidamente, Struan ordenó a Wung que reuniera a la tripulación, y empuñó una gruesa cabilla. Había ocho hombres a bordo, todos ellos chinos.

—Diles que dejen inmediatamente sobre cubierta todos los cuchillos, pistolas y cualquier otra arma que tengan —ordenó Struan a Wung.

—¡*Aeey yah!* No puede —protestó Wung—. Muchos piratas en el río, muchos…

Struan aferró a Wung por el cuello y le zarandeó contra la borda. Los demás chinos gritaron llenos de cólera y se prepararon para lanzarse contra Struan, pero éste alzó la cabilla y entonces retrocedieron amedrentados.

—Las pistolas, cuchillos y demás armas, inmediatamente aquí —repitió Struan, con voz helada.

Wung se incorporó, y con voz débil dijo algo en cantones a sus compañeros. Después de un momento lanzó de mala gana su cuchillo sobre cubierta y los demás le imitaron, aunque dando muestras de disgusto.

Struan les ordenó que metieran los cuchillos en un saco vacío que había en cubierta. Luego hizo ponerse en fila a los tripulantes y comenzó a registrarlos. Al hombre que hacía el número tres le halló una pequeña pistola, y con la culata de la misma le dio un fuerte golpe en la cabeza. Cuatro cuchillos más cayeron luego sobre las maderas de la cubierta, y con el rabillo del ojo, Struan vio que Wung lanzaba disimuladamente sobre la borda una hachuela de abordaje.

Cuando Struan hubo concluido de registrar a los chinos, les ordenó que permanecieran en cubierta y, llevándose las armas consigo, comenzó a examinar el resto de la nave. No había más hombres ocultos bajo cubierta, pero halló en un escondite cuatro mosquetes, seis espadas, cuatro arcos con flechas y tres venablos. Todo lo cual lo trasladó a su camarote.

May-May permanecía sentada, tapándose la nariz con la mano a causa del hedor a pescado que advertía en la estancia.

—Me voy a poner enferma, si sigo aquí —afirmó—. ¿Puedo salir a cubierta?

—Espera hasta que nos hayamos alejado de Cantón. Estás más segura aquí abajo.

—¿Cuánto tardaremos en encontrarnos con el *China Cloud*?

—Lo encontraremos poco después del amanecer, siempre que Wolfgang no cometa ningún error y que naveguemos sin novedad.

—¿Podría suceder algún percance?

—Con este cargamento no se sabe bien lo que puede ocurrir —aseguró Struan, al tiempo que recogía uno de los mosquetes—. ¿Sabes cómo se usa esto?

—¿Para qué quiero yo armas? Soy una mujer civilizada. De gran belleza, sin duda, pero sin ánimo para empuñar uno de esos mosquetes.

Struan le dio una breve explicación sobre el manejo del mosquete, y luego añadió:

—Si pretende entrar en el camarote alguien que no sea yo, mátalo.

A continuación se encaminó hacia cubierta portando otro mosquete.

La lorcha se hallaba ahora en el centro del río, iluminada por una luna grande y redonda, y hacía unos cuatro nudos, impulsada por la brisa. Todavía estaban a la vista los suburbios de Cantón, y a ambos lados del río se apreciaban aún las densas poblaciones flotantes. De vez en cuando se cruzaban con lanchas, sampánes y juncos que remontaban la corriente. El río tenía allí media milla de ancho, y por sus aguas se veían descender corriente abajo toda clase de embarcaciones.

El aspecto del cielo indicó a Struan que reinaría buen tiempo, pero el viento resultaba uniforme y reseco. Eso indicaba que disminuiría de intensidad más tarde. Sin embargo, Struan no se sintió preocupado. Había hecho aquel trayecto tantas veces, que conocía perfectamente todos los bajíos, afluentes y demás puntos importantes de la ruta.

Las cercanías de Cantón eran un verdadero laberinto de canales e islas de todas dimensiones, que cubrían una extensión de cinco millas de ancho por veinte de largo. Había distintos itinerarios para llegar a Cantón o salir de la ciudad.

Struan sentíase satisfecho de hallarse nuevamente en una embarcación, y

más aún por dirigirse con cuarenta laks de plata hacia el *China Cloud*. Con agrado seguía el balanceo de la lorcha, no lejos de donde se hallaba Wung junto al timonel. Los demás tripulantes estaban dispersos por la cubierta, con gesto malévolo y sombrío. Sin embargo, el vigía de proa se hallaba en su puesto, según pudo comprobar Struan.

Media milla más adelante, el río se bifurcaba al encontrarse con una isla en medio de la corriente. Cerca de éste se hallaba un bajío que había que evitar. Struan no dijo nada y se limitó a esperar. Al cabo de un momento observó que Wung hablaba al timonel, el cual empujó la caña del timón y alejó la embarcación del obstáculo.

Bien, al menos Wung conocía una parte de la ruta, pensó Struan. Faltaba por ver cuál de los dos brazos del río seguía el chino alrededor de la isla. Ambas rutas eran buenas, pero la del Norte era mejor. La embarcación enfiló lentamente hacia el brazo norte. Struan se volvió entonces hacía Wung y le dijo que se dirigiera hacia el brazo sur. Esto lo hacía por si Wung había preparado una emboscada en la parte más estrecha del río.

El timonel miró a Wung para que éste le confirmase la orden. Struan inició un movimiento de amenaza, y al instante la caña cambiaba rápidamente de dirección, haciendo que las velas dieran fuertes gualdrapazos. Los botalones crujieron por toda la cubierta, y la embarcación, tras unos cuantos cabeceos, volvió a seguir su curso con normalidad. Navegaron sin contratiempos durante media hora, integrando el denso tráfico del río, y al cabo, Struan observó por el rabillo del ojo una gran lorcha que se aproximaba a ellos rápidamente desde barlovento, Brock se hallaba de pie en la proa de la nave. Struan se ocultó detrás de la regala y rápidamente se encaminó agachado hacia el timonel, al que apartó a un lado. Wung y el timonel no disimularon su asombro, y se pusieron a protestar llenos de excitación. Todos los tripulantes dirigieron su mirada a Struan.

Este empujó toda la caña a estribor y rogó mentalmente que la lorcha respondiese rápidamente a la maniobra.

Oyó entonces con toda claridad exclamar a Brock:

—¡Timón a estribor!

Struan cambió inmediatamente la dirección, pero la lorcha no respondió, y la de Brock se acercó amenazadoramente. Vio algunos arpeos de abordaje que se

aferraban firmemente a su embarcación, y Struan, entonces, levantó el mosquete, dispuesto a defenderse.

—¡Ah, pero si eres tú, Dirk! —exclamó Brock, haciéndose el sorprendido, si bien en su rostro se advertía una amplia sonrisa.

—¡Los arpeos son artefactos propios de piratas! —exclamó Struan, y al tiempo que lanzaba su cuchillo a Wung, le ordenó—: Corta las cuerdas de los arpeos inmediatamente.

—Tienes razón, muchacho. Perdóname por usar eso —replicó Brock—. Creí que necesitabas remolque. No he visto en este barco la bandera de tu casa. ¿Te da vergüenza usarla ahora?

Struan vio que la tripulación de Brock iba armada, y que se hallaba en los puestos de ataque. Gorth se encontraba en el puente de proa, junto a un pequeño cañón giratorio. Aunque éste no apuntaba hacia él, Struan se dio cuenta de que estaba cargado y dispuesto para hacer fuego.

—La próxima vez que lances ganchos de abordaje contra mi barco, me consideraré atacado por piratas y volaré la cabeza del que se me ponga a tiro —dijo Struan.

—¿Permiso para subir a bordo, Dirk? —preguntó Brock.

—Sube.

Brock saltó desde su nave a la de Struan. Tres marineros se dispusieron a acompañarle, pero Struan alzó su mosquete y exclamó:

—¡Alto ahí! Al que suba a bordo sin mi permiso le mando a los infiernos.

Los marineros se detuvieron en el acto.

—Está bien —replicó, burlonamente, Brock—. Esa es la ley del mar. El capitán sólo invita a su buque al que le parece bien. ¡Quedaos donde estáis!

Struan empujó a Wung y le dijo de nuevo:

—¡Corta los arpeos, he dicho!

El amedrentado chino corrió hacia la proa y comenzó a cortar los cabos. Gorth hizo girar el cañoncito, pero Struan se le anticipó, apuntándole con el mosquete.

—¡Deja eso, Gorth! —gritó Brock.

Las leyes del mar se hallaban de parte de Struan. El uso de arpeos o ganchos de abordaje constituía, en efecto, un acto de piratería, lo mismo que subir a bordo de una nave con armas y sin el permiso del capitán. De todas las leyes

inglesas, ninguna se guardaba con mayor celo que la de las naves en el mar y los derechos de los capitanes en las travesías. Para los actos de piratería no había más que un solo castigo: la horca.

Wung cortó el cabo del último arpeo y las dos embarcaciones comenzaron a separarse. Cuando la lorcha de Brock estuvo a unos diez metros de distancia, Struan bajó el mosquete y gritó:

—¡Si os acercáis más de eso, sin permiso, por todos los cielos que os acuso de piratería!

Luego se volvió hacia Brock, y con expresión serena, manifestó:

—¿Qué significa esto, Tyler?

—Yo también podría preguntarte lo mismo —contestó el aludido, con su único ojo reluciente a la luz del farol—. Te vi ayer escurrirte en el sampán y luego aparecer vestido como un culi y entrar en tu edificio. «Todo esto resulta muy extraño. Tal vez el bueno de Dirk ande mal de la cabeza, o necesite una mano para salir de Hong-Kong», me dije. De modo que me escondí con mi nave al norte del Establecimiento. Luego te vi subir a bordo de esta hedionda embarcación en compañía de las dos mujeres.

—Lo que yo haga es asunto mío.

—Sí, así debe ser.

La mente de Struan trabajaba activamente. Se daba cuenta de que la lorcha de Brock era mucho más rápida que la suya y que la tripulación de su rival era más peligrosa y se hallaba bien armada. Comprendió que Brock podía abordarle impunemente por la noche, y que aun cuando sobreviviera, de poco podría acusarle, pues el otro alegaría probablemente un accidente.

—Esta vieja bañera navega muy hundida. ¿Acaso hace agua o es que lleva una carga muy pesada?

—¿Qué te parece a ti, Tyler?

—No lo sé. Corren rumores desde ayer por la mañana acerca de la plata de Ti-sen. ¿No los has oído?

—He oído innumerables rumores.

—Sí, pero todos coincidían en afirmar que en Hong-Kong había un verdadero tesoro en barras. Cuando te vi regresar, pensé que el asunto resultaba muy interesante, a pesar de las veinticinco mil guineas de la apuesta, o quizá por ellas. Luego te vi entrar en esta lorcha tan cargada, como si fueras un ladrón, por

la noche, y poner más tarde rumbo al Sur, por el canal menos recomendable.

Brock se estiró y luego rascóse vigorosamente la barba. A continuación, dijo:

—No he visto al viejo Jin-qua. ¿Por dónde anda?

—Está fuera de Cantón.

—El viejo Jin-qua te es fiel, como siempre, ¿verdad? —dijo Brock, sonriendo.

—Estás en lo cierto.

—Pues no, no habrá carrera, muchacho —manifestó Brock. Y contempló la proa de su lorcha—. ¿Está bien armada, no crees?

Aludía Brock al espolón de hierro de cerca de dos metros de largo que sobresalía de la proa de su nave, justamente por encima de la línea de flotación. Struan había introducido el artefacto hacía bastantes años, como método efectivo para abordar y hundir un barco rival. Brock y muchos otros traficantes lo adoptaron después.

—Sí, y nosotros vamos muy cargados, pero también poseemos buenas armas.

—Ya lo veo. Un cañón a proa y otro a popa. Pero ninguno de ellos es giratorio.

Siguió un prolongado silencio, que rompió al fin Brock.

—Tus deudas vencen dentro de cinco días, ¿no es cierto? —manifestó.

—Así es.

—¿Crees que podrás pagar?

—Dentro de cinco días lo comprobarás.

—Cuarenta o cincuenta laks de plata deben pesar varias toneladas.

—Eso creo.

—Hablando con mi hijo le pregunté de qué forma creía él que tú saldrías del atolladero. Me contestó que pidiendo prestado dinero. Sí, claro; pero, ¿a quién? Entonces, Dirk, pensé en Jin-qua y Ti-sen. Este ya no cuenta, de modo que quedaba Jin-qua. Brock reflexionó unos instantes, y luego prosiguió:

—Hay dos mujeres a bordo; me gustaría darles pasaje para Whampoa o Macao, adonde quieran ir.

—Ya tienen pasaje en mi barco.

—Sí, pero este viejo pontón podría hundirse. No me gusta que se ahoguen las mujeres, sin más ni más.

—No nos hundiremos, Tyler.

Brock volvió a estirarse, y a continuación gritó a su lorcha para que le enviaran una lancha. Luego movió tristemente la cabeza y añadió:

—Bueno, muchacho. Sólo pretendía ofrecer pasaje a las mujeres y a ti también, desde luego. Este cascajo está en pésimas condiciones para maniobrar. Malo, malo.

—Abundan los piratas por estos lugares —replicó Struan—. Si se acerca alguno de ellos usaré mis cañones.

—Sabia medida, Dirk. Claro que si en la oscuridad de la noche yo navegase cerca de un barco que sin más ni más disparase sobre mí sus cañones, no dudaría sobre lo que tendría que hacer; esto es, hundirle sin contemplaciones, ¿no te parece?

—De acuerdo, siempre que vivieras después de la primera andanada del otro barco.

—En efecto. ¡Ah, vivimos en un mundo cruel! ¡Qué gran verdad es ésa!

El bote se acercó a la lorcha de Struan, y Brock se despidió.

—Gracias por todo, Dirk —dijo—. Y no olvides de izar tu bandera en el mástil, si es que tienes una. Así no se producirá ningún error. Perdona de nuevo por los arpeos. Nos veremos en Hong-Kong.

Brock se deslizó por el costado de la lorcha y subió a la lancha. Agitó la mano burlonamente, despidiéndose de Struan, y los remeros impulsaron el bote hacia su nave.

—¿Qué desea el amo de Un Solo Ojo? —inquirió Wung, que, como los demás chinos del barco de Struan, estaba hondamente atemorizado por el formidable aspecto de la lorcha de Brock.

—Asuntos personales, muchacho. Y ahora, cargad todas las velas. Vamos, ¡pronto, pronto!

Cobrando ánimo, los chinos se aprestaron a realizar la maniobra.

Cuando Brock se halló a bordo de su lorcha, miró atentamente hacia las oscuras aguas, pero no fue capaz de distinguir la nave de Struan entre las muchas que descendían por el río como silenciosos fantasmas.

—¿Ves la otra nave? —preguntó a Gorth.

—Sí, padre.

—Bien, me voy abajo. Si llegases a embestir una lorcha, sería una pena. Una verdadera pena.

—¿La plata está a bordo? —preguntó Gorth.

—¿Plata, hijo? —dijo Brock, con fingida sorpresa—. No sé de qué me hablas.

Luego, bajando la voz, añadió:

—Si necesitas ayuda, no dejes de llamarme. Pero nada de cañones, a no ser que disparen contra nosotros; recuérdalo. Tenemos muchos enemigos que se alegrarán de poder acusarnos de piratas.

—Está bien, padre. Que duermas bien —dijo Gorth.

Durante cerca de tres horas, Struan se dedicó a navegar en zigzag entre las demás naves que bajaban por el río, procurando que entre su lorcha y la de Brock, que le seguía la pista implacablemente, hubiera cierto número de barcos. En esos momentos abandonaban el canal sur y volvían a entrar en el cauce principal del río.

Comprendió Struan que entonces habría espacio de sobra para maniobrar, lo cual ayudaría mas a Brock que a él. Una vez en el cauce principal, Brock podría mantenerse con facilidad a barlovento de Struan, y abordarle en cualquier momento, al tiempo que le cortaba el viento, impidiéndole maniobrar. Un embate del espolón de acero enviaría la cargada lorcha de Struan al fondo, como si fuera una piedra. Por otra parte, Struan tenía la desventaja de que sus cañones se hallaban fijos en la proa y la popa de la nave, y no podían protegerle contra ataques desde los costados. De haber poseído Struan su propia tripulación, las cosas hubieran sido diferentes. Pero era difícil que lograse algo con aquellos chinos y sus viejos mosquetes, que tendían con mayor frecuencia a estallar en la cara del que los manejaba que a disparar sobre el enemigo. Y, además, Brock tenía razón. Si Struan disparaba en la oscuridad, él tenía derecho a hacerlo inmediatamente. Una buena andanada y todo habría terminado.

Struan miró al cielo por milésima vez. Necesitaba desesperadamente una tormenta con lluvia, o cuando menos nubes que ocultaran la luna. Pero no había señal alguna de que fuera a producirse lo uno o lo otro.

Volvió la vista hacia popa y observó que la lorcha enemiga volvía a ganar

terreno. Se hallaban un centenar de metros detrás, y procuraba colocarse a barlovento.

Struan forzó su mente para tratar de hallar un plan factible. Sabía que podía escapar fácilmente si aligeraba la embarcación lanzando la plata por la borda. Pero esa no era la solución. Media milla más adelante, el río volvía a bifurcarse en torno a la isla de Whampoa. Si tomaba el canal norte se hallaría a salvo, pues casi toda la navegación lo hacía por allí, y podría eludir a la otra lorcha. Pero Struan pensó que no podría salir incólume después de circunvalar toda la isla y de encaminarse al Sur, al encuentro del *China Cloud*. Para ello tendría que utilizar el canal del Sur.

No lograba hallar una forma de eludir la trampa en que se encontraba. El alba llegaría dentro de dos o tres horas, y entonces estaría perdido. Tenía que escapar por cualquier medio en la oscuridad y ocultarse en las orillas, para luego ir al encuentro del *China Cloud*. Pero, ¿cómo hacerlo?

Hacia adelante pudo distinguir el lugar donde el río se dividía en dos partes, en torno a la isla de Whampoa. Entonces notó la presencia de Ah Gip junto a él, que le hacía señas para que la acompañase abajo. Detrás, la lorcha de Brock seguía avanzando por barlovento, dispuesta a adelantarse si Struan tomaba el canal sur, y a seguir del lado del viento si lo hacía por el canal del Norte. Señaló Struan una pequeña pagoda, como punto de referencia para el timonel, y dijo:

—¿Conoces eso?

—Conozco, amo. Voy bien.

Struan corrió entonces escaleras abajo. May-May se encontraba muy mal. El hedor a pescado, el intenso balanceo de la nave y lo encerrado del camarote, habían provocado en ella un intenso mareo. Sin embargo, la muchacha aún seguía aferrando con fuerza el mosquete.

Cogióla Struan en brazos y quiso llevarla a cubierta, pero ella se lo impidió.

—No, te he llamado por otra cosa.

—¿Qué sucede?

—Envié a Ah Gip a proa para que escuchase lo que hablaban los marineros, sin que ellos se dieran cuenta. May-May tuvo una arcada, vomitó un poco y luego prosiguió diciendo:

—Oyó que un hombre hablaba a otro acerca de las barras de plata. Creo que todos están al corriente de ello.

—En efecto. Yo también lo creo —contestó Struan, y luego dio unos amistosos golpecitos a la criada en la espalda—. Pronto tendrás buena paga, Ah Gip.

—*¡Aeey yah!* —se limitó a decir la mujer.

—¿Aún nos sigue Brock? —preguntó May-May.

—Sí.

—Mal rayo le parta.

Viendo el estado en que se hallaba la muchacha, Struan dijo a la criada:

—Prepara un poco de sopa para la señorita, ¿entiendes? Un poco de sopa.

La sirvienta asintió sonriendo.

—Sí, amo. Preparo té, buen té.

—¡Sopa, sopa!

—Té.

—Bueno, no importa —dijo Struan, irritado, pues sabía que al fin sería té y no sopa, por mucho que insistiera. Llevó a continuación a May-May a cubierta y la hizo sentar sobre un barrilillo de pólvora. Ni Wung ni los demás tripulantes miraron a la muchacha, pero Struan comprendió que todos ellos estaban pendientes de su presencia, lo que contribuyó a aumentar la tensión que ya se advertía en cubierta. De pronto, Struan recordó la maldición de May-May, cuando al referirse a Brock dijo:

«Mal rayo le parta», y eso le dio una idea. Sus preocupaciones le abandonaron al momento y lanzó una carcajada.

—¿Por qué el amo ja-ja? —inquirió May-May, que comenzaba a reponerse con la fresca brisa.

—Creo que conozco un buen modo para deshacerme del amo de Un Solo Ojo —replicó Struan, siguiendo el juego a May-May—. ¡En, Wung, ven aquí!

Struan entregó una de sus pistolas a May-May, y le dijo en voz alta:

—Si se acerca otro hombre, lo matas, ¿entiendes?

—Sí, amo —respondió la chica, siempre en su papel de muchacha culi.

Luego, Struan hizo una seña a Wung para que le siguiera y avanzó por la cubierta, mientras los demás chinos le abrían paso con gesto de temor. Se detuvo Struan ante la escotilla de proa, volvióse para asegurarse de que la lorcha de Brock aún estaba a buena distancia, y en seguida descendió rápidamente bajo el puente, seguido de cerca por Wung. Los alojamientos de la tripulación ocupaban

toda la proa del barco, debajo de la cubierta, donde se alineaban a ambos lados las literas. En el centro había una rústica cocina de ladrillos que se hallaba justamente debajo de una escotilla abierta y protegida por un enrejado. Una marmita oscilaba sobre las brasas, que relucían débilmente. Cerca del fuego se encontraban manojos de hierbas, cestos con setas, pescados secos y frescos y diversas hortalizas, así como un gran saco de arroz y una mesa con varios jarros y escudillas.

Struan examinó los jarros y olió su contenido.

—¿Amo desea comer? Puede.

Negó Struan con la cabeza. El primer jarro contenía soja molida. El segundo, jarabe de jengibre. Otro contenía raíz de ginseng con vinagre y especias. El aceite de cocinar se hallaba en otros dos jarros. Había aceite de cacahuete y aceite de maíz. Struan vertió una gota de cada uno de ellos sobre el fuego y observó que la llama del aceite de maíz duraba más que la del aceite de cacahuete.

—Wung, lleva esto arriba —dijo Struan, señalando al jarro de aceite de maíz, que era de apreciables proporciones.

—¿Esto quiere el amo? ¿Para qué?

Struan no le hizo caso, y subió rápidamente a cubierta.

La lorcha estaba a punto de llegar a la bifurcación donde habría que decidirse por uno de los dos canales.

—No buen camino —dijo Wung, al tiempo que depositaba el jarro de aceite sobre cubierta.

Struan le miró con cara de pocos amigos, y el chino retrocedió amedrentado. El timonel ya se había apresurado a cumplir la orden de Struan, desplazando la caña del timón. La nave enfiló por el canal meridional, mientras la lorcha de Brock seguía avanzando detrás. Entre ambas naves aún había varias embarcaciones, y Struan sintióse seguro por el momento.

—Quédate aquí —dijo Struan a Wung—. Y tú, ternera, permanece también aquí, y si te molestan, usa el mosquete.

—Sí, amo —respondió May-May, que se sentía ya bastante mejor.

Struan se dirigió al camarote principal, recogió todas las armas y las subió a cubierta, colocándolas en la popa. Eligió un mosquete, dos arcos con sus flechas y un venablo, y arrojó el resto por la borda.

—Si vienen piratas, no tendremos bum-bum —dijo Wung, sombríamente.

—Descuida, los piratas tendrán muchos muertos —afirmó Struan, blandiendo el pesado venablo como si fuera una maza.

—Lorcha sigue siempre —dijo el chino, señalando hacia la embarcación de Brock, y luego apuntó hacia la orilla cercana y añadió—: Allí, a la costa. Nosotros seguros.

Struan le miró desdeñosamente, y no contestó. Se limitó a recoger un arma que había caído sobre cubierta al lanzar las restantes por la borda. Era un mango de hierro al que estaba unida por una cadena de un metro de largo una pesada bola provista de púas. Blandió el arma, que resultaba mortífera a corta distancia, y se sentó sobre una escotilla, dejando a un lado el formidable artefacto. Los tripulantes contemplaron, estupefactos, a Struan, mientras éste se arrancaba una manga de la chaqueta y la desgarraba formando tiras, que empapó con aceite, Cogió a continuación una de las tiras y la enrolló cuidadosamente alrededor de la cabeza de una flecha. Los chinos se apartaron presurosos cuando vieron que el escocés levantaba el arco para tensarlo. Apuntó hacia el mástil de su propia nave y lanzó la flecha. Esta erró el mástil, pero fue a hundirse en la teca de una cabina. Struan tuvo que esforzarse para retirar la flecha de donde estaba clavada.

Volvió Struan adonde se hallaba el jarro de aceite y los trapos, ató una nueva tira a la cabeza de la flecha y la sumergió otra vez en el aceite. Luego la roció con pólvora y ató otra tira por fuera para mantener la pólvora en su sitio.

En ese momento, el vigía de popa lanzó un grito. La lorcha de Brock se acercaba amenazadoramente. Struan cogió el timón y condujo la nave durante unos momentos.

Se deslizó por detrás de un gran junco y aprovechó el momento para variar de dirección. Cuando el junco hubo pasado, la lorcha de Brock se dirigió rápidamente a interceptar el paso a la de Struan, pero tuvo que virar para evitar un convoy de juncos que navegaban hacia el Norte. Struan entregó la caña del timón al marinero y preparó tres flechas más, Wung no pudo contener la curiosidad y preguntó:

—¿Qué hace el amo?

—Tráeme fuego, Wung —ordenó Struan.

El chino se fue mascullando algo incomprensible y volvió al poco rato con un farol.

—Aquí está. Fuego —dijo.

Struan hizo ademán de colocar la cabeza de la flecha en la llama del farol y de lanzarla luego sobre las velas de la lorcha enemiga.

—Mucho fuego, ¿comprendes? —aclaró Struan—. Ellos se paran y nosotros seguimos.

El chino abrió la boca, atónito, y luego lanzó una carcajada. Siguió riendo un buen rato, y cuando pudo hablar explicó el plan de Struan a los demás tripulantes, que se unieron a la algazara. Luego, todos se inclinaron ante él, y Wung dijo:

—Tú, gran Tai-Pan. *¡Aeey yah!*

—Mucho mucho, gran Tai-Pan —dijo a su vez May-May, entre risas.

Volvió a gritar el vigía de popa. La lorcha de Brock estaba, ganando terreno otra vez. Empuñó de nuevo Struan la caña del timón y se puso a navegar en zigzag por entre las otras embarcaciones, cada vez más hacia el fondo del canal del Sur. La lorcha de Brock se aproximaba inexorablemente, mientras se mantenía siempre a barlovento, situación que favorecía su maniobra.

Struan se dio cuenta de que Brock esperaba un momento en que disminuyese el número de embarcaciones que se interponían entre las dos lorchas, para llevar a cabo el abordaje fatal. Sin embargo. Struan se hallaba ahora algo más tranquilo. Si la flecha daba en la vela y ésta no se hallaba húmeda, su artimaña, seguramente, daría resultado.

«¡Al infierno con Brock!», pensó para sus adentros.

El número de barcos había disminuido apreciablemente en el río. Struan dirigió la caña del timón hacia barlovento, a fin de pasar lo más cerca posible de la margen meridional del río, de modo que, cuando cambiara de rumbo, el viento le impulsase con mayor rapidez. La margen sur del río estaba llena de bajíos y era bastante peligrosa. El abrirse tanto hacia el viento dejaba a Struan desguarnecido por barlovento, circunstancia que parecía estar esperando la lorcha de Brock. Pero Struan también estaba preparado para atacar. Era el momento preciso. Hacía tiempo que había aprendido una regla fundamental en la contienda: llevar al enemigo a batallar al campo propio, nunca dejarse llevar al suyo.

—¡En, May-May, ve abajo inmediatamente! —exclamó.

—Yo mira, amo. No importa.

Struan entregó un mosquete a Ah Gip y le ordenó con tono enérgico:

—¡Id abajo ahora mismo!

Ambas mujeres le obedecieron.

—Wung, trae más fuego —manifestó en seguida Struan.

El chino corrió en busca de un segundo farol, y Struan encendió los dos. En seguida preparó los arcos y las flechas.

«Ha llegado el momento», se dijo.

La lorcha de Brock se encontraba a unos doscientos metros de distancia, a la misma altura. Entre ambas naves no había ahora embarcaciones. Un instante después, la lorcha de Brock enfiló directamente sobre la de Struan. Los tripulantes de ésta gritaron despavoridos y corrieron hacia la borda opuesta. Algunos subieron a las jarcias y se dispusieron a lanzarse al agua. Sólo Wung permanecía con Struan en la popa.

Struan podía ver en ese momento a Gorth, que aferraba la caña de la nave mientras los demás tripulantes permanecían quietos en sus puestos de ataque. Observó Struan con atención la cubierta de la embarcación enemiga, y no viendo en ella a Brock, se preguntó qué treta estaría tramando. Cuando las dos lorchas estuvieron a unos cincuenta metros de distancia, Struan cambió de rumbo hacia el viento, poniendo proa sobre la nave de Gorth. La lorcha de éste ganaba terreno rápidamente. Struan hizo una seña a Wung para que tomase el timón, y le indicó que mantuviera el mismo rumbo. Luego cogió un arco y las flechas y se ocultó detrás de la borda.

Podía ver claramente los mástiles y las velas de la otra nave, que se acercaban velozmente. Entonces colocó la cabeza de una flecha en la llama del farol. Las tiras empapadas de aceite se inflamaron al instante. Struan colocó la flecha en el arco, lo tensó y apuntó con cuidado.

La nave enemiga estaba ahora a sólo treinta metros de distancia. La flecha describió en el cielo una fulgurante trayectoria y en medio de un coro de maldiciones que surgían de la lorcha de Gorth, fue a estrellarse de plano sobre la vela mayor. Sin embargo, la fuerza misma del impacto apagó las llamas.

Gorth gritó algunas "instrucciones a su tripulación, pero siguió empuñando la caña del timón. Una segunda flecha salvó el espacio entre ambas naves y atravesó la lona, quedando prendida en ella. La pólvora que iba dentro de los trapos se inflamó y surgió una llamarada que lanzó una lluvia de chispas sobre la

cubierta. Involuntariamente, Gorth empujó la caña y el barco se alejó de la lorcha de Struan, balanceándose intensamente a consecuencia del rápido cambio de rumbo.

Struan tenía preparada la tercera flecha y, al tiempo que su nave comenzaba a alejarse, lanzó con fuerza la última saeta, y vio que ésta caía sobre la vela de trinquete.

Poco después, las llamas comenzaban a lamer la lona de la vela. Lleno de júbilo, cambió el rumbo, alejándose hacia barlovento, y vio en ese momento a Brock, que llegaba a cubierta y apartaba de un empujón a su hijo, aferrando la caña y virando en redondo. La lorcha de Brock avanzó sobre la de Struan, cortándole la retirada. Struan había previsto ese movimiento, pero su nave no respondió a la maniobra y tuvo entonces la convicción de que estaba perdido. Encendió la última flecha y esperó con todo su peso apoyado sobre la caña, rogando por que la lorcha virase pronto. Brock estaba en la popa de su embarcación, lanzando imprecaciones contra sus marineros, que trataban desesperadamente de apagar el fuego. Uno de los aparejos cayó ardiendo al lado de Brock, pero éste no le prestó atención, concentrado exclusivamente en dirigir su nave contra el flanco de estribor de la lorcha de Struan, que era el blanco que había elegido. Apuntó, una vez más, Struan con su arco, y cuando la embarcación enemiga estaba a solo quince metros, lanzó la flecha, que fue a clavarse en la garita que estaba al lado del timonel, cerca de la cabeza de Brock. Este permaneció impertérrito, manteniendo el rumbo de su nave.

La lorcha de Struan había comenzado a virar, pero ya era demasiado tarde. Struan sintió el tremendo impacto y oyó el estremecedor chasquido de los maderos al romperse, en el momento en que el espolón de la proa enemiga penetró en el casco. La embarcación de Struan se estremeció y éste se vio arrojado contra la cubierta. Envuelto por las chispas y cenizas que caían de la lorcha de Brock, Struan púsose en pie. Se escucharon agudos chillidos de espanto de los chinos y roncas exclamaciones de la tripulación de Brock. En medio del estrépito, Struan oyó que Brock gritaba:

—¡Te pido perdón!

Luego las dos naves se separaron, haciéndolo la de Brock con sus velas envueltas en llamas. La lorcha de Struan se enderezó, balanceándose pronunciadamente un momento, y luego quedó peligrosamente escorada hacia

babor. Struan se apoderó de la caña del timón y la empujó con todas sus fuerzas. La nave obedeció pesadamente, y cuando el viento volvió a hinchar de nuevo las velas.

Struan enfiló directamente hacia la orilla, rogando frenéticamente poder llegar a ella antes de que la lorcha se hundiera.

Mirando hacia atrás, pudo ver que las velas del barco de Brock estaban ardiendo. Al menos, y si lograban apagar el fuego, tendrían que arrojar los aparejos al agua y reponer las velas. Entonces, Struan se dio cuenta de que su nave se hallaba inclinada unos diez grados hacia babor, es decir, hacia el lado opuesto al que recibiera el impacto. Se arrastró por la inclinada cubierta y observó el gran orificio que el espolón había abierto en el costado de estribor. El borde inferior del agujero quedaba sólo un par de dedos por debajo de la línea de flotación.

Comprendió que el encontronazo había desplazado las cajas con la plata hacia el costado contrario de la bodega, donde el peso mantenía al buque inclinado y con el orificio casi fuera del agua.

Inmediatamente, Struan ordenó a Wung que se hiciera cargo del timón y mantuviese el mismo rumbo. Luego recogió el venablo y, blandiéndolo amenazadoramente, obligó a algunos de los marineros chinos a bajar con él a la bodega. Vio entonces a May-May y a su criada, que estaban aterradas, pero incólumes.

—¡Id arriba y llevad los mosquetes! —les gritó.

La bodega era un caos. Numerosas cajas se habían roto, y las barras de plata se hallaban dispersas por todas partes. En el costado de babor se hallaban las cajas intactas. Mientras tanto, el agua penetraba por el orificio. Los tripulantes dieron la vuelta, dispuestos a salir huyendo, pero Struan les obligó a seguir adelante y les hizo apagar los pequeños fuegos que estaba originando las brasas caídas de la cocina.

Jurando y gesticulando como un poseído, Struan gritó a los chinos que llevasen las cajas enteras más hacia babor y que las apilaran allí. Con el agua hasta los tobillos, los aterrados chinos obedecieron. Temían morir ahogados, pero aparentemente les causaba más miedo el arma que blandía Struan. Al recibir mayor peso por el costado de babor, la lorcha se inclinó aún más hacia ese lado, y al fin todo el agujero quedó al aire, dejando de penetrar agua en el

casco. Luego, Struan ordenó a los chinos que recogieran la vela mayor de repuesta y subió con ellos a cubierta. Allí vio a May-May, que empuñaba una pistola con expresión de profundo temor, y a Ah Gip, que tenía en las manos un mosquete. Wung seguía manteniendo el rumbo, aunque parecía estar aterrado. Struan empujó a los marineros hacia adelante y con ayuda de ellos hizo pasar la vela por la proa, bajo el casco, hasta colocarla sobre el orificio. Luego la aferraron con fuerza por sus cabos. De este modo la lona quedó recubriendo el agujero, y en los balanceos la misma presión sobre la lona y el orificio impedía que el agua entrara en el casco.

Una vez más, Struan se trasladó con los tripulantes abajo y les hizo cambiar de sitio algunas cajas de barras, con el fin de que la inclinación de la nave no fuera tan acentuada. Volvió luego a cubierta e inspeccionó los cabos que aseguraban la vela de repuesto contra el orificio.

Cuando estuvo seguro de que el arreglo había dado resultado, comenzó a sentirse más tranquilo.

—¿Te encuentras bien, May-May? —inquirió.

—Duele —contestó ella, señalándose la muñeca.

Struan miró con atención y comprobó que, aunque sangraba a consecuencia de un golpe, no parecía tener ningún hueso roto. Vertió un poco de ron sobre la herida, bebió él a su vez largamente, y luego miró hacia la popa. La lorcha de Brock iba a la deriva, con las velas mayor y trinquete ardiendo furiosamente. Vio que la tripulación de la nave cortaba los aparejos y las velas y lo lanzaba todo por la borda. Las lonas ardieron un momento sobre el agua, y en seguida se apagaron. Unos pocos juncos y sampánes se hallaban en las cercanías, pero ninguno de ellos acudió a ayudar a la embarcación incendiada.

Struan miró hacia adelante. El Canal de las Seis Rocas, una pequeña vía de agua poco conocida, se hallaba una cuarta a sotavento. Movió con precaución el timón, y la lorcha giró unos puntos. El viento dio entonces de plano en las velas, con lo que el barco experimentó un balanceo que sumergió el orifício bajo el agua. Gritaron alarmados los tripulantes y Struan corrigió inmediatamente el rumbo.

«Peligrosa manera de navegar es ésta —se dijo Struan—. No me atrevo a virar a estribor, pues un ligero golpe de mar puede desgarrar la lona, y entonces todo habrá concluido. Si entro en el Canal de las Seis Rocas, Brock no podrá

hallarme, pero allí no hay posibilidad de maniobrar. Así, pues, tengo que permanecer en el río, ciñendo el viento, lo más firme posible».

Comprobó Struan su posición. La Pagoda de Mármol se hallaba ocho o nueve millas corriente abajo.

La lorcha sólo hacía dos o tres nudos, debido a la lona que envolvía parte de su casco, lo cual restaba velocidad a la nave. Más adelante, el río se retorcía y formaba numerosos meandros. Struan procuró no virar ni presentar demasiado velamen al viento para que la lorcha no sufriera excesivos balanceos.

Entregó Struan el timón a Wung y fue bajo cubierta, a comprobar el estado del orificio desde dentro. La lona se hallaba firme por el momento, y daba la impresión de que iba a resistir aún algún tiempo, si la suerte los acompañaba. Recogió entonces algunas tazas y volvió al puente.

Los chinos estaban ahora reunidos, con gesto hosco. Sólo se veía a seis de los ocho que había antes.

—Aquí hay únicamente seis hombres. ¿Dónde están los otros dos? —preguntó Struan.

Wung señaló hacia la borda y se encogió de hombros.

—Caen, ellos caen —dijo, y apuntó hacia adelante—. No importa.

—Ira del cielo. ¿Y no has hecho nada por salvarlos? —¿Salvarlos? ¿Por qué salvarlos?

Struan se dio cuenta de que era inútil seguir insistiendo. Según la costumbre china, los hados hacían que los hombres cayeran al mar. La voluntad de los dioses quería que se ahogasen, y era muy mala cosa obstaculizar los deseos de las deidades. Si alguien salvaba a una persona de morir ahogado, durante el resto de su vida tendría que cargar con la responsabilidad de cuidar a esa persona. Así debía ser, ya que al interponerse en el camino de los dioses, había que asumir la responsabilidad de proteger al ser que se había salvado.

Struan vertió un poco de ron en una taza y la entregó a May-May. Después ofreció un trago a los componentes de la tripulación, que no le dieron las gracias, lo cual tampoco él esperaba. Eran muy extraños esos chinos. ¿Por qué habían de agradecerle el que les hubiese salvado la vida? Al fin y al cabo fueron los hados los que impidieron el hundimiento del barco.

«Bien, al menos no puedo quejarme de la forma en que me tratan los hados, hasta ahora», pensó Struan.

Uno de los tripulantes lanzó en ese momento un grito de alarma, al tiempo que miraba por encima de la borda. La lona estaba empezando a aflojarse. Struan corrió abajo y desde dentro trató de asegurar mejor la vela protectora. El agua alcanzaba más de medio metro en la bodega.

—Creo que se sostendrá —dijo en voz alta, hablando consigo mismo—. Así lo espero.

A continuación, Struan se trasladó al camarote principal, donde reinaba un gran desorden. Se aproximó a una litera, cogió una colchoneta rellena de paja y volvió a subir las escaleras.

Al llegar a cubierta experimentó un estremecimiento. Wung estaba apuntándole con una pistola, mientras otro chino empuñaba un mosquete. Ah Gip se hallaba inconsciente en el suelo. Otro de los chinos sujetaba con fuerza a May-May y le tapaba la boca para que no gritara.

Struan levantó instintivamente la colchoneta y se echó a un lado de la escalerilla, en el momento en que Wung apretaba el gatillo. Sintió Struan que la bala le rozaba el cuello, y entonces irrumpió en cubierta, con el rostro manchado de pólvora y la colchoneta como patético escudo.

El otro marinero disparó el mosquete, pero éste estalló y le voló las manos, que el chino quedó contemplando atónito, hasta que al ver sangrar los muñones lanzó un alarido de espanto y dolor.

Struan se apoderó de la cadena con la bola en un extremo, que estaba junto a la escotilla, y esperó el ataque de los marineros. Blandió Struan el arma y la bola fue a golpear a Wung a un lado del rostro, destrozándole Ja boca, y haciéndole retroceder trastabillando. Otro de los chinos le atacó por la espalda y trató de estrangularle empleando la propia coleta, pero Struan pudo deshacerse de él. El que sostenía a May-May saltó hacia adelante, y Struan le golpeó con la bola de hierro en pleno rostro. Cuando el hombre cayó gritando, Struan lo dejó inerte de una patada. Los dos hombres que habían quedado incólumes huyeron hacia proa. Jadeando con fuerza, corrió Struan detrás de ellos, pero los chinos se lanzaron por la borda al agua. Oyóse entonces un grito desde la popa. Wung, con el trágico aspecto que le daba su rostro ensangrentado, manoteaba medio a ciegas procurando apoderarse de May-May. La muchacha consiguió al fin escabullirse y se echó a un lado. Struan corrió hacia la popa, y de un golpe dejó muerto a Wung sobre la cubierta. El marinero que había perdido las dos manos seguía

dando alaridos. Struan llegó junto a él y le dio muerte rápidamente para que no siguiera sufriendo.

A continuación reinó el silencio en cubierta.

May-May contempló una de las manos destrozadas que yacía sobre las maderas y se sintió repentinamente enferma. Struan lanzó la mano al agua. Habiendo recuperado el aliento, fue arrojando los cadáveres por la borda. Examinó luego a Ah Gip, que respiraba por la boca, ya que tenía sangrando la nariz.

—Creo que se pondrá bien —dijo Struan, y se extrañó de lo ronca que se oía su propia voz.

Comenzó a sentir agudos dolores y regresó hacia donde se hallaba May-May.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó.

—No lo sé —replicó la muchacha, entre sollozos—. Cuando quise darme cuenta, uno de ellos me había quitado la pistola y me tapaba la boca para que no gritase. Creí que Wung te había matado, cuando disparó sobre ti.

—Me siento casi como si lo hubiera conseguido —dijo Struan, que tenía el lado izquierdo del rostro chamuscado. Le faltaba media ceja y un buen trozo de pelo. Sin embargo, el dolor comenzaba a disminuir.

—¿Por qué lo harían Wung y los demás? —inquirió la muchacha—. Eran gentes de confianza de Jin-qua.

—Tú misma dijiste que cualquiera sería capaz de robar la plata. Sí, cualquiera. En el fondo, no los culpo. He sido un necio al bajar a la bodega y dejarlos aquí.

Observó Struan el rumbo que seguían, y comprobó que iban en la dirección conveniente.

May-May descubrió entonces la herida que Struan tenía en el cuello.

—Unos milímetros más… —murmuró ella—. Puedes agradecer a los hados que te hayan protegido. Yo les haré una gran ofrenda por sus favores.

Struan notó el olor dulzón de la sangre y, sintiéndose ya a salvo, su estómago se contrajo, dirigióse a la borda dando arcadas y vomitó hacia afuera. Cuando estuvo más repuesto, se procuró un recipiente con agua y limpió la cubierta.

—¿Para qué has dejado a ese hombre? —preguntó May-May.

—No está muerto.

—Tíralo al agua.

—Sólo si muere —contestó Struan, aspirando con fuerza y notando que las náuseas le habían abandonado. Con las piernas doliéndole de cansancio, Struan levantó a Ah Gip en brazos y la llevó al camarote principal.

—¿Viste dónde la golpearon? —preguntó Struan a May-May.

—No.

Struan le desabrochó el vestido y examinó atentamente a la mujer. No parecía tener nada en el pecho ni en la espalda, pero en la base de la coleta presentaba un golpe. Volvió a cubrirla con cuidado y contempló su rostro, ceniciento y cubierto de sudor frío. Su respiración era anhelante.

—No me gusta nada su aspecto —dijo Struan.

—¿Cuánto tiempo debemos seguir navegando? —preguntó May-May.

—Unas dos o tres horas —manifestó Struan, mientras empuñaba de nuevo el timón—. O quizá algo más; depende de varios factores.

May-May se recostó sobre una escotilla y dejó que el frío viento le aclarase la mente. Vio Struan la botella de ron que con el cuello roto rodaba por cubierta.

—Ve abajo y mira a ver si hay otra botella de ron, May-May. Creo que había dos.

—Perdóname, Tai-Pan. Casi nos matan a todos por culpa de mi estupidez.

—No, muchacha. Ha sido el dinero lo que tuvo la culpa de todo. Ve abajo, por favor.

Descendió May-May bajo cubierta y allí permaneció un buen rato.

Cuando regresó, traía una tetera y dos tazas.

—Hice un poco de té —dijo con acento de satisfacción—. Conseguí encender el fuego e hice la infusión. La botella de ron la encontré rota, de modo que sólo podemos tomar té.

—No sabía que fueras capaz de hacer té, ni de encender el fuego —replicó él, bromeando.

—Cuando sea vieja y desdentada, me convertiré en ama de compañía —aseguró la muchacha, mientras miraba hacia la orilla.

Vertió luego el té en una taza, que ofreció sonriendo a Struan.

—Gracias —replicó éste.

Ah Gip volvió en sí por unos instantes, vomitó y perdió de nuevo el conocimiento.

—No me gusta nada el aspecto que tiene la pobre mujer… —comentó

Struan.

—Es una criada magnífica; sería una lástima si la perdiera —replicó May-May.

Bebió Struan su té con gesto de complacencia, y luego inquirió:

—¿Hay mucha agua en la bodega?

—Todo el suelo está cubierto. Creo conveniente que elevemos una… una petición al dios del agua.

—Querrás decir una oración.

—Sí, eso es, una oración —replicó May-May, sonriendo—. Además, sería oportuno que ofreciéramos un presente a los dioses. Abajo hay mucha plata. Con una barra bastará.

—Tonterías. Sería un buen modo de desperdiciar la plata. He estado mil veces en situaciones parecidas y siempre salí de ellas sin ofrecer nada a los dioses. Además, no hay «dioses», sino un solo Dios.

—Pero tienes que comprenderlo, Tai-Pan. Ahora es distinto. Debemos hacer esa ofrenda al dios del mar, para obtener su protección —rogó ella, con gesto suplicante.

Struan había renunciado a hacerle comprender que había un solo Dios; que Jesús era su hijo, y que el cristianismo era la única y verdadera religión. Dos años antes trató de explicarle la doctrina cristiana a May-May.

—¿Quieres que sea cristiana? —dijo ella, alegremente en tal ocasión—. ¡Qué bien! ¡Entonces, ya soy cristiana!

—Bueno, no es tan fácil como tú crees, May-May. Primero debes creer.

—Desde luego. Yo creo que lo que tú quieras que yo crea. Hay un solo Dios, el Cristo de los bárbaros. El nuevo Dios.

—No llames así a Cristo. Y nuestro Dios tampoco es nuevo, como tú dices. Es…

—Vuestro Señor Jesucristo no era chino, ¿verdad? Entonces era bárbaro, está claro. Y además, ¿cómo puedes decirme que no es nuevo, cuando hace sólo dos mil años no había nacido aún, eh? Ya ves que es bastante nuevo. *¡Aeey yah!* Nuestros dioses tienen cinco y diez mil años de antigüedad.

Struan no supo qué contestarle, ya que si bien era cristiano convencido, iba a veces a la iglesia y leía la Biblia, en cambio no tenía la preparación religiosa necesaria para enseñar la doctrina a May-May y para convencerla. Así, pues,

pidió a Wolfgang Mauss que explicase el Evangelio a la muchacha en mandarín. Pero una vez que el reverendo la hubo bautizado y adoctrinado, Struan descubrió que May-May seguía asistiendo al templo chino.

—Pero, ¿por qué vas allí? —le preguntó Struan—. Eso es volver al paganismo. ¿No comprendes que no debes inclinarte ante todos esos ídolos?

—Bueno, en algunas iglesias vuestras también he visto ídolos, delante de los cuales se arrodilla la gente.

—Eso no es lo mismo. Son imágenes de santos.

—El Buda es sólo el símbolo del Buda —contestó ella—. Yo no venero ningún ídolo, como no lo veneran los demás chinos. No somos tan torpes como para eso. Por el contrario, estamos muy orgullosos de nuestros dioses. Además, ¿estás seguro de que Jesús nos hubiera querido a los chinos?

—Estás blasfemando, muchacha. Wolfgang te explicó el Evangelio en estos últimos meses. Debieras saber que Jesús ama a los chinos y a todos los pueblos por igual.

—Bien, pero lo que no comprendo es el motivo por el cual algunos sacerdotes cristianos usan una larga falda negra y no se casan nunca, mientras que otros sacerdotes visten como los demás hombres y tienen muchos hijos. El amo Mauss me dijo que hubo muchas guerras entre esas dos clases de sacerdotes, y que los de las largas faldas quemaron a muchas personas en la hoguera.

La muchacha reflexionó un momento y luego movió la cabeza, llena de convicción.

—Es mejor que cambiemos ahora mismo, Tai-Pan. Hagámonos cristianos de los de larga falda; así, en caso de perder la guerra, no nos quemarán. Porque vosotros Sois de los que no quemáis a la gente, ¿no es cierto?

—No es posible cambiar así como así. Además, los católicos están equivocados. Tienen…

—Hazme caso, Tai-Pan. Es mejor ser de los de larga falda. Por otra parte, yo seguiré venerando a los dioses chinos, por si acaso. Entonces sabremos qué dios es el mejor de todos.

—¡No puedes hacer eso, es una barbaridad! Hay un Solo Dios. ¡Uno *solo*!

—Veamos, pruébalo.

—¡Bah! No puedo hacerlo.

—Ya lo ves. No hay mortal que pueda probar la existencia de ningún dios. Pero, por fortuna, soy cristiana y al mismo tiempo adepta a la religión china. En estas cosas es mejor tener un amplio criterio. Así podremos pedir a uno u otro dios, según las necesidades. ¿No te parece bien? —concluyó ella, encantada con su lógica.

—No. En absoluto.

—Claro que si pudiera hacer una elección, que ya me está permitida, preferiría a los dioses chinos. Además, vuestro cielo me parece un poco extraño. Todo el mundo está allí volando, con túnicas blancas. ¿Podéis haceros el amor en vuestro cielo?

—No, no se puede.

—En tal caso prefiero no ir a vuestro cielo, sea o no el verdadero. Sería terriblemente aburrido estar allí. Además, ¿cómo puede concebirse que una religión tan buena como la vuestra no os consienta tener más que una sola mujer, lo cual es una enorme necedad? Así se explica que en vez de tener varias esposas tengáis varias amantes, lo cual es peor, a mi entender.

—Lo que sucede, May-May, es que algunos de nosotros somos pecadores, pero eso no quiere decir que todos los cristianos hagan lo mismo.

Ambos sostuvieron muchas conversaciones por este tenor, y siempre exponía ella argumentos que a Struan ' le costaba muchísimo rebatir. Pero él confiaba en que el Señor mismo haría comprender un día su verdad a May-May…

—Por favor, Tai-Pan —dijo May-May, volviéndole a la realidad—. Diré una oración al Dios de los cristianos, pero también creo que una ofrenda a los dioses chinos no estaría mal, puesto que nos hallamos en China.

—No me parece conveniente.

—Lo sé, Tai-Pan. Pero ten en cuenta que soy cristiana desde hace dos años, de modo que tú y vuestro Dios debéis tener paciencia conmigo. Estoy segura de que sabréis perdonarme —concluyó ella, triunfalmente.

—Está bien —dijo Struan.

May-May se fue bajo cubierta. Cuando regresó se había lavado bien el rostro y las manos, y tenía el cabello trenzado. Traía una barra de plata envuelta en un papel, el cual aparecía escrito con caracteres chinos.

—¿Has escrito tú eso? —preguntó Struan.

—Sí. Encontré pluma y tinta, y escribí una plegaria al dios del mar.

—¿Cómo es esa plegaria?

—«¡Oh, sabio y poderoso dios de los mares! A cambio de esta magnífica ofrenda, que vale casi cien taels de plata, dígnate llevarnos a salvo hasta el navío bárbaro llamado *China Cloud*, el cual pertenece a mi hombre bárbaro, y desde allí ayúdanos a llegar hasta la isla de Hong-Kong, que los bárbaros nos han robado».

—No creo que la plegaria le haga mucha gracia a tu dios. Además, la plata de la ofrenda es mía y tampoco me gusta nada que me llames bárbaro —aseguró Struan.

—Es una plegaria muy cortés —replicó May-May—, y en ella sólo digo la verdad. Se trata de un dios chino, y para los chinos tú eres un bárbaro. Tiene mucha importancia decir la verdad en las plegarias.

A continuación, la muchacha se dirigió hacia la banda escorada del buque. Mantuvo con gran esfuerzo la barra de plata a la altura del hombro, con el brazo extendido, y cerró los ojos. Repitió entonces la oración que había escrito, y siempre con los ojos cerrados, dejó caer con la otra mano el papel de la plegaria y rápidamente se guardó la barra de plata entre los pliegues de su chaqueta. Luego abrió los ojos y observó cómo el papel se hundía en las aguas. Volvió luego hacia donde estaba Struan, con la barra en las manos y una intensa expresión de gozo en el semblante.

—Ya está. Ahora podemos quedarnos tranquilos —dijo.

—¡Pero si eso es una estafa! —estalló Struan, sin poder contenerse.

—¿Cómo?

—¡Digo que por qué no arrojaste la plata al agua!

—¡Chist! No grites tanto. Vas a estropearlo todo —dijo ella, en voz muy baja —. Claro que no iba a tirar la plata. ¿Te crees que soy tonta?

—Pensé que deseabas hacer una ofrenda.

—Bueno, arrojé el papel con la plegaria. ¿Piensas que estoy tan loca como para tirar toda esta plata?

—Pero es que tú la ofreciste…

—¡Chist! Más bajo. El dios del mar acabará por darse cuenta.

—Esa ofrenda no tiene ningún valor, mientras no arrojes también la plata al agua.

—Te juro que no te entiendo, Tai-Pan. Veamos, ¿para qué quieren los dioses

la plata? ¿Para comprar alimentos o vestidos? Bien sabes que no lo necesitan, al contrario que nosotros. Ya ves, he hecho una ofrenda y te he salvado la plata. Sí. Vosotros, los bárbaros, sois una gente muy extraña.

May-May se encaminó entonces hacia la bodega, murmurando en dialecto de Suchow: —¡Como si fuera yo capaz de deshacerme de toda esta plata! ¿Soy acaso la emperatriz de China para arrojar tanto dinero al agua? *¡Aeey yah!* Ni la misma emperatriz sería tan estúpida.

Al llegar a la bodega, la muchacha colocó la barra en la caja de donde la había sacado y regresó a cubierta.

Struan la vio volver murmurando aún en chino con gesto colérico.

—¿Puede saberse qué estás diciendo? —preguntó él.

—Que no soy tan imbécil como para tirar un dinero que te ha costado tanto ganar. ¿Soy acaso…?

—Está bien, está bien. Pero no sé si el dios del mar accederá a tus ruegos por haberle engañado de ese modo. Me parece una tontería.

—¿Quieres hablar más bajo? —dijo la muchacha—. El dios del mar nos protegerá. No es la plata en sí lo que desea, sino el ofrecimiento que se le hace, y eso ya se lo he proporcionado.

May-May movió significativamente la cabeza y añadió:

—Los dioses son como las personas. Creen lo que se les dice, si uno lo dice convencido. De todos modos, tal vez el dios del mar no se halle por estos lugares, y nos deje ahogar, con plata o sin ella.

—Y a todo esto, ¿puede saberse por qué hablamos en voz baja? —inquirió Struan—. Según tu manera de pensar, el dios del mar es una deidad china y no puede entendernos cuando hablamos en inglés. ¿No te parece?

Esto pareció dejar perpleja a May-May, quien frunció el ceño, reflexionó un momento y luego contestó, mientras se encogía de hombros:

—Bueno, ya sabes cómo son los dioses. Tal vez haya aprendido la lengua bárbara. ¿Quieres más té?

—Sí, gracias.

Vertió ella la infusión en las dos tazas, y luego se sentó sobre la escotilla y comenzó a entonar una dulce canción. La lorcha se balanceaba muy levemente, arrastrada por las aguas. Comenzaba a despuntar el alba.

—Eres una gran muchacha, May-May —dijo él.

—También yo te quiero a ti —replicó ella, al tiempo que se aproximaba a Struan y se apretaba contra él—. Dime, ¿hay muchos hombres como tú en tu país?

—Hay unos veinte millones, entre hombres, mujeres y niños.

—Se dice que en China hay trescientos millones de personas.

—Eso hace que una persona de cada cuatro, en la tierra, sea china.

—Me preocuparía por mi pueblo, si todos los bárbaros fueran como tú. Das muerte a tantos y con tanta facilidad…

—Yo mato cuando tratan de liquidarme a mí, como hice con esos marineros.

—Me alegro de que los hayas matado —dijo ella, con la luz del amanecer reflejada en los ojos—. Y me alegra también que no te dieran muerte a ti.

—Algún día tendré que morir.

—Claro que sí. Pero aún tiene que pasar mucho tiempo.

Nuestro hijo Duncan se sentirá orgulloso de su bravo padre.

—Cuando él sea mayor, ya no será necesario matar en el mundo.

—Matar será necesario cuando sean mayores los hijos de sus hijos. El hombre es un animal feroz. Todos los hombres lo son, pero los bárbaros sois peores que nosotros. Mucho peores.

—Piensas eso porque eres china. En realidad, vosotros tenéis costumbres mucho más bárbaras que las nuestras. Las gentes cambian, May-May.

—No, en eso tenéis también que aprender de China, Dirk Struan. Aquí la gente nunca cambia.

—De Inglaterra es de quien debéis aprender. La tierra puede convertirse así en un lugar de orden, donde todos sean iguales ante la ley, donde impere la justicia.

—¿Tiene eso tanta importancia, cuando la gente se muere de hambre? —inquirió ella.

Struan pensó largo rato en esa pregunta de la muchacha.

La lorcha seguía derivando corriente abajo. Otras embarcaciones pasaban al lado y sus tripulantes miraban con curiosidad a la nave, en silencio. Más adelante, el río trazaba una curva, y Struan movió ligeramente la caña del timón. La lona amarrada al casco parecía resistir bien.

—Deseo preguntarte una cosa, May-May —dijo Struan—. Tú dijiste que habías ido a ver a la Dama Suprema de Jin-qua. ¿Dónde la conociste?

—Yo estuve de esclava en su casa —contestó tranquilamente May-May—. Allí me encontraba cuando Jin-qua me vendió. Tú fuiste quien me compró, ¿no es cierto?

—En efecto, te adquirí, según vuestras costumbres; pero para mí no eres una esclava. Puedes quedarte o marchar libremente, según lo desees. Ya te lo dije desde el primer día.

—Entonces no te creí, Tai-Pan; pero ahora sí te creo.

May-May contempló pensativa las embarcaciones que pasaban y la orilla al fondo. Luego, como volviendo en sí, dijo:

—Nunca había visto matar, antes de ahora. Eso no me gusta. ¿Será porque soy mujer?

—¡Quién sabe! No es fácil adivinarlo.

—¿Te gusta a ti matar?

—No.

—Es una pena que errases con la flecha a Brock.

—No tiré a matarle. Sólo quería hacer que desviara el rumbo.

—¡Dios santo, Tai-Pan! —dijo ella, llena de asombro—. Te juro que nunca he visto una persona tan singular.

—Y yo te juro, May-May —contestó Struan, con una mirada burlona en los ojos—, que tú eres aún más extraña que yo.

Reclinóse la muchacha junto a Struan, contemplándole ensimismada y acariciándole suavemente. Al cabo de un rato se quedó dormida.

Cuando despertó, el sol ya estaba alto en el cielo. Las márgenes eran ahora muy bajas, y la tierra se extendía hasta los brumosos horizontes. Eran terrenos ricos, cubiertos de cultivos donde crecía, verde y ondulante, el arroz del invierno.

La Pagoda de Mármol apareció en ese momento detrás de una loma. Frente a ella se hallaba anclado el *China Cloud*.

CAPITULO IX

Cuatro días más tarde, el *China Cloud* fondeaba en secreto en Deepwater Bay, lugar situado en la costa sur de la isla de Hong-Kong. Era una fría mañana en que el cielo estaba densamente nublado y las aguas parecían teñidas de gris.

Struan se hallaba de pie, detrás de los cristales del camarote principal, mirando hacia tierra. Las desnudas montañas caían a pico sobre el mar, en torno a la bahía, y sus cimas aparecían envueltas en nubes. En medio de la cala podía verse una playa de reducidas dimensiones, a partir de la cual el suelo volvía a ascender rápidamente hasta perderse entre la bruma. Graznaban con fuerza las gaviotas, mientras las olas golpeaban mansamente sobre los costados de la nave, produciendo un rumor apacible. La campana sonó seis veces.

—Adelante —dijo Struan, contestando a los golpes que habían sonado en la puerta.

—El cúter ha regresado —dijo el capitán Orlov, con gesto de fatiga.

Era un jorobado de amplias espaldas, que medía escasamente metro y medio, pero con brazos macizos y poderosa cabeza. De su muñeca pendía una maza de abordaje como la que Struan había usado para deshacerse de los chinos de la lorcha. Desde el momento en que las cajas con las barras de plata estuvieron a bordo, Orlov había llevado consigo la maza día y noche, e incluso dormía con ella.

—Por las barbas de Odín, que nuestro cargamento es peor que la peste negra.

—¿Más inconvenientes?

—¿Inconvenientes? No, a fe mía, en el barco que yo mande —replicó riendo el deforme personaje—. Al menos, no los hay mientras estoy despierto, ¿eh, Ojos Verdes?

Struan conoció a Orlov vagando por los muelles de Glasgow muchos años antes. Era un escandinavo que había naufragado en las peligrosas aguas de las

islas Oreadas y no pudo hallar otra nave donde embarcar.

Aunque los marinos no reconocían las nacionalidades, no hubo armador que quisiera confiar una embarcación a un individuo de aspecto y de conducta tan extraños como Orlov, el cual jamás llamaba «señor» a nadie, por alta que fuera su alcurnia. «Soy el mejor marino del mundo —solía decir, lleno de ira—. ¡Pruébenme y se lo demostraré, por la sangre de Thor!».

Struan se decidió a probar los conocimientos marineros de Orlov, así como su fortaleza y coraje, y se mostró plenamente satisfecho. Además, Orlov hablaba inglés, francés, ruso, finlandés y noruego. Su mente era brillante y tenía una memoria prodigiosa. Si bien tenía el aspecto de un grotesco duendecillo y mataba como un tigre, si era necesario, no menos cierto es que se trataba de un hombre honrado, en el que se podía confiar ciegamente.

Struan le entregó primero un barco pequeño, y luego le puso al mando de otro más grande. Más tarde le nombró capitán de un clíper, y el año anterior le destinó al *China Cloud*, donde Struan pudo comprobar que las jactancias de Orlov no eran vanas palabras.

Struan vertió más té en la taza que había en la mesa, endulzó la infusión con azúcar y agregó ron.

—En cuanto el señor Robb y Culum estén a bordo, zarparemos hacia el puerto de Hong-Kong.

—Cuanto antes mejor, ¿verdad?

—¿Dónde está Wolfgang?

—En su camarote. ¿Quiere verle?

—No. Procure que no nos molesten.

Orlov se sacudió las húmedas ropas en el momento de marcharse, y dijo con gesto de preocupación:

—Es mejor que nos deshagamos lo antes posible de esta maldita carga. Jamás he llevado algo semejante.

Struan no contestó. Estaba sumamente cansado, pero su mente permanecía alerta.

«Ya casi estás en casa —se dijo—. Pocas horas más y estarás a salvo, en el puerto. Gracias también a la Real Armada. Entre fragatas de la Marina de guerra puede descansarse mejor».

El camarote principal era espacioso y estaba amueblado con lujo. Sin

embargo, ahora aparecía atestado con las armas más diversas: mosquetes, puñales, mazas de abordaje y espadas. Struan había ordenado desarmar a toda la tripulación antes de llevar la plata a bordo.

En ese momento, sólo él y el capitán Orlov portaban armas. Struan notaba la violenta tensión que gravitaba sobre el barco. Las barras de plata parecían haber infectado a todo el mundo.

«Sí —pensó Struan—. El dinero manda a cualquier hombre. Mancharía seguramente a Robb, a Culum e incluso a Orlov».

A poco de embarcados en el *China Cloud*, Ah Gip entró en coma y murió. Struan quiso lanzar su cadáver al mar, pero May-May le rogó que no lo hiciera.

—Ah Gip era una fiel criada —dijo ella—. Sería mala suerte no entregarla a sus parientes para que éstos la enterrasen como a los demás chinos. Créeme, Tai-Pan, sería algo terrible.

Así, pues, Struan cambió de rumbo y se encaminó a Macao. Allí, con la ayuda de Mauss, compró a Ah Gip un hermoso ataúd y la entregó a sus parientes, junto con diez taels de plata para que le hicieran un buen entierro. Los parientes de Ah Gip eran hoklos, gentes del pueblo flotante, que agradecieron a Struan sus atenciones y le rogaron se llevara con él a Ah Sam, la hermana menor de Ah Gip, para que ocupara el lugar de ésta. Ah Sam era una muchacha de quince años, de cara redonda, que hablaba algo el inglés y que, cosa extraña en una mujer hoklo, tenía los pies vendados. May-May conoció a Ah Sam y dio su aprobación, por lo que Struan accedió a que la chica se fuera con ellos. Los padres pidieron trescientos taels de plata por Ah Sam, y Struan estuvo dispuesto a pagar esa suma, pero May-May aseguró que ambos se harían valer muy poco si daban el primer precio que les pedían. Así, pues, May-May regateó con los padres de la chica y logró rebajar el precio hasta ciento diecisiete taels.

Struan consintió en las formalidades de la compra debido a que las costumbres chinas así lo exigían. Pero una vez que la venta se hubo realizado, y que, de acuerdo con las leyes chinas, era el propietario de la muchacha, Struan rompió el documento delante de Ah Sam y le dijo que ya no era esclava, sino una sirvienta. Ah Sam no comprendió. Struan se dio cuenta de que la muchacha preguntaría a May-May más tarde la razón de que hubiera roto el documento y que ésta diría que era la extraña forma de ser de los bárbaros. Ah Sam se mostraría de acuerdo con ella, y desde entonces le profesaría aún más temor.

Mientras el *China Cloud* se hallaba en Macao, Struan dejó a toda su tripulación incomunicada a bordo, con excepción de Wolfgang Mauss. Temía que se corriese la voz de la existencia de las barras de plata. Por más que confiaba de ordinario en sus tripulantes, la confianza desapareció cuando estuvo de por medio una cantidad tan enorme. Cabía esperar actos de piratería tanto desde el exterior como del interior del barco. En Macao estuvo a punto de producirse un motín, y, por vez primera, Struan y sus oficiales tuvieron que emplear el látigo y colocar centinelas en cubierta. Además, se prohibió a todos los sampánes que pasaran a menos de un centenar de metros del *China Cloud*.

Luego, Struan envió a su primer piloto, Cudahy, a Hong-Kong para que recogiera en el cúter a Robb y a Culum y les llevase a la reunión secreta de Deepwater Bay, y con instrucciones especiales de no decir nada acerca de las barras de plata. Sabía Struan que con ello corría un nuevo peligro, pero no tenía más remedio que arriesgarse. Con el dinero a buen recaudo en el *China Cloud*, Struan tuvo tiempo de pensar en Jin-qua, en la Noble Casa y en el futuro de ésta, así como en Robb y Culum, o sin ellos. A toda costa.

Dejó entonces a May-May en Macao, instalada en la casa que comprara para ella, pero antes de partir, ambos fueron a la casa de Chen Sheng.

Duncan, el hijo de Struan, que ya contaba tres años de edad, comenzó por inclinarse ceremoniosamente para luego arrodillarse y tocar con la frente en el suelo.

Struan le hizo levantar y le dijo que no debía volver a hacer eso ante hombre alguno. Duncan dijo «Sí, Tai-Pan», y luego le abrazó a él y a May-May.

Kate, la niña, había sido cuidada con tanto cariño como Duncan, y Chen Sheng se mostró tan satisfecho como una gallina vieja. Trajeron té y comida, y Chen Sheng pidió permiso para presentarle a Kai-sung, que deseaba ofrecer sus respetos al Tai-Pan.

Kai-sung tenía treinta y seis años. Estaba primorosamente ataviada con una túnica de color oro y carmesí, y llevaba alfileres con cabeza de jade y de plata en el pelo. Era como si no hubieran pasado los diecisiete años. Tenía el cutis como el alabastro, y sus ojos relucían igual que en su juventud. Pero por sus mejillas corrían las lágrimas cuando susurró unas palabras en cantones a May-May, que ésta tradujo para Struan.

—La Hermana Mayor lamenta que tu Tai-tai haya muerto, Tai-Pan. Dice

además que cuando quieras puedes dejar a los niños aquí, que ella los considerará como propios. Te agradece también que seas tan atento con ella y con su hijo.

—Dile que la encuentro muy hermosa y que yo le doy igualmente las gracias.

May-May tradujo las palabras de Struan y lloró un poco con Kai-sung, hasta que ambas se desahogaron.

Luego, Kai-sung, se posternó de nuevo y se marchó.

Chen Sheng llevó aparte a Struan y le dijo, sonriendo:

—Yo oigo que has tenido suerte, Tai-Pan.

—Tal vez.

—¡Ah, Tai-Pan! Tengo esclava virgen. ¿Quieres? Yo te vendo, barato barato.

—No, nada de esclavas vírgenes, Cheng Sheng. Ya tengo bastantes complicaciones.

Struan y May-May recogieron a sus hijos y regresaron a su casa. El dinero que May-May había perdido jugando con él excedía hasta el momento del valor de la mansión.

Ella le entregó formalmente la escritura de la casa, y al mismo tiempo le ofreció una baraja.

—Doble o nada, Tai-Pan. Por las deudas.

Cogió él una carta, la volvió y pudo verse que era una sota. Gimió ella, mesándose los cabellos y dijo:

—¡Ay de mí, ay de mí! ¡Soy una necia, infeliz y desdeñable! ¿Quién me habrá mandado abrir la boca?

Temblando de incertidumbre, cerró May-May los ojos, cogió su carta y, estremeciéndose de pavor, entreabrió los párpados. Vio que era una reina, y entonces gritó llena de gozo y se lanzó en los brazos de Struan.

Este y la muchacha acordaron que él regresaría pronto de Hong-Kong o enviaría a buscarla en el *China Cloud*.

Después, él emprendió el viaje hacia Deepwater Bay.

Se abrió la puerta del camarote.

—Hola, padre —dijo Culum, entrando.

—¿Qué tal, Dirk? —saludó Robb, que acompañaba al muchacho.

—Bien venidos a bordo. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Bastante bueno —replicó Robb, dejándose caer en una silla. Era fácil ver que tenía intensas ojeras.

—Pareces estar agotado, Robb.

—Y lo estoy. Lo he intentado todo, absolutamente todo —dijo al tiempo que se quitaba su pesado gabán—. Pero nadie nos concede crédito. Estamos perdidos. ¿Y tú qué novedades traes, Dirk? ¡Ah, aquí tienes una carta! Llegó en el correo de ayer. Es de nuestro padre —añadió, al tiempo que tendía a su hermano la misiva, después de haberla extraído del bolsillo de la chaqueta.

Toda la alegría que embargaba a Struan por el éxito conseguido se desvaneció. La carta sin duda hablaba de Winifreda. Cogió el sobre y vio que el sello estaba intacto. Reconoció la angulosa letra de su padre.

—¿Qué novedades hay de casa? —preguntó Struan, tratando de dar firmeza a su voz.

—No llegó nada más que eso, Dirk. Yo no recibí nada. Pero dime, ¿qué te ha ocurrido? ¿Qué es esa quemadura que tienes en la cara?

—Nada de importancia —dijo Struan, dejando la carta sobre la mesa—. ¿Has comprado las tierras?

—No. La subasta ha sido postergada —contestó Robb, que no podía apartar la mirada del sobre.

—Mañana se llevará a cabo, padre —intervino Culum—. No hubo tiempo suficiente para medir las parcelas, por eso tuvimos que aplazarla.

Culum se agitó inquieto en su silla, y al fin, inclinando el cuerpo sobre el escritorio, dijo:

—¿Puedo abrir por ti la carta, padre?

—No, déjala donde está. ¿Habéis visto a Brock?

—El *White Witch* llegó a Whampoa hace dos días —manifestó Robb—. Pero no he visto a Brock. ¿Acaso estamos de nuevo en guerra?

—Así es. Supongo que la flota aún se hallará en Hong-Kong, ¿no es cierto?

—Sí. Pero cuando Eliksen llegó, no hace mucho, los barcos se colocaron en posición de combate. Enviaron navíos a guardar las entradas oriental y occidental de la isla. ¿Cres tú que atacarán Hong-Kong?

—No digas tonterías, Robb.

Robb miró a través del vental del camarote, pensando en la indiferencia que manifestaba su hermano, y de pronto se dio cuenta de la presencia de las armas. Fue a hacer una pregunta, pero su hermano le interrumpió.

—¿Qué ha hecho Longstaff durante este tiempo, Culum? —preguntó Struan.

—No lo sé. Sólo le vi una vez, cuando fui a pedirle que aprobase la postergación de la subasta.

—Tampoco yo le he visto mucho, Dirk —intervino Robb—. Después del artículo que sobre nosotros apareció en el periódico, he tenido dificultades para hablar con muchas personas, y especialmente con Longstaff.

—¿Cuándo le viste por ultima vez?

—Al día siguiente de publicarse el artículo, y se mostró totalmente indiferente.

—¿Qué esperabas de él?

—No lo sé. Tal vez una actitud comprensiva. En cambio, se pasó la entrevista aspirando rapé y tomando licor. También podía haber ofrecido ayuda.

—Bien; al menos Longstaff no echó de su puesto a Culum. Eso hay que agradecerle.

—Sólo quería que yo regresara porque no hay nadie por el momento que se pueda encargar de la subasta —aseguró Culum, el cual había comenzado a reponerse, y mostraba un color más saludable—. Creo que hasta se siente satisfecho porque hayamos quebrado. No me refiero a nosotros personalmente, sino a la Noble Casa.

—De no haber sido nosotros, hubiera sido otra compañía, Culum.

—Sí, padre, lo sé. Lo que quería decir es que… Bueno, que has sido demasiado considerado con Longstaff. El te respetaba por tu fortuna; pero ahora, sin dinero, ya no te tratará del mismo modo, puesto que no eres de buena cuna. Es muy triste, pero es la verdad.

—Has aprendido bastante en poco tiempo.

—Hay mucho que aprender en Hong-Kong ahora. Espera que la veas.

—¿Qué quieres decir?

—Estaremos allí dentro de pocas horas. Tú mismo podrás ver el lugar.

Volvióse a agitar Culum en su asiento, y de nuevo insistió:

—Por favor, padre, abre la carta.

—Winifreda estaba agonizando cuando tú viniste. ¿Esperas acaso un

milagro?

—Sí, lo espero. He rogado para que se produzca un milagro, padre.

—Tal vez se haya producido, aunque en otro aspecto. Venid conmigo abajo.

Las pilas de barras de plata relucían fantasmagóricamente en la bodega, bajo la luz del farol. El aire estaba enrarecido y cargado de aroma a opio en bruto. Las cucarachas se escabullían por todas partes.

—Parece imposible —susurró Robb, acariciando la barra de plata más cercana.

—No creí que pudiera haber tanta plata junta en todo el mundo —declaró Culum, no menos atónito que Robb.

—Pues aquí está, ya lo veis.

Robb levantó el lingote para asegurarse de su existencia, y comentó:

—Increíble.

Struan contó entonces la forma en que había obtenido el cuantioso préstamo. Relató todo lo que hablara con Jin-qua, exceptuando lo de las cuatro medias monedas, los cinco laks que debía aplicar a la compra de terrenos en Hong-Kong, los otros cinco que debía dejar aparte, y el que tenía que facilitar a Gordon Chen. Describió luego el combate que sostuvo con Brock, pero no mencionó a May-May.

—¡Ese pirata asesino! —estalló Culum—. Longstaff hará colgar a Brock y a su hijo cuando se entere.

—¿Por qué? —inquirió Struan—. El resumen de todo esto es que la nave de Brock y la mía estuvieron a punto de chocar. Nada más.

—Eso no es cierto. Tú puedes probar que…

—Yo no puedo probar nada. Brock trató de hacer una jugarreta y falló. Eso és todo. Es un asunto que nos concierne a nosotros exclusivamente.

—No me gusta eso —dijo Culum—. No es la forma legal de considerar un acto de verdadera piratería.

—Ya se ajustarán las cuentas a su debido tiempo.

—Gracias a Dios, lo importante es que nos hemos salvado —dijo Robb con voz débil—. Ahora todos los planes financieros internacionales seguirán adelante. Seremos la compañía más rica de todo el Oriente. El cielo te bendiga, Dirk. Tú consigues lo que no puede lograr nadie.

«Ahora tenemos el futuro asegurado —pensó Robb, lleno de gozo—. Ahora

dispondré de suficiente dinero para los dispendiosos gustos de Sarah. Ya puedo regresar a casa inmediatamente. Tal vez Dirk cambie de parecer y no se marche, olvidando sus proyectos de ingresar en el Parlamento y de volver a Gran Bretaña. No más preocupaciones. Ahora podré comprarme una mansión y viviré tranquilo, como un caballero. Mis hijos se casarán, a su vez, y tendré muchos nietos. Roddy podrá terminar los estudios en la Universidad, entrará en las finanzas y no tendrá nunca que venir a trabajar al Oriente».

—¡Dios te bendiga, Dirk! —repitió Robb.

También Culum estaba anonadado. Su cerebro funcionaba con gran celeridad.

«Esto no es dinero, sino mucho más: es poder —pensaba—. Poder para comprar armas, para comprar votos y dominar el Parlamento. He aquí la solución para el cartismo. Como Tai-Pan, podré emplear el poder de esta fortuna, y más aún, tal vez, para lograr un buen fin. Gracias, Dios mío, por habernos ayudado en los momentos de penuria».

Culum veía ahora a su padre de un modo muy diferente.

Durante las pasadas semanas había pensado a fondo en lo que su padre le dijera acerca de las riquezas y el poder, y sobre el empleo de todo ello. Después de mucho reflexionar, se dio cuenta de que el hombre, sin el poder, se hallaba casi indefenso.

Struan advirtió en seguida la codicia que trascendía de la actitud de su hijo y de su hermano.

«No podía esperarse otra cosa —pensó—. Una cantidad tan monstruosa de dinero obraría de igual modo sobre cualquiera. Piensa en ti mismo. Has dado muerte a ocho o diez personas para que no te quitaran esta plata. Y serías capaz de matar a cien más, si se hiciera necesario. Mira lo que te ves forzado ahora a hacer a tu hijo y a tu hermano».

—Hay algo que quiero aclarar en seguida —dijo Struan—. Y es que este dinero me ha sido prestado a mí. Contra mi palabra. Soy responsable de él ante Jinqua. Lo soy yo. No la Noble Casa.

—No entiendo, Dirk —dijo Robb.

—¿Qué has dicho, padre? —preguntó a su vez Culum.

Struan cogió una Biblia y dijo:

—Primero debéis jurar sobre las Sagradas Escrituras que lo que voy a

deciros quedará en secreto entre nosotros tres.

—¿Es necesario que juremos? Puedes contar, desde luego, con que no se lo diré a nadie —dijo Robb.

—¿Quieres hacer el juramento, Robb?

—Está bien, lo haré.

Struan colocó la Biblia sobre las barras de plata, y a continuación declaró:

—Este dinero será empleado para salvar a la Noble Casa sólo con la condición de que si alguno de ustedes llega a ser Tai-Pan, se comprometa, primero, a apoyar, con el poderío de la Compañía, el desarrollo de Hong-Kong y el comercio con China; segundo, deberá mantener siempre la sede de la Compañía en Hong-Kong; tercero, se hará cargo de los compromisos que contraje con Jin-qua y sus sucesores; cuarto, deberá asegurarse de que quien elija como Tai-Pan cumplirá igualmente lo estipulado; y, por último —dijo Struan, señalando a la Biblia—, debéis comprometeros a que sólo un familiar nuestro, de creencias cristianas, sea Tai-Pan. Jurad sobre la Santa Biblia, del mismo modo que lo exigiréis a vuestro sucesor, cuando llegue el momento.

Se produjo un largo silencio. Al fin, Robb preguntó:

—¿Podemos conocer las condiciones que impuso Jinqua?

—No.

—¿Queda algo más?

—Ya os lo diré cuando hayáis jurado. Podéis confiar en mí o no, según gustéis.

—Esto no me parece justo.

—Una riqueza semejante no se pone en juego todos los días, Robb. Tengo que asegurarme. Esto no es un asunto de chiquillos, y no os estoy considerando ahora como a familiares. De nosotros dependen uno o dos siglos de historia de la isla —dijo Struan, con los ojos brillantes, a la luz del oscilante farol—. Estoy comprometiendo a la Noble Casa en estas tierras; lo haré con vosotros o sin vosotros.

El aire parecía espesarse cada vez más. Robb sintió los hombros y el cuello cubiertos de sudor, mientras Culum, lleno de asombro, seguía mirando a su padre. Por fin, Robb dijo:

—¿Qué quieres decir con eso de dedicar el poderío de la Compañía a favorecer el desarrollo de Hong-Kong?

—Doy a entender que debemos respaldar la nueva colonia, protegiéndola y haciendo de ella una base permanente para el comercio. Y comerciar significa abrir las puertas de China, atraerla al concierto mundial de las naciones.

—Eso es algo imposible —contestó Robb—. ¡Imposible!

—Tal vez sea así, pero es lo que la Noble Casa intentará hacer.

—Luego pretendes que China se convierta en una potencia mundial, ¿no es eso? —dijo Culum.

—En efecto.

—Eso es un gran peligro. ¡Una locura! Hay ya bastantes complicaciones en el mundo como para no soliviantar a semejante masa de paganos. ¡Acabarán con toda Europa, con todo el Occidente!

—En la actualidad, Robb, una de cada cuatro personas es un chino. Tenemos la gran oportunidad de enseñarles ahora, de instruirles en nuestras costumbres, inculcándoles la ley, el orden y el cristianismo. Debemos hacerlo antes de que sean muchos más, y barran con todos nosotros, considerándonos como enemigos.

—Es imposible. No lograremos hacerles cambiar nunca. Eso es absurdo.

—Bien, ya habéis oído mis condiciones. Dentro de cinco meses tú serás Tai-Pan, Robb, y Culum te seguirá más tarde, si demuestra aptitudes para ello.

—¡Dios del cielo! —estalló Robb—. ¿Y para eso has estado sacrificándote todos estos años?

—En efecto.

—Sabía que tenías proyectos fantásticos en la mente, Dirk; pero esto sobrepasa todo lo que yo había sospechado. No sé si tendrás o no razón; sólo creo que es algo que está más allá de mis alcances.

—Tal vez sea así —dijo Struan con voz dura—. Mas tales son las condiciones para tu supervivencia, Robb, y para el futuro tuyo y de tu familia. Dentro de cinco meses serás el Tai-Pan, al menos durante un año.

—Ya te dije anteriormente que no me parecía una medida adecuada —replicó Robb, con el rostro contraído—. No tengo los conocimientos ni la astucia necesaria para el puesto. Tampoco me complace tratar con los chinos.

—Lo sé, y me doy cuenta del riesgo que corro. Pero Hong-Kong es nuestro, ahora. La guerra concluirá tan pronto como la anterior —aseguró Struan, e indicó con la mano las barras de plata—. Todo esto es un capital que no puede

desaparecer rápidamente. Depende de cómo se maneje en el comercio, y tú eres un buen negociante.

—No se trata sólo de negociar. Hay barcos que dirigir, piratas contra los que luchar. Hay que mantener a raya a individuos como Brock, y un millar de asuntos similares.

—En cinco meses quedarán resueltos los principales obstáculos. Lo demás tendrás que solucionarlo tú.

—¿Crees que podré hacerlo?

—Sí, porque yo os ayudaré desde el Parlamento y protegeré a la Noble Casa, a fin de que sus riquezas aumenten hasta límites increíbles. No tendremos que pedir respaldo a sir Charles Crosse, ni a Donald McDonald, o a McFee, Smythe, Ross y a los demás, sino que nos bastaremos a nosotros mismos. De vez en cuando además vendré a Hong-Kong a fin de ayudaros.

—Sólo deseo el dinero suficiente para vivir con desahogo —dijo Robb—. Pero en Escocia, no en Oriente. No deseo morir aquí. Embarcaré en el próximo buque.

—Un año y cinco meses no es mucho tiempo, y es lo que te pido que permanezcas aquí.

—Es una exigencia, no una petición, Dirk.

—Me veo obligado a hacerlo. Hace un mes, Robb, estabas dispuesto a aceptar cincuenta mil libras y a marcharte. Muy bien; la oferta sigue en pie. Pero si deseas lo que en justicia te pertenece (más de un millón), eso lo obtendrás dentro de dos años.

Luego, Struan se volvió hacia su hijo y manifestó:

—A ti, muchacho, te pido dos años de tu vida, y si te conviertes en Tai-Pan, tres años más. En total, cinco años.

—Si no acepto las condiciones, ¿tendré que marcharme? —inquirió Culum, con la boca reseca.

—No. Seguirás siendo socio de la Compañía, aunque de segundo orden, y nunca serás Tai-Pan. Nunca. Tendré que hallar e instruir a la persona adecuada.

Struan cogió un lingote de plata y lo sopesó lentamente.

En seguida agregó:

—De todos modos, aunque aceptes, tendrás que demostrar tus cualidades, Culum. Eres el heredero, pero, si no vales, ahí habrá acabado todo. Esa es una

ley del Clan, y de las mejores. Todos los miembros deben ser capaces de valerse por sí mismos. Desde luego que pienso ayudarte. Lo haré tanto tiempo como esté con vida, pero a ti te corresponde demostrar tus méritos. Sólo los hombres de verdad tienen derecho a estar en la cúspide.

Culum enrojeció visiblemente.

Robb estaba mirando a su hermano, e interiormente le detestaba.

—Tú no quieres un Tai-Pan para dentro de cinco meses, sino una niñera por un año, ¿no es eso?

—Hazte cargo del puesto dentro de cinco meses, y actúa como te parezca mejor.

—¿Podría eliminar a Culum como candidato, ahora mismo, si aceptase el cargo por cinco años?

—Sí. Creo que sería una pena, pero si fuera esa tu decisión, aceptaría.

—¿Ves lo que el poder hace de un hombre, Culum? —dijo Robb, con la voz tensa.

—La versión actual de la Noble Casa habría muerto sin la plata que aquí veis —dijo Struan, sin rencor—. Ya os he expuesto mis condiciones. A vosotros os toca decidir.

—Ahora comprendo por qué te odian tanto por estos mares, padre —dijo Culum.

—¿Lo crees así, muchacho?

—Sí.

—Temo que no lo sabrás realmente hasta que no hayan transcurrido los cinco años de tu plazo.

—En tal caso no tengo elección. ¿Son cinco años o nada?

—Es todo o nada, Culum. Lo que trato de hacerte comprender es que, para ser el Tai-Pan de la Noble Casa, tienes que estar dispuesto a desenvolverte solo, a ser odiado, a sacrificar todo aquello en lo que no confíes, y a dedicarte de lleno a un ideal. Como eres mi hijo, te ofrezco todo eso, como suprema posibilidad de detentar el poder en Asia. No te lo ofrezco a la ligera. Sé bien lo que significa ser el Tai-Pan. ¡Ahora elige, por Dios!

Culum tenía la mirada clavada en la Biblia. Luego miró las largas hileras de barras de plata.

«No quiero ser un segundón —se dijo—. Estos jamás han hecho nada que

valiera la pena. Tengo mucho tiempo por delante, aunque tal vez Robb considere que no soy apto para llegar a Tai-Pan. ¡Oh, Señor, deja que lo sea, para que pueda usar ese enorme poder en beneficio de una causa justa! Haz que yo sea un instrumento para tus fines. —El cartismo debe triunfar».

El sudor perló la frente de Culum. Al fin cogió la Biblia y dijo:

—Juro por Dios Nuestro Señor, que acepto las condiciones impuestas, ahora y cuando sea Tai-Pan. Que Dios me ayude.

Los dedos del muchacho temblaron cuando volvió a dejar la Biblia.

—¿Y tú, Robb? —preguntó Struan, sin mirarle.

—Si acepto el cargo de Tai-Pan por cinco años, ¿Culum volverá a Escocia ahora mismo? ¿Podré entonces disponer de todo según me parezca conveniente?

—Sí, por todos los cielos. ¿Es que tengo que repetirlo? Dentro de cinco meses podrás hacer lo que quieras, siempre que aceptes las demás condiciones.

Se produjo un largo silencio en la bodega, sólo interrumpido por las carreras de las ratas en la oscuridad.

—¿Por qué deseas deshacerte de mí, tío? —preguntó Culum, al fin.

—Haces daño a tu padre al hablar de eso.

—Es que no puedo explicármelo —dijo el muchacho—. Es algo terrible. Somos parientes cercanos; somos familiares.

—Sí, Culum —contestó Robb con voz angustiada—. Pero hemos hablado con franqueza. Tu padre dijo que me sacrificaría a mí y a ti, su hijo, para conseguir sus fines. ¿Por qué no había de hacer yo lo mismo?

—¿No es deseo de hacer daño?

—Bien sabe Dios que no tengo tal deseo. Pero, por todos los cielos, ¿qué está ocurriéndonos? Ante unas barras de plata, de pronto destilamos venenosa codicia… Por favor, déjame marchar, Dirk.

—Yo soy el que tiene que hacerlo —dijo Struan—. Sólo en el Parlamento podré controlar realmente a Longstaff y a sus sucesores, como lo harás tú, cuando abandones Asia. Así es como lograremos realizar el proyecto. Pero Culum necesita ser adiestrado. Un año como Tai-Pan, y podrás marcharte.

—¿Cómo enseñarle en tan corto plazo?

—Sabré en los próximos cinco meses si puede llegar a ser sucesor mío. De lo contrario, haré otros arreglos.

—¿Cuáles?

—¿Aceptas las condiciones, Robb? Si es así, jura sobre la Biblia y terminemos de una vez.

—Dime cuáles son los cambios que harías.

—¡Ira del cielo! ¿Aceptas o no, Robb? Un año, cinco, o nada. Decide.

Robb inclinóse hacia un lado, al iniciar el buque un fuerte balanceo. Todo su ser le impulsaba a no pronunciar el juramento. Pero sentíase obligado a hacerlo. Tenía que jurar por el bien de su familia. Cogió la Biblia, que le pareció enormemente pesada.

—Aun cuando odie al Oriente y a todo lo que representa, juro por Dios que acepto las condiciones, y que desempeñaré el cargo con toda dedicación. Dios me ayude en la empresa.

Robb entregó la Biblia a Struan y añadió:

—Creo que lamentarás haberme hecho Tai-Pan… por un año.

—Yo sí, tal vez. Pero Hong-Kong creo que no —aseguró Struan. Luego abrió la Biblia y enseñó las cuatro medias monedas que había pegado con lacre en la contratapa del libro. A continuación describió las condiciones estipuladas por Jin-qua, menos el lak de Gordon Chen. Ese era asunto de él, se dijo Struan, y preguntóse lo que Culum pensaría de su hermanastro y de May-May, cuando los conociera. Robb estaba al corriente de la experiencia de la muchacha, aunque no había llegado a conocerla. Struan pensó que tal vez sus enemigos hubieran hablado a Culum de Gordon y de May-May.

—Has hecho bien en pedir nuestro juramento, Dirk —declaró Robb—. Sólo Dios sabe qué maquinaciones entrañan esos cuatro trozos de monedas.

Cuando regresaron al camarote, Struan se acercó al escritorio, cogió la carta y rompió el lacre. Leyó en silencio el primer párrafo, y en seguida exclamó lleno de gozo:

—¡Está viva! Winifreda está viva, gracias a Dios. Se ha recuperado.

Cogió Robb la carta y leyó a su vez el primer párrafo.

Struan se hallaba fuera de sí. Abrazó a Culum, y ambos comenzaron a bailar alegremente, uniéndose a ellos Robb, al momento. Así, en medio de su satisfacción, todo el odio y el recelo se desvaneció de sus corazones.

Entonces, Struan alzó en el aire a su hermano y a su hijo, con toda la

fortaleza de sus grandes brazos y dijo:

—Ahora, todos a una, ¡uno, dos, tres!: *¡Feri! ¡Feri! ¡Feri!*

Era el grito de guerra del Clan, en latín, y lo corearon con toda la fuerza de sus pulmones.

Luego, Struan depositó de nuevo en el suelo a Robb y a Culum, y rugió:

—¡Camarero!

Este acudió presuroso.

—Diga, señor.

—Diga al contramaestre que dé doble ración de bebida a todos los marineros. Y usted tráiganos una botella de champaña y otra tetera llena. ¡Vamos, aprisa!

—¡Sí, señor, en seguida!

Así, pues, los tres hombres hicieron la paz entre sí.

Sin embargo, cada uno de ellos pensó que en lo más recóndito de su ser algo había cambiado. Habían dicho demasiadas cosas, y pronto sus caminos se separarían, aunque a veces estuvieran juntos.

—Gracias a Dios que al fin abriste la carta, Dirk —afirmó Robb—. Me estaba poniendo enfermo la incertidumbre.

—También a mí me ocurría lo mismo —dijo Culum—. Léela en voz alta, padre.

Struan tomó asiento en su mullido sillón de cuero y leyó la carta. Esta se hallaba escrita en gaélico y estaba fechada hacía cuatro meses, es decir, un mes después de salir Culum de Glasgow.

El viejo Parlan Struan escribía que Winifreda estuvo entre la vida y la muerte durante dos semanas, y que luego comenzó a mejorar. Los médicos no dieron razón alguna. Se limitaron a encogerse de hombros y dijeron: «Es la voluntad de Dios». Winifreda estaba viviendo ahora con el anciano, en la pequeña finca que Struan había comprado a éste hacía ya bastantes años.

—Allí estará contenta —aseguró Culum—. Sin embargo, no hay más que cabras por las cercanías. ¿Cómo se las arreglará para ir a la escuela?

—Primero es necesario que se recupere del todo —dijo Robb—. Luego ya vendrá lo demás. Sigue leyendo, Dirk.

La misiva daba a continuación detalles de la familia.

Parlan Struan tenía dos hermanos y tres hermanas, todos ellos casados y con

nietos. También los propios hijos de Parlan, Dirk y Plora, del primer matrimonio, y Robb, Uthenia y Susan, del segundo, tenían hijos. Muchos de los descendientes habían emigrado: unos a las colonias canadienses, otros a Estados Unidos, e incluso había unos pocos dispersados por las Indias y por Sudamérica.

Parlan Struan escribía luego que Alastair McCloud, que se había casado con Susan, la hermana de Robb, acababa de regresar de Londres con su hijo Héctor, para vivir de nuevo en Escocia. La muerte de Susan y de su hija Clara, a causa del cólera, le abrumó a tal punto que estuvo al borde de caer enfermo. Decía luego Parlan haber recibido una carta de los Kern —Flora, la hermana de Dirk, contrajo matrimonio con Farran Kern, y el año anterior habían partido rumbo a Norfolk, Virginia—. Todos habían llegado perfectamente. El viaje fue espléndido, y los niños comenzaron ya a acostumbrarse a su nueva tierra.

La carta seguía diciendo: «Di a Robb que Roddy se fue a la Universidad ayer. Le dejé en la diligencia de Edimburgo con seis chelines en el bolsillo y comida para dos días. Tu primo Dougall Struan ha escrito diciendo que le llevará con él durante las vacaciones y le vigilará hasta que Robb vuelva a Escocia. Me he tomado la libertad de enviarte una letra a la vista, a nombre de Robb y por cincuenta guineas, como pago de la pensión del muchacho y del chelín semanal para sus gastos. También le entregué una Biblia, y le advertí sobre los peligros de las mujeres de la vida, del alcohol y del juego. Además, le leí la parte de Hamlet en que Shakespeare dice: «No pidas ni des prestado», y se la hice escribir en la portada del Libro Santo. El muchacho ya tiene muy buena caligrafía.

»Tu querida Ronalda, y los niños, están enterrados en una de las fosas de los apestados. Lo siento en el alma, Dirk, pero la ley exigía que todos los que murieran de la enfermedad fueran sepultados así y rociados con cal viva, para evitar más contagios. No obstante, la ceremonia se hizo de acuerdo con nuestra fe, y la tierra quedó consagrada. En paz descansen sus almas. «Como ya te decía, Winifreda mejorará rápidamente en estas tierras de Loch Lomond, que hollaron las plantas del Señor, y se convertirá con el tiempo en una hermosa mujer, temerosa de Dios. Escucha esto, Dirk: No dejes que los bárbaros paganos de Catay se apoderen de tu alma. Cierra la puerta con cuidado al demonio que allí medra con facilidad. ¿Volverás pronto a casa? Mi salud es muy buena, y el Señor me ha dado su bendición. Sólo siete años más, y cumpliré los setenta que Dios

nos prometió, pero que es tan raro ver cumplir a una persona en estos días de impiedad. Como digo, me encuentro perfectamente bien. Se produjeron algunos levantamientos en Glasgow, Birmingham y Edimburgo, según dicen los periódicos. Fueron causados por los cartistas. Los obreros de las fábricas piden más paga. También en Glasgow ajusticiaron a un hombre en la horca hace un par de días, por robar ovejas de ingleses. ¡Malditos ingleses! Triste mundo en el que vivimos, cuando un juez escocés condena a un compatriota a la horca por robar una oveja inglesa. Es algo terrible. En la misma sesión del tribunal condenaron a varios centenares a ser deportados a la Tierra de van Diemen, en Australia, por haber intervenido en huelgas y tumultos, y por incendiar una fábrica. Bartholomew Angus, un amigo de Culum, fue sentenciado a diez años de destierro a Nueva Gales del Sur, después de dirigir un motín carlista en Edimburgo. Los parientes están…».

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Culum.

—¿Quién es ese Bartholomew Angus, Culum? —inquirió Struan.

—Fuimos compañeros de habitación en la Universidad. ¡Pobre muchacho!

—¿Sabías que era cartista? —preguntó Struan, ásperamente.

—Desde luego —afirmó el joven, dirigiéndose hacia el ventanal y contemplando la estela del buque.

—¿Eres tú, cartista, Culum?

—Tú mismo has dicho que la Carta era digna de encomio.

—Sí, pero también expresé mis puntos de vista acerca de la insurrección. Dime, ¿eres un cartista activo?

—Si estuviera en mi patria lo sería. La mayor parte de los estudiantes de la Universidad están a favor del cartismo.

—Entonces buena cosa es que te encuentres aquí, por Dios. Si Bartholomew ha dirigido algún levantamiento, bien merecido tiene los diez años de destierro que le han dado. Tenemos buenas leyes y el mejor sistema parlamentario de la tierra. Las insurrecciones, las huelgas y los disturbios no son la forma más eficaz para conseguir que cambien las cosas.

—¿Qué más dice la carta, padre?

Struan siguió mirando a su hijo unos instantes, mientras le parecía oír la voz de Ronalda, recriminándole. Se hizo entonces el propósito de cuidarse mejor del cartismo, en el futuro. Luego reanudó la lectura de la carta.

«Los parientes están llegando continuamente a Glasgow desde Highlands, donde los condes siguen acotando los terrenos del clan. Ese maldito demonio, el Earl de Struan, al que Dios confunda, está reclutando, incluso, un regimiento para combatir con él en las colonias de las Indias. Los hombres se alistan bajo su bandera atraídos por las promesas de obtener tierras y botín. Se dice que vamos a tener que ir a la guerra de nuevo por culpa de los condenados americanos, y a causa de las colonias canadienses. También corre el rumor de que ha estallado la guerra entre los franceses y los rusos, debido a los turcos otomanos. ¡Malditos franceses, como si no hubiéramos sufrido ya bastante por culpa del infernal Bonaparte!

»Vivimos en un mundo calamitoso, hijo mío. ¡Ah! Olvidaba decirte que proyectan tender una línea ferroviaria entre Glasgow y Edimburgo, en el plazo de cinco años. ¿No te parece magnífico? Entonces quizá los escoceses podamos unirnos con firmeza, expulsando a los ingleses y coronando a nuestro propio rey. Envío un fuerte abrazo para ti, para tu hermano y para tu hijo Culum, Parlan Struan».

Struan alzó la mirada, mientras sonreía ampliamente.

—Siempre con su temperamento, el viejo —manifestó.

—Si el Earl está organizando un regimiento para la India, tal vez pudiera venir por aquí —dijo Robb.

—Sí, ya he pensado en eso. Pues bien, si alguna vez llegan a posar sus plantas en los dominios de la Noble Casa, el regimiento volverá a Escocia sin jefe, puedo jurarlo.

—Así sea —confirmó Culum.

Se oyeron unos golpes en la puerta, y el camarero entró con el champaña, las copas y la tetera.

—El capitán Orlov le da las gracias en nombre de la dotación, señor.

—Dígales a él y Wolfgang que se unan a nosotros cuando termine esta guardia.

—Sí, señor.

Cuando se hubo servido el champaña, Struan alzó su copa y dijo:

—Por Winifreda, que ha vuelto a la vida.

Bebieron los tres hombres, y Robb manifestó:

—Otro brindis. Por la Noble Casa, y porque jamás volvamos a tener malos

pensamientos los unos sobre los otros.

—Que así sea.

De nuevo volvieron a beber.

—Robb, cuando lleguemos a Hong-Kong, escribe a nuestros agentes. Diles que averigüen la identidad de los directores de nuestro Banco, y quién fue el responsable del desastre.

—Está bien, Dirk.

—¿Qué piensas hacer, padre?

—Hundiré a los culpables —dijo Struan—, y a sus familiares.

Culum se estremeció ante el tono implacable con que su padre había pronunciado la frase.

—¿Por qué también a las familias?

—Durante muchos años tendremos que pagar por culpa de ellos. Es lógico que todos paguen ahora por el daño que nos han hecho.

Culum se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó Struan.

—Voy a ir a las letrinas. Creo que no me encuentro bien.

La puerta se cerró detrás de Culum, y Struan dijo suspirando.

—Lamento tener que decir estas cosas, pero es la única forma de proceder.

—Sí, lo sé. En eso tienes razón, como en otras cosas —manifestó Robb—. Como con lo del Parlamento. Este cada vez va adquiriendo mayor poder, y en él terminarán por realizarse las grandes transacciones comerciales. Tú te ocuparás de eso; yo cuidaré de nuestras finanzas, desde aquí, y ambos velaremos por Culum y le ayudaremos. ¿No te parece maravilloso lo de Winifreda?

—Así es.

—Culum tiene ideas muy personales acerca de algunos asuntos, ¿no crees?

—Aún es muy joven. Ronalda le educó con la Biblia en la mano, y la está siguiendo al pie de la letra. Llegará el momento en que Culum despierte a la realidad.

—¿Qué piensas hacer con Gordon Chen?

—¿Te refieres a sus relaciones con Culum? —preguntó Struan, contemplando el vuelo de las gaviotas a través del ventanal—. Eso habrá que arreglarlo en cuanto regresemos a Hong-Kong.

—Pobre Culum; su educación no va a ser fácil.

—La educación de un hijo nunca lo ha sido.

Después de un momento de silencio, Robb declaró:

—¿Recuerdas a Ming Soo, mi chica?

—Sí.

—A menudo me pregunto qué habrá sido de ella y de la niña.

—Con el dinero que le diste, se habrá instalado como una princesa y habrá encontrado un buen esposo, Robb. Seguramente es ahora la mujer de algún mandarín. No tienes por qué preocuparte de ella.

—La pequeña Isabel tendrá ahora diez años —dijo Robb, recordando con deleite la alegre risa de la mujer, y el gozo que ella le había proporcionado. Ming Soo le había dado más amor y ternura en un solo día, que Sarah en toda su vida de casados.

—Deberías casarte de nuevo, Dirk —dijo Robb.

—Hay tiempo para pensar en eso —contestó Struan, observando con aire ausente el barómetro, que anunciaba buen tiempo—. Oye Robb, maneja duramente a Culum cuando seas Tai-Pan. No dejes de hacerlo.

—Así lo haré, Dirk —contestó Robb.

Cuando Culum subió a cubierta, el *China Cloud* enfilaba hacia el canal que el islote de Tung Ku Chau formaba con la costa de Hong-Kong. A continuación, el buque puso rumbo al sudoeste. Otra isla, ésta de mayor tamaño, se hallaba unas dos millas a babor. Era la de Pokliu Chau. Un fuerte monzón del nordeste hinchaba la superficie del mar, sobre el cual se extendía una interminable capa de nubes plomizas.

Culum se encaminó hacia la proa, evitando con cuidado los montones de cabos y estachas que había sobre cubierta. Observó las relucientes filas de cañones y se maravilló de la limpieza que se advertía en todo. Había tenido ocasión de estar en otros buques mercantes, en Hong-Kong, y vio que todos ellos se caracterizaban por su gran suciedad.

En la amura de babor había dos marineros, por lo que él se dirigió a la de estribor. Pasó sobre la borda, se colgó de las jarcias y con una sola mano bajóse con dificultad los pantalones y se puso en cuclillas sobre la red de proa.

Un marinero joven y pelirrojo se acercó, bajándose también los pantalones.

Estaba descalzo y no se mantenía bien sobre el cordaje de la red cuando se agachó.

—Hace bastante viento, señor —comentó el marinero.

—Así es —replicó Culum, aferrándose con fuerza al cordaje.

El marinero concluyó rápidamente. Se inclinó por encima de la borda, cogió una hoja de periódico de una caja, se limpió cuidadosamente y luego arrojó el papel al agua. A continuación subióse los pantalones y se abrochó.

—¿Qué hace? —inquirió Culum.

—¿Se refiere al papel, señor? Mal rayo me parta, si lo sé. Son órdenes del Tai-Pan. Tenemos que limpiarnos las posaderas con papel, o perdemos dos meses de paga y nos encierran diez días en el calobozo —contestó riendo el muchacho—. El Tai-Pan estará tocado en algunas cosas, con su perdón, señor, pero éste es su barco, y si pide que nos limpiemos el trasero, no tenemos más remedio que hacerlo.

El muchacho saltó sobre la borda, lavóse las manos en un cubo que había sobre cubierta, y a continuación echóse el agua sobre los pies.

—También hay que enjuagarse las manos y lavarse los pies, por todos los santos. Si no, de cabeza al calabozo. Todo esto es muy raro. Tener que limpiarse cada vez el trasero, lavarse las manos y los pies, y bañarse una vez a la semana y ponerse ropa limpia. Es algo incomprensible.

Otro marinero se asomó por la borda masticando tabaco, y dijo a su vez:

—¿De qué tienes que quejarte, Charlie? En el buque del Tai-Pan tenemos menos gálico y escorbuto que en los demás barcos.

El marinero escupió el tabaco y se dirigió entonces a Culum, añadiendo:

—De modo que yo me limpio las posaderas, y me siento contento de hacerlo. Con perdón de usted, señor, yo en su caso haría lo mismo. Al Tai-Pan le gusta que obedezcan sus órdenes.

—¡Izad juanetes y sobrejuanetes! —gritó el capitán Orlov desde el puente, con voz singularmente potente para un hombre tan pequeño.

Los dos marineros saludaron a Culum y se unieron a los demás, que ya trepaban por las jarcias.

Culum utilizó el papel, se lavó las manos y a continuación descendió bajo cubierta y entró en el camarote de su padre. Esperó una oportunidad para entrar en la conversación y dijo:

—¿Por qué razón hay que usar papel, padre?

—¿Cómo?

—En la proa. Utilizar papel o diez días en el calabozo, ¿no es así?

—¡Ah, olvidé decírtelo, muchacho! Los chinos consideran que hay una gran relación entre las enfermedades y los excrementos.

—Eso es ridículo —replicó burlonamente Culum.

—No creo yo lo mismo —dijo Struan, volviéndose hacia Robb—. Lo he probado durante un tiempo en el *China Cloud*, y las enfermedades han disminuido.

—¿Hay menos aún que en el *Thunder Cloud*?

—En efecto.

—Será casualidad —declaró Culum.

—Encontrarás innumerables casualidades en nuestros barcos, Culum —gruñó Robb—. Sólo hace cincuenta años, el capitán Cook descubrió que las frutas frescas curaban el escorbuto. Tal vez los excrementos tengan que ver en la propagación de las enfermedades.

—¿Cuándo tomaste el último baño, Culum? —preguntó Struan.

—No lo recuerdo muy bien. Fue hace un mes, creo. Pero no, el capitán Perry insistió en que tenía que bañarme una vez por semana, con la tripulación en el *Thunder Cloud*. Estuve a punto de coger una pulmonía.

—¿Cuándo lavaste tus ropas por última vez?

Culum miró perplejo a su padre; luego observó sus recios pantalones pardos de algodón y su levita, y contestó:

—Nunca las he lavado. ¿Por qué había de hacerlo?

—De ahora en adelante, tanto si estás en tierra como en el mar —dijo Struan, reluciéndole la mirada—, te bañarás por completo una vez a la semana. No beberás agua, sino té, y te lavarás los dientes diariamente.

—¿Que no beba agua? Eso es un disparate. Y encuanto a lavar mis ropas, al primer lavado encogerán y quedarán estropeadas, sin duda alguna.

—Pues así debes hacerlo. Estamos en Oriente, y quiero conservarte vivo y en buenas condiciones de salud.

—No, no lo haré. No soy ningún chiquillo, ni uno de tus marineros.

—Es mejor que obedezcas a tu padre —intervino Robb—. Yo también me opuse, hasta que pude convencerme de que tenía razón. Parece mentira, pero

donde las demás tripulaciones caen como moscas, nosotros nos mantenemos perfectamente.

—No lo creo —dijo Culum—. Tú siempre me dices que estás constantemente enfermo.

—Sí, pero eso ya viene de muy atrás. No hice caso a tu padre en lo del agua, y seguí bebiéndola. Ahora mis intestinos sangran, y creo que seguirán haciéndolo. Ya es tarde para mí, y lamento no haberle hecho caso. Ahora estaría perfectamente, como Dirk, que nunca bebe agua, sino té.

—Así hacen siempre los chinos, Culum.

—No puedo creerlo.

—Bien; hasta que puedas averiguarlo, obedecerás mis órdenes, ya que lo que he dicho son órdenes, ¿comprendes? —dijo Struan con voz tajante.

Culum miró asombrado a su padre.

—Sólo porque unos paganos te han inculcado sus costumbres, tengo que cambiar totalmente mi forma de vida, ¿no es eso? —dijo.

—Yo siempre estoy dispuesto a aprender lo bueno que puedan enseñarme. Sí, aprenderé a conservar mi salud, y lo mismo harás tú, por todos los cielos.

Struan miró fijamente a su hijo, y a continuación gritó:

—¡Camarero!

—Sí, señor —dijo éste, abriendo la puerta.

—Prepare el baño al señor Culum, en mi camarote particular, y entréguele ropa limpia.

—A sus órdenes, señor.

Struan cruzó la cámara, se inclinó sobre Culum, que estaba sentado, y le examinó la cabeza.

—Veo que tienes piojos en el pelo —manifestó.

—¡Te juro que no te entiendo! —estalló Culum—. Todo el mundo tiene piojos, querámoslo o no. Se rasca uno un poco y en paz.

—Pues yo no tengo piojos, como no los tiene Robb.

—En tal caso, sois casos raros —aseguró Culum, tomando un trago de champaña—. Bañarse es someter la salud a un riesgo estúpido, como todo el mundo sabe.

—Hueles que apestas, Culum.

—Igual que los demás —aseguró el muchacho, impaciente—. ¿Para qué, si

no, usamos perfumes? El olor del cuerpo es algo natural, y en cuanto a los piojos, son la maldición que siempre persigue a las gentes. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Puedes poner remedio a todo eso. Ni yo ni Robb ni mis marineros huelen mal, y nuestra salud es la mejor de todo el Oriente. Harás lo que te digo, y te convencerás de que ni los piojos ni el mal olor son una necesidad.

—Es mejor que te des un paseo por Londres, padre. Esa es la mayor pocilga que hay en el mundo. Si la gente te oye hablar como lo haces, pensarán que estás loco.

Padre e hijo se miraron fijamente unos instantes.

—Obedecerás mis órdenes —dijo Struan—. Te bañarás, ira del cielo, o haré que te bañe el contramaestre, y en cubierta.

—Vamos, vamos —dijo Robb, interceciendo al notar el resentimiento de Struan—. Podemos hacer un trato. Tú pruebas a hacer lo que te dice tu padre durante cinco meses, Culum, y si al cabo de ese tiempo no te sientes mejor, vuelves a tus antiguas costumbres.

—¿Y si me niego?

Struan miró fieramente a su hijo y declaró:

—Te quiero más que a nada en el mundo, pero hay algunas cosas que voy a obligarte a hacer. De lo contrario te castigaré como si fueras un marinero rebelde.

—¿Cómo es eso?

—Te remolcaré diez minutos por el mar, en la estela del buque. De ese modo quedarás bien limpio.

—En lugar de dar órdenes tan terminantes —dijo Culum, indignado—, ¿por qué no pides las cosas un poco más consideradamente?

Struan no pudo menos que lanzar una carcajada.

—Está bien, muchacho —dijo, dando a Culum unos golpes en la espalda—. Creo que tienes razón. ¿Quieres hacer el favor de cumplir mis órdenes? Y no te preocupes por la ropa; te conseguiré el mejor sastre de todo Oriente. Además, ya estabas necesitando nueva vestimenta.

Miró Struan a su hermano y añadió:

—¿Te parece bien tu sastre, Robb?

—Sí. Le mandaré llamar cuando nos hallemos asentados en Hong-Kong.

—Haremos que venga mañana mismo desde Macao, con sus ayudantes, a menos que ya se encuentre en Hong-Kong.

—Sigo pensando que todo esto es absurdo —aseguró Culum.

Struan hizo caso omiso de sus palabras, llenó de nuevo las copas y dijo:

—Bueno, creo que debemos celebrar la resurrección de la Noble Casa.

—¿De qué modo, Dirk? —inquirió Robb.

—Dando una fiesta, un baile.

—¿Cómo dices? —inquirió Culum, interesado, olvidando su indignación.

—Sí, podemos dar un baile para la población europea y con todo boato. Creo que dentro de un mes será la fecha oportuna.

—Eso causará una conmoción —dijo Robb.

—¿Qué quieres decir, tío?

—Se producirán una serie de rivalidades entre las damas, cada una de las cuales querrá ser la mejor vestida. Abrumarán a los maridos y tratarán de robarse mutuamente los peluqueros. En fin —dijo risueñamente Robb—, él baile es una magnífica idea. Me pregunto qué es lo que vestirá Shevaun.

—Nada, si la dejaran —contestó Struan—. Robb, me has dado una idea. Podemos entregar un premio a la dama mejor vestida. Creo que el premio…

—¿Nunca oíste hablar del juicio de París? —manifestó Robb, que preveía las complicaciones que podían presentarse.

—Sí, pero Aristóteles será el juez.

—Me parece demasiado astuto para meterse en semejante berenjenal.

—Ya veremos —dijo Struan, reflexionando un momento—. El premio tiene que valer la pena. Será de mil guineas.

—Bromeas, padre —manifestó Culum.

—No, he dicho mil guineas.

Culum se sintió abrumado ante aquel derroche. Resultaba casi inmoral. Con un millar de guineas se podía vivir en Inglaterra como un rey durante cinco o diez años. El salario de un obrero que trabajaba en la fábrica desde el alba hasta bien entrada la noche, seis días a la semana y sin vacaciones, era de quince a veinte libras al año, y con ello había que sostener un hogar, y criar los hijos. Culum pensó que su padre estaba loco en lo que el dinero se refería. Por ejemplo, lo de las veinte mil libras que había tirado en la estúpida apuesta con Brock y Gorth. Claro que, al fin y al cabo, se trataba de eliminar a Brock, lo que

en cierto modo se había logrado. La plata se hallaba en el *China Cloud*, y volvían a ser ricos. Culum se dio cuenta de que su padre tenía razón. No era el dinero lo que debía preocupar, sino la falta del mismo.

—Me parece mucho, demasiado —murmuró Robb.

—Sí, en cierto modo lo es —declaró Struan, al tiempo que encendía un cigarro—. Pero es una obligación de la Noble Casa el mostrarse espléndida. La noticia se extenderá por todas partes, y se comentará durante mucho tiempo.

Struan colocó una mano en un hombro de Culum y agregó:

—Nunca olvides esto, muchacho: cuando esté en juego algo de gran valor, haz apuestas altas. Si no lo haces así, pronto quedarás fuera de combate.

—Un premio tan considerable hará que la mayoría de las mujeres gasten mucho más de lo que pueden. ¿No crees?

—Yo diría que va a ser un dinero bien gastado.

—Pero, ¿qué ganancias vas a obtener tú, Dirk?

—Ganaré prestigio —manifestó Struan, volviéndose hacia su hermano—. Seré el que obtenga mayor beneficio. Lo necesito, después del artículo aparecido en el periódico.

Robb movió la cabeza con desaliento.

—No sé, no sé. En cuanto a belleza, no hay como Shevaun, sin duda. Pero, por lo que a elegancia se refiere, habrá quien arriesgue una verdadera fortuna por conseguir tal honor, aparte del premio.

—¿Conoces ya a Shevaun, Culum?

—No, padre. La vi una vez dando un paseo por el camino que Glessing mandó hacer entre el Valle Feliz y el Glessing Point. La señorita Tillman estaba muy hermosa, pero me parece más atractiva la señorita Sinclair. Es encantadora, Glessing y yo pasamos algún tiempo en su compañía.

—¿Ah, sí? —inquirió Struan, procurando dominar su curiosidad.

—Sí. Asistimos a una cena la señorita Sinclair, Horacio y yo, en el buque de Glessing. A éste le cambiaban de destino, y el pobre estaba trastornado.

—¿Qué destino dieron a Glessing?

—Longstaff le nombró jefe del puerto y topógrafo mayor, y el almirante le ordenó que aceptase los cargos. La señorita Sinclair manifestó que era una gran ocasión para él, pero Glessing no lo consideró así.

—¿Simpatizas con el capitán?

—Desde luego. Es muy atento conmigo.

«A pesar de que soy el hijo del Tai-Pan —estuvo a punto de decir Culum, aunque sólo lo pensó—. Por suerte, a ambos nos interesan las mismas actividades, como el criquet, por ejemplo».

Los dos jóvenes eran buenos jugadores. Culum había capitaneado el equipo de la Universidad, y el año anterior representó a su condado. Glessing se mostró entusiasmado por la forma en que Culum jugaba, y decidió que construirían un campo de criquet. Culum estaba satisfecho de ser tan buen jugador. De otro modo, quién sabe si hubiera sido amigo del capitán, y seguramente tampoco habría podido estar cerca de Mary. Preguntóse si podría acompañarla al baile.

—La señorita Sinclair y Horacio te aprecian mucho, padre.

—Creí que Mary estaba en Macao.

—Llegó a Hong-Kong hace una semana, aproximadamente. Es una muchacha maravillosa, ¿verdad?

En ese momento se oyó un presuroso repique de la campana de a bordo. Retumbaron las pisadas arriba y se oyó una orden:

—¡Todo el mundo a cubierta!

Struan se puso en pie de un salto y corrió fuera de la cámara.

Robb se dispuso a seguirle, pero se detuvo en la puerta, y, volviéndose hacia Culum, le dijo rápidamente:

—Dos cosas quiero decirte, muchacho, mientras estamos a solas. Primero, haz lo que te mande tu padre, y ten paciencia con él. Es un hombre extraño, con ideas raras, pero casi siempre tiene razón. Segundo, cuenta con que voy a ayudarte para que llegues a Tai-Pan.

Luego salió corriendo hacia cubierta, seguido de cerca por Culum. Cuando Struan llegó al puente, la dotación ya estaba en los puestos correspondientes, y se dedicaban a realizar los preparativos de combate. Justo al frente, extendiéndose por buena parte del horizonte, se hallaba una nota de juncos de guerra de amenazador aspecto.

—¡Por la nalga izquierda de Thor, es una flota descomunal! —exclamó el capitán Orlov—. He contado más de un centenar de juncos. ¿Qué hacemos, Tai-Pan? ¿Damos media vuelta y salimos escapando?

—Mantenga el rumbo, capitán. Hasta ahora llevamos la misma velocidad que ellos. Que despejen la cubierta. Nos acercaremos algo para echar una

mirada.

Orlov rugió una orden, que repitieron los oficiales, y los marineros ascendieron rápidamente a los aparejos.

Con más trapo al viento, el *China Clona*, adquirió velocidad y su proa hendió las aguas entre una cascada de espuma.

El barco se hallaba en el canal que separaba la gran isla de Pokliu Chau, que estaba dos millas a babor de la isla más pequeña de Ap Li Chau, situada media milla a estribor. Ap Li Chau alzábase a un cuarto de milla de la costa de Hong-Kong y formaba una excelente bahía, que fue bautizada con el nombre de Aberdeen. En la playa de esta bahía se hallaba un villorrio de pescadores.

Struan observó que había allí más sampánes y juncos de pesca de los que viera un mes antes en ese mismo lugar.

Robb y Culum ascendieron al puente. Vio Robb los juncos, y notó que se le erizaba el pelo.

—¿Qué barcos son ésos, Dirk? —inquirió.

—No lo sé aún. ¡Aparta de ahí!

Culum y Robb se hicieron a un lado en el momento en que un grupo de marineros tensaban los cabos y salían corriendo hacia su puesto, en la proa. Pasó Struan sus binoculares a Mauss, y después que éste hubo observado un instante, le preguntó:

—¿Alcanza a distinguir la bandera, Wolfgang?

—Aún no, Tai-Pan.

Wolfgang volvió a enfocar los gemelos hacia la flota y observó un gran junco de guerra que venía en vanguardia. Era uno de los mayores juncos que había visto, pues tendría unos setenta metros de eslora y desplazaría alrededor de las quinientas toneladas.

—*¡Gott in Himmel*! —exclamó—. Son demasiados barcos para una flotilla pirata. ¿Será acaso una expedición invasora? No creo que los chinos se atrevan a atacar Hong-Kong estando aquí la flota de guerra.

—Pronto sabremos si son capaces de ello —aseguró Struan—. ¡Dos puntos a estribor!

—¡Dos puntos a estribor! —repitió el timonel.

—Siga a rumbo —dijo Struan, al tiempo que observaba las velas, hinchadas por el fuerte viento.

—¡Miren! —exclamó el capitán Orlov, señalando hacia popa.

Otra flotilla de juncos aparecía en ese momento detrás del promontorio sur de Pokliu Chau, dispuesta a cortar la retirada al *China Cloud*.

—¡Es una emboscada! —exclamó Orlov—. ¡Listos para…!

—¡Un momento, capitán! Aún me encuentro en el puente —interrumpió Struan.

Orlov se dirigió hacia el timonel y se colocó junto a la bitácora, maldiciendo para sus adentros la regla que establecía que mientras estuviera el Tai-Pan en el puente de cualquier nave de la Noble Casa, él era el capitán.

«Bueno —pensó Orlov—, te deseo suerte, capitán. Si no viramos en redondo y escapamos, esos malditos juncos nos rodearán, caerán sobre nosotros y todo habrá concluido. Claro que antes volaremos al menos treinta de esas endemoniadas embarcaciones, como si fuéramos una valkiria de los mares».

Por vez primera en cuatro días, olvidóse Orlov del tesoro que llevaba en la bodega y sólo pensó con fruición en la batalla que se avecinaba.

La campana del barco sonó ocho veces.

—Pido permiso para ir abajo, capitán —dijo Orlov, cumpliendo al pie de la letra el reglamento.

—Concedido. Lleve con usted al señor Culum y enséñele lo que debe hacer.

Orlov precedió a Culum y descendió bajo cubierta.

—Ocho campanadas en la guardia de la mañana indican el mediodía en tierra, y es el momento en que el capitán debe dar cuerda al cronómetro de la nave —dijo Orlov, satisfecho de dejar el puente a Struan, que se lo había usurpado.

«Si tú fueras Tai-Pan, harías lo mismo que él —pensó el marino—. Nunca consentirías que otra persona desempeñase la tarea más hermosa del mundo, pudiendo hacerla tú mismo».

Los ojillos azules de Orlov examinaron atentamente a Culum. Apreció la mirada de disgusto del muchacho, y las disimuladas ojeadas que éste dirigía a su contrahecho cuerpo. Aún después de cuarenta años de recibir tales miradas, Orlov no podía acostumbrarse a ellas.

—Nací durante una tormenta de nieve, sobre un témpano notante —dijo Orlov—. Mi madre afirmaba que yo era tan hermoso, que el demoníaco espíritu de Vorg, lleno de celos, me pisoteó con sus pezuñas, una hora después de haber

yo nacido.

—¿Ah, sí? —manifestó Culum, moviéndose inquieto en la semipenumbra.

—Vorg tiene las pezuñas hendidas por la mitad —dijo riendo Orlov—. ¿Crees tú en los espíritus, muchacho?

—No, no creo en ellos.

—Pero sí en el demonio, ¿verdad? Claro, como todos los buenos cristianos.

—Desde luego. En el demonio sí creo —respondió Culum, que procuraba no manifestar el indefinible temor que sentía—. ¿Qué hay que hacer con el reloj?

—Tengo que darle cuerda —dijo Orlov, y en seguida añadió—: De haber nacido tú donde yo lo hice, a estas horas serías Culum, el Jorobado, y no un muchacho alto y apuesto. Así se ven las cosas de diferente manera.

—Lo siento. Supongo que debe de ser muy duro para usted —replicó Culum.

—Es duro, pero tengo mis compensaciones. Puedo dar muerte a un hombre dos veces más grande que yo con toda facilidad. ¿Deseas que te enseñe a matar? No podrías tener mejor maestro que yo, con excepción del Tai-Pan, claro está.

—Gracias, no me interesa ese aprendizaje.

—Pues es una gran cosa. Pregúntaselo a tu padre. Llegará el día en que necesites poner en práctica esos conocimientos. Sí, tal vez antes de lo que tú crees. ¿Sabes que tengo la facultad de presentir los acontecimientos?

—No lo sabía —contestó Culum, estremeciéndose.

Los ojos de Orlov relucieron, y su sonrisa le hizo parecer aún más maligno y semejante a un duende.

—Aún te falta mucho por saber. Tú deseas ser Tai-Pan, ¿no es cierto?

—Sí, espero llegar a serlo algún día.

—Ese día tus manos se cubrirán de sangre.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Culum, tratando de dominarse.

—Ya te lo he dicho. Tus manos quedarán manchadas de sangre en esa ocasión. A partir de entonces necesitarás alguien en quien poder confiar. Mientras Norstedt Stride Orlov, el «Jorobado», sea capitán de uno de tus barcos, podrás confiar en él.

—Lo recordaré, capitán Orlov —contestó Culum, e interiormente se dijo que el día en que llegase a Tai-Pan, Orlov dejaría de contarse entre sus capitanes. Pero al sentir la mirada del «Jorobado» en su rostro, le pareció que éste se había dado cuenta de lo que estaba pensando.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Pregúntatelo a ti mismo —dijo Orlov, al tiempo que abría la caja del cronómetro, para lo cual tuvo que subirse en un banquillo. Comenzó entonces a dar cuerda al reloj con una gran llave, y luego dijo—: Hay que dar treinta y tres vueltas a la llave, exactamente.

—¿Por qué lo hace usted, y no uno de sus oficiales? —preguntó Culum, sin que realmente le interesara demasiado la respuesta.

—Esta es la tarea del capitán. Una de ellas. La navegación es un asunto que se mantiene en secreto, entre nosotros. Si todos conocieran a bordo esa disciplina, siempre habría motines. Es mejor que sólo lo sepan el capitán y unos pocos oficiales. Así, sin éstos, los marineros se verían perdidos. Para mayor seguridad, guardamos aquí el cronómetro bajo llave. ¿No te parece una hermosura de aparato? Está hecho por buenos artesanos ingleses. Da la hora de Londres con toda precisión.

Culum notó que le acometían las náuseas, causadas por el irracional temor que le producía Orlov y por la sensación de la próxima batalla. Pero logró contenerse y se propuso impedir que el capitán lograra hacerle perder el dominio de sí mismo. Ya llegaría el momento de arreglar cuentas más tarde, pensó.

—¿Es tan importante un cronómetro? —inquirió Culum, al fin.

—¿Has estudiado en la Universidad y preguntas eso? Desde luego. Sin este precioso artefacto estaríamos perdidos. ¿Oíste hablar del capitán Cook? El fue el primero que lo utilizó y lo ensayó hace sesenta años. Hasta esa época no se sabía determinar bien la longitud geográfica en los buques. Pero ahora con la hora exacta de Londres y el sextante, precisamos nuestra posición con un error de apenas una milla.

Orlov volvió a cerrar la caja con llave y echó una rápida mirada a Culum.

—¿Sabes usar el sextante? —preguntó.

—No.

—Cuando terminemos de hundir los juncos, te enseñaré a hacerlo. ¿Acaso piensas que puedes llegar a ser el Tai-Pan de la Noble Casa quedándote en tierra, eh?

Volvieron a oírse carreras sobre cubierta y el *China Cloud* pareció cobrar mayor velocidad. Desde allá abajo, el barco parecía vibrar de actividad, hasta el último madero.

—¿Cree que podremos hundir a tantas embarcaciones y salir indemnes? —inquirió Culum, con los labios resecos.

—Si no lo conseguimos, nos veremos nadando en el agua. ¿Has estado alguna vez en un naufragio?

—No, y tampoco sé nadar.

—Si piensas ser marino, es mejor que no aprendas a nadar. Eso sólo contribuye a prolongar el sufrimiento una vez que el mar te solicita, y ha llegado tu hora. Treinta años llevo en la mar y aún no aprendí a nadar. Estuve en unos diez naufragios, desde el mar de China hasta el Estrecho de Behring, pero siempre hallé una lancha o al menos un madero al que aterrarme. Un día el mar me reclamará, cuando llegue mi hora. Ahora sólo me interesa llegar pronto a puerto.

El jorobado se encaminó hacia la escalerilla, aferrando su maza de abordaje, y Culum le siguió manifiestamente aliviado por salir de allí.

—¿No confía usted en los hombres de a bordo? —preguntó el muchacho, refiriéndose a la maza.

—Un capitán sólo confía en su nave. Nada más. Y en sí mismo, claro está.

—¿Confía en mi padre?

—El es el capitán, por encima de mí.

—No comprendo —dijo Culum.

Orlov no contestó. Una vez en el puente examinó las velas y frunció el ceño. Demasiado trapo, hallándose el buque tan cerca de la costa. Había muchos arrecifes por aquel lugar, y se apreciaba la proximidad de una borrasca. El frente de los juncos se hallaba unas dos millas a proa, y se iba aproximando implacablemente, en silencio.

El barco tenía izadas casi todas las velas, cuyos cabos crujían alegremente, tensados por el viento. Daba la sensación de que aquel gozo trascendía a la tripulación.

Cuando Struan ordenó largar los rizos, los marineros subieron cantando a los aparejos, olvidándose por completo de la plata que iba en las bodegas, y que tanto les había hecho cavilar. Las ráfagas hincharon las velas y la nave cobró velocidad, llenándose de espuma los imbornales.

—¡Señor Cuhady, mantenga una guardia en cubierta y envíe arriba a los gavieros!

—¡A la orden, señor! —replicó Cuhady, el primer piloto, un irlandés moreno de risueña mirada, que llevaba una anilla de oro en una oreja.

—¡Mantenga el rumbo! ¡Preparen los cañones!

Los artilleros corrieron hacia sus artefactos, los retiraron de las portillas, los cargaron y volvieron a empujarlos rodando hasta sus posiciones anteriores.

—¡La dotación artillera número tres, recibirá ración extra de ron! ¡La dieciocho, limpiará las sentinas! Se oyeron algunos vítores y otras tantas maldiciones.

Era una costumbre que Struan había establecido muchos años antes. Cuando iba a iniciarse un combate, la primera dotación de artilleros que tuviese preparado el cañón, se ganaba una recompensa, y la última tenía que hacer el trabajo más sucio del buque.

Struan examinó el cielo y las velas, y a continuación observó con los gemelos el gran junco de guerra que iba a proa de la formación enemiga. Tenía numerosas portillas de cañones y lucía un dragón como mascarón de proa. Su bandera aún no podía apreciarse claramente a causa de la distancia. Struan divisó numerosos chinos en cubierta que portaban teas encendidas.

—¡Preparen las cubas de agua! —ordenó Struan.

—¿Para qué esa agua, padre? —inquirió Culum.

—Para apagar el fuego, muchacho. Veo antorchas en los juncos. Creo que nos lanzarán cohetes y bombas de mal olor. Estas las hacen con brea y azufre. Suelen causar un desbarajuste en una nave cuando no se está preparado.

Miró luego Struan hacia popa. La otra flotilla de juncos enfilaba en ese momento por el canal que había detrás de ellos.

—Estamos siendo víctimas de una encerrona, ¿no es cierto? —preguntó Culum, sintiendo que el estómago se le revolvía.

—Hasta cierto punto. Pero mira hacia barlovento; podemos abrir un resquicio en esa dirección, ya que vamos más rápidos que cualquiera de los juncos. Son como gozques corriendo tras un galgo, y nuestra artillería no es nada desdeñable.

Una de las drizas rompióse en la parte superior del palo mayor, y el mástil crujió violentamente al quedar de pronto liberada la vela, dando gualdrapazos.

—¡Arriba la guardia de estribor! —gritó Struan.

Culum observó poco después a los marineros, aferrados a las vergas en lo

alto del palo mayor, tratando de mantener el equilibrio contra el fuerte viento imperante. Sintió temor por ellos, y súbitamente recordó la predicción de Orlov: «Habrá sangre en tus manos, muchacho. Pero, ¿de quién sería esa sangre? Sin poderse contener, se inclinó sobre la borda y vomitó.

—Ten, muchacho —dijo Struan, ofreciéndole un cazo de agua que había sacado de la cuba más próxima.

Culum rechazó el agua, disgustado contra su padre porque había notado que se hallaba enfermo.

—¡Toma y aclárate la boca, ira del cielo! —dijo Struan, con voz severa.

Obedeció Culum mansamente, y ni siquiera se dio cuenta de que el agua era en realidad té frío. Bebió unos sorbos y sintióse peor. Se enjuagó la boca, volvió a beber y no notó mejoría alguna.

—La primera vez que entré en batalla me sentí mareado como un crío que bebe un vaso de vino. Tuve más miedo del que tú te puedes imaginar.

—No lo creo —contestó Culum débilmente—. No puedo imaginar que alguna vez en tu vida hayas estado enfermo o hayas tenido miedo.

—Puedes creerlo —gruñó Struan—. Fue en la batalla de Trafalgar.

—¡No sabía que hubieras estado allí! —replicó Culum, lleno de asombro, y olvidando momentáneamente su mareo.

—Yo era mozo de pólvora. La Armada emplea a niños en los barcos importantes para llevar la pólvora desde la santabárbara a los puestos artilleros.

Struan recordó el estruendo de los cañones, los gritos de los heridos, los miembros esparcidos por cubierta, la cual estaba resbaladiza a causa de la sangre, que escapaba por los imbornales y comunicaba su olor dulzón a todo el buque. Recordó el hedor de los vómitos, y cómo se acurrucaba, ingenuo, entre los barrilillos de pólvora cuando oía silbar un proyectil en el aire, con el corazón latiéndole violentamente, las lágrimas pugnando por escapar y los ojos muy abiertos a causa del espanto. Y así hora tras hora.

—Estaba aterrado hasta lo indecible —agregó.

—¿A qué edad estuviste en Trafalgar?

—Tenía siete años. Era el mayor del grupo de chiquillos, pero creo que era el que tenía más miedo —aseguró Struan, dando unas palmadas cariñosas a su hijo en la espalda—. Así, pues, no tienes por qué preocuparte. No hay nada de extraño en sentir temor.

—No tengo miedo, padre, es sólo el mal olor que sale de las bodegas.

—No te engañes, muchacho. Es el olor a sangre, que te parece sentir ya, y el temor de que pueda ser la tuya propia.

Culum inclinóse rápidamente sobre la borda y vomitó de nuevo. Aunque el viento era intenso, no lograba serenarse, ni olvidar el desagradable olor del buque ni las palabras de Orlov.

Struan se aproximó al barrilillo de brandy, llenó un vaso, entregóselo a Culum y le miró mientras el muchacho bebía.

—Con su permiso, señor —dijo el camarero—. El baño que pidió ya está preparado.

Struan esperó hasta que el camarero se hubo alejado, y entonces dijo a Culum:

—Vete abajo, muchacho.

Culum sintióse humillado y replicó:

—No, estoy bien aquí.

—¡Ve abajo, he dicho! —exclamó Struan.

—Por favor, padre —contestó el muchacho, casi al borde de las lágrimas—. Déjame permanecer en cubierta.

—Obedece, Culum. Tienes tiempo de sobra para bañarte y regresar. Si lo deseas, puedes tomar parte en la lucha, si llegamos a entrar en ella.

Con gesto abatido, Culum obedeció a su padre.

Volvió entonces Struan su atención hacia Robb, el cual estaba inclinado sobre la borda, con el rostro ceniciento.

Struan reflexionó unos instantes y luego se dirigió hacia él.

—¿Puedes hacerme un favor, Robb? Quisiera que acompañases a Culum. Se encuentra muy abatido.

—Lo siento, Dirk —contestó Robb, forzando una sonrisa—; pero esta vez tengo que quedarme en cubierta, por mal que me encuentre. ¿Te parece que es una flota de invasión?

—No te preocupes. En último caso, podremos abrirnos paso entre ellos a cañonazos.

—Eso espero.

—¿Cómo está Sarán? No tardará en dar a luz, ¿verdad? Lamento no haberme acordado antes de preguntarte por ella.

—Se encuentra relativamente bien. Lo cierto es que me alegraré cuando la espera haya concluido.

Robb trató de no pensar en los juncos, que parecían llenar toda la superficie visible del mar.

«Espero que sea otra niña —pensó—. Las niñas son mucho más fáciles de criar que los muchachos. Ojalá sea como Karen, como mi pequeña y querida Karen».

Robb lamentó haberla regañado esa misma mañana. ¿Fue acaso esa mañana cuando estuvieron todos juntos en el *Thunder Cloud*? Karen había desaparecido, y él y Sarah temieron que hubiera caído por la borda al agua. Los dos se pusieron a buscarla como poseídos, y al fin la vieron salir de la bodega, donde había estado jugando. Aun dentro del natural gozo, Robb no pudo evitar gritarle lleno de enfado, y la niña se refugió llorando en los brazos de su madre. Robb pensó que la culpa no la había tenido la criatura, sino la madre, por no haberla vigilado más atentamente. Pocos minutos más tarde la pequeña Karen, como suele ocurrir con todos los chiquillos, reía alegremente, habiéndose olvidado de todo. El y Sarah, en cambio, seguían disgustados el uno con el otro.

Por la proa y por la popa los juncos iban encerrando al *China Cloud*. Robb vio a su hermano reclinado sobre un cañón, encendiendo un cigarro con una de las teas, y pensó que le gustaría tener su misma calma.

«¡Oh, Señor! Dame fuerzas suficientes para resistir cinco meses y luego un año, a fin de que pueda regresar después a casa. Y, entretanto, que pueda complacer en todo a Sarah y que no se le hagan pesados estos meses».

—¡Dos puntos a babor! —ordenó Struan, examinando la costa de Hong-Kong con todo cuidado. Tenían los acantilados ante la amura de estribor, e iban bien a barlovento de la línea de juncos. Pocos minutos más, y podrían virar en redondo y atacar al junco que Struan había elegido de antemano. De este modo lograrían seguramente atravesar la formación enemiga, siempre que no se presentaran factores adversos, como los brulotes y los arrecifes ocultos, y que no disminuyera el viento.

El cielo se iba oscureciendo por el norte. El monzón parecía mantenerse, pero Struan sabía muy bien que en aquellas aguas el viento podía variar con celeridad asombrosa, produciéndose la calma u originándose una borrasca en cosa de minutos. El gran número de velas que llevaba izadas resultaba un

peligro, pues un golpe de viento podía destrozarlas antes de que hubiera tiempo de recogerlas, e incluso podía desgajar los mástiles. El peligro de embarrancar en bajíos o arrecifes era considerable, pues Struan no tenía cartas marinas de aquella zona. No obstante, Struan decidió arriesgarse, ya que sólo la velocidad podía salvarle. Y también los hados, desde luego.

—*¡Gott in Himmel!* —exclamó Mauss, mientras miraba con los gemelos—. ¡Es el Loto! ¡El Loto de Plata!

Apoderóse Struan de los binoculares y los enfocó hacia la bandera que ondeaba sobre el enorme junco.

Sobre campo rojo se advertía una flor plateada. No había error posible. Se trataba del Loto de Plata, la bandera de Wu Fang Choi, el rey de los piratas, hombre de crueldad legendaria, y cuyas incontables naves asolaban las costas del sur de China y exigían el pago de tributos en mil millas hacia el norte y hacia el sur. Creíase que el pirata tenía su base en Formosa.

«¿Qué hará Wu Fang Choi en estas aguas? —se preguntó Mauss, sintiendo de nuevo el místico impulso en su interior—. Hágase tu voluntad, Señor».

—El tesoro —dijo Struan—. Debe venir en busca de la plata. De lo contrario, Wu Fang Coi nunca se hubiera arriesgado a llegar hasta aquí, sobre todo estando nuestra escuadra tan cerca.

Durante muchos años, los portugueses y los traficantes tuvieron que pagar tributo al pirata porque les permitiera surcar aquellos mares. En realidad, ese pago resultaba menos oneroso que la pérdida de barcos y de cargamentos. Mediante la suma estipulada, Wu Fang Choi se encargaba de mantener libres de los demás piratas los mares del sur de China, lo cual conseguía la mayor parte de las veces…, aunque no siempre. Pero con la llegada de la escuadra inglesa, el año anterior, los traficantes habían dejado de pagar aquella especie de impuesto.

Cuatro fragatas británicas encontraron y destruyeron buena parte de los juncos piratas, y siguieron a los que huyeron hasta Bias Bay, un nido de bucaneros en la costa, unas cuarenta millas al norte de Hong-Kong. Allí, los navíos de guerra hundieron todos los buques piratas que encontraron y prendieron fuego a dos poblaciones de bandidos. Desde aquel momento, Wu Fang Choi se cuidó mucho de acercarse por aquellos contornos.

El barco insignia de los piratas disparó un cañonazo, y, ante el asombro de los tripulantes del *China Cloud*, todos los juncos, menos uno, viraron y arriaron

la vela mayor, dejando sólo las menores, para mantenerse a la deriva. Un pequeño junco se destacó de las demás naves y dirigióse hacia el clíper, del que le separaba cosa de una milla.

—¡Timón a sotavento! —gritó Struan, y el *China Cloud* viró sobre el viento. Las velas se estremecieron y el barco perdió velocidad, hasta casi detenerse.

—¡Mantenga el rumbo!

—¡A la orden, señor!

Struan contempló con sus gemelos el pequeño junco.

Sobre el mástil de la vela mayor ondeaba una bandera blanca.

—¡Por todos los cielos! ¿A qué juega esa gente? Los chinos nunca emplean banderas de tregua —murmuró Struan.

Al aproximarse el buque, Struan mostróse aún más atónito cuando divisó a un corpulento europeo de negra barba, vestido con ropaje marinero y con un espadón al cinto, que pilotaba la embarcación. Junto al europeo se hallaba un muchacho chino ricamente ataviado con túnica de brocado verde, y pantalones y botas negras. Struan vio que el europeo empuñaba su catalejo, lo enfocaba hacia el clíper, y, después de un momento de observar, volvía a dejar el anteojo y rompía a reír, mientras saludaba, con los brazos.

Struan pasó los binoculares a Mauss.

—¿Quién le parece que puede ser ese hombre, capitán? —dijo, al tiempo que se inclinaba hacia el capitán Orlov, el cual estaba mirando hacia el junco con su anteojo.

—Un pirata, desde luego —replicó el jorobado—. Otro rumor que se confirma. Wu Fang Choi tiene europeos en su flota.

—No me explico por qué razón han arriado todos las velas mayores —comentó Rotab, con tono de incredulidad.

—El emisario nos lo dirá —replicó Struan, dirigiéndose hacia la regala del puente.

—Señor Cuhady, prepárese para enviarle un cañonazo ante la proa.

—¡A la orden, señor! —dijo Cuhady, y a continuación se acercó al cañón más próximo.

—Capitán Orlov, ordene preparar la lancha. Mandará usted el grupo que aborde al junco, si antes no lo hundimos.

—¿Por qué subir a él, Dirk? —preguntó Robb, acercándose a Struan.

—Ninguna embarcación pirata debe aproximarse nunca a menos de cincuenta yardas. Puede ser un brulote o estar cargada de explosivos. Con esas gentes es mejor estar preparados para cualquier clase de artimaña.

Culum apareció en ese momento en el puente. Tenía aire contrito y estaba vestido de marinero, con rústica camisa de algodón, gruesa chaqueta, pantalones anchos y calzado de suela de esparto.

—Hola, muchacho —dijo Struan.

—¿Qué ocurre?

Explicóle Struan lo que pasaba, y agregó:

—Esas ropas te sientan bien, Culum. Tienes mucho mejor aspecto.

—También me encuentro bastante aliviado —contestó Culum, que no terminaba de sentirse a gusto.

Cuando la nave pirata estaba a sólo un centenar de metros, el *China Cloud* lanzó un disparo ante su proa y Struan empuñó una bocina.

—¡Ah, del junco! ¡Deteneos u os hago volar en mil pedazos!

Obedeció la embarcación pirata, que arrió sus velas, derivando con la fuerza de la corriente.

—¡Ah, del *China Cloud*! ¡Pido permiso para subir a bordo! —replicó en voz alta el hombre de la negra barba.

—Diga el motivo y quién es usted.

—Soy el capitán Scragger, un antiguo londinense —dijo, riendo, el europeo —. Tengo que hablar con usted, señor Struan, pero en privado.

—Venga a bordo. ¡Sin armas!

—¿Llevo la bandera de tregua, amigo?

—Sí, venga con ella —replicó Struan, quien, dirigiéndose hacia la regala del puente, añadió—: Señor Cuhady, no deje de apuntar hacia el junco.

—Ya lo tengo a tiro, señor.

Desde el costado del junco lanzaron al agua una pequeña chalupa a la que ascendió Scragger, el cual comenzó a remar vigorosamente hacia el *China Cloud*. Al acercarse, se le oyó cantar con voz bien timbrada una canción marinera: «Echad el barco a pique».

—Un tipejo fanfarrón —comentó Struan, divertido, aunque no quisiera reconocerlo.

—Scragger no es un nombre corriente —dijo Robb—. ¿No se casó la tía

abuela Ethel con un Scragger, en Londres?

—Sí, ya he pensado en eso mismo, Robb —contestó Struan, sonriendo levemente—. Tal vez resulte que un pariente nuestro se ha vuelto pirata.

—Sin duda, todos nosotros somos un poco piratas.

—La Noble Casa estará segura en tus manos, Robb —manifestó Struan, al tiempo que se ampliaba su sonrisa—. Eres un hombre inteligente. Bastante más de lo que tú mismo crees.

Luego volvió a mirar a la chalupa, y repitió:

—Sí, es un tipo fanfarrón.

Scragger parecía tener algo menos de cuarenta años. Su largo y desaliñado pelo, así como la barba, eran muy morenos. Tenía los ojos pequeños, de color azul claro, y unas manos descomunales. De sus orejas pendían anillas de oro, y el lado izquierdo de su cara aparecía cruzado por una gran cicatriz.

Amarró el bote a la red de escalada y trepó por ella con desenvoltura. Al llegar a cubierta se tocó la frente con la mano, en señal de burlón saludo, y luego hizo una gran reverencia.

—Buenos días, ilustres señores —manifestó, dirigiéndose a los hombres que estaban en el puente, y añadió, para los marineros que estaban en cubierta y que le miraban boquiabiertos—: Hola, muchachos. Wu Fang Choi os desea una apacible travesía.

Lanzó Scragger una fuerte carcajada, mostrando sus quebrados dientes, y acercóse a Struan, lo que permitió apreciar que era más bajo que éste, aunque más fornido.

—Vamos abajo —le dijo.

—Señor Cuhady, regístrele.

—Si traigo la bandera de tregua, no puedo estar armado, por mi vida —aseguró Scragger, que parecía la encarnación misma de la inocencia.

—De todos modos, regístrele.

Sometióse Scragger a la operación, con aire de víctima, y dijo al cabo:

—¿Está satisfecho, Tai-Pan?

—Sólo por el momento.

—Entonces vayamos abajo. Sin compañía, como había pedido.

Struan examinó su pistola e hizo una señal a Scragger para que descendiese bajo cubierta. A los demás les dijo:

—Todos ustedes, quédense aquí.

Ante el asombro de Struan, Scragger descendió por el buque con la familiaridad del que ya ha estado anteriormente en él. Llegó a la cámara, abrió la puerta y después de entrar se dejó caer sobre un sillón, al tiempo que estiraba las piernas con aire de satisfacción.

—Me gustaría humedecer un poco el gaznate antes de que empecemos a hablar. El remar me ha dado mucha sed.

—¿Ron?

—Brandy. Ah, si le sobra algún barrilíllo, puedo asegurarle que me sentiré muy favorablemente predispuesto.

—¿Para qué?

—Paciencia, paciencia —dijo Scragger, y sus ojos brillaron aceradamente—, ya se lo diré a su debido tiempo.

—Dijo usted que fue vecino de la ciudad de Londres, ¿no es así?

—En efecto, aunque eso fue hace ya mucho tiempo. Ah, gracias —dijo el pirata, aceptando el vaso de brandy. Lo olfateó como buen catador, lo bebió en dos tragos, y mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano, suspiró satisfecho y agregó—: ¡Ah, el brandy! Lo único que me disgusta de mi puesto actual es la falta de brandy. Es una bebida que alegra el corazón.

Struan volvió a llenarle el vaso.

—Gracias de nuevo, Tai-Pan.

—¿De qué parte de Londres es usted? —preguntó Struan, jugando con la pistola.

—De Shoreditch, amigo. Allí fue donde me crié.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Dick. ¿Por qué?

Struan tenía la intención de escribir en seguida a Gran Bretaña, para comprobar si Dick Scragger era uno de los descendientes de su tía abuela.

—Vamos al grano —dijo al fin.

—A eso vamos, Tai-Pan, a eso vamos. Wu Fang Choi quiere hablar con usted. A solas, y al momento.

—¿Sobre qué asunto?

—Ni él me lo dijo, ni yo se lo pregunté. «Ve y trae al Tai-Pan», fueron sus palabras, y aquí me tiene…

Scragger volvió a vaciai la copa con gesto de deleite, y al cabo de un momento, dijo:

—Tiene a bordo las barras de plata, ¿no es cierto?

—Dígale que si quiere verme, tendrá que venir aquí. Solo y sin armas, desde luego.

Scragger rióse estrepitosamente y se rascó la barba, que debía de estar infestada de piojos.

—Vamos, Tai-Pan, bien sabe usted que él no haría jamás semejante cosa. ¿Ha visto el muchacho que está en el junco?

—Sí.

—Pues es su hijo menor. Quedará como rehén. Usted puede ir a bordo, armado, si gusta, y mientras tanto, el chico permanecerá aquí.

—El tal hijo menor podría ser un culi disfrazado, dispuesto a dar su vida por la mía.

—Ah, no —dijo Scragger, dolido—. Tiene usted mi juramento. No somos unos piratas cualquiera. Tenemos tres mil naves no lejos de aquí, y nuestras flotas dominan las costas, como usted bien sabe. Tiene usted mi juramento, Tai-Pan.

Struan advirtió las marcas blancas que aparecían en las muñecas de Scragger, y presintió que tenía otras iguales en los tobillos.

—¿Por qué un inglés, como usted, se halla sirviendo a un pirata?

—¿Qué tiene eso de malo? —inquirió Scragger, poniéndose en pie, y acercándose a la mesa donde estaba la botella de brandy—. ¿Puedo servirme más? Gracias, muchas gracias. Debe saber que hay unos cincuenta británicos distribuidos por toda la flota de Wu Fang Choi. También hay otros quince occidentales, norteamericanos, en su mayoría, y un francés. Se trata de capitanes de buques, pilotos, fabricantes de cañones y artilleros. Yo era oficial en un barco —siguió diciendo Scragger, al que el alcohol había vuelto más locuaz aún—, cuando hace unos diez años mi buque se hundió en unas islas al norte de las costas de Oriente. Los pequeños y malditos paganos me hicieron su esclavo. Eran japoneses. Logré huir, pero caí en las manos de Wu Fang Choi. Cuando supo que era oficial de contramaestres me ofreció un puesto en su flota.

Scragger vació de un trago su vaso, eructó y volvió a llenarlo en seguida.

—¿Por qué no se queda ahora en mi buque? —preguntó Struan—. Yo podría

abrirme paso a cañonazo limpio entre los barcos de Wu Fang Choi.

—Gracias, amigo, pero estoy a gusto donde me encuentro ahora.

—¿Cuánto tiempo estuvo como prisionero de la Corona? —preguntó de improviso Struan.

El vaso de Scragger se detuvo en el aire, y el hombre adoptó un gesto receloso.

—Bastante, amigo —dijo, contemplando las marcas que tenía en las muñecas—. Ya vio las huellas de los hierros, ¿eh? Sí, aún no se me han quitado, después de doce años.

—¿De dónde escapó, de Botany Bay?

—De allí, en efecto —replicó Scragger, con amistosa expresión, una vez más —. Me condenaron a quince años cuando era un muchacho, pues tenía unos veinticinco. ¿Qué edad tiene usted, Tai-Pan?

—Tengo bastantes años.

—Yo no sé de fijo los que tengo. Creo que son entre treinta y cinco y cuarenta y cinco. Sí, me echaron quince años por golpear a un asqueroso capitán en una no menos asquerosa fragata.

—Entonces tuvo usted suerte de que no le colgaran.

—Es probable —aseguró Scragger, lanzando un nuevo eructo—. ¿Sabe, Tai-Pan? Me gusta hablar con usted, aunque no sea de cosas muy agradables. Como le decía, estuve nueve meses encadenado en un buque, junto con otros cuatrocientos pobres diablos, bajo cubierta. Nueve meses o más, a pan y agua, sin probar la carne. Esa no es manera de tratar a un ser humano. Sólo un centenar de nosotros vivía al llegar a destino. Nos amotinamos en Sidney y rompimos nuestras cadenas, matando a los malditos carceleros. Luego huimos a los montes y allí vivimos durante un año, hasta que al fin encontré un buque mercante. Pero más tarde nos hundieron, como ya he dicho.

—¿Por qué sirve a un pirata como Wu Fang Choi? —inquirió Struan, al tiempo que encendía un cigarro.

—Ya se lo he dicho, amigo. Soy libre como el viento Tengo tres mujeres, todo el alimento que pueda comer, magnífica paga y soy capitán de un barco. Wu Fang Choi me trata mejor que mis compatriotas, condenados sean. Sí, para ellos no fui más que carne de presidio. ¿Cómo podía yo soñar con tener tres mujeres, buen botín y estar libre de los grilletes, si no era con él? Así, pues, no

puedo estar de parte de nadie que no sea Wu Fang Choi. Bien —dijo Scragger, poniéndose en pie—, ¿va a venir conmigo, como él quiere, o tendremos que abordarle?

—Abórdenme, capitán Scragger, si pueden; pero antes termine su brandy. Será el último que pruebe en su vida.

—Tenemos más de un centenar de barcos preparados contra usted.

—Debe usted creer que soy un tonto —manifestó Struan—. Wu Fang Choi nunca se aventuraría por estas aguas, personalmente, sabiendo que nuestros buques de guerra se hallan al otro lado de la isla de Hong-Kong. Estoy seguro de que Wu Fang Choi no está en esas naves.

—Es usted muy astuto, Tai-Pan —dijo Scragger, riendo suavemente—. Ya me lo habían advertido. En efecto, Wu Fang Choi no se encuentra aquí, pero sí está su almirante principal, Wu Kwok, su hijo mayor. Y el muchacho que ha visto es el hijo menor, como ya le dije. Eso es cierto.

—La verdad tiene muchos rostros, Scragger —dijo Struan—. Y, ahora, vayase con buen viento de mi buque. La bandera de tregua sólo vale para su nave. Yo les haré saber lo que pienso de su condenada flota pirata.

—Está bien, Tai-Pan. Ah, me olvidaba —dijo Scragger, al tiempo que extraía una bolsita de cuero, que llevaba colgando del cuello. De la bolsita extrajo un pedazo de papel doblado, y lo colocó sobre el escritorio de Struan, al tiempo que decía con voz sarcástica:

—Me dieron esto para que se lo entregara a usted.

Desdobló Struan el papel. Este llevaba impreso el sello de Jin-qua, y contenía la mitad de una moneda.

CAPITULO X

Struan se hallaba de pie en la proa de su lancha, con las manos hundidas en los bolsillos de su pesado chaquetón marinero, una maza de abordaje sujeta a su muñeca y dos pistolas en el cinturón. Sus hombres remaban tensamente, e iban todos bien armados. Scragger iba sentado en el centro de la embarcación, cantando con aspecto de achispado una tonada del mar. A un centenar de metros a proa se hallaba un buque insignia pirata. Por acuerdo con Scragger, y ante la insistencia de Struan, el navío se había separado de la flota de juncos y se acercó más hacia la costa, a sólo unos centenares de metros a sotavento del *China Cloud*. Allí, con una pequeña vela izada a popa, para mantener la deriva, el barco quedaba a merced de los cañones del *China Cloud*. Pero el resto de la flota de juncos aún seguía dispuesta en torno a los dos buques, bloqueando la salida.

Struan se daba cuenta de que era peligroso abordar solo el navío pirata, pero la media moneda no le dejaba ninguna opción. Habría llevado consigo a Mauss, el cual le hubiera servido de intérprete, al tiempo que era muy arrojado en la batalla, pero Scragger se negó a ello.

—Usted solo, Tai-Pan —le dijo—. A bordo hay gentes que hablan a la vez el chino y el inglés. Lleve las armas que guste, pero vaya solo. Esas son las condiciones.

Antes de abandonar el *China Cloud*, Struan dio las órdenes finales delante del mismo Scragger.

—Si el junco iza las velas sin yo haber regresado, vuélenlo a cañonazos —ordenó—. Si yo no vuelvo dentro de una hora, húndanlo también.

—Bueno, Tai-Pan —dijo Scragger, riendo forzadamente—, no es ése el modo de aceptar una invitación. Recuerde que estamos bajo una bandera de tregua.

—Lo repito: hundan el barco a cañonazos, pero antes cuelguen al muchacho

chino de una verga.

—No se preocupe —manifestó Orlov, con aire maligno—. El chino morirá, y, por todos los infiernos, que no dejaré estas aguas mientras quede un solo junco a flote.

—¡Alza los remos! —ordenó Struan, en el momento en que la lancha llegaba junto al casco del junco. Un centenar de piratas chinos se hallaba en la borda, hablando animadamente y riendo. Struan contó rápidamente los portillos de los cañones. Eran veinte en aquella banda, lo que hacía un total de cuarenta cañones.

Ascendió por la escalerilla, y, una vez a bordo, pudo observar que los cañones estaban preparados, con los barrilillos de pólvora al lado, y que abundaban las bombas incendiarias y de mal olor. El barco pirata llevaba numerosos tripulantes, y se apreciaba bastante suciedad, aunque no había trazas de enfermedades o escorbuto. Los aparejos estaban en buenas condiciones, con los cabos bien tensados. «Una nave difícil de tomar al abordaje, en lucha cuerpo a cuerpo —pensó Struan—, pero relativamente fácil de hundir a cañonazos, siempre que no surja algún imprevisto».

Siguió Struan a Scragger bajo la cubierta, hasta la cámara de popa, examinando detalles de la nave para el caso de una posible retirada de emergencia. Llegaron a una desaseada antecámara llena de chinos, y Scragger pasó entre ellos y llegó ante una puerta que guardaba un oriental de truculento aspecto, el cual señaló las armas de Struan. Scragger le gritó algo en cantones y desdeñosamente le echó a un lado, abriendo la puerta a continuación.

La cámara de popa era enorme. Una serie de almohadones aparecían distribuidos sobre un estrado, en el que resaltaba una mesa baja, pintada de laca escarlata.

La estancia, como todo el barco, apestaba a sudor y a pescado podrido. Junto al estrado había un mamparo enrejado, detrás del cual se apreciaba un lecho encortinado, en el que sin duda dormía el jefe de los piratas.

Se abrió una portezuela en la pared enrejada y de ella salió Wu Kwok.

El hijo del rey de los piratas era de corta estatura, rechoncho y de mediana edad. Tenía un rostro redondo, de cruel expresión, y su coleta era larga y estaba pringada de grasa, la cual le manchaba la rica túnica de seda que llevaba arrebujada en torno al protuberante vientre. Usaba buenas botas de mar, y en las muñecas lucía numerosas pulseras de jade de incalculable valor.

El chino observó atentamente a Struan durante unos momentos, y en seguida le hizo señas para que tomase asiento en un cojín, al tiempo que él lo hacía en otro, a un lado de la mesa. Struan quedó sentado frente a él, a la vez que Scragger permanecía apoyado contra la puerta, rascándose con aire ausente la barba, con una sonrisa sardónica en el rostro.

Mirándose Struan y Wu Kwok, sin hacer movimiento alguno. Al fin, el chino alzó levemente una mano, y un criado trajo té y pastelillos de arroz, delicadamente bañados con salsa de almendra, así como una fuente de *dim sum*. Estos eran una especie de empanadillas rellenas de langostinos y carne de cerdo, de pollo o de pescado. Algunos estaban cocidos y otros fritos.

El criado vertió el té. Wu Kwok tomó su taza y señaló a Struan la suya. Ambos hombres bebieron en silencio, sin mirarse. Luego, el pirata tomó los palillos y eligió un *dirá sum*. Lo colocó en el plato que había frente a Struan, y le indicó por señas que lo comiera. Struan se dio cuenta de que Wu Kwok esperaba verle coger el pastelillo con la mano, al uso de los desdeñados bárbaros.

Agradecido interiormente a May-May, cogió Struan los palillos, y con destreza se llevó el pastel a la boca, volviendo luego a colocar aquéllos sobre el plato de porcelana, mientras saboreaba el bocado con delectación, y observaba, con no menos gozo, el asombro del pirata al ver que un bárbaro daba tales muestras de habilidad y educación.

Struan cogió de nuevo los palillos y eligió minuciosamente otro bocado, el más pequeño y delicado, y, por consiguiente, el más difícil de sostener con los palillos. Era una pequeña empanadilla rellena con un camarón, y con pasta tan fina que casi parecía transparente. Lo levantó rápidamente, rogando en su interior que no se le cayese, y lo tendió a Wu Kwok, ofreciéndoselo.

El chino alzó sus palillos, cogió la pequeña empanada que le ofrecía Struan, y la trasladó a su plato. Pero antes de depositarla, un pequeño trozo cayó sobre la mesa. Aunque Wu Kwok permaneció impasible, Struan se dio cuenta de que el chino debía de estar irritado ante su propia torpeza.

Struan se dispuso a darle el golpe de gracia, e, inclinándose sobre la mesa, recogió el trocito de masa y lo colocó en su plato, después de lo cual eligió otro *dim sum*. Volvió a ofrecerlo al chino, y éste lo aceptó una vez más, aunque en esta ocasión no dejó caer nada.

Wu Kwok ofreció a su vez una empanadilla a Struan, quien la recogió

hábilmente y se la llevó a la boca, saboreándola con fruición, tras lo cual rechazó el siguiente ofrecimiento del chino. Era un indicio de máxima cortesía, entre los chinos, que el invitado rechazase la comida, dando a entender que había quedado plenamente satisfecho, aun cuando todos hubieran quedado con hambre.

—Vamos, coma, coma, compañero —dijo de improviso Wu Kwok—. Tenemos mucho de esto.

La sorpresa de Struan al oír el acento Cockney[6] en boca del chino fue considerable.

—Gracias. Me alegro de que hable inglés. Esto hace que las cosas resulten más sencillas —replicó Struan.

—Así es —contestó Wu Kwok, satisfecho de poder hablar el lenguaje de los bárbaros.

—¿Dónde aprendió usted inglés? —dijo Struan, inclinándose un poco hacia un lado y estirando algo las piernas, al tiempo que se rascaba disimuladamente, ya que los cojinillos se hallaban infectados de pulgas.

—¿Y dónde aprende un hombre como usted a comer igual que uno de mi país?

Sonrió Struan, mientras elegía otra empanadilla, y luego replicó:

—He tratado de aprender el cantones en numerosas ocasiones, pero no soy buen estudiante, y mi oído no capta bien las entonaciones.

Después de comer la empanadilla, Struan bebió un sorbo de té y añadió:

—El té es excelente. ¿Procede de Suchow?

—No, es de Lin Tin —contestó Wu Kwok, moviendo negativamente la cabeza—. ¿Le gusta el té de Suchow?

—Sí, aunque reconozco que es mejor el de Lin Tin.

—Pues, contestando a su pregunta, le diré que aprendí el inglés con Scragger y otros de sus compatriotas, a lo largo de bastantes años. Coma, coma más, amigo —insistió el chino—. Me complace córner con una persona como usted, que sabe apreciar las cosas buenas. Eso sí, le noto que habla un inglés diferente al mío. No le comprendo del todo.

—Como en todas partes, en Inglaterra, existen numerosos dialectos —manifestó Struan, lentamente.

—Ya se lo advertí, Wu Kwok —intervino Scragger—. Habla de manera distinta porque ha estudiado.

—¿Acaso no es correcto mi inglés, amigo? —inquirió el chino.

—¿Quién habla más correcto el cantones, un campesino o un maestro? —replicó Struan—. El campesino lo habla perfectamente, para el campo, y el maestro lo habla bien para la escuela.

Wu Kwok se reclinó sobre los cojines y sorbió pensativamente su té. Al fin rompió el silencio.

—Sabemos que lleva barras de plata a bordo de su buque. Cuarenta laks, exactamente —dijo.

—¿Cómo ha conseguido esto? —preguntó Struan, colocando sobre la mesa una media moneda.

—Media moneda, un favor cumplido, ¿verdad, compañero?

—Así es —replicó Struan, disgustado por haber tenido que cumplir su promesa en circunstancias tan comprometidas—. Pero diga, ¿cómo llegó a su poder?

—Me la dio mi padre.

—¿Y él, cómo la consiguió?

—¿De dónde cree usted que un viejo bandido como Jin-qua puede sacar cuarenta laks de plata, eh? Pues de sus compañeros, desde luego. Usted tiene diez laks de plata de mi padre a bordo —dijo Wu Kwok, cuya risa le hizo estremecer el vientre—. Vamos, Scragger, sirve a Su Señoría alguna bebida fuerte. Lo va a necesitar.

—¿Acaso Wu Fang Choi y Jin-qua son socios? —inquirió Struan, manifiestamente sorprendido.

—En cierto modo, amigo. Nosotros protegemos su comercio de té de los condenados piratas. Somos los guardianes del mar, y resulta conveniente pagarnos para eso, ¿no cree? Por otra parte, a veces invertimos nuestro dinero en el comercio del té, la seda y el opio, y también en préstamos. Y mire por dónde —Wu Kwok cogióse el vientre, mientras reía a carcajadas y las lágrimas corrían por sus mejillas—; mire por donde desde ahora la Noble Casa y nosotros somos socios. ¿No puede haber mejor inversión, eh, amigo?

—Veamos: ¿cuál es el «favor» que me pide, Wu Kwok?

—Bebamos primero por las barras de plata y por sus hados, Tai-Pan. Luego hablaremos de eso.

—Ha ordenado que ahorquen al muchacho, si tarda más de una hora —dijo

Scragger, al tiempo que llenaba tres vasos con ron—. Y si izamos las velas, volarán el junco y también ahorcarán al muchacho.

—¿Cuánto dura una hora, compañero?

—Aún hay tiempo.

Wu Kwok comió en silencio durante unos instantes, y luego dijo:

—¿Colgaría usted a mi muchacho?

—¿Usted no lo haría en mi lugar? —manifestó Struan, el cual colocó su reloj de bolsillo sobre la mesa y añadió—: Ya ha pasado la mitad del plazo.

Wu Kwok aceptó el vaso que le tendía Scragger y bebió lentamente. Struan sintió que se le erizaban los pelos del cuello a causa de la tensión nerviosa. Podía oír el rumor de las conversaciones en chino que llegaban a través de la puerta, así como el crujido del maderamen de la nave.

Wu Kwok cogió un mondadientes y se lo introdujo en la boca, cubriéndosela educadamente con la otra mano. Oyóse en cubierta el percutir de las gotas de un chaparrón repentino.

—Hablemos del favor —dijo Wu Kwok—. Su flota tiene veinte clípers, ¿no es eso?

—Diecinueve.

—Está bien, diecinueve. En cada uno de ellos nosotros pondremos a uno de nuestros hombres, y usted los adiestrará como oficiales y capitanes. Diecinueve hombres, a los que debe enseñar como buenos marinos. Mándelos azotar o pasar bajo la quilla; lo que usted crea que es necesario, pero sin matarlos. Durante cinco años permanecerán con usted, y luego volverán a nuestro lado. Segundo: dentro de un año y un día deberá entregarnos un clíper como el *China Cloud*. Pagaremos en plata lo que valga. Deberá estar armado y aparejado como el *China Cloud*. Diez de nuestros hombres irán a Gran Bretaña a observar su construcción. La forma de entrega del buque será convenida más adelante, ¿verdad, Scragger?

—Así es.

—Por último, le confiaremos tres muchachos para que los eduquen, como caballeros, en el mejor colegio de Inglaterra —agregó Wu Kwok—. Cueste lo que cueste su educación.

—Con lo mejor en materia de ropas, alojamientos, carruajes y alimentos —intervino Scragger—. Deberán ser educados como aristócratas, en Oxford o

Cambridge, y tratados del mismo modo. Sí, en una de esas universidades, y al terminar los estudios regresarán aquí.

—Eso no es un favor, sino varios.

—En conjunto lo consideramos como uno solo —dijo Wu Kwok, poniéndose serio—. Es lo que pedimos. De lo contrario, tendrá que entregarme nuestro lak, y de paso me quedaré con los otros tres. Entonces no habrá problema para comprar barcos. Con tanto dinero se compran los que se desean, ¿no es cierto, amigo? Sí, tal vez me quede con la plata y haga un trato con el Demonio de Un Ojo. ¿Cómo se llama, Scragger?

—Brock —replicó el aludido.

—Sí, Tai-Pan. Haré el trato con él, o con cualquier otro. Piénselo; sólo se trata de adiestrar a unos hombres y de facilitar un barco. No es pedir mucho. Diga sí o no.

—Me gustaría hacerle una nueva proposición. Yo le entrego esta media moneda, y, conmigo o sin mí a bordo del *China Cloud*, procura apoderarse de la plata. Inténtelo, por todos los cielos.

—Hay doscientas naves en torno suyo, Tai-Pan. Aunque yo pierda cien, no me importa, si al fin me quedo con los cuarenta laks, y puedo asegurarle que así sucederá.

Struan tendió la moneda al chino y dijo:

—¿Acepta mi trato? —inquirió.

—No acepto. Sigue en pie el favor que nos debe. ¿Tiene honor el Tai-Pan de la Noble Casa, o no lo tiene?

—Está bien. Dentro de un mes enviarán ustedes un centenar de hombres, ninguno de los cuales sea buscado por los mandarines por haber cometido algún delito grave, y que sepan leer y escribir. De éstos elegiré diecinueve para adiestrarlos como capitanes, y los diez para que puedan observar la construcción del buque. Envíen también en esa misma fecha a los tres muchachos.

—No me gusta nada tener que mandar tantos hombres compañero —dijo Wu Kwok—. ¿No es cierto, Scragger?

—No hay peligro, si los manda en secreto a Aberdeen, por ejemplo. Quiero hacer una buena elección. ¿Le parece bien?

Wu Wwok reflexionó unos instantes, y al fin dijo:

—De acuerdo. Dentro de un mes, en Aberdeen.

—Yo entregaré el clíper, personalmente y a su debido tiempo, a usted o a Wu Fang Choi. A nadie más.

—Deberá ser a cualquiera que yo envíe.

—No.

—¿A mí, entonces, amigo? —intervino Scragger.

—No. Sólo a Wu Kwok o a Wu Fang Choi, y en alta mar.

—¿Por qué razón? —preguntó el chino—. ¿Qué argucia está tramando, amigo?

—Será un buque como los míos. No quiero entregar una nave así a cualquiera. ¿Dónde tiene su sentido del honor, Wu Kwok?

—Convenido —respondió el chino, al fin—. Pero sin tretas, o lo pagará caro.

Struan púsose en pie y avanzó con gesto desdeñoso hacia la puerta, pero Scragger le cerró el paso:

—Falta su juramento, Tai-Pan.

—Ya se lo di a Jin-qua, Scragger. El sabe bien el valor que tiene, por todos los cielos. Si no, yo no estaría aquí.

Wu Kwok hizo una seña con la cabeza a Scragger, y éste se apartó, al tiempo que decía:

—Gracias por todo, Tai-Pan.

—Me complace que se haya mostrado tan razonable, Tai-pan —dijo a su vez el chino—. Antes de marcharse, debo entregarle un mensaje y un regalo que me entregó mi padre para usted.

El pirata hizo una nueva seña a Scragger, el cual abrió un cofre y extrajo de él un paquete, que entregó a Struan.

El paquete contenía una bandera, en la que se veían un dragón, un león con los miembros entrelazados, y un diario de navegación, el del *Scarlet Cloud*, el buque perdido.

Struan abrió el libro y examinó la última página escrita:

«Dieciséis de noviembre. Mediodía. Lat. 11° 23' 11" N. Long. 114° 9' 8" E. Arrecia la tormenta. Anoche, a las tres campanadas de la guardia media, el viento nos arrancó las velas, y con ellas los mástiles. Nuestro buque fue lanzado indefenso contra los arrecifes de Tizzard, donde descansa ahora gracias a la Divina Providencia, aunque con el casco destrozado.

«Dieciocho de noviembre. 16 h. Cuatro juncos han sido avistados al nordeste. Se efectúan los preparativos finales para abandonar el buque.

«Dieciocho de noviembre. 17 h. Los cuatro juntos han cambiado de rumbo y enfilan hacia nosotros. He ordenado preparar los mosquetes y traté de hacer lo mismo con un cañón, pero la escora del buque lo ha impedido. Estamos dispuestos para lo que pueda ocurrir, si es que son piratas.

«Dieciocho de noviembre. 18 h. Atacados por los piratas. Dimos muerte a la primera oleada, pero son…».

—¿Los mataron a todos? —preguntó Struan.

—Esos juncos no formaban parte de nuestra flota regular, amigo.

—Pregunto si ustedes los mataron a todos.

—Puedo asegurarle que yo no estaba allí, Tai-Pan —manifestó Wu Kwok.

—Ya sabe la gentuza que anda por esas aguas —intervino Scragger—. De haber sido gente nuestra no le entregaríamos ahora el diario de navegación. Wu Fang Choi se enteró de lo ocurrido y me envió a investigar.

Cuando yo llegué no había nadie a bordo. Ni siquiera encontré cadáveres.

—¿Saqueó usted el buque?

—Ya conoce las leyes del mar, Tai-Pan. Era un barco naufragado y abandonado. Salvamos la mitad del cargamento, así como dieciséis cañones y abundante pólvora.

—¿Dónde está el cronómetro del buque?

Scragger frunció el ceño y dijo:

—A bordo de mi junco. ¿Y sabe usted lo que hicieron los condenados de mi tripulación? ¡Lo dejaron parar, por todos los infiernos! La pura verdad. Tardamos varios días en hallar un barco mercante con la hora de Londres. Era un navío americano, el *Boston Skylark*.

Scragger rióse suavemente al recordar lo sucedido, y luego agregó:

—Cuatro de sus tripulantes prefirieron quedarse con nosotros.

—¿Y los demás?

—Los dejamos a la deriva, frente a las Filipinas. Estaban cerca de la costa, se lo aseguro. Ocurrió hará unas tres o cuatro semanas.

Wu Kwok se reclinó sobre los cojines y se rascó a conciencia.

—Por último, Tai-Pan, debo transmitirle lo que dijo mi padre. Pide diez taels

por proteger cada barco inglés en estas aguas. Diez taels, y la bandera británica podrá navegar bajo el cuidado de la flota de Wu Fang Choi. Sabemos que tiene una nueva base, en Hong-Kong.

—Un tael por buque es todo lo que puedo dar.

—Seis, lo mínimo. Así me lo dijo mi padre, sabiendo que es usted un duro negociante. Seis taels.

—Uno.

—Siéntese. Tomaremos más ginebra y haré traer otra bandeja de comida —dijo Wu Kwok.

—Dentro de cinco minutos hundirán el junco a cañonazos y ahorcarán al rehén.

Wu Kwok eructó sonoramente y replicó:

—No irá usted a colgar a mi hijo, ¿verdad?

—Se trata tan sólo de un infeliz debidamente ataviado —manifestó Struan, desdeñosamente.

—Es usted muy astuto, Tai-Pan —aseguró el chino, sonriendo—. Está bien, lo dejaremos en dos taels. Y ahora le diré una cosa. Puede quedarse con el muchacho que está a bordo de su barco. Puede colgarlo a arrojarlo al agua, si lo prefiere. Si me lo envía de vuelta, yo mismo me encargaré de colgarlo.

—¿Qué dice? —estalló Scragger—. ¿Entonces el muchacho no era su hijo?

—Ya se lo advertí, Scragger. Yo sé bien el valor que tiene el juramento de la gentuza —dijo Struan, ásperamente, y, dando media vuelta, salió de la cámara.

—Pero si he dado mi juramento —dijo Scragger, pálido de ira, a Wu Kwok —. Usted me aseguró que era su hijo, por todos los cielos, y yo le creí.

—El Tai-Pan nunca habría mandado a su hijo a bordo de nuestro barco —replicó el chino, con toda tranquilidad—. ¿Por qué había de hacerlo yo?

—Le repito que di mi juramento. ¡Ha sido un vil engaño!

—¿Me llama mentiroso, compañero? —inquirió Wu Kwok, con siniestra lentitud.

—No, no —replicó prontamente Scragger procurando borrar la expresión de cólera que reflejaba su rostro—. Es que nosotros respetamos mucho el juramento que damos. No está bien hecho para nuestro modo de pensar; eso es todo.

Wu Kwok movió la cabeza con aire de fatiga, al tiempo que se retiraba a su estancia, detrás del mamparo enrejado.

—Los bárbaros sois gente muy extraña, amigo. Verdaderamente extraña —manifestó, al tiempo que cerraba la puertecilla a sus espaldas.

Scragger ascendió a cubierta con los ojos arrasados de lágrimas a causa de la indignación que sentía.

«Por Dios, que lo haré —pensó—. Ya ajustaré las cuentas con este maldito pagano. No lo haré hasta que hayan sido entregados al Tai-Pan los hombres convenidos, pues podría estropearse todo. Pero después de eso, por Dios, después de eso…».

CAPITULO XI

El *China Cloud* cortaba las aguas bajo la lluvia torrencial, enfilando por la costa sur de Hong-Kong, hacia el puerto principal, situado en la costa norte de la isla.

Struan y los suyos estaban cenando en la cámara de la nave. La cena estaba compuesta por ostras, salchichas, arenque ahumado, repollo hervido con tocino, pollo frío, galleta marinera, pastel de manzana y mermelada. Las bebidas eran vino blanco y champaña, sin que faltase el inevitable té frío.

—Cuarenta laks y cuatro monedas —dijo Robb, jugando con la comida—. Una ya ha sido entregada a Wu Fang Choi. ¿Quién tendrá las otras tres?

—Jin-qua se habrá quedado con una, sin duda, o tal vez con dos —manifestó Struan, el cual extendió el brazo sobre la mesa y se sirvió otra ración de arenque ahumado.

—Tenemos que cumplir un compromiso durísimo —replicó Robb—, que bien puede valer diez laks a esos malditos. Con un clíper como el *China Colud* en sus manos, hasta las mismas fragatas de guerra deberán tomar precauciones. Puede que queden cortadas las rutas marítimas del Imperio. Un solo barco, pero varios hombres adiestrados para construir otros semejantes. Además, diecinueve de ellos recibirán la enseñanza de capitanes, y a su vez enseñarán a muchos más. Hemos sido cogidos en una trampa. Es algo terrible.

—Jin-qua te engañó —dijo Culum.

—No. Ha sido más inteligente que yo, muchacho, eso es todo. Cuando dos se sientan a una mesa para hacer un trato, cada una de las partes está obligada a sacar el mayor provecho posible de la transacción. Es muy sencillo. Sí, yo demostré ser más débil que él. Pero aun sabiendo que las monedas iban a ser entregadas a otras personas, yo no tenía más alternativa que aceptar.

—Si a ti te han superado en eso, ¿qué posibilidades nos quedan a mí y a

Culum? —preguntó Robb.

—Es necesario que aprendáis de vuestros propios errores y de los ajenos. Y, por encima de todo, nunca tratéis a los chinos como a uno más de nosotros. Son gente aparte.

—Así es, en efecto. Son unos paganos hipócritas y repulsivos —aseguró Culum.

—No estoy de acuerdo con eso —replicó Struan—. Sólo digo que piensan de modo diferente a como lo hacemos nosotros.

—En tal caso, ¿cómo debemos actuar frente a ellos, padre?

—Si lo supiera, nunca me equivocaría, como ahora lo he hecho. Ellos tienen cinco mil años de práctica. Eso es todo. Y ahora, alcánzame el pollo, muchacho.

Culum le entregó la fuente, y Struan sirvióse una buena ración.

—No pareces estar preocupado, Dirk —dijo Robb—. Sin embargo, esto puede ser nuestra ruina, y arruinar igualmente al comercio en Oriente.

—Veo que no comes, Robb; y tú tampoco, Culum. Vamos, probad el pollo; está exquisito —dijo Struan, al tiempo que arrancaba una pata y la mordía con deleite—. La situación no es tan grave como creéis. En primer lugar, están los diecinueve individuos. Sí, es cierto que serán los espías de Wu Fang Choi y de su gentuza. Pero si de nuestra cuenta corre el enseñarles a hablar inglés, ¿por qué no vamos a tratar de imbuirles otras ideas? ¿Por qué no convertirlos de piratas en gente decente? Tal vez incluso lleguen a hacerse cristianos en el curso de cinco años. Todas las ventajas están de nuestra parte para atraerlos a nuestro bando. Aunque de los diecinueve sólo consiguiéramos atraer a uno solo, por medio de éste lograríamos conocer la madriguera de los piratas, y sería entonces posible destruirlos a placer.

Segundo, el clíper. Dentro de un año y un día me veré enzarzado en una batalla. Entregaré el barco, según lo convenido, y luego lo hundiré. Nada dijimos contra esto en el pacto con Wu Kwok.

—¿Por qué no entregarlo con la bodega cargada de pólvora y una mecha ardiendo el tiempo suficiente? —inquirió Robb.

—Wu Kwok es demasiado astuto para hacerle eso.

—Tal vez podrías colgar minas en el exterior del casco, bajo la línea de flotación.

—Eso quizá diera resultado y escapara al examen de los chinos. Pero cuando

se ha hecho un juramento, no puede andarse con artimañas, Robb. Jamás podríamos llevar la cabeza erguida en lo sucesivo. Es mejor la lucha abierta, y en ella espero dar muerte a Wu Kwok.

—¿Por qué?

—Para enseñarle el valor de un juramento, y para proteger a nuestra próxima generación.

Siguió un largo silencio.

—Pensé que volverías a Gran Bretaña dentro de cinco meses —dijo Robb, al fin.

—Así lo haré, pero regresaré con el nuevo buque cuando esté terminado. Le llamaremos el *Lotus Cloud* —aseguró Struan, limpiándose la boca con una servilleta—. Eso y lo del adiestramiento de los marinos, lo comprendo; pero, ¿por qué razón quieren educar a tres muchachos como si fueran caballeros? No lo entiendo. Este asunto me preocupa más que lo otro, aunque no puedo precisar el motivo.

—¿Serán hijos de Wu Kwok?

—Hijos o sobrinos, sin duda alguna. Pero, ¿qué van a salir ganando con ello?

—Todo lo que pueden beneficiarse de la cultura inglesa. Incluso nuestros secretos —afirmó Culum.

—No, muchacho. Lo que reza para los hombres se aplica con igual motivo a los muchachos. Y más aún, ya que será más fácil convertirlos a nuestra causa que a los adultos. Wu Fang y su hijo tienen que haber pensado en eso. ¿Por qué razón están dispuestos a perder a esos tres jóvenes? ¿Cuál es el motivo de que deseen que se les eduque como a aristócratas, y no como marinos, militares, constructores de barcos o cualquier otra profesión de categoría? ¿Por qué?

Ninguno de los presentes pudo contestarle.

Cuando el *China Cloud* penetró por el acceso occidental del puerto de Hong-Kong, Struan ascendió al puente, seguido de Culum y Robb. La lluvia había cesado y el viento era fresco. Struan sintióse sereno y confortado. Sin embargo, en cuanto hubo pisado el puente, su bienestar se evaporó como por ensalmo.

—¡Ira del cielo! —exclamó.

El puerto se hallaba atestado de barcos, tanto mercantes como de la Marina

británica, y la costa aparecía sembrada de tiendas de campaña donde se alojaban los varios miles de soldados de la fuerza expedicionaria.

Pero lo que realmente disgustó a Struan fue los centenares de embarcaciones chinas que se apiñaban al norte de Glessing Point. Los juncos y los sampánes no estaban todos quietos, sino que algunos zarpaban y otros fondeaban. En las faldas de las colinas, como si fueran hongos, habían surgido millares de diminutas chozas.

—Los chinos no han cesado de llegar desde que regresé de Cantón —dijo Culum—. Sólo Dios sabe la cantidad de ellos que hay ahora ahí. Creo que serán unos cinco mil, por lo menos. Llegan en sampánes y en juncos, descargan sus pertenencias y se instalan en la costa. Por la noche, una buena parte de esos condenados se dedica a robar todo lo que puede.

—¡Santo cielo!

—Al principio se instalaban por toda la isla, pero conseguí que Longstaff los colocara en esa colina temporalmente. La llamada Tai Ping Shan, o algo por el estilo.

—¿Cómo no me lo dijiste antes?

—Tío Robb y yo quisimos que lo vieras por ti mismo. Aunque hubieras venido unas horas antes, nada habrías solucionado. La población europea, aparte de los soldados, no excede en mucho de las ciento cincuenta personas. Amenazan con barrernos, y Longstaff está desesperado. Venimos recogiendo entre diez y quince cadáveres de esos chinos por noche. Mueren asesinados o ahogados.

—Para creerlo tendrías que ver la miseria que reina ahí arriba —manifestó Robb—. Ya no tienen espacio para asentarse, pero siguen llegando en oleadas.

—Bien, al menos no tendremos falta de culíes ni de mano de obra —dijo Struan, quien al momento volvióse hacia Orlov y añadió—: Salude a la bandera, y por medio de las señales envíe el siguiente mensaje: «Solicitamos permiso para fondear a ocho cables de distancia».

Y ahora, haga subir a cubierta a todo el mundo.

Orlov asintió con la cabeza.

Los cañones del *China Cloud* retumbaron, y se oyó contestar a otro cañón. Se concedía el permiso. Reunióse la tripulación, y Struan se aproximó a la regala del puente y dijo:

—Todo el mundo queda confinado a bordo hasta mañana al mediodía, y nadie subirá tampoco al buque. Ni una palabra trascenderá acerca del cargamento que va en las bodegas, ni se dirá que me encuentro en el barco.

El que dejara filtrar un rumor, será pasado por la quilla de la nave. Mañana al anochecer se dará doble paga mensual a toda la tripulación, lo cual se abonará en plata. Los oficiales montarán guardia con armas junto al puente. Eso es todo.

Se oyeron tres vítores al Tai-Pan y los tripulantes se dispersaron.

—¿Cuándo es la subasta de tierras, Culum?

—Mañana a las tres de la tarde, padre, en el Valle Feliz.

—Robb, asegúrate de que conocemos los números de los terrenos que nos interesan.

—Desde luego. Disponemos de una lista. ¿Vamos a comprar la colina?

—Sí.

Robb pensó unos instantes, y luego dijo:

—Si Brock se muestra tan obstinado como tú en el deseo de poseer esas tierras, posiblemente tengamos que poner todo nuestro capital en esa condenada colina.

—Es probable —replicó escuetamente Struan, quien se dirigió a continuación a Orlov—. A las dos campanadas de la guardia de la mañana envíe una señal a Brock, en nombre del señor Robb, pidiéndole que venga a bordo al sonar cuatro campanadas. Despiérteme antes de enviar la señal a Brock. Hasta ese momento quiero que no se me moleste. Tome el mando desde ahora.

—Muy bien —dijo Orlov.

—Voy a echar un sueño, Culum —dijo Struan a su hijo—. Tú y Robb podéis hacer lo mismo. Mañana tenemos un día muy agitado. Ah, Culum, tal vez sea conveniente que vayas pensando en el lugar y las disposiciones que tomaremos para el baile del que hablamos. Se llevará a cabo de hoy en treinta y un días.

A continuación, Struan descendió bajo cubierta.

Cuando el *China Cloud* se aproximaba al buque insignia de la flota, Culum se dirigió hacia el capitán Orlov.

—Por favor, haga que dispongan la lancha, una vez que hayamos fondeado —dijo.

—El Tai-Pan ordenó que todo el mundo debe permanecer a bordo. No hay lancha sin su permiso.

—Es evidente que eso no reza con él ni conmigo —insistió el joven, secamente.

Orlov dejó oír una risita sarcástica.

—No conoces bien a tu padre, muchacho. El no habló de excepciones. Dijo «todo el mundo», y así será.

Volvióse Culum hacia la escalerilla para bajar a la cámara, pero Orlov le detuvo, poniéndole delante la maza de abordaje, que el jorobado no abandonaba ni un instante.

—Nadie debe molestarle. Son sus órdenes —agregó.

—¡Apártese! —exclamó Culum.

—El Tai-Pan no da ninguna orden en vano. Pregunte a su tío. ¡Nadie irá a tierra hasta el momento oportuno, mientras yo sea el capitán del *China Cloud*, por todos los infiernos!

—Tenemos que permanecer aquí hasta mañana al mediodía, Culum —confirmó Robb.

En medio de su ira, Culum se preguntó si le obedecerían hasta aquel punto cuando fuera Tai-Pan. Sabía que fidelidad semejante no se lograba sólo por el hecho de tener un cargo, sino que había que saber hacerse acreedor a ella.

—Está bien, capitán —dijo el muchacho.

Y permaneció junto a Robb, al lado de la borda. En silencio contempló Culum la isla, a la que se iban aproximando. Pronto pudieron divisar la colina que codiciaba Struan.

—Esa loma va a ser nuestra ruina —dijo Robb.

—Pero ahora tenemos el dinero. Brock no se atreverá a competir con nosotros.

—El sabe que Dirk desea esos terrenos a cualquier precio y subirá una y otra vez para perjudicarle, hasta alcanzar una cantidad astronómica. Dirk está comprometido con esa colina, como nosotros con la Noble Casa. Se trata para él de una cuestión de prestigio. El odio que tu padre y ese hombre se profesan mutuamente terminará por destruirlos un día.

—Mi padre dijo que ajustaría cuentas con él en el curso de cinco meses, ¿no es así?

—En efecto, muchacho. Tiene que hacerlo, pues ni yo ni tú lo conseguiríamos nunca.

Culum fijó su mirada en la loma y en la isla de Hong-Kong.

«Lo quieras o no —se dijo a sí mismo, sintiendo que el estómago se le revolvía—, he ahí tu imperio, si es que tienes energía y valor para dirigirlo».

De pronto, Culum sintióse profundamente asustado.

Al amanecer, Orlov había conseguido que la tripulación tuviera el barco inmaculadamente limpio. Cuando se oyeron las dos campanadas dio la señal que había convenido con Struan y descendió a la cámara.

—Buenos días. Las dos campanadas, Tai-Pan —dijo Orlov, en voz alta, ante la puerta cerrada.

—Pase, capitán, buenos días —dijo Struan, entreabriendo la puerta.

Estaba ataviado con una bata de seda verde, debajo de la cual no llevaba nada puesto. Hiciera frío o calor, Struan dormía siempre desnudo.

—Mande que preparen el desayuno para mí y diga al señor Robb y a Culum que se reúnan conmigo dentro de media hora —agregó Struan.

—Ya está ordenado.

—¿Dónde está Wolfgang?

—En la proa.

—¿Y el muchacho chino?

—Con él. Le sigue a todas partes como un perrillo —dijo Orlov, al tiempo que entregaba a Struan una larga lista—. Estas personas llegaron en lancha entre anoche y esta mañana, preguntando por usted. Su cuñada mandó un aviso para el señor Robb pidiendo que vaya en cuanto pueda. El capitán Glessing solicita igualmente la presencia de Culum, lo mismo que Sinclair y su hermana. La señorita también preguntó por usted. El capitán Glessing maldijo como un contramaestre cuando le dijeron que yo negaba el acceso al barco.

—Muy bien.

Oyóse en ese momento un golpe en la puerta.

—Adelante.

—Buenos días, señor —dijo un marinero desde el umbral—. Contestan desde el *Sea Witch*: «Con mucho gusto».

—Gracias, marinero.

El aludido cerró la puerta tras de sí, y Struan volvióse hacia Orlov y le entregó una orden bancaria por un millar de libras esterlinas.

—Con mi agradecimiento, capitán —dijo Struan.

Orlov leyó la cifra, parpadeó asombrado y volvió a leerla para convencerse.

—Es una gratificación fabulosa, sencillamente fabulosa —murmuró. Y recapacitando, tendió de nuevo el papel a Struan—. No hago más que cumplir con mi deber, Tai-Pan.

—No es lo mismo cuando se transporta semejante cantidad de dinero. Tómelo, capitán. Se lo ha ganado.

Vaciló Orlov, y al fin metió la orden bancaria en su bolsillo. A continuación se desembarazó de la maza de combate y la colocó en un estante, junto con las demás armas.

—Sobre su hijo, Tai-Pan —dijo al fin—, será mejor que lo vigile. Pueden presentársele complicaciones.

—¿Cómo? —inquirió Struan, apartando la mirada de la lista que estaba examinando.

—Lo dicho —confirmó Orlov, acariciándose la barba—. Creo que va a tener dificultades.

—¿Qué significa esto? ¿Alguna de sus condenadas brujerías, Orlov?

—Más bien un presentimiento, de los que nunca suelen fallarme, Tai-Pan.

—Dígame cuáles pueden, a su juicio, ser esas complicaciones —inquirió Struan, que sabía perfectamente que Orlov no hacía semejantes manifestaciones a la ligera y que casi siempre había acertado.

—No lo sé exactamente —replicó el hombrecillo, con una sonrisa repentina que alegró su rostro—. Cuando Culum sea Tai-Pan tiene la intención de echarme de mi barco.

—En tal caso deberá usted ganarse su estima y hacerle cambiar de parecer, o tendrá bien merecido lo que le ocurra.

—Sí, eso puedo conseguirlo; no hay cuidado —contestó Orlov, poniéndose serio—. Pero el muchacho será Tai-Pan en un mal día. Sus manos quedarán manchadas de sangre.

Struan reflexionó un momento y luego preguntó:

—¿Sangre de quién? ¿Mía?

—No lo sé —replicó Orlov, encogiéndose de hombros—. Pero le creará a usted muchos problemas. De ello estoy seguro.

—¿Qué hijo no los crea?

—En eso tiene razón.

Orlov pensó en su familia, que vivía en Narvik; en sus dos hijos, bien plantados mozos de poco más de veinte años. Ambos le odiaban y le desdeñaban, aun cuando él los adoraba, como adoraba a su esposa Leka. Habían sido felices hasta que los propios hijos predispusieron a la madre en contra de él.

—Sí —añadió Orlov, sintiéndose sumamente cansado—. Todos los hijos crean problemas.

—Bien, ahora es mejor, que vaya a acostarse —manifestó Struan—. Le necesitaré al dar ocho campanadas.

Retiróse Orlov y durante largo tiempo, Struan pensó en lo que le había dicho el jorobado. ¿Qué complicaciones podían ser ésas? ¿De quién sería aquella sangre? Al fin dejó de especular sobre el futuro y sintióse satisfecho al poder reflexionar sobre el presente.

«Te estás volviendo cada día más chino», se dijo, sin poder reprimir una sonrisa. A continuación volvió a examinar la lista de visitas, en la que aparecían los nombres de Gorth, Brock, la señorita Tillman, Quance, Gordon Chen, Skinner, el contramaestre McKay…

¿McKay?

—¡Camarero! —gritó Struan.

—Diga, señor —replicó éste, acudiendo prestamente y depositando en una mesa el agua caliente y los adminículos de afeitar.

—Vea a Cuhady y dígale que si vuelve el contramaestre McKay, le haga venir a la cámara.

—Sí, señor —contestó el criado, y volvió a marcharse.

Struan se acercó a los ventanales de la cámara. Podía ver perfectamente el activo conglomerado que era la zona china de Tai Pin Shan. Su mente, sin embargo, se hallaba en otra parte. ¿Por qué habría venido Shevaun Tillman?

«He ahí una muchacha adecuada para hacerle a uno compañía en el lecho —pensó Struan—. Me pregunto si será virgen… Sí, a pesar de todo, seguramente lo es. ¿Te acostarías con ella sabiendo que es virgen y sin desposarla? No, no lo haría. Un hombre sólo necesita virginidad en las mujeres en dos ocasiones de su vida. En primer lugar, tratándose de sú esposa; luego, de una joven amante, elegida con todo cuidado y cuando el hombre ya ha adquirido sabiduría y es capaz de transformar a una muchacha en mujer».

«Claro que Shevaun es virgen —siguió diciéndose Struan—. No seas mal

pensado. Pero el brillo que hay en su mirada y el contoneo de sus caderas son una buena promesa para su futuro esposo. Y no haría una amante desdeñable. Veamos, ¿deseas casarte con la muchacha, o sólo dormir con ella? Si fueras chino, podrías tener abiertamente varias esposas, que vivirían en paz bajo el mismo techo. Me gustaría ver a Shevaun y a May-May conviviendo en la misma casa. ¿Quién ganaría las peleas? Pues no hay duda de que las habría, siendo las dos, como son, un par de gatas salvajes».

—Hola, padre, buenos días —dijo Culum, deteniéndose en la puerta.

—¿Has dormido bien, muchacho?

—Sí, gracias —contestó Culum, el cual en realidad tuvo sueños desagradables, en los que apareció Orlov, la subasta de la colina y los míseros chinos de la isla—. A propósito, si vamos a ser los anfitriones en el baile, tendré que invitar a una muchacha como compañera de baile.

—¿Mary Sinclair, tal vez? —preguntó Struan.

—Sí, tal vez —replicó Culum, tratando de no aparecer demasiado interesado.

Struan se dijo que era necesario buscar una muchacha lo antes posible para su hijo.

—Sin embargo, no creo conveniente que invites a alguien especial. Habrá una veintena de chicas entre las que podrás elegir a tu gusto.

—Orlov dijo que había llegado un mensaje del buque insignia para que fuera a bordo. ¿Puedo abandonar ya el barco? Deseo ver a Longstaff para disponer los últimos detalles relacionados con la subasta. Deseo que este trabajo se lleve a cabo a conciencia.

—Está bien, puedes ir —contestó Struan. Y de pronto, agregó—: Yo en tu lugar no despediría a Orlov.

—Ah, te lo dijo, ¿no es cierto? —manifestó Culum, enrojecido—. No me gusta ese individuo. Me hace sentir incómodo.

—Acéptale como el mejor capitán mercante que existe. Ten un poco de paciencia con él. Puede resultar un aliado de valor incalculable.

—Dice que tiene presentimientos.

—Sí, a veces los tiene, de la misma manera que suelen tenerlos otras personas. «Sangre en las manos» puede no resultar nada grave. No tienes por qué preocuparte, muchacho.

—Está bien, padre. ¿Voy, entonces, al buque insignia?

—Sí, pero espera a que Brock se haya marchado de aquí. ¿Sabes? Algunos hombres tienen la facultad de adivinar lo que piensan las demás personas con sólo mirarlas a la cara. Orlov es uno de ellos y Brock otro. Tú mismo has cambiado desde que has visto las barras de plata.

—No, no lo he hecho.

Struan no insistió. Cogió la brocha y la humedeció en el agua caliente, diciendo:

—Desayunaremos dentro de unos veinte minutos.

—Hay una gran diferencia entre un muchacho que sabe que carece de dinero y otro que sabe que lo tiene. Eso se te conoce desde lejos —añrmó Struan, comenzando a enjabonarse la cara—. Dime, ¿has tenido alguna vez una amante, Culum?

—No —replicó el joven, manifiestamente incómodo—. Estuve en un prostíbulo, si es eso a lo que te refieres. ¿Por qué?

—Casi todos los que viven aquí tienen una amante.

—¿Chinas?

—Chinas o eurasiáticas.

—¿Tienes tú una amante?

—Desde luego —dijo Struan, cogiendo la navaja de afeitar—. En Macao hay numerosos burdeles, tanto orientales come europeos, pero la mayor parte son peligrosos. Debes estar prevenido contra eso, muchacho, contra el mal gálico.

—Sí, desde luego.

Struan comenzó a afeitarse y prosiguió diciendo:

—Se dice que la enfermedad fue introducida en Europa cuando el viaje de regreso de Colón y sus navegantes, que la adquirieron en las Indias Occidentales, Resulta irónico que nosotros denominamos a esa dolencia «mal francés», mientras que los franceses la conocen por «mal español» o «mal inglés», y los españoles como «mal francés». En realidad, todos debemos culparnos un poco de ello. Se asegura que la enfermedad siempre ha existido en la India y en toda Asia. ¿Sabes que no tiene curación?

—Lo sé.

—Entonces, ¿estás al corriente de que la única forma de adquirir la enfermedad es de una mujer?

—Sí.

—¿Sabes qué protecciones debes emplear?

—Sí, claro.

—No tienes por qué avergonzarte. Siento haber estado lejos de ti tanto tiempo. Me habría gustado explicarte los misterios de la vida. Hay cosas que seguramente ignoras y que debo aclararte. Sabrás que es necesario usar una especie de cubierta o funda. Las mejores son de seda y vienen de Francia. Existe un nuevo tipo que se hace de una piel de pescado. Haré que me envíen una partida.

—No creo que necesite…

—Tal vez, pero nada se pierde con estar prevenidos, por si acaso. No trato de inmiscuirme en tu vida, ni pretendo que te conviertas en un libertino. Sólo deseo que conozcas algunos hechos que te serán útiles. Con una cubierta evitarás contraer el gálico y la muchacha no quedará embarazada. De ese modo os evitáis complicaciones los dos.

—¿No va eso contra las leyes de Dios? Me refiero al empleo de… Bueno, creo que con ello se destruye lo que el amor tiene de noble, que es el tener hijos.

—Así lo consideran los católicos y los protestantes muy piadosos.

—¿Y las Sagradas Escrituras?

—Hay ciertas alusiones al asunto.

—Creía que yo era muy avanzado en mi forma de pensar… —dijo Culum—, pero tú, padre… Bien, lo que dices son sencillamente herejías.

—No lo creas. Las leyes de Dios tienen gran importancia para mí. Antepongo muchas de ellas a mi persona, a ti, a todo, incluso a la Noble Casa —declaró Struan, mientras seguía afeitándose—. Sabrás que es costumbre de aquí que cada hombre tenga su propia chica para él sólo. El la compra, la mantiene, le paga los alimentos, los vestidos, los servicios de una criada y cosas similares. Cuando ya no la desea, le entrega algún dinero y la despide.

—Eso resulta bastante cruel.

—Hasta cierto punto. El poco dinero (para nosotros) que se le entrega, constituye para la muchacha una buena dote, lo cual le permite hallar un buen marido. La elección de la muchacha se hace muy discretamente, por medio de un agente especializado, lo que está de acuerdo con una antigua costumbre china.

—¿No es eso esclavitud y de la peor especie?

—Si te empeñas en ello, no hay duda de que se trata de esclavitud. Pero,

¿qué diferencia hay entre eso y contratar una criada? Ninguna. A ésta le pagas una suma determinada para que te haga un trabajo convenido a lo largo de cierto número de años.

Struan se pasó una mano por la cara y volvió a rasurarse donde había quedado algo de barba. Luego, añadió:

—Iremos a Macao y haré que te busquen algo conveniente, Culum.

—Gracias, padre, pero… —Iba a decir que le parecía indigno comprar una mujer, bien como amante o como criada, mas se contuvo—. Bueno, creo que no será necesario.

—Si cambias de parecer, no dejes de decírmelo, muchacho… No te cohibas por eso. Me parece que es muy normal tener deseos que satisfacer y nada hay de pecaminoso en ello. Pero ten cuidado con los burdeles. Nunca vayas allí borracho, ni te acuestes con una chica si no estás protegido. Y no galantees a las esposas o las hijas de los europeos de aquí, o te expones a vivir poco tiempo. No llames hijo de perra a ningún europeo (insulto al que somos tan dados los ingleses) si no estás dispuesto a respaldar tus palabras con el cuchillo o la pistola. Por último, no entres en casa alguna que no te haya recomendado alguien de confianza. Si no quieres preguntarme a mí, pregunta a Robb o a Aristóteles Quance. En ellos puedes confiar plenamente.

«Parece totalmente seguro de sí mismo y de que le asiste la razón —pensó Culum—. Sin embargo, está equivocado en muchas cosas. La Biblia dice bien claro que el apetito de la carne lo envía el diablo. El amor para tener hijos es bendecido por Dios; lo contrario es lujuria y pecado. Tener una amante es ir contra las leyes del Señor».

—¿Tú compraste tu amante? —preguntó Culum en seguida.

—Sí.

—¿Cuánto pagaste por ella?

—Creo haberte dicho que ese no es un asunto que deba interesarte —replicó Struan, suavemente.

—Lo siento —dijo Culum, enrojeciendo—. No quise ser curioso, ni…

—Lo sé. Pero no es una pregunta correcta para ser hecha a otro hombre.

—Es verdad. Sólo quería saber lo que cuesta una mujer.

—Eso depende de tus gustos. Se consiguen desde la ínfima suma de un tael hasta sumas realmente importantes.

Struan no sentía que la conversación se hubiera encauzado por aquel camino. Era mejor que el muchacho hablase con él antes que con un extraño.

—A propósito, Culum —añadió Struan—. No hemos acordado aún cuál ha de ser tu sueldo. Empezarás con cincuenta guineas al mes. Eso es bastante, pues con esa cantidad tendrás todos los gastos cubiertos.

—Gracias, padre —dijo Culum—. Me parece más que suficiente.

—Dentro de cinco meses te aumentaremos considerablemente el sueldo. En cuanto entremos en posesión de las tierras, comenzaremos a construir. Se alzarán almacenes, la Gran Mansión y una casa para ti.

—Magnífico. Nunca he tenido casa propia, ni siquiera tuve habitaciones privadas en la Universidad.

—Todo hombre debe tener un lugar particular, por pequeño que sea. La intimidad es cosa muy importante para poder actuar juiciosamente.

—Cincuenta guineas al mes me parecen una cantidad importante —dijo Culum.

—Estoy seguro de que sabrás ganártelas.

Era una suma suficiente para poderse casar, pensó Culum. Nada de burdeles ni de repugnantes nativas para él. Recordó con desagrado las tres ocasiones en que fue al prostíbulo que frecuentaban los estudiantes de la Universidad. Con fingida desenvoltura entró en el cuartucho maloliente, donde le esperaba en un sucio catre una matrona de aspecto vacuno, que le doblaba en edad. Y luego las semanas de terror que se sucedían, pensando en que podía presentarse la temida enfermedad.

«Líbrame del pecado de nuevo, Señor», rogó fervorosamente Culum para sus adentros.

—¿Te sientes bien, muchacho?

—Sí, padre. Bueno, también yo voy a afeitarme antes del desayuno. Lo lamento, si he sido un poco brusco.

—No tiene importancia, Culum.

—El señor Brock ha llegado a bordo, señor —dijo el marinero.

—Guíelo abajo —contestó Struan, sin levantar la mirada de la relación de lotes que Robb le había entregado.

Culum y Robb sintieron que el ambiente de la cámara, se volvía tenso, mientras esperaban.

Brock entró con fuertes pasos y sonrió ampliamente, mientras exclamaba:

—¡Ah, eras tú, Dirk! ¡Ya sabía que estabas a bordo!

—¿Un grog?

—Sí, gracias. Hola, Robb… ¿Qué tal, Culum?

Este contestó sin ganas, disgustado ante el temor que involuntariamente le invadía.

—Esas ropas te sientan admirablemente, muchacho. ¿Piensas convertirte en un hombre de mar, como tu padre?

—No —replicó Culum, escuetamente.

Brock tomó asiento en una silla y siguió hablando con tono despreocupado.

—La última vez que vi a tu padre, Culum, tenía el barco terriblemente escorado. Se estaba hundiendo. Algo tremendo, lo del accidente —dijo, aceptando el jarro que le tendía Struan—. Ah, gracias. Cuando pudimos apagar el maldito fuego, que surgió de la noche sin saberse cómo y nos dispusimos a ayudarle, ya había desaparecido. Me pasé toda la noche y parte del día siguiente buscándole.

—Una actitud muy loable por tu parte, Tyler —contestó Struan, impasible.

—Envié a Gorth anoche a preguntar por ti, Dirk. La cosa resulta bastante extraña.

—¿Qué es extraño?

—Pues que ese condenado enano no sabía nada de ti. Y nadie podía ir a tierra hasta el mediodía, según pude enterarme. Lo mismo que anclar al alcance de los cañones del buque insignia. Todo ello es muy extraño.

—¿Llegó Gorth hasta el mástil? —preguntó Struan.

—En efecto. Lo hizo con verdadero disgusto, pues afirmó que era como remachar un clavo más en tu ataúd.

Struan sentóse ante su escritorio y extendió una orden bancaria por veinticinco mil guineas.

—Ah, muy bien, Dirk —manifestó Brock, sin coger el papel—. Pero eso no me pertenece. Es mejor que se lo envíes a Gorth. No es dinero mío.

—Como quieras, Tyler. ¿Estarás con tu hijo en la subasta de terrenos?

—Desde luego.

Struan cogió la lista y dijo:

—Los mejores lotes son el 7 y el 8, al oeste del valle; el 16 y el 17, en el

centro, y el 22 y el 23, al este. ¿Cuáles deseas?

—¿Me estás dando a elegir, Dirk?

—Hay tierras suficientes para los dos. Elige las que quieras. Es mejor que no pujemos contra ti y que tú no pujes contra nosotros.

—En eso mismo había pensado yo. Es lo justo y lo más adecuado. Elegiré el 16 y el 17 en la costa, y el 6 y el 7 en el interior.

—Nosotros tomaremos los lotes 7 y 8, y los interiores 3 y 4.

—Perfectamente. Pero queda aún la colina. ¿Proyectas pujar fuerte, verdad? —preguntó Brock.

—Sí.

Brock tomó unos sorbos de su bebida, dándose cuenta del ambiente tenso que reinaba en la estancia.

—La escuadra zarpa mañana, Dirk —agregó Brock—. ¿Te habías enterado?

—No. ¿Hacia dónde zarpa?

—Al Norte. A entrar en combate —dijo Brock, sardónicamente.

—Me había olvidado de la guerra —respondió Struan, sonriendo—. Un nuevo ataque contra Pekín, ¿eh?

—En efecto. Nuestro jefe les mandó que fueran hacia el Norte. Sé que el almirante protestó, pero Longstaff exclamó: «¡Al Norte, por todos los cielos! ¡Vaya al Norte! ¡Enseñaremos a esos malditos paganos a no romper los tratados! ¡Haga que aprendan bien la lección!».

—No creo que vayan hacia el Norte.

—Contigo aquí, tal vez no vayan. Es triste que la salvación de la flota dependa del Tai-Pan.

Brock se aclaró ruidosamente la garganta, y luego hizo como que olfateaba el aire.

—Parece haber un extraño olor a bordo —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Huele a plata en barras. Estoy seguro —manifestó Brock, y echó una mirada a Culum—. De modo que ya no estáis en bancarrota, ¿eh, muchacho?

Culum no contestó, y su incomodidad aumentó considerablemente.

—Ya me lo olía cuando anclaste, Dirk. ¿Qué digo? Incluso cuando entrabas en el puerto. Así, pues, no estás hundido. Tienes dinero para pagar y me has derrotado otra vez.

—¿Cuándo vence el plazo?

—Hoy, bien lo sabes.

—¿Deseas alargarlo algo más?

—De no ser por los rostros de todos los que te rodean, hubiera creído que era una patraña y que no tenías la plata en la bodega. Pero la verdad está escrita en la cara de todos, menos en la tuya. Pues bien, aceptaré tu orden bancaria hoy mismo, por Dios. No hay más crédito.

—Lo arreglaremos después de la subasta de los terrenos.

—Antes. Es mejor que arregles tus deudas antes de la subasta —dijo Brock, con la ira reflejada en su mirada—. Esta vez no me ganarás. La loma será mía, a toda costa.

—La loma pertenece a la Noble Casa y a nadie más.

—¡Escupiré sobre tu tumba, por todos los infiernos! —exclamó Brock, cerrando los puños.

—¡Y yo escupiré sobre tu lote, desde mi colina, antes del anochecer, ira del cielo!

—Es probable que no haya dinero suficiente en toda Asia para pagar esa tierra. Buenos días.

Brock salió de la cámara, y el sonido de sus recias botas repercutió poco después sobre cubierta.

Culum secóse discretamente el sudor que le humedecía la palma de las manos.

—La colina es la trampa en que ahora has caído, Dirk. Estoy seguro de que Brock dejará de pujar cuando el precio sea fabuloso, y nos arruinará —dijo Robb.

—Yo también lo creo, padre.

Struan abrió la puerta de la cámara y exclamó:

—¡Camarero, que venga Cuhady en seguida!

—Sí, señor.

—Oye, Dirk —dijo Robb—. Tienes una gran oportunidad ante ti. Haz a Brock lo que él pretende hacerte. Deja de pujar de improviso, y que cargue con las consecuencias. ¡Será él el arruinado, en lugar de nosotros!

Struan no contestó. Oyóse un golpe en la puerta y Cuhady entró apresuradamente.

—A la orden, señor.

—Disponga la chalupa y haga que lleven a los señores Robb y Culum al *Thunder Cloud*. Espere allí al señor Culum y llévelo a continuación al buque insignia. Luego regrese aquí. Ordene que todos los tripulantes se concentren a proa, en cubierta.

Cuhady saludó y se marchó tan rápidamente como había venido.

—Padre, tío Robb tiene razón. Por amor del cielo, ¿no ves que ese condenado pirata te está tendiendo una nueva trampa?

—Entonces veremos si la providencia me salva de ella. Es una cuestión de prestigio.

—Dirk —suplicó Robb—. ¿Vas a atender razones?

—Sarán está deseando verte. Ni una palabra sobre la plata, todavía. Y tú, Culum, si Longstaff te pregunta por mí, dile solamente que estoy a bordo. Nada más.

—Dirk, es tu única oportunidad.

—Vamos, apresúrate, Robb. Saluda en mi nombre a Sarán y a los niños —dijo Struan, y se enfrascó en la lectura de los papeles que tenía ante sí.

Robb se dio cuenta de que era inútil seguir discutiendo, y salió de la cámara sin decir nada más. Culum, profundamente acongojado, le siguió. Sabía que nada podía cambiar a su padre, ni a Brock. La Noble Casa estaba comprometida por una despreciable colina situada en un islote no menos desdeñable.

«Es un necio —se dijo a sí mismo—. ¿Por qué mi padre será tan necio?».

CAPITULO XII

Aquella tarde, Struan se encontraba ante la gran tienda de campaña que había ordenado alzar en la costa del Valle Feliz. Estaba observando cómo el capitán Orlov alentaba a sus marineros, los cuales descargaban barriles de una lancha del buque y los apilaban ordenadamente en el interior de la tienda. Se hallaba tan embebido en sus pensamientos, que no se dio cuenta de que Mary Sinclair se acercaba a sus espaldas.

La muchacha lucía un sombrerito que llevaba atado bajo su barbilla. Su amplia falda de color castaño arrastraba por la arena, bien ceñida a la cintura, de acuerdo con la moda. La tela del vestido, sin embargo, era de mala calidad y su corte resultaba anticuado. Asimismo llevaba un raído manguito, y cubría sus hombros con un chai de color gris que hacía juego con sus ojos. Tenía un aspecto sencillo y recatado, pero no exento de distinción.

—Hola, Tai-Pan —saludó la joven.

Struan salió de su abstracción y se volvió al oír la voz.

—¡Ah, hola, Mary! Estás muy bonita.

—Muy amable de tu parte —replicó Mary, con una fugaz sonrisa, al tiempo que hacía una ligera reverencia. La playa y el valle se hallaban llenos de traficantes, que con sus esposas e hijos aparecían vestidos con las mejores ropas y conversaban y reían animadamente entre sí. Grupos de soldados y marineros, dirigidos por oficiales de resplandecientes uniformes, se hallaban distribuidos por toda la zona. Seguían llegando lanchas que traían más traficantes con sus respectivas familias.

Cerca de la orilla se hallaban numerosos sampánes pescando, y hacia el Oeste se apiñaba una masa de ruidosos chinos que observaban con curiosidad la escena, contenidos por los soldados.

El estrado del subastador había sido colocado sobre un pequeño montículo

situado a unos cincuenta metros de donde se hallaba Struan, el cual notó también que Gordon Chen estaba no lejos de él. En cuanto le vio, el muchacho se inclinó respetuosamente. Era evidente que el joven quería hablarle, y que había esperado pacientemente a que se presentase una ocasión apropiada.

—Hola, Gordon. Te veré dentro de un momento —dijo Struan.

—Gracias, señor —replicó el aludido, volviendo a hacer su acostumbrada reverencia.

Struan vio llegar a Robb en compañía de Sarah, la cual estaba ya en avanzado estado de gravidez y tenía el rostro avejentado. Karen venía correteando junto a ellos. Buscó Struan con la vista a Culum, y al no hallarle dedujo que se encontraría aún en el buque insignia. Momentos después le divisó en animada conversación con Glessing. Le pareció extraño que Culum no hubiera ido a verle en cuanto llegó a tierra, procedente del barco.

—Discúlpenme, Tai-Pan y señorita Sinclair —dijo Orlov—. Ya está todo dispuesto.

—Era hora, capitán Orlov —dijo Mary, con tono de broma—. Tengo entendido que ha estado descargando barriles desde hace dos horas. ¿Acaso pretenden emborrachar a toda la población europea de Hong-Kong?

—No, nada de eso —replicó Struan, riendo—. Está bien, capitán, gracias.

Orlov se llevó la mano a la frente y entró en la tienda con algunos de sus marineros. Otros se situaron alrededor de la misma, mientras que unos pocos tomaron asiento en la arena de la playa y comenzaron a jugar a los dados.

—Has llegado temprano, Mary. La subasta no empieza hasta dentro de una hora.

—El capitán Glessing me ha ofrecido su compañía —replicó ella—. Podemos dar un paseo mientras tanto, ¿no te parece?

—Desde luego —contestó Struan, que notó una entonación especial en la voz de Mary.

Ambos se encaminaron lentamente hacia el interior, alejándose de la playa.

La tierra del valle se hallaba húmeda debido a la fuerte lluvia caída el día anterior. Un riachuelo corría mansamente, formando numerosos meandros, a partir de la pequeña cascada. Moscas, abejas y otros insectos zumbaban alrededor. El sol ya ponía de manifiesto, con sus cálidos rayos, la promesa de la cercana primavera.

Cuando se hubieron alejado bastante de los demás, Mary se detuvo y dijo:

—En primer lugar, deseo decirte lo mucho que sentía la pérdida que has experimentado.

—Gracias, Mary.

—Traté de verte antes de que abandonases Cantón.

—Sí, lo recuerdo, y te lo agradezco.

—Anoche hice un nuevo intento y fui a bordo de tu barco. Deseaba ver cómo te encontrabas. Ha sido un desgraciado golpe de la fortuna.

—En efecto, pero eso ya pertenece al pasado.

—Sin embargo, aún puedo ver el dolor reflejado en tu rostro. Otros no lo adivinarán, pero yo puedo advertirlo fácilmente.

—¿Cómo van tus cosas? —preguntó él, sin comprender bien que Mary pudiera parecer una muchacha tan corriente, dulce y afable, cuando en realidad no lo era.

«No, no debo permitir que me guste», pensó Struan, pero lo cierto era que Mary le atraía.

—La vida resulta divertida en algunas ocasiones —aseguró Mary, echando una mirada a la playa.

Brock, Gorth y Nagrek Trumb, junto con Elisa Brock y sus hermanas, estaban desembarcando en aquel momento de una lancha.

Mary añadió:

—Me alegro de que le hayas ganado una vez más la partida a Brock. Me alegro muchísimo.

—¿Crees que le he ganado?

—¿No es ganarle obtener cuarenta laks de plata por cuatro monedas rotas? —inquirió ella, con mirada chispeante.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Debes haber olvidado, Tai-Pan, que tengo amigos situados en las altas esferas —dijo ella, como no dándole importancia, aunque lo cierto es que cuando se hallaba con el Tai-Pan despreciaba a aquellos «amigos», como les llamaba.

—¿Sabes quién… quiénes tienen la otra mitad de la moneda?

—¿Deseas que lo averigüe?

—Tal vez ya lo sabes en este momento.

—Ah, Tai-Pan, no hay quien te engañe —dijo ella, con afecto—. Conozco a dos de ellos. Cuando conozca a los otros dos, te lo diré.

—¿Quiénes poseen las dos mitades?

—Si tú concedieras un préstamo tan considerable, ¿con cuántas mitades te quedarías?

—Con todas, por todos los cielos, con todas. Dime, Jin-qua, ¿tiene dos?

—Una sola —replicó ella, arreglándose el chal que llevaba sobre los hombros—. En Cantón hay ahora cuatro mil abanderados y una gran flota de buques incendiarios. Atacarán a nuestra escuadra, si intenta apoderarse de los fortines de Bogue. Otra flota se halla esperando unas cincuenta millas al Norte. ¿Te dice algo el nombre de Wu Kwok?

Struan hizo como que pensaba, pero en su interior mostróse sorprendido. Hasta el último encuentro con la flota pirata no había oído hablar de Wu Kwok. Conocía bien la existencia de Wu Fang Choi, pero nada sabía del hijo. Mauss no supo nada de lo que ocurriera en el junco. Sólo Robb y Culum estaban enterados. Era imposible que Mary supiera de Wu Kwok por conducto de ellos, de modo que la noticia debía proceder del mismo Wu Kwok o de Jin-qua.

—Es un nombre chino como los demás. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es el hijo mayor de Wu Fang Choi.

—¿El rey de los piratas? ¿El Lobo Blanco? —manifestó Struan, fingiendo asombro.

—Me encanta tu forma de aparentar sorpresa —replicó ella, alegremente—. Pues bien, sabrás que el emperador ha ofrecido en secreto el cargo de mandarín a Wu Fang Choi y a su hijo, a través del Hoppo, en Cantón. También les promete el Gobierno general de la provincia de Fukien y de Formosa, a cambio de que lleven a cabo un ataque contra los buques anclados en el puerto de Cantón, lo que deberán realizar con toda su flota.

—¿Cuándo se producirá el ataque?

—Aún no han aceptado. Como dicen los chinos, «hay negociaciones en trámite».

«¿Serán los favores solicitados por Wu Kwok un engaño? —se preguntó Struan—. ¿Serán un maligno juego dentro de otro juego, destinado a hacerme caer en una trampa? ¿Por qué, entonces, la moneda? Cuatro mil juncos tripulados por esa gentuza, tal vez pueden acabar con nosotros».

—¿Crees que te enterarás si va a haber un ataque, caso de que acepten? —preguntó Struan.

—No lo sé con seguridad, pero creo que sí. Mas eso no es todo, Tai-Pan. Debes saber que han duplicado la suma ofrecida por tu cabeza. También hay una recompensa de diez mil dólares por la de Culum, así como por las de los demás ingleses, entre ellos George Glessing, Longstaff y Brock. Incluso ofrecen dinero por May-May, Duncan y Wate si los capturan vivos, es decir, si los raptan.

—¿Qué dijo de eso Chen Sheng?

—Asegura que no tienes nada que temer. Vi a May-May y a los niños en casa de Chen Sheng, y luego volví a Hong-Kong. Creo que están seguros, por el momento.

—¿Está enterado Chen Sheng de lo de la plata en barras?

—Desde luego. Una parte de ella, aunque pequeña, es suya. ¿Qué mejor inversión podía hacer?

—¿Qué otros contribuyeron en el préstamo?

—Sé de Chen Sheng, de Jin-qua, de los Co-hong, cada uno de los cuales tiene una parte. En conjunto, eso suma unos quince laks. Del resto no estoy segura. Probablemente procede de los mandarines manchúes.

—¿Ti-sen, acaso?

—No. Ha caído en completa desgracia. Toda su fortuna ha sido confiscada. Se calcula que ascendía a unos dos mil laks, en barras de oro.

—Entonces, ¿dijo Chen Sheng que se haría cargo de May-May y de los niños?

—Sí; dice que los cuidará, pero sólo durante cierto tiempo.

—Un momento, Mary —dijo Struan, volviéndose hacia la playa.

Localizó a Wolfgang entre los demás, y le llamó a voces, ante lo cual el reverendo se dirigió rápidamente hacia donde se hallaban Struan y Mary.

—Wolfgang, zarpa con Orlov en el *China Cloud* hacia Macao. Debes traer de vuelta contigo a May-May, a los niños y al ama de compañía. A toda vela. Lo más pronto que puedan. Dejen a Cuhady a cargo de la tienda de campaña.

—¿Debemos traerlos aquí mismo?

—Sí. Estén de regreso mañana sin falta. Se encuentran en casa de Chen Sheng.

—Pero, ¿le parece conveniente que vengan así, a la vista de todos?

—Sí, ira del cielo. Zarpen inmediatamente.

—No lo haré, Tai-Pan. No debe hacerse tan descaradamente. Sería su ruina. Sabe que le harán el vacío.

—Los mandarines han puesto a precio la cabeza de May-May y de los niños. No hay más que hablar.

—*¡Got in Himmel!* —exclamó Mauss, mesándose nerviosamente la barba—. Será mejor que les traiga en secreto, y que haga jurar a Orlov que tampoco dirá nada.

Struan acercóse de nuevo a Mary y dijo:

—¿Quién te habló de que querían raptarlos?

—Nadie que tú conozcas.

—Corres un gran peligro, muchacha, al obtener informes y facilitarlos más tarde.

—Sé tener cuidado.

—Es conveniente que dejes tu casa de Macao de una vez por todas. Abandona esa existencia, mientras aún te encuentras con vida. Los hados no te ayudarán siempre.

—Hablemos de otra cosa, Tai-Pan. Sabes que no debes exhibir aquí a tu amante china.

—Ella y los niños estarán a salvo a bordo. Eso es lo que importa.

—No ocurre así en nuestra sociedad, y tú lo sabes. Los demás te volverán la espalda, Tai-Pan, si vas contra las reglas establecidas. Lo harán, sin duda. No olvides que ella es china.

—¡Al demonio con los demás!

—No es para tomarlo tan a la ligera. Tienes una casa en que pensar. Mientras May-May permanezca en privado, no hay nada que temer. Ya lo sabes. Ojos que no ven, corazón que no siente. No necesito aconsejarte, pues eso lo sabes mejor que nadie. Pero te lo ruego, mantenía en privado.

—Así lo haré, a no ser que se presente alguna circunstancia especial. Te debo un favor, Mary.

—Gracias, me gustaría pedirte uno —dijo ella, y sus ojos se iluminaron con una mirada especial.

—Dime de qué se trata.

—¿Cualquier cosa que yo pida?

—Dímelo.

—Ahora no puedo. Cuando lo desee te lo pediré —replicó la muchacha. Y añadió alegremente—: Debieras ser más cauto, Tai-Pan. Soy mujer, y la mente de las mujeres trabaja de manera distinta a la de los hombres.

—Así es —manifestó él, sonriendo.

—Tienes una sonrisa muy atractiva, Tai-Pan.

—Gracias, amable señorita —contestó Struan, inclinándose ceremoniosamente—. Ese sí que es un elogio.

Cogió Struan a Mary por un brazo, y ambos comenzaron a pasear, regresando hacia la playa.

—¿Quién te habló de May-May y de los niños? —agregó él, al cabo de un tiempo. Convinimos, hace dos años, en que las fuentes de donde obtenía los informes eran sumamente secretas, ¿recuerdas?

—Veo que estás complicando mucho las cosas.

—Me alegro haber conocido al fin a May-May y a vuestros niños —manifestó ella, que comenzaba a sentirse inquieta ante el contacto de Struan.

—¿Hay posibilidades de que los informes tuyos no sean correctos?

—No. El raptar a personas para obtener dinero por ellas es un antiguo arte chino.

—Es algo deleznable actuar así con mujeres y niños —aseguró Struan, que permaneció en silencio un momento, y luego agregó—: ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Unos pocos días. Horacio se siente perdido cuando está mucho tiempo solo. A propósito, Chen Sheng sabe que yo hablo cantones, desde luego, y ahora May-May también está enterada de ello. Yo le pedí que lo mantuviera en secreto. ¿Crees que lo hará?

—Sin duda alguna. No te preocupes por ella. A pesar de todo, se lo recordaré —aseguró él, procurando no pensar en May-May, en los niños, ni en los demás problemas—. Un secreto hace acreedor a otro. Por consiguiente, voy a confesarte que la Noble Casa va a dar un baile dentro de un mes. No hace falta decir que estás invitada al mismo.

—¡Qué espléndida idea!

—Se entregará un premio de mil guineas a la dama mejor ataviada.

—¡Santo cielo, Tai-Pan, las mujeres te vamos a sacar los ojos!

—Nada de eso. El juez será Aristóteles.

—Pero de todos modos, tú siempre corres peligro. Recuerda que en todo el Oriente eres el hombre más codiciado como esposo.

—¿Cómo es eso?

Mary se echó a reír con tono burlón y dijo:

—Será conveniente que vayas buscando una nueva esposa antes de que te atrapen. Más de una muchacha se acicalará pensando en ti, y más de una madre será capaz de empujar a sus hijas hasta tu propia cama.

—¿Quieres no hablar de esa forma?

—Está bien, pero no digas que no te he advertido. De modo que mil guineas, ¿eh? Bueno, no diré que me disgustaría ganar ese premio —manifestó la joven, y de pronto su voz pareció cambiar—. Tengo dinero bastante para comprarme un vestido de esa clase, como, bien sabes. Pero en tal caso la gente se sorprendería. Todos creen que los Sinclair somos más pobres que las ratas.

—Pero nadie puede impedir que yo te regale el vestido, por la correcta vía de tu hermano Horacio, se entiende.

—¿Lo harías, Tai-Pan? No sabes cuánta alegría me ibas a proporcionar.

—Un regalo es lo menos que puedo hacer por ti —contestó él, observándola atentamente—. Oye, Mary, ¿has pensado en tu tía abuela Wilhelmina?

—¿Quién?

—La prima de tu madre que vive en Holanda.

—No te comprendo.

—Recuerda. Es la dama que, cuando muera, puede dejarte un montón de dinero.

—No tengo parientes en Holanda.

—Tal vez tu madre olvidara decírtelo, y quizá algún día recibas la carta de un procurador de Amsterdam comunicándote que has entrado en posesión de la herencia —dijo Struan, al tiempo que encendía un cigarro—. Una heredera puede gastar el dinero como guste, ¿no es cierto?

—Pero… —replicó Mary, con voz vacilante—. ¿Y Horacio?

—Tu tía Wilhelmina tal vez le deje dos mil libras, y el grueso de la herencia te lo deje a ti. Parece ser que sólo simpatizaba con los descendientes que eran mujeres, y tu madre era su sobrina preferida. ¡Pobre tía Wilhelmina, justamente se murió ayer!

Los ojos de Mary expresaron toda la excitación y el interés que sentía.

—¿Lo harías, Tai-Pan? ¿Podrías hacerlo? —inquirió.

—Una carta a Londres tardará unos tres meses en llegar. Pon otro mes para llevar a cabo los trámites y tres más para que llegue la respuesta. Eso quiere decir que dentro de siete meses estarás en posesión de la herencia. Pero es mejor que hasta entonces no hagas alarde de ningún dinero y que te muestres sumamente sorprendida cuando te enteres.

—Sí, claro. Estoy… Me siento un poco… desconcertada ante todo esto. No te preocupes si me echo a llorar… Eres el hombre mejor del mundo, Tai-Pan. Te adoro.

El rostro de Struan se ensombreció y contestó rápidamente:

—¡Deja ya de decir esas cosas!

—Nunca lo había dicho antes, y es probable que jamás vuelva a decirlo. Pero para mí eres lo más grande que hay en la tierra.

Desasiéndose, la muchacha dio media vuelta y se dirigió sola tierra adentro.

Struan la vio marchar durante unos instantes y luego se encaminó hacia donde se hallaba Gordon Chen. Al observarle, le pareció que cada día que pasaba, el muchacho tenía más aspecto de chino. En el mar, la lancha que llevaba a bordo a Orlov y a Mauss se hallaba aún bastante lejos del *China Cloud*.

«¡Pronto, daos prisa, por todos los cielos!», clamó para sí Struan.

Skinner le salió al paso con gesto de ansiedad.

—Buenas tardes, señor Struan —dijo el periodista.

—Ah, ¿qué tal, señor Skinner?

—Este es un gran día para el Oriente, ¿no cree?

—En efecto. Y ahora, si me lo permite, tengo que…

—Sólo le retendré un instante. Traté de verle anoche, señor Struan —dijo Skinner, que transpiraba más que de costumbre, aunque su olor era tan desagradable como siempre—. Las deudas de la Noble Casa vencen hoy, según recuerdo.

—¿Lo cree así?

—¿Piensa pagarlas?

—Usted parece estar bien enterado del asunto, señor Skinner.

—Corren rumores acerca de una fortuna en barras de plata.

—Algo he oído de eso.

—Espero que esos rumores sean ciertos. No me gustaría que cambiase de propietario el *Oriental Times*.

—Tampoco a mí me gustaría. Esta noche le proporcionaré una noticia de interés. Y ahora tenga la bondad de disculparme.

Skinner contempló a Struan mientras se acercaba a Gordon Chen, y sintió no poder escuchar la conversación que ambos sostuvieron. Luego vio a Brock y su familia charlar con Negrek Thumb.

«Este es verdaderamente un gran día —pensó Skinner, lleno de gozo—. ¿Quién logrará al fin la colina?».

—Ofrecí una plegaria por sus familiares muertos, señor —estaba diciendo Gordon Chen en aquel momento—. Anoche traté de verle, pero no lo conseguí.

—Gracias, muchacho.

—Mi madre me encargó que le dijera que observará los cien días de luto estipulados.

—Por favor, dile que no es necesario —contestó Struan, si bien sabía que ella lo haría igualmente—. ¿Y qué ha sido de ti, desde la última vez que nos vimos?

—No ocurrió nada de importancia. Traté de ayudar a Chen Sheng a encontrar algún crédito para la Noble Casa, señor, mas no tuvimos suerte —dijo Gordon, al tiempo que el viento le zarandeaba la larga coleta.

—Desde luego. En estos tiempos no resulta nada fácil lograr un crédito.

—Lo siento, señor —aseguró Gordon Chen, mientras pensaba en la enorme cantidad de plata que había llegado en las bodegas del *China Cloud*. Ello le hizo sentir una profunda admiración hacia su padre. Había oído los rumores que corrieron aquella mañana y que confirmaron otros anteriores: el Tai-Pan consiguió sacar las barras de plata de Cantón bajo las mismas narices de los odiados manchúes. Sin embargo, Gordon nada dijo acerca de la resurrección de la Noble Casa, ya que ello habría sido incorrecto.

—Tal vez sea el momento adecuado para que tú mismo goces de algún crédito. Creo que podré arreglar el asunto. Digamos, por ejemplo, un lak de plata.

Gordon Chen abrió mucho los ojos y tragó saliva.

—Ese es un préstamo excesivo, señor.

—Tú te quedarás con una cuarta parte de los beneficios, y yo con las tres

cuartas partes restantes.

—Me parece muy justo —dijo Gordon Chen, rehaciéndose rápidamente—. Muy generoso para los tiempos que corren. Pero si yo me quedara con los dos tercios de los beneficios y usted con un tercio, creo que tomaría mucho más interés en aumentar las ganancias.

—Espero que éstas sean considerables, muchacho —replicó Struan, tirando su cigarro—. Seremos socios y partiremos las ganancias. Tú te quedas con la mitad de los beneficios y yo con la otra mitad. Será un acuerdo entre los dos, que mantendremos en secreto. Llevarás los libros y harás las cuentas mensualmente. ¿Estás conforme?

—De acuerdo. Es usted sumamente generoso. Se lo agradezco nuevamente.

—Ve a verme esta noche y te entregaré el documento correspondiente. Estaré a bordo del *Resting Cloud*.

Gordon Chen estaba tan contento que se hubiera puesto a saltar de gozo. No podía explicarse la razón de que su padre fuera tan generoso con él. Un lak era una suma considerable, y se proponía multiplicarla rápidamente.

Entonces acordóse de la secta de los Hung Tong, y se preguntó si su lealtad hacia ella iría en detrimento de la que profesaba a su padre. Si así ocurría, ¿cuál de los dos deberes debería predominar?

—Mil gracias, señor, otra vez. ¿Puedo saber si este acuerdo rige desde ahora?

—Desde luego. Supongo que desearás adquirir algún terreno en la subasta, ¿verdad?

—Había pensado…

Gordon Chen dejó de hablar, al ver que se acercaba Culum, con gesto serio.

—Hola, Culum —saludó Struan.

—Hola, padre.

—Te presento a Gordon Chen. Este es mi hijo Culum —manifestó Struan, donde se había hecho un silencio repentino.

Inclinóse Gordon Chen y dijo con su cortés manera de expresarse:

—Es un honor conocerle, señor.

—Gordon es hermanastro tuyo, Culum —dijo Struan.

—Lo sé —agregó Culum, tendiendo la mano a Gordon—. También me alegra mucho conocerte.

Atónito aún al oír que Struan le reconocía como hijo, Gordon Chen estrechó débilmente la mano que le tendían y contestó:

—Gracias, señor. Muchas gracias.

—¿Qué edad tienes, Gordon? —preguntó Culum.

—Veinte años, señor.

—Dos hermanos deben tutearse y llamarse por el nombre de pila, ¿no crees?

—Está bien; como gustes, Culum.

—Tenemos que conocernos mejor —manifestó Culum, al tiempo que se volvía hacia su padre, el cual se tranquilizó al ver la forma en que era acogido Gordon Chen—. Siento haberos molestado, padre; sólo quería conocer a Gordon Chen.

Dicho esto, Culum se alejó de nuevo. Struan oyó que las conversaciones se reanudaban en la playa, y vio con asombro que Gordon Chen tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento. Yo no esperaba esto. Toda mi vida he esperado… Gracias, señor Struan, muchas gracias —dijo al fin el muchacho, sin poder contener su emoción.

—La mayor parte de la gente me llama Tai-Pan, muchacho. Olvidemos eso de «señor Struan», ¿eh?

—Sí, Tai-Pan —contestó sonriendo Gordon Chen, el cual a continuación hizo una reverencia y se marchó.

Cuando Struan se encaminaba hacia donde estaba Culum, vio la lancha de Longstaff, en la que llegaba éste en compañía del almirante, de un grupo de oficiales y de Horacio Sinclair.

«Muy bien —pensó Struan—. Vamos ahora a por Brock».

Struan hizo un ademán a Robb y señaló hacia el irascible traficante. Asintió Robb con la cabeza, dejó a Sarah y se aproximó a Culum. Ambos se unieron en seguida a Struan.

—¿Tienes los papeles, Robb?

—Sí.

—Vamos allá, entonces —manifestó Struan, echando una mirada a Culum—. No hay por qué ponerse nervioso, muchacho.

El joven asintió en silencio. Mientras avanzaban, Struan dijo:

—Me alegra que hayas conocido a Gordon. Gracias, Culum, por haber

allanado la situación.

—Quería que… que tú mismo me lo presentaras, delante de… toda la gente.

—¿Quién te habló de Gordon Chen?

—Oí rumores cuando regresé de Cantón. La gente siempre está dispuesta a difundir malas noticias.

Recordó Culum la encubierta satisfacción de muchos de los traficantes que había encontrado, quienes fingieron lamentar la desgracia que se había abatido sobre la Noble Casa. Culum se daba cuenta de que interiormente estaban disfrutando, al ver humillada a la poderosa compañía. Luego, la tía Sarah fue la que le descubrió el secreto de Gordon Chen. Paseando un día por el Camino de la Reina, pasaron junto a ellos dos mestizos eurasiáticos, un muchacho y una chica. Preguntó Culum quiénes eran y cuál era su verdadera nacionalidad, ya que le llamó la atención su aspecto.

—Son mestizos —contestó Struan—. Poseen la mitad de sangre inglesa y otra mitad de sangre china. Muchos de los traficantes tienen hijos bastardos con sus amantes paganas. Muy en secreto, desde luego, pero todo el mundo lo sabe. Tu mismo tío Robb tenía una amante nativa.

—¿Es cierto?

—La despaché con su pequeña hace unos años. No me habría parecido tan mal de haber sido una mujer cristiana, pero una de ésas…, de ningún modo.

—¿Y mi padre? ¿Tiene… tiene otros hijos?

—Que yo sepa tiene uno, Gordon Chen, que trabaja para el comprador de tu padre. Dirk ha demostrado poseer un humor muy especial al darle el nombre cristiano de un clan escocés. Tengo entendido que incluso fue bautizado como uno de nosotros. Bueno, tal vez no debiera haberte dicho todas estas cosas, Culum, pero creo que acabarías por enterarte, y es mejor que lo sepas por un pariente y no por un desconocido. Ya ves que al menos tienes en Asia un hermanastro.

Por la noche, Culum no pudo conciliar el sueño. Al día siguiente se trasladó a tierra, lleno de pesadumbre.

Algunos oficiales, entre ellos Glessing, estaban jugando al criquet y le pidieron que se uniera a ellos. Desahogó Culum toda su ira contra la pelota, lo que le hizo jugar magníficamente, aunque él no obtuvo ningún placer de la partida. Poco después, Glessing, que le había notado algo extraño, le llevó aparte

y le preguntó qué le sucedía.

Culum le contó todo.

—No apruebo el proceder de tu padre, como comprenderás —manifestó Glessing—. Pero nada puede hacerse con su vida privada. Yo tengo el mismo problema que tú, pues sé que mi padre tuvo una amante en Maida Vale, que le dio dos hijos y una hija. El nunca me habló de eso, aunque ahora ya debe de saber que estoy enterado del asunto. Es algo sumamente delicado; pero, ¿qué puede hacer un hombre tanto tiempo alejado de su esposa? Seguramente cuando yo tenga su edad haré lo mismo, aunque no niego que me disgusta la perspectiva de tener un hijo mestizo.

—¿Conoces a mi hermanastro?

—Le he visto, aunque no he hablado con él. Sé que es un buen muchacho. Te aconsejo que no te metas en la vida privada de tu padre. Eso sólo a él le concierne.

—Desapruebas su conducta y, sin embargo, te pones de su lado. ¿Cómo se entiende eso?

Glessing encogióse de hombros y dijo:

—Tal vez porque me han enseñado que los «deslices» del padre son problemas que le conciernen a él y no al hijo. Tal vez sea por simpatía, porque me doy cuenta de que el Tai-Pan es mejor marino de lo que yo lo seré en toda mi vida; porque manda la flota con los barcos más hermosos del mundo; porque trata a sus tripulantes como todos debieran tratarlos, proporcionándoles buena comida, buena paga y buen alojamiento, mientras que nosotros tenemos que actuar con lo que el condenado Parlamento nos da: poco dinero y carne de horca y forzados, como tripulación. Quizá le disculpe por haber bautizado a un punto de la isla con mi nombre, o sencillamente porque es el Tai-Pan. No lo sé a ciencia cierta. Lo que sí deseo es que Dios le permita burlar de nuevo a ese truhán de Brock. No podría soportar que ese individuo se convirtiera en el nuevo Tai-Pan.

Desde aquel día, Culum vio más a menudo a Glessing, y entre ambos se creó una sincera amistad.

Volvió Culum de su ensimismamiento y miró a su padre, al tiempo que decía:

——Cuando vi a Gordon contigo, pregunté a Glessing si el muchacho era mi

hermanastro, y el capitán asintió.

—Pensarás que fui incorrecto al no hablarte de este asunto, ¿verdad? —dijo Struan.

—No. Creo que no tienes por qué justificar ninguno de tus actos. Un padre no necesita justificarse ante su hijo.

—Gordon es un buen muchacho, ya lo verás, Culum —dijo Robb, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—¿Por qué le preguntaste la edad que tenía? —inquirió Struan.

—Es de la misma edad que yo, ¿no es cierto?

—¿Y bien?

—Nada, no tiene importancia.

—Sí, es importante para ti. Dime por qué.

—Deseaba saberlo. Al tener la misma edad que yo, eso quiere decir que su madre… digamos que «coincidió» con la mía, ¿verdad?

—Sí, esa es la palabra en este caso.

—Otra palabra, en este caso, sería «adulterio», creo yo.

—Una de las grandes verdades es que el adulterio es tan inevitable en la vida de un hombre como el nacimiento y la muerte.

—No es así cuando se tienen en cuenta los Mandamientos de la Ley de Dios —replicó Culum, procurando no mirar a su padre. Luego añadió—: La subasta no tardará en comenzar ahora que está aquí Longstaff.

—¿Es eso lo que te ha puesto tan nervioso, el encuentro con Gordon y el recordarme los Diez Mandamientos? —preguntó Struan.

—Supongo que para hablar con Brock no me necesitarás, padre. Quisiera comprobar si está todo dispuesto.

—Haz como gustes, muchacho. Esta es una ocasión especial, pero haz lo que mejor te parezca.

Struan reanudó su marcha por el Camino de la Reina.

Culum le vio alejarse con Robb, y luego de dudar un momento, apretó el paso y se unió de nuevo a ellos.

El Camino de la Reina corría hacia el Oeste, desde el valle y a lo largo de la costa. Un kilómetro y medio más lejos pasaba junto a las tiendas de campaña de las tropas de Marina que guardaban los almacenes navales, cada vez más numerosos. Algo más de un kilómetro después se alzaban las tiendas donde se

alojaban los soldados cerca de Glessing Point, donde terminaba el Camino de la Reina.

Dominando Glessing Point estaba Tai Ping Shan, la zona reservada a los chinos, los cuales iban desde la costa hasta las casuchas formando una interminable fila, transportando sus pertenencias. Aquella fila se mantenía en constante movimiento y nunca menguaba, ya que era incesante la llegada de nuevos sampánes y juncos.

—Buenas tardes, Excelencia —dijo Struan, quitándose su sombrero al encontrar a Longstaff y a sus acompañantes.

—Hola, buenas tardes, Dirk y Robb. ¿Dispuestos para comenzar, Culum?

—Dentro de un momento, Excelencia.

—Bien, apresura el asunto, que tengo que volver a bordo… —contestó Langstaff. Y dirigiéndose a Struan, añadió, con cierto desdén—: Me alegra que haya vuelto, Dirk.

Alejóse Longstaff saludando displicentemente a otras personas que se hallaban en las inmediaciones, y Struan, sonriendo forzadamente, dijo:

—Cambiará de proceder dentro de unos minutos.

—Necio, estúpido y desdeñable —dijo Culum, lleno de ira—. Afortunadamente, es la última ocasión en que tengo que servirle.

Struan movió negativamente la cabeza y manifestó:

—Yo, en tu caso, emplearía el cargo de secretario delegado de Colonias en mi beneficio.

—¿De qué modo?

—Seguimos manteniendo nuestro poder. El aún es quien firma las leyes, si bien se hace evidente que no es difícil influir sobre él, ¿no crees?

—Es probable, es probable —contestó pensativamente Culum.

En el momento en que los Struan se acercaron a los Brock, el silencio volvió a reinar en la playa, y la tensión se hizo más palpable.

Gorth y Nagrek Thumb se hallaban junto a Brock, así como Elisa y las hijas de éstos.

Skinner comenzó a silbar una tonada anodina y se aproximó aún más.

Aristóteles Quance se detuvo con el pincel en el aire.

Sólo los muy pequeños, que no comprendían la trascendencia del momento, dejaron de prestar atención.

—Buenas tardes, señoras y caballeros —saludó Struan, quitándose el sombrero.

—Buenas tardes, señor Struan —dijo Elisa Brock, suavemente—. Conoce usted a Tess y a Lilibet, ¿verdad?

—Desde luego, ¿qué tal, muchachas? —dijo Struan, mirando a las hijas de Brock, que hicieron una ligera reverencia y comprobando que Tess había crecido notablemente, desde la última vez que la viera. Dirigiéndose a Brock, añadió—: ¿Podemos hablar ya de negocios?

—Me parece un excelente momento —contestó Brock—. Tú y las niñas, Elisa, volved al barco. Recuerda, Lilibet, que no debes inclinarte tanto sobre la borda. Cuida de tu hermana, Tess. Id ahora y obedeced a vuestra madre.

Las mujeres hicieron una leve reverencia y se alejaron en dirección a la lancha.

—Los niños y las mujeres no deben mezclarse en esto, ¿no te parece? —añadió Brock.

—Desde luego —replicó Struan, y entregó a Gorth la orden bancaria por las veinticinco mil libras—. Aquí tienes, Gorth… Contigo ya he quedado en paz.

—Gracias —dijo el aludido, examinando la nota con ofensiva minuciosidad.

—Tal vez te gustaría doblar esa cantidad, ¿eh?

—¿De qué forma?

—Apuesto otras veinticinco mil libras a que uno de nuestros barcos llega antes que el tuyo a Gran Bretaña.

—Gracias, pero dicen que el dinero del tonto pronto se esfuma. No quiero actuar como un tonto, ni apostar excesivamente —dijo Gorth, volviendo a mirar el papel—. Esto viene muy oportunamente. Seguro que contribuirá a ayudar a mi padre en la compra de la colina.

La mirada de Struan se hizo más profunda. Guardó silencio un instante, y en seguida dio media vuelta y dijo:

—Vamos a la tienda.

Robb y Culum le siguieron. Robb estaba orgulloso de su hermano, pero volvió a sentir su antiguo temor.

«¿Cómo haré para enfrentarme con Brock si me quedo solo? ¿Cómo lo lograré?», pensó.

Struan se detuvo ante la tienda de campaña e hizo una seña a Cuhady.

—Vamos, muchachos, preparados —dijo Cuhady a un pequeño grupo de marineros.

Ante el asombro de los presentes, los marineros dejaron caer la tienda al suelo.

—Nuestras letras a la vista, por favor, Tyler.

Brock extrajo de mala gana los papeles de su bolsillo, y dijo:

—Son ochocientas veinticuatro mil libras.

Struan entregó las letras a Robb, el cual las comparó cuidadosamente con los duplicados.

—Gracias —dijo Struan—. ¿Quieres firmar esto?

—¿Qué es eso?

—Un recibo.

—¿Dónde está tu orden bancaria por mi dinero? —preguntó Brock, recelosamente.

—He decidido pagar en efectivo —replicó Struan.

Los marineros retiraron la loma de la tienda caída. A un lado de los barriles vacíos aparecían numerosas filas de barras de plata cuidadosamente dispuestas. Eran cientos y cientos de lingotes que relucían bajo la luz del sol. Brock se quedó mirando con aire estático, y un silencio absoluto cayó sobre la playa.

—La Noble Casa ha resuelto hacer el pago en efectivo —repitió Struan, quien a continuación encendió una cerilla y la aplicó al conjunto de las letras. Luego extrajo tres cigarros, ofreció uno a Robb y otro a Culum, y los encendió con las llamas de los papeles.

—La plata ha sido convenientemente pesada, pero hay ahí una balanza por si deseas comprobarlo.

—¡Vete al infierno! —replicó Brock, con el rostro súbitamente enrojecido.

Struan dejó caer los papeles quemados sobre la arena y dijo:

—Está bien, señor Cuhady. Puede llevar sus hombres a bordo del *Thunder Cloud*.

—¡A la orden, señor!

Cuhady y los marineros echaron una larga y anhelante mirada a las barras de plata y se encaminaron luego hacia las lanchas.

—Bien, esto está concluido —dijo Struan a Culum y a Robb—. Ahora ya podemos atender a la subasta.

—Buen trabajo, Dirk —manifestó Robb—. Ha sido una jugada maestra.

Culum echó un vistazo a la playa y pudo ver la expresión de codicia y envidia que aparecía en todos los rostros.

«Gracias, Señor —se dijo interiormente—, por permitirme formar parte de la Noble Casa. Gracias por dejar que yo sea uno de tus instrumentos».

Brock pareció salir de su abstracción y dijo a su hijo, con premura:

—Vamos, Gorth. Trae los muchachos inmediatamente a tierra.

—Sí, padre.

—Y que vengan armados —añadió Brock, con voz ronca por la excitación —. Vamos a tener a todos los piratas de Oriente por estos parajes dentro de un momento.

Gorth dio media vuelta y se alejó, mientras Brock extraía sus pistolas y se las entregaba a Nagrek Thumb.

—Si se acerca alguien a diez pasos de la plata, le vuelas la cabeza —dijo.

Luego, Brock se dirigió hacia donde estaba Longstaff y manifestó:

—¿Puede proporcionarme un grupo de soldados, Excelencia? De lo contrario, se presentarán muchas complicaciones.

—Sí, claro, soldados —dijo Longstaff, echando una mirada a los lingotes—. Cielos ¿es todo eso plata? Ochocientas mil libras, ha dicho usted, ¿no es cierto?

—Algo más —contestó Brock, sin disimular su impaciencia—. Y ahora, si puede dejarme algunos soldados, o marineros o infantes de Marina, se lo agradeceré. Cualquier hombre que esté armado para guardar ese montón, ¡por todos los cielos!

—Veamos. Almirante, ¿quiere usted hacerse cargo del asunto?

—¡Atención! —exclamó lleno de ira el almirante, al ver la expresión de codicia que se apreciaba en todos los rostros, incluidos los de sus oficiales—. ¡Formen un círculo a cincuenta pasos del tesoro! No dejen acercarse a nadie. ¿Comprendido?

El almirante miró a Brock y agregó:

—Seré responsable de esa plata durante una hora. Luego retiraré mi protección.

—Está bien, almirante —replicó Brock, conteniendo a duras penas un juramento.

Echó luego una mirada al mar, donde Gorth se acercaba en la lancha al *Sea*

Witch, y calculó que una hora probablemente bastaría. Después maldijo en su interior a Struan.

«¿Qué hago yo ahora con esta plata, habiendo peligro de guerra y con posibilidades de que cese el comercio? —pensó Brock, lleno de cólera—. De haber comercio, la plata me valdría para pagar todo el té de la estación, pero de lo contrario la situación es delicada, no habiendo en las cercanías ninguna caja fuerte. Debiste haberlo pensado, por todos los cielos. Debiste haber previsto que una jugarreta así era lo que te iba a hacer ese maldito de Struan. Te ha puesto en un buen aprieto».

Brock dejó de mirar hacia el montón de barras y observó a Struan, en cuyo rostro aparecía una expresión burlona.

—El día aún no ha concluido, voto al cielo —dijo Brock.

—Es cierto, Tyler —respondió Struan—. Aún queda un asunto por arreglar.

—Sí, así es —concluyó Brock, avanzando iracundo hacia el estrado de la subasta.

De pronto, Culum sintió que le embargaba la angustia con mayor intensidad que antes.

—Escucha, padre —dijo en voz baja—. El tío Robb tiene razón. Brock se ha propuesto arruinarte una vez más.

—No insistas, muchacho, por amor de Dios. La colina pertenece a la Noble Casa.

Culum miró a su padre con desaliento, y en seguida dio media vuelta y se alejó.

—¿Puede saberse qué demonios le ocurre? —preguntó Struan a Robb.

—No lo sé. Ha estado sumamente nervioso durante todo el día.

Entonces, Struan advirtió la presencia de Sarah, que se hallaba unos pasos más allá, con la niña junto a ella; tenía el rostro pálido e inmóvil como una estatua. Struan cogió a Robb por un brazo y comenzó a guiarle hacia donde estaba su esposa.

—¿Aún no has dicho nada a Sarah sobre lo de quedaros aquí, Robb?

—No.

—Ahora es el momento oportuno, una vez que has recuperado tu fortuna.

Llegaron junto a la mujer, pero ésta no pareció verles.

—Hola, tío Dirk —dijo Karen—. ¿Puedo jugar con esos ladrillos tan

brillantes?

—¿Es cierto que todo eso es plata, Dirk? —inquirió Sarah, saliendo de su abstracción.

—Así es, Sarah.

—Sólo Dios sabe cómo lo habrás conseguido, Dirk, pero te lo agradecemos infinitamente —manifestó la mujer, y su voz se debilitó al experimentar un agudo dolor en el vientre—. Eso quiere decir… eso quiere decir que estamos salvados, ¿no es cierto?

—Desde luego —contestó Struan.

—Mamá, escucha: ¿puedo jugar con eso? —insistió la chiquilla.

—No, cariño. Ve a jugar por ahí —contestó Sarah, y aproximándose a Struan, le besó en una mejilla, mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro. Luego agregó, emocionada—: Gracias de nuevo.

—No tienes por qué darme las gracias, Sarah. El precio por tal cantidad de dinero es siempre alto.

Struan se puso el sombrero y se alejó de Robb y de su mujer.

—¿Qué ha querido decir, Robb?

Este se lo contó todo.

—Sin embargo, yo me marcho —replicó al fin Sarah—. Lo haré en cuanto nazca el niño.

—Sí, es lo mejor.

—Rogaré porque no vuelvas a encontrarla a ella.

—No empieces de nuevo, Sarah, por favor. Este es un gran día. Volvemos a ser ricos. Puedes poseer las mejores cosas que hay en el mundo.

—Lo único que deseo es tener un esposo como el de las demás mujeres —contestó Sarah, dirigiéndose hacia la lancha. Como Robb la siguiera, añadió—: Puedo ir sola a bordo, gracias. Ven conmigo, Karen, cariño.

—Está bien, como gustes —dijo Robb, y se quedó donde estaba.

Al principio no pudo divisar a Struan. Luego le vio junto al estrado, charlando con Aristóteles Quance, y se aproximó a los dos hombres.

—¿Qué tal, Robb, mi querido amigo? —dijo Quance, expansivamente—. Ha sido algo magnífico. Digno del Tai-Pan y de la Noble Casa. A propósito, Tai-Pan, me debe usted cincuenta guineas.

—¿Como dice, Aristóteles?

—He terminado el retrato de Culum. Espero que no lo habrá olvidado.

—Habíamos quedado en treinta guineas y le di diez como anticipo, por todos los cielos.

—¿Es cierto? ¡Condenación! ¿Está seguro?

—Desde luego. ¿Dónde está Shevaun?

—Está enferma, según he oído; pobre muchacha —dijo Quance, aspirando una pizca de rapé-Sí, es usted un potentado, amigo. ¿Puedo solicitarle un préstamo? Es para una buena causa, desde luego.

—¿Qué clase de enfermedad tiene Shevaun?

Quance miró a su alrededor, su feo rostro adoptó una expresión de misterio, y al fin dijo:

—Mal de amores.

—¿Por quién?

—Por usted, muchacho.

—¡Vamos, Aristóteles, vayase al demonio! —replicó Struan, de mal humor.

—Créame lo que le digo. Ha preguntado por usted varias veces y eso es un signo inequívoco.

—¿Durante las poses?

—¿Qué poses?

—Ya sabe usted cuáles.

—Lo dicho, amigo, mal de amores —rió el hombrecillo, alegremente—. Y acerca de ese préstamo, ahora que vuelve usted a ser rico, supongo que no reparará en tal nimiedad. Por Jove, sólo cincuenta guineas y dejo de importunarle durante un mes.

—¿Cuál es esa buena «causa»?

—Yo mismo, muchacho. Necesito una ayuda. Lo estoy pasando muy mal.

—Sí, ya sé en qué consisten sus problemas.

—Debe admitir que cincuenta guineas no es demasiado para un inmortal artista en desgracia.

—Le daré sus veinte guineas cuando me entregue el cuadro prometido —manifestó Struan. Y a continuación se inclinó hacia Quance y le susurró al oído —: Aristóteles, ¿quiere que le encargue un trabajo, digamos, de un centenar de libras en oro?

Aristóteles Quance tendió inmediatamente su mano a Struan y le dijo:

—Hecho. Yo soy su hombre. Aquí tiene mi mano. ¿A quién debo matar?

Struan echóse a reír, le habló del baile y dijo que pensaba nombrarle juez del certamen.

—¡Por todos los santos del cielo, eso no! —exclamó Quance—. ¿Me cree usted un insensato? ¿Quiere que me descuarticen? ¿Pretende que me arranquen los ojos entre todas las féminas europeas que hay en Asia? ¡Eso nunca!

—Sólo un hombre de su gusto, de su categoría…

—¡Jamás, por Jove! Es usted mi mejor amigo, y por un mísero centenar de guineas no vacila en colocarme en mortal peligro, ¿eh? Sí, en mortal peligro. Verme odiado, vilipendiado… ¿Y si lo dejáramos en doscientas guineas?

—De acuerdo —contestó Struan.

Quance lanzó su sombrero al aire, ensayó unos pasos de baile y palmeó afectuosamente a su interlocutor. Luego se calmó, ajustóse el chaleco de seda roja, recogió el sombrero y se lo colocó garbosamente en la cabeza.

—Tai-Pan, es usted un mecenas. ¿Quién más que yo puede llevar a cabo tal empresa? ¿Quién más apropiado para ello? Sí, es usted magnífico. ¡Dirk, el protector de artistas inmortales! Son doscientas guineas, por adelantado.

—No, después de la fiesta.

—¿No confía en mí?

—Exactamente. Puede marcharse, o padecer una oportuna borrachera.

—Sería capaz de levantarme de mi lecho de muerte para hacer de juez en tan magna ocasión. Lo cierto es que habría sido capaz de hacerlo gratuitamente. ¡Qué digo! Hasta habría pagado cien guineas por haber tenido ese privilegio.

—¿Ah, sí, eh?

Quance volvió a lanzar su sombrero al aire.

—¡Ah, día feliz, día dichoso! ¡Ah, inmortal Quance, ya tienes tu sitio en la historia del Arte!

—Le aseguro que no le comprendo, Aristóteles —intervino Robb—. ¿Está seguro de que le agrada la tarea?

Quance volvió a recoger el sombrero, y con mirada chispeante dijo, mientras sacudía la arena del fieltro:

—¿Ha considerado las ventajas que me da semejante posición? Dése cuenta. Todas las muchachas de esta parte de Asia estarán dispuestas, ¿cómo diría yo?, estarán dispuestas a sobornar al juez. De antemano, claro está.

—¡Y usted se dejará sobornar por todas, como es natural! —manifestó Struan.

—Desde luego. Pero la elección será honrada. No podrá ser más honrada. Ya sé desde ahora mismo quien va a resultar ganadora.

—¿Quién?

—¿Otro centenar de libras por saberlo?

—Pero, ¿qué hace usted con el dinero? Entre ¡Robb, Cooper y yo le entregaremos una fortuna!

—Considérense satisfechos al tener el privilegio de ayudar a un artista inmortal. A propósito, ¿no habrá entre todos esos barriles alguno que contenga brandy?

—Lo siento, no hay ninguno.

—¡Qué falta de previsión! Sencillamente desalentador, señores.

Quance volvió a aspirar rapé, y entonces vio que se acercaba Longstaff.

—Bueno, les dejo. Hasta pronto, amigos.

Alejóse el pintor silbando alegremente, y al pasar ante Longstaff alzó su sombrero, con ademán ceremonioso.

—¡Ah, Dirk! —manifestó Longstaff, con una amplia sonrisa—. ¿Por qué está Aristóteles de tan buen humor?

—Le complace, como a usted, que la Noble Casa siga en pie.

—Eso sí que es cierto —aseguró Longstaff, dirigiéndose a Struan con jovial respeto—. No imaginaba que pudiera haber tal cantidad de plata en toda Asia. Debe de ser magnífico poder pagar de esa forma. Veamos, ¿podrá cenar conmigo esta noche, Dirk? Querría que me diese su opinión sobre algunos asuntos.

—Lamento que no pueda ser hoy, Will. ¿Le parece bien mañana? Además, podría usted venir por una vez a nuestra sede, en el *Resting Cloud*, al mediodía.

—¿Al mediodía? Perfecto. Me alegra que…

—A propósito, Will, ¿por qué no cancela esa precipitada orden de enviar la flota al Norte?

Longstaff frunció el ceño.

—Pero es que esos malditos paganos han repudiado nuestro tratado.

—Así lo ha hecho el emperador manchú, en efecto. Pero nos hallamos en época de tifones. Es mejor no dispersar la flota y tenerla a nuestro alcance.

Longstaff tomó una pizca de rapé y luego de aspirarla se sacudió la seda de

su llamativo chaleco.

—El almirante no parece estar preocupado por los tifones, pero si a usted le parece bien… —estornudó Longstaff, inquiriendo a continuación—: Si no la enviamos al Norte, ¿adonde la mandamos?

—Hablemos de eso mañana. ¿Le parece bien?

—Muy acertado. Vaya pensándolo, mientras tanto. Me complace mucho disponer de nuevo de sus consejos. Creo que ya estamos en condiciones de empezar la subasta. Ah, también quiero decirle que estoy muy complacido por el gesto que ha tenido —aseguró Longstaff, al tiempo que se marchaba.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Robb.

—No lo sé. Tal vez se habrá referido a la plata… Oye, Robb, mañana le recibirás tú —manifestó Struan—. Y tú mismo le dirás lo que debe hacer.

—¿Cómo es eso? —inquirió Robb, sonriendo involuntariamente.

—Le dirás que ataque los fuertes de Bogue y luego que vaya sobre Cantón. Deberá pedir rescate por la ciudad. Seis millones de taels en plata. Cuando el viento sople hacia el Norte, atacará en esa dirección, como se había previsto.

—Pero Longstaff quiere hablar contigo.

—Tanto tú como yo le tenemos en un puño. Ha visto bien los lingotes.

—Lo siento, pero creo que no confiará en mí del mismo modo que confía en ti.

—Dentro de cinco meses tendrá que hacerlo. Debes empezar ahora. Dime, ¿cómo lo ha tomado Sarah?

—Como era de esperar. Piensa marcharse, de todos modos.

Robb miró hacia el estrado en el momento en que se produjo una leve conmoción entre los presentes, al ascender Longstaff al mismo.

—Has sido muy considerado con él —añadió Robb—. Sobre todo después de haberte tratado en forma desdeñosa. Pero creo que estás decidido a hacérselo pagar, ¿no es cierto?

—El es el primer gobernador de Hong-Kong, y los gobernadores duran cuatro años en sus cargos. Hay tiempo, por consiguiente.

—¿Qué has decidido acerca de la colina?

—Lo que ya tenía pensado.

—¿No vas a dejársela a Brock?

—No. Eso nunca.

—Caballeros —dijo Longstaff, dirigiéndose a los traficantes allí reunidos—. Antes de comenzar, deseo confirmar ante ustedes los principios sobre propiedad de terrenos que me han sido recomendados por el Gobierno de Su Majestad.

Extrajo Longstaff un documento oficial, y comenzó a leer del mismo:

—«Las tierras serán concedidas por Su Majestad. La asignación de las mismas se hará en pública subasta al mayor postor, y la cesión será por novecientos noventa y nueve años. Antes de un año se erigirá en el terreno un edificio por un valor mínimo de un millar de dólares, a un cambio de cuatro chelines y cuatro peniques por dólar. De lo contrario, la cesión se considerará nula. Un depósito de la mitad de la suma deberá ser pagado al quedar cerrada la operación».

Longstaff levantó la vista del papel y añadió:

—En un principio pensamos ofrecer un centenar de lotes en la subasta de hoy, pero no ha sido posible medirlos todos. Hoy se ofrecen aproximadamente cincuenta, y el resto se subastará en cuanto sea posible. Los compradores podrán adquirir sus terrenos con entera libertad, en puja con los demás. Aquellos que adquieran lotes costeros, podrán elegir también otros en el interior. Cada uno de los lotes costeros tiene un centenar de pies de ancho sobre el Camino de la Reina, extendiéndose hasta el mar. Con la subasta de estas tierras, podemos considerar que nos hallamos estableciendo los fundamentos de la ciudad. Se han dejado terrenos para los tribunales, las oficinas del Gobierno, la residencia del gobernador, la cárcel, un campo de criquet, la plaza del mercado y la zona para los orientales. He dispuesto que el nombre de la ciudad sea Queenstown[7].

Se oyeron algunos vítores.

—Esta es la primera ocasión en que puedo dirigirme a ustedes en conjunto. Debo decirles que tenemos duros tiempos por delante. Mas no debemos vacilar; todos juntos tenemos que colaborar según nuestras posibilidades, a fin de que con la ayuda de Dios podamos conquistar a los paganos, para mayor gloria de Su Británica Majestad y de la colonia de Hong-Kong.

Los presentes dieron tres vítores por la reina, otros tres por la colonia, y tres más por Longstaff. Los chinos comentaban animadamente el suceso desde su lugar de observación.

—Y ahora, si el señor Brock está dispuesto a olvidar por un momento las

cuatro monedas que ha recibido de la Noble Casa, declaro abierta la subasta —concluyó Longstaff, dando pruebas de su incisivo humor.

Brock y Gorth enrojecieron de ira, mientras los demás se reían a carcajadas.

Longstaff descendió de la plataforma, y Glessing se aproximó a él.

—Debo reiterarle, Excelencia —dijo Glessing—, que debido a la falta de tiempo, no han sido medidos con toda exactitud los lotes.

—Bah, minucias, querido amigo. ¿Qué importan unos pocos pies más o menos de terreno? Aquí hay tierras de sobra para todos. Vamos, Culum, adelante.

Longstaff encaminóse hacia su lancha, y al pasar junto a Struan le sonrió, al tiempo que se quitaba el sombrero.

—Hasta mañana al mediodía, Dirk —manifestó.

Culum se secó el sudor que le cubría el rostro y miró a un hombrecillo que había a su lado.

—Señor Hibbs, cuando guste —dijo.

Henry Hardy Hibbs ascendió a la plataforma irguiendo cuanto podía su cuerpo, de poco más de metro y medio de altura.

—Buenos días, caballeros —dijo con untuosa y profesional sonrisa—. Soy Henry Hardy Hibbs, de la ciudad de Londres y antiguo socio de la firma Hibbs, Hibbs y Hibbs, subastador oficial de Su Excelencia, el honorable Longstaff. Estoy aquí al servicio de ustedes, Los modales untuosos del calvo y desagradable individuo se acentuaron conforme iba hablando.

—Lote número uno —añadió—. ¿Qué ofrecen, caballeros?

—¿De dónde demonios lo sacaste, Culum? —preguntó Struan.

—De uno de los barcos mercantes —contestó el muchacho, deseando que el día concluyese de una vez—. Venía de Singapur, donde, según dijo, le robaron el dinero que poseía.

Struan prestó atención a Hibbs, el cual, con innegable destreza, iba haciendo subir cada vez más las ofertas. Luego miró Struan a los presentes y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Dirk? —preguntó Robb.

—Estoy buscando a Gordon. ¿Le habéis visto?

—La última vez que le vi se encaminaba hacia el Glessing Point. ¿Por qué?

—No tiene importancia —manifestó Struan, considerando muy extraño, que

Gordon no estuviera allí, pujando por el terreno que pensaba adquirir. ¿Qué cosa mejor podía hacer para comenzar?

La puja por los lotes era animada. Todos los traficantes sabían que una colonia significaba permanencia fija, y que el valor de los terrenos subiría vertiginosamente, sobre todo en una colonia como aquélla, en que las tierras a nivel del mar eran bastante escasas. Un terreno era una inversión segura; algo que no perdía valor.

Mientras continuaba la venta, Struan sintió que su inquietud iba aumentando. Al otro lado del grupo de compradores vio a Brock, igualmente nervioso. Gorth se hallaba junto a él, con la mirada puesta en el estrado de las subastas y en los hombres que rodeaban los lingotes de plata. Struan y Brock compraron los lotes que habían acordado, sin oponerse mutuamente; pero los precios fueron altos, ya que entraron otros competidores en la puja. La tensión iba aumentando entre los trancantes.

El último de los lotes costeros fue ofrecido y subastado.

Luego comenzó la venta de los terrenos interiores, que también alcanzaron precios elevados. Sólo quedó al fin la colina, que era el lote más extenso y de mejor calidad.

—Bien, caballeros, eso es todo —dijo Hibbs, con la voz ronca por el esfuerzo hecho durante la subasta—. Los que hayan adquirido tierras, deberán pagar la mitad en el acto. Los recibos serán extendidos por el secretario delegado de colonias.

Un murmullo de asombro se extendió entre los presentes.

—Aún no ha terminado la subasta —exclamó Struan.

—Así es —confirmó Brock.

—¿Cómo dicen, caballeros? —dijo Hibbs, notando que se acercaba una tormenta.

—¿Qué hay de la colina?

—¿Qué colina, señores?

Struan señaló con el dedo hacia la loma y dijo:

—¡Esa colina!

—Ah, ¿ésa? No está en… en la lista. Yo no tengo nada que ver —aseguró Hibbs, preparándose para salir corriendo. Luego miró a Culum y añadió—: ¿No es cierto, caballero?

—En efecto —confirmó Culum, mirando a su padre, mientras la angustia le hacía enmudecer.

—¿Por qué no está en la lista, por todos los cielos? —exclamó Struan.

—Porque… porque ya ha sido vendida.

Culum sintió que los pelos del cuello se le erizaban, cuando contempló como en un sueño a su padre, que avanzaba hacia él. Olvidóse entonces de las palabras y los razonamientos que había preparado de antemano. ¿Cómo explicar que aquella misma mañana dijo a Longstaff que Struan quería alzar una iglesia en aquella loma, para el bien de Hong-Kong? «Era la única manera de salvarse de la ruina», quiso gritar Culum.

«¿No lo comprendes, padre? —dijo para sí—. ¿No ves que era la única forma?».

—¿A quién ha sido vendida?

—A mí, para la iglesia —tartamudeó Culum—. A razón de una libra al año. La colina pertenece a la iglesia.

—*¿Te has quedado con mi colina?*

Las palabras de Struan resonaron con una agudeza que nadie dejó de percibir.

—Yo, no. Es para la iglesia. Sí… para la iglesia. La escritura fue… fue firmada esta mañana. Su Excelencia la firmó. El terreno es de la iglesia a perpetuidad.

—*¿Sabías que yo pretendía esas tierras?*

—Sí —contestó Culum, notando la mirada que emanaba de los ojos de su padre, que parecía consumirle, cegarle—. Sí, lo sabía, pero decidí que debía ser para la iglesia. Ahora esas tierras pertenecen a la Casa de Dios.

—*Entonces, ¿has osado cruzarte en mi camino?*

Se hizo un denso silencio. Hasta el mismo Brock pareció aterrado ante la ira que parecía emanar de la figura de Struan, envolviéndolos a todos.

Culum esperó el golpe que sabía iba a llegar, que todos estaban esperando. Pero Struan aflojó los puños. Dio media vuelta y se alejó del valle.

Brock lanzó una carcajada que más pareció un rugido, y los demás se estremecieron involuntariamente.

—¡Cállese, Brock! —dijo Quance—. No es éste el momento de reír.

—Está bien, Aristóteles, lo haré —contestó el traficante, aunque aún le

seguía dominando la risa.

Los presentes se congregaron formando corrillos de los que se alzaron excitados murmullos. A continuación, Hibbs dijo con voz trémula:

—Los que hayan adquirido terrenos, tengan la bondad de acercarse. Por aquí, caballeros.

Brock miró a Culum, casi compadeciéndole y manifestó:

—Podría asegurar que tus días están contados, muchacho. No conoces a ese demonio, como yo le conozco. Ten cuidado.

Luego, Brock se dirigió hacia el subastador para pagarle los terrenos que había adquirido.

Culum quedó temblando. Podía adivinar las miradas de la gente clavadas en él, y sintió frío. ¿O acaso era terror?

—Por amor de Dios, Culum, ¿por qué no se lo dijiste? —manifestó Robb, que aún estaba intentando recuperarse de su asombro—. ¿Por qué no se lo advertiste antes de la subasta?

—No lo hubiera aceptado.

—Es probable. Eso sí, muchacho, no debes hacer caso de lo que te ha dicho Brock. Sólo pretende asustarte. No tienes por qué preocuparte, Culum.

—Creo que mi padre es en verdad el demonio.

Un estremecimiento recorrió las espaldas de Robb.

—Eso es una insensatez. Debe de ser el exceso de emociones.

Las barras de plata, la excitación del momento, todo junto. No tienes por qué preocuparte. Está claro que comprenderá, cuando…

Robb se interrumpió de pronto y salió rápidamente detrás de su hermano.

Culum notó que tenía dificultad para enfocar con la vista los objetos. Los sonidos parecían más fuertes que antes, mientras que las voces semejaban más lejanas.

Le pareció ver de lejos a Mary Sinclair y a su hermano, y al momento se dio cuenta de que le estaban hablando.

—Lo siento —dijo Culum—. No os oí llegar.

—Estaba diciendo, justamente, que la colina es un magnífico sitio para la iglesia —afirmó Horacio, sonriendo forzadamente—. El lugar perfecto, diría yo.

—Sí, claro.

—Tu padre siempre quiso poseer esa loma; desde la primera vez que vino a

Hong-Kong —manifestó Mary.

—Sí, pero ahora pertenece a la Casa del Señor.

—En efecto —contestó la muchacha tristemente—. Pero, ¿a qué precio?

Acercóse en aquel instante Hibbs, el cual reclamó la atención de Culum.

—Dígame, señor Hibbs.

—Discúlpeme, señor; se trata de los recibos por la venta de las tierras.

—¿Recibos?

—Sí, los que tiene que firmar usted.

Culum encaminóse hacia el estrado, detrás de Hibbs, y firmó mecánicamente los recibos.

Robb corrió por el Camino de la Reina, sin importarle las miradas de miedo y curiosidad que le seguían. Respiraba fatigosamente, y, al aproximarse a su hermano, exclamó:

—¡Dirk! ¡Dirk, escucha!

Struan se detuvo en seco y replicó:

—Dile que le veré en su colina al amanecer.

—Pero Dirk, Culum sólo quería…

—Adviértele que venga solo.

—Escucha un momento, Dirk, no te vayas. El pobre muchacho sólo pretendía…

—*Adviértele que venga solo.*

CAPITULO XIII

Aquella noche, en medio de la guardia, el viento varió desde el nordeste hacia el este, y su intensidad aumentó un nudo. La humedad y la temperatura también se elevaron apreciablemente. Los capitanes de los buques fondeados en el puerto se agitaron en sus lechos y se despertaron unos instantes, dándose cuenta de que había comenzado a soplar el monzón. Ahora el viento soplaría lleno de humedad desde el este, durante los tres meses que faltaban hasta mayo, y luego cambiaría de improviso hacia el sur, cargándose aún más de humedad y de calor. Luego, en otoño, volvería a soplar del nordeste, seco y fresco, hasta la primavera del año siguiente.

Los capitanes volvieron a dormirse, pero su sueño fue menos tranquilo. El viento del este anunciaba la época de los tifones.

Brock movióse inquieto en su litera y se rascó con fuerza.

—¿Qué te sucede, Tyler? —preguntó Elisa, despertando instantáneamente despejada, como toda mujer cuyo marido está preocupado o que tiene un hijo enfermo.

La esposa de Brock se hallaba en una litera situada al otro lado del maloliente camarote.

—Nada, Lisa. El viento ha cambiado, eso es todo. Sigue durmiendo —dijo Brock, ajustándose en la cabeza su gorro de franela y bostezando largamente.

Elisa se levantó y cruzó con pasos pesados la estancia.

—¿Qué haces?

—Voy a abrir el portillo. Duérmete.

Brock se volvió y cerró los ojos, pero se daba cuenta de que el sueño le había abandonado. Notó la fuerza del viento al dar contra el buque y dijo:

—Pronto habrá niebla.

Elisa agitóse en el lecho, y la colchoneta rellena de paja crujió. Se sentía

cómoda debajo de las mantas.

—Lo que te preocupa son las barras de plata, ¿no es verdad, Tyler?

—Sí.

—No te calientes ahora la cabeza. Mañana tendrás tiempo para ello —agregó la mujer, rascándose para aliviarse la picadura de una chinche—. Será magnífico volver de nuevo a vivir en tierra. ¿Tardarán mucho en construir la casa?

—Creo que no.

—Oye, ese baile que va a dar Struan —agregó Elisa, eligiendo cuidadosamente las palabras— es como si te dieran una bofetada en la cara.

—Bah, ridículo. Duérmete de una vez —replicó él, molesto.

—Claro que si nos vistiéramos magníficamente, le devolveríamos el golpe, ¿no te parece?

Brock contestó con un gruñido. La noticia del baile se extendió por toda la flota desde el momento en que Struan lo hizo saber a Skinner. Todos los maridos de la zona acusaron a Struan de haberles robado la tranquilidad.

La gente se inquietó. Shevaun Tillman era evidentemente la favorita, según podía apreciarse.

—Buena idea, Liza —dijo al fin Brock—. Estás magnífica con ese vestido de seda roja que yo te…

—¿Con ese andrajo? —replicó ella, dando un bufido desdeñoso—. ¡Debes estar bromeando!

—¿Que es un andrajo dices? Vaya, creo que sólo lo has usado tres o cuatro veces, y con él estás…

—No lo he usado tres veces, sino tres años. Necesito otro nuevo, lo mismo que tú precisas nueva levita, y pantalones, y un bonito chaleco de fantasía.

—Estoy a gusto con lo que llevo puesto —contestó Brock.

—Ha llegado el momento en que debo ir de compras antes de que desaparezca hasta la última pieza de buena seda y de que acaparen a las mejores costureras. Mañana iré a Macao en el *Gary Witch*.

—Pero Liza, por un estúpido baile que va a dar Dirk, no…

—Me iré con la marea del mediodía.

—Está bien, Liza —contestó Brock, que había reconocido el tono de determinación en la voz de su mujer, contra lo que no valía argumento alguno. ¡Al infierno con el maldito Struan! A pesar de su ira, recordó lo del premio, y se

dijo que era una maravillosa idea.

«Pero, ¿por qué rayos estoy pensando en esa estupidez? ¡Al demonio con Struan!».

Elisa arregló su almohada y siguió haciendo proyectos para el baile. Había ya decidido que Tess ganase el premio y los honores. A toda costa tenía que lograrlo.

Sí, a toda costa. Pero, ¿cómo persuadir a Tyler para que dejase ir al baile a la muchacha? El se mostraba muy intransigente en lo que a su hija se refería.

—Creo que es hora de ir pensando en Tess.

—¿En ir pensando qué?

—Ya va siendo hora de que le busques un marido.

—¿Qué dices? —manifestó Brock, incorporándose en su lecho—. ¿Te has vuelto loca? La chiquilla tiene apenas dieciséis años.

—¿Qué edad tenía yo cuando me casé contigo?

—Eso era diferente. Tú estabas muy crecida para tu edad, y eran otras épocas. Hay tiempo de sobra para ocuparse de ese asunto, por todos los cielos. ¡Un marido para Tess! ¡Y decirme eso en plena noche! Vamos, no vuelvas a mencionármelo, o te hago sentir mi cinturón en el trasero.

Brock, lleno de furia, se volvió hacia el mamparo, acomodó a golpes su almohada y se echó sobre ella, cerrando los ojos.

—Está bien, Tyler —contestó Elisa, sonriente. No le culpaba por las veces que la había pegado. En realidad fueron pocas, y nunca lo hizo con violencia. Por otra parte había pasado mucho tiempo desde la última vez.

Llevaba veinte años viviendo con él, y estaba contenta con su marido.

—Oye, Lisa —dijo Brock en voz baja, con el rostro vuelto hacia el tabique —. ¿Sabe ya Tess algo sobre… bueno, sobre «esas cosas»?

—¡Claro que no! —aseguró su mujer, ofendida—. Se le ha educado decentemente.

—Bueno, creo que ya es hora de que la tomes por tu cuenta y se lo vayas haciendo saber —dijo él, sentándose de nuevo en la litera, y añadió con aire irritado—: Y será mejor que la cuides bien. Por Judas, si sorprendo a alguno rondando en torno a Tess, le voy a… Dime, ¿qué te hace pensar que tiene la edad adecuada? ¿Acaso actúa de modo distinto?

—Nada de eso. Siempre la vigilamos. Es ridículo que lo pienses. Vosotros,

los hombres, sois todos iguales. Haz esto y haz lo otro; pero no os dais cuenta de cuando una muchacha ha crecido y ya está en edad de casarse. Y te agradeceré que jures menos. No es educado ni decente.

—Entonces, no hables del asunto, ¡por todos los santos!, y habremos terminado, ¡por todos los infiernos!

Elisa sonrió complacida para sus adentros y pensó:

«Veamos, ¿quién puede ser? Nagrek Thumb, descartado, desde luego. ¿Quién, entonces? ¿El joven Sinclair? Poco dinero, por ese lado, y muchos remilgos. Pero su futuro es prometedor, sobre todo al lado de ese condenado de Longstaff. Nada mejor que el hijo de un reverendo. En fin, podría ser. ¿Y el americano, Jefferson Cooper? Eso ya está mejor. Es rico y está muy bien considerado. Sin embargo, se trata de un maldito extranjero, que nos odia a los ingleses. De todos modos, Brock y Cooper-Tillman unidos constituirían un buen obstáculo en el camino de la Noble Casa. Gorth estaría bien, pero es su hermanastro, de modo que es mejor no tenerlo en cuenta. Es una lástima».

Mentalmente, Elisa estudió a los candidatos que podían resultar buenos esposos para su hija. El elegido debería tener dinero y posición. Y una voluntad de hierro y carácter fuerte, para dominarla.

«En efecto —siguió pensando Elisa—. La muchacha, de vez en cuando, necesita unos cuantos cintarazos en el trasero. Es bastante díscola y difícil de dominar. Longstaff me parece muy bien, pero está casado. Sin embargo, su mujer parece hallarse enferma en Londres, de modo que podríamos esperar».

La lista quedaba reducida considerablemente. ¿Quién sería, al fin?

—Oye, Tyler.

—Por amor de Dios, mujer, ¿quieres dejarme dormir de una vez? ¿Qué ocurre ahora?

—¿Qué hará esa fiera de Struan a su hijo Culum?

—No lo sé. Tal vez le mate; qué sé yo. Pero le hará algo terrible, de eso estoy seguro.

—Culum ha dado muestras de tener mucho coraje al hacer eso, ¿no crees?

Brock se echó a reír.

—Me hubiera gustado que vieses la cara que puso Dirk. Ese maldito estaba que le llevaban los infiernos, te lo aseguro.

—El muchacho tuvo un gran gesto al dejar la colina para la iglesia. Además,

con ello salvó a su padre, o posiblemente a ti.

—Bobadas, mujer. Yo no corría ningún peligro. Dirk deseaba desesperadamente ese terreno, y yo sabía bien lo que pensaba hacer. Iba a ofrecer cada vez más, y me iba a detener en el momento preciso, cuando el precio fuera exorbitante. De no ser por ese mentecato, a estas horas Dirk estaría de rodillas, hecho añicos.

—O tal vez lo estarías tú.

—No. Te digo que él estaba decidido a quedarse con la loma.

—Tal vez le interesara más arruinarte.

—Te equivocas. Duérmete.

—Cuando pienso en lo que puede hacerle al muchacho…

—Vaya uno a saber. Es un hombre vengativo. Los dos se odiarán de ahora en adelante. Nunca vi a Dirk tan enfurecido. Tal vez una querella entre ambos nos beneficie, y quizá el muchacho acepte trabajar para nosotros.

Durante un momento, Elisa sintió miedo. Miedo por su marido, miedo por la situación de violencia que existía entre él y Struan. Era una enemistad que sólo parecía destinada a extinguirse con la muerte de uno de los dos. O de ambos, tal vez.

«Dios, Señor Nuestro —rogó la mujer por milésima vez—. Haz que haya paz entre los dos».

Luego el miedo la abandonó, y pensó que lo que había de suceder, sucedería. Ello hizo que Elisa recordase a *Hamlet* y a Shakespeare, por cuyas obras sentía verdadera pasión.

—Oye, Tyler, ¿por qué no pensáis en erigir un teatro en Hong-Kong? Vamos a quedarnos a vivir aquí, ¿no es cierto?

—Así es —replicó Brock, complacido, olvidándose de pronto de Struan—. Has tenido una buena idea, Lisa. Y se nos ha ocurrido antes que a ese condenado. Sí, hablaré de ello a Skinner mañana. Depositaré los primeros fondos para la construcción. Mandaremos llamar a un conjunto de músicos, y además podremos representar ya una obra en Navidades. Piensa tú cuál puede ser.

Elisa se contuvo a tiempo. Estuvo a punto de decir *Romeo y Julieta*, pero seguramente su esposo se hubiera opuesto al momento. Sí, Tess podía ser la clave entre los Brock y los Struan. Pero el idilio no debería terminar en tragedia, como ocurriera entre Mónteseos y Capuletos.

—Si Gorth te hubiera quitado la colina, deseándola tú como Struan la desea, ¿qué habrías hecho?

—No lo sé, cariño. De todos modos, me alegro de que no haya sido Gorth. Ahora vamos a dormir.

Elisa dejó vagar una vez más sus pensamientos.

«En verdad, ¿cuál será mejor de los dos, tanto para nosotros como para Tess? ¿Cuál de los dos, Culum Struan, o Dirk Struan?».

La niebla fue envolviendo a los buques anclados en el puerto. Oculto entre las difusas nubes que cubrían la superficie del mar, avanzó un sampán, que fue a situarse junto a la estacha del ancla de proa. Unas manos se tendieron hacia la gruesa cuerda, un sable brilló unos instantes en la oscuridad, y poco después la embarcación se perdía de nuevo entre las sombras, tan silenciosamente como había llegado.

Los que estaban en cubierta, Nagrek, el oficial de guardia, y los marineros armados, no notaron nada. La niebla impedía tomar la costa y los otros buques como referencia, y el suave viento y el mar en calma no dejaban apreciar movimiento alguno. El *White Witch* derivó lentamente hacia la costa.

El contramaestre hizo sonar ocho veces la campana.

Nagrek, con el semblante sombrío, sintió de pronto un intenso temor ante el riesgo que iba a correr.

«Eres un condenado estúpido —pensó—. Estás corriendo un peligro mortal al concertar esa cita con Tess. ¡No vayas! Quédate en cubierta, o ve a tu camarote a dormir, pero no vayas con ella. Olvídate de Tess y de la cita».

Durante bastante tiempo, Nagrek había estado pendiente de la muchacha, hasta que la noche anterior, durante su guardia, se decidió a mirar a través del portillo del camarote que Tess ocupaba con su hermana. La había visto en enaguas, arrodillada junto a su litera mientras rezaba sus oraciones. Tenía los botones de la camisa desabrochados, y sus senos tensaban la blanca seda. Cuando hubo concluido los rezos, la joven abrió los ojos, y Nagrek creyó notar que durante un fugaz instante Tess le vio mirando por el ventanillo. Ella se puso entonces las manos sobre el cuerpo y comenzó a acariciarse lánguidamente los pechos, las caderas y los muslos. Luego se despojó de las enaguas y quedó

desnuda ante el espejo. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Tess, y en seguida comenzó a ponerse el camisón.

Luego suspiró profundamente, apagó la luz y se deslizó dentro de su lecho.

Y ese mismo día, mientras la miraba pasear por la playa, con las faldas agitadas por el viento, enseñando las piernas, Nagrek tomó la decisión de poseer a la muchacha.

Por la tarde, ya en el barco, Nagrek se atrevió, lleno de angustia, a susurrar unas palabras al oído de Tess. Vio que ella enrojecía y que al momento le contestaba en voz muy baja: «Está bien, Nagrek. Esta noche, cuando toquen ocho campanadas».

La nueva guardia llegó a cubierta.

—Puedes ir abajo, Nagrek —dijo Gorth, al tiempo que se encaminaba hacia la popa. Orinó en los imbornales, bostezó largamente y luego ocupó su puesto junto la bitácora.

—El viento sopla ahora del este.

—Ya lo he notado —contestó Gorth, irritado, y tomó un trago de ron. Luego añadió—: ¡Maldita niebla!

Nagrek se encaminó hacia su camarote. Quitóse las botas y tomó asiento en su litera, sintiendo que estaba cubierto de sudor. Incapaz de contener sus impulsos, se deslizó fuera del camarote y avanzó sin ruido por el pasillo. Se detuvo luego ante la puerta del otro camarote.

Tenía la mano húmeda cuando aferró el picaporte. Sin respirar apenas, entró en la estancia y cerró la puerta tras él.

—Tess —susurró, deseando que la muchacha estuviera dormida.

—Calla —contestó ella—, o vas a despertar a Lilibet.

El miedo de Nagrek aumentó: «¡Márchate!», le decía una parte de su ser, pero sus deseos le impulsaban a quedarse.

—Corremos un gran peligro —dijo él, en el momento en que sintió la mano de Tess coger la suya y guiarle en la oscuridad hasta la litera.

—Querías hablarme, ¿verdad? —dijo ella, excitada por el misterio de la entrevista y por la proximidad de Nagrek.

—Ahora no es el momento, preciosa.

—Pero tú dijiste que deseabas hablar conmigo ahora, en secreto. ¿Cuándo, si no, podremos hablar en secreto?

Sentóse Tess en la litera y cogió las manos de Nagrek entre las suyas. Nagrek sintióse dominado por el deseo. Alzó una mano, tocó el cabello de la muchacha y luego su cuello.

—No, no —murmuró Tess, y se estremeció cuando él le acarició los senos.

—Quiero casarme contigo, amor mío.

—Sí, Nagrek.

Los labios de ambos se rozaron. Deslizáronse luego las manos de Nagrek por todo el cuerpo de Tess, pero aquel contacto estaba saturado de un aura de terror.

Gorth se hallaba mirando hacia la niebla. Volvióse cuando el contramaestre tocó la campana de a bordo, y luego se dirigió hacia la bitácora. La examinó, alzó un poco la llama del farol que la alumbraba, y quedó mudo de asombro al ver la dirección que marcaba. Agitó la cabeza, como para despejar sus sentidos, y miró de nuevo el círculo con la rosa de los vientos.

—¡No es posible! —exclamó.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó extrañado el contramaestre.

—¡El viento! ¡Viene del oeste, por todos los infiernos!

El contramaestre corrió hacia la bitácora, pero Gorth ya avanzaba cubierta adelante, apartando a los marineros.

Llegó a la proa, se inclinó sobre la borda y levantó el calabrote cortado.

—¡Atención! ¡Vamos a la deriva! —gritó Gorth, súbitamente alarmado, y al momento en la cubierta se produjo un verdadero pandemónium—. ¡Larguen el ancla de popa! ¡Pronto, condenación!

En el momento en que los marineros corrían hacia popa, la quilla rozó unas rocas del fondo y el buque se estremeció. Crujió el maderamen, cuyo ruido llegó hasta el camarote donde estaban Nagrek y Tess, los cuales quedaron repentinamente inmóviles. En seguida, él abandonó el tibio abrazo de la muchacha, y poco después ascendía corriendo hacia el puente. Brock salió de su camarote, vio a Nagrek ascender por la escalerilla y apreció a medias que la puerta de Tess se hallaba entreabierta, pero olvidóse del detalle con la premura del momento. Elisa salió detrás y se introdujo rápidamente en el camarote de sus hijas.

Cuando Brock llegaba al puente, el ancla de popa había sido lanzada al agua,

pero ya era demasiado tarde, El *White Witch* emitió otro crujido, escoró pesadamente hacia babor, y quedó varado. En ese momento surgieron de la niebla numerosos sampánes que lanzaron sobre el buque sus arpeos, y, poco después, una nube de piratas comenzó a trepar a bordo del *White Witch*. Los piratas iban armados con mosquetes, cuchillos y sables.

Uno de los primeros en aparecer en cubierta fue Scragger.

Los hombres del *White Witch* comprendieron que estaban luchando para salvar la vida.

Gorth eludió a un chino que se abalanzaba sobre él, y, aterrándole por la garganta, le lanzó por la borda.

Nagrek empuñó una maza de abordaje y comenzó a golpear con la bola a los chinos. Notó que entre ellos se hallaban varios europeos, uno de los cuales eran Scragger.

Luego, Nagrek se dirigió hacia Brock, que estaba cubriendo la entrada a los camarotes de la cubierta inferior y a las bodegas donde se hallaba la plata.

Scragger hundió su sable en el cuerpo de un marinero y retrocedió, observando el ataque de sus hombres.

—¡Abajo, pronto! —gritó a continuación, y se lanzó hacia donde estaba Brock. Otros piratas corrieron hacia proa y diezmaron a los marineros que seguían saliendo de sus alojamientos.

Brock disparó un tiro al rostro de un europeo, golpeó en el vientre a otro con la empuñadura de su pistola descargada, y con el sable que sostenía con la derecha se lanzó contra Scragger. Este se hizo a un lado y oprimió el gatillo de su pistola, pero en ese momento, Nagrek arrojóse contra él y la bala fue a perderse entre la niebla.

Se volvió en redondo Scragger y asestó un golpe a Nagrek con su arma, causándole una herida poco profunda. Luego se mezcló con los demás combatientes y volvió a avanzar hacia Brock. Acuchilló Scragger a un marinero, y, de pronto, Brock le aferró por el cuello, cayendo ambos sobre cubieita, forcejeando desesperadamente.

Brock jadeó al ver el sable de Scragger sobre su rostro, pero le contuvo la mano, se puso en pie y echando a un lado al pirata, intentó ensartarle con su arma. Scragger, que estaba en el suelo, rodó a tiempo sobre la cubierta, y el sable de Brock se partió al chocar contra el maderamen. Brock enterró el arma rota en

el cuerpo de un chino que le había cogido por el cuello, y Scragger se levantó y retrocedió hacia donde estaban sus hombres.

Gorth luchaba como un torbellino en la cubierta principal, golpeando y acuchillando, cuando recibió un tajo en un costado y cayó sobre la cubierta. Brock vio caer a su hijo, pero permaneció ante la escalerilla, defendiendo el acceso.

Abajo, Elisa condujo a Tess y a Lilibet a la cámara principal.

—No tengáis miedo, chiquillas —dijo la madre, y cerró la puerta desde afuera. La mujer se introdujo dos pistolas cargadas en los bolsillos de su vestido, y empuñó otras dos, plantándose ante la puerta. Si el enemigo bajaba por la escalerilla, eso significaría que su marido estaba muerto o herido. Pero cuatro piratas morirían antes de que la apartasen de aquel lugar.

Conducidos por Scragger, los piratas arremetieron de nuevo contra los marineros de Brock, pero otra vez se vieron rechazados. Tres marineros se unieron a Brock, junto a la escalerilla, y atacaron a los enemigos, haciéndoles retroceder, igualmente.

Scragger se dio cuenta de que la lucha estaba perdida. Inmediatamente gritó unas frases en chino, y los piratas abandonaron la lucha, retrocediendo como ratas acosadas hacia la borda, que salvaron para caer en sus sampánes. Scragger saltó asimismo sobre la regala y se lanzó al agua. Brock empuñó un mosquete y corrió hacia el costado del barco. Cuando la cabeza del pirata apareció sobre el agua, Brock apretó el gatillo, pero erró el tiro y Scragger volvió a sumergirse, desapareciendo esta vez en la oscuridad. Brock lanzó un juramento y arrojó el arma descargada sobre la cubierta.

Los marineros del *White Witch* seguían disparando contra los sampánes, que rápidamente se dispersaban en la niebla. Cuando no hubo más piratas con los que luchar, Brock ordenó que los enemigos muertos y heridos fueran arrojados por la borda, y luego se dirigid apresuradamente hacia donde yacía Gorth.

La sangre manaba de la herida que Gorth oprimía penosamente con un puño. Brock retiró la mano de su hijo y pudo ver que el arma había causado una profunda herida bajo el brazo, en dirección a la espalda.

—¿Has vomitado sangre, muchacho?

—No, padre.

—Mejor que sea así —contestó Brock, y se puso en pie, secándose el sudor

de la frente. Luego ordenó a los marineros que estaban cerca—: Traigan brea y ron. ¡Pronto, por todos los cielos! Los que estén heridos que vengan a proa. Los demás, que suban a las lanchas y nos remolquen. La marea está subiendo. ¡Aprisa! Nagrek trató de aguantar el dolor, mientras observaba cómo bajaban las lanchas. La sangre manaba de una herida que tenía en la espalda.

Brock dio a su hijo una cantimplora con ron, y en cuanto la brea comenzó a hervir en un cazo, hundió en el mismo una cabilla y aplicó ésta sobre la herida. El rostro de Gorth se contrajo, pero no profirió un solo quejido. Luego, Brock aplicó la misma cura a los demás.

—¡A mí, señor! ¡No se ha acordado de mí! —imploró uno de los marineros, que se oprimía el pecho con las manos. La sangre barboteaba en sus labios y el aire silbaba a través de una herida que tenía en el torso.

—Tú ya estás muerto. Es mejor que hagas las paces con el Supremo Hacedor —contestó Brock.

—¡No, no, por piedad! ¡Déme la brea, señor, por piedad! —repitió el marinero, y comenzó a sollozar.

Brock le hizo perder el sentido de un golpe y le dejó allí tendido, con el aire produciendo silbidos al pasar a través de la herida.

Brock ayudó a Gorth a ponerse en pie; pero éste, una vez erguido, se matuvo solo.

—Me encuentro bien, padre —manifestó.

Alejóse Brock de su lado y se encaminó hacia la proa. Las lanchas tiraban con energía, pero Brock consideró que los remeros no se esforzaban lo suficiente.

—¡Más duro! ¡Remad más duro! —gritó—. ¡Nagrek, prepara el ancla de proa!

Cuando Brock estuvo seguro de que el barco se había alejado lo suficiente de los escollos, ordenó lanzar el ancla. El buque osciló al quedar retenido por el cabo, oponiendo resistencia a la corriente de la marea.

Brock llamó al marinero encargado de las velas.

—¡A la orden! —contestó el viejo.

—Corte mortajas para aquéllos —dijo Brock, señalando los siete cadáveres de su tripulación que yacían en cubierta—. Utilice la vela mayor antigua, y póngales una cadena en los pies. Los lanzaremos al agua cuando amanezca. Yo

diré las plegarias, como de costumbre.

—Sí, señor, a la orden.

Volvió Brock junto a su hijo, y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo transcurrió, después de tomar tú la guardia, hasta que encalló el barco?

—Unos pocos minutos. No, fue una campanada. Lo recuerdo muy bien.

Brock reflexionó unos instantes y dijo:

—En ese tiempo no pudo llegar el buque desde el lugar de fondeo hasta los arrecifes. Por consiguiente, tuvieron que cortar el calabrote durante la guardia anterior. Miró Brock amenazadoramente a Nagrek y agregó:

—Era tu guardia. Recibirán veinte latigazos, al amanecer, todos los que estaban en cubierta a esa hora.

—Sí, señor —contestó Nagrek, lleno de espanto.

—Pero yo estaría muerto, de no ser por tu intervención, cuando me salvaste del disparo de aquel maldito pirata. De modo que ya resolveré después acerca de ti.

A continuación, Brock descendió bajo cubierta.

—Todo va bien, cariño —dijo a su esposa, que seguía como una torre, plantada ante la puerta del camarote donde estaban encerradas sus dos hijas.

—Gracias a Dios, Tyler —contestó la mujer, bajando las pistolas—. ¿Ha ido mal la cosa?

—Regular. Fue por culpa de la plata. Fuimos atacados por los piratas en el puerto. ¡En el mismo puerto! Y es que había ingleses entre los malditos piratas. Maté a uno, pero el que parecía ser el jefe, el muy condenado se escapó. ¿Están bien las muchachas?

—Sí, están dentro del camarote —afirmó Elisa, vacilando, y luego agregó—: Creo que es mejor que hable contigo.

—Eso estamos haciendo, ¿no crees?

Encaminóse la mujer hacia la gran cámara y Brock la siguió, cerrando la puerta cuando ambos estuvieron dentro.

Al dar tres campanadas, Brock volvió de nuevo a cubierta. La niebla era más tenue, aunque el viento tenía menor intensidad. Brock aspiró el aire y se dio

cuenta de que pronto refrescaría. Al amanecer, la niebla habría desaparecido.

—Gorth, vamos abajo a ver el cargamento.

—Ninguno de esos malditos llegó hasta él, padre.

—Miraremos, de todos modos. Ven tú también, Nagrek.

Brock cogió un farol y los tres hombres descendieron a las bodegas.

—Ahí lo tienes. La puerta está aún cerrada con llave —declaró Gorth, sintiendo que le dolía la herida.

Abrió Brock la puerta, les hizo pasar, entró en la bodega, y dejando el farol sobre los lingotes, volvió a cerrar con llave.

—¿Has perdido el juicio, padre? —inquirió Gorth, lleno de asombro.

Brock miró fijamente a Nagrek.

—¿Qué ocurre, señor Brock? —preguntó Nagrek, aterrado.

—Parece ser que Nagrek ha estado manoseando a tu hermana Tess, Gorth.

—¡No he hecho tal cosa! ¡No lo he hecho! ¡Por Dios, que no lo hice! —exclamó Nagrek.

Brock empuñó el látigo que colgaba de un mamparo de la bodega y dijo:

—Parece ser que entró en el camarote de Tess cuando ella dormía, y, después de despertarla, se puso a jugar con la muchacha.

—No la he tocado ni le hice daño alguno, lo juro —insistió Nagrek—. Ella me pidió que fuera a su camarote. Fue ella. Me lo pidió esta tarde. Así fue, puedo jurarlo.

—¡De modo que estuviste en su camarote!

Gorth se arrojó sobre Nagrek y lanzó un grito de dolor al romperse la brea que se había endurecido sobre su herida. Nagrek huyó hacia la puerta, pero Brock le volvió hacia él.

—¡Eres hombre muerto, Nagrek! —gritó.

—¡No le hice daño alguno! ¡Lo juro por Dios! ¡Lo juro por…!

—¡Metiste tus sucias manos bajo sus enaguas!

El látigo mordía una y otra vez las espaldas de Nagrek, conforme Brock le iba llevando a golpes hacia el interior de la bodega.

—¿Lo hiciste? ¡Di que lo has hecho!

—¡Juro que no la toqué, señor Brock! ¡Por Dios que no lo hice! —volvió a exclamar Nagrek—. Ella me pidió que fuera al camarote. Fue ella quien me lo pidió. Sólo la acaricié un poco. Eso fue todo. Nada más que eso. ¡Lo juro!

Brock se detuvo, respirando espasmódicamente.

—De modo que era cierto. ¿Has oído, Gorth?

Ambos hombres se lanzaron sobre Nagrek, pero Brock fue el más rápido y su puño se abatió sobre aquél, dejándole inconsciente de un golpe. Empujó entonces a un lado a Gorth, cuando éste seguía propinando puntapiés al caído y dijo:

—¡Espera!

—Pero padre, este perro…

—¡Espera! Tu madre me dijo que la pobre muchacha temía contarlo al principio. Tess creyó que, como la había tocado, iba a tener un hijo. Pero Lisa afirma que Tess aún es virgen. Parece ser que sólo la ha tocado, gracias al cielo.

Cuando Brock hubo recuperado el aliento, quitó los pantalones a Nagrek y esperó a que éste volviera en sí. Entonces le cortó los genitales, y luego le golpeó hasta dejarle muerto.

CAPITULO XIV

—¿Querías verme, padre? —preguntó Culum, con el semblante pálido.

Struan se hallaba en la cima de la colina, con los gemelos colgando del cuello, un cuchillo al cinto y una maza de abordaje a su lado. Había visto a Culum llegar a tierra, cruzar el valle y trepar luego por la loma. El viento había despejado el cielo, y el sol que asomaba por el horizonte prometía una magnífica jornada.

—Se domina un hermoso panorama desde aquí, ¿verdad? —dijo Struan, y señaló con la mano hacia abajo.

Culum no dijo nada. Sus rodillas parecían incapaces de sostenerle, bajo la acerada mirada de su padre.

—¿No estás de acuerdo? —insistió Struan.

—La iglesia… y todos…

—Ya estoy al corriente de lo de la iglesia —interrumpió Struan—. ¿Has oído hablar de lo ocurrido a Brock?

Culum notó que la voz de su padre era demasiado suave y tranquila.

—¿Qué sucede con Brock?

—Fue atacado anoche por los piratas. Le cortaron las anclas, dejándole a la deriva, y luego le abordaron. ¿No oíste los gritos y los disparos?

—Sí, algo escuché —contestó con aire cansado, después de algunas noches de escaso sueño—. Pero no creí que se trataba de un ataque.

—Pues así ocurrió. Un ataque de piratas en pleno puerto de Hong-Kong. Cuando la niebla hubo aclarado, me acerqué al barco. Brock dijo que había perdido siete hombres y el capitán.

—¿Gorth?

—No, Nagrek Thumb. El pobre murió de las heridas recibidas en la lucha. Gorth sufrió una herida, pero sin importancia —manifestó Struan, y su gesto se

endurecid—. El capitán murió defendiendo su barco, como debe ser.

Culum se mordió los labios y miró a su alrededor, con el corazón latiéndole fuertemente.

—¿Insinúas que éste es mi calvario?

—No te entiendo.

—Hablas de capitanes que defienden su nave hasta la muerte. Esta es mi nave, la colina. ¿No es eso lo que quieres decir? ¿Acaso no estás pidiéndome que defienda estas tierras hasta la muerte?

—¿Lo harías? —inquirió Struan.

—No te tengo miedo —contestó Culum, con voz ronca—. La ley va contra el criminal. Puedes matarme, pero te colgarán por ello, ya que estoy sin armas.

—¿Crees que pienso matarte?

—Esa parece tu intención. Tú eras para mí un hombre que estaba por encima de todos los demás. Pero en los treinta días que llevo aquí, he descubierto lo que eres. Eres un asesino, un pirata, un contrabandista de opio y un adúltero. Tú compras y vendes seres humanos. Tú engendras bastardos y luego te ufanas mostrándolos ante los ojos de las gentes decentes.

—¿Qué gentes decentes son ésas?

—Querías verme, ¿no es cierto? Pues aquí me tienes. Dime lo que sea, y terminemos de una vez. Estoy harto de hacer de ratón, siendo tú el gato.

Struan recogió una mochila que estaba junto a él, se la echó al hombro, y dijo:

—Ven conmigo.

—¿Adonde vamos?

—Quiero hablar a solas contigo.

—Ahora estamos a solas.

Struan señaló con la cabeza hacia los buques que estaban anclados en el puerto y hacia la costa, donde se divisaban como puntos los chinos y los europeos.

—Muchos ojos nos están observando desde ahí abajo. Nos miran desde todas partes. Vamos hacia allá —agregó, apuntando a una colina situada más hacia el Oeste.

La loma era una pequeña montaña, que se elevaba rocosa y desnuda a quinientos metros sobre el mar.

—No voy.

—¿Está demasiado lejos para ti? —inquirió Struan, que pudo ver el odio reflejado en el rostro de Culum. Esperó su respuesta, y como no llegara, dijo—: No creí que tuvieras miedo.

A continuación, Struan dio media vuelta y comenzó a descender por la colina, en dirección al otro promontorio.

Culum vaciló, y al fin, aunque atenazado por el temblor, siguió a su padre, dominado por la voluntad de éste.

Conforme Struan iba ascendiendo, Culum tuvo la sensación de que su padre estaba realizando otro juego peligroso. Al fin llegó Struan a la árida cumbre del otro monte, donde el viento azotaba con más fuerza. Miró entonces hacia abajo, y vio a Culum, trepando con esfuerzo bastante más atrás.

Volvió Struan la espalda a su hijo. El panorama que se divisaba desde allí era grandioso. Terriblemente hermoso. El sol ya estaba alto en el cielo, y el océano era una alfombra verde azulada. De éste surgían a mayor o menor distancia las cumbres pardas de otras islas:

Pokliu Chau, al sudeste; Lan Tao, una gran isla, mayor aún que Hong-Kong, quince millas al Oeste, y los centenares de islotes rocosos y áridos que rodeaban el archipiélago de Hong-Kong. Los buques fondeados en el puerto se divisaban perfectamente a través de los gemelos, y hacia el Norte se apreciaba con toda claridad la tierra firme de China. Podían verse las flotillas de juncos y sampánes enfilando por el canal de Lan Tao, en dirección a Hong-Kong, mientras que otros se dirigían hacia el estuario del río Si-Kiang. Hacia los cuatro puntos cardinales se divisaba tráfico marítimo: fragatas de patrulla, juncos de pesca y sampánes. Pero no había ningún buque mercante.

«Bueno —pensó Struan—, pocas semanas más, y, una vez concluida la guerra, los navíos mercantes volverán a dominar los mares».

Culum ascendía por el sendero, siguiendo a Struan. Estaba exhausto, y sólo su determinación le impulsaba a seguir subiendo. Tenía las ropas desgarradas por los espinos que cubrían las laderas del monte, los cuales también le habían arañado la cara. Sin embargo, el muchacho seguía ascendiendo sin detenerse. Por fin llegó a la cumbre, jadeando, y fue recibido por los embates del vendaval. Struan se hallaba sentado en el suelo, unos metros más abajo, hacia la falda contraria al viento. Había extendido un mantel, sobre el que se hallaban algunos

alimentos y una botella de vino.

—Ten, muchacho —dijo Struan, y ofreció a su hijo un vaso mediado de vino.

Aún respirando fatigosamente, Culum cogió el vaso que le tendían y trató de beber, pero la mayor parte del líquido resbaló por su barbilla y cayó al suelo. Culum lo limpió con una mano y respiró una bocanada de aire.

—Siéntate —dijo Struan.

Ante la sorpresa de su hijo, Struan sonreía con expresión benigna.

—Vamos, muchacho, siéntate, por favor.

—No…, no comprendo…

—La vista del mar es aún mejor desde aquí, ¿verdad?

—Hace un momento eras la encarnación del demonio —dijo Culum, con los pulmones doliéndole a causa del esfuerzo—, y ahora…, ahora…, francamente, no entiendo…

—He traído pollo frío y algunas cosas más. ¿Te parece bien?

—¿Pollo? —dijo Culum, con tono de incredulidad.

—Sí. Aún no has desayunado, y debes de tener bastante apetito, ¿no es cierto?

—Respecto a la colina…

—Recobra el aliento y luego come algo, por favor. Creo que no has dormido estas dos últimas noches. No es bueno hablar con el estómago vacío. Come despacio, o te expones a que te siente mal la comida. El ascenso hasta aquí es bastante duro. Yo mismo me encuentro agotado.

Culum recostóse contra una roca, cerró los párpados y aflojó la tensión de sus músculos. Luego abrió los ojos, esperando que aquello sólo fuera un sueño que iba a desvanecerse de un momento a otro; pero allí seguía su padre observando el mar hacia el Sur, con sus binoculares.

—Te decía, acerca de la colina, que…

—Ten, come —le interrumpió Struan, y le ofreció un poco de pollo.

Culum tomó una zanca, pero en lugar de llevársela a la boca, dijo:

—No puedo comer hasta que no lo haya dicho. Necesito hacerlo. Quiero decirte que me vi forzado a hacer lo que hice. Era la única solución posible. De lo contrario, Brock te hubiera aniquilado, dejando de pujar en el momento oportuno. Estoy seguro de que lo habría hecho así. De no haberos odiado tanto el uno al otro, ahora tendrías la loma. Tú mismo me obligaste a actuar así. La culpa

es tuya. Ahora la colina pertenece a la iglesia, y está bien que sea de ese modo. Así lo has querido.

—Sí, desde luego —contestó Struan—. En realidad, estoy orgulloso de lo que hiciste. Se necesita un gran coraje para ello. No creo que Robb lo hubiera hecho. El caso es que el asunto se solucionó satisfactoriamente.

Culum sintióse anonadado, y dijo tartamudeando:

—¿Acaso…, acaso preveías que yo iba a actuar del modo en que lo hice?

—Estudié las posibilidades, y supuse que ibas a obrar de esa forma. Luego, cuando te pusiste tan nervioso al ver a Longstaff, y cuando me eludiste al comienzo, en el Valle Feliz, tuve la seguridad de que lo habías concertado todo. Por último, cuando Longstaff me felicitó por «el gesto» que había tenido, ya no me quedó duda alguna acerca de que habías adoptado la única solución posible. Estoy orgulloso de ti, muchacho. Sé que Brock nos hubiera arruinado. Yo no podía hacer nada por evitarlo. La colina era un asunto en el que iba mi prestigio.

—Pero, tú… tú me hiciste vivir en un infierno de angustia durante dos días enteros, sabiendo que había una solución tan sencilla, ¿no es cierto?

—¿Te parece tan sencillo?

—¡Para ti lo era! —exclamó Culum, poniéndose en pie.

—Tal vez —contestó Struan, y púsose serio de pronto—. Pero tú tomaste la decisión, y eso te honra. Ahora eres un *hombre* cabal. De haberte yo propuesto eso, posiblemente no habrías sido capaz de hacerlo. De haber sospechado Brock que estábamos de acuerdo, nos hubiera convertido en el hazmerreír de todo el Oriente. Jamás habríamos podido andar con la cabeza erguida.

—Me has sacrificado a tu amor propio, ¿verdad? —inquirió Culum, sin poder dominarse—. ¡Por tu maldito amor propio, condenación!

—Por el nuestro, Culum. Y te aseguro que me gusta oírte maldecir. Eso está bien, muchacho.

—Luego toda tu ira, toda tu cólera, era fingida…

—En efecto. Tenía que hacerlo a causa de Brock y de los demás.

—¿Y también por Robb?

—Por él más que por los otros. Vamos, come.

—¡Basta ya con la comida! ¡Eres el demonio, y nos arrastrarás contigo al infierno! ¡Por Dios Nuestro Señor, juro que…!

Struan se levantó de un salto, cogió a Culum por los hombros y lo sacudió.

—Antes de que digas algo que puedas lamentar, escucha. Consideré la posibilidad de que tendrías coraje para actuar, y así lo hiciste. Tú solo, sin ayuda de nadie. Por eso te admiro. Ahora eres Culum Struan, el hombre que osó interponerse en el camino del Tai-Pan; el hombre que le quitó la colina, una de las cosas que éste codiciaba más. En un día has logrado más prestigio del que podrías haber ganado en veinte años. ¿Cómo demonios crees que vas a poder manejar a las gentes y dirigirlas? ¿Sólo con la fuerza bruta? No; también necesitarás poner en juego tu inteligencia. Struan rióse quedamente, y se sirvió un vaso de vino. Luego añadió:

—Los que tengan la suficiente capacidad, no dejarán de notar lo inteligente que has sido. Culum ha actuado con astucia, se dirán. Entregó la loma a la iglesia, y de ese modo evitó que Struan arruine a la Noble Casa volcando su fortuna sobre una colina sin valor. Y al mismo tiempo, pensarán también, el muchacho ha salvado el honor de su padre. Estoy seguro de que hasta el mismo Brock se siente impresionado por tu acción, aunque en el fondo pudiera sospechar que hubo un acuerdo secreto entre tú y yo. Las gentes te alabarán por proporcionar las mejores tierras para un elevado fin, como es la construcción del templo. De ahora en adelante, los necios como Longstaff, te temerán y solicitarán tu consejo. Los cínicos elogiarán la astucia con que obraste, y dirán: «Culum lleva el demonio dentro, como su padre. Cuidado con él». Te aseguro que has conseguido un enorme prestigio, muchacho.

—Pero…, en tal caso, si… si yo lo he ganado, tú, en cambio, lo has perdido.

—Cierto. Pero puedo permitirme ese lujo, en bien tuyo y de Robb. Tengo renombre de sobra, y me queda poco tiempo para dejarte asentado en tu nuevo puesto. Ya verás, muchacho, cómo todos se preguntan: «Culum lo ha hecho una vez; pero, ¿será capaz de intentarlo otra?». Además, estarán esperando que nos odiemos mutuamente, tratando de destruirnos el uno al otro. Y eso es precisamente lo que debemos fingir ante todos, en público.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Deberemos mostrarnos fríamente hostiles cuando nos encontremos ante los demás. Y, dentro de poco, Brock procurará atraerte hacia su lado, lo mismo que Cooper y Tillman. Te contarán mentiras o verdades retorcidas, a fin de alimentar tu odio y de que al fin arruines a nuestra Compañía. Todos los traficantes están deseando que se hunda la Noble Casa. Pero ahora

estoy seguro de que no podrán conseguirlo. Tú me has demostrado que no lograrán su propósito, por todos los cielos.

—No pienso entrar en ese juego —dijo Culum serenamente.

—Tendrás que hacerlo. Recuérdalo, deberás hacerlo durante cinco meses, y luego durante cinco años más. Lo has jurado sobre la Biblia.

—¿Ahora quieres obligarme a eso?

—Tienes que hacerlo. Tu salario está en juego.

—¿Crees que el dinero tiene importancia, tratándose de un asunto como éste?

—Vale la pena, teniendo en cuenta el pago que vas a recibir, y no sólo en dinero.

—De todos modos, no lo voy a hacer. No puedo hacerlo.

Struan cogió otro trozo de pollo, que mordisqueó con aire reflexivo, y luego dijo:

—Lo consideré detenidamente. Tuve la tentación de no decirte nada, de dejarte ignorando cómo habían ocurrido las cosas. Pero después de estudiarte más a fondo, pensé que eras capaz de soportar la realidad. Para los dos es mejor que sepas la verdad.

—¿Pretendes acaso que viva odiándote constantemente, a los ojos de los demás, sólo para beneficiar a la Noble Casa?

—Tú mismo debes dar la respuesta.

—Eres cruel.

—Tal vez. En cierto modo es así —contestó Struan, mientras comía el pollo —. Soy todo lo que tú dices, y más aún, quizá. No sigo muchos de los Diez Mandamientos, pero algunos los respeto. Sé bien lo que hago, y estoy dispuesto a dar cuenta de mis actos. Pero lo cierto es que soy el único hombre de la tierra en el que puedes confiar plenamente, mientras no te vuelvas en contra de la Noble Casa. Yo soy el Tai-Pan. Con trabajos y sufrimientos, tú puedes llegar también a serlo.

—Se requiere también maldad e hipocresía. Y eso me disgusta.

—¡Ah, muchacho, cómo se nota que te falta experiencia! —replicó Struan, arrojando lejos el hueso—. Eres muy joven y te envidio los años que tienes por delante. Dices que eso te disgusta. ¿Te disgusta acaso ser el mejor? ¿Te disgusta dominar a Brock y a los demás con sólo tu presencia? ¿No te complace manejar

a Longstaff y con él a la Corona? ¿Al emperador de China, y por su intermedio a trescientos millones de orientales? —inquirió Struan, y se sirvió otro vaso de vino—. Ya lo creo que vale la pena. Una pequeña comedia bien vale todo eso.

Culum se recostó sobre el suelo rocoso, con las implacables palabras de su padre martilleándole en los oídos.

«¿Es ésta tu voluntad, Señor? —se preguntó—. ¿Acaso deben sobrevivir los fuertes a costa de los más débiles? Sin embargo, Jesús dijo que los débiles heredarían la tierra. ¿Se refería en realidad a la tierra, o al Reino de los Cielos? Mas lo cierto es que con humildad no hubiera salvado a la Noble Casa, como lo acabo de hacer. Con humildad no progresaremos, ni superaremos a los crueles y a los codiciosos. Si llego a ser Tai-Pan, el cartismo seguirá adelante. Mi padre habló de lograr la riqueza con un fin, con un propósito idealista. Muy bien, así será».

De pronto todo el odio de Culum hacia su padre se desvaneció. Pero también desapareció su afecto hacia él. Lo único que le quedó fue respeto.

—¿Para qué hemos venido hasta aquí arriba? —preguntó al fin Culum.

Struan se dio cuenta de que acababa de perder a su hijo. Sintióse entristecido como padre, pero no como hombre. Había presentado batalla al enemigo, en el momento preciso, y le había vencido. Por consiguiente, había cumplido con su deber.

—Para que estuvieras agotado, y te dejaras llevar menos por la pasión —manifestó—. Y para mostrarte que si desde la colina el panorama es agradable, desde aquí es grandioso.

Culum contempló por vez primera la vista que se extendía ante él.

—Sí, así es —manifestó, y, sintiéndose más animado, se inclinó sobre el plato y eligió otro trozo de pollo, que empezó a comer.

Struan trató de borrar de su rostro la expresión de amargura. También la sonrisa del muchacho volvería a aparecer con el tiempo, se dijo. Era muy duro tener que crecer tan de prisa. Había que darle tiempo.

De pronto, Struan sintióse muy cansado. Se recostó contra una roca y dirigió sus gemelos hacia el Sur, buscando al *China Cloud*, pero éste no se hallaba al alcance de su vista. Perezosamente inspeccionó el horizonte, y de improviso fijó la vista en un punto.

—¡Mira, muchacho, allí está el *Blue Cloud*!

Culum cogió los binoculares y localizó el clíper. Era un buque gemelo del *Thunder Cloud*, un hermoso navío de dieciocho cañones. Hermoso hasta para Culum, que odiaba los buques y todo cuanto al mar se refería.

—Debe de traer unas cien mil guineas de opio a bordo —manifestó Struan —. ¿Qué crees que debemos hacer ahora? Tenemos aquí tres buques, y dieciséis más llegarán en el curso de este mes.

—Tal vez debamos enviarlos al Norte, para que vendan sus cargamentos.

—Perfectamente —dijo Struan, y su rostro se ensombreció levemente—. Esto me recuerda a Isaac Perry. Te acuerdas de él, ¿verdad?

—Sí. Me parece que hace ya un siglo que no está con nosotros.

—No habrás olvidado que le despedí por lo de McKay, y porque estaba atemorizado sin razón aparente. Luego di a McKay quince días para que averiguase la razón de ese despido, y el contramaestre no regresó a Cantón. Anoche le vi, por fin. Tiene un nuevo empleo en tierra, como delegado de policía.

Struan encendió un cigarro, protegiendo la llama del viento con la mano, y después ofreció fuego a Culum, al que había proporcionado otro cigarro. Luego añadió:

—Bien, según parece, a Perry le han proporcionado Cooper y Tillman un nuevo empleo. Es en la carrera entre Virginia y África. Se dedica al transporte de esclavos.

—No puedo creerlo.

—Me lo dijo Wilf Tillman, anoche. Aseguró que a Perry ya no le interesaba el tráfico con China, por lo que le ofrecieron un asunto poco limpio, y Perry lo aceptó. Salió hace una semana, pero antes de eso, McKay le sonsacó un secreto. Fueron a emborracharse juntos, y McKay contó que yo le había despedido. Me maldijo y pidió a Perry que le consiguiera un nuevo buque, al tiempo que juraba vengarse de mí. La bebida afloja la lengua, y Perry se volvió confidencial. Contó a McKay que tiempo antes había vendido una copia del mapa con nuestros emplazamientos secretos de venta en la costa, incluyendo la latitud y longitud de los lugares, así como los nombres de los traficantes chinos de opio. El documento fue vendido a Morgan Brock la última vez que Perry estuvo en Londres.

—Así que Brock conoce ahora los lugares secretos donde efectuamos el

intercambio de mercancías, ¿no es eso?

—Sólo los que utilizó Perry. Pero llevaba diez años traficando, y conocía la mayor parte de los emplazamientos.

—¿Qué puede hacerse?

—Buscar nuevos lugares y nuevos comerciantes dignos de confianza. Ya ves, muchacho, que no es posible confiar excesivamente en nadie.

—Es algo lamentable.

—Así es la ley de la vida. Bueno, descansa otro poco, y luego nos marchamos.

—¿A dónde?

—A Aberdeen. Vamos a echar un vistazo con toda calma, para cuando haya que elegir a los hombres de Wu Kwok.

Struan abrió su mochila y entregó una pistola a Culum.

—¿Sabes usar esto? —inquirió.

—No muy bien.

—Es conveniente que practiques.

—Está bien —manifestó Culum, al tiempo que examinaba las armas. Había empleado las pistolas de duelo en una ocasión, durante un desafío en la Universidad, y tanto él como su adversario mostraron tanto pavor que las balas erraron los blancos por muchos metros.

—Ya podemos marcharnos —añadió Culum—. He descansado bastante.

—Quiero esperar hasta que el *China Cloud* aparezca en el horizonte.

—¿A dónde fue el barco?

—A Macao.

—¿Con qué misión?

—Pusieron a precio la cabeza de mi amante y del hijo y la hija que tuve con ella. Los piden vivos. Por eso mandé a Mauss en el *China Cloud*, para que los trajese.

—Pero Gordon ya está aquí. Recordarás que estuvimos hablando ayer con él.

—Gordon es hijo de otra mujer.

Comprobó Culum que, por extraño que pareciese, no le afectaba demasiado el hecho de que su padre tuviera no ya dos, sino tres familias. Sí, tres, contándose él y Winifreda.

—Si les pusieron a precio la cabeza y los piden vivos, seguramente los

raptarán. Es algo terrible.

—También tú tienes puesta a precio la cabeza. Dan diez mil dólares por ti.

—¿Crees que valgo eso? Lo dudo.

—Cuando un chino ofrece diez, puedes estar seguro de que vales cien —aseguró Struan, y enfocó de nuevo los gemelos sobre el *Blue Cloud*—. Creo que eso sería lo justo. Ofrecer por ti cien mil dólares.

Culum se colocó la mano sobre los ojos, para impedir que le deslumhraran los rayos del sol, y diose cuenta de que su padre había querido elogiarle. No dijo nada, sin embargo. Estaba pensando en la otra amante de Struan, y se preguntó qué aspecto tendría ella, y la madre de Gordon. Su mente trabajaba fríamente, sin rencor, pero con evidente desdén por la debilidad de que hacía gala su padre en el aspecto sentimental. Culum se extrañó de que pudiera pensar tan desapasionadamente acerca de un asunto como aquél.

—¿Qué hará Brock con la plata? Va a sufrir un ataque tras otro de los piratas mientras la tenga en su poder —dijo Culum, al fin.

—Tendrá que pedir que nos hagamos cargo de una buena parte de los lingotes, a cambio de un documento que lo acredite. Lo haremos en cuanto lo solicite, pero aprovecharemos para darle menos interés del habitual. Puedes decir a Robb que se encargue del asunto.

—Entonces seremos nosotros los que sufriremos el ataque de los piratas.

—Tal vez —contestó Struan, observando el *Blue Cloud*, que avanzaba con el viento de costado, en el paso existente entre Lan Tao y Hong-Kong. Luego añadió—: En cuanto llegue el *China Cloud* pienso marcharme con la fuerza expedicionaria, y no regresaré a Hong-Kong hasta el día anterior al baile.

—¿Por qué te vas?

—Para darte tiempo a que te vayas acostumbrando. Necesitas práctica. Tú y Robb vais a iniciar la construcción de los edificios, cuyos planos ya he mandado hacer. Pero no debéis empezar la construcción de la Gran Mansión. Yo decidiré más tarde acerca de eso. Comenzad a erigir una iglesia en la loma. Que diseñe la fachada Aristóteles, pero pagadle una décima, parte de la primera suma que os pida. Tú y Robb debéis encargaros de todo.

—Sí, Tai-Pan —dijo Culum. Struan ya era el Tai-Pan para él, no su padre. Los dos se dieron cuenta de que era un hecho consumado, y lo aceptaron como tal.

—Construye mi casa de descanso en el lote interior número diecisiete. Robb tiene el plano. Debe estar concluida dentro de tres semanas, con el jardín plantado y una pared de tres metros de altura en torno al terreno.

—Eso es imposible.

—No importa el precio. Pon cien o doscientos hombres a trabajar, si es necesario. Los muebles y los jardines deberán ser como se detalla en el mismo plano. Quiero que todos nuestros edificios se hallen concluidos en tres meses, a lo sumo.

—Esas construcciones tardarán por lo menos diez meses o un año en acabarse.

—No ocurrirá así; utilizaremos muchos más hombres y pagaremos más dinero. De ese modo acabaremos antes.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—¿Por qué no puedo tenerla?

Culum miró hacia el mar, como para eludir el tema. Al cabo de un momento, dijo:

—¿Qué has pensado acerca del baile?

—Tú lo dispondrás todo, igualmente, con la ayuda de Robb y de Chen Sheng, nuestro comprador.

—En cuanto a Robb, ¿no vamos a decirle que nuestra enemistad es fingida?

—Te dejo que decidas eso. Puedes decírselo la noche del baile, si lo deseas.

En ese momento aparecieron unas velas en el horizonte, y poco después, Struan comprobó con los gemelos que se trataba del *China Cloud*.

—Ya podemos marcharnos —manifestó Struan.

—Está bien.

Struan colocó en la mochila los vasos y la comida que les había sobrado, y dijo:

—Envía en secreto algunos hombres aquí, durante el día, para que vigilen.

—¿Qué deben vigilar?

—Los barcos. Desde aquí sabemos con cuatro o cinco horas de anticipación la llegada de las naves. Cuando se trate de un buque correo, enviarás un cúter rápido a su encuentro, para tener la correspondencia antes que los demás.

—No comprendo el objeto de eso.

—Ganar tiempo en las transacciones. Con cuatro horas de adelanto

podremos hacer numerosas compras y ventas. Es mucho tiempo, el suficiente a veces para establecer la diferencia entre la vida y la muerte.

El respeto de Culum hacia su padre se intensificó. Muy astuto, se dijo. Miró entonces hacia el Oeste, en dirección a la gran isla de Lan Tao, y exclamó de pronto:

—¡Mira, al sur de la isla hay humo! ¡Un barco que seguramente está ardiendo!

—Tienes buena vista, muchacho —replicó Struan, enfocando los gemelos hacia donde le señalaba Culum—. ¡Santo cielo, es un buque de vapor!

Poco después comenzó a divisarse el barco, de feo casco negro y aguzada proa. El humo salía en abundancia de una chimenea qué había en cubierta. El buque poseía dos mástiles y estaba aparejado para usar velas, pero en ese momento no llevaba izada ninguna, pese a lo cual avanzaba como por arte de magia contra el viento, mientras flameaba a proa una enseña roja.

—¡Mira ese ventrudo engendro de la Marina Real! —dijo, irritado, Struan.

—¿Qué tiene de malo? —inquirió Culum.

—¿Preguntas qué tiene de malo ese adefesio de hierro, esa prostituta de los mares?

Culum enfocó de nuevo los binoculares hacia el navío, el cual no parecía tener a sus ojos nada de particular. Ya había visto anteriormente algunas naves de ruedas. De ese tipo eran, desde hacía diez años, los buques correo irlandeses. Veía en ese momento las dos ruedas gigantescas situadas en la mitad del casco, una a babor y la otra a estribor. Pudo ver entonces que el buque estaba armado con numerosos cañones.

—No veo nada de raro en ese barco.

—¿No lo ves, eh? ¿No adviertes cómo avanza? ¡Contra el viento, por todos los infiernos! ¡Y va a pasar pronto al *Blue Cload*, como si éste estuviera tripulado por una pandilla de simios, y no por una de las mejores dotaciones del mundo!

—Sigo sin comprenderte.

—A ver si lo entiendes de una vez. Ya ha llegado un vapor a Oriente. Ha hecho lo imposible. Ese montón de chatarra construido gracias a la inventiva del condenado Stephenson, ha navegado desde Inglaterra hasta aquí, contra las adversidades del mar y de los vientos. Si ya lo ha hecho uno, no tardarán en

hacerlo centenares, millares de vapores. ¡He ahí el progreso, el comienzo de una nueva era! —manifestó Struan, cogiendo la botella vacía y estrellándola contra una roca—. ¡A eso tendremos que acostumbrarnos en los próximos años! ¡A esos engendros, a esos pobres remedos de buques, ira del cielo!

—Cierto que es feo, cuando se compara ese barco con el *Blue Cloud*, por ejemplo. Pero al poder navegar contra el viento, independizándose de él, por consiguiente, no hay duda de que la navegación será más rápida y económica, y que…

—¡Nunca! ¡Un vapor no será nunca más rápido que un clíper corriendo viento en popa, como si tuviera alas! Nunca será tan marinero, ni tan económico. Sus calderas devoran la madera o el carbón. Además, no se los podrá utilizar en el transporte del té, que es muy sensible y se estropea al menor indicio de olor desagradable. Las velas seguirán transportando el té, gracias a Dios, y no esas marmitas de hierro, que se hundirán como piedras al menor bandazo.

Culum escuchaba divertido a su padre, aunque no lo demostraba.

—Sí, pero con el tiempo se perfeccionarán —dijo al fin—. Y tú mismo has dicho lo que va a ocurrir: si uno ha llegado hasta aquí, también lo harán muchos más. Creo que debemos comenzar a comprar vapores.

—Tú podrás hacerlo, en tu hora, y seguramente estarás acertado. Pero lo que es yo, jamás daré orden de adquirir uno solo de esos engendros. Mientras yo viva, la bandera del león y del dragón no ondeará sobre un solo buque de vapor.

—¿Piensan todos los marinos como tú, padre? —inquirió Culum, como al descuido.

—Esa es una pregunta imbécil, Culum —replicó Struan ásperamente—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pensaba en el progreso, Tai-Pan.

Culum observó de nuevo el buque, y agregó:

—Me pregunto cuál será el nombre de esa nave.

Struan miró receloso a su hijo, dándose cuenta de que algo estaba incubándose en aquella mente, si bien no alcanzaba a imaginar qué podía ser.

«Es extraño —se dijo—, pero es la primera vez que piensas en Culum como en un hombre, y no como un muchacho. Gracias a Dios, no viviré lo suficiente para contemplar la desaparición del barco de velas. Pero esa nave presagia la muerte del clíper en los mares de China; la muerte del buque más hermoso que

jamás navegó por el océano».

Struan inició a continuación el descenso, para dirigirse hacia Aberdeen. Más tarde el vapor se halló lo suficientemente cerca como para que pudiera leerse su nombre. Se trataba de un navío de la Marina de guerra británica. Era el *Némesis*.

LIBRO SEGUNDO

Dos fragatas pasaron, dejando a un lado al primero de los fuertes que defendían el Bogue, el canal de diez millas de largo situado en las cercanías de Cantón. El Bogue estaba defendido por fuertes bastiones y se estrechaba peligrosamente en las bocas del paso, por lo que las fragatas parecían hallarse en una situación de desventaja casi suicida. Había escaso lugar para maniobrar, y los cañones del fuerte hubieran podido bombardear fácilmente a los buques, mientras éstos avanzaban corriente arriba. Sin embargo, los cañones no podían girar sobre sus bases, sino que se hallaban inmóviles, y varios siglos de corrupción administrativa habían hecho que la fortaleza estuviera en plena decadencia. Así, pues, aunque la artillería del fuerte disparó, sus balas pasaron inofensivamente sobre las dos naves británicas.

Numerosas lanchas partieron de las dos fragatas, y los infantes de Marina desembarcaron poco después en las orillas. No tardó mucho en caer el fuerte, ya que sus defensores, sabiendo que no tenían ninguna posibilidad de resistir con éxito, se habían retirado prudentemente.

Así, pues, las tropas inglesas, sin experimentar baja alguna, procedieron a ocupar la fortaleza. Inutilizaron los viejos cañones, y unos pocos soldados se quedaron de guardia en el lugar. El resto regresó a bordo, y las fragatas avanzaron otra milla más hacia el Norte, hasta los fortines siguientes, que dominaron con la misma facilidad que el primero.

Algún tiempo después los chinos enviaron contra los dos navíos de guerra una flotilla de juncos y de brulotes, pero las fragatas destruyeron las embarcaciones con toda facilidad.

Los dos buques británicos podían hundir los juncos tan fácilmente debido a su poder artillero, muy superior, y a la gran capacidad de maniobra que sus aparejos y velas les proporcionaban para encaminarse hacia cualquier punto de

la rosa de los vientos desde donde soplase el viento. Los juncos, en cambio, no podían virar como las fragatas, ni avanzar hacia barlovento.

Hablan sido construidos para los mares que bañaban la China y para navegar impulsados por los regulares monzones, mientras que las fragatas fueron diseñadas para las agitadas aguas del Canal de la Mancha, del mar del Norte y del océano Atlántico, donde las tormentas y los ventavales eran un suceso corriente.

CAPITULO XV

—Es como apuntar a una bandada de patos dormidos —dijo el almirante, lleno de disgusto.

—En efecto —contestó Struan—; pero las bajas de ellos son leves, y en cuanto a las nuestras ni siquiera son dignas de ser tenidas en cuenta.

—De todos modos, se trata de una victoria decisiva —aseguró Longstaff—. Eso es lo que importa, y lo que deseábamos. Horacio, recuérdeme que hay que pedir a Aristóteles que refleje en un cuadro el ataque de hoy a los fuertes del Bogue.

—Sí, Excelencia.

Los que hablaban encontrábanse en el puente del buque insignia H. M. S. *Vengeance*, situado una milla a popa de las fragatas atacantes. Detrás de la nave almirante avanzaba el grueso de la fuerza expedicionaria, con el *China Cloud* en vanguardia, en el cual se hallaban secretamente May-May y sus hijos.

—Estamos quedando rezagados, almirante —dijo Longstaff—. ¿No podemos aproximarnos más a las fragatas?

El almirante hizo lo posible por dominarse y seguir siendo cortés con Longstaff. Llevaba varios meses bajo el control riguroso de éste, recibiendo órdenes y contraórdenes a veces contradictorias, lo que, unido al hecho de tener que tomar parte en aquella desdeñable contienda, le tenía sumamente disgustado.

—Avanzamos sin inconvenientes, señor.

—No lo creo así. Cambiamos de bordada continuamente, a fin de aprovechar mejor el viento, y eso nos hace perder mucho tiempo. Envíe una señal al *Némesis*. El vapor podrá remolcarnos fácilmente corriente arriba.

—¿Habla usted de remolcar mi buque insignia? —rugió el almirante, sin poder contenerse, con el rostro y el cuello congestionados—. ¿Pretende que esa condenada máquina de hacer salchichas remolque a mi navío de línea de setenta

y cuatro cañones? ¿Eso es lo que pretende usted?

—Sí, mi querido amigo —contestó Longstaff plácidamente—. Es la única forma de que lleguemos antes a Cantón.

—¡Jamás haré eso, por todos los cielos!

—En tal caso trasladaré al vapor mi cuartel general. Haga disponer una lancha. Debo advertirle que me parecen ridículos esos celos profesionales. Un buque es un buque, sea de vela o de vapor, y lo que importa es ganar la guerra. Puede usted venir a bordo, si lo cree conveniente. Me gustaría que me acompañase, Dirk. Vamos, Horacio.

Longstaff se alejó del puente, profundamente irritado ante la obcecación del almirante y las continuas pendencias que se producían entre el Ejército y la Marina sobre la preponderancia de una u otra arma, sobre cuál debía tener preferencia para instalar sus cuarteles en Hong-Kong y para emprender las acciones bélicas, según se considerase una maniobra como marítima o como terrestre. También le había disgustado la artimaña, de aquel pequeño maquiavelo que estaba demostrando ser el joven Culum, al hacerle firmar la cesión de la colina a la iglesia, poniendo de ese modo en peligro sus relaciones con el Tai-Pan, que habían sido excelentes durante tantos años.

Por otra parte, Longstaff estaba ya cansado de la empresa nada fácil de establecer una colonia, siendo objeto de continuas solicitudes y presiones, y viéndose atrapado a veces en las redes de la implacable competencia entablada entre los traficantes. También le disgustaba la actitud de los chinos, que habían osado repudiar el tratado que él tan magnánimamente propuso.

«Condenación —pensó Longstaff—. Heme aquí cargando sobre mis hombros con el peso de toda Asia, tomando todas las decisiones que pueden ser tomadas, separando a los pendencieros, haciendo una guerra complicada, tratando de salvar el comercio británico. ¿Y qué obtengo por todo ello? Nada, hasta ahora. Hace tiempo que la Corona debía de haberme concedido un título de nobleza, por todos los santos».

Por fin, su ira aplacóse, ya que se daba cuenta de que el Oriente no tardaría en quedar apaciguado, y, entonces, desde Hong-Kong resurgiría con todo su poder el comercio británico. Y ello sería posible gracias a la obra del gobernador. Los gobernadores eran nombrados caballeros por la reina. Sir William Longstaff no sonaba nada mal. Y como el gobernador era el comandante en jefe de todas

las fuerzas coloniales, y el que dictaba las leyes, así como el representante directo de la reina, al fin le sería posible tratar a los tozudos almirantes y generales como ellos se merecían, Longstaff los maldijo una vez más, y se sintió mucho mejor.

Poco después, Longstaff se trasladaba al *Némesis*.

Struan se le unió, ya que fuera o no en vapor, quería llegar el primero a Cantón.

Cinco días después, la flota se hallaba anclada en Whampoa, habiendo dominado por completo la parte del río que habían dejado atrás. Inmediatamente llegó una delegación de mercaderes Co-hong, que el nuevo virrey, Ching-so, envió para negociar. Sin embargo, Struan sugirió que no se recibiera a los enviados, los cuales tuvieron que retirarse sin poder llevar a cabo la entrevista. Al día siguiente, el antiguo Establecimiento fue ocupado por las tropas inglesas.

Cuando los traficantes llegaron al Establecimiento, sus antiguos criados estaban ya esperándoles a las puertas de los edificios que habían ocupado. Era como si nunca hubieran abandonado aquellos lugares, pues no habían tocado nada en su ausencia, y nada pudieron echar de menos.

En la plaza instalaron sus tiendas de campaña los soldados de un destacamento de vigilancia, y Longstaff montó su cuartel general en el edificio de la Noble Casa.

Llegó de nuevo otra delegación de Co-hong, que tuvo que marcharse sin lograr su objetivo, como la primera, e hiciéronse los preparativos para sitiar la ciudad de Cantón.

A todas horas del día y de la noche, Hog Street y la Thirteen Factory Street eran un bullente conjunto de compradores y vendedores, que ejercían activamente sus funciones, sin que faltaran los rateros de costumbre.

Los lupanares y los tabernuchos proliferaban como hongos. Numerosos individuos aparecían muertos como consecuencia de las fuertes borracheras, o bien con la garganta cortada de un tajo. Los mercaderes luchaban por conseguir espacio para sus tenderetes, y los precios subían o bajaban siguiendo las incidencias del mercado.

Otra vez llegaron los Co-hong solicitando una entrevista, y de nuevo Struan se impuso a Longstaff, haciendo que éste los despidiese sin recibirlos. Los navíos de guerra fondearon en medio del río, en tanto que el *Némesis* operaba

lentamente por los contornos, haciendo cundir el espanto por donde pasaba. A pesar de todo, los juncos y los sampánes seguían llevando a cabo su tráfico, hacia arriba y abajo del río. El té y las sedas de la temporada llegaban desde el continente y llenaban a rebosar los almacenes de los Co-hong situados a ambas márgenes del río.

Una noche, en secreto, se presentó Jin-qua en el Establecimiento.

—Hola, Tai-Pan —dijo el anciano chino, al entrar en el comedor privado del edificio de la Noble Casa, apoyándose en sus esclavos—. Me alegra verle de nuevo. ¿Cómo no ha venido a verme?

Los esclavos le ayudaron a sentarse, inclináronse y se marcharon. El comerciante parecía más viejo que nunca, y con la piel más apergaminada, pero sus ojos seguían pareciendo los de un joven e inteligentes. Vestía Jin-qua una larga túnica de seda azul claro, pantalones también de seda azul, y cubrían sus diminutos pies unas zapatillas de cuero suave. Una ligera chaqueta almohadillada con plumón le protegía del fresco de la noche de primavera, y se tocaba con un sombrero de múltiples colores.

—¿Qué tal, Jin-qua? El honorable Longstaff se halla muy irritado. No quería que el Tai-Pan viera a su amigo —manifestó Struan, que había recibido a Jin-qua en mangas de camisa, para darle a entender que se hallaba disgustado por la moneda que fuera entregada al pirata Wu Fang Choi—. *¡Aeey yah!* ¿Un poco de té, Jin-qua?

Los criados sirvieron el té, y poco después se presentaron con varias bandejas de manjares. Struan sirvió al anciano algunos *dirn sum*, y luego se sirvió a sí mismo.

—La comida mucho mucho buena —aseguró Jin-qua, sentándose erguido en su silla.

—Comida muy mala —replicó Struan, en son de disculpa, aunque sabía que era lo mejor que había en Hong-Kong. Entró otro sirviente con un recipiente lleno de carbón que echó en el fuego, añadiendo luego algunas astillas de maderas aromáticas. Un delicioso aroma se extendió por toda la estancia.

Jin-qua comió con ademanes remilgados y tomó unos sorbos de vino de China, que, como todos los del país, se servía caliente, a determinada

temperatura.

El anciano sintióse animado por el grato calor producido por la bebida, y más aún por la seguridad de que su protegido, Struan, se comportaba perfectamente, como lo hubiera hecho el más sutil de los adversarios chinos. Al servirle *dim sum* por la noche, cuando las costumbres indicaban que debían comerse sólo en las primeras horas de la tarde, Struan quería poner de manifiesto su disgusto.

Aunque a Jin-qua le complacía ver los frutos obtenidos de la enseñanza que había prodigado al Tai-Pan, o más bien de la que había realizado su nieta, T'chung May-May, sintióse abrumado de pronto por un indefinible recelo. Se dijo que ése era el riesgo que se corría cuando trataba de educarse a un bárbaro, haciéndole conocer las costumbres civilizadas. El estudiante podía aprender demasiado aprisa y dominar al maestro antes de que éste se diera cuenta. Era conveniente actuar con cautela.

Así, pues, Jin-qua no hizo lo que pensaba llevar a cabo, esto es, ofrecer a Struan el más diminuto de los camarones, en el aire, como éste hiciera en el barco de Wu Kwok, dando a entender, por este medio tan sutil, que estaba al corriente de lo que había ocurrido en el junco del pirata. En lugar de ello, cogió una de las empanadillas de tamaño regular, la colocó en su plato y luego la comió plácidamente. Se dijo que por el momento resultaba mucho más aconsejable no dar a entender que estaba enterado de la entrevista celebrada entre Struan y Wu Kwok. Más tarde, si el Tai-Pan lo deseaba, podría ayudarle a eludir el peligro en que se hallaba, mostrándole la forma en que le sería posible evitar el desastre.

Mientras comía el *dim sum*, Jin-qua pensó en la absoluta estupidez de los mandarines y de los manchúes.

«¡Necia y desdeñable gentuza! —se dijo—. ¡Ojalá sus entrañas se les llenen de gusanos! Y pensar lo bien que habría sido planeado y ejecutado todo. Llevamos a los bárbaros a la guerra, en el momento y en el lugar que más nos convenía, y a pesar de nuestra derrota no concedimos nada de importancia. El comercio continuó, como siempre, únicamente a través de Cantón, y de ese modo nuestro país seguía quedando protegido de los bárbaros europeos. Sólo entregamos una deleznable isla, que no hemos perdido por completo, ya que actualmente está llena de culíes».

Jin-qua consideró la perfección del plan que había estimulado la codicia del

emperador, haciéndole pensar al mismo tiempo en Ti-sen como una posible amenaza para su trono, lo cual hizo que el propio soberano se decidiera a destruir a su pariente. ¡Divina treta! Ti-sen, cuidadosamente elegido de antemano con tal fin, había quedado perfectamente atrapado. Era el instrumento ideal para salvar al emperador y el prestigio de China.

Pero después de varios años de cuidadosos preparativos, cuando todo había salido a pedir de boca, aquel bicho infecto, aquel perro sarnoso que era el emperador, había cometido la increíble estupidez de rechazar el tratado.

«Ahora, los bárbaros británicos están irritados, y con razón —siguió pensando—. Han perdido ascendiente ante su demoníaca reina, lo que obligará a comenzar con todo, de nuevo. Así, pues, el propósito de China de civilizar a los bárbaros para atraerlos hacia la Luz, bajo el único gobierno de nuestro emperador, se verá considerablemente retrasado».

A Jin-qua no le preocupaba el tener que comenzar de nuevo, ya que sabía que el tiempo se contaba por siglos. Sólo le disgustaba aquel innecesario retraso, que les había hecho desperdiciar una magnífica ocasión.

«Primero, Cantón —reflexionó Jin-qua—. Tendremos que pagar un rescate por nuestro querido Cantón. ¿Cuánto nos costará eso? ¿Hasta qué punto podré lograr que la cantidad no sea exorbitante?».

Struan se hallaba inquieto. Estaba esperando que Jin-qua cogiese uno de los camarones y se lo ofreciera en el aire, pero el anciano no parecía decidido a hacerlo. ¿Querría decir eso que Jin-qua ignoraba que Wu Kwok hubiera entregado la moneda? En todo caso, había que andar con pies de plomo.

—Muchos barcos de cañones, ¿cierto, Tai-Pan? —dijo al fin Jin-qua.

—Longstaff tiene aún muchos más. Mala cosa es, cuando él se llena de cólera.

—*¡Aeey yah!* —exclamó Jin-qua—. El mandarín Ching-so también muy enfadado. El emperador puede decir lo mismo que a Ti-sen —aseguró el anciano, que se pasó un dedo por el cuello, significativamente—. ¿Cuántos taels pueden ayudar a solucionar las cosas?

—No lo sé exactamente. Tal vez cien laks.

Jin-qua sabía que un centenar de laks podían quedar amistosamente en cincuenta. Y esta suma a pagar por Cantón no era exagerada, sobre todo teniendo en cuenta que la ciudad se hallaba totalmente en manos de los ingleses. De todos

modos, el viejo chino aparentó mostrarse horrorizado. Aún no acababa de fingir su sorpresa, cuando oyó a Struan agregar:

—Añada otro centenar de laks, en concepto de tributo.

—¿Otro centenar? —exclamó Jin-qua, esta vez verdaderamente aterrado.

—Yo agrego el otro centenar —dijo ásperamente Struan—. Por haber puesto a precio, el mandarín Ching-so, la cabeza de mi mujer y de mis hijos.

—¿Precio a la cabeza de sus hijos? *¡Aeey yah!* Malo, mucho mucho malo el mandarín —dijo el anciano, fingiendo asombro.

Lo cierto era que Jin-qua había hecho saber a Mary que ofrecían una recompensa por May-May y los niños, con lo cual Struan pudo ponerlos a salvo antes de que alguien los raptase para percibir el dinero.

—Jin-qua arregla eso —agregó el chino—. No se preocupe. Yo arreglo en pocos días ante el maldito mandarín Ching-so. Malo, mucho mucho malo.

—Si no se arregla, no se añadirán cien laks, sino doscientos.

—Jin-qua amigo del Tai-Pan —manifestó el viejo suavemente—. No agrega uno ni dos laks, Tai-Pan. Yo arreglo fácil.

El astuto traficante sonrió ampliamente ante la solución que se le había ocurrido, y agregó:

—Muy fácil. Se pone otro nombre en la lista de Ching-so. La mujer y los niños del Amo de Un Ojo, ¿puede?

—¿Cómo? —estalló Struan, indignado.

—¿Qué malo? —preguntó Jin-qua. No podía concebir que a Struan le irritase el cambio. Se trataba de la mujer y los hijos del hombre que estaba empeñado en destruir al Tai-Pan, a cambio de su propia familia. ¿Qué había de malo en ello? ¿Cómo era posible entender a aquellos bárbaros?

«En nombre del cielo —estaba pensando Struan—. ¿Quién comprende a estos paganos demoníacos?».

—No, ninguna lista —replicó Struan—. Ni mis hijos, ni los del Amo de Un Ojo, ni los de nadie. Eso es mala cosa.

Sí; el rapto era un asunto muy desagradable, pensó Jin-qua, que sabía por experiencia lo que entrañaba aquella amenaza. Constantemente temía que sus hijos o nietos fueran objeto de uno de esos atentados, a fin de obligarle a pagar un rescate. Mas era necesario que en la lista figurasen algunos nombres, a cambio de la familia de Struan. Pero, ¿cuáles?

—Jin-qua no pone esos nombres en lista. Pero yo arreglo, no se preocupe. Yo arreglo, Tai-Pan.

—Si no, doscientos laks más, ¿entendido? —agregó Struan.

Jin-qua bebió pensativamente su té, y al cabo de unos momentos manifestó:

—Mañana los Co-hong hablan con Longstaff, ¿puede?

—Ching-so habla con Longstaff.

—Ching-so y los Co-hong. ¿Puede?

—Mañana, Ching-so. Los Co-hong, al día siguiente. Y se reanudará el comercio.

Jin-qua aparentó desesperarse, pero al fin terminó aceptando. Había obtenido de Ching-so el acuerdo para comenzar el comercio con los ingleses inmediatamente, y para entregar la mitad del rescate por la ciudad. Además obtuvo permiso para notificar que la otra mitad sería entregada seis meses más tarde. Las negociaciones continuarían hasta que el último barco inglés hubiera sido cargado de té y convenientemente pagado en plata. Entonces Ching-so caería sobre el Establecimiento. Sus tropas lo saquearían, y los brulotes de su flota destruirían los mercantes de los bárbaros, expulsando los pocos que quedasen fuera del río de Cantón. La normalización del comercio daría a los bárbaros una seguridad que les haría excesivamente confiados. Mientras tanto, los chinos irían reforzándose, y al fin Ching-so obtendría una gran victoria.

Maravillóse Jin-qua ante la perfección del plan. Sobre todo teniendo en cuenta que los bárbaros no quedarían conformes, ni mucho menos, con la quema y el saqueo del Establecimiento, sino profundamente encolerizados y con deseos de venganza. Ello les haría navegar inmediatamente hacia el Norte, para atacar Pekín.

En el mismo instante en que la flota apareciese ante la ciudad, el emperador solicitaría la paz y la entrada en vigor del antiguo tratado; del tratado que siempre debió regir. Así sería, porque era lo que deseaba el Tai-Pan, y Longstaff no era más que el perrillo faldero de éste.

Struan se puso en pie y dijo:

—Jin-qua debe decir a Ching-so que si se atreve a tocar un solo cabello de mi mujer o de mis hijos, el Tai-Pan enviará el dragón marino que respira fuego. El se encargará de comerse la ciudad de Cantón, puede estar seguro.

El viejo chino sonrió, pero no dejó de estremecerse ante la amenaza. Siguió

maldiciendo a lo largo de todo el camino que mediaba hasta su casa.

«Ahora tendré que utilizar más espías —dijo para sus adentros—, y gastar mucho dinero en proteger a los hijos de Struan contra los que desean hacerse ricos rápidamente. ¡Maldición, tres veces maldición!».

Una vez en la seguridad de su hogar, el anciano dio una patada a su concubina favorita, pellizcó a un par de esclavas, y se sintió mucho mejor. Más tarde se encaminó, conducido por sus esclavos, hasta un lugar de reunión secreta, donde se colocó una túnica roja de ceremonia que correspondía a su cargo en la secta. Jin-qua era el Tai Shan Chu, es decir, el jefe supremo de los perseguidos Hunfi Mun Tong, en el sur de China.

Escuchó después el primer informe del organismo recientemente creado en Hong-Kong, y confirmó como jefe del mismo a Gordon Chen.

Así, pues, ante el contento de los mercaderes chinos y de los traficantes británicos, el comercio se reanudó otra vez. Todos los soldados ingleses, con excepción de una guardia de cincuenta hombres, fueron enviados de vuelta a Hong-Kong, lo mismo que los buques de la flota. Sin embargo, el *Némesis* siguió patrullando por el río, al tiempo que su dotación se dedicaba a señalar en los mapas todos los brazos del delta que se hallaban sin registrar.

El Establecimiento y las rutas marítimas de Whampoa estallaron en frenética competencia durante la noche y el día. Los buques mercantes tuvieron que ser preparados para la delicada carga de té que iban a recibir. Se pintaron las bodegas, y se limpiaron las sentinas y los rincones más recónditos de las naves.

Los traficantes que no tenían buques propios —y no eran pocos los que estaban en esta situación—, lucharon por conseguir los mejores espacios en las bodegas de los buques más rápidos. Se pedían sumas exorbitantes por los fletes, y los comerciantes las pagaban de buen grado.

La Noble Casa, así como Brock e Hijos, siempre habían transportado su mercancía en sus propios buques. Sin embargo, no desdeñaban cargar sedas, té y especias de otros comerciantes, actuando no sólo como navieros, sino también como agentes de comercio y como banqueros, tanto en los viajes a Inglaterra, como desde ésta hacia Asia. En el viaje de vuelta solían traer cargamentos por cuenta ajena, especialmente prendas de algodón, telas, bebidas alcohólicas y

todo lo que producía el poderío industrial de Inglaterra, que pudiera ser vendido en Oriente.

A veces, los buques de otras Compañías eran consignados a ellos, quienes se encargaban de vender el cargamento en Asia por una determinada comisión, y de hallar otra carga para que el barco no regresara con las bodegas vacías a Gran Bretaña.

Los lingotes de plata comenzaron a cambiar de mano, y Struan y Brock obtuvieron considerables beneficios suministrando el precioso metal que necesitaban otros comerciantes, contra documentos bancarios a cobrar en Londres.

Aquel año, Struan se impuso a la voluntad de Robb, y reservó todo el espacio de las bodegas del *Blue Cloud* para la Noble Casa exclusivamente. En consecuencia, comenzaron a cargarse en las bodegas cuatrocientas cincuenta y nueve mil libras de té, almacenadas en cajas forradas de madera de cedro, y cinco mil quinientas balas de piezas de seda, lo que daría un beneficio de unas seiscientas mil libras esterlinas, si el barco era el primero en llegar al puerto de Londres.

También Brock decidió reservar aquel año, para sí, el espacio de las bodegas del *Gray Witch*. Este transportaría medio millón de libras de té y cuatro mil balas de piezas de seda. Lo mismo que Struan, Brock comprendió que no dormiría tranquilo hasta que seis meses más tarde el buque correo trajese la noticia de la llegada de la mercancía o de su venta.

Longstaff estaba sumamente orgulloso de que él solo, sin ayuda alguna, hubiera conseguido la reanudación del comercio, atrayendo al mismo tiempo al virrey Ching-so a la mesa de las transacciones.

—¿Por qué, si no —dijo en una ocasión, hablando con el almirante— iba yo a rechazar las tres delegaciones? Era un asunto de prestigio. Hay que comprender la mentalidad de los paganos, eso es todo. Se ha solucionado el asunto casi sin disparar un tiro. Y hay que tener en cuenta, estimado señor, que el comercio es la savia de Inglaterra.

Luego ordenó Longstaff suspender el bloqueo de Cantón, lo cual contribuyó a enfurecer aún más a los representantes del Ejército y la Marina, y repitió lo que

le había dicho Struan: «Debemos ser magnánimos con los vencidos, señores, y proteger a los débiles. El comercio de Inglaterra no puede realizarse chupando la sangre a los desvalidos. Las negociaciones concluirán dentro de pocos días, y Asia quedará estabilizada de una vez por todas».

Pero las negociaciones aún no habían concluido. Struan se dio cuenta de que no se obtendría avance alguno en Cantón. Lo decisivo era Pekín y los accesos de esta ciudad. El, por su parte, no deseaba la puesta en vigor del tratado, sino que le interesaba, sobre todo, seguir comerciando. Lo más importante era aprovechar la temporada del té y de las sedas, así como del opio.

Con el beneficio de aquella temporada, todos los traficantes se resarcirían de sus pérdidas anteriores. Eso les animaría a extender sus actividades comerciales, y el único lugar donde podían hacerlo con plena seguridad era Hong-Kong. Así irían aumentando los almacenes y los muelles en el puerto. También había que ganar tiempo, hasta que los vientos del verano permitiesen lanzar el ataque contra el Norte.

Así, pues, Struan trató de calmar la impaciencia de Longstaff y mantuvo en el aire las negociaciones, mientras entraba en fuerte competencia con Brock por los mejores cargamentos de té y de sedas. Era necesario cargar y despachar dieciocho clípers. Dieciocho tripulaciones y capitanes con los que era necesario lidiar para que realizaran su cometido a la perfección.

Brock consiguió que el *Gray Witch* zarpase el primero, con sus bodegas rebosantes de mercancías. La última escotilla del *Blue Cloud* fue colocada medio día más tarde, y la nave salió inmediatamente en persecución de la de Brock. La carrera acababa de empezar.

Gorth protestó enérgicamente porque su buque partía con otro capitán, pero su padre se mantuvo inflexible.

—No puedes embarcar con la herida tan reciente, y además te necesitamos aquí —manifestó Brock.

Poco a poco, Gorth se había hecho a la idea de convertirse en Tai-Pan, o, mejor aún, en el Tai-Pan. Pasó algunos días en el *Némesis*, mientras el buque patrullaba por el puerto, y aprendió a dirigirlo, a pelear con él, así como todas sus ventajas y desventajas. Se daba cuenta, lo mismo que su padre, de que el *Némesis* significaba la muerte de los barcos de vela, lo que tal vez entrañaría la desaparición de la Noble Casa. Brock y su hijo conocían el odio que Struan

sentía hacia los buques de vapor, y si bien comprendían que el paso de una a otra clase de navegación entrañaba un peligro, decidieron arriesgarse con vistas al futuro. En el próximo buque correo que regresó a Inglaterra, después de la llegada del *Némesis*, Brock envió una carta a su hijo Morgan, que se hallaba en Londres. En ella le notiflcaba que cancelase la orden para construir dos clípers, que tenían pendientes, y en su lugar dispusiera lo necesario para la construcción de dos naves destinadas a la nueva línea de buques de vapor de Brock e Hijos: la *Oriente Queen Line*.

—Tai-Pan —dijo May-May en la oscuridad de la alcoba, mientras descansaba cómodamente en el lecho—. ¿Puedo regresar a Macao durante unos pocos días?

—¿Estás cansada de hallarte en el Establecimiento?

—No, pero se me hace difícil estar aquí casi sin vestidos, y sin los juguetes de los niños. Sólo serían unos pocos días.

—Ya te he dicho lo de la recompensa que dan por vosotros, y…

May-May le interrumpió con un beso, y se apretó aún más contra él en medio de la oscuridad.

—¡Qué bien hueles! —comentó ella ingenuamente.

—Tú hueles mucho mejor.

—Oye, conocí a esa chica, Mary Sinclair, y me resultó muy agradable.

—Tiene una gran valentía.

—Resulta extraño que enviaras una mujer.

—No tenía tiempo para mandar a nadie más.

—Habla el cantones y el mandarín magníficamente bien.

—Eso es un secreto. Recuerda que no debes decírselo a nadie.

—Desde luego, Tai-Pan.

La oscuridad pareció condensarse alrededor de ellos, y ambos quedaron absortos en sus propios pensamientos.

—¿Siempre has dormido sin ropas? —dijo ella, al fin.

—Siempre.

—¿No sientes frío?

—No. En las Tierras Altas de Escocia hacía mucho más frío que aquí. Cuando yo era niño, en casa éramos muy pobres.

May-May sonrió.

—Me hace gracia pensar en ti cuando eras pequeño. Sin embargo, ahora no eres pobre, y has realizado dos de las tres cosas, ¿no es cierto?

—¿A qué te refieres?

—Lo primero era poner a salvo la plata, ¿recuerdas? Lo segundo era que Hong-Kong quedase a buen recaudo. Dime ahora qué era lo tercero.

Volvióse ella de lado, colocó una de sus piernas sobre las de él, y se quedó así, inmóvil. Struan sintió el contacto de la piel de la muchacha a través de la seda, y manifestó, con voz ronca:

—Hong-Kong no puede considerarse todavía a salvo.

—Con el comercio de este año podrá estarlo, ¿no es cierto? —dijo ella, y comenzó a acariciar a Struan suavemente.

—Sólo con suerte —replicó él.

Struan desabrochó el camisón de ella, y su mano se deslizó sobre su fina piel. May-May quitóse el camisón, encendió la lámpara y apartó las sábanas de seda. Struan la contempló, quedando maravillado ante lo traslúcido de su carne, semejante a la porcelana fundida.

—Me llena de contento ver que me miras, y saber que te gusto —dijo ella.

A continuación, ambos hiciéronse el amor despacio, sin prisas. Más tarde, ella dijo:

—¿Cuándo regresas a Hong-Kong?

—Dentro de diez días.

—«Diez días —pensó Struan—. Luego tendrá lugar la elección de los hombres que envíe Wu Kwok, en Aberdeen, y a la noche siguiente se celebrará el baile».

—¿Puedo ir contigo?

—Sí.

—¿Crees que la nueva casa estará terminada para entonces?

—Eso creo. Allí te encontrarás segura.

El brazo de Struan descansaba sobre las caderas de May-May. Dejó él correr la punta de su lengua sobre una mejilla de la muchacha, y luego sobre su garganta.

—Creo que me gustará mucho vivir en Hong-Kong.

Allí podré volver a recibir clases. Hace ya varios meses que no puedo charlar

a fondo con Gordon Chen. ¿Crees que debemos dar clases semanalmente, como antes? Necesito aprender más vocabulario. A propósito, ¿cómo está el muchacho?

—Perfectamente. Le vi justamente antes de marcharme.

Después de una breve pausa, ella dijo suavemente:

—No está bien que te pelees con el número uno de tus hijos.

—Lo sé.

—Encenderé tres cirios para que desaparezca tu irritación y le perdones. Cuando lo hayas hecho, me gustará conocerle.

—Le conocerás a su debido tiempo.

—¿Puedo ir a Macao antes de ir a Hong-Kong? Por favor, permíteme que lo haga. Tendré mucho cuidado y dejaré aquí a los niños para que estén a salvo.

—¿Por qué ir a Macao te parece tan importante?

—Necesito algunas cosas de allí; y, además, hay un secreto, una pequeña sorpresa. ¿Me permites que vaya unos días? Puedes enviar, si quieres, a Mauss y a algunos de tus hombres para que me cuiden, si lo deseas.

—Es demasiado peligroso.

—No lo es en este momento —manifestó May-May, la cual sabía que sus nombres se hallaban fuera de la lista—. De todos modos, tomaré toda clase de precauciones.

—¿Por qué tienes tanto interés en ir a Macao y qué secreto es ése?

—Ya te he dicho que se trata de una sorpresa. Pronto lo sabrás.

—Ya pensaré en eso. Ahora duérmete.

May-May descansó llena de contento sabiendo que al cabo de pocos días iría a Macao, y se dijo que existen muchas maneras en que una mujer puede manejar a un hombre, fuera éste bueno o malo, inteligente o estúpido, fuerte o débil.

«Mi vestido de baile será el mejor, sin discusión alguna —se dijo, llena de excitación—. Mi Tai-Pan se sentirá orgulloso de mí. Tanto, que llegará a tener deseos de casarse conmigo y de hacerme su Dama Suprema».

Su último pensamiento, antes de dormirse, fue para el hijo que estaba gestándose en sus entrañas. Aquella criatura sería un varón, se prometió a sí misma. Un hijo del que él pudiera sentirse orgulloso. Eran dos maravillosas sorpresas que sin duda llenarían de orgullo al Tai-Pan.

—No puedo, Vargas —dijo Struan, malhumorado—. Será mejor que trate este asunto con Robb. El entiende de números bastante más que yo.

Se hallaban en el despacho de Struan, inclinados sobre un gran libro de contabilidad. Las ventanas de la oficina estaban abiertas al cálido ambiente de Cantón, lleno de rumores, y las moscas proliferaban por todas partes. Era un templado día de primavera, y los olores comenzaban a intensificarse, después de haber remitido durante el invierno.

—Jin-qua está impaciente por recibir de usted la orden final, señor, y…

—Lo sé, pero hasta que él no envíe su último pedido de opio, no podemos hacer eso. Le ofrecemos el mejor precio por el té y le entregamos el mejor opio; luego, ¿a qué viene esa demora?

—No lo sé, señor —replicó Vargas, sin atreverse a preguntar por qué la Noble Casa estaba pagando el diez por ciento más por el té de Jin-qua de lo que pagaban los demás traficantes, mientras que vendía al mismo el mejor opio hindú un diez por ciento por debajo del precio corriente del mercado.

Struan vertió más té en su taza, sin que disminuyese su irritación. Habría preferido no consentir que May-May se marchara a Macao. No obstante, la envió en compañía de Ah Sam y de Mauss y algunos hombres para que la vigilasen. Ya tenía que haber regresado el día anterior, pero aún no estaba de vuelta. Claro que eso no era nada extraordinario, pues el paso desde Macao hasta el Establecimiento de Cantón no podía realizarse siempre con toda facilidad. Tampoco era posible tener seguridad completa, aunque el viaje fuese por mar, habida cuenta de la irregularidad de los vientos, pensó sarcásticamente Struan. De haber ella navegado en un condenado vapor, las cosas hubieran sido diferentes. Los vapores podían establecer sus horarios de antemano, olvidándose de los vientos y de las mareas.

—Adelante —respondió Struan ásperamente, contestando a unos golpes que sonaron en la puerta.

—Disculpe, señor Struan —dijo Horacio, asomándose después de haber abierto la puerta—. Su Excelencia desea verle, si usted no tiene inconveniente.

—¿Qué desea? —inquirió Struan, de mal talante.

—Tal vez él mismo pueda decírselo, señor. Se encuentra en sus habitaciones.

Cerró Struan el libro de contabilidad, y dirigiéndose a Vargas, manifestó:

—¿Piensa asistir al baile?

—No gozaría de paz en los próximos diez años, si no llevase a mi mujer y a mi hija mayor a la fiesta.

—¿Las va a traer usted desde Macao?

—No, señor. Irán directamente a Hong-Kong, en compañía de algunos amigos. Yo iré allí más tarde.

—Haga que me avisen en cuanto regrese Mauss —dijo Struan, saliendo de la estancia seguido por Horacio.

—No sé cómo agradecerle, señor Struan, lo del regalo que hizo a Mary.

—¿Qué regalo?

—El vestido de baile, señor.

—¡Ah, sí! Y dime, ¿qué sabes de tu hermana?

—No sé dónde se encuentra. Salió para Macao al día siguiente a la venta de los terrenos. Tuve una carta de ella ayer, pero no sé de dónde procede. Ella me envía saludos para usted.

Horacio sabía que con el vestido, Mary tenía grandes posibilidades de ganar el premio. Sólo estaba la posible competencia de Shevaum. Si ésta se pusiera enferma… No necesita ser nada serio, sólo una dolencia que la eliminase de la escena justamente el día del baile. De ese modo, Mary podría ganar las mil guineas.

Con mil guineas podían hacerse cosas magníficas, como realizar un viaje a Inglaterra en plena temporada, o vivir algunos meses con todo lujo.

«¡Oh, Señor! —rogó en silencio Horacio—. Ojalá gane ella el premio. Estoy contento de que se haya marchado de Hong-Kong mientras yo estoy aquí. Así se halla fuera del alcance de Glessing. Me pregunto si pensará de verdad pedirme su mano. ¡Qué descaro! El y Culum… ¡Ah, Culum, pobre muchacho!».

Horacio iba un par de pasos detrás de Struan cuando ascendían por la escalera, de modo que no tuvo necesidad de ocultar su desaliento. Siguió pensando en el pobre y valiente Culum, y recordó lo extraño que el muchacho se había mostrado al siguiente día de la venta de los terrenos. El y Mary habían ido a buscarle y le hallaron a bordo del *Resting Cloud*. Culum les rogó que se quedaran a cenar y cada vez que ellos hablaron del Tai-Pan, con el fin de inducir a Culum a que hiciera las paces con su padre, el joven había cambiado de tema.

Por fin, Culum dijo:

—Olvidemos de una vez a mi padre, ¿queréis? Yo ya lo he hecho.

—No debieras decir eso, Culum —manifestó Mary—. Tu padre es una magnífica persona.

—Ahora somos enemigos, Mary, lo queramos o no. Creo que él no cambiará, y si mi padre no cambia, yo tampoco lo haré.

Compadeció Horacio a Culum, pues también él sabía lo que era odiar a un padre.

—Tai-Pan —dijo el joven, cuando hubieron llegado al piso superior—. Mary y yo sentimos de corazón lo que ocurrió acerca de la colina y lamentamos aún más la situación que se ha creado entre usted y Culum. Este se ha hecho muy amigo nuestro y…

—Gracias por tus manifestaciones, Horacio; pero preferiría que no mencionases más ese asunto.

Horacio y Struan avanzaron por un pasillo y se dirigieron hacia la antecámara donde Longstaff había montado su despacho. Era una estancia amplia y lujosa. Del artístico techo pendía una gran araña de candelabros que hacía brillar la reluciente mesa de conferencias situado debajo. Longstaff estaba sentado a la cabecera de la mesa, y a su lado se hallaban el almirante y el general lord Rutledge-Cornhill.

—Buenos días, caballeros.

—Me alegro de que haya venido, Dirk —replicó Longstaff—. Siéntese, querido amigo. He pensado que su consejo podía sernos de gran valor.

—¿Qué sucede, Excelencia?

—Verá usted, yo he pedido al señor Brock que venga también. Podemos esperar un momento hasta que llegue. Entretanto, ¿le parece bien un poco de jerez?

—Desde luego, gracias.

En ese momento se abrió la puerta y entró Brock, quien mostró un gesto de recelo al ver a Struan y a los dos altos militares sentados junto a Longstaff.

—¿Deseaba verme, Excelencia?

—Sí, Por favor, siéntese.

—Hola, Dirk. ¿Qué tal, señores? —dijo Brock, sabiendo que su saludo suscitaría la ira del general. Así fue, y le divirtieron los fríos movimientos de cabeza que recibió como respuesta.

—He pedido a los dos que viniesen —comenzó diciendo Longstaff—

porque, aparte de que son los principales traficantes, su consejo puede resultarnos muy útil. Según parece, un grupo de anarquistas se ha establecido en Hong-Kong.

—¿Qué dice? —exclamó el general.

—¿Es posible? —manifestó Brock, no menos sorprendido.

—En efecto. Se trata de una pandilla de aborrecibles anarquistas. ¿Puede concebirse algo más insólito? Parece ser que hasta los mismos paganos se han contagiado de esos entes infernales. Por consiguiente, si no tomamos las debidas precauciones, Hong-Kong puede convertirse en un verdadero foco infeccioso. Sería una verdadera lástima, ¿verdad?

—¿Se trata de algún grupo especial de anarquistas? —preguntó Struan, dándose cuenta de que el anarquismo significaba desorden, y que éste iba en perjuicio del comercio.

—Son…, ¿cómo se llaman, Horacio, los Tang, los Tung?

—Los Tong, señor.

—Eso es; los Tong, que ya están actuando bajo nuestras mismas narices. Una verdadera pena.

—¿De qué modo actúan? —inquirió Struan, lleno de impaciencia.

—Tal vez sea mejor que lo cuente todo desde el principio, señor —dijo el almirante.

—Me parece muy acertado. Durante la entrevista que sostuve hoy con el virrey Ching-so, le noté bastante intranquilo. Dijo que las autoridades chinas acababan de saber que los anarquistas, que pertenecen a una sociedad secreta, habían establecido su cuartel general en ese foco de corrupción que es el barrio de Tai Ping Shan. Los anarquistas tienen diversos nombres. Y…, bien, será mejor que lo expliques tú, Horacio.

—Ching-so afirmó que se trata de un grupo de fanáticos revolucionarios, que tratan de destronar al emperador —manifestó el joven—. El virrey dio a Su Excelencia una larga serie de nombres con los que actúa la sociedad, como los de Partido Rojo, Hermandad Escarlata, Sociedad Celeste y Terrena, y muchos más, algunos de los cuales resultan imposibles de traducir. Hay gentes que sólo les llaman los «Hung Mun» o «Hung Tong». Tong quiere decir «sociedad secreta». De todos modos, se trata de anarquistas de la peor especie, entre los que se cuentan piratas, ladrones y revolucionarios. Durante los varios siglos que

llevan operando, las autoridades han tratado de acabar con ellos, pero no han tenido éxito. Se dice que hay un millón de adeptos sólo en el sur de China. Están organizados en células, y sus ceremonias de iniciación son de estilo bárbaro. Fomentan la rebelión con cualquier pretexto, y se nutren del miedo de sus hermanos de raza, exigiéndoles dinero por protegerles. Todo el mundo, sean mercaderes, prostitutas, agricultores, hacendados, o incluso culíes, está obligado a pagarles un tributo. Si éste no se hace efectivo, el individuo rebelde aparece muerto o mutilado. Allí donde cunde el descontento, los Tong se dedican a fomentarlo aún más, hasta lograr una rebelión. Son fanáticos que violan, raptan, y se extienden como una epidemia.

—¿Habías oído hablar de las sociedades secretas chinas, antes de que Ching-so las mencionase? —preguntó Struan a Horacio.

—No, señor.

—Los anarquistas son unos demonios —intervino Brock—. Esa es la clase de hechicerías que más les gusta a los chinos.

Longstaff extendió sobre la mesa un pequeño gallardete triangular, de color rojo, en el que se apreciaban unos caracteres chinos.

—El virrey manifestó que el triángulo es el símbolo de esa secta —afirmó—. Los dos símbolos que ven ustedes en la bandera quieren decir Hong-Kong. Lo único cierto, por consiguiente, es que tenemos un buen problema entre ambos. Ching-so quiere enviar abanderados y mandarines al Tai Ping Shan, y dominar por la fuerza de la espada a los que allí viven.

—¿Accedió usted a ello?

—Claro que no. No deseo ingerencias de ese tipo en nuestra isla, por Jove. Le contesté que no nos gusta tener anarquistas bajo nuestra bandera, y que actuaremos con ellos a nuestro modo, rápidamente. Ahora bien, ¿qué creen ustedes que debe hacerse?

—Expulsemos a todos los orientales que hay en Hong-Kong, y concluido el asunto —dijo el almirante.

—Eso es imposible en estos momentos —manifestó Struan—, y en nada nos beneficiaría.

—Desde luego —corroboró Brock—. Necesitamos obreros y criados. Precisamos trabajadores chinos.

—Hay una solución muy sencilla —intervino el general, aspirando una pizca

de rapé—. Lanzaremos una orden notificando que todo aquel que pertenezca a esa… sociedad Tong será ahorcado. Yo me encargaré de hacer cumplir el decreto.

—No puede colgarse a una persona sólo porque desee arrojar de su país a una dinastía extranjera. Eso va en contra de las leyes inglesas —aseguró Struan.

—Sea extranjera o no esa dinastía —dijo el almirante—, el fomentar una insurrección contra el emperador de un «Estado amigo» va contra las leyes internacionales, y también, desde luego, contra las inglesas. Observe el caso de esos truhanes de cartistas, por todos los cielos.

—Lo cierto es que no podemos colgarles por cartistas, sino únicamente cuando se les sorprende fomentando insurrecciones o quebrantando de otro modo la ley. Y así es como debe ser —replicó Struan, mirando airadamente al general—. Las leyes inglesas permiten la libertad de expresión, y la libre asociación política.

—¡Pero no cuando esas asociaciones están destinadas a difundir la subversión! —replicó el general—. ¿Aprueba usted la rebelión contra la autoridad legal?

—¡Yo no he dicho tal cosa, y me parece una pregunta tan ridicula que no me dignaré siquiera contestarla!

—Señores, señores, calma —intervino Longstaff, procurando serenar los ánimos—. Cierto es que no podemos ahorcar a la gente sin motivos muy especiales, pero tampoco es menos cierto que no se debe consentir que en Hong-Kong proliferen los anarquistas, ni tampoco esa chusma llamada sindicalistas.

—Debe de ser alguna de las argucias de Ching-so para distraernos —dijo Struan, mirando a Brock, que se hallaba sentado frente a él—. ¿Has oído hablar de los Tong, Tyler?

—No, pero considero que si se dedican a explotar a los chinos, no tardarán en explotarnos a nosotros, caso de que se instalen en Hong-Kong.

El general sacudióse con ademán pedante una inexistente mota de su impecable guerrera escarlata, y dijo:

—Es evidente que el asunto entra en la esfera de lo militar, señores. Entonces, ¿por qué no lanzar una proclama declarándolos fuera de la ley, Excelencia? Nosotros haremos lo demás, como, por ejemplo, aplicar las reglas que aprendimos en la India. Ofreceremos recompensas a los confidentes.

También los nativos están dispuestos a vender a sus gentes por el precio de una guinea. Daremos un escarmiento con la primera docena que pillemos, y verán cómo se terminan todos los problemas.

—En este país no es conveniente aplicar los mismos métodos que en la India —aseguró Struan.

—Usted no tiene experiencia en materia de gobierno, estimado señor, de modo que difícilmente puede expresar una opinión acertada al respecto.

—Los nativos son iguales en todas partes, y nada más —dijo el general, mirando fieramente a Struan—. Insisto en que esto es asunto de militares. En Hong-Kong habrá pronto un acantonamiento militar. Dé usted una orden, Excelencia, y nos encargaremos de hacer cumplir la ley, en cuanto la plaza esté bajo la jurisdicción del ejército.

El almirante dio un bufido sarcástico, y manifestó a su vez:

—He dicho un centenar de veces que Hong-Kong debe quedar bajo la jurisdicción del servicio más importante. Si nosotros no protegemos las rutas marinas, Hong-Kong habrá muerto antes de nacer. Por consiguiente, la posición de la Marina es preponderante desde cualquier ángulo que se la considere. Hong-Kong debe quedar bajo nuestro mando.

—El Ejército es el que decide las guerras, almirante —replicó el general—. Es en tierra donde se terminan las contiendas. Cierto que la Marina acabó con la flota de Bonaparte, pero nosotros fuimos los que tuvimos que finiquitar el conflicto de una vez por todas, como ocurrió en Waterloo.

—Sin una batalla de Trafalgar no habría existido un Waterloo.

—Eso es muy discutible, mi estimado almirante. Considere Asia, por ejemplo. Pronto tendremos a los franceses, a los españoles, a los rusos y a los holandeses disputándonos nuestra legítima supremacía en el continente. Sí; pueden ustedes dominar los caminos del mar, y, a Dios gracias, así es; pero de no convertirse Honk-Kong en una base militar inexpugnable, Inglaterra no podrá seguir protegiendo su flota, ni atacar al enemigo.

—La principal función de Hong-Kong, milord, es la de emporio comercial para el Asia —dijo Struan.

—Sí, ya sé de la importancia del comercio, buen hombre —replicó ásperamente el general—. Pero hablamos ahora de estrategia, lo cual no le concierne en absoluto.

—De no ser por el comercio —intervino Brock, con el rostro congestionado —, no habría razón para que existieran las flotas y los ejércitos.

—Bobadas, amigo. Supongo que sabrá…

—Estrategia o no —interrumpió Struan, alzando la voz—, lo cierto es que Hong-Kong es una colonia, y que, como tal, queda bajo el mando del ministro de Colonias. Su Excelencia ha actuado correctamente en este asunto, y estoy seguro de que considera que, tanto la Marina Real como el Ejército, deben ocupar un lugar preponderante en el futuro de Hong-Kong. Como base naval, acantonamiento militar y emporio comercial —agregó, tocando subrepticiamente con el zapato en la pierna de Brock, por debajo de la mesa—, y como puerto franco, la colonia tiene su futuro asegurado.

Brock guiñó un ojo a Struan, con disimulo, y corroboró rápidamente:

—Desde luego. Un puerto libre proporcionará grandes ingresos a la Corona. Facilitará la construcción de los mejores almacenes e instalaciones del mundo. Sí, un puerto franco será ventajoso para todos, y singularmente para la reina, Dios la bendiga.

—Bien dicho, señores —afirmó Longstaff—. Nadie duda lo indispensable que resultan tanto el Ejército como la Marina. En cuanto al comercio, esa actividad es la savia vital de Inglaterra, y el libre comercio es la solución ideal para nosotros. Todos estamos interesados en la prosperidad de Hong-Kong.

—Su Excelencia desea abrir el continente asiático a todas las naciones civilizadas, sin distinción de ninguna clase —dijo Struan, eligiendo cuidadosamente las palabras—. ¿Qué mejor, entonces, que un puerto franco, guardado por las selectas tropas de la reina?

—No apruebo que se consienta el enriquecimiento de los extranjeros a nuestras expensas —contestó ásperamente el almirante, y Struan sonrió para sus adentros al ver que había mordido el anzuelo—. Nosotros hacemos las guerras y tenemos que ganarlas a duro precio, porque la paz siempre queda comprometida en las conferencias civiles. ¡Al demonio con los extranjeros!

—Un sentimiento muy patriótico el suyo, almirante —afirmó Longstaff, no menos secamente—. Pero no puede considerarse demasiado práctico. Y en cuanto a lo de las «conferencias civiles», es una suerte que las decisiones corran casi siempre por cuenta de los diplomáticos. La guerra, después de todo, sólo es el último recurso de la diplomacia; a lo que hay que recurrir cuando todo ha

fallado.

—Y la diplomacia ha fallado en este caso —dijo el general—. Por consiguiente, cuanto antes desembarquemos nuestras fuerzas en China, e implantemos la ley y el orden británicos, tanto mejor será.

—No, mi querido general, la diplomacia no ha fracasado. Las negociaciones prosiguen con toda cautela. Ah, y a propósito, China tiene trescientos millones de habitantes.

—Una sola bayoneta inglesa, señor, vale por mil espadas nativas. Condenación, hemos dominado la India con un puñado de hombres. ¿No vamos a poder hacer lo mismo aquí? Observen los beneficios que nuestro gobierno en la India ha proporcionado a aquellos salvajes.

Enseñar a todos la fuerza de nuestra bandera, eso es lo que hay que hacer. Y cuanto antes, mejor.

—China es una sola nación, milord —dijo Struan—. Y no las múltiples naciones que hay en la India. No pueden aplicarse aquí las mismas reglas que allí.

—Sin rutas marítimas despejadas, el Ejército no duraría una semana en la India —manifestó el almirante.

—Eso es absurdo. Nosotros podemos…

—Caballeros, caballeros —intervino de nuevo Longstaff—, estamos hablando acerca de los anarquistas. ¿Cuál es su consejo al respecto, almirante?

—Expulsar a todos los orientales de la isla. Si hacen falta brazos, deberán elegirse mil o dos mil trabajadores, pero sometidos a control y excluyendo a todos los demás nativos de la colonia.

—¿Y usted, milord?

—Ya he dado mi opinión terminante, señor.

—Ah, sí, es cierto. ¿Señor Brock?

—Como usted, Excelencia, creo que Hong-Kong debe ser puerto libre, y que necesitamos a los chinos, incluso para combatir a los Tong. Estoy de acuerdo con el general en colgar a aquellos anarquistas que inciten a la rebelión, y con el almirante, en evitar las sediciones en la colonia. Pero también coincido contigo, Dirk, en que no se puede colgar a esas gentes mientras actúen pacíficamente. Mas en cuanto sorprendamos a uno de esos revoltosos, debemos azotarlo y marcarlo con el hierro infamante.

—¿Qué opina usted, Dirk?

—Lo mismo que Brock, pero sin azotar ni marcar a nadie. Esas eran soluciones adecuadas para la Edad Media.

—Por lo que he podido ver de estos paganos —manifestó el general, con evidente disgusto—, tengo la impresión de que aún se hallan en la Edad Media. Sin la menor duda, debemos castigarlos, si pertenecen a un grupo que está fuera de la ley. Si no han actuado subversivamente, una buena tanda de azotes será suficiente. Digamos cincuenta latigazos. Marcarles en ambas mejillas es un castigo que admiten las leyes inglesas, tratándose de ciertos delitos. Marquémosles también. Pero insisto en que los doce primeros que caigan en nuestro poder deberán ser ahorcados para escarmiento. Esa será una saludable advertencia para los demás.

—Déjelos marcados para el resto de sus vidas —dijo Struan, manifiestamente disgustado—, y tendrá en ellos los peores enemigos hasta el día de su muerte. Nunca podrán convertirse en buenos ciudadanos.

—Los buenos ciudadanos no se afilian a las sectas anarquistas, mi buen señor —replicó el general—. Claro que sólo un caballero podría apreciar el valor de este consejo.

Struan sintió que se le enrojecía el rostro, y con voz helada dijo:

—La próxima vez que haga usted una observación como ésa, general, le daré unos segundos para que se defienda, y después se encontrará con una bala entre los ojos.

Reinó un tenso silencio, y al cabo de unos momentos, Longstaff golpeó con la palma de la mano sobre la mesa y declaró, sin disimular su inquietud:

—Les prohibo que encaucen la discusión por ese camino. Se lo prohibo.

Luego extrajo su pañuelo de encajes y se secó el sudor que le cubría el rostro. Longstaff sintió la boca seca, con un fuerte sabor amargo.

—Estoy de acuerdo, Excelencia —dijo el general—. Pero además sugiero que éste es un problema que concierne sólo a las autoridades, es decir, a usted y a mí. No es asunto que atañe a… a los traficantes.

—Está usted tan lleno de viento, milord general —dijo Brock, sonriendo—, que si eructase aquí, en Cantón, haría volar la Torre de Londres.

—¡Señor Brock! —exclamó Longstaff, escandalizado—. Si no…

—Le agradecería, mi buen señor —interrumpió, desdeñosamente, el general

—, guarde para usted observaciones como las que acaba de hacer.

—Yo no soy su buen señor. Soy un comerciante de China, y cuanto antes se dé cuenta de ello, mejor será. Ya ha pasado el tiempo en que había que limpiar los zapatos a un fatuo, sólo porque ostentara un título que le fue otorgado por ceder su mujer al rey, o por cualquier otra bajeza semejante.

—¡Por todos los infiernos, exijo una satisfacción! ¡Hoy irán a verle mis padrinos!

—¡No se hará tal cosa, milord! —exclamó Longstaff, golpeando con el puño en la mesa—. Si vuelve a surgir alguna querella entre ustedes, los haré permanecer en su domicilio bajo guardia, y los acusaré ante el Consejo Privado. Soy el enviado plenipotenciario de Su Majestad, en Asia, y represento a la ley. Esto es inaudito. Les exijo que se pidan disculpas mutuamente. ¡Ahora mismo!

El almirante procuró ocultar la maligna satisfacción que le producía el incidente, mientras Horacio contemplaba a los demás con, gesto de asombro. Brock se dio cuenta de que Longstaff tenía poder suficiente para perjudicarle, y por otro lado no quería enfrentarse en duelo con el general. Por fin, dijo:

—Está bien. Mi general, le pido perdón por haberle llamado gaita hinchada de aire.

—Yo me disculpo sólo porque debo cumplir con mi deber —replicó el fiero militar.

—Considero que por el momento será mejor poner fin a esta reunión —agregó Longstaff, buscando con afán una salida—. Les agradezco sus consejos, señores. Postergaremos la decisión final, a fin de que todos podamos pensar con más calma.

El general calóse el casco, saludó y se encaminó hacia la puerta, en medio de un tintineo de espuelas.

—Ah, milord, a propósito —manifestó Struan, como al descuido—. He oído que la Armada ha desafiado al Ejército a un torneo pugilístico.

El militar se detuvo, con la mano en el picaporte, recordando, irritado, las observaciones que el almirante había hecho acerca de sus soldados.

—Sí, pero me temo que sería una lucha desigual —replicó el general.

—¿Por qué? —inquirió el marino, con el recelo pintado en el rostro.

—Porque nosotros ganaremos, almirante, sin esforzarnos demasiado. Puede estar seguro de ello.

—Nadie en la Marina piensa de ese modo.

—Podríamos comprobar quién tiene razón. ¿Les parece bien que el combate tenga lugar el día del baile? —sugirió Struan—. Estableceríamos una bolsa, para quien ganase, de unas cincuenta guineas, por ejemplo.

—Muy generoso de su parte, señor Struan —declaró el almirante—, pero no creo que para entonces el Ejército estuviera preparado.

—¡De acuerdo! —exclamó el general, rojo de ira—. Será el día del baile. ¡Y apuesto cien guineas por mis hombres!

—Acepto —dijeron el almirante y Brock, simultáneamente.

—Un centenar contra ustedes dos —confirmó el militar, y, dando media vuelta, salió de la estancia.

Longstaff sirvióse un vaso de jerez y dijo:

—¿Otro vasito, almirante?

—No, gracias, señor. Debo ya regresar a mi buque —contestó el marino, quien, después de recoger su espada, saludó a los presentes y se marchó.

—¿Un poco de jerez, señores? ¿Tú también, Horacio?

—Gracias, Excelencia —contestó éste, contento de poder decir algo.

—Esto tiene un magnífico sabor —dijo Brock, después de vaciar su vaso, y tendiéndolo para que se lo llenaran de nuevo—. Tiene usted un excelente paladar, Excelencia. ¿No es verdad, Dirk?

—Estoy de acuerdo contigo —contestó éste.

—Gracias, señor Brock; pero debo llamarle la atención sobre su comportamiento. Ha sido imperdonable por su parte. El general…

—Sí, señor, lo admito —replicó Brock, aceptando el papel de penitente—. Tenía usted razón. Reconozco que me equivoqué, y me alegro de que estuviera usted aquí para allanar las cosas. ¿Cuándo cree que podrá hacer la designación oficial de Hong-Kong como puerto franco?

—Bueno, no hay prisa. Primero tenemos que solucionar lo de esos condenados anarquistas.

—¿Por qué no tratar de arreglar los dos asuntos a la vez, Excelencia? —dijo Struan—. Podría usted hacerlo en cuanto llegase a Hong-Kong. También considero adecuado no extremar los rigores con los primeros subditos de la colonia. Creo que bastará con expulsar de Hong-Kong a los Tong, sin necesidad de azotarlos o de marcarles con fuego, ¿eh, Tyler?

—Conforme, si a ti te parece bien, y Su Excelencia también piensa igual —contestó Brock, sintiéndose repentinamente satisfecho. Lo cierto era que las cosas marchaban bastante bien: el comercio era muy activo otra vez; el *Gray Witch* estaba en alta mar, bastante adelantado respecto al barco de Struan; entre éste y su hijo reinaba la hostilidad, y ahora Hong-Kong iba a ser puerto libre.

«Sí, Dirk, muchacho —pensó Brock—. De nada te valdrán todas tus argucias. Dentro de dos años nuestros vapores te mandarán a la bancarrota».

—Estoy de acuerdo —repitió Brock—, pero no se olviden de que pronto tendremos que azotar o marcar a esos paganos.

—Espero que no sea así —dijo Longstaff—. Eso es algo que me repugna. No obstante, hay que actuar conforme a la ley y castigar a los que la infringen. Horacio, haz una lista con los nombres de los Tong que nos suministró Ching-so, y que se distribuya junto con la proclama. Debe decir algo así: «Los antedichos Tong quedan al margen de la ley. El castigo que recibirá todo el que sea reconocido como Tong, será la deportación inmediata y la entrega a las autoridades chinas. La pena por fomentar la rebelión contra Su Británica Majestad, y contra Su Alteza, el emperador de China, será la horca».

CAPITULO XVI

El poblado de Aberdeen descansaba en silencio bajo la luz de la luna llena. Sus calles se hallaban desiertas, y las puertas de las casuchas estaban herméticamente cerradas. Sobre las cercanas aguas, llenas de cieno, se hallaban amarrados centenares de sampánes, en los cuales tampoco se apreciaba señal alguna de actividad.

Struan encontrábase en el lugar establecido de antemano, donde el camino se bifurcaba en las afueras del pueblo, y junto a un pozo. La boca de éste se hallaba formada por rocas, y Struan colocó tres faroles sobre ellas. Estaba solo y miró su reloj de bolsillo, comprobando que faltaba muy poco para la hora de la cita. Se preguntó si los hombres de Wu Kwok llegarían desde el pueblo, desde los sampánes, de las desoladas colinas, o del mar.

Escrutó Struan la superficie de las aguas. Nada se apreciaba en ellas, más que la cresta de las olas y la silueta algo lejana del *China Cloud*, cuyos hombres se encontraban en cubierta, en los puestos de combate. El buque estaba demasiado lejos para que desde él se pudiera divisar claramente a Struan, pero éste dejó dicho que si veían apagarse repentinamente la luz de los faroles, todos los marineros deberían dirigirse a tierra rápidamente, armados con mosquetes y sables de abordaje.

De la playa llegaban las conversaciones veladas del puñado de hombres que le habían llevado hasta tierra. Estaban esperándole entre dos lanchas, dispuestos para intervenir si veían extinguirse las luces del pozo. Struan escuchó con atención, pero no alcanzó a oír lo que decían.

«Es más seguro estar completamente solo —se dijo—. No quiero que nadie meta las narices en este asunto. Pero venir a tierra sin guardia alguna habría sido una necedad. No debo tentar de ese modo a mi suerte».

Sus músculos se contrajeron cuando un perro ladró en las silenciosas callejas

del pueblo. De nuevo escuchó atentamente, y esforzó la vista para ver si distinguía algo, pero no vio nada anormal. Recostóse contra las piedras del pozo y distendió los músculos, contento de estar de regreso en la isla y de que May-May y los niños estuvieran a salvo en la casa que había mandado hacer para ellos en el Valle Feliz.

Robb y Culum habían llevado a cabo acertadamente lo que les encomendara, mientras él estuvo afuera. La casa que ordenó construir, de pequeñas dimensiones, se hallaba rodeada por fuertes muros y había quedado terminada hacía poco. Doscientos cincuenta hombres trabajaron en ella día y noche para poderla concluir en el plazo que él había señalado. Faltaban aún numerosos detalles, así como las plantas del jardín, pero el edificio estaba ya en condiciones de ser habitado, y amueblado en gran parte. La casa era de ladrillos, y tenía chimenea de piedra y techo de madera. Las habitaciones estaban casi todas empapeladas; sólo unas rocas aparecían pintadas. Todas las ventanas tenían sus correspondientes cristales. La mansión daba al mar, y disponía de un gran salón con alcobas adyacentes y un buen comedor. Hacia el Oeste se hallaban las habitaciones de May-May y de los niños, aisladas del resto de la casa, y más allá estaban los alojamientos de los criados.

Struan había llevado a la casa, dos días antes, a May-May y a los niños, junto con Ah Sam, el ama de compañía, y los instaló allí. Un buen cocinero llamado Lim Din, una criada y un marmitón, completaban el personal que él había llevado desde Cantón.

Aunque ningún europeo había visto a May-May, casi todos ellos tenían la seguridad de que el Tai-Pan había trasladado a su amante a la primera residencia que se instalaba con carácter permanente en la isla de Hong-Kong. Los traficantes comentaban el hecho jocosamente, demostrando su humor o su envidia, pero nada dijeron a sus esposas. A su debido tiempo, ellos pensaban instalar también a sus amantes, y cuanto menos se hablase del asunto, mejor andarían las cosas.

Mostróse Struan muy complacido con su nueva casa y con el progreso que evidenciaba la construcción de los almacenes y de la sede de la Compañía. También le satisfacía el resultado de la frialdad que en público demostraban entre sí él y Culum. Este le dijo en privado que Brock ya había hecho las primeras tentativas para atraerle, y que Wilf Tillman le invitó a su lujosa barcaza,

donde le atendió como un perfecto anfitrión.

Culum contó a su padre que habían hablado del futuro del comercio, el cual, en Asia, dependía de la cooperación estrecha entre los miembros de la raza anglosajona, según se dijo. Shevaun estuvo en la cena, e hizo gala de su gran hermosura y su notable vivacidad.

«Shevaun puede ser una buena esposa para Culum —pensó Struan, desapasionadamente—, o incluso para ti. Sería una magnífica anfitriona, que añadiría interés a las cenas que dieras en Londres a los miembros del Parlamento y a los ministros del Gobierno. También deberías comprarte un título nobiliario. Podrás pagarlo fácilmente con lo que te rinda el *Blue Cloud* en su viaje a Inglaterra, aunque sólo llegue en segundo o tercer lugar. Y si toda la temporada comercial concluye de acuerdo con lo calculado, te puedes permitir el lujo de adquirir un título de conde».

Un pez saltó fuera del agua; pareció quedar suspendido en el aire unos instantes, y luego cayó chapoteando.

Struan prestó atención un momento, y, como no advirtiera nada extraño, siguió embebido en sus pensamientos.

«Shevaun es joven aún; aportará una buena dote e interesantes relaciones en el orden político. Pero, ¿qué pasará con Cooper? Está perdidamente enamorado de ella, mas no sabemos si la muchacha le corresponderá de igual modo. ¿Y May-May? ¿Puede ser una esposa china un obstáculo en tu carrera? Sin duda alguna. Eso sería un factor decisivo en contra tuya. Debes olvidar el asunto. Sin una esposa inglesa, tu vida social no se desenvolverá normalmente. La diplomacia se ejerce principalmente en los salones privados de las lujosas mansiones. ¿Tal vez debes pensar en la hija de un conde, o de un ministro del Gobierno? Puede ser. En todo caso, espera hasta que llegues de nuevo a Inglaterra. Aún queda bastante tiempo».

Struan experimentó una extraña sensación, y se preguntó si realmente disponía de mucho tiempo.

Un perro ladró entre los sampánes, y los otros le contestaron fieramente y cayeron sobre él. Hubo una serie de aullidos, y poco después los ruidos volvieron a extinguirse.

Observó Struan detenidamente las embarcaciones chinas, de espaldas a los faroles, y advirtió una sombra que se movía. Luego vio varias más, y, un

momento después, unos cuantos chinos abandonaban el poblado flotante y se agrupaban en la playa. Entre los hombres vio a Scragger.

Struan empuñó su pistola y esperó serenamente, tratando de ver si entre los hombres figuraba Wu Kwok.

Los integrantes del grupo ascendieron por el sendero, sin hacer ruido alguno, yendo Scragger en el centro. Se detuvieron cerca del pozo, y Struan pudo advertir que eran todos gente joven, de poco más de veinte años, vestidos con túnicas y pantalones negros, y calzados con sandalias, en tanto que se tocaban con los grandes sombreros característicos de los culíes.

—Aquí estamos, Tai-Pan —dijo Scragger con voz velada, dispuesto para iniciar una retirada al menor síntoma de anormalidad que observase.

—¿Dónde está Wu Kwok?

—Le pide disculpas, pero no ha podido venir. Aquí tiene el centenar que usted pidió. Elija los que le parezca, y terminemos de una vez.

—Dígales que se separen en grupos de diez y que se desnuden.

—¿Que se desnuden?

—¡Sí, por todos los cielos!

Scragger miró atónito a Struan unos instantes, luego se encogió de hombros y volvió junto a sus hombres, a los que habló con un susurro cantarín. Los chinos hicieron algunos comentarios, luego formaron grupos de diez y se quitaron las ropas.

Struan hizo una señal a los diez primeros, que se aproximaron a la luz. De algunos grupos eligió uno, de otros, dos o tres, y de otros, ninguno. Seleccionó con todo cuidado, pues se daba cuenta de que estaba reuniendo un grupo selecto que podría constituir la vanguardia para penetrar en el corazón de China. Siempre que pudiera inculcarles sus enseñanzas, claro está.

A los que no resistieron su mirada los rechazó inmediatamente, así como a aquellos que tenían la coleta sucia o mal trenzada, y a los de cuerpo débil. En cambio, los que presentaban ligeras señales de viruela en el rostro tuvieron preferencia, pues Struan sabía que el hombre que había padecido esa enfermedad, salvándose de ella, quedaba inmunizado contra la enfermedad, que asolaba las tripulaciones de los buques. También favoreció a los que presentaban en el cuerpo antiguas heridas bien cicatrizadas, y a los que exhibían su desnudez sin darle mayor importancia. Eligió a unos pocos por la expresión fiera de sus

ojos, y a otros, por simple intuición.

Observaba Scragger la elección con creciente impaciencia, mientras acariciaba incesantemente la empuñadura de su cuchillo.

—Estos son los hombres que me llevo —dijo Struan, cuando hubo concluido —. Puede decirles que se vistan.

Scragger dio secamente una orden, y los muchachos se vistieron. A continuación, Struan extrajo unas cuantas hojas de papel y tendió una a Scragger, al tiempo que le decía:

—Léales esto, por favor.

—¿De qué se trata?

—Es un contrato. En él se estipula la paga y las condiciones por un período de cinco años de servicio. Cada uno deberá firmar una hoja.

—No sé leer. Y, además, ¿para qué valen esos papeles? Wu Fang Choi les dijo que son de usted durante cinco años.

Struan dio a Scragger otra hoja, ésta escrita con caracteres chinos, y añadió:

—Entregue esto a alguno que pueda leerlo a sus compañeros. Luego tendrán que firmarlo todos, y el trato quedará terminado. Si no lo firman, no los aceptaré.

—Vaya, conque haciendo las cosas como es debido, ¿eh? —manifestó Scragger, quien después de coger la hoja, llamó a un chino de corta estatura y picado de viruelas, que figuraba entre los seleccionados. El hombre cogió el papel y lo examinó unos instantes. Mientras tanto, Scragger hizo una seña a los chinos que no habían sido elegidos, y éstos desaparecieron entre los sampánes. El individuo comenzó a leer en voz alta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Struan.

—Fong.

—¿Y qué más?

—Fong y lo que usted quiera. ¿Quién conoce el nombre de todos estos macacos?

—Los chinos escuchaban con toda atención lo que les leía su compañero. En un momento determinado de la lectura, surgió del grupo una risa nerviosa.

—¿Cuál es la gracia? —preguntó Scragger en cantones.

Fong tardó bastante tiempo en explicarlo, y entonces Scragger se dirigió a Struan y le dijo:

—¿Cómo se entiende esto? Les exige usted que no forniquen ni se casen en

cinco años. Eso no está bien. ¿De qué se cree que están hechos?

—Es una cláusula normal, Scragger. Todos los contratos similares tienen una como ésa.

—No es así en los contratos de los marineros, por todos los infiernos.

—Estos hombres van a ser capitanes y oficiales, de modo que tendrán que estar provistos de contratos para legalizar su situación.

—De todos modos, me parece una barbaridad. ¿Les obliga usted a no estar con una mujer durante cinco años?

—Es sólo una formalidad. Pero lo que no pueden hacer, desde luego, es casarse.

Scragger se volvió hacia los chinos y les dirigió unas pocas palabras. De nuevo se oyeron algunas risas.

—Les he dicho que tienen que obedecerle a usted a ciegas en todo lo que les mande. Menos en lo de no fornicar —manifestó Scragger, mientras se secaba el sudor del rostro—. Wu Fang Choi les dijo que serán de usted por un plazo de cinco años, de modo que no hay por qué preocuparse.

—¿Qué es lo que le tiene tan nervioso, Scragger? —preguntó Struan.

—Nada, nada, se lo aseguro.

Fong siguió leyendo. Uno de los que escuchaban interrumpió la lectura y pidió que le repitieran una cláusula. Era la relativa a la paga. Los futuros capitanes recibirían cincuenta libras el primer año, setenta el segundo, y el tercero, un centenar, cuando tuvieran la credencial de primeros pilotos, y ciento cincuenta al llegar a capitanes. Cobrarían, además, un dieciseisavo de los beneficios obtenidos en el buque que capitaneasen. Se agregaría una bonificación de veinte libras para los que se aprendieran el inglés en tres meses.

—Ciento cincuenta libras es más de lo que éstos pueden ganar en diez años.

—¿Quiere usted también un empleo, Scragger?

—Gracias, estoy a gusto con el que tengo —replicó el pirata, y añadió, con gesto preocupado—. Wu Gang Choi nunca les pagará tanto sueldo.

—Estos hombres tendrán que ganarse bien la paga, puede estar seguro de eso. De lo contrario se quedarán en tierra.

—Está bien, pagúeles lo que quiera, pero me parece un despilfarro de dinero.

Cuando Fong hubo concluido de leer el documento, Struan hizo firmar a cada uno de los hombres, con caracteres chinos. Todos ellos sabían escribir, pero

no obstante les hizo embadurnar la palma de la mano con tinta, y marcó la impresión en el dorso de cada uno de los contratos.

—¿Qué hace usted? —preguntó Scragger.

—Todas las impresiones de las manos son distintas —replicó Struan—. Ahora he identificado a cada uno de ellos aun sin conocer su nombre.

—¿Quiere usted que le acompañen éstos a los botes? —preguntó Scragger.

—Desde luego —dijo Struan, y entregó a Fong un farol, mientras señalaba hacia la playa. Los demás hombres le siguieron en silencio.

—La elección y la contrata ha sido curiosa, Tai-Pan. Es usted un individuo sagaz —aseguró Scragger—. Me he enterado de que le hizo una buena jugada a Brock, en relación con las barras de plata.

En lugar de contestar, Struan miró fijamente a Sragger, y al fin dijo:

—En el ataque contra el buque de Brock había varios europeos. ¿Era usted uno de ellos?

—Si Wu Fang Choi me hubiera ordenado eso, no se hubiera producido un fracaso. Al jefe no le gustan los fracasos. Debieron de ser algunos cerdos de estos contornos. Una verdadera pena.

Scragger escrutó la oscuridad. Cuando advirtió que estaban solos, susurró en voz baja:

—Wu Kwok es de Quemoy, costa arriba. ¿Conoce usted la isla, Tai-Pan?

Struan contestó afirmativamente, y el pirata agregó, con malévolo fulgor en la mirada:

—El veinticuatro de junio, por la noche, habrá allí una fiesta. Wu Kwok estará entre los presentes, con toda seguridad. Si una o dos fragatas atacaran la zona, él caería como una rata asquerosa en el cepo.

—¡No me diga! —manifestó Struan, sonriendo sarcásticamente.

—Es verdad, se lo juro. Puedo jurárselo por Dios. Ese condenado hizo que yo le jurara a usted una mentira, y eso no puedo perdonárselo. ¡La palabra de Scragger vale tanto como la que más!

—No lo dudo. Sin embargo, ¿cree que puedo confiar en un individuo que no vacila en entregar a su jefe?

—El no es mi jefe, sino Wu Fang Choi, y nadie más. Sólo a él juré obediencia, se lo aseguro.

Struan contempló a Scragger unos instantes, y por fin manifestó:

—Pensaré en la noche del veinticuatro de junio.

—Quiero que muera, no lo niego. La palabra de un hombre es lo más importante que posee. El hizo que yo diera la mía en vano, maldito sea, y quiero que pague con su vida.

—¿Dónde están los pequeños? —inquirió Struan.

—¿Se refiere a los que van a ser educados como aristócratas?

—Sí, vamos, quiero concluir pronto.

Scragger se volvió y silbó agudamente hacia la oscuridad. Tres pequeñas sombras salieron de los sampánes. Los chiquillos avanzaron cautelosamente por la destartalada pasarela hasta poner pie en tierra y se adelantaron con premura. Struan los observó con interés mientras se acercaban a la luz. Uno era chino, el otro eurasiático, y el último era un inglesito de pelo rubio y revuelto. El niño chino vestía una rica túnica, cuya coleta era gruesa y estaba bien trenzada. En la mano llevaba un maletín. Los otros dos iban ataviados con unos trajes que querían ser imitación de los atuendos europeos. Llevaban burdas levitas, sombreritos abollados y zapatos caseros en los que se veían claramente las puntadas. Ambos llevaban un palo al hombro, del que colgaba un pequeño bulto.

Los chiquillos trataban desesperadamente de ocultar su temor, pero no lo conseguían.

—Este es Wu Pak Chuk —dijo Scragger, y el chinito se inclinó nerviosamente—. Es nieto de Wu Fang Choi. Uno de sus muchos nietos, aunque no es hijo de Wu Kwok. Estos otros son mis dos pequeños —añadió Scragger, lleno de orgullo y señaló al pilluelo rubio—. Este es Fred, de seis años, y el otro es Bert, de siete.

Los dos chiquillos se descubrieron, hicieron una reverencia, y con voz temblorosa murmuraron algo inaudible, para después mirar temerosos a su padre, como si quisieran comprobar si lo habían hecho bien. Bert, el mestizo eurasiático, llevaba la coleta oculta dentro del sombrero, pero después de descubrirse le cayó por la espalda. Fred tenía el pelo revuelto y largo, y, como su padre, lo llevaba atado en la nuca con un cordel de cáñamo.

—Venid aquí, muchachos —dijo Struan, compadecido.

El pilluelo cogió a su hermanastro por la mano, y los dos avanzaron lentamente, hasta detenerse ante Struan, casi sin atreverse a respirar. El inglesito se limpió los mocos con el dorso de la mano y siguió mirando atentamente a

Struan.

—¿Eres Fred, pequeño?

—Sí, señoría —dijo el crío, con voz apenas audible.

—Vamos, habla fuerte, muchacho —manifestó Scragger.

El chiquillo aspiró con fuerza y repitió casi a gritos:

—¡Sí, señoría, yo soy Fred!

—Y yo soy Bert, señoría —añrmó el eurasiático, cuando vio que Struan le miraba. Era un muchacho agraciado, de blancos dientes y piel dorada, y más alto que los otros dos.

Struan miró entonces a Wu Pak, el cual bajó la mirada y movió nerviosamente los pies.

—¿No habla inglés?

—No, pero Bert habla su lengua, y Fred conoce también algunas palabras de chino.

—¿Dónde está tu madre, Fred?

—Ha muerto, señoría —dijo el pequeño con voz ahogada.

—Murió hace dos años a causa del escorbuto —corroboró Scragger.

—¿Tienen mujeres inglesas en su flota?

—Algunos las tienen. Eh, muchachos, id hacia allá —dijo Scragger, y sus dos hijos corrieron hacia donde él había señalado, permaneciendo allí inmóviles, lejos del alcance de su voz. Wu Pak vaciló, pero al fin echó una carrera y se unió a los otros dos.

—La madre de Fred fue una convicta —declaró Scragger, bajando la voz—. La deportaron por robar carbón en lo más crudo del invierno. Nos casó en Australia un sacerdote, pero era renegado, así que no creo que el matrimonio fuera válido. De todos modos, nos casamos, y yo le juré a ella, antes de su muerte, que cuidaría siempre de nuestro hijo.

Extrajo Struan más papeles y dijo:

—Por estos documentos quedo nombrado tutor de los niños hasta que cumplan veintiún años. Usted puede firmar por sus hijos, pero por Wu Pak tendría que hacerlo un pariente.

—Yo pondré una cruz en todos. ¿Puede darme una copia para entregársela a Wu Fang Choi?

—Sí, puede llevarse una.

Struan comenzó a escribir los nombres, pero Scragger le detuvo de pronto.

—Espere, Tai-Pan. No ponga a los muchachos el nombre de Scragger. Póngales otro nombre. No, no necesita decirme cuál es. El que usted prefiera. Piense en uno bueno.

El sudor perlaba la frente del pirata, cuya mano tembló visiblemente cuando tomó el lápiz para hacer la señal que representaba su firma.

—Fred, que es más pequeño —agregó Scragger—, seguramente me olvidará, como ya ha olvidado a su madre. Haga lo que pueda por Bert, ¿eh? Su madre aún vive conmigo, y no es mala persona para ser pagana. Cuide a los pequeños, y tendrá en mí un amigo para toda la vida, se lo juro. Quiero que mis hijos aprendan las oraciones como es debido. Wu Pak tiene que escribir una vez al menos a Jin-qua, el cual deberá pagar los gastos de colegio y todo lo demás. Lo hará una vez por año. Los tres deberán ir al mismo colegio, y se alojarán juntos.

Luego, Scragger hizo una seña al chinito, que se acercó recelosamente. Le señaló con el pulgar hacia las lanchas, y el chiquillo obedeció, encaminándose hacia allí.

Después, Scragger llamó a sus hijos.

—Bueno, ahora os dejo, muchachos —dijo el padre.

Los dos chiquillos se abrazaron a él, y llorando le suplicaron que no se marchase. Scragger los apartó de su lado, y procurando dar firmeza a su voz, agregó:

—He dicho que tenéis que marcharos. Obedeced al Tai-Pan en todo. El va a ser como vuestro padre.

—No nos mandes lejos, padre —dijo Fred, con las mejillas cubiertas de lágrimas—. Me he portado bien, y seré aún mejor, pero no nos dejes.

Scragger se aclaró ruidosamente la garganta, y escupió en el suelo. Después de unos instantes de vacilación, extrajo su cuchillo y cogió a Bert por la coleta. El mestizo gritó lleno de espanto y trató de escapar, pero Scragger le cortó de un golpe la trenza, mientras el niño lloraba convulsivamente.

—Pero, padre —dijo Fred, con su aguda vocecita—, ya sabes que Bert había prometido a su madre que conservaría siempre el pelo como ahora.

—Es mejor que lo haga yo, y no otros —aseguró Scragger, con voz temblorosa—. Bert ya no va a necesitar su coleta. Va a criarse como un caballero, igual que tú, Fred.

—Yo no quiero ser un caballero, sino volver a casa.

Scragger acarició por última vez las cabezas de los dos chiquillos.

—Adiós, hijos míos —manifestó y, volviéndose rápidamente, se perdió en la oscuridad.

CAPITULO XVII

—¿Por qué te marchas tan temprano, Tai-Pan? —inqurió May-May, reprimiendo un bostezo—. Has dormido sólo dos horas, y eso no es suficiente. Vas a perder tu vigor.

—Deja ya de protestar, muchacha. Y más vale que esta noche no me esperes despierta —dijo Struan, mientras May-May le servía otra taza de té. Era una hermosa mañana en que los rayos del sol penetraban entre los enrejados de las ventanas, trazando curiosos dibujos en el suelo.

May-May trató de no escuchar el estruendo de martillos y sierras que se levantaba en todo el Valle Feliz, pero comprendió que era un vano intento. El ruido era estruendoso y continuo desde el momento mismo en que habían llegado hacía ya tres días.

—Hay muchas cosas que hacer, y quiero asegurarme de que todo está dispuesto antes del baile —dijo Struan—. Ya sabes que se iniciará sólo una hora después de la puesta del sol.

May-May se estremeció de gozo, al recordar la hermosura de vestido que tenía guardado, como sorpresa, y dijo:

—Desayunar al amanecer es cosa de bárbaros.

—Son las nueve de la mañana. No es precisamente el amanecer.

—Yo me siento como si lo fuera —dijo ella, arreglándose los pliegues de su bata de seda amarilla—. ¿Cuánto tiempo van a seguir esos horrorosos ruidos?

—Dentro de un mes acabarán, aproximadamente, aunque no trabajarán los domingos, claro está —contestó Struan, que apenas la escuchaba, ocupado en hacer mentalmente una lista de lo que iba a realizar aquel día.

—Me molesta mucho ese ruido —agregó la muchacha—. Además, algo no va bien en esta casa.

—¿Cómo dices? —preguntó él, con aire ausente.

—Que hay en ella algo extraño, algo maléfico. ¿Seguro que el Feng-shui es favorable?

—¿El qué? —dijo Struan, perplejo, volviendo a prestarle atención.

May-May pareció quedar aterrada.

—Entonces, ¿no has consultado a los caballeros del Feng-shui?

—¿Quiénes son ésos?

—Por todos los cielos —replicó ella, exasperada—. ¿Construyes una casa y no se te ocurre consultar a los caballeros del Feng-shui? ¡Pero qué barbaridad! *¡Aeey yah!* Me ocuparé de ese asunto hoy mismo.

—¿De qué se ocupan esos caballeros —inquirió Struan ásperamente—, si no es de sacar dinero?

—Se ocupan de decir el Feng-shui, como es natural.

—¿Y qué demonios es el Feng-shui, si puede saberse? —dijo Struan, perdiendo la paciencia.

—Si el Feng-shui es desfavorable, los espíritus malignos entran en la casa, y los que la habitan se enferman y tienen muy mala suerte. Si el Feng-shui es favorable, en cambio, no entra ningún espíritu del mal. En fin, que todo el mundo sabe lo que es el Feng-shui.

—Tú eres cristiana y no creerás en esas necedades, ¿no es cierto?

—Claro que soy cristiana, Tai-Pan; pero en las casas el Feng-shui tiene mucha importancia. No olvides que estamos en China, y que…

—Está bien, May-May —dijo Struan, resignado—. Trae a los caballeros del Feng-shui para que hagan sus sortilegios, si lo crees conveniente.

—No hacen sortilegios —contestó ella—, sino que se aseguran de que la casa está en situación favorable para recibir las corrientes de aire que van desde el cielo a la tierra, y de que no ha sido hecha sobre la guarida de un dragón.

—¿Cómo?

—¡Ira del cielo! ¿Cómo puedes ignorar eso? Si la casa estuviera hecha sobre la guarida de un dragón, éste ya no podría dormir en paz nunca más, y nos ocurrirían las peores cosas. Tendríamos que mudarnos inmediatamente.

—¡Bah, eso son estupideces!

—Piénsalo así, si te parece; pero de todos modos tengo que asegurarme. Gracias a que estoy aquí para protegeros a ti y a los niños. Habrá que comprobar si nuestra casa está construida sobre la guarida de un dragón, para saber lo que

hay que hacer.

—Entonces, más vale que digas a esos caballeros que no encuentren debajo ningún dragón, por todos los infiernos.

May-May púsose seria repentinamente y dijo:

—Los caballeros del Feng-shui no pretenderían enseñarte a manejar un barco, y tú tampoco querrás enseñarles acerca de dragones, ¿verdad? Sabrás que es sumamente difícil llegar a ser caballero del Feng-shui.

Struan notó, complacido, que May-May volvía a ser la de siempre. Había notado en el viaje a Hong-Kong, y especialmente en los últimos días, que la muchacha se mostraba abstraída y algo triste. Tal vez fuera debido al ruido, que la molestaba en exceso.

—Bueno, ahora me marcho, May-May.

—¿Te parece bien que invite hoy a Mary Sinclair?

—Sí, pero no sé dónde se encuentra, ni siquiera si ha llegado a Hong-Kong.

—Se encuentra en el buque insignia. Llegó ayer con su ama, Ah Tat, y trajo su vestido de baile. Es muy hermoso y de color negro. Te va a costar doscientos dólares. *¡Aeey yah!* Si me hubieras dejado comprarlo a mí, te habría ahorrado cuando menos setenta dólares.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Su ama es la cuarta hija de una tía de Ah Sam. ¿De qué iba a servir mantener a una comilona como Ah Sam, si no tiene a su madre bien informada?

—¿Cuándo te dijo eso su madre?

—¡Ah, Tai-Pan, qué torpe eres a veces! La madre de Ah Sam soy yo, ahora. Todas las esclavas chinas llaman madre a su dueña, del mismo modo que, entre ellas, a ti te llaman padre.

—Bueno, no me había dado cuenta.

—Así es. Llamar padre al dueño de la casa es una costumbre muy cortés y antigua. De modo que Ah Tat, la esclava de Mary, se lo contó a Ah Sam, y ésta se lo dijo a su madre, que soy yo. Es muy sencillo.

—¿Puede saberse para qué quieres ver a Mary?

—Estoy aburrida, sin poder hablar con nadie. Nos entenderemos en cantones, no te preocupes. Ella ya sabe que me encuentro aquí.

—¿Cómo lo supo?

—Ah Sam se lo dijo a Ah Tat —contestó la muchacha pacientemente, como

si estuviera explicando algo a un niño—, y la bribona de Ah Tat contó a su ama mis secretos. En verdad, Tai-Pan, que deberías volverte a la cama esta mañana. Te noto bastante torpe.

Struan terminó su taza de té y la apartó a un lado.

—No es de extrañar, después de haber tenido que oír tantas barbaridades —contestó él—. Voy a comer con Longstaff, de modo que puedo avisar a Mary. ¿A qué hora le digo que venga a verte?

—No te preocupes, Tai-Pan; utilizaré a Ah Sam. Aquí nadie sabe mejor las cosas que las criadas.

Lim Din abrió en ese momento la puerta. Era el criado personal de Struan, así como el cocinero de la casa. Se trataba de un hombrecillo rechoncho de poco más de cincuenta años, que vestía chaquetilla blanca y pantalones negros. Tenía un rostro redondo, de alegre expresión, y ojos astutos.

—Amo, el amo y el ama quieren verle. ¿Puede? —dijo el chino.

—¿Qué amo y qué ama? —preguntó Struan, molesto al pensar que alguien pudiera llegar sin haber sido invitado.

Lim Din encogióse de hombros y contestó:

—No sé. Son ama y amo. ¿Quiere saberlo?

—No, déjalo —manifestó Struan, levantándose de la mesa.

—¿Esperabas visitas? —preguntó May-May.

—No —dijo Struan, y salió del comedor en dirección a la pequeña antecámara. Cruzó ésta y cerró la puerta tras él. Se encontraba ahora en el pasillo que llevaba hacia la otra ala de la casa. En ese momento, Struan se dio cuenta de que uno de los visitantes era Shevaun. Su fragancia, un perfume turco especial que sólo ella usaba, había impregnado delicadamente el ambiente de la casa. Su corazón aceleró los latidos, y su ira disminuyó apreciablemente mientras avanzaba por el corredor, en dirección al salón.

—Hola, Tai-Pan —dijo Shevaun.

Shevaun tenía veinte años y era tan esbelta como una gacela. Tenía el cabello de color rojo, pero más oscuro que el de Struan, y lo peinaba en apretados rizos. Sus senos se apreciaban discretos a través de un leve escote del vestido de terciopelo verde, y destacaban generosamente al contrastar con su estrecha cintura. De la cascada de encajes que surgía debajo de su vestido, emergían sus leves pies y sus hermosos tobillos. Usaba un sombrerito verde y llevaba una

sombrilla de color anaranjado.

«Sí, cada día está más hermosa», se dijo Struan.

—Buenos días, Shevaun y Wilf.

—Buenos días. Sentimos haber venido sin ser invitados —dijo Wilf, manifiestamente incómodo.

—Vamos, tío —intervino Shevaun, despreocupadamente—. Es una vieja costumbre americana hacer visitas por sorpresa.

—Pero no estamos en América, querida —replicó Tillman.

Este, sin embargo, hubiera querido estar allá aquel día, justamente, y que Shevaun hubiera estado casada con Jeff Cooper, para no tener sobre sí más responsabilidades.

«Condenada Shevaun, y también condenado Jeff —pensó Tillman—. Si sólo fuera anunciar el matrimonio, la cosa sería sencilla, pero todas estas complicaciones me están desesperando. Jeff siempre dice que hay que hacer las cosas con calma, pero ahora no sobra el tiempo, teniendo en cuenta que Struan se ha quedado viudo. Estoy totalmente seguro de que Shevaun está tratando de cazar al Tai-Pan. ¿Para qué, si no, iba a insistir en venir aquí esta mañana? ¿Por qué tanto preguntar por él?».

Todo el camino, hasta la casa de Struan, Tillman estuvo preguntándose si le convenía un casamiento entre Struan y Shevaun. Sin duda ello aportaría ventajas financieras decisivas, pero Struan se mostraba totalmente opuesto al estilo de vida americano que ambos llevaban, y que él no alcanzaba a comprender.

«Por otra parte —se dijo Tillman—, Struan no tardaría en indisponer a Shevaun contra nosotros. Además, Jeff se pondría furioso al perder a mi sobrina, y es probable que se disolviese la compañía Cooper-Tillman. Entonces, no habrá dinero para que mi hermano John viva del modo que lo hace en Washington. La política resulta cara, pero es el único modo de que a su vez podamos subsistir contra los malditos Estados del Norte. No, por todos los cielos, Shevaun se casará con Jeff, y no con el Tai-Pan».

—Sentimos haber llegado sin que nos invitara —repitió Tillman, cesando en sus cavilaciones.

—Siempre serán ustedes bien recibidos en mi casa —afirmó Struan, e hizo una seña a Lim Din para que trajera bebidas y vasos—. ¿Un poco de jerez?

—Gracias, pero vamos a estar muy poco tiempo —aseguró Tillman.

Shevaun se echó a reír, y arrugó picarescamente su respingada naricilla.

—Pero si acabamos de llegar, tío —afirmó—. He querido ser la primera en felicitarle en su nueva casa, Tai-Pan. Ese ha sido el motivo de nuestra visita.

—Se lo agradezco mucho. Siéntense, por favor; me alegra mucho verles.

—Le hemos traído algunos pequeños obsequios —dijo ella, y abrió el bolso que llevaba, sacando de él un panecillo, un salero y una botella de vino.

—Es una antigua costumbre que da buena suerte a la casa. Hubiera venido yo sola, pero mi tío dijo que eso sería de un gusto imperdonable. En fin, qué se le va a hacer…

—De todos modos, me satisface que vinieran —aseguró Struan, y cogió el panecillo, que tenía corteza dorada y aroma fragante.

—Yo misma lo hice en el horno, anoche.

Struan partió un pedazo y lo probó.

—Tiene un sabor excelente —dijo.

—Bueno, no es obligatorio que lo coma. Se trata sólo de algo simbólico.

Shevaun volvió a reírse y, recogiendo su bolso y su sombrilla, agregó:

—Y ahora, que he cumplido con mi deber, ya podemos marcharnos.

—Ah, no. Mis primeros invitados no pueden hacerme tal cosa. Insisto en que tomen al menos un vaso de jerez.

Lim Din ofreció los vasos. Shevaun cogió uno y se arrellanó cómodamente en su asiento, mientras Tillman fruncía el ceño, evidentemente disgustado.

—¿De modo que horneó usted ese panecillo? ¿Nadie la ayudó a hacerlo? —preguntó Struan.

—Claro que no. Es muy importante que una muchacha sepa cocinar —replicó ella, y observó a Struan, retándole con la mirada.

—Shevaun es muy buena cocinera —aseguró Tillman, mientras tomaba unos sorbos de jerez.

—Sobre todo, el pan que hace es excelente —dijo Struan, y se sentó en un gran sillón de cuero, al tiempo que levantaba su vaso y agregaba—: Larga vida les deseo.

—También a usted.

—Su casa es espléndida, Tai-Pan.

—Muchas gracias. Cuando esté totalmente terminada, se la enseñaré.

Struan imaginó que Shevaun sentiría gran curiosidad por comprobar si el

rumor de que allí vivía May-May era cierto. Luego añadió:

—Aristóteles dijo que usted no se encontraba bien la última vez que la vio, Shevaun.

—Sólo era un resfriado.

—¿Piensa hacerse otro cuadro?

—Tal vez —replicó ella, sin alterarse—. Me gustan muchísimo los cuadros de nuestro buen amigo el señor Quance. Mi tío y yo tratamos de convencerle para que pase una temporada en Washington. Creo que allí haría una fortuna.

—En tal caso, veo a Aristóteles embarcándose pronto hacia América —manifestó Struan, quien, dirigiéndose a Tillman agregó—: ¿Qué tal van los negocios?

—Muy bien, muchas gracias. Jeff regresa de Cantón esta noche. Parece que la situación en el Establecimiento es excelente. ¿Piensa volver allí?

—Sí, dentro de pocos días.

—Me han dicho que el *Blue Cloud* y el *Gray Witch* van proa con proa. Uno de nuestros buques, que venía de Singapur, se cruzó con ellos en el camino hace dos días. Le deseo mucha suerte.

Los dos hombres charlaban cortésmente sobre sus negocios, aunque en realidad a ninguno le preocupaba demasiado la opinión del otro. Mientras tanto, Shevaun tomaba pequeños sorbos de jerez y observaba atentamente a Struan. Se fijó en su ligero traje de lana, bien cortado y elegante.

«Eres un hombre de verdad, Dirk Struan —pensó ella—. Tal vez no lo imagines siquiera, pero voy a casarme contigo. Me pregunto cómo será tu amante oriental, cuya presencia me parece notar en esta casa. Con amante o sin ella, yo soy la mujer que te conviene. Cuando yo sea tu esposa, no volverás a necesitarla, estoy segura de ello.».

—Bien, creo que debemos marcharnos —dijo Tillman, al tiempo que se ponía en pie—. Una vez más, ruego que nos disculpe por haber venido sin ser invitados.

—Y yo les repito que siempre serán bien acogidos en mi casa.

—Ah, a propósito, Tai-Pan —dijo Shevaun—. Tengo entendido que no se permite a las damas asistir al combate de esta tarde. ¿Querría usted apostar una guinea en mi nombre por el boxeador de la Armada?

—¡Cielos, Shevaun! —exclamó Tillman, escandalizado—. No debieras decir

esas cosas, tan poco propias de una dama.

—Y tú eres poco honesto y muy anticuado —replicó ella—. Los hombres disfrutáis con los combates; ¿por qué no podemos hacerlo nosotras? Si os divierte apostar, ¿qué razón hay para que no apostemos las mujeres?

—Bien dicho, Shevaun —dijo Struan, divertido ante el gesto de disgusto de Tillman.

—Después de todo, se trata de una costumbre oriental —dijo ella, mirando inocentemente a Struan—. Tengo entendido que los chinos son muy aficionados a las apuestas, y especialmente las mujeres' ¿no es así?

Struan hizo caso omiso de la pregunta.

—El juego es un hábito detestable —afirmó Tillman.

—De acuerdo, tío. ¿Cuánto has apostado tú?

—Eso no tiene nada que ver. Yo soy hombre.

Struan se echó a reír y dijo:

—Con su permiso, Wilf, haremos una excepción con ella por esta vez. ¿Una guinea a la Marina?

—Eso es, Tai-Pan, muchas gracias —dijo Shevaun, antes de que Tillman pudiera contestar. Luego tendió su mano enguantada a Struan y agregó—: Veo que es usted muy comprensivo.

Retuvo él en su mano la de la muchacha, bastante más tiempo del necesario, y al fin se la besó con suavidad, después de lo cual acompañó a sus visitantes hasta la puerta.

—Nos veremos esta noche, ¿no es cierto?

—Si no gano el premio en el baile, me llevaré la rabieta más grande de mi vida. Y también me encerrarán en la cárcel por deudas.

—Tal vez tú no termines allí, pero tus sufridos padre y tío, seguramente se verán encarcelados —dijo Tillman.

Cuando se hubieron marchado, Struan regresó a las habitaciones de May-May.

Ella le miró fríamente, sin decir palabra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Struan.

—Ocurre que esa maldita bribona, que esa picara de siete suelas, está tratando de cazarte. Eso es lo que ocurre, maldición.

—Ten la bondad de no jurar de esa forma. Pero, ¿cómo has podido verla?

—He estudiado bien los planos de la casa, y puedo ver a todo el que viene aquí, sin necesidad de que me vean a mí. Y te repito que esa condenada greñuda y zaparrastrosa está intentando echarte el lazo.

—¿Tú crees?

—Conque besándole la mano, ¿eh? ¿Por qué no besas la mía? —inquirió May-May golpeando en la mesa con la palma de la mano—. ¿Y qué me dices de los ojos de ternera degollada con que la mirabas, eh? *¡Aeey yah!*

—Otra observación como ésa, y té doy una buena tunda. ¿Te gusta que te den unos azotes?

—¡Bah, hombres! —dijo ella, despectivamente—. ¡Hombres!

Struan sonrió, divertido.

—«Tengo entendido que a los chinos les gusta mucho el juego, especialmente a las mujeres» —dijo May-May, imitando la voz de Shevaun, mientras se levantaba los senos con las manos, para hacerlos parecer más grandes, y movía el trasero—. Y tú estabas sentado allí al lado, comiéndole con la vista los pechos. ¿Por qué no miras los míos, eh?

Struan depositó con calma la taza de té que había bebido en parte, y se puso en pie. May-May se retiró prudentemente al otro lado de la mesa.

—No he dicho nada, Tai-Pan.

—Eso espero —dijo él, y terminó de beber el contenido de la taza, lentamente, mientras ella le miraba, dispuesta a salir corriendo.

—Ven aquí, May-May —dijo él, colocando la taza vacía sobre el plato.

—No, no me fío cuando tus ojos despiden fuego verde.

—*He dicho que vengas aquí* —repitió Struan amenazadoramente.

May-May tenía un gesto malévolo y receloso, como el de ciertos gatos siameses que Struan había visto en Bangkok. Poco a poco fue acercándose a él, siempre preparada para iniciar la retirada, o para arañarle. Cuando la tuvo a su lado, Struan le dio un suave golpecito en una mejilla y dijo:

—A ver si te portas mejor, ¿eh?

A continuación se encaminó hacia la puerta.

—¡Tai-Pan! —exclamó ella, tendiéndole imperiosamente su mano, para que se la besara.

Reprimiendo una sonrisa, Struan volvió hacia ella, y con ademán galante le besó la mano. Luego, antes de que May-May se diera cuenta, la volvió

rápidamente y le dio un buen azote en el trasero. Ella lanzó un grito ahogado y saltó hacia la mesa. Desde allí arrojó a Struan una taza. Erró el blanco y cogió otra taza.

—¡No la tires!

La muchacha la depositó de nuevo sobre la mesa.

—Así está mejor, jovencita. Una taza puede pasar, pero dos son un despilfarro —aseguró Struan, y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—¡Te advierto que debes tener cuidado de ese penco de grandes mamas! —gritó ella.

—Gracias, May-May —replicó él, al tiempo que cerraba la puerta a sus espaldas. Hizo como que se alejaba por el pasillo, pero quedóse escuchando, haciendo lo posible por no reír. Un instante después, se oyó al otro lado el ruido que hacía una taza al estrellarse contra la puerta. Luego siguió una verdadera catarata de maldiciones.

Struan se alejó alegremente de puntillas.

Todo el Valle Feliz vibraba de actividad, y mientras Struan descendía de la pequeña eminencia en que se hallaba su casa, hasta la orilla, sintió no poco orgullo, Podían divisarse numerosos edificios en construcción, entre los cuales los dos mayores eran las sedes de la Noble Casa y de Brock e Hijos, que daban sobre el Camino de la Reina. Las dos grandes construcciones tenían tres pisos, y comprendían almacenes, oficinas y alojamientos.

En ese momento eran sólo unas estructuras recubiertas profusamente por andamios de bambú, en los que trabajaban centenares de albañiles chinos. En torno a esos edificios descollantes, iban alzándose otros de menor envergadura, así como moradas y muelles para las embarcaciones.

A lo lejos, a mitad de camino del Glessing Point, Struan advirtió que los trabajos habían comenzado ya en el puerto propiamente dicho. Una interminable fila de culíes lanzaba al agua rocas y piedras para construir el primero de los muelles de aguas profundas. Frente a la casa del jefe de puerto, terminada ya con excepción del techo, se veían las paredes de piedra de la cárcel, la cual estaba concluida en sus dos terceras partes. Más lejos aún del puerto, la primera barraca del cuartel del Ejército aún estaba cubierta por los andamios.

Struan se encaminó hacia el oeste, en dirección a una serie de amplias tiendas que albergaban temporalmente sus oficinas, y que se alzaban en las proximidades del Valle Feliz. La iglesia aún no había empezado a construirse, aunque Struan pudo ver a varios hombres tomando medidas en la cumbre de la colina.

—Buenos días, Robb —dijo Struan, al tiempo que penetraba en una de las tiendas.

—Hola, bien venido, Dirk —replicó Robb, el cual tenía la barba crecida, y los ojos rodeados por grandes ojeras—. ¿Has solucionado el asunto de Aberdeen?

—Así es. ¿Qué tal van las cosas por aquí?

—Unas bien y otras mal. No se puede transitar por el Camino de la Reina sin que una nube de pordioseros caiga sobre los transeúntes, Y lo peor de todo es que de los diez mil ladrillos que llegan diariamente desde Macao, en los sampánes y juncos, dos mil por lo menos han desaparecido a la mañana siguiente. Y no sólo son los ladrillos sino que también roban madera, mesas, cemento, papel, y todo lo que se deja al alcance de esa gentuza. De esa manera, las construcciones van a costar el doble.

Luego, Robb tendió a su hermano un papel en el que se advertían una serie de cifras y agregó:

—Aquí tienes un regalo. Es lo que ha costado hacer tu casa hasta él momento. Supone tres veces más de lo que Vargas había calculado.

—¿Cómo ha sido tanto?

—Bien claro dijiste que la querías terminada en el plazo de tres semanas.

—Esa suma parece excesiva.

—En efecto, y si el *Blue Cloud* no llega sin novedad a Londres, nos veremos de nuevo en un buen apuro.

—Llegará.

—Quisiera tener tu misma confianza —replicó ásperamente Robb.

Struan tomó asiento ante su escritorio y preguntó:

—¿Qué ocurre en realidad, muchacho?

—Ya te lo he dicho. Los mendigos, los ladrones y el exceso de trabajo. Por si fuera poco, este condenado ruido se hace insoportable. Supongo que estoy excesivamente cansado, aunque más que nada es que me preocupan dos asuntos.

El primero es que Sarah ya ha pasado la fecha de dar a luz y, además de ponerse insoportable, tiene mucho miedo a morir. No puedo convencerla, aunque trato de decirle que todo saldrá bien. Luego, el asunto de quedarme yo aquí. Hemos tenido tremendas grescas. Ella está decidida a marcharse dentro de un mes, aproximadamente, cuando se encuentre en condiciones.

—¿Quieres que hable con ella?

—No serviría de nada. Está plenamente resuelta a irse, y tratándose de Sarah no habrá forma de lograr que no lo haga. Sin duda está satisfecha porque hemos recuperado nuestra fortuna, pero sigue pensando en regresar. Lo del baile ha sido contraproducente, pues se puso furiosa por el hecho de que se lleve a cabo justamente cuando ella está «gorda y fea», como dice. Nada de lo que se le diga puede satisfacerla.

—¿Hay algo más?

—El otro problema es Culum. Es decir, tú y Culum.

Struan miró a través de la puerta de la tienda, hacia el puerto, donde se divisaban numerosos buques anclados.

—El muchacho parece estar bien —dijo Struan evasivamente.

—No es eso lo que quiero decir.

—Deja las cosas que se arreglen por sí solas.

—Es una situación desagradable, tanto para vosotros dos como para la Noble Casa.

—No te preocupes de eso, Robb.

—Te lo pido yo, Dirk. Perdona de una vez al muchacho, por favor.

—Necesito algo más de tiempo, Robb —dijo Struan, volviéndose de espaldas.

—De acuerdo, Dirk, como quieras —manifestó Robb, e introduciendo las manos en los bolsillos, preguntó—: ¿Qué sucedió anoche en Aberdeen?

Struan contó lo ocurrido, y entregó a su hermano los documentos firmados, pero no le dijo nada acerca de la noche del veinticuatro de junio, en Quemoy. Eso ocurriría mientras él fuera aún Tai-Pan, y la decisión sobre lo que había que hacer correspondía al Tai-Pan. Sólo a él.

Robb mostróse preocupado, y preguntó en qué lugar se hallaban los tres chiquillos.

—Están a bordo del *Resting Cloud*. Los he dejado al cuidado de Wolfgang.

En cuanto a los que van a ser capitanes, se encuentran en el *China Cloud*.

—Mejor será que enviemos los niños a Inglaterra lo antes posible. Si se divulga que estamos en tratos con esos piratas, nadie sabe los problemas que pueden creársenos.

—El *Thunder Cloud* tiene la carga casi completa. Estará dispuesto para zarpar dentro de cuatro o cinco días. Irán en ese barco.

—Los enviaré hoy a Whampoa.

—No, Robb. Yo mismo los llevaré mañana. Será más seguro. ¿Quieres venir?

—No puedo, Dirk, estando Sarah tan cerca del parto. Puedes llevarte a Culum.

—Tiene mucho que hacer aquí.

—Pero necesitas enseñarle bastantes cosas acerca del té, las sedas y los embarques. Sólo quedan cuatro meses para tu partida.

—Está bien.

—¿Qué planes has hecho para los chinos adultos?

—Wolfgang y Gordon les enseñarán a hablar en inglés, primeramente. Al cabo de tres meses, los embarcaremos en los clípers, a razón de un chino por barco. Trata de pensar si se te ocurre algún procedimiento para atraerlos a nuestro bando.

—Lo pensaré. Me pregunto qué estarán tramando esos demonios de Wu Kwok y de Scragger. No me fío de ellos lo más mínimo.

«Tienes razón —pensó Struan—. Me gustaría saber lo que harías tú, Robb, si supieras lo de la noche del 24 de junio. Estoy seguro de que enviarías las fragatas, y entonces éstas tal vez cayeran en una trampa. ¿Debo enviarlas yo? Todavía no sé qué voy a hacer».

Robb miró a su vez hacia el exterior de la tienda y dijo lentamente:

—Si Dios está de nuestra parte, en esta temporada sacaremos buena ventaja a Brock.

—¿Sugieres algo?

—Creo que debiéramos reclamar parte de los terrenos costeros y extender los muelles hacia aguas profundas —replicó Robb—. Podemos hacerlo ahora o dejarlo para el año próximo.

—Es una buena idea, muchacho.

—Disculpe, señor —dijo Cuhady, entrando apresuradamente en la tienda—, pero usted me pidió que le informase con toda rapidez.

—Diga, señor Cuhady —contestó Robb—. ¿Qué tal salieron las cosas?

—A la perfección, señor. El buque correo estaba donde usted dijo, y obtuve una lista de los pasajeros, como me pidió. Interceptamos la nave frente a Pokliu Chau, y llegará a puerto dentro de tres horas.

Cuhady sonrió ampliamente, dejó en el suelo un saquito con correspondencia y agregó:

—Perdone, señor; pero, ¿cómo sabía usted que llegaba el barco correo? Precisamente trae un día de adelanto.

—Una corazonada, señor Cuhady —contestó Robb—. Espere fuera, por favor.

Cuhady se llevó la mano a la frente y salió de la tienda, mientras Robb levantaba la bolsita de la correspondencia.

—Tuviste una brillante idea, Dirk —dijo Robb—, al pensar en poner vigía en la montaña.

—Te lo dijo Culum, ¿verdad? —replicó Struan, complacido al ver que Robb y Culum habían puesto en práctica el plan sin que trascendiese a nadie—. ¿Cómo lo habéis arreglado?

—Destinamos a esa misión uno de los empleados, Jesús de Vargas, que es sobrino de tu ayudante. Tiene que mirar desde la cumbre cada cuarto de hora, utilizando el catalejo, desde luego, y debe guardar el más completo secreto. Culum estableció un código especial de banderas para transmitir las señales. Con ello sabemos si un buque que se aproxima es portador de correo, si es nuestro, de Brock o de Cooper-Tillman.

A continuación los dos hombres abrieron la correspondencia. Dejaron aparte los periódicos y revistas de tres meses, para leerlos con calma, lo mismo que los libros, piezas de música, revistas de moda y folletos de casas navales y de finanzas. Lo primero era el negocio.

El mercado de especias de Londres, donde se comerciaba principalmente con jengibre, nuez moscada, pimienta y canela, había subido apreciablemente los precios. Sólo la melaza había bajado. El precio de compra del té ascendía un cincuenta por ciento, debido a la escasez del mismo, lo cual significaba que si el *Blue Cloud* llegaba el primero, los beneficios ascenderían a doscientas cuarenta

mil libras esterlinas. Se habían producido serios disturbios originados por los cartistas en las factorías de algodón de Lancashire y en las minas de carbón de Gales, lo que significaba que el precio del aceite de carbón para lámpara, así como el de las telas de algodón, subirían bastante más de lo esperado. El opio de Calcuta descendía de valor debido a una abundante cosecha. En consecuencia, Struan cambió las órdenes para el *Sea Cloud*, uno de los navíos que se hallaban en Hong-Kong, y lo envió a Manila a comprar especias, en lugar de mandarlo a Whampoa a cargar té. Ordenó que regresara luego a Inglaterra, con toda rapidez, por la ruta del Cabo de Buena Esperanza. Robb dio instrucciones a Vargas para que comprase toda la tela de algodón que pudiera; y para que se desprendiese de las existencias de melaza, y preparó el pedido de opio a adquirir en Calcuta.

Antes ya de que el buque correo fondease en el puerto, el *Sea Cloud* había zarpado hacia Manila. En tres horas de negociaciones, la Noble Casa había ganado potencialmente cuatrocientas mil guineas, ya que en esas tres horas acapararon casi todas las existencias disponibles de aceite para lámparas, de telas de algodón y de especias, y reservaron todo el espacio de bodegas disponibles en los buques americanos e ingleses que había en puerto, con excepción de las naves de Brock e Hijos. Sabían que en cuanto el buque correo anclase y se extendiera la noticia, los compradores correrían a que ellos les vendieran telas y especias, y a fletarles barcos para enviar mercancías a Inglaterra. Nadie estaba enterado, aparte de ellos, de que el *Sea Cloud* ya llevaba un día de ventaja en el viaje, y aprovecharía el mejor momento del mercado londinense.

—Lástima que tardemos al menos dos días en proveer a nuestros clientes y en despachar los buques para Manila —dijo Robb, lleno de gozo.

—En efecto, Robb —replicó Struan.

—Yo diría que esta mañana hemos hecho un magnífico trabajo.

Los dos hermanos se hallaban junto a la puerta de la tienda, observando cómo anclaba el buque correo. Una nube de lanchas rodeaba al barco, desde las que gritaban los tripulantes pidiendo el correo. Struan echó un vistazo a la lista de pasajeros.

—¡Santo Dios, mira esto! —exclamó Struan, y tendió la hoja a Bobb.

La mirada de Robb se deslizó sobre diversos nombres y se detuvo en uno desusado: S. A. el gran duque Sergeyev.

—¿Puede saber qué hace por aquí un aristócrata ruso? —inquirió Robb.

—No, muchacho, no es eso. Aunque curioso, no es a lo que me refiero. Termina de leer la lista.

Robb siguió leyendo. Vio nombres de esposas de traficantes, los de tres de éstos que regresaban, y otros que nada le dijeron. De pronto dio en el clavo.

—¡Maureen Quance y familia! —leyó en voz alta, y se echó a reír.

—Condenación, no es para reírse —aseguró Struan—. ¿Quién va a encargarse ahora del juicio en el baile?

—¡Cielos, es verdad!

Seis años antes, la esposa de Aristóteles, llena de ira, se había embarcado en Macao, con destino a Inglaterra, creyendo, como muchas otras mujeres lo creyeron, que Quance había huido a Europa. Lo cierto es que éste, que sentía un profundo terror por su esposa, se había ocultado en el Establecimiento de Refinadas Damas de Fortheringhill, o «D. F.», como lo llamaban para abreviar los de la ciudad, o «Damas Fornicantes», que era el apodo más apropiado para aquel prostíbulo. Aristóteles salió de su escondrijo una semana después que su esposa Maureen hubo partido en el barco, y pasaron aún algunos meses antes de que volviera a ser lo que había sido.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Robb.

—Si Aristóteles se entera, seguro que desaparece de la escena. Sin duda se marchará a Cantón, y entonces estamos perdidos. Tenemos que encontrarle antes, y mantenerle aislado al menos hasta esta noche.

—¿Dónde está?

—No tengo idea. Manda a que le busquen todos los hombres que se hallen disponibles. Llévale a bordo del *Thunder Cloud* con cualquier pretexto, y retenle allí hasta que esté en condiciones de ir al baile. Además, tienes que enviar a Cuhady en seguida al buque correo para que informe a Maureen de que ella y su familia son nuestros invitados. Puedes alojarlos en el barco pequeño, Robb. Tal vez retengamos a la mujer de Quance hasta mañana.

—No lo creo, Dirk. Ella tiene un olfato especial cuando se trata de encontrar a Aristóteles.

—Tenemos que intentarlo. ¿Acaso quieres tú hacer de jurado?

—No, gracias. ¿Y respecto al combate de boxeo? Quance no va a querer perdérselo.

—Si le pides que haga un retrato a Sarah o a uno de los niños, sin duda

accederá.

Robb salió presurosamente de la tienda, mientras Struan echaba un vistazo a su reloj. No le esperaban a bordo de la nave almirante hasta dentro de una hora. Envió entonces a por Gordon Chen, y le pidió que consiguiera treinta chinos para que hicieran de vigilantes.

—Creo que sería conveniente, Tai-Pan —dijo Gordon—, que tome la precaución de instalar centinelas también en su casa. Quedaría más tranquilo.

—Me parece bien, Gordon. Aumenta el número a treinta y cinco hombres.

—Temo que la mayoría de los chinos que hay en Tai Ping Shan sean personas muy poco recomendables. La mayoría están reclamados por delitos en Kwangtung, y por eso han venido hasta Hong-Kong, donde se encuentran fuera del alcance de los mandarines.

Gordon Chen extrajo un rollo de papel de la amplia manga de su túnica y agregó:

—A propósito, he hecho un arreglo con el Rey de los Mendigos, para su baile de esta noche. Aquí está el recibo —Gordon depositó el papel sobre la mesa—. Supongo que el comprador me reintegrará el importe.

—¿Un recibo? ¿Por qué suma?

—Tres taels solamente. Por esa modesta suma tiene usted la seguridad de que ninguno de sus invitados será molestado esta noche por los pordioseros. También he hecho otro razonable acuerdo mensual con él, por otros tres taels, para que los mendigos se mantengan lejos de su domicilio, Tai-Pan, y de la Noble Casa.

—No pienso pagar eso —estalló Struan, lleno de ira—. Me importa poco si Macao tiene su Rey de los Mendigos, lo mismo que las demás ciudades chinas. No vamos a iniciar en Hong-Kong costumbres semejantes, por todos los cielos.

—El caso es que el «rey» ya está aquí, y lo ha organizado todo. ¿Quién, si no, se hará responsable de los mendigos? ¿Qué mejor que pagar una pequeña suma por verse siempre libre de pedigüeños y bribones? Le ruego que lo piense, Tai-Pan. Será un dinero magníficamente empleado. Pruebe al menos durante un mes, y se convencerá de las ventajas de esa costumbre. Además, le servirá de protección para sus propiedades, ya que los mendigos conocen bien a los ladrones, e informarían de un delito que se cometiera en sus posesiones.

Créame que es algo muy necesario.

—Está bien —admitió al fin Struan—. Pero probaremos primeramente durante un mes.

Puso Struan su inicial en el papel, comprendiendo que aquello sería un pago que en el futuro tendría que hacer al Rey de los Mendigos con carácter permanente.

Era prácticamente imposible luchar contra aquellas costumbres, mientras no se expulsara a todos los chinos de la isla de Hong-Kong.

—Chen Sheng te pagará mañana esa suma.

—Muchas gracias.

—¿Qué es lo que le permite a ese hombre convertirse en el Rey de los Mendigos, si puede saberse?

—Creo que los demás confían en él, Tai-Pan. Eso debe de ser, indudablemente.

Gordon Chen se hizo la idea de hablar aquella misma noche con el aludido Rey de los Mendigos, a fin de que entrase en vigor el acuerdo. Sintióse Gordon sumamente complacido, no sólo con el bajo importe del tributo: dos taels por la noche del baile, y otros dos por mes —el tael restante era su justa comisión—, sino también por haber tenido la previsión de pedir a Jin-qua que enviase un «rey» desde Cantón. Este era el hermano más joven del jefe de los pordioseros de Cantón, lo cual quería decir que era un profesional de la mendicidad, un hombre perfectamente versado en el arte de extraer el máximo de dinero al prójimo con el menor esfuerzo posible. Este hombre además ya figuraba como miembro menor en la secta Hung Mun Tong, de Hong-Kong. Era un acuerdo perfecto, pensó Gordon, pues los tributos cobrados por los mendigos irían a engrosar los fondos de los Tong. Entonces, Gordon oyó a su padre hacerle la pregunta que estaba esperando:

—¿Sabes algo de los Tong, Gordon?

—He leído el decreto, nada más —dijo Gordon Chen, serenamente—. ¿Por qué?

—Pero, ¿conoces algo acerca de ellos?

—Tengo entendido que desde hace mucho tiempo las sociedades secretas han tenido por misión combatir a los intrusos del extranjero. También sé que actúan bajo diversas denominaciones.

—Manten abiertos los ojos, e infórmame en privado de sus actos, si algo

sabes de ellos. Y otra cosa: tengo veinte chinos que deberán embarcar en mis naves para instruirse como pilotos. Tendrás que ayudar al señor Mauss para enseñarles a hablar inglés. Otros diez irán a Inglaterra a fin de aprender la construcción de buques.

—Así lo haré, señor —dijo Gordon Chen, inclinándose.

«Magnífico. Treinta nuevos Tong —pensó Gordon—. Y veinte de ellos colocados estratégicamente en los buques de la Noble Casa, lo cual reforzará notablemente el poderío de la secta de Hong-Kong. Todo marcha muy bien, por el momento».

En efecto, la mayoría de los criados eran miembros de la secta, y se había encargado a Gordon constituir una hermandad de culíes marineros, todos los cuales serían Tong. La Hermandad de Obreros estaba en período de formación, y pronto todos los chinos de Hong-Kong quedarían afiliados y abonarían una suma, para mayor gloria y poderío de la secta local.

«En efecto —se dijo Gordon, muy excitado—, aquí, en Hong-Kong, libres del temor que inspiran los mandarines, nos convertiremos pronto en la filial de la secta con mayor poder en toda China. Y cuando expulsemos a los manchúes, los jefes de las sectas nos hallaremos en lugar preferente dentro de la corte del nuevo emperador. ¡Muerte a los Ching! ¡Ha llegado la época de los verdaderos gobernantes, la antigua dinastía china de los Ming!».

—¿Cuándo debo comenzar con la enseñanza? —dijo al fin Gordon.

—Mañana mismo.

—Perfectamente. Puede tener la seguridad de que me tomaré el mayor interés —aseguró el eurasiático, inclinándose ligeramente—. Tal vez, si no le molesta, Tai-Pan, yo podría presentar mis respetos a la dama Tchung May-May, y a los niños. Hace ya mucho tiempo que no los veo.

—Claro que sí, Gordon. Ve mañana al mediodía. Podrías reanudar las enseñanzas semanales, como antes. Creo que le vendrían muy bien a May-May.

—Lo haré con mucho gusto, y así podré charlar también con los niños.

A continuación, Gordon Chen extrajo dos rollos más de papel y dijo:

—Tengo aquí las cuentas del último mes correspondientes a nuestro acuerdo privado. ¿Desea conocer las cifras?

—Sí, claro.

Gordon desenrolló los papeles, uno de los cuales estaba escrito en caracteres

chinos, y el otro en inglés.

—Me complace informarle, Tai-Pan, que basados en una inversión inicial de diez mil dólares, hemos obtenido un beneficio total de seis mil cincuenta y ocho dólares y cuarenta y dos centavos.

—Ese es un magnífico beneficio para sólo un mes de negociar —dijo Struan, sin reprimir su admiración.

—También yo me siento sumamente orgulloso. Nuestras inversiones en terrenos son igualmente excelentes, y prometen considerables beneficios.

—Sin embargo, tú no compraste terreno alguno.

—En la subasta de ustedes, no. Pero… he comprado parcelas en la zona de los chinos, el Tai Ping Shan. Fueron aprobadas por la Oficina de Tierras la semana pasada. Y poseemos extensos lotes en torno al poblado de Aberdeen y en Deepwater Bay.

—Pero esas tierras aún no han sido puestas a la venta.

—Se trata de… digamos propiedades locales, Tai-Pan, detentadas por antiguos derechos. Adquirí todas las parcelas que encontré en tales condiciones.

—A pesar de todo, esas propiedades no son legales. Todos los terrenos pueden ser cedidos únicamente por la Corona.

—Sin duda alguna. Pero tengo la seguridad de que habrá que hacer arreglos para… compensar a los pobladores locales. Llevan aquí muchos años, y la Corona no puede dejar de mostrarse magnánima con ellos. El señor Culum cree que Su Excelencia aceptará como válidas las escrituras que sean, digamos, legalizadas por los ancianos del lugar.

«Me pregunto cuántos de esos terrenos «legalizados» no habrán tenido nunca dueño», se dijo Struan.

—¿Nuestras tierras están todas «legalizadas»? —preguntó Struan.

—En su totalidad, desde luego, Tai-Pan. De lo contrario no las habría adquirido, por carecer de valor, ¿no cree? —dijo Gordon, sonriendo—. Nuestras posesiones están a nombre de diversos… llamémosles «apoderados», ya que, como es natural, no podemos detentar la propiedad abiertamente. He sido sumamente cauto en este aspecto, Tai-Pan.

—Puedo augurarte un brillante porvenir en los negocios, Gordon —manifestó Struan, y se puso a examinar el balance de cuentas con toda atención —. ¿Qué es este renglón de dos mil novecientos setenta y ocho dólares?

—Las rentas de nuestras propiedades en el Tai Ping Shan.

—Ahí hay un error. De acuerdo con las fechas, esta cuenta cubre una renta de dos meses, y sólo tenemos la propiedad desde hace un mes.

—Verá, Tai-Pan. En cuanto los chinos comenzaron a asentarse en nuestras tierras, empecé a cobrarles una renta por servicios. El hecho de que esa propiedad fuera nuestra desde hace sólo un mes, no tenía que preocuparles a ellos, ¿no le parece?

—Me parece que eso es un fraude.

—De ningún modo. Precisamente lo hago para evitar que caigan en manos de usureros, ladrones y estafadores.

Struan lanzó un gruñido y dijo:

—¿Qué proyectas hacer con el resto del dinero?

—Si le parece bien, pienso dejar eso para el mes que viene. Más tarde seguiré retirando dinero del crédito que usted tuvo a bien concederme; pero lo haré con mucha cautela.

Struan enrolló el papel y se lo entregó a Gordon Chen.

—No, Tai-Pan —replicó éste—. Esa es su copia.

—Muy bien —manifestó Struan, el cual quedóse pensando un momento, y luego agregó suavemente—: Tengo entendido que los chinos tienen la costumbre de prestar dinero a un elevado interés. Espero que ninguna de nuestras inversiones sea empleada en ese tipo de negocios. La usura es un asunto desdeñable.

—El préstamo de dinero es un negocio lícito y de gran importancia.

—Siempre que se conceda a un interés razonable.

Gordon jugueteó con su coleta, y al fin dijo:

—¿El uno por ciento, por debajo de los demás, le parece bien?

—El dos por ciento.

—Yo creo que el uno y medio sería muy justo.

—Sí, muy justo. Veo que eres un negociante muy capacitado, Gordon. Tal vez el año que viene me decida a aumentar el crédito.

—Haré todo lo posible por animarle, obteniendo unos magníficos beneficios.

—Apuesto a que te saldrás con la tuya, Gordon —afirmó Struan y, al mirar a través de la puerta de la tienda, sorprendióse al ver que el sargento de los infantes de Marina se dirigía rápidamente hacia la tienda de campaña.

—Señor Struan —dijo el sargento, saludando rígidamente—. Su Excelencia le envía sus saludos, y le ruega que vaya a verle al buque insignia lo más pronto posible.

Struan echó una mirada a su reloj, y vio que aún no era tarde. Sin embargo, no hizo comentario alguno.

—Voy para allá —se limitó a contestar.

CAPITULO XVIII

Longstaff se hallaba de espaldas a la puerta, mirando por el gran ventanal de la cámara, en dirección al buque correo. Sobre su escritorio se veían numerosos despachos oficiales.

—Buenos días, Will —dijo Struan.

—¡Ah, hola, Dirk! —replicó Longstaff, volviéndose y tendiéndole la mano. Entonces, Struan pudo ver que tenía un aspecto más juvenil que en los últimos días—. Bueno, creo que es un asunto bastante curioso, ¿verdad?

—¿A qué se refiere? —inquirió Struan, aunque imaginaba que se trataba del ruso. Sin embargo, dejó a Longstaff el placer de aclarar el enigma. También tenía interés por conocer la opinión de Longstaff al respecto, ya que sus conocimientos sobre los asuntos diplomáticos en Europa, sin duda eran muy estimables.

Desde el primer momento, Struan mostróse intrigado por el motivo que llevaba allí al noble ruso. Se sintió ligeramente inquieto, aunque no pudo determinar la razón.

—Tal vez usted no se haya enterado, pero tenemos un huésped al que no hemos invitado.

—¿Ah, sí, quién es?

—Un gran duque ruso, nada menos. Alexei Sergeyev, que ha llegado en el buque correo.

Struan se mostró debidamente impresionado, y dijo a continuación:

—¿Cuál será el motivo de que nos horre con su presencia?

—No lo sé, pero comerá con nosotros —afirmó Longstaff, frotándose las manos, complacido—. Clive le acompaña.

Clive Monsey era el ayudante de Longstaff y, como éste, era funcionario de la Corona y miembro del Foreign Office. Normalmente, las ocupaciones de

Monsey le retenían en Macao, donde Longstaff aún conservaba su cuartel general.

—También han llegado algunos despachos importantes —manifestó Longstaff, y el interés de Struan subió de punto. Sabía éste que ninguno de ellos podía contener la aprobación formal del Tratado de Chuenpi, ni el nombramiento de Longstaff como primer gobernador de la colonia de Hong-Kong, ya que la noticia de la satisfactoria conclusión de la guerra habría llegado a Inglaterra por aquellos días.

Struan aceptó el vaso que le tendía Longstaff, e inquirió:

—¿Se trata del Oriente Medio?

En efecto. La crisis ha pasado, afortunadamente. Francia aceptó el arreglo propuesto por el ministro de Asuntos Exteriores británico, y ya no existe peligro inmediato de guerra. El sultán turco está tan agradecido por nuestra intervención, que ha firmado un tratado comercial con nosotros, cancelando todos los convenios anteriores con otras potencias, y abriendo por completo el Imperio otomano al comercio británico.

Struan dejó escapar una exclamación de gozo.

—¡Esa es la mejor noticia que recibo en mucho tiempo! —manifestó.

—Sabía que eso le iba a alegrar, Dirk —dijo Longstaff.

La prolongada crisis estuvo motivada por los Dardanelos, el estrecho controlado por el Imperio otomano. Dicho paso era la clave del Oriente Medio, y constituía un perpetuo *casus belli* entre las grandes potencias (Gran Bretaña, Francia, Rusia, el Imperio austro-húngaro y Prusia), debido a que facilitaba el acceso al Mediterráneo para los buques rusos, y al mar Negro para las demás potencias, que desde allí podían amenazar a Rusia. Ocho años antes, esta nación había obligado a Turquía a firmar un tratado según el cual Rusia y Turquía detentaban el dominio conjunto del Estrecho, y desde entonces la tensión internacional se había agudizado notablemente.

Luego, hacía sólo tres años, Mehemet Alí, el pachá-soldado de Egipto que recibía el apoyo de Francia, lanzó un ataque contra Constantinopla y se proclamó a sí mismo califa del Imperio otomano. Francia le respaldó llena de satisfacción, y sin disimulos, contra el sultán. Pero la existencia de un aliado de Francia en los Dardanelos ponía en peligro los intereses de las restantes potencias, y toda Europa estuvo a punto de quedar envuelta en un nuevo

conflicto.

El ministro de Asuntos Exteriores, lord Cunnington, persuadió a las grandes potencias —con excepción de Francia— para que apoyaran al sultán en contra de Mehemet Alí. Francia protestó enérgicamente y amenazó con declarar la guerra. Se propuso que Mehemet Alí se retirase a Egipto, siéndole concedida la soberanía sobre Siria a perpetuidad. Se le confirmaba asimismo como gobernante independiente de Egipto, con la única obligación de pagar un tributo nominal al sultán y, lo más importante, se establecía que el dominio del estrecho de los Dardanelos sería ejercido por todas las potencias, y que mientras Turquía estuviera en paz, quedaba prohibido el paso de los buques de guerra de cualquier nación, fuera la que fuese.

El que Francia hubiera aceptado el acuerdo, así como la retirada de su aliado egipcio, suponía nuevas posibilidades de riqueza para la Noble Casa. Ahora, las complejas jugadas financieras, en las que Robb y Struan se habían arriesgado durante un par de años, podrían al fin concretarse. Su poderío comercial extendería los tentáculos hasta el mismo corazón de las grandes potencias, proporcionándoles la ocasión de superar las continuas crisis internacionales y abriendo nuevos y considerables mercados para el té y la seda.

Por otra parte, si el interés británico se iba a centrar ahora en el Imperio otomano, es probable que cesara la producción de opio de Turquía, y sin el opio turco las compañías americanas tendrían que aumentar el comercio con Gran Bretaña para compensar la salida de divisas. Sí, se dijo Struan, aquél era un gran día. Le extrañó, no obstante, el que Longstaff hubiera recibido aquella noticia antes que él. Por lo general, los informadores de Struan en el Parlamento le mantenían perfectamente al corriente de hechos como aquéllos con la debida anticipación.

—Me parece algo magnífico —repitió Struan.

—Ahora habrá paz por mucho tiempo. Siempre que Francia no intente nuevas argucias, desde luego.

—O que no lo haga el Imperio austro-húngaro, o Prusia, o Rusia.

—Y esto nos trae de nuevo a Sergeyev. ¿Por qué razón un ruso de tal categoría llega a Hong-Kong, sin que se nos haya avisado por conducto oficial o extraoficial?

—Tal vez sólo esté de paso, en visita a la posesión rusa de Alaska, por la vía

del cabo de Buena Esperanza.

—Apostaría un centenar de guineas a que es eso justamente lo que dice —manifestó Longstaff, arrellanándose en su sillón—. El apellido Sergeyev es muy importante en San Petersburgo. Yo viví allí tres años, cuando niño, en la época en que mi padre era diplomático en la corte de los zares. Unos tiranos, esos zares, y el actual, Nicolás I, es un compendio de todos.

—¿En qué aspecto era importante el nombre de Sergeyev? —manifestó Struan, sorprendido de que Longstaff, en los años que le conocía, nunca le hubiera mencionado a San Petersburgo.

—Son grandes terratenientes emparentados con el zar. Tienen potestad sobre centenares de poblados e innumerables siervos, por lo que puedo recordar. Mi padre aseguraba que el príncipe Sergeyev (tiene que ser de la misma familia), era un asiduo de la cerrada corte del zar y uno de los hombres más poderosos de Rusia. Resulta curioso encontrar a uno de ellos justamente aquí, ¿no le parece?

—¿Acaso piensa usted que Rusia trata de inferirse en los asuntos de esta zona de Asia?

—Digo que esta visita me parece algo más que una coincidencia. Ahora que se ha restablecido el equilibrio en Oriente Medio y en los Dardanelos, de pronto he aquí que se presenta un gran duque. Hay algo raro en eso.

—Entonces, usted cree que existe alguna relación entre esos hechos y la llegada del ruso, ¿verdad?

Longstaff rióse suavemente y agregó:

—Mire, el acuerdo celebrado en el Oriente Medio detiene de raíz el avance de Rusia hacia el oeste. Francia está muy débil para entrar en una guerra, lo mismo que Prusia. Ese demonio austro-húngaro que es Metternich se halla muy ocupado con los problemas que le presentan sus posesiones italianas, y está irritado contra Francia y Gran Bretaña por ayudar a los belgas a formar su nación a expensas de Holanda. Van a surgir desavenencias entre Gran Bretaña y Francia con motivo de la sucesión al trono de España, ya que la reina de España tiene doce años, y dentro de poco deberá casarse. Luis Felipe quiere que uno de sus allegados se case con ella, pero nosotros no podemos permitir que se unan los tronos de Francia y España. Prusia desea extender su dominio sobre Europa, que Francia siempre ha considerado como cosa suya.

»Sí, sí —agregó Longstaff, sonriendo—. Ya sé que Rusia puede permitirse el

lujo de esperar. Cuando el Imperio otomano se desmorone, los rusos se apoderarán con toda calma de los Balcanes (Rumania, Bulgaria, Besarabia, Servia), y de todo el territorio austro-húngaro que le sea posible engullir. Ciertamente que no se lo permitiremos, por lo que estallará una guerra general, a menos que se acepte un acuerdo razonable. Así, pues, desde el punto de vista ruso, Europa no presenta demasiado peligro, por el momento. Se encuentra bloqueada actualmente, pero eso no parece importarle. Su política, desde hace siglos, ha sido ganar por la astucia, sobornando a los dirigentes de un país y a los jefes de la oposición, cuando ésta existe. Prefiere extender sus esferas de influencia, en lugar de recurrir a la guerra, para luego deshancar a los dirigentes y quedarse con los territorios. Si para ella no hay aliciente en el oeste, tengo que pensar que ahora vuelve su mirada hacia el este. Pues Rusia también cree que tiene una misión divina que cumplir en la tierra, y considera, como Francia y Prusia, que Dios les ha asignado la misión de dominar el mundo. Hay que tener en cuenta que en el este no existe ninguna potencia importante que pueda oponérsele.

—Con excepción de China.

—Usted y yo sabemos bien que China es débil y está indefensa. Eso no nos conviene demasiado, ¿no cree? Si China carece de poderío, y Rusia está fuerte, tal vez ésta quiera dominar a aquélla.

—En tal caso, Rusia acabaría con nosotros y con la India.

Los dos hombres quedaron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Pero, ¿por qué razón envían un personaje importante aquí? —inquirió Struan.

—Para probarnos. La respuesta es clara desde el punto de vista histórico. Rusia es un semillero de inconformidad, y lo seguirá siendo mientras no encuentre las que, en su opinión, son sus fronteras naturales. Limita con Turquía, y allí hay problemas. Limita con la India, y surgen inconvenientes en esas fronteras. Por consiguiente, tenemos que suponer que ocurre lo mismo en los territorios rusos que bordean con China. A mi entender, Sergeyev está aquí para comprobar nuestro éxito. Cuanto mas endeble vean que se encuentra China, tanta más prisa tendrán los rusos por encauzar su expansión hacia el este. Por consiguiente, tenemos que tratar de engañar al gran duque, haciéndole creer que

China es una nación muy poderosa. Necesitaré toda la ayuda que usted pueda proporcionarme. ¿No podríamos invitarle al baile de esta noche?

—Desde luego.

—De todos modos, debemos insinuar que China se halla en la esfera de influencia de Su Majestad británica, y que el Gobierno inglés no tolerará ninguna ingerencia en esta zona del continente asiático.

Struan estaba pensando a marchas forzadas. Cuanto más se comprometiese la Corona en Asia, tanto más favorecido se vería su plan, que consistía en atraer a China al concierto de las naciones como gran potencia. Cuanto más fuerte fuera China —bajo la dirección y la asistencia británica—, tanto mejor para el mundo.

«En efecto —se dijo Struan—, no podemos consentir despóticas intromisiones de los rusos, cuando nos hallamos en el umbral del éxito».

Oyéronse unos golpes en la puerta, y Clive Monsey apareció en el umbral. Era un hombre delgado, de unos cuarenta y cinco años de edad, tranquilo y de modesto aspecto, con escaso cabello y una gran nariz bulbosa.

—Excelencia —dijo el hombre—, tengo el gusto de presentarle a Su Alteza, el gran duque Alexei Sergeyev.

Longstaff y Struan se pusieron en pie. Longstaff avanzó y, tendiendo la mano al gran duque, dijo en perfecto ruso:

—Es un gran placer conocerle, Alteza. Tenga la bondad de sentarse. ¿Ha tenido buen viaje?

—Magnífico, Excelencia —replicó el ruso, sin demostrar sorpresa, al notar que le hablaban en su idioma. Hizo luego una cortés reverencia y añadió—: Ha sido usted muy amable al invitarme a comer, sobre todo cuando no he tenido la delicadeza de informarle de mi llegada. Eso se debe, sin embargo, a que mi viaje no es oficial, ni ha sido planeado de antemano.

—Es un honor tenerle en nuestra mesa, Alteza.

—Tenía la esperanza de que fuera usted el hijo del gran amigo de Rusia, sir Robert. Creo que es una coincidencia sumamente afortunada.

—Lo es, en efecto. ¿Y qué tal está su padre, el príncipe? —preguntó Longstaff, aventurándose.

—Se encuentra muy bien, por fortuna. ¿Y el suyo?

—Falleció hace algunos años.

—Ah, créame que lo siento de corazón. ¿Y su madre, lady Longstaff?

—Está muy bien, muchas gracias.

Struan observó atentamente al ruso. Sergeyev era un hombre alto, impecable y lujosamente vestido. Tenía anchos hombros y cintura estrecha; pómulos altos y ojos levemente rasgados, de color azul, que prestaban a su fisonomía un aire exótico. La espada de ceremonia que llevaba al cinto, bajo su levita abierta, parecía estar en el lugar que le correspondía. En torno al cuello, y sobre la inmaculada corbata blanca, lucía una discreta condecoración que pendía de una cinta roja.

«Un hombre con el que es mejor no tener diferencias —dijo Struan—. Apostaría que es una centella con la espada cuando está en juego su honor».

—¿Me permite presentarle al señor Dirk Struan? —inquirió Longstaff.

El gran duque extendió su mano, y dijo en un inglés donde sólo se apreciaba un leve acento extranjero:

—Ah, el señor Struan, me alegra conocerle.

Struan le estrechó la mano y notó que el apretón de Sergeyev era fuerte como el acero.

—Igualmente, Alteza. Creo que estoy en desventaja —manifestó Struan, que no hizo nada por evitar ser áspero y poco diplomático—. Tengo la sensación de que usted sabe mucho acerca de mí, mientras que yo no sé nada de usted.

Sergeyev se echó a reír.

—El Tai-Pan de la Noble Casa tiene una fama que llega hasta el mismo San Petersburgo. Esperaba tener el privilegio de conocerle. Queda invitado para que, cuando lo crea oportuno, podamos tener una charla, para que pueda usted saber acerca de mí, si es ése su deseo.

El ruso sonrió y, volviéndose hacia Longstaff, agregó:

—Es usted demasiado atento conmigo, Excelencia. Me complacerá contar a Su Majestad el zar, que el plenipotenciario de Su Británica Majestad ha sido sumamente hospitalario. Y ahora, que ya he tenido el placer de conocerle, me retiraré para permitirle que siga con sus ocupaciones.

—Ah, no, Alteza, esperamos que nos acompañe en la comida —manifestó Longstaff, poniendo en juego toda su cortesía—. Nos sentiríamos sumamente decepcionados si no se quedase. Se trata de algo sencillo, como puede ver.

—Está bien, me quedaré, si insiste.

Abrióse de nuevo la puerta y entró un camarero con una botella de champaña

helado y unas copas. El sirviente destapó la botella y fue ofreciendo a los presentes las copas llenas de espumoso líquido.

—Porque tenga un excelente viaje.

Todos bebieron y, al fin, Sergeyev comentó:

—Magnífico champaña, Excelencia. Lo encuentro realmente magnífico.

—¡Bien!, y ahora, si les parece bien, nos sentaremos a la mesa —manifestó Longstaff.

La comida fue servida con toda etiqueta, sentándose Sergeyev a la derecha de Longstaff y Struan y Monsey a su izquierda. Los camareros sirvieron ostras, jamón de Yorkshire, estofado de buey, una zanca de carnero asada, patatas cocidas y verdura.

—Lamento en verdad que no dispongamos de caviar —dijo Longstaff.

—Tendré un gran placer en proporcionarle el que usted desee, Excelencia, en cuanto llegue mi barco. Tuvimos la desgracia de sufrir una tormenta en el estrecho de la Sonda y desembarcamos imprevistamente en Singapur. El buque correo salía con la misma marea, y saqué un pasaje hasta aquí. «De ese modo no tuvo que anunciar su llegada, como era de esperar —pensó Longstaff—. El estrecho de la Sonda indica que hacía el viaje por la ruta del cabo de Buena Esperanza. ¿Qué demonios significa esto?».

—Por esta época del año el tiempo es un tanto inclemente en Singapur, ¿no es cierto, señor Struan? —dijo Sergeyev.

—En efecto, Alteza —replicó Struan—. ¿Se trata de su primer viaje a esta zona de Asia?

—Sí, es el primero.

—Bien, tal vez podamos contribuir a que resulte más agradable. Esta noche doy un baile, y me sentiré muy honrado si se digna asistir a él. Ello le dará ocasión de conocer a muchas personas de la colonia, si lo desea.

—Encantado, muchas gracias.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Sólo hasta la llegada del buque. Voy en viaje no oficial a nuestras posesiones de Alaska.

—¿Sufrió grandes averías el barco que le llevaba?

—En realidad, no lo sé, señor Struan. No tengo demasiada experiencia en los asuntos del mar. Únicamente me dijeron que el buque vendrá aquí en cuanto se

encuentre en condiciones.

—En tal caso, necesitará usted alojamiento —dijo Struan, sospechando que Sergeyev sabía en realidad bastante más de los «asuntos del mar» de lo que aparentaba, y que la avería del barco era un pretexto muy adecuado para prolongar su estancia en la isla el tiempo que le pareciera bien—. Tendré un gran placer en ofrecerle una cámara a bordo de algunos de nuestros buques fondeados aquí. No habrá lujos, pero me ocuparé de que disponga usted de todas las comodidades posibles.

—No sé cómo agradecérselo, señor Struan. Sólo soy yo y cuatro criados. Ellos pueden dormir en cualquier parte.

—Me cuidaré de que les alojen debidamente —contestó Struan, y al ver que el camarero le llenaba la copa, dijo con toda cortesía—: Muchas gracias. Y a propósito, ¿era el suyo un buque de cuatro mástiles, Alteza?

—Era de tres.

—También yo prefiero los barcos de tres mástiles. Son mucho más marineros, y las velas son más fáciles de manejar. ¿Llevaba el suyo juanetes y sobrejuanetes?

—Creo que tenía el número preciso de velas, señor Struan, cualesquiera que fuesen sus nombres.

A pesar de la respuesta, Struan tuvo la seguridad de que Sergeyev era un marino. ¿Por qué razón deseaba ocultar tal circunstancia?

—Tengo entendido que la crisis del Oriente Medio se ha resuelto satisfactoriamente —dijo Sergeyev.

—Así es —contestó Longstaff—. Justamente, nos ha llegado la noticia en el buque correo.

—Ha sido una suerte. Francia ha hecho muy bien en cambiar de postura agresiva.

—La importancia de los Dardanelos no pasa inadvertida para la Gran Bretaña —aseguró Longstaff—. Todos saldremos beneficiados si logramos mantener la paz.

—Lo que es lamentable, a mi entender, es la postura opuesta que sustentan Francia, Prusia y los Habsburgo. Gran Bretaña y Rusia son aliados tradicionales, y adoptan posturas similares. Me alegra mucho pensar que actuaremos unidos en el futuro.

—En efecto —dijo Longstaff—. Así se piensa en Inglaterra.

—Hermoso país, aunque es una lástima que tenga los dirigentes más singulares —comentó Sergeyev—. A veces se muestran henchidos de vanidad, y propicios para considerar despectivamente al resto del mundo.

—Ese es el gran problema del mundo, Alteza. El poder dominar la vanidad de los príncipes. Sin embargo, en Gran Bretaña tenemos la fortuna de contar con un Parlamento, y de ese modo el país no va a la guerra sólo por el capricho de un hombre.

—En efecto. Se trata de una magnífica experiencia, que dice mucho en favor de las cualidades de su país, señor. Pero ello no se adapta a las características de todos los pueblos. ¿No fueron los griegos quienes llegaron a la conclusión de que la forma más perfecta de gobierno era una dictadura benévola, es decir, el gobierno de un solo hombre?

—Gobierno benévolo, sí. Pero por elección, y no por ciego derecho de sucesión, que las monarquías absolutas atribuyen a una gracia divina.

—¿Pone usted en duda la gracia divina?

—Nadie dice tal cosa, Alteza —contestó rápidamente Longstaff—. Sólo pongo en duda el derecho de un rey para hacer su libre voluntad, sin consultar con el pueblo. Nosotros hemos tenido una larga serie de «divinos» reyes ingleses que probaron tener innumerables flaquezas. Y eso en un gobernante absoluto es algo muy peligroso, pudiendo ser causa de que el pueblo tenga que derramar mucha sangre.

—Admiro el sentido común de los ingleses —manifestó riendo suavemente Sergeyev—. Usted es escocés, ¿no es cierto, señor Struan?

—Escocés o británico. En la actualidad no hay mucha diferencia entre un inglés y un escocés —manifestó Struan, tomando unos sorbos de vino—. Nos cansamos de robarles el ganado, y pensamos que era mejor robarles el país. Por consiguiente, abandonamos Escocia y nos trasladamos al sur.

Rieron todos y vaciaron de nuevo sus copas.

Longstaff comprobó divertido que Monsey permanecía en silencio durante toda la comida, aparentemente intimidado por la rudeza de Struan.

—¿Qué le parece, señor Struan? —dijo Sergeyev—. ¿Podría usted gobernar la Noble Casa teniendo un Parlamento que se opusiera a sus designios?

—No, Alteza. Pero en todo caso, ahí sólo mi compañía entra en conflicto, y

no la vida de mis semejantes.

—Sin embargo, ahora hay una guerra con China debido a que los paganos han tenido la osadía de obstaculizarles el comercio. ¿No es cierto?

—En parte. Y, desde luego, la decisión de hacer la guerra no fue mía, ni mucho menos.

—Así lo creo. Sólo pretendía hacerle ver que en su caso tiene el derecho absoluto de gobernar una vasta entidad comercial, lo que, según parece, rinde excelentes resultados. Y se trata del gobierno absoluto de un solo hombre. Pues bien, yo afirmo que lo que vale para una compañía, puede perfectamente aplicarse a una nación.

—No hay duda, siempre que el éxito corone los esfuerzos del gobernante —dijo en broma Struan—. Estoy de acuerdo en que por el momento el sistema parlamentario no resulta adecuado para Rusia (y para varios otros países), pero tengo la convicción de que nuestro mundo no estará en paz hasta que todas las naciones no introduzcan un gobierno de tipo parlamentario, como el inglés, y tengan sus pueblos el derecho al voto.

—Ciertamente —manifestó Sergeyev—. Su tesis es correcta, pero tiene un gran defecto. Habla usted de un mundo en el que todos los hombres son igualmente cultos y prósperos. Eso es algo imposible. Debiera viajar por Rusia para darse cuenta de lo imposible que eso resulta.

Tenga en cuenta las diferencias nacionales e incluso de fe que se observan en el mundo. Aún dentro del cristianismo, piense en las disparidades que existen entre los católicos franceses y los protestantes ingleses; entre los sacerdotes ortodoxos y los jesuítas españoles. ¿Qué decir entonces de las masas de infieles mahometanos, de los míseros judíos, e incluso de los idólatras y los paganos?

—Veo que podríamos tener muchas agradables discusiones por el estilo —manifestó Longstaff, despreocupadamente—. Pasando a un terreno más prosaico, Alteza, debo informarle que dentro de una hora habrá un combate de boxeo entre miembros de la Marina y del Ejército.

Si no se encuentra demasiado cansado, tal vez le interese presenciarlo. Promete ser sumamente interesante.

—Encantado, Excelencia. ¿De quién es usted partidario? Yo apuesto por el contrario, para animar la cosa.

—Una guinea por la Marina.

—Hecho.

Después de la comida tomaron té, fumaron cigarros, y, al fin, Monsey acompañó al gran duque al buque correo. Longstaff despidió a los camareros y dijo:

—Creo que una fragata nuestra debería «aparecer» en visita casual por Singapur.

—He pensado en eso, Will. El gran duque es un marino, tengo completa certeza de ello.

—Sí, Dirk. Y es sumamente astuto. Creo que un hombre así debe tener el máximo de cuidado con unos documentos oficiales.

—También yo he tenido el mismo pensamiento.

—Lo pasé bastante bien en San Petersburgo, con excepción de las largas horas que estuve en la escuela. Tuve que aprender a leer y escribir en ruso, además del francés y el inglés, desde luego. El ruso es un idioma muy difícil.

Struan vertió té en su taza y, luego de unos instantes de silencio, dijo:

—A usted nunca le han gustado los combates de boxeo, ¿verdad, Will?

—En efecto. Creo que acompañaré a tierra al gran duque, y luego quizá regrese a bordo, a echar una pequeña siesta —dijo Longstaff, riendo suavemente —. Debo estar descansado para la fiesta de esta noche, ¿no cree?

—Una medida acertada —replicó Struan, al tiempo que se ponía en pie—. Yo pensaré en la forma de sembrar algunas semillas de descontento.

—Procuraré que no me molesten hasta después —dijo Longstaff, mientras miraba indolentemente el fondo de la taza, cubierto de hojillas de té. Luego manifestó, dirigiéndose a un camarero—: Llámeme dentro de una hora.

—Sí, señor.

Dominó Longstaff un bostezo y suspiró complacido ante la calma que volvía a reinar en la cámara.

«Por mi vida, que me complace la llegada de Sergeyev —se dijo—. Ahora puedo gozar un poco de mi antiguo ambiente. La esgrima diplomática es un placer qué no tenía desde hace mucho. Debo explorar su mente, y de ese modo olvidaré las incesantes preocupaciones de la colonia, y a los malditos paganos y a los condenados traficantes».

Abrió a continuación la puerta de su camarote privado, y se tendió en su lecho, con las manos detrás de la cabeza, en cómoda posición.

«Veamos —se puso a pensar—. ¿Cómo podríamos plantear el asunto? Tal vez sea conveniente hacer insinuaciones acerca del poderío de China, y sobre su inmensa población. ¿Y si manifestase discretamente que el Gobierno de Su Majestad tiene la intención de llevar a cabo la anexión de todo el país, si cualquier otra potencia se ingiere? ¿O más bien debo explayarme acerca de las complicaciones del comercio del opio y del té?».

Longstaff oyó el ruido de pasos sobre cubierta, mientras se efectuaba el cambio de guardia. Luego, resonó la marcha que ensayaba la banda de infantes de Marina.

Cerró Longstaff los ojos con gesto de satisfacción, y se dijo que nada había mejor que una buena siesta a continuación de la comida.

«Afortunadamente, soy un caballero —pensó—, y tengo la suerte de que me guste la diplomacia. Veamos, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí, el té! La vida debió de ser horrible antes de que dispusiéramos de té. No alcanzo a comprender cómo podía subsistir la gente sin esa bendita infusión. La lástima es que no crezca en Inglaterra. Eso nos ahorraría numerosos quebraderos de cabeza».

—¡Santo Dios! —exclamó Longstaff, y se incorporó en el lecho—. ¡El té, es el té! Lo has tenido tantos años bajo tus narices, y no lo veía. Al fin lo has visto. ¡Eres un genio!

Saltó Longstaff de la cama y, tras aliviar su necesidad en la taza de noche, volvió a la cámara y tomó asiento ante su escritorio, con el corazón latiéndole de excitación.

«Ahora ya sabes cómo resolver la pesadilla del intercambio de té, de plata y de opio entre China y Gran Bretaña. Ya lo sabes», se dijo Longstaff, estremecido ante la sencillez y la magnitud de la idea que le había sugerido la última frase que pronunciara Struan antes de marcharse.

—Cielo santo, Dirk —dijo en voz alta—. Si lo supieras. Tú mismo te has cortado el gaznate, y contigo a todos los comerciantes de la China. ¡Gloria para la Gran Bretaña, y la inmortalidad para mí!

«Es mejor que cierres la boca —pensó Longstaff—. Las paredes tienen oídos».

La idea era muy sencilla. Se trataba de destruir el monopolio chino del té. Había que conseguir —con ruegos, comprando o robando— una tonelada de semillas de té y transportarlas en el mayor secreto a la India. Allí tenía que haber

innumerables zonas en que el té podría ser cultivado.

«Viviré lo suficiente para ver cómo florecen los cultivos de esa planta, que en lo sucesivo crecerá en nuestras tierras y dará nuestro propio té. De ese modo, no necesitaremos más el opio ni la plata, y los beneficios de la venta del té indio pronto duplicarán y triplicarán los de las ventas de opio. Cultivaremos todo el té que necesite el mundo, y se lo venderemos a éste. La Corona recaudará unos impuestos fantásticos, ya que, como es lógico, lo cultivaremos de mejor calidad y más barato que el de China. Aplicaremos nuestra inteligencia y habilidad británica, y ganaremos infinitamente en cuanto a prestigio, al cesar el odioso tráfico del opio. Los malditos traficantes de estupefacientes serán declarados fuera de la ley, de una vez por todas. La India prosperará sensiblemente, y China también saldrá ganando, ya que desaparecerá el contrabando del opio, y, en lugar de ello, podrán consumir su propio té.

»Y tú, William Longstaff —siguió pensando éste—, el único hombre al que se le ha ocurrido esa brillante idea, ganarás enorme fama. Con muy poca suerte, serás al menos recompensado por el Parlamento con un título de duque, ya que habrás sido el único capaz de solucionar lo que no parecía tener solución.

»Pero, ¿en quién puedo confiar para conseguir las semillas de té? ¿Cómo persuadir a los chinos para que me las vendan? Sin duda, comprenderán al momento las consecuencias de una venta semejante, lo que dificultará la operación. Luego, no será fácil el transporte de las semillas hasta la India. En los traficantes no puedo confiar, pues serían los primeros en destruir la mercancía, si tuvieran la menor sospecha de que transportaban su propia ruina. Por otra parte, ¿cómo conseguir que el virrey de la India se ponga de tu lado sin que te robe la brillante idea?».

CAPITULO XIX

Cuando los dos púgiles, en compañía de sus segundos, subieron a la plataforma que se había erigido cerca del mástil situado en el Glessing Point, hízose un profundo silencio entre los numerosos espectadores que allí se habían congregado.

Ambos luchadores eran unos mozos de seis pies de alto y rostro agresivo, que no excedían mucho de los veinte años. Cuando se quitaron las camisas pudieron advertirse claramente sus voluminosos músculos y las muchas cicatrices que el gato de nueve colas había dejado en su piel.

Los dos hombres constituían una vigorosa pareja, y se hallaban bien al corriente de lo mucho que estaba en juego en el combate. Llevaban la cabeza afeitada para evitar agarrones, y el almirante y el general habían aprobado personalmente a sus respectivos representantes, animándoles para que vencieran en la contienda, ya que el honor de cada Armada y los ahorros de sus compañeros dependían de ellos. El futuro sería grato para el vencedor. Para el que saliera derrotado tal vez no habría futuro.

Henry Hardy Hibbs trepó al estrado, pasó bajo la única cuerda que lo limitaba, y se colocó en el centro del cuadrilátero.

—Excelencia, Alteza, milores y honorables señores —comenzó diciendo—. Va a celebrarse un combate hasta el fin, entre el contramaestre Jem Grum, de la Marina Real, en este rincón…

Se alzó un gran clamor de vítores de los marineros, situados al este, y otro clamor no menos intenso, de burlas e insultos, de los soldados ingleses e indios colocados hacia el oeste. Longstaff, en compañía del gran duque, el almirante y el general, se hallaba sentado en el lugar de honor, hacia el lado norte del cuadrilátero, con una guardia de impasibles infantes de Marina rodeándoles. Detrás del gran duque estaban sus dos lacayos vestidos de librea y provistos de

armas, que eran en realidad dos verdaderos guardaespaldas. Struan, Brock, Cooper, Tillman, Robb, Gorth y los demás traficantes, ocupaban los asientos del lado sur, junto con los oficiales del Ejército y la Marina. Por último, en la periferia, bastante más lejos, se apretujaban los chinos de las chozas del Tai Ping Shan, que no cesaban de parlotear y de reír, mirándolo todo con curiosidad.

—En esta otra esquina, y representando al Ejército Real, el sargento Bill Tinker…

Nuevos vítores y denuestos interrumpieron a Hibbs, el cual alzó los brazos para pedir silencio. Cuando los gritos se hubieron acallado, prosiguió, diciendo:

—Las reglas serán las de Londres: Cada asalto terminará al producirse la caída de uno de los contendientes. Habrá treinta segundos de descanso entre cada asalto y, cuando suene la campana, cada contendiente dispondrá de ocho segundos para situarse en el centro del cuadrilátero. No se permitirán patadas, ni codazos, ni golpes bajo el cinto del pantalón. Aquel que no acuda desde su rincón, o cuyos segundos lancen la toalla sobre la lona, será considerado como el perdedor.

Luego, Hibbs hizo un ademán imperioso a los ayudantes de los púgiles, quienes procedieron a examinar los puños de los contrarios, a fin de comprobar que, según la costumbre, estaban embadurnados de savia de nogal, y no contenían piedras u otros objetos contundentes.

Asimismo, examinaron las botas de los adversarios, comprobando que eran como estipulaban los reglamentos.

—¡Ahora estréchense las manos, y que gane el mejor!

Los luchadores se aproximaron al centro del cuadrilátero con los músculos de las espaldas estremeciéndose de excitación, y las ventanas de la nariz dilatadas al olfatear el intenso olor del contrario.

Tocáronse los puños ambos contendientes y se colocaron en guardia, con los músculos tensos.

Hibbs y los ayudantes de los boxeadores salvaron rápidamente las cuerdas, saliendo del cuadrilátero.

—Alteza, cuando guste —dijo Longstaff, concediendo al gran duque el honor de dar la primera campanada. El ruso púsose en pie y se aproximó a la campana de un buque, que se hallaba junto a la plataforma. Golpeó en ella con un pequeño mazo, y una sensación de frenesí recorrió toda la playa.

En el momento en que hubo sonado la campana, cada púgil lanzó su puño contra el oponente, mientras se mantenían con las piernas firmemente asentadas en el suelo, fuertes como troncos de roble, y con las puntas de los pies justamente sobre el cuadrado de un metro de lado que había pintado en el centro del cuadrilátero.

Los nudillos de Grum se estrellaron en el rostro de Tinker, dejando en él una señal sangrante, al tiempo que el puño de éste último se hundía con violencia en el vientre de Grum. Ambos comenzaron luego a aporrearse sin cesar, animados por el griterío, la cólera y el odio. No había ciencia alguna en aquella pelea, y ninguno de los luchadores hacía nada por evitar los golpes del contrario. Después de ocho minutos de lucha, los contendientes presentaban el cuerpo lleno de moraduras, y el semblante cubierto de sangre. Tenían la nariz partida y los nudillos resbaladizos a causa de la sangre y el sudor. Jadeaban incesantemente, agitándose sus torsos como enormes y poderosos fuelles, y de sus bocas salían rugidos de furor y cuajarones sanguinolentos.

En el noveno minuto, Tinker propinó a su adversario un gancho de derecha en plena garganta, que hizo caer a Grum sobre la lona. El Ejército vitoreó ensordecedoramente y los marinos maldijeron su suerte. Grum levantóse al momento, fuera de sí a causa de la ira y el dolor, y se precipitó sobre su enemigo, olvidando que el primer asalto había terminado, y pensando sólo que debía dar muerte a su oponente. Cogió a Tinker por el cuello y ambos forcejearon, mientras los soldados gritaban «¡Trampa! ¡Trampa!». Subieron inmediatamente los ayudante al cuadrilátero y lograron separar a los púgiles, mientras se producía un gran tumulto entre soldados y marineros.

—¡Por todos los infiernos! —gritó Glessing—. ¡Ese maldito casi ha estrangulado a nuestro muchacho!

—¿Y quién le cogió primero por la garganta, maldición? ¡El asalto ya había terminado! —replicó el mayor Turnbull, con la mano en la empuñadura de su espada.

Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, que ejercía el cargo de magistrado principal de Hong-Kong. El militar agregó—: ¿Sólo porque le han nombrado jefe del puerto se cree usted con derecho a amparar a un tramposo?

Glessing le miró fieramente, y, sin poder contenerse, replicó:

—Al menos no trato de convertir mi nombramiento, como usted lo hace, en

un estúpido acontecimiento social. A continuación, Glessing dio media vuelta y se mezcló entre los espectadores. De pronto vio a Culum.

—Hola, muchacho —dijo.

—¿Qué tal, George? Buena pelea, ¿eh?

—¿Has visto a ese cerdo estrangulando a nuestro contramaestre?

—También Grum estuvo a punto de estrangularle, no lo puedes negar.

—¡Bien merecido lo tenía!

Concluyó el medio minuto, y los púgiles volvieron al centro de la plataforma.

El asalto segundo y tercero fueron similares al primero, los espectadores comprendieron que no había naturaleza humana que resistiera semejante castigo por mucho tiempo. En el cuarto asalto, un gancho de izquierda del marino dio en el oído del soldado, y éste se desplomó sobre la lona. Sonó la campana, y los ayudantes recogieron al sargento y le llevaron al rincón, donde lograron reanimarle. Medio minuto después, el soldado avanzó hacia el centro, y, con renovado furor, aporreó una y otra vez al marino, y luego le cogió por la cintura y le estrujó salvajemente, arrojándole al suelo.

Pasaron otros treinta segundos de respiro, y de nuevo los contendientes volvieron a acosarse mutuamente.

Así asalto tras asalto. Imponiéndose unas veces uno y otras veces otro, pero sin lograr ninguno de los dos la victoria definitiva.

En el decimoquinto asalto, el puño de Tinker percutió en la destrozada nariz de Grum. Este sintióse repentinamente cegado y le pareció que le estallaba la cabeza. Lanzó un gemido y se tambaleó, notando que le invadía el pánico. Luego la vista se le aclaró un momento y advirtió que su contrincante tenía la guardia abierta. Lanzó entonces Grum su puño izquierdo con una furia que nunca había sentido hasta ese momento, y comprobó que se hundía en el vientre del soldado. Inmediatamente cruzó su izquierda sobre un lado del rostro de su oponente, y de pronto vio que no había nadie delante suyo. Sonó de nuevo la odiada campana, y unas manos le aferraron y le llevaron al rincón, donde alguien le vertió un chorro de licor en los sangrantes labios. Se enjuagó la boca con el líquido, lo escupió a un lado y gruñó:

—¿Qué asalto es éste?

—El decimonoveno —contestó alguien.

Unos instantes después se hallaba en pie, pegando y recibiendo, resistiendo hasta ganar o morir.

—Buena pelea, ¿eh, Dirk? —rugió Brock, dejándose oír por encima de la batahola.

—En efecto.

—¿Te decides de una vez a apostar?

—No, gracias, Tyler —replicó Struan, admirando la valentía de los luchadores. Ambos se hallaban en el límite de sus fuerzas, y estaban temiblemente magullados. Grum tenía la mano derecha casi inútil, y Tinker apenas si podía abrir los ojos.

—Poca gracia me haría encontrarme en un cuadrilátero con uno de ésos —comentó admirativamente Struan.

—Son valientes como pocos —dijo riendo Brock, al tiempo que mostraba sus dientes negruzcos y rotos—. Vamos, ¿quién te parece que va a ganar?

—No lo sé; pero estoy seguro de que ninguno de los dos se rendirá.

—En eso tienes razón, por todos los infiernos.

—¡Vigésimo cuarto asalto! —gritó Hibbs, y los dos púgiles se dirigieron pesadamente al centro del cuadrilátero, y, ya en él, con movimientos de autómata comenzaron a machacarse recíprocamente. Sólo les mantenía en pie su increíble fuerza de voluntad. Tinker lanzó un tremendo izquierdazo que habría derribado a un buey, pero su puño resbaló sobre el hombro de Grum, y, al perder el equilibrio, cayó sobre la lona. Los marineros gritaron gozosos; rugieron de ira los soldados, y los ayudantes alzaron al sargento y le llevaron a su rincón.

Cuando hubo concluido el medio minuto, todos miraron a Tinker, que se aferró a las cuerdas y se levantó trabajosamente. Las venas del cuello se le hincharon con el esfuerzo, pero al fin quedó en pie y avanzó despacio hasta la línea del centro.

Struan notó que alguien le estaba mirando, y al darse la vuelta divisó al gran duque. Se preguntó si Orlov, al que había enviado para «ayudar» al ruso a alojarse en uno de sus barcos, habría logrado burlar a los criados del aristócrata y habría hallado algún documento o indicio de valor.

—¿Sabe ya quién es el vencedor, señor Struan? —inquirió Sergeyev.

—No, Alteza —contestó Struan, y al tiempo que miraba al almirante y al general, agregó—: Los dos luchadores son una honra para sus respectivas

Armas, caballeros.

—La Marina está llena de gente de coraje —afirmó jovialmente el general—, pero creo que será nuestro hombre el que quede al fin en pie.

—No; será el mío el que gane, pero sin duda el sargento es todo un hombre, por mi vida.

—¿Por qué no se sienta con nosotros, señor Struan? —manifestó el ruso, señalando una silla vacía que había junto a él—. Tal vez pueda explicarme los secretos del boxeo.

—Con el permiso de ustedes, caballeros —dijo Struan, tomando asiento—. ¿Dónde está Su Excelencia?

—Se fue en seguida —replicó el general—. Habló algo de unos asuntos que tenía que despachar.

De nuevo volvió a sonar la campana.

Sergeyev se agitó inquieto en su silla y preguntó:

—¿Cuál es el mayor número de asaltos que haya llegado a tener una pelea?

—Yo presencié el combate entre Burke y Byrne hace unos años —dijo el almirante—. Duró noventa y nueve asaltos. Aquello sí que fue un combate. ¡Qué valor, señores! Byrne murió a consecuencia de los golpes, pero no se rindió.

—Tampoco creo que lo haga ninguno de estos dos —manifestó Struan—. Y sería una lástima dejar que uno de ellos muriese, o tal vez los dos, ¿no creen, caballeros?

—¿Habla usted de detener la pelea? —preguntó el gran duque, con tono de incredulidad.

—El objeto de un combate de boxeo es poner a prueba la fuerza y el valor de los dos hombres que se enfrentan —siguió diciendo Struan—. Esto ya se ha demostrado plenamente. Ambos son igualmente duros y valientes, sin duda.

—Pero en tal caso no habría ganador, que es lo que todos esperamos.

—No es justo matar a un hombre lleno de valentía —insistió Struan, calmosamente—. Ya ven que sólo el coraje les hace mantenerse en pie. Ambos son ingleses, y creo que sería mejor reservarlos para otro enemigo.

—¿Qué le parece, almirante? —preguntó el general—. Struan no deja de tener razón, ¿verdad? ¿Qué asalto es éste, el que hace treinta y cinco?

—El treinta y seis —replicó Struan.

—Podemos señalar un límite de cincuenta. Uno de los dos tiene que caer

antes de llegar a ese número. Pero si los dos ponen el pie en la raya en el asalto cincuenta y uno, lanzamos la toalla al mismo tiempo. ¿Le parece bien? Declaramos el combate nulo. Hibbs puede hacer el anuncio.

—Estoy de acuerdo, pero sigo creyendo que su boxeador no durará mucho.

—Otro centenar de guineas, ¡por todos los cielos!

—¡Aceptado!

—¿Una pequeña apuesta, señor Struan? —preguntó el gran duque, mientras el almirante y el general se ponían a hablar con Hibbs—. Puede usted elegir primero.

—Es usted nuestro invitado, Alteza, de modo que tiene el privilegio de hacer la elección en primer término. ¿A quién elige usted?

—Pongo mi honor en él —Sergeyev, señalando al contramaestre, y perdiendo su compostura, rugió inmediatamente—: ¡Mátale, pégale fuerte!

Los asaltos iban sumándose paulatinamente. Cuarenta y tres. Cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco. Y prosiguieron invariablemente hasta el que hacía cuarenta y nueve. En ese momento los espectadores se encontraban casi tan agotados como los propios púgiles.

De pronto, el sargento cayó sobre las tablas. Lo hizo como un roble que se desploma, y el ruido que produjo resonó en las rocas cercanas. El marino, borracho de dolor, miró lentamente en torno suyo, al no ver delante a su oponente. Un momento después se derrumbaba igualmente sobre la lona. Los segundos lo arrastraron hasta su rincón, y al concluir el medio minuto de descanso el general se colocó junto al cuadrilátero, y con el rostro congestionado comenzó a golpear con la palma de la mano sobre las maderas, mientras imploraba a Tinker:

—¡Vamos, levántate, por Dios! ¡Levántate, muchacho!

—¡Pisa la raya, contramaestre, písala! —gritaba el almirante, viendo que el marino seguía inmóvil en su asiento, mientras el gran duque animaba igualmente al contramaestre, en un paroxismo en el que se mezclaban las palabras en francés, inglés y ruso.

Ambos púgiles creyeron que su adversario estaba a punto de caer, y avanzaron tambaleándose hasta la línea. Alzaron los puños y trataron de golpear, pero la fuerza se había escapado de sus miembros, y los dos cayeron al suelo al mismo tiempo.

Quedaba el último asalto.

Los espectadores enronquecieron gritando, ya que era evidente que ninguno de los dos boxeadores podría abandonar su rincón dentro de medio minuto para volver al centro del cuadrilátero.

Sonó otra vez la campana y se hizo un profundo silencio.

Los púgiles realizaron un esfuerzo sobrehumano. El marino lanzó un gemido, avanzó un paso hacia el centro, y luego otro. El soldado aún seguía en su rincón, y cuando con enorme trabajo se puso en pie, estalló un griterío ensordecedor en el que se mezclaban las maldiciones, los ruegos, los silbidos y los rugidos. El sargento pareció que iba a desplomarse mientras avanzaba hacia el centro, y el general estuvo a punto de caer fulminado, igualmente. Vaciló el marino, y el rostro del almirante cubrióse de frío sudor mientras rezaba para sí.

Oyóse un pandemónium en el momento en que los dos contendientes pisaron la raya, y en aquél mismo instante dos toallas cayeron sobre la lona, poniendo fin al combate. Sólo cuando el cuadrilátero estuvo lleno de hombres que gritaban llenos de excitación, los púgiles se dieron cuenta de que la lucha había concluido. Y sólo entonces se desvanecieron en medio de su pesadilla de dolor, no sabiendo si habían vencido o habían sido derrotados; si estaban vivos, o muertos, o soñaban.

—Por las barbas de San Pedro —dijo el gran duque, con la voz ronca y las ropas empapadas en sudor—. Ha sido lo mejor que he visto en mi vida.

Struan, también sudoroso y agotado, extrajo de un bolsillo un frasco con ron y lo tendió al gran duque, que bebió largamente. Bebió después Struan y pasó luego el frasco al almirante, quien a su vez se lo alcanzó al general, hasta que entre los cuatro terminaron el licor.

—Ira del cielo —gruñó Struan, por todo comentario—. Ira del cielo.

CAPITULO XX

El sol se había ocultado detrás de las montañas, pero el puerto seguía aún bañado en luz dorada. Ah Sam dejó de mirar por los binoculares y saltó llena de ansiedad de su puesto de observación, situado junto al muro de lo que pronto sería jardín de la casa. Corrió entre las rocas, y cruzó la puerta, entrando apresuradamente en el salón.

—¡Madre, se acerca a la orilla la lancha del padre! —exclamó—. ¡Ah, ah, parece muy enfadado!

May-May dejó la enagua que estaba cosiendo, e inquirió:

—¿De dónde viene? ¿Del *China Cloud* o del *Resting Cloud*?

—Del *Resting Cloud*. Será mejor que mire usted misma.

Cogió May-May los gemelos, salió al jardín y se situó detrás de una pequeña ventana enrejada, desde donde examinó con el artefacto la superficie cubierta de olas.

Al fin localizó a Struan, el cual se hallaba, en el centro de la lancha, en cuya proa ondeaba el gallardete con el león y el dragón. *Ah*. Sam estaba en lo cierto. El Tai-Pan parecía hallarse sumamente irritado.

Volvió May-May al salón, y dijo a la criada:

—Arregla un poco por aquí, y ten buen cuidado de esconder todo esto.

Como Ah Sam recogiera despreocupadamente el vestido de baile y las enaguas, May-May le dio un pellizco y agregó:

—¡No arrugues eso, condenada, que vale una fortuna!

En seguida se volvió hacia la puerta y gritó:

—¡Lim Din, prepara el baño del padre en seguida, y cuida de que no le falte ropa limpia! No te olvides de que el agua esté tibia, y pon una nueva pastilla de jabón de olor.

—Así lo haré, madre.

—Ten cuidado, que el padre parece llegar sumamente encolerizado.

—Malo, muy malo.

—En efecto. Ten todo preparado en seguida, o recibirás una buena tunda. Si algo sale mal, y no se realizan mis planes, os azotaré a los dos hasta que se os caiga la carne a pedazos. ¡Vamos, vamos, corred!

Ah Sam y Lim Din se marcharon apresuradamente, mientras May-May entraba en su dormitorio y se aseguraba de que no quedaba ningún rastro de su labor de costura. Diose unos toques de perfume detrás de las orejas y se arregló un poco.

«Cielos —se dijo—. Por nada del mundo quiero que esté de mal humor esta noche».

Minutos más tarde, Struan se acercaba con gesto irascible al muro del jardín. Fue a abrir la puerta, pero ésta se abrió ante él, dejando ver a Lim Dim, que se inclinó ante su amo mientras esbozaba una radiante sonrisa.

—Hermoso atardecer, ¿verdad, amo? —dijo el chino.

Struan replicó con un hosco gruñido. Cerró Lim Dim la puerta del jardín, y corrió hacia la de la casa, que abrió inclinándose aún más profundamente. Entró Struan en el vestíbulo y examinó casi inconscientemente el barómetro marino que colgaba de una de las paredes.

La delgada columna de cristal señalaba unos 760 milímetros, es decir, buen tiempo.

Cerró Lim Din suavemente la puerta, y volvió a echar una carrerilla hasta la puerta del dormitorio, que abrió para dejar paso, como en las ocasiones anteriores, a su amo. Struan entró en la habitación, cerró la puerta de un puntapié, y luego corrió el cerrojo por dentro.

Lim Din suspiró aliviado, se arregló las ropas, y a continuación se encaminó hacia la cocina.

—Alguien va a recibir hoy una azotaina —dijo con acento aprensivo a Ah Sam.

—No te preocupes por el bárbaro del padre —susurró la criada—. Te apuesto el salario de la próxima semana a que la madre le dejará tan manso como una paloma antes de una hora.

—¡Aceptado!

May-May se hallaba en ese momento en la puerta, y dijo con voz silbante:

—¿Qué estáis murmurando, malditos y despreciables truhanes sin madre?

—Sólo implorábamos para que el padre no se muestre irritado con nuestra querida y hermosa madre —replicó Ah Sam, con voz un tanto insegura.

—¡Entonces date prisa con tu trabajo, mal nacida!

Por cada palabra desagradable que yo reciba de él, tú recibirás un azote.

Struan se hallaba en el centro de la alcoba, mirando el sucio y anudado pañuelo que había extraído de su bolsillo.

«Condenación, ¿qué hago ahora?», se preguntó.

Después de concluida la pelea, había acompañado al gran duque hasta su nuevo alojamiento en el *Resting Cloud*, y se alegró al saber por boca de Orlov que no había tenido dificultades en revisar el equipaje del ruso.

—No había ningún documento —aseguró el capitán—. Encontré un cofrecillo fuerte, pero usted me dijo que no rompiese nada, de modo que quedó como estaba. Tuve bastante tiempo para mirar, ya que mis hombres mantuvieron ocupados a los sirvientes.

—Gracias, Orlov. Y no diga a nadie una palabra de esto.

—¿Me cree tan tonto? —replicó el jorobado, con aire de ofendida dignidad —. Otra cosa, la señora de Quance y los cinco niños están alojados en la barcaza. Dije que Quance se hallaba en Macao, y que debe regresar con la marea de mañana al mediodía. Me ha costado bastante eludir las condenadas preguntas de la mujer. Parece capaz de hacer hablar hasta a una ostra.

Struan dejó luego a Orlov y se trasladó al camarote de los tres niños chinos. Estaban recién bañados y con vestiduras nuevas. Wolfgang se encontraba con los chiquillos, los cuales parecían confiar en el pastor renegado.

Struan les dijo entonces que al día siguiente irían con él a Cantón, donde los dejaría en un buque que partiera hacia Inglaterra.

—Señoría —dijo el niño inglés—. ¿Podría hablar con usted a solas?

—Desde luego —contestó Struan, poniendo cara de circunstancias, y conduciendo al chiquillo a otro camarote.

—Papá me encargó que le diera esto, y que no se lo dijera a nadie, ni siquiera a Bert o a Wu Pak.

Los dedos de Fred temblaron mientras desató el bulto que llevaba pendiente

de un palo. Dentro había una navaja estropeada, un perro de trapo y un gran pañuelo anudado. Entregó a Struan el pequeño bulto, y luego se volvió de espaldas y cerró los ojos.

—¿Qué haces, Fred? —inquirió Struan, asombrado.

—Mi padre me dijo que tenía que volverme y no mirar, cuando le diera eso, Señoría —contestó el chiquillo, siempre con los ojos fuertemente cerrados.

Struan desató el pañuelo y reprimió una exclamación.

Dentro había anillos de oro, pendientes de brillantes, un gran broche de esmeraldas, y numerosas hebillas de oro, engarzadas con diamantes y zafiros. Allí había joyas por valor de unas cuarenta o cincuenta mil libras, procedentes todas del botín de un pirata.

—¿Qué demonios quiere que haga con esto? —preguntó Struan.

—¿Puedo abrir ya los ojos, Señoría?

Struan anudó de nuevo el pañuelo y lo introdujo con dificultad en uno de los bolsillos de su levita.

—Está bien, puedes abrirlos. Pero, ¿qué te dijo él que hiciera yo con esto?

—Dijo que era mi… no recuerdo la palabra. Era algo así como «rencia» o «arencia» —replicó el chiquillo, con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento, se me ha olvidado.

Struan se agachó junto al niño, y le cogió por un brazo con suavidad y firmeza a un tiempo.

—Vamos, no tienes por qué llorar. ¿Era esa palabra «herencia», tal vez?

El chiquillo miró a Struan como si éste fuera un mago, y dijo:

—Sí, era herencia. ¿Cómo lo ha sabido?

—Lo he imaginado. Pero no debes llorar. Eres un hombre, y los hombres no lloran.

—¿Qué quiere decir herencia?

—Es una especie de regalo, generalmente en dinero, que hace un padre a su hijo.

Fred quedóse un instante pensativo, y luego agregó:

—¿Por qué me dijo papá que no se lo contase a mi hermano Bert, Señoría?

—Eso no lo sé.

—¿No lo sabe usted?

—Tal vez él desea que te quedes tú con eso, y no Bert.

—¿No puede ser la herencia para muchos hijos?

—Sí, a veces lo es.

—¿Cree que podré repartirla con Bert?

—Puedes hacerlo, si es tu deseo.

Secóse el niño las lágrimas, y dijo, ya más tranquilo:

—Gracias, Señoría. Bert es mi mejor amigo, además de ser mi hermano.

—¿Dónde vivíais tú y tu padre? —preguntó Struan.

—En una casa, con la madre de Bert.

—¿Dónde estaba esa casa, pequeño?

—Cerca del mar. Cerca de los barcos.

—Debía de tener un nombre aquel sitio. ¿No lo recuerdas?

—Ah, sí; le llamaban el Puerto. Vivíamos en una casa del puerto —manifestó orgullosamente el chiquillo—. Papá me dijo que tenía que contestar la verdad a todo lo que usted me preguntase.

—Bueno, volvamos con los otros, a menos que aún tengas algo más que decirme.

—Sí —replicó Fred, al tiempo que liaba de nuevo su hatillo—. Papá me mandó que no contara nada de esto a nadie. Es un secreto, y quiero que usted lo sepa. Nada más, Señoría.

Struan desató de nuevo el pañuelo y se preguntó qué podría hacer con aquellas joyas. ¿Deshacerse de ellas? ¿De qué modo? ¿Buscar a sus antiguos dueños? Era prácticamente imposible, siendo, como debían de ser, innumerables y de todas las nacionalidades: españoles, franceses, americanos o ingleses. Además, ¿cómo explicar la forma en que las joyas habían llegado a sus manos?

Acercóse Struan al gran lecho provisto de dosel, y lo corrió hacia un lado, advirtiendo que sobre la colcha de la cama estaban colocadas ordenadamente sus ropas de etiqueta. Struan se arrodilló junto al lecho, donde había una caja de caudales enterrada en el suelo, de la que estaba sólo al descubierto la fuerte tapa. Abrió ésta con una llave, e introdujo en el interior de la caja el pañuelo con las joyas, dejándolo al lado de sus documentos.

Vio entonces la Biblia en la que se hallaban las tres medias monedas, y lanzó un juramento. Luego volvió a cerrar la caja fuerte, corrió al lecho, y, luego de

abrir la puerta de la estancia, gritó:

—¡Lim Din!

El chino apareció al momento, deshaciéndose en reverencias.

—Prepara el baño, aprisa.

—Ya está preparado, amo. Todo dispuesto.

—Tráeme té, entonces.

Desapareció el criado, y Struan cruzó la alcoba, entrando en la estancia que había sido construida especialmente para baño y tocador. Robb se había echado a reír cuando vio que en el plano se destinaba toda una habitación para cuarto de baño, pero lo hizo tal y como Struan había especificado.

La gran bañera de cobre se hallaba sobre una pequeña plataforma, y de ella partía un tubo de desagüe que atravesaba la pared e iba a dar al jardín. Encima de la bañera se apreciaba un recipiente metálico suspendido de un par de barras y agujereado en su parte inferior. Otra cañería comunicaba dicho recipiente con el depósito de agua dulce que estaba en el techo de la casa. En la cañería había un grifo, para dar paso al agua.

El retrete era un asiento provisto de tapa, y con una taza en su interior que se cambiaba todas las mañanas.

Struan se quitó las ropas y se introdujo en la bañera, que se hallaba llena de agua caliente. Apoyó la espalda en la parte posterior del artefacto, y suspiró satisfecho.

En ese momento se abrió la puerta y entró May-May en el cuarto de baño. La seguía Ah Sam, que portaba una bandeja con el té y algunos *dim sum*. Detrás venía Lim Din, que cerró cuidadosamente la puerta y se quedó dentro. Struan cerró los ojos, con un gesto de exasperación. No había forma de hacer comprender a Ah Sam que le estaba vedado el acceso al baño cuando él se estaba aseando.

—Hola, Tai-Pan —dijo May-May, sonriendo hechiceramente y con su cólera desvanecida, en apariencia—. Vengo a tomar el té contigo, si te parece bien.

—Desde luego —replicó Struan.

Lim Din recogió del suelo las ropas sucias y se decidió a marcharse. Ah Sam depositó gozosamente la bandeja, pues se daba cuenta de que había ganado la apuesta. Dijo algo a May-May en cantones, que hizo reír a la joven, y ella también se rió traviesamente mientras salía del cuarto de baño y cerraba la

puerta.

—¿Qué demonios ha dicho?

—Bah, cosas de mujeres.

Alzó él la esponja llena de jabón, dispuesto a tirársela.

May-May contestó apresuradamente:

—Dijo que eres un hombre magníficamente bien hecho.

—¿Cuándo demonios va a entender esa muchacha que el bañarse es una operación de carácter íntimo?

—¿Por qué eres tan tímido? Creo que no tienes nada de qué avergonzarte al dejar que te vean.

May-May se quitó a su vez las ropas, entró en la bañera y se sentó en el extremo opuesto al que ocupaba Struan. A continuación vertió el té en un par de tazas y le ofreció una de ellas.

Struan replicó con un gruñido que pretendía ser una manifestación de agradecimiento, e, inclinándose sobre la bandeja, cogió un *dim sum* y se lo llevó a la boca.

—¿Qué tal ha sido el combate de boxeo? —preguntó May-May, al tiempo que sonreía, viendo las cicatrices que sus dientes habían dejado en el antebrazo de Struan.

—Magnífico.

—¿Por qué parecías enfadado?

—No lo estaba. Esto sabe muy bien —declaró, mientras comía otro de los pastelillos. Luego examinó largamente a la muchacha, y al fin agregó sonriendo —: Estás muy hermosa, y no puedo pensar en una forma mejor de tomar el té.

—También tú estás muy hermoso.

—¿Has averiguado ya lo del Feng-shui de la casa?

May-May hizo caso omiso de la pregunta, y a su vez inquirió:

—¿Cuándo es el concurso de vestidos?

—A medianoche, ¿por qué?

Ella se encogió de hombros, y dijo:

—¿Podrías venir aquí media hora antes de medianoche?

—¿Y eso?

—Quiero ver a mi hombre, tenerle un momento alejado de esa vaca de grandes ubres.

May-May estiró su pierna bajo el agua, y Struan dio un salto ante el impacto y casi dejó caer la taza de té.

—Ten un poco más de cuidado con lo que haces, por todos los infiernos —manifestó él, mientras la muchacha se reía a grandes carcajadas.

—Está bien, Tai-Pan, seré juiciosa —replicó ella, y dejó su mano descansar en la de Struan, mientras sonreía afectuosamente—. Sin embargo, creo que no me miras a mí como a esas otras muchachas, aun cuando me veas desnuda. ¿Acaso te parecen mal mis senos?

—Son perfectos, como lo es toda tu persona. Y ahora deja de decir tonterías.

—Entonces, ¿vendrás a verme antes de la medianoche?

—Si eso te alegra, lo haré —manifestó él, tomando unos sorbos de té—. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Has arreglado lo del Feng-shui?

—Sí —replicó May-May, y comenzó a enjabonarse, sin añadir nada más.

—¿Y qué te han dicho?

Ella emitió un sonido ambiguo, y siguió enjabonándose lentamente.

—Vamos, ¿qué te han dicho?

—Me horroriza decirlo, Tai-Pan, pero estamos justamente situados sobre un ojo del dragón, de modo que tenemos que mudarnos.

—No dejaremos esta casa. Asunto concluido.

Ella comenzó a musitar una canción, se aclaró con agua, y con voz suave dijo:

—Vuélvete, que voy a enjabonarte la espalda.

—Te digo que no vamos a cambiar de casa —insistió Struan, con tono receloso.

—Mary vino esta tarde, y hemos tenido una agradable conversación.

—¡No, no nos vamos a mudar, y se acabó!

—Créeme, Tai-Pan, que no soy sorda. Te oí perfectamente la primera vez. ¿Quieres que te enjabone la espalda, o no?

Volvióse él, y May-May comenzó a enjabonarle. Luego dijo en cantones:

—Nos vamos a mudar, y se terminó. Así lo ha decidido tu vieja madrecita.

—¿Cómo? —dijo él, irritado en apariencia, pero sin poder evitar un estremecimiento de placer al notar el contacto de las suaves manos de May-May.

—Es un viejo proverbio cantones: «Cuando las golondrinas anidan, sonríe el amanecer».

—¿Qué rayos quiere decir eso?

—Justamente lo que indican esas palabras.

May-May aclaró cuidadosamente la espalda de Struan, y luego exclamó:

—¡Ah Sam!

La criada se presentó a la carrera, siendo portadora de dos grandes toallas. May-May se puso en pie, y Ah Sam le envolvió el cuerpo con una de éstas. Luego se preparó a hacer lo mismo con Struan.

—Dile que lo haré yo mismo, condenación —manifestó Struan, impaciente.

May-May tradujo la frase a la criada, quien, sin cesar de reír, dejó la toalla y salió corriendo del cuarto de baño. La muchacha comenzó a secar a Struan, quien notó con sorpresa que la toalla estaba agradablemente tibia.

—He dicho a Ah Sam que en adelante caliente un poco las toallas —aseguró May-May—. Es bueno para la salud.

—Produce una sensación muy agradable, desde luego —afirmó él, y se secó vigorosamente. Luego abrió la puerta del cuarto de baño y notó que el lecho estaba preparado, mientras que las ropas que había sobre la colcha estaban ahora encima del escritorio.

—Tienes tiempo para descansar un poco —dijo May-May, y como él comenzara a argumentar en contra, ella agregó persuasivamente—: ¡Debes descansar!

Echó Struan una ojeada a su reloj, y pensó que tenía tiempo suficiente. En consecuencia, subió al lecho y se tendió en él, estirándose lleno de satisfacción.

May-May volvió a llamar a Ah Sam, y la criada cerró la puerta del baño. Ah Sam quitó las vendas que cubrían los pies de su ama, los secó cuidadosamente, cambió los vendajes, y luego se los enfundó en unas zapatillas bordadas.

—Son muy hermosos, madre —dijo la sirvienta, refiriéndose a los pies de May-May.

—Gracias, Ah Sam —replicó la joven, pellizcando cariñosamente en la cara a la criada—. Pero, por favor, no hagas más observaciones acerca del cuerpo del padre. Según parece, eso no le gusta.

—Sólo quería ser amable, y lo dije con todo respeto —aseguró Ah Sam, que quitó las horquillas que sujetaban el cabello de May-May y comenzó a cepillarlo —. Por lo general, un padre se siente satisfecho de que lo elogien. La verdad es que no entiendo a nuestro bárbaro padre. Ni siquiera me ha llevado a su cama

una sola vez. ¿Acaso soy tan fea?

—Ya te he dicho que los padres bárbaros no se acuestan con todas las mujeres que tienen en su casa —aseguró seriamente May-May—. Eso va contra su religión.

—Es lástima tener un padre tan apuesto y que su religión no se lo permita, ¿verdad?

May-May se echó a reír, y entregó Ah Sam la toalla.

—Vamos, vete corriendo de aquí, pequeña bribona, y vuelve dentro de una hora con el té. Si te retrasas, te daré una buena tunda.

Ah Sam salió corriendo.

Perfumóse May-May, y, sin dejar de pensar con excitación en el baile, entró en la alcoba.

Elisa Brock abrió la puerta del camarote y se acercó a la litera. Notaba que el sudor se deslizaba por la piel, desde sus axilas, y pensó que era el momento decisivo para Tess.

—Vamos, cariño —dijo, mientras sacudía a Brock—. Ya es hora de levantarse.

—Déjame estar un poco más —rogó Brock, adormilado por el suave balanceo del *White Witch*—. Estaré vestido a tiempo para ir al baile.

—Hace ya más de media hora que estás diciendo lo mismo. Vístete de una vez, o llegaremos tarde.

Incorporóse Brock, bostezó largamente, y, al tiempo que miraba hacia el portillo, dijo:

—Ni siquiera ha anochecido todavía.

—Gorth va a llegar pronto, y tendrás que ver los libros de los compradores antes de marcharte. Tú mismo me dijiste que te llamara a tiempo.

—Está bien, no sigas, Liza —declaró él, bostezando de nuevo y mirando a su mujer. Esta tenía puesto un vestido nuevo de brocado rojo oscuro, debajo del cual se advertía una profusión de enaguas. Llevaba el pelo peinado con raya en el centro, y recogido atrás en un moño.

—Tienes un aspecto muy elegante —aseguró Brock, estirándose largamente.

Elisa jugueteó con el gran sombrero de plumas que llevaba en la mano; luego

lo dejó sobre una mesa, y dijo:

—Te ayudaré a vestirte.

—¿Qué es eso? —estalló él, al ver sobre una silla un traje nuevo—. Ya te dije que me siento muy a gusto con mi ropa de siempre. ¿Crees acaso que el dinero se gana tan fácilmente como para derrocharlo de esa forma?

—Cariño, convéncete de que necesitabas un traje nuevo. Así tendrás mucho mejor aspecto.

Ella le tendió un pequeño corsé que la moda imponía para que los hombres aparentasen menos abdomen, y Brock saltó de la litera echando maldiciones. Después de ajustarse el corsé, por encima de su ropa interior de lana, accedió gruñendo a que su mujer le ayudara a ponerse la ropa nueva.

Cuando al fin se miró al espejo, sintióse más conforme.

La nueva camisa de pechera escarolada resultaba impecable, y la levita de terciopelo pardo con solapas bordadas con hilillos de oro le sentaba perfectamente: era ancha en las espaldas, y ceñida en la cintura. Los ajustados pantalones blancos se mantenían tirantes gracias a unas correas que rodeaban el pie por dentro de las botas de suave cuero negro. El chaleco era bordado, de color naranja, y lo cruzaba de bolsillo a bolsillo una gran cadena de oro con varios dijes.

—¡Cielos, si pareces el rey de Inglaterra, cariño! —exclamó la mujer.

—Bueno, tal vez tengas razón —contestó Brock, atusándose la barba, y sin poder ocultar su satisfacción. Luego se ajustó un poco la levita, y añadió—: Pero tal vez podía ser un poco más estrecha en la cintura, ¿no crees?

Elisa se echó a reír, y dijo:

—Vamos, no seas presumido. Creo que con esa corbata irá mejor el alfiler de rubíes que el de diamantes.

Cambió él la joya, y siguió admirándose ante el espejo. De pronto se echó a reír y abrazó alegremente a su esposa por la cintura, comenzando a danzar con ella mientras entonaba un vals con desafinado vozarrón.

—Vas a ser la belleza del baile, querida —aseguró Brock.

Trató Elisa de mostrarse alegre, pero su marido se dio cuenta de que algo la preocupaba.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Ella sacó su pañuelo, se secó el rostro, y dijo al tiempo que tomaba asiento:

—Se trata de… de Tess.

—¿Qué pasa, está enferma?

—No, está muy bien; tanto es así que vamos a llevarla con nosotros al baile.

—Tú has perdido la cabeza.

—Le he hecho un vestido encantador; la he peinado maravillosamente y está esperando tu aprobación antes de que…

—Entonces dile que puede meterse en la cama. ¡No irá al baile, por todos los infiernos! ¡Ya sabes lo que pienso de eso! ¿Por qué le has hecho ese vestido?

Brock alzó la mano, dispuesto a descargarla sobre el rostro de su mujer.

—Escucha un momento —dijo Elisa, con resolución que dominó momentáneamente su temor—. Primero escúchame. Se trata de Nagreck y de Tess.

Brock detuvo su mano en el aire.

—¿Qué sucede con Nagreck?

—Tuvo suerte, al morir aquella noche. Tess…, bueno, Tess… —tartamudeó Elisa, sin poder contener las lágrimas—. No quisiera preocuparte, pero la muchacha…

—¿Acaso va a tener un niño?

—No; pero estuve llena de temores este mes pasado, mientras tú te hallabas en Cantón. Temía haberme equivocado, pero, felizmente, su período comenzó de nuevo la semana pasada, de modo que, gracias a Dios, no hay que temer por ese lado.

—Entonces, ¿no es ya virgen? —inquirió Brock, espantado.

—Todavía es virgen —dijo Elisa, con el rostro cubierto de lágrimas.

—Por amor de Dios, si aún es virgen, dime qué motivo hay para preocuparse.

Luego, Brock pareció estremecerse, y mientras acariciaba en las mejillas a su mujer, dijo conciliadoramente:

—Vamos, vamos, tranquilízate, Lisa.

Esta se dio cuenta de que nunca podría decir a su marido que Tess no era ya verdaderamente virgen. Pero bendijo al cielo por haber podido convencer a la muchacha de que todo había sido principalmente a causa de su imaginación, y de que aún era tan pura como debía serlo una joven de su edad.

—El mes que pasó fue terrible —dijo Elisa—. Verdaderamente terrible. Pero

al menos será una advertencia para nosotros, Tyler. Me preocupa mucho que no seas capaz de ver que la niña ya ha crecido lo suficiente.

Comenzó Brock a argumentar, pero su mujer le interrumpió rápidamente.

—Por favor, Tyler, te lo ruego. Ve a echarle un vistazo, y si crees que ha crecido bastante, la llevaremos con nosotros. De lo contrario, se quedará aquí.

—¿Dónde está Tess ahora?

—En la cámara principal.

—Espera aquí.

—Sí, cariño.

CAPITULO XXI

Cuando la noche hubo cerrado del todo sobre Hong-Kong, Culum se encaminó hacia el puente de popa del *Thunder Cloud* y dio la señal convenida. Retumbó uno de los cañones, y un momentáneo silencio se extendió por toda la flota. Miró Culum nerviosamente hacia tierra, donde estaba el Valle Feliz. Su excitación subió de tono cuando vio parpadear una luz, luego otra y otra, hasta que todo el lote marino número ocho se convirtió en un mar de luces danzarinas.

Los criados que se hallaban en la orilla se dieron prisa a encender los restantes faroles. Centenares de ellos habían sido colocados en torno a un vasto círculo de tablas que formaban la pista de baile. La luz resultaba cálida y acogedora. Se habían dispuesto sillas y mesas formando grupos, y sobre estas últimas se advertían lámparas y flores traídas expresamente desde Macao. Otros faroles pendían de unas cuerdas colocadas encima de los caballetes que sostenían la abundante comida. Junto a los alimentos había una buena provisión de barriles de vino, ron, brandy, whisky y cerveza. Las botellas de cuarenta cajas de champaña estaban ya puestas entre hielo, dispuestas para ser consumidas.

Por todas partes iban y venían diligentemente los criados, todos ellos pulcramente uniformados con pantalones negros y túnicas blancas, y con la coleta danzando al compás de sus movimientos. Estaban supervisados por Cheng Shen, el comprador de la Noble Casa, un hombre que usaba una gran faja en torno al abdomen, y cuyas vestiduras y sombrero eran lujosos y aparecían incrustados con joyas. La hebilla de su cinturón era del más puro jade blanco, y sus pies estaban enfundados en unas botas de seda negra con suela blanca. Se hallaba sentado como una gran araña, en el centro de la pista, atusándose los pelos de su larga perilla. Un esclavo le abanicaba incesantemente, a pesar de la suave temperatura que reinaba aquella noche.

Cuando todo estuvo terminado a su entera satisfacción, Cheng Sheng se puso

en pie y, con poderoso ademán, alzó una mano. Los criados corrieron a sus puestos, y allí permanecieron, como si fueran estatuas, mientras él hacía la última inspección. A otra señal del comprador, un sirviente encendió una pequeña tea en uno de los faroles, y se perdió en la oscuridad circundante.

Poco después se produjo un colosal estallido de fuegos de artificio que duró varios minutos, y todos los que se hallaban en los barcos anclados y en las cercanías contemplaron con deleite el espectáculo. Luego lanzaron al aire numerosos globos de papel, y siguieron más fuegos artificiales, y el ruido y el humo se extendieron por doquier. Giraron alocadas ruedas luminosas, y los volcanes de luz disiparon las tinieblas. Luego, un centenar de cohetes estallaron en el cielo y sus rastros serpentearon largamente, para extinguirse después. Tras un momento de calma, el cielo se cubrió de lucecillas verdes, escarlata y amarillas, que en forma de lluvia fueron cayendo majestuosamente sobre el mar.

Por fin, el criado encendió la última traca y echó a correr. Un fuego rojo y verde se extendió por un entramado de bambú, trazando el símbolo de la Noble Casa, el león y el dragón. El resplandor duró unos minutos, y concluyó con una gran detonación, tan repentinamente como había comenzado.

Durante unos momentos imperó un abrumador silencio, el cual quedó roto por último por un gran clamor de vítores, que se extendieron hasta las colinas cercanas.

Cuando los ojos se acostumbraron a la relativa oscuridad, pudieron divisarse de nuevo las acogedoras luces de la pista de baile, y una alegría incontenible y expectante se difundió por todo Hong-Kong.

Shevaun gemía mansamente, atenazada por el dolor.

—Basta, basta… —sollozaba.

Su doncella aferró una vez más con fuerza las cuerdas del corsé y colocó su rodilla sobre el trasero de la muchacha.

—Ahora echa afuera todo el aire —ordenó la criada, y Shevaun obedeció dócilmente—. Bueno, ya está, querida. Ya hemos terminado.

Era una irlandesa pequeña, de pulcro aspecto, llamada Kathleen O'Rourke, pero que tenía muñecas de acero. Había sido criada de Shevaun desde que ésta estaba en pañales, y sentía adoración por ella. Tenía treinta y ocho años, y su

cabello castaño oscuro enmarcaba un rostro agradable, en el que destacaban sus ojos de alegre mirada y el hoyuelo de su barbilla.

Shevaun se derrumbó sobre una silla del camarote y lanzó otro quejido, sintiendo que le faltaba la respiración.

—Estoy segura de que voy a desmayarme antes de que termine la noche —aseguró.

Kathleen cogió una cinta de medir y la colocó en torno a la cintura de Shevaun.

—¡Cuarenta y cinco centímetros, Santa María! Puedes desmayarte, querida, pero al menos tendrás la seguridad de que estás más esbelta que una nube, y de que todo el mundo te contemplará con gran admiración.

Shevaun tenía puestos unos calzones de encaje, corpiño y medias de seda. El corsé, cubierto de ballenas, le comprimía las caderas, le estrujaba la cintura, y por arriba le llegaba hasta los pechos, empujándolos hacia arriba.

—Tengo que descansar un momento —dijo Shevaun con voz débil.

Kathleen sacó un frasquito de sales y lo acercó a la nariz de la muchacha.

—Así, así, cariño mío. Ya verás que en cuanto esa gente te vea no tendrás deseos de desmayarte. Por San José y la Virgen, puedo asegurarte que serás la más hermosa del baile.

En ese momento se oyeron algunos golpes enérgicos en la puerta.

—¿Has terminado ya, Shevaun? —inquirió Tillman.

—No, tío. No tardaré mucho.

—Bueno, date prisa. Tenemos que llegar antes que Su Excelencia, no lo olvides —contestó el americano, y se alejó con fuertes pasos.

Kathleen rióse en voz baja y dijo:

—Qué tontos son algunos hombres. No comprenden la importancia que tiene una entrada a tiempo.

Quance echóse a un lado y señaló hacia el cuadro, recién terminado.

—Bien, ahí lo tienen.

—Magnífico, Aristóteles —declaró Robb, y levantó en sus brazos a la pequeña Karen para que viera mejor su retrato—. ¿No te parece que está bien, Karen?

—¿Así soy yo? —preguntó la pequeña, con aire decepcionado—. Me parece horrible.

—Es una obra de arte, Karen —dijo Quance, visiblemente disgustado, cogiendo a la niña de los brazos de su padre—. Fíjate en el espléndido fulgor de tus mejillas, en la luz que se desprende de tus ojos, en la alegría que rebosan tus labios. Por las barbas de Alcazabedabra, es un cuadro tan hermoso como tú misma.

—Ah, bueno —dijo la chiquilla, más convencida, al tiempo que daba al pintor un gran abrazo—. ¿Y quién es ese Alza… del que has hablado?

—Es un amigo mío —aseguró Quance con toda seriedad—. Tiene una gran barba, y se cuida de los pintores y de las niñas bonitas.

—Me parece una pintura muy buena —intervino Sarah, cuyo rostro tenía siempre una expresión de padecimiento—. Y, ahora, vete corriendo a la cama, Karen. Ya tenías que estar acostada.

—Es temprano —replicó la niña con voz implorante—. Y tú me prometiste que estaría levantada hasta que papá se marchase.

Quance sonrió mientras se limpiaba los dedos con trementina, y a continuación aspiró una pizca de rapé y se quitó la bata que usaba para pintar.

—Mañana recogeré mi caja de pinturas, Robb —dijo.

—Me parece bien.

—Bueno, ya es hora de que nos marchemos —agregó Quance, alisándose el llamativo chaleco de seda escarlata y colocándose a continuación la levita de color crema.

—Me gusta usted, señor Quance —dijo Karen—. Es muy bueno, aunque a veces pinte cosas muy feas.

El viejo artista se echó a reír, colocóse su chistera, y dijo a Robb:

—Les esperaré en la lancha.

—¿Por qué no enseñas el camino al señor Quance, Karen? —inquirió Robb.

—Claro que sí —dijo la chiquilla, saltando de alegría.

Quance la siguió con la majestad de un pavo real.

—¿Te encuentras bien, Sarah? —preguntó a continuación Robb, solícitamente.

—No —replicó la mujer con frialdad—. Pero eso no importa. Será mejor que te vayas, o llegarás tarde.

—Puedo quedarme, si lo deseas.

—Lo único que deseo es que nazca el niño, para regresar a nuestro país —

aseguró Sarah, apartando un lacio mechón que le cubría los ojos—. Para verme lejos de esta maldita isla.

—¡No seas ridicula! —replicó Robb, sin poder contenerse, y olvidando sus propósitos de no discutir con su mujer—. Y no eches la culpa a Hong-Kong.

—Desde que estamos aquí no han habido más que complicaciones —dijo ella—. Tú has cambiado, lo mismo que Dirk, que Culum, y que yo misma. Por amor de Dios, ¿qué nos sucede? Decidimos marcharnos y luego vino la bancarrota. Luchamos entre nosotros, se produjo la muerte de la pobre Ronalda y de la familia de Dirk. Después, la plata nos salva; pero, a pesar de eso, Dirk te machaca contra una esquina, y tú eres demasiado débil para salvarte, y por eso haces tu juramento de quedarte. Culum odia a Dirk, y éste a Culum, mientras que tú permaneces estúpidamente en medio, sin atreverte a tomar lo que es tuyo por derecho. Yo jamás me retrasé al tener un hijo, pero esta vez me ha sucedido. Siempre me sentí perfectamente, y ahora estoy como si fuera a morirme. Si quieres conocer la fecha en que comenzaron todos nuestros problemas, te diré que fue el 26 de enero de 1841.

—Todo eso son tonterías —contestó Robb, furioso, al comprobar que ella parecía haber sondeado en su mente, y recordando que también él maldecía interiormente aquella fecha, mientras hacía sus guardias nocturnas—. Sólo es una superstición. La epidemia se produjo el año pasado, el desastre del Banco también fue el año pasado, y no tuvimos noticias de ello hasta que nos hallamos en Hong-Kong. Y no creas que soy un imbécil. Tendremos nuestro dinero. Mucho dinero, que será para nosotros, para nuestros hijos y nuestros nietos. Pero debo quedarme. Ya está todo resuelto.

—¿Has sacado nuestro pasaje para Europa?

—No.

—Pues me gustaría que lo hicieras cuanto antes. Yo no voy a cambiar de parecer, si es eso lo que esperas.

—En efecto, Sarah —contestó él, fríamente—. No creo que cambies de parecer. Sólo esperaba para ver cómo te sentías. Pero hay barcos de sobra para que puedas marcharte.

—Dentro de un mes estaré en condiciones, y entonces…

—No puedes irte tan pronto. Será un peligro, no sólo para ti, sino para la criatura.

—Entonces, tal vez quieras tú acompañarnos.

—No me es posible.

—Sí, ya comprendo. Tienes cosas más importantes que hacer —aseguró Sarah, dando rienda suelta a su disgusto—. Tal vez tengas otra ramera pagana esperándote.

—Basta ya, por amor de Dios. Ya te he dicho un millar de veces que…

—Dirk ya ha traído una a la isla. ¿Por qué habías tú de ser menos?

—¿Lo crees así?

—¿Por qué no?

Ambos se miraron desafiantes, odiándose mutuamente.

—Ya es hora de que te marches —manifestó Sarah, dándole la espalda.

Abrióse la puerta en ese momento, y Karen entró en la estancia dando saltos. Abrazó a su padre, y luego se colgó de un brazo de su madre.

—Papá nos está buscando un barco para ir a casa, cariño —dijo Sarah a la niña, mientras que la criatura se agitaba con violencia en su vientre. Comprendió que el momento se acercaba rápidamente, y tuvo miedo—. Pasaremos las Navidades de este año en casa. ¿No te parece magnífico, querida mía? Habrá regalos muy bonitos, y cantaremos villancicos mientras cae la nieve.

—¿Qué es la nieve, mamá?

—Es algo blanco que cubre los árboles y las casas. Es la lluvia, que se convierte en hielo. Resulta muy bonito de ver, y en ese tiempo las tiendas están llenas de juguetes, y en las casas huele a ricos pasteles…

Tembló la voz de Sarah, y Robb notó el sufrimiento que la atenazaba. La mujer siguió diciendo:

—Será tan grato hallarse de nuevo en una ciudad, y no en este desierto salvaje…

—Bien, tengo que irme —dijo Robb, transido de dolor… Trató de besar a su esposa en una mejilla, pero ella volvió levemente la cara hacia el otro lado, lo cual le enfureció más aún. Abrazó Robb a la niña, y salió rápidamente de la estancia.

Mary Sinclair dio los últimos toques a su peinado, y con las horquillas aseguró en su sitio la pequeña corona de florecillas con que Glessing la había

obsequiado.

Su vestido, de seda negra de Shantung, era amplio y muy acampanado gracias a las numerosas enaguas que llevaba debajo. Estaba diestramente cortado para dar realce a sus hombros desnudos y a su amplio escote.

La muchacha se examinó con ojo crítico en el espejo, y notó que el rostro que la contemplaba tenía una expresión singular. En su mirada había un disgusto mal contenido, y el color estaba ausente de las mejillas. Los labios, en cambio, aparecían de color rojo oscuro y relucientes.

Mary se dio cuenta de que, a pesar de todo, estaba realmente hermosa.

Lanzó un profundo suspiro y cogió el calendario, aunque comprendía que no necesitaba contar de nuevo los días. El resultado sería siempre el mismo, desde que aquella misma mañana hiciera el descubrimiento que la había llenado de zozobra: iba a tener un hijo.

Dios santo, Dios santo, un hijo.

CAPITULO XXII

Culum se inclinó cortésmente y contestó de forma maquinal:

—Buenas noches, señoras, señores.

Luego, otro grupo de invitados se mezcló con la concurrencia.

Durante más de una hora estuvo al lado de su padre y su tío, recibiendo a los invitados, y ya estaba deseando que terminase el ceremonioso ritual.

Echó entonces un vistazo a la pista de baile, y, en medio de los hombros desnudos, las multicolores túnicas y los resplandecientes uniformes, descubrió a Mary Sinclair, que estaba charlando con Glessing, lo cual no le hizo demasiado feliz.

«No debes ponerte celoso —pensó—. Mary es la mujer más hermosa de la reunión, y es lógico que George quiera estar con ella. No se le puede culpar lo más mínimo».

En cada extremo de la pista de baile se habían erigido dos estrados, uno para la banda de la Marina y otro para la del Ejército. Cuando el general oyó que el almirante accedía a enviar su conjunto instrumental para animar la noche, el militar decidió hacer lo mismo.

Los soldados, que vestían rojo uniforme, se hallaban tocando en aquel momento. Todo el mundo deseaba que comenzase el baile, mas éste no podía iniciarse mientras no llegase Longstaff, el cual ya se estaba retrasando, según su costumbre.

Culum inclinóse ante un par de grupos más de invitados, y notó con satisfacción que la fila de los que llegaban estaba ya bastante reducida. Miró hacia la orilla, donde un camino flanqueado de faroles llevaba a los invitados hasta el lugar del baile, y vio entonces que la lancha de Longstaff llegaba a la playa. Los marineros ayudaron a desembarcar a Longstaff, al gran duque y al almirante, y Culum pensó que al fin terminaría con su desagradable tarea de

recepción. De nuevo, su mirada se deslizó por la pista, y esta vez tropezó con la de Manuelita de Vargas, que le observaba por encima del borde de su abanico. Era una hermosa muchacha, de piel inmaculadamente blanca, con ojos oscuros y una mantilla sobre el cabello moreno. Culum le dirigió una sonrisa e hizo una leve reverencia. Los ojos de la joven refulgieron perceptiblemente; su abanico se agitó con nerviosidad, y Manuelita se puso a mirar a otro lado.

Culum se dijo que al menos bailaría con ella una pieza. Quitóse Culum un poco de polvo que se había depositado sobre sus solapas, observando complacido su traje cortado a la última moda de Inglaterra y que se distinguía bastante del atuendo de la mayoría de los invitados.

La levita era de color azul celeste, con solapas azul marino de seda, bien ceñida en la cintura, y con amplio vuelo en las caderas. Usaba pantalones muy estrechos, de color gris pálido, que se introducían en las cortas botas de cuero negro. El pelo le caía en rizos sobre las orejas y por encima del alto cuello almidonado.

«El sastre de Robb ha hecho un buen trabajo —pensó Culum—. ¡Y qué barato! Con ciento cincuenta guineas solamente, me ha provisto de un espléndido vestuario. No hay duda de que la vida resulta maravillosa».

Una vez más, se inclinó ante otro grupo de invitados, que al pasar dejaron un rastro de olor a sudor que no habrían conseguido eliminar con los perfumes. Era extraño que ahora notase el mal olor de los demás, cuando antes nunca se había dado cuenta de ello. Evidentemente, sentíase mucho mejor desde que se bañaba y se cambiaba de ropa a diario. En eso, como en otras cosas, el Tai-Pan tenía razón.

Miró entonces a su padre, que se hallaba enfrascado en una conversación con Morley Skinner. Culum se dio cuenta de que había bastante gente mirándole, pero a pesar de ello no cambió su expresión de disgusto. Por lo que a los invitados se refería, no había duda alguna de que continuaba existiendo una evidente hostilidad entre el padre y el hijo, aun cuando se hubiera convertido en fría cortesía. Desde que comenzó la comedia, Culum no tuvo dificultad en representar su papel.

«Sé honrado contigo mismo —pensó el muchacho—, ya no necesitas venerarle. Basta con que sigas respetándole, pues se trata de un hereje y un adúltero de perniciosa influencia. De modo que no tienes que fingir. Muéstrate

frío con él. Frío y cauteloso».

—Vamos, muchacho, animate —susurró Robb, con gesto de inquietud, al oído de Culum.

—¿Qué dices, tío?

—Nada; sólo que esta noche es para celebrarla y alegrarse.

—Sí, desde luego —replicó escuetamente Culum, que descubrió la preocupación que había en la mirada de Robb. Sin embargo, no añadió nada más, y se volvió para saludar a otros invitados, y para mirar a Mary y a Manuelita. Decidió no contar a Robb lo que habían hablado él y su padre en la cima del monte.

—Creo que aún no conoce a mi sobrino Culum —oyó en ese momento decir a Robb—. Culum, te presento a la señorita Tess Brock.

Volvióse Culum, cuyo corazón experimentó un vuelco, y quedó perdidamente enamorado.

Tess le hacía una graciosa reverencia. La falda de su vestido era de amplia y vaporosa seda blanca, y, debajo, los encajes de las enaguas semejaban la espuma de una cascada. Su cintura parecía increíblemente estrecha bajo el amplio corpino, y el cabello descendía sobre sus hombros desnudos en una lluvia de suaves rizos.

Culum observó que los ojos de la muchacha eran azules, y sus labios incitantes. No cesaba de contemplarla, y ella tampoco dejaba de mirarle.

—Es un gran placer conocerla —dijo Culum, y oyó su voz como si fuera la de un extraño—. Tal vez me conceda usted el honor de bailar conmigo la primera pieza.

—Como guste, señor Struan —replicó Tess con voz cantarína, y luego se marchó con sus padres.

Elisa Brock había observado la escena atentamente. Vio la expresión de Culum al mirar a su hija, y la forma en que ésta le había contestado.

«Oh, Señor, que salga bien, Señor», se dijo la mujer, mientras avanzaba detrás de su marido.

—Al principio no había reconocido a la pequeña Tess. ¿No te ha pasado igual, Robb? —dijo Struan. También éste había apreciado las miradas que cambiaron su hijo y la muchacha de Brock, y su mente especulaba con las ventajas y los peligros que podían derivarse de un enlace entre Culum y Tess.

—En efecto, tampoco yo la conocía. Mira a Brock, está que estalla de orgullo.

—Ya lo veo.

—Y fíjate también en Mary. No creí que pudiera verse tan… tan atractiva, igualmente.

Struan observó a Mary unos instantes. El vestido negro realzaba notablemente la luminosa palidez de su tez. Luego miró a Manuelita, y a continuación de nuevo a Tess, la cual sonreía desde lejos a Culum, quien le devolvió la sonrisa. Struan no se hacía a la idea de una unión entre los Brock y los Struan.

—Condenado Shakespeare —murmuró, involuntariamente.

—¿Qué dices?

—Nada importante. Sólo que Mary es una firme candidata al premio, por lo que puedo ver.

—Lo mismo que Manuelita de Vargas —dijo Quance, al tiempo que pasaba ante el anfitrión y le guiñaba un ojo.

—O que Shevaun; podría apostarlo —contestó Struan—. Cuando se digne honrarnos con su presencia.

—Ah, la deliciosa señorita Tillman. He oído decir que piensa presentarse con calzones y una transparente bata de gasa, nada más. ¿No estaría mal, verdad?

—Hola, Aristóteles —dijo Jeff Cooper, acercándose al pintor—. ¿Puede concederme un momento? Es acerca de un cuadro que quiero encargarle.

—¡Dios me ampare! No sé lo que le pasa hoy a la gente —dijo Quance, lleno de recelo—. No han hecho más que encargarme cuadros en todo el santo día.

—Tal vez nos hayamos dado cuenta ahora del gran valor de su obra —contestó Cooper rápidamente.

—Bien, ya era hora, condenación. Comprenderá que el precio ha subido. Son cincuenta guineas.

—Hablemos de eso ante una copa de champaña, ¿le parece bien? —dijo Cooper, guiñando disimuladamente un ojo a Struan, por encima de la cabeza del pintor, y llevándose con él al hombrecillo.

Struan rióse en voz baja. Había pedido a algunos conocidos que tuvieran a Quance ocupado y lejos de las lenguas murmuradoras, al menos hasta que concluyese el concurso de vestidos. También había conseguido recluir a

Maureen Quance en el buque donde estaba alojada, lo cual logró haciendo retirar todas las lanchas del barco.

En ese momento llegaron Longstaff y el archiduque.

Oyóse un redoblar de tambores, y todos los presentes se pusieron en pie cuando las bandas de música tocaron el «Dios Salve a la Reina». Luego, los ejecutantes interpretaron con bastante menos seguridad el himno ruso, y, por último, se dejó oír el *Rule Britannia*. Al final estalló una salva de aplausos.

—Le agradezco su atención, señor Struan —dijo Sergeyev.

—Es un placer, Alteza —replicó Struan—. Deseamos que se encuentre como en su país.

Se daba cuenta Struan de que eran en ese momento el blanco de todas las miradas, y eso no le incomodó en absoluto, pues había elegido su atuendo con gran acierto. En contraste con los demás invitados, vestía todo de negro, con excepción de su impecable camisa blanca, y de una breve cinta verde con que llevaba recogido el pelo en la nuca.

—Sin duda querrá usted abrir el baile, ¿no es cierto, Alteza? —inquirió Struan.

—No tengo inconveniente, pero me temo que no conozco a ninguna de las damas —declaró Sergeyev.

El ruso vestía un llamativo uniforme de cosaco, con la guerrera echada airosamente sobre un hombro, y una enjoyada espada al costado. Dos criados de librea le seguían en actitud respetuosa.

—Eso se remedia fácilmente —aseguró Struan—. Sólo tendrá que elegir. Yo haré las presentaciones correspondientes.

—No lo creo del todo correcto. Será mejor que decida usted quién debe ser mi compañera de baile.

—Corro peligro de que las agraviadas me arañen la cara. Está bien, lo haré, si gusta.

Volvióse Struan, y comenzó a cruzar la pista. Manuelita de Vargas sería una elección acertada. Eso halagaría increíblemente a los portugueses, de los que la Noble Casa y los demás traficantes se veían necesitados, pues eran ellos los que ocupaban los puestos de escribientes, empleados y dependientes. Pero Mary Sinclair sería una elección igualmente acertada, ya que su exótica belleza la hacía aparecer como la mujer más atractiva de la fiesta. Notó que Glessing

estaba prodigando sus atenciones a Mary. El joven capitán había adquirido gran importancia desde que fuera nombrado capitán del puerto. Sin duda, podía resultar un buen aliado.

Struan vio que los ojos de Manuelita se agrandaban, y que Mary Sinclair retenía el aliento, cuando avanzaba hacia ellas. Sin embargo, Struan se detuvo ante Brock.

—Con tu permiso, Tyler. ¿Permites que Tess abra el baile con el gran duque Sergeyev?

Struan advirtió el murmullo de asombro y complacencia que había provocado sus palabras.

Brock asintió, lleno de orgullo, mientras su mujer abría la boca, presa de indecible asombro. Tess se sonrojó intensamente, y Culum maldijo a su padre, aunque no dejó de agradarle que hubiera coincidido con su propio gusto. Todos los traficantes se preguntaron si el Tai-Pan estaría intentando reconciliarse con Brock. En tal caso, ¿por qué lo haría?

—No puedo creerlo —dijo Cooper, con tono preocupado, dándose cuenta de que un armisticio entre Brock y Struan no le beneficiaría a él en nada—. Es algo absurdo.

—No tanto —dijo Mary—. Es la más joven, y merece semejante honor.

—Tiene que haber algo más, señorita Sinclair —intervino Glessing, a su vez —. El Tai-Pan nunca hace nada a la ligera. El odia a Brock, y no sé qué gana con eso.

—Creo que es usted muy mal pensado, capitán —replicó Mary, ásperamente, por lo que Glessing se maldijo por su estupidez, comprendiendo que una ingenua como Mary tenía que defender al Tai-Pan.

—Si me disgusta —aclaró el capitán—, es porque usted es la dama más hermosa de las presentes, y tenía que haber sido la elegida.

—Gracias, muy atento, pero no debe pensar que el Tai-Pan actúa con malicia, pues estoy segura de que no lo hace.

—Cierto, cierto. Confieso que me he equivocado —aseguró Glessing—. De todos modos, confío en que me concederá el primer baile, y que podré acompañarla durante la cena. Así sabré que me ha perdonado.

Durante más de un año, Mary había pensado en George Glessing como posible marido. Le gustaba, aunque no estaba enamorada de él. Ahora, sin

embargo, pensó que todo parecía quedar desbaratado.

—Está bien —contestó la muchacha, bajando la mirada y abanicándose con fuerza—; acepto, siempre que me prometa ser más… más considerado.

—Prometido —aseguró Glessing, lleno de gozo.

Struan volvió por la pista, en compañía de Tess.

—¿Sabes bailar, muchacha? —le preguntó.

Asintió Tess, procurando no mirar a Culum, si bien no lo conseguía del todo.

—¿Puedo presentarle a la señorita Tess Brock, Alteza? Tess, el gran duque Alexei Sergeyev.

La muchacha quedóse paralizada por el espanto y con las rodillas temblándole, pero pensó en Culum y en la forma en que éste la había mirado, y sintió que renacía su aplomo y su confianza.

—Es un gran honor, Alteza —dijo Tess, haciendo una reverencia.

El gran duque se inclinó a su vez, y galantemente besó la mano de la joven.

—El honor es mío, señorita Brock.

—Espero que haya tenido un viaje agradable —comentó Tess, sintiéndose más segura.

—Desde luego —replicó Sergeyev, quien se dirigió en seguida a Struan y agregó—: ¿Acaso son tan hermosas como ésta todas las jovencitas inglesas? Acababa de decir el ruso estas palabras, cuando Shevaun hizo su aparición del brazo de Tillman. Su vestido era como una lluvia de gasas verdes, ampliamente acampanadas, y a través de ellas se apreciaban los encajes de las enaguas, de color esmeralda. Lucía unos guantes verdes muy largos, y su pelo rojizo estaba adornado con algunas hermosas plumas de aves del paraíso. Increíblemente, su amplio corpino no llevaba tirantes que lo sujetasen.

—Sentimos mucho llegar tarde, Excelencia, señor Struan —dijo Shevaun, a la vez que se inclinaba reverentemente—, pero se me rompió una hebilla del zapato en el momento en que salíamos de casa.

Longstaff clavó su mirada en el opulento escote de la muchacha, y se preguntó cómo demonios podría sujetarse con los hombros desnudos.

—Su llegada siempre es oportuna, Shevaun —declaró Longstaff al fin, y, volviéndose a Sergeyev, le dijo—: Permítame que le presente a la señorita Shevaun Tillman, y al señor Tillman. Su Alteza, el gran duque Alexei Sergeyev.

Mientras permanecía allí, olvidada por los demás, Tess observó a Shevaun y

la odió por haberle arrebatado el breve momento de gloria que empezara a saborear poco antes. Era la primera vez que se sentía celosa de otra mujer, y también por vez primera se consideraba a sí misma como mujer, y no como una niña. Cuando se enfrentó con la americana, Tess dijo:

—Qué hermoso vestido, señorita Tillman… ¿Se lo ha hecho usted misma?

—Oh, no, encanto, no creo que tenga tu habilidad para esos menesteres —replicó Shevaun, no menos suavemente, mientras sus ojos relumbraban.

—¿Tal vez querrá concederme su primer baile, Shevaun? —inquirió Longstaff.

—Encantada, Excelencia —replicó la muchacha, regocijada íntimamente con la envidia que estaba provocando—. La fiesta tiene un magnífico aspecto, Tai-Pan —dijo después Shevaun, mientras sonreía a Struan.

—Me alegro de ello, gracias —contestó éste, al tiempo que hacía una seña al director de la banda de la Marina.

Al momento comenzaron los primeros compases de un vals vienes. Aunque se consideraban como algo atrevidos, los valses eran las piezas que más se bailaban.

El gran duque condujo a Tess al centro de la pista, y, al verla allí, Shevaun rogó para sus adentros que se le rompiera a la chiquilla un tacón, o que cayera al suelo, o que bailase como una vaca; pero por desgracia para ella, Tess flotó en el aire como una pluma. Longstaff les siguió con Shevaun, y mientras ésta evolucionaba grácilmente, notó que Struan había emparejado con una belleza portuguesa de ojos oscuros, a la que nunca había visto anteriormente, y sintióse llena de ira. Luego vio que Struan bailaba con Elisa Brock, y pensó:

«Ah, Tai-Pan, eres un hombre muy astuto, y te amo aún más por eso».

Vio después a Tess y al gran duque danzando en el centro de la pista, y guió hasta allí a Longstaff —quien por cierto bailaba espléndidamente— sin que éste se diera cuenta de que era su pareja quien le llevaba.

Culum permanecía a un lado, observando a los que bailaban. Tomó una copa de champaña y bebió. Poco después se encontraba ante Tess, haciendo una reverencia y solicitándole la segunda pieza.

No notó el ceño de Brock ni la presurosa conversación de Elisa, que trataba de distraer a su marido.

La banda tocó sucesivamente valses, polcas y otras danzas. Shevaun se veía

asediada al terminar cada pieza, lo mismo que Manuelita, aunque los hombres actuaban más cautamente con esta última. Culum bailó con Tess por tercera vez, y luego por cuarta, sabiendo que en aquel baile estaba permitido dejar de lado los convencionalismos.

En la última pieza antes de la cena, Struan se abrió paso entre el corrillo de admiradores que rodeaban a Shevaun, y con voz firme dijo:

—Lo siento, caballeros, pero esta pieza es una prerrogativa del anfitrión.

Los demás gruñeron un poco, pero le dejaron el paso libre. Struan no esperó a que comenzase a tocar la banda, sino que se adelantó y condujo a la muchacha al centro de la pista.

—Hacen buena pareja —manifestó Cooper, sin poder disimular sus celos, tanto más cuanto que aquella pieza era la que Shevaun le había prometido.

—Desde luego —replicó Tiliman—. ¿Cuándo vas a decidirte? Ya conoces mi forma de pensar, y la de mi hermano.

—Aún hay tiempo.

—No lo hay, ahora que Struan está libre.

—¿Apoyarías tú un casamiento semejante? —inquirió Cooper, entrecerrando los ojos.

—Claro que no. Pero es evidente que Shevaun se está encaprichando del Tai-Pan. Es hora ya de arreglar de una vez las cosas. Desde que vino mi sobrina no he tenido más que dolores de cabeza, y estoy cansado de hacer siempre de perro guardián. Ya conoces mi forma de pensar, de modo que pídeme formalmente su mano, y acabemos de una vez con esto.

—No puedo hacerlo mientras no esté seguro de que ella vaya a aceptarme de buen grado. No es una yegua que pueda venderse o alquilarse al primero que llegue.

—Cierto, pero de todos modos, es una mujer, y menor de edad, por lo que estoy facultado para hacer lo que su padre y yo consideremos más beneficioso en su interés. Debo confesar que no apruebo tu actitud, Jeff. Sólo servirá para crearnos problemas.

Cooper no contestó. Miró una vez más a Shevaun, y el estómago se le contrajo a causa de la incertidumbre.

—Forman una excelente pareja —dijo Mary, deseando desesperadamente hallarse en el lugar de Shevaun. Y en ese momento sintióse sucia moralmente a causa de la vida que llevaba en secreto, del niño que iba a nacer y de su fútil amor por el Tai-Pan.

—Ya lo creo que hacen buena pareja —confirmó Glessing—; pero, si hay justicia en este mundo, es usted quien tiene que ganar el premio, señorita Sinclair.

Mary trató de sonreír, y una vez más se puso a pensar en quién podía ser el padre del niño, aunque tenía la seguridad de que se trataba de un chino. ¡Iba a tener un hijo ilegítimo chino!

«Prefiero morir antes que eso —pensó la muchacha—. Pasarán aún dos o tres meses antes de que se adviertan las señales de mi estado. Pero creo que no podré resistir el horror y el reproche en los ojos de todas estas gentes».

Los ojos de Mary se llenaron de lágrimas, y Glessing la cogió afectuosamente por un brazo.

—Bueno, Mary, no esperaba que un elogio mío llegara a emocionarla tanto —dijo el capitán—. Debe creerme. Es usted la mujer más hermosa de la reunión. La más hermosa que he visto en mi vida. Es la verdad.

Secóse ella las lágrimas, tapándose con el abanico, y en medio de su angustia recordó de pronto a May-May. Tal vez ella pudiera ayudarla. Tal vez, como china que era, conociera alguna medicina que provocase el aborto. Sin embargo, eso era un crimen. Un verdadero crimen.

«No, no es un crimen —pensó—. No existe un Dios que me lo eche en cara. Sólo existe mi cuerpo, y el daño que me produciría, si tuviera un hijo».

—Lo siento, querido capitán —dijo ella al fin—. Me sentí mal por un momento.

—¿Está segura de que ya se ha recuperado?

—Desde luego.

Glessing rebosaba amoroso sentimiento protector, y se dijo para sí: «Pobre frágil criatura. En su inocencia necesita alguien que vele por ella, y para eso nadie mejor que yo. Solamente yo».

Struan detúvose justamente en el centro de la pista de baile.

—Me preguntaba cuándo tendría el honor de bailar con usted, Tai-Pan —dijo Shevaun, con maligna sonrisa.

—Este baile es en su honor, Shevaun —replicó Struan, suavemente.

Comenzaron a sonar los primeros compases de la danza más electrizante de la tierra, el cancán. Era un baile salvaje, humorístico y desenfadado a la vez, que se había puesto de moda en París algunos años antes, y que se extendió al resto de las capitales europeas como una tromba, si bien estaba prohibido en los mejores círculos sociales.

—¡Tai-Pan! —exclamó Shevaun, llena de asombro, al escuchar aquella música.

—He sobornado al director de la banda —susurró él al oído de la muchacha.

Vaciló un momento Shevaun, pero al sentir sobre ellos todas las escandalizadas miradas, dejóse rodear por los brazos de Struan, mientras la música parecía comunicarle interiormente su endemoniado ritmo.

—Cuidado con las caídas —advirtió Struan.

—Por si acaso, sujéteme con firmeza.

Al momento ambos comenzaron a bailar, alzando mucho las piernas, como exigía la danza. Luego, Shevaun se libró de los brazos de Struan, alzóse las faldas y agitó las piernas en el aire, mientras enseñaba sus calzones.

Oyóse una jubilosa algazara, y todos los hombres se volvieron a buscar pareja. Poco después, todo el mundo danzaba con las piernas en alto, poseídos por el contagioso y endemoniado ritmo.

La música se había apoderado de los danzarines. De todos, sin excepción. Cuando concluyó la pieza, estalló un cerrado aplauso y se oyeron fuertes gritos para que se repitiera. Mary olvidó su niño y Glessing decidió que aquella misma noche pediría a Horacio la mano de su hermana. Los bailarines siguieron saltando, gritando y jadeando, hasta que todos quedaron exhaustos. Al fin, los más jóvenes rodearon a Struan y a Shevaun y les agradecieron los momentos que les habían proporcionado.

Shevaun se cogió del brazo dé Struan, con ademán familiar, y se abanicó rápidamente, disfrutando por la forma en que marchaban las cosas. El se secó el sudor de la frente y se sintió satisfecho de que le hubieran salido bien dos jugadas difíciles: Tess y el cancán.

A continuación regresaron todos a sus asientos, y los criados comenzaron a servir la cena, que traían desde los caballetes. Había salmón ahumado, jamón, pescado, ostras y salchichas. Frutos frescos que Cheng Shen había hecho traer en una lorcha desde Manila; carne de buey recién sacrificado y asada al aire libre; lechoncillos exquisitos y pie de cerdo condimentado con jalea dulce.

—Por mi vida —dijo Sergeyev—. Nunca había visto tanta comida junta, ni me divertí tanto como ahora, señor Struan.

—Bueno, Alteza —dijo Shevaun, como quitándole importancia al hecho—. Esto es algo totalmente corriente para la Noble Casa.

Struan echóse a reír de buena gana. Se hallaba sentado en la cabecera de una mesa, con Sergeyev a su derecha y Longstaff a su izquierda. Shevaun estaba junto al gran duque, y Mary Sinclair al lado de Longstaff, si bien Glessing era el siguiente compañero de mesa de Mary, como podía esperarse. En la misma mesa se hallaban Horacio, Aristóteles, Manuelita y el almirante. También estaban Brock, Elisa y Jeff Cooper. Robb y Culum presidían sus respectivas mesas.

Struan echó una mirada a Aristóteles y se preguntó cómo se las habría arreglado para hacer que Vargas le consintiera tener a Manuelita por pareja.

«¡Santo cielo! —pensó Struan—. ¿Será Manuelita la que va a posar para el atrevido cuadro?».

—Eso del cancán —estaba diciendo Longstaff— ha sido una maniobra arriesgada, Tai-Pan.

—No cuando se trata de invitados con gustos tan modernos, Excelencia. Todos parecieron pasarlo magníficamente.

—Pero de no haber tomado la iniciativa la señorita Tillman, dudo que los demás hubiésemos tenido el valor de bailar esa danza —aseguró Sergeyev.

—¿Qué otra cosa podía hacerse, Alteza? —contestó Shevaun—. Era una abierta invitación para los que poseemos condiciones para la danza.

Luego, la muchacha se volvió hacia Struan y agregó:

—Fue usted el culpable de todo, Tai-Pan.

Struan sonrió significativamente.

—Perdónenme un momento, señoras y señores —dijo a continuación—. Voy a ver si mis invitados están bien atendidos.

Echó a andar entre las mesas, saludando a todo el mundo, y cuando llegó a la mesa de Culum se produjo un repentino silencio y el joven miró a Struan.

—Hola, padre —dijo Culum.

—¿Marcha todo bien, Culum?

—Perfectamente.

Culum mostróse cortés, pero su voz era extremadamente fría. Gorth, que vio la escena, rióse para sus adentros, lleno de satisfacción, mientras Struan seguía adelante.

Cuando la cena hubo concluido, las damas se retiraron a la gran tienda que había sido alzada especialmente para ellas, al tiempo que los caballeros se agrupaban en las mesas fumando sus pipas y tomando sorbos de licor, encantados de verse libres de las mujeres por un momento. Comentaron el alza de precios de las especias y otros incidentes financieros. Todos estaban de acuerdo en que Shevaun debía ser la ganadora del concurso, pero Aristóteles no parecía estar convencido.

—Si no le da el premio a ella, su vida corre peligro, Quance —dijo Robb.

—¡Ah, ingenuo muchacho! Está usted encandilado por el hermoso escote de Shevaun. Es verdad que se trata de un magnífico espectáculo, pero hay que premiar a la dama mejor vestida, y no a la mejor desvestida.

—De todos modos, su atuendo es maravilloso. Yo diría que es el mejor del baile.

—Bien se ve que no tiene usted el ojo crítico del artista, ni la responsabilidad del que debe otorgar un premio —replicó el pintor.

A pesar de todo, las apuestas eran favorables a Shevaun, seguida de Mary y de Manuelita.

—¿Cuál es tu favorita, Culum? —preguntó Horacio.

—Creo que la señorita Sinclair —manifestó Culum, aunque interiormente creyese que sólo había una damita digna del premio.

—Gracias, por lo que me toca como hermano —dijo Horacio, y volvióse hacia Mauss, que requería su atención en aquel momento.

Culum tomó asiento en una mesa desocupada, satisfecho de poder hallarse a solas con sus pensamientos. Tess Brock, ¡qué hermoso nombre! ¡Y qué hermosa muchacha!

En ese momento vio que Gorth se le aproximaba.

—¿Podemos hablar un momento, Culum Struan? —inquirió el hijo de Brock.

—Desde luego, ¿quieres sentarte? —replicó Culum, tratando de disimular su

desconcierto.

—Con mucho gusto —dijo Gorth, y colocó sus grandes manos extendidas sobre la mesa—. Es mejor que vaya al grano, porque, además, es la única forma de actuar que conozco. Se trata, de tu padre y del mío. Ambos son enemigos, no hay duda alguna, y no podemos hacer nada por remediarlo. Pero que ellos sean enemigos no quiere decir que nosotros tengamos que serlo también. Así es como pienso yo. China es lo suficientemente grande para ti y para mí. Estoy cansado de ver cómo nuestros padres obran estúpidamente a causa de sus rencillas. No hay más que recordar lo de la colina. Estuvieron a punto de poner en peligro nuestras respectivas casas por culpa del amor propio. Si no tenemos cuidado, tú y yo nos veremos arrastrados a una enemistad similar, sin que haya motivo para ello. ¿Qué es lo que piensas al respecto? Juzguemos la situación según nuestro propio criterio. Lo que piensen nuestros padres es cosa de ellos, pero nosotros debemos actuar con franqueza, abiertamente. Tal vez hasta podamos llegar a ser buenos amigos. Todo es posible. Lo que creo absurdo es que nos odiemos porque se odian nuestros padres. ¿Qué contestas, Culum?

—Estoy de acuerdo contigo —replicó Culum, confundido ante aquella inesperada oferta de amistad.

—No quiero decir con esto que mi padre está equivocado y que el tuyo tenga razón, sino que debemos tratar de vivir, como hombres que somos, nuestras propias vidas lo mejor que podamos —aseguró Gorth, y en su hosco semblante apareció una sonrisa—. Vaya, pareces asombrado, muchacho.

—Lo siento, es que no esperaba… Bueno, claro que me gustará que seamos amigos. Debo confesar que nunca esperé ofrecimiento semejante hecho por ti.

—¿Lo ves?, ahí está lo malo. Apenas si hemos cambiado unas pocas palabras desde que nos conocemos, y tú creías que yo te odiaba con todas mis fuerzas. Es algo ridículo.

—Desde luego.

—No va a ser fácil lo que intentamos. No olvides que procedemos de mundos diferentes. Mi escuela fue un barco, y ya trepaba a las jarcias a los diez años, de modo que no debes hacer caso de mis modales y mis palabras. De todos modos, conozco más del comercio de China que la mayoría de los traficantes, y soy el mejor camino de estas aguas, con excepción de mi padre y de ese condenado de Orlov.

—¿Tan bueno es Orlov?

—Sí, aunque ese bicho fue engendrado por un tiburón y amamantado por una ballena —aseguró Gorth, y cogiendo una pizca de sal que estaba derramada sobre la mesa, la arrojó supersticiosamente sobre un hombro—. Ese individuo me infunde pavor.

—A mí también —confirmó Culum.

Gorth permaneció en silencio unos instantes, y luego manifestó:

—A nuestros padres no les hará mucha gracia que seamos amigos.

—Sí, lo sé.

—Seré franco contigo, Culum. Fue Tess quien me dijo esta noche que hablara contigo. Yo no pensé hacerlo, pero me alegro de que me lo haya sugerido. ¿Qué te parece, hacemos la prueba? Aquí tienes mi mano.

Culum estrechó complacido la mano que le tendían.

Glessing se hallaba tomando una copa de brandy al otro lado de la pista, con gesto de irritada impaciencia. Estuvo a punto de interrumpir a Horacio y a Culum, cuando llegó Mauss.

«¿Por qué estás tan nervioso? —se preguntó—. No, no lo estoy. Sólo siento impaciencia por decírselo a Horacio de una vez. Por Jove, Mary está hoy deslumbrante».

—Hola, capitán Glessing —dijo el comandante Turnbull, acercándose al joven. Turnbull era un hombre extremadamente pulcro, de ojos grises, que tomaba muy en serio su cargo de juez de paz principal de Hong-Kong—. Hermosa fiesta, ¿verdad?

—En efecto.

—Creo que ahora es el momento oportuno, si le parece. Su Excelencia está solo, y será mejor que le abordemos antes de que se reúna con otro grupo.

—Perfectamente —contestó Glessing, y se ajustó maquinalmente el cinturón de la espada, siguiendo luego a Turnbull por entre las mesas, hasta que llegaron a donde estaba Longstaff.

—¿Podemos hablar con usted un momento, Excelencia? —preguntó Turnbull.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Lamento tener que tratar de un asunto oficial en estos momentos, pero se trata de algo importante. Una de nuestras fragatas de vigilancia ha capturado una

partida de condenados piratas.

—Estupendo. Asunto sencillo, ¿no es cierto?

—Así es, Excelencia. Nuestro buque sorprendió a los forajidos en la costa sur, frente a Aberdeen. Habían abordado un junco y dieron muerte a todos los tripulantes.

—Malditos cerdos —dijo Longstaff—. ¿Se les ha juzgado ya?

—Ahí está el problema —replicó Turnhull—. El capitán Glessing considera que debe hacerlo un tribunal de la marina, mientras que yo sostengo que debe ser un juicio civil. De todos modos, mi autoridad no va más allá de algunos delitos menores, y no tengo jurisdicción cuando se trata de asesinatos. En tal caso, hay que contar con un juez adecuado, con jurado y todo lo concerniente a un tribunal.

—Es cierto. Pero no podemos contar con un juez hasta que no nos reconozcan oficialmente como colonia. Eso aún puede tardar varios meses en solucionarse.

Longstaff pensó unos instantes, y luego agregó:

—Yo diría que se trata de un caso civil. Si el jurado los condena, envíeme los documentos y yo firmaré la sentencia. Puede mandar que erijan el cadalso frente a la cárcel.

—No puedo hacer eso, Excelencia —insistió Turnbull—. No sería legal. La ley es muy clara en este aspecto, y sólo un juez puede intervenir en este caso.

—Sin embargo, tampoco podemos mantener presos indefinidamente a un grupo de hombres sin someterlos a juicio. ¿Qué otra cosa puede proponerme?

—No lo sé, señor. No se me ocurre nada.

—¡Maldita complicación! —exclamó Longstaff—. Pero comprendo que usted tiene razón, Turnbull.

—Tal vez debamos entregarlos a las autoridades chinas para que ellos les castiguen —dijo Glessing, deseando concluir de una vez con el asunto para poder hablar con Horacio.

—No estoy de acuerdo con eso —dijo Turnbull, secamente—. El delito fue cometido en aguas británicas.

—En efecto —confirmó Longstaff—. Bien, por el momento retengan a los acusados, y yo enviaré un despacho urgente al Ministerio de Asuntos Exteriores para que nos den las instrucciones que correspondan.

—Perfectamente, Excelencia —dijo Turnbull, y añadió, después de hacer una pausa—: También quisiera pedirle algunos fondos para ampliar la cárcel. Hay numerosos casos de robos con violencia, y las celdas actuales son insuficientes.

—Bueno, bueno —contestó Longstaff, con displicencia—. Ya hablaremos de eso mañana.

—Yo deseaba igualmente hablar mañana con usted, Excelencia —dijo a su vez Glessing—. Necesito fondos para contratar prácticos, y para construir muelles. También hay que organizar una fuerza más poderosa para dar caza a los piratas. Corren rumores de que ese maldito Wu Fang Choi ha reunido su flota hacia el Norte.

—Perfectamente, capitán —dijo Longstaff—. Le espero al mediodía. ¿A usted le parece bien a las nueve, Turnbull?

—Desde luego. Gracias, Excelencia.

Ante el disgusto de Glessing, Longstaff se aproximó a Horacio y se puso a hablar con él.

«Cielos, no voy a poder hablarle en toda la noche», pensó el capitán.

Struan estaba observando los buques anclados en el puerto, y al mirar al cielo se dijo que aún tenían excelente tiempo por delante.

—Un hermoso puerto, señor Struan —dijo Sergeyev, amistosamente, acercándose despacio.

—Sin duda alguna. Es muy útil disponer al fin de aguas propias —dijo Struan, poniéndose en guardia, aunque exteriormente no lo aparentase—. Hong-Kong acabará por ser uno de los florones más preciados de la Corona británica.

—¿Le parece bien que demos un corto paseo? —inquirió el ruso.

Struan se unió al gran duque, mientras éste avanzaba, en dirección a la orilla del mar.

—Según tengo entendido, ustedes poseen la isla desde hace sólo un par de meses —dijo el ruso, señalando hacia los edificios a medio construir que se divisaban en el Valle Feliz—. Sin embargo, ya casi disponen de una ciudad. La energía y laboriosidad de ustedes son realmente asombrosas.

—Bien, Alteza, si hay que hacer algo, de nada sirve esperar, ¿no cree?

—Desde luego. Sin embargo, lo que resulta más curioso es que, siendo China

tan débil, se hayan conformado con sólo un islote desértico. Tiene que haber presas mucho más importantes que ésta.

—No buscamos presa alguna en China, sino una base donde podamos carenar y repostar nuestros barcos. Por otra parte, no puede decirse que una nación de trescientos millones de habitantes sea precisamente débil.

—Sin embargo, con la guerra aún por concluir, presumo que estarán esperando refuerzos sustanciales. Ejércitos, en lugar de unos millares de hombres. Escuadras, y no sólo unos cuantos barcos.

—Su Excelencia debe de saber de eso mucho más que yo. No obstante, puedo asegurarle que la potencia que trate de enfrentarse con China, se verá envuelta en una larga contienda. El país casi no tiene límites —dijo Struan, señalando con el otro brazo al continente, más allá del estrecho.

—También Rusia es enorme. Pero lo cierto es que todo país tiene sus fronteras, por grande que sea. El nuestro se extiende desde el Ártico al Himalaya; desde el Báltico hasta el Pacífico.

—¿Han tomado tierras hacia el Norte? —inquirió Struan, procurando dominar su asombro—. ¿Dónde, por amor de Dios? ¿Al norte de Manchuria, en Manchuria, o en la misma China?

—La madre Rusia se extiende de océano a océano, Tai-Pan —dijo Sergeyev —. Debería usted ver nuestro país, para comprenderlo. Es rico, y está rebosante de vida. Sin embargo, arrasamos muchos cientos de millas cuadradas para contener a las huestes de Napoleón. Ustedes viven del mar; nosotros, de la tierra, Tai-Pan.

Los ojos de Sergeyev parecieron empañarse levemente.

Después de unos momentos de silencio, cambió de conversación y dijo:

—Fue una gran pelea la de esta tarde. Y una puja muy interesante.

—Lástima que terminase en empate —manifestó Struan, y sus mejillas se hundieron al sonreír—. Ahora nunca sabremos cuál de los dos hombres era el mejor, ¿no cree, Alteza?

—Me agrada usted, señor Struan, y me gustaría ser su amigo. Ambos podemos prestarnos mutuamente una gran ayuda.

—Será para mí un honor colaborar de cualquier forma con usted.

Fue Sergeyev quien sonrió a su vez, dejando ver su blanca y brillante dentadura.

—Ya habrá tiempo para ello. Una de las ventajas de Asia sobre Europa es la noción del tiempo que tienen en este continente. Mi familia procede de Karaganda, a este lado de los Urales, de modo que puedo considerarme asiático en parte. Pertenezco al pueblo de los Kazaki. Otros nos llaman Cosacos.

—No conozco eso muy bien. ¿Habla usted de los Urales?

—Sí; es una cadena montañosa que corre desde el Ártico hasta el mar Caspio. Divide a Rusia en una parte europea y otra asiática.

—Por desgracia, sé muy poco de Rusia, e incluso de la misma Europa —manifestó Struan.

—Debiera visitar nuestro país. Tiene que concederme alguna vez seis meses, y ser mi invitado. Hay muchísimo que ver. Numerosas ciudades, praderas que son verdaderos mares. Será una experiencia muy provechosa, se lo aseguro, y puede hallar grandes mercados para la seda, el té y otras mercaderías. Y las mujeres son espléndidas —concluyó diciendo el gran duque, con una chispa de picardía en la mirada.

—Esta semana estoy algo ocupado. ¿Lo dejamos para la próxima?

—No, no lo tome a broma. Le ruego que piense en lo que le he dicho. El año que viene, o al otro, tal vez, podría hacer un viaje a Rusia. Será un gran beneficio para usted y para nuestros respectivos países. Rusia y Gran Bretaña nunca han luchado entre sí. Durante siglos han sido aliadas, generalmente contra Francia, nuestra tradicional enemiga. Rusia tiene grandes recursos naturales y está poblada por millones de gentes recias. A ustedes les falta tierra, y por eso tienen un imperio marítimo, que nosotros respaldamos. Nos satisface, asimismo, el asombroso poderío industrial que han sabido crearse. Los británicos son también magníficos comerciantes, y nosotros disponemos de los mercados que necesitan. Producimos materias primas que pueden utilizar ventajosamente en sus grandes industrias, y alimentos con que nutrir a su pueblo. Juntos seremos invencibles, y podremos vencer fácilmente a Francia, a Prusia y a los infieles turcos. Juntos podremos mantener la paz y prosperar al unísono, en beneficio de ambos países.

—Así es —replicó Struan pensativamente—. Estoy de acuerdo con usted…, en cierto modo. Pero se refiere a un aspecto nacional y desde un punto de vista histórico. Eso no resulta práctico. Además, no creo que deba culparse a los franceses de la ambición de sus reyes, ni creo que se justifique la conversión de los turcos por medio de la espada. A un nivel internacional, y sin forma alguna

de control sobre los monarcas, podemos estar seguros de que siempre existirán las guerras. En la práctica, poco es lo que yo puedo hacer. No me es posible actuar a nivel nacional, y carezco de un verdadero poder en el Parlamento, como usted bien sabe.

—Sin embargo, en Asia sus opiniones se tienen muy en cuenta. Y yo, por mi parte, poseo gran influencia en San Petersburgo.

Struan aspiró largamente su cigarro, y luego expulsó el humo.

—¿Qué desean ustedes en Asia? —dijo al fin Struan.

—¿Y qué desean ustedes en China?

—Comerciar —replicó al momento Struan, procurando no evidenciar sus verdaderos pensamientos.

—Tal vez yo pudiera conceder a la Noble Casa una licencia para comerciar exclusivamente en el mercado del té de todas las Rusias. Y también para la exportación de las pieles y los cereales de mi país.

—¿A cambio de qué? —inquirió Struan, anonadado ante la enormidad de la oferta. Ese monopolio significaba muchos millones de libras, y el que lo detentase se hallaría en excelente posición para dominar los círculos políticos ingleses.

—A cambio de su amistad —contestó el gran duque.

—Esa palabra cubre una multitud de significados, Alteza.

—Sólo tiene un verdadero sentido, señor Struan.

Claro que un amigo siempre encuentra alguna forma para ayudar a otro amigo.

—¿Qué determinada ayuda espera usted a cambio de realizar un comercio específico con mi Compañía?

El ruso echóse a reír, y dijo:

—Eso es plantear las cosas demasiado concretamente, señor Struan. Creo que vale la pena estudiar el asunto, para hablar de él en otra ocasión más propicia, ¿no le parece?

Luego, Sergeyev miró hacia el continente asiático y, después de unos momentos de silencio, agregó:

—Pero tiene que venir a Rusia, recuérdelo.

—¿Cuándo desea que se lo traduzca, Excelencia? —dijo Horacio, mirando el papel que Longstaff le había entregado.

—En cualquier momento, muchacho. Tenlo para dentro de un par de días, pero coloca los caracteres chinos encima de las palabras inglesas, no lo olvides.

—Perfectamente, señor. ¿Debo enviarlo a alguien en particular?

—No; devuélvemelo a mí. Se trata de un asunto privado.

Longstaff se alejó, sintiéndose plenamente satisfecho de la forma en que su plan iba progresando. La carta decía:

> «Su Excelencia, el capitán superintendente de Comercio de la Gran Bretaña, desea comprar cincuenta libras en peso de semillas de morera o bien, un millar de plantas de esa clase, lo que será entregado a la brevedad posible».

Todo lo que tendría que hacer, cuando Horacio le devolviese el documento traducido, era sustituir la palabra «morera» por «té». Eso podría hacerlo él mismo, ya que el signo chino del té se hallaba inscrito en todas las cajas que se exportaban. Luego esperaría hasta encontrar a la persona que le pareciera digna de confianza, para entregarle el papel.

Cuando estuvo solo, Horacio volvió a leer la nota. ¿Para qué querrá Longstaff semillas de morera? Había millares de esos arbustos en el sur de Francia, y le resultaría más sencillo conseguirlos allí que en el complicado mercado chino.

«¿Querrá Su Excelencia iniciar un cultivo de esa planta en Hong-Kong? —se preguntó Horacio—. Pero cincuenta libras es una cantidad enorme de semillas. Además, ¿por qué habrá dicho que se trata de un asunto privado?».

—Hola, Horacio.

—¿Qué tal, George?

—Bien, gracias, muchacho, estoy perfectamente.

Sin embargo, Horacio notó que Glessing tenía el rostro cubierto de sudor, y que se hallaba manifiestamente nervioso.

—¿Qué te ocurre? —inquirió.

—Nada de particular. Es sólo que llega un momento én la vida de cada

hombre… en que debiera… en que se conoce a alguien que… Pero no, no es eso lo que quiero decir… Se trata de Mary. Quiero casarme con ella, y deseo que me des tu consentimiento.

Horacio procuró serenarse, y decidió contestar lo que ya había pensado, por si se presentaba la ocasión:

—Me siento halagado, como hermano, George, lo mismo que se sentirá Mary, pero creo que ella no está aún en condiciones para poderse casar.

—Sin embargo, ya no es una niña. Yo tengo un gran futuro por delante, y mi abuelo no tardará en dejarme su hacienda. Mis perspectivas son…

—No sigas, George. Tenemos que considerar el asunto con todo cuidado. ¿Has hablado ya de esto con Mary?

—No. Quise saber primero tu parecer.

—En verdad, no creí que tuvieras tal sentimiento respecto a mi hermana. Debes comprenderme; siempre la he considerado como a una chiquilla, y…

—Entonces, ¿das tu aprobación?

—Sí; pero eso debería ser a su debido tiempo, cuando tenga la edad adecuada. Estoy segura de que ella se sentirá muy honrada con tu proposición.

—Luego, ¿debo esperar hasta que Mary cumpla los veintiún años?

—Ya sabes que tengo que velar por sus intereses. Es mi única hermana, y desde que murió mi padre casi no se ha separado de mi lado.

—Sí, claro —dijo Glessing, desanimado—. Te has portado muy bien con ella, y no sé siquiera cómo piensas en mí como candidato. Es una muchacha maravillosa.

—Lo mejor será que tengas paciencia. El casamiento es un paso muy importante, en especial para Mary, que sólo me tiene a mí.

—Tienes razón. Bien, bebamos por el futuro. En realidad, no tengo demasiada prisa, pero me gustaría que me dieras una respuesta formal. Es conveniente ir haciendo los planes, ¿no te parece?

—Claro que sí. Bebamos por el futuro.

—El demonio lo lleve —dijo Brock ásperamente, cuando Gorth se le aproximó —. Struan se ha hecho con cada pulgada libre en la bodega de los otros barcos. ¿Cuándo lo hizo, esta mañana? Parece increíble.

—Tuvo que recibir noticias por adelantado, pero eso es totalmente imposible.

—Bueno, no importa —aseguró Brock, reconfortado al pensar en su barco, camino ya de Manila, aunque ignorando que otro de Struan llevaba ya varias horas de ventaja al suyo—. Es un baile espléndido, ¿eh, muchacho?

—Parece que Culum está perdido por nuestra Tess, padre —dijo Gorth.

—Ya lo he notado. Creo que es hora de que Tess se marche al barco.

—Espera hasta que se celebre el concurso. Además, una alianza de esa clase nos beneficiará —dijo Gorth, con un brillo especial en la mirada.

—Nunca, por todos los cielos —dijo Brock, y su rostro enrojeció visiblemente.

—Yo afirmo que sí. He oído decir a uno de nuestros empleados portugueses que, por otro empleado de Struan, se enteró de la marcha de éste a Europa dentro de medio año.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Se marcha, en buena hora.

—No puedo creerlo.

—Con ese demonio fuera de la escena, ¿quién puede ser Tai-Pan? —dijo Gorth, satisfecho—. Robb. Y a Robb nos lo comemos fácilmente. Antes de la subasta hubiera asegurado que nos deshacíamos de Culum con la misma facilidad, pero ahora no estoy tan seguro de ello. En cambio, si Tess fuera su mujer, la Compañía sería de Brock y Struan, pues Culum quedaría como Tai-Pan.

—Dirk no se marchará. No lo hará nunca. Es ridículo que puedas pensar eso. Y sólo porque Culum haya bailado con nuestra hija, no quiere decir que…

—Métete esto en la cabeza, padre —interrumpió Gorth—. Algún día se marchará Struan, pues es sabido que quiere ingresar en el Parlamento. Del mismo modo que tú también tendrás que retirarte a su debido tiempo.

—Hay tiempo de sobra para eso, condenación.

—Sí, pero un día tendrás que retirarte, ¿verdad? Entonces yo seré el Tai-Pan —dijo Gorth, con voz tranquila y firme—. Seré el Tai-Pan de la Noble Casa, y no una medianía. El enlace de Culum y Tess puede contribuir a facilitar mucho las cosas.

—Dirk no se marchará nunca —insistió Brock, sintiendo odio hacia su hijo por hacerle ver que podía triunfar donde él había fracasado.

—Al hacerlo pienso en nosotros, padre, y en nuestra casa. En lo mucho que has trabajado para vencerle. Y en nuestro futuro. Ese casamiento es lo mejor —volvió a decir Gorth, con tono inflexible.

Brock seguía irritado ante el desafío. Se daba cuenta de que con el tiempo tendría que ceder las riendas de su Compañía, pero consideraba que aún era pronto. Ya que, sin su casa, sin ser el Tai-Pan de Brock e Hijos, sabía que no podría subsistir mucho tiempo.

—¿Qué te hace pensar que será Brock-Struan, y no al revés? ¿Quién te asegura que él no se convertirá en Tai-Pan y te echará a un lado?

—No te preocupes, padre. Tú y Struan sois bastante parecidos. Igual de fuertes y de astutos. Pero en cuanto a mí y a Culum, eso ya es diferente.

—Pensaré en lo que me has dicho, y luego decidiré.

—Claro que sí, padre. Tú eres el Tai-Pan, y con suerte podrás serlo de la Noble Casa, antes que yo —concluyó Gorth, sonriendo, y luego se dirigió hacia donde estaban Culum y Horacio.

Brock se ajustó el parche que le cubría la cuenca de un ojo, y observó cómo se alejaba su hijo, tan alto, joven y enérgico. Miró después a Culum, y luego buscó con la vista a Struan. Vio al Tai-Pan cerca de la playa, solo, mirando hacia el puerto. El cariño de Brock por su hija Tess y el deseo de que fuese muy feliz, se veía contrarrestado por las palabras de Gorth. Se daba también cuenta de que éste plantearía la situación con el tiempo, y de que seguramente sería capaz de deshacerse de Culum, si se producía un conflicto. ¿Sería justo dejar que Gorth eliminara de la escena al marido de su querida Tess, al que tal vez ella amaría intensamente?

Se preguntó qué podía hacer si Culum y su hija llegaban a enamorarse, cuál sería la actitud de Struan.

«El casamiento no dejaría de ser una solución —se dijo a sí mismo—. Una solución nada desdeñable. Pero bien sabes que el condenado Dirk nunca dejará Catay».

Maldijo a Gorth por hacerle sentirse viejo y, a pesar de todo, pensó que debía arreglar el asunto con el Tai-Pan. Gorth no podría hacer nada a Culum mientras Struan viviese.

Cuando las damas regresaron de la gran tienda de campaña, se reanudó el baile, aunque no volvió a ejecutarse el cancán. Struan bailó en primer lugar con Mary, que pareció sumamente contenta al ser su pareja. Se acercó a él lo bastante como para resultar incitante, aunque no tanto como para caer en lo vulgar. De su cuerpo emanaba un aroma y una tibieza sumamente gratos.

Struan cedió luego la muchacha a Horacio, y poco después vio que éste y su hermana se encaminaban lentamente hacia la orilla. Entonces oyó sonar las campanas de los barcos. Eran las siete y media. La hora de ir a ver a May-May.

Cuando el baile hubo concluido, Struan acompañó a su pareja, que volvía a ser Shevaun, hasta la mesa.

—¿Me disculpas un momento, Shevaun? Tardaré poco —manifestó Struan.

—Desde luego, Dirk. Date prisa.

—Vendré pronto —replicó él.

—Hace una hermosa noche —dijo Mary, vacilante.

—En efecto —contestó Horacio, y cogió suavemente a su hermana por un brazo—. Quiero contarte algo divertido. George me acaba de hablar a solas y me pidió formalmente tu mano. Quiere casarse contigo.

—¿Te divierte que alguien desee casarse conmigo? —inquirió Mary fríamente.

—Claro que no, Mary, al contrario. Digo que me parece una presunción, por parte de Glessing, creer que vas a acceder a unirte a un fatuo engreído como él.

Mary abanicóse despacio y miró pensativamente al mar, sin disimular su turbación.

—Le dije que era mejor que…

—Ya imagino lo que habrás dicho —le interrumpió ella secamente—. Te habrás mostrado cortés, y le habrás indicado que aún era pronto para pensar en el casamiento de «tu única y muy querida hermana». No obstante, creo que voy a casarme con George.

—¡No puedes hacer eso! No creo que puedas pensar en semejante fastidioso como marido.

—Digo que voy a casarme con él en Navidad. Si es que hay realmente una Navidad.

—¿Qué quieres decir, con eso de «si hay realmente una Navidad»?

—Nada, Horacio. Te repito que George me gusta lo suficiente como para casarme con él, y…

—No puedo creerlo.

—Tampoco yo —dijo ella, con voz temblorosa—, pero si quiere tomarme por esposa, no pienso desperdiciar una ocasión semejante, siendo, como es, un buen partido.

—Pero, Mary, te necesito a mi lado. Sabes que te quiero, y tú…

Los ojos de Mary relumbraron súbitamente, y toda la amargura que había en ella pareció ahogarla.

—No me hables de amor, Horacio —replicó ásperamente.

El rostro de él se volvió intensamente blanco, y sus labios temblaron.

—He pedido a Dios que nos perdone. Lo he pedido un millar de veces —dijo Horacio.

—Creo que ya es algo tarde para pedir perdón, ¿no crees?

Todo había comenzado años antes, cuando él era un muchacho y ella casi una niña. Se acostaban juntos para sentir menos el miedo y el dolor. Ella estaba a gusto en contacto con el tibio cuerpo de Horacio, y un nuevo dolor le hizo olvidar el de los golpes que le daba su padre.

Siguieron muchas otras veces, en que ella sentíase feliz.

Era demasiado joven para comprender, pero Horacio ya no lo era tanto. Luego, él se marchó a estudiar a Inglaterra, y cuando regresó, no volvieron a hablar de lo que había ocurrido. Ambos sabían bien lo que significaba.

—Te juro por Dios que he pedido perdón.

—Me alegra oírtelo decir, querido hermano. Lástima que Dios no exista —dijo Mary con tono cruel—. Yo te perdono, pero eso no me devolverá mi virginidad, ¿no crees?

—Mary, te lo ruego, por favor…

—Todo te lo perdono, Horacio, menos tu repugnante hipocresía. No hemos pecado. Sólo tú has sido el pecador. Ruega por tu alma, no por la mía.

—Yo ruego por tu espíritu más que por el mío. Los dos hemos pecado, pero Dios querrá perdonarnos. Lo hará, Mary.

—Con un poco de suerte, este mismo año me casaré con George, y podré olvidarme de Asia y de ti.

—No estás en edad de acceder por tu propia cuenta. No puedes irte sin mi permiso. Soy tu tutor, y no voy a dejarte ir. Con el tiempo comprobarás que tenía razón. Te prohibo que te vayas. Ese maldito no te conviene, ¿me oyes? ¡No te dejaré marchar!

—Cuando decida casarme con Glessing —dijo ella con voz sibilante, clavándole las uñas en un brazo—, será mejor que des tu consentimiento inmediatamente, porque de lo contrario le diré a todo el mundo… No, se lo diré al Tai-Pan, y él vendrá a azotarte con su látigo. Yo nada tengo que perder. Y todas tus súplicas a ese Dios al que rezas, de nada te valdrán. Porque no hay tal Dios, y Cristo fue sólo un hombre, un santo, pero sólo un hombre.

—Tú no eres Mary —replicó Horacio, con voz espantada—. Eres… el diablo. No digas que Dios no existe. Eres una hereje, un demonio. Fuiste tú, y no yo, quien tuvo la culpa. ¡Oh, Señor, danos tu merced…!

Mary abofeteó a Horacio.

—Termina de una vez, hermano. Estoy harta de tus inútiles plegarias, ¿me oyes? Has hecho que sienta repugnancia de mi cuerpo durante todos estos años, pues leo en tu mirada que aún deseas acostarte conmigo. Y eso que sabías muy bien lo que era el incesto, cuando todo comenzó.

Mary lanzó una carcajada que hizo estremecer a Horacio.

—Eres peor que nuestro padre —dijo la muchacha—. El al menos estaba trastornado por su fe. Pero tú, tú sólo quieres engañar a los demás, haciéndoles creer que tienes fe. Espero y deseo que exista Dios; así, en su justicia, te hará arder para siempre en el fuego de los infiernos. De buena carga se habrá librado el mundo.

Alejóse ella del lado de Horacio, y él, con el rostro intensamente pálido, la vio marchar. Luego se perdió lentamente en la oscuridad.

CAPITULO XXIII

—Buenas noches, amo —dijo Lim Din, abriendo la puerta sin perder su sempiterna sonrisa.

—Hola, Lim Din —replicó Struan, mientras consultaba brevemente el barómetro—. Vaya, vamos a tener buen tiempo. Magnífico.

Struan comenzó a avanzar por el pasillo, pero el criado le señaló hacia el salón y dijo:

—La señorita desea que usted la espere aquí. ¿Puede?

—Puedo —replicó Struan con un gruñido.

Lim Din le sirvió un vaso de brandy, y luego salió apresuradamente de la estancia. Struan tomó asiento en un gran sillón de cuero y colocó los pies sobre un diván cercano. El sillón despedía un aroma añejo y confortante, que se mezclaba gratamente con el perfume de Shevaun, que aún persistía en la estancia.

El reloj de pared señalaba las doce menos veinte.

Struan comenzó a tararear una canción marinera, cuando oyó abrirse una puerta, y un rumor de seda que se aproximaba. Era May-May, sin duda. Mentalmente la comparó con Shevaun, como lo había estado haciendo durante toda la noche, tratando de considerarlas desapasionadamente a cada una de ellas. Shevaun era una hermosa muñeca, llena de vida y de dinamismo. Una mujer que le gustaría domar, sin duda. Y como esposa, Shevaun debía de ser perfecta. Una magnífica anfitriona, inteligente, segura de sí misma, que le abriría muchas puertas en la vida del gran mundo. May-May constituiría una gran jugada en Inglaterra, como esposa, no como amante.

«Sí, por eso voy a casarme con ella —pensó Struan—. Con el poder actual de la Noble Casa, y la licencia exclusiva para el comercio con Rusia en mi bolsillo, puedo influir en la política internacional y romper la barrera que existe

entre Oriente y Occidente. May-May será la prueba definitiva, entre los que integran la mejor sociedad, de que los orientales son gente que vale la pena tener en cuenta. Ella contribuiría a allanar las diferencias entre Europa y Asia, y yo seré testigo del día en que se borren definitivamente. Sí, con suerte podremos hacerlo los dos juntos. Todo Londres se echará a los pies de May-May».

Pero al volverse, toda su alegría se desvaneció en un instante.

May-May estaba a su lado, y al ver que la miraba, giró en redondo, con una sonrisa radiante de orgullo en el rostro. Tenía puesto un vestido europeo de colores chillones, sembrado de piedrecillas preciosas, y cuya falda era grande y acampanada. Su pelo caía formando ondas sobre sus hombros desnudos, debajo de un sombrero de plumas. Tenía un aspecto desastroso. Una verdadera pesadilla.

—¡Santo cielo! —exclamó Struan.

Se produjo un tenso silencio mientras él y May-May se miraban.

—Es… Es muy bonito —dijo él, al cabo, sin poder resistir la expresión de doloroso desengaño que apareció en los ojos de May-May.

Pero ésta había comprendido. Estaba intensamente pálida, con excepción de las dos manchas carmesí del colorete que se había aplicado en las mejillas. Se daba cuenta de que había quedado en ridículo ante Struan.

Se tambaleó, a punto de desmayarse, y en seguida salió corriendo de la habitación, mientras sollozaba desesperadamente.

Struan echó a correr tras ella por el pasillo. Cruzó las habitaciones de May-May, pero cuando quiso entrar en la alcoba de la muchacha advirtió que la puerta estaba cerrada por dentro.

—May-May, chiquilla, abre la puerta.

No se oyó respuesta alguna, y Struan advirtió que Lim Din y Ah Sam se hallaban detrás de él. Al volverse, los dos sirvientes se alejaron con el rostro demudado.

—¡Abre la puerta, May-May!

Tampoco respondieron esta vez y Struan se encolerizó consigo mismo por no haber sido capaz de disimular sus sentimientos, y por no ser capaz de darse cuenta de todo. Era lógico que May-May hubiese querido ir al baile, y todas las preguntas que le hizo debieron haberle puesto en guardia.

—¡Abre la puerta! —repitió Struan, y, al no recibir contestación, tomó

impulso y dejóse caer sobre la puerta, descerrajándola. May-May estaba de pie, junto al lecho, mirando en silencio hacia el suelo.

—No debiste cerrar por dentro, muchacha —dijo Struan—. Tienes que comprender… Tu aspecto, y el nuevo vestido… me produjeron una gran sorpresa. Ven conmigo, vamos al baile.

Struan comprendió que tenía que devolver a May-May su confianza perdida, o la muchacha sería capaz de dejarse morir de dolor, o incluso de suicidarse.

Ella se adelantó para pedirle perdón, pero tropezó en el largo vestido y cayó al suelo. May-May abrió la boca para decir algo, mas de su boca no salió sonido alguno.

El sombrero de plumas se le cayó hacia un lado. Corrió Struan junto a ella, y quiso ayudarla a levantarse del suelo.

—Vamos, vamos, chiquilla, no debes tomarlo así —dijo.

Pero May-May no consintió que la ayudase. Enterró la cara en la alfombra, y se aferró a ella fuertemente con las uñas. Entonces la levantó él en vilo, y May-May volvió la cabeza.

—Ven conmigo —dijo Struan.

—¿Adonde? —murmuró la joven, roncamente.

—Vamos al baile —replicó Struan, aun sabiendo que eso podía significar un desastre para él, e incluso para ella. El quedaría socialmente destrozado, y ella ridiculizada por completo. A pesar de todo, se dijo que era la única forma de devolver a May-May la confianza en sí misma.

—Ven, acompáñame —repitió Struan, con voz tensa, pero ella siguió mirando obstinadamente al suelo, mientras todo su cuerpo temblaba.

La cogió de nuevo en brazos, y se dirigió con ella hacia la puerta.

—Nos vamos, ya está decidido —aseguró.

—Espera —dijo la muchacha con voz débil—. Tengo que… es el… el sombrero.

Struan volvió a depositarla en el suelo, y May-May se dirigió hacia la alcoba con su cadencioso paso afeado por la longitud del vestido. Struan advirtió que la muchacha se lanzaba sobre el aguzado estilete que usaba en los trabajos de bordado. Corrió a su lado y le cogió la mano justamente cuando ella alzaba el arma para herirse. La punta del puñal refulgió a escasos centímetros del corpino de May-May. Struan le arrebató el arma, y ella, presa de un acceso de ira, se

echó sobre la cama y con las uñas desgarró la seda de su vestido, mientras lanzaba ininteligibles exclamaciones en chino. Struan la volvió a la fuerza y comenzó a desabrocharle los botones del vestido. May-May hizo saltar los pocos que quedaban, y, cuando se hubo despojado de la prenda, la arrojó al suelo, pisoteándola, mientras lloraba inconteniblemente.

—¡Ya está bien, basta! —gritó él, tratando de contenerla, pero May-May le rechazó una vez más y siguió pisoteando el vestido, como enloquecida.

—¡Basta! —repitió él, y su mano se abatió de plano sobre el rostro de May-May. Retrocedió ella trastabillando y cayó sobre el lecho. Una mirada extraviada apareció en sus ojos, y la muchacha perdió el conocimiento.

Struan tardó unos segundos en rehacerse. Apartó las sábanas y metió dentro del lecho a May-May, tapándola a continuación con todo cuidado.

—¡Ah Sam! ¡Lim Din! —llamó luego.

Los dos pálidos rostros se dejaron ver en la puerta.

—Traed té. No, mejor brandy. ¡Vamos, pronto!

Lim Din regresó en seguida con la botella. Alzó Struan a May-May suavemente y le hizo beber unas gotas del cordial. La muchacha tosió un poco, y luego sus párpados temblaron y se abrieron. May-May miró a Struan sin dar muestras de reconocerle.

—¿Te encuentras bien, chiquilla? ¿Estás bien, May-May? —inquirió Struan.

Ella no dio señales de haberle oído. Su mirada se detuvo sobre el desgarrado vestido, y un agudo lamento se escapó de sus labios. Luego murmuró unas palabras en chino. Ah Sam se adelantó dando muestras de un intenso pavor. Se arrodilló y comenzó a recoger las ropas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Struan, sin quitar la mirada de May-May—. ¿Qué dijo la señorita?

—El maldito vestido al fuego, amo —replicó la sirvienta.

—Al fuego no, Ah Sam. Llévalo a mi habitación. Escóndelo allí, ¿comprendes?

—Comprendo, amo.

—Luego vuelve aquí.

—Sí, amo.

Struan ordenó con la mano a Lim Din que se marchase, y éste lo hizo rápidamente.

—Vamos, vamos, chiquilla —dijo luego a May-May, espantado ante la fijeza de su mirada—. Ponte tus ropas de costumbre. Tienes que venir al baile. Quiero que conozcas a mis amistades.

Acercóse un paso más a May-May, pero ella se hizo a un lado, como una serpiente que se escurre. El rostro de la muchacha estaba convulso y sus dedos se agitaban sin cesar. Sus ojos tenían una expresión aterradora. Struan sintió temor por ella, por la integridad de su razón. Había visto la misma mirada en un infante de Marina, antes de que le volasen la cabeza, el primer día que llegó a Hong-Kong.

Musitó una silenciosa plegaria, y luego puso en sus palabras toda la ternura de que era capaz.

—Te quiero, May-May —dijo suavemente una y otra vez, mientras se aproximaba a la joven lentamente. Vio las uñas de ella, dispuesta a tacar, y no obstante alzó una mano y le acarició tiernamente el rostro.

—Te quiero —repitió, y sus ojos, peligrosamente cerca de las uñas de ella, la dominaron con todo su poder—. Te necesito, chiquilla. Te necesito.

La locura que reflejaba la mirada de May-May se transformó en intenso sufrimiento, y al fin se echó llorando en los brazos de Struan. El la estrechó con fuerza, y dio las gracias al cielo, suspirando.

—Lo siento…, perdóname —murmuró May-May débilmente.

—No tienes nada que temer, pequeña. Vamos, vamos, tranquilízate.

La tomó en sus brazos, sentóse sobre el lecho y la acunó como si fuera una niña.

—Bueno, ya pasó. Ya pasó todo.

—Estoy bien… Ahora… déjame sola… un momento.

—No pienso hacer eso —replicó Struan—. Primero serénate del todo, y luego te vestirás e iremos al baile.

Movió May-May negativamente la cabeza, con los ojos cubiertos de lágrimas.

—No, no puedo. No me obligues, por favor…

La ayudó Struan a despojarse de los desgarrados restos de sus ropas, y, levantándola en vilo, la introdujo en el lecho, arreglando las sábanas después de tapar a May-May con ellas. La joven cerró los párpados, agotada.

—Me encuentro bien. Voy… a dormir. Puedes marcharte, si quieres.

Struan acarició despacio las mejillas de May-May, apartándole los llamativos pendientes que se había colocado.

Poco después entró en la alcoba Ah Sam, con el rostro cubierto de lágrimas.

—Puede ir, amo, puede ir —dijo con voz entrecortada—. Yo cuido a la señorita. Yo puedo. Yo la cuido.

Struan asintió con gesto fatigado. Comprobó que May-May se hallaba profundamente dormida. Ah Sam se arrodilló junto al lecho, y, lentamente, con gran ternura, acarició la mano de May-May.

—No tema, amo —repitió—. Ah Sam la cuida hasta que usted vuelva.

CAPITULO XXIV

Culum fue el primero que vio a su padre cuando éste regresó al baile.

—¿Empezamos con el concurso? —preguntó secamente.

En su interior, Culum sentíase lleno de gozo por haber encontrado una muchacha a la que ya amaba, y un nuevo amigo en el hermano de ella; pero decidió seguir representando la comedia.

—No tenías por qué haber esperado —contestó Struan, con no menos hosquedad—. ¿Dónde está Robb? Ira del cielo, veo que tengo que ocuparme yo de todo.

—Tuvo que marcharse. Le avisaron de que a tía Sarah le habían comenzado los dolores del parto. Parece que han surgido algunas complicaciones.

—¿De qué clase?

—No lo sé muy bien. La señora Brock fue a ver si podía ayudarla.

Culum se alejó, pero Struan apenas se dio cuenta de ello. Además de su preocupación por May-May, ahora le inquietaba lo que pudiera ocurrirle a Sarah, y también a Robb. Pero Elisa Brock era la mejor comadrona de todo el Oriente, y nadie como ella podía ayudar a salir del trance a su cuñada.

Shevaun se acercó a Struan con un vaso de brandy en la mano. Le entregó la bebida sin decirle una palabra, limitándose tan sólo a tocarle ligeramente un brazo para infundirle confianza. Se daba cuenta de que hasta las personas más enérgicas necesitaban a veces que se las comprendiese con paciencia, en silencio.

Struan bebió lentamente el brandy. Su mirada recorrió la multitud, y pudo comprobar que todo marchaba bien. Los invitados parecían estar entretenidos; los abanicos se agitaban sin cesar, las espadas y los entorchados relucían; todo continuaba como antes. Vio que Brock se hallaba enfrascado en una absorbente conversación con el gran duque. Era éste quien hablaba, y Brock escuchaba y

asentía de vez en cuando, sumamente interesado. ¿Acaso le estaba haciendo Sergeyev la misma oferta que a él? Mary se abanicaba junto a Glessing, pero advirtió algo extraño en la pareja. Tess, Culum y Gorth, formaban otro grupo y reían alegremente. Eso estaba mejor.

Cuando Struan hubo apurado su vaso, miró a Shevaun y le dijo:

—Muchas gracias por su atención.

Se dio cuenta del grotesco contraste que hubiera ofrecido May-May vestida como una europea, al lado de la desenvoltura y la perfección del atuendo de Shevaun y agregó:

—Es usted muy hermosa y comprensiva. Ahora me siento mucho mejor.

—Aquí viene el señor Quance —dijo la joven, reteniendo el aliento—. Va a empezar el concurso.

—¡Ah, Tai-Pan, querido amigo! —exclamó el pintor al llegar junto a ellos, exhibiendo el gozoso brillo de su mirada, al tiempo que les envolvía en una penetrante vaharada de alcohol—. ¡Ha llegado el gran momento!

—Perfectamente, Aristóteles.

—Entonces hagamos el anuncio, y comencemos de una vez.

—*¡Señor Quance!*

La fuerte voz resonó como un trueno. Todo el mundo se volvió, espantado, y el pintor emitió un quejido lastimero.

Maureen Quance estaba a un lado de la pista, reduciendo a polvo al hombrecillo con su fiera mirada. Era una irlandesa alta, de recia osamenta, piel parecida al cuero, gran nariz, y unas piernas como troncos de roble. Tenía una edad similar a la de Quance, pero era enormemente más robusta, y llevaba el pelo entrecano peinado en un gran moño. Cuando joven había resultado atractiva, pero ahora, con una cintura ensanchada a fuerza de patatas y cerveza, resultaba decididamente grotesca.

—Por fin te encuentro, mi querido muchachito —dijo la robusta mujer.

—¡Es ella, santo cielo! —exclamó Quance, con voz desfallecida.

Maureen cruzó la pista con paso firme, sin importarle ser el centro de todas las miradas ni del repentino silenció que había descendido sobre la concurrencia. Poco después se detenía delante de su marido.

—Te he estado buscando por todas partes, muchachito —dijo la mujer.

—¿Ah, sí? —inquirió el pintor, temblando involuntariamente.

—La pura verdad —replicó ella—. ¡Ah, buenas noches, señor Struan! Muchas gracias por su alojamiento y la manutención. Gracias a Dios, al fin he dado con mi marido.

—Buenas noches, señora Quance. Está usted… tiene usted… un gran aspecto.

—Sí, me siento magníficamente, ésa es la verdad. Agradezco el milagro de San Patricio que envió a bordo una lancha y me permitió llegar hasta este lugar.

A continuación, volvió su estremecedora mirada hacia su marido, y agregó con voz formidable:

—Y ahora, podemos decir buenas noches a todas estas personas, ¿verdad, carino?

—Señora Quance —intervino rápidamente Struan, al recordar el concurso—. Su esposo tiene algo importante que…

—Bueno, ¿qué esperas? Di buenas noches a todos —gruñó ella, sin escuchar lo que decía Struan.

—Buenas noches —musitó Quance con voz débil, y dócilmente dejó que Maureen le cogiese por un brazo, tras lo cual ambos se alejaron rápidamente.

Cuando la pareja se hubo marchado, los circunstantes lanzaron al unísono una estruendosa carcajada.

—Santo cielo, pobre Aristóteles —comentó Struan.

—¿Qué ha ocurrido con el señor Quance? —inquirió Sergeyev, deseando saber más detalles. Struan le explicó las tribulaciones domésticas del pintor, y el ruso dijo:

—Tal vez debiéramos rescatarle. Parece una persona que se hace querer.

—No sé si debemos mezclarnos en un asunto familiar, y más en este caso especial.

—Desde luego. De todos modos, ¿quién va a hacer ahora la elección?

—Creo que no tengo más remedio que correr con la responsabilidad —dijo Struan.

Los ojos de Sergeyev relucieron y añadió:

—¿Puedo ofrecerme voluntariamente si acepta el favor de un amigo?

Struan miró al gran duque con expresión de asombro.

Luego dio media vuelta y se dirigió al centro de la pista de baile. Las bandas emitieron un fuerte acorde.

—Excelencia, Alteza, señoras y señores: Como bien saben, va a celebrarse un concurso para elegir a la dama mejor vestida, entre las presentes. Me temo que nuestro inmortal artista, el señor Quance, tenga un compromiso insoslayable, y no pueda actuar como juez. Sin embargo, Su Alteza, el gran duque Sergeyev, se ha ofrecido voluntariamente para desempeñar la tarea.

Miró Struan al ruso y comenzó a aplaudir. Los asistentes corearon el aplauso, que se intensificó cuando el gran duque avanzó y se hizo cargo de la bolsa que contenía las mil guineas del premio.

—¿A quién elijo, Tai-Pan? —inquirió en voz baja, mientras seguían resonando los aplausos—. Para usted la ganadora debe de ser Shevaun, ¿o tal vez Manuelita Vargas? Pero, quizá Mary Sinclair, con su singular atractivo…

—A usted le corresponde elegir, mi amigo —dijo Struan, y, sin dejar de sonreír, se alejó de la pista, dejando solo en ella al noble ruso.

Sergeyev permaneció en silencio unos instantes, gozando con la expectación que cundía entre los presentes.

Se daba cuenta de lo que su amigo el Tai-Pan quería, y se decidió a actuar. Con la bolsa en la mano, atravesó el estrado, hizo una reverencia ante la joven elegida y depositó el premio a sus pies.

—Creo que esto le pertenece, señorita Tess Brock —dijo.

La muchacha contempló al gran duque con gesto de incredulidad. Al momento estalló una gran ovación, y los que habían apostado por Tess gritaron llenos de alegría.

Shevaun aplaudió junto con los demás, dominando su resentimiento. Comprendía que era la elección más adecuada.

—Muy diplomático, Tai-Pan —musitó ella, serenamente—. Fue usted muy inteligente.

—Ha sido el gran duque quien ha tomado la decisión, no yo.

—Eso tiene aún más mérito, y me hace admirarle todavía más, Tai-Pan. Es usted un gran jugador, y su suerte es realmente increíble.

—Y usted me parece la más hermosa de las mujeres.

—Sí, yo también entiendo de política —aseguró ella, sin vanidad—. Tal vez, algún día mi padre, o uno de mis hermanos, lleguen a presidente de los Estados Unidos.

—Debiera estar en Europa, en lugar de desperdiciar su belleza en estos

lugares —dijo Struan.

—¿Lo cree así? —replicó ella, y sus ojos le miraron, retadores.

CAPITULO XXV

Struan entró calmosamente en la casa. Estaba amaneciendo.

Lim Din dormía junto a la puerta, y se despertó sobresaltado al oír al amo.

—¿Desayuno, amo? ¿Un poco de té? —inquirió prestamente, mientras se ponía en pie.

—No, Lim Din, ve a acostarte —replicó afectuosamente Struan.

—Está bien, amo —contestó el chino, y se alejó hacia su habitación.

Avanzó Struan por el pasillo, y, al llegar al salón, echó una mirada al interior, quedando sorprendido. May-May, pálida e inmóvil, estaba sentada en el sillón de cuero, observándole.

Cuando él se acercó, la muchacha se puso en pie y se inclinó graciosamente. Tenía el cabello peinado hacia arriba y los ojos delicadamente pintados, lo mismo que sus arqueadas cejas. Vestía una larga túnica china de flotante falda.

—¿Cómo te encuentras, muchacha? —preguntó Struan.

—Muy bien, gracias. Esta esclava se encuentra muy bien —replicó, y el pálido color de su túnica de seda parecía añadir aún más dignidad a su continente —. ¿Quieres un poco de brandy?

—No, gracias.

—¿Té?

Movió él negativamente la cabeza, conmovido ante la mansedumbre de May-May y dijo:

—Me alegra que ya estés bien. Pero deberías estar acostada.

—Tu esclava te ruega que la perdones. Tu esclava…

—No eres mi esclava, ni lo has sido nunca. Y no tengo nada que perdonar, pequeña, de modo que vete a la cama.

Esperó ella pacientemente hasta que él hubo concluido de hablar, y al fin dijo:

—Esta esclava te ruega que la escuches. Tiene algo que decirte. Por favor, siéntate.

Una lágrima se deslizó desde la comisura de los párpados de la muchacha, y resbaló sobre la blanca piel de sus mejillas.

Obedeció él, casi abrumado por la fuerte sugestión que emanaba de la joven.

—Tu esclava te ruega que la vendas —dijo May-May.

—No eres ninguna esclava, y por lo tanto no se te puede vender ni comprar.

—Por favor, véndeme. A cualquiera. A un prostíbulo, o a otro esclavo.

—No puedo venderte.

—Te he ofendido más allá de lo que puede admitirse. Te suplico que me vendas.

—En nada me has ofendido —replicó él con más energía—. Y ahora obedece y ve a acostarte.

Cayó ella de rodillas y juntó las manos, suplicante.

—Esta esclava perdió toda la estima de su amo y señor. No puede seguir viviendo aquí. ¡Por favor, véndeme!

—¡Levántate! —contestó Struan, con el rostro tenso.

Obedeció May-May, con gesto sombrío, y él dijo:

—No voy a venderte, ya que no poseo derecho de propiedad sobre ti. Seguirás viviendo en esta casa, porque no me has inferido ofensa alguna. Me causaste sorpresa, nada más. Los vestidos europeos no te sientan nada bien. Me gustas mucho más con el atuendo que usas ahora. Te prefiero tal como eres. Sin embargo, si quieres marcharte, eres libre de hacerlo.

—No, no, véndeme. Soy tu esclava, y mientras el amo no lo dispone, un esclavo no puede marcharse.

Struan estaba a punto de perder la paciencia.

«Domínate —se dijo, lleno de desesperación—. Si pierdes ahora el dominio de ti mismo, la pierdes a ella para siempre».

—Vamos, ve a la cama.

—Vende a tu esclava, u ordénale que se marche.

Struan comprendió que era inútil razonar o argumentar con May-May.

«No puedes actuar con ella como con una occidental —pensó—. Trátala entonces como china que es. Mas, ¿cómo es eso? Sin duda será mejor considerarla como una mujer. Precisamente como una mujer».

Entonces Struan estalló en fingida cólera.

—¡Está bien, eres una miserable esclava, ira del cielo! ¡Voy a venderte en la calle de las Linternas Azules! —exclamó, refiriéndose a una de las peores calles del puerto de Macao—. ¿Pero crees que alguien va a querer a una sucia mujerzuela como tú? No; me parece difícil.

»No haces más que crear complicaciones, y pienso que mejor será entregarte a los leprosos. ¡Ah, santo Dios! He pagado muchos miles de taels de buena plata por ti, y ahora te atreves a disgustarme de este modo. ¡Me han engañado, por todos los cielos! Eres inservible, y no sé cómo he podido soportarte estos años a mi lado. ¿Me oyes? —exclamó Struan, blandiendo su puño ante el pálido semblante de May-May y comprobando satisfecho que la joven parecía al fin atemorizada.

—Sí, mi señor —susurró ella, casi sin despegar los labios.

—Por si fuera poco, has osado hacerte ropa a mis espaldas, y ponértelas sin haberte dado permiso. ¿No es eso lo que has hecho?

—Sí, mi amo.

—Pues bien, voy a venderte mañana. Voy a deshacerme de ti, miserable mujerzuela. ¡Inclínate, vamos, inclínate, por todos los infiernos!

May-May se espantó ante la ira de Struan, y comenzó a hacer reverencias apresuradamente.

—¡Y ahora sigue inclinándote hasta que yo vuelva!

Struan salió violentamente de la habitación y se encaminó al jardín. Una vez en él eligió una vara de bambú de las recién plantadas, y extrajo su cuchillo. Cortó la varilla, azotó el aire con ella, y regresó a la estancia.

—¡Quítate las ropas, mísera esclava! ¡Voy a azotarte hasta que me duela el brazo!

Temblando de pavor, May-May se desnudó. El cogió las ropas que la muchacha conservaba en las manos, y las arrojó a un lado.

—¡Ven, échate aquí! —dijo Struan, señalando al diván, y ella obedeció mansamente.

—Por favor, no me pegues muy fuerte. Hace dos meses que estoy encinta dijo ella, y hundió la cabeza en los cojines del diván.

Struan sintióse tentado de cogerla en sus brazos, pero comprendió que si lo hacía, su dignidad se vería menoscabada ante la muchacha. Además, un castigo

era la única forma de devolver a May-May su confianza en sí misma.

Así, pues, la azotó en las nalgas con el bambú. Lo hizo con fuerza suficiente para que le doliese a May-May, pero no tanto como para nacerle daño. No tardó ella en llorar y gritar de dolor, pero él siguió castigándola. Por dos veces Struan hizo como que erraba el golpe y pegó con fuerza en el cuero del asiento, lo que produjo un ruido aterrador. Ello serviría también como ejemplo para Lim Din y Ah Sam, quienes sabía Struan que se hallaban escuchando lo que ocurría en el salón.

Después de haberle propinado diez azotes, Struan se detuvo y ordenó a May-May que permaneciese donde estaba. Cogió una botella de brandy, bebió largamente, la estrelló contra una pared, y reanudó la azotaina.

Pero, como antes, puso gran cuidado para no causar daño, sino sólo dolor.

Al fin cesó en su castigo y, cogió a May-May por el cabello, levantándole la cabeza.

—¡Vamos, ponte las ropas, despreciable mujerzuela!

Cuando May-May se hubo vestido, Struan rugió:

—¡Lim Din! ¡Ah Sam!

Un instante más tarde los dos criados aparecieron temblorosos en la puerta del salón.

—¿Cómo no traéis té ni comida, míseros esclavos? ¡Vamos, traed algo de comer, pronto!

Struan arrojó la varilla de bambú a un lado y se volvió hacia May-May.

—¡Y tú, sigue haciendo reverencias hasta que yo te diga!

La muchacha, con el rostro cubierto de lágrimas, obedeció al momento.

—Ahora lávate un poco y vuelve aquí. Si no estás de vuelta dentro de un minuto, comenzaré de nuevo.

Lim Din sirvió el té, y aunque éste estaba en su punto, Struan aseguró que estaba frío, y estrelló la tetera contra la pared. Los criados corrieron a la cocina y volvieron en seguida con otra tetera humeante.

La comida llegó asimismo con increíble rapidez, y Struan consintió que le sirviera sumisamente la misma May-May. Esta no cesaba de sollozar a causa del dolor, y Struan le gritó:

—¡Calla de una vez o vuelvo a azotarte!

Sentóse ella y comió en silencio, tratando de contener los lamentos.

—¡Recoge esa vara de bambú! —mandó Struan, cuando hubo concluido su té. May-May hizo lo que le ordenaban, y Struan colocó la vara sobre una mesa.

—¡Y ahora, a la cama! —volvió a ordenar con voz ronca, y Lim Din y Ah Sam comprendieron que el Tai-Pan había perdonado a su Tai-Tai, por haber sabido ésta soportar pacientemente su tremenda cólera.

May-May, llorosa, se volvió y se dirigió por el pasillo a sus habitaciones, pero él gritó:

—¡A mi cama, ira del cielo!

Corrió ella hacia la habitación de Struan, el cual la siguió, cerró la puerta de un golpe y corrió el cerrojo.

—De modo que estás embarazada, ¿eh? ¿Y puede saberse de quién es el niño?

—Tuyo, mi señor —replicó ella quejumbrosamente.

Sentóse Struan en el lecho, extendió una de sus botas y dijo:

—Quítame esto, pronto.

May-May se puso de rodillas ante él, le quitó las botas lo más de prisa que pudo, y quedó de pie junto a la cama.

—¿Cómo te atreves a pensar que deseo que conozcas a mis amigos? Cuando quiera que salgas de casa, ya te lo diré, por todos los cielos.

—Sí, mi señor.

—El lugar de una mujer está en su hogar. ¡Está aquí!

—Sí, mi señor.

El rostro de Struan se dulcificó un poco.

—Eso está mejor —dijo.

—Yo no quería ir al baile —susurró ella con voz apenas audible—. Sólo quería vestirme… No, no quería ir al baile… ¿Cómo haría para…? No; sólo quise darte una sorpresa. Lo siento, lo siento mucho. Perdóname.

—Por qué había de perdonarte, ¿eh? —inquirió él, mientras comenzaba a desvestirse.

—Sí, no hay razón, ninguna razón —replicó May-May, que lloraba en silencio, mansamente.

—Está bien; como vas a tener un hijo, tal vez te dé otra oportunidad. Pero es mejor que sea un niño, y no una inservible chiquilla.

—Oh, sí, sí, perdóname. Perdóname, por favor —insistió ella, deshaciéndose

en reverencias y tocando el suelo con la frente.

Sus muestras de arrepentimiento conmovían profundamente a Struan, pero éste siguió desvistiéndose con gesto hosco. Cuando hubo terminado, apagó la lámpara y se introdujo en el lecho, dejando que ella permaneciese de pie.

Transcurridos un par de minutos, Struan dijo secamente:

—Métete en la cama. Tengo frío.

Luego, cuando se sintió incapaz de seguir soportando por más tiempo los sollozos de May-May, Struan la rodeó tiernamente con los brazos y la besó.

—Estás perdonada, chiquilla —le dijo.

Ella lloró con más fuerza y se refugió en los brazos de Struan.

LIBRO TERCERO

Con el correr de los días, la primavera se convirtió en temprano verano. El sol recuperó su fuerza y el aire se saturó de humedad. Los europeos, vestidos con su atuendo habitual, de larga ropa interior de lana, o de rígidos corsés, sufrían intensamente a causa del temprano calor. El sudor les resecaba las axilas y las ingles, hasta producirles llagas en la piel. Comenzaron a originarse las acostumbradas enfermedades del verano: el cólico de Cantón, la diarrea de Macao, la fiebre asiática.

Muchos murieron y fueron llorados. Los que sobrevivieron soportaron sus *sufrimientos como inevitables tribulaciones enviadas por el Señor para castigar a la humanidad, y siguieron cerrando las ventanas para que no entrasen los miasmas que despedía la tierra en verano, según afirmaban. Continuaron tomando las purgas que les ordenaban los médicos, y aplicándose sanguijuelas, único remedio para todas las enfermedades. Siguieron bebiendo el agua infectada, comiendo los alimentos contaminados por las moscas, y continuaron sin bañarse, pues era nocivo para la salud. Añoraban el frío invernal, que llegaría una vez más para limpiar la tierra de sus mortíferas emanaciones*.

Al llegar junio, las fiebres habían diezmado las filas de los soldados. La temporada del comercio había casi concluido, e iba a proporcionar grandes fortunas, con un poco de suerte, ya que nunca se realizaron transacciones tan cuantiosas, en el Establecimiento de Cantón, como las que allí se habían llevado a cabo. Los traficantes, lo mismo que los compradores chinos, los empleados portugueses y los mercaderes Co-hong, se hallaban agotados por el calor, pero más aún por los pasados días de frenética actividad. Todos estaban dispuestos a descansar hasta que dieran principio las compras del invierno.

Y ese año, al fin, a diferencia de los anteriores, los europeos podrían veranear en sus propios hogares, en su propia tierra de Hong-Kong.

Las familias que se apiñaron en los buques, ya se habían trasladado a las casas del Valle Feliz. Las construcciones surgían por doquier en el valle, y Queenstown iba ya perfilándose como población, con sus calles, sus almacenes, la cárcel, los muelles, un par de hoteles, las cantinas y las residencias. Las cantinas, que reclutaban su clientela principalmente entre los soldados, se hallaban situadas cerca del Glessing Point. Las que servían a los marineros, estaban frente a los arsenales del Camino de la Reina. Algunos de estos establecimientos de bebidas no eran más que tenderetes, construcciones temporales. Otras se hallaban mejor instaladas, con intenciones de perdurar.

Llegaron los buques de Gran Bretaña, trayendo parientes y amigos, y numerosos desconocidos. Cada marea traía también más gentes de Macao, europeos, mestizos, chinos y portugueses, entre los que se contaban todas las profesiones: tejedores, sastres, empleados, sirvientes, negociantes, culíes, aventureros, y todos los que vivían del comercio con China. No faltaron tampoco las rameras, las regentadoras de prostíbulos, los vendedores de opio, los tahúres, los contrabandistas, los rateros, los mendigos e incluso los piratas, es decir, la hez de los pueblos. También éstos hallaron su morada, o comenzaron a construirla, y buscaron el lugar para poder desarrollar sus actividades. Surgieron de este modo los tabernuchos, los burdeles, los fumadores de opio, que infestaban el Camino de la Reina, y luego toda Queenstown.

La delincuencia aumentó considerablemente, y la policía se vio en apuros para contener la avalancha de casos que se les vino encima. El miércoles fue el día destinado a las flagelaciones públicas, que se realizaban delante de la cárcel como escarmiento para los demás delincuentes.

La justicia británica, aunque dura y rápida, no parecía excesivamente cruel para los chinos, acostumbrados a los castigos de sus autoridades, entre los que se contaban los apaleamientos hasta la muerte, el arrancar ojos o lenguas, cortar manos o pies, el desollar, agarrotar, empalar y castrar. En China no había juicios equitativos, como en el sistema inglés, y todos los delincuentes del continente que podían escapar, se refugiaban en el barrio de Tai Ping Shan, al amparo de las benévolas leyes de los bárbaros.

Así, mientras la colonia iba progresando, comenzaron a acumularse las basuras. Y con las basuras aumentó peligrosamente el número de insectos.

El agua se almacenaba en barriles sucios, en vasijas contaminadas; se

estancaba en los jardines, en los marjales de la zona más baja del valle. Y en las pútridas aguas comenzaron a proliferar las larvas, que más tarde se convirtieron en mosquitos. Era un mosquito diminuto, frágil, tan delicado que sólo podía volar cuando el sol se ponía: era el anofeles.

Y las gentes del Valle Feliz comenzaron a morir.

CAPITULO XXVI

—Por Dios, Culum, no sé de eso mucho más que tú —dijo Struan, lleno de angustia—. Una fiebre mortífera se ha extendido por Queenstown, sin que nadie sepa a qué puede deberse. La pequeña Karen la ha contraído.

La zozobra había hecho presa en Struan, quien desde hacía más de una semana carecía de noticias de May-May.

Struan había partido de Hong-Kong dos meses antes, y sólo regresó un par de días, hacía pocas semanas, debido a la imperiosa necesidad que tenía de ver a May-May. Esta se encontraba magníficamente, llevando su embarazo sin contratiempo alguno, y se sintieron más contentos que nunca, el uno junto al otro.

—Gracias a Dios, nuestro último barco zarpa mañana del Establecimiento, y podremos regresar a Hong-Kong —agregó Struan.

—El tío Robb dice que es malaria, paludismo —dijo Culum, lleno de excitación, agitando la carta de Robb, que acababa de llegar. El muchacho sentía gran preocupación por lo que pudiera ocurrirle a Tess. Justamente el día anterior había recibido una carta de ella en la que le decía que junto con su madre y su hermana se habían trasladado desde el barco a la casa que Brock estaba terminando en tierra. Pero no mencionaba el paludismo.

—¿Qué remedio hay contra la malaria? —inquirió Culum.

—No hay nadie que lo sepa. Además, Robb dice que sólo unos pocos médicos creen que pueda ser malaria —dijo Struan, espantando las moscas, con enfado—. Malaria viene del latín «aire malsano». Eso es todo lo que sabemos. ¡Cielo santo, si el Valle Feliz tiene una atmósfera impura, estamos arruinados!

—Ya te dije que no construyeras allí —afirmó Culum, irritado—. Desde el primer momento sentí odio hacia ese valle.

—Por todos los infiernos, ¿vas a decirme que supiste de antemano que el aire

estaba viciado?

—No, no afirmo eso, sino, sencillamente, que el lugar me causó disgusto. Nada más.

Struan cerró la ventana para evitar que entrase el hedor procedente de la plaza del Establecimiento, y espantó una vez más las moscas con el abanico. Interiormente rogó que no fuera paludismo la enfermedad que asolaba al valle. De serlo, nadie se libraría en Queenstown.

Era bien sabido que algunas zonas de la tierra estaban infectadas por la malaria, y que por la noche despedían miasmas ponzoñosos.

Según informaba Robb, la epidemia había comenzado misteriosamente hacía unas cuatro semanas. Primero atacó a los trabajadores nativos, y luego a los demás, los traficantes europeos y sus familiares. Lo peor era que la enfermedad sólo se producía en el Valle Feliz, y en ningún otro lugar más de la isla. En aquel momento estaban atacados unos cuatrocientos o quinientos chinos, y veinte o treinta europeos. Los chinos mostraban un temor supersticioso, e imaginaron que era el castigo de los dioses, por trabajar en la isla contra los deseos de su emperador. Sólo el aumento de los jornales les hizo permanecer en el lugar.

Y ahora la pequeña Karen se había contagiado. Robb terminaba su carta diciendo:

> «Sarah y yo estamos desesperados. El curso de la enfermedad es insidioso. Primero se produce una fiebre muy alta durante medio día, luego hay una recuperación, y más tarde otra recaída con violenta fiebre al cabo de dos o tres días. El ciclo se repite una y otra vez, y los ataques van siendo cada vez más intensos. Los médicos han dado a Karen un fuerte purgante de calomelanos, y han sangrado a la pobre niña, pero a pesar de todo tenemos pocas esperanzas. Los culies comienzan a morir después del tercer o cuarto ataque de fiebre, y Karen ha quedado muy debilitada de las purgas y las sangrías. ¡Dios nos ampare, pero creo que vamos a perder a nuestra pobre hija!».

Struan se dirigió hacia la puerta, sumido en sus pensamientos. Primero, el niño, y ahora, Karen. Sarah había dado a luz un hijo al día siguiente del baile, pero el niño nació enfermizo, con el brazo izquierdo en malas condiciones. El parto fue sumamente laborioso, y Sarah estuvo al borde de la muerte. Pero al fin

logró superar la peligrosa etapa posterior al parto, y aunque su leche se volvió amarga y su cabello encaneció, fue recuperando las fuerzas paulatinamente. Cuando Struan estuvo en Hong-Kong para ver a May-May, fue también a visitar a Sarah. La angustia y los sufrimientos habían dejado profundas huellas en el rostro de ésta, que se hallaba sumamente avejentada. Struan sintió mayor tristeza al ver a la criatura, enfermiza, con el brazo izquierdo inútil, llorando desconsoladamente, con escasas perspectivas de sobrevivir.

«Me pregunto si ya habrá muerto el pequeño —se dijo Struan mientras abría la puerta—. Robb no dice nada de eso en su carta».

—¡Vargas! —llamó Struan en voz alta.

—Diga, señor.

—¿Ha oído hablar de que existiera malaria en Macao?

—No, señor —replicó el empleado, palideciendo al recordar que su hijo y su sobrino trabajaban para la Noble Casa, en Hong-Kong—. ¿Están seguros de que es malaria?

—No; sólo algunos médicos lo afirman. Busque a Mauss y dígale que quiero ver a Jin-qua cuanto antes, junto con el mismo Mauss.

—Está bien, señor. Su Excelencia desea que usted cene con él y con el gran duque esta noche, a las nueve.

—Dígale que acepto.

—Muy bien, señor.

Cerró Struan la puerta y, con el ceño fruncido, tomó asiento. Llevaba puesta una camisa, pantalones y botas, todo ligero, e iba sin levita ni corbata. Los demás europeos decían que estaba loco, y que corría peligro de coger uno de los resfriados que producían los vientos del verano.

—No puede ser malaria —dijo, como hablando consigo mismo—. Tiene que ser otra cosa.

—Yo digo que esa isla está maldita.

—Hablas como lo haría una mujer, Culum —manifestó Struan.

—La fiebre se inició cuando comenzaron a llegar los culíes. Deshazte de ellos y te verás libre de la plaga. Esas gentes llevan consigo la enfermedad.

—¿Cómo podemos estar seguros de eso, muchacho? Admito que la epidemia empezó entre ellos, que viven en la parte más baja de la población. Hasta ahora sólo sabemos que la malaria se contrae respirando el aire nocturno

emponzoñado. Pero, ¿por qué sólo hay fiebres en el Valle Feliz? ¿Es que sólo allí está el aire viciado? No lo entiendo, pues sopla una brisa magnífica la mayor parte del día y de la noche. Es algo incomprensible.

—Es muy comprensible. Se trata de la voluntad de Dios.

—Eso no es una respuesta que pueda satisfacerme. ¡Al demonio con tus supersticiones!

Culum se puso en pie, sin poder dominar su cólera.

—¡Más te valdría no proferir blasfemias! —exclamó.

—Más te valdría recordar que no hace muchos años quemaron a algunos hombres por decir que la Tierra giraba alrededor del Sol. No, aquí no se trata de la voluntad de Dios.

—Aunque tú creas lo contrario, Dios está continuamente pendiente de nuestras vidas, y el hecho de que la epidemia haya estallado en el preciso lugar que hemos buscado para vivir en Asia, demuestra que se trata de la voluntad del Señor. No puedes negarlo, porque te es imposible probar lo contrario. Yo creo que es así, y pienso que es necesario abandonar el Valle Feliz.

—Si lo hacemos, habrá que abandonar Hong-Kong.

—Podemos volver a construir en las tierras próximas al Glessing Point.

—¿Sabes cuánto dinero hemos invertido los traficantes en el Valle Feliz?

—¿Puedes decirme de qué te va a valer el dinero cuando estéis diez palmos bajo tierra?

Struan observó fríamente a su hijo. Durante las últimas semanas había llegado a la conclusión de que la hostilidad de Culum hacia él se estaba haciendo cada vez mayor. Pero no era eso lo que le preocupaba. Sabía que cuanto más aprendiese el muchacho, más deseos tendría de imponer su propio criterio. Era algo lógico, y en el fondo le satisfacía aquella evolución. Lo malo era que pasaba demasiado tiempo en compañía de Gorth. Eso podía resultar peligroso.

Diez días antes tuvieron una violenta discusión. Culum expuso algunas teorías sobre los barcos de vapor, opiniones que sin duda le había inculcado Gorth, y con las que Struan estaba en desacuerdo. Luego, Culum se refirió a la enemistad existente entre Brock y Struan, y dijo que la nueva generación no cometería los errores de la antigua. Dijo que Gorth no creía necesario que los jóvenes estuviesen dominados por los viejos; que él y Gorth habían resuelto acabar con las viejas rivalidades, y que harían lo posible porque sus padres

también sellasen la paz. Struan comenzó a argumentar, y Culum, sin escucharle, salió de la estancia dando un portazo.

Y, por si fuera poco, estaba el asunto de Tess.

Culum no lo mencionó nunca ante Struan, ni éste le dijo nada de ello, pero sabía que el muchacho estaba muy enamorado de la joven, y que ello le nublaba la razón. Recordó Struan su propia juventud, y lo mucho que había deseado a Ronalda. Cuando tenía esa edad, todo le había parecido claro, hermoso y limpio.

—Vamos, Culum, no te impacientes, muchacho —dijo Struan, que no tenía deseos de discutir con su hijo—. Hace un día caluroso, y el temperamento está a flor de piel. Es mejor que te sientes y descanses. Sí, la fiebre se ha extendido, y, además de Karen, sé que la contrajo Tillman, y sabe Dios cuántos más.

—¿También ha enfermado la señorita Tillman?

—Eso no lo sé.

—Gorth dijo que van a cerrar mañana su Establecimiento de Cantón. Toda la familia Brock va a pasar el verano en Macao.

—Nosotros nos iremos a Hong-Kong, aunque conservemos abierto el Establecimiento de Macao.

—Gorth asegura que es mejor veranear en Macao, donde tienen una casa. También nosotros tenemos una casa en la ciudad, ¿no es cierto?

Struan se agitó inquieto en su asiento, y al fin contestó:

—Sí, en efecto. Puedes permanecer en ella una semana o dos, si lo deseas, pero luego deseo que vayas a Queenstown. Y, te lo advierto de nuevo: ten cuidado; Gorth no es buen amigo para ti.

—Yo puedo asegurarte que lo es.

—Sólo trata de buscar tus puntos débiles, para destruirte cuando lo considere oportuno.

—Estás en un error. Yo le comprendo y nos llevamos muy bien. Ambos nos damos cuenta de que es muy difícil que tú y el padre de él nos comprendáis. Es algo imposible de explicar.

—¡También yo comprendo muy bien a Gorth, por todos los cielos!

—Será mejor que no toquemos ese punto —dijo Culum.

—No, debemos hablar de ello. Estás dejándote influir por Gorth, y eso no es digno de un Struan.

—Tú ves a Gorth desde otro punto de vista; yo lo considero como amigo.

Struan abrió una cajita de madera, eligió un habano y pensó que el momento había llegado.

—¿Crees que Brock aprobará tu casamiento con Tess? —preguntó.

Sonrojóse Culum, y dijo impulsivamente:

—¿Por qué razón no va a hacerlo? Gorth está de nuestra parte.

—¿Has hablado de eso con Gorth?

—No hablé de ello contigo. ¿Por qué iba a tratar ese asunto con Gorth?

—En tal caso, ¿cómo sabes que él está de tu lado?

—No lo sé de fijo. Pero a menudo dice que Tess y yo nos llevamos muy bien, y que ella está a gusto a mi lado. Me anima a que le escriba, y cosas por el estilo.

—¿Crees que tengo derecho a preguntarte las intenciones que tienes respecto a Tess Brock?

—Claro que tienes derecho. Bueno…, lo cierto es que he pensado casarme con ella, pero nunca se lo dije a Gorth.

Culum dejó de hablar, disgustado, y se pasó una mano por la frente. Le había sorprendido la rapidez con que el Tai-Pan se adentró en su intimidad, y si bien deseaba hablar del tema, prefería no hacerlo para no comprometer su amor hacia Tess.

«¡Maldición, tenía que haber estado preparado!», se dijo, y a continuación se oyó a sí mismo agregar, incapaz ya de detenerse:

—Sin embargo, no creo que mi… mi afecto por Tess Brock sea incumbencia de nadie en estos momentos. Nada se ha hablado de eso en secreto, y creo que hasta ahora el hecho sólo a mí me atañe personalmente.

—Comprendo que pienses así —dijo Struan—. Pero eso no quiere decir que tengas razón. ¿Has pensado por un momento que pueden estar utilizándote para una maniobra?

—¿Quién, Tess Brock?

—No, por todos los cielos. Gorth y Brock.

—Y tú tal vez no hayas pensado que tu odio hacia ellos nubla por completo tus juicios —replicó Culum, lleno de ira.

—*Quizá* sea así, pero eso no quita que puedan estar empleándote a su antojo.

—Supongamos que tengas razón. Supongamos que me caso con Tess. ¿No irá eso en beneficio tuyo?

Struan permaneció en silencio un momento, y sintióse contento de que el problema quedase expuesto hasta su raiz.

—No, porque Gorth se deshará de ti cuando seas Tai-Pan —contestó Struan —. Se apoderará de todo y causará tu ruina, para quedarse con la Noble Casa.

—¿Por qué crees que va a arruinar al marido de su hermana? ¿No es mejor pensar que nuestras Compañías pueden unirse? Yo podría manejar los negocios, y él mandar los barcos.

—¿Quién sería el Tai-Pan?

—Podemos serlo Gorth y yo al mismo tiempo.

—No puede haber más que un solo Tai-Pan. El mismo significado de la palabra lo dice. Esa es la ley.

—Tu ley no es necesariamente la mía, ni la de Gorth, También tenemos nuestro propio criterio, y la fusión de nuestras Compañías puede proporcionarnos inmensos beneficios.

—¿Eso es lo que te ha dicho Gorth?

Struan se preguntó si se habría equivocado respecto a su hijo. La fascinación de Culum hacia Tess, y la confianza que depositaba en Gorth, podía ser la clave para destruir la Noble Casa y proporcionar a Brock y a Gorth todo lo que deseaban. Y sólo le quedaban tres meses para marcharse a Inglaterra.

—¿Es eso? —repitió Struan, lleno de angustia.

—Nunca hablamos de ello. Hemos conversado del comercio, los barcos y las Compañías, y de cómo podíamos reconciliar a nuestros padres. Sigo creyendo que una unión de nuestras Casas sería muy ventajosa.

—No lo será con esos dos individuos. Tú no eres de su ralea… todavía.

—Tal vez lo sea algún día, ¿verdad?

—Es posible —dijo Struan, mientras encendía el cigarro—. ¿Crees de verdad que puedes dominar a Gorth?

—Quizá yo no necesite hacerlo, y tampoco él conmigo. Aunque me casara con Tess, podríamos incluso tener nuestras Compañías por separado, y competir amistosamente.

El tono de Culum se endureció, cuando agregó poco después:

—Voy a pensar, por un momento, como Tai-Pan. Brock tiene una hija maravillosa. Si me caso con ella, no haré más que vencer la animosidad de Brock, mientras gano en experiencia. Incluso podría engañarles diciendo que

pienso unir nuestra Compañía a la de ellos, y luego quedarme con todo lo que pueda.

Struan no contestó.

—¿Has pensado en esas posibilidades? —prosiguió diciendo Culum—. ¿O tal vez eres lo suficientemente inteligente como para comprender que estoy enamorado de Tess?

—Sí, ya me he dado cuenta de ello —replicó Struan, depositando en un cenicero la ceniza de su cigarro.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Creo que los riesgos son mayores que las ventajas.

—¿Quiere decir que desapruebas mi casamiento con Tess?

—Lo cierto es que la amas, o que crees amarla, al menos, y que te casarás con ella, si puedes hacerlo —aseguró Struan, aspirando largamente el humo del cigarro—. ¿Crees que Brock aprobará ese matrimonio?

—No lo sé muy bien. Temo que no lo haga, para mi desgracia.

—En tal caso, puedes estar tranquilo, pues dará su consentimiento.

—¿Y tú, no lo harás?

—Ya te lo dije antes de ahora: soy el único hombre del mundo en el que puedes confiar por completo, siempre que no te vuelvas contra nuestra Casa.

—Sin embargo, sospecho que consideras esa unión como contraria a los intereses de nuestra Compañía.

—No afirmo eso, sino que el hecho entraña muchos peligros —aseguró Struan, y se puso lentamente en pie, al tiempo que depositaba el cigarro en el cenicero—. Ella es menor de edad. ¿Estás dispuesto a esperarla cinco años?

—Sí, lo haré —contestó Culum, espantado ante lo prolongado del plazo—. No sabes bien lo que Tess significa para mí. Es la única chica a la que he amado realmente. Sé que no lo comprenderás, pero voy a esperar esos cinco años, si se hace necesario, porque estoy enamorado de ella.

—¿Te corresponde la muchacha?

—No lo sé. Creo… creo que le gusto. Ojalá sea cierto. Santo cielo, ¿qué puedo hacer?

«Por fortuna, no soy ya un inexperto, como mi hijo —pensó Struan, conmovido—. Yo sé que el amor es como un mar, a veces sereno y a veces tormentoso. Tiene belleza, peligros, estímulo. Pero nunca se mantiene uniforme,

sino que cambia constantemente».

—No hagas nada por ahora, muchacho —dijo al fin Struan—. Hablaré con Brock esta noche.

—No, por favor —replicó Culum, lleno de angustia—. Es mi propia vida, y no quiero que…

—Lo tuyo está íntimamente ligado a mi existencia y a la de Brock. Hablaré con él.

—Entonces, ¿deseas ayudarme?

Struan espantó una mosca que se le había posado en el rostro, y dijo:

—¿Qué hay de las veinte guineas, Culum?

—¿Cómo dices, padre?

—Me refiero al dinero para mi ataúd. A las veinte monedas de oro que Brock me arrojó, y que tú guardaste. ¿Te has olvidado de eso?

Culum fue a decir que no lo había olvidado, pero cambió de parecer y manifestó.

—Sí, lo he olvidado.

Una expresión de angustia apareció en sus ojos, y al fin rectificó:

—¿Cómo he podido mentirte? No lo comprendo, es algo terrible.

Struan observó complacido que Culum había pasado otra prueba y aprendido otra lección.

—¿Qué deseas saber de las monedas? —preguntó el joven.

—Nada, sólo quiero que lo recuerdes. Ese es Brock. Y Gorth es peor, porque ni siquiera posee la nobleza que en el fondo tiene su padre.

Era casi medianoche.

—Siéntate, Dirk —dijo Brock, acariciándose la barba—. ¿Qué tomas, ponche, ginebra, cerveza o brandy?

—Brandy.

—Brandy, chico —ordenó Brock al criado, y luego señaló la comida que había sobre la mesa—. Sírvete lo que quieras, Dirk —agregó, mientras se rascaba las axilas, inflamadas por las llagas que producía el calor y el sudor—. ¡Maldito tiempo! ¿Por qué demonios no te salen llagas a ti, como a todos nosotros?

—Yo sé hacer las cosas —replicó Struan, y extendió las piernas, poniéndose cómodo—. Ya os lo he dicho en mil ocasiones. Si os bañáis cuatro veces al día,

dejarán de saliros llagas, os libraréis de los piojos, y…

—No me hables de eso —dijo Brock—. Es una locura y va contra la Naturaleza, por Dios.

Brock tendió su jarro de plata vacío hacia el criado, que inmediatamente lo llenó del barrilillo de cerveza que se hallaba contra una pared. Al lado, sobre unos estantes, se alineaban mosquetes y sables.

Cogió Struan la gran copa que le tendían, y aspiró el aroma del coñac, reteniéndola unos momentos para no sentir el hedor que imperaba en la habitación. Se preguntó si Tess olería como sus padres, y si Brock estaría al corriente de la razón de su visita. Las ventanas se hallaban herméticamente cerradas, impidiendo el paso del aire nocturno y del murmullo que subía desde la plaza del Establecimiento.

Brock lanzó un gruñido, alzó el jarro de cerveza y bebió ansiosamente. Llevaba puesta su acostumbrada levita, gruesa ropa interior, cuello alto con corbata y chaleco. El traficante observó a Struan con gesto de extrañeza.

Este tenía fresco y robusto aspecto con su ligera camisa sus pantalones blancos y sus botas suaves y cortas. Llevaba la camisa desabrochada en parte y el rojizo vello de su pecho relucía a la luz de las velas.

—Parece que fueras desnudo muchacho. Resulta algo desagradable.

—Es la última moda Tyler. A tu salud —dijo Struan, alzando su copa, y ambos hombres bebieron.

—Hablando de otra cosa, he oído que Maureen Quance tiene al pobre Aristóteles más dominado que nunca. Se dice que viajan a Gran Bretaña con la próxima marea.

—Aristóteles se escapará o se tirará al mar, antes que consentir que le lleven.

—Cuando la escena del baile, me reí como no lo hacía desde mucho tiempo —aseguró Brock, mientras despedía con un gesto al criado—. Oye, creo que todos los barcos ya han zarpado.

—Así es. Ha sido una gran temporada, ¿verdad?

—Sí, y lo será mejor cuando el *Blue Witch* llegue el primero a Londres. Sé que lleva al menos un día de ventaja —aseguró Brock, bebiendo largamente y secándose el copioso sudor que le cubría el rostro.

—¿Piensas quedarte en Cantón?

Brock movió negativamente la cabeza, y dijo:

—Nos marchamos mañana a Queenstown, y luego a Macao. Pero, al revés que antes, mantendré abierto este lugar.

—Longstaff se queda. Supongo que proseguirán las negociaciones —aseguró Struan, y sintió como si aumentase la tensión del ambiente.

—No andan bien las cosas por Hong-Kong. Gorth me dijo que la pequeña de Robb ha enfermado con fiebre —manifestó Brock, el cual levantó a medias el parche que cubría su ojo tuerto, introdujo un dedo y se frotó vigorosamente la cuenca.

—Así es. Supongo que se lo habrá dicho Culum, ¿verdad?

—Sí.

Brock no dejó de percibir el tono especial que denotaba la voz de Struan. Bebió largamente del jarro y luego secóse los bigotes con el dorso de la mano.

—Lamento esa noticia. En fin, mala suerte —agregó Brock, bebiendo de nuevo—. Tu hijo y el mío parecen llevarse muy bien, ¿no es cierto?

Struan hizo caso omiso de las palabras de Brock, y dijo:

—He hablado largamente con Jin-qua esta tarde acerca de la fiebre. Me dice que nunca la han padecido en Kwang-tung, desde que él tiene memoria.

—Si se trata realmente de malaria, estamos arreglados —manifestó Brock, e, inclinándose sobre la mesa, sirvióse una pechuga de pollo—. Vamos, come. Me he enterado de que la paga de los culíes ha subido enormemente. Los precios están por las nubes en Hong-Kong, según me han dicho.

—No hay cuidado. La fiebre desaparecerá.

Brock se desabrochó el cinturón, y con gesto socarrón manifestó:

—¿Querías verme a solas para hablar de la fiebre?

—Claro que no —replicó Struan, sintiéndose casi enfermo ante el olor a sudor y perfume que despedía Brock.

Brock cogió una campanilla que había sobre la mesa y la agitó con fuerza. Como la puerta no se abriera inmediatamente, volvió a tocar, impaciente.

—Ese macaco necesita que le den una buena patada en el trasero —dijo, y se acercó al barril de cerveza, y después de llenar su jarro, volvió a tomar asiento, y miró de nuevo a Struan, esperando a que hablase.

—Bien, ¿de qué se trata? —inquirió al fin Brock.

—De tu hija Tess.

—¿Cómo? —preguntó Brock, atónito al ver que Struan deseaba precipitar un

acontecimiento sobre el que tantas noches había cavilado, lleno de preocupación.

—Mi hijo la ama.

Brock bebió unos tragos de cerveza y volvió a secarse la boca con la mano.

—Sólo se han visto en el baile, y unas pocas veces por las tardes, de paseo con Lisa y Lilibet.

—Sí, pero Culum está enamorado de ella. El mismo asegura estarlo.

—¿Es cierto eso?

—Sí.

—¿Qué piensas del asunto?

—Que debemos estudiarlo, con franqueza.

—¿Ahora, precisamente? —inquirió Brock, con recelo, mientras buscaba la respuesta apropiada. Al fin agregó—: Tess es muy joven, como bien sabes.

—Sí, pero ya está en edad de casarse.

Brock jugó pensativamente con el jarro, observando su imagen reflejada en la bruñida plata. Se preguntó si habría entendido bien a Struan.

—¿Estás pidiéndome formalmente la mano de Tess para tu hijo Culum? —manifestó.

—Antes deseo aclarar algunos puntos.

—¿Qué piensas acerca de ese enlace? —preguntó de nuevo Brock.

—Creo que ya lo sabes. Estoy en contra de él. No me fío de ti ni de Gorth. Pero Culum se ha decidido, y un padre no siempre puede llevar a sus hijos por donde quiere.

Brock pensó en Gorth, y su voz sonó destemplada cuando contestó:

—Si te disgusta la actitud de tu hijo, muélelo a palos o mándale a Inglaterra en el primer barco. No te será difícil librarte del jovencito.

—Bien sabes que me hallo en una trampa —contestó Struan, con amargura —. Tú tienes tres hijos: Gorth, Morgan y Tom. Yo sólo tengo a Culum. Por consiguiente, y aunque no lo quisiera a veces, es el que tiene que sucederme.

—Está Robb y sus hijos —dijo Brock, satisfecho de haber adivinado lo que pensaba Struan.

—Fui yo quien levantó la Noble Casa, no Robb. ¿Y tú, qué opinas?

Brock bebió pensativamente y volvió a agitar la campanilla, sin que tampoco en esta ocasión obtuviese respuesta alguna.

—¡Voy a cortar en trozos a ese macaco! —aseguró el traficante, poniéndose

en pie y volviendo a llenar su jarro. Luego regresó a la mesa y agregó—: También yo estoy contra la boda. Sin embargo, estoy dispuesto a aceptar a tu hijo, cuando él me lo pida.

Struan sorprendióse al oír a Brock decir que estaba en contra del enlace. Al fin dijo, sin disimular su ira:

—Sabía que aceptarías.

—Tess tendrá la dote más cuantiosa de toda Asia. Se casarán el año próximo.

—Primero nos veremos en el infierno.

Los dos hombres se miraron amenazadoramente.

Brock vio frente a sí el mismo rostro implacable de hacía treinta años, la misma vitalidad y dureza que trascendía de él, y que entonces le hizo reaccionar con tanta violencia.

—Eso será después, Dirk. Primero celebraremos el matrimonio, con toda nobleza, amistosamente. He pensado en ello mucho tiempo, como tú, estoy seguro, y creo que es lo mejor para nuestros hijos, y por lo tanto para nosotros.

—Sé bien lo que tú y Gorth tenéis en perspectiva.

—¿Quién sabe lo que puede ocurrir Dirk? Tal vez, más adelante, se unan nuestras casas.

—No, mientras yo viva.

—Por otra parte, también podemos seguir independientes, como hasta ahora.

—¡No te apoderarás de la Noble Casa gracias a las faldas de una muchacha! —dijo Struan, lleno de cólera.

—¡Escucha, por todos los infiernos! Eres tú quien ha venido a hablarme de eso. Tú dijiste que tratásemos el asunto con franqueza, de modo que escucha, a menos que hayas perdido tus modales y tu inteligencia.

—Está bien, Tyler —dijo Struan, serenándose un poco y sirviéndose otro brandy—. Di lo que piensas.

—También yo te odio a ti, y seguiré odiándote. Y no me inspiras tampoco confianza alguna. Estoy harto de matar, pero te juro que lo haré, si te vuelvo a ver con un látigo en la mano, contra mí, como aquel día. Sin embargo, prefiero no matarte, sino aplastarte poco a poco. Ese ha sido mi deseo y estuve a punto de conseguirlo. De todos modos, tal vez los jóvenes tengan razón, y puedan conseguir lo que nosotros no logramos: vivir en paz. Por lo tanto, es mejor dejar que ocurra lo que debe ocurrir. Si con el tiempo llega a tener lugar la unión de

nuestras casas, que se produzca. Al fin y al cabo, será cuenta de ellos, y no de nosotros. En ese aspecto, doy por bien venido el casamiento.

Struan vació su copa y la depositó sobre la mesa. Luego dijo:

—Nunca creí que serías capaz de usar a Tess para tus fines, si te opones tanto como yo.

Brock miró a Struan sin rencor.

—No empleo a Tess para mis fines —aseguró—. Bien lo sabe Dios. Ella también ama a Culum, y ésa es la única razón de que te hable así. Ambos estamos atrapados. Si no consentimos, habrá entre nuestras familias un drama como el de Montescos y Capuletos, y eso es lo que quiero evitar. No deseo que mi Tess repose bajo una losa, tal vez dentro de poco, porque nosotros nos odiamos a muerte. Ella quiere a Culum. Y tengo que pensar en ella.

—No creo en tus palabras.

—Lisa asegura que Tess no hace más que suspirar y hablar del baile, aunque sólo refiriéndose a Culum. Yo mismo la oigo todo el día hablar de lo que Culum dijo, de lo que ella le contestó, o de la forma en que él la miró. Esa es la verdad; estoy seguro de que le quiere de todo corazón.

—Es un cariño pasajero. No significa nada.

—¡Por todos los infiernos, eres increíblemente obcecado, cuando te lo propones! ¿No comprendes que estás equivocado?

De pronto, Brock sintióse cansado y viejo. Quería terminar de una vez con aquello.

—De no haber sido por el baile, nunca hubiera ocurrido esto —agregó al cabo de un momento de reflexión—. Tú la elegiste para que abriera el baile. Tú le otorgaste el premio. Tú…

—No es verdad. Fue Sergeyev quien la eligió, no yo.

—¿Es cierto eso?

—Por completo.

Brock miró fijamente a Struan.

—En tal caso, tal vez la mano de Dios esté en todo esto. Tess no era la chica mejor vestida del baile, eso resultaba evidente —dijo Brock, apurando la cerveza y colocando el jarro sobre la mesa—. Voy a hacerte una oferta. Sé que tú no quieres a Culum como yo a mi Tess, pero déjales que hagan su voluntad, y yo haré otro tanto. El muchacho se lo merece. Te salvó el pescuezo cuando estuve a

punto de arruinarte por culpa de la colina. Si lo que quieres es pelea, luchemos, pero tú y yo solos. Si puedo, te destruiré, pero no mezclemos en esto a los muchachos. Dejemos que hagan lo que consideren mejor.

Brock tendió su mano a Struan, y éste dijo:

—Estoy de acuerdo en lo que a Culum y Tess se refiere, pero no respecto a Gorth.

La forma en que Struan mencionó a Gorth produjo un escalofrío en Brock, pero éste no retiró su mano, aun cuando sabía que el acuerdo estaba lleno de peligros.

Al fin se estrecharon las manos con fuerza.

—Tomemos una copa más para sellar el trato como es debido. Luego podrás marcharte en buena hora —manifestó Brock, y agitó la campanilla por tercera vez, hasta que, cansado de que no apareciese el criado, gritó desaforadamente—. ¡Li Tang!

Su voz despertó extraños ecos en la casa.

Oyóse un ruido de pasos en la escalera, y al fin apareció en la puerta la cara asustada de un empleado portugués.

—Todos los criados han desaparecido, señor. No los encuentro por ninguna parte.

Struan corrió hacia la ventana. Los buhoneros y otros comerciantes chinos, así como los curiosos y los mendigos, abandonaban en silencio la plaza. Algunos grupos de traficantes europeos se hallaban en el jardín inglés, observando la escena.

Struan se volvió y corrió hacia los mosquetes, llegando a ellos al mismo tiempo que Brock.

—¡Que baje todo el mundo! —gritó Brock al empleado.

—¡Pronto, id a mis oficinas, Tyler! ¡Da la alarma!

Un momento después, Struan se había marchado.

Al cabo de una hora, todos los traficantes y sus empleados atestaban el jardín inglés y las oficinas de Struan, que estaban detrás. El destacamento de cincuenta soldados formaba en orden de combate junto a la puerta del jardín. Su comandante, el capitán Oxford, tenía poco más de veinte años y era un joven delgado, de bigotillo rubio.

Struan, Brock y Longstaff se hallaban en el centro del jardín, y cerca de ellos

estaban Cooper y Sergeyev.

La noche era húmeda, cálida, desagradable.

—Será conveniente que ordene la evacuación inmediata, Excelencia —dijo Struan.

—Sí, es lo mejor —corroboró Brock.

—No hay necesidad de apresurarse, caballeros —dijo Longstaff—. Esto ya ha sucedido antes de ahora, ¿no es cierto?

—En efecto, pero ya contábamos con alguna advertencia de los Co-hong o de los mandarines. Nunca ha sido algo repentino —dijo Struan, mientras observaba las lorchas amarradas en los muelles—. No me gusta nada este silencio. En las lorchas cabemos perfectamente todos los que estamos aquí.

—Sí, ya teníamos que estar zarpando —aseguró Brock roncamente.

—No sé qué puede hacerles creer que corremos peligro —dijo Longstaff.

—Tampoco yo lo sé a ciencia cierta —contestó Struan—. Pero algo me dice que debemos marcharnos. O al menos, embarcar en las lorchas. La temporada ha terminado, y nada nos queda por hacer aquí.

—No creo que se atrevan a atacarnos —afirmó Longstaff burlonamente—. ¿Qué motivos tienen? Las negociaciones van por buen camino.

—Sólo sugiero que hagamos lo que usted siempre aconseja: prepararnos para cualquier eventualidad.

Longstaff hizo una seña al oficial.

—Forme tres grupos con sus hombres —dijo al capitán—. Guarde las entradas del este y el oeste, así como la de Hog Street. Impida que salga nadie a la plaza, hasta nueva orden.

—Sí, señor.

Struan vio a Culum, Horacio y Gorth cerca de un farol.

El hijo de Brock estaba explicando el funcionamiento de un mosquete a Culum y éste escuchaba atentamente.

Gorth parecía fuerte y enérgico, comparado con Culum. Miró Struan en otra dirección, y divisó a Mauss, que se hallaba en la penumbra, hablando con un chino de elevada estatura al que Struan desconocía. Struan se acercó con curiosidad a ellos.

—¿Ha descubierto algo, Wolfgang? —preguntó Struan.

—No, Tai-Pan. Ni siquiera he oído rumores. Horacio tampoco sabe nada.

Gott In Himmel, no lo entiendo.

Struan estaba observando al chino, el cual vestía unas andrajosas ropas de campesino y aparentaba tener alrededor de los treinta años. Cubrían sus ojos unos párpados pesados, y miraba a Struan con la misma curiosidad con que éste le observaba.

—¿Quién es? —preguntó al fin Struan.

—Hung Hsu Chun —dijo Wolfgang con orgullo—. Es un Hakka, y yo lo he bautizado, Tai-Pan. Es de lo mejor que he tenido a mi lado. Inteligente, estudioso, y eso que es campesino. Al fin tengo un converso que me ayudará a divulgar la palabra del Señor.

—Es mejor que le mande marchar. Si surge algún inconveniente y le sorprenden los mandarines, tendrá usted un converso menos, Wolfgang.

—Ya se lo he dicho, pero me ha contestado que los caminos del Señor son inescrutables, y que los hombres de Dios no vuelven la espalda a los paganos. No se preocupe. El cielo le protegerá, y yo contribuiré a ello con mi propia vida.

Struan regresó a donde se hallaban Longstaff y Brock.

—Me voy a bordo —decía Brock en ese momento—. Ya lo he decidido.

—Tyler, envía a Gorth y sus hombres a reforzar a los soldados de Hog Street —dijo Struan—. Yo me situaré en el este y te cubriré, por si hay complicaciones. En tal caso, podrás regresar aquí sin peligro.

—Cuídate de ti mismo —contestó Brock—, y yo lo haré de mi persona. No eres el comandante en jefe, ¡qué demonios!

Luego, Brock llamó a su hijo y manifestó:

—Tú vienes conmigo. Ordena a Almeida y a los otros empleados que lleven los libros a bordo y se queden allí.

Minutos más tarde, el grupo de Brock salía del jardín y cruzaba la plaza.

—¡Culum! —llamó Struan.

—¿Sí, Tai-Pan?

—Saca todo lo que hay en la caja de caudales y embarca en la lorcha.

—Muy bien —dijo Culum, bajando la voz—. ¿Hablaste ya con Brock?

—Sí. Ahora date prisa, muchacho. Más tarde hablaremos de eso.

—¿Dijo sí o no?

Struan notó que los demás les miraban, y aunque tenía deseos de contar a Culum el resultado de la entrevista, consideró que no era el momento más

oportuno para hacerlo.

—¡Ira del cielo! ¿Vas a hacer lo que te mando?

—Antes quiero saberlo —replicó Culum, desafiante.

—Y yo no estoy dispuesto a hablar de tus asuntos en este momento. ¡Haz lo que te he dicho! —exclamó Struan, y se dirigió hacia la puerta delantera.

Jeff Cooper le detuvo.

—¿Por qué vamos a evacuar? —inquirió el americano—. ¿A qué viene tanta prisa, Tai-Pan?

—Simple precaución, Jeff. ¿Dispone usted de una lorcha?

—Sí.

Struan volvióse a continuación a Sergeyev, y dijo:

—Puedo proporcionarle sitio para su gente, Alteza. El panorama desde el río es mucho más agradable, sobre todo ahora. Venga a bordo, si lo desea.

—¿Se marcha usted siempre que la plaza queda vacía y se van los criados? —preguntó Sergeyev.

—Sólo lo hago cuando me parece conveniente —dijo Struan, e hizo una seña a su empleado.

—Vargas, lleve los libros a bordo, y que le acompañen con armas los demás empleados.

—Sí, señor.

Cuando los otros traficantes vieron que Struan y Brock se retiraban de verdad, regresaron a sus oficinas y recogieron los libros comerciales, así como los conocimientos de embarque y todo lo que diera fe de las operaciones realizadas, y comenzaron a embarcarlo en sus naves. Quedaba poco dinero, ya que casi todas las operaciones comerciales se hacían por medio de letras de cambio. En cuanto a Brock y a Struan, éstos ya habían enviado sus lingotes de plata a Hong-Kong.

Longstaff vació el escritorio de su despacho, colocó el código secreto y demás documentos importantes en una cartera y se reunió con Sergeyev en el jardín.

—¿Ha preparado sus cosas, Alteza?

—No tengo nada de importancia. Todo esto me parece asombroso. O hay peligro o no lo hay. Si lo hay; no entiendo cómo no están aquí sus tropas. En caso contrario, ¿por qué huimos?

Longstaff se echó a reír y replicó:

—La mentalidad de los paganos, Alteza, es muy diferente de la de los europeos. El Gobierno de Su Majestad ha estado tratando con los chinos durante más de un siglo, y sabemos cómo llevar los asuntos en China. Desde luego —añadió secamente—, no pretendemos conquistar nada, sino dedicarnos al comercio pacífico. Sin embargo, consideramos que esta zona se halla totalmente bajo la influencia británica.

Struan se hallaba revisando la caja de caudales, para asegurarse de que los documentos importantes estaban a bordo.

—Ya me he encargado de eso —dijo Culum, al tiempo que entraba en la estancia y cerraba dando un portazo—. Y ahora, ¿cuál fue la respuesta, condenación?

—Estás comprometido para casarte —replicó Struan— condenación.

Culum sintióse incapaz de hablar a causa de la alegría y la sorpresa.

—Brock está encantado de tenerte como yerno. Podéis casaros tú y Tess el año próximo.

—Entonces, ¿Brock contestó afirmativamente?

—En efecto. Tú mismo tienes que hacer la petición formal, pero Brock dijo que piensa aceptarte. Aún queda por arreglar lo de la dote y otros detalles, mas él convino en que el casamiento sería el año que viene.

Culum abrazó a Struan con fuerza y exclamó:

—Gracias, padre. Muchas gracias.

No se dio cuenta de que hacía bastante que no trataba a Struan de padre, pero éste sí se apercibió.

En ese momento resonó en la noche una descarga cerrada. Struan y Culum corrieron hacia la ventana, y vieron que las primeras filas de unas turbas que comenzaban a invadir la plaza por la entrada del oeste, vacilaban bajo el tiroteo de los soldados. Pero los chinos que iban llegando empujaron a los primeros, y al fin los soldados quedaron envueltos en el vociferante torrente de asiáticos que penetraba en la plaza.

Los revoltosos empuñaban antorchas, hachas y banderas de los Tong, y se dirigieron en primer lugar hacia el edificio situado al oeste, que pertenecía a los

americanos.

Lanzaron una antorcha, a través de una ventana, y echaron abajo las puertas, dedicándose luego a saquear e incendiar los despachos.

Struan cogió su mosquete y corrió al salón del edificio, donde vio a Vargas tambaleándose bajo el peso de un montón de duplicados de facturas.

—¡Al demonio con eso, Vargas! ¡Corra a bordo! —le gritó.

Ante las oficinas de Struan, la plaza estaba llena de traficantes que huían hacia sus lorchas. Algunos de los soldados se hallaban montando guardia en el jardín, dispuestos a resistir hasta el último momento, y Struan se unió a ellos con objeto de ayudarles a cubrir la retirada de los demás. Con el rabillo del ojo vio a Culum corriendo por la plaza, pero se distrajo luego al ver una segunda oleada de chinos que irrumpía por Hog Street.

Los soldados que protegían aquella entrada hicieron una descarga y se retiraron en orden hasta el jardín inglés, donde tomaron posiciones con los demás infantes para defender a los últimos traficantes que corrían hacia las embarcaciones. Los que ya estaban embarcados, empuñaron sus mosquetes, pero los revoltosos se dedicaron únicamente a saquear los edificios de la parte más alejada de la plaza, y no prestaron atención alguna a los traficantes.

Struan notó, lleno de alivio, que Cooper y los demás americanos se hallaban en una de las lorchas. Temió que estuvieran aún en sus oficinas.

—Por todos los cielos, miren a esos salvajes —dijo Longstaff, sin hablar con nadie en especial, mientras observaba desde una puerta del jardín y se decía a sí mismo que de ese modo la guerra era inevitable—. Las tropas de Su Majestad no tardarían en darles su merecido.

Al volverse, Longstaff vio a su lado al gran duque, el cual observaba con no menos disgusto el motín; iba escoltado por sus dos criados de librea, los cuales empuñaban las armas con gesto nervioso.

—Supongo que querrá venir conmigo a bordo, Alteza —dijo Longstaff, procurando hacerse oír por encima del griterío. Se daba perfecta cuenta de que si le ocurría algo al gran duque, el zar tendría una buena excusa para enviar barcos y tropas a aquella zona de China, como acción de represalia.

«No, no pienso que eso suceda», se dijo Longstaff, con determinación.

—Hay una sola forma de tratar con esa gentuza —manifestó Sergeyev—. ¿Aún cree que puede valer con ellos la democracia?

—Claro que sí. Pero tenemos que darles tiempo —aseguró Longstaff—. Vamos a bordo, antes de que sea tarde, Alteza.

Uno de los criados rusos dijo algo a Sergeyev, el cual se limitó a mirarle, sin contestar. El sirviente palideció y no dijo nada más.

—Está bien, Excelencia —replicó Sergeyev, haciendo ostensible su desprecio por las turbas—. Pero creo que deberíamos esperar al Tai-Pan.

El gran duque extrajo su caja de rapé, la ofreció a Longstaff, y vio con satisfacción que su pulso no temblaba.

—Gracias —manifestó Longstaff, aceptando la oferta, y dirigiéndose a Struan, que se acercaba en esos momentos, preguntó—: ¿Qué demonios les habrá pasado a esos chinos, Dirk?

—Debieron de instigarles los mandarines, con toda seguridad —dijo Struan —. Nunca había visto un levantamiento como éste. Es mejor que vayamos a bordo.

Struan contempló la plaza, donde los últimos traficantes embarcaban en las lorchas. Sólo parecía faltar Brock, y en la puerta de sus oficinas vio a Gorth, el cual, con sus hombres, disparaba contra los chinos, que no le amenazaban en absoluto. Struan advirtió que le invadía la ira. Sintióse tentado Struan de disparar su mosquete contra Gorth, dándole muerte en la confusión. Pero no lo hizo. No era de esa clase, y además, quería ver la expresión de terror en la mirada del hijo de Brock cuando le matase.

Los traficantes que habían embarcado soltaron rápidamente las amarras, y numerosas lorchas avanzaron hacia el centro del río. Los revoltosos, por extraño que pareciese, seguían ignorando a los traficantes.

Por las ventanas de las oficinas de Cooper y Tillman salía una densa humareda. Poco después surgieron algunas llamas, y al cabo, el edificio entero se convirtió en una hoguera.

Struan vio a Brock salir rápidamente de sus oficinas, con un mosquete en una mano, un machete en la otra y los bolsillos rebosantes de papeles. Almeida, su empleado principal, corrió hacia las embarcaciones con una brazada de libros y papeles, mientras Brock, Gorth y sus hombres le cubrían con los mosquetes. En ese momento irrumpió por la entrada del este un nuevo grupo de revoltosos, que arrollaron a los soldados, y Struan se dijo que había llegado el momento de huir.

—¡Todo el mundo a bordo! —gritó, dirigiéndose hacia la puerta del jardín, y

al pasar junto a Sergeyev y a Longstaff, agregó—: ¡Es hora de escapar!

En ese instante se produjo una violenta explosión, por haber llegado las llamas al depósito de municiones de los americanos, y el edificio entero voló por el aire, lanzando escombros sobre los orientales, matando a algunos y mutilando a otros. Las banderas de los Tong cruzaban en ese momento la plaza, llevadas por los chinos, que se aproximaban a los edificios del flanco oriental.

Struan se encontraba ya en la puerta, cuando se acordó de Culum. Gritó a sus hombres que le cubrieran, y volvió corriendo a sus oficinas.

—¡Culum, Culum! —exclamó.

El muchacho bajaba en ese instante por la escalera.

—Había olvidado algo importante —dijo, y corrió hacia las lorchas.

Sergeyev y Longstaff seguían esperando con sus hombres al lado de la puerta del jardín. De pronto, una tercera oleada de orientales le cortó la retirada, cruzando la plaza y cayendo sobre el edificio contiguo. Struan señaló una pared de regular altura, y todos saltaron. Culum tropezó y cayó, pero Struan le levantó rápidamente, y, seguidos de Sergeyev y Longstaff, corrieron hacia las lorchas.

Los revoltosos los dejaron pasar, pero en cuanto quedó libre de europeos el jardín, las primeras filas de chinos se precipitaron dentro e invadieron la Noble Casa.

Para entonces, las llamas surgían de la mayor parte de los edificios. Un techo se desplomó ardiendo y levantó una lluvia de chispas, que cayeron sobre los miles de orientales concentrados en la plaza.

Brock se hallaba en el puente de su lorcha, animando con blasfemias a su tripulación. Todos sus hombres estaban armados y apuntaban con los mosquetes hacia tierra.

De pie junto a la borda, Gorth ordenó soltar las amarras de proa y popa. Al alejarse la lorcha del muelle, Gorth se apoderó de un mosquete, apuntó contra uno de los chinos que se apiñaban contra la puerta de su establecimiento, y oprimió el gatillo. Cayó el oriental, y Gorth sonrió con gesto maligno. Cogió otro mosquete para repetir la maniobra, cuando divisó a Struan y los otros corriendo hacia su embarcación, mezclados entre algunos revoltosos chinos. Gorth comprobó que nadie le estaba observando y apuntó con cuidado hacia Struan, que avanzaba entre Sergeyev y Culum. Oprimió Gorth el gatillo y Sergeyev cayó rodando al suelo.

De nuevo empuñó Gorth otra arma, pero Brock se acercó a él corriendo desde la popa.

—¡Ve a proa y prepara el cañón delantero! ¡No dispares hasta que yo lo diga! —exclamó. Luego, empujó a Gorth hacia delante y gritó a sus hombres—: ¡Cargad las velas, por todos los infiernos!

Miró Brock hacia tierra y vio a Culum, Struan y Longstaff que se inclinaban sobre Sergeyev, mientras un grupo de chinos se dirigía con gesto amenazador hacia ellos. Brock empuñó el mosquete que iba a coger Gorth, apuntó e hizo fuego. El oriental que iba en cabeza cayó al suelo, y los demás vacilaron. Struan cargó a Sergeyev sobre sus espaldas, y Brock gritó a los marineros:

—¡Disparad sobre sus cabezas!

Los marineros hicieron una descarga contra los chinos, que retrocedieron aterrados, mientras los de atrás seguían empujando. La confusión que siguió dio a Struan y sus compañeros el tiempo suficiente para llegar hasta su embarcación.

Mauss estaba esperando en el muelle, junto a la lorcha y en compañía del chino converso. Ambos estaban armados, y el reverendo, con una Biblia en una mano y un machete en la otra, exclamó:

—¡Señor de las alturas, perdona a estos pecadores!

Luego blandió el arma en el aire con formidable ímpetu, y los revoltosos que había, a corta distancia de él, retrocedieron. Cuando estuvieron todos a bordo y la lorcha avanzaba por el centro de la corriente, pudo divisarse el conjunto del establecimiento. Las llamas que ascendían ondeando hacia el cielo, el sofocante humo y los alaridos de los revoltosos, todo contribuía a dar la impresión de una escena infernal.

Longstaff se hallaba de rodillas junto a Sergeyev, que yacía tendido sobre el puente. Struan se acercó rápidamente a ellos, mientras ordenaba a Mauss:

—¡Vaya a proa y extreme la vigilancia!

Sergeyev tenía el rostro intensamente pálido y se apretaba la ingle derecha con la mano, debajo de la cual rezumaba la sangre. Los criados lanzaban quejidos de pavor, y Struan los echó a un lado y desgarró el pantalón del ruso, para dejar al descubierto la herida. La bala había entrado por el bajo vientre, oblicuamente, atravesando luego el muslo derecho. La sangre brotaba continuamente, sin intermitencias. Struan dio gracias al cielo porque la bala no hubiera tocado ningún órgano vital, como temiera al principio. Volvió de

espaldas al ruso, que lanzó un sordo gemido, y pudo comprobar que la parte trasera del muslo de Sergeyev estaba destrozada, en la parte donde la bala había salido. Struan examinó minuciosamente la herida, y apartó de ella un trocito de hueso.

—Trae mantas, brandy y un brasero —ordenó Struan a un marinero—. Alteza, ¿puede usted mover la pierna derecha?

Sergeyev hizo un esfuerzo y se retorció de dolor, pero movió la pierna.

—Bien, creo, por fortuna, que la articulación de la cadera no ha resultado afectada. Ahora tranquilícese y descanse.

Cuando trajeron las mantas, Struan envolvió en ellas al gran duque, lo colocó más cómodamente detrás del puesto del timonel, y le dio a beber brandy.

Poco después, el marinero regresó con el brasero, y Struan expuso al aire la herida, que regó abundantemente con brandy. A continuación extrajo su cuchillo y lo colocó sobre las ascuas del brasero.

—Excelencia, Culum, échenme una mano —dijo Struan, y Longstaff y el hijo de Struan se arrodillaron junto al herido, reteniendo Culum la cabeza del herido, y Longstaff los pies.

Struan introdujo el cuchillo al rojo en la herida delantera, y Sergeyev perdió el conocimiento. Cauterizó Struan el orificio y lo sondeó profunda y rápidamente, aprovechando el desmayo del ruso. El olor a carne quemada impregnó el aire. Longstaff se inclinó hacia un lado y vomitó. Culum, en cambio, se mantuvo en su puesto y siguió ayudando.

Volvieron de espaldas al herido, y con el cuchillo otra vez al rojo, Struan cauterizó la herida posterior. Sintió entonces que le dolía la cabeza a causa del intenso olor a carne quemada. De su barbilla resbalaba un hilo de sudor, pero se mantuvo firme y quemó a fondo la herida, pues sabía que si no lo hacía bien, ello podía significar la muerte de Sergeyev. Con una herida como aquélla, las probabilidades de salvarse no eran muchas.

Por fin concluyó su tarea. Vendó a Sergeyev, y luego se aclaró la boca con brandy. Los vapores del alcohol parecieron disipar un poco el olor a carne quemada.

Tomó Struan un buen trago de bebida y examinó a Sergeyev, que tenía el rostro gris y mortecino.

—Ahora se halla en manos de la Providencia —dijo Struan—. ¿Te

encuentras bien, Culum?

—Creo que sí.

—Me alegro. Ve abajo, ordena distribuir ron caliente a los marineros y soluciona cualquier dificultad que se presente. Ahora eres el segundo de a bordo.

Culum descendió bajo cubierta.

Los dos sirvientes rusos estaban arrodillados junto a Sergeyev. Uno de ellos tocó levemente a Struan en un brazo, y le dijo algo en su lengua, agradeciéndole sin duda lo que había hecho por su amo. Struan les hizo una seña para que permaneciesen al lado del gran duque.

Luego se aproximó a Longstaff, y le preguntó:

—¿Ve usted mosquetes entre las armas de los chinos?

—No, no he visto ningún mosquete.

—Yo tampoco —dijo Struan.

—Los disparos se hacían desde varios lugares —agregó Longstaff, con tono preocupado—. Ha sido un desafortunado accidente.

Struan permaneció en silencio un momento, y al fin dijo:

—Si muere habrá grandes complicaciones, ¿verdad?

—Esperemos que eso no suceda, Dirk —replicó Longstaff, al tiempo que se mordía nerviosamente los labios—. Tengo que informar cuanto antes al secretario de Asuntos Exteriores acerca del incidente. Tendré que hacer una investigación.

—Está bien.

Longstaff observó el rostro grisáceo y exangüe del herido. Sergeyev respiraba con dificultad.

—¡Maldita complicación! —murmuró Longstaff.

—Por la trayectoria de la bala y por el lugar donde se hallaba cuando le hirieron, no hay duda de que fue una de nuestras balas.

—Ha sido un desafortunado accidente.

—Quién sabe. Tal vez la bala fuera dirigida intencionadamente.

—Eso es imposible. ¿Quién podía tener deseos de matar a Sergeyev?

—Tal vez quisieran matarle a usted, o a Culum, o a mí, y no a él. Todos estábamos juntos en aquel momento.

—¿Quién pudo ser?

—Tengo por lo menos una docena de enemigos mortales.

—Brock no le mataría a sangre fría, estoy seguro.

—No dije que hubiera sido él. Creo que lo mejor será que ofrezca una recompensa para quien pueda suministrar informes al respecto. Alguien pudo ver lo ocurrido.

Los dos hombres se volvieron a mirar el Establecimiento. Quedaba ya bien a popa, y de él sólo se divisaban llamas y humo, por encima de los techos de Cantón.

—Es una locura saquear de esa forma. Nunca lo habían hecho anteriormente, ¿verdad? ¿Por qué lo habrán hecho? —preguntó Longstaff.

—No lo sé.

—En cuanto lleguemos a Hong-Kong, nos dispondremos para salir hacia el Norte, y esta vez llegaremos hasta las puertas de Pekín. Por todos los cielos, el emperador lamentará haber ordenado este ataque.

—Sí, pero primero realice una incursión contra Cantón.

—Sería perder el tiempo.

—No lo crea. Ataque antes de una semana, y pida de nuevo un rescate por la ciudad. Esta vez, seis millones de taels.

—¿Por qué razón?

—Necesitamos un mes o más para preparar la flota, a fin de atacar con garantías hacia el Norte. Además, el tiempo no es favorable, y tiene usted que esperar la llegada de refuerzos. ¿Para cuándo se los espera?

—Para dentro de un mes, o de seis semanas.

—Muy bien —dijo Struan, y su expresión se endureció—. Entretanto, los Co-hong tendrán que buscar seis millones de taels. Así aprenderán a avisarnos antes de un ataque de los chinos. Es necesario que haga usted ondear de nuevo nuestra bandera aquí, antes de ir hacia el Norte, o perderemos prestigio. Si no les castigamos por la quema del Establecimiento, nunca nos hallaremos seguros en el futuro. Ordene al *Némesis* que fondee ante la ciudad, y envíe un ultimátum de doce horas.

Sergeyev lanzó un quejido y Struan se le acercó. El ruso aún seguía inconsciente.

Entonces, Struan notó que el chino que había convertido Mauss le estaba observando. El oriental se hallaba junto a la borda de estribor, y al fin hizo la señal de la cruz en dirección a Struan y, cerrando los ojos, comenzó a orar en

silencio.

CAPITULO XXVII

Struan saltó desde la lancha hasta el nuevo muelle de Queenstown y avanzó rápidamente en dirección al amplio edificio que estaban terminando de construir. La bandera del león y el dragón ondeaba en el extremo del mástil.

Notó Struan que por todo el Valle Feliz aparecían terminados numerosos edificios comerciales y moradas, mientras que en la loma se estaban iniciando las obras de la iglesia. El muelle particular de Brock y los almacenes y oficinas de su Compañía, también estaban casi terminados. Otros edificios se hallaban aún rodeados por los leves andamiajes de bambú, mientras que el Camino de la Reina había sido cuidadosamente empedrado.

Sin embargo, se apreciaban muy escasos culíes trabajando, aunque no eran sino las primeras horas de la tarde. El día era cálido y muy bochornoso, pero un agradable vientecillo del Este había comenzado a soplar ligeramente sobre el valle.

Entró Struan en el salón principal del edificio, sintiendo que se le pegaba la ropa a la espalda. Un sudoroso portugués miró a Struan y experimentó un sobresalto.

—¡Santa madre de Dios, el señor Struan! Buenos días, señor, no le esperábamos tan pronto.

—¿Dónde está Robb?

—Arriba, señor, pero…

Struan no escuchó al empleado y ascendió rápidamente las escaleras. Desde el primer rellano partían pasillos en todas direcciones. Había numerosas ventanas que daban tanto hacia el mar como hacia tierra. La flota estaba anclada en silencio en el puerto, y la lorcha de Struan había sido la primera en llegar desde Cantón.

Dirigióse Struan hacia el pasillo oriental y atravesó el comedor, que estaba

casi concluido, produciendo sus pasos un agudo eco sobre la piedra aún sin cubrir con alfombras. A continuación llamó en una puerta y la abrió.

La puerta daba acceso a una amplia estancia a medio amueblar. Había sillas, divanes, cuadros de Quance ya colocados en la pared, gruesas alfombras y una chimenea vacía. Sarah se hallaba sentada en un sillón de alto respaldo, cerca de una de las ventanas, sosteniendo un abanico de bambú trenzado en la mano. La mujer miró a Struan cuando éste abrid la puerta.

—Buenas tardes, Sarah.

——Hola, Dirk.

—¿Cómo se encuentra Karen?

—Karen ha muerto.

Sarah tenía una mirada inexpresiva, y el rostro pálido y cubierto por el sudor. Estaba envejecida, y presentaba numerosas canas en el cabello.

—No sabes cuánto lo siento, Sarah.

Esta se abanicó con expresión ausente. El aire levantado por el abanico le hizo caer sobre el rostro un mechón de grisáceo cabello, pero ella no se molestó en apartarlo.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace tres días, o dos, tal vez —dijo la mujer, con voz monótona—. No lo sé muy bien.

El abanico seguía moviéndose sin cesar, como si tuviera vida propia.

—¿Cómo está el chiquillo?

—Vive. Lochlin todavía está vivo.

Struan se pasó una mano por la barbilla para quitarse unas gotas de sudor, y declaró:

—Somos los primeros en llegar de Cantón. Han quemado el Establecimiento. Recibimos la carta de Robb poco antes de marcharnos de allí.

—Estaba viendo llegar tu lancha a tierra —dijo Sarah.

—¿Dónde está Robb?

Ella señaló con el abanico hacia una puerta, y Struan notó la delgadez de las venas azulinas que se apreciaban en la muñeca de Sarah.

Struan se dirigió al dormitorio. Era una estancia amplia, cuyo lecho, con pilares y dosel, estaba construido según el modelo del suyo propio.

Robb estaba tendido sobre la cama, con los ojos cerrados y el rostro grisáceo

y demasiado vuelto contra la sucia funda de la almohada.

—Robb —dijo suavemente Struan. Pero los ojos de su hermano no se abrieron, y su boca siguió ligeramente entreabierta. El corazón de Struan dio un vuelco. Tocó el rostro de su hermano. Estaba frío. Tenía la frialdad de la muerte.

Ladró un perro en las cercanías, y una mosca zumbó pesadamente. Struan regresó a la otra habitación y cerró la puerta de la alcoba.

Sarah seguía en su sillón de alto respaldo, mientras el abanico continuaba moviéndose lentamente. Adelante y atrás, sin cesar.

Struan sintióse disgustado porque Sarah no le hubiera dicho lo ocurrido.

—Robb murió hace una hora —declaró ella—. Quizá fue hace dos o tres horas. Antes de morir me dio un mensaje para ti. Me dijo: «Di a Dirk que nunca quise ser Tai-Pan».

—Me ocuparé de todo lo necesario, Sarah. Ahora creo que es mejor que vayas con los niños a bordo del *Resting Cloud*.

—Yo cerré sus ojos, y también los de Karen. ¿Quién cerrará tus ojos, Tai-Pan, y los míos?

Una vez dadas las órdenes oportunas, Struan se encaminó hacia la pequeña loma donde se hallaba su casa.

Pensó en el primer día en que Robb llegó a Macao.

—¡Dirk, se han terminado todos tus problemas, aquí me tienes! —dijo Robb, con su ingenua sonrisa—. Aplastaremos a la Compañía de las Indias Orientales y hundiremos a Brock. Viviremos como príncipes e iniciaremos una dinastía que dominará el Asia para siempre. Y, además, voy a casarme. La muchacha se llama Sarah McGlenn. Tiene ahora quince años, pero ya estamos comprometidos, y contraeremos matrimonio dentro de dos años.

«Dime, Señor, ¿en qué nos hemos equivocado? —pensó Struan—. ¿Por qué cambian las gentes? ¿Cómo el odio, la violencia y el dolor pueden reemplazar a la juventud, la dulzura y el amor? ¿Por qué, Señor? Así ha ocurrido con Sarah, con Ronalda, con Robb y conmigo, y ocurrirá también con Culum y con Tess».

Struan había llegado ante la puerta del alto muro que rodeaba su casa. La abrió y miró hacia el edificio. Estaba silencioso. Amenazadoramente silencioso. La palabra «malaria» martilleaba los tímpanos de Struan. Una leve brisa agitaba

los bambúes más altos. El jardín se hallaba ahora cubierto de plantas. Había arbustos, flores y abejas que revoloteaban afanosamente.

Abrió Struan la puerta de la casa, pero no entró, sino que permaneció escuchando desde los escalones exteriores.

No se oyó risa alguna, ni la charla cantarína de los criados, ni palabras de bienvenida. La casa parecía estar vacía.

Miró el barómetro. Presagiaba buen tiempo.

Entró en el vestíbulo y notó que el aire estaba extrañamente cargado de incienso. Observó que algunos muebles se hallaban cubiertos de polvo.

Struan se dirigió hacia la alcoba de May-May y abrió la puerta. El lecho estaba intacto y la habitación se hallaba singularmente ordenada.

La estancia de los niños estaba vacía. No se veían juguetes ni ropas por ninguna parte.

Entonces, Struan vio a May-May a través del cristal de la ventana.

Venía de la parte oculta del jardín con un ramo de flores recién cortadas en la mano, y su rostro aparecía sonrosado. Corrió Struan afuera y la abrazó con fuerza.

—¡Cielo santo, Tai-Pan, me has aplastado las flores! —dijo la muchacha, rodeándole el cuello con los brazos—. ¿De dónde vienes? No, no me aprietes tanto, por favor. ¿Cómo tiene tu rostro una expresión semejante?

Struan tomó asiento con May-May en un banco, al sol.

Ella permaneció con gusto en los brazos de él, contenta de volver a verle. Luego alzó la cabeza y le sonrió.

—Me has dado una buena sorpresa —le dijo.

—Eso creo.

—Pero, ¿por qué tienes ese aspecto de tristeza?

—Problemas que surgen, May-May. Además, temí haberte perdido. ¿Dónde están los niños?

—En Macao. Los envié a casa de Chen Sheng cuando comenzó la epidemia. Me pareció lo más adecuado. Mary Sinclair los llevó. ¿Por qué creíste haberme perdido?

—Por nada. ¿Cuándo se fueron los niños?

—Hace una semana. Mary dijo que cuidaría de ellos. Mañana regresa.

—¿Dónde están Ah Sam y Lim Din?

—Les he enviado a por comida. Cuando vi llegar tu lorcha, pensé que la casa estaba terriblemente sucia y desprovista de alimentos, de modo que les ordené que limpiaran todo apresuradamente y les envié a por comida.

Me alegro muchísimo de que hayas vuelto, Tai-Pan, puedes estar seguro. Los precios se han puesto por las nubes y ya no tengo dinero, así que tendrás que proporcionarme algo, ya que estamos manteniendo a toda la familia de Lim Din y a la de Ah Sam. No me importaría ayudar a sus padres o sus hermanos, pero a todo el clan familiar me parece excesivo. Cierto es que somos ricos, pero no tanto, y si no cuidamos del dinero, no tardaremos en quedarnos sin un centavo.

May-May observó a Struan, frunció el ceño y le preguntó con tono de preocupación:

—Dime lo que ocurre, Tai-Pan.

—Robb ha muerto, y también la pequeña Karen.

Los ojos de la muchacha se agrandaron y su alegría se desvaneció como por encanto.

—Sabía lo de la niña, pero no que había muerto el hermano Robb. Me enteré de que cayó enfermo hace tres o cuatro días, y nunca pensé que ya hubiera muerto. ¿Cuándo ha sucedido?

—Hace pocas horas.

—¡Qué tremenda desgracia! Será mejor que abandonemos este valle maldito.

—No está maldito, muchacha. Se ha producido una epidemia de fiebre. Eso es todo.

—No olvides que estamos viviendo sobre un ojo del dragón. No olvides que nuestro Feng-shui es terriblemente malo, en este lugar —aseguró May-May, después de lo cual lanzó un torrente de súplicas en cantones y mandarín.

Struan volvió a sentirse atenazado por la incertidumbre que le agobiaba desde hacía algunas semanas. Si abandonaba el valle, los demás harían lo mismo. Si permanecía en él, May-May podía contraer la fiebre y morir, a lo que no quería exponerse. ¿Qué debía hacer para poner a salvo de la epidemia a la gente, y a la vez no perjudicar a Queenstown y a Hong-Kong?

—Tai-Pan, ¿es cierto que han habido grandes disturbios en Cantón?

Struan contó a May-May lo que había ocurrido, y ella manifestó:

—Eso no parece tener sentido alguno. ¿Lo hicieron con el fin de saquear el Establecimiento?

—Así parece.

—De todos modos, han obrado con gran astucia, al no prender fuego al Establecimiento hasta que la temporada de comercio hubo concluido. ¿Qué haréis ahora? ¿Pensáis atacar Pekín?

—Antes caeremos sobre Cantón. Luego, sobre la capital.

—¿Por qué Cantón, Tai-Pan? El ataque fue instigado por el emperador, sin duda alguna. Sólo él ordenó esas cosas, y no los funcionarios de Cantón.

—Es cierto, pero pudieron advertirnos del ataque. Tendrán que pagar seis millones por el rescate, y con toda rapidez, o se quedarán sin ciudad, por todos los infiernos. Luego, atacaremos hacia el Norte.

May-May frunció de nuevo el ceño. Pensó que debía enviar aviso a su abuelo, Jin-qua, ya que los Co-hong tal vez no dispusieran del dinero del rescate, y su abuelo podía arruinarse junto con los demás. Nunca le había enviado ningún mensaje, aprovechándose de su posición junto al Tai-Pan, pero creía que ahora estaba obligada a hacerlo. El formar parte de una intriga le producía una íntima satisfacción. Después de todo, sin secretos ni intrigas, la vida perdería la mayor parte de su atractivo.

«¿Por qué las turbas se dedicaron al saqueo, cuando era evidente que no había nada que saquear? —se dijo May-May—. Es algo absurdo».

—Guardaremos cien días de luto por tu hermano, ¿verdad, Tai-Pan?

—El luto que yo llevo por dentro es mucho más sentido que eso, muchacha —replicó Struan.

—Cien días es la costumbre. Dispondré, junto con Gordon Chen, todo lo concerniente al funeral. Contrataremos cincuenta plañideras profesionales y habrá acompañamiento de tambores, matracas y banderas. El hermano Robb tendrá un entierro que será recordado durante muchos años. No repararemos en gastos. Tú quedarás tan complacido como los mismos dioses.

—No podemos hacer eso —contestó él, sin disimular su disgusto—. No va a ser un entierro al uso chino, y menos aún contrataremos lloronas profesionales.

—¿Así piensas honrar a tu hermano muerto, ante las gentes de Hong-Kong? Eso es lo que no puede faltar, las plañideras. ¿O es que no somos de la Noble Casa? Hasta el más mísero de los culies se burlará si no hacemos un entierro como es debido. Además, eso podría traernos muy mala suerte.

—Sucede que lo que dices no entra en nuestras costumbres. Nosotros

hacemos las cosas de modo diferente.

—Está bien —dijo ella—. Haremos un funeral al estilo europeo, y otro al uso chino. En casa me vestiré de blanco, que es nuestro color de luto, y haré una tablilla, como de costumbre, ante la que nos inclinaremos todas las noches. Luego, al terminar los cien días, quemaremos la tablilla y su alma reencarnará sin dificultad.

Pero Struan no escuchaba a la muchacha. En su mente se había fijado una interrogante: ¿Cómo combatir la fiebre y salvar el Valle Feliz y la isla de Hong-Kong?

CAPITULO XXVIII

Tres días después fue enterrado Robb, junto a la tumba donde yacía su hijita Karen. Wolfgang celebró el oficio religioso en el templo, aun sin techo, y bajo un cielo libre de nubes.

Estaban presentes todos los tai-pan, con excepción de Wilf Tillman, que yacía en uno de los barcos de la compañía Cooper-Tillman, aquejado de fiebres. Longstaff tampoco estuvo en la ceremonia, pues ya había partido con el general y el almirante hacia Cantón, llevándose cuantas tropas y buques se hallaban en condiciones. La disentería había diezmado sus filas. El H. M. S. *Nemesis* fue enviado por delante.

Sarah tomó asiento durante la ceremonia en el primer banco de la iglesia. Vestía de luto, con velo igualmente negro. También iban de luto Shevaun, Mary, Lisa, Tess y las mujeres de otros traficantes. Los hombres vestían de oscuro y sudaban copiosamente.

Struan se puso en pie para leer unos versículos, y Shevaun le observó con atención. Le había dado el pésame el día anterior, y se dijo que no podía hacer otra cosa por él. Al cabo de una semana, o poco más, todo volvería a marchar bien. Ahora que había muerto Robb, pensó que necesitaba revisar sus planes. Shevaun tenía intenciones de casarse con Struan lo más rápidamente posible, para alejarle de allí. Primero le llevaría a Washington, para que conociese a algunas personalidades, y luego irían a Londres, donde a él le esperaba el Parlamento, aunque ya iría respaldado con la fuerza de sus amistades de Norteamérica. Más tarde, seguramente volvería a los Estados Unidos, sin duda como embajador.

Pero ahora había que pensar en un retraso en la ejecución de los proyectos, pues Struan no se marcharía hasta no dejar a Culum en condiciones de relevarle.

Al mismo tiempo que se realizaba el silencioso y lúgubre funeral en el Valle

Feliz, con su cortejo por el Camino de la Reina hasta el cementerio de los europeos, otra ceremonia fúnebre se llevaba a cabo en las callejas de Tai Ping Shan, si bien aquí la procesión era ruidosa, abigarrada, y los asistentes iban llorando a lágrima viva y lanzando lamentos por la gran pérdida que había experimentado la Noble Casa, mientras los tambores batían sin cesar, contribuyendo a aumentar el estruendo general.

Las gentes de Tai Ping Shan quedaron vivamente impresionadas con la prodigalidad de la Noble Casa y del Tai-Pan, y el prestigio de Gordon Chen aumentó considerablemente, al mismo tiempo que el de su padre, ya que los orientales no esperaban que el Tai-Pan mostrase tanto apego hacia sus dioses y costumbres. Y no es que Gordon Chen necesitara incrementar aún más su prestigio, pues era ya el mayor propietario de tierras de Hong-Kong, y sus tentáculos se extendían en todas direcciones, siendo el dueño, asimismo, de casi todos los edificios que no fueran de europeos, y de las tres lavanderías, los catorce sampánes de pesca, las dos farmacias, los seis restaurantes y los diecinueve puestos de limpiabotas, entre otras cosas. También recibía el cincuenta y uno por ciento de las ganancias que se obtenían en el primer taller de joyería que se instaló en Hong-Kong, donde diestros artesanos de Kwantung se dedicaban a labrar joyas y ricas maderas.

Todo esto aparte de su negocio de préstamos. Por increíble que resultase para los orientales, Gordon era tan rico que se permitía hacer empréstitos al uno y medio por ciento menos que los restantes prestamistas, por lo que tenía monopolizada esa actividad. Se decía que hasta había hecho socio al Tai-Pan en sus empresas, y que con la muerte de su tío, nuevas riquezas irían a parar a sus arcas.

Tampoco entre los Tong necesitaba Gordon incrementar su prestigio. Ellos sabían perfectamente quién era y le obedecían sin replicar. Aquellos de los Tong que trabajaban como pescadores, como estibadores, cocineros, buhoneros, criados, culíes, y en las más diversas actividades, en fin, necesitaban igualmente solicitar dinero en préstamo, y por lo tanto se creyeron obligados a concurrir al funeral del bárbaro tío de su dirigente, y muchos contribuyeron con dinero para los gastos de la ceremonia.

Así, pues, todo el mundo iba gimiendo en el interminable cortejo, donde las plañideras casi pasaban inadvertidas, solazándose con la dramática

representación que era la ceremonia, bendiciendo a un tiempo a los hados por haberles dejado con vida para plañir, comer, hacer el amor, hacer dinero y llegar, con ayuda de la suerte, a ser inmensamente ricos, para a su vez poder tener un funeral tan magnífico como aquél, cuando muriesen.

Gordon Chen seguía lentamente al cortejo. Tenía un aspecto solemne, y, como los demás, se rasgó las ropas —aunque lo hizo con toda dignidad—, y se lamentó a lágrima viva ante los dioses por la tremenda pérdida que había experimentado. El Rey de los Mendigos le seguía de cerca, lo cual hizo que el prestigio de ambos aumentase recíprocamente. En fin, los dioses se dignaron sonreír con benevolencia.

Cuando la tumba quedó cubierta con la tierra seca y estéril, Struan acompañó a Sarah a la lancha.

—Iré a bordo esta noche —dijo a la mujer.

Sin contestar, Sarah tomó asiento en la popa del bote y volvió la espalda a la isla.

Cuando la embarcación hubo despegado del muelle, Struan se encaminó de nuevo hacia el Valle Feliz.

El camino estaba infestado de pordioseros, de desocupados, y de culíes que portaban palanquines, pero ninguno de ellos molestó al Tai-Pan, ya que éste había seguido pagando su prima mensual al Rey de los Mendigos.

Struan vio a Culum al lado de Tess, en medio del grupo de los Brock. Acercóse a ellos y se quitó respetuosamente el sombrero para saludar a las damas. Luego miró a su hijo e inquirió:

—¿Quieres dar un paseo conmigo, Culum?

—Desde luego —replicó el muchacho. Desde que llegara su padre, no había hablado a solas con él, y tenía que tratar numerosos asuntos de importancia, como, por ejemplo, la forma en que la muerte de Robb podía afectar los proyectos que habían hecho, y el momento de declarar oficialmente el compromiso matrimonial con Tess. No era un secreto que había pedido formalmente a Brock la mano de Tess en Whampoa, después de la retirada de Cantón, y que el traficante le había aceptado. Tampoco era un secreto que con la repentina muerte del hermano del Tai-Pan, los planes deberían quedar postergados momentáneamente.

Volvió Struan a saludar con su sombrero, y se alejó del grupo, con Culum a

su lado.

Comenzaron a pasear por la carretera, en silencio.

Los que habían visto a Culum y a su padre con los Brock, movieron la cabeza asombrados, al recordar que Brock había consentido en un casamiento que sin duda habría sido ideado por el Tai-Pan, para su beneficio.

—Buenos días, Mary —dijo Struan, al ver que se acercaba la muchacha, en compañía de Glessing y de Horacio. Mary Sinclair tenía aspecto de hallarse inquieta.

—Hola, Tai-Pan. ¿Puedo pasar por su casa esta tarde? —inquirió—. Desearía hablarle un momento.

—Está bien. La espero hacia la puesta del sol. ¿Le parece bien?

—Perfectamente, muchas gracias. No puede imaginar lo que siento la terrible pérdida que ha experimentado.

—Así es —corroboró Glessing—. Ha sido una desgracia irreparable.

El joven marino sentía cada vez mayor admiración hacia Struan. Recordó que éste había estado en Trafalgar, aunque fuera como grumete, y por ello era digno de todo respeto. Cuando Culum se lo dijo, Glessing le preguntó en qué barco había servido Struan, pero aquél lo ignoraba. Se preguntó Glessing si Struan habría navegado con su padre. Varias veces estuvo a punto de preguntárselo al propio Tai-Pan, pero no se atrevió a hacerlo.

—Verdaderamente irreparable —repitió Glessing.

—Muchas gracias —contestó Struan—. ¿Qué tal van las cosas, capitán?

—Sin novedad, aunque no falta trabajo, indudablemente.

—Tal vez sea oportuno colocar boyas de anclaje para los grandes barcos.

—¿Cree que va a desencadenarse una tormenta? —inquirió Glessing, interesado.

—No, pero estamos en época de tifones, y éstos pueden adelantarse, lo mismo que pueden retrasarse.

—Gracias por su sugerencia. Comenzaré a hacerlo esta tarde.

«Muy aconsejable —pensó Glessing—. El Tai-Pan soporta con valor su drama familiar. Es uno de los mejores marinos que surcan los mares, y Mary le tiene en gran consideración. Gracias a él se ha realizado el ataque contra Cantón, al cabo de dos días escasos de que esos demonios amarillos incendiasen el Establecimiento. ¡Condenado almirante! ¿Por qué no me devolverá mi barco ese

vejestorio? Tal vez si pidiese al Tai-Pan que hable por mí…».

—¿Piensa volver con la flota? —inquirió Glessing.

—Aún no lo he decidido —replicó Struan y, dirigiéndose a Horacio, le preguntó—: ¿Cuándo has vuelto, muchacho?

—Anoche, Tai-Pan. Su Excelencia me envió para que le representase en el funeral, como ya sabe usted. Regresaré con la próxima marea.

—Ha sido una atención, por parte de Su Excelencia, y también por tu parte. A los dos os lo agradezco.

—Su Excelencia tiene mucho interés por saber cómo se encuentra Su Alteza, el gran duque —dijo Horacio.

—No va mal —replicó Struan—. Está en el *China Cloud*, y creo que tiene afectada una cadera, aunque eso no puede decirse con certeza hasta que pase un tiempo. Si quieres, puedes hacerle una visita. Bien, hasta luego, muchachos.

Struan se descubrió otra vez, y él y Culum se alejaron.

«Sin duda Mary quiere hablarme acerca de los niños —se dijo Struan—. Espero que no ocurra nada malo. ¿Qué sucederá entre Horacio y Glessing? Ambos parecen hallarse disgustados entre sí».

—¿Me permites que te invite a comer en el arsenal, Mary? También puedes venir tú, Horacio —estaba diciendo Glessing.

—Me gustará mucho hacerlo, querido George —replicó Mary, y, antes de que Horacio tuviera tiempo de contestar, añadió—: Pero Horacio no podrá venir. Tiene otro compromiso. Mi querido hermano me ha dicho que pediste formalmente mi mano, ¿no es cierto?

Glessing experimentó un sobresalto, y replicó tartamudeando:

—Bueno…, sí, claro. Espero…

—Me alegra decirte que acepto —dijo Mary.

—¡Por Jove! —exclamó Glessing, cogiendo las manos de la muchacha y besándoselas—. No sabes cuánto me alegro, Mary, te aseguro que…

Al volverse a dar las gracias a Horacio, la alegría de Glessing se desvaneció.

—¿Qué ocurre, por todos los cielos? —inquirió el capitán.

Horacio tenía una mirada maligna clavada en la muchacha.

Esbozó una sonrisa terriblemente forzada, pero no apartó la vista de Mary.

—No ocurre nada —se limitó a decir Horacio.

—¿Acaso no lo apruebas? —preguntó Glessing con voz tensa.

—Claro que lo aprueba —intervino Mary—. ¿No es cierto, querido hermano?

—Es que… eres muy joven. Demasiado joven, y… —dijo Horacio.

—Pero das tu aprobación, ¿verdad? —insistió la muchacha—. Podemos casarnos tres días antes de Navidad, si te parece bien, George.

Glessing quedó helado ante la manifiesta animosidad que se apreciaba entre hermana y hermano.

—¿Qué te parece, Horacio? —preguntó Glessing.

—Estoy segura de que el Tai-Pan sabrá apreciar tu aprobación, Horacio —dijo Mary, contenta de haber decidido casarse con el capitán. Si Horacio se oponía, recurriría a Struan, quien no se negaría a devolverle el favor que ella le había hecho. En seguida agregó con tono desafiante, con el que pretendía ocultar su temor—: Yo te acepto, George.

—¡Podéis iros al demonio los dos! —dijo Horacio, y se alejó sin dar más explicaciones.

—¿Qué significa esto, por amor de Dios? ¿Acaso no aprueba nuestro matrimonio tu hermano?

—Sí, lo aprueba, George, no te preocupes. Y perdóname por tratar el asunto tan repentinamente, pero preferí dejarlo solucionado cuanto antes.

—No, Mary, soy yo quien lo lamenta. No tenía idea de que tu hermano iba a mostrarse tan contrario a nuestro enlace. De haberlo sabido, no me hubiera precipitado.

La alegría de Glessing al verse aceptado quedó desvirtuada a causa del dolor que veía reflejado en el rostro de Mary. Maldijo interiormente a Sinclair, y se preguntó cómo habría podido sentir afecto hacia él.

—Me alegro de que estés junto a mí, George —oyó él que Mary le decía.

Observó Glessing que la muchacha se secaba algunas lágrimas, y sintió que su gozo retornaba. Aunque disgustado en el fondo por el puesto que le habían asignado en tierra, se daba cuenta de que sin él nunca hubiera podido intimar con Mary, como lo había hecho. Debía bendecir su suerte. Ella le había aceptado, y era eso lo único que importaba.

—Bueno, basta de lágrimas —afirmó Glessing—. Este es el día más grande

de mi vida, y tenemos que celebrarlo. Cenaremos los dos juntos esta noche, y así lo haremos siempre, desde ahora. Anunciaremos nuestro compromiso el mes próximo. A partir de este momento, yo me cuidaré de ti, y si alguien te molesta, tendrá que vérselas conmigo, por todos los cielos.

Struan y Culum estaban tomando una copa de brandy en el despacho del nuevo edificio de la Compañía. La estancia era bastante amplia y su suelo estaba formado por losas de piedra. Había allí un escritorio de teca pulida, algunos faroles de buques, un barómetro cerca de la puerta, varios cuadros de Quance colgando de la pared, y un sofá y algunos sillones de cuero que despedían un grato olor.

Aproximóse Struan a la ventana y echó una mirada al puerto. La extensión de agua parecía mucho más vasta, sin la presencia de los buques de la Armada. De los clípers sólo quedaban allí el *China Cloud* y el *White Witch*. Veíanse asimismo algunos mercantes que aún no habían completado su cargamento con destino a Gran Bretaña, así como otras naves que acababan de llegar con las mercancías pedidas el año anterior.

Culum se puso a examinar el cuadro que colgaba sobre la chimenea. Representaba a una muchacha china de asombrosa belleza, que portaba un cesto bajo el brazo y sonreía enigmáticamente.

Preguntóse Culum si sería cierto que aquella joven oriental era la amante de su padre, que vivía en la casa de él, a pocos cientos de metros de distancia.

—No puedo marcharme ahora, contrariamente a como habíamos proyectado. He decidido quedarme —dijo Struan, sin volverse de la ventana.

Notó Culum un rastro de decepción en la voz de su padre y manifestó:

—Estoy seguro de que podré desenvolverme. Estoy plenamente seguro de ello.

—Sí, con el tiempo —replicó Struan.

Culum volvió a maravillarse ante la perspicacia de su amigo Gorth. Este le había dicho justamente la noche anterior, en el puente del *White Witch*:

—Recuerda lo que te digo, muchacho. Tu padre no se marchará ahora. Te apuesto lo que quieras a que te mandará llamar y te dirá que se queda. Es una lástima, pero está visto que tú y yo nos veremos obligados a esperar a que se

mueran nuestros padres. A menos que seas capaz de independizarte.

—Pero yo no puedo hacer nada, si me quedo solo ahora. Aún no tengo experiencia para ser Tai-Pan, Gorth.

—Claro que puedes hacerlo. Y si necesitaras ayuda, que no lo creo, nos tienes a mí y a mi padre para todo lo que precises. Al fin y al cabo, Culum, ya eres de la familia. Verás como puedes desenvolverte, aunque, si se lo dices a tu padre, seguro que él te contestará:

«Claro que puedes ser Tai-Pan, Culum. Con el tiempo».

—Entonces, ¿me crees capacitado? —insistid Culum.

—No me cabe la menor duda. Ya compras y vendes, y tus compradores corren con la mayor parte del riesgo. Las decisiones que tienes que tomar se basan principalmente en el sentido común, y ése no te falta, por fortuna. Recuerda la forma en que actuaste, cuando la subasta de la colina. Entonces tomaste una decisión muy juiciosa, y sólo fuiste tú, nadie más. También obligaste a tu padre a que hablase con el mío, lo que allanó tu camino y el de Tess. ¿Te das cuenta?

—Tal vez podría llevar satisfactoriamente los asuntos de la Compañía mientras todo estuviese en calma. Pero no sé qué sucedería en caso de guerra, o para tratar con Longstaff y con Jin-qua.

—Eso no tiene importancia. La guerra es algo que está en manos de los militares, y en cuanto a ese viejo zorro de Jin-qua, yo puedo ayudarte a mantenerle a raya. Pero no tenemos más remedio que esperar hasta que ellos mueran, Culum. Y eso es terrible, cuando se es joven y se tienen grandes ideas…

Culum miró a su padre, que seguía de espaldas, y volvió a insistir:

—Puedo arreglarme yo solo, Tai-Pan.

—¿Puedes manejar a Longstaff y a Jin-qua, y decidir el curso de la guerra? —inquirió Struan, volviéndose.

—Lo de la guerra no está en tus manos.

—Tal vez, pero sin mi guía, Longstaff nos hubiera hundido hace mucho tiempo.

—El hecho de que te marches no quiere decir que vayas a desentenderte de todo. De haber algún problema grave, te consultaría en seguida.

—Cuando yo me vaya, muchacho, tendrás que quedarte plenamente a cargo de la Compañía. Recuerda que el correo tarda seis meses en ir a Gran Bretaña y

volver. Pueden ocurrir muchas cosas en ese tiempo. Por lo tanto, se requiere mucha experiencia, y considero que aún no la tienes.

—¿Cuándo crees que estaré en condiciones?

—Eso sólo depende de ti.

—Tú prometiste que sería Tai-Pan después de un año. Bueno, un año después de dejarlo el tío Robb.

—Eso si estabas en condiciones, pero creo que aún es pronto. Brock y Gorth te devorarían en un instante.

—Está bien. ¿Qué debo hacer entonces para probar mi capacidad?

—Nada más que lo que haces ahora. Necesitas acumular experiencia. Y eso puede llevarte dos o tres años. Ya te lo diré cuando esté seguro.

Culum se dio cuenta de que nada ganaría discutiendo sobre aquel asunto.

—¿Quieres que me haga cargo de los negocios que llevaba el tío Robb?

—Sí; pero por el momento no tomes ninguna decisión importante sin consultarme antes. Te daré un papel con instrucciones precisas de lo que debes hacer. Por el momento, ayuda a Vargas a establecer la monta de nuestras pérdidas en el Establecimiento, y a poner en orden los libros.

—Otra cosa. ¿Cuándo crees oportuno hacer el anuncio del compromiso mío y de Tess?

—¿Has hablado ya de eso con Brock?

—Únicamente cuando le vi en Whampoa. El sugirió que se hiciese la noche del veinticuatro de junio.

Struan recordó de pronto a Scragger y lo que éste había dicho sobre que Wu Kwok estaría en Quemoy la noche del veinticuatro de junio, y que podría tendérsele una emboscada. No tenía más remedio que creer que Scragger había dicho la verdad, y tratar de dar caza a Wu Kwok. Con éste eliminado, Culum tendría muchos menos problemas por delante. Recordó Struan entonces las otras tres monedas. ¿Cuáles serían los favores que le pedirían, y cuándo llegaría la próxima media moneda?

Miró Struan el calendario que tenía delante, sobre el escritorio. Era el quince de junio. Por consiguiente, faltaban nueve días para la noche del veinticuatro.

—Está bien, lo haremos la noche del veinticuatro de junio. Pero sólo se hará una sencilla fiesta, en familia —agregó Struan con ironía.

—Hemos pensado en el regalo de bodas que podrías hacernos. Fue una idea

de Tess —declaró Culum, al tiempo que entregaba a su padre una hoja de papel.

—¿Qué es esto?

—Es un compromiso formal de olvidar el pasado y de ser amigos. Deberá ser firmado por los Brock y los Struan.

—Ya he hecho todos los tratos que podía hacer con esa gente —dijo Struan, devolviendo a su hijo el papel, sin echarle una mirada.

—Gorth accede a firmarlo, lo mismo que Brock, según dice él.

—Claro que Gorth querrá firmarlo, pero no creo que Tyler firme ese papel.

—Si él lo hiciera, ¿accederías tú también?

—No.

—Te lo ruego, padre.

—No.

—Nuestros hijos serán descendientes de vosotros dos, y…

—Ya he pensado en vuestros hijos, Culum —le interrumpió Struan—, y en muchas otras cosas, y dudo que tengan un tío o un abuelo, por parte materna, que les ayuden cuando lleguen a la edad de comprender las cosas.

Culum se dirigió airadamente hacia la puerta, y su padre exclamó:

—¡Espera, Culum!

—¿Quieres hacernos el regalo que te he pedido?

—No puedo. Ellos no lo cumplirán. Gorth y Brock no buscan más que tu ruina, y…

Culum salió dando un portazo.

Struan bebió otro brandy, y luego estrelló el vaso contra la chimenea.

Aquella noche, Struan permaneció despierto en el lecho, al lado de May-May. Las ventanas estaban abiertas a la luz de la luna y a la brisa, que traía el aroma del mar. Por fuera del gran mosquitero que cubría el lecho de columnas y dosel, los mosquitos zumbaban incansables en busca de un paso. A diferencia de la mayor parte de los europeos, Struan utilizaba siempre el mosquitero en su cama. Jin-qua le aconsejó muchos años antes que era una buena medida para la salud.

Struan pensó en Sarah, a la que había visto pocas horas antes, y en que ella le dijo que pensaba marcharse en el primer barco que zarpase.

—Aún no estás lo suficientemente repuesta —contestó Struan—. Y tampoco

lo está Lochlin.

—De todos modos, me voy. ¿Arreglarás tú lo del pasaje, o debo hacerlo yo? Supongo que tendrás una copia del testamento de Robb, ¿no es cierto?

—Así es.

—Acabo de leerlo. ¿Por qué debes ser tú el que administre su parte en la Compañía, y no yo?

—No es ése un trabajo de mujeres, Sarah. Pero no tienes por qué preocuparte, te daré hasta el último centavo de las ganancias que se obtengan.

—Mis abogados cuidarán de eso, Tai-Pan.

Struan tuvo que dominar su ira. Al cabo de un momento dijo:

—Estamos en época de tifones, y no resulta aconsejable viajar por mar: Espera hasta el otoño. Entonces, los dos estaréis más fuertes.

—No; me marcharé ahora.

—Está bien, haz lo que te parezca.

Luego, Struan fue a ver a Sergeyev. La herida del ruso estaba inflamada, pero no había gangrena, por lo que aún cabían esperanzas. Luego regresó Struan a su oficina y escribió una nota para Longstaff, informándole de que se había enterado que el pirata Wu Kwok estaría en Quemoy en la noche del día 24 de junio. Le aconsejaba que enviase algunas fragatas a la isla, y añadía que, como conocía bien la zona, estaba dispuesto a dirigir la expedición si lo deseaba el almirante. Mandó Struan el despacho a Horacio. En ese momento llegaron los médicos del Ejército, quienes le informaron que no había duda: la fiebre del Valle Feliz era malaria…

Struan se revolvió inquieto en el lecho.

—¿Quieres que juguemos a las cartas? —preguntó May-May, que tampoco podía dormir.

—No, gracias, muchacha. ¿También estás desvelada?

—No te preocupes —contestó ella.

Lo cierto era que a May-May le preocupaba Struan últimamente. Y también Mary Sinclair. Por la tarde, Mary llegó temprano antes de que lo hiciera Struan, y la muchacha le habló del hijo que iba a tener, y de la vida que llevaba en Macao. Incluso le contó lo de Horacio, y que pensaba casarse con Glessing.

—Lo siento —dijo Mary sollozando, mientras se expresaba en mandarín—. Tenía que contárselo a alguien. No hay nadie a quien pueda pedir ayuda. Nadie.

—Bueno, querida Mary, no llores —replicó May-May. Primero tomaremos el té, y luego buscaremos alguna solución.

Después de tomar el té, charlaron un rato, y May-May quedó asombrada al ver la forma en que los bárbaros consideraban la vida y el aspecto sexual.

—Veamos, ¿qué ayuda necesitas? —preguntó May-May.

—Quiero librarme del niño. Creo que ya se me empieza a notar.

—¿Por qué no me lo dijiste algunas semanas antes?

—No tenía valor para hacerlo, y de no haber sido por mi compromiso con Glessing, aún no lo habría hecho. Ahora me veo obligado a ello.

—¿Cuánto tiempo hace que estás embarazada?

—Casi tres meses.

—Mala cosa, Mary. Puede resultar peligroso hacerlo después del segundo mes —aseguró May-May, considerando las posibilidades que podía haber—. Enviaré a Ah Sam al Tai Ping Shan. He oído decir que hay allí un herbolario que puede ayudarte. Pero, ¿te das cuenta de que puede resultar muy peligroso?

—Sí, pero estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, Cualquier cosa.

—Eres mi amiga, y las amigas deben ayudarse. Sólo te pido que no digas nada de esto a nadie.

—Te lo prometo.

—Cuando tenga las hierbas, mandaré a Ah Sam a que vea a tu criada, Ah Tat. ¿Puedes confiar en ella?

—Sí.

—¿En qué dia naciste, Mary?

—¿Por qué?

—El astrólogo tendrá que hallar un día propicio para que tomes la medicina.

Mary le dijo él día y la hora en que había nacido.

—¿Dónde piensas tomar la medicina? No podrá ser en el hotel, ni aquí, en casa. Puedes tardar varios días en recuperarte.

—Iré a Macao. A mi…, mi casa. Allí nadie se enterará. Sí, será lo mejor.

—Esas medicinas no siempre dan resultado, y provocan complicaciones.

—No tengo miedo. Todo saldrá bien. Tengo que solucionar esto —manifestó Mary.

May-May se agitó en la cama, a su vez.

—¿Qué te sucede? —preguntó Struan.

—Nada. Sentí moverse al pequeño.

Struan colocó su mano sobre el aún leve abultamiento del vientre de May-May y dijo:

—Mejor será que te examine un médico.

—No, gracias, Tai-Pan. Prefiero no consultar a ninguno de esos demonios bárbaros. En esto seguiré siendo, como en lo demás, una mujer china.

May-May sintióse satisfecha con su maternidad, y compadeció a Mary.

—Mary no tiene buen aspecto, ¿verdad? —inquirió.

—En efecto. Esa muchacha tiene algo que le preocupa. ¿Te dijo lo que era?

May-May no quería mentir, pero le disgustaba contar a Struan lo que había prometido callar.

—Creo que está preocupada por su hermano —declaró.

—¿Qué le ocurre a Horacio?

—No lo sé. Pero ella quiere casarse con Glessing.

Struan comprendió que Mary había ido a ver a May-May, más que a él mismo. Lo único que él hizo fue agradecer a Mary que hubiera llevado los niños a Macao.

—Supongo que Horacio no dará su aprobación, y ella quizá querrá que yo le hable.

—No. Su hermano está conforme.

—Eso resulta sorprendente.

—¿Por qué? ¿Es Glessing una mala persona?

—No, muchacha. Pero como Mary y Horacio han estado juntos muchos años, supongo que, al casarse ella, él se sentirá muy solo. Por eso seguramente se encuentra preocupada.

Struan se preguntó qué diría May-May si se enterase de la casa que Mary tenía secretamente en Macao.

May-May movió la cabeza, pensando tristemente en los problemas que afligían a las gentes, y al fin preguntó, refiriéndose a Culum y a Tess:

—¿Qué tal van los jóvenes amantes?

—Muy bien —replicó Struan, pero no le contó lo que él y Brock se habían

dicho.

—¿Has decidido lo que puede hacerse respecto a la maldita fiebre?

—Aún no, pero será mejor que vuelvas a Macao.

—Sí, Tai-Pan. Pero antes quiero saber lo que decides hacer en Hong-Kong.

—Aquí corres peligro, y cuanto antes te marches, mejor será.

—Es cuestión de suerte ——contestó ella, encogiéndose de hombros y colocando su cabeza sobre el pecho de Struan, al tiempo que le besaba suavemente—. En una ocasión me dijiste que había tres cosas que tenías que hacer antes de decidirte a tomar una Tai-Tai. Dos ya las conozco. ¿Cuál es la tercera?

—Dejar la Noble Casa en manos seguras —declaró Struan, y entonces le contó lo que había hablado con Brock, y la discusión que tuviera con Culum ese mismo día.

May-May permaneció en silencio largo rato, pensando en la solución del tercer problema, la cual le pareció muy sencilla, aunque procuró ocultarlo afirmando ingenuamente:

—Te dije que te ayudaría en las dos primeras cosas. Pensaré en esta última, pero me parece demasiado para mí. Creo que no podré ayudarte, como me hubiera gustado hacerlo.

—Tampoco yo sé muy bien lo que debo hacer —replicó Struan—. Creo que sólo hay una solución.

—Matar no es ninguna solución —aseguró May-May, con firmeza—. Y resulta sumamente peligroso. No tardarías en sufrir el castigo de vuestras estúpidas leyes, que exigen ojo por ojo y diente por diente, aunque los ojos y los dientes tengan muy distinto valor. No, Tai-Pan. Yo te aconsejo que concedas a tu hijo y a tu nueva hija el regalo que te solicitan.

—¡No puedo hacerlo, por todos los cielos! Sería como poner un cuchillo en la garganta de Culum.

—De todos modos, ése es mi consejo. Y además te sugiero que se celebre una magnífica boda, cuanto antes.

—De eso no hay siquiera que hablar. Sería un agravio para la memoria de Robb —estalló Struan.

—Desde luego, Tai-Pan —replicó May-May—. Pero, si no estoy mal enterada, vuestras bárbaras costumbres coinciden por una vez con las nuestras, y

es la novia la que va a vivir a casa del marido, ¿no es cierto? Por consiguiente, cuanto antes se aleje Tess de su familia, antes se verá libre Culum de la influencia que sobre él ejercen los Brock.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. ¿Por qué crees que tu hijo está trastornado? Porque necesita acostarse con ella sin tardanza —manifestó la muchacha, mientras Struan se sentaba en la cama—. Y ahora, no me discutas más, por Dios, y escucha. Si tu hijo tuviese a su chica, ¿crees que pasaría las horas escuchando a Gorth? No, una y mil veces. Emplearía cada minuto en la cama, jugando a acariciar pechos y haciendo niños sin parar. Y no se le ocurriría escuchar a Gorth, ni a Brock o a cualquier otro. ¿Eh, qué te parece? —dijo al fin ella, mirándole triunfalmente.

—Es cierto —contestó Struan—. Te quiero porque eres muy inteligente.

—Me quieres porque te tengo trastornado, y porque me acuesto contigo siempre que lo deseas —aseguró ella, riéndose—. Por lo tanto, lo que tienes que hacer en seguida, es dejarles que comiencen a construir su casa. Mañana mismo. Haz que tengan la cabeza ocupada con eso, y se olvidarán del condenado Gorth. Ella es joven, ¿no es cierto? Entonces, el pensar en formar su hogar la absorberá por completo, y la acercará más a ti, que eres quien les va a proporcionar la casa. Gorth se opondrá entonces a un casamiento rápido, y eso le indispondrá con Culum.

—Eres magnífica —dijo Struan admirativamente—. No sé cómo no se me ha ocurrido a mí mismo. La semana próxima hay otra subasta. Te compraré un lote en la costa, por lo muy inteligente que has demostrado ser.

—¿De modo que crees que protejo a mi hombre por un mísero pedazo de tierra de Hong-Kong? —dijo ella, irritada—. ¿Crees que sería capaz de aceptar algunos miles de taels de plata, o monedas de oro, o alhajas de jade? ¿Quién te crees que es tu May-May, una ramera de la peor especie?

May-May siguió refunfuñando, y consintió de mala gana que él la acariciase. La estancia se hallaba en silencio en esos momentos, alterado sólo por el sordo zumbido de los mosquitos.

La muchacha se apretó contra Struan y dedicó su mente a dar con la solución del tercer asunto. Decidió pensar en mandarín, ya que el inglés no tenía los suficientes matices que aclarasen debidamente la cuestión.

«Es algo muy sencillo —se dijo a sí misma alegremente—. Hay que matar a

Gorth. Pero debe hacerse de modo que todos crean que han sido ladrones o piratas. Si se hace de este modo, elimino uno de los peligros que acechan a mi Tai-Pan, Culum queda libre de malas influencias, y Brock no puede hacer nada, porque aún sigue atado a esa increíble costumbre que es el juramento de los bárbaros. Muy sencillo, aunque no sin peligros. Debe hacerse con mucho cuidado. Si mi Tai-Pan llegara a enterarse, me enviaría ante uno de esos repugnantes jueces bárbaros, y me acusaría de asesina, aún siendo yo su adorada concubina. Y luego me ahorcarían. ¡Qué ridiculez!

»Después de estos años transcurridos, de todos mis estudios para aprender su lengua y tratar de comprenderles mejor —siguió pensando May-May—, algunas actitudes de los bárbaros siguen siendo totalmente incomprensibles para mí. ¡Qué ridículo resulta que haya una misma ley para todo el mundo, pobres y ricos! Entonces, ¿para qué valen los esfuerzos y sudores de los pobres que tratan de convertirse en poderosos? «Veamos, ¿cuál es la mejor forma? —se preguntó May-May—. Sé tan poco acerca de crímenes… ¿Cómo hacerlo y dónde, para que resulte mejor?».

May-May permaneció despierta toda la noche. Cuando llegó el alba había decidido ya el procedimiento más adecuado.

CAPITULO XXIX

Al llegar el 24 de junio, los moradores del Valle Feliz se hallaban sumidos en la desesperación. El paludismo había seguido extendiéndose, pero de forma desconcertante, ya que en los hogares sólo algunos miembros resultaban afectados, y no todas las casas de una misma zona presentaban enfermos entre sus ocupantes.

Los culíes sólo iban al Valle Feliz cuando el sol estaba bien alto, y regresaban a Tai Ping Shan antes de oscurecer. Struan, Brock y los demás traficantes estaban desesperados. No había más solución que trasladarse a otro lugar, y ello significaba la ruina. Lo cierto era que sólo los que dormían en el valle resultaban afectados.

Los temerosos de Dios creían, al igual que Culum, que se trataba de un castigo de Dios, y renovaron sus súplicas al Todopoderoso para que les protegiese. Los incrédulos se encogieron de hombros, aunque no por ello estaban menos atemorizados, y pensaron que era cosa de la suerte. El retorno de las familias a los barcos se convirtió en un verdadero éxodo; al fin, Queenstown quedó convertida en lo que los colonos llamaban una ciudad fantasma.

Pero la desesperación no había hecho presa en el capitán superintendente del comercio. Longstaff llegó de vuelta de Cantón la noche anterior, en el buque insignia, y como vivía a bordo, sabía que estaba fuera del alcance de las mefíticas emanaciones nocturnas. Regresaba triunfante, habiendo conseguido todos los objetivos propuestos, y algunos más, incluso.

Al día siguiente de sitiar Cantón, exigió el pago de los seis millones de taels, como rescate, que le fueron hecho efectivos. Luego levantó el cerco de la ciudad, pero ordenó efectuar los preparativos inmediatos para iniciar una continuada a

gran escala en el norte de China. Esta vez no habría piedad, a menos que el tratado quedase ratificado. Al cabo de pocas semanas llegarían los prometidos refuerzos desde la India, y entonces la flota partiría una vez más hacia el norte, en dirección al río Pei-Ho, y con la caída de Pekín el Oriente quedaría abierto al mundo de una vez por todas.

—Sí, no hay duda —dijo, riéndose, en voz baja Longstaff, que estaba solo en su cámara del H. M. S. *Vengeance*, contemplándose en un espejo de mano—. Eres verdaderamente inteligente, amigo mío. Mucho más que el Tai-Pan, que es la encarnación de la astucia.

Depositó Longstaff el espejo sobre una mesa y se frotó el semblante con agua de colonia, hecho lo cual miró brevemente su reloj de bolsillo. Struan estaba a punto de llegar, y Longstaff decidió mantener su asunto privado importante en absoluto secreto.

Apenas si podía creer lo fácil que le había resultado hacerse con las semillas de té. En realidad, había sido Horacio quien se las había proporcionado.

«Me pregunto por qué el muchacho está tan desesperado por el casamiento de su hermana con Glessing —pensó Longstaff—. Yo diría que se trata de una excelente boda. Y es realmente una suerte que Horacio sienta aversión hacia Glessing, y que odie el comercio de opio. Eso me permitió inculcarle la idea en la cabeza, haciéndole picar el anzuelo con el posible traslado de Glessing».

Una semana antes, en Cantón, Longstaff y Horacio estuvieron hablando.

—Por mi vida, Horacio —dijo Longstaff—, que me parece un inmundo comercio el del opio, ¿no es cierto? Y todo por culpa de la plata que debemos pagar a cambio del té. Lástima que éste no crezca en la India. Entonces no habría necesidad de traficar con opio. Nos limitaríamos a declarar fuera de la ley ese comercio, y así los chinos se verían también a salvo de la maldita droga. De ese modo, la flota regresaría a Inglaterra, a partir de entonces, y, aquí podríamos vivir pacíficamente.

Dos días más tarde, Horacio procuró hablarle en secreto, y, lleno de excitación, le dijo que había pensado obtener semillas de té en China para llevarlas a la India. Longstaff se mostró convenientemente asombrado.

—Pero, por todos los cielos, Horacio —dijo entonces Longstaff—. ¿De qué modo piensas conseguir esas semillas de té?

—Este es mi plan, Excelencia. Trataré de hablar en privado con el virrey

Ching-so. Le diré que es usted un gran aficionado a la jardinería, y que piensa convertir Hong-Kong en un vergel. Pediré cincuenta libras de semillas de morera, de algodón, de camelias y otras flores, así como de plantas de té de diferentes clases, lo que impedirá que sospeche.

—El virrey es un hombre inteligente, Horacio. Se dará cuenta de que pocas de esas plantas crecerían en Hong-Kong.

—Lo atribuirá a una estupidez más de los bárbaros aseguró Horacio febrilmente.

—Resultaría difícil hacer que conservase el secreto. Ching-so se lo dirá a los mandarines o a los Co-hong, y éstos lo contarán a su vez a los traficantes. Ya puedes imaginar que esos condenados piratas removerán cielo y tierra para evitar lo que tú propones, pues se darán cuenta del perjuicio que significaría para ellos. ¿No piensas en el Tai-Pan? Este asunto le dejaría arruinado.

—El ya es lo suficientemente rico, Excelencia. Tenemos que acabar con la maldición del opio; es nuestra obligación.

—De todos modos, tanto los chinos como los europeos se mostrarán contrarios al plan. Y si Ching-so se entera de los verdaderos fines a que piensas destinar las semillas, es probable que no te las envíe.

Horacio pensó unos instantes, y luego dijo:

—Cierto, mas yo podría decir que trato de darle a usted una sorpresa, y que no pienso contárselo a nadie en absoluto. A cambio de ello, yo, que llevo la cuenta de los cofres de plata de las transacciones, y que firmo los documentos, podría descuidarme y omitir un cofre, en beneficio del virrey.

—¿Cuánto vale cada cofre?

—Cuarenta mil taels de plata.

—Pero ese dinero pertenece al Gobierno de Su Majestad, Horacio.

—Las semillas serán el mejor regalo para el Gobierno de Su Majestad, señor. Me sentiré muy honrado si dice usted que ha sido idea suya. En realidad así fue, ya que me la ha sugerido del principio al fin. Es lógico que el mérito sea de usted. Al fin y al cabo, es el plenipotenciario.

—Si el plan da resultado, no sólo destruirás a los traficantes, sino que te destruirás a ti mismo. Eso es absurdo.

—El opio es un vicio terrible, señor, y cualquier riesgo que se corra para hacerlo desaparecer debe darse por bien empleado. Mi puesto depende de su

éxito, y no del opio.

—Si esto resulta, también estarás minando los cimientos de Hong-Kong.

—Hong-Kong seguirá siendo el emporio del comercio asiático, señor. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir con el tiempo?

—Entonces, ¿te parece conveniente que investigue las posibilidades que tiene el té de crecer en la India?

—Nadie mejor que usted, Excelencia, para hacerlo, ya que suya fue la idea.

Al fin, Longstaff fingió dejarse convencer, pero exhortó a Horacio a que mantuviese el asunto en el secreto más absoluto. Al día siguiente Horacio informó lleno de gozo:

—¡Ching-so ha aceptado! Dijo que dentro de seis u ocho semanas los cofres de semillas llegarán a Hong-Kong, Excelencia. Ahora, para que todo salga a la perfección para mí, Glessing deberá volver en seguida a Inglaterra. Creo que Mary sólo está encaprichada. Será mejor darle un año, o algo así, sin tener a su lado a Glessing, para que se dé cuenta de su error…

Longstaff volvió a reír suavemente al recordar la escena con Horacio, y después de cepillarse el cabello, abrió la puerta del camarote de cartas náuticas y se dirigió a la caja de caudales. Buscó en ella la carta que Horacio le había traducido unas semanas antes, y dijo en voz alta:

—Ya no necesito esto.

Luego rompió en pequeños trozos la carta, se aproximó a un portillo, lanzó al agua los pedazos y observó cómo se los llevaba la corriente.

«Tal vez deba enviar a Glessing a Inglaterra —pensó—. La joven es menor de edad y Horacio se halla en una posición muy difícil. Bien, ya pensaré en eso una vez que las semillas estén camino de la India».

En ese momento, Longstaff observó que se aproximaba la lancha de Struan. Este se hallaba sentado en el centro de la misma, con gesto de preocupación. Ello hizo recordar a Longstaff el peligro de la malaria. Se preguntó qué podrían hacer contra la epidemia, que amenazaba acabar con Hong-Kong.

Struan se hallaba mirando por la ventana de popa, esperando pacientemente a

que Longstaff terminase de hablar.

—Por mi vida, Dirk, parecía como si Ching-so supiera que íbamos a pedir seis millones por el rescate. El dinero nos fue entregado con toda rapidez, y hasta el último penique. Se deshizo en excusas por el saqueo del Establecimiento, y echó la culpa a esos malditos anarquistas, los Tong. Ha ordenado que efectúen una investigación a fondo, y espera poder aplastarlos pronto y para siempre. Parece ser que uno de los jefes de la organización ha caído en las manos de Ching-so. Si él no puede hacer hablar al individuo, no hay nadie que lo consiga. Prometió hacerme saber el nombre de los Tong que hay en Hong-Kong.

Struan se alejó del ventanal y tomó asiento en uno de los grandes sillones de cuero.

—Espléndido, Will. Yo diría que ha hecho un magnífico trabajo —declaró Struan.

Longstaff pareció quedar complacido con el elogio, y contestó a su vez:

—Debo convenir en que las cosas salieron de acuerdo a lo planeado. Ah, y a propósito. Por lo que se refiere a la expedición para dar caza a Wu Kwok, yo hubiera preferido que condujera usted la flotilla, Dirk, pero el almirante se mostró irreductible. Será él mismo quien la mande.

—Bien, está en su derecho. Esperemos que esta noche haga un buen trabajo. Descansaré mucho mejor sabiendo que ese demonio amarillo ha sido eliminado.

—Estoy de acuerdo.

—Ahora, lo único que hay que hacer es salvar a Hong-Kong, Will. Sólo usted puede hacerlo —dijo Struan, rogando en su interior que Longstaff accediese a poner en práctica el plan que había ideado, como único medio para salvar la piel de todos ellos—. Creo que se impone la necesidad de ordenar el abandono inmediato del Valle Feliz. Usted debe dar la orden.

—¡Dios sea loado, Dirk! —exclamó Longstaff—. Si mando eso, será como mandar la evacuación de Hong-Kong.

—Queenstown está infectada de malaria. Al menos, la enfermedad existe en el Valle Feliz. Por consiguiente, será necesario abandonarla.

Longstaff aspiró una pizca de rapé con aire atribulado.

Luego manifestó:

—No puedo dar esa orden. De hacerlo, yo sería el responsable de todas las pérdidas.

—Tal vez. Y por ello ha decidido usted emplear los seis millones de taels para compensar a los afectados.

—¡Condenación, no me pida eso, Dirk! —estalló Longstaff—. Ese dinero pertenece a la Corona, y sólo ésta puede decidir el destino que debe dársele.

—Usted ha dicho que Hong-Kong bien vale un riesgo. Sin duda se ha dado cuenta de que hay que actuar rápidamente. Es una decisión propia de un gobernador.

—¡No, no puedo hacerlo, Dirk! ¡En absoluto!

Struan se dirigió hasta el aparador y sirvió dos vasos de jerez. Luego manifestó:

—Su futuro depende de ello.

—¿Eh, cómo es eso?

Entregó Struan un vaso al superintendente, y replicó:

—La reputación suya, Will, está ligada a Hong-Kong. Toda su política asiática, y ello constituye la política asiática de la Corona, está dirigida hacia Hong-Kong. Y es perfectamente lógico, pues sin Hong-Kong el gobernador no podría dominar el Asia, como ahora lo hace. Sin la construcción de una ciudad no hay seguridad para usted ni para la Corona. El Valle Feliz ha muerto, y, por consiguiente, debe construirse una nueva población cuanto antes.

Struan bebió unos sorbos de jerez y lo paladeó con satisfacción. Luego añadió:

—Si reintegra el dinero a los que han construido en el Valle Feliz, restablecerá la confianza inmediatamente, y ellos a su vez le apoyarán a usted. No olvide, Will, que muchos traficantes tienen considerable influencia en la Corte. De todos modos, ese reembolso será pagado por los chinos.

—No sé de qué forma.

—Dentro de tres meses usted se hallará a las puertas de Pekín, mandando una fuerza invencible. Los gastos de la expedición militar serán unos cuatro millones de taels. Agregue a eso seis millones por los daños causados al Establecimiento, lo que hace un total de diez millones. Pero usted pedirá catorce, como justa indemnización. Los cuatro millones restantes constituirán la base financiera del Gobierno de Hong-Kong, que será una de las tesorerías coloniales más ricas del Imperio. Y más aún: en vez de catorce, pedirá usted veinte millones, sirviendo los seis restantes para financiar su «inversión» en Hong-

Kong. No olvide que sin una base adecuada no puede usted atacar el Norte. Si Hong-Kong no está fuerte, Inglaterra no podrá subsistir en Asia. Sin Hong-Kong, usted mismo se verá desplazado. Está usted decidiendo el futuro de Inglaterra, Will. Nada menos que eso.

Struan se dio cuenta de que Longstaff consideraba atentamente las posibilidades, y comprendía que era la única solución posible, la única forma de arreglar todos los problemas y de salvar la isla. Antes de que Longstaff hablase, Struan agregó:

—Otra cosa, Will. El dinero que usted devuelva le será reintegrado al momento.

—¿Cómo dice?

—En efecto. Realizará una nueva subasta de terrenos inmediatamente; la puja será intensa, y el dinero regresará a las arcas del Gobierno. Usted saldrá ganando siempre, ya que las tierras que vende no le cuestan nada. Yo diría que se trata de una jugada maestra de estadista.

Y debe tomar una decisión ahora, porque no puede esperar seis meses a recibir instrucciones de Inglaterra. Salvará a Hong-Kong sin correr riesgo alguno, y su astucia impresionará a todos los integrantes del Gobierno, e incluso a Su Majestad. Y eso puede significarle una recompensa honorífica.

Sonaron ocho campanadas. Longstaff extrajo su reloj de bolsillo, comprobó que iba atrasado e hizo girar las manecillas hasta dejarlas en las doce, mientras su mente trataba de encontrar un defecto en el razonamiento de Struan. Pero no encontró ninguno. Comprendió que de no ser por el Tai-Pan, no habría hallado solución alguna.

«Sí, no hay ninguna grieta en el plan —se dijo—. Condenación, casi has arriesgado tu futuro. Cierto es que te vas a exceder en tus atribuciones, pero los gobernadores y plenipotenciarios poseen poderes ilimitados. No podemos esperar al año próximo para implantar la voluntad de Su Majestad entre los paganos. A su vez, el plan de las semillas de té encaja perfectamente en el de Struan, e incluso le supera en astucia».

Longstaff sintió una imperiosa necesidad de hablar a Struan de las semillas, pero consiguió dominarse.

—Creo que tiene razón, Dirk. Haré el anuncio lo más pronto posible.

—¿Por qué no convoca mañana una reunión de traficantes? Anuncie la

nueva venta de terrenos para dentro de una semana, en cuyo tiempo podrán efectuarse las divisiones de los lotes. Supongo que deseará establecer la nueva población en las proximidades de Glessing Point.

—Sí, en eso había pensado. Será el sitio más adecuado, e incluso fue uno de los que consideramos al principio —manifestó Longstaff, que en seguida se puso en pie, sirvió más jerez, y luego tiró del cordón de la campanilla—. Como siempre, Dirk, me complace recibir sus consejos. Supongo que se quedará a comer conmigo.

—Lo siento, pero debo marcharme en seguida. Sarah regresa a Europa con la marea de mañana, a bordo del *Calcuta Maharajah*, y aún queda mucho por hacer.

—Un triste asunto, lo de su hermano y su sobrina.

En ese momento se abrió la puerta y apareció un sargento, que inquirió:

—¿Desea algo, Excelencia?

—Pregunte al general si puede comer conmigo.

—Sí, señor. Con su permiso, aprovecho para informarle que están esperando para verle la señora Quance y su marido, y además estas otras personas —el sargento leyó una larga lista de nombres, y agregó—: ¿Digo a la señora Quance que se encuentra usted ocupado?

—No, voy a recibirla. Por favor, Dirk, no se vaya, creo que voy a necesitar apoyo moral.

Un instante después entró Maureen Quance, seguida de su marido Aristóteles, el cual exhibía unas profundas ojeras y parecía aún más pequeño de lo que era. Hasta sus ropas parecían deslucidas y vulgares.

—Buenos días —dijo Longstaff.

—Que el cielo proteja a Su Excelencia en este día —replicó la mujer.

—Buenos días, Excelencia —dijo Aristóteles con voz apenas audible, y con la mirada clavada en el suelo.

—Hola, Tai-Pan —agregó Maureen.

Aristóteles Quance miró lentamente a Struan, y sus ojos se cubrieron de lágrimas al advertir el gesto de comprensión de éste. Al fin dijo con voz entrecortada:

—Me ha roto todos los pinceles, Dirk. Mi mujer me los rompió esta mañana, y luego lanzó mis tubos de pintura al mar.

—Por ese motivo veníamos a verle, Excelencia —intervino Maureen—. El señor Quance ha decidido abandonar al fin todas esas mojigangas de la pintura, y quiere sentar cabeza y acogerse a un empleo fijo. Cualquiera que sea. A eso hemos venido. Tal vez un puesto como empleado resultará conveniente. Lo que importa es que sea algo seguro y con un buen sueldo, si bien es cierto que mi pobre marido no tiene demasiada experiencia.

—¿Es eso lo que desea usted, Aristóteles?

—Me rompió los pinceles —dijo Quance, inconsolable—. Es todo lo que poseía. Mis pinceles y mis pinturas.

—Estamos de acuerdo —contestó la mujer—. Por eso te conviene más un empleo fijo, que te permita hacer frente a tus responsabilidades de cabeza de familia.

—Está bien —contestó débilmente Aristóteles.

—Yo tendría mucho gusto en ofrecerle un puesto —intervino Struan—. Necesito un empleado, y pagaré quince chelines a la semana. ¿Está bien?

—Que todos los santos le bendigan, Tai-Pan. Convenido. Y ahora, da las gracias al Tai-Pan —dijo Maureen.

—Gracias, Tai-Pan.

—Pase por el despacho mañana a las siete en punto, Aristóteles —dijo Struan.

Cuando hubieron salido de la cámara, Longstaff sirvióse otro vaso de bebida y dijo:

—Nunca lo hubiera creído. Pobre Aristóteles, pobre hombre. ¿De veras piensa hacerle trabajar como empleado?

—Sí. Es mejor que trabaje conmigo y no con otros. Me falta personal. No pienso entrometerme entre mujer y marido, pero quien hace esas cosas al viejo Aristóteles no merece el nombre de esposa, por todos los cielos.

—Tiene razón, Dirk. Estoy con usted.

Struan desembarcó rápidamente de la lancha, entró en un palanquín y dio una dirección a los culíes.

—¿Esperamos, mi amo? —preguntó uno de ellos cuando hubieron llegado a destino.

—Sí, esperen —replicó Struan.

Pasó Struan ante el sorprendido portero y entró en el salón de la casa. La estancia se hallaba alfombrada y amueblada con lujo. Había amplios divanes, cortinas de brocado, espejos y objetos de arte diversos. Se oyeron unos pasos, y una anciana de corta estatura apareció detrás de unas cortinas. Tenía pulcro aspecto, pelo canoso, y usaba lentes.

—Buenos días, señora Fortheringill —dijo Struan cortésmente.

—Caramba, Tai-Pan, cuánto me alegro de verle —dijo la mujer—. No temamos el placer de verle por aquí desde hace casi un año. Aún es algo temprano, pero las muchachas ya se están arreglando. Sonrió la anciana, y dejó ver una fila de dientes amarillos, sin duda postizos.

—Verá usted, señora Fortheringill…

—Comprendo, comprendo, Tai-Pan —le interrumpió ella con tono de comprensión—. Llega un momento en la vida de todo hombre, en que…

—No, se trata de un amigo mío.

—No se preocupe, Tai-Pan, su palabra es ley en este establecimiento. Puede ir eligiendo —dijo apresuradamente la mujer, y llamó en voz alta—: ¡Chicas, venid!

—Tome asiento, señora, por favor, y escuche. Es acerca de Aristóteles.

—¡Ah, ese pobre infeliz se ha metido en un buen atolladero!

Struan dijo a la mujer lo que deseaba, y se despidió ante la decepción de las muchachas, que ya se habían presentado en el salón. En cuanto Struan llegó a su casa, May-May le preguntó:

—¿Para qué has ido al prostíbulo?

Suspiró Struan con aire resignado y le contó la verdad a la muchacha.

—¿Y pretendes que me lo crea? —inquirió ella, con aire desconfiado.

—Sí, es la verdad.

—Está bien, Tai-Pan, te creo.

—Entonces, deja de mirarme como a un bicho raro —dijo él, y se dirigió a su habitación.

—Bueno, ahora veremos si me has dicho la verdad —dijo May-May, que había seguido a Struan hasta su alcoba, cerrando luego la puerta tras ella—. Vas a hacerme el amor, a ver si tienes la misma energía de siempre, Tai-Pan.

—Lo siento, pero tengo muchísimo que hacer —replicó él, conteniendo la

risa con dificultad.

—*¡Aeey yah!*, con tus ocupaciones —manifestó May-May, comenzando a desabrocharse el vestido—. Me harás el amor inmediatamente, y así podré darme cuenta si alguna condenada ramera te ha robado las fuerzas. Si es así, ya puedes prepararte, por todos los cielos.

—Tú también tienes que hacer.

—Sí, estoy muy ocupada —aseguró ella, quitándose los pantalones de seda que llevaba puestos—. Y ahora tú también vas a estarlo.

El la miró sin dejar traslucir la satisfacción que le embargaba. May-May tenía el vientre ligeramente abombado, a causa del embarazo de cuatro meses. El la tomó rápidamente en sus brazos, la besó con furia y la echó en la cama, apretándola con fuerza.

—Ten cuidado, Tai-Pan —manifestó la muchacha, respirando con dificultad —. No soy una de esas fornidas mujeres de grandes pechos, como son vuestras bárbaras. Pero unos cuantos besos no demuestran nada. Afuera las ropas, y veamos la verdad.

Struan volvió a besarla y ella dijo, esta vez con un tono diferente:

—Quítate la ropa.

El se apoyó en un codo, la examinó lentamente y luego frotó su nariz contra la de ella.

—Ahora no tenemos tiempo. Yo debo acudir a una entrevista, y tú tienes que empaquetar las cosas.

—¿Para qué?

—Vas a trasladarte al *Resting Cloud*.

—¿Y eso?

—Tú misma dijiste que el Fen-shui no era propicio aquí, muchacha.

—¡Espléndido! —exclamó ella, al fin—. Mil veces espléndido. ¿De veras nos marchamos de aquí, y para siempre?

May-May echó los brazos en torno al cuello de Struan, llena de alegría.

—Si, nos vamos.

—Creí que desearías hacerme el amor —dijo ella, y después de besarle se desligó de sus brazos y comenzó a vestirse—. De todos modos, no necesito probarte. De nada valdría. Aunque hiciera una hora que hubieras estado con una ramera, eres lo bastante bruto como para sacar energías de donde otro no las

tiene. Empaquetaré las cosas rápidamente.

May-May rióse alegremente, abrazó una vez más a Struan, y luego gritó con fuerza:

—¡Ah Sam!

La sirvienta llegó corriendo, seguida de Lim Din, y luego de un excitado parloteo de May-May, los dos criados se marcharon apresuradamente mientras invocaban a los dioses en su lengua.

May-May tomó asiento y comenzó a abanicarse, mientras decía llena de gozo:

—Ya estamos empaquetando las cosas. Ahora te podré ayudar a vestirte.

—Gracias, pero soy capaz de hacerlo yo solo.

—Entonces descansaré. Y no te olvides de bañarte.

El baño está preparado. No sabes cuánto me alegra que hayas decidido nuestra mudanza.

Charló May-May por los codos mientras Struan se bañaba, y cuando éste terminó, pidió para él toallas calientes, con las que le secó cuidadosamente. Siguió preguntándose, no obstante, si el Tai-Pan habría estado con alguna mujerzuela después de haber arreglado lo del pequeño pintor que le había hecho un cuadro tan hermoso.

«No es que tenga celos —pensó ella—, sino que en nada le favorece que vaya a una de esas casas. Es muy malo para su prestigio, y también para el mío. Pronto los condenados sirvientes comenzarán a difundir el rumor de que no soy capaz de contentar a mi hombre. ¡Oh, dioses, protegedme de las calumnias y de las sucias mujerzuelas!».

Ya había anochecido cuando Ah Sam y Lim Din terminaron de empaquetar las cosas, quedando agotados por el trabajo y por la perspectiva de la mudanza. Unos cuantos culíes se llevaron las pertenencias, y otro grupo esperó pacientemente al lado de un palanquín que había de llevar a May-May hasta la lancha.

May-May salió profusamente cubierta de velos. Se detuvo un momento en la puerta del jardín, en compañía de Struan, y miró por última vez la primera casa que había tenido en Hong-Kong. De no ser por el Fengshui desfavorable —la malaria era prueba de ello—, le habría apenado marcharse.

La tarde resultaba agradable. Algunos mosquitos zumbaron junto a ellos.

Uno se posó en el tobillo de May-May, pero ella no se dio cuenta.

El insecto picó, chupó la sangre de la muchacha y luego echó a volar.

Struan entró en la cámara principal del *White Witch*. Los Brock se hallaban esperándole, excepto Lilibet, que ya estaba en la cama. Culum estaba junto a Tess.

—Buenas noches —dijo Struan—. Sarah les pide disculpas. No se encuentra muy bien.

—Bien venido a bordo —dijo Brock con voz ronca y aspecto de hallarse preocupado.

—Bueno, no es ésta la forma de iniciar una entrevista afortunada —dijo Struan, echándose a reír.

—Tenemos razón para ello, por todos los infiernos. Estamos todos arruinados por culpa de la maldita malaria. No hay uno sólo que no haya sufrido perjuicios —contestó Brock.

—Es cierto —replicó Struan, y al ver la inquietud que traslucían los rostros de Culum y Tess, decidió poner a todos al corriente de la buena nueva.

—Longstaff ha dado la orden de abandonar Queenstown —afirmó despreocupadamente.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Gorth—. No podemos abandonar la ciudad. Hemos puesto demasiado dinero en tierras y edificios. Ahora ya no podemos irnos. De no haber elegido usted ese maldito valle, ahora…

—Sujeta esa lengua —dijo Brock, y, volviéndose a Struan, agregó—: Tú sales perdiendo más que nosotros, y sin embargo, vienes sonriendo. ¿Por qué?

—Padre —dijo Tess, espantada ante la perspectiva de que una discusión pudiera echar a perder la noche—, ¿por qué no tomamos unas copas? El champaña ya está helado.

—Sí, desde luego, cariño —dijo Brock—. Pero, ¿no comprendes lo que ha dicho Dirk? Vamos a perder una enorme suma de dinero. Si dejamos la ciudad recién construida, nuestro futuro se presenta tan negro como un barril de brea. Y el del Tai-Pan no será mucho mejor, por todos los cielos.

—El futuro de la Noble Casa aparece tan claro como los blancos acantilados de Dover. Lo mismo que vuestro futuro —afirmó Struan, con aire convencido—.

Longstaff va a restituirnos el dinero que hemos invertido en el Valle Feliz. Hasta el último penique, y en efectivo.

—¡No puede ser! —exclamó Brock.

—¡Eso es mentira! —dijo a su vez Gorth.

Struan se volvió lentamente hacia él.

—Un consejo, Gorth: no vuelvas a llamarme mentiroso en lo sucesivo —manifestó Struan, y a continuación explicó lo que Longstaff pensaba hacer.

Culum se dio cuenta de la conveniencia del arreglo. Era evidente, que si bien su padre nunca dio a entender que influía en las decisiones de Longstaff, en este caso lo había hecho con toda astucia. Recordó Culum la primera vez que asistió a una entrevista con el plenipotenciario, y la forma en que Struan le manejó, como lo haría con un títere. En ese momento, Culum sentía que su confianza en sí mismo se resquebrajaba. Gorth no tenía razón, pues él, Culum, jamás sería capaz de dominar a Longstaff como lo hacía el Tai-Pan.

—Es casi un milagro —dijo al fin Culum, y cogió de la mano a Tess.

—Por todos los cielos, Tai-Pan —dijo Gorth admirativamente—. Debo pedirle disculpas por lo que dije. Fue en un momento de arrebato. Le felicito.

—Dirk —comenzó diciendo Brock, procurando ocultar con un gesto hosco su satisfacción—. Me complace tenerte como familiar. Nos has salvado el pellejo, tan cierto como que hay Dios.

—No he sido yo quien ha tenido la idea, sino Longstaff.

—Sí, claro, ha sido él —replicó sarcásticamente Brock—. Lisa, trae las bebidas de una vez. La noche está ahora completa, de modo que nada tenemos que esperar para beber y ponernos alegres.

Cuando todos tuvieron llenas sus copas, Brock alzó la suya y propuso un brindis.

—Por Tess y por Culum —dijo—. Para que en todos los días de su vida tengan mar serena y puerto seguro.

Bebieron todos, Brock estrechó la mano de Culum, Struan abrazó a Tess, y la alegría cundió entre los presentes. Se daban cuenta de que aquello tal vez iba a durar poco tiempo, pero al menos esa noche estaban dispuestos a olvidar. Sólo Tess y Culum sentíanse ilimitadamente confiados.

Luego tornaron asiento para cenar. Tess usaba un vaporoso vestido que permitía adivinar sus juveniles turgencias, y Culum era incapaz de disimular la

adoración que sentía por la chica. Sirvieron más bebidas y continuaron las risas y los brindis. En un momento de calma, Struan extrajo un sobre de un bolsillo y lo entregó a Culum, al tiempo que decía:

—Un pequeño regalo para los dos.

—¿Qué es? —preguntó Culum. Como su padre no contestara, abrió el sobre, del que extrajo algunos papeles, uno de ellos escrito en caracteres chinos.

—Es una escritura de tierras en Glessing Point.

—Nunca hubo subastas en aquel lugar —manifestó Brock recelosamente.

—Su Excelencia dio su aprobación a algunas propiedades que los chinos poseían antes de nuestra llegada a Hong-Kong. Esta es una de esas propiedades. Culum, tú y Tess sois propietarios ahora de un lote. El panorama que se divisa desde allí, es espléndido. Además, junto con el terreno, dispondréis del material necesario para construir una, casa de siete dormitorios, con jardín y un mirador.

—¡Oh, Tai-Pan!, ¿cómo agradecérselo? —dijo Tess, sonriendo llena de contento.

—¿Este será nuestro terreno, nuestra propia casa? —inquirió Culum, abrumado ante la generosidad de su padre.

—En efecto, muchacho. Pensé que desearíais empezar a construir inmediatamente. Ya he concertado una entrevista entre mi constructor y vosotros dos mañana al mediodía. Conviene que los planos estén hechos lo antes posible.

—Mañana nos vamos todos a Macao —dijo Gorth ásperamente.

—Bueno, Gorth, no creo que sea muy perjudicial demorar la partida un par de días —dijo Culum—. Hay que tener en cuenta que esto es muy importante…

—Desde luego —corroboró Tess.

—Sousa es el mejor constructor de esta zona —dijo Culum, lleno de excitación, a su novia.

—El nuestro, Remedios, es mejor aún —aseguró Brock, irritado consigo mismo al darse cuenta de que no se le había ocurrido proporcionarles una casa a los muchachos. En realidad pensó ofrecerles una, pero en Macao, lejos de la influencia de Struan, como regalo de bodas.

—Sí, claro, señor Brock —dijo Culum, notando rápidamente la suspicacia de su futuro suegro—. Si no nos satisface Sousa, entonces tal vez recurriremos a él.

Luego, Culum se volvió hacia Struan y agregó:

—No tenemos palabras para agradecer lo bastante tu gesto, padre.

—No tienes por qué darme las gracias, Culum. Los jóvenes deben tener un buen comienzo en la vida, y para ello nada mejor que una casa propia —dijo Struan, encantado con la forma en que había burlado a Gorth y a Brock.

—Desde luego —dijo Elisa, complaciente—. Ha sido una excelente idea.

—¿Estás seguro de que la escritura es válida? —preguntó Brock, al tiempo que examinaba recelosamente el documento—. No me parece legal.

—Pues lo es. Y está confirmada por Longstaff, cuya rúbrica aparece en la última página.

Brock miró con el ceño fruncido a su hijo Gorth, y luego añadió:

—Me parece conveniente investigar acerca de estas propiedades de los nativos.

—Sí —declaró Gorth, a su vez, mirando directamente a Struan—. Tal vez no quede nada para la venta.

—En cuanto los terrenos hayan sido debidamente parcelados, podremos discutir eso con más calma —dijo Struan.

—Puede ser —replicó Brock—, pero esta vez tú has elegido el primero. Oye, Culum, ¿aún sigues siendo el secretario delegado colonial?

—Eso creo —manifestó el muchacho sonriendo—, aunque mis obligaciones no han llegado a especificarse nunca. ¿Por qué razón?

—No, por nada.

Struan apuró su copa de champaña y decidió que había llegado el momento.

—Ahora que se ha solucionado lo del Valle Feliz, y que la nueva ciudad está a punto de surgir en la Costa de la Corona, el futuro de Hong-Kong se halla asegurado.

—Sí, que la Corona cargue con nuestros riesgos —aseguró Brock, sintiendo que volvía a él el buen humor.

—Por consiguiente, no creo necesario demorar más el casamiento. Propongo que Tess y Culum contraigan matrimonio el mes próximo.

Los presentes guardaron silencio, llenos de asombro. Gorth diose cuenta al instante de que si eso llegaba a ser así, al cabo de un mes dejaría de tener influencia sobre Culum, lo que no debería ocurrir de ningún modo.

«Diga lo que diga mi padre —se dijo interiormente—, la boda no se celebrará aún. Tal vez dentro de un año. Tal vez. Pero, ¿qué se trae este demonio entre manos?».

También Brock estaba tratando de adivinar las intenciones de Struan, pues allí había algo poco claro, que no beneficiaría con seguridad ni a Gorth ni a él. Su instinto le aconsejó demorar el enlace. Pero entonces recordó que había jurado, junto con Struan, dar plena libertad a los muchachos para que realizasen sus planes, y no le complacía quebrantar un juramento que mantenía Struan.

—Pueden leerse las amonestaciones el próximo domingo —dijo Struan, rompiendo un largo y tenso silencio—. Me parece que es la fecha más adecuada, ¿verdad, muchacha? —inquirió Struan, sonriendo a Tess.

—Sí, desde luego —replicó ésta, apretando con dureza la mano de Culum.

—Es demasiado pronto —dijo Gorth bruscamente.

—¿Por qué? —preguntó Culum.

—Considero que después de haber perdido hace tan pocos días a tu tío —dijo Gorth, mirando a Culum—, no sería adecuado efectuar una boda dentro de un mes.

—Por favor, cariño —manifestó Brock, dirigiéndose a Elisa—. Puedes retirarte con Tess. Nos reuniremos con vosotras en cuanto terminemos de charlar.

Tess rodeó con los brazos el cuello de su padre, y luego los cuatro hombres quedaron solos. Entonces, Brock se puso en pie, cogió una botella de oporto y sirvió cuatro vasos.

—Buen vino, Tyler —dijo Struan, saboreando la bebida.

—Es del año treinta y uno.

—Buena cosecha se obtuvo ese año, en efecto.

De nuevo se produjo un largo silencio.

—¿No sería conveniente que postergase su marcha por unos días, señor Brock? —dijo Culum, agitándose incómodo en su asiento—. Me gustaría que Tess y yo pudiéramos ver el terreno en compañía del constructor.

—Sí, con el abandono de Queentown, y la venta de tierras, no podemos marcharnos ahora —dijo Brock—. Al menos Gorth y yo no podemos hacerlo. Elisa y Lilibet se marcharán lo antes posible, ya que Macao es mucho más sano en esta época, y más fresco. ¿No te parece, Dirk?

—En efecto, Macao está muy bien ahora —aseguró Struan, encendiendo un cigarro, después de lo cual cambió bruscamente de tema, y mirando inquisitivamente a Gorth, dijo—: He oído que la investigación acerca de lo ocurrido al gran duque será la semana próxima.

—El ruso tuvo mala suerte —manifestó Brock.

—Así es —corroboró Gorth—. Los disparos partían de todas partes.

—Justamente después de caer Su Alteza, alguien disparó sobre el cabecilla de un grupo de chinos que nos atacaba.

—Fui yo —dijo Brock.

—Gracias, Tyler —replicó Struan—. ¿Tú también disparabas, Gorth?

—Yo estaba a proa, dirigiendo las maniobras.

—Cierto —contestó Brock, que sólo recordaba haber enviado a proa a su hijo—. Mala suerte. Los motines son cosa terrible, y en un momento como éste nadie sabe lo que puede ocurrir.

—Sí, desde luego —dijo Struan, el cual ya estaba seguro de que la bala había sido dirigida intencionadamente, y que el culpable era Gorth, y no Brock—. Una de esas malditas casualidades.

Los faroles de aceite que colgaban de las vigas oscilaron ligeramente al balancearse el barco bajo el impulso del viento. Los tres marinos que había en la cámara, Gorth, Brock y Struan, instantáneamente se pusieron en guardia. Brock abrió un portillo y aspiró la brisa, mientras Gorth miraba por los ventanales hacia el mar, y Struan escuchaba los crujidos del buque.

—No ocurre nada —dijo Brock—. El viento ha variado unos pocos grados; eso es todo.

Struan se dirigió hacia un mamparo donde colgaba un barómetro, y observó que la presión atmosférica apenas si había variado en algunas semanas.

—El barómetro sigue estable —dijo.

—Sí, pero en cualquier momento puede variar, y nosotros estaremos danzando al compás de las olas. Ya he visto que has colocado boyas de tormenta frente a los muelles, en aguas profundas. Me parece buena medida.

—Así es —confirmó Struan, al tiempo que se servía más vino y ofrecía la botella a Gorth—. ¿Quieres más, muchacho?

—Gracias —dijo éste.

—¿Acaso crees que se avecina tormenta, Dirk?

—No me parece, pero sugerí que colocasen las boyas, por si acaso. Glessing se encargó de dar la orden.

—Sí, claro, tú lo sugeriste.

—En efecto.

—He oído que el capitán se casa con la hermana de Sinclair —manifestó Brock.

—Creo que esa boda aún está en el aire.

—Supongo que serán muy felices —intervino Culum—. George siente verdadera devoción por Mary.

—Para Horacio, en cambio, tiene que ser un rudo golpe —declaró a su vez Gorth—. Ella es el único familiar que posee y, además, es menor de edad.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Culum.

—Diecinueve años —contestó Struan.

La tensión aumentó en la estancia.

—Tess también es muy joven —dijo Culum con voz angustiada—, y no quisiera perjudicarla en forma alguna. De todos modos, creo que… Bueno, ¿qué le parece, señor Brock, acerca de realizar el casamiento el mes próximo? Lo que sea adecuado para Tess, lo será también para mí.

—Cierto que es joven, muchacho —dijo Brock, algo afectado por las abundantes libaciones—. Pero es mejor que resolváis vosotros mismos.

Gorth procuró mantener su voz lo más serena posible, y declaró amablemente:

—Unos pocos meses en nada os perjudicarán, ¿eh, Culum? Para el Año Nuevo quedan seis escasamente.

—Siete —replicó Culum, molesto.

—Bien, lo que decidáis será bien recibido por mí —aseguró Gorth, el cual apuró su vaso y volvió a llenarlo a continuación—. ¿Qué dices tú, padre?

—Lo pensaré —replicó Brock, a quien el alcohol parecía volver indeciso—. Tess aún es muy joven, y en estas cosas no conviene ir con prisas. Culum y ella sólo se conocen desde hace tres meses y…

—Yo la amo de verdad, señor Brock —aseguró Culum con vehemencia—. En una situación como la nuestra, tres meses o tres años son igual.

—Sí, lo sé —dijo Brock afectuosamente, recordando la alegría que había demostrado Tess cuando él le dijo que aceptaba a Culum—. Sólo deseo vuestro bien, y necesito tiempo para pensar.

«A fin de descubrir lo que está tramando Dirk —añadió Brock, para sus adentros».

—Creo que el enlace será muy conveniente para ellos y para nosotros —dijo

Struan—. Tess es joven, cierto, pero también lo era su madre, Elisa, cuando se casó, e incluso la propia madre de Culum. Casarse joven tiene sus ventajas. Se tiene dinero para gastar y se pueden sentar pronto las bases del futuro.

Brock se frotó la frente con el dorso de la mano y afirmó:

—Lo pensaré, y luego te haré saber mi decisión, Culum. Ha sido algo repentino, y por eso deseo tiempo para decidir.

Culum sonrió, conmovido por la sinceridad que se advertía en la voz de Brock. Por vez primera sentía verdadera confianza por el traficante.

—Desde luego —replicó el muchacho.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitarás, Tyler? —preguntó de pronto Struan —. No podemos tener a los muchachos pendientes de nuestra decisión, cuando hay tantas cosas que hacer. Esta será la boda más fastuosa que se haya celebrado jamás en Asia.

—Según tengo entendido —replicó secamente Brock—, es el padre de la novia quien se encarga del casamiento, y el que decide sobre lo que conviene y lo que no conviene a ese respecto. De modo que todo plan relativo a la boda partirá de nosotros.

—De acuerdo —contestó Struan—. ¿Cuándo comunicarás tu decisión a Culum?

—Pronto —dijo Brock, poniéndose en pie—. Ahora vamos a reunimos con las damas.

—¿Cuándo, Tyler? —volvió a insistir Struan.

—Ya le has oído, padre —declaró Gorth acaloradamente—. Exige una respuesta.

Struan hizo caso omiso de las palabras de Gorth, y siguió mirando a Brock.

Temió Culum que se produjera un conflicto que echase todo a perder, pero al mismo tiempo estaba interesado en saber el tiempo que tendría que esperar por la decisión de Brock. No obstante, decidió contemporizar.

—Estoy seguro de que el señor Brock estudiará la proposición con todo cuidado. Dejémosle que decida libremente —manifestó al fin.

—Esta será tal vez tu opinión, Culum —dijo Struan, con fingida cólera—. Pero yo quiero saberlo ahora mismo. Deseo saber si están jugando al ratón y al gato contigo.

—Me parece que esas son palabras muy fuertes —aseguró Culum,

palideciendo.

—Tal vez pero, en todo caso, he terminado de hablar contigo, de modo que, por ahora, sujeta la lengua —dijo Struan, y volvióse hacia Brock—. ¿Cuánto tiempo, Tyler?

—Una semana. Sí, una semana, aproximadamente —contestó Brock, cuya voz, al mirar a Culum volvióse afable de nuevo—. No hay mal alguno en preguntar una fecha, muchacho. Es lo correcto, si se hace de hombre a hombre. Una semana, Dirk. ¿Estás satisfecho, de una vez?

—Sí, gracias, Tyler —dijo Struan, y se dirigió hacia la puerta, que abrió para dejar paso a Brock.

—Después de ti, Dirk —dijo éste.

Ya en la intimidad de la cámara del *Resting Cloud*, Struan contó a May-May lo ocurrido. La muchacha escuchó con atención, y exclamó encantada:

—¡Ah, qué bien, Tai-Pan, magnífico!

El se quitó la levita, y ella la colgó en el armario.

Un rollo de papel cayó de la manga de May-May, y Struan lo recogió y le echó un vistazo.

El papel era una delicada acuarela con numerosos caracteres chinos. Representaba un hermoso paisaje de la costa, en el que se advertía un hombre inclinándose ante una mujer, ambos empequeñecidos por la proximidad de unos montes cuya cima se hallaba cubierta de niebla. Ante la costa rocosa flotaba un sampán.

—¿Dónde has conseguido esto?

—Ah Sam lo trajo del Tai Ping Shan —replicó ella.

—Es muy bonito.

—En efecto —contestó May-May con calma, pensando en la gran astucia de su abuelo. Este había enviado el rollo a uno de sus hombres del Tai Ping Shan, al que May-May compraba jade de vez en cuando. Ah Sam aceptó la pintura como un regalo para su dueña, sin sospechar nada, y aunque May-May tenía la seguridad de que tanto Ah Sam como Lim Din habían examinado el rollo con toda atención, estaba segura de que no fueron capaces de descubrir el mensaje que contenía. Este se hallaba diestramente disimulado, y hasta el sello personal

de Jin-qua estaba oculto a medias con otro dibujo. Había unas cuantas frases: «Seis nidos sonríen a las águilas, el fuego verde forma, parte del alba, y la flecha presagia esperanza». Estas parecían no poseer sentido alguno, pero sí lo tenían para May-May. Sólo ella sabía que Jinqua le agradecía su información acerca de los seis millones de taels del rescate; que «fuego verde» quería decir Tai-Pan, y que le enviaría un mensajero que llevaría una flecha o algo similar para identificarse.

—¿Qué significan estos caracteres chinos? —preguntó Struan.

—Resulta difícil de traducir, Tai-Pan, no obstante lo intentaré.

Explicó May-May el significado de las inscripciones, procurando hacerlas aún más confusas.

—Eso es un jeroglífico, por todos los cielos —replicó riendo Struan.

Ella suspiró satisfecha, y dijo a su vez:

—Te adoro, Tai-Pan.

—Y yo a ti. Escucha, la próxima vez que construyamos una casa, consultaremos primero a los caballeros del Feng-shui, ¿te parece bien?

CAPITULO XXX

Al amanecer, Struan se trasladó a bordo del *Calcuta-Maharajah*, el barco mercante que llevaba a Sarah de regreso a Gran Bretaña. El buque pertenecía a la Compañía de las Indias Orientales, y debería zarpar con la próxima marea, tres horas después, por lo que a bordo reinaba gran actividad.

Struan descendió bajo cubierta y golpeó en la puerta de la cámara que ocupaba Sarah.

—Adelante —se oyó decir a la mujer.

—Buenos días, Sarah —dijo Struan, al tiempo qué cerraba la puerta tras él. La cámara era amplia y sé hallaba bien amueblada. Por todas partes aparecían dispersos juguetes, ropas y zapatos. Lochlin, medio dormido, emitía algunos quejidos desde una cuna situada cerca de un portillo.

—¿Estás preparada, Sarah?

—Sí, Dirk, lo estoy.

—Esta es una orden de pago por cinco mil guineas —dijo Struan extrayendo un sobre—. Recibirás una cada dos meses.

—Eres muy generoso —dijo ella con cierta ironía.

—No; se trata de tu dinero, el de Robb, y no del mío —manifestó Struan, y colocó el sobre encima de una mesa—. No hago más que cumplir con su voluntad. No tardarás en recibir los documentos relativos a los fondos de mi hermano, que yo administro. He pedido a mi padre que vaya a esperarte a la llegada del barco. ¿Deseas permanecer en mi casa de Glasgow hasta que encuentres una de tu agrado?

—No quiero nada de vosotros.

—He escrito a mis banqueros para que te concedan una suma de hasta cinco mil guineas una vez al año, aparte de tu asignación. Debo recordarte que eres la heredera de una fortuna, y que debes administrarla con cuidado, ya que serán

muchos los que pretendan arrebatarte el dinero. Aún eres joven, tienes la vida por delante, y…

—No necesito tus consejos, Dirk —contestó Sarah, amargamente—. Por lo que a mi dinero se refiere, sabré manejarlo perfectamente, como siempre lo hice. Y en cuanto a mi juventud, ya me he mirado en el espejo, y he visto que estoy fea y avejentada. Tú también te das cuenta de ello. Estoy totalmente gastada, después de la muerte de mi marido. A ti, en cambio, no te ha afectado la desaparición de tu mujer, sino que te alegras, pues ella ya había dado todo lo que podía darte. Así tienes el camino abierto para la próxima. ¿Quién va a ser? ¿Shevaun, Mary Sinclair, la hija de un duque, tal vez? Sí, siempre has puesto muy altas tus miras. Sea quien fuere, deberá ser muy rica, y le quitarás su fortuna, como a todos los demás. Siempre utilizas a los otros, sin dar nada a cambio. ¡Yo te maldigo ante Dios, y pido vivir lo suficiente para poder escupir sobre tu tumba algún día!

La criatura comenzó a lloriquear débilmente, pero ni Sarah ni Struan la oyeron, mientras se miraban fijamente.

—Te olvidas de decir una cosa, Sarah. Toda tu amargura procede de que crees que elegiste el peor de los dos hermanos. Por eso hiciste un infierno de la vida de Robb.

Struan abrió la puerta y se marchó.

—¡Mentira, mentira! —gritó Sarah, llena de despecho. Pero ya nadie la escuchaba.

Struan estaba apoyado pensativamente en su escritorio, recordando con odio a Sarah, aunque comprendiéndola. Le atormentaba especialmente su maldición.

«¿Será cierto que vivo a expensas de los demás? —se preguntó, mientras miraba el retrato de May-May—. Sí, seguramente es cierto. Pero, ¿acaso no hace eso todo el que puede? ¿Quién está equivocado, May-May? ¿Quién tiene razón?».

Recordó en ese momento a Aristóteles Quance, y exclamó en voz alta:

—¡Vargas!

—Sí, señor —replicó el empleado, presentándose al momento.

—¿Qué tal se desenvuelve el señor Quance? —Está muy triste, señor. Muy

triste.

—Dígale que venga.

Poco después aparecía Quance en la puerta.

—Pase, Aristóteles —dijo Struan—. Pase y cierre la puerta.

Hizo Quance lo que le pedían, y luego avanzó con aire contrito hasta situarse frente al escritorio de Struan. Este habló rápidamente:

—Aristóteles, no tiene tiempo que perder. Procure salir del edificio sin ser visto y diríjase hasta el muelle. Allí hay un sampán esperándole, que le llevará a bordo del *Calcuta Maharajah*, El barco zarpa dentro de pocos minutos.

—¿Cómo dice, Tai-Pan?

—Es su salvación, amigo. Procure hacerse perfectamente visible cuando esté a bordo del *Calcuta Maharajah*.

Salude y grite desaforadamente cuando el barco abandonó el puerto. Que todo el mundo se entere de que está a bordo.

—Dios le bendiga, Tai-Pan —dijo el pintor, y un rayo de esperanza iluminó sus ojos—. Pero es que no quiero marcharme de aquí. No puedo irme.

—En el sampán encontrará ropas de culi. Cuando el barco esté fuera del puerto, escabúllase dentro de la lancha del práctico. He sobornado a la tripulación del buque, pero no al práctico. Se lo advierto.

—¡Por las barbas de Júpiter! —exclamó Quance, que al momento pareció crecer medio palmo. Luego le acometió la incertidumbre e inquirió—: Pero, ¿dónde puedo esconderme? ¿En el Tai Ping Shan?

—La señora Fortheringill le espera. He concertado su hospedaje allí durante dos meses, Aristóteles. Pero conste que tendrá que pagarme el dinero que he gastado.

Quance abrazó a Struan y lanzó un rugido de alborozo, pero Struan le hizo callar.

—Calma, por todos los cielos, Aristóteles. Si Maureen llega a sospechar algo, todo el plan se vendrá abajo, y ella no se marchará de Hong-Kong.

—Muy bien —replicó Quance en un susurro, y luego corrió hacia la puerta. Allí se detuvo, volvió hacia donde estaba Struan y agregó—: ¡Dinero! Necesito algunos fondos. ¿Puede hacerme un préstamo, Tai-Pan?

Struan le entregó una bolsita de cuero.

—Aquí tiene un centenar de guineas. Pero le advierto que se las cargo en la

cuenta.

La bolsita desapareció en un bolsillo de Quance, el cual volvió a abrazar a Struan. Luego, al pasar ante el retrato de May-May, Quance le lanzó un beso con la punta de los dedos, y dijo:

—Le pagaré con varios retratos de la mujer más bella que existe, May-May. ¡Ah, inmortal Quance! ¡Ya eres libre! ¡Libre como el viento!

El pintor ensayó unos pasos de cancán, dio un último brinco de alegría y desapareció por la puerta.

May-May contempló la pulsera de jade. La acercó a la luz que entraba por el portillo abierto y la examinó con atención. Observó la flecha que estaba delicadamente tallada en ella, y los caracteres que decían: «Presagio de esperanza».

—Es un jade muy hermoso —dijo ella en mandarín.

—Gracias, eminente entre las eminentes —contestó Gordon Chen en la misma lengua.

—Sí, verdaderamente hermoso —agregó la muchacha, devolviendo la joya. El cogió la pulsera, la acarició un momento, y, en lugar de volver a colocársela en la muñeca, la arrojó por el portillo abierto y miró cómo se hundía en el agua.

—Me habría sentido muy honrado si usted la hubiera aceptado como presente, dama suprema, pero lo cierto es que algunas joyas están mejor en los abismos del mar.

—Eres muy sabio, hijo mío —dijo ella—; mas debo decirte que no soy dama suprema, sino tan sólo una concubina.

—Mi padre no tiene esposa. Por lo tanto, es usted su dama suprema.

May-May no contestó. Le había producido una gran sorpresa comprobar que el esperado mensajero era Gordon Chen. Aun así, decidió tener mucha cautela, por si él se había hecho con la pulsera por otro conducto. Lo mejor era hablar ambiguamente, sin concretar demasiado.

—¿Un poco de té?

—Sería una molestia excesiva para usted, madre.

—En absoluto, hijo mío —contestó May-May, y se encaminó hacia el camarote contiguo.

Gordon Chen siguió a May-May, emocionado ante la gracia de su andar y lo diminuto de sus pies.

«La has amado desde el primer momento que la viste —pensó—. Es creación tuya, en cierto modo, pues tú fuiste quien la educó y le enseñó los usos y el idioma de los bárbaros».

Gordon bendijo a los hados que le habían dado por padre al Tai-Pan, hacia el que sentía un inmenso respeto. Se daba cuenta de que sin ese respeto, su cariño hacia May-May hubiera dejado de ser filial.

Lim Din llevó el té, y May-May despidió al criado, aunque, por guardar las formalidades, dijo a Ah Sam que permaneciese en la estancia. No obstante, sabía que la criada no entendía el dialecto de Soochow; con él reanudó la conversación con Gordon.

—La flecha es un objeto peligroso —dijo ella.

—Sí, dama suprema, si se halla en manos inexpertas. ¿Le interesan esas armas?

—Cuando era pequeña sólo jugaba a las cometas, con mis hermanos. Una vez usé un arco, pero me asusté mucho. Supongo que, en ocasiones, una flecha puede constituir un regalo de los dioses, en lugar de ser peligrosa.

Gordon Chen reflexionó un momento, y al fin dijo:

—Desde luego. Como cuando está en manos de una persona hambrienta, que con ella puede cazar a su presa.

May-May se abanicó rápidamente. Sentíase satisfecha de conocer la forma en que Gordon pensaba. De ese modo el diálogo resultaba más fácil y poseía mayores alicientes.

—Ese hombre deberá tener grandes cuidados, si no dispone más que de una ocasión para dar en el blanco.

—Cierto, dama suprema, pero un cazador avisado siempre lleva numerosas flechas en su carcaj.

«¿A qué caza se estará refiriendo?», preguntóse Gordon.

—Una pobre mujer nunca puede experimentar los masculinos goces de la caza —manifestó ella lentamente.

—El hombre es el elemento yang, cazador por la gracia de los dioses. La mujer es el elemento yin, aquella a la que el cazador entrega su presa para que la prepare.

—Los dioses son muy sabios, y enseñan al cazador qué pieza es comestible y cuál no lo es.

Gordon Chen tomó unos sorbos de té, y se preguntó si ella deseaba encontrar a alguien, o quien quería cazarle y darle muerte. ¿A quién podía buscar? ¿Tal vez a la antigua amante del tío Robb?

«Por todos los cielos, ¿qué poder tiene esta mujer sobre Jin-qua? —se dijo—. ¿Cómo ha conseguido que él me ordenase, y con él a todos los Tongs, que cumpla sus deseos?».

Entonces, Gordon se dijo que Jin-qua debió de enterarse por May-May de la llegada de la flota a Cantón, y del rescate que iban a pedir. Eso tuvo que hacerla acreedora del agradecimiento del anciano. Con ello le ahorró seguramente a Jin-qua tres o cuatro millones de taels.

Gordon sintió que su respeto hacia May-May se hacía aún mayor, y, para darle una nueva salida, dijo:

—A veces, el cazador tiene que usar su arma para protegerse de las fieras de la selva.

—Gran verdad, hijo mío —aseguró ella, cerrando el abanico de golpe y estremeciéndose—. Y los dioses también protegen a veces a una pobre mujer contra tales seres infernales.

Por consiguiente, ella quería que alguien muriese, se dijo Gordon. Examinó éste los dibujos de la taza de porcelana, y se preguntó quién podría ser.

—Los hados permiten que el mal impere en numerosos lugares. En lo alto y en lo bajo. En tierra y en el mar. Incluso en esta isla.

—Así es, hijo. Incluso en el mar, y entre los ricos y poderosos. Son terribles los designios de los dioses.

Gordon Chen casi dejó caer su taza. Volvióse hacia un lado y trató de concentrar sus ideas. «Mar» y «poderoso» sólo podían referirse a dos personas: Longstaff o el mismo Tai-Pan.

«¡Dragones de la muerte —pensó Gordon—, matar a cualquiera de ellos puede provocar una hecatombe! Pero, ¿por qué? ¡Oh dioses, que no sea a mi padre! ¡Que no sea al Tai-Pan!».

—Sí, dama suprema —dijo él, sin disimular la angustia que le embargaba, ya que había jurado cumplir lo que le ordenasen—. Los dioses son tremendos en sus designios.

May-May notó el súbito cambio que apareció en la voz de Gordon Chen y no pudo comprender el motivo.

Púsose en pie y se dirigió hacia los ventanales de popa. El buque insignia se hallaba anclado en el puerto, rodeado por numerosos sampánes que flotaban en las brillantes aguas. El *China Cloud* estaba más allá, amarrado a un ancla de tormenta, y cerca de él se encontraba el *White Witch*.

—Los navíos son hermosos —dijo ella—. ¿Cuál te parece el más gallardo?

Gordon se aproximó a las ventanas. No creía que pudiera tratarse de Longstaff, pues no había razón alguna para ello.

—Creo que ése —replicó Gordon, al tiempo que señalaba hacia el *China Cloud*.

May-May dejó caer sin querer el abanico, y lanzó en inglés una exclamación:

—¡Por todos los cielos!

Ah Sam la miró sorprendida, y May-May volvió a recuperar el dominio de sí misma. Gordon Chen recogió el abanico, y al devolvérselo hizo una profunda reverencia.

—No estoy de acuerdo —prosiguió diciendo la muchacha, en dialecto de Soochow—. Yo prefiero ese barco. Señaló ella hacia el *White Witch*, sintiendo aún espanto ante la idea de que Gordon Chen hubiera pensado que ella tenía intención de pedir la muerte de su adorado Tai-Pan.

—El otro está por encima de todo —prosiguió diciendo May-May—. Es inviolable. Totalmente inviolable. ¿Acaso has tenido la osadía de pensar de otro modo?

—Perdón, dama suprema —contestó Gordon Chen, con evidente alivio—. Por un momento un demonio entró en mi cabeza y no pude pensar con claridad.

—Está bien.

—Y ahora, si me disculpa, señora, iré a proseguir con mis asuntos.

—Tus asuntos no han concluido aún, y la buena educación exige que tomemos más té —declaró May-May, que dio unas palmadas y ordenó a Ah Sam que trajera otra tetera. Cuando regresó Ah Sam, May-May prosiguió hablando en cantones, y dijo—: Oí decir que, dentro de poco, muchos barcos saldrán para Macao.

Gordon comprendió que había que eliminar a Brock en Macao lo más pronto posible. Ah Sam se permitió na licencia, y llena de gozo manifestó:

—¡Qué alegría, volver a ver Macao! ¿Conoce usted esa población, honorable señor? —inquirió luego, sonriendo graciosamente a Gordon Chen.

—Desde luego —contestó el joven.

Por lo general, una esclava no hubiera osado dirigirse a él directamente, pero sabía que Ah Sam era la esclava personal de May-May y su confidente, y que como tal poseía numerosos privilegios. Además, la encontraba muy bonita… para ser una muchacha hoklo, es decir, del río.

—Por desgracia, no podré ir allí este año —añadió Gordon, dirigiéndose esta vez a May-May—. Pero tengo muchos amigos que van y vienen.

May-May asintió, y dijo:

—¿Te has enterado de que, anoche, el hijo del Tai-Pan se comprometió en matrimonio con la hija de su mayor enemigo? Son gentes increíbles, estos bárbaros.

—Así es, increíbles —dijo Gordon, asombrado de que May-May manifestase tan claramente su deseo de eliminar a Brock. ¿Querría tal vez la destrucción de toda la familia?

—No es que me importe mucho el padre, que ya está viejo, y a quien, si los hados son justos, no tardarán en llevarse —dijo May-May, agitando los dijes de plata y jade de su collar—. En cuanto a la muchacha, creo que tendrá muchos hijos, si bien no puedo comprender lo que ve un hombre en una chica de piernas tan gruesas y busto tan abultado.

—Desde luego —replicó una vez más Gordon, satisfecho.

Por consiguiente, no había que matar a Brock, ni a su hija. Sólo quedaba la madre y el hijo. No era probable que fuese la madre, por lo que el indicado parecía ser Gorth, el hijo.

Sintióse Gordon sumamente cansado. Su mente había trabajado en exceso, y se hallaba muy excitado. Los acontecimientos pesaban sobre él, ya que los mandarines estaban actuando sobre los Tongs en Kwantung, en Macao e incluso en el Tai Ping Shan. Los mandarines poseían numerosos agentes entre los pobladores del lugar, y, aunque algunos ya habían sido eliminados, la incertidumbre causaba en Gordon un estado de tensión excesiva. Si se descubría que era el jefe Tong de Hong-Kong, nunca regresaría a Cantón, y su vida valdría menos que el excremento de un culi.

Además, sus sentidos se hallaban exacerbados por el exquisito perfume que

emanaba de May-May y por el atractivo sensual de Ah Sam.

«Me gustaría acostarme con la esclava —pensó Gordon—. Pero eso puede ser peligroso, a menos que madre lo sugiera. Es mejor que regrese al Tai Ping Shan, a refugiarme en los brazos de la concubina más hermosa del lugar. ¡Por todos los dioses, que bien vale los mil taels que me ha costado! Esta noche nos haremos el amor diez veces, y de diez modos diferentes. Bueno, sé honrado contigo mismo, Gordon Chen, serán sólo tres veces, y eso si te ayudan los hados; pero resultará maravilloso».

—Me entristece no poder ir a Macao —agregó Gordon—. Supongo que todos los parientes políticos de mi padre se marcharán, sobre todo el hijo. ¿No es cierto?

—Así es —replicó May-May, suspirando al darse cuenta de que había sido comprendida.

—Reinará la felicidad en Hong-Kong cuando el hijo se marche —dijo desdeñosamente Ah Sam.

—¿Por qué? —inquirid May-May, llena de interés, lo mismo que Gordon.

Ah Sam había guardado la noticia para el momento más oportuno, que era ése, a su entender.

—El hijo es un verdadero demonio —manifestó la criada—. Va tres veces por semana a uno de los prostíbulos donde concurren los bárbaros.

—Y bien, Ah Sam, continúa —dijo May-May, impaciente.

—Les pega fuerte a las chicas.

—Tal vez las muchachas le disgustan —declaró May-May—. Una buena paliza no le hace gran cosa a una de esas mujeronas bárbaras.

—Pero él las azota y las atormenta por placer, antes de acostarse con ellas.

—¿Hace siempre eso? —inquirió May-May, con tono de incredulidad.

—Siempre —dijo Ah Sam—. Paga por castigarlas, y también por…, bueno, por la manipulación, que parece ser lo que ocurre después.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó May-May—. Creo que eres tú quien merece una buena tunda. Me da la impresión de que lo estás inventando todo, condenada esclava.

—Juro que no lo invento, madre. La propietaria bárbara de la casa, esa vieja bruja de ojos dobles y cuyos dientes se quitan y ponen, por increíble que parezca…

—¿Fortheringill? ——inquirió Gordon.

—Eso es, honorable señor. Pues bien, esa mujer tiene la casa mayor de todo Queenstown. Recientemente compró seis muchachas hoklo y una de Cantón…

—Fueron cinco muchachas hoklo —manifestó Gordon Chen.

—¿También estás en ese negocio? —inquirió May-May, con toda cortesía.

—En efecto. Resulta muy provechoso.

—Sigue, Ah Sam.

—Pues bien, madre, iba diciendo, una de las chicas hoklo es pariente de Ah Tat, que, como usted sabe, es a su vez pariente de mi madre. Esta muchacha fue designada para acompañarle una noche, y con eso fue suficiente —aseguró Ah Sam, bajando la voz—. Le golpeó el vientre y las nalgas hasta que le brotó la sangre, y luego la obligó a hacer ciertas cosas…

—¿Qué cosas? —preguntó Gordon, en voz baja, prestando gran atención.

—Sí, ¿qué hizo?

—No soy capaz de describir prácticas tan obscenas, pero puedo asegurarles que la obligó a entregarse de todas las formas posibles.

—¿Todas?

—Absolutamente todas, madre. Con eso y los golpes que le había dado antes, la muchacha estuvo al borde de la muerte.

—¡Increíble! —manifestó May-May—. Aún me parece que estás inventando, muchacha.

—De ningún modo —aseguró la esclava, que alzó las manos al cielo y comenzó a gemir—. ¡Que nunca tenga hijos, si he mentido! ¡Que muera soltera, si he mentido! ¡Que no reencarnen jamás mis antepasados, y que sus almas no descansen en paz! ¡Que no…!

—Está bien, Ah Sam, basta ya, te creo —dijo al fin May-May, interrumpiendo el aluvión de lamentos.

Ah Sam recobró prontamente su alegría y declaró:

—¿Cómo osaría yo mentir a mi maravillosa madre y a su honorable pariente? No podría hacerlo. Eso sí, tengo la seguridad de que los dioses no dejarán sin castigo a semejante bestia salvaje.

—Yo también lo creo —declaró Gordon Chen.

May-May sonrió para sus adentros.

LIBRO CUARTO

Aquella tarde, Struan se dirigió al China Cloud. Envió al capitán Orlov a una de las lorchas y a Sergeyev a una cámara más amplia en el Resting Cloud. *Luego ordenó soltar las amarras y salió del puerto, internándose en el mar.*

Durante tres días y sus noches condujo al China Cloud como una flecha, rumbo al Sudeste, mientras los aparejos chirriaban bajo la presión del viento en las velas.

Struan había ido al mar para limpiar su espíritu. Para limpiarlo de las palabras de Sarah y de los pensamientos que habían surgido con la muerte de Robb y de Karen.

Y para bendecir a May-May y el gozo de poseerla. Regresó al seno del océano como un amante que ha estado lejos mucho tiempo. Y el mar le acogió con vendavales y chubascos, pero sin dañar nunca al barco ni al que lo mandaba. El mar dio a Struan mucha de su energía, vigorizándole de nuevo, devolviéndole su dignidad y los deseos de vivir, y serenando su alma como sólo el mar puede hacerlo.

Struan dirigió el barco sin dormir, como si quisiera probar sus fuerzas hasta el límite. Una tras otra iban cambiando las guardias, pero él seguía paseando por el puente, desde el alba al anochecer, desde el anochecer al alba, canturreando en voz baja y comiendo apenas. Y nunca hablaba, si no era para ordenar que cargaran más velas para que el buque navegase más velozmente.

Struan condujo su nave hasta el corazón del Pacífico, hasta lo infinito del océano.

Al cuarto día hizo girar en redondo el barco y lo dirigió durante media jornada con rumbo al Noroeste. Entonces descendió bajo cubierta, se afeitó, se bañó y echóse a dormir. Durmió un día y una noche completos, y al siguiente amanecer comió con apetito voraz. Luego regresó a cubierta.

—Buenos días, señor —dijo Cuhady.

—Ponga rumbo a Hong-Kong.

—Sí, señor.

Permaneció Struan en el puente todo el día y parte de la noche, y de nuevo se fue a dormir. Al amanecer calculó la posición del barco por medio del sol, y después dio orden de detener el buque. Se lanzó desnudo al agua, y nadó largo rato, mientras los marineros se hacían cruces, mirándole con temor. Había tiburones merodeando en círculos por aquellas aguas.

Pero los escualos se mantuvieron a distancia.

Subió Struan a bordo y ordenó que limpiasen el barco hasta el último rincón, que restregasen las maderas con arena y cepillo, y que cambiasen todos los aparejos.

Mandó arrojar por la borda sus ropas y la de los marineros, y entregó nuevas vestimentas a todos los tripulantes. El mismo se vistió de marinero. Luego ordenó una ración doble de ron para todos los hombres de la dotación.

Al amanecer del séptimo día, Hong-Kong apareció en el horizonte, justamente ante la proa. La cumbre más alta se hallaba envuelta por la bruma. Más arriba se extendía una capa de cirrus, a los que no afectaba el viento que soplaba suavemente por debajo.

Struan permaneció en la proa, dejándose mojar por la tenue salpicadura de las olas.

—¡Aquí me tienes, isla! ¡Vuelvo a casa! —gritó, y su voz voló hacia tierra, llevada por el viento del Este.

CAPITULO XXXI

El *China Cloud* entró en el puerto de Hong-Kong por el canal occidental. Brillaba ya el sol con fuerza, y el viento, uniforme y húmedo, seguía soplando de levante.

Struan se hallaba en el puente, desnudo hasta la cintura, con la piel profundamente bronceada y el cabello rojizo blanqueado por el sol. Dirigió sus gemelos sobre los buques que había en el puerto. Vio primero al *Resting Cloud*, en cuyo mástil de mesana ondeaban los gallardetes que indicaban la palabra «Cénit», reclamando a bordo al naviero. Recordó Struan la última vez que viera esa señal en un mástil. Fue en el *Thunder Cloud* —le pareció que hacía ya una eternidad—, y en aquella ocasión recibió la noticia de la muerte de su familia. Culum llegó entonces en el barco.

En el puerto se hallaban más buques de transporte de tropas que antes, en los que ondeaba el pabellón de la Compañía de las Indias Orientales. Magnífico. Eran los primeros refuerzos que llegaban. Vio luego Struan un gran bergantín de tres mástiles anclado junto al buque insignia, que enarbolaba el pabellón ruso y que lucía el pendón del zar en el malo mayor.

Se veían más sampánes y juncos que de costumbre en las tranquilas aguas del puerto.

Cuando hubo examinado bien los buques, Struan observó la costa, y descubrió gran actividad en las cercanías de Glessing Point, así como numerosos europeos y grupos de mendigos que circulaban por el Camino de la Reina. El Tai Ping Shan parecía haber crecido apreciablemente.

La enseña del león y el dragón ondeaba sobre el edificio abandonado de la Noble Casa, que estaba en silencio, como el resto del Valle Feliz.

—¡Cuatro puntos a estribor! —ordenó Struan al timonel.

—¡A la orden señor!

Mandó luego Struan disponer una lancha, y en ella se dirigió hasta el *Resting Cloud*.

—Buenos días —dijo el capitán Orlov, que conocía al Tai-Pan lo suficiente como para saber que no debía preguntarle dónde había estado.

—Buenos días. Ha izado usted «Cénit». ¿Por qué?

—Son órdenes de su hijo.

—¿Dónde está Culum?

—En tierra.

—Por favor, mande que vayan a buscarle.

—Ya lo hice cuando su barco entró en el puerto.

—Esperemos que venga pronto.

—Oiga, Tai-Pan, ¿cuándo me devuelve mi barco? Por Thor, que ya estoy cansado de ser un capitán vagabundo. Déjeme que vaya a comerciar con té, con opio, o que vaya a las aguas del Ártico. Conozco cincuenta lugares donde obtener un buen cargamento de pieles, lo cual llenará bien sus arcas. No es pedir demasiado.

—Le necesito aquí —dijo Struan, y al sonreír pareció súbitamente rejuvenecido.

—Puede usted reír, por las barbas de Odín —replicó Orlov, sonriendo igualmente, con una extraña mueca—. Usted ha ido a la mar, y yo me he quedado vegetando en este lanchón. Parece usted un dios del Olimpo. ¿Ha sufrido usted algún huracán o tifón? ¿Por qué, entonces, ha cambiado todas las velas y los aparejos?

—¿A qué pieles se refería, capitán?

—Pieles de foca, de visón, de marta. Cualquier piel que usted me pida se la conseguiré, con tal que pueda decir a cualquiera «márchate de mi barco y vete al infierno», incluso a usted mismo.

—En octubre zarpará usted hacia el Norte, ¿le parece bien? Irá en busca de pieles.

Orlov miró a Struan e intuyó al momento que en octubre no iría a buscar pieles. Un escalofrío le dominó, y maldijo interiormente aquellos presentimientos que le acometían.

«¿Qué me irá a ocurrir entre junio y octubre?», se preguntó.

—¿Puede devolverme el barco ahora? Dígame sí o no, por todos los

infiernos. Octubre es un mal mes, y queda aún lejos. ¿Es sí o no?

—Sí.

Orlov volvió a sonreír, sin poder dominar su enorme satisfacción, y se despidió de Struan con un ademán y una exclamación de gozo.

Struan descendió bajo cubierta y se encaminó a la cámara donde se alojaba May-May. Esta se hallaba profundamente dormida, y Struan dijo a Ah Sam que no la despertara. Declaró que regresaría más tarde. Luego se encaminó hasta la cubierta inferior, a su propia cámara, y allí se bañó, se afeitó y vistióse con ropa limpia. Lim Din le llevó huevos, fruta y té.

Abrióse de pronto la puerta de la cámara, y entró apresuradamente Culum.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. Hay un millar de cosas que hacer, y la nueva subasta de tierras se realiza esta tarde. Podías haberme avisado antes de desaparecer. Reina una gran inquietud, y…

—¿No acostumbras a llamar a las puertas, Culum?

—Sí, claro, lo siento; es que tenía mucha prisa.

—Bien, siéntate. ¿Qué es ese millar de cosas? Pensé que podrías defenderte solo una semana.

—Tú eres el Tai-Pan, y no yo —replicó Culum.

—Sí, pero imagina que no hubiera regresado hoy. ¿Qué habrías hecho?

—Habría ido a la subasta y comprado tierras.

—¿Has hecho un convenio con Brock sobre los lotes que nos quedaremos, a fin de no pujar entre nosotros?

Culum vaciló, y al cabo dijo:

—En cierto modo. Hice una distribución, sujeta a tu aprobación.

Extrajo Culum un plano que extendió sobre el escritorio.

El lugar donde se hallaba la nueva ciudad circundaba a Glessing Point, y estaba unos tres kilómetros al oeste del Valle Feliz. El sitio se hallaba limitado por las montañas vecinas, y tenía escasamente un kilómetro de ancho por otro de largo. El barrio de Tai Ping Shan dominaba el lugar e impedía la expansión hacia el Este.

—Éstos son todos los lotes que hay —dijo Culum—. He elegido el ocho y el nueve. Gorth me dijo que desean el catorce y el veintiuno.

—¿Lo confirmaste con Tyler?

—Sí.

—¿Por qué has elegido dos lotes adyacentes? —preguntó Struan, echando una mirada al plano.

—Yo, en realidad, no entiendo mucho acerca de tierras, ni de transacciones comerciales, de modo que pregunté a Glessing, a Vargas, y en privado a Gordon Chen. Luego…

—¿Por qué a Gordon?

—Me pareció una buena idea. Creo que es muy inteligente y capacitado.

—Continúa.

—Todos estuvieron de acuerdo en que los lotes ocho, nueve, diez y catorce son los mejores de los terrenos costeros. Gordon sugirió dos lotes vecinos por si necesitábamos ampliar nuestras instalaciones. Así, un solo muelle podría valer para dos edificios de almacenes y oficinas. A instancias de Glessing, hice que el capitán Orlov sondeara la costa frente a las parcelas. Asegura que hay un buen fondo rocoso, aunque de escasa profundidad. Tendremos que colocar el muelle más afuera.

—¿Qué lotes has elegido en el interior?

Culum señaló el lugar, y su dedo tembló nerviosamente.

Entonces dijo:

—Gordon considera que debemos pujar por esta parcela. Es…, es una colina, y creo que será un lugar magnífico para instalar la Gran Casa.

Struan se puso en pie, dirigióse a las ventanas de popa y miró a través de los gemelos hacia la colina. Se hallaba ésta al oeste del Tai Ping Shan, al otro lado del nuevo emplazamiento de la ciudad.

—Habrá que construir un camino hasta allí, ¿no crees?

—Vargas dijo que podíamos comprar los lotes interiores 9A y 15B, que servirían como protección de la propiedad, y en los que más tarde podríamos construir y alquilar, o bien vender ventajosamente a quienes deseemos.

—¿Hablaste de esto con Brock?

—No.

—¿Con Gorth, entonces?

—Tampoco.

—¿Con Tess?

—Sí.

—¿Por qué con Tess?

—No lo sé. Como es lógico, me siento a gusto a su lado, y hablamos de muchas cosas.

—Resulta peligroso que le cuentes cosas como ésta. Aunque no te guste, tendrás que someterla a una prueba.

—¿Cómo dices?

—Si Gordon o Brock pujan por los lotes 9A ó 15B, sabrás que Tess no es digna de confianza. Sin los lotes marginales, la compra de la colina es un riesgo.

—Ella no dirá nada —replicó ásperamente Culum—. De todos modos, tal vez los Brock tengan la misma intención que nosotros. El que pujen contra nosotros no quiere decir nada.

Struan observó en silencio a su hijo, y luego preguntó:

—¿Tomas té o una copa?

—Té, gracias.

Culum notó que tenía las palmas de la mano cubiertas de sudor. Se preguntó si Tess habría hablado con Brock o Gorth acerca de las parcelas.

—¿Qué otros asuntos hay pendientes? —preguntó Struan.

—Hay gran cantidad de correo, para ti y para el tío Robb. No sabía qué hacer con ello, de modo que lo guardé en la caja de caudales. Además, Vargas y Chen Shen calcularon nuestro dinero invertido en el Valle Feliz. Longstaff pagó a todo el mundo, como tú dijiste.

Ayer llegó una persona de Inglaterra, vía Singapur, en el barco de Sergeyev. Es Roger Blore, y dice que quiere verte urgentemente. No me dijo de qué se trataba, pero no obstante le alojé en el buque pequeño. ¿Sabes quién es?

—No lo sé, muchacho —contestó Struan pensativamente.

Luego agitó una campanilla y se presentó el camarero.

Struan le dijo que mandase buscar a Blore en una lancha.

—¿Hay algo más, muchacho?

—Los pedidos de material de construcción de suministros navales se están acumulando. Tenemos que hacer nuevos pedidos de opio. En fin, muchas cosas.

Struan jugó con su jarro de té, y al cabo de un momento inquirió:

—¿Te ha dado ya Brock la contestación?

—Hoy es el último día. Me dijo que fuera a bordo del *White Witch* esta noche.

—¿Tess no sabe algo acerca de la decisión que ha tomado su padre?

—No.

—¿Y Gorth?

Volvió a negar Culum con la cabeza, y dijo:

—Salen mañana para Macao, menos Brock. Me invitaron a ir con ellos.

—¿Piensas hacerlo?

—Ahora que has vuelto, creo que me gustaría. Sólo una semana, y siempre que él acceda al casamiento. Habrá que comprar muebles, y todo lo demás.

—¿Has visto a Sousa?

—Sí; Tess y yo estuvimos con él en el terreno que nos regalaste. Es magnífico, y los planos ya están confeccionados. No sabes cuánto te lo agradecemos. Tess y yo pensamos…, pensamos que sería conveniente hacer una habitación especial para baño, como la de tu casa, y se lo ordenamos a Sousa.

Struan ofreció a su hijo un cigarro, y luego encendió el suyo y el de Culum.

—¿Cuánto tiempo hubieras esperado, Culum?

—No comprendo.

—¿Cuánto habrías esperado por mi regreso? Pude haberme perdido en el mar.

—Tú no, Tai-Pan.

—Un día el mar lo hará. Tal vez quiera hacerlo —aseguró Struan, lanzando bocanadas de humo y contemplando las volutas—. Si alguna vez me marcho sin decirte a dónde voy, espera cuarenta días. Ni uno más. En tal caso, estaré muerto, o ya no volveré nunca.

—Está bien —contestó Culum—. Pero, ¿por qué te marchaste tan repentinamente?

Struan hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Ha sucedido algo más, en mi ausencia?

—Las fragatas regresaron de Quemoy —contestó Culum.

—¿Qué ocurrió?

—Hundieron entre cincuenta y cien juncos, tanto grandes como pequeños, y en tierra destruyeron tres guaridas de piratas. Tal vez eliminaron a Wu Kwok, pero no hay seguridad.

—Creo que lo sabremos pronto.

—Anteayer fui a tu casa del Valle Feliz. Ya sabes que no quedó nadie guardándola, y pude ver que habían forzado la entrada, después de lo cual

robaron todo lo que pudieron.

—¿Es que no hay ninguna buena nueva?

—Aristóteles Quance huyó de Hong-Kong.

—¿Ah, sí?

—Sí. Su mujer no se lo creía, pero fueron muchísimas personas las que le vieron en el barco que llevó a tía Sarah a Gran Bretaña. La pobre mujer se figura que él aún sigue en Hong-Kong. En cuanto a George y Mary Sinclair, se van a casar. Es algo magnífico, aunque Horacio se halla terriblemente afectado. Sin embargo, no todo es bueno respecto a ellos, ya que Mary está ahora muy enferma, según me han dicho.

—¿Es malaria?

—No. Una dolencia extraña que le acometió en Macao. George recibió ayer una carta de la superiora de una orden católica de enfermeras.

—¿Qué le decía la monja?

—Sólo deseaba informar a la persona más allegada a Mary, y decirle que ésta le había pedido a ella que escribiera a George.

Struan frunció el ceño y dijo:

—Pero, ¿por qué no fue al hospital de la misión? ¿Por qué no informó a Horacio?

—No lo sé.

—¿Se lo has dicho a su hermano?

—No.

—¿Crees que Glessing se lo habrá contado?

—Lo dudo. Ahora parecen sentir gran aversión el uno por el otro.

—Es mejor que vayas a Macao con los Brock y que averigües cómo se encuentra Mary.

—Pensé que querrías tener noticias pronto, y por eso envié ayer en una lorcha a Jesús, el sobrino de Vargas, para que se entere. El pobre George no puede ir a causa del trabajo.

—Bien hecho —dijo Struan, mirando a su hijo con gesto de satisfacción.

—Sabía que para la muchacha eras casi un tutor.

—En efecto.

—Se realizó la investigación sobre el balazo que recibió Sergeyev, y el jurado decidió que se trataba de un hecho accidental.

—¿Crees tú eso?

—Claro. ¿Tú no?

—¿Has ido a ver a Sergeyev?

—Una vez al día, por lo menos. Le interrogaron para la investigación, y habló muy bien de ti. Dijo poco menos que le habías salvado la vida. No ha culpado a nadie, y afirmó haber informado al zar en ese sentido. Skinner lanzó una edición especial del *Oriental Times* acerca de la investigación. Tengo un ejemplar para ti —dijo Culum, entregando a su padre un periódico—. No me extrañaría que el zar te otorgara una condecoración.

—¿Cómo sigue Sergeyev?

—Ya puede andar, pero con gran dificultad. Creo que le duele mucho la cadera, aunque nunca se queja. Teme que nunca podrá volver a montar a caballo.

—Pero, ¿en general se encuentra bien?

—Tan bien como puede estarlo un hombre que piensa en montar a caballo.

Struan dirigióse hacia el aparador y sirvió dos vasos de jerez.

«El muchacho ha cambiado —pensó—. Sí, ha cambiado mucho. Me siento orgulloso de mi hijo».

Culum aceptó el vaso que le tendía su padre.

—A tu salud, Culum. Te has desenvuelto muy bien, y te lo agradezco.

—No tienes por qué agradecérmelo. Deseo ser el Tai-Pan de la Noble Casa, pero no quiero recibir nada que me den los demás.

Struan se preguntó cómo podría decir aquello su hijo, con tanta serenidad.

—Has cambiado bastante en las últimas semanas, muchacho.

—Estoy aprendiendo por mí mismo. También Tess ha tenido parte en ello, igual que el haberme quedado solo siete días. Pero creo que aún no estoy capacitado para actuar libremente.

—¿Comparte Gorth tus opiniones?

—No puedo hablar por Gorth, Tai-Pan. Sólo puedo hacerlo por mí. Sé que tienes en gran parte razón; sé que amo a Tess, y que por ayudarme estás contrariando muchos de tus principios.

Struan recordó de pronto las últimas palabras que oyera decir a Sarah. Luego apuró su taza de té a pequeños sorbos, pensativamente.

Roger Blore tenía poco más de veinte años, y su semblante expresaba gran seriedad. Era rubio, bajo y enjuto, y su atuendo parecía lujoso, pero muy gastado.

—Por favor, tome asiento, señor Blore —dijo Struan—. Y ahora, dígame la razón por la que deseaba verme a solas.

Blore permaneció en pie, y dijo:

—¿Es usted Dirk Lochlin Struan, señor?

Struan mostróse sorprendido. Muy poca gente conocía su segundo nombre.

—Sí, yo soy. ¿Y usted quién es? —preguntó, pues ni el rostro ni el nombre del visitante le decían nada. Su acento, sin embargo, era culto, y procedía sin duda de Eton o de Harrow.

—¿Me permite verle el pie izquierdo, señor? —preguntó el joven, cortésmente.

—¿Habráse visto insolente? ¡Repórtate, muchacho, o sales volando por esa puerta!

—Tiene razón para irritarse, señor Struan. Es probable que sea usted el Tai-Pan. Casi estoy seguro, pero debo tener completa certeza de ello.

—¿Por qué razón?

—Porque tengo un mensaje para Dirk Lochlin Struan, el Tai-Pan de la Noble Casa, cuyo pie izquierdo está en parte mutilado. Es un informe de la mayor importancia.

—¿Quién lo envía?

—Mi padre.

—No recuerdo tu apellido, aunque tengo una memoria excelente para los nombres.

—Mi nombre no es Roger Blore, señor. Ese lo he adoptado para mayor seguridad. Mi padre es miembro del Parlamento. Estoy casi seguro de que es usted el Tai-Pan, pero antes de darle el mensaje, debo tener certeza absoluta.

Struan extrajo la daga que llevaba en su bota derecha, y levantó la izquierda.

—Quítala —dijo, con acento amenazador—. Y si el informe no es de la mayor importancia, grabaré mis iniciales en tu frente con el cuchillo.

—Veo que corre peligro mi vida. Vaya una vida por otra —replicó el joven, y

extrajo la bota. Observó el pie de Struan, suspiró lleno de alivio, y luego tomó asiento con gesto de profundo cansancio.

—Mi nombre es Richard Crosse —dijo—. Mi padre es sir Charles Crosse, miembro del Parlamento por Chalfont St. Giles.

Struan había conocido a sir Charles hacía algunos años. En aquella época, éste era un pequeño hacendado de escasa fortuna, que se declaraba ardiente partidario del libre comercio y del tráfico con Asia, y que era muy apreciado en el Parlamento, del que era miembro. Con el correr de los años. Struan le había apoyado financieramente, y nunca se arrepintió de su inversión.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —preguntó Struan.

Crosse frotóse los ojos con muestras de evidente fatiga.

—¿Puedo beber algo, señor?

—Toma brandy, jerez, lo que gustes. Sírvete tú mismo.

—Gracias, señor —replicó el joven, y se sirvió un vaso de brandy—. Lo siento, pero me encuentro… un poco cansado. Mi padre me dijo que tomase toda clase de precauciones, y que usara un nombre falso. Insistió en que debía hablar con usted, o bien con Robb Struan, si usted faltaba.

El muchacho desabrochóse la camisa y abrió un bolso que llevaba atado a la cintura.

—Mi padre me ordenó que le entregase esto —dijo Crosse, entregando a Struan un ajado sobre, lleno de lacres, hecho lo cual volvió a tomar asiento.

Miró Struan el sobre, que estaba dirigido a él y aparecía fechado en Londres, el 29 de abril. Luego alzó la cabeza, y con voz colérica, exclamó:

—¡Mientes! ¡Imposible que hayas llegado hasta aquí en sólo dos meses!

—Lo he hecho, señor —replicó Crosse, sin arredrarse—. He hecho lo imposible. Mi padre tal vez no me lo perdone nunca.

—Nadie ha viajado desde Londres hasta aquí en sesenta días. ¿Qué te propones?

—Salí el martes 29 de abril de Londres, en una diligencia que me llevó hasta Dover. Allí tomé el buque correo de Calais, cuando estaba a punto de zarpar. Luego una diligencia a París, y otra a Marsella. Embarqué en el correo que zarpaba hacia Alejandría, y llegué por tierra hasta Suez, gracias a la ayuda de Mehemet Alí, al que mi padre conoció en una ocasión. Otro buque correo me llevó a Bombay. Hasta entonces había tenido la enorme suerte de llegar en el

momento en que zarpaban los barcos, pero en Bombay tuve que esperar tres días. Hasta que de nuevo me sonrió la fortuna, y conseguí un pasaje en un clíper destinado al tráfico de opio con Calcuta…

—¿Cómo se llamaba el clíper?

—Era el *Flying Witch*, de Brock e Hijos.

—Continúa —dijo Struan, con el ceño fruncido.

—Un barco de la East Indiamanme llevó a Singapur, a continuación. Era el *Bombay Prince*. En Singapur ya desesperaba, pues no había barcos para Hong-Kong hasta dentro de varias semanas, cuando conseguí embarcar en un navío ruso. Es ese que ahí se ve —manifestó Crosse, señalando a través de las ventanas de popa—. Era mi única oportunidad, y por ello entregué al capitán hasta la última guinea que me quedaba. Me obligó a pagarle por adelantado, y temí que una vez en alta mar me apuñalasen y me arrojaran al agua, pero tuve que aceptar. Han sido cincuenta y nueve días, en realidad, lo que he tardado desde Londres a Hong-Kong.

Struan se puso en pie, sirvió un vaso para Crosse y otro más grande para él. Pensó que, aunque difícil, lo que le había contado el muchacho era posible.

—¿Sabes lo que dice la carta?

—No, señor. Únicamente sé lo que a mí se refiere. Mi padre dice que soy un perdido, un holgazán y un jugador empedernido —manifestó Crosse, con encomiable franqueza—. Y que hay una orden de detención contra mi persona. Mi padre me encomienda a su generosidad, y espera que pueda emplear de algún modo mis «facultades». Espera librarse de mí para siempre. También establece la monta de la apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Yo llegué ayer, 28 de junio, señor. Su hijo y muchos otros son testigos de ello. Creo que debe leer la carta, señor. Le aseguro que mi padre jamás hubiera apostado conmigo de no tratarse de noticias de la mayor importancia.

Struan volvió a examinar los sellos, y al fin los rompió.

La carta decía:

«Westminster, 11 de la noche del 28 de abril de 1841.

«Estimado señor Struan: Acabo de enterarme en secreto del contenido de un despacho que el secretario del Exterior, lord Cunnington, envió ayer

al Hon. William Longstaff, plenipotenciario de Su Majestad en Asia. El despacho decía en parte: "Ha desobedecido usted mis órdenes, y parece dispuesto a llevar los asuntos de Su Majestad a su capricho. Con manifiesta impertinencia, ha hecho caso omiso de las instrucciones que se le dieron de abrir cinco o seis puertos en la costa china, accesibles al comercio británico, y de establecer allí vínculos diplomáticos permanentes. En lugar de eso, se ha establecido en un mísero islote, casi despoblado, a cambio de un tratado completamente inaceptable, al tiempo que, de creer lo que dicen los despachos del Ejército y la Armada, hace mal uso de las fuerzas que están bajo su mando. En modo alguno puede Hong-Kong convertirse en el mercado de Asia, y en cuanto al Tratado de Chuenpi, ha sido repudiado por completo. Su sucesor, sir Clyde Whalen, llegará a la mayor brevedad, mi querido señor. Espero que al recibo de este despacho tenga la amabilidad de hacer entrega de sus funciones a su delegado, el señor C. Monsey, y abandone Asia inmediatamente en una fragata que enviamos a tal efecto. Le ruego se presente en mi despacho lo antes posible"».

No, no era posible que cometieran un error tan colosal, pensó Struan. Conteniéndose a duras penas, siguió leyendo:

«Estoy anonadado, y no puedo hacer nada hasta que el informe haya sido presentado oficialmente en la Cámara. No me atrevo a utilizar esa notificación secreta abiertamente. Cunnington conseguiría mi expulsión, y todos saldríamos perjudicados. Incluso el informarle a usted por escrito constituye una oportunidad para que mis enemigos puedan destruirme, y conmigo a los que apoyan el libre comercio y la postura por la que tan incansablemente ha luchado usted durante todos estos años. Ruego a Dios que mi hijo pueda entregarle esta carta directamente. (Por otra parte, él ignora el contenido de la misiva).

»Como usted bien sabe, el secretario del Exterior es un hombre imperioso, apegado a los reglamentos, y es el baluarte de nuestro partido Whig. Su actitud, en lo que al mensaje se refiere, es perfectamente clara. Me temo que Hong-Kong sea un asunto perdido. A menos que el actual Gobierno salga derrotado, y que los conservadores de sir Roberts Peel suban al poder —lo cual yo diría que es imposible en un futuro cercano—,

habrá que resignarse a la pérdida de Hong-Kong.

»La noticia de la quiebra de su Banco se ha extendido por los círculos de la City, gracias principalmente a los oficios de sus rivales, encabezados por el joven Morgan Brock. Este fue dejando filtrar rumores que sembraban la desconfianza hacia usted, y divulgaba al mismo tiempo que los Brock poseían la mayor parte, si no todo su efectivo, lo que ha dañado grandemente su prestigio aquí. También llegó, casi al mismo tiempo que el despacho del tratado de Chuenpi, firmado por Longstaff, una carta del señor Tyler Brock, y de otros traficantes, en la que se oponían violentamente a la fundación de Hong-Kong y a la forma en que Longstaff trataba con el enemigo. La carta iba dirigida al primer ministro, al secretario del Exterior, y otras personas influyentes.

«Como supongo que habrá colocado usted sus fondos de reserva —si es que le quedaban algunos— en su querida isla, me creo obligado a escribirle para que pueda librarse y salvar algo del desastre. Tal vez haya llegado usted a un acuerdo con Brock. Ruego porque esto haya sucedido, si bien, de creer al altivo Morgan Brock, el único arreglo que les complace sería aquel que llevase a la ruina a su Casa. (Tengo fundados motivos para creer que Morgan Brock, en unión de algunos Bancos franceses y rusos, provocarían la quiebra de su Banco. Ahora el joven Brock está trazando otro plan similar).

»Siento darle noticias tan desagradables. Lo hago de buena fe, esperando que pueda hacer buen uso de estos informes, y que logre sobrevivir a tantas contingencias. Sigo creyendo que su proyecto relacionado con Hong-Kong es acertado, y dentro de mis posibilidades continuaré apoyándole.

»Tengo escasos informes acerca de sir Clyde Whalen, el nuevo capitán superintendente del comercio. Sé que ha prestado grandes servicios a la Corona en la India, y que tiene excelente reputación como soldado. No es un administrador, según tengo entendido. Mañana sale hacia Oriente, por lo que su llegada ahí no se hará esperar demasiado.

»Por último, me permito encomendarle al más joven de mis hijos. Es un cabeza loca, la oveja negra de la familia, cuyo único fin en la vida parece ser el juego, sobre todo las apuestas de caballos. La prisión de Newgate ha

lanzado un edicto recomendando su captura por deudas de juego. Le he dicho que cancelaría por última vez sus deudas aquí si se comprometía a llevar a cabo esta peligrosa misión. El accedió, pero estipulando que si lograba llegar a Hong-Kong en sesenta y cinco días —mucho menos del tiempo normal—, yo debería entregarle un millar de guineas.

«Para que la entrega de la misiva sea lo más rápida posible, aumenté la cantidad a cinco mil guineas, si llega antes de sesenta y cinco días. Por cada día que llegue después de ese plazo le serán descontadas quinientas libras. Todo ello, siempre que permanezca lejos de Inglaterra durante el resto de mi vida. El dinero le será abonado a razón de quinientas guineas al año, hasta agotar la cantidad. Adjunto le envío el primer pago. Le ruego que me comunique a vuelta de correo la fecha de su llegada.

»Si de algún modo consigue usted manejarle y utilizar sus «cualidades» —alguna ha de tener—, se habrá hecho usted acreedor del eterno agradecimiento de un padre. Yo lo he intentado, bien lo sabe Dios, pero fracasé. De todos modos, siento por él un gran afecto.

»Le ruego que acepte mis condolencias por el golpe que ha experimentado. Dé un saludo afectuoso de mi parte al señor Robb, y termino expresándole mi esperanza de que podamos encontrarnos en circunstancias más propicias. Es un honor para mí, señor, declararme su más humilde servidor,

»Charles Crosse.»

Struan contempló pensativamente el puerto y la isla.

Recordó la cruz que había quemado el primer día, las veinte guineas de oro de Brock, los tres trozos de monedas de Jin-qua, los increíbles esfuerzos para sacar la plata de Cantón. Ahora, todos aquellos trabajos, aquellos sacrificios que causaron muertes y desgracias, resultaban inútiles. Y ello sólo por culpa de la arrogancia de un hombre: lord Cunnington.

«Señor, Señor mío, ¿qué puedo hacer ahora?»

Trató Struan de sobreponerse al golpe y procuró pensar serenamente. El secretario del Exterior era un hombre muy capacitado, que no podía oponerse a Hong-Kong por mero capricho. Alguna razón tenía que haber. ¿Cuál podía ser? Por otra parte, ¿cómo dominar a Whalen?

¿Cómo encajar a un «soldado no administrador» en su futuro?

«Tal vez debiera abtenerme hoy en la subasta de tierras —se dijo Struan—. Podría dejar que los traficantes comprasen, y Brock y los demás se arruinarían, ya que Whalen y las noticias no llegarán hasta dentro de un mes o más. Para entonces, ya estarán construyendo activamente, y al hacerse pública la orden de la Corona, nos retiraríamos a uno de los puertos que obtenga Whalen mediante un tratado, y todos quedarán en la ruina, o poco menos. Sí, no es malo el plan. Pero si yo he logrado estos informes, tal vez Brock pueda conseguirlos igualmente. Es probable que no logre engañarle.

»De todos modos —siguió pensando—, pierdes la clave de Asia, esta mísera roca desnuda sin la cual los puertos en el continente, así como el futuro, carecen de sentido. La única posibilidad reside en que, igual que con Longstaff, puedas convencer a Whalen para que se exceda en sus atribuciones. Deberás volcar la riqueza de la Noble Casa sobre la nueva ciudad, para que prospere. Sólo así el Gobierno aceptará la colonia. Tienes que arriesgarte. Es un riesgo tremendo, en el que pones en juego numerosos factores y personas, pero no tienes más remedio que hacerlo».

La jugada que pensaba intentar, hizo que Struan se acordase del joven Crosse.

«He aquí un muchacho que vale —se dijo—. ¿De qué forma puedo utilizarle? ¿Cómo lograré que guarde silencio acerca de su increíble viaje?»

Otras reflexiones se hizo Struan. Debería hacer que Whalen obtuviera una impresión favorable de Hong-Kong, y tendría que ganarse la confianza de Cunnington.

Además, ¿cómo conservar el tratado de forma que le conviniese?

—Bien, joven Crosse; has hecho un viaje verdaderamente extraordinario. ¿Quién más sabe el tiempo que has empleado?

—Sólo usted, señor.

—Entonces conserva el secreto —recomendó Struan, y escribió algo en un papel—. Entrega esto a mi empleado principal.

Crosse leyó la nota, e inquirió:

—¿Me entrega usted las cinco mil libras esterlinas?

—He puesto el nombre de Roger Blore. Creo que, por ahora, conviene que conserves ese nombre.

—Sí, señor. Sigo siendo Roger Blore —dijo el joven, poniéndose en pie—. ¿No tiene nada más que decirme, señor Struan?

—Sólo deseo preguntarte si quieres un empleo.

—Temo no valer, señor Struan. He intentado una docena de cosas, pero de nada ha servido. Lo siento, pero creo que perdería su tiempo conmigo.

—Te apuesto cinco mil guineas a que aceptas el empleo que voy a ofrecerte.

El muchacho dio por ganada la puesta. No había trabajo que él pudiera aceptar.

«Un momento. Este no es un hombre con el que pueda jugarse —pensó—. Esa mirada es endemoniadamente serena. No me gustaría sentirla sobre mí, por encima de una mesa de póquer, ni de bacará. Ten mucho cuidado».

—¿Y bien, señor Blore, dónde está tu valor? ¿O es que, en realidad, nunca has sido jugador?

—Las cinco mil libras son todo lo que tengo, señor, de modo que la apuesta no es justa. Para usted esa cantidad es una insignificancia. Concédame ventaja: ciento por uno, digamos.

Struan admiró el descaro del joven.

—Está bien, Blore. Convenido —dijo, y tendió la mano al muchacho. Este sintió un escalofrío, ya que pensó que su proposición haría echarse atrás a Struan.

«¡No lo hagas! —pensó, alarmado—. ¡El expone medio millón de guineas!»

No obstante, el joven estrechó la mano de Struan.

—El empleo es como secretario del Jockey Club de Hong-Kong.

—¿Cómo dice?

—Acabamos de fundar el Jockey Club de la colonia.

Si aceptas eres el secretario, y tu trabajo consistirá en buscar caballos, organizar la construcción de una pista de carreras y de caballerizas, para que dentro de poco podamos contar con uno de los mejores hipódromos del mundo.

Blore sintió que le embargaba la desesperación, y trató de serenarse.

—¿Ha dicho usted un hipódromo?

—Sí. Tú serás quien lo administre y lo dirija. Te encargarás de los caballos, dé las apuestas, de los premios, de todo, en suma. Hoy mismo empiezas.

—Pero, por amor de Dios, ¿de dónde sacaría los caballos?

—¿De dónde los sacarías tú? Preguntó a su vez. Struan.

Blore reflexionó un momento, y luego dijo:

—De Australia. He oído decir que allí tienen caballos en abundancia.

Luego arrojó la orden bancaria sobre el escritorio de Struan, y agregó, sin poder disimular su alegría:

—Señor Struan, nunca se arrepentirá de esto.

Vio Struan que el muchacho se dirigía rápidamente hacia la puerta, y preguntó:

—¿A dónde vas?

—A Australia.

—¿Por qué no vas a ver antes al general?

—¿Al general?

—Sí. Tiene algunas tropas de caballería. Pide prestados varios caballos y tal vez puedas organizar la primera carrera para el próximo sábado.

—¿Me autoriza usted?

—Desde luego. El sábado es un buen día para las carreras. Y la India está más cerca que Australia. Te enviaré en el primer buque que salga hacia allí.

—¿Lo hará, señor Struan?

—En efecto —contestó Struan sonriendo, al tiempo que devolvía al muchacho la orden bancaria—. Ten, quinientas libras es el pago adelantado de tu primer año de sueldo. El resto es el importe del premio de las cuatro o cinco primeras carreras. En cada reunión habrá ocho carreras de cinco caballos, y se celebrarán los sábados, cada quince días.

—Un millón de gracias, señor Struan.

Cuando Struan quedó solo, encendió una cerilla y quemó la carta. Luego, aplastó las cenizas, y a continuación bajó a la cámara de May-May. Esta aún se hallaba en la cama, pero acababa de arreglarse y estaba muy hermosa.

—Hola, Tai-Pan —dijo May-May. Le besó brevemente, siguió abanicándose, y luego añadió—: Me alegra que hayas vuelto. Quería pedirte que consigas para mí una pequeña parcela, pues he decidido iniciarme en los negocios.

—¿Qué negocios? —dijo él, algo irritado ante la extemporánea acogida, pero satisfecho de que ella le recibiese con toda naturalidad.

—Ya lo verás, no pases cuidado. Claro que también necesito algunos taels, para comenzar. Un centenar. Te daré el diez por ciento de interés, lo que no está nada mal. Eso es mejor que quedarme en la cama.

Struan alargó una mano y acarició el escote de May-May. Luego manifestó:

—Hablando de la cama…

May-May le apartó la mano.

—Los negocios son antes que el placer —le interrumpió ella—. Bien, ¿me proporcionas la tierra y me haces el préstamo?

—¡Entre tú y yo, el placer es antes que los negocios! —exclamó Struan.

—*¡Aeey yah!* ¿Así vienes? —inquirió ella, riendo—. Bueno, ya veo que no puedes contenerte, y que hasta traes la camisa pegada a la espalda. Está bien, no importa.

Obedientemente, May-May comenzó a dirigirse a su alcoba, pero él, riendo, la detuvo.

—Vamos, sólo era una broma. ¿Cómo te encuentras? ¿Y la criatura, te ha dado muchas molestias?

—Claro que no. Soy una madre cuidadosa, y sólo tomo alimentos especiales, para que salga un niño muy hermoso. Además, pienso constantemente en batallas, para hacerle tan valiente como el Tai-Pan.

—Bien, ¿cuántos taels necesitas?

—Un centenar, ya te lo dije antes. ¿Es que no tienes oídos? Hoy estás terriblemente raro, Tai-Pan. ¿No estarás enfermo, o habrás recibido malas nuevas?

—No estoy más que un poco cansado. Cien taels, perfectamente; pero dime cuál es el negocio.

Dio May-May unas cuantas palmadas y se sentó en una silla. Luego dijo:

—Ya lo verás. He pensado mucho desde que te marchaste. Me pregunté qué podía hacer por ti. Amarte y guiarte, son sin duda grandes cosas, pero no bastan. Por consiguiente, me decidí a ganar dinero, para nuestra vejez. Haré una fortuna, ya lo verás. Bueno, ¿no quieres hacerme el amor, ahora?

—Hay una subasta dentro de una hora.

—Es verdad. Entonces es mejor que te cambies de ropas y que vuelvas pronto. Recuerda que deseo un pequeño lote en el Camino de la Reina. ¿Me has traído algún regalo?

—¿Un regalo?

—Claro. Es una excelente costumbre —replicó ella, con gesto inocente—. Cuando un hombre se marcha, al regresar trae a su mujer alhajas de jade. Algo

así.

—Lo siento, no te traje nada. Pero la próxima vez trataré de acordarme.

—Comeremos después, ¿verdad?

—Desde luego —replicó Struan, y a continuación se trasladó a su cámara, situada una cubierta más arriba.

Entró Lim Din, se inclinó y dijo:

—Baño frío, amo. ¿Quiere?

—Sí.

Quitóse Struan las ropas y se tendió en la bañera, dejando que su mente se dedicara a considerar sobre las posibles consecuencias de las noticias enviadas por sir Charles. Luego se secó y cambióse de ropas, pero un momento más tarde tenía de nuevo la camisa cubierta de sudor.

«Es mejor que me quede aquí y que piense detenidamente en la situación —se dijo—. Que Culum se encargue de la subasta. Apostaría una mano a que Tess ha contado a su padre lo del plan de Culum respecto a la colina. Tal vez el muchacho se vea envuelto en una puja excesiva. De todos modos, Culum se desenvuelve bien. Debo confiar en él».

Así, pues, Struan ordenó comunicar a Culum que asistiera a la subasta en representación de la Noble Casa, y le pidió también que comprase un buen lote, de reducidas proporciones, en el Camino de la Reina. A continuación envió un mensaje a Horacio comunicándole que Mary estaba muy enferma y que tenía una lorcha a su disposición para trasladarse a Macao.

Luego, Struan tomó asiento en un mullido sillón de cuero, miró al portillo que daba a la isla, y dejó vagar su mente.

Culum compró las parcelas costeras y del interior, lleno de orgullo al pujar por la Noble Casa, lo que le confería un nuevo timbre de prestigio. Muchos fueron los que le preguntaron dónde se encontraba el Tai-Pan, y a dónde había ido la anterior semana, pero él contestó secamente que lo ignoraba, y siguió demostrando hacia su padre una hostilidad que ya no sentía.

Compró Culum la colina y los lotes circundantes, y comprobó con alivio que los Brock no pujaban contra él, lo cual probaba que Tess era digna de confianza. De todos modos, decidió tener más cautela en el futuro, y no colocar a la

muchacha en una disyuntiva semejante otra vez. Evidentemente, resultaba peligroso ser demasiado explícito acerca de determinados asuntos, pensó Culum. Peligroso no sólo para él, sino también para ella misma.

Por otra parte, Culum había llegado casi al límite de su resistencia. El simple hecho de rozar a Tess, o incluso el pensar en ella, le ponía casi frenético de deseo.

Lógicamente no pudo tratar ese aspecto con la muchacha ni con su padre, pero sí lo dejó entrever ante Gorth, como amigo que era, el cual se mostró comprensivo: «Sí, muchacho —le había dicho—. Sé muy bien lo que te ocurre, y comprendo que es algo terrible, que el dolor casi no te deja andar y que apenas si puedes controlarte. Pero no te preocupes, Culum, somos amigos y te comprendo perfectamente. Es muy peligroso que vivas como un monje. Eso daña la salud, e incluso he oído decir que contribuye a tener una descendencia enfermiza. El dolor que sientes es una advertencia de la naturaleza, pero, no tengas cuidado, yo conozco un buen sitio en Macao. Todo se arreglará, muchacho».

Aunque Culum no creía muchas de las manifestaciones supersticiosas de Gorth, los dolores que sufría día y noche iban minando su resistencia. Deseaba aliviarse de una vez. De todos modos, juróse a sí mismo que si Brock accedía al casamiento en el mes siguiente, no iría a un prostíbulo. No, no iría.

Al ponerse el sol, Culum y Struan se dirigieron al *White Witch*. Brock les estaba esperando en el puente, y junto a él se hallaba Gorth. La noche era fresca y agradable.

—Ya he decidido acerca del casamiento, Culum —dijo Brock—. El mes próximo me parece demasiado pronto. Pero dentro de tres meses, Tess cumple diecisiete años, y ese día, el diez, podréis contraer enlace.

—Gracias, señor Brock —contestó Culum—. Muchas gracias.

Brock sonrió a Struan e inquirió:

—¿Te conviene, Dirk?

—Tú decides, Tyler. Pero sigo creyendo que tres meses es lo mismo que uno. Aún opino que la boda debe ser el mes próximo.

—¿Te va bien septiembre, como he propuesto, Culum? Dilo con franqueza, muchacho.

—Sí, desde luego. Yo esperaba…, pero no importa, señor Brock —dijo Culum, e interiormente decidió esperar los tres meses. No obstante, se daba cuenta de que no podría hacerlo.

—Entonces quedamos así —declaró Brock.

—Sí —dijo Struan—. Dentro de tres meses.

«En efecto —pensó—, tres meses a partir de hoy. Acabas de firmar una sentencia de muerte, Tyler. Tal vez dos».

—Espero, Dirk, que vengas a verme mañana —manifestó Brock—. Arreglaremos lo de la dote y demás asuntos.

—¿Está bien al mediodía?

—Perfecto. Y ahora creo que es hora de que nos reunamos con las mujeres. ¿Te quedas a cenar, Dirk?

—Gracias, pero tengo varios asuntos que atender.

—Como lo de las carreras, ¿eh? Has sido muy inteligente al traer de Inglaterra a Blore. Es la persona más adecuada. Los Brock darán un premio en una carrera, no lo olvides.

—Está bien, como quieras. He creído conveniente que tuviéramos la mejor pista de toda Asia.

Blore había hecho el anuncio en la subasta de tierras, y Longstaff accedió a ser el primer presidente del Jockey Club. La cuota anual fue fijada en diez guineas para los socios, y todos los europeos de la isla se inscribieron inmediatamente. Blore se vio asediado por los que deseaban montar los caballos que el general había decidido suministrar.

—¿Sabes montar a caballo, Dirk? —preguntó Brock.

—Sí, pero nunca intervine en carreras.

—Igual que yo. Tal vez debiéramos hacer una prueba, ¿eh? ¿Y tú, Culum, sabes montar?

—Desde luego, aunque no soy un experto, ni mucho menos.

Gorth dio a Culum unas palmadas en la espalda, y dijo:

—Podemos montar en Macao, ¿eh, muchacho? Incluso tal vez vengan con nosotros nuestros padres.

Culum sonrió forzadamente, sintiéndose incómodo.

—Buena idea, Gorth —dijo Struan—. Bien, buenas noches, señores. Nos veremos mañana, Tyler.

—Hasta mañana, Dirk.

Durante la cena, Culum trató de suavizar la tirantez que se observaba entre Gorth y Brock. Le pareció extraño que sintiese afecto por ambos, y comprendía que Gorth quisiera ser Tai-Pan, y que Brock se resistiera a entregar las riendas. En ese asunto, Culum consideraba que estaba más acertado que Gorth.

«No es extraño —pensó el muchacho—. Gorth nunca se ha quedado solo durante siete días, con toda la responsabilidad en sus manos. El día en que me case con Tess, arrojaré al mar los veinte soberanos de Brock. Ya no hay motivo para que yo los conserve. Pase lo que pase, tenemos que comenzar sin rencores. Faltan sólo tres meses. Oh, Señor, gracias».

Después de la cena, Culum y Tess subieron solos a cubierta. Ambos permanecieron casi sin aliento bajo el cielo estrellado, cogidos de la mano y torturados por el deseo. Culum rozó con sus labios los de Tess, en una primera tentativa de beso, y la muchacha recordó la brusquedad del beso de Nagrek y sus caricias, que aún hoy, al recordarlas, volvían a inflamarla. Le alegraba saber que pronto podría aplacar aquel deseo. Sólo faltaban tres meses. Luego quedaría en paz.

La joven pareja regresó bajo cubierta, a la maloliente cámara, y cuando Culum se hubo marchado, Tess se tendió en su litera, e incomprensiblemente se echó a llorar.

Se daba cuenta de que Nagrek la había acariciado de una forma que sólo Culum debía haberlo hecho, y comprendía que estaría obligada a cargar con aquel secreto para siempre. ¿Podría resistirlo?

—¡Oh, amor mío, amor mío! —musitó.

—Te digo, padre, que ha sido un error —estaba diciendo Gorth en la gran cámara, en voz baja—. Un tremendo error.

Brock golpeó con su jarro sobre la mesa y la cerveza se extendió profusamente por el suelo.

—Es mi decisión, Gorth, y seguiré manteniéndola. Se casarán en septiembre próximo.

—También fue un error no haber pujado por la colina.

Ese demonio de Struan nos ha ganado de nuevo la partida.

—Emplea el cerebro, Gorth —contestó Brock entre dientes—. Si lo hubiéramos hecho, Culum se habría dado cuenta de que Tess me contó lo que había hablado con él, aunque lo hizo ingenuamente. Esa loma carece de importancia. En cambio, puede que Tess nos diga algo interesante respecto a Dirk, y eso es lo que importa, sólo eso.

Brock se despreciaba a sí mismo por escuchar a Tess y por utilizarla, sin saberlo ella, para enterarse de lo que decían los Struan y como instrumento contra ellos.

Pero culpaba aún más a Gorth, y sintió mayor desconfianza hacia él que nunca. Posiblemente, Gorth tuviera razón, pensando fríamente, pero Brock sólo ansiaba la felicidad de su querida Tess. Ahora, el fruto del maldito Struan se uniría a su adorada chiquilla.

—¡Juro que mataré a Culum, si hace el menor daño a Tess! —exclamó Brock con voz terrible.

—Entonces, ¿por qué consientes que se case tan pronto? Está claro que le hará daño, y además, la utilizará contra nosotros.

—¿Puedes decirme por qué has cambiado de opinión? —replicó, lleno de ira, Brock—. Tú eras el primer partidario de ese casorio, ¿no lo recuerdas?

—Y lo sigo siendo, pero no para dentro de tres meses. Eso daría al traste con todo.

—¿Por qué?

—Ahora lo echaría todo a perder. Antes, Robb estaba vivo. Struan le iba a dejar como Tai-Pan, y Culum iba a serlo al cabo de un año. El casamiento el año próximo sería perfecto. Pero ahora el Tai-Pan se queda, y quiere casar a Tess cuanto antes para alejarla de ti y volver a Culum contra nosotros. Estoy seguro de que Struan no se marchará. Al menos, mientras tú sigas siendo el Tai-Pan de Brock e Hijos.

—Yo ya lo dije. Dirk nunca se marchará de Asia. Le conozco muy bien, y sé que no lo hará.

—Y yo te conozco a ti.

—Cuando él se marche, o se muera, entonces me iré yo —afirmó Brock.

—Entonces, será mejor que se muera cuanto antes.

—Es necesario que te armes de paciencia.

—La tengo, padre —replicó Gorth, y estuvo a punto de contar a Brock la

venganza que había proyectado contra Struan, a través de Culum, cuando fueran a Macao. Pero no lo hizo. A su padre le importaba más la felicidad de Tess que el convertirse en el Tai-Pan de la Noble Casa.

—Recuerda, padre —dijo al fin—, que él te burló con lo de la plata, con la casa, la boda de Tess, e incluso con lo del baile. Tess es tu debilidad. El lo sabe y, si no tienes cuidado, te llevará al desastre.

—¡No sucederá eso! Sé muy bien lo que hago —dijo Brock, tratando de mantener baja su voz, pero con las venas del cuello hinchadas como las nudosas correas del «gato de nueve colas»—. Y vuelvo a advertírtelo. No trates de enfrentarte con Struan tú solo. Te hará pedazos con toda facilidad. ¡Yo conozco bien a ese demonio!

—¡Lo haré, padre! —dijo Gorth, que percibió claramente que su padre se estaba haciendo viejo, y por vez primera se dio cuenta de que era capaz de vencerle, de hombre a hombre—. ¡Por lo tanto, apártate de mi camino y déjame actuar como más convenga, por todos los infiernos!

Brock, al ponerse en pie empujó la silla, que cayó al suelo. Gorth también se levantó, y esperó que su padre sacase el cuchillo. Estaba tranquilo, pues ya sabía lo que Brock podía dar de sí.

Diose cuenta Brock de que aquélla era su última oportunidad de dominar a Gorth. Si no sacaba el cuchillo estaba perdido. Si lo hacía, tendría que matar a Gorth.

Sabía que aún podía hacerlo, con astucia, ya que no con la fuerza.

«Gorth es tu hijo —di jóse a sí mismo—; tu hijo mayor. No puede convertirse en tu enemigo, por amor de Dios».

—No está bien —dijo Brock en voz alta—; no está bien, por todos los cielos, que tú y yo… nos pongamos así. Pero te lo digo por última vez. Deja en paz a Struan, o tendrás que vértelas con tu padre.

Gorth sintió el gozo de la victoria.

—Sólo la suerte nos sacará de este maldito atolladero —dijo, y apartó de una patada su silla—. Me voy a tierra.

Brock quedó solo. Terminó su jarro de cerveza, y luego bebió otro, y otro más. Elisa abrió la puerta, pero él no se dio cuenta, y la mujer le dejó que siguiera bebiendo.

Elisa se acostó y rezó por la felicidad de la nueva pareja. Y por su hombre.

Gorth llegó a tierra y se dirigió a la casa de la señora Fortheringill.

—No puedo aceptarle, señor Brock —dijo la mujer—. La última vez casi mató a la muchacha.

—¿Qué le importa a usted una mona más o menos, vieja bruja? ¡Tenga! —dijo Gorth, poniendo de un golpe veinte soberanos de oro sobre una mesa—. ¡Y aquí tiene otros tantos para que cierre el pico!

La mujer le proporcionó una muchacha hoklo y les condujo hasta un sótano situado en la parte posterior de la casa. Gorth abusó de la chica, la golpeó y azotó salvajemente, y se fue, dejándola moribunda.

Al día siguiente, zarpó en el *White Witch* hacia Macao, cuarenta millas al sudoeste. Toda la familia iba en el buque, con excepción de Brock. Culum también se hallaba en el puente, enlazado su brazo con el de Tess.

CAPITULO XXXII

Cinco días después iba a celebrarse la primera carrera de caballos.

Para entonces ya se habían echado los cimientos de la nueva ciudad. Siguiendo el ejemplo de la Noble Casa, los traficantes reclutaron a todos los trabajadores del Tai Ping Shan para que cavasen, acarreasen y construyesen.

Los comerciantes invirtieron de nuevo en los terrenos todo el dinero que Longstaff les había devuelto, y los fabricantes de ladrillos de Macao y los madereros de Kwangtung, así como todos aquellos relacionados con la construcción de casas, almacenes o muelles, comenzaron a trabajar día y noche para satisfacer el frenético celo de los traficantes por reponer lo que habían abandonado.

Los precios subieron considerablemente, y los culíes comenzaron a escasear, pues sólo la Noble Casa empleó tres mil, entre alhamíes y artesanos de todas clases. Y ello a pesar de que con cada marea llegaban nuevos orientales a la isla. Todos ellos hallaban rápidamente un trabajo bien remunerado y, una vez más, el Tai Ping Shan rebosó de habitantes, mientras la costa que circundaba Glessing Point vibraba de actividad.

El día de las carreras señaló justamente las dos semanas desde que Struan y May-May abandonaran su casa en el Valle Feliz para trasladarse al *Resting Cloud*.

—No tienes buen aspecto, cariño —dijo Struan—. Es mejor que te quedes hoy en la cama.

—Sí, creo que me quedaré —replicó ella, que había pasado una noche inquieta, sintiendo que le dolían el cuello y la espalda—. No es nada, no te preocupes. Tú, en cambio, tienes un magnífico aspecto.

—Gracias —dijo Struan. Llevaba puesto un traje nuevo, que se había hecho para la ocasión. Se componía de levita de montar de color verde oscuro,

pantalones claros introducidos en las botas cortas, chaleco de brocado rojo y corbata verde.

May-May notó que le aumentaba el dolor en la espalda, y pidió a Ah Sam que le arreglara un poco la almohada, para estar más cómoda.

—Es un malestar de verano —dijo ella—. Mandaré a por un médico. ¿Vas ahora a tierra?

—Sí. Las carreras comienzan dentro de una hora. Te buscaré un médico, May-May, y…

—No, yo mandaré a buscarle. Quiero que sea chino, y no bárbaro. No hay más que hablar. Y ahora recuerda: apuesta veinte taels al cuarto caballo, en la cuarta carrera. El astrólogo asegura que no puede perder.

—No lo olvidaré —dijo Struan, dándole unas palmaditas en una mejilla—. Hasta luego, que descanses.

—Si gano me sentiré mucho mejor. Y ahora puedes marcharte.

Struan arropó a la muchacha, hizo que le trajeran té y una botella de barro llena de agua caliente, para la espalda, y luego se dirigió a tierra.

La pista de carreras había sido trazada al oeste de Glessing Point, y se hallaba atestada de gente. Parte de la costa, cerca del poste que señalaba a un tiempo la línea de salida y de llegada, había sido cercada y reservada para los europeos, a fin de mantener alejados a los chinos, que curioseaban en gran número por todas partes.

Habíanse alzado caballerizas y taquillas para las apuestas, y la pista ovalada aparecía señalada con banderines que ondeaban sobre varas de bambú.

Las apuestas eran bastante fuertes, y Henry Hardy Hibbs era el que desarrollaba más actividad.

—Hagan su elección, caballeros —exclamaba con voz sonora, mientras golpeaba en la pizarra sobre la que iba inscribiendo las apuestas—. Sí, comandante Trent; tres guineas a «Satán», que es favorito en la primera.

—Tenga, condenado Hibbs —dijo Glessing ásperamente—. Ahí va una guinea. Seis por uno a la yegua gris.

Hibbs echó una mirada a la pizarra y musitó roncamente:

—Para usted, capitán, es cinco a uno. De acuerdo, va una guinea a «Mary

Jane». ¡Animo, señores!

Glessing se alejó malhumorado. Estaba furioso por no hallarse en Macao, y porque no le había llegado la esperada carta de Culum.

«Ah, Señor —pensó, lleno de angustia—. Ya tenía que haber sabido algo de Mary a estas alturas. ¿Qué demonios sucederá? ¿Estará el condenado Horacio interponiéndose de nuevo entre su hermana y yo?»

Glessing se dirigió con rostro sombrío hacia el picadero, donde vio a Struan en compañía de Sergeyev, pero como en ese momento se les uniera Longstaff, Glessing pasó de largo.

—¿Por quién apuesta, Alteza? —inquirió Longstaff, jovialmente.

—Por el castrado —replicó Sergeyev, apoyándose en su bastón. El interés del momento y la proximidad de los caballos le habían aliviado mucho de su constante dolor. Habría deseado montar un caballo; pero al menos, si no podía hacerlo, pensó que debía agradecer el haber sobrevivido al disparo. También bendijo para sus adentros a Struan, pues sin la ayuda de éste, sin duda hubiera muerto irremisiblemente.

—Buenos días, Alteza —dijo Shevaun, que se acercó del brazo de Jeff Cooper. La muchacha iba ataviada con un deslumbrante vestido verde y se protegía con una sombrilla de color anaranjado. Al momento añadió—: ¿Tiene usted alguna sugerencia para mí?

—El castrado es el mejor caballo —repitió el ruso—, aunque no sé qué tal jinete será el que lo monte, Shevaun.

Shevaun, después de haber saludado con una sonrisa a los presentes, especialmente a Struan, echó una mirada al gran bayo y, con un guiño malicioso, declaró:

—¡Pobre animal! Si me hubieran hecho eso, en su lugar, yo no movería una sola pata. ¡Qué bárbaros!

Todos rieron con ella.

—¿Va a apostar por el castrado, Tai-Pan?

—Aún no lo he decidido —replicó éste, que se hallaba preocupado por May-May—. Me gusta la potranca, pero creo que lo decidiré cuando se encuentren en la salida.

Shevaun miró a Struan, y se preguntó si sus palabras tendrían doble sentido.

—Acerquémonos para ver la potranca —dijo Cooper, sonriendo

forzadamente.

—¿Por qué no vas tú, querido Jeff? —manifestó Shevaun—. Yo me quedaré aquí esperándote.

—Le acompañaré —dijo Longstaff, que no se había dado cuenta de la ira que dominaba a Cooper. Este vaciló un momento, y luego se alejó con el superintendente.

Brock se quitó cortésmente el sombrero al pasar ante Shevaun, Struan y Sergeyev, pero no se detuvo. Le alegraba que Struan no se hubiera decidido a montar un caballo, ya que él tampoco tenía deseos de hacerlo. En realidad, no le gustaba montar a caballo, y sus palabras ante Struan no fueron más que una bravata.

—¿Cómo sigue su herida, Alteza? —preguntó Shevaun.

—Muy bien. Ya estoy casi repuesto, gracias al Tai-Pan.

—Yo no hice nada —contestó Struan, turbado por el elogio de Sergeyev. Notó en ese momento que Blore se hallaba charlando con Skinner, y se preguntó si habría actuado correctamente con el muchacho.

—La modestia le viene bien, señor —dijo Shevaun a Struan, y sonrió afablemente—. ¿No se dice en estos casos *noblesse oblige*?

Notó Struan la abierta admiración de Sergeyev por la joven, y dijo:

—Tiene usted un hermoso barco, Alteza.

El navío ruso tendría un desplazamiento de unas ochocientas toneladas, líneas perfiladas y rumorosos cañones.

—Me honraría usted si me permitiera enseñárselo —dijo Sergeyev.

—Gracias, será un placer.

Struan notó que Blore se aproximaba a ellos, lleno de polvo y con aire de estar muy cansado.

—Ya tengo casi todo dispuesto, Tai-Pan. Está usted impresionante, señorita Tillman. Buenas tardes, Alteza —dijo el muchacho, de un tirón—. Todo el mundo ha apostado por el caballo número cuatro de la cuarta carrera, de modo que he decidido montarlo yo mismo. Alteza, permítame que le guíe hasta la meta. Será usted quien dé la salida en la primera carrera.

—¿Yo, precisamente?

—¿No se lo ha dicho Su Excelencia? Vaya, fue un descuido —aseguró Blore, el cual nunca había trabajado tan intensamente en toda su vida—. ¿Quiere

acompañarme, por favor?

Ambos se alejaron.

—Blore es un joven agradable ——dijo Shevaun, contenta de hallarse a solas con Struan, al fin—. ¿Dónde le encontró?

—Fue él quien me encontró a mí —contestó Struan—. Y me alegro de que lo hiciera.

En ese momento su atención se vio atraída por un altercado que se produjo cerca de una de las numerosas tiendas de campaña que se habían alzado cerca de la pista. Un grupo de centinelas empujaba a un chino fuera de la cerca. El sombrero del culi cayó al suelo, y con él su larga coleta. El chino era Aristóteles Quance.

—Perdóneme un momento, Shevaun —dijo Struan, y se dirigió rápidamente adonde estaba el hombrecillo, al que protegió con su cuerpo.

—Está bien, muchachos, podéis soltarle. Es amigo mío —dijo Struan.

Los soldados se encogieron de hombros y se alejaron.

—¡Por todos los demonios del averno, Tai-Pan! —exclamó Quance roncamente, mientras se arreglaba las desastradas ropas—. Me ha salvado por un pelo. Dios le bendiga.

Struan colocó de nuevo rápidamente el sombrero chino en la cabeza de Quance, y le condujo al interior de una tienda.

—¿Qué demonios hace aquí, Aristóteles? —inquirió Struan.

—Tenía que ver las carreras —dijo el pintor—. Y, además, quería verle a usted.

—Este es el momento menos indicado. Maureen está por ahí, entre la gente.

Quance palideció visiblemente y murmuró:

—¡Dios me ampare!

—Sí, lo puede necesitar. Sé que su esposa ha sacado pasaje en un barco que zarpa la semana próxima, pero si llega a sospechar algo, está usted perdido.

—Déjeme ver sólo la primera carrera, Tai-Pan —imploró Quance—. Además, tengo que informarle acerca de algo.

—¿De qué se trata?

Ante el asombro de Struan, Quance le contó lo que Gorth había hecho a la prostituta.

—Algo increíble —añadid—. La pobre muchacha está al borde de la muerte.

Le digo que Gorth está loco, Tai-Pan. Loco perdido.

—Avíseme si muere esa chica. En tal caso, pensaré lo que puede hacerse. Gracias, Aristóteles, y procure marcharse lo antes posible.

—La primera carrera, ¿eh? —suplicó de nuevo el pintor—. Ah, no sabe bien lo que esto significa para un pobre anciano.

Struan miró a su alrededor y observó que Glessing se acercaba en aquel momento.

—¡Capitán! —llamó.

Cuando Glessing hubo reconocido a Quance, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Por San Jorge, si creí que estaba usted en alta mar!

—¿Quiere hacerme un favor? —dijo Struan, rápidamente—. ¿Puede mantener al señor Quance alejado de toda complicación… y de su mujer? Será mejor que le lleve allí —manifestó Struan, señalando hacia la valla donde se apiñaban los chinos—. Déjele mirar desde la primera fila, y luego llévele a donde vive ahora.

—Desde luego. Me alegro de verle, Aristóteles —contestó Glessing, y, dirigiéndose a Struan, añadió—: ¿Ha sabido algo de Culum? Estoy muy preocupado por la señorita Sinclair.

—Aún no sé nada, pero le dije que fuera a verla en cuanto llegase a Cantón. De un momento a otro espero que lleguen noticias. Supongo que Mary ya estará mejor.

—Eso espero. Ah, ¿a dónde llevo a Aristóteles, cuando hayan terminado las carreras?

—A casa de la señora Portheringhill.

—¡Por Jove, Aristóteles! —exclamó Glessing, sin poder disimular su asombro—. Dígame, ¿qué tal lo pasa?

—Terriblemente, muchacho —contestó el pintor, bajando la voz y aferrando por el brazo al capitán—. No puedo pegar un momento los ojos, y la comida es espantosa. Arroz en el desayuno, en la comida, en la merienda y en la cena. ¿No puede prestarme unas guineas, Tai-Pan?

Struan lanzó un gruñido y se alejó en dirección a Shevaun.

—¿Un viejo amigo, Tai-Pan? —preguntó la muchacha, irónicamente.

—Es mejor no hablar de algunos amigos, Shevaun.

La joven le dio unos golpecitos en el brazo con el abanico, y manifestó:

—No es necesario que me aconseje prudencia, Dirk.

—Desde luego —replicó él, y di jóse interiormente que sería aconsejable casarse con Shevaun. Mas para él resultaba imposible, estando May-May. En seguida, agregó de improviso—. ¿Por qué quiere que la pinten desnuda?

Por el destello que apareció en la mirada de la joven, Struan se dio cuenta de que había acertado.

—¿Fue Aristóteles quien le dijo eso?

—No, por Dios —contestó Struan—. El jamás haría eso. Pero hace algunos meses bromeó diciendo que tenía un nuevo encargo. Un desnudo. ¿Por qué quiere que la pinten así?

Shevaun enrojeció, se abanicó nerviosamente, y dijo riendo:

—Goya pintó a la duquesa de Alba dos veces, según creo. Una vez desnuda, y la dama se hizo célebre en todo el mundo.

Los ojos de Struan relucieron, divertidos.

—Es usted un demonio, Shevaun. ¿Ya ha consentido que Quance viera…, viera el tema del cuadro?

—Muy diplomático de su parte. En realidad, sólo hablamos del encargo. Pensaba pedirle dos retratos. ¿No aprueba usted la idea?

—Estoy seguro de que su tío y su padre pondrán el grito en el cielo, si se enteran, o si los cuadros caen en manos de algún desaprensivo.

—¿Por qué no los compra usted, Tai-Pan?

—¿Para ocultarlos?

—No, para gozar admirándolos.

—Es usted una muchacha extraña, Shevaun.

—Tal vez me disguste la hipocresía —replicó ella, mirándole inquisitivamente—. Igual que a usted.

—Cierto, pero es usted una chica rodeada de hombres, y en tales circunstancias hay cosas que no son aconsejables.

—Me gustaría poder actuar con entera libertad.

Se oyeron numerosos vítores y los caballos comenzaron a desfilar. Shevaun tomó una decisión, y agregó:

—Creo que voy a marcharme de Asia. Lo haré dentro de dos meses.

—Eso parece esconder alguna advertencia.

—No, Tai-Pan. Sólo ocurre que estoy enamorada de un hombre. Pero también tengo amor a la vida, y, como usted dice, lo más razonable es elegir el ganador cuando está en la línea de salida. ¿Ha elegido ya usted, Struan?

—Elijo la potranca, Shevaun —contestó él, serenamente.

—¿Cómo se llama?

—«May-May».

Shevaun dejó de abanicarse, y volvió a hacerlo después de un momento.

—Una carrera no se ha ganado hasta que los jueces otorgan el premio y la guirnalda —aseguró ella, y a continuación se alejó sonriendo, con la cabeza erguida, más hermosa que nunca.

La potranca perdió la carrera. Sólo por media cabeza. Pero la perdió.

—¿Tan pronto de vuelta, Tai-Pan? —inquirió May-May débilmente.

—Sí; me cansé de estar allí, y estaba preocupado por ti.

—¿Gané?

Struan movió negativamente la cabeza.

May-May tenía los ojos enrojecidos y el rostro ceniciento. Lanzó un suspiro y sonrió con esfuerzo.

—Bueno, no importa —dijo.

—¿Ha estado aquí el médico?

—Todavía no —contestó ella, y se encogió hacia un lado, pero no consiguió aliviar su malestar. Apartó la almohada, y como tampoco le valiera de nada, la colocó de nuevo en su sitio, y agregó—: Tu pobre madrecita se está volviendo vieja.

—¿Dónde te duele?

—En todas partes y en ninguna. Un buen sueño me curará de todo; no te preocupes.

Struan le dio un suave masaje en el cuello y en la espalda, y trató de alejar de su mente los pensamientos desagradables que le abrumaban. Ordenó que trajeran té y algo de comida ligera, y procuró hacer que May-May comiera algo, pero la joven no tenía apetito.

Al anochecer entró Ah Sam en la alcoba y habló brevemente con May-May.

—Ha llegado el médico, con Gordon Chen —dijo May-May a Struan.

—Ya era hora —manifestó Struan, poniéndose en pie y estirándose largamente.

Ah Sam se dirigió hacia un armario y extrajo de él una estatuilla de marfil que representaba una mujer desnuda, echada de lado. Ante el asombro de Struan, May-May señaló determinadas partes de la figurilla, y dio algunas explicaciones a la criada. Esta asintió y salió de la habitación. Struan, sin salir de su asombro, la siguió.

El médico era un anciano de larga coleta untada de aceite y ropaje negro, muy gastado. Tenía ojos claros, y de un lunar de su mejilla le crecían unos cuantos pelos bastante largos. Sus dedos eran finos y alargados, y en el dorso de las manos aparecían numerosas venas azules.

—Buenas tardes, Tai-Pan —dijo Gordon, y se inclinó, lo mismo que el médico—. Este es Kee Fa Tan, el mejor médico del Tai Ping Shan. Vinimos tan pronto como nos ha sido posible.

—Gracias, pero es mejor que…

Struan se interrumpió al ver que Ah Sam se acercaba al médico chino, y, después de hacer una profunda reverencia, le enseñaba la estatuilla, indicando algunas partes de la misma, igual que lo había hecho May-May.

Luego, el anciano hizo una serie de preguntas a la criada, que ésta contestó.

—¿Qué demonios están haciendo? —preguntó Struan.

—El médico está diagnosticando la enfermedad —replicó Gordon, observando atentamente al anciano y a Ah Sam.

—¿Con una estatuilla?

—Sí; no sería correcto que examinase a la señora, si no es totalmente necesario, Tai-Pan. Ah Sam le explica lo que siente May-May. Tenga paciencia, por favor. Estoy seguro de que no será nada grave.

El médico contempló la figurilla en silencio, luego miró a Gordon Chen y le dijo algo con voz suave.

—Asegura que no se trata de un diagnóstico fácil, y con su permiso desea ver a la enferma —dijo Gordon.

Lleno de impaciencia, Struan condujo al médico a la habitación. May-May había dejado caer discretamente las gasas que rodeaban el lecho, y aparecía en la penumbra.

El médico se acercó al lecho y quedó en silencio un momento. Luego habló

despacio, y May-May, obediente, sacó una mano por debajo del mosquitero. El anciano cogió suavemente la piel.

Pasaron algunos minutos. El oriental retenía aún la mano de May-May por la muñeca.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Struan.

—Está tomando el pulso —susurró Gordon—. No debemos hacer ruido alguno. Hay nueve pulsos en cada muñeca. Tres están en la superficie, tres en el medio y tres situados más profundamente. Gracias a ello el médico descubrirá la causa de la enfermedad. Es muy difícil escuchar con los dedos.

El médico parecía una estatua, tal era su inmovilidad.

Ah Sam y Gordon Chen le observaban como hechizados.

Luego, el anciano dejó caer la mano, May-May sacó en silencio su mano derecha, y se repitió la operación anterior.

Por fin, el médico soltó la mano, abrió los ojos, que había cerrado para concentrarse mejor, y salió de la habitación en compañía de Gordon y Struan.

Gordon cerró la puerta tras de sí. El médico sonrió y comenzó a hablar rápidamente. Lo que dijo el médico hizo abrir mucho los ojos a Gordon Chen.

—¿Qué sucede? —preguntó ásperamente Struan.

—No sabía que madre estuviera embarazada, Tai-Pan —dijo Gordon, y volvió a preguntar algo al médico.

—Bueno, ¿qué demonios ha dicho?

Gordon miró a Struan y trató de aparentar serenidad.

—Asegura que madre está muy enferma, Tai-Pan. Dice que en su corriente sanguínea ha entrado un veneno, por las piernas. El veneno se ha alojado en su hígado, que está ahora… desarreglado. Pronto tendrá fiebre, mucha fiebre. Pasarán luego tres o cuatro días, y volverá la fiebre. Así una y otra vez.

—¿Es malaria? ¿Es la fiebre del Valle Feliz?

Gordon se volvió al médico y le tradujo la pregunta, luego contestó:

—Dice que sí.

—¡No puede ser! —exclamó Struan—. Hace varias semanas que no estamos allí.

Gordon encogióse de hombros y replicó:

—Sólo le digo lo que él me dice, Tai-Pan. No soy médico, pero me fío de lo que éste dice, y creo que usted también debiera fiarse.

—¿Qué cura puede recomendar?

Gordon interrogó una vez más al anciano.

—Tai-Pan, el medico dice: «He atendido a algunos de los que sufrieron la fiebre del Valle Feliz. Los que se recuperaron eran hombres fuertes que tomaron determinada medicina antes del tercer ataque de fiebre. Pero esta paciente es una mujer, y aunque sólo tiene veintiún años y es fuerte de cuerpo y espíritu, toda su energía va a la criatura de cuatro meses que se halla en sus entrañas».

Gordon se detuvo un momento, y luego agregó, lleno de inquietud:

—En resumen, teme por la vida de la enferma y la del niño.

—Dile que le dé una medicina y la trate ahora, sin esperar a que le dé la fiebre.

—Eso es lo malo, no le queda más medicamento.

—¡Que lo consiga, por Dios!

—No lo hay en Hong-Kong, Tai-Pan; está seguro de ello.

El rostro de Struan se ensombreció.

—Tiene que haberlo en alguna parte. Dile que la consiga, sin que importe el precio.

—Pero, Tai-Pan…

—¡Ira del cielo, díselo!

De nuevo conversaron brevemente el chino y Gordon, y éste manifestó:

—Asegura que no queda esa medicina en Hong-Kong, ni en Macao, ni Cantón. El medicamento se hace con la corteza de un árbol escasamente conocido, que crece en algunas zonas de los mares del Sur u otros lugares muy alejados. Lo que él poseía le había sido entregado por su padre, que era también médico, el cual, a su vez, lo recibió de su padre.

—Doy veinte mil taels de plata, si la cura.

Gordon abrió mucho los ojos, pensó un momento y luego habló rápidamente al médico. Entonces los dos hombres hicieron una reverencia y salieron apresuradamente de la estancia.

Extrajo Struan su pañuelo, secóse el sudor del rostro y regresó a la habitación.

—Dime, Tai-Pan —dijo May-May, con la voz más débil que antes—. ¿Cuál es mi enfermedad?

—Van a traerte una medicina especial con la que te pondrás bien. No te

preocupes.

Reflexionó unos minutos Struan, y al fin, lleno de angustia, se trasladó al navío almirante y allí preguntó al médico naval si conocía la corteza que había mencionado el chino.

—Lo siento, estimado señor Struan —replicó el médico—. Pero se trata de una receta de viejas curanderas.

Existe una leyenda acerca de la condesa de Chinchón, esposa del virrey español del Perú, la cual, durante el siglo diecisiete, introdujo una corteza en Europa. Se la conocía como «corteza de los Jesuítas», «corteza cincona» o quina. Molida y disuelta en agua, se ingería para curar las fiebres. Pero se la probó en la India y resultó un fracaso. Esos condenados papistas dicen cualquier cosa, con tal de convertir a los paganos.

—¿Dónde puedo conseguir un poco de esa corteza?

—No lo sé. Creo que en el Perú. Pero, ¿a qué se debe su ansiedad? Queenstown está ahora abandonada. No tiene por qué preocuparse, si no aspira los miasmas nocturnos.

—Acaba de llegar un amigo mío con malaria.

—Entonces hay que darle una fuerte purga con calomelanos, lo antes posible. No puedo prometer nada, desde luego. Y deben aplicársele sanguijuelas inmediatamente.

Struan fue a ver a continuación al médico del Ejército, y luego a los restantes médicos, tanto civiles como militares. Todos ellos le dijeron aproximadamente lo mismo.

Entonces, Struan recordó que Wilf Tillman se hallaba con vida, y corrió hacia el barco que la Cooper-Tillman tenía fondeado permanentemente en el puerto.

Mientras tanto, Gordon Chen había regresado al Tai Ping Shan y convocado a los diez dirigentes Tong que estaban bajo su mando. Cada uno de ellos se dirigió a su distrito y envió a por los diez Tong que ostentaban el grado jerárquico inmediatamente inferior.

Extendióse así con increíble rapidez la orden de buscar cierta corteza de árbol. En sampán y junco, la noticia se filtró hasta Kowloon, y pronto llegó a las aldeas, pueblos y ciudades, desde la costa hasta el interior de China. Poco después, todos los orientales de Hong-Kong, tanto los Tong como los que no

pertenecían a la secta, se enteraron de que se buscaba una rara corteza. No sabían quién la pedía. Sólo que había una gran recompensa para el que la hallase. Este rumor llegó hasta los agentes de los mandarines, que iban en contra de los Tong. Dichos agentes también comenzaron a buscar la corteza. Y no sólo por la recompensa, sino también porque sabían que con ella tal vez consiguieran desenmascarar a los jefes de, la organización secreta.

—Lamento llegar sin haber avisado, Wilf, pero…

Struan dejó de hablar de pronto, alarmado ante el aspecto de Tillman.

Este se hallaba recostado contra una sucia almohada, con el rostro cadavérico, de color plomizo, y los ojos amarillentos.

—Pase, Tai-Pan —dijo Tillman, con voz apenas audible. Y entonces Struan vio que Tillman, que había tenido unos hermosos dientes, blancos y fuertes, ahora aparecía totalmente desdentado.

—¿Qué le ha pasado en la boca, Wilf?

—Fue el calomelanos. A algunas personas les ataca de este modo…

La voz del americano se extinguió sin fuerzas. Luego sus ojos parecieron volver a brillar, y añadió:

—Le estaba esperando. Mí contestación es no.

—¿Cómo dice?

—No; sencillamente, no —volvió a repetir Tillman, con voz más fuerte—. Yo soy el tutor de Shevaun, y no consentiré que se case con usted.

—No venía a eso. Sólo quería saber cómo se encontraba, y de qué forma la malaria…

—¡No le creo! —dijo Tillman, con voz aguda—. ¡Sólo está esperando que muera!

—Eso es absurdo. ¿Por qué iba a quererlo?

Tillman extendió un brazo y agitó débilmente una campanilla que estaba sobre una mesita, junto a su litera.

Abrióse la puerta y apareció un esclavo negro de Tillman, el cual iba descalzo.

—Jebidiah, di al amo Cooper y a la señorita que vengan en seguida.

Jebidiah asintió con la cabeza y cerró de nuevo la puerta del camarote.

—Siempre comerciando con seres humanos, ¿eh, Wilf? —dijo Struan.

—Jebidiah está contento así. ¡Ustedes tienen su forma de pensar, y nosotros la nuestra, cerdo maldito!

Struan jamás había olvidado el segundo barco en el que estuviera embarcado, y de vez en cuando tenía pesadillas y creía hallarse de nuevo en él. Con la prima obtenida tras la batalla de Trafalgar, Struan había comprado su libertad en la Armada, y luego embarcó como ayudante de camarote en un mercante inglés que cubría la ruta del Atlántico.

Sólo cuando estaban en alta mar, Struan se dio cuenta de que se hallaba en un buque dedicado al tráfico de esclavos, que navegaba hacia Dakar para recibir su cargamento humano y luego transportarlo hasta las tierras de Savannah. Los negros, hombres, mujeres y niños, iban apiñados en las bodegas como animales, y sus gritos y gemidos, y el hedor que despedían sus cuerpos, atormentaron a Struan día tras día, semana tras semana. Era un chiquillo de ocho años, y al llegar a Savannah desertó.

Fue el único buque del que había desertado en toda su vida.

—Es usted peor que los negreros —dijo Struan, con voz sibilante—. No hace más que comprar la carne humana y obtener los beneficios. Yo he conocido lo que es un mercado de esclavos.

—¡Les tratamos mejor de lo que se merecen! —chilló Tillman—. No son más que salvajes, y gracias a nosotros viven mucho mejor que antes.

El rostro de Tillman se contrajo, y éste volvió a recostarse jadeante lleno de envidia ante la vitalidad y salud que trascendía de Struan.

—¡No se beneficiará con mi muerte, maldito sea! —exclamó de nuevo Tillman.

Struan se volvió hacia la puerta.

—Espere un momento. Tengo algo que puede interesarle.

—¡Nada suyo puede interesarme!

—¿Me llama negrero? ¡Dígame cómo consiguió su querida, condenado hipócrita!

Abrióse de pronto la puerta, y Cooper entró apresuradamente.

—¡Ah, hola Tai-Pan, no sabía que estuviera a bordo!

—Hola, Jeff —replicó Struan, que difícilmente podía contener su ira.

Cooper miró a Tillman y preguntó:

—¿Qué ocurre, Wilf?

—Nada. Quería veros a ti y a mi sobrina.

Llegó en ese momento Shevaun, y se detuvo, llena de sorpresa.

—¿Qué tal, Tai-Pan? ¿Te encuentras bien, tío?

—No, muchacha. Me encuentro muy mal.

—¿Qué sucede? —volvió a inquirir Cooper.

Tillman tosió débilmente, y luego manifestó:

—El Tai-Pan ha venido a «visitarme». Creo que es el momento más oportuno para arreglar un asunto importante. Espero mañana otro ataque de fiebre, y creo que… —Tillman entornó pesadamente los párpados, y luego abrió los ojos y miró a Shevaun—. Me siento orgulloso al decirte que Jeff Cooper me ha pedido formalmente tu mano, y que yo he aceptado de buen grado.

Shevaun palideció y dijo:

—No deseo casarme aún.

—Lo he pensado todo muy a fondo, y…

—¡No me casaré!

Tillman se incorporó sobre la almohada con gran esfuerzo, y manifestó, con la energía que le proporcionaba la cólera:

—¡Escúchame! Yo soy tu tutor ante la ley. Durante varios meses he intercambiado correspondencia con tu padre. Mi hermano ha aprobado formalmente la boda, y yo he decidido que eso iba en tu beneficio. De modo que…

—Pero yo no lo he decidido así, tío. Estamos en el siglo diecinueve, no en la Edad Media. No quiero casarme todavía.

—Sin duda estamos en el siglo diecinueve, pero me importan poco tus deseos. Estás comprometida en matrimonio, y vas a casarte. Tu padre y yo teníamos la esperanza de que durante tu permanencia aquí, Jeff considerase la posibilidad de contraer enlace contigo, y así ha ocurrido. Es una boda muy conveniente desde todos los aspectos, y no hay más que hablar.

Cooper se acercó a Shevaun, y dijo:

—Shevaun, cariño, ya sabes cómo pienso. No creí que Wilf… No creí que…

Ella se apartó de Cooper y miró a Struan.

—¡Tai-Pan, dígaselo a mi tío! —exclamó la muchacha—. ¡Dígale que no puede darme en matrimonio! ¡Dígaselo!

—¿Qué edad tiene, Shevaun? —inquirió Struan.

—Diecinueve años.

—Si lo aprueba su padre y su tío, no le queda más remedio que aceptar —replicó Struan y añadid, dirigiéndose a Tillman—: Supongo que tendrá una notificación escrita.

Tillman señaló hacia un escritorio, y dijo:

—Ahí está la carta, aunque éste es un asunto que en nada le concierne.

—Así es la ley, Shevaun. Es usted menor de edad, y está sujeta a los deseos de su padre.

Struan volvióse con pesar hacia la puerta, pero Shevaun le detuvo.

—¿Sabe usted por qué me venden? —preguntó angustiada.

—¡Cállate, chiquilla! —gritó Tillman—. No has hecho más que crear problemas desde que llegaste aquí. Es hora de que aprendas modales y de que respetes a tus mayores.

—Me venden por acciones —aseguró la joven, con amargura—. Por acciones de la Compañía Cooper y Tillman.

—¡Eso es mentira! —exclamó el enfermo, con el rostro descompuesto.

—Shevaun, no sabes lo que dices —comenzó a decir Cooper—. Sin duda no lo esperabas, y…

Struan se dirigió hacia la puerta, pero, una vez más, ella se interpuso en su camino.

—Espere, Tai-Pan. Créame que no es más que un trato. Sé cómo piensan los políticos. La política es un negocio caro.

—¡Calla la boca! —gritó Tillman, quien a continuación lanzó un quejido y cayó sollozando sobre la almohada.

—Si no recibe ingresos de aquí —prosiguió ella rápidamente—, mi padre no puede seguir siendo senador. Mi tío es el hermano mayor, y, si él muere, Jeff puede adquirir los intereses de Tillman por una suma nominal, y, entonces…

—Vamos, Shevaun —interrumpió ásperamente Cooper—. Eso nada tiene que ver con mi amor por ti. ¿Quién crees que soy?

—Sé sincero, Jeff. ¿Es cierto o no, lo de la suma nominal?

—Sí, puedo adquirir los intereses de Tillman en esas circunstancias —dijo Cooper, después de un momento de silencio—. Pero no he hecho semejante trato, pues no quiero adquirirte como si fueras ganado. Repito que te amo, y que

quiero que seas mi esposa.

—¿En caso contrario, no comprarías los intereses de mi tío?

—No lo sé. Lo decidiría si llegase el momento. Wilf puede comprar mis acciones si yo muero antes que él.

Shevaun se volvió hacia Struan y dijo:

—Por favor, protéjame, Tai-Pan.

—¿Qué puedo hacer yo, muchacha? También creo que Jeff no pretende comprarla, sino que está enamorado de usted.

—Ayúdeme, por favor —repitió Shevaun desconsoladamente.

—Legalmente nada puedo hacer, Shevaun.

La joven se puso a llorar desconsoladamente, y Cooper, angustiado, la cogió en sus brazos.

Cuando Struan llegó al *Resting Cloud*, May-May se hallaba durmiendo. Mientras la contemplaba reposar inquietamente, Struan se preguntó qué actitud debería tomar en relación con Gorth y con Culum. Se dio cuenta de que debía trasladarse a Macao en seguida, pero no podía hacerlo hasta que May-May estuviese curada.

«¡Ah, Señor, poder curarla! —pensó—. Debo enviar al *China Cloud* con Orlov. ¿O será mejor Mauss? Quizá sea más conveniente esperar. Dije a Culum que tuviera mucho cuidado. ¿Me hará caso? ¡Oh, Dios mío, ayuda a May-May!»

Hacia la medianoche se oyeron unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo Struan.

Lim Din entró suavemente, miró a May-May y suspiró.

—El amo gordo viene a ver Tai-Pan. ¿Puede? —manifestó.

Struan sintió que le dolía la cabeza y la espalda, mientras ascendía por la escalerilla hasta llegar a su cámara, situada en la cubierta superior.

—Siento venir sin cita previa y a semejante hora, Tai-Pan —dijo Morley Skinner, colocando su sudorosa y obesa humanidad en un sillón—. Pero es un asunto importante.

—Siempre es un placer recibir a la Prensa, señor Skinner. Siéntese, si gusta. ¿Algo de beber? —dijo Struan, tratando de olvidar por un momento a May-May, pues se daba cuenta de que aquélla no era una visita intrascendente.

—Gracias. Un poco de whisky.

Skinner examinó despacio la amplia cámara en la que se veían grandes

alfombras chinas de color verde; sillones y sofás de fragante cuero, y relucientes lámparas que despedían una luz clara y cálida. Pensó en el contraste que aquello ofrecía con el cubil que tenía en Hong-Kong, una maloliente y sucia habitación situada sobre la gran sala que albergaba la imprenta del periódico.

—Es muy atento al recibirme a estas horas —dijo al fin el periodista.

—A su salud —declaró Struan, alzando su vaso.

—Gracias, es el mejor brindis que pueden dedicarle a uno en estos tiempos, con eso de la malaria —aseguró Skinner, y sus ojillos porcinos se entrecerraron —. He oído decir que un amigo suyo tiene malaria.

—¿Sabe dónde puede conseguirse cincona?

Skinner movió negativamente la cabeza y contesto:

—No, Tai-Pan; por lo que he podido saber, se trata de un brebaje de brujas. Una simple leyenda.

Luego el periodista extrajo un ejemplar del semanario *Oriental Times* y lo entregó a Struan.

—Pensé que le gustaría ver el artículo acerca de las carreras. Voy a sacar mañana una edición especial —agregó luego.

—Gracias. ¿Ha venido a verme para eso?

—No, señor —contestó Skinner, y apuró su vaso de whisky, mirándolo a continuación.

—Sírvase más, si lo desea —dijo Struan.

—Gracias.

Skinner se levantó e inclinóse sobre la botella, al tiempo que su vientre se bamboleaba pesadamente. Vio que Struan le miraba y dijo:

—Bien que me gustaría tener su figura, señor Struan.

—Entonces no coma tanto.

Skinner echóse a reír.

—La comida no tiene nada que ver con la gordura —aseguró—. El que es gordo nada puede hacer por remediarlo. Es una de esas cosas que Dios otorga a las personas al nacer. Yo siempre he sido de constitución… corpulenta —aseguró Skinner, y, habiendo llenado su vaso, volvió a sentarse—. Deseaba informarle que ayer llegó a mis manos una noticia. No puedo decir cuál es su procedencia, pero quiero hablar de eso con usted antes de publicarla.

«¿Qué cadáver has olfateado, querida hiena? —pensó Struan—. Tienes

bastante donde elegir».

—Soy el dueño del *Oriental Times* —dijo Struan— y, por lo que sé, sólo usted y yo estamos enterados de ello. Sin embargo, nunca le he dicho lo que debía publicar. Es usted el director del diario, y carga con la responsabilidad. Si publica una calumnia, correrá el riesgo de que le demanden ante los tribunales.

—Así es, señor Struan, y le agradezco esa libertad que me proporciona. La libertad requiere responsabilidades con uno mismo, con el periódico y ante la sociedad.

Skinner extrajo una hoja de papel cubierta de apresurados trazos que sólo él podía interpretar y agregó:

—«El tratado de Chuenpi ha sido repudiado por la Corona, y Hong-Kong con él».

—¿No le parece una historia demasiado graciosa, señor Skinner? —dijo Struan, y recordó la parte que en ello llevaba el joven Blore.

—No, señor, no tiene gracia alguna. Tal vez será mejor que se lo lea.

Y el periodista leyó en voz alta, casi palabra por palabra, lo que sir Charles Crosse había escrito a Struan, y lo que éste dijo a Blore que contase, fingidamente en secreto, a Skinner. Struan tenía la intención de enfurecer a los traficantes y suscitar su amor propio, a fin de que se unieran e impidieran que Hong-Kong pereciese.

De esa forma se produciría un escándalo parecido al de años anteriores, cuando la opinión general logró al fin dominar a la todopoderosa Compañía de las Indias Orientales.

—No creo nada de eso.

—Debiera creerlo, Tai-Pan —dijo Skinner, y vació de nuevo su vaso—. ¿Le importa que tome otro?

—Claro que no. Coja la botella. Le ahorrará estar levantándose a cada momento. Dígame, ¿quién le proporcionó semejante información?

—Eso no puedo decírselo.

—¿Y si yo insistiera?

—Tampoco se lo diría. Eso destruiría mi futuro como periodista. Es un asunto de ética profesional.

—Todo periodista debe tener un periódico —dijo Struan, poniendo a prueba a Skinner.

—Cierto. Ese es el riesgo que corro al hablar con usted. Pero aunque me plantease el asunto de esa forma, yo seguiría sin decírselo.

—¿Está seguro de que es verdad lo que ha escrito?

—No tengo seguridad absoluta, pero creo que es cierto.

—¿Qué fecha tiene el despacho? —preguntó Struan.

—Es del 27 de abril.

—Entonces, ¿cree seriamente que la misiva ha podido llegar tan rápida hasta aquí? ¡Eso es ridículo!

—Yo también lo creía. Pero me convencí de que es perfectamente factible.

—Si es así, estamos todos arruinados.

—Puede ser —replicó Skinner.

—No, no caben suposiciones. Quedaríamos arruinados con toda certeza.

—Se olvida usted del poder que tiene la Prensa y del de los traficantes asociados para un fin.

—Carecemos de poder alguno contra el secretario de Exterior, y, además, el tiempo está en contra nuestra. ¿Va usted a publicar la noticia?

—Sí, en el momento oportuno.

Struan movió el vaso que tenía en la mano y observó los destellos que en él producían las luces. Luego dijo:

—Con eso sólo conseguiría provocar un pánico general, y Longstaff le echaría el guante a usted en seguida.

—Eso no me preocupa, señor Struan —dijo Skinner, perplejo. Struan no reaccionaba como él había esperado. A menos que el Tai-Pan ya estuviera enterado de todo, como se había dicho a sí mismo por centésima vez.

«Pero carece de sentido que me haya enviado a Blore —pensó el periodista —. Blore llegó hace una semana, y en ese tiempo el Tai-Pan ha invertido enormes sumas de dinero en Hong-Kong. Sólo un loco reaccionaría en esa forma. Por lo tanto, ¿de quién puede ser emisario Blore? ¿De Brock? No es probable, ya que también éste invierte tanto como Struan. Debe de ser el almirante, el general o Monsey. ¡Monsey! ¿Quién más que él posee relaciones en las altas esferas? ¿Quién más que él odia a Longstaff y anhela ocupar su puesto? ¿Qué otro puede tener deseos de que prospere Hong-Kong? En efecto, si la isla no sale adelante, Monsey no tendrá futuro en el cuerpo diplomático».

—Tengo la impresión de que Hong-Kong está sentenciada —dijo Skinner, al

fin—. Todo el dinero y el esfuerzo que ustedes han invertido en la isla (que hemos invertido en la isla), va a resultar inútil.

—Hong-Kong no puede quedar anulada. Sin la isla los futuros puertos en el continente no pasan de ser una quimera.

—Lo sé, señor. Todos estamos al corriente de ello.

—Sí, pero el secretario del Exterior parece pensar de otro modo. Yo me pregunto por qué. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Cómo convencerle de su error?

Skinner era tan partidario de Hong-Kong como el mismo Struan. Sin la isla no habría Noble Casa, y sin ésta dejaría de existir el *Oriental Times*, y Skinner quedaría sin trabajo.

—Tal vez no sea necesario convencer a ese estúpido —replicó Skinner ásperamente.

—¿Cómo dice?

—Quizá ese individuo no permanezca mucho tiempo en su cargo.

El interés de Struan subió de punto. Había allí una inesperada variante. Skinner era un ávido lector de revistas y periódicos, y sin duda era uno de los hombres mejor informados acerca de las actividades parlamentarias. Poseía, además, múltiples fuentes de información, aparte de una notable memoria y un gran interés por las personas.

—¿Cree usted que hay posibilidades de que cambie el Gobierno, Skinner?

—Apostaría algo a que sir Robert Peel y los conservadores desalojarán del gobierno a los Whigs antes de un año.

—Si le acepto la apuesta jugaría en contra mía.

—¿Apuesta el *Oriental Times* a que los Whigs caen antes de un año, y que la Corona retiene Hong-Kong?

Struan se dio cuenta de que si aceptaba, Skinner se pondría totalmente de su lado, y que el periódico era un precio insignificante por ello. Pero de hacerlo inmediatamente, mostraría con claridad sus intenciones.

—No tiene usted absolutamente ninguna probabilidad de ganar esa apuesta —aseguró Struan.

—Hay muchas posibilidades, señor Struan. El último invierno fue sumamente duro en Gran Bretaña, tanto comercial como industrialmente. Cunde el desempleo, y hasta las cosechas han sido peores que nunca. ¿Está enterado

que el pan ha subido a un chelín y dos peniques la pieza? Así me lo comunican en la última carta que he recibido. El azúcar vale ocho peniques la libra, el té siete chelines y ocho peniques, el jabón nueve peniques una pastilla, los huevos están a cuatro chelines la docena, las patatas valen un chelín la libra, el tocino ahumado tres chelines y seis peniques la libra. Por el contrario, los sueldos de cualquier artesano, sea albañil, carpintero o herrero, no pasan de los diecisiete chelines y seis peniques por cada semana de sesenta y cuatro horas de trabajo. Los campesinos ganan nueve chelines a la semana, sabe Dios por cuántas horas de trabajo. Los obreros de las fábricas reciben quince chelines, y pueden darse por contentos si consiguen empleo. Por todos los cielos, señor Struan, usted vive en una colina rodeado de riquezas, y se permite regalar un millar de libras a una muchacha sólo porque se ha puesto un bonito vestido. Por eso no se da cuenta de que, en Inglaterra, por cada once personas, una se muere de hambre. En Stockton, casi diez mil personas ganaron menos de dos chelines por semana el año pasado. Treinta mil hubo en Leeds que recibieron menos de un chelín. Cunde la necesidad, a pesar de ello somos la nación más rica de la tierra. Los Whigs ya están hasta el cuello, mas no parecen dispuestos a enfrentarse con la realidad. No han hecho nada por desacreditar a los cartistas, aparte de decir que eran anarquistas. No se atreven a terminar con las vergonzosas condiciones que imperan en las fábricas. Hay niños de seis y siete años trabajando doce horas por día, y también mujeres. Y como esta mano de obra es más barata, los patronos despiden a los hombres.

»¿Por qué iban a hacer algo los Whigs por solucionar esta situación, cuando son propietarios de la mayoría de los establecimientos fabriles? Tienen el dinero como a un dios, y mientras lo ganan, mandan al demonio todo lo demás. Los Whigs no se encaran con el problema irlandés. Muchos murieron de hambre allí el año pasado, y si la situación se repite, toda Irlanda arderá en rebeliones. Además, los Whigs no han alzado un dedo por llevar a cabo una reforma bancaria. Recuerde lo que ha ocurrido con su propio Banco. ¿Para qué iban a ha hacerlo, cuando se trata también de sus propios Bancos?

Otra cosa sería si tuviéramos leyes eficaces que protegieran a los clientes contra las maquinaciones de esos condenados.

Skinner se detuvo haciendo un esfuerzo, cubierto el rostro de sudor, y, cuando hubo recuperado el aliento, agregó:

—Lo siento, no quise hacer un discurso. Es lógico, por lo tanto, que los Whigs tengan que marcharse del poder. Estoy seguro de que si no lo hacen en los próximos seis meses, Inglaterra se verá bañada en sangre, al extremo que la Revolución francesa parecerá un juego de niños al lado de la nuestra. El único hombre que puede salvar a nuestro país es sir Robert Peel, bien lo sabe Dios.

Recordó Struan lo que Culum le había contado acerca de la situación imperante en Gran Bretaña. El y Robb habían considerado las palabras del muchacho como veleidades de estudiante idealista.

—Si echan a lord Cunnington, ¿quién podrá ser secretario del Exterior?

—El mismo sir Robert. O, en su defecto, lord Aberdeen.

—Pero ambos son contrarios al libre comercio.

—Es cierto; mas, por el contrario, son liberales y pacifistas, y una vez en el poder seguramente cambiarán respecto al libre comercio. Siempre que la oposición se hace con el poder, y que aumentan sus responsabilidades, se produce un cambio. El libre comercio es la única forma de que Inglaterra pueda sobrevivir, bien lo sabe usted, de modo que se verán forzados a respaldarlo. Necesitarán todo el apoyo que puedan prestarles los ricos y poderosos.

—¿Me está sugiriendo que les apoye?

—Lo repito: el *Oriental Times*, comprendido local, máquinas y demás, contra una caída de los Whigs, en el curso de un año, y por la permanencia de Hong-Kong.

—¿Cree usted poder hacer algo en favor de su apuesta?

—Respecto a Hong-Kong, al menos, desde luego.

Struan colocó su pierna izquierda sobre el brazo de un sillón, y se recostó sobre el respaldo del que ocupaba.

Permaneció en silencio unos minutos, y al fin dijo:

—Al cincuenta por ciento de interés, y tiene usted una opción —dijo al fin.

—Todo o nada.

—Tal vez sea mejor que le eche de aquí y que terminemos de una vez.

—Es probable que lo haga. Posee usted grandes riquezas, que bastarán a usted y los suyos durante todo lo que quede de vida. Pero le estoy hablando de Hong-Kong y del futuro de la Gran Bretaña. Creo que es algo digno de ser considerado.

—Está bien. Todo o nada. ¿Querría usted acompañarme en la cena? Estoy

sintiendo algo de apetito.

—Accedo con gusto, gracias. El hablar también me ha despertado el hambre.

Struan agitó la campanilla, y cuando Lim Din se presentó le encargó la cena.

Skinner trasegó otro whisky, y agradeció al cielo haber juzgado correctamente al Tai-Pan.

—Le aseguro que no lo lamentará, señor Struan. Y ahora escúcheme un momento. La pérdida de Longstaff (sé bien que es su amigo, pero considero el asunto desde el aspecto político) es un hecho afortunado para Hong-Kong. En primer lugar, él es de cuna noble; segundo, es Whig; y tercero, es un necio, y es un hombre de acción. Además, conoce la India, donde pasó treinta años al servicio de la Compañía de las Indias Orientales. Antes de eso estuvo en la Marina Real. Por último, y lo más importante de todo, le diré que aunque en apariencia es Whig, estoy seguro de que en su fuero interno odia a Cunnington y al Gobierno actual, y que hará todo lo posible por precipitar la caída de ambos.

—¿Por qué razón?

—Porque es irlandés. Cunnington es el que ha impulsado la mayor parte de la legislación sobre asuntos de Irlanda que se ha ratificado en los últimos quince años, y se siente directamente responsable de nuestra desastrosa política en relación con su país. Ese es el punto débil de Whalen, y debemos tratar de explotarlo —concluyó diciendo Skinner, mientras se mordía una uña manchada de tinta de imprimir.

Lim Din y otro criado regresaron con numerosos platos de comida fría, así como pasteles, cerveza y champaña en un cubo de hielo.

Skinner sonrió complacido y exclamó:

—¡Ah, he aquí un festín digno del propietario de una fábrica!

—Espero que sea digno del propietario de un periódico —contestó Struan—. Sírvase, sírvase lo que guste.

«¿Debo apoyar desde ahora a los conservadores —pensó Struan—, y dejar a hombres como Crosse? En estos momentos en Inglaterra ya deben de saber que la Noble Casa sigue siendo tan poderosa como siempre. ¿Valdrá la pena arriesgar una baza por sir Robert Peel?»

—Cuando se publique ese despacho, todo el mundo sentirá pánico —dijo al fin Struan.

—Sí, señor Struan —afirmó Skinner, y tras llenarse la boca de comida,

añadió, mientras masticaba—: Sin embargo, hay muchas formas de dar las noticias, y eso es lo que hace del periodismo una profesión tan interesante.

Echóse Skinner a reír, y algunos trozos de comida se deslizaron por la comisura de sus labios hasta el plato.

Luego dedicó toda su atención a lo que estaba comiendo.

Struan comió lentamente, absorto en sus pensamientos.

Al final, cuando advirtió que el periodista había quedado ahito, se puso en pie y le dio las gracias por los informes y los consejos que le había proporcionado.

—Se lo comunicaré privadamente antes de publicar el despacho —dijo Skinner—. Será dentro de pocos días, pero necesito tiempo para planear el asunto. Gracias por todo, Tai-Pan.

A continuación, Skinner se marchó.

Struan descendió bajo cubierta y vio que May-May seguía durmiendo inquieta. Mandó que preparasen un catre para él en la cámara de May-May, y echóse a dormir.

Al amanecer, May-May comenzó a tiritar por vez primera.

Tenía heladas las venas, la frente y el vientre.

Era el decimoquinto día.

CAPITULO XXXIII

May-May yacía frágil e indefensa como una criatura bajo el peso de una docena de mantas. Tenía intensamente pálido el rostro y hundidos los ojos. Durante cuatro horas sus dientes castañetearon, y de pronto los escalofríos se convirtieron en fiebre. Struan le lavó la cara con agua helada, pero la joven no experimentó alivio alguno. Poco después se presentó el delirio. May-May se agitó en el lecho, murmurando y lanzando quejidos en una incoherente combinación de inglés y chino, consumida por un fuego tremendo. Struan la retuvo entre sus brazos y trató de consolarla, pero ella no le oía ni le reconocía.

La fiebre desapareció tan repentinamente como había llegado, y May-May quedó envuelta en sudor, que empapaba sus ropas y las sábanas. Entreabriéronse sus labios, y la joven dejó escapar un leve quejido de alivio. Abrió los ojos, y poco a poco comenzó a ver con claridad.

—Me siento muy bien, pero muy cansada… —dijo con voz débil.

Struan ayudó a Ah Sam a cambiar las ropas de la cama y de May-May, que estaban completamente húmedas.

Luego, la enferma quedó sumida como en un sueño de muerte, totalmente inerte. Struan tomó asiento en un sillón y vigiló su sueño.

Al cabo de seis horas, May-May se despertó, tranquila pero exhausta.

—Hola, Tai-Pan —dijo—. Tengo la fiebre del Valle Feliz, ¿no es cierto?

—Sí, pero el médico va a conseguir una medicina con la que podrás curarte. La tendrá dentro de uno o dos días.

—Eso está bien. Muy bien. No te preocupes, sanaré.

—¿Por qué sonríes así, chiquilla?

—¿Cómo pueden conquistarse si no los hados? —dijo ella, y se hundió, complacida, entre las sábanas limpias—. Si uno sonríe cuando pierde, luego se gana en la vida.

—Pronto te vas a poner muy bien, ya lo verás. No te preocupes.

—No me preocupo por mí, sino por ti.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, cansado después de haber velado toda la noche, y lleno de angustia al verla más delgada que antes, con aspecto espectral, los ojos rodeados de sombras, y algo envejecida.

—No, no es nada. Desearía un poco de sopa. Sopa de gallina.

—El médico también ha dejado una medicina para que te pongas fuerte.

Struan mandó preparar la sopa, y cuando la trajeron, May-May tomó algunas cucharadas y luego volvió a recostarse en el lecho, confortada.

—Ahora debes descansar, Tai-Pan —dijo ella, y luego frunció el ceño—. ¿Cuántos días faltan para el próximo ataque de fiebre?

—Tres o cuatro —replicó él, angustiado.

—No tengas pena, Tai-Pan. Cuatro días es mucho tiempo. Ve a descansar, y después charlaremos.

Trasladóse Struan a su camarote y durmió intranquilo, despertándose a cada momento. Otros momentos soñaba que estaba despierto, por lo que descansó muy poco.

El sol crepuscular ya estaba cerca del horizonte cuando despertó. Se dio un baño y se afeitó, pero sentíase incómodo y desaseado. Struan miró su rostro en el espejo y le desagradó lo que observó. Sus propios ojos parecían decirle que May-May no podría sobrevivir a tres ataques como los que había padecido. Como máximo le quedarían doce días de vida.

Oyéronse en ese momento unos golpes en la puerta.

—Adelante.

—Buenas tardes, Tai-Pan.

—Hola, Gordon. ¿Qué noticias traes?

—Ninguna, y lo siento profundamente. Estoy haciendo todo lo posible, pero sin resultado hasta ahora. ¿Cómo está madre?

—Se ha producido el primer ataque, y no se encuentra nada bien.

—El médico me ha dado un medicamento y algunos alimentos para que conserve las energías. Ah Sam ya sabe qué debe hacer.

—Gracias.

Marchóse Gordon, y Struan volvió a ensimismarse en sus pensamientos, buscando con ansia una solución.

«¿Dónde podría conseguir cincona? —preguntóse para sí—. Tiene que haber en alguna parte un poco de esa corteza del Perú. No, no es corteza del Perú; es corteza de los jesuítas».

De pronto, su mente pareció estallar con una idea.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó en voz alta, recuperando las esperanzas —. Si lo que deseas es corteza de los jesuítas, ¿quién mejor que ellos te pueden informar, condenado imbécil?

Dos horas más tarde el *China Cloud* salía del puerto, bañado en la luz del sol poniente como una valkiria del mar, desplegadas las velas al viento. Cuando hubo atravesado el canal occidental y la brisa del Pacífico dio de lleno en la lona, las jarcias cantaron como si hubieran cobrado vida.

—¡Rumbo sud sudeste! —gritó Struan, al viento.

—¡Sud sudeste, señor! —repitió el timonel como un eco. Struan alzó la vista hacia las velas, que el anochecer comenzaba a cubrir de sombras, y vio que había demasiada lona desplegada. Pero con aquel viento del este y aquella mar se hacían necesarias esas velas.

El *China Cloud* siguió el nuevo rumbo y avanzó hacia la noche, pero continuó luchando contra las olas y el viento.

Pronto habría que cambiar de nuevo de rumbo, y, entonces, con el viento en popa, el buque podría navegar libremente.

Al cabo de una hora, Struan exclamó:

—¡Todos a cubierta! ¡Preparados para la maniobra!

Los hombres salieron corriendo de las escotillas y se aproximaron a las jarcias en espera de órdenes.

—¡Oeste sudoeste! —ordenó Struan, y el timonel hizo girar la rueda del timón hasta tomar el nuevo rumbo, con lo que el buque avanzó empujado por el viento. Las vergas crujieron, tensándose a sotavento, y las drizas rechinaron.

—¡Largar los rizos de mayor y de mesana! —ordenó Struan.

El navío hendió las olas, cubierta su proa por una cascada de espuma.

—¡Mantenga el rumbo!

—¡A la orden, señor! —contestó el timonel, forzando la vista para ver la bitácora, débilmente iluminada, y luchando con la caña para conservar el rumbo.

—Tome el mando, capitán Orlov.

—Ya era hora, Tai-Pan.

—Trate de conseguir más velocidad. Quiero estar en Macao lo antes posible —dijo Struan, y a continuación descendió bajo cubierta.

Orlov dio gracias al cielo por haber estado, como siempre, preparado para zarpar. Cuando vio el semblante de Struan al llegar éste, se dio cuenta de que el *China Cloud* debería salir de puerto en menos tiempo que en otras ocasiones, o de lo contrario perdería su buque. Y aunque su instinto de marino le decía que era peligroso navegar por la noche entre tantos bajíos y arrecifes, dio con gozo la orden de zarpar, y se estremeció de placer al hallarse en el mar después de tantos días de permanecer en puerto.

Orlov había vuelto a recibir, por orden de Struan, el mando de su buque, y exclamó con voz potente:

—¡Siga a rumbo, señor Cuhady!

—¡Sí, señor, a la orden!

Al cabo de un momento, Orlov cogió la rueda del timón y manifestó:

—Llevaré yo mismo el buque. Tenemos a bordo una carga muy importante.

Cuhady se inclinó y murmuró al oído de Orlov:

—¿Es ella, señor? ¿Es por la que pagó su peso en oro? ¿Pudo verle el rostro, señor?

—¡Vaya a proa o le arranco la piel a tiras! —contestó el jorobado—. ¡Y hágalo saber a toda la tripulación: nadie saldrá del barco mientras estemos en Macao! ¡Y que guarden silencio!

—Sí, capitán, a la orden —dijo Cuhady, echándose a reír, e irguiéndose en toda su estatura, dejó empequeñecido al hombrecillo que apreciaba y admiraba —. ¡Nuestras bocas serán como ostras, por la barba de San Patricio! ¡Descuide!

Cuhady bajó por la escalerilla del puente y se encaminó hacia proa.

Orlov permaneció en el timón, preguntándose qué misterio podía ser aquél, y qué le ocurriría a la diminuta muchacha que el Tai-Pan había llevado a bordo en sus brazos, profusamente envuelta en unas mantas.

Observó entonces Orlov a Fong, el grueso chino, que seguía a Cuhady como un cachorrillo, y se preguntó por qué el Tai-Pan le habría llevado a bordo, ordenando que se le instruyese para capitán. ¿Cómo era posible que el Tai-Pan introdujera un pagano en uno de sus clípers? «Debí haber visto el rostro de la

muchacha, sí —se dijo para sus adentros Orlov—. Su peso en oro… Así, pues, la leyenda se confirma. Me gustaría…, me gustaría no ser como soy. Poder mirar a un hombre y una mujer sin ver que se estremecen de repulsión. Estoy cansado de ser "Orlov el jorobado". ¿Por qué habré sentido miedo cuando el Tai-Pan me dijo que en octubre tendría que ir solo hacia el norte?»

Orlov miró con gesto taciturno por encima de la borda, a las olas que pasaban velozmente.

«Eres como eres, y debes conformarte. Mandas el mejor buque del mundo y muchos te consideran el mejor capitán de todos los mares. Por una vez has mirado unos ojos y viste que te observaban como a un hombre. ¡Ah, Tai-Pan —se dijo Orlov, y sintió que le abandonaba su congoja—, iré al infierno, si tú me lo pides!»

—¡Vamos, holgazanes, arriba, a cargar los juanetes! —vociferó Orlov, y los marineros treparon por los aparejos para soltar más lona al viento. Minutos más tarde, Orlov divisó en el horizonte las luces de Macao, ordenó arriar algunas velas y condujo el barco con toda cautela, aunque siempre a la máxima velocidad. Poco después, el *China Cloud* entraba en el poco profundo puerto de Macao, mientras un marinero iba cantando en voz alta las sondas.

—Buena navegación, capitán —dijo Struan.

Orlov giró en redondo, sobresaltado.

—Ah, no le había visto. Se acerca usted como un fantasma, Tai-Pan. Ya tiene la lancha esperando a un costado.

—Eche las anclas en nuestro fondeadero habitual, y después vigile usted mismo mi cámara. No entre en ella, ni permita a nadie que lo haga. Todo el mundo queda confinado en el buque. Y con la boca bien cerrada.

—Ya he dado esas órdenes.

—Cuando lleguen a bordo las autoridades portuguesas, dé una excusa por no haber esperado hasta que llegara el práctico y pague los derechos de costumbre, y la prima a los chinos. Diga que voy a tierra.

Orlov no quiso preguntar al Tai-Pan cuánto tiempo tardaría en regresar.

El amanecer clareaba en el horizonte cuando el *China Cloud* fondeó a media milla de los muelles del sudoeste, que permanecían aún en la semioscuridad. Eso

era todo lo que el buque podía acercarse a tierra sin correr peligro. La bahía era peligrosamente poco profunda, y, por consiguiente, casi inservible como puerto, otra de las razones que justificaban la existencia de Hong-Kong.

Mientras se trasladaba en la lancha a tierra, Struan observó las luces de otro clíper que navegaba hacia el sur. Era el *White Witch*. Sólo unos pocos barcos europeos se hallaban anclados, mientras que centenares de sampánes y juncos proliferaban en la bahía, navegando silenciosamente, algunos de ellos, en todas direcciones.

Struan avanzó rápidamente por el muelle que estaba alquilado a la Noble Casa. Advirtió que no había luz alguna en el amplio edificio de sus oficinas. Era una mansión de cuatro pisos, con columnata exterior, situada en el extremo más alejado de la avenida costera. Dirigióse Struan hacia el norte, a lo largo de la avenida, y pasó ante la aduana china. Cortó camino por una amplia calle y comenzó a ascender por la colina, en dirección a la iglesia de San Francisco. Se hallaba contento de regresar a Macao, a tierra civilizada, entre catedrales majestuosas, graciosas casas mediterráneas, plazas umbrías y amplios jardines, cuyas flores exhalaban agradables aromas.

Se dijo que Hong-Kong no tardaría en ser como aquello, si le ayudaba la suerte. Al momento recordó a Skinner, a Whalen, y la malaria, y a May-May, que estaba a bordo del *China Cloud* enferma y débil, esperando otro acceso de fiebre para dentro de tres días. ¿Y qué sería del *Bine Cloud*? Pronto debería llegar a Gran Bretaña. ¿Habría logrado batir al *Gray Witch*, o por el contrario reposaría en el fondo del mar?

«¿Qué será de los demás clípers? —se preguntó Struan—. ¿Cuántos perderé esta temporada? Al menos, que llegue primero el *Blue Cloud*. ¿Cómo estará Winifreda? ¿Qué será de Culum?»

La ciudad aún estaba adormecida, pero Struan pudo sentir que le espiaban ojos orientales desde las ventanas.

Coronó la cima de la loma y atravesó la hermosa plaza de San Francisco.

Más allá de la plaza, hacia el norte, en el punto más elevado del istmo, se hallaban los muros del antiguo fuerte de San Pablo del Monte. A continuación se divisaba el sector chino de Macao, con sus callejuelas y cabañas apiñadas en la ladera norte de la colina.

Un cuarto de milla más lejos se iniciaba un llano, y el istmo se estrechaba

después hasta medir poco más de cien metros de anchura. Se descubrían jardines, caminos y el verde oscuro de una pequeña pista de carreras y de un campo de criquet, que los ingleses habían patrocinado a lo largo de muchos años, pues a los portugueses no les gustaban las carreras y tampoco jugaban al criquet.

Un centenar de metros más allá del campo de criquet se alzaba el muro donde terminaba Macao y comenzaba el territorio de China.

La muralla tenía siete metros de alto y tres de ancho, y se extendía desde una a otra playa. Únicamente cuando se hubo construido el muro, trescientos años antes, consintió el emperador chino en ceder el istmo a los portugueses y permitir que se asentaran en aquellos terrenos.

En la parte central de la muralla había una torre y una gran puerta. La puerta que daba acceso a China se hallaba siempre abierta, pero ningún europeo podía atravesarla.

Las botas de Struan resonaban en las piedras de la plaza cuando la cruzó apresuradamente y abrió la alta puerta de hierro del palacio del obispo, para atravesar luego los jardines que habían sido plantados tres siglos antes.

«Un día yo también tendré un jardín como éste, en Hong-Kong», se prometió a sí mismo Struan.

Luego cruzó el patio enlosado, en el que volvieron a resonar sus botas, y llegó hasta la gran puerta del edificio. Tiró de la campanilla hasta que la oyó sonar dentro, y volvió a llamar una y otra vez, con insistencia.

Por fin osciló la luz de un farol por las ventanas del piso bajo, y Struan oyó unos pasos que se aproximaban y una parrafada en quejumbroso portugués. Poco después se abrió la puerta.

—Buenos días. Deseo ver al señor obispo.

El criado, medio vestido y a medio despertar, miró a Struan sin reconocerle ni comprenderle. Luego volvió a parlotear algo y comenzó a cerrar la puerta. Pero Struan se lo impidió colocando un pie en la abertura, y después de empujar sin gran esfuerzo, entró en la mansión. Cruzó la primera estancia, cuyas paredes se hallaban cubiertas de estantes de libros, y tomó asiento en una silla de respaldo labrado. Luego miró de nuevo al sirviente, que le observaba con la boca abierta.

—El obispo —volvió a decir Struan.

Media hora más tarde, el reverendo Palarian Guineppa, obispo de Macao, entró en la estancia que Struan había tomado prácticamente por asalto. Era un hombre alto, de aspecto distinguido, que parecía representar menos de los cincuenta años que tenía. De nariz aguileña y alta frente, todos sus rasgos eran acusados. Usaba un bonete rojo, vestimenta igualmente encarnada, y de su cuello pendía un enjoyado crucifijo. Sus ojos oscuros tenían una mirada soñolienta y hostil, pero cuando advirtió a Struan, la ira y el sueño desaparecieron de ellos.

El prelado se detuvo en el umbral, observando al visitante, con desconfianza e interés, a un tiempo.

—Buenos días, Su Ilustrísima. Lamento presentarme sin cita previa, y tan temprano.

—Bien venido en nombre del Señor —replicó el obispo afablemente, mientras señalaba una silla—. Voy a desayunar. ¿Desea acompañarme?

—Muchas gracias.

El obispo habló brevemente en portugués al criado, el cual se inclinó y salió al momento de la estancia. Luego, el prelado se acercó lentamente a la ventana, acariciando el crucifijo que pendía de su cuello, y miró en dirección al sol naciente. Vic al *China Cloud* y los numerosos sampánes que le rodeaban en el fondeadero. Se preguntó qué grave asunto podía llevar al Tai-Pan de la Noble Casa hasta su morada.

—Le agradezco que me haya hecho levantar tan temprano. Es un espléndido amanecer.

—En efecto.

Los dos hombres adoptaron una actitud manifiestamente circunspecta.

Para el obispo, Struan representaba el fanático protestante inglés, materialista y maligno, que había quebrantado las leyes del Señor, y que, para su eterna condenación, había negado al Papa, como los judíos lo hicieran con Jesucristo. Era el hombre que había contribuido a la decadencia de Macao, y con ello a la decadencia de la dominación católica en el Asia pagana.

Para Struan, el obispo era exponente de todo lo que desdeñaba en los católicos: su clero célibe, la acumulación de riquezas para erigir grandes catedrales, y la reunión del poder en un hombre, que desde Roma se erigía en arbitro infalible de los demás hombres.

Varios criados de librea llevaron deferentemente algunas bandejas con jarros

de chocolate caliente, pastelillos de hojaldre, mantequilla fresca y unos frascos de mermelada que habían hecho famoso al monasterio.

El obispo inclinó la cabeza, y sus frases latinas contribuyeron a aumentar la incomodidad de Struan, pero éste no dijo nada.

Los dos hombres empezaron a comer en silencio. Las campanas de los innumerables templos de la población comenzaron a tocar maitines, y la lejana y profunda letanía del coro de monjes de la catedral interrumpió el silencio.

Después del chocolate sirvieron café brasileño, dulce, fuerte, delicioso.

A una seña del obispo, un criado abrió una enjoyada caja de cigarros y ofreció a Struan su contenido.

—Son de La Habana, si gusta. Después del desayuno, me complace dedicar unos minutos a gozar del «regalo» que sir Walter Raleigh hizo a la humanidad.

Struan agradeció la atención y eligió un cigarro. El criado lo encendió, y a otra señal del prelado abandonó la estancia. El obispo contempló la espiral de humo de su habano, y al fin se decidió a preguntar sonriendo:

—¿Por qué el Tai-Pan de la Noble Casa viene en busca de mi ayuda, la ayuda de un papista?

—Ya puede imaginar Su Ilustrísima, que no es por un motivo trivial. ¿Ha oído hablar de la corteza de cincona, también llamada de los jesuitas?

—Eso quiere decir que tiene usted malaria —replicó suavemente el obispo.

—Siento decepcionarle, pero no tengo esa enfermedad. En cambio, alguien allegado a mí la padece. ¿Cree que la cincona cura la malaria?

Los dedos del obispo juguetearon con el gran anillo pastoral que llevaba en el dedo medio.

—Sí —respondió al fin—. La malaria que se ha declarado en el Valle Feliz es, según tengo entendido, la misma dolencia que existe en Sudamérica —los ojos del prelado miraban llenos de energía, pero Struan devolvió la mirada con igual fuerza—. Hace muchos años yo fui misionero en el Brasil. Allí enfermé de malaria, pero la cincona me curó.

—¿Hay cincona aquí, en Macao?

Se produjo un silencio, roto solamente por el chasquido de las uñas del obispo, al percutir sobre su crucifijo.

Struan se preguntó si habría juzgado correctamente al prelado.

—No lo sé, señor Struan —contestó éste.

—Si esa corteza puede curar la enfermedad, estoy dispuesto a pagar lo que sea por ella. Si desea usted dinero, se lo daré, lo mismo que poder, y hasta mi alma, incluso. Me convertiría al catolicismo, aunque eso no valdría de mucho, siendo como soy. Todo lo que usted desee se lo entregaré, si está de mi mano proporcionárselo. Pero necesito esa corteza. Quiero curar de la fiebre a una persona. Ponga usted el precio.

——Para un hombre que viene a suplicar, sus modales no dejan de ser curiosos.

—Sí, pero por irrespetuosos que sean, si así lo cree usted, no dejan en cambio de ser sinceros y totalmente abiertos. Si tiene usted cincona, ¿qué precio pide?

La estancia se hallaba extrañamente tranquila a pesar de la pugna de voluntades y sentimientos que existía entre los presentes.

—No puedo contestar ahora a su pregunta —replicó el obispo.

—Volveré esta noche —dijo Struan, poniéndose en pie.

—No es necesario que vuelva, señor.

—¿Eso indica que no acepta el trato?

—Lo que afirmo es que esta noche es demasiado pronto. Tardaré más de ese tiempo en comunicarme con los que curan enfermedades. Me pondré en contacto con usted en cuanto tenga una respuesta. ¿Dónde estará, en el *China Cloud* o en su residencia?

—Mandaré un hombre que permanecerá constantemente junto a su puerta, esperando.

—Repito que no es necesario. Yo le avisaré.

El obispo permaneció sentado en su silla, y luego, observando la atroz angustia que atenazaba a Struan, agregó con tono compasivo:

—No se preocupe, señor. Haré cuanto esté de mi mano, con la ayuda de Jesucristo, nuestro Señor.

—Gracias, ilustrísima.

Al alejarse, Struan oyó que el prelado decía:

—Dios le ampare.

Pero no se detuvo, y la puerta de hierro resonó poco después a sus espaldas.

En la quietud de la estancia, el obispo suspiró profundamente. Contempló el enjoyado crucifijo que colgaba de su cuello, y oró en silencio. Luego mandó

buscar a su secretario y le ordenó comenzar la búsqueda. Por fin, solo de nuevo en su recinto, dividió su espíritu en las tres personalidades que deben poseer simultáneamente los generales de la Iglesia: primero, el ungido Pedro, primer obispo de Cristo, con todo lo que ello implicaba espiritualmente; segundo, el guardián militante de la Iglesia temporal, y tercero, el hombre sencillo que creía en las enseñanzas de aquel otro hombre que fuera Jesucristo.

El obispo se recostó en su sillón y dejó que aquellas tres facetas de su espíritu argumentasen entre sí. Y prestó atención a lo que decían.

CAPITULO XXXIV

Struan subió las escaleras exteriores de la residencia. Estaba cansado, pero se sentía extrañamente en paz. Comprendía que había hecho todo cuanto había podido.

Antes de que pudiera abrir la puerta, ésta lo hizo, y detrás apareció Lo Chum, el mayordomo de la Noble Casa en Macao, quien se inclinó sonriendo ampliamente con su boca desdentada. Era un hombre diminuto, con un rostro como el marfil viejo y un gesto travieso, que estaba al servicio de Struan desde que éste pudo permitirse tener un criado. Llevaba una inmaculada chaqueta blanca, pantalones negros y sandalias de cáñamo.

—Hola, Tai-Pan. Baño dispuesto, desayuno dispuesto, ropas dispuestas. ¿Algo más quiere? —dijo el hombrecillo.

—Hola, Lo Chum —replicó Struan, y se maravilló de la rapidez con que se difundían las noticias. Tuvo la seguridad de que si al desembarcar hubiera corrido directamente hasta la mansión, Lo Chum le habría abierto la puerta como lo acababa de hacer ahora. Al fin, agregó—. Sólo me bañaré y me cambiaré de ropas.

—El comprador Chen Sheng vino y se marchó. Vuelve a las nueve, dijo. ¿Puede?

—Puede —replicó Struan, con gesto de cansancio.

Lo Chum cerró la puerta de entrada y precedió a Struan por las escaleras de mármol, abriendo luego la puerta de la alcoba principal. La gran bañera de cobre se hallaba llena de agua caliente, como de costumbre, y sobre una mesilla se advertía un vaso de leche, también como de costumbre. Al lado de los útiles para afeitar había un ordenado montón de ropa limpia.

«Es bueno volver a casa», pensó Struan.

—¿Tai-Pan quiere ternera en baño, eh, quiere? —preguntó el criado, riendo

significativamente.

—*¡Eeey yah*, Lo Chum! —replicó Struan, mientras comenzaba a quitarse la ropa—. Siempre me buscas complicaciones, y quieres que juegue con terneras en el baño. Vamos, despierta al amo Culum, y dile que estoy aquí.

—Amo Culum no duerme aquí.

—¿Dónde se encuentra?

Lo Chum recogió la ropa sucia, y se encogió de hombros. Luego contestó:

—Amo Culum estuvo fuera toda la noche.

—¿Ha dormido siempre fuera? —inquirió Struan, frunciendo el ceño.

—No, Tai-Pan. Una, dos noches durmió aquí —manifestó el mayordomo, y luego salió apresuradamente de la estancia.

Struan se sumergió en la bañera, preocupado ante la noticia de las ausencias de Culum. Esperaba que el muchacho tuviera el suficiente juicio como para no ir al distrito chino de la ciudad.

A las nueve, con toda puntualidad, un lujoso palanquín se detuvo ante la puerta de la mansión. Chen Sheng, el comprador de la Noble Casa, apeóse pesadamente, consciente de su majestuoso porte.

Iba vestido con túnica carmesí y sombrero enjoyado, y ascendió las escaleras, llegando a la puerta, que ya había abierto Lo Chum. Esto era un timbre de orgullo para Chen Sheng, pues sabía que el criado chino sólo abría la puerta, sin llamar, al Tai-Pan y a él.

—¿Me espera el Tai-Pan? —inquirid el comprador en dialecto cantones.

—En efecto, Excelencia —replicó el criado—. Siento haberle concertado la cita tan temprano, pero pensé que a usted le gustaría ser el primero.

—Me enteré de que salió de Hong-Kong con gran premura. ¿Sabes qué le ocurre?

—Se fue directamente a ver al Tai-Pan de las largas faldas, y…

—Eso ya lo sé —contestó Chen Sheng, con impaciencia, mientras se preguntaba qué motivo habría llevado a Struan a ver al obispo—. No sé cómo puedo tener tanta indulgencia contigo. Lo Chum, ni por qué te pago esa suma mensual para que me tengas bien informado. Me enteró de que el buque estaba en el puerto antes que tú me avisaras. Eso indica un desagradable interés por mis

asuntos, ¿no crees?

—Lo siento de verdad, Excelencia —manifestó Lo Chum—. Le diré que el Tai-Pan ha traído con él a su concubina.

—Eso ya está mejor —dijo Chen Sheng, y pensó que de ese modo podría devolverles los niños y verse libre de tal responsabilidad—. No obstante, la noticia ya me hubiera sido comunicada por otros una hora antes. ¿Qué otras inapreciables noticias tienes, que justifiquen el dinero que te he entregado todos estos años?

Lo Cham puso los ojos en blanco y declaró:

—¿Qué sabiduría puede transmitir un humilde esclavo como yo a un gran mandarín como usted? Pero comprenda que éstos son tiempos muy duros, Excelencia. Mis esposas me atormentan pidiéndome dinero, y mis hijos derrochan taels en el juego, como si la plata creciese en el jardín. Sólo los asuntos de gran importancia le permiten a uno defenderse de tan triste suerte. Es terrible pensar que semejantes noticias podrían llegar a oídos indiscretos.

Chen Sheng comprendió al momento que Lo Chum tenía algo muy importante que decir, y se puso a juguetear con su coleta, mientras manifestaba:

—Estoy de acuerdo. En días tan tristes como los actuales, es de gran importancia ayudar al desvalido, y los dioses así nos lo ordenan. Estaba justamente pensando en enviarte un humilde obsequio como homenaje a tus ilustres antepasados: tres cerdos de raza, catorce gallinas ponedoras, dos piezas de seda de Shantung, una perla que vale diez taels de la más pura plata, una hermosa hebilla de jade de la dinastía Ching, que vale cincuenta taels, y algunos confites y pasteles que tal vez sean inadecuados para tu plato, pero que sin duda te resultará grato poder ofrecer a los criados que se hallan bajo tu mando.

—No podría aceptar un regalo tan espléndido —aseguró Lo Chum, lleno de deferencia—. Eso me haría quedar en deuda durante el resto de mi vida.

—Si lo rechazas, sólo puedo suponer que se trata de una oferta inadecuada para la ilustre prosapia de tus antepasados.

Por fin, Chen Sheng consiguió que Lo Chum aceptase su principesco regalo.

—He oído decir que el Tai-Pan busca algo —susurró Lo Chum—, debido a que su concubina está muy enferma. Le ha acometido la fiebre ponzoñosa de Hong-Kong.

—¿Cómo dices? —exclamó el comprador, esperando ante la noticia, pero

complacido interiormente al comprobar que no había hecho en balde el regalo—. Vamos, sigue hablando.

Lo Chum le contó todo lo relativo a la visita del médico, y sobre la extraña medicina que buscaban, lo cual había sido contado por Ah Sam al propietario de un sampán que el mayordomo le enviara.

—Se corre el rumor de que el Tai-Pan ofrece veinte mil taels de plata al que consiga el medicamento. Su hijo ha iniciado una frenética búsqueda desde Hong-Kong.

Chen Sheng comenzó a hacer conjeturas. Por fin hizo una seña a Lo Chum, y éste le condujo hasta el despacho de Struan.

—Buenos días, Tai-Pan —dijo Chen Sheng afablemente—. Mucha alegría, verle en Macao otra vez.

—Hola, Chen Sheng —contestó Struan, e indicó una silla con la mano—. Tome asiento.

—Barco *Blue Cloud* llegó primero a casa, ¿cierto?

—No lo sé. Se lo comunicaré en cuanto lo sepa. ¿Deseaba usted verme, Chen Sheng?

Este sintióse preocupado. El, que era jefe de los Tong de Macao, había sido hecho personalmente responsable por Jin-qua de la seguridad de Tchung May May y de sus hijos. Sólo él, entre todos los socios de Jin-qua, sabía que la joven era nieta de éste, y que, como concubina del Tai-Pan, tenía un valor enorme para la causa de los Tong y de China. La noticia de que la flota regresaba inmediatamente a Cantón, en lugar de marchar directamente a Pekín, les había salvado casi cuatro millones de taels, es decir, cien veces más de la monta de la educación de May-May. Chen Sheng bendijo interiormente a la muchacha. De no haber sido por ella, él hubiera tenido que aportar una buena porción de aquella suma.

«Pero ahora, esa necia y frágil mujer ha tenido la mala ocurrencia de enfermar gravemente, irreparablemente, si no se consigue a tiempo la droga —pensó Chen Sheng—. Si encontramos la medicina, ella curará y seguirá ayudándonos. Además, obtendremos veinte mil taels de ganancia. Ah, eso explica por qué Gordon Chen envió ayer a Macao secretamente a cuarenta miembros de la secta Tong, de Hong-Kong. Tiene que haber algo de droga aquí. ¿Qué diría Gordon Chen si se enterase de que Jin-qua es el jefe Tong de todo el

Kwantung, y de que yo soy su segundo? Es muy acertado mantener en secreto algunas cosas, pues nunca se sabe cuándo puede fallar alguien».

—Los niños del Tai-Pan, felices en mi casa, mucho mucho —dijo al fin Chen Sheng jovialmente—. ¿Quiere ver, eh? ¿Lleva de vuelta a Hong-Kong?

—Los veré hoy. Pronto los llevaré de vuelta. Ya le diré cuándo —replicó Struan, y se preguntó si debía hablar a Chen Sheng acerca de la enfermedad de May-May.

—Tai-Pan —añadió Chen Sheng—. Su ternera mucho malo. Mejor trae usted a tierra. Gran médico aquí, gran medicina. No tenga miedo, creo que gran medicina está aquí, en Macao. Chen Sheng arreglará mucho bien.

—¿Cómo sabe que ella está aquí, y que se halla enferma de malaria, Chen Sheng?

El chino encogióse de hombros y se echó a reír en voz baja, mientras decía:

—Yo sé, yo sé. No importa.

—¿Es cierto que la medicina está aquí, en Macao? —Si está, yo consigo. Mando pronto un junco al *China Cloud*. Trae ternera a tierra, y Chen Sheng arregla todo.

El comprador sé inclinó ceremoniosamente, y luego salió de la estancia.

Struan se encaminó a bordo del *China Cloud*, y poco después llegaba al costado del buque el junco de Chen Sheng. May-May fue transportada a tierra con todo cuidado, bajo la vigilancia de un médico, y alojada en su casa, que dominaba la colina de San Antonio.

La casa estaba limpia, atendida debidamente por criados, y el té se hallaba listo cuando llegó el grupo desde el barco. Ah Sam efectuó una breve inspección por la casa, abrazó cariñosamente a Jos niños de May-May, que ya estaban esperando con sus niñeras, y luego ayudó a colocar a May-May en su lecho. Después fue a buscar a los chiquillos y los llevó junto a May-May. Esta prorrumpió en lágrimas de alegría, y se sintió enormemente satisfecho al verse de nuevo en su hogar.

El médico encargó comida y medicamentos especiales destinados a mantener las energías de la enferma y la de la criatura que llevaba en las entrañas. También le ordenó que permaneciera en el lecho. Struan se dispuso a salir y dijo:

—Pronto estaré de vuelta.

—Está bien, Tai-Pan. Gracias, muchas gracias.

—Voy ahora a mis oficinas, y luego tal vez me acerque a casa de Brock.

—¿Están ellos en Macao?

—Sí, con excepción de Tyler. Creo que ya te lo dije. Culum y Tess también se encuentran aquí.

—¿Ah, sí? —contestó ella, y recordó lo que había convenido con Gordon Chen—. Lo siento, me olvidé. Tengo la cabeza trastornada, pero ahora me acuerdo. Te estoy infinitamente agradecida por haberme traído a casa.

Struan regresó al edificio de sus oficinas. Culum aún no había vuelto, de modo que se dirigió a lo largo de la avenida costera hasta la residencia de Brock. Pero allí, ni Tess ni su madre sabían dónde se hallaba Culum.

Gorth afirmó que ambos habían ido la noche anterior al club inglés, pero que él, Gorth, se marchó temprano.

—Le hablaré luego en la puerta —dijo disimuladamente Gorth a Struan, y, cuando ambos se encontraron solos, Gorth sonrió sarcásticamente, gozando del placer de la venganza, y agregó—: Ya puede imaginarlo; yo fui a ver a una dama, y tal vez él haya hecho lo mismo. ¿Qué mal hay en ello? Iba ganando a las cartas cuando le dejé, si eso es lo que le preocupa.

—No, Gorth, no es eso lo que me preocupa. En cuanto a ti, debes saber que hay leyes que castigan el asesinato. Un rápido juicio y un ajusticiamiento no menos rápido, sea quien sea el muerto, incluso una prostituta.

Gorth palideció intensamente.

—¿Qué pretende decirme con eso? —inquirió.

—Si alguien se convierte en carne de horca, seré yo con mucho gusto el verdugo.

—¿Me está amenazando? También hay leyes contra eso, por todos los infiernos.

—Si ella muere, serás acusado de asesinato, por todos los infiernos.

—¡No sé de qué me habla! —exclamó Gorth—. Está haciendo acusaciones falsas.

—No te acuso de nada, Gorth. Sólo te recuerdo algunos hechos. Sí, sé que hay dos testigos de una posible muerte, los cuales están dispuestos a hablar ante un tribunal.

Gorth procuró dominar el pánico que sentía. Debían de ser seguramente aquella maldita perra de Fortheringill y el condenado Quance, a pesar de que a

ella le había pagado lo suficiente para que no hablase. Bien, ya trataría con ellos en la forma adecuada, si se hacía necesario. Pero no llegaría el caso, pues estaba seguro e que la ramera no moriría.

—No me asustan sus bravatas, que, además, son acusaciones sin fundamento.

—No, no pretendo acusarte, Gorth —dijo Struan.

Aunque se sentía tentado a provocar la inevitable lucha, dábase cuenta de que debía esperar a que el desafío se produjese en público. Entonces enviaría a Gorth los padrinos, y al fin le mataría delante de testigos.

—Bien, si ves a Culum, dile por favor que le estoy buscando —agregó por último Struan.

—Haga usted de mensajero suyo, que yo no soy lacayo de nadie. Aún es el Tai-Pan de la Noble Casa, pero no lo será por mucho tiempo.

—Ten cuidado, Gorth —dijo Struan—. No te temo.

Gorth se estremeció de ira y replicó:

—Tampoco yo le tengo miedo. Se lo digo de hombre a hombre. Tenga cuidado con lo que hace, o iré a por usted.

Struan regresó andando a la residencia, plenamente satisfecho.

«He logrado que piques el anzuelo, Gorth», se dijo.

Culum aún no había vuelto, y tampoco había noticia alguna del obispo. Struan mandó a Lo Chum que tratara de encontrar a Culum, y luego se encaminó hacia la avenida costera y ascendió por la colina en dirección a la catedral. Pasó a continuación por unas callejas recónditas, con restaurantes en las aceras cuyas mesas estaban protegidas por sombrillas. Atravesó una vasta plaza, al fin entró en un edificio de grandes dimensiones.

La monja que se hallaba sentada ante el escritorio miró a Struan y le saludó.

—Buenos días —replicó éste—. ¿Habla usted inglés?

—Un poco, señor.

—Tienen ustedes una paciente que se llama Mary Sinclair. Yo soy amigo de ella.

Siguió un breve silencio, y al fin la monja preguntó:

—¿Desea usted verla?

—Sí, por favor.

La religiosa hizo una seña a una monja china y le habló rápidamente en

portugués. Struan siguió a esta última a lo largo de un pasillo y por una escalerilla que llevaba a la habitación de Mary Sinclair.

Era una estancia reducida, muy sucia y donde reinaba el mal olor a causa de hallarse herméticamente cerradas las ventanas. Mary tenía el rostro demacrado y sonrió débilmente al ver a Struan. Los padecimientos físicos la habían avejentado.

—Hola, Tai-Pan —dijo.

—¿Qué te ocurre, Mary? —preguntó Struan afablemente.

—Nada que yo no merezca.

—Te sacaré de este inmundo lugar.

—Estoy bien, Tai-Pan. Son amables conmigo.

—Sí, pero éste no es un sitio adecuado para una muchacha inglesa.

En ese momento se aproximó un fraile de figura ascética y de amplia tonsura. Llevaba sencillos ropajes cubiertos de manchas, y de su cuello pendía un crucifijo de madera.

—Buenos días —dijo el fraile en un inglés culto, exento por completo de acento—. Soy el padre Sebastián, el médico de esta joven.

—Buenos días. Me parece que voy a llevármela de aquí.

—No es aconsejable, señor Struan. No debe moverse al menos durante un mes.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene ciertos trastornos internos.

—¿Es usted inglés?

—¿Es eso tan extraño, señor Struan? Existen muchos ingleses, e incluso escoceses, que reconocen a la verdadera iglesia de Cristo. Pero el ser católico no me hace mejor ni peor médico.

—¿Posee usted tal vez corteza de cincona?

—¿Qué?

—Hablo de la corteza de cincona, o de los jesuitas.

—No. Nunca la he utilizado, y ni siquiera la he visto ¿Por qué?

—Por nada. ¿Puede aclararme lo que le sucede a la señorita Sinclair?

—Es bastante complicado. No debe moverse a la señorita Sinclair hasta dentro de un mes, o mejor, de dos meses.

—¿Te sientes bien como para salir de aquí, muchacha?

—El hermano de ella, el señor Sinclair, no puso objeción alguna a que permaneciese el tiempo necesario, y creo que el señor Culum es de la misma opinión.

—Entonces, ¿ha estado hoy aquí Culum?

Mary movió negativamente la cabeza, y al fin dijo al fraile, con expresión de sufrimiento:

—Por favor, dígale todo al Tai-Pan…, acerca de mí.

El padre Sebastián manifestó gravemente:

—Me parece muy oportuno que alguien lo sepa. La señorita Sinclair está muy enferma, señor Struan. Ha tomado una poción china (un veneno, para llamarlo por su verdadero nombre), a fin de provocarse un aborto. El tóxico le hizo expulsar el feto, pero le ha ocasionado una hemorragia muy intensa, que ahora, gracias a Dios, se halla casi dominada.

Struan sintióse cubierto repentinamente de sudor.

—¿Quién más lo sabe, Mary? ¿Horacio, Culum? —inquirió.

Ella movió negativamente la cabeza, y Struan se volvió hacia el monje.

—¿Casi dominada? —preguntó—. ¿Indica eso que la muchacha se está recuperando, y que dentro de un mes, aproximadamente, se hallará del todo repuesta?

—Físicamente, es probable, si no se presenta una gangrena, y si Dios lo quiere.

—¿Qué significa eso de «físicamente»?

—Significa que no es posible considerar el cuerpo haciendo abstracción del espíritu. Esta mujer ha pecado terriblemente contra las leyes de Dios, contra las de nuestra Iglesia, y también contra las de la suya, de modo que debe quedar en paz consigo misma y con el Señor antes de que se la pueda considerar curada. Eso es lo que quería aclararle.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—La trajo su sirvienta, que es católica. He obtenido una dispensa especial para tratar a esta enferma, pero la madre superiora insistió en que había que informar a alguien de su estado, pues llegó al borde de la muerte.

Enviamos una nota a cierto capitán Glessing, al que creímos su padre, pero resultó que no era así. Ella nos rogó que no revelásemos la causa de su enfermedad.

El fraile hizo una pausa, y al fin agregó:

—La crisis, gracias a Dios, ha pasado ya.

—Espero que conservará el secreto, padre —manifestó Struan.

—Sólo usted, las hermanas y yo lo sabemos, y nosotros no quebrantaremos nuestro juramento ante Dios. Pero estoy convencido de que esta pobre pecadora no se sentirá en paz hasta que no se haya arrepentido del todo.

Struan miró compasivamente a Mary, y ésta comenzó a decir con voz insegura:

—No…, no me arrepiento de mi vida anterior, Tai-Pan. Ese fue mi sino. Fui violada cuando era pequeña… y entonces no comprendí el verdadero alcance… Luego ya todo se precipitó, y…

—¿Quién fue?

—Uno de los chicos de la escuela. Ya murió. Ocurrió hace mucho tiempo.

Struan trató de pensar, pero no recordó que ningún muchacho de la escuela hubiese muerto por aquella época.

A menos que…

—Después de eso, ya sentí una necesidad… física —prosiguió diciendo Mary con tono vacilante—. Horacio… estaba en Inglaterra, de modo que pedí a mi criada que me buscara un amante. Ella me explicó que podía tener, no uno, sino muchos amantes, y que si lo llevaba en…, en secreto, podría vivir muy bien. Mi existencia no había sido muy grata, pues ya sabe usted cómo me trataba mi padre, Tai-Pan. De modo que mi sirvienta china me procuró… la clientela, y conseguí grandes riquezas. Pude comprar dos casas, pues la criada sólo me llevaba hombres de categoría. Ella también se enriqueció, junto conmigo.

Mary se interrumpió un momento, y al fin añadió:

—¡Oh, Tai-Pan, tengo tanto miedo!

Struan tomó asiento junto a la muchacha. Recordó entonces lo que le había dicho sólo pocos meses antes, y la confiada respuesta de Mary Sinclair.

CAPITULO XXXV

Hallábase Struan ante la ventana, observando pensativamente la concurrida avenida costera que discurría más abajo. Empezaba a anochecer, y los portugueses paseaban saludándose y conversando animadamente entre sí, en tanto que los jóvenes hidalgos galanteaban cautamente a las damitas, que se hallaban bajo la atenta mirada de sus padres o dueñas. Unos palanquines iban y venían en busca de posibles clientes, o depositaban a los que llegaban retrasados al paseo. Por la noche había un baile en el palacio del gobernador, y Struan recibió una invitación, aunque no sabía si asistiría. Culum todavía no había vuelto, ni se recibieron noticias del obispo.

Por la tarde, Struan pudo ver a Horacio. Este se hallaba furioso debido a que Ah Tat, el ama de Mary, había desaparecido.

—Estoy seguro de que es una de las que ha suministrado el veneno a Mary, Tai-Pan —dijo el joven.

—Eso es absurdo, Horacio —replicó Struan—. Ah Tat está con ustedes desde hace muchos años, y no actuaría de esa forma. Fue un desgraciado accidente.

Cuando Horacio se hubo marchado, Struan mandó buscar a los hombres con los que Culum y Gorth habían estado la noche anterior. Eran en su mayoría esbirros de este último, y todos dijeron que algunas horas después de marcharse Gorth, lo hizo Culum. Este tomó algunas bebidas, pero en modo alguno se emborrachó.

«¡Qué necio eres, Culum! —pensó Struan—. ¿Cuándo aprenderás?»

De pronto, Struan advirtió que se acercaba un lacayo impecablemente uniformado, que incluso usaba peluca, y al momento descubrió en su casaca el escudo del obispo.

El criado se aproximaba sin prisas por la avenida, pero pasó ante la

residencia de Struan sin detenerse, y se perdió calle abajo.

La luz del día iba desapareciendo ya con rapidez, y comenzaban a encenderse los faroles del paseo. Struan vio entonces que un palanquín con cortinas se detenía ante su casa. Dos culíes se alejaron furtivamente, abandonándolo, y se perdieron por una calleja lateral.

Struan corrió escaleras abajo, dominado por un presentimiento.

Cuando llegó al palanquín, vio a Culum, que yacía inconsciente en su interior, con las ropas desgarradas y llenas de vómitos. El muchacho apestaba a alcohol.

Lo cierto es que Struan se sintió más divertido que irritado. Hizo poner en pie a su hijo, lo cargó al hombro y, sin cuidarse de las miradas de los paseantes, lo introdujo en su residencia.

—¡Lo Chum, prepara el baño, pronto pronto!

Struan echó a Culum sobre la cama y le desnudó.

No se apreciaban heridas en su cuerpo. Sólo algunos arañazos en el vientre, y unos pocos mordiscos amorosos.

—Si serás estúpido —dijo entre dientes Struan, examinando a su hijo rápida pero concienzudamente. No tenía ningún hueso roto ni le faltaba un solo diente, pero su anillo y su reloj habían volado, y sus bolsillos estaban totalmente vacíos.

—Te han limpiado, jovencito. Sin duda es ésta la primera vez, pero no será la última, seguramente —agregó Struan, quien sabía que el introducir una droga en la bebida de los clientes era una práctica muy extendida en los prostíbulos.

Varios criados entraron con cubos de agua caliente, con los que llenaron la bañera. Luego, Struan introdujo en ella a su hijo y le enjabonó por completo, mientras Lo Chum sostenía la cabeza del muchacho.

—*¡Aeey yah!* —exclamó el criado—. Amo Culum terrible bebida. Mucha buena juerga, ¿eh?

Struan asintió con la cabeza. Cuando volvió a levantar a Culum, notó un dolor intenso en el tobillo izquierdo, y se dio cuenta de que aquel día había caminado excesivamente. Tendría que vendarse el tobillo por unos días.

Secó luego a Culum y le introdujo en el lecho. Le dio algunas palmadas en el rostro, pero no logró hacerle recuperar el conocimiento, por lo que Struan cenó y se puso a esperar. Su preocupación aumentaba, si bien comprendía que su hijo no tenía nada grave, ya que su respiración era regular y el corazón le latía con

toda normalidad.

Estiróse largamente Struan, comprendiendo que no podía hacer otra cosa que tener paciencia.

—Voy a casa de la señorita, ¿comprendes, Lo Chum? —dijo al fin Struan—. Cuida al muchacho, ¿lo harás?

—Lo Chum cuida al amo Culum como una madre.

—Cuando el amo despierte, házmelo saber, a cualquier hora que sea.

—Descuide, amo, descuide.

Pero aquella noche no hubo noticia alguna de Lo Chum.

Al amanecer, Struan abandonó la casa de May-May y regresó a la residencia. May-May había dormido pacíficamente, pero Struan oyó todas las pisadas de los transeúntes en la calle, así como el paso de los palanquines, aunque algunos ruidos fueron sólo el reflejo de su imaginación.

Lo Chum abrió la puerta.

—Tai-Pan, muy temprano, pero desayuno preparado, baño preparado, todo preparado —aseguró el chino.

—¿Despertó ya el amo Culum?

—Si despierta yo mandaba palabra, Tai-Pan —replicó Lo Chum, ofendido en su dignidad.

Subió Struan al piso superior y comprobó que Culum seguía durmiendo pesadamente.

—Algunas veces el amo hizo… —dijo Lo Chum, e imitó una serie de quejidos y de bostezos del durmiente.

Después de desayunar, Struan envió un mensaje a Tess y a Elisa haciéndoles saber que Culum había vuelto, pero no les dijo nada acerca de su estado. A continuación, Struan trató de dedicar algún tiempo a sus negocios. Firmó diversos documentos y dio su aprobación a varios gastos de gran importancia relacionados con las construcciones que se llevaban a cabo en Hong-Kong, indignándose ante el alza que habían experimentado los precios de los ladrillos, la mano de obra y los útiles navales.

«¡Condenación! —pensó—. Los precios han subido un cincuenta por ciento, y no hay indicios de que vayan a bajar. ¿Debo encargar la construcción de

nuevos buques el año próximo, o me conviene más seguir con los que tengo? Será mejor no tomar ninguna decisión extrema».

Por consiguiente, Struan sólo ordenó la construcción de un nuevo clíper. Se llamaría *Tessan Cloud*, y sería el regalo de cumpleaños de Culum. Pero la perspectiva de contar con un nuevo y hermoso navío en su flota no alegró a Struan como en otras ocasiones. Recordó el *Lotus Cloud*, que pronto se construiría en Glasgow, y la batalla que tendría lugar con Wu Kwok en el mar al año siguiente, si es que aún estaba vivo, o bien, con Wu Pang Choi, su padre, y sus piratas. Se preguntó si los niños de Scragger llegarían a Gran Bretaña sin novedad.

Pasaría aún un mes antes de que arribasen a puerto, y otros tres meses para que él lo supiera.

Luego, Struan cerró su oficina y se trasladó al club inglés, donde estuvo charlando con Horacio un momento, y después con algunos traficantes. Jugó unas partidas al billar, pero no obtuvo gozo con el juego ni con la compañía. Se habló principalmente de negocios, de las señales de desastre que se advertían en las esferas comerciales internacionales, y de los riesgos corridos durante la estación pasada.

Más tarde, Struan tomó asiento en el gran salón de lectura del club, que se hallaba en perfecta calma, y se puso a leer los periódicos ingleses de hacía tres meses, que eran los últimos que había dejado el buque correo. Varios artículos hablaban de la tensión política con Francia y España a causa de la sucesión del trono español. Prusia extendía sus tentáculos sobre todos los Estados germánicos, a fin de dominarlos, lo que presagiaba una inminente contienda entre Francia y Prusia.

También amenazaban nubes de guerra a Rusia y al Imperio de los Habsburgos, lo mismo que a los Estados italianos, que deseaban expulsar al advenedizo rey de Napoles, para considerar la posibilidad de una unión total. El Papa, apoyado por los franceses, también procuraba influir en la política. Cerníase el peligro sobre África del Sur, donde los bóers, que durante los cuatro últimos años habían emigrado de la colonia del Cabo para establecer el nuevo Estado libre del Transvaal y Orange, amenazaban ahora la colonia inglesa de Natal, lo cual no tardaría en desatar la contienda. Por toda Europa se extendían los disturbios antisemitas y los pogroms.

Los católicos luchaban contra los protestantes; los musulmanes contra los hindúes; éstos contra los católicos y los protestantes, y todos lo hacían entre sí. En los Estados Unidos de Norteamérica había guerra contra los pieles rojas, y hostilidad entre los Estados del Norte y los del Sur, además de haber tirantez con el Canadá británico. Cundía el desorden en Irlanda, en Suecia, en Finlandia, en la India, en Egipto, en los Balcanes…

—¡Poco importa lo que uno lea! —estalló al fin Struan, iracundo, sin dirigirse a nadie en especial—. ¡El mundo está como loco, por todos los infiernos!

—¿Qué ocurre, Tai-Pan? —preguntó Horacio, volviendo en sí, sobresaltado, de sus pensamientos, que rezumaban odio.

—¡Que el mundo está trastornado, eso es lo que ocurre! ¿Por qué demonio no dejan los unos de machacarse a los otros, y se deciden a vivir en paz?

—De acuerdo —dijo Masterson, desde el otro lado de la sala—. Plenamente de acuerdo. Da pena traer hijos al mundo, al ver lo que está ocurriendo en él. Las cosas andaban mejor hace años, sin duda alguna.

—Lo malo es que en todo se quiere ir muy aprisa —terció a su vez Roach—. Y, además, el maldito Gobierno quiere meter baza en todo cuanto se le antoja. Si al menos sacasen algo en limpio; pero no, no aprenderán nunca. Todos los días tenemos que leer que el primer ministro ha dicho: «Hay que apretarse los cinturones.» Por todos los cielos, ¿cuándo nos dirán que podemos aflojarlos un poco, me pregunto yo?

—Tengo entendido que el impuesto sobre el té va a duplicarse próximamente —replicó Masterson—. Y como suba al poder ese lunático de Peel, seguro que establece el impuesto sobre las rentas, ese invento del demonio.

Oyéronse una serie de invectivas contra el impuesto sobre las rentas y contra Peel.

—¡Ese hombre es un condenado anarquista! —aseguró de nuevo Masterson.

—El problema no reside ahí —dijo Roach—. Lo malo es que somos ya demasiada gente. Es necesario establecer el control de la natalidad.

—¿Qué? —rugió Masterson—. ¡No me hable de ese blasfemo y repugnante asunto! ¿Es usted ateo, por amor de Dios?

—No, pero hay medidas que son necesarias. ¡Y los culpables son los componentes de las clases bajas, que proliferan como conejos, malditos sean!

Struan dejó a un lado los periódicos y se dirigió al hotel Inglés, un edificio de imponente arquitectura, con una columnata similar a la del club.

En la barbería se hizo cortar el pelo y lavar la cabeza.

Luego mandó llamar a Svenson, el marinero sueco que hacía de masajista.

El anciano le estrujó los músculos con sus manos de acero, le restregó el cuerpo con hielo y le secó con una toalla áspera hasta dejarle la piel de color escarlata.

—¡Por Júpiter, Svenson, me ha dejado como nuevo! —exclamó Struan, satisfecho.

El sueco se echó a reír, pero no dijo nada. No podía ser de otro modo, ya que, muchos años antes, los corsarios le habían arrancado la lengua en el Mediterráneo.

El anciano hizo una seña a Struan para que permaneciese sobre la mesa acolchada, y le cubrió de mantas, dejándole medio adormilado.

—¡Tai-Pan! —gritó Lo Chum, que llegó en ese momento y despabiló a Struan con su exclamación.

—¿Ha despertado el amo Culum?

El chino movió negativamente la cabeza, y dijo al tiempo que exhibía su desdentada sonrisa:

—Llama el amo de la falda larga.

Struan siguió al taciturno fraile a través de los pasillos que circundaban el patio interior de la catedral. El reloj del templo dio las cuatro.

El monje cruzó una gran puerta de teca y se introdujo en una vasta sala de cuyas paredes colgaban tapices, en tanto que el suelo aparecía cubierto por tupidas alfombras.

Llamó el fraile con deferencia en una puerta, y penetró en la estancia, haciendo una seña a Struan para que le imitase. Falarian Guineppa se hallaba sentado con imponente aspecto en una silla de alto respaldo, que parecía un trono. Hizo un gesto despidiendo al monje, que se inclinó y salió de la habitación.

—Por favor, tome asiento, señor.

Struan lo hizo en la silla indicada, que era algo más baja que la del prelado, y

de nuevo sintió sobre sí el poder personal con que aquel hombre trataba de dominarle.

—¿Mandó usted a buscarme?

—En efecto. Se trata de la cincona. No se encuentra nada de esa corteza en Macao, pero creo que hay algo en nuestra misión de Lo Ting.

—¿Dónde se halla?

—Tierra adentro —dijo el obispo, alisando una arruga que había aparecido en su morada sotana—. Cerca de unas ciento cincuenta millas al noroeste.

—Enviaré alguien allí inmediatamente —dijo Struan, al tiempo que se ponía en pie.

—Ya lo he hecho yo, señor. Por favor, siéntese —aseguró el obispo con voz solemne—. Nuestro correo salió al alba, con órdenes de emplear el menor tiempo posible. Estoy seguro de que lo hará, pues es chino y procede de la zona adonde le he enviado.

—¿Cuánto tiempo cree que tardará en regresar? ¿Seis o siete días?

—Eso es lo que me preocupa. ¿Cuántos ataques de fiebre ha sufrido ya la muchacha?

Struan sintióse tentado de preguntar al obispo de qué forma se había enterado que la enferma era una muchacha, pero se contuvo. También comprendió que aquello podía ser una simple deducción del astuto obispo. Al fin, dijo:

—Uno solo. Los sudores comenzaron hace dos días, a esta hora, aproximadamente.

—En tal caso, sufrirá otro acceso mañana, o dentro de cuarenta y ocho horas, todo lo mas. El emisario tardará al menos siete días en llegar a Lo Ting y regresar, si no se presenta ninguna dificultad imprevista.

—No creo que la enferma pueda soportar otros dos ataques de fiebre.

—Tengo entendido que es joven y fuerte. Bien puede resistir ocho días.

—Está en el cuarto mes del embarazo.

—Eso complica las cosas.

—En efecto. ¿Dónde está Lo Ting? Permítame ver un mapa. Tal vez yo pudiera reducir el tiempo en un día.

—Mis relaciones a lo largo de la ruta son mucho más numerosas que las que pueda usted tener —aseguró el obispo—. Será lo que Dios disponga.

«En efecto —pensó Struan—. El tiene muchas más relaciones que yo en

tierra firme. Me gustaría conocer a tantas personas como conocen los católicos en el continente, después de los siglos que llevan en China».

—Así es —dijo Struan, al fin—. Se hará la voluntad de Dios.

—Es usted un hombre extraño, señor, y me complace haber tenido la ocasión de conocerle. ¿Aceptaría un vaso de madeira?

—¿Qué precio tiene la corteza de cincona? Eso, si tiene algún poder curativo.

—¿Aceptaría un vaso de madeira?

—Sí, gracias.

El prelado agitó una campanilla, y al momento se presentó un criado de librea con una bandeja de plata, en la que había una botella y un par de vasos.

—Brindo porque haya una mayor comprensión en muchos aspectos, señor.

Los dos hombres bebieron en silencio y midieron recíprocamente sus fuerzas.

—Le preguntaba por el precio de la cincona, Ilustrísima —dijo al fin Struan.

—En el momento actual hay demasiados asuntos importantes, y ése bien puede esperar —replicó el obispo, saboreando el vino—. Estoy sumamente preocupado por la señorita Sinclair.

—También yo —contestó Struan.

—El padre Sebastián es un gran médico, pero me ha asegurado que si no se auxilia espiritualmente a la señorita Sinclair, ésta perderá la vida, tal vez suicidándose.

—No lo creo de Mary. Tiene una gran fortaleza, y no hará eso.

Falarian Guineppa agitó levemente los dedos, y un rayo de sol pareció fundir el gran rubí de su anillo.

—Si ella se colocase por completo en las manos del padre Sebastián, y en las de la Iglesia de Cristo, podríamos convertir su desgracia en bienaventuranza. Eso sería lo mejor para ella. Creo de todo corazón que es la única solución. Pero si no es posible, antes que dejarla abandonada, debo confiarla a alguien que se responsabilice de ella.

—Yo puedo asumir esa responsabilidad.

—Está bien. Pero no creo que actúe adecuadamente, señor. De todos modos, su vida y su alma (y la de ella) quedan en las manos de Dios. Ruego que a usted y a la enferma les conceda el Señor la gracia de la comprensión. De todos

modos, antes de que ella se marche de aquí, trataré de hacer lo posible por salvar su alma. En cuanto lo considere conveniente, se lo haré saber.

El reloj de la catedral dio cinco campanadas.

—¿Cómo sigue el gran duque Sergeyev?

Struan alzó las cejas, manifiestamente sorprendido. Al cabo de un momento, inquirió:

—¿Es ése otro de los asuntos que no pueden esperar?

—Tal vez.

Falarian Gineppa abrió un cajón y extrajo de su interior una cartera cerrada con numerosos sellos.

—Me han encargado que le entregue esto con toda reserva —agregó—. Según parece, ciertas autoridades diplomáticas se hallan sumamente preocupadas por la presencia en Asia del gran duque.

—¿Las autoridades de la Iglesia, tal vez?

—No, señor. Me han comunicado que, si lo desea, puede usted transmitir a otro estos documentos. Los sellos demuestran su autenticidad —dijo el prelado, con una débil sonrisa.

Struan reconoció el sello de la oficina del gobernador general, y manifestó:

—¿Por qué me entregan unos documentos diplomátiticos secretos? El señor Monsey está a media milla de aquí, y Su Excelencia se halla en Hong-Kong. Ambos están más calificados para recibir esos papeles.

—Sólo hago lo que me han pedido que hiciera, señor. No olvide que aunque personalmente me disgusta lo que usted representa, sin embargo se le concede gran crédito en la corte de San Jaime, y se sabe que sus relaciones en todo el mundo son numerosas. Nuestros países son buenos amigos, y nosotros no podemos serlo menos. ¿No le parece?

Struan cogió la cartera, y oyó que el prelado añadía:

—Le mandaré aviso en cuanto el emisario de Lo Ting esté de vuelta. Sea la hora que sea. ¿Quiere usted que el padre Sebastián examine a la enferma?

—Por ahora no lo considero necesario —contestó Struan, al tiempo que se ponía en pie—. Pero pensaré en ello, por si más tarde me decidiera.

—Como guste, señor —dijo el obispo, y después de vacilar un momento, agregó—: Vaya usted con Dios.

—Con Dios, Ilustrísima —replicó Struan.

—Hola, Tai-Pan —dijo Culum, el cual se notaba la lengua áspera y que le latían las sienes.

—Hola, muchacho —contestó Struan, colocando en una mesa la cartera, que le había incomodado en todo el camino hasta su residencia. Luego se dirigió al aparador y se sirvió un brandy.

—¿Comida, amo Culum? —inquirió Lo Chum alegremente—. ¿Cerdo, patatas, salsa, eh?

Culum movió débilmente la cabeza, en señal negativa, y Struan despidió a Lo Chum.

—Toma —dijo, entregando a Culum un vaso de brandy.

—No puedo —contestó el joven, dominando una arcada.

—Tómalo, te digo.

Culum tragó la bebida. Se atragantó, tosió y bebió en seguida el té que tenía en la mesilla, al lado de la cama. Luego se volvió a recostar en la almohada, con las arterias de la cabeza latiéndole fuertemente.

—¿Vas a hablar de una vez? Dime qué es lo que te ocurrió.

Culum tenía grisáceo el rostro, en el que se advertían profundas ojeras.

—No puedo recordar nada. Sólo sé que me siento muy mal.

—Vamos, empieza por el principio.

—Yo estaba jugando al «whist» con Gorth y algunos de sus amigos —dijo al fin el muchacho, haciendo un esfuerzo—. Recuerdo que iba ganando un centenar de guineas, y que bebimos bastante. También me acuerdo perfectamente que introduje el dinero ganado en un bolsillo. Luego, ya no recuerdo nada más.

—¿Sabes a dónde te dirigiste desde allí?

—No; no del todo —replicó Culum, quien bebió luego unos sorbos de té y se pasó las manos por el rostro, como si quisiera librarse de ese modo del dolor que sentía. A continuación, agregó—: ¡Cielos, me siento terriblemente mal!

—¿Recuerdas a qué burdel fuiste?

Culum movió negativamente la cabeza.

—¿Has estado yendo a alguno, en especial?

—¡No, Dios santo!

—No te ofendas, muchacho. Está claro que has estado concurriendo a alguno. Está claro que te han robado, y también está claro que te han drogado.

—¿Es cierto eso?

—Se trata de la artimaña más antigua del mundo. Por eso te dije que no debías acudir a una casa que no te hubiera sido recomendada por algún conocido. ¿Es ésta la primera vez que has estado en un burdel de Macao?

—Sí, claro. ¿Cómo es posible que me drogaran?

—Y ahora, emplea tu cabeza y piensa. ¿Puedes recordar la casa?

—No. La he olvidado por completo.

—¿Quién te recomendó el establecimiento?

Culum incorporóse y quedó sentado en la cama.

—Estábamos bebiendo y jugando, y yo me hallaba bastante… bebido. Todos comenzaron a hablar de muchachas y de burdeles. Entonces… —Culum miró a Struan, avergonzado—, entonces sentí deseos de estar con una chica; era un deseo ardiente, y decidí ir a uno de esos lugares.

—Bueno, eso no tiene nada de malo, Culum. Pero, ¿quién te dio la dirección?

—No lo recuerdo bien… Creo que cada uno de los presentes me dio una dirección, y algunos me la escribieron en un papel. Ahora recuerdo que salí del club y que había un palanquín esperándome. ¡Sí, ya me acuerdo! ¡Les dije que me llevasen al F y E!

—Allí no te hubieran drogado ni robado, muchacho. Es una casa que posee buena reputación.

—Eso es lo que me pareció, y dije a los culíes que no era el camino.

—¿A dónde te llevaron, al distrito chino?

—No lo sé. No me acuerdo.

—Has dicho que era un deseo ardiente. ¿Puedes recordar esa sensación?

—Bueno…, corrientemente apenas puedo contenerme cuando veo a Tess, y con el licor y todo lo demás… Estoy siempre atormentado, y decidí ir a un prostíbulo.

Culum lanzó un quejido y se tapó los ojos con la mano. Luego añadió penosamente:

—Oh, cielos, me estalla la cabeza. Por favor, déjame solo.

—¿Llevabas algún elemento protector?

Culum movió negativamente la cabeza.

—¿Notaste si el deseo que te acometió anoche era diferente al de otras

ocasiones?

—No. Fue similar al que experimento desde hace un tiempo, aunque tampoco estoy del todo seguro. Me sentía arder interiormente, y sólo quería estar con una mujer… No lo sé muy bien… Por favor, déjame solo.

Struan se acercó a la puerta y la abrió.

—¡Lo Chum! —exclamó.

—Diga, amo.

—Ve a casa de Che Sheng y trae aquí al médico de la ternera enferma de fiebres, ¿entiendes?

—Comprendo, comprendo —replicó vivamente el chino—. Pero ya tengo buen médico abajo, para gran dolor de cabeza del joven amo. Abajo espera, ¿puede?

Struan descendió al piso inferior y habló con el médico por medio de Lo Chum. El anciano dijo que enviaría medicinas y alimentos especiales, y aceptó unos honorarios generosos.

Volvió Struan escaleras arriba, y ante Culum insistió una vez más.

—¿Recuerdas otras cosas, muchacho? —preguntó.

—No…, nada más. Lo siento.

—¡Escúchame, Culum, es algo muy importante!

—Por favor, padre, no hables tan fuerte —dijo el joven, cerrando pesadamente los párpados.

—Tengo la impresión de que te suministraron un afrodisíaco.

—¿Cómo dices?

—Sí, un afrodisíaco. Siempre resulta fácil verterlo en una bebida.

—Imposible. Sólo fueron mis deseos y los efectos de la bebida. Es imposible.

—Sólo hay dos explicaciones. Una es que los culíes te hayan llevado a una casa (que desde luego no era la filial en Macao del P y E), donde les dan una parte del botín robado al cliente. Allí las mujeres pudieron drogarte y enviarte luego de vuelta hasta aquí. Eso es lo que a mi entender ocurrió realmente. La otra posibilidad es que uno de tus amigos haya vertido el afrodisíaco en tu bebida, cuando estabais en el club, y haya dispuesto que te esperase un palanquín que debía llevarte a una casa determinada.

—Eso es absurdo. ¿Qué razón iban a tener para hacer eso? ¿Todo ello por un

centenar de guineas, un anillo y un reloj? No creo que lo hiciera ninguno de mis conocidos.

—Tal vez fue alguien que te odia, Culum. Quizá proyectó que te acostaras con una muchacha enferma. Con alguna afectada por el gálico.

—¿Cómo?

—Ese me temo que haya sido el plan.

Culum pareció que iba a morir por un instante. Luego se recuperó y dijo con angustia:

—Sólo tratas de asustarme.

—Por todos los cielos, muchacho, que no tengo tal intención. Sólo considero una posibilidad muy definida. Yo diría que es algo bastante probable, desde el momento que se preocuparon de traerte hasta aquí.

—¿Quién pudo desearme semejante daño?

—Eso tendrás que contestarlo tú mismo, muchacho. Pero, aunque hubiera ocurrido así, todavía no se ha perdido todo. Enviaré a por unos medicamentos chinos, y tendrás que tomarlos todos, sin rechistar.

—¡Pero si no hay cura para esa enfermedad!

—Cierto, una vez que se ha declarado. Pero los chinos creen que puede detenerse el morbo si se lleva a cabo una purificacion de la sangre mientras se incuba la dolencia. Hace años, cuando vine aquí por vez primera, me ocurrió algo parecido. Quance me encontró en un antro del distrito chino, me llevó a un médico nativo, y no me ocurrió nada. He seguido siendo amigo de ese oriental desde entonces. No sé si la muchacha estaría enferma, aunque no es difícil, a juzgar por el ínfimo burdel adonde fui a parar; pero lo cierto es que no llegué a contraer el gálico.

—¡Dios me ayude! —exclamó Culum, desconsoladamente.

—Falta te hace. No lo sabremos hasta dentro de una semana. Si no hay hinchazones, ni dolores o secreciones, entonces podrás decir que has escapado por esta vez —dijo Struan, y al ver el miedo reflejado en la mirada de su hijo, agregó—: Una semana aterradora se presenta ante ti, Culum. Sé bien lo que es eso, y procuraré ayudarte en lo posible, del mismo modo que en su día lo hiciera Aristóteles Quance conmigo.

—¡Me mataré si…! Oh, Señor, ¿cómo pude ser tan necio? ¿Qué podría ocurrirle a Tess? ¡Cielos, será mejor que…!

—¡Ten calma! —dijo Struan—. Le dirás que fuiste asaltado por unos ladrones cuando regresabas a tu casa. También contaremos eso a tus amigos, y durante la próxima semana procurarás actuar normalmente ante todos.

——Pero, ¿y Tess? ¿Cómo podré…?

—Debes hacer eso, muchacho. Hazlo, por amor de Dios.

—No puedo, padre. Sería…

—Mas recuerda que bajo ninguna circunstancia hablarás a nadie de los medicamentos chinos. No volverás a ningún burdel hasta que estés seguro de hallarte bien, y no tocarás a Tess hasta que os hayáis casado.

—Me siento avergonzado.

—No hay razón para ello, Culum. No es fácil ser joven, y menos cuando hay que protegerse de una jauría de perros hambrientos que pasan por ser nuestros amigos.

—¿Insinúas acaso que fue Gorth?

—No insinúo nada. ¿Lo piensas tú así?

—Claro que no. Pero sospecho que eso es lo que tú crees.

—No olvides que deberás actuar con toda normalidad, o perderás a Tess.

—¿Por qué?

—¿Crees que Brock y su mujer te entregarán a Tess si saben que has sido tan incauto como para ir bebido a un burdel, donde te limpiaron los bolsillos y te emborracharon? Si yo fuera Brock, te diría que no eras digno de ser mi yerno.

—Lo siento.

—Y ahora, procura descansar, muchacho. Regresaré más tarde.

Mientras se dirigía hacia la casa de May-May, Struan decidió que si Culum contraía la enfermedad, daría muerte implacablemente a Gorth, y en la forma más cruel.

«Sí, puedo hacerlo con todo refinamiento —pensó Struan, fríamente—. No será una muerte rápida, por todos los infiernos».

—Tienes bastante mal aspecto, Culum, cariño —dijo Tess—. ¿De verdad vas a acostarte pronto?

—Sí.

Los dos jóvenes paseaban por la avenida costera donde reinaba una

agradable temperatura nocturna. Acababan de cenar, y Culum tenía la mente despejada, pero sentía una angustia que resultaba casi insoportable.

—¿Qué sucede? —preguntó Tess, advirtiendo el desasosiego de su prometido.

—Nada, querida. Es que bebí excesivamente, y esos malditos ladrones no fueron muy considerados conmigo. Juro que no beberé en un año entero.

«Dios mío —se dijo Culum, lleno de temor—, haz que no suceda nada. Que pase pronto esta semana, y que no ocurra nada».

—Regresemos —dijo ella, y, cogiéndole de la mano, se volvió en dirección a la residencia de los Brock—. Es una hermosa noche, y un buen descanso te sentará magníficamente. Me alegra muchísimo que hayas jurado no beber, cariño. Papá se emborracha teriblemente, en ocasiones, y lo mismo le ocurre a Gorth. Es una lástima ver a un familiar en ese estado.

—Sí, eso creo.

—No sabes cuánto me alegro de que pronto vayamos a contraer enlace.

«¿Qué razón podía haber tenido Gorth para una acción semejante? —pensó el joven—. No, mi padre tuvo que estar equivocado esta vez. Sí, ha exagerado sus temores».

Un criado abrió la puerta, y Tess y Culum entraron en el salón de la casa.

—Regresáis temprano, muchachos —dijo Elisa.

—Me siento algo cansada —contestó Tess.

—Bien, yo me retiro —aseguró Culum, a su vez—. Nos veremos mañana. ¿Vas a ir al partido de criquet?

—Sí, madre, ¿iremos, verdad?

—Tal vez quieras acompañarnos, ¿te parece bien, Culum? —replicó Elisa.

—Desde luego, con mucho gusto. Mañana vengo a buscarlas —dijo Culum, y besó la mano de Tess—. Hasta mañana, Tess. Hasta mañana, señora Brock.

—Buenas noches, Culum.

Culum se dirigió hacia la puerta en el momento en que Gorth entraba.

—Hola, Gorth —le saludó.

—¿Qué tal, Culum? Estaba buscándote para ir a tomar algo al club. Ven conmigo.

—No, gracias. He hecho algunos excesos las pasadas noches, y mañana hay un partido de criquet.

—Una copa no te hará daño. Después de eso, te sentirás mucho mejor.

—Esta noche no, Gorth. Gracias, nos veremos mañana.

—Bueno, como gustes, amigo. Y cuídate —dijo Gorth, y cerró la puerta al salir Culum.

—¿Qué sucedió anoche, Gorth? —preguntó Elisa, observando a su hijo atentamente.

—El pobre muchacho tomó unas copas de más. Yo me fui del club antes que él, como ya os dije, de modo que no lo sé muy bien. ¿Qué te dijo a ti, Tess?

—Sólo que había bebido demasiado, y que le asaltaron unos bandidos —replicó ella, riendo—. Pobre Culum, creo que se ha curado de beber por largo tiempo.

—¿Quieres traerme los cigarros, Tess? —preguntó Gorth—. Están en mi cómoda.

—En seguida —replicó Tess, y se fue a buscarlos.

—He sabido que nuestro Culum ha estado en una casa de mujeres de vida alegre —manifestó Gorth.

—¿Es posible? —dijo Elisa.

—Tal vez no debí decírtelo. Pero eso no tiene peligro alguno, si se anda con cuidado. Ya sabes cómo somos los hombres.

—Pero Culum va a casarse con nuestra Tess. No consentiremos que lo haga con un libertino.

—Sí, creo que será mejor que hable con el muchacho.

Conviene tomar muchas precauciones en Macao, no hay duda. Si padre estuviera aquí, él se encargaría del asunto, pero como no está, yo tengo que velar por la seguridad de la familia, y librarle a él de su debilidad, si es posible. Espero que no dirás nada de esto a nadie.

—Claro que no —contestó Elisa, que odiaba las peculiaridades masculinas.

«¿Por qué no aprenderán a controlarse? —pensó—. Tal vez será oportuno que estudiemos de nuevo la conveniencia de este matrimonio».

—Tess no puede casarse con un libertino, desde luego, pero Culum no me parece de los que actúan de esa forma. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí; es lo que me contaron algunos amigos —aseguró Gorth.

—Quisiera que tu padre se hallase aquí.

—En efecto —replicó Gorth, y agregó, como si hubiera tomado una decisión

repentina—: Creo que voy a ir a Hong-Kong un día o dos. Hablaré con padre; eso será lo mejor. Luego tendré una buena charla con Culum. Voy a zarpar con la marea.

CAPITULO XXXVI

Struan terminó de leer la traducción al inglés de los documentos rusos. Lentamente arregló las hojas y volvió a colocarlas en la cartera, que dejó descansar en su regazo.

—Y bien, ¿a qué se debe ese silencio? —preguntó May-May, que se hallaba en el lecho, bajo el mosquitero, cubierta con una túnica dorada que hacía aparecer aún más blanca su piel.

—No, no es nada.

—Vamos, deja de un lado los negocios, y habíame con toda franqueza. Durante una hora has estado abstraído como un sabio.

—Déjame que piense cinco minutos más, y luego te lo diré, ¿quieres?

—Está bien, aprovéchate de que estoy enferma —replicó May-May en son de broma.

Struan se aproximó a la puerta que daba al jardín, y alzó la vista hacia el cielo nocturno, donde el intenso brillo de las estrellas pronosticaba buen tiempo.

May-May se incorporó en el lecho y contempló a Struan. Este tenía aspecto de hallarse muy cansado, y la muchacha le compadeció, pensando en los muchos problemas que se le presentaban.

Luego, Struan contó a May-May lo ocurrido a Culum y los temores que abrigaba respecto a él, pero no dijo nada acerca de Gorth. También le habló de que esperaba conseguir una corteza contra la fiebre, al cabo de unos días, y por último le dijo lo que le sucedía a Mary.

—Condenada Ali Tat —manifestó Struan—. De habérnoslo comunicado, podríamos haberla ocultado hasta que tuviera el niño en secreto. La criatura habría sido adoptada por alguien, y de esa forma…

—¿Y Glessing, se habría casado con ella, a pesar de todo?

—Eso ha concluido, de todos modos.

—¿Quién es el padre? —preguntó May-May.

—No me lo dijo —contestó Struan, y la muchacha sonrió para sus adentros —. Pobre Mary. Su vida ha quedado destruida.

—Nada de eso, Tai-Pan. El casamiento podrá realizarse, si Glessing y Horacio ignoran la razón de la enfermedad —agregó May-May.

—¿Has perdido el juicio? Todo ha concluido, desde luego. Lo que propones es deshonesto. Terriblemente deshonesto.

—Sí, pero si no se sabe, no producirá daño alguno. Y la razón de ocultarlo es buena, y no mala.

—El terminará enterándose. Algún día sabrá la vida que llevaba Mary.

«Hay un modo, Tai-Pan —se dijo May-May—. Vosotros, los hombres, sois tan ingenuos en algunas cosas… Las mujeres, en cambio, demostramos mayor inteligencia en lo que realmente importa».

Por consiguiente, May-May decidió que enviaría alguien a Mary para que la aleccionase debidamente, a fin de impedir que la muchacha cometiese alguna tontería. ¿Quién podría ser? Evidentemente, la hermana mayor, es decir, la tercera esposa de Chen Sheng, que en un tiempo estuvo en un burdel y conocía los secretos de esas casas.

«Sí, la enviaré mañana —siguió pensando—. Ella sabrá qué decir a Mary, de modo que ésta no tiene por qué seguir preocupándose. En cambio, Culum, Gorth y Tess, presentan mayores dificultades, ya que puede producirse un asesinato. ¿Y en cuanto a mi fiebre? Eso lo resolverán los hados, de modo que tampoco debo preocuparme en ese sentido. Será mejor aceptarlo como venga. Tú sí que me causas lástima, Tai-Pan constantemente pensando y haciendo proyectos para dominar a los hados y ponerlos de tu parte. Pero no siempre ocurre así, ¿verdad?»

May-May hundióse más aún entre las fragantes sábanas y esperó a que él le hablase.

Struan, por su parte, se hallaba completamente abstraído con los pensamientos que en él habían suscitado los documentos contenidos en la cartera.

Entre los mencionados documentos había una traducción de un informe secreto destinado al zar Nicolás I y fechado en julio de 1840, es decir, el año anterior. También había, por increíble que pareciese, algunos mapas de los

territorios fronterizos entre Rusia y China. Sólo los mapas —los primeros de aquel tipo que veía Struan— tenían una importancia incalculable. Había asimismo un análisis relativo a las consecuencias que podían derivarse del contenido de los documentos.

El informe secreto había sido preparado por el príncipe Tergin, director de la Comisión rusa de Planificación de Asuntos Exteriores, una entidad secreta, y decía:

«Es nuestro parecer que dentro de medio siglo los zares dominarán los territorios comprendidos desde el Báltico al Pacífico, y desde los mares Árticos hasta el océano Indico, y que podrán hallarse en situación de dominar al mundo, siempre que se adopten las siguientes medidas durante los tres próximos años:

»La clave de la supremacía mundial es Asia, así como América del Norte. Este último territorio se halla casi en nuestras manos. Si Gran Bretaña y los Estados Unidos permiten que dispongamos de diez años más de libertad en Alaska, todo el norte del continente americano será nuestro.

»Nuestra posición allí es sólida y a la vez amistosa. Los Estados Unidos no consideran en modo alguno que nuestra amplia expansión territorial en aquellas tierras constituya una amenaza. La consolidación de nuestro dominio, desde Alaska hasta el fortín más meridional situado en el norte de California —y luego desde allí hasta el Atlántico—, puede llevarse a cabo por el procedimiento acostumbrado, es decir, la emigración rusa en amplia escala. La mayor parte del oeste de los Estados Unidos y del Canadá se halla en la actualidad despoblado. Por consiguiente, el asentamiento de nuestros colonos en los territorios septentrionales debe mantenerse en secreto. Desde allí, los emigrantes, que estarán integrados por nuestras tribus eurasiáticas más guerreras y difíciles de dominar, como los siberianos, turcomanos, kirguises, uigures y otros, se extenderán por los territorios adyacentes, que reclamarán como suyos, pues se trata en su mayoría de tribus nómadas.

»Debemos seguir manteniendo cordiales relaciones con Gran Bretaña y los Estados Unidos durante los diez próximos años. Para entonces, la emigración habrá hecho de Rusia la potencia más fuerte en Norteamérica, y nuestras tribus, que antiguamente integraron las hordas de Tamerlán y de

Gengis Kan, bajo la dirección de oficiales rusos, y provistas de moderno armamento, podrán empujar a los anglosajones hasta el mar.

»Pero hay algo mil veces más importante: el continente asiático. Podemos permitirnos el perder América, pero en forma alguna Asia.

»La clave de Asia es China, y ésta se encuentra bajo nuestros pies. Es más, compartimos casi cinco mil millas de frontera ininterrumpida con el Imperio chino. *Debemos dominar a China, o nunca estaremos seguros*. No podemos consentir que este país se fortalezca ni que caiga en manos de otra gran potencia, pues en tal caso nos veríamos encerrados entre Oriente y Occidente, y podrían llevarnos a una peligrosa guerra en dos frentes. Nuestra política en Asia es axiomática: Es necesario hacer que China siga siendo débil y, si es posible, que sea vasalla de Rusia o que quede situada en su esfera de influencia.

»Una sola potencia se interpone entre nosotros y el triunfo: Gran Bretaña. Si logramos evitar por cualquier medio que ésta adquiera un territorio o isla en China, Asia será nuestra.

»Como es natural, no debemos enemistarnos en estos momentos con Gran Bretaña, que es nuestra aliada. Francia, Polonia, Prusia y los Habsburgos no están satisfechos en modo alguno con el asunto de los Dardanelos, como tampoco lo está Rusia, y debemos mantenemos en guardia contra la continua amenaza de esos países. Sin el apoyo de Gran Bretaña, nuestra sagrada patria quedará abierta a las invasiones. Mientras los británicos sigan apegados a su actual política en China, por la que «simplemente desean establecer relaciones comerciales y almacenes de mercancías, que todas las naciones occidentales podrán compartir», nosotros podremos seguir extendiéndonos en Turquestán, Mongolia y Sinkiang, logrando el control de la ruta hacia China. (Ya dominamos las rutas de invasión situadas al alcance del paso de Khyber y de Cachemira.) En caso de que se difunda la noticia de nuestras conquistas territoriales, justificaremos nuestra posición afirmando que «Rusia trata únicamente de someter las tribus hostiles». Al cabo de cinco años nos hallaremos a las puertas del corazón de China, es decir, al noroeste de Pekín. Luego, mediante simple presión diplomática, estaremos en condiciones de imponer consejeros al emperador manchú, y, por intermedio de él, controlaremos el

Imperio chino hasta que llegue el momento en que quedará dividido en una serie de Estados vasallos. La hostilidad reinante entre los amos manchúes y los subditos chinos resulta para nosotros sumamente favorable y, como es lógico, seguiremos alentándola.

»A toda costa debemos ayudar a Gran Bretaña en su empeño de establecerse comercialmente en los puertos de la costa china, donde se verán directamente restringidos por los chinos, es decir, diplomáticamente por nosotros, con el tiempo. Pero del mismo modo debemos impedir que Inglaterra colonice y fortifique una isla, como ya lo ha hecho en Singapur, Malta, Chipre y Gibraltar, con lo que se hallarían fuera de nuestra influencia y poseerían un nuevo bastión que afirmase su poderío militar y naval. Será conveniente iniciar contactos comerciales con las firmas más importantes de la zona considerada.

»La clave de nuestra política extranjera debe ser: «Dejar que Inglaterra domine los mares y las rutas comerciales, y que sea la primera nación industrial del mundo. Pero asegurar para Rusia el dominio en los continentes». Ya que, una vez dominadas las tierras —y en nuestro sagrado deber civilizarlas—, los mares serán también para Rusia. De este modo, el zar de todas las Rusias dominará el mundo».

Struan pensó que Sergeyev bien podía ser el hombre en el que se apoyaba el plan. Seguramente era él quien trataba de averiguar la extensión del poderío británico en China, procurando a un tiempo «iniciar contactos comerciales con firmas importantes». Quizá era también el encargado de preparar las hordas de Alaska para la invasión. En todo caso, Struan recordó las palabras de Sergeyev: «Nuestra es la tierra; de ustedes son los mares».

El comentario relativo al anterior informe era igualmente perspicaz:

«Pueden extraerse determinadas conclusiones de notable alcance, basándose en este documento secreto y en los mapas que le acompañan, cuya autenticidad no puede ser puesta en duda.

»En primer lugar y relacionado con América del Norte, debe hacerse notar que, aunque los Estados Unidos se hallan gravemente preocupados por el actual conflicto fronterizo con el Canadá, no es probable que deseen apropiarse de más territorios en el norte del continente. Y, debido a las

amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y Rusia —cuidadosamente planeadas a tal fin—, el parecer de Washington es que el asentamiento ruso en Alaska y en dirección al sur, por la costa americana occidental, no pone en peligro su soberanía. En resumen, los Estados Unidos de América no piensan esgrimir la doctrina Monroe contra Rusia, y, por asombroso que parezca, dejarán abierta una puerta trasera a una potencia foránea, lo que evidentemente va en contra de sus intereses, y también contra los del Canadá. Si llegan a introducir medio millón de nómadas euroasiáticos rusos en el norte, lo cual es perfectamente posible, la situación de los ingleses y americanos será totalmente insostenible.

»Debe hacerse notar que si bien el actual zar muestra desdén hacia la zona rusa en América, ese territorio representa la verdadera llave que puede abrir a Rusia las puertas del continente. Si al fin estalla en Norteamérica una guerra civil a causa del conflicto de los esclavos, como parece probable, las tribus rusas se hallarán en buena posición para dominar la situación. Ello arrastrará sin duda a Inglaterra y Francia a la contienda. Las hordas rusas, con su arcaica aptitud para sobrevivir aisladas en medio de un continente, se encontrarán en ventaja manifiesta. Y como la mayor parte de los territorios del oeste y sudoeste americano se hallan escasamente poblados, esos colonos —o guerreros— no tendrán dificultad para extenderse hacia el sur.

»Asi, pues, si Gran Bretaña desea mantener su posición como potencia mundial, anulando a un tiempo los incansables deseos de Rusia de convertirse en dominadora del mundo, es necesario que elimine la amenaza rusa al Canadá y a los debilitados Estados Unidos, que se ejerce desde Alaska. A tal fin, Inglaterra debe convencer a los Estados Unidos, por todos los medios a su alcance, para que invoquen la doctrina Monroe, a fin de expulsar a Rusia del continente. Si esto no surte efecto, tratará mediante acción diplomática de adquirir Alaska, o de tomarla por la fuerza. A menos que se elimine rápidamente el peligro que supone Rusia, toda Norteamérica quedará a mediados de siglo bajo su dominación.

»En segundo lugar, Inglaterra debe mantener un dominio total en China. Es conveniente que investiguen la expansión rusa a partir de los Urales, averiguando hasta qué punto han penetrado en las tierras sujetas

tradicionalmente al mandato del emperador de China».

Una serie de mapas, en los que se especificaban fechas y lugares, así como algunas traducciones de convenios, completaban la información del movimiento ruso de expansión hacia el Este.

«Durante los últimos tres siglos —proseguía diciendo el informe—, es decir, desde 1552, los ejércitos moscovitas han avanzado paulatinamente hacia el Este, en busca de una frontera «definitiva». Hacia 1640, Ojotsk, en el mar del mismo nombre, al norte de Manchuria y en la costa del Pacífico, fue el punto alcanzado. Inmediatamente esos ejércitos se dirigieron hacia el Sur, y por vez primera chocaron con las hordas de manchúes y chinos.

»El tratado de Nerchinsk, firmado en 1689 entre Rusia y China, establecía la frontera norte entre ambos países a lo largo del río Argun y los montes Stanovoi. De ese modo, toda la Siberia Oriental fue cedida a Rusia. Hasta el momento, ésta era la frontera «definitiva» al norte de China.

»Por aquel entonces, en 1690, un ruso llamado Zaterev fue enviado por tierra a Pekín como embajador. Mientras viajaba, iba estudiando la forma de llevar a cabo una posible invasión del increíblemente rico núcleo central de China. La mejor ruta que halló fue el paso natural del río Selenga, que irriga las llanuras del norte de Pekín. La clave de esta ruta es la posesión del Turquestán, La Mongolia Exterior y la provincia china de Sinkiang.

»Y, según el príncipe Tergin establece en su informe, sus ejércitos dominan ya Eurasia, al norte de Manchuria hasta el Pacífico, y se encuentran a las puertas de Sinkiang, del Turkestán y de Mongolia Exterior. Desde allí se producirá sin duda la invasión rusa, que continuará durante largo tiempo».

El informe añadía:

«A menos que Gran Bretaña mantenga una firme actitud, demostrando que China y Asia se hallan en su esfera de influencia, los «consejeros» rusos se habrán asentado en Pekín dentro de una generación, y los ejércitos zaristas dominarán con facilidad los accesos desde el Turquestán, Afganistán y Cachemira, hasta la India británica, y todo el Imperio hindú

podrá ser invadido y conquistado a voluntad.

»Si Gran Bretaña desea continuar siendo una potencia mundial, es indispensable que haga de China un baluarte contra Rusia. Es necesario detener la expansión rusa en la zona de Sinkiang, y que Inglaterra levante fortalezas en territorio chino, ya que este país hoy se halla prácticamente indefenso. Si se deja que China continúe con sus arcaicas costumbres, y no se la ayuda a ponerse a tono con la época, el Imperio será fácilmente conquistado por los rusos, y el equilibrio en Asia quedará destruido.

»En conclusión: es una lástima que Portugal carezca de fuerzas como para oponerse a los deseos expansionistas de Rusia. La única esperanza es que nuestra antigua aliada, Gran Bretaña, logre con su poderío impedir lo que parece inevitable.

»Por esta razón hemos preparado ilegalmente esta documentación, careciendo a un tiempo de permiso oficial o extraoficial. El informe del príncipe Tergin y los mapas fueron conseguidos en San Petersburgo, y llegaron hasta Portugal en manos de amigos. De allí han llegado hasta aquí.

»Hemos rogado a Su Ilustrísima —quien no está al corriente de ninguno de estos informes— que los entregue directamente al Tai-Pan de la Noble Casa, el cual, estamos seguros, los hará llegar a su correcto destinatario, a fin de que se tomen las medidas necesarias antes de que sea demasiado tarde. Como muestra de sinceridad, hemos colocado nuestras propias firmas, esperando que nuestra posición, y tal vez nuestra propia vida, se hallarán a salvo, a pesar del riesgo».

El informe estaba firmado por dos funcionarios portugueses de escasa importancia, entendidos en asuntos de política exterior, a los que Struan apenas conocía.

Struan arrojó la colilla de su cigarro al jardín, y observó cómo se apagaba. La situación era comprometida, pensó, pero no lo sería si lograban mantenerse en Hong-Kong.

«¡Condenado lord Cunnington! —se dijo Struan, para sus adentros—. ¿Cómo puedo utilizar esos informes? Muy fácilmente: en cuanto llegue a Hong-Kong, notifico en secreto a Longstaff y a Cooper. Pero, ¿qué gano con eso? ¿No es mejor que vaya yo mismo a Gran Bretaña? Un documento como éste no se

recibe todos los días. Por otra parte, ¿qué hacer con Sergeyev? ¿Seguiré hablando de "negocios" con él? ¿Debo pactar con el gran duque?»

—Tai-Pan…

—¿Qué quieres, May-May?

—¿Te molestaría cerrar el balcón? Está entrando mucho frío.

La noche, sin embargo, era cálida.

CAPITULO XXXVII

Los temblores agitaban todo el cuerpo de May-May, y la fiebre la consumía. Durante su delirio, la enferma sintió dolores en la matriz, que le hicieron lamentarse en voz alta. Sus fuerzas mermaron considerablemente, pero al fin la fiebre cedió, dejándola bañada en sudor.

Por espacio de cuatro horas, May-May estuvo al borde de la muerte, mas estaba decretado que debía volver a la vida.

—Hola, Tai-Pan —dijo al fin, recuperando el sentido, al tiempo que sentía en su vientre los movimientos de la criatura—. Mala suerte sería perder el niño, ¿verdad?

—No te preocupes —replicó Struan—. Sólo debes pensar en ponerte mejor. De un momento a otro puede llegar la corteza de cincona. Estoy seguro.

May-May procuró reunir las pocas fuerzas que le quedaban, y se encogió de hombros, con un resto de su antigua obstinación.

—¡Bah, los frailes! —exclamó—. ¿Cómo va a poder darse prisa un hombre que usa faldas?

Pero aquel esfuerzo la agotó, y cayó de nuevo en la inconsciencia. Dos días más tarde parecía hallarse bastante más fuerte.

—Buenos días, muchacha. ¿Cómo te sientes hoy?

—Espléndidamente bien —replicó May-May—. Hace un hermoso día, ¿verdad? ¿Has visto a Mary?

—Sí. Tiene mucho mejor aspecto. Ha experimentado una gran mejoría.

—¿A qué se deberá eso? —preguntó ella, en tono ingenuo, aunque sabía que la hermana mayor había ido a ver a Mary de su parte el día anterior.

—No lo sé —replicó Struan—. Vi venir antes a Horacio. Llevaba a su hermana un ramo de flores. A propósito, ella te da las gracias por lo que le enviaste. ¿Qué fue?

—Algunas frutas, y unas hierbas para infusión que me recomendó el médico. Ah Sam se lo llevó todo hace tres días —dijo May-May, y descansó un momento. Hasta el hablar suponía para ella un gran esfuerzo.

«Es menester que me halle hoy muy fuerte —pensó May-May—. Hay muchas cosas que solucionar, y mañana volverá la fiebre. Bien, al menos no hay problema en cuanto a Mary. Creo que se ha salvado. Resultó fácil darle ánimos, cuando la hermana mayor le explicó el procedimiento de que se valen las muchachas en los burdeles, quienes con gritos de miedo y dolor, y algunas manchas de sangre oportunamente colocadas, son capaces de presentarse vírgenes diez veces, si es necesario, ante diez hombres distintos».

En ese momento llegó Ah Sam, quien se inclinó y murmuró algo al oído de May-May. Esta pareció animarse grandemente, y manifestó:

—¡Magnífico, Ah Sam! Puedes retirarte. Oye, Tai-Pan, ¿podrías prestarme algunos taels?

—¿Cuánto quieres?

—Bastante, si es posible. Estoy muy pobre, y sabes que tu madrecita te quiere mucho. ¿A qué vienen esas preguntas?

—Si te das prisa en ponerte bien, te daré todos los taels que necesites.

—Me llenas de orgullo, Tai-Pan. Veinte mil taels para mi medicina. *¡Aeey yak!* Valgo casi tanto como esa emperatriz de vuestro país.

—¿Fué Gordon quien te lo contó?

—No; lo escuché detrás de la puerta. ¿Crees que a tu madrecita no le interesa saber lo que dice de ella el médico?

Al ver a May-May mirar sonriente hacia la puerta, Struan se volvió y pudo ver a una encantadora muchacha que estaba haciendo una cortés reverencia. Tenía el pelo dispuesto en trenza, arrollado sobre su exquisita cabeza y adornado con florecillas y trozos de jade. Su rostro, de contorno ovalado, parecía hecho del más puro alabastro.

—Te presento a Yin-Hsi —dijo May-May—. Es mi hermana.

—No sabía que tuvieras una hermana —contestó Struan—. Me parece muy hermosa.

—En realidad, no es mi hermana, Tai-Pan. Las damas chinas suelen llamarse «hermana» unas a otras, como muestra de cortesía. Es el regalo de cumpleaños que yo te hago.

—¿Qué dices?

—Pensé que te gustaría para tu cumpleaños.

—¿Has perdido el juicio?

—¡Ah, Tai-Pan, a veces resultas desesperante! —dijo May-May, comenzando a llorar—. Tu cumpleaños será dentro de cuatro meses, y para entonces yo estaré en pleno embarazo, de modo que dispuse que buscaran una «hermana». Ha sido difícil hacer la elección. Es lo mejor que ha podido hallarse, y, como estoy enferma, te la entrego desde ahora. ¿No te gusta?

—¡Santo cielo, chiquillo! Vamos, no llores, May-May, no llores… Claro que me gusta tu hermana, pero eso de comprar muchachas como regalo de cumpleaños, ¡por el amor de Dios…!

—¿Qué hay de malo en ello?

—Bueno, que no está bien.

—Es muy simpática, y me gusta como hermana. Iba a enseñarle para cuando yo no pudiera, pero ahora… —May-May se puso de nuevo a sollozar.

Yin-Hsi corrió desde donde se hallaba, se arrodilló solícitamente, le cogió una mano, secó las lágrimas de la enferma y la ayudó a tomar unos sorbos de té. May-May ya había advertido a la muchacha acerca de lo extraños que eran los bárbaros, y le dijo que no debía preocuparse.

—Mira, Tai-Pan, lo hermosa que es —repitió May-May—. ¿Estás seguro de que te gusta?

—Claro que sí, pero debes comprender que…

—No se hable más, entonces; todo arreglado —dijo May-May, y, entornando los ojos, recostóse de nuevo en su nido de almohadas.

—No, no está todo arreglado.

—Ya lo creo que lo está, y no pienso seguir discutiendo contigo —replicó May-May, con un impulso de energía final—. He pagado mucho dinero por ella, y ahora no puedo hacer que se marche, pues sería una deshonra y tendría que ahorcarse.

—No digas ridiculeces.

—Te aseguro que lo hará, Tai-Pan. Todos saben que yo estaba buscando una nueva hermana para ti y para mí, y si la echas, su vergüenza será inmensa. No tendrá más remedio que quitarse la vida, ahorcándose.

—Bueno, no llores, por favor.

—Es que no te ha gustado mi regalo de cumpleaños.

—Claro que sí, y para que te convenzas, no habrá necesidad de mandarla marchar —replicó él rápidamente, dispuesto a impedir que May-May siguiera llorando—. Dile que se quede. Será tu hermana, y, cuando estés bien, podrás buscarle un buen marido, ¿eh? Vamos, no hay necesidad de llorar; tranquilízate, muchacha.

Por fin, May-May dejó de llorar. Su arrebato le había sustraído muchas energías, pero ella consideró que bien valía la pena. «Ahora, Yin-Hsi se quedará —se dijo May-May—, y, si yo muero, él estará en buenas manos. Si me repongo, ella será mi hermana y la segunda ama de la casa, pues no hay duda de que el Tai-Pan sabrá quererla. Claro que la querrá. Es muy hermosa».

Ah Sam llegó en ese momento, y dijo:

—Amo, afuera está joven amo. ¿Puede?

Struan alarmóse ante la intensa palidez de May-May, y dijo a la sirvienta:

—Manda pronto a buscar al médico. ¿Entiendes?

—Entiendo, amo —contestó Ah Sam, y salió de la habitación.

Struan dirigióse a ver a Culum, y al momento regresó Ah Sam, quien se arrodilló junto al lecho de May-May y dijo a Yin-Hsi—: Segunda madre, debo cambiar de ropas a la dama suprema, antes de que llegue el médico.

—Está bien. Yo te ayudaré, Ah Sam —replicó Yin-Hsi—. El padre es un extraño gigante, sin duda. Si la dama suprema y tú no me hubierais advertido, me habría sentido aterrada.

—El padre, para ser un bárbaro, es buena persona. Claro está que la dama suprema y yo le hemos educado bastante —aseguró Ah Sam, y frunció el ceño al mirar a May-May, que se hallaba profundamente dormida—. Tiene bastante mal aspecto, ¿verdad?

—Sí, pero mi astrólogo predice buenas nuevas, de modo que debemos tener paciencia.

—Hola, Culum —dijo Struan, cuando llegó al hermoso patio-jardín que había delante de la casa.

—Hola, Tai-Pan. Espero que no te moleste el que haya venido aquí —contestó el muchacho, poniéndose en pie y tendiendo a Struan una carta—. Acaba de llegar esto, y en lugar de mandarlo a Lo Chum, creí conveniente saber dónde estabas, y preguntar al mismo tiempo cómo sigue ella.

Struan cogió el sobre, en el que podía leerse el nombre de Struan y una advertencia: «Personal y urgente». Procedía de Morley Skinner.

—Perdió la criatura anteayer —dijo Struan.

—Lo siento. ¿Ha llegado la cincona?

Movió negativamente la cabeza Struan, y dijo a Culum que tomase asiento. Luego abrió el sobre y leyó la misiva para sí. Morley Skinner le informaba que había tratado de mantener en secreto la noticia de haber sido repudiada Hong-Kong por el Gobierno, hasta el regreso de Struan, pero que, dadas las circunstancias, consideraba imprescindible hacer el anuncio cuanto antes.

«Esta mañana ha llegado una fragata de Londres —seguía diciendo el periodista—. Mi informador en el buque insignia dice que el almirante ha mostrado una gran satisfacción con el despacho secreto que el Almirantazgo le ha enviado, y asegura que le oyó decir: "Ya era hora, maldición. Con un poco de suerte, nos dirigiremos al Norte dentro de un mes." Eso quiere decir que él también está enterado de la inminente llegada de Whale. Por todo ello le hago notar lo necesaria que es su presencia aquí, señor Struan. A propósito, he oído decir que hay un codicilo muy curioso en el acuerdo entre Longstaff y Chin-so acerca del rescate de Cantón.

»Espero que de una u otra forma habrá conseguido probar el valor de la corteza de circona. Siento mucho que, por lo que pude averiguar, aquí no haya la menor cantidad de ese medicamento. Me declaro su muy humilde servidor,

»Morley Skinner.»

Struan pensó angustiado que May-May no sobreviviría a otro ataque de fiebre.

«Esa es la verdad, y tendrás que arrostrarla —se dijo—. Mañana estará muerta, a menos que llegue la cincona. Y aun así, ¿quién puede asegurar que vaya a curarla?

»Si ella muere, debes tratar de salvar a Hong-Kong. Si vive, tienes que hacerlo, igualmente. ¿Vale la pena, realmente? ¿Por qué no dejas que esa maldita isla vuelva a ser lo que era antes? Tal vez estés equivocado, y Hong-Kong no sea necesaria para la Corona. ¿Y qué tratas de demostrar abriendo las puertas de

China al mundo? Abandona ese enorme país a su suerte y regresa a Gran Bretaña con May-May, si sobrevive. Deja que Culum halle su propio camino como Tai-Pan. De todos modos, el día en que mueras, la Noble Casa buscará sus propios derroteros. Esa es la ley de Dios, la ley natural.

»Vuelve a tu patria y disfruta de lo que tantos sudores te ha costado. Libera a Culum de sus cinco años de servidumbre. Hay más que suficiente dinero para ti, para él y para los hijos de sus hijos. Deja que Culum decida si permanece aquí o se marcha. Regresa a tu tierra y olvida. Eres rico y poderoso, y puedes alternar con reyes, si lo deseas. Sí, eres el Tai-Pan. Márchate como lo que eres, y manda al demonio a este país, China. Es como una amante que chupa la sangre del que cae en sus manos».

—¿Malas noticias?

—Ah, lo siento, muchacho. Me había olvidado de ti. ¿Qué decías?

—Preguntaba si has recibido malas noticias.

—Son importantes, pero no malas.

Struan observó a su hijo, y se dio cuenta de que los últimos siete días habían dejado profunda huella en él. Culum había perdido su aire juvenil y parecía ya un hombre. Luego recordó a Gorth, y se dijo que no podía marcharse de Asia sin ajustar las cuentas con él y con Brock.

—Hoy es el séptimo día, ¿no es cierto, muchacho?

—Así es —contestó Culum.

«Señor, no vuelvas a darme una semana como la que acaba de pasar», rezó para sus adentros Culum. Por dos veces creyó morir de terror. En una ocasión sintió dificultades para tragar agua, y en otra creyó apreciar una hinchazón y erupción. Pero el Tai-Pan le tranquilizó, y padre e hijo se sintieron más unidos que nunca. Struan le habló de May-May en varias ocasiones. Y en las veladas conversó con su hijo como los padres suelen hacerlo, cuando la aflicción atenaza los espíritus.

También trataron de los planes futuros y de los problemas del pasado. Hablaron reposadamente, como buenos amigos.

—Deseo que vayas a Hong-Kong en seguida —dijo Struan, poniéndose en pie—. Irás en el *China Cloud*, con la próxima marea. Mandaré al capitán Orlov que se ponga a tus órdenes. En este viaje, tú serás el capitán del *China Cloud*.

A Culum le agradó extraordinariamente la idea de ser el capitán de un gran

clíper.

—En cuanto llegues a Hong-Kong, pide al capitán Orlov que lleve a Skinner a bordo, y entrega personalmente a éste la carta que te voy a dar. También deberás entregar otra a Gordon. En forma alguna bajarás a tierra ni consentirás que otros bajen o suban a bordo, más que los que te he dicho. En cuanto Skinner y Gordon hayan escrito sus respuestas, haz que vuelvan a tierra y regresa inmediatamente. Deberás estar de regreso mañana por la noche. Zarpa con la marea del mediodía.

—Muy bien. Permíteme que te dé las gracias por…, por todo lo que has hecho por mí.

—Quizá no debas agradecerme nada; tal vez no te habían contagiado enfermedad alguna.

—Puede ser, pero, de todos modos, muchas gracias.

—Te veré en mi despacho, dentro de una hora.

—Bien, así tendré tiempo de despedirme de Tess.

—¿Has pensado en algún momento que podías tomar una decisión trascendental y no esperar los tres meses convenidos?

—¿Te refieres a que me la lleve conmigo?

—No digo que lo hagas, sino que pregunto si te has detenido a pensarlo.

—Quisiera poder hacerlo. Eso resolvería muchas cosas, pero no es posible.

—Brock se pondría como loco, lo mismo que Gorth. No te lo recomiendo. ¿Ha vuelto ya Gorth? —preguntó Struan, aunque sabía que no era así.

—No. Le esperan esta noche.

—Avisa al capitán Orlov para que dentro de una hora venga a vernos a mi despacho.

—¿Vas a colocarle totalmente bajo mi mando? —preguntó Culum.

—En lo que al mar se refiere, no, pero sí en los demás asuntos. ¿Por qué?

—No, por nada, Tai-Pan. Nos veremos dentro de una hora. Hasta luego.

—Buenas noches, Dirk —dijo Elisa, al tiempo que entraba en el comedor de la residencia de Struan—. Siento interrumpirle la cena.

—No tiene importancia —contestó Struan, poniéndose en pie—. Siéntese, por favor. ¿Quiere acompañarme?

—No, muchas gracias. ¿Están aquí los muchachos?

—¿Eh? No, no suelen venir los dos por aquí.

—Hace más de una hora que les espero con la cena preparada —dijo Elisa, sin disimular su enfado—. Pensé que estarían charlando con usted. Siento haberle molestado.

Elisa se puso en pie y se dispuso a marcharse.

—No lo comprendo. Culum se marchó en el *China Cloud*, con la marea del mediodía. ¿Cómo podía esperarle para cenar? —dijo Struan.

—¿Qué dice?

—Que se fue de Macao al mediodía —replicó Struan, pacientemente.

—Pero Tess, yo creí que estaba con él viendo el partido de criquet.

—Tuve que mandarle zarpar con urgencia esta mañana. Lo último que me dijo era que iba a despedirse de Tess. Eso fue antes del mediodía.

—Entonces, ¿dónde está Tess? ¡No ha regresado en todo el día!

—No tiene por qué preocuparse. Estará con algunas amigas. Ya sabe cómo son los jóvenes, no se dan cuenta de cómo pasa el tiempo.

Elisa se mordió los labios, llena de angustia.

—No; ella nunca ha vuelto tarde. Es muy de su casa y no le gusta andar por ahí, dando vueltas. Algo tiene que haberle sucedido. Tal vez… Si se ha marchado con Culum en el barco, se desatarán todos los infiernos.

—¿Por qué iban a hacerlo, señora Brock?

—Dios les ampare, si lo han hecho. Y a usted también, si les ayudó en la fuga.

Cuando Elisa se hubo marchado, Struan se sirvió un vaso de brandy y se aproximó a la ventana, desde donde se divisaba el puerto. Cuando vio al *White Witch* acercándose al fondeadero, Struan se dirigió al piso bajo.

—Voy al club, Lo Chum.

—Está bien, amo.

CAPITULO XXXVIII

Gorth entró en el gran salón del club como un toro enfurecido, empuñando un látigo. Empujó a un lado a los atónitos criados y socios que se interponían en su camino, y entró con gran estrépito en la sala de juego.

—¿Dónde está Struan? —preguntó.

—Creo que en el bar, Gorth —dijo Horacio, extrañado ante el aspecto iracundo de Gorth y el látigo que esgrimía.

Gorth giró en redondo y cruzó el salón en dirección al bar. En una mesa vio a Struan, acompañado de un grupo de traficantes. Al ver aproximarse a Gorth de aquel talante, todos se apartaron a su paso.

—¿Dónde está Tess, hijo de perra? —dijo Gorth, aproximándose a Struan.

Hízose un silencio de muerte en la estancia. Horacio y muchos otros se apoyaban en la puerta.

—No lo sé, pero si vuelves a llamarme eso, te mato.

Gorth cogió a Struan por las solapas e insistió:

—¿Está en el *China Cloud*?

—No lo sé, repito —contestó Struan, librándose—. Y si está allí, ¿qué importa? No tiene nada malo que una pareja de jóvenes…

—¡Tú lo has planeado todo, maldito! ¡Tú dijiste a Orlov que los casara!

—Tal vez se hayan fugado. Pero si ahora están casados, ¿qué importa?

Gorth azotó a Struan con el látigo, y una de las puntas herradas del mismo marcó nítidamente su rostro.

—¿Nuestra Tess casada con ese apestado, con ese sifilítico? —gritó Gorth—. ¡Si es así, tuya será la culpa, maldito hijo de perra!

«De modo que yo tenía razón —pensó Struan—. Tú eres el que tramó lo de Culum».

Struan se arrojó sobre Gorth y le cogió la mano que empuñaba el látigo, pero

los demás que había en el bar aferraron a los dos hombres y los separaron. En la lucha, uno de los candelabros cayó de una mesa, y Horacio extinguió las llamas que se propagaron a la alfombra.

Soltóse Struan de los que le sujetaban y miró amenazadoramente a Gorth.

—Te enviaré mis padrinos esta noche —dijo.

—No necesito tus padrinos. Ahora mismo, elige las armas… Y después de ti, irá Culum. ¡Lo juro por Dios!

—¿Por qué me provocas, Gorth? —inquirió Struan, con estudiada calma—. ¿Por qué amenazas a Culum?

—Bien lo sabes, hijo de perra. Tu hijo es un apestado. Tiene el gálico.

—¡Estás loco!

—Tú lo has estado encubriendo, por todos los infiernos —dijo Gorth, intentando librarse de los cuatro hombres que le sujetaban, pero sin lograrlo—. ¡Soltadme, maldición!

—Culum no está apestado. ¿Cómo puedes decir eso?

—Todos lo saben. Estuvo en una casa del distrito chino, y ahora se ha marchado antes de que empiece a notársele su indigna enfermedad.

Struan empuñó el látigo con la diestra, y dijo:

—Soltadle, muchachos.

Los demás retrocedieron. Gorth extrajo su cuchillo y se puso en guardia. Casi como por arte de magia, un puñal apareció en la mano izquierda de Struan.

Gorth amagó un golpe, pero Struan permaneció firme como una roca. Gorth advirtió el irrefrenable deseo de matar que aparecía en el semblante de Struan. El violento joven se detuvo un momento, mientras sus sentidos le advertían el peligro que corría.

—No es éste el lugar adecuado para una pelea —dijo Struan—. Yo no la he iniciado, pero ya no tiene remedio. Horacio, ¿quieres ser uno de mis padrinos?

—Sí, sí, desde luego.

Horacio sintió un cargo de conciencia en ese momento, al recordar el asunto de las semillas de té que había arreglado con Longstaff, y que tanto perjuicio podía ocasionar a Struan.

«¿Es ésa la forma de pagar toda una vida de ayuda y amistad? El Tai-Pan te envió noticias acerca de Mary y puso a tu disposición una lorcha para que fueras a Macao. Ha sido como un padre para ti y tu hermana, y le has apuñalado por la

espalda. Tal vez, pero lo cierto es que no tenéis nada en común. Sólo estás contribuyendo a destruir un ser maligno, y con ello harás méritos ante el Señor».

—Será un honor para mí ser su segundo padrino, Tai-Pan… —dijo Masterson.

—Entonces, señores, les ruego que vengan conmigo. Secóse Struan un hilillo de sangre que le caía del labio, arrojó el látigo al suelo, y se encaminó hacia la puerta.

—¡Puedes darte por muerto! —gritó Gorth, con renovada confianza, cuando Struan salía—. ¡Date prisa, maldito cachorro de ramera!

Struan no se detuvo hasta que se encontró fuera del club, en la avenida costera.

—Como armas, elijo las mazas de abordaje —manifestó Struan.

—Cielo santo, Tai-Pan. Eso… eso no es lo acostumbrado —dijo Horacio—. Además, Gorth es muy fuerte, y en esta última semana usted ha tenido demasiadas preocupaciones.

—Estoy de acuerdo —aseguró Masterson—. Una bala entre los ojos será mucho mejor.

—Vuelvan al club y díganselo. No me discutan. Estoy firmemente decidido.

—¿Dónde va a celebrarse el duelo? Tal vez las autoridades traten de impedirlo.

—Quizá. Por consiguiente, alquilen un junco. Irán ustedes dos y yo, Gorth y sus padrinos, y saldremos al amanecer. Quiero que haya testigos de la limpieza del duelo, en respuesta a una grave ofensa que me han inferido. Creo que habrá espacio más que suficiente en la cubierta de un junco.

«No, no voy a matarte, Gorth —se dijo Struan, lleno de gozo—. No; eso sería demasiado bueno para ti. Pero por todos los cielos, te juro, Gorth, que desde mañana no volverás a andar, ni podrás ver, ni podrás valerte por ti mismo. Yo te enseñaré lo que es una venganza».

Al anochecer, la noticia del duelo ya corría de boca en boca, y con ello comenzaron las apuestas. Muchos fueron los que apostaron por Gorth, el cual se hallaba en pleno vigor de su juventud, y tenía motivos para desafiar al Tai-Pan, si era cierto el rumor de que Culum estaba apestado, y que el Tai-Pan había

enviado a Tess y a Culum al mar para que el capitán los casara cuando estuvieran a más de tres millas de la costa.

Los que apostaron por el Tai-Pan lo hicieron porque deseaban que ganase, aunque en el fondo no tenían excesiva confianza. Todos sabían que estaba angustiado por conseguir la corteza de cincona, y que su amante estaba muriéndose. Podía adivinarse en su aspecto el sufrimiento de los últimos días. Sólo Lo Chum, Chen Sheng, Ah Sam y Yin-Hsi apostaron por él hasta el último penique de que disponían, confiando en que el Tai-Pan ganaría, aunque rogaron a los dioses que le ayudaran. Sabían que sin el Tai-Pan podían considerarse perdidos.

Ninguno de ellos dijo nada a May-May acerca del duelo. Struan decidió regresar temprano a su casa. Quería dormir profundamente. El duelo no le preocupaba, pues estaba seguro de poder dominar a Gorth. Sabía, no obstante, que para ello necesitaba de toda su energía y agilidad.

—Buenas noches, amo —dijo Lo Chum, abriéndole la puerta, al tiempo que le hacía una seña y le indicaba el salón.

En él se hallaba esperando Elisa Brock.

—Buenas noches —dijo Struan a la mujer.

—¿Es cierto que Culum se hallaba enfermo? —preguntó Elisa.

—Claro que no. Ni siquiera sabemos si se han casado. Tal vez sólo querían dar un paseo en barco.

—Pero él estuvo en una casa, como ya sabrá usted. Fue la noche en que le asaltaron.

—Culum no está enfermo.

—Entonces, ¿por qué los demás dicen eso?

—Pregúnteselo a Gorth.

—Lo hice y me dijo que se lo habían dicho a él.

—Una vez más le repito: Culum está sano.

Elisa Brock se puso a sollozar, y sus robustos hombros se estremecieron convulsivamente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué habremos hecho de malo?

La mujer deseaba impedir el duelo. Quería a Gorth, aunque no fuese su propio hijo. Se consideraba culpable de la sangre que se vertiera, fuese de Gorth, de Struan, de Culum o del marido de ella. De no haber forzado a Tyler a llevar al

baile a Tess, no habría ocurrido aquello.

—No se preocupe, Elisa —manifestó Struan, afablemente—. Tess estará bien, sin duda. Si se han casado, no tiene nada que temer.

—¿Cuándo regresará el *China Cloud*?

—Mañana por la noche.

—¿Consentirá usted que nuestro médico examine a su hijo?

—Eso concierne a Culum. Yo no se lo impediré. Pero créame que si estuviera enfermo yo no permitiría ese casamiento.

—Es posible —contestó Elisa, llena de angustia—. Lo cierto es que usted les alentó a escapar. Es usted un demonio. Y sólo el demonio sabe lo que hay en su mente, Dlrk Struan. Pero juro a Dios que si miente, yo misma le mataré, si mis hombres no pueden hacerlo.

Elisa se dirigió rápidamente hacia la puerta, que abrió Lo Chum, dejándola pasar.

—Mejor amo duerme, mucho mucho —dijo Lo Chum—. Mañana temprano levanta, ¿eh?

—Vete al infierno.

Los golpes propinados con el aldabón en la puerta de hierro resonaron en la estancia y despertaron a Struan.

Este oyó los pasos de Lo Chum, que se dirigía a abrir.

Saltó Struan de la cama y se colocó una bata de seda. Luego se acercó al rellano y miró en silencio desde la barandilla. Dos pisos más abajo, Lo Chum depositó en una mesa la lámpara y abrió el cerrojo. En ese momento, el gran reloj de pie dio la una y cuarto.

El padre Sebastián apareció en el umbral.

—¿Puedo ver al Tai-Pan?

Lo Chum hizo una señal afirmativa y depositó en la mesa una hachuela que, como medida de precaución, había empuñado. Comenzó a subir las escaleras, pero Struan le detuvo.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

El padre Sebastián avanzó hasta colocarse a la luz de la lámpara, y preguntó:

—¿Es el Tai-Pan?

—Sí, ¿qué ocurre? —contestó Struan, procurando contener su emoción.

—Me envía Su Ilustrísima. Hemos conseguido la corteza de cincona.

—¿Dónde la tienen?

El religioso alzó un saquito, y agregó:

—Aquí está. El señor obispo dijo que le urgía a usted mucho.

—Bien, dígame el precio.

—No sé nada de eso —contestó el padre Sebastián, débilmente—. Su Ilustrísima me dijo únicamente que debía tratar con este medicamento a la persona que usted indicase. Eso es todo.

—Bajo al momento —aseguró Struan, y corrió a su habitación.

Con increíble presteza, se colocó las ropas y se calzó las botas. Cuando salía por la puerta, Struan se detuvo y, después de pensar un momento, cogió una maza de abordaje y descendió por la escalera los peldaños de cuatro en cuatro.

El padre Sebastián vio la formidable arma y palideció visiblemente.

—Vamos, padre —dijo Struan, y observó con disgusto las raídas ropas del fraile, mientras volvía a sentir una recóndita aversión a los médicos—. Lo Chum, cuando el amo Sinclair venga, le acompañas, ¿comprendes?

—Entiendo, amo.

—Vamos, padre Sebastián —repitió Struan.

—Un momento, señor Struan. Antes debo explicarle algo. Nunca he utilizado corteza de cincona. Aquí no la hemos usado jamás hasta ahora.

—Bien, eso no importa.

—Claro que importa —aseguró el fraile—. Lo único que sé es que tengo que hacer una infusión con esta corteza, pero lo cierto es que ignoro el tiempo que debe hervir, la dosis que hay que echar y la frecuencia con que el enfermo debe tomar el medicamento.

—El obispo dijo que se había curado la malaria con cincona. ¿Cómo lo hizo?

—Su Ilustrísima no se acuerda. Hace ya muchos años y sólo recuerda que sabía muy amarga y que le produjo náuseas. Creo que estuvo tomando la infusión durante cuatro días. El señor obispo quiere dejar aclarado que el tratamiento se hace bajo la exclusiva responsabilidad de usted.

—Sí, lo comprendo. Vamos.

Struan salió apresuradamente de la casa, seguido por el fraile. Después de recorrer un trecho de la avenida costera, ascendieron por un camino flanqueado

de árboles.

—Por favor, señor Struan, no vaya tan aprisa —dijo el padre, jadeando.

—El próximo acceso de fiebre será mañana. No hay tiempo que perder.

Los dos hombres cruzaron la plaza de San Pablo y enfilaron por una calleja. De pronto, el instinto de Struan le puso en guardia, y se echó a un lado. Una bala de mosquete se estrelló contra la pared, junto a él. Alzóse de un salto y obligó a tenderse en el suelo al aterrado fraile.

Oyóse otro disparo, y la bala rozó a Struan en un hombro, mientras éste se maldecía por no haber llevado pistolas con él.

—¡Póngase a salvo! —gritó Struan, y empujó al padre Sebastián hacia una puerta que había enfrente.

En algunas ventanas comenzaron a encenderse las luces.

Después de un momento, Struan se puso en pie, corrió adonde se hallaba el fraile y dijo en voz baja:

—¡Sígame!

Otra bala le erró por milímetros, y Struan se introdujo por un nuevo callejón, con el padre a su lado, jadeando siempre.

—¿Tiene aún con usted la cincona? —preguntó Struan.

—Sí; pero, ¿qué ocurre, por amor de Dios?

—Supongo que serán bandidos —replicó Struan. Y cogiendo por el brazo al asustado monje, corrió calleja adelante hasta llegar a la plazoleta situada ante el fuerte de San Pablo del Monte.

Los dos hombres se colocaron al amparo de las sombras que proyectaban los muros de la fortaleza, y mientras recuperaba el aliento, Struan preguntó:

—¿Dónde está la cincona?

El padre Sebastián alzó, con gesto de agotamiento, la bolsita.

—¿Qué fue eso? ¿Quién ha disparado contra nosotros? —preguntó el religioso.

—Bandidos, le he dicho —repitió Struan, aunque sabía que se trataba de esbirros de Gorth, si no era el mismo Gorth.

Por un momento se preguntó si no habrían enviado al padre Sebastián como señuelo. Era poco probable, y, en todo caso, no tardaría en saberlo. Si formaba parte de una trampa, nada impediría que le cortase el pescuezo.

Struan escrutó las tinieblas atentamente. Extrajo el puñal de su bota y dejó

colgar la maza de abordaje de la muñeca. Cuando el padre Sebastián hubo recuperado el aliento, ambos avanzaron en dirección a la cumbre de la colina, cruzaron ante la iglesia de San Antonio y luego descendieron por una calle hasta llegar al muro de la casa de May-May.

Golpeó Struan fuertemente con la aldaba, y al cabo de un momento, Lim Din escrutó por la mirilla. Al momento se abrió la puerta, y los dos hombres avanzaron por el patio.

—Ya estamos a salvo —dijo Struan al llegar al salón—. Tráenos té, Lim Din, aprisa.

Struan dejó la maza de abordaje sobre una mesa, hizo una seña al fraile para que tomase asiento, y luego agregó:

—Es conveniente que primero descanse.

El religioso soltó el crucifijo que había aferrado hasta aquel momento, y se pasó una manga por el sudoroso rostro.

—Creo que alguien estaba intentando matarnos.

—Eso me pareció —replicó escuetamente Struan, al tiempo que se quitaba la levita, dejando ver un desgarrón en la camisa, donde la bala le había rozado el hombro.

—Déjeme que le examine —dijo el religioso.

—No es nada, padre —aseguró Struan, volviendo a colocarse la prenda—. Es mejor que atienda a la enferma cuanto antes. ¿Se encuentra ya bien?

—Sí. Primero habrá que preparar la infusión de corteza de cincona.

—Está bien. Pero antes de comenzar, jure por la cruz que no hablará a nadie de esta casa, ni de la persona a quien va a tratar.

—No es necesario. Nada puede…

—Se lo pido. Si no me da su juramento, yo mismo aplicaré la medicina. Creo que sé tanto como usted sobre la corteza de cincona. Decida, padre.

El fraile sintióse disgustado ante aquella falta de confianza, pero al fin dijo:

—Está bien. Juro por la Santa Cruz que nada de lo que aquí vea u oiga saldrá de mis labios.

—Gracias.

Struan guió al religioso por un pasillo hasta llegar a una puerta donde les recibió Ah Sam, inclinándose ceremoniosamente.

La muchacha apretaba contra el cuerpo su camisón verde, y tenía el rostro

soñoliento y él pelo alborotado. Los dos hombres la siguieron hasta la cocina.

Esta era una estancia pequeña, con una chimenea y un brasero de leña, que daba a un patio posterior. El recinto estaba atestado de peroles y teteras, y se apreciaban numerosos manojos de hierbas, así como setas, verduras, salchichas y muchos otros comestibles. En el suelo había varios sacos de arroz.

Dos cocineras estaban junto a la puerta, mirando con aire adormilado a los recién llegados. Se acababan de levantar de unos catres que había en la misma cocina, y cuando Struan apartó a un lado con gran estrépito una serie de platos y ollas sucias que había sobre la mesa, las dos sirvientas parecieron despertarse del todo.

—¿Quiere té, amo? —preguntó Ah Sam, intimidada.

Struan no contestó. En lugar de ello, dedicó toda su atención a la sucia bolsita que sostenía el fraile, y la abrió rápidamente. La corteza era de color pardo; su aspecto no tenía nada de particular, y al manipularla, se fragmentaba en pequeños trozos. Struan la olió ligeramente, pero no apreció aroma alguno.

—¿Qué va a hacer ahora, padre?

—Necesitamos algo para hacer la infusión —dijo el fraile, y cogió una olla relativamente limpia.

—Por favor, antes lávese las manos —dijo Struan, señalando un barrilillo y el jabón que había al lado—. No debe hacer nada mientras no se las lave.

—¿Es eso realmente indispensable?

—Tal vez. Se trata quizá de una antigua superstición china, pero es algo que me agrada.

El padre accedió a hacer lo que le pedían, y luego se secó las manos en una toalla limpia. Cerró después los ojos, cruzó las manos sobre el pecho y elevó una silenciosa plegaria.

—Ahora necesitamos una medida —dijo el fraile, cuando hubo terminado de orar.

Cogió una tacita y la llenó hasta el borde con trocitos de corteza. Echó luego la cincona en la olla, y añadió diez tazas de agua, colocando en seguida el recipiente sobre el fuego.

—Suministraremos primero una infusión con diez partes de agua —dijo el padre Sebastián, con voz cansada—. Y ahora, quisiera ver a la enferma.

Struan señaló a la olla, y dijo a Ah Sam:

—Vigila. Que no la toquen.

—Yo vigilo, amo —aseguró la sirvienta, moviendo vigorosamente la cabeza, mientras se sentía dominada por la curiosidad ante aquellos desusados preparativos.

Struan abandonó la cocina en compañía del religioso y se encaminó hacia la habitación de May-May.

Una lámpara iluminaba tenuemente la alcoba. Yin-Hsi estaba peinándose el cabello ante un tocador. Al llegar los dos hombres dejó de peinarse e hizo una profunda reverencia. Su catre se hallaba a un lado del amplio lecho de pilares de May-May.

Esta temblaba débilmente bajo el peso de numerosas mantas, y Struan, acercándose a ella, le dijo, procurando animarla:

—Hola, chiquilla. Tenemos la corteza de cincona, al fin… Todo irá bien, ya lo verás.

—Tengo mucho frío, Tai-Pan —replicó ella, débilmente—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada, cariño.

—Te has hecho un corte —insistió May-May, y luego pareció caer en un sopor, mientras murmuraba—: Hace tanto frío…

Volvióse Struan y miró al padre Sebastián, observando que su ascético rostro tenía expresión de asombro.

—¿Qué sucede? —preguntó Struan, de mal talante.

—Nada, nada —contestó el fraile.

A continuación, el padre Sebastián extrajo de su bolsillo un pequeño reloj de arena, lo colocó sobre una mesa y, arrodillándose junto al lecho, comenzó a tomar el pulso a May-May.

«¿Cómo es posible que una muchacha china hable tan bien el inglés? —se preguntó—. ¿Y la otra? ¿Será también una amante? ¿Estaré en un endemoniado harén? ¡Oh, Señor, protégeme, otórgame tu poder y permite que esta noche sea tu instrumento!»

El pulso de May-May era tan débil que el fraile tuvo dificultad para hallarlo. Con gran suavidad volvió la cabeza de la muchacha y la miró en los ojos.

—No tema —le dijo—. Está en las manos de Dios. No tenga miedo, debo mirarle los ojos.

Débil e indefensa, May-May se dejó hacer. Yin-Hsi contemplaba al fraile unos pasos más atrás, llena de aprensión.

En ese momento, Ah Sam entró en la alcoba, y Yin-Hsi le preguntó en voz baja:

—¿Quién es y qué hace ese hombre?

—Es un médico bárbaro —susurró a su vez Ah Sam—. Es un monje. Uno de los sacerdotes de larga falda que veneran al dios-hombre que está clavado en la cruz.

—¡Ah! —dijo Yin-Hsi, estremeciéndose—. He oído hablar de ellos. Son verdaderamente unos seres aterradores. Oye, ¿por qué no traes al padre un poco de té? Eso siempre es bueno para calmar la angustia.

—Ya lo trae Lim Din, segunda madre —musitó Ah Sam, decidida a no moverse de allí, pues temía perderse algo trascendental—. Me gustaría poder entender bien la extraña lengua en que hablan.

El fraile dejó la mano de May-May sobre el lecho y miró a Struan.

—Su Ilustrísima manifestó que la malaria ha provocado un aborto a esta joven —dijo—. Debo examinarla.

—Adelante, entonces.

Cuando el padre Sebastián se dispuso a apartar las ropas de la cama, May-May hizo un débil intento por detenerle, y Ah Sam y Yi-Hsi se acercaron al lecho con el mismo fin, pero Struan sujetó por las manos a May-May, y exclamó:

—¡Alto, volved atrás! Vamos, May-May; no te pasará nada, te lo aseguro.

El religioso examinó a la muchacha y luego la cubrió de nuevo con las ropas.

—La hemorragia casi ha cesado por completo —aseguró—. Eso es buena cosa, al menos.

Luego, el padre Sebastián colocó sus finos dedos en la nuca de May-May y exploró la zona con atención.

May-May notó que los dedos parecían librarle algo del dolor. Pero en seguida sintió que el hielo la invadía, y sus dientes comenzaron a castañetear de nuevo.

—Tai-Pan, tengo mucho frío —manifestó—. ¿No pueden traerme más mantas o una botella de agua? Por favor, estoy helada.

—Sí, pequeña, un momento.

Pero May-May ya tenía una botella de agua caliente en la espalda, y reposaba bajo cuatro edredones.

—¿Tiene un reloj de bolsillo, señor Struan? —inquirió el religioso.

—Sí, padre.

—Por favor, vaya entonces a la cocina, y en cuanto hierva el agua, observe la hora. Cuando haya transcurrido una hora… —El padre Sebastián expresó su desesperación—. ¿O serán dos, o media hora? ¡Oh, Señor, ayúdame en este trance!

—Una hora —dijo Struan, con firmeza—. Luego haremos hervir durante dos horas otra cantidad igual. Si la primera no da resultado, probaremos con la segunda.

—Sí, eso es.

Struan observó su reloj a la luz de la lámpara de la cocina. Extrajo la olla del fuego y la dejó enfriar dentro de un recipiente con agua. La segunda infusión ya se hallaba hirviendo sobre el fuego.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó al padre Sebastián, cuando éste se aproximó, seguido siempre de cerca por Ah Sam y Yin-Hsi.

—Tiene fuertes escalofríos y su corazón está muy débil… ¿Recuerda usted el tiempo que estuvo temblando antes de que llegase la fiebre, en el ataque anterior?

—Cuatro o cinco horas, no lo sé exactamente —dijo Struan, mientras vertía un poco de la infusión de corteza en una taza y la probaba. Luego, exclamó—: ¡Santo cielo, esto es espantosamente amargo!

El fraile tomó un sorbo e hizo también un gesto de disgusto.

—Bien —manifestó—. Entonces, empecemos. Espero que pueda, retenerlo en el estómago. Le daremos una taza cada hora.

El padre Sebastián cogió una taza de uno de los estantes, y tomó de una mesa un trozo de tela bastante sucio.

—¿Para qué es eso? —preguntó Struan.

—Debo colar la infusión. Este trapo me servirá. Hay demasiados trozos de corteza.

Cuando la operación hubo concluido, Struan llevó la tetera a la habitación de May-May.

Esta vomitó la primera taza y la segunda. A pesar de las tremendas arcadas

que la acometían, Struan la obligó a beber de nuevo. May-May retuvo la tercera taza, quizá sólo por no tener que tragar otra más.

No ocurrió nada notable, sino que los temblores se hicieron más fuertes.

Una hora más tarde, Struan le hizo beber otra taza.

La retuvo igualmente, pero los escalofríos aumentaron en intensidad.

—Le daremos dos tazas —dijo Struan, procurando dominar el pánico que sentía, y obligó a la enferma a tomar otra dosis.

Hora tras hora, el proceso siguió repitiéndose. Acababa de amanecer.

Struan miró su reloj. Eran las seis de la mañana, y no se apreciaba mejoría alguna en el estado de May-May.

Los temblores hacían estremecer a la muchacha como si fuera una ramita azotada por el viento del otoño.

—¡Por todos los cielos, tiene que dar resultado! —estalló Struan.

—Por todos los cielos, está dando resultado, señor Struan —declaró el padre Sebastián, que tenía la muñeca de May-May entre sus dedos—. El acceso de fiebre debió haberse presentado hace dos horas. Si no se inicia, existe una esperanza. El pulso es casi imperceptible, pero creo que la cincona está obrando.

—Aguanta, chiquilla, aguanta —dijo Struan, aferrando una mano de May-May—. Sólo unas pocas horas más. ¡Resiste!

Poco después se dejaron oír algunos golpes en la puerta del jardín. Struan se encaminó pesadamente hacia allí y abrió la puerta.

—Hola, Horacio; hola, Lo Chum —dijo.

—¿Ha muerto? —preguntó Horacio, al ver la expresión de Struan.

—No. Creo que se ha curado, gracias a Dios.

—¿Consiguieron la cincona?

—Sí.

—Masterson está en el junco. Pero voy a decir a los padrinos de Gorth que se postergue el duelo hasta mañana. No te encuentras en condiciones para luchar.

—No tienes por qué preocuparte, Horacio. Hay muchos modos de matar a una asquerosa serpiente. Estaré allí dentro de una hora.

—Está bien, Tai-Pan —dijo Horacio, y se marchó apresuradamente en compañía de Lo Chum.

Struan cerró de nuevo la puerta y volvió con May-May. La enferma reposaba muy quieta en el lecho.

El padre Sebastián le estaba tomando el pulso, con el semblante lleno de ansiedad. Inclinóse y apoyó una oreja sobre el pecho de May-May. Pasaron unos segundos interminables. Al fin levantó la cabeza el fraile y dijo:

—Por un momento creí que…, pero por suerte se encuentra bien. Los latidos de su corazón son sumamente lentos, pero la enferma es joven, y con la ayuda de Dios… Una cosa es cierta, señor Struan: la fiebre ha desaparecido. La corteza de cincona cura la fiebre del Valle Feliz. ¡Qué portentosos son los designios del Señor!

Struan sintió que le quitaban de encima un peso insoportable.

—¿Volverá la fiebre? —inquirió.

—Posiblemente. De vez en cuando. Pero con más cincona la detendremos. No hay nada que deba preocuparnos, por ahora. La fiebre le ha desaparecido, ¿comprende usted? ¡La enferma se ha curado de la malaria!

—Pero, ¿vivirá? Dice usted que su corazón late débilmente… ¿Podrá sobrevivir?

—Con la ayuda de Dios, las posibilidades son favorables… Pero no se puede afirmar nada con seguridad.

—Yo tengo que marcharme ahora —dijo Struan—. ¿Podrá usted quedarse aquí hasta que yo regrese?

—Desde luego.

El religioso fue a hacer la señal de la cruz ante Struan, pero se contuvo.

—No puedo bendecir su marcha, señor Struan. Va usted a un duelo, ¿no es cierto? —inquirió.

—El hombre nace para morir, padre. Sólo trato de protegerme y de proteger a los míos del mejor modo que conozco y, en todo caso, de elegir el momento de mi muerte. Eso es todo.

Struan recogió la maza de abordaje, la aseguró a su muñeca y salió de la casa.

Mientras avanzaba por las calles, Struan notó que le observaban, pero siguió adelante, sin prestar atención a las miradas de curiosidad. Parecía ir cobrando fuerza con el amanecer, con la contemplación del mar y aspirando su aroma salino.

«Es un día apropiado para dar muerte a una alimaña —se dijo Struan—. Pero eres tú quien va a morir. No tienes fuerzas suficientes para enfrentarte a Gorth

con una maza de abordaje. Hoy, al menos, no tienes fuerzas».

CAPITULO XXXIX

Al lado del junco se había reunido una multitud. Traficantes, un grupo de guardias portugueses, marineros, todos aguardaban llenos de expectación. El junco se hallaba amarrado junto a uno de los muelles de la avenida costera. Cuando apareció Struan, los que habían apostado por él sintieron que les invadía la pesadumbre, en tanto que los que lo hicieron por Gorth mostraron su júbilo, tal era su aspecto.

El oficial que mandaba los soldados cerró el paso a Struan, y le saludó cortésmente.

—Buenos días, señor Struan.

—Buenos días, capitán. ¿Qué desea?

—El gobernador general quiere hacerle saber que los duelos están prohibidos en Macao.

—Estoy al corriente de ello —aseguró Struan—. Dígale que le doy las gracias y que, por una vez, voy a transgredir las leyes de la colonia.

Sin más palabras, Struan aferró la maza de abordaje por la empuñadura y avanzó hacia el junco. Los presentes le abrieron paso, y Struan pudo advertir la expresión hostil de los secuaces de Gorth, impacientes ya por verle muerto. Eran *bastantes* los que parecían desearlo.

Lo Chum estaba esperando en el puente de la embarcación al lado de Horacio.

—Buenos días, amo —dijo el criado solícitamente, y señalando la barba crecida de Struan, añadió—: ¿Se afeita antes?

—¿Dónde está Gorth, Horacio?

—Sus padrinos le están buscando.

Struan rogó al cielo que Gorth estuviera tendido en algún burdel, borracho como una cuba.

«¡Oh, Señor, que la lucha sea mañana!», suplicó para sus adentros.

A continuación, Struan cogió los útiles que le tendía Lo Chum y comenzó a afeitarse, mientras los circunstantes se hacían cruces ante la serenidad del Tai-Pan.

Cuando se hubo afeitado notó que se hallaba bastante mejor. Miró Struan al cielo y advirtió en él una tenue capa de cirrus, a gran altura. El mar estaba sereno como un lago. Luego llamó a Cuhady, al que había hecho venir desde el *China Cloud*, y le ordenó:

—Vigile mi sueño.

—Sí, señor —replicó el contramaestre.

Struan se tendió sobre una escotilla y quedóse dormido al momento.

—Santo Dios —dijo Roach, admirado—. No es un ser humano.

—En efecto —corroboró Vivien—. Es el demonio en persona, sin duda.

—¿Dobla su apuesta, si tiene usted tanta confianza?

—No; sólo si Gorth llega borracho.

—Supongamos que Struan matase a Gorth. ¿Qué sucedería con Tyler?

—Creo que también lucharían a muerte.

—Pero si vence hoy Gorth, ¿qué hará Culum?

—Nada, ¿qué puede hacer? Sólo sentir odio, quizá. Aunque él también aborrece al Tai-Pan, y posiblemente se muestre agradecido a Gorth. Así se convertiría en Tai-Pan. Pero, ¿dónde demonios estará Gorth?

El sol siguió ascendiendo implacablemente en el cielo.

Un soldado corrió hasta el junco desde una calleja lateral y habló lleno de excitación al oficial, el cual inmediatamente ordenó a sus hombres que marchasen con él por la avenida costera adelante. Los curiosos siguieron a la reducida tropa.

Struan se despertó presintiendo algo extraño, aunque cada una de las fibras de su cuerpo clamaba por un descanso. Púsose pesadamente en pie y advirtió que Horacio le estaba mirando de un modo especial.

El cadáver de Gorth, brutalmente acuchillado, yacía sobre el barro de una calleja cercana a los muelles del distrito chino, rodeado por los cuerpos inertes de tres chinos. Otro oriental, moribundo, gemía con un venablo roto clavado en un

costado, mientras le vigilaban algunos soldados.

Mercaderes y portugueses se apiñaban a un lado, pugnando por ver mejor. Los que alcanzaron a ver a Gorth, se volvieron sin poder reprimir su espanto.

—Los de la patrulla dijeron que se oyeron gritos y ruidos de pelea —dijo el oficial a Struan y a los que se hallaban junto a él—. Cuando llegaron hasta aquí, vieron al señor Gorth Brock en el suelo, como está ahora. Tres o cuatro chinos le estaban dando lanzadas con los venablos, y cuando vieron a los soldados echaron a correr por las callejas. Mis hombres dieron caza a algunos, pero…

El oficial terminó encogiéndose de hombros.

Struan se dio cuenta de que había salvado la vida gracias a los asesinos. No obstante, dijo:

—Ofrezco una recompensa por la captura de los que han escapado. Cien taels por cada uno muerto y quinientos si están vivos.

—Ahórrese el dinero, señor —dijo el oficial—. Los paganos le entregarán los cadáveres que encuentren, y en cuanto a hallarlos vivos, a menos que ese bastardo degenerado —el oficial señaló con el pulgar al chino herido— nos diga dónde están los demás, la recompensa de nada valdrá. Creo que las autoridades chinas deberán ser… digamos hábiles, en su interrogatorio.

El oficial dio algunas órdenes a los soldados, que levantaron al prisionero y se lo llevaron.

—Ha sido una muerte estúpida e innecesaria —dijo el militar—. El señor Gorth debió tener más cuidado al aventurarse en esta zona. Tengo la sensación de que no ha quedado satisfecho el honor de nadie.

—Ha tenido mucha suerte, Tai-Pan —dijo burlonamente uno de los amigos de Gorth—. Demasiada suerte.

—Sí. Me alegra no haber tenido que mancharme las manos con su sangre —dijo Struan, y volviendo la espalda al cadáver, se alejó lentamente.

Ascendió Struan por la calleja, y luego siguió colina arriba hasta llegar al antiguo fuerte. Una vez en la cima, entre el cielo y el mar, tomó asiento en un banco y dio las gracias a la Providencia por sus bendiciones durante las últimas horas.

Struan permanecía ajeno a la curiosidad de los transeúntes, a los soldados situados en la puerta de la fortaleza, al tañido de las campanas, al calor del sol, al transcurso del tiempo.

Más tarde decidiría el partido a tomar, pero por el momento su mente se negaba a funcionar.

Al fin se puso en pie y descendió por la colina, hasta llegar a la mansión del obispo, pero éste no se encontraba allí. Dirigióse entonces hacia la catedral y preguntó por el prelado. Un fraile le dijo que esperase en un patio rodeado de claustros. Sentóse Struan en un banco que se hallaba a la sombra, y escuchó con placer el rumor de las fuentes. Las flores le parecían más hermosas que nunca, y su perfume más exquisito. Todo era como un sueño, pero los latidos de su corazón, el vigor que renacía en sus miembros y hasta el dolor punzante de su tobillo, no eran ensoñaciones, sino realidad.

«¡Oh, Dios mío, gracias de todo corazón!», musitó.

El obispo estaba observándole desde uno de los corredores laterales.

—Ah, buenos días, Ilustrísima —dijo Struan, plenamente reconfortado—. Vengo a darle las gracias.

El prelado curvó los labios e inquirió:

—¿Qué estaba contemplando, señor?

—No lo sé —contestó Struan—. Admiraba el patio, la clase de vida que por él discurre. Creo que era eso.

—Yo pienso, en cambio, que se hallaba usted muy cerca de Dios. Quizá no sea usted de ese parecer, pero yo sí lo creo.

—Simplemente, disfrutaba de un hermoso día, en un jardín maravilloso. Sólo eso —declaró Struan.

Pero Falarian Guineppa no parecía dispuesto a dejarse convencer. Sus largos dedos acariciaron el crucifijo que pendía sobre su pecho.

—Le he esperado largo tiempo —aseguró el prelado—. Me daba cuenta de que usted se hallaba cerca, sí, muy cerca. Aunque tal vez me haya equivocado —agregó, sonriendo—. De todos modos, ¿cómo van a conocer los designios del Señor unos pobres pecadores como nosotros? Bien, ¿quería verme, señor?

—Sí, Ilustrísima. La cincona ha curado la fiebre de la enferma.

—*¡Veo gratias!* ¡Esa es una noticia maravillosa!

—Voy a enviar inmediatamente un barco al Perú con órdenes de que carguen toda la cincona que puedan —dijo Struan—. Con su permiso, desearía enviar al

padre Sebastián en el buque, a fin de que se entere de todo lo relativo a la corteza de cincona, a la forma en que tratan la malaria, y todo lo demás. Nos repartiremos el cargamento y los conocimientos, al regreso de la expedición.

También me gustaría, si da usted su aprobación, que el padre escribiera un artículo sobre el eficaz tratamiento de la malaria con cincona, el cual sería enviado a la revista médica *Lancet*, de Inglaterra, y al *Times*.

—Un ensayo científico de ese tipo debería enviarse por medio del Vaticano, pero diré al padre Sebastián que se ponga a su disposición. En cuanto a enviarle al Perú, eso tendré que pensarlo. Sin embargo, debo enviar a alguien en el navío. ¿Cuándo cree que zarpará?

—Dentro de tres días.

—Perfectamente. Acepto su oferta de compartir la carga y los conocimientos por igual. Es muy generoso de su parte.

—No habíamos fijado un precio por la corteza. Usted me la consiguió. Diga ahora el precio.

—Carece de precio un puñado de corteza que ha salvado la vida de un ser humano.

—Sí, tiene un precio. Todo tiene un precio y le dije que daría lo que usted me pidiera. Estoy dispuesto a cumplir mi promesa. En Hong-Kong ofrecí veinte mil taels. Le enviaré una orden de pago en seguida.

—No lo haga, señor —dijo el obispo, serenamente—. Si la envía, me limitaré a romperla. No deseo pago alguno por el favor que le he hecho.

—Entonces erigiré un templo católico en Hong-Kong —dijo Struan—. Un monasterio, si le parece bien. No juegue conmigo, Ilustrísima. Tratos son tratos. Diga el precio.

—Nada me debe a mí, ni a la Iglesia. Todo se lo debe a Dios.

El prelado alzó la mano en dirección a Struan, hizo la señal de la cruz y se alejó.

CAPITULO XL

Cuando May-May recobró la conciencia, se halló en los brazos de Struan, con una taza en los labios. Oyó que el Tai-Pan hablaba en voz baja con el padre Sebastián, pero no hizo esfuerzo alguno por tratar de comprender lo que decían en inglés. Dócilmente bebió la infusión de cincona, y de nuevo se abandonó a su estado de semiinconsciencia.

Notó May-May que el fraile se marchaba, y sintióse más a gusto sin la presencia extraña. Luego, Struan volvió a levantarla y le dio a beber una segunda taza, cuyo intenso sabor amargo le produjo arcadas.

A través de la especie de neblina de su sopor, May-May oyó que Struan tomaba asiento en un sillón de mimbre.

Poco después percibió su respiración regular y pesada, y se dio cuenta de que se había quedado dormido.

Eso hizo que la muchacha se sintiera mucho más tranquila.

El rumor de la conversación de las criadas en la cocina, los cáusticos regaños de Ah Sam y el perfume de Yin-Hsi resultaban sensaciones tan placenteras para May-May, que ésta no sentía deseos de abandonarse por completo al sopor que la invadía.

La muchacha permaneció inmóvil, recuperando las fuerzas por momentos. Ya se daba cuenta de que sobreviviría.

«Quemaré incienso a los dioses, por su favor —dijo para sus adentros—. Tal vez encienda también un cirio al Dios de los hombres de largas faldas. Al fin y al cabo fue un monje quien me trajo la corteza. Quizá yo también debiera convertirme en una cristiana de largas faldas, aunque tal vez el Tai-Pan no lo aprobase. Me pregunto si el Dios de los bárbaros será parecido a los nuestros. Los dioses chinos son como los seres humanos, con sus virtudes y sus flaquezas. Eso parece más lógico que lo que dicen los cristianos de su Dios, que es perfecto

y todopoderoso».

En ese momento, May-May oyó el rumor del vestido de Yin-Hsi y notó su intenso perfume. La enferma abrió los ojos y vio a Yin-Hsi arrodillada junto a ella.

—Tienes mejor aspecto, dama suprema —dijo la muchacha—. Mira, te he traído algunas flores.

El ramito que le ofreció era sumamente hermoso. May-May movió la cabeza en señal de agradecimiento.

Struan se hallaba en el sillón, con las piernas extendidas, profundamente dormido. Tenía el rostro sereno, grandes ojeras y una larga marca rojiza en una mejilla.

—Padre está ahí desde hace una hora —dijo Yin-Hsi.

La joven llevaba puestos unos pantalones de seda azul pálido y una túnica verde oscuro, también de seda, que le llegaba hasta las rodillas. En el pelo se había colocado algunas florecillas.

May-May sonrió, volvió la cabeza hacia la ventana y observó que estaba anocheciendo.

—¿Cuántos días hace que comenzó la última fiebre, hermana? —preguntó la enferma.

—Anoche comenzó. Vino el padre con el hombre de la larga falda, que traía la bebida mágica, ¿no recuerdas? Envié a Ah Sam a la casa de los Hados, para que dé gracias a ios dioses. ¿Me dejas que te lave y te peine? Te sentirás mucho mejor.

—Sí, hazlo, hermana —replicó May-May—. Debo de tener un aspecto terrible.

—Eso se debe a que estuviste al borde de la muerte. Verás, en diez minutos quedarás tan hermosa como siempre. Puedo asegurártelo.

—Anda ligera como una mariposa, hermana —dijo la enferma—. No vayas a despertar al Tai-Pan. Y di a esas míseras esclavas de la cocina, que si el padre se despierta antes de que yo esté arreglada, por orden mía tú les darás una buena azotaina.

Yin-Hsi fue a cumplir alegremente el encargo, y un denso silencio descendió al momento sobre la casa.

Poco después regresaron Ah Sam y Yin-Hsi a la habitación. Lavaron a May-

May con agua perfumada y le pusieron unos pantalones y una túnica de shantung escarlata. También le cambiaron las vendas de los pies y le lavaron los dientes. Al fin, May-May púsose a masticar aromáticas hojas de té y sintióse grandemente reconfortada.

Le cepillaron y peinaron el cabello en una larga trenza, que adornaron con flores de dulce fragancia, y a continuación cambiaron las sábanas y las almohadas, y rociaron el lecho con perfumes, colocando hierbas aromáticas bajo la almohada. Aunque los múltiples manejos a que fue sometida May-May le robaron algo de sus fuerzas, la joven sintióse renacer.

—Y ahora te traeremos un poco de caldo, dama suprema, y una fruta —dijo Yin-Hsi.

—Después conocerás una gran noticia —manifestó Ah Sam, misteriosamente, mientras agitaba sus pendientes de plata, que tintineaban con sonido metálico.

—¿De qué se trata?

—No; lo sabrás después que hayas comido, madre —aseguró Ah Sam. Y como May-May protestara, la sirvienta agregó con firmeza—: Debemos cuidarte, ama. Aún estás enferma. La segunda madre y yo sabemos bien que las noticias agradables son excelentes para hacer una buena digestión. Pero primero debes comer algo.

May-May tomó un poco de caldo y comió luego una porción de mango desmenuzado. Las dos mujeres la animaban a que comiera más.

—Debes fortalecerte, dama suprema.

—Terminaré de comer la fruta si me contáis ahora lo de la buena noticia —dijo May-May.

Yin-Hsi frunció el ceño, y luego hizo una señal de aprobación a Ah Sam.

—Está bien, cuéntaselo. Pero empieza por lo que te dijo Lo Chum acerca de la forma en que comenzó todo.

—¡No tan alto! —advirtió May-May, haciéndoles bajar la voz—. Recordad que no debemos despertar al padre.

—Pues bien —comenzó diciendo Ah Sam—. La noche anterior a nuestra llegada, hace ya de esto siete días terribles, el hijo del Tai-Pan cayó en las garras de otro bárbaro, que era la encarnación del mismo demonio. Este monstruo urdió un plan tan maligno y atroz, para destruir al bienamado hijo del Tai-Pan, que no

puede describirse sin horror. Y anoche y esta mañana, mientras el mágico brebaje ahuyentaba tu fiebre, madre, se produjo el tremendo desenlace. Pasamos la velada de rodillas, suplicando a los dioses, pero todo parecía perdido: el padre, tú, mi ama, y nosotros. El enemigo había ganado la partida.

Ah Sam se puso en pie. Con estudiada displicencia, se acercó a la mesa y llenó un vaso con vino dulce, que presentó a May-May. Esta lo apuró rápidamente, sin poder disimular la impaciencia que la embargaba.

A continuación, Ah Sam contó todo lo sucedido, haciendo emocionantes pausas, profusos gestos y lanzando innumerables suspiros.

—Y allí, entre el cieno —concluyó diciendo Ah Sam, mientras hacía ademán de asestar varias puñaladas—, partido en cuarenta trozos y rodeado por los cadáveres de quince asesinos, yacía el cuerpo de Gorth, el bárbaro demonio. De este modo, nuestro padre se había salvado.

May-May comenzó a aplaudir alegremente, sin poder reprimir su júbilo, y se felicitó por haber tenido aquel presentimiento. Los dioses, sin duda, les amparaban.

«Por fortuna, hablé aquel día con Gordon Chen —pensó May-May—. De no ser por él…»

—¡Maravilloso, Ah Sam, y lo has contado insuperablemente! —agregó la enferma—. Casi me muero cuando narraste la parte en que el padre se marchó de casa esta mañana. De no haberme dicho antes que la noticia era buena, creo que me hubiera muerto de verdad mientras lo contabas.

—¿Qué ocurre, pequeña? —dijo Struan, que se había despertado con el alboroto que armara May-May.

Yin-Hsi y Ah Sam se pusieron en pie e hicieron una profunda reverencia.

—Nada, Tai-Pan, que me siento magníficamente bien —replicó May-May.

—Sí, tienes un aspecto espléndido.

—Pero tú, en cambio, necesitas comer algo, Tai-Pan —aseguró May-May—. Probablemente no has comido nada en todo el día.

—Gracias, muchacha, pero no tengo hambre. Ya tomaré algo más tarde —replicó Struan, al tiempo que se estiraba despaciosamente.

—Por favor, come aquí y quédate esta noche conmigo —rogó May-May—. Eso me haría sumamente feliz.

—Está bien —consintió Struan—. Pero tienes que tomar la infusión de

cincona durante los cuatro próximos días, a razón de tres tazas diarias.

—Mira, Tai-Pan, ya me siento muy bien. Por favor, no me hagas beber eso.

—Tres veces por día, May-May, durante los cuatro próximos días —insistió Struan.

—Cielos, ese brebaje sabe a excremento de pájaros mezclado con vinagre y bilis de serpiente.

Poco después trajeron a la habitación una mesa con alimentos. Yin-Hsi sirvió a Struan, y a continuación las dos muchachas se retiraron.

May-May cogió delicadamente algunos camarones rebozados y preguntó:

—¿Qué hiciste hoy?

—Nada de importancia, pero al menos un asunto ha quedado resuelto: Gorth ha muerto.

—¿Ah, sí? —dijo May-May, mostrándose convenientemente sorprendida ante la noticia—. Eres muy inteligente, Tai-Pan, pero tienes una suerte maravillosa.

Struan apartó el último plato, reprimió un bostezo y manifestó:

—Sí, eso creo.

—Brock se volverá loco de ira.

—Gorth no murió a mis manos, y aunque hubiera sido así, merecía morir. En cierto modo, lamento que haya muerto de esa forma.

«De todos modos, la muerte de Gorth y la fuga de Tess harán recaer sobre mí la cólera de Brock —pensó Struan—. Será mejor que me provea de una pistola, además del puñal. ¿Vendrá a mí por la noche, a traición, o abiertamente? Bien, ya nos ocuparemos de eso mañana».

—Creo que Culum no tardará en estar de vuelta —agregó Struan al cabo de un momento.

—¿Por qué no vas a acostarte? Tienes aspecto de estar muy cansado. Cuando Lo Chum nos avise, Ah Sam te despertará, ¿quieres? Me parece que yo también voy a dormir un poco.

—Sí, creo que voy a seguir tu consejo —manifestó Struan. Y después de besar a May-May, la retuvo un momento entre sus brazos—. ¡Ah, pequeña, no sabes el miedo que he pasado por tu culpa!

—Perdóname, Tai-Pan. Y ahora, ve a dormir. Mañana estarás mucho mejor, lo mismo que yo.

—Debo volver a Hong-Kong lo más pronto posible, May-May. Sólo estaré allí unos pocos días.

El júbilo de la muchacha pareció desvanecerse al instante.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó.

—Mañana, si te encuentras bien.

—¿Quieres hacerme un favor, Tai-Pan?

—Desde luego.

—Llevame contigo. No quiero quedarme sola aquí.

—No te encuentras bien para viajar, y yo no puedo suspender el viaje.

—Ahora no estoy bien, pero mañana sí lo estaré, te lo aseguro. Permaneceré constantemente en mi lecho del barco, y viviremos en el *Resting Cloud*, como antes. Por favor, consiente.

—Sólo estaré fuera unos días, y para ti será mucho mejor quedarte aquí.

Pero May-May se acercó a él mimosamente y volvió a suplicarle:

—Por favor. Seré muy buena, tomaré todas las tazas que me des de ese potingue, estaré siempre en la cama, comeré mucho y me pondré muy bien. Pero te ruego que no me dejes sola hasta que me encuentre del todo bien.

—Bien, duerme ahora, y mañana lo decidiremos.

Ella le dio un tierno beso e insistió:

—No hay nada que decidir mañana. Si te marchas, no comeré ni tomaré el brebaje. ¡Lo juro por Dios, ea!

Struan la oprimió entre sus brazos. Minuto a minuto le parecía sentir que May-May iba recuperando las fuerzas, gracias a la bendita cincona.

—Bien, accedo. Pero no saldremos mañana, sino pasado, al amanecer, y siempre que estés mejor. Si…

—¡Gracias, gracias, Tai-Pan! ¡Verás qué bien me pongo!!

El la examinó atentamente. Se daba cuenta de que aún tendrían que transcurrir varios meses antes de que May-May recuperase su antigua hermosura. Pero no sólo era el rostro lo que hacía hermosa a una persona, pensó él, sino lo que afloraba en su mirada, desde lo profundo del espíritu.

—¡Ah, muchacha, qué hermosa eres y cuánto te amo!

May-May le tocó la punta de la nariz, con gesto tímido, y replicó:

—No sabes cuánto te agradece tu madrecita esas palabras, Tai-Pan.

Luego, Struan llenó una copa de infusión de cincona y se la entregó a May-

May. Esta se apretó la nariz con los dedos y bebió rápidamente. Después de beber una segunda taza, May-May se introdujo en la boca algunas hojas de té y se puso a masticarlas, para hacer desaparecer el mal sabor de la quina. Struan la arropó como a una criatura, le dio un beso y se encaminó a su habitación.

Cuando estuvo en su alcoba quitóse las ropas y se tendió en el lecho, de sábanas gratamente frescas. No tardó en quedar profundamente dormido.

Mientras descansaba, el chino que había contribuido a dar muerte a Gorth era interrogado implacablemente. Las torturas a que le sometieron eran muy refinadas, capaces de hacer hablar al ser más templado.

CAPITULO XLI

El *China Cloud* regresó al puerto de Macao poco antes del anochecer. Cuando se aproximaba al fondeadero, Struan avanzó apresuradamente por el muelle, en dirección a la lancha que le estaba esperando.

—¡Dirk!

Struan se volvió y descubrió a Elisa Brock, que tenía aspecto de haber sufrido intensamente.

—Voy con usted, Dirk —agregó la mujer.

—Como guste —replicó Struan, tendiendo una mano a Elisa para ayudarla a bajar a la lancha, pero ella le rechazó.

—¡Adelante! —ordenó Struan.

Los marineros hundieron con fuerza los remos en el agua. Era un día espléndido, de mar tranquila. Struan vio la pequeña figura del capitán Orlov en el puente, que les estaba observando.

—Mañana llevo los restos de Gorth a Hong-Kong —manifestó Elisa.

Struan no contestó. Sólo asintió con la cabeza y siguió mirando a su barco.

Cuando llegaron a la escalerilla, Struan dejó que Elisa ascendiera primero.

—Buenos días —dijo el capitán Orlov.

—¿Está a bordo la señorita Brock? —inquirió Struan.

—Sí.

—¿Les ha… les ha casado usted? ¿Ha casado a Culum y a mi Tess? —preguntó la mujer.

—Así es —dijo Orlov, dirigiéndose a Struan—. Usted me colocó bajo sus órdenes y él me ordenó que les casara. El capitán es siempre el capitán. Así es la ley. No hice más que cumplir las órdenes que me daban.

—Estoy de acuerdo —aprobó Struan, suavemente—. No tenía usted responsabilidad alguna, más que en lo concerniente a la navegación. Se lo dije

bien claro a Culum.

Elisa giró en redondo, encarándose furiosa con Struan, y exclamó:

—¡Entonces todo fue planeado deliberadamente! ¡Usted sabía que iban a fugarse!

—No, no lo sabía, señora Brock —dijo Culum, que llegaba en ese momento a cubierta, sereno, aunque con expresión preocupada—. Todo fue idea mía. Sí, yo ordené a Orlov que nos casara bajo mi responsabilidad.

—Bien, vamos abajo, muchacho —manifestó Struan.

Elisa, con el rostro intensamente pálido, aferró a Culum por los hombros y le preguntó:

—Dime, ¿estás apestado?

—Claro que no. ¿Quién le contó esa barbaridad? ¿Cree que me habría casado con Tess, de estarlo?

—Pido a Dios que digas la verdad. ¿Dónde está Tess?

—En el camarote. Vengan, por favor.

—¿Está… está bien?

—Desde luego, señora Brock.

—Este lugar no es apropiado para solventar asuntos familiares —manifestó Struan, y comenzó a descender por la escalerilla.

Elisa le siguió.

—Hola —dijo Tess tímidamente, al tiempo que salía de la cámara principal —. Hola, mamá.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Claro que sí. Muy bien —replicó la muchacha, y se arrojó en brazos de su madre.

Struan hizo una seña a Culum, y los dos se alejaron, dejando a solas a las dos mujeres.

—Lo siento, Tai-Pan, pero creí que era lo mejor que podíamos hacer.

—Oye, muchacho, han pasado muchas cosas mientras tú estuviste fuera —dijo Struan. Y contó a Culum lo ocurrido con Gorth—. No hay duda de que fue él quien planeó tu ruina.

—¿Crees que ya no habrá peligro, después… después de transcurridos siete días?

—No, pero es mejor que vayas al médico de los Brock, para que te examine.

Eso dejará tranquila de una vez a Elisa.

—Una vez más has tenido razón. Bien que me lo advertiste, padre. Cielos, ¿por qué haría eso Gorth? ¿Cómo será capaz de hacer eso un hombre a otro? .

—No lo sé. ¿Va todo bien entre tú y Tess?

—Desde luego —contestó Culum, y extrajo dos cartas de un bolsillo—. Aquí tienes las respuestas de Skinner y de Gordon:

—Gracias, muchacho, y no te preocupes por…

—Nos vamos a tierra —dijo Elisa, avanzando con aspecto decidido—. Me llevo a Tess y luego…

—No va a llevarse a mi mujer a ninguna parte, señora Brock —dijo Culum, interrumpiéndola—. En cuanto a los rumores acerca de mi enfermedad, iré en seguida a ver al médico de ustedes para dejar aclarado ese asunto de una vez por todas.

—Tyler hará que se anule el matrimonio. Fue realizado sin su consentimiento.

—Nos casamos ante Dios, legalmente, y no hay más que hablar —afirmó Culum, al que la jugarreta de Gorth otorgaba mayor confianza en sí mismo—. Siento que hayamos tenido que fugarnos. Bien, en realidad no lo siento. Estamos ya casados y haré todo cuanto esté de mi parte para ser un buen esposo. Pero Tess se queda conmigo, y hará lo que yo disponga.

—¡Tyler vendrá a buscarte con un látigo!

—¡No, madre, no! —gritó Tess, corriendo hacia Culum—. Nos hemos casado, y es lo mismo que haya sido ahora que dentro de tres meses. Dígaselo, Tai-Pan. Dígale a mi madre que está equivocada.

—Estoy seguro de que tu padre montará en cólera, Tess, y con razón. Pero también creo que os perdonará a los dos. Elisa, ¿no puede perdonar a los muchachos? —inquirió Struan.

—No soy yo quien debe hacerlo Dirk Struan.

—Ven, mamá, vamos a desayunar todos juntos —dijo Tess.

«No, ahora nada puede ocurrimos, una vez que estamos casados —pensó la joven—. Somos marido y mujer, y yo le amo… Los dos estamos contentos el uno con el otro, y él ha logrado hacerme olvidar lo de Nagrek para siempre».

—Es mejor que vengas conmigo a casa —repitió Elisa, con la frente cubierta de sudor—. Mandaré llamar a tu padre.

—Estaremos en el hotel Inglés —dijo Culum.

—No es necesario, Culum —intervino Struan—. Os he hecho preparar algunas habitaciones en nuestra residencia.

—Gracias, pero ya lo hemos decidido. Creo que debemos regresar cuanto antes a Hong-Kong, para pedir perdón al señor Brock. Por favor, señora, seamos amigos. Mi padre me dijo lo que le sucedió a Gorth. Lo siento.

—Mañana llevaremos su ataúd a Hong-Kong —manifestó Struan.

—¿Cómo? —dijo Tess, que no sabía nada de lo ocurrido.

—Gorth murió ayer —añrmó Culum.

—Fue asesinado por unos bandidos —agregó Elisa, sollozando.

—¡No es posible! —replicó la muchacha, atónita.

Struan le contó todo, con excepción de lo que Gorth había tratado de hacer a Culum.

—No tenía más remedio que desafiarle —concluyó diciendo Struan—. Pero yo nada tengo que ver con su muerte. Y ahora, creo que será mejor que vayamos a tierra.

Tess sollozaba suavemente. Culum le rodeó los hombros con un brazo y dijo:

—Vamos, querida, sécate las lágrimas. La culpa no ha sido nuestra, ni de mi padre.

Culum la condujo a cubierta, y Elisa y Struan siguieron a la pareja.

—Se han casado y son felices —dijo Struan a Elisa—. ¿Por qué no dejamos las cosas así?

—Si fuera por mí, consentiría, si es que Culum ha dicho la verdad. Pero Tyler no lo hará; le conozco bien. Yo sé que esto lo planeó usted, y él también se dará cuenta de ello. Tyler le desafiará en duelo a muerte, y uno de los dos no sobrevivirá. ¿Por qué no dejó las cosas como estaban? Tres meses no era mucho esperar. Ahora, en cambio… ¡Oh, Dios mío!

Struan levantó la vista de las cartas que estaba leyendo al ver entrar a Culum y preguntó:

—¿Va todo bien?

—Sí. El médico asegura que me encuentro perfectamente.

—¿Has desayunado?

—No. Ni Tess ni yo tenemos apetito. Pensar que todo iba tan bien… Y ahora, por un acceso de locura de Gorth, nos vemos en esta situación…

—¿Cómo se encuentra la señora Brock?

—Tan bien como puede esperarse. Dime, ¿llegó ya la corteza de cincona?

—Sí, la enferma ya está mucho mejor.

—No sabes cuánto me alegro.

Struan asintió. Sentía, no obstante, una sensación de peligro indefinida. No era nada que pudiera precisar, sino algo que le impelía a mantenerse alerta, sin saber por qué. Las cartas no decían nada de particular. Gordon Chen escribía manifestando que aún tenía esperanzas de conseguir la cincona, y Skinner comunicaba que publicaría la noticia inmediatamente, y que esperaba la llegada de Struan cuanto antes.

«Hoy, al menos, ya no iré —se dijo Struan—. Debí haber sido más enérgico, obligando a May-May a permanecer aquí».

—Mañana regresaré a Hong-Kong, y será conveniente que me acompañéis los dos —dijo Struan en voz alta.

—Creo más acertado que vayamos en el *White Witch*, con la señora Brock y Lilibet —replicó Culum—. La madre de Tess mandó un mensaje a su marido contándole lo nuestro y lo de Gorth.

—No te preocupes, muchacho. Elisa terminará por perdonaros. En cuanto a Tyler, espero que no será un problema para vosotros dos.

Culum observó a su padre en silencio durante unos minutos. Luego dijo:

—Tú sabías que pensaba llevarme a Tess én el *China Cloud*, ¿no es cierto?

—Bueno, cuando supe que Tess faltaba, me di cuenta de lo que habías hecho.

Culum cogió un pisapapeles que había sobre el escritorio. Era muy pesado, y estaba hecho de jade blanco.

—He sido un imbécil —dijo al fin el muchacho.

—Yo no pienso así. Era lo mejor que podías hacer. Ahora puedes estar tranquilo.

—He sido un imbécil, porque otra vez actué como un títere en tus manos.

—¿Cómo dices?

—Pienso que tú fuiste quien me inculcó la idea de la fuga. Deliberadamente pusiste a Orlov bajo mi mando, sabiendo que yo le ordenaría que nos casara. Sé que nos facilitaste la fuga para que Gorth fuera a buscarte, ofendiéndote en

público, para poder matarle justificadamente. ¿No es así?

Struan tomó asiento cansadamente en una silla, sin dejar de mirar a su hijo.

—No sé muy bien lo que debo contestarte, Culum. Ni siquiera sé si deseas una respuesta. Lo cierto es que tú querías casarte cuanto antes con Tess, y ya estáis casados. Lo cierto es que Gorth trató de destruirte del modo más tremendo que puede destruirse a un hombre. Ahora ya está muerto, y siento no haberlo hecho yo. Por lo tanto, también es cierto que nada he tenido que ver con su muerte. Y gracias a su muerte, tú y Tess estáis vivos. Por grande que sea la cólera de Brock, él juró que os dejaría el camino libre a Tess y a ti. La última verdad es que pronto podrás ser el Tai-Pan de la Noble Casa.

Culum depositó el pisapapeles en la mesa y dijo:

—Aún no estoy preparado para eso.

—Lo sé. Pero pronto lo estarás. Me voy a Europa durante unos meses y el año que viene traeré conmigo al *Lotus Cloud*. Trataré con Wu Kwok, pero todo lo demás será asunto tuyo.

Culum pensó en lo que significaba ser Tai-Pan, al fin, y poder hacer su libre voluntad.

—Creo que podría hacer las paces con Brock, si tú no te interpusieras —dijo el muchacho—. Dime, ¿acaso has planeado todo esto en sus menores detalles?

—En cierto modo —replicó Struan—. Utilicé ciertos hechos para obtener un fin determinado.

—Cuando sea Tai-Pan uniré la Noble Casa con Brock e Hijos. Brock será el primer Tai-Pan y yo iré detrás de él.

Struan, con el rostro contraído, se puso en pie.

—¡Ese maldito no será el Tai-Pan de la Noble Casa! —exclamó—. ¡Jamás mandará mis barcos!

—No son tus barcos, sino los de Struan y Compañía, una entidad mercantil.

—Te juro, Culum, que no te comprendo. Puedes disponer ahora libremente de tu vida y haces lo posible por destruirla.

De pronto, Culum descubrió a su padre como hombre.

Advirtió la energía de su recio semblante, tostado por los soles y los vientos del mar; los destellos de su pelo rojizo y el verde asombroso de sus ojos. Y se dio cuenta de que él siempre sería un instrumento en manos de ese hombre. Comprendió que nunca podría luchar centra él, ni podría convencerle de que el

único modo de poder vivir en paz era uniéndose a Brock.

—No, creo que nunca podré ser el Tai-Pan de la Noble Casa —dijo Culum, convencido—. No quiero serlo, y nunca lo seré.

En ese momento oyéronse unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo Struan.

Lo Chum abrió la puerta y dijo:

—Viene amo soldado, ¿puede?

—Le veré dentro de un momento —replicó Struan.

—Creo que voy a marcharme —dijo Culum, poniéndose en pie.

—Un momento, Culum —pidió Struan—. Lo Chum, dile que pase.

El chino abrió del todo la puerta y dejó pasar al joven oficial que descubriera el cadáver de Gorth.

—Buenas tardes, señor.

—Siéntese, capitán Machado. ¿Conoce a mi hijo Culum?

Los dos jóvenes se estrecharon la mano, y el oficial tomó asiento.

—Como jefe que es usted de los subditos británicos, mis superiores me han pedido que le comunique oficialmente el resultado de la investigación relativa al asesinato del señor Gorth Brock —comenzó diciendo Machado.

—¿Han capturado a los demás? —preguntó Struan.

—No, señor —replicó el oficial, sonriendo y moviendo negativamente la cabeza—. Y dudo que podamos conseguirlo. Hemos entregado el criminal a las autoridades chinas, como es nuestra obligación. Le interrogaron del modo expeditivo que acostumbran, y el oriental admitió ser miembro de una sociedad secreta, el Hung Mun Tong. Parece ser que llegó de Hong-Kong hace pocos días. Según él, hay una próspera secta local en el Tai Ping Shan. El joven sonrió de nuevo y añadió:

—Parece ser que tiene muchos enemigos, señor Struan. Ese maldito aseguró que el hijo natural de usted, Gordon Chen, es el jefe de esa secta.

—Es lo más gracioso que he oído contar en los últimos tiempos —aseguró Struan, divertido en apariencia, aunque interiormente consideró la posibilidad de que aquello fuera cierto.

«¿Y si fuese verdad? —pensó Struan—. ¿Qué partido tomar? Lo mejor es averiguarlo con certeza, para saber a qué atenerse».

—También a los mandarines les hizo gracia la confesión —declaró Machado

—. De todos modos, el asesino murió antes de que lograsen hacerle confesar el nombre del verdadero jefe. Aseguró que había llegado aquí, junto con los demás, con el fin determinado de asesinar al señor Brock, por orden del jefe. Dio los nombres de algunos de sus compañeros, pero a mi entender eso carece de importancia, como toda la historia. Yo creo que trataban de robar al señor Gorth Brock, simplemente. Esos Tong son unos bandidos. Aunque tal vez pudiera ser también alguna venganza.

—¿Cree usted?

—Según parece, señor, el difunto no gozaba precisamente de muchas simpatías en ciertos medios de los bajos fondos. Tengo entendido que frecuentaba un burdel situado cerca del lugar donde le mataron. Hace una semana, aproximadamente, vapuleó brutalmente a una ramera que murió anteayer. Acabamos de recibir una protesta de los mandarines en relación con ese hecho. ¿Quién sabe? Tal vez éstos decidieron pagarle con la misma moneda. Ya sabe usted lo vengativas que son esas gentes. Tal vez sea mejor que haya muerto, pues de lo contrario hubiéramos tenido que intervenir nosotros, y eso habría sido muy violento.

Machado púsose en pie y concluyó diciendo:

—Como es lógico, mis superiores enviarán un informe a Su Excelencia, ya que es uno de los subditos británicos quien se ha visto envuelto en el asunto.

—Tenga la bondad de agradecérselo de mi parte —dijo Struan, tendiéndole la mano—. Si fuera posible, desearía que se mantuviese en secreto lo concerniente a la muerte de la prostituta. Mi hijo se ha casado con la hermana del difunto, y querría que el nombre de Brock no se viera manchado. Tyler Brock es un viejo amigo mío.

—Eso he oído decir —replicó el oficial, con tono ligeramente irónico. Luego miró a Culum y agregó—: Le felicito, señor.

—Muchas gracias.

—Comunicaré su sugerencia a mis superiores, señor Struan. Estoy seguro de que sabrán comprender lo delicado de la situación en que usted se encuentra.

—Eso espero —replicó Struan—. Si capturan a los demás, sigo manteniendo en pie la recompensa que había ofrecido.

El oficial saludó y se marchó.

—Gracias por pedir que mantengan el secreto, padre —dijo Culum—. ¿Qué

pudo haberle ocurrido a Gorth?

—Le hubieran colgado, de todos modos. Las leyes inglesas son muy severas en lo que se refiere a los asesinatos.

—Tendría gracia que la historia fuese cierta —manifestó Culum.

—¿Cómo?

—Me refiero a lo de Gordon Chen y la sociedad secreta, y a que tú no hubieras planeado desafiar a Gorth, porque en realidad habías ordenado en secreto que le dieran muerte.

—Esa es una acusación muy grave.

—No estoy acusándote, sino diciendo lo que otros pueden pensar. Yo te conozco bien y sé que no eres capaz de matar a traición, sino cara a cara. Así es como actúas tú. Pero yo no quiero seguir matando. Me disgusta usar a la gente sólo para mis fines, a cualquier precio. Tendrás que conformarte y tomarme también como soy. Y si la Noble Casa se derrumba bajo mis manos, deberán aceptarlo pensando, como sueles hacerlo, que ha sido un designio de la Providencia. Tu honra queda a salvo. Te marcharás como el Tai-Pan, ocurra lo que ocurra, después. Nunca te comprenderé del todo y sé que tampoco tú me comprenderás jamás, pero de todos modos, podemos seguir siendo buenos amigos.

—Claro que sí, muchacho —replicó Struan—. Pero te pido una cosa: prométeme que no te asociarás con Brock.

—Cuando yo sea Tai-Pan, haré lo que considere conveniente. A ti no te corresponderá tomar decisiones. Es la ley que tú mismo has establecido, y que he jurado obedecer.

De lejos llegó el sonoro tañido de las campanas de un templo. Struan y Culum permanecieron un momento en silencio, y, al fin, éste dijo:

—¿Quieres cenar esta noche con nosotros en el club?

—Desde luego.

Marchóse Culum, y Struan permaneció sentado ante su escritorio.

«¿Cómo podría comunicar mi fuego a Culum?», se preguntó, mas no supo hallar la respuesta.

Llamó luego al empleado principal y despachó los asuntos más importantes de la Compañía, pues deseaba arreglarlo todo antes de regresar a Hong-Kong. Abandonó luego las, oficinas, y, cuando se dirigía hacia la casa de May-May,

pensó en Brock.

«¿Vendrá esta noche hecho una furia al club, como lo hizo Gorth?», inquirió para sus adentros.

Struan se detuvo un momento y miró hacia el mar. El *White Witch* y el *China Cloud* tenían un hermoso aspecto a la luz del atardecer. Luego su mirada dirigióse a tierra y se posó en la catedral de Macao.

«¿Por qué ese condenado sacerdote no habrá puesto precio a la corteza de cincona? —preguntóse Struan—. Sé honrado contigo mismo, Dirk. No puedes llamar condenado al obispo. Sí, pero me ha hecho caer en una trampa. Ahora no podré olvidar lo que hizo durante el resto de mi vida, y me sentiré en deuda con su Iglesia, y con los malditos católicos. ¿Merecen que les llames malditos? Di la verdad, Dirk.

»No, no lo merecen.

»El único ser maldito que has conocido realmente era Gorth, y éste ha muerto. Ha desaparecido para siempre, gracias a Dios.

»Sí, Gorth ha muerto, pero no le has olvidado».

LIBRO QUINTO

CAPITULO XLII

El *China Cloud* soltó sus amarras al amanecer. El mar se hallaba en calma, y el viento soplaba suavemente del este. Pero dos horas más tarde la brisa refrescó, y Struan dejó a May-May en la gran cámara y subió a cubierta.

Orlov escrutaba el cielo. Estaba despejado encima, pero algo más lejos se iban reuniendo algunos cúmulos.

—Por ahora no hay peligro hacia allí —dijo Orlov.

—Tampoco parece presagiar nada serio el mar —corroboró Struan, señalando con la cabeza a las aguas.

Luego avanzó hacia proa y se detuvo ante las jarcias del palo de trinquete. Trepó ágilmente, sintiendo complacido los embates del viento en su cuerpo, y no se detuvo hasta que hubo llegado a la punta del mástil, donde se aferró a las drizas de los juanetes.

Miró Struan en torno suyo, buscando atentamente cualquier señal de una tormenta que se estuviera preparando, o bien el arrecife oculto, o el bajío no señalado en las cartas. Pero no había nada que pudiera justificar prevención, hasta donde alcanzaba la vista.

Durante unos momentos gozó de la sensación especial que producían la velocidad, el viento y el infinito espacio que le rodeaba, y bendijo al cielo por estar vivo, él lo mismo que May-May. La muchacha se encontraba ya mucho mejor, y, aunque aún estaba débil, sus fuerzas aumentaban por momentos.

Desde su puesto de observación, Struan examinó los aparejos, buscando un posible desperfecto. No halló nada de particular y volvió a bajar a cubierta, regresando al puente. Una hora después, el viento adquirió mayor fuerza, y la espuma de la proa comenzó a salpicar las velas más bajas.

—Me gustaría llegar a puerto antes de la noche —dijo Orlov, inquieto.

—También yo. ¿Nota usted algo extraño? —preguntó Struan.

—No, pero querría llegar a puerto —repitió el jorobado, y escupió a sotavento—. El cielo está limpio, el viento y el mar están normales, pero aun así, noto como si algo desagradable estuviera preparándose.

—En estas aguas nunca se sabe lo que puede ocurrir —dijo Struan.

—Con su permiso, colocaré un hombre para que cante las sondas. Puede haber un bajo o algún arrecife traidor por estos contornos.

Orlov se estremeció y se abrochó la chaqueta, a pesar de que la temperatura era agradable.

—Está bien, Orlov.

Enviaron a proa un marinero, que comenzó a lanzar la sonda y a cantar en voz alta la profundidad que hallaba.

Al caer la tarde, el *China Cloud* llegó sin novedad al estrecho occidental de Hong-Kong. El viaje había sido perfecto, sin que se produjera contratiempo alguno, a pesar de los presentimientos de Orlov.

—Tal vez nos estemos volviendo viejos, Orlov —dijo Struan riendo suavemente.

—Cuanto más viejo se vuelve uno, más le llama el mar a su seno —contestó Orlov, contemplando las aguas sin rencor—. De no ser por mí hermoso barco, hoy mismo desembarcaría para siempre.

Struan se dirigió hacia el timonel y le dijo:

—Yo llevaré el barco. Vaya a proa.

—A la orden, señor —replicó el marinero, y dejó solos a los dos hombres en el puente.

—¿Qué le hace pensar así, Orlov?

—Puedo advertir que el mar me está observando. El mar siempre observa a los marinos, y los pone a prueba. Pero llega un momento en que nos mira de modo diferente. Con celos, sí, con celos, como una mujer, y entonces el mar se vuelve peligroso.

Orlov escupió sobre la borda el tabaco que masticaba, y luego se enjuagó la boca con el té frío que contenía una bolsa de lona impermeable, que estaba junto a la bitácora. Luego añadió:

—Nunca había casado a nadie antes de ahora. Para mí resultó terriblemente inquietante, Tai-Pan, contemplar a aquellos dos chiquillos, tan impacientes por casarse.

Luego, como un eco de su padre, Culum decía, hinchado como un pavo real: «Por todos los cielos, Orlov, tiene que casarnos. Soy el capitán del *China Cloud*, y ya sabe que la palabra del capitán es ley». Y allí estaba yo, haciéndome de rogar, para que él pudiera lucirse, y sabiendo desde el primer momento que quien movía allí todos los hilos era el Tai-Pan.

Orlov rióse en voz baja, miró significativamente a Struan y añadió:

—Pero actué como era debido, y le dejé darme órdenes. Era algo así como un regalo de bodas para el muchacho. ¿Le contó el trato que hemos hecho?

—No.

—Me dijo que si les casaba, yo conservaría el barco —afirmó sonriendo el jorobado—. De todos modos, yo estaba dispuesto a celebrar la boda.

—He pensado en quitarle yo mismo el barco —dijo Struan.

—¿Cómo dice? —inquirió Orlov, al tiempo que desaparecía su sonrisa.

—Voy a reorganizar la Compañía, colocando toda la flota bajo el mando de un hombre. ¿Le gustaría el puesto?

—¿Tendría que quedarme en tierra?

—Desde luego. No puede mandarse una flota mercante desde el puente de un clíper.

Orlov golpeó con un puño en la palma de la otra mano y exclamó:

—¡Es usted un demonio tentador! Me ofrece más poder del que puedo soñar, con tal de abandonar lo único que amo en el mundo. En el puente de una nave llego a olvidar lo que soy, bien lo sabe usted. ¿Quién soy en tierra en cambio? ¡Sólo Orlov, el jorobado!

—Puede usted ser «Orlov el jorobado», Tai-Pan de la más hermosa flota mercante del mundo. Yo diría que se trata del mejor trabajo que puede desempeñar un hombre —manifestó Struan, y su mirada no se separó de los ojos del jorobado.

Orlov dio media vuelta, se apoyó en la borda del barlovento y lanzó al aire una catarata de imprecaciones en noruego y ruso, que duró algunos minutos. Luego, más calmado, regresó adonde se hallaba Struan.

—¿Cuándo sería eso?

—A fin de año. Tal vez algo más tarde.

—¿Y mi viaje al Norte, en busca de pieles? ¿Se ha olvidado de lo que habíamos hablado?

—¿Desea cancelarlo?

—¿Qué derecho tiene usted a tratar a los hombres como si fueran muñecos, eh?

—¡Timonel! —llamó Struan, y entregó la rueda al marinero cuando el *China Cloud* abandonó el canal para entrar en las tranquilas aguas de la bahía. Una milla a proa se hallaba la península de Kowloon. La tierra, a ambos lados del estrecho, aparecía totalmente árida, y desfilaba rápidamente ante el buque. El puerto, a algo menos de una milla de distancia, se hallaba antes del promontorio llamado North Point. Más allá, invisible desde donde estaban, se encontraba el Valle Feliz—. ¡Rumbo nornordeste! —exclamó Struan.

—¡Rumbo nornordeste, señor! —repitió el timonel.

—Mantenga el rumbo.

—Bien, señor.

A continuación, Struan miró a Orlov por encima del hombro y preguntó:

—Y bien, ¿qué decide?

—No tengo alternativa. Sé lo que trama. Está tratando de dejarme en tierra, sin que pueda negarme. Está bien, acepto, pero con algunas condiciones.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar, quiero disponer del *China Cloud* durante seis meses. Deseo ir a mi tierra por última vez.

«Así tal vez tu mujer o tus hijos regresen contigo, o quizá deseen seguir allí —pensó Orlov—. Si se quedan, será que te desdeñan y maldicen, y habrás perdido seis meses y toda una vida en el mar».

—De acuerdo. En cuanto tenga aquí otro clíper, el *China Cloud* queda a su disposición. Traerá usted un cargamento de pieles, según lo convenido. ¿Qué más?

—Luego, Tai-Pan, está su ley, de que cuando se halla usted a bordo es el capitán. Eso debe quedar para mí.

—Convenido. ¿Algo más?

—Nada más.

—Pero no hemos hablado del sueldo.

—¡Al demonio con el dinero! Voy a ser el Tai-Pan de la flota de la Noble Casa. ¿Qué más puede desear un hombre como yo?

Struan entrevió una respuesta: May-May. Pero no dijo nada. Se estrecharon

la mano, cerrando el trato, y cuando el buque se hallaba a un cuarto de milla de Kowloon, Struan ordenó rumbo sudsudeste, y el buque enfiló hacia el puerto.

—¡Todos a cubierta! Tome el mando, capitán, y fondee junto al *Resting Cloud*. Amarre al ancla de tormenta.

—Gracias, Tai-Pan —gruñó Orlov—. Me alegra hallarme sin novedad en puerto, por todos los cielos.

Struan miró hacia tierra con sus gemelos. Ya alcanzaba a divisar el Valle Feliz, con sus edificios abandonados y su quietud de muerte. Desplazó levemente la mirada y ajustó el foco de los binoculares, percibiendo entonces con claridad las construcciones de la nueva Queenstown. Los andamiajes de la enorme sede de la Noble Casa estaban ya erigidos, y Struan podía ver los culíes moviéndose por ellos como si fueran hormigas. También había andamios sobre la colina donde había mandado edificar la Gran Casa, e incluso podía divisarse el nuevo y estrecho camino que serpenteaba ahora loma arriba.

Como siempre, el Tai Ping Shan había crecido apreciablemente, y donde antes había unos pocos centenares de sampánes frente a la costa, o dirigiéndose a ella, ahora había un millar.

Anclados en el puerto cabeceaban más buques de guerra y transportes de tropas, así como unos pocos navíos mercantes. Tiendas de campaña, chozas y otros refugios temporales, se extendían a lo largo del Camino de la Reina, que contorneaba la costa. Toda la franja costera hervía de actividad.

El *China Cloud* saludó al buque insignia, cuando enfiló hacia los muelles y se escuchó una salva como respuesta.

Un marinero exclamó:

—¡Señal en el navío almirante, señor!

Struan y Orlov dirigieron sus gemelos hacia el buque, y divisaron las banderas que indicaban: «El capitán debe venir a bordo inmediatamente».

—¿Me acerco al barco, señor? —inquirid Orlov.

—No. Disponga la lancha a un costado, cuando estemos a dos cadenas de distancia. Transborde mis pasajeros al *Resting Cloud*. Procure que no haya curiosos husmeando.

—Descuide, Tai-Pan.

Struan descendió bajo cubierta, y dijo a May-May que se preparase para trasladarse al *Resting Cloud*. Añadió que pronto volvería junto a ella.

Los ojos de Orlov se detuvieron en la costa, y recordó las palabras de Struan.

«Un trabajo en tierra, ¿en? Bien, ya veremos. Aún quedan muchas leguas por recorrer. Pero es lo dicho: viajaría al infierno por el Tai-Pan, voto a las barbas de Odín. El necesita una persona como yo. Y tiene razón; será un trabajo de hombres».

Sus pensamientos se tornaron grandemente alegres.

—¡Moveos, patanes! —rugió a su tripulación, consciente de que había numerosos catalejos clavados sobre ellos. Mantuvo todas las velas orgullosamente desplegadas, mientras su corazón cantaba al compás de las jarcias, y en el último momento gritó:

—¡Caña a sotavento!

Entonces el buque viró y quedó señalando hacia el navío almirante con la misma precisión con que lo haría un perdiguero hacia un nido oculto.

Se arrió la lancha y Struan descendió ágilmente por los cordajes. Cuando la pequeña embarcación hubo partido, el *China Cloud* viró unos puntos y luego quedó perfectamente adosado al *Resting Cloud*.

—¡Todos bajo cubierta! —ordenó Orlov—. ¡Despeje los puentes, señor Cuhady, tanto los nuestros como los del *Resting Cloud*! ¡Vamos a transbordar un cargamento especial, ira del cielo!

Struan abrió la puerta de la cámara principal del buque insignia.

—¡Estamos arruinados, Dirk! —exclamó Longstaff, lleno de excitación, avanzando hacia él mientras agitaba un ejemplar del *Oriental Times*—. ¡Totalmente arruinados!

Struan cogió el periódico, cuyo titular con grandes caracteres decía:

«EL SECRETARIO DEL EXTERIOR REPUDIA A LOS TRAFICANTES».

—Calma, Will —dijo Struan.

—Por todos los santos, ¿cómo ha podido hacer semejante estupidez ese individuo? ¡Maldito imbécil! ¿Qué podemos hacer ahora?

—Déjeme leer, Will, y luego pensaremos lo que puede hacerse.

—Ese necio de Cunnington ha anulado nuestro tratado. Eso es lo que hay de cierto. ¡Y a mí me sustituyen! ¡Me echan! ¿Cómo se atreverán a hacerlo?

Struan leyó el informe, lanzó un silbido e inquirió:

—¿Ha recibido ya algún despacho oficial acerca de esto?

—De ningún modo. ¿Quién va a molestarse en informar al plenipotenciario?

—Tal vez sea falso.

—Ese tal Skinner asegura que es cierto. Es mejor que sea así, o juro que le haré encarcelar por difamación.

—¿Cuándo apareció esto, Will?

—Ayer. Y yo me pregunto cómo ha podido ese cerdo de Skinner poner sus sucias manos sobre un despacho secreto que yo ni siquiera he recibido, ¿eh? ¡Deberían darle de latigazos!

Longstaff sirvióse un vaso de oporto, lo bebió de un trago y volvió a llenar otro vaso.

—No he pegado un ojo en toda la noche —agregó—. Me preocupa el futuro de Asia. ¡Lea, lea, maldito sea Cunnington!

A poco de comenzar la lectura del artículo, Struan aparentó mostrar gran indignación.

Aunque se exponían los hechos y se transcribía casi palabra por palabra el mensaje de Crosse a Struan, el artículo de Skinner daba a entender que Cunnington, bien conocido por su imperiosa forma de manejar los asuntos extranjeros, había repudiado por completo, no sólo el tratado con los chinos, sino también la experiencia que suponían las actividades de los traficantes, e incluso las actuaciones de la Marina de Guerra y el Ejército. Podía leerse:

> «Lord Cunnington, que jamás ha llegado más allá de Suez, está juzgando el valor de Hong-Kong como si fuera un experto en cuestiones de Oriente, cuando en realidad no está muy seguro de si nuestra isla se encuentra al norte o al sur de Pekín. Se atreve a afirmar que el almirante de nuestra gloriosa escuadra es un pellejo hinchado, aunque no sabe nada en relación con el mar, e ignora el valor que puede tener nuestro puerto en Asia. ¿Dónde estaríamos, sin la Armada Real, o el Ejército, que se hallan igualmente descontentos y se sienten insultados con semejante intrusión en nuestros asuntos? ¿Dónde encontrarían puerto seguro nuestros buques y lugar de descanso nuestros soldados, si no existiera Hong-Kong? ¿Cómo osa un hombre que ha estado siempre detrás de un escritorio afirmar que los traficantes, que han invertido su capital y sus vidas en Hong-Kong, son

unos necios? ¿Cómo se atreve a insinuar que los que han pasado su vida en China, para mayor gloria de Inglaterra, nada saben de tratos con los orientales, ni del valor de un puerto libre, de un emporio comercial, de una isla fortificada…?».

El artículo describía a continuación el gran valor de la isla y la forma con que, corriendo grandes riesgos, los traficantes habían creado el Valle Feliz, y cómo tuvieron que abandonarlo, con ejemplar perseverancia, y comenzaron a erigir una nueva ciudad, para mayor gloria de su patria. Se trataba, en resumen, de una obra maestra de subversión.

Struan procuró ocultar su contento. Se daba cuenta de que todos los que leyeran aquel artículo reaccionarían de manera violenta.

—¡Esto es increíble! —exclamó—. ¡No puede ser! Deberían colgar a Cunnington.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! —aseguró Longstaff, y, después de vaciar un nuevo vaso, golpeó en la mesa con él—. Bien, yo estoy en la calle. Todo el trabajo, los sudores y las preocupaciones de estos años de nada han servido, por obra y gracia de un maniático que se cree el dueño del mundo.

—¡No se saldrá con la suya! ¡Tenemos que hacer algo, Will!

—¡Ya se ha salido con la suya! —aseguró Longstaff, y se puso a pasear nerviosamente por la cámara, mientras Struan se sentía apiadado por él—. ¿Qué ocurrirá ahora? ¡Mi carrera está arruinada! ¡Todos estamos arruinados!

—¿Ha tomado alguna decisión acerca de esto, Will?

—No, no he hecho nada —contestó Longstaff, y miró por las ventanas de popa, hacia tierra—. Esa maldita isla es la causante de todas mis desgracias. ¡Ese condenado trozo de roca me ha destruido, nos ha destruido a todos!

Longstaff siguió paseando un momento, luego tomó asiento, desalentado, y añadió:

—Ayer casi llegaron a producirse disturbios. Una delegación de traficantes vino a verme y me pidió que me negara a abandonar mi puesto. Otra delegación, dirigida por Brock, solicitó que saliera de Asia inmediatamente con la flota y que me presentase en Londres pidiendo la destitución de Cunnington, y que, si se hacía necesario, bloquease el puerto de Londres. Bien, no puedo quejarme. Debí haber seguido al pie de la letra las instrucciones que me fueron dadas. Pero eso

no hubiera estado bien. No soy ningún oportunista, al que sólo interesa el poder.

Como era de esperar, el almirante y el general están sumamente satisfechos.

—¿Una copa, Dirk? —concluyó diciendo Longstaff, sin poder ocultar su profunda humillación.

—Sí, gracias —dijo Struan, y se sirvió un brandy—. Pero no se ha perdido todo, Will. Al contrario. Una vez en Inglaterra podrá usted poner en juego sus bazas.

—¿En qué sentido?

—Lo que usted ha hecho aquí es acertado. Debe tratar de convencer a Cunnington, si es que aún sigue en su puesto. Es usted quien se halla en posición más fuerte, y, sin duda alguna, tiene la razón de su parte.

—¿Conoce usted a Cunnington? —inquirió Longstaff, con desaliento—. Le aseguro que resulta imposible discutir con semejante monstruo.

—Cierto, pero yo tengo varias amistades, y me han facilitado algunos informes consoladores.

Longstaff sintió renacer sus esperanzas. Si el Tai-Pan no desesperaba ante las tremendas noticias, sin duda aún quedaba alguna posibilidad.

—¿A qué se refiere, Dirk?

Struan saboreó con delectación el brandy y afirmó:

—Los Gobiernos cambian, mientras que los diplomáticos permanecen. Antes de que llegue usted a Gran Bretaña, Peel será primer ministro.

—¡Imposible!

—Nada de eso. Ahora piense usted que llega con informes de la mayor importancia, demostrando que Cunnington es un imbécil. ¿Cómo cree que le acogerán los conservadores en su nuevo puesto?

—¡Admirable! Y dígame, ¿qué informes serían esos, amigo Dirk?

En ese momento se oyó un gran estrépito fuera, y Brock irrumpió en la cámara, mientras un centinela trataba inútilmente de contenerle. Struan se puso en pie al instante, dispuesto a extraer su cuchillo.

Brock se detuvo con el rostro congestionado, e inquirió:

—¿Se han casado los muchachos?

—Sí.

—¿Ha muerto Gorth?

—Sí.

—¿Cuándo llega el *White Witch*?

—Creo que al anochecer. Pensaba zarpar mediada la mañana, según tengo entendido.

—Primero hablaré con Elisa, después con la pareja y luego, ¡por todos los infiernos!, hablaré contigo.

Brock dio luego media vuelta y salió como un torbellino.

—¡Qué individuo más grosero! —dijo Longstaff—. Al menos podía haber llamado a la puerta.

Struan descansó como un gato lo haría después de haber pasado un peligro, con los músculos sueltos, aunque preparado para un nuevo golpe, y con los ojos impasibles.

—No tiene nada que temer de Cunnington, Will. Tiene las horas contadas en el poder.

—Eso espero, Dirk. Buen peso nos quitarían de encima —aseguró Longstaff, y, al mirar hacia la puerta, recordó el combate de boxeo, y se dijo que una pelea entre Dirk y Brock no sería menos implacable. Luego añadió—: ¿Qué pretende Brock? ¿Desea desafiarle? Ya estoy enterado de lo sucedido con Gorth. Las malas noticias siempre viajan velozmente. Un asunto desagradable.

—En efecto —contestó Struan, quien, ahora que había pasado el peligro, sintióse algo cansado.

—¿Qué habrá impulsado a esa pareja de tontos a fugarse? No es de extrañar que Brock esté fuera de sí. Ha sido una estupidez.

—Yo no pienso igual, Will. Era lo mejor que podían hacer —replicó Struan.

—Bien, si usted lo cree así… —dijo Longstaff, y se preguntó si sería cierto el rumor que corría de que el Tai-Pan había precipitado deliberadamente el casamiento y el duelo.

«El Tai-Pan es lo suficientemente astuto como para planear todo eso —se dijo Longstaff—. De modo que no queda más alternativa que una lucha entre él y Brock».

—¿Qué me decía acerca de Peel, Dirk? —inquirió a continuación Longstaff.

—Usted es diplomático, Will, y éstos no se asocian a ningún partido, por lo que suelen ser considerados sin recelos por todos ellos.

—Así es —dijo Longstaff, y su mirada adquirió interés—. ¿Me está sugiriendo que debo apoyar a Peel y a los conservadores?

—No es necesario. Hong-Kong es lo que conviene a Inglaterra, y usted representa a Hong-Kong. Tal vez esto —dijo Struan, agitando el periódico— signifique una suerte para usted. No sólo demuestra que Cunnington es un necio, sino que es también un descuidado. Resulta extraño leer un informe secreto en un periódico.

A continuación, Struan contó a Longstaff lo de la cartera que le entregara el obispo, lo que contribuyó a aumentar la agitación de Longstaff.

«¡Santo cielo! —exclamó Longstaff para sus adentros—. Si existe realmente, como dice el Tai-Pan, una copia del documento secreto, con mapas de la frontera ruso-china y las zonas en litigio, eso significará para ti una puerta abierta al cargo de embajador y a un título nobiliario».

—¿Dónde lo consiguió, Dirk?

—De una fuente plenamente digna de confianza —dijo Struan, poniéndose en pie—. Se lo entregaré antes de que se marche. Puede emplear esos documentos como crea conveniente. Así demostrará sin la menor duda que usted tiene razón y que Cunnington está equivocado.

—Quédese a cenar, Dirk —rogó Longstaff, que se sentía mejor que desde hacía muchos años—. Tenemos bastante de qué hablar.

—Esta noche no, si puede disculparme. ¿Le parece bien mañana, Will?

—Perfecto. Y muchas gracias. Me alegra enormemente saber que podemos lograr nuestra rehabilitación.

—Una cosa más. Hay algo que requiere atención inmediata. Me refiero a los Tong.

—¿Cómo?

—Gorth Brock fue asesinado por los Tong de Hong-Kong, que se alojan en el Tai Ping Shan.

—¡Cielos! ¿Y eso?

—No sé por qué lo habrán hecho.

Struan relató a continuación lo que el oficial de Macao le había contado acerca de los Tong, y sobre Gordon Chen. Creyó conveniente dar a Longstaff ese informe, para que no pareciese que estaba protegiendo a su hijo cuando se supiera oficialmente. Si Gordon se hallaba implicado, eso le destruiría, y lo tendría bien merecido. Si no estaba mezclado, en nada le iba a perjudicar.

—Dios sea loado —manifestó Longstaff, echándose a reír—. Esa es una

historieta ridicula.

—Sí, divulgada por mis enemigos, sin duda, pero es mejor que lance un decreto acerca de los Tong y que ordene su eliminación por el comandante Trent. De lo contrario, tendremos a los condenados mandarines sentados encima nuestro.

—Buena idea. Mandaré a Horacio…, condenación; le envié a Macao con permiso para dos semanas. ¿Puede usted prestarme a Mauss, Dirk?

—Desde luego. Le diré que venga a verle.

Cuando Struan se hubo marchado, Longstaff tomó asiento ante su escritorio, manifiestamente aliviado.

«Mi estimado sir William —dijo a su imagen reflejada en el espejo de mano —. Te sientes maravillosamente bien, ¿no es cierto? Si se arreglan las cosas, no te importará un ardite esta hedionda isla, ni los traficantes, los chinos o los condenados Tong».

Longstaff se fue hacia la ventana, reía por lo bajo.

«Veremos lo que contiene la cartera, y cuando vuelvas a Inglaterra podrás decidir. Si Cunnington se ha marchado, regresarás a Hong-Kong con más prestigio que antes. Si permanece en su puesto, puedo mostrarme de acuerdo con él y mandar al demonio la isla. Tendré conmigo los documentos, que son una llave de oro para abrir la voluntad de cualquier secretario del Exterior, y también de muchas toneladas de té».

Longstaff sonrió lleno de satisfacción. Pocos días antes llegó un emisario de Ching so diciéndole que las semillas que Horacio había pedido le serían enviadas dos semanas más tarde.

—¡Yo diría que has hecho un excelente trabajo, Excelencia! —dijo en voz alta.

A bordo del *Resting Cloud*, Struan encontró a May May en su lecho, con muy buen aspecto.

—Me siento muy feliz por encontrarme en casa, Tai Pan. Ya lo ves, tu madrecita obedece como un marinero. Me he tomado dos tazas de cincona y he mandado preparar otras tres.

—¿Es cierto? —preguntó Struan, no muy convencido.

—Claro que sí. Y no me mires de esa forma. Te estoy diciendo la verdad. ¿Soy acaso una ramera hoklo, para que desconfíes? ¿Soy una pordiosera del arroyo? Las promesas son promesas, y yo no las olvido. Eso sí, ahora tomo ese potingue de sabor a perros, con un poco de jugo de mango, que es lo que haría cualquier mujer en sus cabales —aseguró la muchacha, moviendo imperiosamente la cabeza—, y que no se os ocurriría a vosotros, los hombres.

Struan no hizo nada por ocultar su agrado, al comprender que May-May volvía a ser la de siempre.

—Bien, volveré más tarde. Mientras tanto, debes seguir en la cama.

—¿Pero es que me crees una niña desobediente, para que me lo repitas constantemente? ¡Un momento, Tai-Pan! —exclamó ella, cuando Struan se disponía a marcharse, y le tendió una mano, como si fuera una ofendida princesa.

El le besó la mano galantemente y May-May se echó a reír llena de gozo, mientras le estrechaba entre sus brazos.

—Ahora vete. Vete ya, Tai-Pan, ¡y cuidado con acercarte a algún burdel!

Struan salió de la cámara que ocupaba May-May y se dirigió a su propio camarote. Abrió la caja de caudales y extrajo una copia de los documentos y mapas entregados por el obispo, los que había mandado reproducir fielmente. Colocó una de las dos copias en su bolsillo, junto con el saquito que contenía los restos de la corteza de cincona.

A continuación, Struan embarcó en su lancha.

—Al *Boston Prinss* —ordenó Struan, refiriéndose al buque de Cooper-Tillman estacionado permanentemente en el puerto. El sol aún se hallaba alto sobre el horizonte, pero relucía débilmente, como si hubiera un velo interpuesto entre él y la tierra.

—¿A qué puede deberse eso, contramaestre?

—No lo sé, señor. Vi algo parecido en los mares del sur, cuando cambiaba el tiempo. Si además, esta noche aparece un halo en torno a la luna, entonces seguramente tendremos lluvia.

«O algo peor», díjose para sus adentros Struan, y se puso en pie, mirando hacia el canal occidental. Aún no se apreciaban rastros del *White Witch*. Tal vez fondearan por el camino y llegasen al amanecer, pensó Struan, y decidió no pensar más en Brock.

La lancha se acercó al costado del *Boston Princess*.

Este era un antiguo buque mercante de tres cubiertas, que se hallaba perpetuamente anclado.

Struan subió por la escalerilla y dijo al oficial americano que deseaba ver a Cooper.

—Se trata de un asunto urgente —agregó.

—Un momento, señor Struan —contestó el oficial, y descendió bajo cubierta.

Struan encendió un cigarro y lanzó la cerilla por encima de la borda. El *China Cloud* se balanceaba suavemente sobre las aguas profundas que bañaban las costas del Valle Feliz.

—Hola, Tai-Pan —dijo Jeff Cooper, acercándose con paso vivo a Struan—. Supongo que estará enterado de lo que ese condenado de Cunnington nos ha hecho. Siento terriblemente lo que me han dicho del duelo, y lo demás. ¿Es cierto que se fugaron esos dos tórtolos?

—En efecto. ¿Cómo está Tillman?

—Ha muerto.

—¡Maldición! ¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace tres días.

—Vamos abajo, si le parece bien.

—De acuerdo. ¿Qué me dice de la destitución de Longstaff y de la anulación del tratado?

—Eso no quiere decir nada. Es sólo una burda maniobra política. Tengo la seguridad de que rectificarán su actitud.

Cooper guió abajo a Struan, hasta la cámara principal, que estaba lujosamente amueblada.

—¿Un brandy? —inquirió Cooper cuando hubieron llegado.

—Gracias —dijo Struan, aceptando el vaso que le tendían-A su salud.

—Salud.

Struan abrió la bolsita y extrajo de su interior un poco de cincona.

—Mire esto, Jeff. Es corteza de cincona, que algunos llaman corteza de los jesuítas. La infusión hecha con esto cura la malaria.

—¿Está seguro?

—Desde luego. Yo he curado a mi amante con eso. Estoy seguro de lo que

digo.

Cooper cogió un trocito de corteza, con dedos temblorosos y dijo:

—Dios mío, Tai-Pan, ¿comprende lo que esto significa?

—Sí. La malaria está extendida por todo el mundo. Ustedes mismos la padecen en Florida y Luisiana. Yo sé cómo se hace la cura y dónde se obtiene la corteza. ¿Qué le parece?

—Creo que supone un gran servicio para la Humanidad… y sin duda una fortuna para el primero que lo desarrolle.

—En efecto, muchacho. Le propongo una sociedad —manifestó Struan, y depositó de nuevo la corteza en la bolsita—. Qué ironía, ¿verdad? Hace unas semanas esto pudo haber salvado a Robb y a la pequeña Karen, e incluso a Wilf, aunque yo le despreciaba.

—Tuvo una muerte penosa —dijo Cooper.

—Lo siento —dijo Struan, y probó el brandy, tratando de olvidarse del pasado—. Mi propuesta es muy sencilla. Podemos formar una Compañía dedicada especialmente a la explotación de la corteza. Pondremos el dinero en cantidades iguales, y un delegado suyo en su parte, y Culum por la mía, integrarán la sociedad. Usted dirigirá la Compañía, mientras que yo le pondré al corriente de los pormenores relativos a la cincona. Se pondrá manos a la obra mañana mismo, Jeff.

—Trato hecho —dijo Cooper, tendiendo a Struan la mano, sin pensarlo dos veces.

Struan le contó cómo había conseguido la corteza, y por medio de quién, y le dijo que había fletado un buque que saldría al día siguiente desde Macao con rumbo al Perú.

—El obispo dijo que enviaría al padre Sebastián con la expedición. Creo conveniente que nosotros enviemos otra, pero directamente desde América del Norte, para correr menos riesgos. Contrataremos dos médicos y dos comerciantes para que averigüen lo que puedan acerca de la cincona. El día en que el buque americano zarpe, lanzaremos la noticia en Estados Unidos por intermedio de sus relaciones. De este modo iremos bastante al frente de los posibles competidores, y así también cumpliré la palabra que di al obispo. Al mismo tiempo daremos la nueva aquí, para acabar con la maldición del Valle Feliz, y lo mismo haremos en Europa, en cuanto sea posible. Para cuando

regresen nuestros buques, los médicos de todo el mundo estarán clamando por la cincona. Mis naves atenderán el Imperio británico, y las suyas el continente americano. Nos repartiremos las demás zonas del globo. Sólo en el sur de Italia la corteza se venderá por toneladas.

—¿Quién más está al corriente de esto?

—Sólo usted, de los que pueden preocuparme. Esta noche informaré a Skinner, si le encuentro. Así, pues, asunto resuelto. ¿Cómo está Shevaun?

—Ni mal ni bien. Acepta con indiferencia el hecho de que se halla comprometida conmigo. Aunque la amo de verdad, debo admitir que ella no parece corresponderme.

—¿Piensa usted adquirir la parte de Tillman?

—Si Shevaun se casa conmigo, no lo haré. De no haber ella accedido, quizá lo hubiera hecho.

—¿Qué ha sido de Sergeyev? —preguntó Struan.

—Aún se encuentra aquí. Su cadera ya no le molesta, y nos vemos muy a menudo. Solemos cenar juntos dos o tres veces por semana —dijo Cooper, sonriendo forzadamente—. Parece simpatizar con Shevaun, y ella también le tiene afecto. Ahora ella ha ido a hacerle una visita al barco.

Struan se acarició la barbilla, pensativamente, y al cabo de un momento dijo:

—En tal caso, me gustaría hacerle otra proposición, pero es más arriesgada que lo de la cincona.

—Usted dirá.

—Envíe a Shevaun a América durante un año. Si desea regresar al cabo de ese tiempo, usted se casará con ella estando plenamente seguro de su afecto. Si decide lo contrario, dele la libertad. En cualquier caso usted debe decirle que seguirá liquidándole los beneficios de la parte que corresponde a su padre durante toda la vida. No olvide que podemos hacer buen uso de las relaciones que posee el senador en el asunto de la cincona. El dinero que le entregue estará bien invertido.

Cooper se dirigió a su escritorio para coger los cigarros y tener al mismo tiempo un momento para pensar.

«¿Por qué me hará el Tai-Pan esta-proposición? —se preguntó—. ¿Proyectará cortejar a Shevaun? No, no creo que necesite recurrir a eso. Con una seña que le hiciera, Shevaun correría a su lado sin la menor duda».

—Tengo que pensarlo, Tai-Pan —replicó Cooper—. ¿Desea un cigarro?

—No, gracias. Mientras lo piensa, considere otro posible riesgo. Pida a Sergeyev que lleve a Shevaun en su buque, de regreso. Con una dama de compañía, desde luego.

—¿Ha perdido el juicio, Dirk?

—De ningún modo, muchacho —contestó Struan, y extrajo la copia de los documentos, que estaba atada con una cinta verde—. Lea esto.

—¿De qué se trata? —inquirió Cooper, cogiendo el rollo que le tendía.

—Léalo, tiene tiempo.

Cooper tomó asiento ante su escritorio y desató la cinta.

«Bien, el asunto de la cincona está hecho —estaba pensando Struan—. ¿Y respecto a Culum? Tal vez el muchacho necesite un socio. La nueva Compañía podría ser Struan-Cooper-Tillman Es decir, Struan-Cooper, pues podemos olvidarnos ya de Tillman. ¿Por qué no? Eso representaría una gran ventaja para Jeff, mientras que nosotros entraríamos en la esfera americana. Jeff es prudente y honrado. Debes pensarlo despacio, pues se trata de una excelente solución. En cuanto a Longstaff, una vez lejos de aquí, hará lo que le diga el primer individuo que encuentre. ¿Y Skinner? Hasta el momento marcha perfectamente. ¿Blore? Hay que tenerlo bajo vigilancia, por ahora, lo mismo que a Mauss».

Sin poderlo evitar, Struan volvió a pensar en Brock, uno de los mayores problemas, por el momento.

«Sí, la única solución parece ser una muerte. Elisa tiene razón. Eso ya no hay quien lo detenga, y sólo acabará al terminar la vida de uno de los dos».

—¿Hasta qué punto puede ser cierto? —preguntó Cooper, cuando hubo concluido de leer los documentos.

—Las fuentes son de las que suelen llamarse «enteramente dignas de confianza». ¿Qué le parece?

—Es algo diabólico. No hay duda de que Sergeyev es el hombre. Uno de ellos, al menos. Le han enviado para que investigue sobre el alcance de la influencia británica en Asia, y también para que estudie la posibilidad de la inmigración rusa a Alaska.

Cooper pensó durante unos momentos, y luego agregó:

—¿Qué puede hacerse? Creo que usted piensa en Shevaun. Sergeyev accederá encantado a acompañarla a Estados Unidos. Ella puede engatusarle a

sabiendas, o sin querer, y llevarle a Washington, hasta su padre, que es al que sin duda hay que poner al corriente de todo esto.

El senador podrá decir a Sergeyev que Estados Unidos se hallan disgustados con Rusia, y que, de acuerdo con la doctrina Monroe, desean que los rusos abandonen el continente. Algo parecido.

—Es usted un hombre inteligente, Jeff.

—Estos informes hacen quedar a lord Cunnington como un imbécil.

—Como lo que es.

—Y ponen de manifiesto la vital importancia de Hong-Kong.

—En efecto.

—Lo que ahora debemos decidir es la forma de hacer llegar estos documentos al senador, con la mayor seguridad y lo más rápidamente posible. Esto supondrá para él un enorme prestigio, por lo que sin duda dedicará al asunto todo su interés. ¿Debemos poner a Shevaun al corriente del hecho, o simplemente darle los documentos en un sobre cerrado para que los entregue a su padre?

—No podemos decir nada de esto a Shevaun. Al fin y al cabo es mujer, y como todas ellas, no sabemos de qué forma puede reaccionar. Tal vez llegue a enamorarse de Sergeyev, y en tal caso mandaría a paseo a Estados Unidos, pues la lógica femenina les impulsa a ponerse de parte del hombre al que aman. Sería un desastre que Sergeyev supiera que estamos al corriente de lo que se dice en esa copia de los documentos.

—Me gustaría pensar más a fondo acerca de todo esto —dijo Cooper, al tiempo que doblaba los papeles y los devolvía a Struan—. Parecerá una tontería, Tai-Pan, pero quiero decirle que mi país le debe eterna gratitud.

—No deseo agradecimientos, Jeff. Me conformo, por ejemplo, con que el senador Tillman y otras personalidades comiencen a poner en ridículo a lord Cunnington por su falta de perspicacia en el asunto de Hong-Kong.

—Délo por hecho. A propósito, me debe usted veinte guineas.

—¿Veinte guineas?

—Sí, por la apuesta del desnudo. ¿No lo recuerda?

Ocurrió el primer día, Dirk. El cuadro de Quance sobre la toma de posesión de la isla formaba parte de la apuesta.

—Está bien. ¿Quién era ella? —inquirió Struan.

—Shevaun. Me lo dijo hace dos días. Aseguró que le iban a hacer unos retratos como a la duquesa de Alba.

—¿Va a consentir que lo haga?

—No lo sé a ciencia cierta —replicó Cooper, sonriendo débilmente—. El viaje por mar evitará eso por el momento, ¿no le parece?

—Bien, le enviaré el dinero mañana. Según recuerdo, si perdedor debería hacer que Quance pintase al ganador en el cuadro. Puede darlo por hecho.

—Tal vez quiera usted aceptar el cuadro como un obsequio mío. Haré que Aristóteles nos pinte a los dos en él.

—Se lo agradezco. Confieso que siempre me gustó ese cuadro.

Cooper señaló a los papeles y dijo:

—Mañana podemos hablar de nuevo acerca de ese asunto. Esta noche decidiré sobre el asunto de enviar a Shevaun a América.

—Deposite esto en su caja de caudales para mayor seguridad —manifestó Struan, al tiempo que entregaba los documentos a Cooper.

—Gracias por confiar en mí, Tai-Pan.

Struan se trasladó a tierra, hasta los despachos provisionales que había mandado construir en su nueva parcela de la costa. Vargas le estaba esperando.

—Dígame primero lo desagradable, Vargas —dijo Struan.

—Ha llegado un informe de Calcuta, señor, y parece que el *Gray Witch* lleva tres días de ventaja sobre el *Blue Cloud*.

—¿Qué más?

—Los precios de las construcciones son exorbitantes.

Con la publicación del artículo de ayer, se interrumpió el trabajo.

—Que continúe inmediatamente la construcción y se duplique el número de trabajadores.

—Sí, señor. Las noticias sobre el mercado de Valores de Inglaterra son pesimistas. Cunde la incertidumbre, ya que el presupuesto nacional no ha vuelto a equilibrarse, lo que presagia dificultades en el aspecto financiero.

—Todo eso es corriente. ¿No hay realmente ningún desastre, Vargas?

—No, señor. Los ataques de piratas aumentan en frecuencia. Desde que usted se marchó hubo tres ataques consumados y una docena de intentos. Dos juncos

fueron capturados, y sus tripulantes ahorcados públicamente. De cuarenta a cincuenta malandrines son azotados todos los miércoles, y no pasa una noche sin que se denuncien robos de cosas. Algo lamentable. Ah, a propósito, el comandante Trent ha ordenado el toque de queda para todos los chinos, al anochecer. Será tal vez el único modo de manejarlos.

—¿Dónde se halla la señora Quance?

—Está todavía en el barco pequeño. Ha cancelado su pasaje para Inglaterra. Parece ser que corren rumores de que el señor Quance aún sigue en Hong-Kong.

—¿Es cierto eso?

—No me siento inclinado a creer que hayamos perdido al inmortal Quance.

—¿Qué es del señor Blore?

—Está gastando el dinero como si las rocas de Hong-Kong fueran de oro. Eso sí, no es dinero nuestro —aseguró Vargas—, sino de los fondos del Jockey Club. Tengo entendido que el señor Blore ha organizado una pelea de gallos bajo los auspicios del club.

—¿Cuándo se celebrará? —inquirió Struan, manifiestamente interesado.

—Eso no lo sé, señor.

—¿Qué hace Glessing?

—Todo lo que corresponde a un capitán de puerto. Pero he oído decir que está furioso con Longstaff porque éste no le permitió ir a Macao. Dicen que desea volver a Inglaterra.

—¿Y Mauss?

—Ah, el reverendo Mauss. Sí, ha regresado de Cantón y se aloja en el hotel.

—¿A qué viene esa exclamación, Vargas?

—No es nada, señor. Otro rumor, únicamente —contestó el empleado, molesto por haber sido demasiado expansivo—. Parece ser que tiene un extraño discípulo, un hoklo bautizado al que llaman Hung Hsiu-Chuan.

—¿Tiene algo que ver con la secta de los Hung Mun Tong? —preguntó Struan.

—No, señor. El nombre de Hung es muy corriente.

—Sí, le recuerdo. Me pareció un individuo curioso. Prosiga, Vargas.

—Pues bien, no hay mucho que contar. Parece ser que comenzó a predicar entre los chinos de Cantón, sin conocimiento del reverendo Mauss, calificándose a sí mismo como hermano de Jesucristo, y manifestando que habla con su padre,

Dios, todas las noches. Asegura ser el nuevo Mesías, y que va a purificar los templos, como lo hiciera su hermano y muchas otras barbaridades. Sin duda está loco, y, si no fuera por sus manifestaciones sacrílegas, resultaría divertido.

Struan pensó en Mauss, por quien sentía piedad y simpatía a un mismo tiempo. Luego volvió a recordar las palabras de Sarah.

«Sí, has utilizado a Mauss de muchas formas —dijose para sus adentros—. Pero a cambio de ello, le has facilitado lo que él deseaba: la posibilidad de convertir a los paganos. De no haber sido por ti, Mauss estaría muerto hace tiempo. Sin ti… Bien, déjale en paz. Mauss todavía tiene que buscar su propia salvación. Los designios del Señor son inescrutables».

—¿Quién sabe, Vargas? A lo mejor ese individuo es algo de lo que él afirma ser. Gracias por contármelo. Procuraré hablar de esto con Mauss.

Vargas carraspeó ligeramente y dijo:

—¿Le parece bien que me tome vacaciones la semana próxima, señor? Con este calor… Además, me gustaría mucho poder ver a mi familia.

—Desde luego, Vargas; tómese dos semanas. Creo que sería interesante que los portugueses tuvieran su propio centro de reuniones. Voy a aportar una cantidad inicial, y, por el momento, le nombro tesorero y secretario.

Struan escribió algo en un papel y entregó éste a Vargas. Era una orden de pago por mil guineas.

—Puede usted cobrar esto cuando guste.

—Gracias, señor —replicó el empleado, manifiestamente abrumado ante lo crecido de la cantidad.

—No me dé las gracias —dijo Struan—. Ustedes son una gran ayuda para nosotros.

—¿Qué me dice de la noticia aparecida en el periódico, señor? Creo que Hong-Kong está perdido. No comprendo por qué duplica usted la cantidad de trabajadores.

—Hong-Kong seguirá en pie mientras quede en él uno solo de los traficantes, y un buque mercante en su puerto. No se preocupe. ¿Hay algún mensaje especial para mí?

—El señor Skinner dejó dicho que desea verle en cuanto a usted le sea posible. Lo mismo dijo el señor Gordon Chen.

—Mande decir a Skinner que iré al periódico esta noche, y al señor Gordon

que le veré a bordo del *Resting Cloud* a las ocho en punto.

—Está bien, señor. Otra cosa, ¿recuerda usted a Ramsey, el marinero que desertó? Pues ha estado viviendo todo este tiempo en los montes, albergándose en una cueva, como un anacoreta. Sobrevivía robando comida en el pueblo de pescadores de Aberdeen. Parece que violó a varias mujeres de allí, y al fin los chinos le capturaron y lo entregaron a las autoridades. Ayer le juzgaron y fue condenado a un centenar de latigazos y a dos años de trabajos forzados.

—Bien podían haberle colgado. No durará dos años —dijo Struan, consciente de la increíble brutalidad del régimen penal de la época.

—Sí, señor. De nuevo le doy las gracias en mi nombre y en el de mi comunidad.

A continuación, Vargas se marchó, pero regresó casi al momento.

—Discúlpeme, señor —dijo—. Uno de sus marineros está aquí y desea verle. Es el chino Fong.

—Que pase.

Presentóse Fong e inclinóse en silencio.

Struan observó al grueso oriental, de rostro picado de viruelas. Durante los tres meses que llevaba a bordo del clíper había cambiado bastante. Usaba ahora con toda soltura la vestimenta de los marineros europeos y llevaba la coleta arrollada dentro de un gorro de punto.

El inglés con que se expresaba era aceptable, y había llegado a convertirse en un buen marino, disciplinado, tranquilo y dispuesto siempre a aprender.

—¿Qué hace usted fuera del barco?

—El capitán dijo que viniera a tierra, Tai-Pan. Mi guardia tiene permiso.

—¿Qué desea, Fong?

El chino tendió a Struan un trozo de papel, en el que se leían unas frases trazadas con escrituras de aspecto infantil: «Aberdeen. El mismo lugar, compañero. Al dar ocho campanadas. Venga solo». Firmaba «El padre de Bert y Fred».

—¿De dónde sacó esto?

—Un culi me detuvo y me lo entregó.

—¿Sabe lo que dice?

—Lo leí, pero todavía no entiendo bien.

Struan miró pensativamente el trozo de papel, y luego preguntó:

—¿Ha visto el cielo, Fong?

—Sí, Tai-Pan.

—¿Qué le parece?

Fong se dio cuenta de que le estaban probando y dijo:

—Tifón, señor.

—¿Para cuándo?

—No lo sé. Tres o cuatro días tal vez.

El sol ya había desaparecido bajo el horizonte y la luz del día se iba extinguiendo rápidamente. En tierra comenzaban a encenderse las ventanas de las casas. El velo que cubría el firmamento se había hecho más espeso. Una gigantesca luna sangrienta se alzaba sobre las aguas.

—Creo que tiene un buen olfato, Fong.

—Gracias, Tai-Pan.

—¿Qué le dice su olfato de esto? —inquirió Struan, enseñándole el papel.

—Que no vaya solo.

CAPITULO XLIII

Al caer la noche, el cielo empezó a cubrirse de nubes y la humedad se intensificó notablemente. Los traficantes de China que conocían las peculiariedades del mar y el viento, se dieron cuenta de que no tardaría en caer un chubasco. Las nubes anunciaban solamente la primera de las lluvias de la estación, lo que contribuía a aliviar el intenso bochorno que reinaba, y a asentar el polvo.

Un chaparrón, si la suerte les acompañaba; de no ser así, sería una tormenta, que, en el peor de los casos, podría, degenerar en tifón.

—Tengo calor, Tai-Pan —dijo May-May, abanicándose en su lecho.

—También yo —replicó Struan, mientras se cambiaba su húmeda camisa por otra limpia—. Ya te dije que debías permanecer en Macao. Aquello es más fresco.

—Puede ser, pero en ese caso no tendría el placer de estar hablando contigo, condenación.

—Te prefería cuando estabas enferma. No te dedicabas a proferir juramentos.

—Bah, no seas hipócrita conmigo.

—¿Como dices?

—Sí, mientras estás fuera todo el día no te preocupas de tu pobre madrecita, y ahora finges hacerlo —aseguró May-May, y reprimió un mohín que la hizo aún más adorable—. Estoy segura de que ya no me quieres.

—Tal vez merezcas una buena azotaina —dijo Struan, acercándose al lecho, mientras la muchacha se echaba hacia el lado opuesto, atemorizada.

—Vamos, Tai-Pan, era sólo una broma.

El la abrazó cariñosamente.

—Ah, chiquilla —dijo—. Te has puesto bien, y eso es lo único que importa.

—¿No piensas ir a ningún burdel, verdad, Tai-Pan? —inquirió ella, cuyo

perfume era sumamente penetrante.

—No seas tonta.

Struan la besó con afecto y terminó de vestirse. Introdujo el puñal en la vaina que llevaba al cinto, en la espalda, y la daga en su bota izquierda. A continuación se ató cuidadosamente el pelo con una cinta sobre la nuca.

—¿Por qué no te dejas crecer una trenza, como las personas civilizadas, Tai-Pan? Te quedaría muy bien.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta, y entró Lim Din.

—El amo Shen está aquí. ¿Puede? —inquirió.

—Llévale al camarote superior.

—¿Vuelves aquí, Tai-Pan? —preguntó May-May.

—No, muchacha. Me voy directamente a tierra.

—Di a Gordon que venga a verme, ¿quieres?

—Está bien.

—¿Adonde vas?

—A tierra, condenación. Y es mejor que te portes bien mientras estoy fuera. No regresaré hasta después de la medianoche. Vendré en cuanto vuelva a bordo.

—Entendido. Pero despiértame en cuanto llegues, si estoy dormida. Tu madrecita se alegra siempre de saber que estás de vuelta.

El le dio una cariñosa palmadita en una mejilla y ascendió al camarote de la cubierta superior.

—Hola, Gordon.

El joven eurasiático llevaba puesta una larga túnica de seda azul con ligeros pantalones también de seda. Parecía estar muy inquieto.

—Buenas noches, Tai-Pan. Celebro su regreso, y me alegra saber que consiguió la cincona. ¿Cómo se encuentra la dama T'chung May-May?

—Muy bien, gracias.

—Lamento profundamente que mis esfuerzos resultasen estériles.

—Gracias de todos modos por intentarlo.

Gordon Chen se hallaba sumamente preocupado por el posible destino de Hong-Kong. Los componentes de las jerarquías superiores de los Tong, en Kwantung, estaban disgustados por las noticias que procedían de Inglaterra.

Habían ordenado a Gordon, por intermedio de Jin-qua, que sondease al Tai-Pan y emplease cuantos procedimientos estuviesen a su alcance para evitar que

los bárbaros abandonasen la isla de Hong-Kong.

—Deseo hablarle de algo sumamente importante, Tai-Pan. De otro modo, no habría osado molestarle aquí. Se trata de Hong-Kong. ¿Es cierto lo que dice el periódico? Si es así, estamos perdidos, arruinados.

—Me han dicho que eres el Tai-Pan de los Tong de Hong-Kong. ¿Es cierto eso?

—¿Cómo dice?

Struan contó a Gordon lo que le había relatado el oficial de Macao, y agregó:

—Una historieta ridicula, ¿verdad?

—No es ridicula, Tai-Pan, sino tremenda. Es una vil calumnia.

—¿Por qué habrán asesinado los Tong a Gorth?

—No tengo la menor idea. ¿Cree que puedo conocer las intenciones de esos desdeñables anarquistas? ¡Qué horror! ¡Yo, jefe de los Tong de Hong-Kong!

«Ese maldito traidor —pensaba Gordon—. ¿Cómo habrá osado divulgar nuestros secretos? Pero conserva la calma, el Tai-Pan de los bárbaros te está observando, y es mejor que le des una respuesta adecuada».

—No puedo imaginar siquiera por qué asesinaron al señor Gorth Brock —agregó Gordon—. ¡Cielos, Tong en el Tai Ping Shan, bajo mis narices! ¡Inconcebible!

—¿Tienes enemigos que hayan podido divulgar semejante historia, Gordon?

—¿Quién no los tiene, Tai-Pan? Santo cielo, me pregunto si… —dijo el joven, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué ocurre?

—Pienso que siendo usted mi padre, alguno esté tratando de perjudicarle empleándome a mí.

—Podría ser, Gordon. Podría ser que tú fueras el jefe de los Tong.

«Oh, dioses, ¿por qué me desamparáis? —pensó Gordon—. ¿No soy acaso el más generoso favorecedor de vuestros templos? ¿No pago la manutención de cuarenta y tres monjes budistas de mi peculio?».

—¿Yo un anarquista? No, Tai-Pan, ¿por qué iba yo a mezclarme con esos bandidos? Gracias a usted me estoy haciendo rico. No tengo necesidad alguna de saquear a nadie —dijo el joven.

—Pero tal vez querrías ver a los manchúes lejos del trono de China, ¿no es cierto?

—Manchúes o chinos son una misma cosa, Tai-Pan. ¿Qué puede importarme eso?

—«¡Oh, dioses, tapaos un momento los oídos, por favor! », suplicó Gordon para sus adentros.

—Además, yo no soy chino, sino inglés —agregó en voz alta—. Y creo que la última persona en quien podría confiar una sociedad secreta china es en mí. Eso sería peligroso para ellos, ¿no lo cree así, Tai-Pan?

—Tal vez. Bien; creo que tendrás que gastar algunos taels, Gordon. Pon tus espías a trabajar y averigua quiénes son esas gentes y quiénes son sus dirigentes.

—En seguida, Tai-Pan.

—Tres meses bastarán a un hombre de tu astucia para obtener el nombre de los jefes.

—Seis meses —dijo Gordon inmediatamente, tratando por todos los medios de hallar una forma de salir de la trampa.

Entonces, Gordon tuvo una inspiración. Podía hacer que los bárbaros se las entendiesen directamente con los enemigos de los Tong, y los bárbaros se encargarían de liquidarle inmediatamente.

—De todos modos, pondré al momento manos a la obra —añadió Gordon.

—Es mejor que lo hagas, porque de un modo u otro pienso aplastar a los Tong.

—Y yo le ayudaré hasta el límite de mis fuerzas —aseguró Gordon fervientemente—. Y ahora, Tai-Pan, dígame si es cierto lo que dice el periódico. ¿Van a liquidar la colonia de Hong-Kong? En ese caso, quedaríamos arruinados.

—Hong-Kong no desaparecerá. El Gobierno actual durará poco, no te preocupes.

Gordon Chen suspiró, lleno de alivio.

—¿Está seguro? —preguntó—. ¿Cree que se librarán de ese tal Cunnington?

—De una u otra forma, lo harán.

Gordon miró a su padre con admiración.

«Incluso por medio del asesinato, ¿eh? —pensó—. Magnífico. Me gustaría contar al Tai-Pan que yo fui quien ordenó liquidar a Gorth, salvándole de ese modo la vida, pero eso puede esperar para un momento más oportuno. Si pisas la tierra china eres hombre muerto. De modo que ya estás perpetuamente ligado a Hong-Kong, ahora que se sabe que eres un Tong. Esta isla será tu palacio, o tu

tumba».

—En tal caso tenemos que arriesgarnos —dijo Gordon Chen—. Me aplicaré con todas mis fuerzas a lograr que Hong-Kong se fortalezca. Puede usted confiar en mí, Tai-Pan. Y gracias por devolverme la confianza.

—Mi dama desea saludarte. Ve abajo, ¿quieres?

—Desde luego. Y de nuevo le agradezco por advertirme de esa peligrosa y ridicula historia —aseguró Gordon, y después de hacer una reverencia, se marchó.

«¿Será él el jefe de los Tong? —se preguntó Struan, que había observado a Gordon atentamente—. Su sorpresa y aflicción parecían sinceras, y lo que dice no deja de tener lógica. De todos modos, si Gordon está mezclado con los Tong, tendrás que ser muy astuto para descubrirlo. ¿Y luego, qué harás?».

Struan encontró a Skinner en la sala de imprimir el *Oriental Times*, que estaba llena de ruidos, y le felicitó por la forma en que había dado la noticia.

—Eso no es nada, Tai-Pan —aseguró el periodista—. Mañana lanzaré otra edición relacionada con el asunto. Estoy deseando que termine este maldito verano.

Skinner se secó el sudor de la frente y entregó unas pruebas de imprenta a Struan. Usaba, como de costumbre, una levita negra y pesados pantalones.

Leyó Struan el artículo, que estaba lleno de sarcasmos contra la decisión del Gobierno e incitaba a los traficantes a unirse para luchar y destruir a Cunnington.

—Estoy seguro de que esto pondrá fuera de sí a más de uno —comentó Struan en tono de aprobación.

—Eso espero —aseguró Skinner, rascándose las axilas, donde el prurito era inaguantable—. ¡Maldito calor! Y usted expone su vida, Tai-Pan, al andar por la noche tan ligero de ropa.

Struan sólo llevaba puestos unos pantalones de lino, una delgada camisa y botas de fino cuero.

—Debiera usted probar a vestir así —manifestó éste—. Sudaría menos y estaría más fresco.

—No me hable de esa maldición. Es inevitable en verano. El hombre ha nacido para sudar cuando hace calor.

—Ahora que recuerdo, anteriormente dijo usted algo acerca de un extraño codicilo relativo al acuerdo de Longstaff con el virrey Ching-so. ¿A qué se refería?

—Es una de esas raras noticias que captamos siempre los periodistas —aseguró Skinner, volviendo a secarse el rostro con un trapo viejo, que dejó en su piel algunas manchas de tinta. Luego tomó asiento en un escabel y contó a Struan lo referente al pedido de semillas hecho, por Longstaff.

—Pidió semillas de morera, de arroz, de té y de toda clase de flores.

Struan reflexionó un momento, y al fin dijo:

—En efecto, no deja de ser extraño.

—Longstaff no tiene afición alguna por la jardinería, que yo sepa. Tal vez eso fue una idea de Sinclair, el cual sí tiene esa afición. Al menos, estoy seguro de que a su hermana le gustan mucho las plantas —dijo Skinner, mientras observaba el trabajo de sus operarios chinos—. He sabido que la muchacha se encuentra bastante enferma.

—Pero se va recuperando, por fortuna.

—También tengo entendido que Brock estuvo esta tarde en el buque insignia.

—Todos sus informes son correctos.

—Me pregunto si debo ir preparando alguna noticia necrológica para el periódico.

—A veces encuentro que su humor no resulta nada divertido, Skinner.

El sudor resbalaba por las mejillas de Skinner y caía sobre las sucias solapas de su levita.

—No era una broma, Tai-Pan.

—Bien, prefiero considerarla de ese modo —dijo Struan—. Trae mala suerte hablar de noticias necrológicas. Pasando a otra cosa, he pensado algo acerca de Whalen. Si Longstaff dio a la primera población el nombre de Queenstown, quizá Whalen acepte el honor de bautizar la nueva ciudad.

Skinner se echó a reír y dijo:

—Eso sería un buen compromiso para él. ¿Va a sugerirle algún nombre?

—Victoria, por ejemplo.

—Me gusta. Ya lo ve, de un solo plumazo Longstaff ha quedado eliminado. Bien, deje el asunto de mi cuenta. Publicaré la sugerencia, y Whalen ni siquiera advertirá que la idea no fue de él —dijo Skinner, y se rascó el vientre, satisfecho,

agregando—: ¿Cuándo entro en propiedad del periódico?

—El día en que Hong-Kong sea aceptada oficialmente por la Corona, y que el tratado se ratifique por ambos Gobiernos —dijo Struan, entregando al periodista un papel—. Todo se encuentra especificado aquí.

—Gracias, Tai-Pan. Puede confiar en mí.

Skinner sintióse inundado de gozo. Podía ver con claridad su futuro. Sería rico, regresaría a Inglaterra y se casaría con la hija de un noble. Compraría una finca en Kent e iniciaría la publicación de un periódico en Londres.

«Sí, Morley —se dijo el periodista—. Has recorrido un largo camino desde las callejas de Limehouse y el aborrecible orfanato. Maldiga el cielo a los condenados que te trajeron al mundo y te abandonaron a poco de nacer».

—Otra cosa, Skinner. Tal vez le agrade saber algo muy interesante. La malaria del Valle Feliz se cura con corteza de cincona —dijo Struan.

Skinner quedóse un momento sin habla.

—Cielos, Tai-Pan, eso… no es una noticia, eso… es una puerta abierta a la inmortalidad —tartamudeó al fin—. ¡Es la mejor noticia de los últimos cincuenta años! Ahora bien, ¿a quién debo decir que curó, a un hombre o a una mujer?

—Escriba lo que quiera, pero no nos mezcle en eso ni a mí ni a los míos.

—Lo malo es que la gente no lo creerá, a menos que lo vean por sí mismos. Y los médicos dirán que no es más que una charlatanería.

—Que lo digan. Usted replique que los pacientes de esos médicos seguirán muriendo, mientras que los de aquellos que apliquen la cincona sobrevivirán. Tengo tanta fe en el medicamento que he invertido una gran suma en su comercialización. Cooper y yo somos socios en el asunto. Dispondremos de acciones para su venta dentro de seis meses.

—¿Puedo informar acerca de todo eso?

Struan se echó a reír y dijo:

—De haber sido un secreto no se lo hubiera dicho.

Struan descendía por el Camino de la Reina, observando el aspecto del cielo. La luna estaba alta y se hallaba rodeada casi por completo por las nubes, que cubrían todo el cielo. Hasta aquel momento, sin embargo, no se advertía la presencia de nimbus, las nubes precursoras de lluvia.

Comenzó a avanzar rápidamente, y no se detuvo hasta que llegó al muelle. Entonces torció por una calleja muy mal empedrada y, después de subir unas escalerillas, penetró en una casa.

—Bendita sea mi alma —dijo la señora Portheringill, dejando ver una sonrisa que sus dientes postizos hacían más grotesca—. ¡Vamos, señoritas, vengan pronto, señoritas, vengan pronto! Ah, nada mejor que una buena juerga, en una noche de calor, ¿verdad, Tai-Pan?

—No se moleste. He venido únicamente a ver a… a su huésped —dijo Struan.

En ese momento entraron en la estancia cuatro chicas de manchados quimonos y que olían de lejos a transpiración y perfume. Tenían apenas veinte años, pero ya parecían muy acostumbradas a la vida que llevaban.

Las muchachas esperaron a que Struan hiciese la elección.

—Nelly es la que le conviene, Tai-Pan —insistió la dueña del burdel—. Tiene dieciocho años, y está sana y es vigorosa, al mismo tiempo.

—Muchas gracias, señora —dijo la aludida, inclinándose, al hacer lo cual, sus opulentos pechos se escaparon del escotado quimono. Era rubia, rolliza, y tenía mirada de hastío. En seguida añadió—: ¿Quieres venir conmigo, Tai-Pan, cariño?

Struan entregó a cada una de ellas una moneda y las mandó marchar.

—¿Dónde está el señor Quance? —preguntó después.

—Le encontrará en el segundo piso, a la izquierda, hacia el fondo. Está en la Alcoba Azul —afirmó la mujer, y miró a Struan por encima de sus impertinentes —. Los tiempos son muy duros, Tai-Pan, y su señor Quance come igual que un elefante. Debo decirle que la cuenta de sus gastos hace tiempo que ha vencido.

—¿Dónde consigue usted las chicas? —preguntó Struan, haciendo caso omiso de la observación de la mujer.

Una mirada de fría desconfianza apareció en los ojos de la señora Fortheringill.

—Donde hay demanda, siempre hay chicas dispuestas. ¿Acaso lo ignoraba? Vienen de Inglaterra, de Australia, de China. Un poco de todos los sitios. ¿Por qué?

—¿Cuánto le cuesta una de ellas?

—Eso es un secreto comercial, Tai-Pan. Usted tiene los suyos, y yo tengo los

míos —aseguró la mujer, y al tiempo que señalaba hacia una mesa preparada, añadió—: ¿Desea comer algo? Le recomiendo la sopa. Y el salmón ahumado ha llegado especialmente desde Inglaterra, en el correo de esta semana.

—Gracias, pero ya he cenado.

—¿Quién va a pagar la cuenta del señor Quance?

—¿A cuánto asciende?

—El tiene el detalle. Tengo entendido que la señora Quance está sumamente irritada con él. Sería mala cosa que le encontrase.

—Examinaré la cuenta con el señor Quance.

—Usted siempre tendrá crédito en nuestra casa, Tai-Pan.

—¿Es cierto que ha muerto la muchacha que Gorth maltrató aquí? —preguntó de pronto Struan.

La dueña del burdel adquirió al momento el aspecto de la dignidad personificada.

—¿Qué dice? No sé de qué me habla. En mi establecimiento no suceden cosas como ésas.

Struan extrajo un cuchillo en un santiamén, y con la punta del mismo rozó los pliegues de piel que colgaban del cuello de la mujer.

—¡Conteste! —le ordenó.

—No, aquí no fue. Se la llevaron. Pero por amor de Dios, no vaya a…

—¿Murió o no murió, al fin?

—Creo que sí, pero yo no tengo nada que ver…

—¿Cuánto le pagó Gorth para que mantuviese la boca cerrada?

—Doscientas guineas.

—¿Qué le ocurrió a la muchacha?

—No lo sé muy bien, ésa es la verdad. Vinieron a por ella unos parientes, me pagaron algunos taels y se la llevaron. Era sólo una pagana.

Struan guardó el cuchillo, y dijo:

—Tendrá que repetir todo eso ante un tribunal.

—Aquel condenado murió, de modo que no hay nada que contar. Por otra parte, ¿qué puedo decir yo? No conozco el nombre de la chica, ni sé dónde está su cadáver. En fin, ya sabe cómo son estas cosas, Tai-Pan.

—Está bien, señora Fortheringill.

Struan subió rápidamente hasta la Alcoba Azul, cuyas paredes simplemente

encaladas tenían ya un tinte grisáceo, en tanto que el viento silbaba al penetrar por sus resquicios. Un gran espejo pendía de una pared, también había un lecho de pilares con dosel y sucias colgaduras.

Numerosos cuadros pendían de las paredes o se apilaban sobre los muebles, y el suelo estaba profusamente manchado de pinturas al óleo o a la acuarela. En el centro de la estancia se hallaba un caballete, alrededor del cual se veían una docena de pequeños botes de pintura.

Aristóteles Quance roncaba en el lecho. De él sólo se veía su nariz y el gorro de dormir.

Struan cogió un jarro agrietado y lo estrelló contra una pared, produciendo un gran estrépito. Quance, sin embargo, se limitó a arrebujarse entre las mantas. Cogió Struan otro cacharro más grande y lo hizo añicos contra la pared, como el anterior.

Quance dio un salto en la cama y abrió los ojos.

—¡Dios me ampare, el demonio en persona! —exclamó el hombrecillo. Un segundo más tarde, el pintor corría hacia Struan y le abrazaba con grandes muestras de afecto.

—¡Tai-Pan, mi idolatrado mecenas! Me alegro de verle. ¿Cuándo ha llegado?

—Hoy mismo —replicó Struan.

—Me han dicho que Gorth ha muerto.

—Así es.

—Agradezcamos a la Providencia ese favor. Hace tres días vino el muy maldito y me amenazó con degollarme si contaba algo acerca de la muchacha.

—¿Cuánto le dio para que se callase?

—¡Ni un penique, condenación! Y eso que sólo le pedí un centenar de guineas.

—¿Qué tal le van por aquí las cosas?

—Muy mal, querido amigo. Mi mujer sigue todavía en Hong-Kong. ¡Protégeme, Señor! De modo que aquí me tiene, metido en este agujero y sin poder moverme.

Quance cogió un garrote que había reclinado en la pared y golpeó el suelo tres veces.

—Estoy pidiendo el desayuno —manifestó—. ¿Quiere acompañarme?

—¿Desayuna siempre a las nueve de la noche, Aristóteles? —preguntó

Struan.

—Vea, mi estimado amigo, cuando uno habita con rameras, lo mejor es vivir como una ramera —aseguró Quance, y se echó a reír estrepitosamente. Luego oprimióse el pecho con una mano y agregó—: Por todos los santos, Tai-Pan, me encuentro desfallecido. Tiene usted delante un fantasma, la sombra del inmortal Quance.

—La señora Fortheringill me ha hablado de su cuenta. ¿Cómo es eso? Yo le di una suma bastante respetable.

—¿La cuenta? —dijo Quance, y a continuación se puso a rebuscar debajo de la almohada. Después de arrojar a un lado un bocadillo a medio comer, dos libros, algunos pinceles y varias prendas interiores femeninas, cogió un papel y lo agitó en el aire, mientras exclamaba iracundo—: Mire, mire lo que esa usurera quiere cobrarle.

—Querrá decir lo que pretende cobrarle a usted —corrigió Struan, y después que hubo leído el total, dijo—: ¡Cielos, esto suma cuatrocientas diecisiete libras, cuatro chelines y cuatro peniques! A razón de siete libras y seis peniques por día de pensión, más ciento seis libras por pinturas, pinceles y lienzos. Había otra cuenta encabezada con «Gastos Especiales», que ascendía a más de trescientas libras.

—¿Qué demonios significa esto? —inquirió Struan, señalando la última cifra.

—¡Que me cuelguen, si lo sé! —contestó Quance, frunciendo el ceño—. He tratado en vano de que me lo aclare esa vieja gallina clueca.

Struan abrió la puerta y gritó escaleras abajo:

—¡Señora Fortheringill!

—¿Me llamaba, Tai-Pan? —inquirió la mujer desde el pie de la escalera.

—¿Tiene la bondad de acercarse?

—¿Deseaba verme? —volvió a preguntar la dueña del burdel, con mayor suavidad aún que antes, en el momento de entrar en la habitación.

—¿Quiere explicarme esto? —dijo Struan, golpeando con un dedo sobre la factura—. Gastos Especiales, ¡trescientas veinte libras!

—Ah, son honorarios, Tai-Pan —replicó la mujer.

—¡Explíquese, maldición!

—Al señor Quance le gusta tener compañía a todas horas, y ése es el importe

de la compañía desde que está con nosotras. Aquí llevamos las cuentas con toda exactitud. Sin duda la cuenta es correcta hasta el último penique.

—¡Mentira! —gritó Quance—. Esos libros están apañados, Tai-Pan. ¡Es puro chantaje!

—¿Chantaje? ¿Cómo se atreve a… a…? Y pensar que mis chicas y yo estamos contribuyendo a salvarle de una muerte segura… ¿Cómo osa…?

—Pero esa suma es excesiva —insistió Struan.

—Es exacta punto por punto. Mi contable es el mejor de todo el Oriente.

—No es posible.

Quance se subió a la cama y señaló acusadoramente a la mujer, mientras decía:

—Ante usted, Tai-Pan, y en su nombre, rechazo formalmente la cuenta. ¡Es una usura de la peor especie!

—¿Ah, sí? En tal caso, puede usted marcharse. Ya me las entenderé yo con esa mujer que le anda buscando —replicó la dueña del burdel, que se aproximó a la escalera y gritó—: ¡Señoritas!

—Vamos, vamos, señora Fortheringill, no hay que ponerse así —dijo Quance.

Al momento llegaron corriendo siete muchachas.

—Recoged todo esto y llevadlo a mi habitación —ordenó la mujercilla, señalando hacia las pinturas y el caballete—. Se acabó el crédito, y esto queda en mi poder hasta que la cuenta quede totalmente saldada.

La señora Fortheringill dio media vuelta y salió altivamente del cuarto. Quance saltó de nuevo del lecho, con su camisón flotando al aire, y dijo:

—¡Señoritas, no toquen nada, por todos los cielos!

—Vamos, vamos, sé buen chico —manifestó Nelly, tranquilamente—. Si madame dice que alguien tiene que irse, esa persona debe obedecer, aunque sea el jefe del Gobierno.

—Así es, pichoncito —confirmó otra—. Nelly tiene toda la razón del mundo.

—Un momento, muchachas —dijo Struan—. Veamos, ¿cuánto tiempo has pasado tú, Nelly, con el señor Quance?

—Bueno, el señor Quance se olvida del tiempo cuando está con una de nosotras —replicó la aludida.

—Sí, Tai-Pan —dijo otra, riéndose—. Y a veces nos solicita por parejas. ¡Es

todo un hombre!

—¡Sólo para pintarlas, por todos los cielos! —exclamó airadamente Quance.

—Vamos, vamos, pichoncito —dijo Nelly—. No niegues que somos muy buenas amigas tuyas.

—Desde luego, a veces también nos pinta —aseguró otra, complacida.

—A mí nunca me ha pintado —intervino una tercera.

—¡Mentira, todo es mentira! —protestó Quance, y al ver la expresión de Struan, pareció encogerse y se arrebujó en el lecho, mientras decía—: Bueno, Tai-Pan, no lo tome a mal. Cuando uno es simpático, no puede evitarlo…

—¡Si cree que voy a pagarle esta cuenta, está mal de la cabeza, Aristóteles! —rugió Struan.

—Tai-Pan, si me desampara estoy perdido —dijo Quance, con una mano sobre el pecho—. Se lo ruego, ¡no abandone a un viejo amigo en este trance!

—Está bien. Saldaré esta cuenta y le devolveré las pinturas. Pero es la última vez, ¿me entiende? No pagaré un solo penique más.

—Dios le bendiga, Tai-Pan. Es usted el rey de los mecenas. ¡Viva el Tai-Pan!

A pesar de su cólera, Struan se echó a reír.

—¡El demonio le lleve, Aristóteles! —dijo, y se encaminó hacia la puerta. De pronto se detuvo, y dándose vuelta, preguntó—: ¿Por qué llaman la Alcoba Azul a este cuarto?

Nelly se inclinó y sacó un orinal de debajo de la cama. Era de color azul.

—Es la moda que ha impuesto madame, como en los grandes hoteles, Tai-Pan. Yo estoy en el cuarto verde.

Struan movió la cabeza con gesto de resignación y se marchó.

—Y ahora, muchachas —aseguró Quance, con un susurro de satisfacción—, como la pizarra está limpia, después del desayuno propongo una modesta celebración.

—¡Viva el pichoncito! —gritaron las señoritas, y rodearon gozosamente el lecho de Aristóteles Quance.

CAPITULO XLIV

A medianoche la lorcha llegó a la playa de Aberdeen, y Struan saltó a las aguas poco profundas, con Fong a su lado. Poco antes había hecho desembarcar a sus marineros en secreto, algo más hacia el oeste, y les hizo tomar posiciones a cierta distancia del pozo. Luego, él mismo se dirigió por la playa hasta situarse junto al mencionado pozo, en la bifurcación del sendero. Fong portaba un farol y parecía estar muy inquieto.

La luna estaba escondida detrás de las nubes bajas, pero un rastro de fulgor se filtraba a través de éstas.

El aire estaba saturado del olor de la marea baja, y los centenares de sampánes que había en la pequeña caleta eran como otros tantos animales dormidos. Ninguna luz, aparte de la del farol que llevaba Fong, hendía la oscuridad. Tampoco se escuchaban ruidos, con excepción del inevitable ladrido de los perros. El pueblo parecía igualmente amenazador.

Cuando Struan llegó a la bifurcación del camino, escrutó en las tinieblas. Tenía la sensación de que innumerables ojos le estaban espiando desde los sampánes.

Palpóse las pistolas que llevaba al cinto y se mantuvo prudencialmente alejado de la luz del farol, que Fong había colocado en el borde del pozo.

El silencio parecía hacerse más denso. De pronto, Fong se estremeció y señaló hacia adelante. Poco más allá de donde el camino se dividía, podía observarse un saco, en uno de los senderos. Parecía un saco de arroz corriente. Al tiempo que preparaba sus pistolas, Struan hizo una seña a Fong para que avanzase delante, ya que no se fiaba de él. El chino se adelantó, visiblemente amedrentado.

Cuando llegaron al lado del bulto, Struan entregó a Fong un cuchillo y le dijo:

—Abre el saco.

Fong se arrodilló, dio un tajo en el tejido de cáñamo, y, al poner al descubierto el contenido, lanzó un grito de horror y retrocedió.

Dentro del saco se hallaba el cadáver de Scragger.

Al cuerpo le faltaban los brazos, las piernas, los ojos y la lengua, y los muñones de los miembros estaban cauterizados con alquitrán.

—¡Buenas noches, Tai-Pan! —oyóse en ese momento decir a Wu Kwok, y su maligna risa repercutió en las rocas cercanas, haciendo estremecer a Struan y a Fong.

La voz parecía provenir de los sampánes.

—¿Qué es lo que pretendes, engendro del infierno? —gritó Struan.

Oyóse entonces una orden gutural en chino, y Fong palideció, para luego replicar algo con voz entrecortada.

—¿Qué ha dicho?

—Wu Kwok dice que vaya… allí.

—Quédate conmigo —dijo Struan—. ¿Qué quieres, Wu Kwok?

—Te quiero a ti… vivo. Por lo de Quemoy. A ti y a tus malditas fragatas.

Numerosas siluetas surgieron de los sampánes y corrieron por el camino, hacia el pozo, empuñando lanzas y machetes. Struan esperó hasta que pudo divisar a los primeros piratas con claridad, y entonces disparó, derribando a un par de ellos. Inmediatamente resonó una descarga de mosquetes de los marineros que Struan había apostado en las proximidades del pozo. Oyéronse algunos lamentos y la primera oleada de piratas, integrada por una veintena de ellos, quedó aniquilada. Una nueva avalancha de chinos ululantes avanzó por el camino, y otra vez los mosquetes les hicieron morder el polvo, si bien cuatro de ellos llegaron hasta el pozo.

Struan acuchilló a uno, Fong a otro, y de los dos restantes se encargaron las balas de las armas de fuego.

De nuevo reinó el silencio, hasta que la voz de Wu Kwok se dejó oír una vez más.

—¡El cielo te maldiga, Tai-Pan!

—¡Y a ti, Wu Kwok! —replicó Struan.

—Mi flota destruirá a la del león y el dragón dentro de poco.

—¡Sal de ahí, rata asquerosa, y enfréntate conmigo, si te atreves! —gritó

Struan.

—¡Ya lo haré a mi modo! Cuando te tenga en mi poder perderás un miembro cada semana. Ese maldito vivió seis semanas, pero yo haré que vivas un año sufriendo, te lo juro. Ya nos encontraremos frente a frente antes de un año, si no antes.

De nuevo se dejó oír la siniestra risa, y luego reinó el silencio. Struan sintióse tentado de ordenar una descarga contra los sampánes, pero se contuvo, pues sabía que en ellos se hallaban numerosas mujeres y niños que nada tenían que ver con el pirata Wu Kwok. Luego miró el saco medio abierto.

—Recógelo, Fong —manifestó, y exclamó a continuación a sus hombres—: ¡Nos retiramos a la lorcha, muchachos!

Struan cubrió la retirada de Fong, que cargaba con el saco, y todos retrocedieron hasta donde se hallaba la embarcación. Cuando se hallaban ya lejos de la costa, Struan ordenó colocar una cadena en torno al saco que contenía los restos de Scragger, y después de decir una breve oración, hizo arrojar el cuerpo a los abismos y contempló cómo desaparecía entre diminutas burbujas.

A Struan le hubiera gustado contar a Scragger la despedida que dispensó a sus hijos. Los dejó en manos del capitán del buque, en Whampoa, con cartas de la Noble Casa para los agentes de Londres, que debían hacerse responsables de la educación de los chiquillos.

Struan les dijo:

—Buena suerte, pequeños. Cuando regrese a Gran Bretaña iré a veros.

—¿Puedo hablarle otra vez a solas, Señoría? —dijo Fred, conteniendo apenas las lágrimas.

—Claro, muchacho; ven conmigo.

Struan le condujo a otro camarote y declaró:

—Dime, Fred.

—Mi padre me dijo que debíamos tener nombre y apellido antes de llegar a Inglaterra, Señoría.

—Sí, pequeño. Está en tus documentos. Ya te lo dije anoche, ¿no lo recuerdas?

—Perdóneme, Señoría, pero se me olvidó el nombre ¿Me lo puede decir de nuevo?

—Tú eres Frederick McStruan —manifestó Struan, ya que había tomado

afecto al chiquillo y le pareció apropiado ponerle el nombre de su clan—. Y Bert se llama Bert Chen.

—Ah, ya recuerdo —contestó el niño—. Pero, ¿por qué nos llamamos de manera diferente mi hermano y yo?

—Pues porque habéis tenido madres distintas —dijo Struan, y cogió entre sus manos la cabeza del chiquillo, recordando con tremendo dolor la muerte de sus hijos—. Esa es la razón de que vuestros nombres no sean iguales.

—Sí, pero somos hermanos, Señoría. ¿No podría ponernos el mismo nombre? Chen es un nombre muy bonito, y yo podría llamarme Frederick Chen.

Struan ordenó modificar los documentos e hizo firmar al capitán del buque como testigo.

—Ya está, muchachos —dijo Struan a los hermanastros—. Ahora os apellidáis los dos McStruan. Sois Albert y Frederick McStruan.

Los pequeños lloraron de gozo y abrazaron fuertemente al Tai-Pan.

Struan descendió bajo cubierta y procuró dormir, pero el sueño no acudía. El fin de Scragger le había puesto enfermo. Sabía que aquélla era la tortura predilecta de Wu Fang Choi, el padre de Wu Kwok y abuelo del pequeño Wu Pak. A la víctima se le daban tres días para que eligiese el miembro que prefería perder primero. Al llegar la tercera noche enviaban a un amigo del condenado, quien le susurraba desde un escondrijo que pensaban rescatarle sus allegados. Así, pues, la víctima elegía el miembro con el que creía poder escapar mejor.

Cuando el alquitrán había cauterizado la herida, se obligaba al desventurado a elegir otro miembro, y de nuevo se le prometía rescatarle a corto plazo, lo que nunca ocurría. Sólo los muy robustos llegaban a sobrevivir después de dos amputaciones.

Struan se incorporó de la litera y subió a cubierta. Soplaba, una brisa fresca, que levantaba alguna marejada, y las nubes habían cubierto el cielo por completo. No se apreciaba el menor rastro del brillo de la luna, y el mar aún no presentaba aspecto amenazador.

—Mañana habrá lluvia, señor Struan —dijo Cuhady.

—Eso creo —contestó éste, y al escrutar las tinieblas en dirección a barlovento, tuvo la sensación de que el mar le estaba observando.

—Dama suprema —dijo Ah Sam, tocando ligeramente a May-May, hasta que ésta se despertó—. La lancha del padre se aproxima.

—¿Le ha preparado Lim Din el baño?

—Sí, madre. Ha ido a recibir al Tai-Pan.

—Puedes irte a dormir, Ah Sam.

—¿Despierto a la segunda madre? —preguntó la sirvienta, señalando a Yin-Hsi, que dormía encogida en una cama, a un lado de la cámara.

—No; ve a descansar, pero primero dame el peine y el cepillo, y asegúrate de que Lim Din tiene preparado el desayuno, por si el padre lo desea.

May-May se recostó sobre las almohadas y recordó lo que Gordon Chen le había dicho.

«Aquel maldito se atrevió a acusar a mi hijo Gordon Chen de pertenecer a una sociedad secreta —pensó May-May—. Y eso a pesar de que se le dio dinero suficiente para que muriese con la boca cerrada. ¡Habráse visto cosa igual!».

May-May bajó del lecho con precaución. En el primer momento sintió que sus piernas estaban débiles y temblorosas. Por fin se irguió, más segura de sí misma.

—Ah, vamos, esto está mejor —dijo en voz alta.

A continuación encaminóse hacia el espejo y se examinó detenidamente.

—Pareces más vieja —dijo a su imagen reflejada.

—Eso no es cierto. Y no deberías salir de la cama, sin ninguna ayuda —dijo Yin-Hsi, sentándose en el lecho—. Déjame que te peine. ¿Ha llegado ya el padre? No sabes cuánto me alegra que estés mejor. Tienes muy buen aspecto.

—Gracias, hermana. La lancha del padre se está acercando en estos momentos —dijo May-May, y dejó que Yin-Hsi le cepillase y trenzase el pelo.

Luego, May-May se perfumó un poco y regresó al lecho, sintiéndose reconfortada.

Poco después abrióse la puerta y entró Struan andando de puntillas.

—¿Qué haces despierta? —preguntó.

—Deseaba verte regresar sano y salvo. Tienes el baño preparado, y también el desayuno.

—Creo que me echaré a dormir unas horas. Procura hacerlo tú también, pequeña, y los dos desayunaremos juntos cuando despertemos. He dicho a Lim

Lin que no me despierte si no se trata de un asunto de gran urgencia.

Struan besó a May-May ligeramente, un tanto cohibido por la presencia de Yin-Hsi. May-May se dio cuenta de ello y sonrió para sus adentros. ¡Qué extraños eran aquellos bárbaros!

—Escúchame, querida hermana —dijo May-May, cuando Struan se hubo marchado—. Báñate con agua perfumada, y cuando el padre esté totalmente dormido, acuéstate en su lecho y duerme con él.

—Pero, dama suprema, estoy segura de que el padre no dio a entender nada de que quisiera tenerme en su lecho. Si voy sin que me haya mandado llamar, tal vez se enfade conmigo, y me pegue, y mi vergüenza sería terrible.

—Debes comprender de una vez que los bárbaros son diferentes a nosotros, Yin-Hsi. No temas, yo conozco bien al padre, y no te hará nada. Pero debemos impedir que siga visitando esos asquerosos prostíbulos. El muy condenado se fue derecho a uno de ellos anoche.

—¡No es posible, qué vergüenza para nosotras! —exclamó Yin-Hsi—. Oh, dama suprema, temo desagradar al padre. Tal vez debieras venderme a un sepulturero.

—Te digo que no debes temer nada. Es un bárbaro, y resulta lamentable que vaya a un burdel, estando tú aquí, e incluso Ah Sam.

—Eso sí que es cierto. ¡Ah, qué mal hombre!

—Todos ellos son malos, querida —dijo May-May—. Ve a acostarte con él. Y ten en cuenta que con el padre hay que tener muchas precauciones, pues a pesar de su edad es sumamente tímido en los asuntos del amor.

—¿Sabe ya que no soy virgen? —dijo Yin-Hsi, acariciando la cabeza de May-May.

—Aún es demasiado joven para que necesite vírgenes que le exciten, querida hermana, pero es demasiado viejo para enseñar a una mujer intacta las primicias del amor. Cuando te vea, dile simplemente: «Me envía la dama suprema».

Yin-Hsi repitió las palabras que en inglés le había dicho May-May.

—Ve ahora, hermana mía. O mejor, espera una hora, hasta que se halle bien dormido, y luego acuéstate en su lecho.

May-May se arrebujó satisfecha en las sábanas y se dispuso a dormir.

Yin-Hsi contempló a Struan. Tenía un brazo extendido sobre la almohada y se hallaba profundamente dormido.

Las cortinas de los portillos se agitaban levemente con la brisa matinal. En el camarote reinaba un profundo silencio.

Yin-Hsi quitóse las ropas y se deslizó cuidadosamente en el lecho, junto a Struan.

La tibieza del lecho excitó a la muchacha, que esperó sin respirar apenas. Pero Struan no se despertó. Aproximóse ella y le colocó suavemente una mano sobre el pecho, mas él siguió dormido. La muchacha acercóse aún más, y le rodeó el torso con los brazos y reclinó sobre un hombro de Struan su cabeza, esperando siempre.

A través de la niebla de sus sueños, Struan creyó tener a May-May junto a sí. Le parecía sentir su perfume y el calor de su piel y alegróse en su semiinconsciencia de que ella se encontrase repuesta. Se hallaban los dos al sol y él le preguntaba qué regalo deseaba para su cumpleaños. May-May se echó a reír, y sin decir nada se apretó aún más contra él. Luego, los dos se lanzaron al agua y se pusieron a nadar, lo que chocó a Struan, pues sabía que ella no había aprendido a nadar. Tendiéronse los dos a continuación en la playa, juntos los cuerpos, y a poco, May-May comenzó a temblar y él se horrorizó al comprobar que le había vuelto la fiebre a la muchacha. Apareció un fraile con una taza de infusión de cincona, May-May la bebió y extinguióse su fiebre.

Luego, el cielo se oscureció repentinamente y se oyó gritar a Fong, desde más allá de las olas: «¡Tifón! ¡Tifón!».

Entonces corrieron ambos entre la neblina y llegaron a casa y se acostaron, de nuevo tranquilos.

Struan se agitó en medio de su sueño y al fin se despertó a medias, sintiendo el suave y cálido cuerpo que se oprimía contra el suyo. Su mano cerróse sobre un seno de la muchacha y Struan sintió un estremecimiento, que se reprodujo en ella.

Por último, Struan abrió los ojos y vio a Yin-Hsi que le sonreía con timidez. Incorporóse él súbitamente y exclamó:

—¡Por todos los cielos! ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Yin-Hsi parpadeó y dijo trabajosamente:

—La… dama suprema… envía. Ella… envía.

—¿Cómo?

—Me envía… la dama suprema, Tai-Pan.

—¿May-May? ¿Es que se ha vuelto loca? Vamos, vete de aquí —dijo él, señalando a la puerta.

—Me envía la dama… suprema —insistió la muchacha, afirmando con la cabeza.

—¡Me importa poco quién te envíe, así sea la reina de Inglaterra! ¡Fuera de aquí!

Yin-Hsi, aunque comprendía bastante mal el inglés, se dio perfecta cuenta de lo que decía Struan, pero no obstante hundió con energía su cabeza en la almohada, y mirando de reojo a Struan, repitió una vez más:

—Me envía la dama suprema.

Struan echóse a reír.

Yin-Hsi no pudo reprimir su asombro. Sí, los bárbaros eran unas gentes bien extrañas.

«No, Tai-Pan —se dijo Yin-Hsi—. No me voy de este lecho. No volverás a ningún burdel, avergonzándonos de ese modo a mí y a la dama suprema. ¿Soy acaso una vieja desdentada para que me desprecies? ¡Ah, no, no me muevo de aquí! Soy hermosa y soy la segunda hermana; la segunda dama en tu casa. Esa és la verdad».

—Por todos los cielos —dijo Struan, como hablando consigo mismo—. Voy a casarme con May-May, aunque sea lo último que haga. ¡Al demonio con los demás!

Recostóse Struan sobre la almohada y pensó lo que él y May-May harían cuando fuesen a Gran Bretaña. La muchacha sería la sensación de Londres…, siempre que no usara vestidos europeos.

«Y ahora —siguió pensando— debo regresar pronto a Inglaterra. Tal vez yo mismo consiga expulsar de su puesto al secretario del Exterior. Ahora la clave de Hong-Kong se encuentra en Londres. Así, pues, ¡a Europa, y cuanto antes mejor!».

Volvió luego la cabeza hacia Yin-Hsi, y le pareció que la veía por vez primera. La muchacha resultaba verdaderamente deseable y su perfume era tan exquisito como la tersura de su piel.

—¡Ah, pequeña, me siento profundamente tentado! —murmuró Struan.

Yin-Hsi se oprimió aún más contra él.

CAPITULO XLV

El *White Witch* entró en el puerto poco antes del mediodía. Su mástil de trinquete había desaparecido y en la cubierta yacía un montón de vergas rotas y de jarcias enredadas. Brock aproximóse en una lancha al buque cuando éste se dirigía hacia el fondeadero.

—¡Por todos los inflemos, que alguien va a pagar por esto! —exclamó, dándose cuenta al momento de que los destrozos se debían a que el buque había navegado con demasiadas velas.

Ascendió Brock por la escalerilla, y encarándose con el primer oficial, inquirió lleno de cólera:

—¿Qué ha sucedido?

—La borrasca estuvo a punto de hacernos naufragar, a poco de salir de Macao —contestó Michaelmans, un rudo marino de rostro picado de viruela—. El vendaval se llevó el palo de trinquete y nos arrastró a cien millas de nuestra ruta.

Brock alzó un puño y lo agitó ante el rostro del hombre, al tiempo que decía:

—¿No sabe aún reconocer una borrasca? ¿No se dio cuenta de que debía capear el temporal?

—Sí, señor Brock, pero es que la borrasca se presentó casi de improviso. No me culpe a mí de eso.

Brock lanzó su puño contra el rostro del primer oficial, que trastabilló y fue a dar con la cabeza contra la borda, quedando inconsciente sobre la cubierta.

—¡Pennyworth! —rugió Brock al segundo oficial, un joven de fornido aspecto—. Toma el mando hasta nueva orden, y amarra a las boyas de tormenta. El tiempo va a empeorar.

En ese momento, Brock divisó a Culum en el puente.

Los marineros se apartaron cuando aquél trepó por la escalerilla y se dirigió

a él.

—Buenos días, señor Brock —dijo el muchacho—. Yo deseaba…

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó Brock.

—Bajo cubierta. No fue culpa del señor Michaelmans. Yo quería…

—¡Calla la boca! Ya hablaremos tú y yo.

Brock volvió desdeñosamente la espalda a Culum, y éste sintió hervir la sangre en sus venas ante el insulto.

Brock nunca hubiera mandado callar al Tai-Pan.

—¡Nadie puede bajar a tierra! —gritó Brock desde el puente—. Haz que despejen este infierno, Pennyworth, o te echaré del barco, como al condenado Michaelmans.

Culum se aproximó a Brock y éste repitió:

—¡Te he dicho que hablaríamos luego tú y yo!

—Prefiero hablarle ahora mismo —contestó el muchacho.

—¡Una sola palabra más y te degüello!

Culum siguió a Brock bajo cubierta, deseando que el Tai-Pan hubiera estado allí.

«Oh, Señor —díjose para sus adentros—. ¿Cómo podría yo manejar a Brock? ¿Podré hacerlo alguna vez?».

Tess se hallaba en la puerta de la cámara. Sonrió a su padre forzadamente e hizo una ligera reverencia, pero Brock la apartó a un lado, y después de entrar en la cámara, cerró la puerta detrás de él, dejando fuera a los recién casados.

—Dios nos ayude, amor mío —gimió Tess, dirigiéndose a Culum.

—No te preocupes. Todo saldrá bien —aseguró el joven, tratando de serenar su voz.

Hubiera deseado tener una pistola a su alcance. Por lo que pudiera ocurrir, cogió una pesada cabilla e hizo una seña a Tess para que entrase en la cámara, al tiempo que le decía:

—No temas. Tu padre hizo un juramento. Prometió no hacernos daño.

—Más vale que nos marchemos, mientras podamos hacerlo —contestó Tess.

—No podemos irnos en estas circunstancias. Será mejor aclararlo todo inmediatamente.

—De modo que ese bribón se la llevó, ¿no es cierto? —estaba preguntando Brock a su mujer.

—Sí, pero ya están casados, cariño —dijo Elisa, tratando de contener su temor—. De nada valdría…

—¡Yo decidiré eso, ira del cielo! ¿Qué ocurrió con Gorth?

Elisa contó a su marido todo lo que sabía.

—En realidad fue Gorth quien desafió a Struan —agregó ella, que se sentía aterrada más que nada por Tess, por Culum, e incluso por lo que podía ocurrirle a su marido, si se enfrentaba con Struan.

—Fue Gorth, Tyler —insistió la mujer—. Llamó al Tai-Pan cosas terribles, y le azotó en público. Le dije a Gorth que esperase hasta tu regreso, pero él me golpeó duramente y se marchó.

—¿Qué dices?

Elisa apartóse el pelo y enseñó a Brock su oreja derecha, que aparecía amoratada y con algo de sangre coagulada. Luego se desabrochó la blusa y mostró un costado, que tema también lleno de cardenales.

—El lo hizo. Tu hijo. Era un demonio y tú lo sabías muy bien —aseguró la mujer.

—Dios del cielo, Elisa, ¿fue él? Si lo hubiera sabido… Sí, es mejor que esté muerto. Pero no me resigno a que le hayan asesinado unos esbirros sin honor, ¡maldición!

Con el rostro contraído por la ira, Brock se sirvió un jarro de cerveza, y Elisa agradeció al cielo que se le hubiera ocurrido hacer colocar allí un barrilillo lleno.

—¿Qué dice el médico de la peste de ese maldito Culum? —preguntó Brock a continuación.

—No tiene peste alguna y no es un maldito, sino tu yerno, Tyler.

—Ya lo sé, condenado sea.

—Tyler, perdónales. Te lo suplico. El es un buen muchacho, y los dos se quieren mucho. Serán muy felices…

—¡Basta ya! —dijo Brock, golpeando sobre la mesa con el jarro vacío—. Dirk fue quien planeó todo esto, lo sé. Y todo para destruirme. Primero se propuso eliminar a mi hijo mayor y luego hizo casar a Tess con su hijo. ¡El cielo maldiga a Struan! ¡Hasta eso me ha quitado!

Brock arrojó el jarro de cerveza contra un mamparo, y añadió en seguida:

—Sepultaremos a Gorth hoy mismo, en el mar.

—Tyler, cariño —comenzó a decir Elisa, cogiendo a sú marido por un brazo

—. Hay otra cosa que tienes que perdonar. Se refiere a Nagrek.

—¿Qué dices?

—Gorth me dijo lo que hicisteis a Nagrek. Fue terrible, pero se lo merecía, porque abusó de Tess. Sí, lo hizo, pero Culum no lo sabe, me parece. Así, pues, la muchacha se ha salvado de un triste sino.

Los músculos que rodeaban la cuenca vacía de Brock comenzaron a estremecerse.

—¿Qué estás diciendo? —repitió.

—Es la verdad. Te lo oculté porque temía lo que pudieras hacer. También engañé a Tess. Al menos le dije que lo que le habían hecho no era nada, pues no hubo verdadero amor.

Brock movió los labios lentamente, pero de su boca no salió sonido alguno. Se puso en pie pesadamente, abrió la puerta y se enfrentó con Culum y Tess. Vio el terror reflejado en el rostro de la muchacha, y eso le hizo ser aún más cruel.

—Preferisteis marcharos sin mi consentimiento —manifestó, entre dientes —. Os dije tres meses, pero…

—¡Oh, padre; padre mío! —sollozó Tess.

—Señor Brock, le aseguro…

—¡Calla de una vez! Te repito que hablaremos de esto tú y yo dentro de poco. En cuanto a ti, Tess, quisiste marcharte de casa como una mujerzuela. Está bien, ve y despídete de tu madre. Luego márchate con tu hombre y desaparece de nuestras vidas.

—Padre, escucha…

—¡Vete, he dicho! —rugió Brock, quien sentíase como envuelto en una pesadilla. Hubiera querido perdonar y sentir en torno a él los brazos de su hija, pero una parte demoníaca de su ser le arrastraba a mostrarse implacable—. ¡Fuera!

—Vete, cariño —dijo Culum—. Ve y empaqueta tus cosas.

Tess retrocedió lentamente, y luego echó a correr hacia su camarote.

—Juré dejaros el camino libre, pero eso era si os casabais como era debido —dijo Brock, dando una patada fuerte a la puerta, que estaba entreabierta.

—Señor Brock…

—¡Escúchame tú a mí, condenación, o te aplasto como a una sabandija! —exclamó Brock, y un reguero de saliva le cayó desde una comisura de los labios

por la barbilla—. Yo te dije de hombre a hombre si te parecía bien el plazo de tres meses y contestaste que sí. Pero luego faltaste a tu palabra, ira del cielo.

Culum no dijo nada. Rogó al Señor que le diera fuerzas, pues se sabía derrotado.

—¿Es cierto o no lo que digo? —preguntó Brock.

—Sí, lo es.

—En tal caso, me veo libre de mi juramento.

—¿Puedo hablar ahora?

—Aún no he terminado. Aunque me habéis engañado, lo cierto es que estáis casados. Contéstame ahora a una pregunta. ¿Puedes jurar ante Dios que dirás la verdad?

—Claro que sí —dijo Culum, que deseaba contar a Brock lo de su examen médico y otras cosas.

—¿Vas a jurarlo ante Dios?

—Desde luego, no tengo nada que ocultar y…

—¿Planeó tu padre todo esto? ¿Te dio él la idea de la fuga a fin de que Gorth le desafiase? ¿Fuiste borracho al prostíbulo, sin tener conocimiento de tus actos? No, no necesitas contestar. Veo la respuesta escrita en tu rostro.

—Es cierto, pero tiene que escucharme.

—Ya os he dejado bastante libre el camino, pero voy a decírtelo en la cara. Voy a aniquilar al Tai-Pan. Voy a aniquilar la Noble Casa. No descansaré hasta que lo haya conseguido. Y tú no tendrás paz si no es en Brock e Hijos. ¡Sólo allí, Culum, condenado Struan! Hasta ese día habéis muerto para mí. Tú y Tess.

Brock dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—¡Usted no me ha escuchado! —exclamó Culum—. Eso no es jugar limpio.

—¡No hables de jugar limpio! —rugió Brock, volviéndose—. Te ofrecí esperar tres meses y tú lo prometiste, para luego quebrantar la promesa. Para mí, tú no tienes ningún honor.

Marchóse Brock, y Culum quedó con los puños contraídos, reprimiendo toda su cólera y su vergüenza.

Brock subió a cubierta y exclamó:

—¡Pennyworth!

El segundo oficial dejó de supervisar la faena de despejar de estorbos la cubierta y se acercó a Brock.

—Busca a Struan —declaró Brock— y dile que le espero en el Valle Feliz, entre su muelle y el mío.

Una sonrisa maligna apareció en el rostro del traficante, quien rectificó al momento:

—No, no. Mejor dile que le aguardo en la colina del Valle Feliz, y que iré a enfrentarme con él en lugar de Gorth. ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

—¡Y si llegas a decir una palabra de esto a otra persona que no sea él, por todos los cielos que te castro como a un perro!

—¿Quién va a terminar de poner el buque en condiciones? —preguntó el joven marino.

—Tú mismo. Serás el capitán del *White Witch* en cuanto hayas entregado el mensaje.

Struan estaba contemplando a Yin-Hsi, que se hallaba dormida a su lado, y la comparó con May-May. A ésta la comparó luego con la anterior amante china que había tenido, y a todas ellas con Ronalda. Todas eran diferentes, aunque iguales en muchos aspectos. Se preguntó por qué las tres orientales le habían proporcionado mucho más placer que Ronalda, aunque ésta fue el gran amor de su vida hasta que conociera a May-May.

Las tres chinas tenían algo en común: una increíble tersura de piel, una gracia ingenua y una verbosidad que resultaba divertida. Pero May-May destacaba sobre las otras dos. Ellla era perfecta.

Struan acarició a Yin-Hsi y la muchacha se agitó, pero sin despertarse. Deslizóse él con todo cuidado fuera del lecho y miró por un portillo para contemplar el aspecto del cielo. La capa de nubes se hacía cada vez más densa. Struan se vistió y descendió a la cubiera inferior.

—Hola —dijo May-May, que se encontraba sentada en la cama, increíblemente hermosa.

—Hola, May-May.

—¿Dónde está mi hermana?

—«Me envía la dama suprema» —remedó Struan la delicada voz de Yin-Hsi.

—Bah, así pagas a tu madrecita —replicó ella despectivamente—. Estoy

segura de que ya no me quieres.

—Eso es cierto —dijo Struan, observando a May-May, a quien la palidez del rostro parecía prestarle mayor atractivo—. Tanto es así, que estoy pensando en despacharte.

—¡*Aeey yah!* Atrévete a hacerlo.

El se echó a reír y la alzó en sus brazos.

—Ten cuidado, Tai-Pan —dijo ella—. Dime, ¿te ha gustado Yin-Hsi? Claro, estaba segura de ello.

—Ahora contéstame tú: ¿Te gustaría ser Tai-tai?

—¿Qué estás diciendo?

—Bien, si no te interesa, no hablemos más de ello —manifestó Struan.

—¡Ah, no, Tai-Pan! ¿Has hablado de ser yo Tai-tai? ¿De verdad, como señalan las costumbres? Por favor, no bromees con un asunto tan importante.

—No bromeo, May-May —dijo él, tomando asiento en un sillón, con ella siempre en sus brazos—. Nos vamos a Gran Bretaña. Tú y yo. Tomaremos el primer clíper que salga y nos casaremos durante el viaje.

—¡Maravilloso! —dijo ella, acariciándole. Agregó—: Ahora suéltame un momento.

Así lo hizo él, y May-May comenzó a andar despacio hacia el lecho.

—Fíjate —añadió—. Ya estoy casi del todo recuperada.

—Bien, ahora vuelve a acostarte.

—Entonces, ¿vas a casarte conmigo? Pero, ¿de acuerdo con vuestras costumbres o con las nuestras?

—Con ambas, si lo deseas.

May-May se arrodilló graciosamente ante él y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente.

—Juro que me haré merecedora de la dignidad de Tai-tai.

El la alzó rápidamente del suelo y la colocó en su lecho.

—No vuelvas a hacer eso, pequeña —advirtió Struan.

—Lo hice porque me has otorgado el mayor honor que podían ofrecerme en la tierra —afirmó ella. Y riendo, añadió—: ¿Te ha gustado el regalo de cumpleaños? ¿Por eso te casas con tu pequeña May-May, eh Tai-Pan?

—Sí y no. Ya había pensado en hacer eso.

—Yin-Hsi es muy bonita. Espero que te guste mucho.

—¿Dónde la encontraste?

—Era una de las concubinas en la casa de un mandarín que murió hace seis meses. ¿Te dije que tiene dieciocho años? La familia del mandarín quedó en mala situación y la Tai-tai pidió a un corredor de bodas que le encontrase una buena casa. Oí hablar de ella y arreglé una entrevista.

—¿Dónde, en Macao?

—No, fue hace tres meses —dijo May-May, apretándose contra Struan—. La conocí en Cantón después de que la Tai-tai de Jin-qua me hablara de ella. Me decidí a traerla con nosotros cuando supe que yo iba a tener un niño. Así pensé impedir que fueras a un prostíbulo. Me prometiste no ir, pero anoche estuviste allí, por todos los infiernos.

—No fui a estar con las chicas, sino a ver a Aristóteles Quance.

—Sí, eso es lo que tú dices —manifestó ella, agitando el dedo índice ante la cara de Struan—. Bueno, está bien, por esta vez te voy a creer.

—Eres muy amable, gracias.

—Yin-Hsi sí que es amable, de modo que no necesitas ir a esas casas. Ah, no sabes lo dichosa que me siento. Ella canta espléndidamente y tañe varios instrumentos, cose magníficamente y es muy rápida para aprender. Ahora le estoy enseñando inglés. Vendrá a Inglaterra con nosotros, ¿verdad? Sí, y también Ah Sam y Lim Din —dijo May-May. Y de pronto frunció ligeramente el ceño—. Pero, ¿volveremos a China con cierta frecuencia?

—Sí, es probable.

—Ah, muy bien. Claro que volveremos. Y dime, ¿resulta agradable Yin-Hsi en la cama?

Struan miró divertido a May-May y replicó:

—No le hice el amor, si es eso lo que me preguntas.

—¿Es posible?

—Me gusta ser yo quien elige mi compañera para esos casos y también el momento adecuado.

—¿Ha estado en tu cama y no le has hecho el amor? No puedo creerlo.

—Pues créelo.

—Te juro, Tai-Pan, que no termino de comprenderte. ¿Es que no te atrae?

—Claro que sí, pero decidí que no era el momento apropiado. Tal vez esta noche lo sea, o bien mañana. Cuando yo lo desee. De todos modos, te agradezco

la atención.

—Quizá estabas agotado por alguna sucia ramera y no tenías fuerzas. ¿Era eso?

—Vamos, no digas tonterías.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta y, después de contestar May-May, entró Lim Din en la cámara.

—Tai-Pan, el amo está aquí. Quiere ver al Tai-Pan. ¿Puede?

—¿Qué amo, por amor de Dios?

—El amo Pennyworth.

CAPITULO XLVI

Brock observó a Struan mientras éste ascendía por el sendero que llevaba a la cima de la colina, partiendo del templo abandonado, carente de techo. Descubrió que Struan llevaba aferrada a la muñeca la maza de abordaje, y no pudo reprimir un estremecimiento. Sin embargo, se alegró en el fondo de que la situación fuera a aclararse al fin.

Oprimió Brock la empuñadura de la maza que él también portaba y avanzó hacia un claro, mientras esgrimía con la mano izquierda un cuchillo.

Struan vio a Brock desde que abandonara las paredes de la iglesia sin terminar, y de momento se olvidó del plan que había decidido poner en práctica. Se detuvo un momento, y lo único que fue capaz de pensar era que debía destruir a su enemigo. Haciendo un esfuerzo, Struan procuró serenarse y siguió ascendiendo por el caminillo, con los músculos en tensión, deseando terminar cuanto antes.

Al fin los dos hombres se encontraron frente a frente.

—¿Fuiste tú quien planeó la fuga de los muchachos y el duelo con Gorth, verdad? —dijo Brock, entre dientes.

—En efecto —replicó Struan, dejando caer la bola de la maza de abordaje, que produjo un siniestro sonido metálico.

De nuevo tuvo que esforzarse por recordar lo que había pensado decir.

Brock aferró la empuñadura de su arma y avanzó un paso, preparado.

—Siento que Gorth muriera de esa forma —dijo Struan—. Habría sido un placer para mí matarle yo mismo.

Brock no contestó. Alzó la maza de abordaje y arremetió contra Struan. La bola de púas erró la cabeza de éste por escasos milímetros. Struan echóse rápidamente a un lado y los dos hombres comenzaron a moverse en círculos, uno en torno al otro, como dos animales salvajes.

—¡No hables de mi hijo cuando el tuyo está apestado! —rugió Brock.

—¡Mentira! —replicó Struan—. Fue Gorth quien trató de hacer que enfermara. El fue quien lo planeó todo, ¿me oyes?

Brock sintió que le latían, las sienes violentamente.

Lo único que sabía era que tenía ante él a su enemigo y que deseaba matar.

De nuevo se produjo una violenta escaramuza, y una vez más los dos hombres se acosaron con sus mazas.

Brock, que sostenía un cuchillo con la izquierda, lanzó un golpe hacia Struan, que volvió a esquivarlo. No obstante, se dio cuenta de que no podría contenerse por mucho tiempo, limitándose a eludir los embates de su oponente.

—¡Te digo que Gorth proyectó arruinar a Culum!

—¡Dios maldiga tus mentiras!

—Tu hijo dio a Culum un afrodisíaco y pagó a un burdel para que le dieran una mujer enferma. Quería arruinar la vida de mi hijo. ¡Ese era tu maldito Gorth!

—¡Mientes!

—Lo juro ante Dios —dijo Struan.

—¡Blasfemo! ¡Te atreves a jurar por Dios!

—Juro por Dios que es la verdad —insistió Struan—. Gorth mató a una ramera en Macao y a otra aquí. Esa es la verdad. No he manchado mis manos con la sangre de tu hijo, pero tal vez me las manche con la tuya, si no me crees.

Brock miró a Struan y no tardó en ver reflejada en su mirada la sinceridad.

—Entonces, tú… —dijo Brock, con voz temblorosa—. Tú tenías razón… Tenías razón, por todos los cielos.

Una ráfaga de viento fresco dio en el rostro de Brock, que sintió como si su mente se hubiera despejado de improviso. Miró entonces hacia el continente y dijo:

—El viento ha cambiado.

Struan retrocedió unos pasos, con la maza preparada, sin fiarse del todo de Brock. En seguida miró hacia territorio chino, de donde procedía el viento, y al igual que Brock, pareció husmear levemente la brisa.

Venía del Norte. Era suave, pero inconfundible.

—Tal vez sólo sea una borrasca —dijo Brock, con voz ronca y el corazón palpitante, notando que las energías parecían abandonarlo.

—No. Desde el Norte no puede ser sólo una borrasca —dijo Struan, con la

misma sensación de alarma.

—¡Es un tifón! —gritó Brock.

Los dos hombres miraron hacia el puerto, donde los juncos y los sampánes navegaban rápidamente en busca de refugio.

Struan volvióse hacia Brock y dijo:

—Tyler, lo repito. He dicho la verdad acerca de Gorth.

Notó Brock un gusto a bilis en la boca, y escupió con fuerza.

—Debo pedirte disculpas —dijo—. Gorth ha merecido su muerte y es digno de compasión. Lo ocurrido ya no tiene arreglo. Sé que estuve equivocado al desafiarte hoy. Pero no creo que las cosas hayan cambiado entre nosotros. Yo no cambiaré, como tú tampoco lo harás. El día que vuelvas a mí con un arma en la mano, ese día me encontrarás. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

Struan introdujo en la vaina su cuchillo, sin dejar de observar a Brock. Por fin preguntó:

—¿Perdonarás a Culum y a Tess?

—Para mí están muertos, ya lo he dicho. A menos que Culum quiera formar parte de Brock e Hijos, que ésta se una con la Noble Casa y que yo sea el Tai-Pan de la Noble Casa.

Los dos hombres dejaron caer las mazas de abordaje al suelo y rápidamente descendieron colina abajo, por diferentes caminos.

CAPITULO XLVII

El viento del Norte siguió aumentando en intensidad durante todo el día. Al anochecer, Queenstown se hallaba preparada para el temporal. Las ventanas y las puertas fueron cerradas tan sólidamente como era posible, y los que habían tenido la previsión de ordenar la construcción de un sótano en sus casas bendijeron su prudencia.

Aquellos que habitaban en viviendas provisionales se trasladaron a otros edificios más sólidos. Pero pocas eran las edificaciones resistentes que habían sido terminadas. Sólo estaban las del Valle Feliz, mas no hubo quien se arriesgara a aspirar los miasmas nocturnos del lugar, a pesar de que el *Oriental Times* había informado ya acerca de la curación de la malaria. Y es que la cincona aún tardaría mucho en llegar.

En los buques, las escotillas fueron cerradas herméticamente y se lanzaron las anclas a la mayor profundidad posible. Se trató de alejar las embarcaciones entre sí para que no se abordaran con los embates del viento.

Algunos dijeron que como el viento soplaba uniformemente del Norte, tal vez no se tratara de un tifón. En los tifones, el viento solía soplar de distintos cuadrantes, variando constantemente. La presión del barómetro se mantenía muy alta y el tifón se caracterizaba por el brusco descenso de la misma.

Al cerrar la noche, las nubes bajas dejaron caer una suave llovizna que contribuyó a aliviar algo el calor.

Struan había considerado atentamente los posibles peligros. De haber estado solo, habría zarpado en el *China Cloud* rumbo al Sur, hasta que el viento hubiera cambiado de dirección. Entonces, impulsado de popa, sin duda hubiera logrado escapar sin daños. Pero algo le hizo no arriesgarse a embarcar. En lugar de ello, se trasladó con May-May, Yin-Hsi, Ah Sam y Lim Din al gran edificio abandonado de la Noble Casa, e instaló allí a todos en las habitaciones del tercer

piso. Se dijo que la lluvia y el viento contribuirían a despejar la atmósfera de las emanaciones nocivas. Lo importante era hallarse al abrigo de unas paredes de piedra y ladrillo.

Culum agradeció a su padre el ofrecimiento de llevar a Tess al mismo edificio, pero prefirió trasladarla a la residencia del capitán del puerto. Esta era una edificación baja, de granito, y Glessing dispuso el espacio suficiente para la joven pareja en la parte destinada a las viviendas.

Contó Struan a May-May lo que había sucedido en la colina y la tregua que se había concertado. Y durante todo el día estuvo reflexionando acerca de la violencia de los hombres.

—¿Qué te ocurre, esposo mío? —preguntó May-May al verle tan pensativo.

—No lo sé. Es Brock, soy yo, es el tifón. No puedo decirlo. Tal vez sean las nubes, que están muy bajas.

—Te diré lo que te ocurre. Piensas demasiado en lo que ha sucedido, y lo que es peor, te preocupas por lo que podía haber ocurrido. ¡Bah, tonterías! Haz como nosotros, los chinos. Lo pasado pasado está. Has hecho las paces con Brock, de modo que no debes perder el tiempo en rumiar el asunto como una vaca. Come bien, bebe bien y hazle el amor a Yin-Hsi. Verás cómo se te pasa todo en seguida.

Al terminar de hablar, May-May echóse a reír y llamó a Yin-Hsi, quien corrió a través del amplio dormitorio y tomó asiento en el lecho de May-May, cogiéndole una mano.

—Mírala, por todos los cielos —agregó May-May—. Ya le he explicado algunas cosas que necesitaba conocer.

Struan sonrió y sintióse mejor.

—Así me gusta —dijo May-May—. Yin-Hsi está en la habitación contigua a la tuya, a tu disposición. No dirás que me ocupo poco de ti, ¿verdad?

—Vamos, pequeña, no digas tonterías —dijo Struan, sin poder reprimir una carcajada.

Habló May-May rápidamente en chino a Yin-Hsi, quien le escuchó con toda atención. La muchacha palmoteo gozosamente, hizo a Struan una reverencia y salió apresuradamente de la habitación.

—¿Qué le has dicho, May-May? —preguntó Struan, con tono receloso.

—Le he contado de qué forma haces el amor y cómo te pones de excitado.

Le dije que no se asuste si gritas al final.

—¡El demonio te lleve! ¿Es que no voy a disfrutar de un poco de intimidad?

—Tai-tai sabe muy bien lo que le conviene a su niño caprichoso. Anda, Yin-Hsi te está esperando.

—¿Cómo?

—Sí, le dije que se preparase. El amor al entrar la noche es sumamente grato. ¿Lo has olvidado?

Struan lanzó un gruñido y se encaminó hacia la puerta, al tiempo que decía:

—Gracias por tu atención, pero tengo que hacer.

Descendió Struan al piso bajo, y de pronto se sintió mucho mejor. Sí, no había por qué preocuparse por el pasado. De nuevo bendijo su suerte por tener junto a él a May-May.

Brock había hecho arrojar al agua el mástil destrozado del *White Witch*, y la cubierta aparecía ya despejada de jarcias y vergas rotas. Ordenó colocar tres anclas a proa y otra de tormenta de lona, a popa, a fin de tener al buque cara al viento.

Durante todo el día se sintió pesado, con dolor de cabeza y de pecho, y se dio cuenta de que aquella noche tendría sueños desagradables. Le hubiera gustado emborracharse para hallar una válvula de escape, pero no lo hizo, pues sabía que se aproximaba el peligro. Dio una última vuelta por la mojada cubierta, alumbrándose con un farol, y luego descendió a ver a Elisa y Lilibet.

—Aquí tienes el té, cariño. Es mejor que te pongas ropa seca —dijo Elisa, y señaló un montón de prendas que había junto a una litera.

—Gracias, Lisa —dijo Brock, sentándose a la mesa para tomar el refrigerio.

—Papá, ¿quieres jugar conmigo? —inquirió la pequeña Lilibet. Y como Brock, embebido en sus pensamientos, no la oyera, la chiquilla le tiró de la chaqueta e insistió—: ¡Papá, papá, ven a jugar conmigo!

—Deja en paz a tu padre —intervino Elisa—. Jugaré yo, si quieres.

La mujer llevóse a Lilibet al camarote contiguo, y de nuevo dio gracias a Dios porque reinaba la paz entre su hombre y Struan. Brock le había contado lo sucedido, y ella elevó una silenciosa plegaria en señal de agradecimiento.

«El viento obra milagros —se dijo—. Ahora sólo me resta tener paciencia. Llegará el momento en que él perdone a Tess. Dios la ampare ahora a ella y a Culum y a nosotros en nuestro barco».

A continuación se sentó junto a Lilibet y comenzó a contarle un cuento.

Esa misma tarde, el ataúd de Gorth había sido embarcado en un cúter. Elisa y Brock subieron a bordo, y la embarcación se dirigió hasta un lugar de aguas profundas.

Brock dijo las oraciones, y cuando terminó maldijo a su hijo y lanzó el ataúd a las profundidades. Al regresar al *White Witch*, Brock se encerró en su camarote y lloró al hijo y la hija que había perdido. Por vez primera lloró como hombre, y la alegría de vivir se extinguió en su ser.

La lluvia y el viento arreciaron durante toda la noche. Al llegar el alba, el aguacero era intenso, aunque no amenazador. La mar, encrespada, tampoco ofrecía peligro inmediato.

Brock había dormido vestido y acudió a cubierta con aspecto cansado. Consultó el barómetro y vio que se mantenía aún en 29,8 pulgadas. Golpeó el instrumento con los nudillos, pero a pesar de eso, no varió.

—Buenos días, señor —dijo Pennyworth, acercándose.

Brock se limitó a asentir con la cabeza.

—Creo que se trata sólo de un temporal de lluvia —aseguró el joven, inquieto ante el mal aspecto de Brock.

Este examinó el mar y el cielo. El manto de nubes se extendía a un centenar de metros de altura y ocultaba las montañas de la isla, pero eso no tenía nada de extraordinario.

Brock hizo un esfuerzo y se dirigió hacia proa, a comprobar los calabrotes de las anclas. Estas se hallaban firmes. Eran tres y pendían de otras tantas estachas tan gruesas como el brazo de un hombre. Se dijo que aguantarían la peor tormenta, aunque la que se avecinaba le tenía alarmado.

El *China Cloud* capeaba el viento con gallardía algo más allá, con los hombres de su guardia protegidos a sotavento, en el puente. Los demás buques se balanceaban suavemente, sobresaliendo entre todos la enorme nave almirante. Unos pocos sampánes y juncos rezagados buscaban refugio entre el pueblo flotante, situado en una pequeña caleta cercana a Glessing Point.

Descendió Brock bajo cubierta, y Pennyworth y los demás que integraban la guardia respiraron aliviados.

—Parece haber envejecido desde ayer —dijo Pennyworth—. Tiene aspecto de hombre acabado.

La luz del amanecer sorprendió a Struan comprobando la seguridad de las persianas del primer piso. Descendió luego a la planta baja e hizo una inspección similar en ventanas y balcones. Leyó a continuación el barómetro y comprobó que la presión no había variado.

—¡Ira del cielo! —exclamó Struan, y el eco de su voz se difundió por todo el edificio—. ¡El maldito barómetro no desciende y la lluvia no cesa!

—¿Qué dices, Tai-Pan? —preguntó May-May desde un rellano de la escalera, desde donde su figura aparecía encantadora y diminuta.

—Nada, querida, vuelve a acostarte.

May-May oía el tamborileo de la lluvia en el techo, y deseó encontrarse en Macao, donde las tormentas parecían más gratas.

—No me gusta esta lluvia —dijo ella—. Espero que los niños estén bien. Les echo mucho de menos.

—Anda, vuelve a la cama. Yo voy a salir un momento.

—Ten cuidado, cariño —dijo ella, saludando con la mano.

Struan se colocó el pesado impermeable marino y salió de la casa.

La lluvia caía ahora oblicuamente, sin que hubiera aumentado durante la última hora. Hasta parecía haber disminuido algo en intensidad, se dijo Struan. Las nubes seguían muy bajas. Observó Struan al *China Cloud*, y pensó que el barco era hermoso y seguro y que aguantaba fácilmente el temporal.

Regresó a la casa y consultó el barómetro. No había ningún cambio.

Desayunó luego abundantemente y se dispuso a salir de nuevo.

—Todo el tiempo arriba y abajo —dijo May-May—. ¿Por qué estás tan impaciente? ¿A dónde vas ahora?

—Al despacho del capitán del puerto. Quiero ver si Culum y Tess se hallan bien. Por ningún motivo salgas afuera tú y cualquiera de los demás. Y tampoco abráis ventanas o puertas.

—Sí, esposo mío —dijo May-May, dándole un beso.

El Camino de la Reina aparecía lleno de charcas, y nadie transitaba por él. Pero el viento y la lluvia resultaban vivificantes, y Struan se sentía más contento

allí que encerrado en el gran edificio vacío. Era como un chubasco primaveral del Nordeste, en Inglaterra, aunque quizá no tan intenso, pensó Struan.

Poco después entró en el despacho del capitán del puerto y se sacudió la lluvia del impermeable.

Glessing se hallaba sentado ante su escritorio y se puso en pie.

—Buenos días, señor Struan. ¿Extraña tormenta, verdad? —dijo, al tiempo que invitaba con una seña a Struan a tomar asiento—. Supongo que vendrá a ver si están bien Culum y su esposa, ¿no es cierto? Fueron a los oficios religiosos.

—¿Cómo?

—Regresarán en seguida. Hoy es domingo.

—Ah, sí. Lo había olvidado.

—¿Un poco de té?

—Gracias —replicó Struan, sirviéndose una taza de una gran tetera de hierro, que volvió a colocar sobre la estufa de carbón.

La estancia era amplia y se hallaba atestada de cartas marinas. En una serie de estantes estaban enrolladas las banderas de señales, mientras que a un lado había un armero donde se alineaban numerosos mosquetes. Toda la estancia irradiaba un aire pulcro y marinero.

—¿Qué opina de la tormenta? —inquirió Glessing.

—Si es un tifón, no hay duda de que estamos justamente en su camino. Si el viento no amaina ni cambia de dirección, el vértice pasará sobre nosotros.

—Dios nos asista, si tiene usted razón. Una vez me sorprendió un tifón en Formosa. Jamás querría volver a verme en un mar como aquél, y eso que no estábamos en el centro del ciclón —aseguró Glessing.

Una fuerte ráfaga hizo estremecer las persianas de tormenta. Los dos hombres observaron el indicador del viento. Seguía inexorablemente señalando el Norte.

Glessing depositó sobre la mesa su taza de té, y dijo:

—Estoy en deuda con usted, señor Struan. Anteayer recibí una carta de Mary. Me dijo lo atentos que habían sido usted y Culum. Usted, en especial. Parece que Mary ya se encuentra mucho mejor.

—La fui a ver antes de marcharme de Macao y, en efecto, me pareció que había mejorado notablemente.

—Espera que la den de alta dentro de dos meses y afirma que usted dijo a los

papistas que se hacía responsable de ella. Creo que ahora eso corre de mi cuenta.

—Como usted quiera —afirmó Struan.

Y se preguntó qué haría Glessing cuando se enterase de la verdad acerca de Mary. Alguna vez tendría que saberlo.

—¿Le reveló el médico cuál era la dolencia de Mary? —preguntó Glessing.

—Una enfermedad estomacal.

—Sí, eso me dijo ella en su carta. Gracias de nuevo.

Glessing apartó una carta de su escritorio y limpió una mancha de té que había sobre la madera de teca. Luego, añadió:

—Culum me contó que de pequeño usted estuvo en la Marina Real, durante la batalla de Trafalgar. Mi padre también tuvo el honor de encontrarse allí. Me pregunto en qué buque estaría usted. Mi padre era teniente con el almirante lord Collingwood, en…

—En el *Royal Sovereign* —dijo Struan—. Sí, yo estaba a bordo de ese buque.

—¡Por Jove! —exclamó Glessing.

Struan había querido ocultar a Glessing aquella circunstancia que para él era otro as que podría jugar en el momento oportuno, a fin de atraerse al joven marino.

—Claro que no recuerdo a su padre. Yo era pinche de santabárbara y estaba muerto de miedo. Pero lo cierto era que el almirante se hallaba a bordo y que yo estaba en el *Royal Sovereign*.

—¡Por Jove! —repitió Glessing, que había visto de pequeño el buque de línea de ciento diez cañones frente a Spithead y quedó impresionado por su tamaño—. ¡Una tropa de valientes entre los que se contaba nada menos que el futuro Tai-Pan de la Noble Casa! No es de extrañar que ganásemos.

—Gracias —dijo Struan—. Pero tuve poco que ver con la batalla.

—No diga eso, Tai-Pan. Usted estuvo allí, y es lo que importa. Confieso que antes le tenía muy poca simpatía, pero eso ya ha pasado. Aún sigo creyendo que mi decisión fue acertada en la batalla de Chuenpi, pero comprendo que el maldito Longstaff tenía razón cuando dijo que tanto usted como yo habríamos reaccionado de la misma forma.

—¿Qué le ocurrió con Longstaff?

El rostro de Glessing perdió la expresión amable.

—Tuvo la impertinencia de inmiscuirse en asuntos privados. «Sugirió» al almirante que me enviase a Gran Bretaña. Gracias al cielo le han destituido. Y hablando de necios, supongo que habrá leído usted el periódico de anoche. ¡Habráse visto mayor imbécil que el tal Cunnington!

¿Cómo se atreverá a decir todo eso acerca de Hong-Kong sin conocer la isla? ¡Si es el mejor puerto que hay en el mundo! ¿Cómo osa afirmar que no sabemos nada del mar?

Struan recordó el día en que desembarcó en la isla —¡Señor, ya habían pasado seis meses!—, y se dio cuenta de que estuvo acertado en aquella ocasión. Glessing iría al infierno con tal de salvar la isla y Glessing Point.

—Tal vez el nuevo plenipotenciario Whalen está de acuerdo con Cunnington —dijo Struan.

—No será así mientras yo o el almirante podamos evitarlo. Este estuvo a punto de sufrir un ataque de apoplejía cuando leyó el artículo. Y es que cae de su peso. Mire, si no, la flota. Se halla tan segura como si estuviera en Portsmouth. ¿Dónde demonios estaríamos sin Hong-Kong? Ahora mismo yo me encontraría preocupado si me hallase en un buque fondeado frente a Macao. Sí, tenemos que conservar Hong-Kong a cualquier precio. Hasta ese idiota de general ha visto claro por una vez y está plenamente de acuerdo con nosotros al fin.

Glessing siguió gruñendo de unos y de otros, lo cual divertía a Struan.

Abrióse de pronto la puerta y una ráfaga de viento agitó las cartas navales, mientras entraban Tess y Culum con alegre talante, pese a la inclemencia del tiempo.

—¡Ah, hola, Tai-Pan! —dijo Culum—. ¿Podemos tomar una taza de té, amigo Glessing? No nos la negarás si te confesamos que hemos rezado por tu salvación, muchacho.

—Gracias —replicó Glessing, y señaló la tetera de hierro que había sobre la estufa de carbón—. Podéis serviros vosotros mismos.

Tess se quitó el mojado abrigo y sonrió a Struan.

—Buenos días, Tai-Pan —le dijo.

—La encuentro muy hermosa hoy, señora Struan —replicó aquél.

La muchacha enrojeció visiblemente y se apresuró a servirse el té.

—Se les nota muy felices, ¿no es cierto? —dijo Glessing.

—Y lo somos —afirmó Culum—. Por eso hemos querido dar gracias al

Señor. También pedimos un cambio del viento.

—¿No cambiáis de parecer, muchachos? ¿Queréis venir a nuestra casa?

—Gracias, nos encontramos bien aquí y es un edificio seguro.

Struan observó una cajita de plata con piedras preciosas incrustadas que Culum llevaba colgando de la cadena del reloj.

—¿Qué es eso, Culum?

—Es un regalo de Tess —afirmó el joven.

La cajita contenía los veinte soberanos de Brock, y al recordarlo, Culum sintióse culpable por no haber dicho a Tess lo que significaban aquellas monedas. Las había colocado en la cajita cuando él y Tess se marcharon del *White Witch*, al ser echados por Brock. Quería recordar que éste había sido injusto al no darle una ocasión para defenderse.

—Era de mi abuela —manifestó Tess—. No es un gran regalo de bodas, pero es todo lo que pude ofrecer a Culum, al no haber dote de ninguna clase.

—No te preocupes por eso, pequeña —dijo Struan—. Ahora formas parte de la Noble Casa. ¿Cuándo pensáis trasladaros a vuestro nuevo hogar?

—Dentro de tres semanas —dijeron al mismo tiempo Culum y Tess, echándose a reír, llenos de gozo.

—Bien, haremos que ése sea un día señalado. Y ahora me marcho, antes de que arrecie la galerna.

—¡Mire ese loco, Tai-Pan! —dijo Glessing, que sostenía su catalejo en dirección a una lorcha que avanzaba por el canal oriental, con las velas a medio desplegar.

—¿Qué demonios hará ese insensato? —manifestó Struan—. No es día para estar ahí.

—Con su permiso, señor Culum —dijo Glessing—. Voy a hacerle señales para que amarre a su muelle, en el Valle Feliz. Está vacío y les será más fácil la maniobra.

—Desde luego, hágalo. ¿Qué es ese barco?

—Se trata de una lorcha de la Marina de guerra, que enarbola el pendón del capitán superintendente —dijo Glessing. Y después de haber observado por el catalejo, lo cerró de golpe—. Su capitán debiera estar encerrado en un manicomio, por haber salido de Macao con semejante tiempo. Tal vez el señor Monsey se encuentre en algún apuro. ¿Qué le parece?

—Es posible —replicó Struan, sonriendo.

Glessing dio las órdenes oportunas a un marinero, quien rápidamente izó las banderas de señales en el mástil que dominaba el edificio.

—¿Dónde está Longstaíf? —preguntó Struan.

—A bordo del buque insignia. Debo confesar que en estos momentos yo también estaría mucho más tranquilo en un buque —aseguró Glessing.

—No soy de la misma opinión —dijo Culum.

Tess cogió por un brazo a su marido y manifestó:

—Ni yo, desde luego.

Terminó Struan su taza de té y púsose en pie.

—Bien, me marcho. Ya sabéis dónde estoy, por si necesitáis algo.

—¿No es peligroso permanecer en el Valle Feliz, Tai-Pan? —inquirió Tess.

—El viento y la lluvia sin duda habrán barrido los miasmas —replicó Struan, con una confianza que estaba lejos de sentir.

—No olvides, Tess —aseguró Culum—, que aún queda algo de cincona y que pronto dispondremos de mucha más. Tai-Pan, creo que la nueva empresa es algo magnífico. Un servicio inapreciable a toda la humanidad.

Struan había hablado a Culum acerca del acuerdo que hiciera con Cooper, antes ya de que apareciese la noticia en el periódico. También exhortó a Culum a que se hiciese más amigo del americano.

—Jeff es un excelente muchacho y te gustará trabajar con él —declaró Struan, mientras se colocaba su impermeable—. Y vosotros dos, no os preocupéis por Brock. No te aflijas por tu padre, muchacha. Estoy seguro de que, cuando llegue el momento, te acogerá con los brazos abiertos. Tienes que darle tiempo.

—Eso espero —dijo Tess—. De todo corazón lo espero.

Glessing miró el reloj con expresión preocupada. Eran casi las diez.

Al pasar Struan ante el barómetro, exclamó:

—¡Cielos, ha bajado a veintinueve pulgadas y media! —exclamó.

—Sí, ya lo he visto —afirmó Glessing—. Descendió casi media pulgada en media hora, aproximadamente.

El joven marino hizo una anotación sobre una carta barométrica que tenía sobre el escritorio y luego acompañó a Struan, que se dirigió a la puerta.

Hacia el Oriente, un cuadrante del horizonte aparecía tan oscuro que no

parecía haber separación entre el cielo y el mar. El viento arreciaba, siempre del Norte, y la lluvia también se había intensificado.

—¡Allí viene el tifón, al fin! Cerrad pronto —dijo Struan, y echó a correr por el camino de la Reina, en dirección al Valle Feliz.

—¡Adentro, Tess y Culum! —ordenó Glessing, y al momento cerró la puerta y la aseguró por dentro—. Ocurra lo que ocurra, no abráis ninguna puerta ni ventana hasta nueva orden.

Abrió Glessing el portillo de seguridad, y al observar el exterior, se dio cuenta de que Struan tenía razón: el ojo de la tormenta iba a pasar justamente por encima de ellos.

—Bien, me alegro que hayas hecho las paces con tu padre, Culum —agregó Glessing, volviendo adonde estaba la pareja—. Y ahora, ¿qué os parece si tomamos el desayuno?

Señora Struan, ¿hace usted los honores, por favor?

CAPITULO XLVIII

Struan corría velozmente, cruzándose con algunos culíes que con sus sillas de mano procuraban llegar hasta el Tai Ping Shan, y con los escasos europeos que también se apresuraban a ponerse a buen recaudo. A través de la lluvia pudo ver Struan la lorcha que enfilaba por el centro del pueblo en dirección al muelle del Valle Feliz.

El mar tenía un tinte plomizo. De pronto, una turbonada cruzó el puerto, se abatió sobre la lorcha y zarandeó a la embarcación, destrozándole el mástil. Struan recibió también los efectos de la ráfaga, que duró sólo unos segundos, pero que estuvo a punto de arrojarle al suelo.

Cuando volvió a abrir los ojos, Struan vio que la lorcha aún seguía milagrosamente a flote, avanzando penosamente con una vela de cuchillo, barridos los puentes, y la vela mayor hecha jirones.

Reanudó Struan su carrera y llegó al muelle del Valle Feliz en el preciso momento en que una gran ola coronada de espuma levantaba la lorcha y la empujaba hacia el embarcadero. Un marinero saltó sobre la borda con la estacha de proa, pero resbaló en la madera húmeda y cayó entre el muelle y el barco. Logró aferrarse al borde del embarcadero, pero las olas impulsaron la lorcha contra el muelle, y el marinero lanzó un alarido cuando la nave le cortó por la mitad. Al retirarse la lorcha, el marinero había desaparecido en las hirvientes aguas.

Struan gritó a los aterrados marineros que tuvieran precaución y corrió muelle adelante. Uno de los marineros le lanzó un cabo, y Struan lo aseguró inmediatamente a un puntal. Otro, con peligro de su vida, dio un salto y aferró la estacha de popa.

El mar se encrespaba y la lorcha y los maderos del muelle rechinaban estrepitosamente. Con el buque unido al embarcadero, los ocupantes de la nave

comenzaron poco después a saltar a tierra.

—¡Corran al edificio! —gritó Struan, señalando hacia la antigua sede de la Noble Casa.

Un momento después llegaban todos a la puerta de la casa, mientras el viento les azotaba con fuerza. Los ocho hombres del buque entraron lanzando bendiciones y maldiciones, a un tiempo.

Struan se quitó el impermeable, y sólo entonces advirtió la presencia de Horacio y de Monsey.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Qué haces aquí, Horacio? ¿Y usted, señor Monsey?

—Nunca creí que llegásemos a tierra —dijo Monsey, con voz desfalleciente.

Horacio se apoyó contra una pared, sin dejar de jadear, y vomitó.

Abrióse en ese momento la puerta, y entre una ráfaga de viento entró el capitán, un joven teniente, quien avanzó con aire irritado y se sacudió el agua como un perro mojado. Struan se dirigió a la puerta y la cerró de un golpe.

—¡Por el Dios de Moisés! —exclamó el teniente—. ¿Han visto ustedes el cielo?

—¿Qué demonios hace usted en el mar en un día como éste? —preguntó Struan—. ¿Es que no se dio cuenta en Macao del tiempo que se avecinaba?

—Desde luego, pero recibí órdenes de venir a Hong-Kong y me hice a la mar. Estamos a las órdenes de un maniático, esa es la verdad.

—¿Qué dice?

—Me refiero al condenado capitán superintendente de Comercio, sir Clyde Whalen. Ese maldito irlandés fue quien dio la orden y estuve a punto de irme a pique con toda mi gente. Le dije que el tiempo era infame y él se limitó a mirar al cielo y a contestar: «Tiene bastante tiempo para llegar a Hong-Kong. ¡Le ordeno que zarpe!». Gracias a Dios, hemos llegado.

—¿Cómo está el mar fuera del puerto?

—Una hora más y no hubiéramos podido entrar en él. Hay olas de ocho y diez metros de altura. ¡Y ese maldito viento! No cede ni cambia de dirección; es increíble. Se trata de un tifón, ¿no es cierto?

—Nos hallamos justamente en el paso del mismo, muchacho —afirmó Struan.

—¡Dios nos asista!

—Pónganse cómodos. Voy a ordenar que les hagan té y traigan ponche para todos.

Struan cruzó la estancia y se aproximó a Monsey y Horacio, y dijo:

—¿Quieren venir conmigo?

—Gracias, señor Struan, es muy atento con nosotros —manifestó Monsey.

—Ayúdeme con Horacio, por favor.

—Desde luego. No sé qué le ha ocurrido al pobre muchacho. No ha hecho más que lamentarse incoherentemente desde que salimos de Macao. Muy curioso.

—Bah, sólo es miedo —dijo Struan.

Entre los dos ayudaron a Horacio a despojarse de su abrigo, que estaba empapado. El joven tenía el rostro ceniciento y le acometían continuas arcadas. Le llevaron escaleras arriba y le depositaron en una cama de la habitación que en un tiempo perteneciera a Robb, que se hallaba en el ala oeste del edificio.

Struan se dirigió al aparador y sirvió unas bebidas. Monsey aceptó una, con manos temblorosas, y la bebió en un par de tragos.

—Gracias —dijo.

—Haga que Horacio beba un poco —manifestó Struan—. Yo vuelvo en seguida.

Struan se dirigió por el pasillo hasta el rellano y luego avanzó por el corredor del ala oriental. Sus habitaciones se hallaban al fondo de dicho pasillo.

May-May, Yin-Hsi, Ah Sam y Lim Din estaban jugando al Mah-Jong en una mesilla de la sala. Habían encendido varias lámparas y las llamas danzaban alegremente.

—Hola, Tai-Pan —dijo May-May, al tiempo que estampaba una ficha de marfil contra la mesa y lanzaba una maldición—. ¡Hediondo día, Tai-Pan! Tengo la suerte de espaldas y no he ganado un solo juego. Perdí ya cuatrocientos taels, aunque no hemos jugado más que unas horas. ¡Oh, desdicha! Menos mal que has llegado y tu presencia contribuye a alegrarme.

La lluvia azotaba las persianas, y la fuerza del viento seguía aumentando.

—¡Maldito ruido! ¿Puedes prestarme unos taels, Tai-Pan? Estoy en la miseria —aseguró May-May.

—Te los descontaré de tu asignación —replicó Struan, sonriendo—. Tenemos gente abajo, de modo que es mejor que no salgas de aquí, por ahora.

—¿Y qué ocurre, si salgo?

Struan no contestó y regresó a las habitaciones que fueran de Robb.

Monsey se había quitado las ropas mojadas y se había envuelto en una manta. Horacio descansaba, agitándose de cuando en cuando.

—Dios ha querido salvarnos esta vez, Tai-Pan —manifestó Monsey.

—¿Por qué demonios abandonó usted Macao? Debió haberse dado cuenta del tiempo que se avecinaba.

—Asuntos oficiales, Tai-Pan —replicó Monsey, sarcásticamente—. El Muy Excelentísimo señor Whalen llegó en una fragata anoche y me ordenó que viniese a Hong-Kong con un despacho oficial para el ex plenipotenciario. ¡Con semejante tiempo, señor! No tuve el valor de decirle que «la gran noticia» ya había sido difundida por el periódico local.

—¿Qué clase de individuo es?

—Exasperante, me atrevería a decir. Llegó a Macao hacia la medianoche, de improviso, en la fragata. Al cabo de cuatro minutos de haber fondeado el buque me hizo llamar a bordo. Me presentó sus documentos, me dio a leer el despacho del secretario del Exterior (que por cierto es, palabra por palabra, como figura en el artículo de Skinner). ¿Cómo demonios habrá obtenido la noticia ese condenado periodista? Y luego me ordenó que zarpase al amanecer para entregar el despacho a Longstaff. Afirmó que él llegaría cuanto antes a Hong-Kong, y que Longstaff debía marcharse al momento. Me pidió que fuera a ver al almirante y al general y les dijera que deben tener todo dispuesto para salir inmediatamente hacia el Norte. Es irlandés, ¿qué puede esperarse de él?

—¿Cómo no vino aquí directamente? —Por causa del protocolo. No pueden coexistir dos plenipotenciarios al mismo tiempo. Yo tenía que anunciar oficialmente a Longstaff su destitución, previamente. En cuanto Longstaff deje el puerto, llegará él.

Un fuerte golpe de viento hizo estremecer las persianas y las puertas.

—Condenado individuo —siguió protestando Monsey—. Casi me ha causado la muerte. Las cosas van a ponerse muy serias en Asia, con él al frente. Lo primero que me dijo fue: «Ese maldito islote puede hundirse en el mar, por lo que a mí se refiere». Cielos, si me disculpa, voy a descansar un poco.

Horacio comenzó a quejarse y vomitó una vez más.

—Si desea dormir, ahí al lado tiene una alcoba —manifestó Struan.

A continuación, éste descendió al piso bajo, donde se hallaba la dotación de la lorcha. Algunos bebían y otros se habían echado a dormir.

El barómetro marcaba 29,1 pulgadas y seguía descendiendo rápidamente.

—Dios santo, ha bajado más de tres décimas de pulgada en una hora —dijo el joven teniente, un muchacho alto y rubio—. Ah, señor Struan, aún estoy a tiempo para presentarme. Soy el teniente Vasserly-Smythe, de la Marina Real.

Struan estrechó la mano que le tendían.

—Gracias por proporcionarnos cobijo —agregó el joven.

Una nueva racha del Norte forzó una ventana y la lluvia entró a raudales en la estancia. Tres de los marineros acudieron inmediatamente a cerrarla y aseguraron las persianas.

—Me gustaría echar una mirada a mi buque —dijo el teniente.

—Venga por aquí —declaró Struan.

Le condujo por un pasillo hasta una ventana de reducidas dimensiones, provista de una fuerte persiana.

Miraron a través de ella y vieron al *China Cloud* y al *Resting Cloud*, que capeaban con facilidad el temporal.

La lorcha del teniente subía y bajaba con las olas, crujiendo y topando contra el muelle. Hacia el Este no se divisaba el horizonte, tal era la oscuridad reinante. Y aquella temible oscuridad se aproximaba rápidamente a ellos.

—Su barco se encuentra relativamente seguro, teniente —dijo Struan.

—Eso creo —replicó el joven. Y asustado ante el aspecto del cielo hacia el Este, volvió a cerrar la ventana—. Es el primer barco que mando y sólo llevo unos meses en estos mares. ¿Qué ocurre en un tifón?

—Los Vientos Supremos avanzan desbocados, arrollando cuanto encuentran a su paso.

—¿Los Vientos Supremos?

—Sí. Hay quien los llama Vientos del Diablo.

El primero de los Vientos Supremos se abatió sobre el puerto una hora más tarde. El *Resting Cloud* se inclinó hacia un costado y sus jarcias aullaron en medio de la oscuridad cada vez más densa. Mauss, que se hallaba en uno de los camarotes, levantó la vista de la Biblia que estaba leyendo y dio gracias al Señor

por sus mercedes y por haberle enviado a Hung Hsiu Chuan. Un nuevo y violento golpe de mar arrojó a Mauss contra un mamparo, haciéndole perder el conocimiento, y el *Resting Cloud*, indefenso, fue arrojado contra la costa.

En su paso se hallaba el *Boston Princess*, el navío de la Cooper-Tillman, y los dos buques entraron violentamente en colisión.

El bauprés del *Resting Cloud* destrozó una parte de la superestructura del otro buque, y luego enfiló pesadamente hacia tierra. La tempestad le arrastró hasta el pueblo flotante de sampánes, donde machacó atrozmente las pequeñas embarcaciones. Centenares de chinos perecieron, y los que no sufrieron daño se estremecieron de terror.

A bordo del *Boston Princess*, Jeff Cooper se levantó penosamente del suelo y ayudó a Shevaun a ponerse en pie. La tormenta aumentaba su violencia por momentos, pero las amarras del zarandeado buque resistían bien.

—¿Te has hecho daño? —gritó Cooper, en medio del tremendo fragor de la galerna.

—Creo que no —replicó Shevaun—. ¡El Señor nos asista!

—¡Quédate aquí!

Cooper abrió la puerta del camarote y avanzó penosamente hacia cubierta, en medio de un indescriptible desorden. La impetuosa fuerza del viento volvió a arrastrarle abajo. Descendió entonces tres cubiertas, y por un pasillo se dirigió hacia las bodegas. Jeff alzó el farol que llevaba en una mano y miró a su alrededor. Donde el buque había sido abordado por el *Resting Cloud*, el maderamen aparecía hendido y amenazaba con hundirse bajo la presión del agua. Cooper regresó adonde estaba Shevaun.

—Todo marcha bien, mientras no se rompan las amarras… —manifestó, viéndose obligado a mentir.

Entretanto, en Glessing Point, una ráfaga arrancó de cuajo el mástil de la bandera y lo lanzó como una jabalina contra el edificio del capitán del puerto.

El palo se estrelló contra la pared de piedra de la casa y atravesó la estancia donde se hallaban Glessing, Tess y Culum, golpeándoles con atroz violencia y saliendo por la pared opuesta. Culum sintióse lanzado a un costado entre una lluvia de cascotes y de carbones encendidos de la estufa.

La lluvia y el viento aullaban a través de los orificios de las paredes, y Culum notó que Tess, caída algo más allá, tenía el vestido ardiendo. De un salto se puso en pie y le extinguió las llamas con las manos. Cuando hubo apagado el fuego, Culum sostuvo en sus brazos a la muchacha, que se hallaba inconsciente, con el pelo chamuscado y algunas quemaduras en la espalda.

En ese momento, Culum oyó un gemido. Volvióse y descubrió a Glessing, uno de cuyos brazos había sido arrancado por el impacto del mástil, a la altura del codo, y estaba sangrando por la herida. Al otro lado de la habitación, Culum vio el brazo desgajado y se estremeció lleno de horror.

Luchando por dominar sus músculos, que se negaban a obedecerle, Culum se puso en pie, y con la cuerda de la bandera hizo un torniquete, con el que logró detener la sangre que salía profusamente del muñón de Glessing.

A continuación, Culum se preguntó qué debía hacer. Recordó entonces lo que hiciera su padre cuando Sergeyev resultó herido.

Buscó la tetera de hierro, en la que aún quedaba agua, y se arrodilló al lado de Glessing, limpiándole luego el sangrante muñón.

—Aguanta, muchacho —murmuró, resistiendo a duras penas la expresión de atroz agonía del herido.

Tess se quejó débilmente y recobró el conocimiento.

Al ver el brazo cercenado de Glessing, lanzó un alarido de espanto.

—¡Ayúdame! —le gritó Culum—. ¡Busca las tenacillas del carbón!

Ella retrocedió, moviendo negativamente la cabeza y sin apartar la vista del muñón, sintiéndose atrozmente enferma.

—¡Busca las tenazas! —aulló Culum, dominando el silbido del viento.

Tess pareció reaccionar y obedeció la orden de su marido.

—¡Pronto, por amor de Dios! —insistió Culum.

Tess halló al fin el artefacto y lo tendió a su esposo, quien recogió una brasa con las tenacillas y la aplicó contra el muñón. Glessing lanzó otro grito y quedó de nuevo inconsciente. El olor a carne chamuscada resultaba insoportable, pero Culum aguantó hasta que la herida quedó totalmente cauterizada. Luego se apoyó en la pared y vomitó con violencia.

Brock examinó el barómetro, mientras sentía vibrar bajo sus píes todo el

maderamen del barco.

—¡Veintiocho pulgadas y dos décimas, Lisa! —gritó——. ¡Nunca vi una presión tan baja en el barómetro!

Elisa oprimió contra su regazo a Lilibet y procuró dominar su terror.

—¿Dónde estará Tess? ¡Oh, Señor, protégela! —imperó la mujer.

Oyóse un nuevo crujido y el *White Witch* se inclinó pronunciadamente hacia un lado, pero pronto recuperó la vertical.

—¡Voy a cubierta! —exclamó Brock.

—¡Quédate aquí, por amor de Dios, no te arriesgues! —suplicó Elisa, pero se detuvo, pues su marido ya había traspuesto la puerta.

—¿Cuándo va a pasar la tormenta, mamá? —dijo Lilibet, sollozando.

—En seguida, nena, en seguida.

Brock llegó con grandes trabajos a cubierta y observó los mástiles, que se hallaban inclinados como varillas bajo el viento. Oyóse un tremendo chasquido en ese momento, y el estay del palo mayor se partió.

—¡Atención, guardia de babor a cubierta! —gritó Brock.

Otro Viento Supremo aulló desde el Norte, partió otros estays y el palo mayor se quebró a la altura de la cubierta, yendo a estrellarse contra el mástil de mesaría.

Este, a su vez, se desgajó y los dos palos, junto con los aparejos, se desplomaron sobre cubierta, destrozando la escalerilla del puente. El *White Witch* escoró peligrosamente.

Brock se liberó de los restos que habían caído a su alrededor y gritó a los petrificados tripulantes:

—¡A cubierta, malditos! ¡Cortad los aparejos de los mástiles o estamos perdidos!

Cogió Brock un hacha y se puso a cortar frenéticamente las drizas del palo mayor, mientras la lluvia le cegaba. Recordó entonces el anterior tifón, que le había costado un ojo, y rogó que aquél no resultase para él tan funesto. También oró para sus adentros por que no les ocurriera nada a Elisa, a Lilibet… y a Tess.

En la nueva ciudad, los andamios habían desaparecido hacía tiempo, arrastrados por la galerna. Una serie de ráfagas destruyeron los restos de los alojamientos de

los soldados y azotaron los establecimientos de bebidas y los prostíbulos. En la casa de la señora Fortheringill, varias paredes se resquebrajaron y luego se abatieron estrepitosamente. Quance quedó enterrado entre los ladrillos.

El viento arrancó de cuajo los pobres cobertizos del Tai Ping Shan, esparciendo la muerte entre los orientales que allí se apiñaban, y lanzó los escombros a una milla de distancia, hasta la falda de la cumbre más alta de Hong-Kong.

Bajo la colina del Tai Ping Shan, a varios metros de profundidad, Gordon Chen se cobijaba en el sótano secreto que previsoramente había ordenado construir para él, y se felicitó por su prudencia. El refugio se hallaba revestido de granito, y aunque Gordon sabía que la casa que estaba encima no resistiría, pensó alegremente en las valiosas pertenencias que tenía consigo. Su mirada se deslizó sobre los estantes donde se amontonaban los documentos, las hipotecas y otros valores, y sobre los cofres de oro, las cajas de jade, las piezas de fina seda y los recipientes del mejor vino. Miró luego a su concubina, Capullo Precioso, que estaba cómodamente reclinada sobre el lecho que había junto a una pared. Gordon sirvióse una taza de té y se aproximó a la mujer.

«Eres un individuo sagaz», díjose a sí mismo.

El viento y la lluvia arremetían furiosamente contra la pared norte del edificio de la Noble Casa, en el Valle Feliz. Pero, con excepción de algún estremecimiento y del fuerte aullido del vendaval, la casa se mantenía firme.

Struan encendió un cigarro, Le molestaba profundamente estar encerrado allí dentro, sin poder hacer nada.

—Fumas demasiado —dijo May-May, procurando hacerse oír por encima del fragor del viento.

—Fumar es bueno para ios nervios.

—Es un hábito sucio, lamentable.

Struan no contestó, y se limitó a consultar una vez más el barómetro.

—¿Por qué miras ese aparato a cada momento? ¿Puede saberse?

—Nos señala dónde se halla la tormenta. Cuando deje de bajar, el ojo del tifón estará sobre nosotros.

—No me siento muy dichosa por hallarme aquí, Tai-Pan. Preferiría estar en

Macao.

—No opino de igual modo.

—¿Estás seguro de que tendremos que volver a dormir aquí esta noche? No me gustaría que ninguno de vosotros enfermase de esas condenadas fiebres.

—Creo que no hay peligro de que eso suceda.

Struan miró de nuevo su reloj. Eran las dos y veinte.

Observó luego a través de una persiana y no pudo ver absolutamente nada. Sólo unas sombras oscilantes en la oscuridad y los trazos casi horizontales de la lluvia en los cristales. Struan se sintió satisfecho de hallarse en tierra. Ningún barco resistiría el ciclón, se dijo.

«Tampoco hay puerto alguno, por seguro que sea, que pueda proteger contra el tifón los buques en él anclados —pensó—. Me pregunto si pasará también sobre Macao. Allí sí que no hay protección alguna. Apostaría a que en quinientas millas de la costa se han hundido todos los juncos y sampanes que estuvieran navegando, con semejante galerna. ¿Qué será del barco que zarpó hacia el Perú? Seguramente se habrá hundido, y con él, el padre Sebastián».

—Voy a ver cómo están los demás —dijo Struan, al fin.

—No tardes, Tai-Pan —replicó May-May.

Avanzó Struan por el pasillo y comprobó la firmeza de algunas persianas. Con aire ausente enderezó uno de los cuadros de Quance y luego entró en las habitaciones que habían pertenecido a Robb.

Horacio se hallaba sentado en la penumbra en el sillón de mimbre que solía usar Sarah antiguamente, y durante un instante a Struan le pareció que la mujer de su hermano volvía a estar allí.

—Hola, Horacio. ¿Dónde está Monsey?

Horacio miró a Struan sin reconocerle.

—Encontré a Ah Tat —dijo con voz ronca, gutural.

—No te oigo con el viento, muchacho. ¿Qué dices?

—Sí, la encontré. Encontré a Ah Tat —repitió Horacio.

—¿Qué estás diciendo?

Horacio comenzó a reírse histéricamente y añadió en su desvarío:

—Mary ha tenido un aborto. Es una maldita ramera. Eso es lo que ha sido estos últimos años.

—Tonterías, muchacho, no lo creo.

—Encontré a Ah Tat y le saqué la verdad a fuerza de latigazos. Mary es una barragana de los chinos y ha llevado en sus entrañas un mestizo de oriental. Pero Ah Tat le dio un brebaje para matar el feto. —Horacio rióse de nuevo espasmódicamente—. Ella era la alcahueta de Mary y ésta se vendía a los paganos. No, Glessing no se casará con una ramera china. Entonces, Mary volverá a ser mía. Toda mía. La perdonaré si se arrastra a mis pies y me lo suplica.

—¡Horacio, Horacio, escucha!

—Volverá a ser mía, como cuando éramos más jóvenes. Yo la perdonaré, sí, la perdonaré.

Otra ráfaga sacudió el edificio, y luego siguió otra, y otra más, cada vez con mayor intensidad. Struan oyó varias ventanas y persianas que reventaban y corrió pasillo adelante, hasta sus habitaciones. May-May y Yin-Hsi gemían en el lecho, y Ah Sam se lamentaba igualmente, petrificada por el espanto. Struan corrió hacia la cama y cogió a May-May en sus brazos. El rugido del viento se hacía insoportable.

De pronto, la tormenta amainó.

Siguió un extraño silencio, y la luz comenzó a filtrarse por las persianas, aumentando en intensidad por momentos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó May-May, con voz algo irreal en medio del repentino silencio.

Struan depositó a May-May en el lecho y se acercó a una ventana. Miró a través de las celosías y después de abrir la ventana hizo lo propio con la persiana, estremeciéndose cuando una bocanada de aire caliente y seco entró en la habitación.

Sin dar crédito a lo que veía, Struan miró en dirección al puerto.

El *China Cloud* seguía sujeto a sus amarras. El *White Witch* estaba desmantelado, y el *Resting Cloud* había sido lanzado contra la playa de Glessing Point. En el muelle del Valle Feliz la lorcha hallábase aún unida a sus calabrotes de proa y popa. Una fragata se encontraba en tierra, donde la furia de la galerna la había arrojado contra las rompientes, pero el resto de los buques, tanto mercantes como de guerra, seguían anclados en sus fondeaderos, sin daños apreciables.

En el cielo brillaba el sol entre algunas tenues nubecillas, pero el agua del

puerto conservaba toda su violencia.

Enormes olas piramidales se alzaban y estrellaban unas contra otras. Más allá, a lo lejos, una pantalla envolvente de gigantescas nubes plomizas parecía surgir del mar y se remontaba como un embudo hacia las alturas.

Pero lo que resultaba más extraño era el silencio que se había hecho de repente.

—¡Estamos en el vértice! —exclamó Struan.

—¿Qué dices?

—Nos hallamos en el ojo de la tormenta. En el mismo centro del tifón.

May-May y Yin-Hsi corrieron hacia la ventana.

—¡La flota está a salvo! —exclamó Struan, alegremente—. Los barcos se han salvado.

De pronto, la alegría de Struan se desvaneció y volvió a cerrar las persianas y las ventanas, asegurándolas de nuevo.

—Venid conmigo —dijo Struan, y las muchachas le siguieron con gesto de asombro por el pasillo, hasta que llegaron al ala opuesta del edificio.

En las habitaciones situadas más al Norte, las persianas se encontraban destrozadas en parte y los cristales estaban sembrados por el suelo hechos pedazos.

—Quedaos aquí —ordenó Struan.

—¿Qué sucede, Tai-Pan? La tormenta ya ha cesado.

—Obedecedme —se limitó a decir Struan, y salió apresuradamente de la estancia.

May-May se encogió de hombros y tomó asiento en un sillón.

—¿Qué le pasará al padre? —preguntó Yin-Hsi.

—No lo sé. Hay veces que no le entiendo. Gracias a Dios ha terminado la pesadilla. Ahora hay tanto silencio que casi hace daño.

Yin-Hsi se aproximó a una ventana y la abrió por completo.

—¡Oh, mirad qué hermoso! ¡Cuánto me alegro que haya vuelto la calma!

May-May y Ah Sam acudieron también a la ventana y lanzaron exclamaciones de gozo.

Brock se hallaba de pie sobre cubierta, inmóvil. Veía las olas alzarse desde todas

direcciones, aunque allí, a sotavento de la costa, las ondas tenían menor altura.

El sol brillaba y el aire era seco. Sólo se percibía el rumor de las aguas encrespadas. Las plomizas nubes envolventes eran como las paredes interiores de una inmensa catedral de cinco millas de altura. Pero aquellas paredes se movían y el cuadrante oriental se iba acercando cada vez más a ellos.

—¿Qué ocurre ahora, querido? —dijo Elisa, apareciendo en cubierta con Lilibet—. ¡Ah, qué hermoso espectáculo!

—Nos encontramos en el ojo del tifón —dijo Brock—. Vamos, regresad abajo.

Elisa y su hija obedecieron a Brock, no sin mostrar su extrañeza.

—¡Capitán Pennyworth! —gritó Brock.

—Dígame, señor.

—Será mejor que hagamos las paces con el Supremo Hacedor. Nadie sabe lo que nos espera viendo por donde vienen esas nubes. ¡Todo el mundo abajo!

Extendió Brock su catalejo y lo enfocó sobre la residencia de la Noble Casa. Pudo divisar claramente a Struan, que se hallaba en medio de un grupo situado frente a la puerta del edificio. Por las ventanas miraban algunas mujeres.

Brock despejó de restos que obstruían la escalerilla y regresó a su camarote.

—Creo que será mejor rezar unas plegarias.

—Sí, papá —dijo Lilibet, gozosamente—. ¿Me dejas rezar a mí primero, como cuando vamos a dormir?

Culum rodeó con su brazo los hombros de Tess.

—Si salimos de ésta con vida, no permaneceré aquí un solo día más —dijo —. Nos iremos a Gran Bretaña, y al demonio con estas tierras.

—Tienes razón —contestó Tess, espantada ante la destrucción que les rodeaba.

Culum observó la cortina de nubes que se iba aproximando, y que ya había engullido casi la península de Kowloon y dijo:

—Vamos adentro.

Aseguró Culum la puerta y el dolor de sus manos quemadas se hizo insoportable. Tess avanzó por entre los escombros y se arrodilló junto a Glessing. Este tenía el rostro exánime, pero su corazón seguía latiendo.

—Pobre George —comentó la muchacha.

Desde el muelle, Struan contemplaba el *China Cloud* y el telón de nubes que había detrás, hacia el Este. Corrió entonces hacia el extremo del muelle, y poniendo las manos en forma de bocina, gritó hacia el *China Cloud*.

—¡Orlov! ¡Ohó, del *China Cloud*!

Su voz despertó un eco fantasmagórico entre los edificios abandonados del Valle Feliz, y poco después, Struan observó que Orlov le contestaba agitando un brazo desde el buque.

—¡Dígame, Tai-Pan!

—¡Proa al Sur! ¡El viento va a soplar ahora del Sur! ¡Oriente el *China Cloud* en esa dirección!

—¡Está bien!

Poco después vio Struan una lancha en el agua y los marineros que remaban ardorosamente, para hacer cambiar al buque de dirección.

—¡Pronto, adentro! —ordenó Struan a los que estaban en la puerta.

Todos obedecieron menos el joven teniente, que seguía mirando hacia su lorcha, con gesto de incredulidad, al verla aún a flote.

En ese momento, Horacio salió corriendo, dio un empujón a los que estaban en la puerta y avanzó por el Camino de la Reina hacia el muelle.

—¡Vuelve aquí, necio, si no quieres morir! —gritó Struan.

Pero Horacio no le hizo caso. Struan echó a correr tras él y le cogió por un hombro.

—¡Horacio! ¿Qué demonios te ocurre?

—Tengo que decírselo a Glessing, para acabar con esa maldita boda —dijo el joven, sollozando—. ¡Y tú, aléjate de mí, asesino! Tú y tu amante sois unos condenados asesinos. Me alegraré cuando os cuelguen a los dos.

Horacio consiguió librarse y corrió de nuevo camino adelante. Struan fue a perseguirle, pero la lluvia comenzó a caer y se detuvo. El muro de nubes estaba ya en la boca del puerto, y las aguas hervían debajo. Vio a la tripulación del *China Cloud* que, después de completar la maniobra, trepaba rápidamente a bordo y desaparecía bajo cubierta.

Struan dio media vuelta y echó a correr hacia la casa. Una ráfaga violenta le

zarandeó y le hizo redoblar sus esfuerzos. La nube comenzaba a cubrir el muelle y Horacio avanzó hacia la bruma. Miró Struan por encima del hombro, y vio cómo el joven era alzado en el aire por una ráfaga y arrastrado como si fuera una hoja.

Struan llegó a la puerta y se dispuso a cerrarla por dentro, pero antes de que pudiera hacerlo, la oscuridad cayó sobre el Valle Feliz y una gran ráfaga le empujó dentro del vestíbulo de la casa, destrozando los muebles que allí había, y dando muerte a tres marineros.

Levantóse Struan, atónito por haber sobrevivido a aquel zarpazo de la galerna, se precipitó sobre la puerta, y empleando su enorme fuerza, consiguió cerrarla.

Corrió después escaleras arriba, y en un rellano se encontró con el cuerpo del joven oficial, que tenía la cabeza destrozada contra una pared. Apartó el cadáver y avanzó rápidamente hacia la habitación donde se hallaba May-May.

Cuando el viento sopló desde el Sur, el *White Witch* se bamboleó como un borracho. Milagrosamente se enderezó, y en medio del estremecimiento de su maderamen apuntó con la proa hacia, el lugar de donde venía el temporal. Brock cogió a Elisa y Lilibet y las colocó en una litera del camarote. Gritó tratando de infundirles coraje, pero su voz era casi ahogada por el rugido del viento.

El agua se introdujo por la escotilla y comenzó a anegar los pasillos, pasando bajo la puerta cerrada del camarote en que se hallaba Brock y su familia. Otra ráfaga azotó al buque. Dejóse oír un crujido y éste se estremeció. Brock se dio cuenta de que un calabrote del ancla se había roto.

A bordo del *Boston Princess*, Shevaun tenía puestas las manos sobre sus orejas para atenuar el aullido del viento. Cooper notó que la última estacha había cedido, y gritó a Shevaun que se aferrara con fuerza a algo seguro, mas la joven no le oyó. Entonces, Cooper se arrojó sobre ella y la sujetó contra un mamparo con todas sus fuerzas.

El navío giró en redondo. Su costado de babor se inclinó hasta alcanzar la superficie del mar, y comenzó a embarcar agua. Una nueva ráfaga lo lanzó contra el buque ruso.

En la cámara principal del gran bergatín ruso, un aparador se estrelló estrepitosamente, sembrando la estancia de pedazos de botellas y de vajilla rota, y Sergeyev lanzó una maldición mientras procuraba rezar una plegaria.

Luego el ruso notó que el buque se ponía de proa al viento, y entonces, más tranquilo, bebió un vaso de brandy.

«Al demonio con Asia —pensó—. Me gustaría estar en mi patria. Al demonio con esta infame tormenta, con los ingleses, con esta maldita isla. Al demonio el príncipe Tergin, que me envió aquí. Al demonio con Alaska y América y los americanos. Pero bendita sea Shevaun».

«Sí, y Dios bendiga también a nuestra madre Rusia —siguió diciendo Sergeyev para sus adentros, mientras la tempestad gemía a su alrededor—. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Abandonar Hong-Kong? Tal vez sea lo mejor. Aquí ha terminado mi misión, una vez que ese mentecato de lord Cunnington nos ha proporcionado la llave de Asia. Magnífico. Haré un trato con el Tai-Pan o con Brock, y luego saldré en cuanto pueda para Alaska, a fin de organizar las tribus para la emigración. Luego, tal vez vaya a Washington. En cualquier caso debo servir siempre a nuestra madre Rusia».

Sergeyev sintió una punzada en la cadera, y por vez primera no maldijo la bala que le había herido.

«Así, pues, ya está decidido. Si salgo de ésta, me marcharé en seguida. Pero, ¿qué hacer con Shevaun? He ahí una muchacha que vale la pena. Valiosa políticamente… y físicamente. Tal vez resulte conveniente un casamiento con ella, siendo su padre senador de Estados Unidos. Necesitamos dirigentes para la América rusa. El continente quedará dividido en numerosos principados, y el casamiento siempre ha sido una forma de conquista. Por todos los cielos, que también me gustaría Shevaun como amante. ¿Cómo podría yo arreglar eso? ¿Aceptaría ella? Lástima que se halle comprometida con ese imbécil de Cooper. Ella misma ha dicho que no le ama».

El tifón se hallaba en su apogeo, pero el anillo de montañas que rodeaba el puerto seguía impidiendo que la tormenta lo azotase con su máximo furor.

Inclinado hacia babor, el *Boston Princess* embarcaba grandes cantidades de agua con cada embate del mar. Cooper se dio cuenta de que el fin se hallaba

cerca. A pesar de ello, siguió sujetando a Shevaun y procuró infundirle esperanzas.

El navío derivó hacia Kowloon, medio hundido, y embarrancó pesadamente. Una ola de grandes dimensiones lo alzó en vilo y lo lanzó de costado sobre las rompientes.

La galerna soplaba amenazadora sobre la Noble Casa, como buscando un punto débil por donde atacar.

Struan mantenía en sus brazos a May-May, en la relativa calma que reinaba en el ala norte del edificio. La llama de una lámpara se estremeció nerviosamente, proyectando sombras danzarinas sobre la pared. Más allá de las maltratadas persianas sólo había oscuridad. Ah Sam estaba arrodillada en el suelo y Yi Hsi se acurrucaba junto a Struan, en busca de protección.

May-May alzó la cabeza y, colocando los labios junto a la oreja de Struan, susurró:

—Tai-Pan, ese ruido me enferma.

El se rió en voz baja y la estrechó con más fuerza.

Sabía que nada podía ocurrirles ya. Lo peor había pasado.

—Tres o cuatro horas más, pequeña, y volverá la calma.

—Maldita tormenta. ¿Te he dicho ya que es un dragón el que la produce? En efecto, es un monstruo marino.

—Si tú lo dices…

—¡Cielo santo!

—¿Qué sucede?

—Olvidé tomar la cincona. Hoy es la última taza.

—La tomarás dentro de pocas horas, ya verás.

—Sí, esposo mío —contestó May-May, que se sentía sumamente feliz y llena de salud, y se puso a jugar con la larga mata de pelo que pendía sobre el cuello de Struan—. Espero que los niños se encuentren bien.

—Claro que sí. No te preocupes. Chen Sheng cuidará de ellos.

—¿Cuándo nos vamos? Siento una prisa terrible por casarme, Tai-Pan.

—Eso será dentro de tres meses. Antes de las Navidades.

—Creo que deberías tomar una esposa bárbara, como tercera hermana.

Los dos se echaron a reír.

—No, no te rías —añadió May-May—. Es muy importante que tenga un montón de hijos.

—Tal vez tienes razón, chiquilla —dijo Struan—. Creo que será conveniente tomar alguna «hermana» más. Aunque sea, aceptaremos otra hermana china antes de marcharnos.

—Sin embargo, tu comportamiento hasta ahora con la Segunda Hermana no es muy brillante —afirmó ella, y le musitó al oído—: No sabes cuánto agradezco a los hados que me hayan traído hasta ti, Tai-Pan.

Un embate vigoroso de los Supremos Vientos azotó las ventanas del ala sur de la casa, y el edificio entero se estremeció como bajo la influencia de un terremoto.

El techo del edificio crujió siniestramente, y de pronto fue arrancado y voló en dirección al mar.

El viento lo invadió todo, succionando con fuerza tremenda arriba. Struan notó que Yin-Hsi era atraída por el torbellino y trató de aferraría por un brazo, pero la ráfaga pudo más y la muchacha se desvaneció en las alturas, lanzando un grito de espanto.

Struan y May-May se apretaron estrechamente.

—¡No te sueltes, May-May, no te sueltes! —gritó Struan.

—¡Nunca, marido mío! ¡Te amo!

Luego, los Vientos Supremos cayeron sobre ellos.

CAPITULO XLIX

El sol se alzó serenamente y esparció su calor sobre la derruida ciudad y el desmantelado puerto.

Culum encontró a su padre entre los escombros de la Noble Casa. Struan estaba encogido en una esquina del ala norte del edificio y tenía en sus brazos a una muchacha china, pequeña y delgada. Preguntóse Culum cómo pudo haber amado el Tai-Pan a aquella joven, que para él no era hermosa.

La muerte había respetado a Struan y May-May. Ambos tenían el rostro sereno, como si estuvieran dormidos.

Culum abandonó la habitación y bajó por la semiderruida escalera, hasta llegar al exterior, donde corría una suave brisa del Este.

Tess le estaba esperando, y cuando vio que él movía negativamente la cabeza, con tristeza, sus ojos se llenaron de lágrimas y cogió a su marido por la mano.

Luego se alejaron del Valle Feliz por el Camino de la Reina, sin mirar a su alrededor.

La ciudad nueva estaba en ruinas y los escombros lo llenaban todo. Pero aquí y allá aún se alzaban varios edificios, algunos sólo levemente dañados. La costa se hallaba atestada de gentes que iban de un lado para otro o permanecían reunidos en grupos, hablando o rebuscando entre los escombros de sus casas. Muchos traficantes dirigían cuadrillas de culíes para rescatar sus pertenencias o iniciar las reparaciones, cuando valía la pena. Los portadores de palanquines ejercían ya su actividad, lo mismo que los mendigos. Patrullas de soldados se hallaban distribuidas en los puntos estratégicos, a fin de impedir el saqueo. Por extraño que pareciera, sin embargo, fueron pocos los que se dedicaron al pillaje.

En el puerto había sampánes y juncos pescando entre las embarcaciones destrozadas. Otros más llegaban ya, trayendo nuevos inmigrantes, y la fila de

chinos que iba colina arriba hasta el Tai Ping Shan se había vuelto a formar una vez más.

El humo se cernía sobre la colina. Había pocas fogatas en la falda de la loma, pero el humo surgía principalmente de las tabernas y restaurantes, de las casas de té y los vendedores ambulantes de alimentos, que se dedicaban activamente a su comercio, mientras a su alrededor los pobladores se aplicaban a clavar, a excavar y a recomponer sus casas, dando gracias al cielo por haber sobrevivido.

—Mira, Culum, cariño —dijo Tess, que se encontraba con su marido junto al pequeño arsenal del puerto.

Culum se hallaba con la mente embotada, y miró despacio hacia donde ella le indicaba. Sobre una suave pendiente se divisaba su casa en construcción, que la tormenta había destrozado.

—¿Qué vamos a hacer ahora, querido? —preguntó ella, desconsolada.

El no contestó, y Tess notó que su temor aumentaba al ver el estado en que se hallaba Culum.

—Ven, querido —insistid Tess—. Vamos al hotel, y luego a bordo del *White Witch*. Ven conmigo.

Skinner se acercó a ellos apresuradamente. Tenía hosco el semblante y sus ropas estaban destrozadas y sucias.

—Perdone, señor Culum Struan. ¿Dónde está el Tai-Pan?

—¿Cómo dice?

—El Tai-Pan. ¿Sabe dónde está? Tengo que verle inmediatamente.

Culum no contestó, y Tess dijo por él:

—El Tai-Pan ha… ha muerto.

—¿Qué?

—Ha muerto, señor Skinner. Nosotros…, Culum y yo le vimos. Se halla en la Noble Casa.

—¡No es posible! —dijo Skinner, con voz ronca—. ¡Maldita suerte!

El periodista murmuró unas palabras de condolencia y regresó al derruido local de su periódico.

—¡Ya eres propietario! —gritó, con el rostro congestionado—. ¿Propietario de qué? La maquinaria está destrozada y no tienes dinero para comprar otra. El Tai-Pan ha muerto, no te puede prestar nada. ¡Estás en la calle! ¡En la calle! ¿Qué demonios haces ya aquí? Skinner, impaciente, dio una patada a un trozo de

ladrillo que había a sus pies y añadió:

—¿Por qué rayos tenía que morirse en un momento como éste? ¿Qué voy a hacer ahora?

«Piensa —dijo Skinner para sus adentros—. Tiene que haber alguna solución. ¡Piensa! Lo primero es sacar una edición especial. ¿De qué forma? Con una prensa de mano».

—Eso es, con una prensa de mano —dijo en voz alta—. Esa es tu tarea y debes realizarla.

Skinner advirtió que los culíes de la imprenta le estaban mirando y volvió a reflexionar.

«Sí, publica una edición extraordinaria, y luego ve a ver a ese joven mentecato de Culum, sácale de su marasmo y dile que ponga dinero para una nueva imprenta. Podrás manejarle fácilmente. Pero ten la boca cerrada».

En ese momento llegó Blore con el rostro demudado.

—Buenos días —dijo—. ¡Qué desastre! Las caballerizas han desaparecido. Perdí cuatro caballos. ¡Maldición!

—El Tai-Pan ha muerto.

—¡Cielo santo! —exclamó Blore, apoyándose contra una puerta destrozada —. Eso lo sentencia todo. Bueno, ya decía yo que era demasiado hermoso lo que me ocurría para que fuera cierto.

—¿A qué se refiere?

—Al Jockey Club, al hipódromo. Pero no soy yo el único perjudicado. La colonia entera está arruinada, sin el Tai-Pan, y con ese condenado Whalen en puertas. Pobre Tai-Pan, confieso que le tenía afecto.

—El le dijo que me viera y me entregara el informe secreto, ¿no es cierto?

—No —contestó Blore, que había jurado guardar el secreto a Struan—. No fue así. En medio de todo, me alegra que no haya sobrevivido para ver morir su colonia.

Skinner cogió a Blore por un brazo, le llevó hacia la puerta y señaló hacia afuera con un dedo.

—¿Qué ve usted ahí? —inquirió.

—El puerto, ¿qué otra cosa voy a ver? —replicó el joven.

—Eso es lo malo de la gente, que no es capaz de descubrir lo que tienen delante. Fíjese, ¡los barcos se han salvado! Ha embarrancado una fragata, que

podrá ser reparada en tierra y devuelta al mar dentro de una semana, y el *Resting Cloud* y el *Boston Princess* se encuentran en condiciones similares. Eso es todo, ¿no comprende? El peor tifón de los últimos tiempos ha puesto a prueba a Hong-Kong, y el magnífico puerto ha salido airoso del trance. ¿Cree que el almirante no se habrá dado cuenta de eso? ¿Piensa usted que hasta ese tozudo de Cunnington puede ignorar que nuestro poderío reside en la integridad de nuestra flota?

—Dios del cielo, ¿es eso lo que usted cree?

Skinner dio media vuelta, dirigióse hacia el interior del medio derruido local y, apartando algunos escombros, sentóse ante una mesa, cogió papel y pluma y se puso a escribir.

—¿De verdad cree que hay esperanzas? —insistió Blore.

—Yo, en su lugar —replicó Skinner—, comenzaría a hacer planes para alzar nuevas caballerizas. ¿Quiere que publique la noticia de que va usted a organizar las carreras para el día señalado?

—¡Desde luego, claro que sí! —dijo gozosamente el joven. Y añadió en seguida, con gesto pensativo—: Tenemos que crear una carrera especial que se repetirá todos los años. Se otorgará el premio más alto de toda la temporada, y se llamará Gran Premio Tai-Pan.

—Perfectamente. Podrá leer eso en el periódico en la edición de esta noche.

Blore observó lo que Skinner se hallaba escribiendo, y preguntó:

—¿Redacta usted la nota necrológica del Tai-Pan?

Skinner abrió un cajón y extrajo de él unos papeles.

—La tengo escrita desde hace días. Léala y después podrá ayudarme con la prensa de mano.

Culum y Tess se hallaban aún en el mismo sitio en que Skinner les había dejado.

—Ven conmigo, amor mío —dijo Tess, tratando de llevar con ella a Culum.

Este pareció reaccionar, y dijo lentamente:

—¿Por qué no vas tú a bordo del *White Witch*? Estoy seguro de que estarán inquietos, deseando saber si te has salvado. Yo iré más tarde. Ahora déjame solo, ¿quieres, cariño? Deseo estar un momento a solas.

—Culum, ¿qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé. No sé qué podemos hacer.

Culum vio a Tess alejarse, y luego se dirigió a Glessing Point, sin ver ni oír nada, como si el tiempo hubiera dejado de existir para él.

«Señor de los cielos, ¿qué camino tomaré ahora?», suplicó, lleno de pesadumbre.

—Señor Struan…

Culum sintió que le cogían por un brazo y salió de su abstracción. Se dio cuenta de que el sol ya estaba alto y de que se hallaba junto al destrozado mástil de Glessing Point. El sargento mayor de la Marina le estaba mirando atentamente.

—Su Excelencia le envía sus respetos, señor Struan. ¿Tiene la bondad de venir a bordo?

—Sí, desde luego —replicó Culum, que se sentía agotado.

Trasladóse junto al sargento hasta la lancha que les esperaba, y poco después trepaba por la escalerilla del buque insignia y descendía bajo cubierta.

—Querido Culum —dijo Longstaff—. He sabido la tremenda noticia. Terrible, sencillamente. ¿Un poco de oporto?

—No, gracias, Excelencia.

—Tome asiento, por favor. En cuanto lo supe, envié a buscarle para ofrecerle mis condolencias.

—Se lo agradezco, señor.

—Yo me marcho mañana, con la marea. El nuevo plenipotenciario ha enviado a decir que se encuentra en Macao. ¡Condenado Whalen! ¿No podía haber esperado un poco? Dígame, ¿ha visto a Monsey, no es cierto?

—No; no, señor; no le he visto.

—No importa. Otro asunto desagradable. Se hallaba en la Noble Casa, y ha muerto también —aseguró Longstaff, aspirando un poco de rapé—. ¿Se ha enterado de que otro de los que perdió la vida fue Horacio?

—Tampoco lo sabía, señor. Lo último que supe de él era que se hallaba en Macao.

—Bien, a propósito, su padre tenía unos documentos que iba a entregarme antes de marchar yo a Inglaterra. Deseo llevármelos mañana.

Culum trató de recordar, y el esfuerzo que para ello hizo le agotó aún más.

—El no me dijo nada, señor. No sé qué documentos pueden ser esos.

—Bueno, sin duda tiene los papeles en un lugar seguro —dijo Longstaff, encantado de que Culum no estuviera al corriente de un asunto tan importante—. La caja fuerte del Tai-Pan, Culum. Trate de recordar dónde se halla.

—No…, no lo sé, señor. Preguntaré a Vargas.

—Vamos, Culum, haga memoria. Hay que sobreponerse. La vida sigue y no podemos hacer más que enterrar a los muertos y continuar adelante. ¿Dónde tenia la caja de caudales? ¿En la Noble Casa o en el *Resting Cloud*?

—Lo ignoro.

—Entonces le sugiero que lo averigüe y cuanto antes mejor —dijo Longstaff, y su voz se endureció—. Es un asunto de vital importancia, que debe mantener usted completamente en secreto. ¿Sabe el castigo que merece la traición a la patria?

—Sí, claro —contestó Culum, asustado ante el tono de voz de Longstaff.

—Bien. No olvide entonces que usted aún sigue siendo secretario delegado colonial, y que está unido por un sagrado juramento a la Corona. Yo entregué esos documentos a su padre para mayor seguridad. Son informes altamente secretos relativos a una «potencia amiga». Se trata de mapas y documentos en ruso, con traducciones al inglés. Búsquelos y notifíqueme en cuanto los tenga. En cualquier caso, venga al anochecer a informarme. Si usted no actúa, lo haré yo. Otra cosa, voy a consignar un cargamento de semillas a su nombre. Llegarán dentro de unos días y deberá reexpedir la carga a mi domicilio en Gran Bretaña, realizando todo con el mismo secreto. ¡Ordenanza! —exclamó a continuación Longstaff.

La puerta se abrió al momento y el marinero dijo:

—¡A la orden, señor!

—Acompañe al señor Struan a tierra.

Culum regresó a la lancha lleno de pánico. Rápidamente se hizo conducir al *Resting Cloud*, que se hallaba en medio de los sampánes, con vigilancia de soldados para impedir el saqueo. El joven llegó a bordo y descendió bajo cubierta.

Lim Din se hallaba de pie ante la cámara de Struan, con un machete en la mano.

—¿El amó ha muerto? —preguntó.

—Sí.

Lim Din no contestó ni cambió su expresión.

—¿Dónde ponía el Tai-Pan sus papeles importantes? —inquirió Culum.

—¿Cómo dice?

—Los documentos —insistid el joven—. ¿No tenía una caja fuerte, una caja de hierro?

Lim Din le señaló hacia el interior de la cámara, y cuando hubieron entrado, le enseñó la caja en un mamparo del dormitorio del Tai-Pan.

—¿Esto busca?

—Sí. ¿La llave?

—No tengo llave. Tai-Pan siempre tenía.

«¿Dónde estará esa llave? —preguntó Culum, lleno de desesperación—. Seguramente la lleva encima. Tal vez Vargas tenga un duplicado. Dios del cielo, ayúdame. Hay tanto que solucionar. ¿Qué haré con los barcos? ¿Y con el dinero? ¿Habrá dejado testamento mi padre? Habrá que hacer un entierro digno del Tai-Pan. La muchacha china será enterrada aparte. Pero por el momento tienes que hallar los documentos. Longstaff dijo que eran mapas e informes rusos».

Brock entró en ese instante en la cámara, sin que Culum le oyera, y vio el rostro demudado del joven, su expresión de angustia y las manchas de sangre que había en su traje.

—Buenos días, muchacho —dijo Brock, afablemente—. Vine en cuanto me enteré. Lo siento, pero no te aflijas, yo haré todo por ti.

—Gracias, señor Brock —contestó Culum, con aparente alivio—. Es sólo que…

El joven tomó asiento, descorazonado.

—Tess me contó que de no haber sido por ti, ella habría muerto, lo mismo que Glessing. Mala suerte para tu padre, pero no pases cuidado. Estuve en la Noble Casa y he ordenado todo lo necesario. Dije a Orlov que izara la bandera del dragón y el león a media hasta, y haré que pongan a flote cuanto antes el *Resting Cloud*. Puedes estar tranquilo, que yo me haré cargo de todo.

—Una vez más se lo agradezco, señor Brock. ¿Sabe usted si tenía él la llave de la caja de caudales? La necesito para sacar…

Culum estaba a punto de contar lo de los documentos, pero se contuvo al recordar lo que Longstaff dijera, que se trataba de unos informes secretos.

—Sí, continúa.

—Bueno, he pensado que debía examinar los documentos de mi padre.

—Yo no anduve en sus bolsillos —replicó Brock, secamente—. Sólo le coloqué debidamente y retiré de su lado a la mujer.

«¡Ah, Dirk! —dijo Brock para sus adentros—. Nunca olvidaré tu aspecto al lado de la pagana. Pero para honrar mejor tu memoria, serás enterrado solo, como cristiano que eres».

—Me encargaré de que la entierren también a ella —agregó Brock.

—Sí, es lo que corresponde.

—Uniremos nuestras casas, Culum. Los Brock y los Struan. Será mejor para todos. La Noble Casa será ahora la Compañía Brock-Struan. Redactaré inmediatamente los documentos para que todo quede solucionado.

«Así es —pensó Brock—. No deseo alegrarme de tu sino, Dirk, pero ahora, al fin, yo soy el Tai-Pan. Culum me sucederá, si demuestra que vale, después de Morgan y de Tom».

—Todo ha quedado arreglado entre Tess, tú y yo, muchacho. Es mejor que vayas ahora al *White Witch*. Tess necesitará que le den ánimos —añadió Brock.

—Está bien, señor Brock, gracias de nuevo. Sin embargo, creo… que voy a ir a la Noble Casa primero, antes de dirigirme al *White Witch*.

—Procura estar a bordo antes del anochecer —manifestó Brock, y se alejó.

Culum se pasó las manos por el rostro, abrumado ante lo complicado de la situación.

«Unir nuestras casas; sí, es lo mejor —se dijo—. Eso es lo que siempre has querido. Terminar de una vez las pendencias. Pero ahora debes conseguir esa llave».

—Amo Culum…

Este alzó la vista y vio a Lim Din, que le hacía señas para que le siguiera. Fueron a un camarote cercano, y allí Culum vio a Mauss tendido en el suelo. Estaba muerto, y su expresión era de intenso sufrimiento.

—Los hados, amo —dijo Lim Din, y rió nerviosamente.

Culum salió del barco con el corazón atenazado por la angustia. Cruzó el pueblo flotante y luego avanzó por el Camino de la Reina, entre escombros y desolación, agradeciendo en voz baja las palabras con que muchos testimoniaban su sentimiento por la muerte del Tai-Pan. Sólo había una cosa que le preocupaba: tendría que buscar en los bolsillos de su padre.

—¡Culum!

A través de las sombras que de nuevo envolvían su mente, Culum vio a Cooper y a Shevaun ante él, con un grupo de traficantes. Hizo ademán de marcharse, pero ellos se aproximaron a él.

—Acabamos de enterarnos, Culum. Lo sentimos profundamente —aseguró Cooper—. ¿Podemos hacer algo por ti?

—Es tremendo —dijo Shevaun, que tenía el rostro magullado y el vestido hecho jirones—. Nos parece imposible que haya muerto el Tai-Pan.

—Lo siento… No puedo hablar ahora. Tengo… Tengo que…

Los presentes vieron alejarse rápidamente a Culum.

—Pobre muchacho —dijo Cooper.

—Está terriblemente asustado —declaró Shevaun.

Cooper miró hacia el puerto, al lugar donde se hallaba el destrozado *Boston Princess*, y dio una vez más gracias a Dios por haberles dejado seguir viviendo.

—No me extraña. Si yo fuera él, también tendría miedo —dijo al fin.

«Ese pobre muchacho va a necesitar que le ayuden —dijo Cooper para sus adentros—. Por fortuna, el Tai-Pan me entregó los documentos antes de morir. Tal vez haya tenido un presentimiento. ¿Qué será ahora de Culum? Está tan desvalido como una criatura. Será mejor que le vigile. Es lo menos que puedo hacer por la memoria del Tai-Pan. Ahora, Culum y yo tenemos juntos el negocio de la cincona. Podríamos también unir nuestras Compañías, ¿por qué no? Cooper-Struan sería ahora la Noble Casa. Pero no, debe ser Struan-Cooper. Tienes que jugar limpio con Culum. Existen unas posibilidades magníficas para una fusión de nuestras empresas. Pero debes actuar rápidamente, antes de que Brock se coma al pobre Culum. Tai-Pan de la Noble Casa… Eso suena muy bien. Ser el Tai-Pan, sí, ¿por qué no?».

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó Shevaun.

—Nada, un pensamiento fugaz —dijo Cooper, y cogió por el brazo a Shevaun—. Lo cierto es que estoy infinitamente contento por haber sobrevivido. Ahora vamos a ver a Sergeyev, para saber cómo se encuentra. Escucha, Shevaun, he decidido que vuelvas a nuestro país en el próximo buque. Estarás allí durante un año.

—¿Qué dices? —inquirió la muchacha, y se detuvo en seco:

—Sí, al terminar el año, si decides que me quieres y que deseas casarte

conmigo, me harás el hombre más feliz del mundo. No, no digas nada. Deja que termine —declaró Cooper, al ver que ella iba a decirle algo—. Si, en cambio, resuelves lo contrario, te concederé plena libertad. De cualquier forma, no deseo comprar la parte de Tillman en el negocio. Tu padre recibirá, durante toda su vida…

Shevaun se volvió, los dos comenzaron a andar de nuevo, con los brazos enlazados, y Cooper siguió hablando.

Pero ella no le escuchaba.

«¡Un año! —se dijo Shevaun gozosamente, para sus adentros, mientras procuraba ocultar su júbilo—. ¡Libre durante un año de este maldito lugar, mientras mi padre conserva sus acciones! Oh, Señor, gracias, por haber escuchado mis plegarias. Pobre Dirk, amor mío. Ahora que estoy libre, él ha muerto».

Shevaun miró hacia el bergantín ruso y siguió embebida en sus pensamientos.

«El Tai-Pan ha muerto, sí. Pero al menos te ves libre, y el gran duque no es mal partido».

—Perdona, Jeff. ¿Qué estabas diciendo?

—Te he pedido que entregues a tu padre unos documentos privados que yo voy a darte.

—Desde luego, querido. Y te lo agradezco mucho. El año pasará rápidamente.

Gordon Chen se inclinó ante el buda que se alzaba en el derruido templo, y encendió una varilla de incienso.

Ya había llorado bastante por su padre y por May-May. Pero ahora ya no era tiempo de lamentos, sino de reflexionar. Los hados lo han querido, se dijo.

«La Noble Casa ha muerto —pensó—. Culum no tiene fuerzas suficientes para dirigirla. Brock le dominará y le obligará a unirla a su Compañía. Si eso ocurre, Culum está perdido. Puedo ayudarle, pero no a librarse de sus enemigos bárbaros, ni a que se convierta en el Tai-Pan. Eso es algo que sólo puede él conseguir por sí solo».

Gordon Chen observó una voluta de incienso curvarse delicadamente en el

aire, y aspiró con deleite su aroma.

«Sólo mi padre estaba enterado de nuestro arreglo. Yo tengo su lack de plata, que se convertirá en cincuenta o cien laks, con el tiempo. Soy el chino más rico y poderoso de Hong-Kong. Soy el Tai-Pan de los chinos».

«Sé sincero contigo mismo. No eres chino, ni tampoco inglés. Sí, pero estoy contento con mi suerte, y me considero más oriental que europeo. Me casaré con una muchacha china, y así lo harán mis hijos, y los hijos de sus hijos. Ayudaré a que Hong-Kong se haga fuerte. Hoy logré contener el saqueo. Los trabajadores deberán ser disciplinados en el futuro».

«Creo en lo que anunció mi padre, respecto a la caída del Gobierno británico. Tiene que caer. Oh, dioses, yo os lo pido, por el futuro de China. Soy chino, y pienso siempre en mi país. Mandaré construir el mayor templo del Sur de China, en cuanto caiga el Gobierno inglés. Allí tendrán refugio los jefes Tong de nuestro territorio».

Gordon Chen volvió a tocar con la frente en el suelo, para confirmar el trato que había hecho con los dioses.

«En efecto. Sólo mi padre sabía el dinero que estábamos ganando. De todos modos, la mitad de ese dinero será de Culum. Todos los meses le liquidaré su parte, y lo haré en secreto, como todo lo que se llevaba hasta ahora entre mi padre y yo».

«Ahora búscale y preséntale tus condolencias».

«Lástima que Culum se haya casado con la hija de Brock. Eso puede significar su ruina. Es una pena que no tenga fuerzas para mantenerse independiente. Hubiéramos trabajado juntos, y yo le habría enseñado a dirigir la Noble Casa, e incluso al emperador, como el Tai-Pan hacía. El y yo habríamos mantenido a raya a Brock y sus chacales».

«Proporcionaré a mi padre y a May-May un funeral que será recordado dentro de cien años. Luego mandaré a buscar a los dos pequeños y los criaré como si fueran míos. Iniciaré su dinastía».

El sol estaba en el ocaso. Culum se hallaba sentado en las escaleras exteriores de la iglesia que se alzaba en la colina. Tenía la cabeza apoyada en las manos, y miraba a la lejanía.

«Tienes que conseguir esa llave —se dijo una y mil veces—. Vamos, Culum, debes conseguir la llave y los papeles».

El pánico comenzaba a dominarle, y le asustaba su soledad. Su mirada se detuvo en el edificio de la Noble Casa y vio a Vargas y a Orlov de pie ante la puerta principal.

Unas horas antes les había rechazado, pidiéndoles que le dejaran solo. Advirtió entonces que Gordon Chen se acercaba a ellos.

«¿Qué querrá Gordon? —se preguntó—. ¿Burlarse de mí o compadecerme, como todos los demás? ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Yo no soy como mi padre. A él mismo se lo dije aquel día en que fui sincero con él.

«¿Debo contar a Brock lo de las medias monedas de Jin-qua, que son otros tantos favores pendientes? Sí, creo que debo hacerlo. ¿Y sobre los aprendices de capitanes, y los niños que estaban al cuidado de mi padre? Lo más probable es que Brock no haga honor al juramento; pero, ¿qué importa eso?».

—Hola, muchacho.

—Ah, hola, señor Quance —dijo Culum, volviendo a medias de su nebuloso mundo—. Por favor, le ruego que me deje solo. Quiero estar solo.

Aristóteles se notaba todo el cuerpo dolorido. Hacía solo una hora que le habían sacado de entre los escombros del burdel. Tenía el pelo y la cara llenos de sangre coagulada y de polvo, y su vestimenta estaba hecha jirones.

——Lo siento, Culum —dijo—. Era su sino.

—Sí, eso creó. Por favor, déjeme solo.

Quance vio la angustia reflejada en aquel rostro que le recordaba vagamente otro que había conocido muy bien. Acordóse de la primera vez que viera a Struan. Fue en una calleja de Macao y él yacía inconsciente en el suelo.

«Parecía tan desvalido como su hijo ahora —se dijo Quance—. Pero no, no era lo mismo. Dirk era como un dios, aunque yaciera entre el cieno. ¡Ah, Dirk siempre tuviste el aspecto y la fuerza de un dios, tanto despierto como dormido! Sí, y hasta muerto, podría apostarlo.

Muy diferente a tu hijo:

»Pero entre los dos hay mucho en común, si se piensa despacio. El se enfrentó con el Tai-Pan, cuando lo de la colina, y se mantuvo junto a ti, frente a Brock, y estrechó la mano de Gordon Chen delante de todo el mundo. Se fugó con la muchacha, sin preocuparse de las consecuencias, y, por último, salvó la

vida de Glessing. Es un brote de la misma rama.

»¿Recuerdas, Dirk, lo que dijiste, cuando recuperaste el sentido? Tus palabras fueron: «No sé quién es usted, pero gracias por devolverme el honor». No. Dirk, tú nunca perdiste el honor, amigo mío.

»Entonces, ayuda a que mi hijo lo recupere. ¿No es eso lo que dirías, si te encontrases aquí? ¿Estás aún entre nosotros? Te echo mucho de menos, Dirk».

Aristóteles Quance procuró ahuyentar su propia tristeza y tomó asiento en la escalera, al lado de Culum.

—Sé que no es el momento apropiado para hablar de esto, Tai-Pan, pero, ¿podría prestarme cuatrocientas cincuenta guineas?

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Que si me puede dejar cuatrocientas guineas, Tai-Pan. La ocasión es muy poco adecuada, pero esa vieja bruja de Fortheringill sigue viva. El tifón no ha sido capaz de tocarla, voto a Jové, y amenaza con llevarme a la cárcel por deudas. No tengo otro recurso que usted, Tai-Pan.

—Ha dicho Tai-Pan. ¡Me llama usted Tai-Pan, Aristóteles!

—Bien, ¿acaso no lo es?

Entonces Culum recordó lo que su padre había dicho acerca de la dicha y el dolor de ser Tai-Pan, de ser un hombre de verdad, de resistir solo contra todos, de luchar por la vida.

La sensación de angustia que agarrotaba el espíritu de Culum se desvaneció. Luego miró a los tres hombres que estaban abajo y sintió de nuevo que flojeaba su ánimo. Era muy sencillo para Quance llamarle Tai-Pan, pero, ¿qué hacer con aquellos tres? ¿Cómo atraerlos a su lado? Acordóse Culum de las palabras de su padre: «Se gobierna a los hombres con el cerebro y el corazón».

Culum se puso en pie, un tanto inseguro, y dijo con voz temblorosa:

—Voy a intentarlo, cielos. Por lo más sagrado, que trataré de conseguirlo. Nunca olvidaré lo que usted ha hecho por mí, Aristóteles. Nunca lo olvidaré.

Culum comenzó a descender por la ladera, con el estómago retorciéndosele de inquietud. El sargento mayor se aproximaba al edificio de la Noble Casa, y él y Culum se encontraron ante la puerta principal.

—Su Excelencia desea verle a bordo inmediatamente —dijo el soldado.

—Dígale que iré en cuanto pueda —replicó Culum, con una calma que estaba lejos de sentir.

—Quiere verle ahora mismo.

—Estoy ocupado. Ahora no puedo ir. Dígaselo así.

El soldado enrojeció visiblemente, saludó con gesto forzado y se alejó a grandes zancadas.

Entonces Culum reunid todo su valor y se enfrentó con Orlov, Vargas y Gordon Chen.

—Brock fue a dar órdenes a mi barco —dijo Orlov, quien al ver las manchas de sangre que cubrían las manos y las mangas de Culum se estremeció—. Ordenó poner la bandera a media asta. ¡Por Odín, aunque no me lo hubiera mandado lo habría hecho por mi cuenta!

¿Debo seguir acatando sus órdenes?

—Brock va a intentar destruirnos, señor Culum. ¿Qué vamos a hacer? —dijo Vargas, estrujándose las manos.

—Vargas, disponga lo necesario para el entierro —dijo Culum—. Mi padre y su mujer serán enterrados juntos.

—¿Qué dice?

—He dicho que serán enterrados juntos. Ella era cristiana, y recibirá sepultura al lado de mi padre. Gordon, espérame. Tengo que hablar contigo. Orlov, vaya usted a bordo de su barco e ize la bandera. Que ondee en lo alto del mástil. Luego vaya al *White Witch* y traiga a mí mujer a tierra.

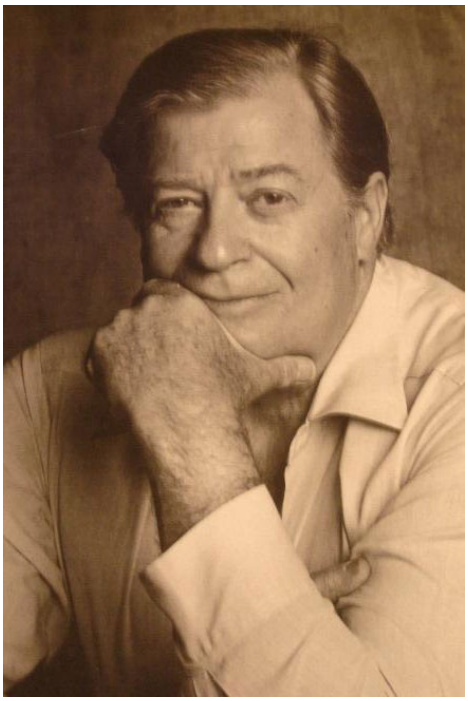
—¿A la hija de Brock?

—Lo que que. Y tome esto —agregó Culum, y tendió a Orlov los veinte soberanos que guardaba—. Entregue estas monedas a Brock, con mis saludos. Dígale que puede comprarse un ataúd.

Los tres hombres miraron a Culum de manera extraña.

—Sí, Tai-Pan —le contestaron, y los tres obedecieron.

FIN



JAMES CLAVELL (10 de octubre de 1924 - 7 de septiembre de 1994) fue un novelista y guionista famoso por sus novelas Shogún, Tai-pan y El rey de las ratas, así como la película La gran evasión.

Nació en Sídney, Australia (algunas fuentes citan que nació en el Reino Unido y fue llevado a Australia a temprana edad), fue bautizado como Charles Edmund DuMaresq de Clavelle.

Su padre fue un oficial de la Marina Real por lo que fue educado en diferentes lugares del mundo.

En 1940 a la edad de 16 años se unió a la Artillería Real Británica y fue enviado a Malasia para pelear contra los japoneses. Fue herido por una ametralladora, capturado y enviado a un campo de prisioneros japonés en la Isla de Java. Después fue transferido a la prisión de Changi cerca de Singapur.

Como la mayoría de prisioneros de guerra, sufrió los malos tratos de sus captores japoneses, aunque la mayoría de los guardias eran coreanos. Sus experiencias en estos campos fueron la base de su primera novela, El Rey de las Ratas, publicada en 1962. Sin embargo todas estas malas experiencias no

interfirieron para que escribiera sobre la cultura Japonesa en su novela Shogún.

Para 1946 logró el rango de Capitán, pero un accidente en motocicleta terminó con su carrera militar. Ingresó a la Universidad de Birmingham donde conoció a April Stride, una actriz, con la que se casó en 1951. Por ella fue que se introdujo en la industria del cine y desarrolló su interés en volverse director. Se mudó con su familia a Nueva York en 1953, donde trabajó en televisión y después en Hollywood.

Eventualmente se fue ganando fama como guionista con sus películas como La Mosca y Watusi. Fue co-escritor de la película clásica La gran evasión (The Great Escape), con lo que ganó gran reputación en Hollywood. Para 1959 producía y dirigía sus películas.

En 1963 se naturalizó ciudadano de los Estados Unidos de Norteamérica.

Murió de un ataque al corazón mientras luchaba contra el cáncer, en Suiza en 1994, un mes antes de cumplir 70 años.

Notas

[1] Pistola de bolsillo de cañón corto. (N. del T.) <<

[2] Nube, en inglés. (N. del T.) <<

[3] Bandera nacional del Reino Unido. (N. del T.) <<

[4] H. M. S., navío, generalmente de guerra, al servicio del rey de Inglaterra. (N. del T.) <<

[5] Earl: título nobiliario equivalente a conde, en Inglaterra e Irlanda. (N. del T.) <<

[6] Cockney: dialecto y acento característicos de las clases populares londinenses. (N. del T.) <<

[7] Queenstown: ciudad de la Reina. (N. del T.) <<